Vasili Grossman e Ilyá Ehrenburg

El libro negro

Cuando el 22 de junio de 1941 el ejército alemán cruzó la frontera de la Unión Soviética dio comienzo uno de los más espeluznantes episodios de la Segunda Guerra Mundial. Conocemos las célebres batallas y hemos visto la bandera del Ejército Rojo levantándose sobre el Reichstag. Menos se ha escrito sobre una realidad atroz. A saber, que la tierra conquistada fue escenario de una práctica de exterminio de diversos pueblos, y muy principalmente del pueblo judío, que se cobró la vida de millones de inocentes. Las masacres o los campos de concentración levantados con la misma prisa con la que se administraba la muerte, no eran una mera consecuencia de la guerra. Bien al contrario, el exterminio era su razón de ser. El ejército alemán actuaba de acuerdo a un plan sistemático diseñado en Berlín y nacido en la pragmática racista del Tercer Reich.

Vasili Grossman e Ilyá Ehrenburg compilaron los testimonios de los supervivientes para que el mundo conociera la insondable magnitud del horror. Cientos de testimonios llegados a sus manos o recogidos por medio de entrevistas a las víctimas sirvieron para erigir un monumento hecho de sangre y heroísmo, el de quienes padecieron el encierro en los guetos y tomaron el camino de la ejecución; el de los pocos que se atrevieron a desafiar a los verdugos. Vetada su publicación por Stalin y convertido en secreto manuscrito, El libro negro ha llegado a nosotros como llegan los milagros, como aflora siempre la verdad, la que nos habla del horror que padecieron los hombres y la dignidad con la que enfrentaron el martirio.



Vasili Grossman & Ilyá Ehrenburg

El libro negro

ePub r1.1
Titivillus 04.10.15

Título original: *Чёрная Книга*
Vasili Grossman & Ilyá Ehrenburg, 1946
Traducción: José Ferrer

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Las familias Altaras-Apeloig y Apeloig-Schloser dedican la traducción de este libro al nombre de sus queridos padres, abuelos y bisabuelos, Abraham (Andrés) Apeloig Rosen, (ZL) y Musha Horenkrig de Apeloig, sobrevivientes de la Shoah, honrando eternamente la memoria de los miembros de las familias Apeloig, Rosen, Horenkrig y Merin, que perecieron durante aquellos trágicos eventos. Siempre estarán con nosotros, trascendiendo en nuestra historia familiar a través de las generaciones.

Introducción a la edición rusa de 1993

La historia de *El libro negro* se asemeja a la historia de nuestro país. También en ella hay muchos hechos aún ocultos o, como se suele decir ahora, «manchas negras». Entrevisté a muchas de las personas que trabajaron en él, leí varios textos sobre el libro que, por suerte, han comenzado a ver la luz ahora, investigué en varios archivos y todo ello me ha permitido desentrañar en parte la enrevesada epopeya de *El libro negro.*

Durante la guerra, hubo mucha gente que envió a Ilyá Ehrenburg desde el frente de batalla una enorme cantidad de documentos encontrados en los territorios liberados de las fuerzas de ocupación; en las cartas que acompañaban aquellos documentos, sus remitentes le relataban lo que habían visto u oído. A partir de todos esos materiales, Ehrenburg decidió reunir los diarios que le habían sido remitidos, las cartas escritas en vísperas de la muerte, los testimonios acerca de la aniquilación de los judíos perpetrada por los soldados hitlerianos y publicarlos bajo el título *El libro negro*. Trabajando a cuatro manos con el escritor Vasili Grossman, ambos se dieron a la tarea de hacer una selección de los materiales más notables, que abreviaron, y aclarar aquellos pasajes que podían resultar de difícil comprensión. Grossman y Ehrenburg involucraron en el proyecto a otros escritores y periodistas. A esos efectos, fue creada una Comisión editorial adscrita al Comité Judío Antifascista.

Ya en 1943 Ehrenburg escribe a uno de sus lectores: «Ahora estoy trabajando en *El libro negro*».

A principios de 1944 la revista *Znamia* publicó algunos fragmentos del futuro libro bajo el epígrafe «Asesinos del pueblo». El trabajo había concluido y comenzó la batalla por su publicación. Ese mismo año Ehrenburg intervino en una de las reuniones de la Comisión editorial donde, según la versión estenográfica, sostuvo:

«Me dijeron: “preparad el libro y si es bueno, será publicado”. Lo que no entiendo es qué significa eso de “si es bueno”, porque aquí no estamos hablando de una novela, cuyo contenido se desconoce…».

En 1945 cesaron los trabajos de la Comisión editorial. A partir de entonces, se encarga directamente al Comité judío, a la sazón presidido por S. Lozovski, la publicación del libro.

Ehrenburg envío cartas a todos los miembros de la desaparecida Comisión agradeciéndoles su colaboración. «Estoy convencido de que el trabajo que habéis hecho no será desconocido por los historiadores», les aseguró.

El 5 de abril de 1945 Lozovski le escribe a Ehrenburg sugiriéndole la publicación de dos volúmenes distintos: uno de ellos contendría los documentos; el otro, los textos preparados por Grossman y el propio Ehrenburg.

El 26 de febrero de 1946 la nueva Comisión organizada por el Comité judío emitió una resolución en la que se leía: «Las dos versiones de *El libro negro* remitidas para su examen no constituyen la redacción definitiva de los materiales. La comisión considera que los textos presentados contienen relatos demasiado prolijos de la repugnante actividad de los traidores a la patria».

No obstante, ese mismo año apareció la primera parte de *El libro negro* en Rumania, mientras que en Moscú, el editor Stroguin, responsable de la casa Der Emes, especializada en literatura judía, informó a Grossman que le estaba remitiendo el original de *El libro negro* para que trabajara en la composición del texto y enviarlo a imprenta. También los registros financieros de I. Feffer, miembro del presidium del Comité Judío Antifascista de la URSS, confirman que de *El libro negro* estaba a punto de aparecer en la moscovita editorial Der Emes y se encontraba «en proceso editorial».

En 1947 Ehrenburg cedió al Museo judío de Vilnius dos álbumes que contenían 413 páginas de materiales de *El libro negro*. Dichos materiales fueron cedidos en depósito y para uso del museo.

En su libro *Gentes, años, vida*, Ilyá Ehrenburg escribió: «Cuando el 20 de noviembre de 1948 fue desmantelado el Comité Judío Antifascista las pruebas de imprenta de *El libro negro* fueron destruidas y se llevaron las galeradas y el manuscrito». Por esas mismas fechas Ehrenburg recibía de vuelta las carpetas con los

materiales cedidos temporalmente al museo de Vilnius.

En 1960 el Museo de historia de Vilnius solicita a Ehrenburg los documentos recopilados sobre la aniquilación de los judíos por parte de los fascistas. Se trataba de un préstamo y, por lo tanto, de una cesión temporal. Un año más tarde, Ehrenburg los solicitó de vuelta. «Los necesito para mi trabajo», les escribió. Las carpetas le fueron devueltas.

En una carta escrita en 1965 Ehrenburg anota lo siguiente: «Hay en marcha negociaciones con la APN en relación con la publicación de *El libro negro*». Sin embargo, esas gestiones resultaron infructuosas.

El manuscrito acabó en Jerusalén y no fue hasta 1980 que la editorial israelí Tarbut publicó *El libro negro* en ruso. No obstante, y así se consigna en el prefacio a esa edición, no todos los materiales llegaron a Israel.

En 1970, mientras revisaba el archivo de mi padre, me topé con unas carpetas etiquetadas bajo la rúbrica *El libro negro*. Consciente de que al KGB le interesaban, las confié al cuidado de varias personas hasta que a principios de los años ochenta conseguí enviarlas a Yad Vashem, el instituto dedicado a la memoria de las víctimas del nazismo y los héroes de la resistencia con sede en Jerusalén. Sabía que allá serían debidamente conservadas.

El pasado mes de enero un conocido mío me entregó una de las copias de *El libro negro* que habían sido repartidas en 1947. La había recibido de manos de Grossman, a modo de regalo. Alguien había anotado en la página titular: «Para correcciones de imprenta. 14/VI/47». La firma resulta ininteligible. Gracias a esas pruebas de imprenta que sobrevivieron de milagro hemos podido preparar esta edición del libro.

Ehrenburg escribió en sus memorias: «Dediqué muchas energías, mucho tiempo y mucho amor a trabajar en *El libro negro*… Soñaba con verlo publicado».

Han transcurrido más de cuarenta y cinco años desde entonces y por fin aquel sueño se ve realizado.

IRINA EHRENBURG

Historia y destino de *El libro negro*[1]

Ésta será la primera vez que los lectores leerán en ruso el texto íntegro de este libro. Por añadidura, podrán hacerlo sin padecer los cortes impuestos antes por la censura. Sin embargo, ello ocurre medio siglo después de que comenzara el trabajo sobre *El libro negro*. ¿No será tarde ya? Especialmente si se piensa que una buena parte del manuscrito fue publicada en Israel en 1980 y en lengua rusa (esa misma versión fue objeto de sendas reediciones en Ucrania en 1991). En 1981 una versión en yiddish aún más completa que aquélla fue publicada en Jerusalén. Antes, tan pronto como en 1946, algunos fragmentos del manuscrito aparecieron publicados en los Estados Unidos y Rumania. Hoy en día apenas hay autores o editores de *El libro negro* entre los vivos, como tampoco viven muchas de las personas mencionadas en sus páginas. Por otra parte, académicos y políticos de muchas de las repúblicas de la extinta URSS se han manifestado ya abundantemente sobre el genocidio que padeció la población judía en los años de la Gran Guerra Patria.

Pero es precisamente por todo ello que la publicación de *El libro negro* se vuelve hoy en día de la mayor actualidad. Ya en abril de 1946, el entonces presidente del Comité Judío Antifascista (en adelante, CJA), el artista del pueblo Solomón Mijoels, dijo en la discusión final (así se decía entonces) del manuscrito de *El libro negro* que éste constituía un monumento a la memoria de los muertos y su publicación sería considerada por los sobrevivientes como un verdadero milagro. Un monumento también a la memoria de todos aquellos que los salvaron de la muerte poniendo en riesgo sus vidas y las de sus hijos. Hoy cabría añadir que *El libro negro* es además un monumento a la memoria de sus propios creadores.

El manuscrito de *El libro negro* tuvo un destino peculiar. Es

posible que al lector contemporáneo le resulte difícil comprender algunas de las peripecias que sufrió a lo largo del proceso editorial. ¿Cómo fue posible que esas líneas llenas de dolor y nobleza no pudieran ver la luz en vida de sus dos principales autores y editores, Ilyá Ehrenburg y Vasili Grossman? Hay aun otra pregunta que resulta tanto más pertinente hacer: ¿acaso era posible la publicación de un libro dedicado a exponer un intento de aniquilación de todo un pueblo —sobre todo, tratándose de los judíos—, bajo el régimen totalitario de Stalin?

La prolongada lucha en torno a la preparación del manuscrito de *El libro negro* que narraremos seguidamente no sólo permite una comprensión más plena del sentido y la significación del texto, sino también valorar el coraje de aquellos que consideraron un deber trabajar en la edición de este libro.

La idea original de publicar *El libro negro* perteneció al genial científico Albert Einstein, al Comité de escritores judíos de Estados Unidos y a otros científicos y artistas. Según el poeta I. Feffer, uno de los miembros del CJA, fue precisamente Einstein quien, junto a los escritores S. Amen y B. Z. Goldberg, se dirigió a la CJA a finales de 1942 con la propuesta de recopilar materiales sobre la aniquilación de la población judía de la Unión Soviética por los nazis. A este respecto resulta notable una declaración de I. Feffer durante una de las sesiones del CJA dedicadas a discutir el manuscrito de *El libro negro* celebrada el 25 de abril de 1946: «Planteamos esa propuesta (la de A. Einstein; I. A.), pero las cosas apenas se movieron. No sabíamos si se trataba de preparar un libro *dedicado exclusivamente a las atrocidades cometidas por los alemanes con la población judía* (el subrayado es nuestro; I. A.)». Esa cuestión no quedó resuelta hasta la visita que I. Feffer y S. Mijoels realizaron a los Estados Unidos en el verano de 1943. Entonces, Einstein y sus colegas norteamericanos continuaron insistiendo en un trabajo conjunto. No obstante, fue necesario «un largo intercambio telegráfico» con Moscú para que Mijoels y Feffer recibieran las autorizaciones pertinentes de la cúpula del partido. Es menester anotar que el CJA estaba subordinado al Buró Soviético de Información presidido por A. S. Scherbakov, secretario del Comité central del Partido Comunista Panruso (bolchevique). Así, todas las cuestiones importantes que trataba el CJA se acordaban

previamente con la Dirección de Propaganda y Agitación del Comité central del Partido Comunista Panruso (bolchevique).

Por lo tanto, ya desde los primeros pasos, el desarrollo del proyecto de *El libro negro* no resultó fácil, pues la dependencia de la situación política nacional e internacional determinó en gran medida el destino del *Libro negro*. Con todo, la dirección del CJA fue autorizada a emprender la recopilación de materiales y a colaborar con los editores norteamericanos de *El libro negro*. Sin embargo, la cuestión acerca de la eventual publicación de un libro análogo en la URSS quedó en vilo. Esa fue la razón de que desde entonces y hasta que finalmente se denegó la autorización para publicar el libro, sus editores permanecieron en una situación harto imprecisa. Según el testimonio de Grossman, «avanzaban a ciegas».

Ilyá Ehrenburg definió muy bien esa situación cuando en una intervención que realizó el 3 de octubre de 1944 en la segunda reunión plenaria de la Comisión literaria que a la sazón presidía, dijo: «Durante mucho tiempo no ha habido claridad en torno a la concesión del permiso para imprimir este libro. Tampoco ahora tengo claro qué sucederá.

»Me pidieron redactar una memoria sobre el contenido y los propósitos del libro. Basándome en lo conversado durante nuestra primera reunión, redacté y entregué la memoria. No recibí ninguna respuesta directa, pero a través del Comité Judío [Antifascista] me comunicaron que concluyéramos el libro y "si es bueno" lo publicarían… Considero que debemos aprovechar la oportunidad de trabajar sobre el manuscrito y ya daremos después la batalla para conseguir que sea publicado».

De ello se deduce que de los editores se esperaba un «buen» manuscrito, es decir, uno que sirviera a los intereses políticos y propagandísticos, sin que nadie les garantizara que acabaría siendo publicado. Tal estado de cosas no podía no irritar a Ehrenburg: «Dado que los autores de este libro no somos nosotros, sino los alemanes, y que el objetivo que persigue su publicación es diáfano, no comprendo qué quieren decir con que "si es bueno". A fin de cuentas, no estamos hablando de una novela, cuyo contenido se desconoce».

En la memoria mencionada por Ehrenburg y que redactó a ruego de «las altas instancias» con fecha del 8 de septiembre de 1944 bajo

el título «Proyecto “*El libro negro”*» —es menester anotar que la memoria no consigna la identidad del destinatario—, se lee: «El libro contendrá los relatos de los judíos que consiguieron sobrevivir, los testigos de los crímenes, las órdenes emitidas por los alemanes, los diarios y declaraciones de los verdugos, las notas y diarios de quienes consiguieron esconderse. No se trata de publicar una colección de informes o actas, sino de recoger los vivos testimonios que mostrarán la hondura de la tragedia.

»También resulta extraordinariamente importante mostrar la solidaridad de la población soviética… Es necesario mostrar que los judíos morían valientemente y brindar testimonio de todas las acciones de resistencia que se produjeron».

Ehrenburg se proponía publicar el libro en ruso y también en los Estados Unidos e Inglaterra. Entre los autores que pensaba involucrar en el proyecto nombra a K. Símonov, M. Shaguinian y A. Tvardovski, si bien finalmente ninguno de los tres tomó parte en la redacción de los textos.

Resulta significativo que la memoria no mencione en ningún momento la colaboración con organizaciones internacionales ni contenga la menor alusión al proyecto de *El libro negro* emprendido por los norteamericanos. I. G. Ehrenburg consideraba que la publicación de un libro dedicado a exponer los crímenes cometidos contra los judíos en el territorio de la URSS era una cuestión de principios. Los objetivos de la publicación que se proponían los norteamericanos eran mucho más ambiciosos. En el libro que preparaban, los materiales relativos a la URSS constituirían apenas una porción del texto. Además, ya en 1943 el propio Ehrenburg se planteaba la edición de tres volúmenes distintos —además de *El libro negro*, habría otro libro dedicado a los judíos que lucharon en el Ejército Rojo y un tercero sobre los judíos que se enrolaron en las guerrillas antifascistas. Ello conllevó a que desde ese propio año el CJA trabajara paralelamente en las ediciones norteamericana y soviética. Con todo, la debida colaboración y coordinación que ese trabajo en paralelo requería no se produjo y ello acabó generando un agudo conflicto.

Entretanto, el CJA alcanzó un acuerdo con el Congreso Judío Mundial (CMJ), que establecía que cada una de las organizaciones se ocupaba de la recopilación y el intercambio de materiales con

vistas a publicarlos después en varias lenguas. También en 1944 fue creado en Estados Unidos el Comité ejecutivo para la edición de *El libro negro*, cuya presidencia ocuparon B. Z. Goldberg y Nahum Goldmann, y poco después un comité editorial internacional que integraron los presidentes del Comité de escritores, científicos y artistas judíos, el CJA,[2] el CMJ y representantes del Consejo Nacional Judío de Palestina. Los contactos del CJA con ese Comité editorial transcurrían al margen de la Comisión literaria. Así, el 19 de octubre de 1944, y prescindiendo de la autorización de I. G. Ehrenburg, I. Feffer y S. Epstein, quien se desempeñaba como secretario del CJA, 552 páginas de materiales recopilados en la URSS fueron enviadas a Estados Unidos. Más adelante, Feffer aseguraba que aquel envío de materiales del que Ehrenburg no tuvo conocimiento se había producido a instancias del embajador soviético en los Estados Unidos, A. Gromyko, quien los exigió en términos insoslayables.

Es importante subrayar que desde el verano de 1943 y a partir de la publicación el 27 de julio de ese año en el periódico *Einikait* de un llamamiento que instaba a remitir al Comité testimonios sobre el exterminio de judíos a manos de los fascistas, del CJA llevaba a cabo un trabajo independiente de recopilación de materiales. Entretanto, durante la primera etapa de recopilación de materiales, la Comisión literaria disponía de aquellos remitidos directamente a Ilyá Ehrenburg por sus lectores y otros reunidos por Vasili Grossman.

Por lo visto, Ehrenburg tardó en conocer que se había producido un envío de materiales a los Estados Unidos. El conflicto que ello produjo entre él y la cúpula del CJA condujo a la creación de una Comisión especial presidida por un miembro de la junta del CJA, S. L. Bregman. Dicha comisión estudió en febrero de 1945 tanto los materiales de la Comisión literaria como los documentos reunidos por el CJA. Las «consideraciones generales» de la comisión, fechadas el 26 de febrero de 1945, mencionan por primera vez la existencia de «dos versiones» de *El libro negro* soviético y establecen algunas distinciones entre ambos proyectos editoriales.

Tras reconocer la calidad de los textos literarios escritos bajo la dirección de Ehrenburg, los miembros de la comisión manifestaron que «el camino elegido por los editores, a saber, la redacción de

recreaciones literarias a partir de documentos y materiales que recogen hechos ciertos, se distancia del perfil editorial de *El libro negro*, concebido como una recopilación de documentos y cuyo principal valor ha de radicar en la veracidad de los materiales». Señalemos, no obstante, que a quien menos podía estar dedicado ese reproche era al propio Ehrenburg, responsable de 31 de los 118 textos incluidos finalmente en el libro. En una reunión plenaria de la Comisión literaria celebrada el 13 de octubre de 1944, se produjo una interesante discusión entre Ehrenburg y Grossman sobre los principios que debían regir el trabajo con fuentes documentales. Grossman apostaba por la generalización. Ehrenburg, en cambio, sostenía que «la impresión emocional que produce un documento escrito por un testimoniante alcanza a rozar las fronteras del arte».

Ehrenburg se expresó en los siguientes términos acerca de su metodología de trabajo: «Se recibe una carta que contiene un relato y se deja en ella todo aquello que el autor quiso decir, se la despoja apenas de lo superfluo: he ahí el trabajo que he realizado sobre los documentos. Vuestra conciencia y vuestra capacidad de seleccionar han de trabajar en la siguiente dirección: si el documento resulta interesante, se lo incluye; si no contiene ningún interés particular en sí mismo, se lo aparta y se lo compara con otros documentos, pues tal vez se los pueda agrupar porque provengan de un mismo espacio geográfico». Grossman, en cambio, defendía que el principal objetivo del libro era «hablar en nombre de aquellos que reposan bajo tierra y están privados de voz».

La comisión de Bregman detectó aún otro «defecto» sustancial en los materiales editados por Ehrenburg: «En los textos presentados se aprecian descripciones demasiado pormenorizadas de la abyecta actividad de los ucranianos, letones y representantes de otras nacionalidades que traicionaron a la patria. Con ello se rebaja la acusación principal y definitiva que se presume al libro, a saber, la acusación contra los alemanes».

Es aquí, pues, donde se formula por primera vez el que sería el reproche decisivo al contenido de *El libro negro*. Un reproche que a la postre ejerció una influencia demoledora tanto en la selección de testimonios para el libro como sobre el trabajo editorial sobre ellos.

La valoración que hizo la comisión de los materiales recopilados por el CJA fue más crítica en relación con las fuentes. Con todo, su

redacción respondía mejor al perfil que se esperaba de *El libro negro*. La comisión recomendó que tras la conclusión de los trabajos editoriales y la aprobación de éstos por «un consejo editorial político que goce de plena autoridad» ambos libros fueran publicados, siquiera parcialmente. No obstante, cuando abordó la suerte editorial de los textos salidos de la mesa de Ehrenburg contempló aun otra posibilidad de publicarlos, a saber, en fascículos y no en un solo volumen.

Ilyá Ehrenburg recibió esas propuestas el 5 de marzo de 1945 acompañadas de una carta del vicejefe del Buró Soviético de Información, S. A. Lozovski. En apoyo de las conclusiones emitidas por la comisión, Lozovski sostenía que era mejor publicar dos libros distintos en lugar de uno solo, porque así los «enemigos» en Estados Unidos o Gran Bretaña no podrían culpar a la parte soviética de ofrecer una versión literaria de los documentos en lugar de los documentos mismos. El original de esa carta se conserva en el archivo de Ilyá Ehrenburg en Yad Vashem. Es dable suponer que tanto esos argumentos como el ofrecimiento de Lozovski de continuar los trabajos y la promesa de publicar el libro «en todas las lenguas del mundo» no convencieran a Ehrenburg, quien ya comenzaba por aquellos días a exigir una explicación por el envío de los materiales de *El libro negro* a Estados Unidos, firme en su convencimiento de que la edición príncipe debía aparecer en la URSS. Es probable que ya entonces comenzaran a escucharse reproches hacia la deficiente organización del trabajo editorial dirigido por Ehrenburg (Feffer los repitió en las reuniones del CJA en abril de 1946).

La Orden N.° 140 del Buró Soviético de Información firmada por Lozovski el 28 de mayo de 1945 da fe de que la comisión de Bregman estudió el conflicto surgido a raíz del envío a Estados Unidos de los materiales de *El libro negro* y lo declaró «carente de cualquier fundamento relevante». No obstante, Ehrenburg tenía una opinión bien distinta. Según Vasili Grossman, fue precisamente ese conflicto el responsable de que en la sesión plenaria del CJA celebrada el 25 de abril de 1946 Ehrenburg abandonara la dirección de la Comisión literaria. Y no sólo eso: en esa misma reunión Ehrenburg sostuvo que el trabajo sobre una edición paralela equivalía al cese de las actividades de la Comisión literaria. En la

carta que envió a uno de los autores que trabajaban sobre *El libro negro*, Abraham Suzkever, que fuera publicada en 1980 por el doctor Iosef Kermish, Ehrenburg se expresa precisamente en esos términos. Es muy significativo que Ehrenburg enviara cartas con idéntico contenido a todos los autores de *El libro negro* y les sugiriera disponer de los textos en que habían trabajado según estimaran conveniente. Conviene subrayar el hecho de que las cartas fueron escritas a mediados del mes de marzo y no después de que el diario *Pravda* publicara el 14 de abril de 1945 el artículo de G. E Alexándrov «Al cantarada Ehrenburg le gustan las simplificaciones», cuya aparición suelen considerar los estudiosos la razón que movió a Ehrenburg a abandonar la dirección de la Comisión literaria. Es evidente que Ilyá Ehrenburg no compartía la idea de publicar dos libros distintos basados en los documentos recopilados.

Como se aprecia en la transcripción de los debates mantenidos durante la reunión dedicada a evaluar la actividad del CJA celebrada el 22 de mayo de 1945 bajo la dirección de S. A. Lozovski, las tareas organizativas en torno al trabajo editorial sobre de *El libro negro* y las relaciones del Comité con Ilyá Ehrenburg constituyeron algunos de los temas centrales tratados. E. E. Severin criticó duramente al CJA por «haber desatado fuerzas que resultaron tener una fuerte carga centrípeta» (la alusión a la gestión de las relaciones con Ehrenburg resulta evidente), mientras que los dirigentes del Comité «resultaron incapaces de controlar las fuerzas que ellos mismos desataron». El reproche principal de Severin consistía en que los trabajos editoriales en torno de *El libro negro* «se habían retrasado considerablemente» (recordemos, sin embargo, que los trabajos apenas se habían prolongado un año). Otro miembro del CJA, S. R. Bregman, acusó directamente a Ehrenburg y a E. Epstein de «retener los materiales». Sobre Ehrenburg y la Comisión literaria que dirigía dijo: «La Comisión era una olla de grillos; las discusiones y las peleas eran constantes. Y eso no lo conocíamos… De haberlo sabido, habríamos tomado medidas sin demora. Creo que os acobardasteis y pensasteis que si un hombre tan importante como Ehrenburg se os oponía era preferible aguantar sus andanadas. Por supuesto, Ehrenburg cuenta con nuestro máximo respeto, pero teníais que haberlo llamado al orden

a tiempo». Con todo, Bregman reconoció que el manuscrito definitivo aportado por «el grupo de Ehrenburg» resultaba plenamente satisfactorio y era precisamente ése el que debía ser remitido a los norteamericanos. Lozovski, quien ocupaba una posición neutral, se ocupó de subrayar aun otro aspecto importante del conflicto: «Ehrenburg sostiene que fue él quien recibió el encargo de compilar *El libro negro*. Debisteis haber redactado un documento claro a ese respecto. En cambio, ahora llevamos todo un mes intentando recordar quién encargó qué a quién…».

La referida transcripción muestra claramente que a aquellas alturas el conflicto entre Ehrenburg y el CJA había alcanzado tal magnitud que carecía de sentido plantearse la posibilidad de cualquier trabajo conjunto.

Una disposición del Buró Soviético de Información del 28 de mayo de 1945 estableció la creación de un nuevo Comité editorial integrado por miembros del CJA y personal del propio Buró. Lo componían M. M. Borodin (presidente), E. E. Severin, S. R. Bregman, V. S. Grossman, A. B. Epstein, I. E. Yuzefóvich y A. A. Troyanovski. En ninguna de las anteriores publicaciones de *El libro negro* se había mencionado jamás la composición de este Comité editorial. Sin embargo, como veremos más adelante, sus miembros —entre los que tan sólo Grossman había trabajado antes en *El libro negro*— introdujeron importantes adiciones y cambios a la redacción inicial propuesta por Ehrenburg. Fue precisamente Grossman quien se encargó de dirigir en adelante todo el trabajo editorial sobre el manuscrito, así como de la recopilación y edición de los nuevos materiales. El primer acuerdo del Comité editorial consistió en encargar un informe sobre el manuscrito. El original del informe, fechado el 15 de junio de 1945, se conserva en los archivos del CJA. Aunque no lleva firma alguna, algunas fuentes tangenciales permiten establecer que su autor fue el célebre periodista M. Subotski. Así, por ejemplo, en una nota redactada a pedido de Borodin a finales del verano de 1945 con el título «Estado actual de los trabajos editoriales sobre el manuscrito de *El libro negro*» se lo menciona como autor de un informe sobre el manuscrito. Las conclusiones del autor del informe subrayaron con mayor contundencia el principal «defecto» del manuscrito: «Es preciso —decía—, corregir cuidadosamente todos los textos y documentos,

especialmente los correspondientes a Ucrania… para evitar presentar erróneamente el rol fundamental y primordial que los elementos antisoviéticos locales jugaron en los crímenes contra la población judía». El autor del informe sostenía que la aniquilación de los judíos «fue organizada y realizada por los alemanes» y «no [convenía] exagerar» el papel que jugaron sus cómplices. En su opinión, presentar las cosas de otro modo, y aun en contradicción con los propósitos de los editores, «podía servir a los intereses de antisemitas abiertos o disimulados, quienes utilizarían el libro como testimonio de la veracidad de la "concepción" defendida por la propaganda fascista en el sentido de que habría sido la propia población de las zonas ocupadas la que ejerció la violencia sobre los judíos». El autor del informe se mostraba convencido de que la situación había sido bien distinta y llamaba a ceñirse a la verdad histórica en lugar de atender a «situaciones particulares que no respondían más que a una realidad ocasional, por verosímil que resultara». Hizo también una recomendación con relación al tratamiento que el manuscrito daba a los colaboradores del *Judenrat*, a quienes no recomendaba presentar «como a personas de moral intachable e incluso heroicas».

Las conclusiones contenidas en el informe recibieron el respaldo de los participantes en la reunión del Comité editorial celebrada el 9 de julio de 1945 y sirvieron de base para una profunda corrección del manuscrito, así como para la incorporación de nuevos materiales. También se tomó la decisión de completar el libro con materiales aportados por la Comisión Estatal Extraordinaria —de hecho, se establecieron diez días de plazo para hacerlo— y material fotográfico. También se propuso redactar dos artículos adicionales: una «introducción de corte político», que fue encargada a S. A. Lozovski, aunque acabó escribiéndola Vasili Grossman, y «unas conclusiones de corte jurídico» que sirvieran como una suerte de alegato acusatorio a partir de los materiales incluidos en *El libro negro*. Ese último artículo, a sugerencia del Comité editorial, fue encargado al académico I. P. Traynin, uno de los miembros de la Comisión Estatal Extraordinaria. Vale la pena reparar en que no fue hasta el verano de 1945 que se tomó una decisión sobre la estructura del libro: separar el contenido por repúblicas y, en cada parte, desglosar el material en capítulos. La decisión acerca de las

ediciones extranjeras de *El libro negro* fue dejada en manos del Buró Soviético de Información. Conviene destacar que el Comité editorial consideraba continuar con la recopilación de documentos.

Fue en esa reunión donde se renunció definitivamente a la preparación de dos versiones de *El libro negro*. También allí se decidió añadir pequeñas notas explicativas a los textos de los escritores que informaran sobre el origen de los materiales y su «fidelidad documental». Parece ser que esa decisión fue tomada gracias a un par de circunstancias propiciatorias. En primer lugar, la muerte de Shajno Epstein, principal valedor de la idea de publicar una edición separada que recogiera los documentos reunidos por el CJA. En segundo lugar, porque se avecinaba el comienzo del juicio de Núremberg y ello obligaba a echar mano del material preparado por Ilyá Ehrenburg. En efecto, una copia del manuscrito de *El libro negro* fue remitida al representante soviético en la acusación y obra en los archivos de la Comisión Estatal Extraordinaria.

A principios de 1946 el manuscrito ya completado y corregido siguiendo las recomendaciones enumeradas más arriba fue impreso y enviado a diez países, entre ellos a Australia, Gran Bretaña, Bulgaria, Italia, México, Francia, Rumania, Estados Unidos y Palestina (precisamente esa copia fue la que sirvió de base a la edición israelí de 1980). A finales de 1945 y principios de 1946 el núcleo del equipo de trabajo de la Comisión literaria presidida por Vasili Grossman continuó trabajando arduamente. Lo conformaban la escritora R. A. Kornator, a la sazón secretaria ejecutiva del Comité, el traductor y especialista literario Mijaíl Shambalad y K. Bogomóliets, secretario del Comité. Varias decenas de corresponsales recibieron una carta idéntica en la que se les requería enviar documentos sobre el tema del libro. De esa manera, según Grossman, «los materiales no nos llegaban en desorden, sino de los lugares precisos que necesitábamos documentar». En total se consiguió reunir y transcribir más de doscientos testimonios de personas de diversas profesiones y de todas las regiones del país.

Cabe preguntarse cómo fue posible que tras la adopción en el verano de 1945 de medidas precisas para acelerar los trabajos sobre el manuscrito, con la llegada del invierno de los años 1945-1946 el ritmo de trabajo volviera a menguar. La razón es sencilla: precisamente en aquellos meses se decidía la suerte de la edición

norteamericana de *El libro negro*. En los archivos del CJA se conserva una carpeta que guarda la curiosa correspondencia intercambiada a propósito de la publicación de *El libro negro* en Estados Unidos. El 21 de junio de 1945 B. Z. Goldberg informó a la dirección del CJA que el texto completo del manuscrito preparado en Estados Unidos sería remitido a Moscú para su aprobación. «Entendemos —escribió Goldberg—, que vuestro Comité comparte con nosotros idéntica responsabilidad en relación con el contenido de *El libro negro*». El 11 de noviembre de ese mismo año Goldberg informa a Mijoels que «el manuscrito de *El libro negro* ya está listo» y le ruega que le remita por telegrama cualquier cambio que sugiera. «El tiempo apremia», le avisa. No obstante, tras recibir el manuscrito, el CJA no se dio ninguna prisa en responder. Los editores norteamericanos bombardean a Mijoels con telegramas apremiándolo a responder (constan telegramas fechados los días 30 de noviembre y 10 y 15 de diciembre). Pero no será hasta el 23 de enero de 1946 que la parte norteamericana conozca los reparos del CJA que, en esencia, se referían al prólogo de Albert Einstein y a la introducción. El 23 de febrero se recibió desde Estados Unidos el texto de la introducción ya «corregido», pero tampoco la nueva redacción complació a los dirigentes del CJA. Conviene citar un fragmento de esa introducción para comprender las razones de su rechazo por parte de Moscú (cabe pensar que no sólo el CJA se oponía al texto) a principios de 1946: «El objetivo de este libro es diáfano. *El libro negro* se propone convencer a los lectores de que un mecanismo internacional de seguridad sólo es efectivo cuando no se limita a defender a los estados de las agresiones que sufran, sino que también es capaz de salir en defensa de las minorías nacionales dentro de cada uno de los países. Todos y cada uno de los ciudadanos de cualquier país han de tener garantizada la protección si son víctimas de un trato cruel o les amenaza la total aniquilación.

»… Ni uno solo de los pueblos que en estos últimos años han sido arrastrados a una catástrofe ha sufrido tantas pérdidas en términos porcentuales como lo ha hecho el pueblo judío.

»Que los judíos carezcan de fronteras nacionales y de un gobierno propio o que no se los considere una nación en el sentido en que manejan ese término los discursos políticos, no ha de ser óbice para que se haga justicia.

»En términos generales, los judíos fueron tratados como si hubieran constituido una nación. Su estatus social como un grupo político unido ha quedado demostrado por el trato que han recibido de sus enemigos. Es por ello que si pretendemos fortalecer la estabilidad de las relaciones internacionales, los judíos han de ser concebidos como una nación en el sentido usual de la palabra y sea cual sea el ordenamiento que quiera darse el mundo, en él el pueblo judío ha de ser objeto de la mayor atención si no queremos incurrir en una franca burla a la justicia».

Finalmente, B. Z. Goldberg telegrafió el 4 de marzo de 1946 al CJA informándole que habían decidido retirar tanto el prólogo como la introducción de *El libro negro* en respuesta al ultimátum dado por la parte soviética.

Las dificultades que la versión norteamericana de *El libro negro* experimentó durante su paso «por las altas instancias» no alarmaron a los directores del CJA. Comoquiera que fuese, en aquella edición los documentos relativos a la URSS eran más bien escasos.

Hacia el 25 de abril de 1945 parecía que el manuscrito tomaría muy pronto el camino de la imprenta. Al menos, así lo creían todos los participantes de la reunión que celebró ese día el CJA. De los cuarenta y tres pliegos que debían ir a imprenta, veintisiete ya estaban listos; habían concluido los trabajos de redacción; se había cerrado la contabilidad; se recomendó continuar recopilando materiales con vistas a la publicación de otros volúmenes; Mijoels aventuró la posibilidad de una publicación en «lengua materna», es decir, en yiddish. Pero ninguno de esos sueños habría de cumplirse. Algunos materiales del libro fueron incluidos en la edición norteamericana ya mencionada y sirvieron de base a la edición rumana de *El libro negro* publicada en 1946. Entretanto, en el verano y el otoño de 1946 la edición rusa del libro fue prácticamente paralizada, a pesar de que a una pregunta de Lev Kvitko sobre la suerte del manuscrito en una reunión del CJA celebrada el 16 de noviembre de 1946, Solomón Mijoels le respondió en términos optimistas que «*El libro negro* ya está en imprenta y muy pronto tendremos los primeros ejemplares». Por lo visto, no parecía haber problemas (al menos, técnicos) con la publicación. No obstante, apenas doce días más tarde, el 28 de noviembre de 1946, S. Mijoels, I. Feffer, V. Grossman e Ilyá

Ehrenburg[3] envían una carta a A. Zhdánov, secretario del Comité central del Partido Comunista Panruso (bolchevique), que firman a nombre del presidium del CJA rogándole «encarecidamente que [ayudara] a la pronta publicación de *El libro negro*». Tras relatarle la historia del trabajo sobre el manuscrito, explicarle la naturaleza del libro y apuntarle que dos tercios del libro ya estaban compaginados y listos para ir a imprenta, los autores de la carta escriben que «los medios técnicos de la editorial Der Emes [resultan] insuficientes para la publicación definitiva del libro». La carta recoge un solo ruego a Zhdánov, a saber, que diera instrucciones a la Casa editorial del Estado para que proporcionara el papel necesario para la impresión de *El libro negro*… Es evidente que la carta tenía también el propósito de «sondear» la situación en torno a la publicación del libro e intentar granjearse el favor de Zhdánov para acelerar el proceso. Pero la Dirección de Propaganda y Agitación a la que fue dirigida la carta requirió una copia íntegra del manuscrito. Y el informe que el jefe de ese negociado, F.F. Alexándrov, envió a Zhdánov con fecha del 3 de febrero de 1947 constataba en términos categóricos la «improcedencia» de la publicación de *El libro negro*. Los argumentos que aduce Alexándrov son harto curiosos. Comienza por acusar al CJA de haber enviado copias del manuscrito a varios países sin la autorización del Negociado encargado de la propaganda. Pone especial énfasis en que el manuscrito fue «cedido» a Estados Unidos y «publicado» allá, lo que considera una clara falsificación toda vez que apenas se publicó un fragmento del manuscrito. Comenzaba la «Guerra fría» y cualquier «contacto» con Estados Unidos se consideraba una falta grave. Y como era de esperar ésos fueron también los argumentos que tendrían que escuchar los dirigentes del CJA cuando fueron enfrentados a un proceso judicial en 1952 en el que, según el testimonio de Ilyá Ehrenburg, *El libro negro* ocupó un papel crucial.

Más adelante Alexándrov comenta el texto de *El libro negro* y considera que «ofrece una imagen engañosa del verdadero carácter del fascismo», porque genera la impresión de que «el único objetivo del ataque de los alemanes a la URSS fue el exterminio de los judíos». Tras anotar una minuciosa relación de testimonios recogidos en el libro de judíos que escaparon de la muerte haciéndose pasar por rusos, ucranianos, etc., Alexándrov llega a una

paradójica conclusión: *El libro negro* constituía una falsificación de la historia, en tanto ocultaba los crímenes perpetrados por los nazis contra ciudadanos de otras nacionalidades. El informe termina afirmando que «la Dirección de Propaganda considera improcedente la publicación de *El libro negro*». Y, sin embargo, los dirigentes del CJA, encontraron la posibilidad de continuar con la publicación, al ser cursada una orden de impresión del libro en la tipografía de la Escuela Superior del Partido en julio de 1947. Según dicha orden, el libro contendría cuarenta y dos pliegos y la tirada sería de 30 000 ejemplares. Evidentemente, Zhdánov se abstuvo entonces de emitir un veto oficial a la publicación y en las últimas galeradas aparece el sello «Imprimir» con fecha del 14 de junio de 1947. La copia de esas galeradas que sirvió de base a la edición israelí permite detectar modificaciones en el manuscrito claramente inspiradas por las indicaciones de Alexándrov.

Una segunda carta de S. Mijoels a Zhdánov fechada el 18 de septiembre de 1947 permite seguir la suerte del libro. Mijoels informaba al funcionario que «tras recibir la correspondiente orden de la Dirección de Propaganda y la autorización del Glavlit (organismo ocupado de la censura; I. A.), el CJA procedió a enviar a imprenta *El libro negro*». Sin embargo, el 20 de agosto de 1947, cuando ya se habían compaginado treinta y tres de los pliegos, «el Glavlit cursó una orden» disponiendo el cese inmediato de los trabajos de impresión. Mijoels anota una serie de argumentos a favor de la publicación del libro, a saber, que no había perdido actualidad, que su publicación tenía una gran importancia en términos ideológicos y advertía sobre el peligro de un nuevo brote de fascismo. Pero a aquellas alturas la suerte del libro ya estaba echada. La había «decidido» la nueva ola de dirigentes del partido: M. A. Súslov, quien sustituyó en el cargo a Alexándrov y a quien Zhdánov remitió la carta de Mijoels, y D. T. Shépilov, a quien Súslov encargó estudiar la petición del CJA. La última pieza de esta correspondencia «unidireccional» es un certificado que lleva la firma de M. Morozov, a la sazón subdirector del departamento encargado del trabajo con las editoriales de la Dirección de Propaganda y Agitación del Comité central del Partido Comunista Panruso (bolchevique). Fechado el 7 de octubre de 1947, el certificado dice lo siguiente: «La Dirección de Propaganda ha

examinado minuciosamente el contenido de *El libro negro* y ha detectado la presencia en él de graves errores políticos. La Dirección de Propaganda no ha aprobado la publicación del libro en 1947. Por lo tanto, el libro no puede ser impreso».

Una semana más tarde, el 15 de noviembre de 1947, la imprenta ofreció al CJA pasar a retirar los pliegos ya impresos. Menos de dos meses más tarde S. Mijoels fue asesinado en Minsk y el 13 de febrero de 1948 I. Feffer acometió el último —y ciertamente curioso — intento de salvar *El Libro negro*. En una solicitud enviada a la Dirección de Propaganda y Agitación del Comité central del Partido Comunista Panruso (bolchevique) «con motivo del inminente cese de la impresión», Feffer solicitaba autorización para imprimir los dos o tres pliegos restantes «para hacer una tirada de 150-200 ejemplares» destinada a «fondos bibliotecarios de acceso restringido». Sin embargo, el «cese» no sólo afectaba a la impresión del libro: también cesaban las actividades del Comité Judío Antifascista. A finales de 1948 comenzaron los arrestos de los miembros más distinguidos del Comité, muchos de los cuales habían participado en los trabajos sobre *El libro negro*. Por lo tanto, la suerte *El Libro negro* fue sellada en el otoño de 1947, exactamente un año antes de la disolución del CJA y casi cinco años antes de que se dictaran condenas de muerte a sus dirigentes en agosto de 1952. Según testimonio de Ilyá Ehrenburg, en muchas de las sentencias se mencionaba *El libro negro*. Una vez más Heinrich Heine demostró tener razón cuando aseguraba que allí donde se queman libros, se acaba por quemar hombres.

Sin embargo, el original de *El libro negro* llegó hasta nosotros no sólo en la versión enviada a diez países por las autoridades soviéticas. Todos los materiales utilizados para la edición del libro (en total, veintisiete tomos) se conservaron escrupulosamente en los archivos del Ministerio para la Seguridad del Estado, desde donde fueron trasladados más tarde al TsGAOR, organismo entonces equivalente al actual Archivo Estatal de la Federación rusa. No fue hasta 1989 que se autorizó su consulta con fines académicos. Entre otros materiales, los archivos conservan la copia mecanografiada del texto de *El libro negro* en la versión puesta a punto en el verano de 1945. Esa copia está cruzada por tachaduras con lápices de color rojo y azul que señalan todos aquellos fragmentos que parecieron

sospechosos a los censores, antes de que se procediera a mecanografiar nuevamente el texto a principios de 1946. La mayoría de pasajes eliminados corresponde a los momentos donde el texto se refiere a las manifestaciones de antisemitismo y a la ayuda que la población local prestó a los alemanes. Todos esos fragmentos aparecen señalados en esta edición con un tipo de letra distinto (véase página 31). Algunos de los textos de *El libro negro* sufrieron cambios importantes de redacción si se los compara con la versión original. En esta edición hemos recuperado sólo aquellos pasajes cuya eliminación pudo deberse a criterios ideológicos y no meramente editoriales.

Según se desprende de la comparación del texto de 1947 y la versión publicada en Israel en 1980 hubo un segundo trabajo de edición de los textos que podemos datar en los finales de 1946 y principios de 1947. Entonces fueron eliminados nuevos pasajes (en esta edición aparecen en un tipo distinto de letra y entre corchetes), sobre todo aquellos en los que los autores se refieren a la autoconciencia de los judíos y las digresiones que buscaban subrayar las características propias del pueblo judío. Llama la atención que el término «judío», habitual en labios de los antisemitas, fuera sustituido en todos los casos por «hebreo».

La presente edición se basa en el texto aprobado para ir a imprenta en 1947. Ese texto principal, al que se han añadido los pasajes purgados por la censura, más el material fotográfico que los editores contemplaban incluir en la edición soviética, ofrece al lector la posibilidad de admirar un monumento literario único de toda una época.

ILYÁ ALTMAN

Aclaración

Este libro se imprime siguiendo las galeradas de los pliegos destruidos de *El libro negro* facilitadas a la editorial por Irina Ilínichna Ehrenburg. Se incluyen fragmentos de dos versiones anteriores de *El libro negro* que fueron eliminados por los censores y aportan información adicional. Se han utilizado materiales provenientes del Archivo Estatal de la Federación rusa seleccionados por el investigador del mencionado archivo Ilyá Altman, así como fragmentos de la edición de *El libro negro* aparecida en Jerusalén en 1980, cuya selección corrió a cargo del historiador Ilyá Lempertás, asistente editorial.

Los fragmentos añadidos a partir de la versión del texto de 1945 (es decir, a partir de materiales conservados en el Archivo Estatal de la Federación rusa) se imprimen *en letra cursiva.*

Los fragmentos añadidos a partir de la versión del texto de 1946 (es decir, a partir de la edición de *El libro negro* publicada en Jerusalén en 1980) se imprimen *[en letra cursiva entre corchetes].*

El libro negro de los atroces crímenes en masa perpetrados por los fascistas alemanes contra los judíos en los territorios ocupados de la Unión Soviética y los campos de concentración de Polonia durante la guerra (1941-1945)

Nota de los editores de *El libro negro*

El libro negro recoge los testimonios acerca de los asesinatos en masa de ciudadanos judíos, organizados y ejecutados por las fuerzas fascistas alemanas en los territorios temporalmente ocupados de Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Lituania, Letonia y Estonia.

En algunos casos los relatos se refieren a ciudadanos soviéticos judíos transportados a los campos de exterminio en Polonia-Auschwitz, Treblinka o Sobibor. Los editores hemos estimado pertinente incluir en el libro las descripciones de esos campos de concentración, aun cuando estaban situados en Polonia, es decir, fuera de las fronteras de la Unión Soviética.

En muchos lugares, las personas condenadas a una muerte cierta organizaron una fuerte resistencia armada. Muchas veces la causa del estallido de esos levantamientos fue el deseo de impedir el paso a algún convoy que llevaba el camino de Treblinka y otros campos de exterminio. Fueron razones exactamente análogas las que motivaron el levantamiento en el gueto de Varsovia: también entonces la chispa que encendió la rebelión fue la inminente deportación a Treblinka de contingentes de judíos de la ciudad. Es por ello que también en ese caso, basándonos en que el levantamiento del gueto de Varsovia es un hecho análogo a muchos que ocurrieron en los territorios soviéticos ocupados, los editores decidimos violar el principio que establece que sólo incluiríamos narraciones de hechos ocurridos dentro de las fronteras de la Unión Soviética e insertamos un relato de aquel acontecimiento. La gran victoria de Stalingrado constituyó un estímulo para numerosas revueltas contra los ocupantes. La noticia de esa victoria significó un rayo de esperanza que atravesó por un instante las tinieblas de guetos y campos de exterminio.

Los textos que conforman *El libro negro* pueden ser divididos en tres categorías.

La primera categoría agrupa las cartas, los diarios, la transcripción de relatos y testimonios de testigos, en muchos casos oculares, y víctimas que consiguieron escapar de las garras de los fascistas. Algunas de esas cartas fueron escritas por personas que más tarde acabaron siendo ejecutadas por los alemanes y fueron a parar a las manos de los editores de *El libro negro* por mediación de familiares o amigos de las víctimas.

La segunda categoría corresponde a diversas crónicas debidas a escritores soviéticos. Son crónicas escritas a partir de declaraciones, cartas, diarios y relatos. Esos materiales fueron entregados a los escritores por los editores de *El libro negro* y todo lo que se puede leer en las crónicas que escribieron a partir de ellos se corresponde estrictamente con los materiales originales. En algunos casos, los escritores mantuvieron encuentros personales con los testigos, viajaron a los sitios donde se produjeron ejecuciones en masa, así como a guetos y campos de exterminio, presenciaron la exhumación de cadáveres enterrados en fosas comunes, consultaron informes forenses, *etc.*

La tercera categoría incluye los materiales presentados a los editores de *El libro negro* por la «Comisión Estatal Especial para el establecimiento e investigación de las atrocidades cometidas por los ocupantes fascistas alemanes». Esos materiales consisten en las declaraciones prestadas por los ejecutores directos y los instigadores de los crímenes durante el proceso de investigación oficial al que fueron sometidos. También se incluyen en ese apartado algunos testimonios de las víctimas aportados durante la referida investigación.

El trabajo de los editores de *El libro negro* ha estado inspirado en varios propósitos.

El libro negro debe convertirse en un monumento funerario que se alce sobre las fosas comunes que guardan los cuerpos de incontables soviéticos torturados y asesinados por los fascistas alemanes.

En tanto alegato de acusación de los criminales fascistas, *El libro negro* proporciona un pormenorizado relato del crimen más sangriento cometido por el gobierno fascista de Alemania. Este libro debe mover al odio y la repugnancia hacia la salvaje ideología del fascismo y a la vez servir a la gran idea de afirmación de la vida, a

saber, la causa de la igualdad de los pueblos y la paz.

*[*El libro negro *debe servir como elemento para la acusación de los criminales fascistas que organizaron y perpetraron el asesinato de millones de mujeres, ancianos y niños.]*

Prólogo

I

A lo largo de los años en que consiguió imponer su dominio, el fascismo alemán transformó regiones y comarcas enteras en desiertos, destruyó las capitales de muchos países europeos y cientos de ciudades, redujo a cenizas decenas de miles de pueblos y aldeas. A lo largo de los años en que consiguió imponer su dominio, el fascismo alemán segó millones de vidas humanas. Si repasamos mentalmente los países europeos de los que los alemanes consiguieron apoderarse, si atendemos a la dimensión de las brutales atrocidades que cometieron en ellos, si medimos los enormes daños que infligieron al patrimonio cultural compartido por toda la humanidad, podría parecer que todo ello fue un acto de demencia, el resultado de la más completa locura. Podría pensarse que durante esos años sobre Europa se abatieron las fuerzas de los elementos, las fuerzas del caos, desatadas como si del más terrible de los huracanes se hubiera tratado. Los crímenes fueron tan inhumanos, tan contrarios a la razón y fue tan enorme la destrucción que a uno le cuesta encontrar otra explicación. Pareciera que tales acciones repugnan a la razón humana, que su propia naturaleza le impide participar de ellos. Sin embargo, tal percepción es errónea. La tormenta que asoló Europa no fue un hecho espontáneo. Esa tormenta tuvo sus organizadores. Las inéditas atrocidades que se cometieron fueron avaladas por los discursos de los valedores de la teoría de las razas y la teoría del espacio vital necesario al pueblo alemán. Esas teorías fueron elaboradas y voceadas por los líderes del fascismo alemán: Hitler, Goering, Rosenberg, Streicher, Goebbels y muchos más. Cientos de libros fueron escritos para fundamentar las teorías raciales; también

se crearon institutos de investigación y cátedras universitarias con idéntico propósito. Los partidarios del racismo se dieron a la tarea de revisar la historia antigua y la contemporánea, el derecho, las leyes que rigen el desarrollo económico, la historia de la filosofía y de la cultura, las diferentes confesiones religiosas, los principios éticos y morales que comparte la humanidad. Ahora los pueblos del mundo saben qué es la teoría de las razas y la teoría del «espacio vital» del pueblo alemán, como saben qué es el derecho o la ética fascista, cuáles son los elementos de la ideología del fascismo. Las ruinas y las incontables fosas comunes que han inundado Europa dan sobrado testimonio de ello.

Los principios desarrollados por los teóricos del nazismo encontraron acomodo en la legislación alemana y fueron implementados en la actividad del *Reichsführer* SS Himmler, su adjunto Kaltenbrunner, los jefes de los territorios ocupados como Rosenberg, Koch, Frank, Seyss-Inquart, los cientos, miles y decenas de miles de agentes de la Gestapo, los oficiales de las SS, los dirigentes de las SA y la SD, los gendarmes, los batallones y regimientos policiales, las oficinas de los comandantes, los incontables *Brigadenführers, Obersturmbannführers, Rottenfübrers, Ober* y *Unterscharführers, Sonderführers*, *etc.*

Los asesinatos en masa y la conversión de millones de personas en esclavos transcurrieron de acuerdo con un calendario y unas normas. Todo se ajustaba con precisión al cumplimiento de objetivos fijados en plazos trimestrales y mensuales. El transporte de millones de personas condenadas a muerte o a la esclavitud requería la correspondiente planificación de los transportes ferroviarios. La construcción de las cámaras de gas y los crematorios para la incineración de los cadáveres requirió la colaboración de químicos, expertos en termodinámica, ingenieros y especialistas en construcción. Todas esas instalaciones fueron construidas a partir de proyectos previamente elaborados; esos proyectos fueron discutidos y aprobados. La tecnología del exterminio en masa fue segmentada en una serie de funciones consecutivas, como si se tratara de un proceso industrial cualquiera. Las joyas y el dinero de los muertos se enviaban a las arcas del Estado; sus muebles, objetos personales, ropa y zapatos eran sometidos a un proceso de selección, se los almacenaba por separado y después eran redistribuidos. Las

empresas agrícolas o militares y las fábricas de jabón hacían pedidos que eran satisfechos con prontitud. Así, recibían y distribuían cabello de mujer, grasa y huesos astillados provenientes de los cadáveres. No, decididamente, no fue una tormenta lo que se abatió sobre Europa. Fueron la teoría y la práctica del racismo. Un plan y su realización en la práctica. Un plano arquitectónico y el edificio erigido a partir de las líneas trazadas sobre el papel.

Tan sólo la lucha tenaz y sangrienta de los pueblos amantes de la libertad —en primer lugar, el pueblo soviético—, una lucha que se cobró incontables vidas, consiguió demoler el edificio construido por los fascistas alemanes y echar abajo el cadalso que Hitler levantó en medio de Europa.

Hitler, su cuartel general, sus mariscales de campo y sus consejeros consideraban al Ejército Rojo y el Estado soviético sus principales, mortales, enemigos. Al diseñar un traicionero ataque relámpago contra la Unión Soviética, Hitler movilizó los ejércitos de Alemania y sus satélites para aplastar la resistencia del Ejército Rojo gracias a la superioridad de sus fuerzas y el carácter sorpresivo del golpe.

Sometido a la mortal tensión de una lucha feroz, el Ejército Rojo demostró una madurez y un coraje que la humanidad no había conocido jamás. A la maquinaria bélica alemana el Ejército Rojo opuso la maquinaria bélica creada por la joven industria soviética. A las sombrías ideas del racismo el pueblo soviético y su Ejército Rojo opusieron las ideas del humanismo soviético en las que habían sido educados sus combatientes, oficiales y generales. A la obtusa estrategia del mando fascista alemán el Ejército Rojo opuso la extraordinaria estrategia de Stalin imbuida de una profunda comprensión de las fuerzas en conflicto y una visión panorámica de la guerra.

Las elevadas ideas que propugnan el progreso, la democracia, la igualdad entre las naciones y la amistad de los pueblos que siempre defendió y defenderá el pueblo soviético triunfaron en los campos de batalla sobre las fuerzas de las tinieblas y la reacción. Los soviéticos lucharán sin tregua contra cualquier intento de los reaccionarios y los imperialistas por revivir la ideología y la práctica del fascismo. Todas las fuerzas democráticas del mundo los apoyarán en esa lucha.

II

Desde los primeros días de su llegada al poder, e incluso cuando luchaban por alcanzarlo, los nazis convirtieron a los judíos en el origen de todos los males que había padecido la humanidad.

Los partidarios de la teoría racial movilizaron todos los medios a su alcance: la mentira, las acusaciones más insensatas y disparatadas, prejuicios medievales largamente superados, seudocientíficas teorías lanzadas por provocadores fanáticos. En suma, acudieron a todo el arsenal que desde siempre utilizan los reaccionarios, los oscurantistas y los políticos de pacotilla que desean ocultar al pueblo los verdaderos propósitos y las genuinas causas del juego criminal que han puesto en marcha. ¿Por qué los reaccionarios de todas las épocas han enarbolado la bandera del antisemitismo? Porque la reacción jamás ha defendido los intereses de las grandes masas populares; porque la reacción siempre lucha a favor de los intereses de grupos estrechos y privilegiados y actúa contra los intereses del pueblo, contra las leyes objetivas del desarrollo social, contra la verdad. Como es natural, en una lucha de esa índole no cabe apelar a la razón de la gente, a los sentimientos de justicia, a la humanidad, a la democracia. Es evidente que una lucha como ésa exige recurrir a los prejuicios, mentir, despertar los más bajos instintos, engañar, practicar la demagogia más desenfrenada. He ahí el por qué cuando el fascismo alemán se dispuso a arrastrar a los pueblos de Europa a una guerra fratricida instigó el odio racial, revivió los desvaríos y los prejuicios antisemitas, engañó miserablemente a las masas. Todo ello se hizo con el objetivo de nublar la conciencia de las masas populares de Alemania; confundirlas con la ilusión de su propia superioridad sobre el resto de pueblos del mundo; inculcarles la crueldad, la altivez y el desprecio a la humanidad. Ello se hizo con el propósito de echar por los suelos y aniquilar la idea de hermandad que une a los trabajadores de todo el mundo.

Hitler convirtió los principios demagógicos de la división entre las razas, el odio racial, la superioridad racial y los privilegios raciales en el fundamento de la política del partido y el Estado nazi. La raza alemana —«la raza de los señores»— fue colocada en la cúspide de la pirámide racial. A ella la seguían las razas

anglosajonas, consideradas inferiores, y debajo las razas latinas, aún inferiores. La base de la pirámide la constituían los eslavos, la raza de los esclavos. Los fascistas colocaron a la raza judía enfrente y en contraposición a todos los pueblos que habitan la tierra. El fascismo culpó a los judíos de crímenes absolutamente fantásticos. Según sus postulados, los judíos aspiraban al dominio mundial y a esclavizar a todos los pueblos del mundo. Y los fascistas se proclamaron los defensores del mundo contra el peligro judío. Las diferencias entre las razas y las diferencias de sangre fueron declaradas elementos decisivos de todo el proceso histórico. Para el hitlerismo, la historia de la humanidad no es más que la historia de los enfrentamientos raciales y las leyes históricas conducen inexorablemente a la victoria de la raza superior sobre las inferiores, a la aniquilación y desaparición de las razas inferiores.

Conviene recordar aquí las palabras que escribió Stalin a petición de la Agencia Telegráfica Judía de Estados Unidos: «Respondo a la pregunta que me habéis formulado. El chovinismo nacional y racial es un vestigio de costumbres odiosas que pertenecen al período del canibalismo. En tanto forma extrema del chovinismo racista, el antisemitismo constituye el más peligroso vestigio del canibalismo. Para los explotadores, el antisemitismo funciona como una suerte de pararrayos que libra al capitalismo del trueno de los trabajadores. El antisemitismo es un peligro para los trabajadores, porque los aparta de la senda correcta y los conduce a la jungla. Es por ello que los comunistas, en tanto genuinos internacionalistas, no pueden ser sino enemigos jurados e implacables del antisemitismo. En la URSS el antisemitismo se persigue con la máxima severidad como un fenómeno profundamente hostil al sistema soviético. Las leyes de la URSS prevén la pena capital para los antisemitas militantes. Stalin».

El camarada Stalin escribió esas palabras el 12 de enero de 1931, cuando los fascistas alemanes se aprestaban a hacerse con el poder y atizaban el fuego del odio racial con todas sus fuerzas. La historia ha demostrado de qué lado estaba la verdad. Los fascistas siempre intentaron distinguir su trato a los judíos de cualquier otro aspecto de su programa racial. Siempre y en todas partes, ya fuera en sus ataques contra los trabajadores, en su violencia contra los intelectuales o contra las corrientes progresistas en la ciencia y las

artes, cuando organizaban pogromos en universidades e instituciones de enseñanza o alteraban los programas de estudio, los fascistas comenzaban por acusar a gritos a los judíos. Siempre y en todas partes, los judíos eran declarados la fuente de todos los males: en los sindicatos, las oficinas del Estado, en las fábricas y las redacciones de diarios y revistas, en el comercio, la filosofía y la música, en los colegios de abogados o médicos, en el transporte ferroviario, y así sucesivamente.

Enarbolando la bandera de la lucha contra los judíos, el fascismo destruía, aniquilaba y apagaba cualquier atisbo de resistencia; ahogaba todo conato de protesta. En los territorios ocupados por las tropas fascistas alemanas se incitaba permanentemente a las demás nacionalidades a participar en la represión contra los judíos. ¿Por qué lo hacían? Esos actos de violencia perseguían dos fines: sembrar el convencimiento de que la aniquilación de los judíos constituía el principal objetivo de la actividad terrorista de los nazis y generar así la ilusión de que los otros pueblos quedaban a salvo del mazazo de la violencia.

Los fascistas perpetraban la mayor provocación que ha conocido la historia y aun así pretendían ocultar su verdadero rostro a los pueblos del mundo. El fascismo se proponía borrar de la conciencia humana la más elevada de las nociones, la que define a los «hombres».

En 1935 la Unión de juristas nacionalsocialistas propuso eliminar del código civil alemán la noción de «hombre» que, en opinión de los juristas alemanes fascistas, «disimulaba y distorsionaba la distinción entre los miembros de un linaje, los ciudadanos de un imperio, los extranjeros, los judíos, etc»..

Pero el fascismo no consiguió borrar el significado de la noción de «hombre».

III

La regularidad de las acciones emprendidas por el gobierno fascista alemán no deja lugar a duda de que la aniquilación de millones de personas fue preparada por Hitler y su camarilla paso a paso y con gran meticulosidad. El 15 de septiembre de 1935 se aprobó en Núremberg la Ley de la ciudadanía del Reich que llevaba

las firmas de Hitler, Canciller del Reich, y Wilhelm Frick, ministro del Interior del Reich. El segundo artículo de esa ley declara lo siguiente: «Es ciudadano del Reich todo súbdito de sangre alemana o afín cuya conducta demuestre su voluntad y capacidad de servir fielmente al pueblo y al imperio alemán». Mediante esa ley se privaba de la ciudadanía a los judíos alemanes, los extranjeros y, al mismo tiempo, a todos los alemanes que se mostraran hostiles al régimen de Hitler.

Por otra parte, el cuarto punto del programa hitleriano rezaba: «Sólo aquel por cuyas venas corre sangre alemana puede ser considerado ciudadano del Imperio. He ahí el porqué los judíos no pueden ser considerados parte del pueblo alemán».

La Ley de la ciudadanía del Reich fue acompañada por la promulgación ese mismo día de la Ley para la preservación de la sangre alemana y el honor alemán. Esa ley apareció firmada por Hitler, Canciller del Reich, Frick, ministro del Interior, Gürtner, ministro de Justicia, y Hess, segunda figura del Gobierno y ministro sin cartera. El primer párrafo de la ley prohibía los matrimonios entre judíos y súbditos alemanes de sangre alemana o afín. El párrafo quinto establecía lo siguiente: «La violación de lo establecido en el Párrafo I será castigada con una condena a trabajos forzados». Otro párrafo rezaba: «Se prohíbe a los judíos portar banderas del Reich o alemanas, así como hacer uso de los colores del Reich».

De ahí en adelante, como salidas del cuerno de la abundancia, fueron apareciendo más leyes, decretos, edictos. Los diarios y los textos legales se llenaron de nociones como «judío pleno», «judío mestizo», «judío en ¾ partes», «medio judío», «judío en ¼ parte», «alemán de sangre pura», «sangre afín a la alemana». Un decreto del 14 de noviembre de 1935 privaba a los judíos del derecho al sufragio y al ejercicio de cargos públicos. Poco después, el 31 de diciembre de 1935 fueron licenciados todos los judíos empleados en instituciones del Estado. Se estableció un sistema para calcular el porcentaje de sangre judía que corría por las venas de los descendientes de matrimonios mixtos. Tal cálculo se hacía atendiendo a la antigüedad y naturaleza del mestizaje en pesquisas de cada linaje que llegaban hasta el año 1800. Se investigaba con todo detalle a los abuelos, bisabuelos y tatarabuelos de todo aquel

que se disponía a contraer matrimonio. Las prohibiciones en relación con el ejercicio de las profesiones se sucedían una tras otra. A los médicos judíos se les prohibió atender a pacientes «arios» en sus consultas. Los judíos que desarrollaban su carrera profesional en las esferas científica, literaria o artística enfrentaron prohibiciones que les impedían trabajar en las universidades, publicar libros, dictar conferencias, exponer cuadros u ofrecer conciertos.

Se trataba del inicio de un proceso de restricciones legales y administrativas, un proceso para empujar a los judíos al ostracismo y expulsarlos de todos los sectores de la vida social, la ciencia y la industria.

Al mismo tiempo y con frecuencia creciente, el gobierno hitleriano y el partido nazi organizaban y alentaban actos violentos contra los judíos: pogromos, golpizas, saqueos de comercios y viviendas, asesinatos. Las olas de pogromos se sucedían una tras otra en Alemania. Sus organizadores y ejecutores eran agentes de la Gestapo, efectivos de las tropas de asalto, activistas del partido nazi.

Entretanto, disimulados tras la espesa nube del odio racial y las demagógicas llamadas a velar por la pureza de sangre y la defensa del Estado alemán y el honor de los alemanes, los nazis desmontaron y aniquilaron las fuerzas de resistencia del pueblo alemán y todas las organizaciones democráticas. Decenas de miles de luchadores de ejemplar trayectoria y líderes progresistas fueron recluidos en los campos de concentración o ejecutados bajo el cargo de traición a la patria. El proceso de penetración fascista de los sindicatos, de las instituciones estatales y privadas, la penetración fascista de los círculos científicos, artísticos, la enseñanza media y superior, así como de todos los sectores de la vida social sin excepción transcurría en paralelo con los pogromos y la actividad antisemita del gobierno alemán.

Probablemente nunca antes se mostró de una manera tan evidente y concreta la conexión que une a la reacción con el antisemitismo. Y probablemente nunca antes se vio en forma más diáfana cómo se orquestaba una campaña antisemita con el objetivo de enmascarar una ofensiva general contra los derechos y las libertades de las clases trabajadoras en Alemania.

El segundo período de la política nazi hacia los judíos coincidió con el inicio de la Guerra mundial y la invasión nazi de Polonia,

Francia, Noruega, Bélgica y otros países europeos. Entonces el imperialismo alemán ya había pasado a la ejecución abierta de sus planes agresivos. Fue en ese período que las nociones de «espacio vital», «superioridad de la raza alemana» y «raza de los señores» adquirieron una manifestación concreta. Ahora ya se trataba abiertamente de la hegemonía mundial a la que aspiraba Alemania, del poder que el imperialismo alemán quería desplegar sobre todos los pueblos del mundo.

Daba inicio un ataque frontal a la libertad y los pueblos del mundo tenían que convencerse de que el fascismo alemán estaba plenamente decidido a recurrir al terrorismo más brutal y que no se abstendría de utilizar cualquier forma de violencia con tal de conseguir sus objetivos.

Y, en efecto, los fascistas demostraron que resolución no les faltaba.

El hacha alemana se cernía sobre los pueblos de Europa. Fieles a su táctica, mientras los fascistas se disponían a masacrar a los pueblos esclavizados, proclamaron a bombo y platillo las más crueles formas de violencia contra los judíos. Dio inicio entonces una provocación de proporciones inéditas contra los judíos. Si durante el primer período de acoso, el hostigamiento recordaba, aunque multiplicado, al que las Centurias negras sometieron a los judíos en la Rusia zarista en aquellos duros días de enfrentamiento a la reacción, ahora en esta segunda etapa se consiguió superar los períodos más oscuros del Medioevo. Se establecieron guetos en los territorios de Europa oriental y millones de judíos polacos fueron encerrados en ellos. Seguidamente, los alemanes comenzaron a trasladar judíos de Alemania, Austria y Checoslovaquia para encerrarlos en los guetos de Polonia. Los judíos que habitaban pequeñas ciudades y aldeas eran trasladados a grandes guetos. Tan sólo el gueto de Varsovia llegó a albergar a más de medio millón de judíos. Otros doscientos cincuenta mil vivían en el gueto de Lodz.[4] Los guetos de Radom, Lublin y Czestochowa alojaban a varias decenas de miles más. En torno a los guetos se alzaban muros de piedra cuyas cimas estaban cubiertas de vidrio astillado. Los muros estaban rodeados de alambre de espino y en algunos tramos pasaba corriente eléctrica de alto voltaje por el entramado de alambre. A las puertas de los guetos hacía guardia una guarnición de las SS,

cuyos hombres iban armados con ametralladoras. Todos los habitantes de los guetos estaban obligados a portar estrellas de seis puntas y color amarillo cosidas a sus ropas en el pecho y la espalda que servían a modo de distintivo.

La vida de millones de personas se vio abocada a las más crueles privaciones. El sufrimiento que les infligían el frío y el hambre eran horrorosos. Pero no menos horribles eran los tormentos morales de personas privadas de todos sus derechos, apartados súbitamente de la vida social y productiva, marcadas con el estigma de los prisioneros, arrojados a un espacio donde no regía ley alguna. Ya el primer invierno provocó epidemias en los guetos y masivas muertes por inanición. En aquel entonces se consideraba «pesimistas» a quienes creían que la estancia en los guetos se prolongaría largo tiempo. La mayoría, en cambio, creía que se trataba de una medida «extraordinaria» y por lo mismo provisional, establecida a causa de la guerra.

Pero ni siquiera los pesimistas más sombríos alcanzaron a adivinar los verdaderos planes de los nazis.

La concentración en guetos no fue más que el primer paso que condujo a la aniquilación en masa de la población judía. Era el primer eslabón de una cadena de acciones cuidadosamente diseñadas. Era apenas el primer escalón que acercaba al cadalso a millones de seres humanos. En los territorios ocupados, los fascistas alemanes recurrieron a las mismas prácticas ensayadas ya dentro de Alemania. Bajo el estruendo ensordecedor de los tambores de la judeofobia y al son de calumnias destinadas a azuzar el odio, los alemanes eliminaron deprisa y metódicamente a cientos de miles de intelectuales y activistas democráticos polacos. Una vez más lo hicieron ocultos tras la venenosa neblina generada por absurdas calumnias de inspiración antisemita. Llamaban a gritos a ajustar las cuentas a los judíos, pero entretanto sujetaban con grilletes a los pueblos de Polonia y Checoslovaquia. Publicaban en libros y periódicos las fotografías del gueto de Varsovia y mientras, a hurtadillas, en silencio, asesinaban a polacos y checos.

Al mismo tiempo, en la quietud de los despachos berlineses ya se comenzaba a diseñar minuciosamente y con todo detalle la última y decisiva etapa de la masacre; se debatía sobre los emplazamientos óptimos de los campos de exterminio y las fábricas de la muerte; se

aprobaba la metodología de los asesinatos en masa; Himmler y Eichmann organizaban los *Einsatzgruppen* y los comandos de la SD; se estudiaban los proyectos para la construcción de las cámaras de gas y los crematorios.

El 22 de junio de 1941 las tropas fascistas alemanas invadieron el país de los Sóviets.

Se trataba de la mayor tentativa de la Alemania fascista para conseguir el dominio mundial. Hitler había anunciado una guerra relámpago y que la URSS habría dejado de existir a finales de año. Una vez que la Unión Soviética hubiera sido sometida, cualquier resistencia por parte de Estados Unidos o Inglaterra parecería estéril. Los fascistas suponían que el *Blitzkrieg* entraba en su fase definitiva. Nunca antes la propaganda racista de los nazis alcanzó un punto más alto. Armados hasta los dientes e instruidas con precisión, las bandas de las SS, los *Einsatzkommandos*, los *Einsatzgruppen* y las unidades de las SD esperaban de antemano la orden de masacrar. Hitler había dado esa orden en junio de 1941. Desde los primeros momentos de la invasión, se desató una sangrienta masacre de millones de ciudadanos soviéticos como no había conocido antes la humanidad. Una masacre que se cebó sobre todo en los comunistas, los comisarios de guerra y los judíos.

La masacre era un mero eslabón de la cadena del terror con la que los fascistas alemanes querían paralizar la resistencia del pueblo soviético amante de la libertad. La crueldad inédita que desplegaban quería sumir en el estupor a los soviéticos. Corrieron ríos de sangre. Los fascistas masacraron a cientos y miles de rusos, bielorrusos y ucranianos.

La orden que Hitler había dado en secreto antes de la invasión de la URSS autorizaba las más crueles represalias contra los habitantes de los pueblos y aldeas soviéticas. De acuerdo con esa orden, los tribunales militares recibieron instrucciones de ignorar cualquier queja de la población ucraniana, rusa y bielorrusa por las actividades ilegales cometidas por soldados y oficiales del ejército alemán. Los saqueos, los incendios, los crímenes, los desmanes y la violencia que los alemanes perpetraban en suelo soviético no se consideraban delitos. Se cometían con la autorización y la bendición de Hitler, sus mariscales de campo y sus generales. Cientos y miles de pueblos y aldeas fueron reducidos a cenizas.

Regiones enteras fueron convertidas en «zonas desérticas». En el área comprendida entre los ríos Desna y Dniépr los alemanes arrasaron casi todas las aldeas que encontraron a su paso. Las vastas regiones de los distritos de Smolensk y Oriol fueron convertidas en páramos deshabitados. Conscientemente, el mando alemán condenó a la población de esas regiones a los más grandes padecimientos y a morir de hambre y frío. Millones de personas perdieron sus casas y malvivían en bosques, improvisadas cuevas o carros de combate abandonados. La política implementada por los alemanes en los pueblos y ciudades que tomaban bajo su dominio era de una crueldad incomparable: el trabajo se convirtió en una condena, una maldición, que pesaba sobre los campesinos. Los capataces alemanes, los policías y los supervisores del trabajo agrícola golpeaban a los campesinos con látigos y porras obligándolos a salir a los campos y castigándolos severamente por cualquier violación del régimen de trabajos forzados al que estaban sometidos.

Antaño florecientes zonas industriales y hermosas ciudades fueron reducidas a escombros. Condenados a morir de hambre, sus habitantes huían a las zonas rurales en busca de alimentos. Pero también las zonas rurales eran víctimas del saqueo más exhaustivo. Día y noche salían hacia Alemania convoyes cargados de grano robado, maquinaria industrial, objetos de consumo, piezas del patrimonio histórico, obras de arte. Las condiciones del cautiverio de los soldados del Ejército Rojo caídos en manos alemanas eran especialmente crueles. Miles de prisioneros de guerra morían en los campos de concentración debido al hambre y las epidemias. Periódicamente se producían ejecuciones masivas de prisioneros desarmados. Cientos de miles de personas perdieron la vida en esas masacres perpetradas en Viazma, Minsk y la región de Jolm.

Los hitlerianos concebían aquellos asesinatos como un mero entrenamiento para la futura conquista del «espacio oriental». Las masacres de civiles rusos, bielorrusos y ucranianos en muchos lugares eran los primeros pasos para la puesta en práctica del programa de aniquilación total de los pueblos eslavos que Hitler había promulgado. En relación con los judíos, los fascistas implementaron sus sangrientos planes de inmediato y sin excepciones. Toda la población judía de las áreas ocupadas por los alemanes quedó sujeta a la aniquilación desde el primer momento.

Todos eran ejecutados, sin excepción. Niños todavía incapaces de andar, paralíticos, ancianos decrépitos que no podían tenerse sobre sus piernas eran conducidos al lugar de la ejecución cargados en sábanas o transportados en camiones y carretas.

Las ejecuciones transcurrían en forma idéntica en lugares separados por cientos y a veces miles de kilómetros. Tal uniformidad demuestra la existencia de un protocolo de actuación secreto diseñado con antelación. Los verdugos seguían estrictamente el protocolo. La forma y la profundidad de las fosas, el procedimiento para la conducción de las víctimas a los lugares de ejecución, las explicaciones que daban los alemanes a las personas que conducían a la muerte, muchas veces ignorantes hasta el último minuto de la suerte que les esperaba: todo ello se repitió en forma idéntica miles de veces.

En las áreas ocupadas de la Unión Soviética, la reclusión en los guetos era breve y precedía inexorablemente a una pronta muerte. Los guetos no eran más que centros de reunión de condenados a muerte. Era más cómodo trasladar a los judíos desde los guetos a los lugares de ejecución; en los guetos era más fácil controlar a todas las capas de la población; en los guetos se podía segregar a quienes eran capaces de ofrecer resistencia de los niños y los ancianos desvalidos. Tan sólo en las regiones occidentales de las áreas ocupadas en la Unión Soviética —en ciudades como Minsk, Kaunas, Vilnius, Siailiau— los guetos permanecieron activos uno o dos años y en algunos casos hasta tres. En las regiones orientales de los territorios ocupados en la Unión Soviética los crímenes solían comenzar muy pronto después del arribo a la ciudad ocupada del nuevo mando alemán, la Gestapo, los *Einsatzkommandos*, los gendarmes y las unidades y batallones de la policía. Por lo general, entre la ocupación de la ciudad y la ejecución en masa transcurrían dos meses o dos meses y medio. Ese plazo de tiempo se subdividía en una serie de etapas. Primero, los ocho o diez días que tardaban en llegar a una ciudad ocupada los hombres de la Gestapo. Las hienas de Himmler seguían a las tropas, pero preferían no correr peligros en regiones donde el éxito militar alemán no estaba aún definitivamente asegurado. Seguidamente se requería cierto tiempo para aceitar los mecanismos de trabajo entre la Gestapo, la policía y la oficina del comandante de la ciudad. En cuanto el mecanismo de

represión e investigación estaba listo, se anunciaba el traslado de todos los judíos al gueto. Ese traslado ocupaba dos o tres días, aunque a veces tomaba una semana. Mientras se realizaba el reasentamiento, los alemanes trabajaban arduamente y en secreto en la preparación de la masacre y elegían el lugar donde perpetrarían la ejecución. A veces las trincheras antitanque servían para la fosa común; en otras ocasiones se aprovechaban depresiones naturales del terreno, fueran furnias o barrancos. Pero la mayoría de las veces las fosas eran cavadas en la tierra. Por su forma y dimensiones, las fosas parecían profundas y grandes trincheras. De cavarlas se ocupaban campesinos traídos a la fuerza desde aldeas cercanas, soldados del Ejército Rojo hechos prisioneros de guerra o los propios judíos traídos desde los guetos. Ninguno de ellos sospechaba cuál era la verdadera finalidad de la zanja que cavaba. Todos creían que su trabajo guardaba relación con las necesidades de la guerra. Una vez concluidos los trabajos, la ejecución solía tomar todavía un tiempo. Ello se debía exclusivamente a una razón: las SS, los batallones de la policía y los *Einsatzkommandos* de las SD no conseguían dar abasto ante la dimensión de la masacre que les habían encargado: millones de niños, mujeres, hombres y ancianos habían sido condenados a muerte simultáneamente.

En algunos casos las ejecuciones en masa se producían con mayor celeridad. Basta recordar el caso de Kíev, por ejemplo, donde apenas nueve días después de la ocupación de la ciudad por las tropas alemanas se produjo una masacre perpetrada con una crueldad sin parangón que se cobró la vida de varias decenas de miles de personas.

Podemos asegurar sin ninguna duda que jamás la historia de la humanidad conoció crímenes como aquéllos. Nunca antes vio el mundo tal conjunción de sadismo practicado sin límites por criminales asesinos que seguían un plan deliberadamente diseñado por un estado. La población de las regiones ocupadas quedó estupefacta ante la monstruosidad de los crímenes. Con frecuencia las propias víctimas no creían hasta el último momento que estaban siendo conducidas a una ejecución: así de absurdo y monstruoso les parecía el asesinato de millones de personas inocentes.

El libro negro recoge el relato de un oficial alemán que narra cómo Himmler se ocupaba personalmente de asegurarse de que los

ejecutores estaban siguiendo el ritmo establecido para los asesinatos y criticó con severidad a un representante de las SS al constatar que los datos de esta organización mostraban un leve retraso en el cumplimiento del plan.

Los alemanes intentaban que los condenados desconocieran hasta el último momento la suerte que les esperaba. A ese fin habían diseñado meticulosamente un sistema de engaño que utilizaban en todos los casos. Así, entre los detenidos se hacían circular rumores de que los estaban concentrando en una misma área para un intercambio por prisioneros alemanes, enviarlos a trabajar en tareas agrícolas o trasladarlos a campos de trabajo ubicados más al oeste, también en territorios ocupados. Con frecuencia, uno o dos días antes de la ejecución en masa los alemanes comenzaban a levantar baños en los guetos o cualquier otra edificación de uso común. Con ello buscaban eliminar toda sospecha. A las personas conducidas a una ejecución se les indicaba llevar consigo ropa de abrigo y alimentos para dos semanas, cuando en realidad les quedaban unas pocas horas de vida. Después los hacían formar en columnas y se les informaba de una falsa ruta: debían andar hasta la estación de ferrocarriles cercana y subir a un convoy. Cuando la columna de condenados que cargaban su ropa de abrigo y comida para dos semanas había salido a la carretera dejando atrás la ciudad, se le ordenaba súbitamente apartarse de la carretera y adentrarse en el bosque. Unos instantes más tarde se daban de bruces con las fosas ya abiertas.

Cuando los condenados eran llevados en tren al lugar de la ejecución no sabían hasta el último instante adonde los trasladaban. Les aseguraban que el tren los conducía a un nuevo lugar de trabajo, ya fuera agrícola o en una fábrica.

En el campo de exterminio de Treblinka se construyó una falsa estación de ferrocarriles, provista de cajas donde supuestamente se expedían billetes, visibles horarios de circulación de los trenes, etc., de manera que los condenados que bajaban de pronto del convoy que los llevaba a la muerte no cobraran conciencia de que los habían llevado a una vía muerta. En algunos casos se obligaba a los condenados a escribir cartas a sus familiares, antes de ejecutarlos. Ello les infundía seguridad y alejaba las sospechas.

La lógica que subyacía a aquel sistema de engaño es evidente.

Los nazis temían la posibilidad de que los condenados ofrecieran resistencia y se amotinaran.

En las regiones de la Unión Soviética ocupadas por los alemanes, donde las masacres se producían inmediatamente después del arribo de las fuerzas de ocupación, el sistema solía funcionar con bastante efectividad. Las víctimas estaban tan lejos de sospechar que estaban condenadas a la ejecución y la violencia monstruosa las cogía tan desprevenidas, las sumía en tal estado de estupefacción, que no tenían tiempo para organizarse y ofrecer resistencia a sus verdugos. Así ocurrió en Kíev, Dniépropetróvsk, Mariupól y en toda una serie de pueblos situados en el margen occidental de Ucrania. También ayudó a los nazis que la población judía apta para el servicio militar estaba luchando en las filas del Ejército Rojo cuando se produjo la ocupación. Por otra parte, casi todos los judíos aptos para el trabajo habían sido evacuados junto a las fábricas, las plantas industriales y las oficinas del Estado soviético. De esa manera, quienes cayeron en manos de los verdugos resultaron ser los más débiles, desvalidos y desorganizados: los ancianos, los enfermos, los minusválidos, y los menores de edad o personas a cargo de familias numerosas en las que había muchos enfermos o personas disminuidas. Fue precisamente sobre ellos, sobre personas indefensas y desarmadas, que se abatió la crueldad de los verdugos de los cuerpos motorizados de las SS, los batallones de la policía, los comandos de la Gestapo, los destacamentos de asalto y custodia, todos ellos armados con ametralladoras. Horrorizaba constatar la desigualdad entre el poder ofensivo de verdugos ayudados por toda suerte de armamentos y la debilidad de las víctimas, la distancia entre la fuerza de la horda fascista, que había elaborado de antemano y con todo detalle su plan de exterminio, y la precariedad de aquellos que junto a niños y ancianos fueron situados de pronto ante una fosa común que los esperaba.

Y sin embargo, aun cuando se encontraban en esa situación de desamparo, los condenados intentaban luchar, ofrecer resistencia, vengarse. Las madres se abalanzaban sobre los SS armados para proteger a sus hijos, luchaban con ellos y morían destrozadas por las bayonetas o caían acribilladas a balazos. En las regiones occidentales donde los guetos no existieron apenas días o semanas, sino que duraron largos meses y a veces hasta años, la lucha de los

judíos contra los ocupantes adquirió un carácter organizado y alcanzó una gran envergadura. En muchas ciudades se crearon organizaciones clandestinas para luchar contra los ocupantes. Así ocurrió en Minsk, Vilnius, Belostok, Kaunas y en muchas otras ciudades. Los luchadores clandestinos que estaban encerrados en guetos consiguieron establecer contacto con organizaciones de la resistencia que operaban en el exterior; se crearon grupos de combate y de sabotaje. Superando enormes dificultades los luchadores clandestinos conseguían introducir en los guetos fusiles, pistolas, granadas y ametralladoras. En algunos casos se consiguió montar talleres en el interior de los guetos en los que se fabricaban armas y explosivos. Los combatientes clandestinos de los guetos realizaban acciones de sabotaje en fábricas y líneas ferroviarias, provocaban explosiones, incendios, dejaban fuera de servicio empresas que aprovisionaban al ejército alemán. En muchas ocasiones los combatientes de los guetos consiguieron establecer contacto con los partisanos y les enviaban tanto efectivos, como armas y medicinas.

En el interior de los guetos, los combatientes clandestinos montaban estaciones de radio, escuchaban los partes de noticias del Buró Soviético de Información, imprimían panfletos, periódicos y octavillas, preparaban a la población apta para la lucha con vistas a un levantamiento. Los judíos que conseguían escapar de los guetos se unían a los partisanos; existen sobrados testimonios de las acciones conjuntas que realizaron con partisanos de Bielorrusia, Lituania, muchas regiones de Ucrania y en los bosques de Briansk y Smolensk.

Bajo condiciones tan extremas, la organización de una estructura clandestina, la búsqueda de armas y el establecimiento de contactos con otros combatientes requerían enormes esfuerzos, mucho tiempo, experiencia y destreza.

La lucha contra los ocupantes desde el interior de los muros de los guetos adoptó las más variadas formas.

[La forma primordial de protesta era la que transcurría en el terreno de las ideas. Los fascistas alemanes privaron de todos sus derechos a los judíos encerrados en los guetos, los equipararon a animales, los redujeron a condiciones de vida en las que no habrían podido sobrevivir los animales salvajes o el ganado doméstico.

La vida cultural desarrollada dentro de los guetos constituyó una protesta en el terreno de las ideas contra la degradación que conllevaba aquella existencia bestial. En los guetos se organizaban conferencias clandestinas, se representaban obras de teatro, se ponían en marcha escuelas en las que estudiaban los niños famélicos. Todo ello coadyuvaba a la afirmación de la dignidad humana y a vindicar el derecho espiritual que asistía a los humillados y ofendidos a considerarse a sí mismos seres humanos hasta el último aliento. Varias páginas de El libro negro *están dedicadas a la descripción de la vida cultural en el gueto de Vilna. Tal vez alguien pueda pensar que resultaba absurdo organizar conferencias y escuelas para personas condenadas ya a muerte. Tal idea es incorrecta.*

La vida espiritual e intelectual mantenida por aquella gente cultivada bajo condiciones inhumanas sirvió de base y premisa a la organización de la resistencia armada de los partisanos.][5]

La forma primordial de la resistencia se manifestaba en las múltiples maneras de sabotear las disposiciones de los alemanes, la ocultación y destrucción de objetos de valor que iban a ser requisados, la ocultación de habilidades en profesiones que podían resultar útiles a los ocupantes y los sabotajes en la industria, como la inutilización de equipos, herramientas, materia prima y productos acabados.

Son numerosos los ejemplos de resistencia. Tan sólo en el gueto de Minsk podría enumerarse un millar de casos en los que personas que trabajaban encañonadas por los fusiles alemanes y en una situación extrema de terror, estropeaban y destruían las herramientas y la producción de las fábricas con una tenacidad y una constancia indoblegables. Se trataba de una forma de resistencia que muchas veces surgía espontáneamente y sin previa organización como resultado del deseo de lucha contra los ocupantes alemanes común a grandes masas de prisioneros.

Naturalmente, allí donde los sabotajes eran planificados por organizaciones de resistencia, los efectos y la magnitud de las acciones eran aún mayores. Cuando estaban mejor organizados, los prisioneros conseguían incendiar almacenes, sabotear el suministro eléctrico de las fábricas y dañar motores de tanques, cañones, etc., que los obligaban a descargar de los convoyes ferroviarios, hasta hacerlos inservibles.

El siguiente y más alto escalón de la resistencia era la preparación combativa y su objetivo final, la resistencia armada: la rebelión. Los preparativos transcurrían de diversas formas: se distribuían octavillas y llamamientos, se reclutaba a los miembros de los destacamentos de combate, se manufacturaban explosivos dentro de los guetos y se fabricaban granadas de mano, bombas, minas, se conseguía traer pistolas, fusiles de asalto, ametralladoras y morteros desde fuera de los muros del gueto. El paso a la lucha armada tomaba dos vías distintas. La primera consistía en escapar en solitario o en grupo y unirse a los partisanos. Esa forma se practicó en los guetos de Minsk, Kaunas y muchos otros. La segunda consistía en promover un levantamiento dentro del propio gueto. Por regla general, esos levantamientos coincidían con los períodos en que los fascistas preparaban y llevaban a la práctica ejecuciones en masa, las *«Aktionen»*.

El libro recopila relatos de levantamientos en varios guetos y campos de concentración: Belostok, Varsovia, Treblinka, Sobibor y otros. Como es natural, esos relatos no alcanzan a ofrecer un retrato completo de la envergadura de la lucha armada. Los levantamientos se cuentan por decenas. El desarrollo y la duración de cada uno varían. Así, por ejemplo, el levantamiento de Lutsk duró apenas un día de enconada lucha con granadas de mano y revólveres. En cambio, en la región de Kremenets los judíos que consiguieron llegar a las montañas se mantuvieron luchando durante largos días. Uno de los levantamientos más notables y grandiosos fue el que se produjo en el gueto de Varsovia. Allí, los combates entre los judíos y los tanques, la artillería, la infantería y la aviación alemanas se prolongaron durante cuarenta días. El resultado de los levantamientos en los guetos resultó ser el mismo en casi todos los casos. Los levantamientos acababan con la muerte de sus héroes. El trágico final de los levantamientos, conocido de antemano por quienes participaban en ellos, no hace más que subrayar la grandeza de la lucha.

A finales de 1943 las autoridades fascistas alemanas habían prácticamente concluido el exterminio masivo y universal de toda la población judía de las regiones orientales de las zonas ocupadas y a principios de 1944 concluían el exterminio de los judíos que habitaban las regiones occidentales.

Fieles a sus métodos habituales, al mismo tiempo *[que aniquilaban a los judíos]* los fascistas alemanes cometían las más crueles atrocidades contra la población rusa, ucraniana y bielorrusa de los territorios soviéticos ocupados. Cientos de miles de prisioneros de guerra fueron torturados y asesinados. Cientos de miles de campesinos, obreros e intelectuales sospechosos de tomar parte en el movimiento partisano o simpatizar con él fueron sometidos a los más crueles tormentos y, finalmente, asesinados. Surgió el término «aldea partisana». Tales aldeas llegaron a contarse por cientos y todas fueron reducidas a cenizas por los alemanes. Un total de cuatro millones de personas sometidas a la esclavitud hubieron de soportar las más crueles vejaciones, los más duros padecimientos, el hambre. Muchos de ellos soportaron golpizas y torturas. De ese modo, aun en la última etapa de su existencia, el fascismo alemán intentaba, una y otra vez, utilizar los pogromos para esconder las acciones terroristas que ejercían contra los pueblos que habitaban los territorios ocupados.

Una de las secciones de *El libro negro* ofrece testimonios de cómo los rusos, los ucranianos y los lituanos prestaron fraternal apoyo a los judíos durante los momentos más duros del terror fascista. Sirviéndose apenas de su sentido común, el pueblo supo descubrir enseguida las razones que movían a los nazis a montar aquella provocación monstruosa y sangrienta. El puro corazón del pueblo se estremeció ante los ríos de sangre inocente derramada. Ancianas campesinas y jóvenes de las granjas agrícolas, obreros, maestros, médicos, académicos y sacerdotes arriesgaron muchas veces sus vidas y las de los suyos —las fuerzas de ocupación equiparaban la ocultación de un judío con la de un partisano en activo— e hicieron todo lo posible para salvar a quienes estaban condenados. Cientos de niños judíos fueron salvados por rusos, ucranianos y lituanos que los declararon como suyos y les dieron cobijo durante largos meses y a veces años. Las estrellas de la razón, la bondad y el humanismo supieron atravesar con los rayos de luz de su resplandor inextinguible los negros nubarrones del odio racial y la ponzoñosa neblina que buscaba azuzar el odio. Proclamaban la muerte del terrible imperio de las tinieblas, anunciaban el pronto amanecer. Los fascistas no consiguieron jamás apagar esa luz, ni ahogar en mares de sangre las fuerzas del bien y la razón que laten en el alma

del pueblo. Tan sólo la escoria moral, los más bajos fondos morales de la sociedad, la hez de la humanidad, los sádicos criminales, respondieron al llamado de los propagandistas hitlerianos y se sumaron a los pogromos.

Hoy las fuerzas de las tinieblas han sido derrotadas. Los ejércitos de los pueblos amantes de la libertad han aplastado a las negras hordas fascistas. El heroico desempeño del Ejército Rojo, capaz de recorrer el camino entre el Volga y el Elba librando combates penosos y sangrientos que hirieron de muerte a las tropas fascistas alemanas y que supo tomar por asalto la capital mundial del oscurantismo y la reacción, quedará inscrito por los siglos de los siglos en los anales de la historia de la humanidad. Mientras existan los hombres sobre la faz de este planeta, ese acto de genuino heroísmo será recordado.

La victoria sobre el fascismo alemán no es sólo una victoria militar. Se trata de la victoria de las fuerzas progresistas sobre las reaccionarias. Se trata de la victoria de la democracia y los valores humanos, la victoria de la idea de la igualdad entre los pueblos. Tampoco la victoria militar sobre el fascismo es sólo la derrota bélica de los fascistas. Es la derrota de la idea del terrorismo racial. Es la derrota de la idea del dominio de una «raza de los señores» sobre los pueblos del mundo.

Ahora ha llegado la hora del juicio. Y la hora del desagravio.

Ante el tribunal de los pueblos establecido en Núremberg comparecen aquellos que planearon, organizaron y perpetraron crímenes contra la humanidad.

El tribunal ha mostrado a los ojos del mundo una lista inacabable de crímenes monstruosos. El tribunal ha demostrado que la tormenta que se abatió sobre Europa tuvo sus organizadores, que el exterminio de millones de personas fue planificado a sangre fría, diseñado a sangre fría, perpetrado a sangre fría. El tribunal condenó a la pena de muerte a los principales organizadores de esos monstruosos crímenes. Su sentencia fue ratificada por la voluntad de la humanidad.

Los millones de inocentes asesinados, cuyas cenizas fueron enterradas o esparcidas por campos y caminos, confiaban en que alguna vez llegaría la hora del desagravio. En los últimos instantes de sus vidas, cuando se colocaban al borde de las fosas comunes,

traspasaban el umbral de las cámaras de gas o se acercaban a la hoguera en la que iban a arder, los condenados maldecían a sus verdugos, les avisaban de que algún día llegaría la hora inexorable del desagravio.

Y esa hora ha llegado. La victoria de la justicia después de los horribles años de poder nazi nos concede el derecho a mirar al futuro con fe y esperanza.

¡Que viva eternamente en los corazones de los hombres el odio a las horribles ideas racistas!

¡Que la memoria de los tormentos y las crueles muertes de millones de niños, mujeres y ancianos se conserve para la eternidad! ¡Que la sagrada memoria de los torturados se erija en severa guardiana del bien y las cenizas de quienes se consumieron en las llamas se abra camino hacia el corazón de los vivos convocándolos a velar permanentemente por la hermandad de los hombres y los pueblos!

VASILI GROSSMAN

Primera parte

Ucrania

Babii Yar, Kíev

Las tropas alemanas entraron en Kíev el 19 de septiembre de 1941.

Cerca de la una de la tarde de ese mismo día los alemanes irrumpieron en los comercios de la calle Bessarabka y se entregaron al pillaje. Los porteros retenían a los inquilinos en los patios. No transcurrió mucho tiempo antes de que varios judíos fueran detenidos en plena calle. Los golpearon con saña y se los llevaron en un camión. Nesia Elgort regresaba a casa desde la calle Bessarabka y se encontró a toda su enorme familia reunida en su apartamento de la calle Saksaganski, 40. La anciana Dina Shmulevna abarcó a todos sus hijos con la mirada y como deseando que sus palabras los protegieran de los enemigos, exclamó: —¡Dios mío! ¿Qué será de nosotros?

El 21 de septiembre Berl Guertsovich, patriarca de la familia, se dirigió acompañado de su hija Nesia-Roza a inspeccionar el apartamento que tenía en Stalinka. Esa noche Roza regresó sola a casa y contó que los alemanes se habían llevado a su padre en dirección desconocida. Nesia decidió salir en busca de su padre a la mañana siguiente.

No sabía adonde dirigirse. Acompañada por su hijo Iliusha comenzó por acudir a la comandancia. El comandante le formuló una sola pregunta: ¿cuál era su nacionalidad? Al conocer que era judía la echó a gritos del edificio.

En la calle Lenin pudo ver a soldados alemanes golpeando en las piernas a un grupo de hombres judíos para obligarlos a bailar. Seguidamente, los alemanes ordenaron cargar unas pesadas cajas a los mismos hombres que acababan de golpear. Los hombres caían al suelo, incapaces de soportar el peso de las cajas, mientras los alemanes los golpeaban una y otra vez con porras de goma.[6]

El *22 de septiembre los habitantes de la ciudad fueron despertados por una explosión de una fuerza extraordinaria. Se veían llamas y humo por el lado de Kreschatik.*

En las calles adyacentes a Kreschatik los alemanes empujaban a la

gente hacia las llamas. Nesia Elgort se detuvo un instante junto a la casa de la calle Saksaganski. Un alemán que pasó corriendo a su lado la miró y llevándose la mano a la garganta señaló al lugar donde se estaban sucediendo las explosiones y le gritó: *—Partisan, Jude, kaputt*!

Ese mismo día las paredes de las casas se cubrieron de una proclama impresa en lengua ucraniana que informaba de la pronta aniquilación de los judíos, los comunistas y los partisanos. *Por cada partisano o comunista entregado a las autoridades se ofrecía una recompensa de doscientos rublos. Semejantes avisos podían verse incluso en la plaza del Ejército Rojo y en otras calles principales de la ciudad.*

La vida en Kíev se tornó insoportable. Los alemanes irrumpían en las casas, detenían a la gente y se la llevaban sin más. Esas personas ya no regresaban. La familia Elgort se trasladó a un sótano. A Nesia le correspondió ocuparse de conseguir comida para todos: sus rasgos no denotaban que era judía. La familia Elgort permaneció varios días en el sótano. El portero Pavlo Davidchenko, quien sabía que se ocultaban allí, le decía a Nesia cuando la veía salir a buscar agua: *—¿Por qué os escondéis? De todos modos acabaréis siendo expulsados de Kíev.*

Mientras tanto, el mismo portero colaboraba con los alemanes en la limpieza de los apartamentos que iban quedando vacíos.

Un día en que Nesia salió en busca de su suegra Gitl Elgort, quien había ido a interesarse por la suerte de su apartamento en la calle Zhilianskaya, se topó de pronto con su padre. Su apariencia la alarmó. Resultó que había sido capturado por los alemanes junto a un grupo de judíos entre los que se encontraba el rabino. Fueron encerrados en una húmeda bodega, donde fueron objeto de todo tipo de abusos. Varios de los detenidos fueron torturados, pero el rabino y el padre de Nesia salieron ilesos de milagro. Mientras narraba lo sucedido, las lágrimas corrían abundantes por las mejillas del anciano.

El 22 de septiembre los judíos sufrieron golpizas en las calles aledañas a las torres de abastecimiento de agua y en los parques de la ciudad.

Al día siguiente de la llegada de los alemanes, y también después, muchos habitantes de Kíev, sobre todo los residentes en los barrios de Podól y Slobodka, veían pasar bajando por el Dniépr los cadáveres inflados de ancianos y niños víctimas de las torturas. Los judíos que marcharon a la sinagoga el viernes 16 y el sábado 27 no regresaron a sus casas. Evguenia Limoschenko, habitante de Kíev, testimonia que sus

vecinos, los ancianos Schneider, Rosemblat y la esposa del segundo, no regresaron a casa después de partir a la sinagoga. Más tarde pudo ver sus cadáveres flotando en el Dniépr. La ciudadana T. Mijáseva corroboró su testimonio. Las sinagogas habían sido rodeadas por soldados armados con ametralladoras y policías alemanes. En varios puntos de la ciudad, las olas del Dniépr trajeron a la orilla bolsas que contenían artículos religiosos.

Cada vez que veían a alguien con la tez trigueña, los agentes de la Gestapo o de la policía ucraniana le pedían mostrar su pasaporte. Si se trataba de un judío, lo golpeaban y lo conducían a las dependencias de la policía o la Gestapo. Cada noche fusilaban a los detenidos.

Al quinto día de la llegada de los alemanes a Kíev y aprovechando que el libro de registro de inquilinos de su edificio había ardido en un incendio tras el que habían nombrado un nuevo administrador de la propiedad, V. Líberman decidió hacerse pasar por caraíta y cambiarse el apellido de Líberman a Libermánov.

El 24 de septiembre salió de su casa y tomó la calle Korolenko basta llegara la plaza Tolstói. Allí lo abordó inmediatamente un hombre de gran estatura, que llevaba gorra y un abrigo negro y le exigió mostrar su pasaporte. Líberman se negó, alegando que no tenía por qué presentar sus documentos de identidad a un desconocido. En realidad, Líberman no llevaba consigo el pasaporte, pues había preferido esconderlo en casa. «Soy agente de la policía secreta ucraniana y le exijo que me muestre su pasaporte inmediatamente», lo conminó el hombre en tono irritado. «Sospecho que usted es judío», añadió. Líberman le respondió: «Soy caraíta, pero carezco de pasaporte pues me lo han robado». El agente le pidió que lo acompañara.

Mientras avanzaban por Kreschatik, Líberman observó un vehículo provisto de altoparlantes por los que alguien gritaba con voz ronca: «Informad a la Gestapo y la policía sobre el paradero de comunistas, partisanos y judíos. ¡Informadla!».

El agente de la policía condujo a Líberman a un cine ubicado en Kreschatik, no lejos de la calle Proréznaya. Un agente de la Gestapo alto y musculoso le pegó un empujón obligándolo a entrar. Líberman atravesó el foyer y al entrar a la sala se encontró a unos trescientos judíos sentados en las butacas. La mayoría de ellos eran ancianos con barbas canosas. Todos se mantenían en un profundo silencio. Líberman tomó asiento junto a un joven judío quien se inclinó hacia él y le dijo en

un susurro: «Dicen que nos envían a trabajar a Syrets pero sé que nos fusilarán esta noche».

Líberman se acercó a una de las ventanas rotas del cine y escrutaba los rostros de los transeúntes que circulaban por la Kreschatik con la secreta esperanza de encontrar a su mujer. De pronto, avistó por casualidad a un vecino de su edificio que pasaba junto al cine y lo llamó. El vecino se aproximó rápidamente a la ventana. Sin entrar en detalles sobre los motivos de su arresto, Líberman le pidió que avisara a su mujer de su detención en el cine.

Muy pronto la mujer de Líberman, Valentina Berezleva, se acercó a la misma ventana intentando pasar desapercibida. Líberman le dijo: «Valia, me estoy haciendo pasar por caraíta. Vete a ver a Mijáilov, Goncharenko y Pasíchny y pídeles que firmen una declaración dando fe de que soy caraíta. La Gestapo va a masacrar muy pronto a todos los judíos».

Berezleva se acercó a los hombres de la Gestapo y les rogó que dejaran marchar a su marido. Les dijo que ella era rusa y su marido caraíta. Uno de los alemanes le pegó un fuerte empujón sin dejarla acabar. La mujer rodó por las escaleras del cine y se golpeó la cabeza contra la acera. Se marchó a casa.

Líberman tenía la sensación de que cada hora que pasaba era una hora menos de vida para los judíos encerrados en el cine. Pero el azar lo salvó y también a todos sus compañeros de cautiverio. A las dos de la madrugada del 24 de septiembre se escuchó una enorme explosión muy cerca del cine. Líberman volvió a mirar a través de la ventana rota. La gente corría aterrorizada por la Kreschatik. Vio a una mujer ensangrentada y aun hombre que había perdido los brazos. Columnas de humo amarillento y espeso se cernían sobre el barrio. Una segunda explosión siguió a la primera. Veinte o treinta minutos después y al grito de «¡Feuer!», *los hombres de la Gestapo abandonaron sus puestos a la entrada del cine y corrieron a ponerse a salvo. Los judíos abandonaron el local a toda prisa en cuanto los vieron marchar.*

Líberman llegó a casa y supo que su mujer había quemado su pasaporte, todos los documentos de identidad, los artículos que había publicado y hasta las fotos de sus padres. Mijáilov, Goncharenko y Pasíchny, todos amigos de Líberman, habían firmado un certificado que lo acreditaba como caraíta.

Líberman decidió no volver a asomar las narices al patio o a la calle.

Su esposa camufló la entrada a la pequeña cocina que tenían y allí permaneció días enteros, como un prisionero, asomado por un estrecho ventanuco a un breve segmento de cielo azul.

Cada noche el cielo se iluminaba con el purpúreo resplandor que despedía un enorme incendio. La Kreschatik ardió durante seis días enteros.

Los días 27 y 28 de septiembre de 1941, una semana después de la ocupación de Kíev, un anuncio impreso en letras mayúsculas sobre papel azul basto y en lenguas ucraniana y rusa apareció en las paredes de muchos edificios de la ciudad: «¡A los judíos de la ciudad de Kíev y alrededores! El próximo lunes 30 de septiembre debéis acudir con vuestras pertenencias, dinero, documentos, objetos de valor y ropa de abrigo a la calle Dorogozhítskaya, junto al cementerio judío. La inasistencia será castigada con la pena de muerte. Esconder judíos será castigado con la pena de muerte».

Aquella horrible orden que constituía el preludio a la muerte de setenta mil personas no llevaba firma alguna.

La Gestapo continuó cometiendo todo tipo de excesos en las calles y casas hasta el 29 de septiembre.[7]

El 28 de septiembre los alemanes detuvieron en el mercado Galitski a Gersh Abóvich Grinberg (calle Volodarski, 22), un anciano de setenta y cinco años patriarca de una gran familia que contaba con numerosos ingenieros, médicos, farmacéuticos, pedagogos y literatos. Le robaron lo que llevaba, lo desvistieron y lo torturaron salvajemente hasta ocasionarle la muerte. Su mujer, la anciana Telia Osinova no lo vio más. Se había pasado todo el día horneando bollos, cocinando y preparándose para el viaje. Un día después, el 29 de septiembre, murió en Babii Yar.

Al ingeniero I. L. Edelman, hermano del célebre pianista y profesor del Conservatorio de Kíev A. L. Edelman, los alemanes lo detuvieron en la calle Zhilianskaya. Lo zambulleron de cabeza en un barril situado junto a un canal de desagüe, causándole la muerte.

B. A. Libman narra la historia de una familia judía que permaneció escondida unos días en un sótano. Finalmente, la madre decidió abandonar el escondite con sus dos hijos pequeños para huir a una aldea. Unos alemanes borrachos los interceptaron cuando atravesaban el mercado Galitski y se ensañaron con ellos. Decapitaron a uno de los niños ante su propia madre. Después le

dieron muerte al segundo. Fuera de sí, la mujer apretó los dos cadáveres contra su cuerpo. Tras disfrutar de la escena hasta hartarse, los alemanes la mataron también a ella. *El padre de las criaturas acudió a toda prisa al lugar de la masacre: también a él lo mataron.*

Dos días antes de los sucesos de Babii Yar el viejo músico Yefím Borísovich Pikus acudió a la comandancia alemana a interesarse sobre lo que debía hacer con su nuera enferma, L. G. Pikus, pues la mujer no estaba en condiciones de salir a la calle por su propio pie. El anciano Pikus no volvió a casa. Dos días más tarde su hijo y su nuera fueron asesinados.

El abogado Tsiperóvich era un hombre muy culto y bien conocido en Kíev. Vivía en el número 41 de la calle Púshkinskaya. Fue fusilado junto a su mujer.

Los alemanes forzaron a la pianista Pela Zinóvievna Grinberg y su prima Rosalía Naúmovna Kapústina a dirigirse al cementerio Lukyánovka. Nunca volvieron de él.

Debido a la enfermedad que padecía, el joven escritor Mark Chudnovski no consiguió abandonar Kíev a tiempo. El día de la concentración, su esposa, de nacionalidad rusa, no le permitió acudir solo al cementerio, porque sabía qué le esperaba allá. «Hemos compartido las horas felices y no te voy a abandonar ahora», le dijo. Juntos se dirigieron al cementerio y juntos murieron.

El profesor del Conservatorio de Kíev S. U. Satanovski y su familia fueron fusilados por los fascistas.

El matemático y ajedrecista Anatoli Sandomirski vivía en al número 36 de la calle Saksagánskaya. Llevaba años postrado en una cama por padecer encefalitis. Los alemanes lo arrastraron a la calle y allí murió.

Del número 27 de la *misma* calle Saksagánskaya los hombres de las SS sacaron a rastras a Sofía Goldóvskaya, una anciana paralítica y la asesinaron. Era madre de diez hijos.

Sarra Maxímovna Evenson, también anciana, había sido una notable activista política antes de la revolución. Fue editora del diario *Volyn* en la ciudad de Zhitomir y organizó varios círculos de debate político. A su pluma se debieron numerosos artículos de propaganda revolucionaria que firmaba con el seudónimo S. Maxímov. *Fue además la primera traductora al ruso de Feuchtwanger y otros muchos novísimos autores. Dominaba a la perfección varias*

lenguas europeas y mantenía correspondencia con personalidades señeras del arte y la cultura.

Su avanzada edad impidió que S. M. Evenson evacuara Kíev a tiempo. De hecho, llevaba dos años sin salir de casa. Sin parar mientes en que se trataba de una mujer que ya tenía biznietos, los alemanes la arrojaron desde un tercer piso. *Las ancianas Hanna Itskovna Kagánova, madre de un médico del ejército, y Médnikova, varios de cuyos hijos combatían en las filas del Ejército Rojo, fueron denunciadas a los alemanes por Gontkovski, administrador de la propiedad donde ambas residían (calle Tarasóvskaya, 12*). *Ambas fueron torturadas salvajemente. Regina Lázarevna Magat (calle Gorky, 10*) *madre de un profesor de medicina y biología muerto en el frente de batalla, fue asesinada por los alemanes*. El célebre jurista Ilyá Lvóvich Babat recibió un balazo disparado por un alemán cuando paseaba con sus dos nietas, Polina y Malvina. *Los alemanes y los porteros que colaboraban con ellos sacaban de sus apartamentos a los ancianos incapacitados y los arrojaban a calles y aceras. Allí morían debido al frío, el hambre y la indiferencia de los transeúntes.*

El compositor y director de orquesta Jaím Yampolski trabajó largos años en el Comité de la Radio y la orquesta del circo de Kíev. Yampolski es autor de notables composiciones sobre temas judíos y ucranianos. También son muy populares sus versiones de canciones populares judías. Yampolski era cuñado del violinista Mirón Poliakin, célebre en todo el mundo. Él fue su primer maestro y el responsable de la carrera musical de Poliakin. También los hijos de Jaím Yampolski se dedicaron a la música: Vera, Vladimir y Elena son pianistas; Gertz es violinista. Los alemanes fueron a buscar a Yampolski a la sede del Comité de Radio. Irrumpieron allí en mitad de un ensayo y se lo llevaron. No se volvió a saber de él.

Pela Alexándrovna Libman, quien trabaja hoy en Kíev como secretaria y mecanógrafa, escribió el siguiente testimonio acerca de su padre, su yerno y otros familiares, todos ellos muertos: *«Los vecinos del edificio de apartamentos donde vivimos casi toda la vida me contaron que mi padre se daba perfecta cuenta de la razón por la que estaban reuniendo a todos los judíos, esos mártires eternos. Cuentan que lloraba con tal desconsuelo que ni siquiera las personas con mayor fuerza de ánimo podían mirarle a la cara. Marchó al cementerio acompañado de otros vecinos del edificio, todos ancianos entre los que crecí. También sé*

de lo ocurrido en el edificio sito en el número 6 de la avenida Volodarski, donde murieron los miembros de catorce familias judías, entre ellos mi tía Sofía Shutaya y su marido. Los sobrevivió una anciana de nacionalidad rusa que se ocupaba de cuidar a sus hijos, hoy en las filas del Ejército Rojo. La mujer acompañó a mi tía y a su marido al cementerio».

Por esos mismos días murió asesinado Moiséi Grigórievich Beñach, un profesor de bacteriología conocido en toda Europa. Con él murieron su hermana y su sobrina.

Sin embargo, todo aquello no era más que el preámbulo del genocidio. Al amanecer del 2.9 de septiembre los judíos de Kíev recorrieron lentamente las calles, partiendo desde todos los puntos de la ciudad, en dirección al cementerio judío en Lukyánovka. Muchos de ellos pensaban que les esperaba un traslado a alguna ciudad de provincia. *Algunos comprendían que en Babii Yar les esperaba la muerte. He ahí la razón del elevado número de suicidios que se produjeron aquel día.*

Las familias hornearon pan para el camino, improvisaron bolsas de viaje, alquilaron carruajes y coches. Los ancianos avanzaban ayudándose unos a otros. Las madres llevaban a sus hijos en brazos o en cochecitos. La gente andaba cargada de bolsas, líos, maletas y cajas. Los niños avanzaban con desgana junto a sus padres. Los jóvenes apenas cargaban nada, pero los ancianos parecían querer llevarse media casa consigo. Los nietos llevaban del brazo a sus abuelas, quienes avanzaban entre suspiros y con el rostro pálido. Los enfermos y los minusválidos eran cargados por sus familiares en camillas y parihuelas improvisadas con sábanas o mantas.

Apostados en las aceras, los soldados alemanes veían pasar el incesante desfile de judíos por la calle Lvóvskaya. *Era tal el número de personas que avanzaba por allí desde el amanecer hasta últimas horas de la noche que resultaba difícil cruzar la calle*. Aquel desfile hacia la muerte se prolongó durante tres días con sus noches. La ciudad enmudeció. Los judíos afluían en oleadas sucesivas a la Lvóvskaya desde las calles Pávlovskaya, Dmítrievskaya, Volodárskaya y Nekrásovskaya. La Lvóvskaya se prolongaba en la calle Melnik; más allá se abría un camino desierto que atravesaba unas colinas desnudas hasta llegar al profundo barranco conocido como Babii Yar. Mientras la muchedumbre se acercaba a Babii Yar

aumentaba la intensidad del sordo murmullo que salía de ella, mezclado con sollozos y llantos.

Los alemanes habían montado una improvisada oficina a cielo abierto. La multitud que esperaba tras las barreras instaladas al final de la calle no veía las mesas de escritorio. Los alemanes hacían pasar a treinta o cuarenta personas cada vez y los conducían a las mesas para que les dieran de alta en «el registro». Les retiraban los documentos y los objetos de valor. Los documentos eran arrojados al suelo allí mismo. Los testigos afirman que los papeles, los pasaportes y los carnés del sindicato formaban una gruesa capa que cubría toda la plaza. Seguidamente, los alemanes ordenaban desvestirse a todos sin excepción: a las adolescentes, las mujeres, los niños, los ancianos… La ropa era apilada en orden. A los hombres y las mujeres desnudos les arrancaban los anillos de los dedos. Seguidamente los verdugos colocaban en fila los grupos de condenados en el borde de un profundo barranco y les disparaban a quemarropa. Los cuerpos rodaban hasta el fondo del barranco. A los niños pequeños los arrojaban vivos. Muchas de las víctimas perdían la razón mientras avanzaban hacia el lugar de la ejecución. *Muchos de los que aún no habían tomado el camino del cementerio, conocieron de antemano lo que sucedía en Babii Yar y se prepararon para ello. Los ancianos se vestían de negro y se reunían a orar en las casas antes de encaminarse a la calle Lvóvskaya.*

Sin embargo, la mayoría de los habitantes de Kíev no supo hasta el último minuto lo que los alemanes estaban perpetrando en Babii Yar.

Unos decían que se trataba de movilizar a los judíos para enviarlos a trabajar; otros hablaban de un reasentamiento. Por último, había quienes aseguraban que el mando alemán había llegado a un acuerdo con el gobierno soviético y se iba a producir un canje a razón de una familia judía por cada prisionero alemán.

Támara Mijáseva, una joven rusa esposa de un oficial judío del Ejército Rojo, acudió también a Babii Yar confiando en que podría hacerse pasar por judía y, una vez canjeada, conseguiría encontrar a su marido en territorio soviético. Támara ocupó su lugar en la fila para entregar las pertenencias que llevaba consigo. Después, hizo lo propio en la fila que se dirigía a la barrera instalada al final de la calle para pasar el registro. A su lado había una familia formada por

una anciana de gran estatura que llevaba un sombrero, una joven mujer, un niño y un hombre corpulento. El hombre tomó al niño en brazos.

Mijáseva se les acercó *y les preguntó: «¿Creéis que nos canjearán este mismo mes?».*

El hombre la miró fijamente:

—¿Usted es judía? —le preguntó.

—Mi marido lo es.

El hombre la miró fijamente a los ojos y le dijo:

—Tiene que abandonar este lugar inmediatamente. Espéreme un instante y nos marcharemos juntos.

El hombre levantó al niño hasta la altura de la cara y lo besó en los ojos. Después se despidió de su mujer y su suegra e hizo un gesto a Támara para que lo siguiera. Al llegar a la barrera dijo una frase en alemán a uno de los guardias que la custodiaban. El tono imperativo de su voz les franqueó la puerta sin estorbos.

Aquel hombre era un ruso de origen alemán y acababa de acompañar a Babii Yar a su hijo, su mujer y su suegra.

Mijáseva lo siguió fuera de la multitud. Desde Babii Yar les llegaban los ladridos de docenas de perros, el ruido de las armas automáticas y los gritos de los condenados.

La gente continuaba llegando en masa. Toda la calle Lvóvskaya estaba llena de judíos. Desde un gran número de altoparlantes se escuchaba la alegre música con la que los alemanes intentaban apagar los gritos de las víctimas.

Al llegar a la calle Ovrúchskaya el hombre se detuvo de pronto y señalando a la multitud que avanzaba lenta, solemnemente, en silencio y resignada a su suerte, le dijo a Támara: «Usted puede vivir. También yo, porque soy alemán. Pero todos esos van a una muerte segura».

Hubo también quien consiguió salvar la vida de milagro y narró su experiencia. Nesia Elgort, quien residía en el número 40 de la calle Saksagánskaya, echó a andar hacia el barranco apretando con fuerza el cuerpo tembloroso de su hijo Iliusha. Había perdido de vista a sus familiares cuando avanzaba entre la multitud. Con su hijo en brazos, se colocó en el borde mismo del barranco. Sumida en un estado de semiinconsciencia, escuchó los disparos y los gritos y cayó a tierra. Sin embargo, ninguna bala la había alcanzado.

Cuerpos ensangrentados, todavía calientes, la cubrían. Cientos y miles de muertos yacían en torno a ella formando una masa informe. Había ancianos caídos sobre niños y menudos cuerpos infantiles apretados a los cadáveres de sus madres.

«Me resulta difícil explicar cómo conseguí escapar de aquel barranco mortal», recuerda Nesia Elgort, «pero sé que me arrastré hasta salir de allí. Seguramente el instinto de supervivencia me dio fuerzas. Esa noche llegué con mi hijo a Podól. No sé qué milagro hizo que también él se salvara. Se había aferrado a mí con todas sus fuerzas y no se despegaba ni un instante. Una mujer rusa, María Grigórievna —no recuerdo su apellido—, me dio cobijo por una noche en Podól y a la mañana siguiente me ayudó a llegar a la calle Saksagánskaya».

Yelena Yefímovna Borodiánskaya-Knysh también se salvó de morir en Babii Yar. Había llegado al barranco acompañada de su pequeña hija cuando ya había oscurecido. Este es su relato: «Por el camino, los alemanes juntaron a otras ciento cincuenta personas a nuestro grupo. Había una niña de unos quince años, Sarra era su nombre, a la que no olvidaré mientras viva. Es difícil describir la belleza de aquella niña. La madre se tiraba de los pelos y gritaba una y otra vez "¡Matadnos juntas!" con una voz que hería el alma. A la madre la mataron de un culatazo. Con la niña no se dieron prisa. Unos cinco o seis alemanes la desnudaron completamente. No sé qué pasó después, porque no fui capaz de mirar más.

»A nosotros nos ordenaron quedarnos en ropa interior, nos despojaron de los bultos que llevábamos y unos cincuenta metros más adelante nos quitaron los documentos, el dinero, los anillos y los pendientes. Sujetaron a un anciano para arrancarle los dientes de oro. Como se resistía, un alemán lo agarró de la barba y lo lanzó al suelo. El alemán se quedó con mechones de pelo entre los dedos. El anciano sangraba abundantemente y, al verlo, mi hija se puso a llorar.

»—No me lleves allí, mamá, que nos matarán —me dijo—. Mira lo que le están haciendo a ese abuelo…

»—No grites, hijita —le rogué—. Si gritas no nos podremos escapar y entonces sí nos matarán…

»Era una niña muy paciente y se calló. Iba en silencio, temblando como una hoja. Tenía apenas cuatro años entonces.

Después nos ordenaron quitarnos toda la ropa. Por suerte, mi ropa interior era vieja, así que me permitieron quedármela.

«Aproximadamente a medianoche los alemanes nos ordenaron formar una hilera al borde del barranco. Sin esperar la siguiente orden, empujé a mi hija a la zanja y me lancé detrás cayendo sobre ella. Inmediatamente me empezaron a caer cuerpos encima. Después se hizo silencio. Un cuarto de hora más tarde trajeron a la siguiente partida. Nuevamente se escucharon disparos y cayeron al barranco los cuerpos ensangrentados de muertos y agonizantes.

»De pronto, sentí que mi hija había dejado de moverse. Me incliné como pude sobre ella cubriéndola totalmente con mi cuerpo y cerrando ambas manos coloqué los puños bajo su mandíbula para evitar que se asfixiara. Entonces se movió. Hice lo que pude para mantenerme arqueada sobre ella y no aplastarla. Había mucha sangre por todos lados. Las descargas continuaron sucediéndose hasta las nueve de la mañana. Tenía cadáveres debajo de mí y encima de mí.

»De pronto escuché que alguien se paseaba sobre los cadáveres diciendo palabrotas en alemán. Era un soldado alemán que hincaba una bayoneta en los cuerpos para asegurarse de que no había sobrevivientes. Dio la casualidad que estaba parado justo encima de mí y ello me salvó de recibir un bayonetazo.

»Cuando se fue, me incorporé. Los alemanes se estaban peleando a gritos por los objetos que nos habían quitado: se repartían el botín.

»Me liberé como pude y me levanté. Mi hija estaba inconsciente. Eché a andar por el fondo del barranco. Cuando me había alejado cerca de un kilómetro me percaté de que mi hija apenas respiraba. No había agua por ninguna parte, así que le humedecí los labios con mi propia saliva. Caminé otro kilómetro y recogí algo de rocío de la hierba para humedecerle la boca a la niña. Poco a poco, comenzó a volver en sí.

«Descansé un poco antes de seguir camino. Tras dejar atrás varios barrancos llegué por fin a las primeras casas de Babii Yar. Había una fábrica de ladrillos y aproveché para esconderme en el sótano. Estuve cuatro días allí, sin comida ni ropa.

»Al quinto día noté que ambas estábamos hinchándonos. No tenía ni la menor idea de lo que estaba ocurriendo en el exterior. De

tanto en tanto, escuchaba el tableteo de las ametralladoras. Esa noche me colé en el desván de una casa y encontré una falda de lana muy usada y dos blusas viejas. Con una de las blusas cubrí a la niña como si llevara un vestido. Me fui a casa de mi amiga Litoschenko. Al verme se quedó de piedra. Me dio una falda, un vestido y nos escondió en su casa. Estuvimos más de una semana allí encerradas a cal y canto. Después me dio algo de dinero y me fui a casa de otra amiga, Fenia Pliuiko, quien también me prestó una gran ayuda. Su marido había muerto en el frente. Estuve más de un mes viviendo con ella. Sus vecinos no me conocían y cuando le preguntaban quién era, Fenia les decía que era su cuñada que había venido del pueblo. De ahí me trasladé a casa de Shkuropádskaya. Estuve dos semanas viviendo en su casa, pero no podía asomar la nariz, porque en Podól todo el mundo me conocía».

Oculto tras una lápida del cementerio, Dmitri Pasíchny pudo ver cómo los alemanes masacraban a los judíos. *No aguantó mucho rato. Cuando volvía a casa se encontró a una muchedumbre a las puertas de la universidad. Un alemán larguirucho invitaba a la gente a entrar a la biblioteca. Pasíchny entró. Había una pareja de judíos ensangrentados tumbados en el suelo. A juzgar por el vientre de la mujer era evidente que se encontraba en avanzado estado de gestación. Había un montón de monedas de oro y billetes de banco sobre una de las anchas mesas de la biblioteca. En las esquinas del salón todavía se podían ver los rojos estandartes soviéticos. El alemán avanzó hasta la mujer tumbada en el suelo, le pegó una fuerte patada en el vientre y gritó en un ruso deficiente: «Ahora podéis ver cómo los judíos y los comunistas se roban las riquezas del pueblo. Mirad cuánto dinero llevaban encima estos dos». Aquella grosera provocación le produjo a Pasíchny una intensa sensación de asco, así que abandonó a toda prisa el edificio de la biblioteca.*

La mujer de Pasíchny, Polina, y su suegra, Evguenia Abrámovna Sheveliova, eran ambas judías. Pasíchny las encerró en un armario y dijo a los vecinos que habían marchado al cementerio cuando fueron convocadas. Así intentaba salvarles la vida. Más tarde consiguió llevarlas a casa de unos amigos en la calle Lvóvskaya, donde se alojaron durante varios meses hasta que se trasladaron al pequeño edificio que ocupa la iglesia Pokróvskaya en Podól. El padre Glágolev, sacerdote encargado de esa iglesia, era hijo del sacerdote que compareció como

perito en el tribunal que juzgó a Beylis y permitió que las dos mujeres vivieran en la iglesia basta agosto de 1942, cuando Pasíchny decidió llevarlas a Kámenetz-Podólsk. El padre Glágolev salvó a otros muchos judíos que acudieron a pedirle ayuda.

Los alemanes aniquilaron a los judíos de Kíev. Sin embargo, los valiosos libros judíos que atesoraban las grandes bibliotecas de la ciudad fueron empacados con mimo y llevados fuera de la ciudad para que agentes emplazados en países neutrales los vendieran a Estados Unidos y sacar así provecho de ellos.

Después de perpetrar la masacre de Babii Yar, los alemanes y la policía se lanzaron a la caza de nuevas víctimas. Cientos de judíos que habían conseguido escapar a la muerte en el barranco murieron más tarde en apartamentos, en las aguas del río Dniépr, en los barrancos de Pechersk y Demievka o fueron tiroteados en plena calle. Los alemanes sometieron al más celoso escrutinio los documentos de toda persona cuya apariencia física sugiriera que podía ser judía. Cualquier sospechoso era fusilado de inmediato si mediaba una denuncia. Los alemanes no se limitaban a buscar en las casas; también husmeaban en sótanos y cuevas, usaban explosivos para levantar suelos, echar abajo muros sospechosos, desvanes o chimeneas. *Querían borrar cualquier rastro de judaismo, pero también querían borrar las huellas de sus actividades.*

El destino quiso que algunos de los judíos de Kíev que escaparon de Babii Yar consiguieran sobrevivir para que hoy podamos escuchar de su propia boca el testimonio de las víctimas, el testimonio veraz de los testigos.

Dos años después de la masacre el Ejército Rojo llegó a las puertas del Dniépr y Berlín dio la orden de destruir todos los cuerpos sepultados en Babii Yar.

Vladimir Davydov, a la sazón prisionero en el campo de concentración de Syrets, relata cómo en otoño de 1943 los alemanes sospecharon que pronto se verían obligados a abandonar Kíev y se afanaron en ocultar las huellas de las ejecuciones en masa en Babii Yar. El 18 de agosto de 1943 los alemanes seleccionaron a trescientos prisioneros del campo de concentración y les pusieron grilletes en los tobillos. Todos los prisioneros adivinaron que les esperaba un trabajo muy especial. Al salir del campo de concentración, el grupo de prisioneros fue escoltado exclusivamente

por oficiales y suboficiales de las SS. Los prisioneros fueron conducidos a unos búnkeres oscuros y rodeados de alambre de espino. En torno a los búnkeres había torres de vigilancia desde donde eran vigilados permanentemente por alemanes armados de ametralladoras. El 19 de agosto los prisioneros fueron sacados de los búnkeres y llevados a Babii Yar bajo medidas de seguridad extremas. Cuando les entregaron las palas los prisioneros comprendieron que les esperaba un trabajo de veras horrible: abrir las fosas donde reposaban los cadáveres de la masacre de finales de septiembre de 1941.

Bastó que los prisioneros levantaran la primera capa de tierra para que descubrieran decenas de miles de cadáveres. A la vista de aquel macabro espectáculo el prisionero Gayevski perdió momentáneamente la razón. Después de haber pasado tanto tiempo enterrados los cuerpos se habían soldado unos con otros y había que separarlos con la ayuda de ganchos. Vladimir Davydov y sus compañeros trabajaron en Babii Yar desde las cuatro de la madrugada hasta bien entrada la noche. Los alemanes los obligaron a quemar los restos humanos. Colocaban dos mil cuerpos sobre una plataforma de madera y los rociaban con petróleo. Las enormes hogueras ardieron día y noche. Más de setenta mil cadáveres fueron entregados al fuego de esa forma.

Los alemanes obligaban a pulverizar con unas enormes apisonadoras los huesos que no terminaban de arder. Los mezclaban con arena antes de repartirlos por terrenos cercanos a Babii Yar. Himmler, el jefe de la Gestapo, se desplazó personalmente desde Berlín para evaluar la calidad de aquella macabra misión. El 28 de septiembre de 1943, cuando ya el trabajo tocaba a su fin, los alemanes ordenaron a los prisioneros encender nuevamente las hogueras. Los prisioneros comprendieron que ahora les había llegado a ellos la hora de morir. Davydov había encontrado unas tijeras herrumbrosas en el bolsillo de una de las mujeres muertas. Con ellas consiguió liberarse de los grilletes. Los demás prisioneros lo imitaron. Al amanecer del 29 de septiembre de 1943, exactamente dos años después de la masacre de Babii Yar, Davydov y sus compañeros escaparon corriendo de los búnkeres y se abalanzaron sobre los muros del cementerio. Estupefactos ante una fuga que no se esperaban, los SS tardaron unos instantes en abrir

fuego. No obstante, consiguieron dar muerte a doscientas ochenta personas. Vladimir Davydov y otros once prisioneros consiguieron saltar el muro y escapar. Todos ellos fueron acogidos por habitantes de las afueras de Kíev. Más adelante, Davydov consiguió abandonar la zona y asentarse en la población de Varovichi.

[Ni todos los cuerpos fueron quemados ni todos los huesos pulverizados: eran demasiados. Todavía hoy quienes acudan a Babii Yar podrán ver esquirlas de cráneos y huesos mezclados con carbón o se toparán una bota calzando un trozo de pie podrido, zapatillas, galochas, trapos, jirones de vestidos de mujer, juguetes o trozos de las rejas de hierro fundido que cercaban el cementerio. Esas rejas sirvieron de improvisadas parrillas sobre las que ardieron los cuerpos de las víctimas de la masacre que tuvo lugar durante aquellos terribles días de septiembre de 1941.]

Este artículo fue redactado a partir de pruebas documentales y testimonios de los habitantes de Kíev.

EDITOR: LEV ÓZEROV

El asesinato de los judíos de Berdíchev

Los treinta mil judíos de Berdíchev constituían la mitad de la población de la ciudad. Al sureste de Berdíchev, en pueblos y aldeas donde se habían asentado desde tiempos inmemoriales, la proporción de población judía en relación con el total de habitantes superaba el sesenta por ciento. Y, sin embargo, por alguna razón Berdíchev era considerada la ciudad más judía de toda Ucrania. Antes de la revolución los antisemitas y los centuriones negros solían llamarla «capital de los judíos». Cuando los fascistas alemanes estudiaron la cuestión de los reasentamientos masivos de judíos en Ucrania, Berdíchev ocupó el centro de su interés.

La población judía mantenía estrechas relaciones de amistad con los rusos y ucranianos de la ciudad y sus alrededores. Jamás se habían producido conflictos entre las nacionalidades que habitaban la región.

La mayor parte de los judíos trabajaba en la industria: en la Ilích, una de las mayores fábricas de pieles de la Unión soviética; en la Progress, una fábrica de maquinaria industrial; en la procesadora de azúcar de Berdíchev; en cientos de pequeñas fábricas: peleterías, sastrerías, zapaterías, sombrererías, talleres donde se trabajaba el metal, fábricas de cartón… Aun antes de la revolución, las zapatillas fabricadas en Berdíchev —las *«chuviakí»*— gozaban de gran fama y se exportaban a Taskent, Samarcanda y otras ciudades de Asia central. También los fabricantes de zapatos de lujo y los especialistas en la fabricación de papeles de colores eran ampliamente conocidos. Miles de judíos de Berdíchev se ganaban la vida trabajando como albañiles, fabricantes de hornos, carpinteros, joyeros, relojeros, ópticos, panaderos, peluqueros, porteadores, cristaleros, montadores, cerrajeros, fontaneros y estibadores.

También contaba la ciudad con un amplio número de judíos dedicados a las profesiones liberales. En Berdíchev residían docenas de médicos experimentados: cirujanos, pediatras, ginecólogos, estomatólogos. Había especialistas en bacteriología, químicos,

farmacéuticos, ingenieros, técnicos en diversas ramas, contables, maestros de institutos y escuelas de enseñanza media, maestras de lenguas extranjeras, educadoras empleadas en guarderías, centros de enseñanza preescolar y áreas infantiles.

Los tanques alemanes irrumpieron en Berdíchev de improviso. Apenas un tercio de la población judía consiguió evacuar la ciudad a tiempo. La llegada de los alemanes se produjo a las siete de la tarde del lunes 7 de julio de 1941. Desde lo alto de los carros de combate, los soldados blandían sus armas y gritaban entre risotadas: «*¡Jude, kaputt!*». Sabían que la mayor parte de la población judía permanecía en la ciudad.

Resulta difícil reproducir el estado anímico de veinte mil personas súbitamente declaradas fuera de la ley y privadas de todos sus derechos humanos. Hasta las más severas leyes dictadas por los alemanes para la población de los territorios ocupados parecían a los judíos bendiciones inalcanzables.

Los alemanes comenzaron por imponer una contribución a los judíos. La comandancia militar les exigió entregar en el plazo de tres días quince pares de botas de cuero curtido, seis alfombras persas y cien mil rublos (a juzgar por la insignificancia de la contribución cabe pensar que se trató de un acto privado de extorsión perpetrado por el comandante alemán). Los judíos quedaban obligados a quitarse el sombrero cada vez que se encontraban con un alemán. Quienes se negaban a obedecer esa orden eran golpeados u obligados a arrastrarse por las aceras recogiendo la basura y los desperdicios con las manos; si se trataba de ancianos, les cortaban las barbas. Gersh Giterman, un carpintero que consiguió escapar de Berdíchev seis días después de la ocupación y atravesar la línea del frente, detalló algunos de los primeros crímenes contra los judíos que los alemanes cometieron en la ciudad. En las calles Bolshaya Zhitomírskaya, Malaya Zhitomírskaya y Shtéinovskaya del barrio Glinki, todas ellas perpendiculares a la carretera de Zhitomir, donde estaba emplazada la fábrica de pieles, los soldados alemanes obligaron a un grupo de judíos a salir de sus casas y los condujeron a la tintorería de la fábrica. Allí los obligaron a saltar a las enormes tinas llenas del ácido cáustico utilizado para teñir las pieles. A quienes se resistieron a saltar los mataban a tiros y sus cadáveres eran

lanzados igualmente a las tinas. Los alemanes que participaron de esa atrocidad la consideraban una «broma». Estaban curtiendo pellejos judíos, por así decirlo. En la Ciudad vieja, como se conoce al área de Berdíchev situada entre la carretera de Zhitomir y el río Gnilopiát, tuvo lugar otra atrocidad vestida de «broma». En esa ocasión los alemanes ordenaron a todos los ancianos acudir cubiertos con el manto de oración y provistos de las filacterias a la Vieja Sinagoga y celebrar una ceremonia «donde rezaran a Dios para que les perdonara los pecados que habían cometido contra los alemanes». Una vez que los ancianos se hubieron reunido, los alemanes aseguraron las puertas y prendieron fuego al edificio. Una tercera atrocidad a guisa de «broma» fue perpetrada junto al molino, donde los alemanes detuvieron a varias docenas de mujeres, les ordenaron desvestirse y les anunciaron que debían ganarse el derecho a la vida cruzando el río a nado. En ese punto el cauce del río es particularmente ancho debido al dique de piedra anexo al molino y la mayoría de las mujeres se ahogó antes de alcanzar la otra ribera. Aquellas que consiguieron salvar la distancia y llegaron a la ribera occidental recibieron la orden de nadar de vuelta hacia el molino. Los alemanes se divertían viendo cómo se agotaban las fuerzas de las pobres mujeres bajo el agua. La diversión se prolongó hasta que la última de las mujeres pereció ahogada.

Aun otro ejemplo de las «bromas» que gastaban los alemanes lo encontramos en la historia de la muerte del anciano Aaron Mizor, un carnicero que vivía en la calle Belopólskaya.

Un oficial alemán acudió a saquear el apartamento de Mizor y mientras los soldados se llevaban los muebles y los objetos de valor, decidió divertirse a costa del desdichado anciano. Husmeando entre las pertenencias del dueño del apartamento, el alemán encontró el cuchillo que el carnicero utilizaba para deshuesar las aves de corral y así descubrió su oficio.

—Me gustaría ver cómo trabajas —le dijo y volviéndose hacia los dos soldados que lo acompañaban les indicó que trajeran a los tres pequeños hijos de la vecina—. ¡Córtalos! —ordenó al viejo carnicero.

En un primer momento, Mizor pensó que se trataba de una broma. Pero al ver que no se movía, el oficial le pegó un puñetazo

en la cara y repitió:

—¡Córtalos!

La mujer y la nuera del carnicero comenzaron a llorar y a pedir clemencia para los niños, un comportamiento que no agradó al oficial:

—Ahora tendrás que cortar a estas dos mujeres además de a los niños —le dijo a Mizor.

El viejo carnicero cayó al suelo sin sentido y el oficial le acuchilló en la cara. Entretanto, su nuera salió corriendo a la calle para rogar a los transeúntes que subieran a evitar la muerte de los ancianos. Cuando la gente entró al apartamento se encontraron los cuerpos sin vida de los dos ancianos en medio de un charco de sangre. Por lo visto, el oficial decidió mostrar por su cuenta cómo se manejaba el cuchillo.

Los habitantes de Berdíchev pensaban que los excesos y asesinatos de los primeros días de ocupación no respondían a órdenes del mando alemán e intentaron llegar con sus quejas a las nuevas autoridades. Pretendían que se les concediera protección contra aquellos arbitrarios actos de violencia.

Miles de personas se negaban a admitir una realidad terrible. A saber, que el propio Estado alemán incitaba a cometer aquellas monstruosas atrocidades y las aprobaba. En sus mentes no cabía lo que no era más que una cruel verdad: los judíos habían sido puestos fuera de la ley y las torturas, los tormentos, los asesinatos y las incineraciones en vida resultaban ser algo natural y tolerado cuando sus víctimas eran judías. Por eso acudían una y otra vez ante las autoridades a presentar sus quejas y cada vez los representantes del poder alemán los echaban cubriéndolos de burlas e improperios.

El horror se adueñó de la ciudad. Entró a cada casa, se irguió sobre las camas de quienes dormían, se levantaba con el sol, salía de noche a pasear por las calles. Los corazones de millares de ancianos y niños se estremecían cuando escuchaban las botas de los soldados alemanes golpeando el pavimento en medio de la noche, las ásperas voces alemanas. Horribles en las noches nubladas y oscuras, como horribles eran en las noches de luna llena; horribles se tornaron los amaneceres, los mediodías luminosos; horrible eran ahora las plácidas noches en la ciudad natal. Y así fue durante cincuenta días.

El 26 de agosto los alemanes iniciaron los preparativos para una *Aktion* general. Toda la ciudad se llenó de anuncios llamando a los judíos a trasladarse al gueto que sería instalado en el barrio de Yatki, junto al mercado de la ciudad. Se prohibía terminantemente llevar consigo muebles. Yatki es la región más antigua de la ciudad. Sus calles sin asfaltar están permanentemente llenas de barro y sus numerosos baches llenos de agua. A ambos lados de las calles de Yatki se alzan antiguas barracas, casitas de una sola planta, viejas construcciones de ladrillos desconchados. En los patios no hay más que matorrales, basura, trastos viejos y montones de escombros.

El traslado se prolongó durante tres días. Cargados de bártulos y maletas, los judíos avanzaban lentamente desde las calles Bolopólskaya, Majnóvskaya, Uchílischnaya, Grécheskaya, Púshkinskaya, desde la Bolshaya y la Malaya Yuridika, la Semiónovskaya o la Danílovskaya. Niños y adolescentes sostenían a enfermos y ancianos que apenas conseguían tenerse en pie. En camillas y sábanas llevaban a paralíticos y mutilados. Otra nutrida columna de gente avanzaba desde el distrito Zagrebelni, situado al otro lado del río Gnilopiát. Decenas de familias con lactantes, enfermos que guardaban cama, ancianos ciegos tuvieron que acomodarse en las pequeñas barracas. Las habitaciones, pequeñas como celdas, quedaron atestadas de toda suerte de enseres domésticos, catres, almohadas, vajillas.

Se promulgaron las leyes que regían en el gueto. Se prohibía abandonar su perímetro; los infractores serían severamente castigados. Se autorizaba a los judíos a comprar en el mercado sólo a partir de las seis de la tarde, es decir, cuando ya no quedaba nada que comprar.

Y sin embargo, ninguno de los judíos trasladados al gueto sospechaba que aquel traslado no era más que la primera etapa de un itinerario previamente diseñado con esmero para dar muerte a los veinte mil judíos que permanecían en la ciudad.

Un habitante de Berdíchev, el contable Nikolai Vasílievich Niemolóvski, recuerda que solía visitar en el gueto a la familia de su amigo el ingeniero Nuzhni, quien trabajó en la fábrica Progress hasta el estallido de la guerra. Niemolóvski cuenta con qué desconsuelo se lamentaba la mujer de Nuzhni por que su hijo Garik, de diez años, no pudiera continuar acudiendo al colegio cuando se

reanudaran los estudios en otoño.

El padre Nikolai, obispo de la catedral de Berdíchev, y el anciano padre Gurin mantuvieron contacto permanente con los doctores Vurvarg, Barabán, la doctora Blank y otros intelectuales judíos recluidos en el gueto. *Pretendían otorgarles certificados de bautismo en la fe cristiana o incluso bautizarlos*. Sin embargo, las autoridades alemanas explicaron al obispo en Zhitomir que cualquier intento de salvar la vida de un judío sería castigado con toda severidad, incluyendo la pena de muerte.

Según el relato de ambos sacerdotes, a los ancianos médicos judíos los animaba la esperanza de la llegada del Ejército Rojo, una perspectiva que anhelaban a diario. En una ocasión se sintieron aliviados al conocer la noticia que alguien decía haber escuchado en la radio de que el gobierno alemán había recibido una nota de protesta en la que se le exigía cesar el maltrato a los judíos.

No obstante, por aquellos mismos días los alemanes trajeron a un grupo de los prisioneros retenidos en Lísaya Gorá y les ordenaron cavar cinco profundas zanjas en los terrenos anejos al aeródromo, donde termina la calle Bródskaya y da comienzo el camino de piedra que conduce a la aldea Románovka.

El 4 de septiembre, apenas una semana después del traslado de los judíos de Berdíchev al gueto, los alemanes y los traidores que formaban su fuerza policial ofrecieron a mil quinientos jóvenes alistarse en un contingente que marchaba a realizar trabajos agrícolas. Los jóvenes prepararon hatillos con pan y otros alimentos, se despidieron de sus familiares y se pusieron en camino. Ese mismo día, todos fueron fusilados entre Lísaya Gorá y Jázhino. Los verdugos organizaron la matanza con tal cuidado que los condenados no sospechaban el destino que les esperaba hasta unos pocos minutos antes de la ejecución. Les explicaban con todo detalle dónde trabajarían, cómo serían divididos en pequeños grupos, cuándo y dónde les serían entregadas las palas y otras herramientas de trabajo. Llegaron a sugerirles que cuando concluyera el trabajo le darían unas cuantas patatas a cada uno para que las llevaran a los ancianos padres que habían dejado atrás en el gueto.

Mientras tanto, quienes permanecían en el gueto nunca llegaron a saber, en el corto tiempo que les quedaba de vida, la suerte que

habían corrido los jóvenes.

—¿Dónde está vuestro hijo? —preguntaban a cualquier anciano del gueto.

—Se ha marchado a recoger patatas —solía ser la respuesta.

El fusilamiento de mil quinientos jóvenes del gueto fue el primer eslabón de una premeditada cadena de acontecimientos destinada a la aniquilación de los judíos de Berdíchev. Ahora, casi todos los jóvenes capaces de ofrecer resistencia habían abandonado el territorio del gueto y en Yatki quedaban, fundamentalmente, ancianos y ancianas, mujeres, escolares, niños de pecho. Así, los alemanes se habían asegurado la máxima impunidad para el momento en que procedieran a la ejecución en masa.

La preparación de la *Aktion* concluyó por fin. Las zanjas esperaban abiertas al final de la calle Bródskaya. El comandante alemán informó los detalles de la operación al representante del gobierno metropolitano, un ruso de origen alemán apellidado Reder que había sido prisionero durante la Primera Guerra Mundial, y al jefe de la policía Koroliuk, un traidor. Tanto Reder como Koroliuk tomaron parte activa en la organización y la ejecución de la masacre. El 14 de septiembre arribaron a Berdíchev varias unidades de las SS y se movilizó a toda la fuerza policial. En la noche y la madrugada del 14 al 15 de septiembre el gueto fue rodeado por las tropas. A las cuatro de la mañana, los hombres de las SS y la policía recibieron la señal que esperaban y comenzaron a entrar casa por casa para levantar de sus camas a los judíos y congregarlos en la plaza del mercado. A muchos de los que no podían andar por sí mismos —ancianos decrépitos o mutilados— los verdugos los ultimaban en las propias casas. Los horribles gritos de las mujeres y los llantos de los niños despertaron a toda la ciudad. Hasta en las calles más distantes del gueto la gente despertaba y escuchaban horrorizadas el llanto de miles de personas que se fundía en un solo grito que hería el alma.

Muy pronto la plaza del mercado estuvo atestada de gente. Rodeados de su guardia personal, Reder y Koroliuk observaban la concentración desde una pequeña colina cercana. Hasta allí les llevaban partidas de gente y ellos seleccionaban a dos o tres conocidos profesionales de cada grupo. Los elegidos eran apartados a un lado en el extremo de la plaza que da a la calle Bolshaya

Zhitomírskaya.

A los condenados los hacían formar columnas y, fuertemente escoltados por efectivos de las SS, tomaban la calle Bródskaya para atravesar la Ciudad vieja en dirección al aeródromo. Antes de formar las columnas, los SS y los policías obligaban a los condenados a dejar en el suelo los documentos y los objetos de valor que llevaban.

El suelo que rodeaba a Reder y Koroliuk se tornó blanco por la acumulación de documentos, pasaportes, certificados y carnés del sindicato.

Unas cuatrocientas personas fueron apartadas del resto. Entre ellos estaban los ancianos médicos Vurvarg, Barabán, Líberman, la doctora Blank. También fueron seleccionados muchos célebres profesionales y artesanos de la ciudad *[: el electricista y reparador de aparatos de radio Epelfeld, el fotógrafo Nuzhni, el zapatero Milmeister, el anciano pedrero Pékelis y sus hijos, también pedreros, Míjel y Vulf]*, sastres, zapateros, cerrajeros y unos pocos peluqueros que gozaban de gran reputación por la excelencia que mostraban en sus oficios. A esos especialistas se les permitió llevar consigo a sus familias, pero muchos de ellos no conseguían encontrar a sus mujeres e hijos en la abigarrada multitud. Según el testimonio de varios testigos, ello produjo escenas conmovedoras: aquellos hombres intentaban que su voz se alzara por sobre el rugido que emanaba de la multitud enloquecida y gritaban los nombres de sus mujeres e hijos mientras centenares de madres condenadas a muerte les alcanzaban sus hijos e hijas rogándoles los hicieran pasar por suyos para así salvarlos de la muerte.

—¡De todos modos no podréis encontrar a los vuestros! —les gritaban las mujeres.

Junto a las columnas de gente que avanzaban por la calle Bródskaya circulaban camiones que se movían en la misma dirección: en ellos viajaban los ancianos que no podían valerse por sí mismos, los niños más pequeños y en definitiva todos aquellos que no podían salvar por sí solos los cuatro kilómetros que separaban Yatki del lugar de la ejecución. La visión de aquellos miles de hombres y mujeres avanzando hacia la muerte era tan horrible que todavía hoy los testigos que intentan recordar aquella escena y describirla palidecen y lloran. La mujer del padre Gurin

vivía en una casa situada en la calle por la que los judíos eran conducidos al cadalso. Al ver pasar a aquellos miles de personas llorando y pidiendo clemencia y descubrir decenas de rostros conocidos en la multitud, la pobre mujer perdió la razón y permaneció largos meses en un estado de profunda conmoción.

Pero también hubo tenebrosos criminales que consiguieron sacar provecho de aquella colosal calamidad. Ávidos de lucrarse, se enriquecieron a costa de las víctimas de los alemanes. Los policías, sus familiares, las amantes de los soldados alemanes y demás personajes siniestros corrían a los apartamentos vaciados para saquearlos. Ante los propios ojos de las víctimas cargaban con vestidos, almohadas, mantas de plumas. Algunos se internaban entre la multitud y arrancaban a las mujeres y jóvenes que caminaban hacia la muerte los pañuelos con que se cubrían la cabeza o los abrigos de lana. Entretanto, la avanzada de la columna ya llegaba al aeródromo.

Los SS, medio ebrios, condujeron al primer grupo de cuarenta personas hasta el borde de la zanja. Se escucharon las primeras ráfagas de ametralladora. El lugar de la ejecución estaba situado a unos cincuenta o sesenta metros del camino por el que conducían a los condenados. Miles de ojos presenciaron cómo caían a la fosa los cuerpos sin vida de ancianos y niños. Uno tras otro avanzaban los judíos hacia los hangares del aeródromo donde esperaban el momento de su ejecución. Desde allí partían en grupos de cuarenta personas, salvaban unos trescientos metros atravesando un campo cuyo suelo estaba lleno de cascotes que dificultaban la marcha. Mientras los SS asesinaban a un grupo, el siguiente esperaba su turno a pocas decenas de metros de la zanja, ya todos sus integrantes despojados de los abrigos, y el tercero salía del hangar y comenzaba a andar hacia la muerte.

Aun cuando la aplastante mayoría de los asesinados aquel día eran ancianos, niños y mujeres con niños de pecho cargados en brazos, los alemanes temían la posibilidad de que pudieran ofrecer resistencia. Por eso la masacre fue organizada en tal forma que en el lugar de la ejecución había más verdugos armados de ametralladoras que víctimas desarmadas.

La monstruosa carnicería a la que fueron sometidas todas aquellas personas inocentes e indefensas se prolongó a lo largo de toda una jornada. La sangre corrió un día entero. Las fosas estaban

llenas de sangre. El suelo arcilloso no la absorbía y la sangre se derramaba formando enormes charcos, formando riachuelos, acumulándose en las depresiones del terreno. Al caer a la fosa, los heridos no morían por las balas de los SS, sino que se ahogaban en la sangre que la llenaba. Las botas de los verdugos estaban empapadas de sangre; las víctimas caminaban hacia su tumba chapoteando en la sangre. Los horribles gritos de los condenados llenaron el aire durante un día entero. Los campesinos de los caseríos vecinos huían de sus casas para librarse de aquellos llantos, que cualquier persona con corazón es incapaz de soportar. A lo largo de todo un día los hombres y mujeres que formaban aquella columna que parecía interminable pasaban al lugar de la ejecución y veían a sus madres, hermanas o hijos colocados ya en el borde de la zanja a la que ellos mismos acudirían una o dos horas más tarde. Y todo el día el aire se llenó de gritos de despedida.

—¡Adiós! ¡Muy pronto nos reuniremos! —gritaban desde el camino.

—¡Adiós! —les respondían desde el borde de la zanja.

Terribles alaridos cruzaban el aire. Se gritaban los nombres de los seres queridos. Se escuchaban los últimos adioses.

Los ancianos oraban en voz alta. No perdían su fe ni en aquellos momentos regidos por el diablo.

Ese día, el 15 de septiembre de 1941, fueron asesinadas doce mil personas en el campo contiguo al aeródromo de Berdíchev. La inmensa mayoría de las víctimas fueron mujeres, niños y ancianos.

Las cinco zanjas se llenaron a rebosar y para tapar los cuerpos fue necesario cubrirlos con tierra formando montículos. La tierra se removía como si jadeara. Esa noche muchas de las víctimas que habían conseguido sobrevivir salieron reptando de aquellos peculiares montículos funerarios. El aire fresco penetró a través de las capas superiores de la tierra removida e insufló fuerzas a quienes estaban apenas heridos, aquellos cuyos corazones aún latían, le devolvió la conciencia a quienes la habían perdido por un rato. Y consiguieron emerger a la superficie, para alejarse por instinto de las zanjas. Desangrados y exhaustos, la mayoría de ellos moría allí mismo en el campo, a apenas unos metros del lugar de la ejecución.

Los campesinos que al amanecer del día siguiente viajaban a la

ciudad desde Románovka se encontraron con el campo lleno de cadáveres. Los alemanes y la policía también se aparecieron por allí de buena mañana, retiraron los cuerpos sin vida, remataron a aquellos que todavía respiraban y los volvieron a enterrar.

En muy poco tiempo las fosas se abrieron tres veces, destapadas por la presión que venía de adentro y otras tantas veces la sangre se desbordó, derramándose por los campos. Tres veces fueron los alemanes en busca de los campesinos y tres veces los obligaron a palear tierra sobre las fosas abiertas.

Sabemos de dos niños que llegaron a estar en los bordes de las fosas y consiguieron evitar la muerte por puro milagro.

Uno de ellos se llamaba Garik y era el hijo de diez años del ingeniero Nuzhni. Su padre, su madre y su hermana de seis años fueron ejecutados. En un desesperado intento de salvarle la vida, cuando Garik, su madre y su hermanita llegaron al borde de la zanja, su madre gritó:

—¡Este niño es ruso! ¡Es el hijo de mi vecina!

Esa información fue corroborada a gritos por los otros condenados y el SS apartó a Garik de un empujón. El niño se ocultó entre unos arbustos y cuando llegó la noche marchó a la calle Belopólskaya, donde había vivido los años que contaba su breve vida.

Allí se dirigió al apartamento de Nikolai Vasílievich Niemolóvski, un amigo de su padre, y apenas entró y se encontró con rostros conocidos, el niño tuvo un ataque de nervios y prorrumpió en sollozos.

A duras penas, Garik relató las circunstancias de las muertes de su padre, su madre y su hermana y les contó cómo su madre, ayudada por desconocidos, había conseguido salvarle la vida. En toda la noche no paró de llorar; a cada momento saltaba de la cama y pugnaba por salir de la casa para volver al lugar de la ejecución.

La familia Niemolóvski mantuvo escondido al niño durante diez días. Al décimo primer día, Niemolóvski supo que el hermano del ingeniero Nuzhni era uno de los cuatrocientos artesanos y profesionales que los alemanes habían dejado con vida. Entonces se dirigió al estudio de fotografía donde trabajaba y le confió que su sobrino había sobrevivido a la matanza.

Esa misma noche Nuzhni fue a visitar a su sobrino. Cuando

Niemolóvski intentó relatar a quien escribe estas líneas los pormenores del encuentro de Nuzhni, quien había perdido a toda su familia, con su sobrino, se echó a llorar de pronto y dijo:

—Eso no se puede expresar con palabras.

Unos días más tarde Nuzhni se llevó consigo a su sobrino. Ambos tuvieron un destino trágico: tío y sobrino fueron fusilados en la siguiente ejecución.

El segundo niño del que se sabe escapó de la masacre fue Jaím Roitman, de diez años. Sus padres y su hermano pequeño, Boria, fueron asesinados ante sus ojos. Cuando el alemán le apuntó con la ametralladora, Jaím, de pie en el borde de la zanja, lo distrajo señalándole un trozo de vidrio que brillaba al sol: «Mire, hay un reloj ahí», le dijo. El alemán se inclinó a recoger el supuesto reloj y el niño aprovechó ese momentáneo despiste para echar a correr. Las balas alemanas le atravesaron la gorra, pero el pequeño Jaím salió ileso y no paró de correr hasta que cayó al suelo sin sentido. Guerasím Prokófievich Ostapchuk lo recogió, lo escondió y acabó adoptándolo. Por lo tanto, probablemente se trate de la única persona conducida ante las zanjas el 15 de septiembre de 1941 que consiguió permanecer viva hasta la llegada del Ejército Rojo.

Después de la ejecución en masa, los judíos que habían huido de la ciudad a las aldeas y los que habitaban en pueblos donde el acoso que sufrían se hacía insoportable corrieron al gueto vacío en busca de seguridad. Alguien les convenció de que allí, en aquellas callejuelas, estarían a salvo. Pero los alemanes y los policías no tardaron en volver al gueto y las nuevas atrocidades no se hicieron esperar.

A los niños pequeños les rompían la cabeza contra los adoquines de las calles; a las mujeres les amputaban los pechos. Leva Milsmeiter, quien tenía quince años entonces, fue testigo de esos actos monstruosos. Él consiguió escapar de un fusilamiento, aunque resultó herido de bala en una pierna.

A finales de octubre de 1941 comenzaron las redadas para capturar a los judíos que se habían escondido en otros barrios de la ciudad. En esas redadas no sólo participaban los alemanes y la policía; también los chivatos de las Centurias negras jugaron un papel fundamental en ellas. Ya el 3 de noviembre había dos mil personas encerradas en el antiguo convento de las Carmelitas

descalzas ubicado sobre un barranco junto al río y rodeado por una gruesa y alta muralla. También los cuatrocientos especialistas que habían sido seleccionados por Reder y Koroliuk antes de la ejecución en masa del 15 de septiembre de 1941 fueron conducidos al recinto acompañados de sus familiares. El 3 de noviembre se ordenó a todos los judíos recluidos en el convento colocar dentro de un círculo dibujado en el suelo todos los objetos de valor y el dinero que llevaran encima. El oficial alemán que impartió la orden les informó que quienes se guardaran algo no serían fusilados: se los enterraría vivos.

Concluido ese trámite, los judíos comenzaron a ser conducidos al lugar de la ejecución en grupos de ciento cincuenta personas. Las víctimas eran obligadas a formar de dos en fondo y subir a los camiones. Primero se llevaron a los hombres, unos ochocientos; después se llevaron a las mujeres y a los niños. Después de haber sido sometidos a las más atroces golpizas, de haber padecido tormentos, hambre y sed, de haber soportado durante cuatro meses la permanente carnicería que practicaban los alemanes contra los judíos y tras haber perdido a sus seres queridos, algunos de los condenados estaban tan hundidos que veían la muerte como una liberación. Se ponían a la cola que los conducía a la muerte sin siquiera pensar en ganar una o dos horas más de vida.

Uno de ellos pujaba por llegar a la cabeza de la fila para salir antes del convento:

—Dejadme pasar adelante, judíos —decía—. En cinco minutos ya todo habrá acabado, ¿a qué temer?

Ese día fueron fusiladas dos mil personas. Entre ellos estaban los doctores Vurvarg, Barabán, Líberman, el dentista Blank y la familia del dentista Rubinstein. Esas ejecuciones tuvieron lugar en las afueras de la ciudad. Concretamente, en las tierras adscritas a la granja agrícola estatal Sakúlino.

También en vísperas de esta nueva ejecución, ciento cincuenta de los mejores profesionales de la ciudad fueron seleccionados. Los apartaron de la muerte cuando ya se encontraban al borde de la zanja que esperaba los cadáveres.

De allí los condujeron al campo de concentración de Lísaya Gorá. Poco a poco, ese campo de concentración se fue llenando de los mejores profesionales de otras regiones. Al final, eran unas

quinientas personas en total.

El 27 de abril de 1942 fueron fusiladas todas las judías residentes en la ciudad que habían contraído matrimonios con rusos, así como todos los niños nacidos de esos matrimonios mixtos. En total, unas setenta personas.

El campo de concentración instalado en Lísaya Gorá se mantuvo en funcionamiento hasta junio de 1942. Al amanecer del 15 de junio los alemanes ejecutaron mediante disparos de ametralladora al grueso de los artesanos y sus familias recluidos allí. También en esta ocasión una selección precedió a la masacre. Los sesenta mejores artesanos —sastres, zapateros, electricistas y albañiles— fueron apartados de las víctimas en el lugar mismo de la ejecución. Todos acabaron recluidos en una prisión desde la que prestaban sus servicios a los efectivos de la SD y la policía ucraniana.

La suerte de aquellos sesenta judíos que habían conseguido escapar de la muerte en sucesivas ocasiones fue decidida más tarde. Los alemanes los fusilaron durante el primer ataque del Ejército Rojo a Zhitomir. El anciano electricista Epelfeld, un hombre conocido en toda la ciudad, fue una de las víctimas de esa ejecución. De ese modo, y siempre trabajando de acuerdo con un plan previamente elaborado, los alemanes aniquilaron a las veinte mil personas que formaban la población judía de Berdíchev, desde los ancianos decrépitos hasta los niños recién nacidos.

De esas veinte mil personas, apenas una docena consiguió sobrevivir. Entre ellos estaban los ya mencionados Leva Milmeister, de quince años, Jaím Roitman, de diez, los hermanos Vulf y Míjel Pékelis, hijos de un albañil y constructor de hornos de Berdíchev.

A modo de conclusión presentamos aquí estas líneas publicadas el 13 de enero de 1944 en *El honor de la patria*, diario del Ejército Rojo: «La compañía mandada por el Teniente de primera Bashkatov fue una de las primeras que consiguió entrar en Berdíchev. El soldado Isaac Speer, natural de esa ciudad, formaba parte de esa compañía. Mientras avanzaba por la calle Belopólskaya, Speer mató a tres tiradores alemanes. El soldado del Ejército Rojo miraba en derredor con el corazón en un puño. Ante él se extendían las ruinas de una calle que conocía desde niño. Por fin llegó a la calle Chevchenko donde estaba su casa natal. La casa estaba entera: en pie estaban sus muros, entero el tejado, intactos los postigos. Allí

los vecinos informaron a Speer de que los alemanes habían asesinado a su padre, su madre, su hermana y a los pequeños Boria y Dora.

»Los alemanes todavía ocupaban posiciones en Lísaya Gorá y esa misma mañana los combatientes del Ejército Rojo cruzaron el helado Gnilopiát y se prepararon para el asalto final. Isaac Speer estaba en las primeras filas. A rastras llegó hasta una posición donde los alemanes tenían una ametralladora de gran poder de fuego y consiguió dar muerte con una granada a sus dos operarios e inutilizar la pieza. Una mina le destrozó una pierna, pero Speer no abandonó la primera línea. Aun consiguió abatir a un tercer alemán antes de que una bala explosiva le destrozara la cabeza y muriera en Lísaya Gorá, donde los alemanes habían asesinado a su madre. El soldado Isaac Speer recibió sepultura en la calle Belopólskaya de su ciudad natal».

4 de diciembre de 1944

VASILI GROSSMAN

Tálnoye

Cualquiera que se haya paseado a lo largo de la línea del ferrocarril que transcurre sobre un terreno elevado junto a la ciudad de Tálnoye habrá podido observar el solitario edificio del matadero, ubicado en la ladera de una colina a las afueras de la ciudad. Fue en ese edificio que ocurrió la tragedia que se abatió sobre la ciudad de Tálnoye: la masacre perpetrada por los alemanes contra muchos miles de inocentes. Situada en la región de Kíev, más de la mitad de la población de Tálnoye la constituían judíos. De todos ellos, tan sólo uno salió con vida: el carnicero Yulin, empleado del matadero metropolitano.

El 19 de septiembre de 1941 el comandante alemán al mando de la ciudad ordenó censar a todos los judíos residentes en Tálnoye. Cuando los judíos acudieron a la plaza de la comandancia para ser censados, se les informó que serían enviados por grupos a la ciudad de Umán. Los ancianos incapaces de trabajar fueron apartados y conducidos al cine y al club obrero: un día después todos fueron fusilados.

A pocos kilómetros de la ciudad, en medio del bosque Kulbida, se encuentra la población de Belashki. Fue precisamente allí donde obligaron a detener la marcha al grupo de judíos de Tálnoye y masacraron a más de un millar de personas disparándoles con ametralladoras.

La ucraniana María Fiódorovna Rosenfeld, de soltera Moskalenko, quien trabaja actualmente como contable jefe y adjunta al secretario del Comité del Komsomol en Tálnoye, estaba casada con un judío. Todas las rusas y ucranianas casadas con judíos y que tenían hijos con ellos fueron encerradas en tres apartamentos de un mismo edificio, junto a unos pocos ancianos. Cerca de un centenar de personas esperaban la hora de la muerte recluidas en unas pocas habitaciones minúsculas.

Al alba del 17 de abril de 1942, *[día del cumpleaños de Hitler]*, cuando los relojes marcaban las cinco de la mañana, los

involuntarios inquilinos de los tres apartamentos fueron conducidos al patio. Los alemanes arrancaron a los hijos de padres judíos de manos de las madres. Los hijos del matrimonio Moskalenko-Rosenfeld contaban cinco años, el varón, y tres años, su hermanita. Los alemanes habían concebido un castigo para aquellas madres mucho más refinado que la ejecución. Todos los niños fueron subidos a un camión arrojándolos como si se tratara de leños. Después se los llevaron a aquel sitio horrible y maldito, junto al matadero que se divisa cuando uno se pasea por el terreno elevado por el que transcurre la línea del ferrocarril. Allí fueron ejecutados a tiros. A las madres las dejaron con vida: los alemanes sabían que el mazazo recibido les impediría recuperarse jamás.

El fotógrafo Pogoretski, ruso, estaba casado con una judía. Su mujer y el hijo de ambos fueron ejecutados. A Pogoretski no le quitaron la vida. Los partisanos consiguieron dar muerte al responsable de la aldea Glíbochka, un colaborador de los alemanes. Al día siguiente los alemanes ejecutaron a todos los miembros de dos familias judías, los Sigalovski y los Jersonski. El cadáver de una mujer judía apellidada Rátushnaya estuvo expuesto largo tiempo frente a la sede de la comandancia alemana. Del cuello le colgaba una botella vacía: Rátushnaya tenía el encargo de llevar la leche a un alemán, pero a éste le pareció que la leche no era lo suficientemente espesa. Los SS tenían un método para matar a los niños judíos: los levantaban sujetándolos por el cabello y les disparaban en la oreja. A un niño enfermo de tina un SS intentó levantarlo tirándole de la oreja. No lo consiguió y el niño cayó al suelo. Entonces el SS le arrancó los pantalones y le destrozó los genitales a patadas. «¡A ver si ahora consigues reproducirte, judío!», le gritó, mientras sus camaradas reían.

VLADIMIR LIDIN

Resistencia en Yarmolitsi (región de Kámenetz-Podólsk)

En Yarmolitsi, los judíos ofrecieron resistencia durante dos días seguidos. Habían preparado las armas de antemano: las trajeron ocultas en los enseres que les permitieron cargar. Todo sucedió en la ciudadela donde los habían encerrado. Los judíos mataron al policía que se apareció a seleccionar al primer grupo de condenados que sería conducido al paredón. Arrojaron su cadáver por una ventana. Se produjo un intercambio de disparos en el que también otros policías resultaron muertos. Al día siguiente llegaron camiones con refuerzos, policías traídos de los pueblos cercanos. No fue hasta la caída de la noche, cuando ya los judíos habían agotado toda la munición, que los policías consiguieron penetrar en la ciudadela. La masacre se prolongó durante tres días. Dieciséis policías, entre ellos el jefe de la policía local, y cinco alemanes fueron muertos durante el asedio.

En otros edificios de la ciudadela se produjeron suicidios. Un padre arrojó por una ventana a sus dos hijos y se lanzó después por la misma ventana junto a su mujer. En otra ventana se pudo observar a una joven que antes de abalanzarse al vacío gritó: «¡Viva el Ejército Rojo! ¡Viva Stalin!».

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

La muerte de la doctora Langman (Sorchisi)

La ginecóloga Liubóv Mijáilovna Langman vivía en Sorchisi. Sus vecinos la adoraban y los campesinos consiguieron mantenerla oculta largo tiempo para evitar que los alemanes la encontraran. Su hija de once años se escondía con ella.

Encontrándose en Mijáilovka, Langman recibió la visita de una comadrona quien le dijo que la mujer del responsable del pueblo estaba teniendo un parto difícil. Langman dio instrucciones a la comadrona, pero el parto se complicaba sin remedio. Fiel a su deber, Langman acudió a la cabaña del responsable y salvó a su mujer y al neonato. Inmediatamente después el responsable informó a los alemanes de la presencia de una judía en su casa. Los alemanes se llevaron a la ginecóloga y su hija para ejecutarlas. En un primer momento, Langman les rogó que no mataran a su hija, pero después la abrazó y les dijo: «¡Disparen! ¡No quiero que ella viva con vosotros!». Madre e hija fueron asesinadas.

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

En la ciudad de Jmélnik (Región de Vínnitsa)

Antes de la guerra, en Jmélnik, una pequeña ciudad de la región de Vínnitsa, los diez mil judíos que vivían en la ciudad constituían la mayoría de la población. Muchas generaciones de judíos habían vivido en Jmélnik; sus relaciones con los rusos y ucranianos estaban marcadas por la amistad y el afecto.

A lo largo de los años de poder soviético la ciudad había crecido y se había desarrollado tanto en el plano económico como en el cultural. De las fábricas de Jmélnik salían productos textiles, lana y muebles. Había una fábrica de ladrillos, otra de herramientas y dos refinerías de azúcar, además de muchas cooperativas. Judíos, rusos y ucranianos trabajaban codo a codo en todas esas empresas. Había obreros, técnicos e ingenieros judíos. Todos en la ciudad conocían y respetaban a trabajadores ejemplares —*stajanouistas*—, inventores y honrados artesanos judíos.

La ciudad contaba con un cine, un teatro, tres escuelas de enseñanza elemental y media, dos de enseñanza elemental y un magnífico hospital. El 22 de junio de 1941 toda esa vida ordenada se hundió en un abismo. Apenas unos pocos judíos consiguieron evacuar la ciudad antes de la ocupación. *[La angustia y el dolor que padecieron quienes permanecían en la ciudad a la espera de los alemanes eran enormes.]*

En Ucrania los días de julio son una genuina bendición: la naturaleza comparte generosamente su esplendor y belleza. Pero aquel año hasta la naturaleza pareció comprender que se avecinaban días horribles para aquella tierra. El 18 de julio de 1941 se desató un huracán inédito en aquellos lares. La lluvia, abundante, era fría, otoñal.

Los alemanes irrumpieron en la ciudad.

Apenas tres días más tarde se dictó una orden que obligaba a todos los judíos, incluyendo a los niños mayores de quince años, a llevar atado al brazo izquierdo un brazalete de color blanco y quince centímetros de ancho sobre el que destacara una estrella de

seis puntas de color celeste.

Seguidamente se prohibió a los judíos comprar cualquier producto en el mercado con la excepción de patatas y guisantes. Poco después se emitió una orden aún más precisa: todo judío que fuera visto en el mercado recibiría de veinticinco a cincuenta azotes. De esa manera se condenó al hambre a toda la población judía de la ciudad.

Otro decreto especial prohibía terminantemente a los campesinos entablar cualquier tipo de relación comercial o personal con los judíos. La pena impuesta a los campesinos que visitaran a un judío era de veinticinco a cincuenta azotes. Las sentencias se ejecutaban implacablemente.

Comenzó la expropiación de bienes a los judíos: en veinticuatro horas debían entregar a las autoridades las bicicletas, las máquinas de coser y los gramófonos.

Aún más devastadora fue la orden categórica de entregar todos los platos, tenedores y las pastillas de jabón. El pillaje no sólo transcurría en forma «ordenada»: los policías irrumpían sin previo aviso en las viviendas de los judíos rompiendo puertas y ventanas y cargaban con todo lo que les placía. Aquello que no podían llevarse consigo, lo destruían sin más.

Los alemanes y los policías sacaban a los judíos de sus casas y los obligaban a trabajar. *[Los enviaban a reparar puentes, fregar suelos o cavar zanjas en las huertas.]* Algunos trabajos no tenían otro propósito que la vejación. Así, por ejemplo, obligaban a los judíos a llenar de agua tinas agujereadas. El «trabajo» era absurdo e imposible de realizar, pero ello no impedía que los judíos recibieran patadas y porrazos por ser incapaces de llevarlo a cabo.

La Gestapo llegó a la ciudad el 12 de agosto de 1941.

Una noche había tres niños judíos sentados en un banco no lejos de sus casas. Musia Gorbonos era uno de ellos. Un niño tranquilo y bueno; un magnífico estudiante que cursaba octavo. Un policía se les acercó y le pidió fuego a Musia. El niño le dijo que no fumaba.

El alemán lo miró fijamente durante un instante y le disparó a quemarropa. Musia Gorbonos fue la primera víctima. El horror y el miedo se apoderaron de todos.

Los judíos recibieron la orden de acudir a darse de alta en un registro. El primer día los alemanes seleccionaron a trescientos

sesenta y cinco hombres y a dos mujeres.

En el bulevar que cruza el centro de Jmélnik se alza un monumento a Lenin. Era el lugar preferido por los jóvenes para salir a dar un paseo cada tarde. Ése fue precisamente el sitio elegido por los alemanes para hacer escarnio de los ciudadanos soviéticos.

Las trescientas sesenta y siete personas seleccionadas fueron conducidas al bulevar. A golpes y culatazos los obligaron a tomarse de las manos y bailar entonando la *Internacional*. Los alemanes cortaron las barbas a los ancianos y obligaron a los jóvenes a tragárselas.

Después los llevaron a todos al complejo de la sociedad cooperativa regional, los encerraron en el almacén de vidrio y los obligaron a bailar descalzos sobre vidrios rotos y tablones con clavos que habían sido colocados allí para la ocasión. Así, con tales vileza y ensañamiento, los verdugos se mofaban de condenados a quienes esperaba una pronta muerte. A las seis de la tarde las atormentadas víctimas fueron conducidas a las afueras de la ciudad. Ya estaban abiertas las zanjas al borde de la carretera de Uliánovo. Los verdugos obligaron a los judíos a desnudarse y nuevamente los hicieron bailar.

En los instantes previos a la ejecución algunos de los condenados dieron vivas a Stalin. «Stalin ganará esta guerra», gritaron. Y también: «¡Que Hitler se pudra en el infierno!».

Ese día la Gestapo y sus cómplices asesinaron a trescientos sesenta y siete judíos y a cuarenta ucranianos que pertenecían al partido.

Con el establecimiento del *Gebietskommissariat* en Litín el hostigamiento a los judíos alcanzó un carácter todavía más calculado.

En primer lugar, se dictó una orden obligando a todos los judíos residentes en las principales calles de la ciudad a abandonar sus casas en el plazo de tres días y mudarse a las afueras.

El 25 de diciembre se ordenó entregar toda la ropa de abrigo a las tropas alemanas.

Los alemanes detuvieron a diez mujeres y un hombre en plena calle, los condujeron a la comisaría y los desnudaron completamente antes de encerrarlos en una celda. Desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde los policías acudían a

golpearlos. Finalmente, las atormentadas víctimas fueron arrojadas a la calle y expuestas a gélidas temperaturas.

La «colecta» a favor del ejército alemán continuaba.

Pero todo aquello no era sino el preámbulo a la aniquilación general que esperaba a la población judía de Jmélnik. Alguien denunció que Abramóvich, un hombre enfermo, guardaba un arma en su casa. El enfermo fue sacado a rastras a la calle y conducido a una horca instalada en la calle principal. Antes de ejecutarlo le ordenaron decir unas últimas palabras.

Terriblemente enfermo y teniéndose en pie a duras penas después de la severa golpiza que le habían propinado, el anciano Abramóvich encontró la fuerza necesaria para decir con voz clara y pura: «¡Qué los fascistas y su "Öber-bandido" Hitler sean borrados de la faz de la tierra!».

El viernes 2 de enero de 1942 llegó a la ciudad el *Gebietskommissar* Witzermann en su coche de color amarillo. Inmediatamente convocó al síndico de la comunidad judía y le notificó la imposición de una nueva contribución.

Por añadidura, ordenó que los judíos se mudaran inmediatamente a la parte vieja de la ciudad, donde se estableció un gueto.

Otra orden obligaba categóricamente a todos los rusos y ucranianos a dibujar una cruz en las puertas de sus casas. Quien recibiera en su casa a un judío sería castigado con toda severidad.

Unos días más tarde llegó la hora de la *Aktion*.

La nieve congelada se amontonaba en las calles y aullaba un viento gélido que se colaba por doquier. La gente temía abandonar aquella mañana sus casuchas, como si todos presintieran el horror y el dolor que les traería el día que comenzaba.

A las cinco de la mañana los agentes de la Gestapo, sus cómplices y los policías de Litín y las aldeas vecinas rodearon las calles del gueto. El *Gebietskommissar* Witzermann dirigía personalmente la operación.

La sangrienta masacre no se hizo esperar. Todavía soñolientas, las víctimas eran sacadas a la fuerza de la cama y arrojadas a la calle a medio vestir. Los ancianos y los enfermos eran ejecutados en las propias casas.

La temperatura rondaba los treinta grados bajo cero, pero todos

eran sacados a la intemperie sin compasión. Muchos iban descalzos; otros apenas llevaban una bota; algunos llevaban galochas sobre los pies desnudos. Algunos avanzaban envueltos en mantas; otros iban en camisón. Muchos intentaron escapar, pero el conato de fuga terminaba cuando los alcanzaban las balas.

A. Beyder, un sobreviviente, ha dejado el siguiente testimonio: «A las seis de la mañana escuché el primer tiroteo. Me asomé a la puerta y un policía me gritó: "¡Fuera, deprisa!". Me condujeron al edificio contiguo. De nada sirvió que les rogara que me dejaran ir junto a mi familia para ayudar a mi mujer a conducir a nuestros hijos a la muerte. Por toda respuesta recibía culatazos. Me arrancaron a la fuerza de la compañía de mi mujer y mis tres queridos hijos en aquel preciso momento, el más terrible de nuestras vidas. Conseguí escapar de la columna que nos habían obligado a formar. Los gritos, el llanto y los lamentos inundaban el aire. Una mujer alemana, la esposa del jefe de la autoridad metropolitana, se ocupaba de los niños. Mientras los llevaba a la muerte, les repetía: "Tranquilos, niños, tranquilos".

»Cuando la multitud estuvo reunida en la plaza el *Gebietskommissar* ordenó leer la lista de especialistas a los que se permitiría vivir. Los demás fueron conducidos a un pinar a tres kilómetros de la ciudad. Las zanjas abiertas ya los esperaban. A lo largo de todo el camino los hombres de la Gestapo no cesaron de golpear y vejar a los condenados sin la menor piedad.

»A las hermanas Lerner un hombre de la Gestapo las espoleaba hincándoles el puñal en las espaldas.

»Shaím, un niño de cuatro años huérfano de padre y cuya madre había sido asesinada por los alemanes, avanzaba en la columna junto a los adultos, como si fuera uno de ellos.

»Al llegar a la zanja, los alemanes colocaban a la gente formando una hilera, las obligaban a desvestirse y a desvestir a los niños. Hacía un frío colosal. Los niños gritaban: "¿Por qué me desvistes con este frío, mamá? ¿Por qué lo haces?".

»Cada quince o veinte minutos salía hacia el almacén una carreta con las ropas de los muertos».

Aquel día, el 9 de enero de 1942, fueron asesinadas seis mil ochocientas personas.

El 16 de enero se produjo una nueva ejecución en masa. Esta vez

fueron ejecutadas mil doscientos cuarenta personas. La crueldad de la Gestapo y los policías no tenía límites. La madre del doctor Abramson, una mujer de sesenta años que padecía sordera, no escuchó la orden de salir del sótano donde había encontrado refugio. El hombre de la Gestapo que esperaba por ella la agarró de su cabellera cana y la decapitó con su sable.

Y allí permaneció unos instantes frente a la multitud con la cabeza de la anciana colgando de su mano.

Algunas víctimas consiguieron esconderse en sótanos o desvanes de las casas de los campesinos. Muchos vagaban por los campos sin encontrar cobijo. Un buen número de esos últimos murió por congelación: sus cuerpos sólo aparecieron tras los deshielos primaverales.

Los hermanos Goldman estuvieron entre quienes consiguieron salvarse. Permanecieron varias horas escondidos bajo una cama. Al final, el mayor de los tres hermanos, un niño de doce años, dijo que saldría a ver si encontraba a su padre. Pero en ese preciso instante un policía entró en la habitación y al encontrarse allí al niño le clavó un cuchillo en el pecho. El niño profirió un apagado «ay» y cayó muerto.

Su hermana esperó a que llegara la noche y corrió con el tercero de los hermanos Goldman, de cinco años, a casa de unos conocidos en Slobodka. Un pequeño grupo de judíos de la calle Yevréiskaya también sobrevivió a las primeras *«Aktionen»*. Al conocer de la existencia de esos sobrevivientes, el jefe de los gendarmes alemanes convocó al síndico de los judíos, Elzon, y le ordenó avisar a todos los judíos de la obligatoriedad de acudir a las dependencias policiales para renovar la documentación. A partir de entonces, le aseguró que los judíos serían dejados en paz. Al mismo tiempo le avisó que si encontraban a un solo judío desprovisto de documentos, fusilarían al síndico y a otros tres judíos de la calle Yevréiskaya. En efecto, cada judío recibió un documento nuevo de color azul que debía ser presentado en la comisaría cada mañana a las ocho de la mañana. *[Naturalmente, las promesas hechas al síndico no tenían la menor relación con la realidad: las bestiales y arbitrarias vejaciones a los judíos no cesaron. El 25 de enero de 1942 un agente de la Gestapo dio con el paradero del rabino de Jmélnik, el rabino Shapiro. Al descubrirlo, lo sacó a rastras del sótano donde se escondía y comenzó*

a golpearlo, mientras le exigía que le entregara todo el oro que ocultaba. Por último, lo sacó a la calle y lo degolló. El cadáver de Shapiro permaneció varios días tumbado en la calle; los alemanes habían prohibido darle sepultura. El 5 de febrero al síndico le ordenaron seleccionar a veinticuatro mujeres para que limpiaran de nieve el estadio de la ciudad. Las muchachas que acudieron a realizar el trabajo comenzaron a apartar la nieve con ayuda de palas. Pero al policía encargado de vigilarlas no le pareció bien que se ayudaran de herramientas y decidió obligarlas a trabajar según su singular parecer. Así, ordenó a las mujeres que bailaran sobre la espesa capa de nieve que cubría el campo y después las obligó a echarse boca abajo sobre la nieve y reptar por ella. Cuando las mujeres se echaron sobre la nieve el policía la emprendió a patadas con ellas. Sus botas, cabe señalar, estaban reforzadas con sendas punteras de hierro.

A lo largo de los meses siguientes los judíos no dejaron de temer ni un instante a la espada de Damocles que pendía sobre ellos.]

A las cinco de la mañana del viernes 12 de junio los soldados húngaros llegados la víspera a la ciudad rodearon la calle Yevréiskaya y con el pretexto de un nuevo censo comenzaron a llevar a la fuerza a todos los judíos hacia la comisaría de policía. A medida que iban llegando al edificio de la comisaría, los agentes separaban a los hombres de las mujeres y los niños. Los hombres tomaron un camino, mientras las mujeres, los niños y los ancianos eran cargados en camiones y conducidos al bosque.

Todo esto ocurría en un hermoso día soleado. Los niños, incapaces de comprender de qué iba aquello, correteaban en torno a las zanjas, organizaban alegres juegos, arrancaban florecillas del prado.

Aquel viernes sangriento fueron asesinadas trescientas sesenta personas. *[Los perversos soldados alemanes y húngaros destrozaban a los niños y arrojaban los pedazos a las zanjas.]*

A principios de 1943 los alemanes decidieron la total aniquilación del gueto.

A las siete de la mañana del día 3 de marzo un oficial de policía apellidado Schur ordenó a sus hombres impedir el paso a los judíos que pretendieran cruzar los puentes. Seguidamente, todos los judíos fueron sacados de sus casas para verse rodeados por policías armados de fusiles y hachas.

Llegaron los vehículos. Aquellos que se permitían siquiera un momento de duda recibían una lluvia de culatazos y hachazos.

Ese día murieron otras mil trescientas personas. La sola visión de la calle Yevréiskaya producía horror. Todo estaba lleno de sangre, plumas de colchones y almohadas destripados, trozos de vajilla, muebles hechos añicos: las huellas de la absurda y vil destrucción de la vida humana y de los bienes salidos de las manos de los hombres… Apenas ciento veintisiete hombres y ocho mujeres sobrevivieron a aquella carnicería.

Los sobrevivientes fueron conducidos a un colegio, convertido a la sazón en improvisado campo de concentración. Se los había destinado al trabajo en cooperativas y fábricas. El campo era custodiado con celo día y noche. Las ventanas del colegio fueron cubiertas con alambre de espino. Y a pesar de la estrecha vigilancia, sesenta y siete personas consiguieron escapar de allí en las dos semanas que siguieron al encierro. *[Algunos de ellos huyeron a territorio rumano, es decir, al territorio cedido temporalmente a los rumanos por el mando alemán.]*

Algunos de los huidos se integraron en un destacamento de los partisanos. También los judíos de Jmélnik lucharon heroicamente en las filas de los vengadores del pueblo. Un judío apellidado Weissman, quien fuera un activista de las organizaciones de masas de la ciudad antes del estallido de la guerra, permaneció escondido en la aldea Kurílovka hasta octubre de 1943. Finalmente, consiguió algunas armas y núcleo en torno a sí a once camaradas firmes y confiables dispuestos a acompañarlo hasta el final. El 25 de septiembre Weissman y sus hombres se internaron en el bosque. Una joven judía de Litín apellidada Kalijmán los acompañó.

Weissman fue asignado al destacamento de partisanos «Jruschov». La primera misión que le encomendaron consistió en descarrilar los convoyes alemanes que circulaban por un tramo del ferrocarril a las afueras de Zhmerinka.

Weissman consiguió hacer descarrilar tres convoyes enemigos. Muy pronto le fue encomendada otra misión que requería grandes dosis de ingenio y coraje: ocuparse del suministro de alimentos a su destacamento.

A pesar de que se movía ante las narices de los alemanes, Weissman era sencillamente incapturable.

En otro destacamento guerrillero, el «Lenin», combatían otros dos judíos de Jmélnik: Izya Reznik y Leva Kneloiz. Los alemanes atormentaban y aniquilaban a los judíos, pero no tenían poder alguno sobre el honor y el alma del pueblo judío.

Otras dos judías, Sima Mazóvskaya y Rajil Portnova luchaban en el destacamento de Ménshikov. Así vengaban el dolor y el infortunio que se habían abatido sobre su país, su pueblo y su ciudad natal.

Entretanto en Jmélnik no cesaba la violencia contra el pequeño grupo de judíos que sufrían la dura vida del campo de concentración. Al alba del sábado 26 de junio los hombres de la Gestapo aparecieron de improviso y sacaron de las barracas a todos los judíos. Seleccionaron a catorce de ellos y el resto fue cargado en camiones. Los hombres eran conscientes de que los conducían a la muerte y se despedían unos de otros en silencio.

En el bosque les esperaban las fosas ya abiertas.

Trece hombres consiguieron escapar del lugar de la ejecución. De ellos, apenas cuatro tuvieron éxito en la fuga; el resto cayó bajo las balas alemanas. *[Ese día fueron asesinadas cincuenta personas.]*

Los cuatro hombres huidos llegaron de noche a una aldea vecina. Los campesinos les ofrecieron ropa y cobijo y les dieron de comer. El solo hecho de atreverse a cruzar unas palabras con un judío exponía a los campesinos a ser ejecutados. Prestarles ayuda equivalía a una condena segura. Y sin embargo muchos de ellos despreciaban aquel peligro. *[Despreciaban las salvajes normas impuestas por los alemanes y ayudaban a los judíos como a hermanos.]* A. Beyder, quien consiguió escapar de la muerte por segunda vez durante la *Aktion* del 3 de marzo, ha narrado lo siguiente: «Mi hermano y yo permanecimos ocultos desde el 3 de marzo hasta el 23 de junio en nuestra aldea natal, Kurílovka. Despreciando el peligro, los ucranianos Iván Tsísar, Emelian Shavchúk, Trofím Oriol, Nina Kirnítskaya, Serguei Bratsiuk, Viktor Bezvoliúk, y Marko Síchenko nos salvaron la vida y se mostraron dispuestos a compartir nuestro destino. Los campesinos viajaban con frecuencia a la ciudad y nos traían noticias de todo tipo. El 15 de abril, durante una visita a la ciudad, Yarina Tsísar descubrió que nuestro tío se hallaba recluido en el campo de concentración. La noticia nos alegró enormemente y decidimos que estábamos obligados a ponerlo a

salvo. El 20 de junio Marko Síchenko viajó a Jmélnik y consiguió secuestrar a mi tío cuando lo llevaban a trabajar. Lo trajo a la aldea. *[Entonces decidimos unirnos a los partisanos».*

No obstante, los fugitivos fueron incapaces de encontrar a los partisanos y unirse a ellos.]

Tras incontables peripecias, los fugitivos consiguieron alcanzar la ciudad de Zhmerinka, en la zona de ocupación rumana. Allá vivieron en el gueto y se ocuparon de los trabajos más penosos. Siempre tuvieron que trabajar de noche.

El 16 de marzo de 1944 los rumanos abandonaron Zhmerinka cediendo la plaza a los alemanes. Al día siguiente se ordenó a todos los judíos de edades comprendidas entre los dieciséis y los sesenta años acudir a la comandancia para renovar su inscripción en el registro. Todos los que obedecieron la orden fueron asesinados. *[Los alemanes restablecían su sangriento «nuevo orden».]* El miedo y la preocupación se cernieron sobre el gueto: todos eran conscientes de la inminencia de la muerte.

Pero esta vez la salvación definitiva estaba a las puertas. El Ejército Rojo llegó a las afueras de Zhmerinka y el 20 de marzo los alemanes huyeron despavoridos.

Beyder narra así la llegada del Ejército Rojo: «El 21 de marzo escuchamos por fin las voces de nuestros hermanos. Cuando los soldados del Ejército Rojo llegaron a la cerca de alambre de espino que rodeaba el perímetro del gueto preguntaron estupefactos: "¿Qué diablos es esto?". "Es el gueto", les respondieron. "¿Gueto? ¿Qué significa esa palabra?", preguntaron. Entonces les explicamos que era el lugar donde vivían los judíos. Los soldados echaron abajo el alambre de espino inmediatamente».

[Los combates continuaban en la ciudad. Una vez liberados de su encierro forzoso, los judíos se sumaron rápidamente a la lucha.

Luchando codo con codo junto a los soldados del Ejército Rojo, ayudaron a liberar la estación de ferrocarriles en la que los alemanes se habían hecho fuertes. Los fritzs *pusieron pies en polvorosa. Los judíos ayudaron a sacar a los combatientes del Ejército Rojo heridos en la primera línea de fuego. El doctor Malkin y las enfermeras judías ocuparon su lugar en el hospital y no lo abandonaron ni un instante.*

El tiroteo cesó por fin. Zhmerinka había quedado limpia de ocupantes. El ambiente era festivo. Todos se peleaban por acoger en sus

casas a los soldados del Ejército Rojo. Exhaustos y deshechos por el dolor, aquellas personas miraban alborozados a sus salvadores.]

Según el relato de A. Beyder, el comandante del batallón «pronunció un discurso que contenía palabras que los judíos no habían escuchado a lo largo de los dos últimos años». Aquellas palabras hablaban de la indestructible amistad entre los pueblos y de la igualdad entre pueblos hermanos, esas leyes insoslayables de la realidad soviética.

TESTIMONIO DE A. I. BEKKER
EDITOR: R. KOVNATOR

En el poblado de Yárishev

Yárishev es un pequeño pueblo que acogía una granja colectiva judía, algunas cooperativas de artesanos y una escuela de enseñanza media. Sus habitantes vivían en paz. Eran felices.

El 15 de junio de 1941 soldados alemanes y rumanos llegaron a Yárishev de improviso. Ese mismo día fusilaron a veinticinco personas. Pero lo peor estaba aún por llegar. Cuando conducían a los judíos al trabajo les obligaban a tumbarse al suelo una y otra vez. Quien no atinaba a tumbarse deprisa era ejecutado al instante. Seis meses más tarde fueron recluidos en el gueto. Todo era hambre, frío y lágrimas. El 21 de agosto llegó al pueblo un batallón de castigo. Reunieron a todos los judíos y les dijeron: «Recoged todo lo que poseáis de valor, pues os trasladamos a trabajar en otro sitio». Después los llevaron a la carretera de Zhúkov, como si se dirigieran a la estación de ferrocarriles. Al llegar al desvío de la carretera que conduce al cementerio resonó una orden: «¡Izquierda!». En ese instante la maestra Gitia Yákovlevna Taléisnin se dirigió a los condenados con las siguientes palabras: «Nuestros hermanos están en el frente. Volverán. El poder soviético sigue en pie. Es inmortal. Tenemos a Stalin. Él no olvidará esto jamás».

La maestra fue asesinada junto a su hijo de seis años. Después mataron a los demás. En total, más de quinientas personas fueron masacradas aquel día. Ocho personas escaparon con vida por puro milagro. Jamás olvidarán las últimas palabras de Gitia Yákovlevna Taléisnin.

TESTIMONIOS DE O. YAJOTA Y M. BRÉJMAN
EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

En el pueblo de Tsybúlevo

En Tsybúlevo, un pueblo de la región de Vínnitsa, vivían en torno a trescientas familias judías. El invierno de 1941-1942 fue extremadamente frío. Los alemanes obligaron a las mujeres a marchar a trabajar desnudas. Los ancianos iban descalzos. Un día sacaron de sus casas a cerca de cien niños y se los llevaron a un prado. Un rato más tarde volvieron y dijeron a las madres: «Ya podéis ir a buscar a vuestros cachorros». Las madres echaron a correr hacia el prado entre gritos. Allí encontraron los cadáveres de sus hijos en la zanja.

En la primavera de 1942 asesinaron a todos los judíos. Los llevaron a las afueras del pueblo, los obligaron a desvestirse y los mataron a tiros. A los niños los metían en jaulas que cargaban en carros. Los enterraban vivos.

Támara Arkádievna Rózanova escondió a un judío en la bodega de su casa. Los alemanes se la quemaron. Rózanova se salvó de milagro.

Nadia Rózanova lo ha relatado así:

«A Dusia Kapitóvskaya y su hijo los condujeron a la ejecución. El marido de Dusia era un oficial del Ejército Rojo y estaba luchando en el frente. El niño apenas tenía ocho meses. Dusia lanzó al niño a los transeúntes por sobre las cabezas de los alemanes y les gritó: "¡Salvad a mi hijo, buenas gentes! ¡Al menos que él viva!".

»Pero el niño cayó sobre el pavimento. Un alemán se acercó a él, lo levantó sujetándolo de una pierna y le golpeó la cabeza contra el guardabarros de un automóvil».

Liusia Sapózhnikova tenía doce años. Aún iba al colegio. Cuando la iban a ejecutar, gritó: «¡Disparad, verdugos! ¡Pero sabed que Stalin vendrá a pediros cuentas!». Esas fueron sus últimas palabras.

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

En el poblado de Yaltúshkov

Tuve ocasión de interrogar a mis vecinos, salvados de milagro. Fue así que conseguí conocer toda la verdad.

Los míos fueron torturados con saña. El gueto había sido instalado junto al mercado. Lo rodeaban altos muros cubiertos de alambre de espino. Sus habitantes se morían de hambre.

El 20 de agosto de 1942 los llevaron a todos a la estación de ferrocarriles. Tuvieron que salvar un trayecto de cuatro kilómetros. Niños y ancianos decrépitos eran espoleados a culatazos. Al llegar, los obligaron a desvestirse.

Pude ver algunos de los harapos con mis propios ojos.

Los alemanes economizaban la munición. Colocaban a las víctimas en cuatro hileras y disparaban de tal manera que quienes caían baleados arrastraban a los otros y los ahogaban con su peso. Los alemanes desmembraban a los niños pequeños antes de lanzarlos a la fosa. Así mataron a mi pequeña Niusenka. Muchos de los niños, incluida mi pequeña, fueron lanzados vivos a la fosa y enterrados así.

Dos meses después, mi esposa Mania y otras muchas personas fueron conducidas a Yakushintsi. Habían instalado un campo de concentración allá. Las sometieron a todos los tormentos posibles y después las mataron.

Son dos fosas comunes contiguas. Hay mil quinientas personas enterradas en ellas. Adultos, ancianos, niños.

Sólo una cosa me queda: la venganza.

Testimonio contenido en una carta del Teniente de segunda Kártsov, Héroe de la Unión Soviética.

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

En Bráilov, mi patria chica

Hará unos siete años, en un soleado día primaveral, me acerqué a visitar a mis padres. Había viajado por negocios a la ciudad de Kirovograd y al término de mis asuntos, cuando ya me disponía a volver a Moscú, me vino a la mente la idea de acercarme al pueblo para pasar unas horas junto a mis seres queridos y visitar mi amada patria chica.

A la mañana siguiente ya estaba sentado a la mesa familiar tomando el almuerzo. El inesperado viaje dio un gran alegrón a mis viejos. Parientes, vecinos y conocidos acudieron a saludarme. Mi madre no dejaba de corretear de un lado a otro y pasó largo rato faenando en la cocina preparándome carne agridulce. Aseguraba que era uno de mis platos predilectos cuando niño. En honor a la verdad, yo había borrado aquel recuerdo.

Me interrogaron con tesón. Ansiaban saber qué se comentaba por el ancho mundo, especialmente, en Moscú, y si me había tropezado con algún otro de los paisanos que también abandonaron la aldea. Mientras hablábamos, el cartero vino a entregarle dos cartas a mi padre. Una era mía: había escrito avisando de mi viaje de trabajo a Ucrania y comentando que aún no sabía si tendría ocasión de visitarlos. La segunda carta venía de América. En el enorme sobre se leían mecanografiadas las señas del remitente: «Comité de naturales de Bráilov residentes en los Estados Unidos de América».

La extensa misiva, rubricada por el presidente y el secretario del mencionado Comité, daba cuenta de la última junta ampliada de la asociación en la que se dio lectura a cartas e informes llegados desde Bráilov y se alcanzaron varios acuerdos. El primero, enviar un saludo a todos los paisanos, felicitarlos por la venidera Pascua y enviar al pueblo mil dólares de los fondos del Comité. De ellos, doscientos iban destinados al rabino David Líbermann y otros cien debían ser destinados a la compra de un regalo para una joven que se disponía a contraer

matrimonio. El resto del dinero quedaba a disposición de mi padre para que lo repartiera, según su mejor entender, entre los huérfanos y las familias más menesterosas para ayudarlas así a celebrar dignamente la venidera Pascua.

He de reconocer que entonces el contenido de aquella carta me pareció divertido. Imaginé a sus autores, hombres que habían abandonado el pueblo cuarenta años atrás para asentarse en la remota América y que no obstante encontraban tiempo para dejar a un lado sus perentorios asuntos y acudir desde distintas ciudades a una reunión donde, rodeados de la agitación de Nueva York, mostraban aquel ingenuo interés por los detalles cotidianos más nimios de los habitantes de una aldea remota. Sin embargo, reparé de pronto en que también yo acababa de recorrer cientos de kilómetros en tres trenes distintos para pasar apenas unas pocas horas en mi patria chica.

A lo largo de la guerra, aquella carta llegada desde América me vino a la mente en más de una ocasión. No recibí correspondencia de Bráilov durante tres años enteros. Los alemanes habían ocupado el pueblo. Pero no pasaba día sin que recordara aquel minúsculo pueblecito de la comarca de Vínnitsa donde transcurrió mi infancia y evocara a mi padre, mi madre, mi hermana, todos ellos atrapados allá. Dondequiera que me llevara la guerra, fuera a los bosques del Noreste, las calles de Stalingrado o las estepas de Donetsk, mis pensamientos estaban con mi patria chica. Y jamás dejé de pensar en el día de mi regreso a casa y en el instante en que abriera la puerta de par en par y lanzara una pregunta:

—¿Queda alguien vivo aquí para recibirme?

El 23 de marzo de 1944 avisté a lo lejos las primeras casas de Bráilov. Anochecía y me costaba mucho andar. Una herida reciente se hacía sentir con fuerza. Tenía inflamado el pie derecho y a duras penas avanzaba sobre la turba. Finalmente, llegué por fin al poste con el escueto rótulo: «Bráilov». Una sucesión de letras tan entrañable que me traía tantos recuerdos.

Tuve que salvar trescientos kilómetros hasta llegar allí desde el otro extremo del frente. El vehículo que me traía acabó atascado en el barro y me vi obligado a salvar a pie los últimos kilómetros. Sabía que la frontera trazada por el río Bug separaba la comandancia alemana de la zona bajo mando rumano, la

Transnistria. Y también sabía que en la Transnistria todavía existían varios guetos. Pero en la comarca de Vínnitsa la frontera transcurría algo más al oeste del Bug y lo que yo no sabía era si Bráilov había quedado en la zona controlada por los alemanes o sujeta a la autoridad de la Transnistria. Y nadie podía responderme a esa pregunta, así que no me quedaba más que desandar los cientos de metros que me separaban de la aldea y averiguarlo con certeza.

Pero apenas avancé unos metros cuando me encontré un rótulo clavado a un poste. Mostraba un aviso en lengua alemana y ucraniana: «Ciudad libre de judíos».

Entonces lo comprendí todo de golpe.

Un chico me observaba con viva curiosidad desde el interior de una casucha. Lo llamé y le ordené echar abajo a hachazos el poste que sostenía aquel rótulo.

—¿Acaso se puede hacer eso, señor?

—No sólo se puede, sino que hay que hacerlo —le respondí—. En cualquier caso, lo que pone ahí es falso, porque acabo de llegar a Bráilov, así que ya tenemos un judío por aquí.

No fue aquella la única ocasión en que me tocó llegar de los primeros a una población recién liberada. Conozco muy bien la sensación de alegre trepidación que sacude a quien entra en una ciudad arrancada al enemigo y devuelta a la Patria. Pero creo que los nervios nunca me traicionaron como entonces. Conocía la historia de cada una de las casas de Bráilov o poco menos. Pasé frente a la casa de Yakov Vladimir, a la que solía acudir desde niño a estudiar o a pasar el rato. Ahora estaba deshabitada y sombría. En aquella otra casa vivía Isaac Kulik, mi amigo del colegio, más tarde ingeniero ferroviario con oficina en Leningrado. Me asomé a la ventana y vi podridos trozos de muebles desperdigados por el suelo sucio. Se veía a las claras que hacía tiempo que nadie había pisado aquella casa. Lo mismo sucedía con la siguiente, antes habitada por el relojero Shajno Schapiro: no había un alma allí. Al otro lado de la calle reconocí la casa del sastre Chneiko Prilitski. La sensación de vacío se repetía.

Recorrí el país desde el Volga hasta los Cárpatos en las filas del Ejército Rojo. Presencié la destrucción de Stalingrado. Me paseé entre las ruinas de Rzhev y Velikie Luki y caminé por las calles de Poltava y Kremenchug, ambas reducidas a cenizas. Era difícil, pues,

que a aquellas alturas me pudiera impresionar un paisaje de ruinas. Pero lo que me encontré en la aldea donde transcurrió mi infancia me conmovió de veras. Los alemanes incendiaron los cien kilómetros de bosques que separan Mírgorod del río Dniépr. En el verano de 1943 no se podía encontrar ni una sola casa que hubiera quedado en pie después de aquellos incendios. Los alemanes buscaban crear lo que denominaban «zonas desérticas». Y aun así, cuando uno avanzaba entre las casas carbonizadas se encontraba, aquí o allá, el humo de las estufas o las cacerolas que parecían emerger de la tierra. En el interior de carros blindados que habían quedado fuera de combate, la gente improvisaba un hogar, alrededor correteaban los chiquillos, la sopa bullía en la olla colocada sobre los hornos de barro. Todo ello insuflaba en uno la fe en el retorno de la vida. No importaba que hubieran ardido granjas y cobertizos, que no quedaran más que pedazos de los panales antes llenos de miel o que los graneros hubieran sido reducidos a cenizas. La gente todavía estaba allí y ésa era la garantía de que la vida acabaría volviendo por sus fueros.

Ahora, en cambio, avanzaba por un pueblo que había salido indemne de la guerra. En la mayoría de las casas las ventanas conservaban todos los cristales enteros. Y sin embargo mis pasos resonaban solitarios en medio de aquel paisaje desierto. Quien conozca las costumbres de los pueblos y las aldeas del sur de nuestro país, sabe que la calle mayor ha sido siempre lugar de encuentro y alameda para los paseantes. Ahora yo era el único transeúnte en toda la calle. Tan sólo de vez en cuando algún gato asilvestrado se cruzaba fugazmente en mi camino.

Continúo avanzando y de pronto siento miedo a mirar a la derecha, al lugar donde se alza la casa donde nací y donde han vivido los seres que me son más queridos. Me planto por fin frente a la casa. Vista desde el exterior, no parece haber sufrido daño alguno. Me asomo a una ventana y advierto las manchas de sangre que cubren las paredes. En el suelo hay plumas escapadas de las almohadas destripadas. Ya no necesito hacer preguntas, aun cuando no tenga a quién preguntar. En la casa contigua vivía Iosif Sukonnik; más allá tenía su taller el zapatero Grutskin; a uno y otro lado de la calle veo las casas de Lerner, Goldman, Lamer, Jarnak… Todas están desiertas.

Durante media hora paseé a solas por aquella calle antaño tan populosa. Cuando comenzó a oscurecer, me fui a la aldea vecina a pasar la noche. La campesina que me ofreció cobijo me narró brevemente la historia de la desgracia que se abatió sobre Bráilov. La interrogué sobre la suerte que habían corrido algunas familias que conocía bien. Mencioné a sus miembros por sus nombres y apellidos.

—¿Cómo es que conoce a tanta gente de Bráilov? —preguntó la mujer sin ocultar su sorpresa—. ¿Estuvo allí alguna vez?

—Estuve varias veces, sí —respondí. Y le pregunté por fin—: Allí vivía un médico apellidado Guejman. ¿Lo conoció?

—¡Por supuesto que sí! ¡Todos aquí conocimos al doctor Guejman!

—¿Sabe qué fue de él?

—Lo mataron.

—Y su mujer, ¿sabe qué fue de ella?

—La mataron a cuchilladas.

—Tenían una hija, una estudiante… ¿Sabe dónde está?

—En una fosa… Como todos los demás…

No pude continuar preguntando y permanecí en silencio. La campesina escrutó mi rostro un buen rato y preguntó por fin en voz queda:

—Perdóneme, se lo ruego, pero ¿acaso usted es el hijo del médico?

—Lo soy —respondí—. Mi apellido es Guejman.

—¡Qué extraordinario parecido hay entre usted y su difunto padre! —exclamó la mujer.

No sé cómo corrió por el pueblo la noticia de mi presencia allí, pero muy pronto la casa donde me alojaba se llenó de gente. Muchos me resultaban conocidos; muchos me recordaban. Pasamos toda la noche charlando sobre la guerra, sobre cómo se había comportado la gente durante la guerra y sobre nuestra inminente victoria.

A la mañana siguiente volví a Bráilov. Mientras paseaba, alguien me llamó en hebreo:

—¡Camarada Guejman!

Al darme la vuelta, vi a cinco personas que corrían a mi encuentro. Eran tres hombres, una mujer y una adolescente. Me

abrazaron y besaron sin orden ni concierto y de pronto estallaron en sollozos al unísono, mientras apretaban el abrazo. Para ellos yo era algo más que un paisano o un conocido: ahora me tenían por alguien muy cercano, por un pariente. Nuestros padres, nuestros hermanos y hermanas reposaban todos juntos en una misma y horrenda fosa.

Al sastre Abraham Zigelman lo conocí de inmediato: había coincidido con su hija mayor, Sonia, en la escuela primaria y los había visitado con frecuencia. Pero no conseguí identificar al segundo hombre. Él se percató de ello, sacudió la cabeza con pena y me preguntó:

—¿No me reconoce, Guejman? Lo comprendo, no crea… Ya sé que es difícil reconocerme. Soy Moisei Bas. El barbero Bas. ¿Cuántas veces no vino usted a afeitarse conmigo?

Jamás habría pensado que un hombre pudiera cambiar tanto en apenas tres años. Tenía ante mí a un hombre cargado de espaldas y de mirada vacía. Un hombre que había perdido toda su vitalidad y también la fe en sus fuerzas y hasta en su derecho a la vida.

—¿Ve estos harapos? ¡Y pensar que hasta hace poco me tildaban de hombre presumido! Sin embargo, hace año y medio que no me cambio los calzoncillos.

Aquellas cuatro personas eran casi los únicos vecinos de Bráilov que habían sobrevivido a la guerra.

Juntos, repasamos cada una de las viviendas del pueblo y establecimos que en total fueron veintiuna las personas que consiguieron escapar de la muerte.

Durante largos años mi padre solía anotar todos los sucesos y hechos destacados que tenían lugar en el pueblo *[para informar de ellos al Comité de naturales de Bráilov en los Estados Unidos de América]*. Ya no podrá escribir una línea más y ahora seré yo, su hijo, quien cargue sobre mis espaldas con la dura tarea de narrar en detalle la devastadora visita que la muerte hizo a Bráilov. No habrá en mi relato ni invenciones debidas a mi imaginación ni gratuitas adiciones: me limitaré a narrar lo que me confiaron los testigos.

Cuando los alemanes aparecieron en Bráilov el 17 de julio de 1941 la mayor parte de los habitantes de la ciudad se encontraba todavía en ella. Me he preguntado muchas veces cómo fue posible que tantas personas permanecieran allí en lugar de haberse

marchado a toda prisa huyendo de la plaga que estaba pronta a abatirse sobre ellos. Los míos, por ejemplo, ¿por qué no huyeron hacia el este? Por lo visto las razones fueron muchas y, en particular, que mi madre se encontraba gravemente enferma y mi padre y mi hermana se resistieron a dejarla atrás sola, enferma e indefensa. Prefirieron compartir su suerte.

El mismo día de su arribo a Bráilov los alemanes asesinaron a quince personas. Entre ellas se encontraban Iosif Sukonnik, Ilyá Páltin e Isaac Kóbzon. Al pasar, los alemanes decidieron comprobar el estado óptimo de sus rifles y se les ocurrió hacerlo disparando sobre los transeúntes. Así mataron a quince personas. *[El pueblo se puso en guardia: todos comprendían que un negro nubarrón se cernía sobre ellos.]*

Pronto llegaron el comandante alemán y la policía. El «nuevo orden» fue establecido en Bráilov. En un pueblo pequeño como aquel el «nuevo orden» estaba basado en reglas muy precisas. Todos los judíos estaban obligados a llevar cosidas a la espalda y el pecho grandes estrellas de seis puntas (la «estrella de David»). Se les prohibía abandonar los límites de Bráilov y mantener relaciones con ucranianos de los pueblos vecinos. En el centro del pueblo había un mercado que funcionaba desde tiempos inmemoriales: ahora el judío que osara asomarse por allí se arriesgaba a recibir un balazo. Tan sólo se les permitía acudir al mercado durante diez minutos al día, cuyo inicio les era avisado con un silbato. Un policía daba la señal que autorizaba la entrada de los judíos al mercado y apenas tres o cuatro minutos más tarde el silbato sonaba de nuevo avisando el momento de la retirada provocando que todos los judíos corrieran despavoridos dejándose atrás las compras que acababan de hacer. Cuando ya habían abandonado el mercado se escuchaba un nuevo sonido del silbato: ahora se les avisaba que el anterior había sonado por error. Y así sucesivamente. El comandante Kraft gozaba de lo lindo con aquel espectáculo.

De acuerdo con lo dispuesto por el comandante, más de un millar de judíos marchaban a diario a realizar trabajos pesados. Y cada día regresaban a casa menos de los que habían marchado, ya fuera porque los alemanes practicaran el tiro sobre ellos o porque los policías asesinaran a los más extenuados o atormentados. Adicionalmente, una vez al mes los habitantes de Bráilov recibían

un «pedido» de la comandancia local. Al pie de los «pedidos» se informaba que si éste no era servido en la fecha estipulada, todos los judíos serían pasados por las armas.

Pude ver con mis propios ojos uno de aquellos «pedidos», el correspondiente al mes de noviembre. Se trataba de un largo listado que incluía diez relojes de mujer de oro macizo, doce pulseras también de oro, un piano de concierto para el club de oficiales, dos coches, tres toneladas de gasolina…

Los «pedidos» cursados en noviembre y diciembre fueron satisfechos. Todavía no alcanzo a comprender cómo una comunidad sometida a la prohibición de abandonar los límites del pueblo pudo conseguir coches y gasolina en medio de la guerra. Ni el presidente de la comunidad judía de Bráilov, Iosif Kulik, ni sus ayudantes están ya entre los vivos, de manera que no hay a quien preguntarle. Hanna Kulik, una joven estudiante, es la única sobreviviente de toda esa familia y me ha contado que su padre jamás confiaba a nadie el origen de lo que conseguía para satisfacer los «pedidos» de los alemanes.

—No me preguntes nada, Hanna —le dijo en una ocasión—. Ya es bastante con que yo me vuelva loco por culpa de todo esto. ¿Por qué habríais de preocuparos vosotras?

Una gélida noche de febrero los hombres de la Gestapo y los policías rodearon Bráilov. La masacre comenzó antes del alba. Según uno de los policías al que interrogué personalmente, apenas se trataba de la primera *Aktion*. Cada uno de los agentes recibió la orden de desalojar dos o tres apartamentos habitados por judíos y conducirlos hasta el punto de reunión establecido en la Plaza del mercado de Bráilov. En caso de encontrarse con alguien que no fuera capaz de andar por su cuenta o que se negara a hacerlo, debían matarlo allí mismo, si bien cuidándose de no hacer mucho ruido. Las armas a utilizar eran las bayonetas, las culatas de los fusiles y los puñales.

Los culatazos dados a la puerta de casa despertaron a mi padre a las seis de la mañana. Dos policías irrumpieron de pronto en la habitación.

—¡Todos fuera! ¡A la plaza! ¡Deprisa!

—Mi mujer está enferma —explicó mi padre—. No puede levantarse de la cama.

—Ya decidiremos nosotros quién puede o no puede levantarse —replicó uno de los policías.

Mi padre fue sacado de casa a culatazos. Mientras mi hermana Roza se vestía apresuradamente alcanzó a ver que uno de los policías avanzaba hacia mi madre empuñando un puñal. Mi hermana hizo ademán de correr en socorro de nuestra madre, pero una lluvia de culatazos cayó sobre su cabeza y la empujó hacia la calle descalza y a medio vestir. Roza cayó al suelo; mi padre consiguió levantarla a duras penas y la ayudó a llegar hasta el punto de reunión, ubicado frente a la iglesia que se alza en la Plaza del mercado.

Era hacia allí que conducían a los judíos de Bráilov. Más no a todos. A muchos los mataron en sus propias casas, como a mi madre. La familia Bakaléinik tampoco llegó al punto de reunión. Un policía los asesinó a todos con una sola ráfaga de ametralladora. Los obligó a formar una hilera frente a la casa, los hizo caer a todos, y así ganó una apuesta que había hecho con otro policía.

Después de hora y media verificando sus listas, los alemanes anunciaron que trescientas personas permanecerían en la ciudad —fundamentalmente, sastres, zapateros, palafreneros y sus familias— para brindar servicio al ejército alemán, mientras que los demás serían fusilados. La enorme procesión de los condenados se puso en camino severamente guardada por los convoyes que la acompañaban. A mi padre y a mi hermana les tocó marchar a la cabeza de la columna. Los seguía Oskar Shmarián, un joven de dieciséis años, pariente nuestro, que había venido desde Kíev a pasar las vacaciones en Bráilov. Cuando llegó a la altura de la farmacia, la columna se detuvo de pronto. El jefe de la policía recordó que había olvidado convocar a Iosif Shwartz, quien vivía a las afueras de Bráilov, junto al cementerio ortodoxo. Enviaron a un policía a buscarlo. Apenas unos minutos más tarde llegaron Schwartz y su mujer. Les correspondió a ellos encabezar la fúnebre marcha durante aquel último tramo.

La multitud avanzaba en silencio. Todos iban concentrados en sus propios pensamientos, observaban por última vez el paisaje natal, se despedían de él, decían adiós a la vida. Y de pronto se escuchó una canción alzándose sobre la columna. Una voz joven y aguda entonó una canción sobre las bondades de la patria, la

vastedad de sus tierras, la belleza de sus bosques, sus ríos y sus mares, la pureza de su aire tan grato a los pulmones. Era mi hermana Roza quien cantaba.

He interrogado a muchos testigos y verificado una y otra vez que todo sucedió así en realidad. Mis pesquisas, profundas y escrupulosas, me han permitido establecer que la escena fue tal y como aquí la describo. Antes mi hermana nunca había dado muestras de que le gustara cantar. Aquella horrible mañana había pasado dos horas descalza y a medio vestir bajo un frío inclemente. En aquella etapa de la marcha sus pies estaban helados. Me pregunto qué la movió a cantar. Y, sobre todo, de dónde extrajo las fuerzas para realizar aquel último acto de veras heroico.

Un policía le ordenó callar, pero mi hermana continuó cantando como si no lo hubiera escuchado. Se escucharon dos disparos. Mi padre levantó del suelo el cadáver de su única hija y llevó aquella preciosa y sagrada carga durante el kilómetro y medio que aún le quedaba por recorrer hasta el lugar de la ejecución.

Cuando la columna de condenados llegó a la fosa abierta, se le ordenó al primer grupo que se desvistiera y colocara la ropa en el lugar señalado para ello. Después, se les ordenó tumbarse en el fondo de la fosa. Mi padre colocó con cuidado el cuerpo de mi hermana en la fosa y comenzó a desvestirse. Una docena de carretas llegaron desde el pueblo para transportar la ropa a los almacenes de la policía. En ese instante se produjo un incidente junto a la fosa. La joven Liza Perkel se negó a desvestirse y exigió que la fusilaran vestida. Los verdugos se abalanzaron sobre ella: le propinaron culatazos, hincaron las bayonetas en su cuerpo. Liza consiguió agarrar del cuello a un hombre de la Gestapo y cuando éste intentó apartarla le clavó los dientes en una mano. El alemán pegó un grito y sus compinches acudieron a socorrerlo. Eran numerosos y todos estaban armados hasta los dientes, pero la joven no se rindió.

Al intentar arrancarle el vestido, los verdugos la echaron a tierra. Por un instante, Liza consiguió liberar una pierna y pegó una patada en la cara con todas sus fuerzas a otro hombre de la Gestapo. Entonces el comandante Kraft decidió poner «orden» en persona: se acercó mientras repartía órdenes. Liza se levantó del suelo a duras penas. Le sangraba la boca; su vestido estaba hecho jirones. Haciendo gala de un increíble aplomo, esperó a que el

comandante llegara ante ella y le lanzó un escupitajo a la cara.

Se escucharon varios disparos. Liza Perkel murió de pie. Esperó la muerte luchando. ¿Qué resistencia podía ofrecer una joven desarmada a toda una multitud de verdugos? ¡Y aun así los alemanes no consiguieron doblegarla! *[Pudo cumplir su último deseo: los alemanes fueron incapaces de someterla. Podían matarla —armas les sobraban para hacerlo—, pero doblegar su voluntad, hacerla renunciar a su dignidad y privarla de su honor era algo que no estaba en sus manos hacer.]*

Mi padre decidió aprovechar el momento de distracción del comandante, los policías y los hombres de la Gestapo y al percatarse de la presencia allí de una campesina a la que había curado alguna vez, le dijo en un susurro: «Gorpina, esconda a este niño» y empujó a Oskar Shmarián hacia el montón de ropa. La campesina lo cubrió rápidamente con un abrigo y lo cargó en una de las carretas en las que se llevaban la ropa. El niño permaneció unos quince minutos oculto bajo la maraña de abrigos hasta que la carreta se puso en marcha alejándose del lugar de la ejecución. La campesina escondió al niño durante unos días y lo proveyó de ropa. Muy pronto Oskar se enroló en un destacamento de partisanos. Oskar vive aún y fue de sus labios que escuché los pormenores de la muerte de mi familia: llegó a ver el instante en que murió mi padre. En el último instante de su vida, mi padre consiguió hacer lo que creyó justo y necesario: salvó a un vengador más, a un hombre joven que luchó implacablemente para salvar a nuestro pueblo del fascismo.

Cuando ya habían ejecutado a unas doscientas personas le llegó el turno a Iosif Kulik, síndico de la comunidad judía de Bráilov. Al verlo, los policías y los agentes de la Gestapo intercambiaron unas palabras, parecieron dudar, y el jefe de la policía le dijo por fin:

—Kulik, usted y su familia pueden regresar al pueblo. Así continuará ejerciendo como síndico.

Con mano temblorosa, la mujer de Kulik recogió rápidamente el pañuelo que acababa de arrojar al montón de ropa y comenzó a envolverse la cabeza con él. Creía que por algún súbito milagro les había llegado la salvación cuando estaban al borde de la tumba.

—Deja ahí ese pañuelo, Basia —le dijo su marido en voz baja, pero firme, antes de volverse hacia el policía.

—Cuando ejecutáis a dos mil judíos, nada le queda por hacer en este mundo al síndico de su comunidad —les dijo.

—¿Acaso no queréis salvar la vida?

—El pueblo me eligió y mi obligación es permanecer allí donde esté reunida la mayoría de mi pueblo.

—Se lo pregunto por última vez, Kulik: ¿volverá al pueblo o prefiere quedarse aquí?

—Sólo si dejáis de matar a los judíos.

Iosif Kulik, último síndico de la comunidad judía de Bráilov, padre de cuatro hijos, todos ellos ingenieros y hoy en las filas del Ejército Rojo, fue ejecutado junto a su mujer.

Cuando al sastre Yakov Vladimir y su familia les llegó el turno de acercarse a la fosa, los policías se miraron extrañados y revisaron las listas.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntaron por fin—. Se le dijo que permaneciera en Bráilov, porque usted es el único sastre especializado en ropa femenina en toda la comarca.

—Me quedaré si me permiten hacerlo junto a mi familia.

—Eso es lo que le hemos dicho.

—Pero ¿qué pasa con mi hija Sonia y con mis nietos?

—Ellos no, pues ya forman otra familia —replicaron—. Su hija tiene un marido en Leningrado.

—Es mi hija, carne de mi carne, y no voy a abandonarla.

La disputa entre Yakov Vladimir y los policías se prolongó durante unos cinco minutos. Necesitaban de los buenos oficios de aquel sastre magnífico: habían acumulado mucha ropa robada a los judíos y necesitaban alguien que la adecuara a las tallas de sus futuras propietarias, a saber, sus mujeres y sus amantes. *[Pero la sed de sangre pudo más que la insaciable codicia de aquellos tipos.]* Yakov Vladimir fue ejecutado junto a su mujer, su hija y sus nietos.

La *Aktion* llegaba a su fin. Y de pronto el anciano Jaím Arn, de ochenta años, llegó corriendo al lugar de la ejecución con los rollos de la Tora. Aquella mañana los policías no lo encontraron en su casa porque se había escondido en el sótano y allí permaneció hasta el mediodía. Cuando salió a la calle se la encontró desierta.

—¿Dónde están todos? —preguntó al hijo del doctor Yanitski, quien pasaba por allí.

—¿Qué pregunta es ésa? —le pregunto a su vez el joven Yanitski

—. Se los han llevado a ejecutarlos detrás del molino.

—¡Entonces me he quedado solo! —exclamó el anciano—. Ah, no, no me quedaré solo aquí.

Y Jaím Arn fue a buscar los rollos de la Tora y echó a correr hacia el lugar de la ejecución. *[Lo único que pidió al policía que lo ejecutó fue que le permitiera irse a la fosa abrazado a la Tora.]* Y así fue fusilado el anciano cochero Jaím Arn, de pie y abrazado a la Tora.

Ese día fueron ejecutadas más de dos mil personas. Y ello ocurrió el 12 de febrero de 1942 *el vigesimosexto día del mes Shevat del año 5702, según el calendario hebreo].*

La fosa quedó abierta a la espera del regreso del convoy que traía a los judíos de otro pueblo vecino, Mezhirov. Dos policías quedaron custodiándola. A la mañana siguiente una mujer ensangrentada asomó de la fosa. A pesar de estar herida y haber pasado veinte horas cubierta de cadáveres, consiguió sacar fuerzas de flaqueza y abrirse camino entre los cuerpos reptando hacia la superficie. Se trataba de una doctora, nuera de Cheselnitski, que había venido desde Kíev la víspera del estallido de la guerra a pasar unos días en Bráilov. La mujer rogó a los policías que la dejaran marchar y llegar hasta algún pueblo cercano, pero éstos la empujaron de vuelta a la fosa y la ejecutaron.

Según el testimonio de los habitantes del lugar, la tierra que finalmente cubrió la fosa continuó removiéndose durante tres días. Los roncos sollozos se abrían camino a través de la tierra.

Aparte de los trescientos judíos a quienes los alemanes permitieron seguir con vida, aquella noche aparecieron unas doscientas personas que habían logrado esconderse en bodegas y escondites secretos. Inmediatamente fue establecido un gueto para encerrarlos. Tan sólo a una mente monstruosa se le pudieron ocurrir las «leyes» que regían en aquel gueto: se prohibía sacar los cadáveres del perímetro del gueto *[y se ordenaba enterrarlos en una fosa profunda y ocultar su emplazamiento]*; todos los miembros de las familias en cuyo seno se produjera un nacimiento eran exterminados sin excepción; si se encontraban siquiera unos pocos gramos de mantequilla o carne, o siquiera un solo huevo de gallina, en una casa, todos sus inquilinos eran fusilados inmediatamente.

Mes y medio más tarde se produjo la segunda *Aktion*. Esta vez

tan sólo quedaron con vida cinco de los quince sastres, seis de los dieciocho zapateros, *etc.* Todo aquel que pudo huir de Bráilov, huyó. El río Rov, que transcurría junto al pueblo servía de frontera natural con la Transnistria y unas trescientas personas consiguieron cruzarlo a nado. La mayoría de ellas encontró cobijo en el gueto de Zhmerinka. Los últimos judíos de Bráilov fueron fusilados en abril. Un mes más tarde la gendarmería rumana de Zhmerinka entregó doscientos setenta judíos de Bráilov a la policía alemana. Todos fueron conducidos de vuelta a Bráilov y fusilados junto a la misma pared de granito que había sido testigo de tantas ejecuciones.

En junio de 1942 los alemanes colgaron un cartel a la entrada del pueblo: «Ciudad libre de judíos», avisaba.

Por fin, me llegó la hora de abandonar Bráilov.

—Tengo un gran ruego que hacerle —me pidió el sastre Abraham Zigelman—. Usted fue amigo de mis hijos y conoció bien a mi familia, así que sé que puedo hablarle con el corazón. No puede imaginar cuánto me duele estar aún en este mundo. La vejez me ha encontrado solo: sin familiares, sin amigos, sin allegados. ¿Para quién voy a vivir ahora? Y, sin embargo, la furia bulle en mi alma. ¿Acaso es posible que Bráilov, el pueblo que vio nacer a veinticinco médicos, veinte ingenieros y sabe Dios cuántos abogados, artistas, periodistas y oficiales del ejército se haya convertido en un desierto? Usted también se marchará ahora. Pero yo no quiero que Bráilov se quede sin judíos: me quedaré aquí. Puede que al principio esté yo solo. No me importa. Pero hay algo que quiero pedirle: ayúdeme a recuperar mi máquina de coser que he conseguido ubicar en la casa de un policía que huyó de Bráilov. No tendrá que preocuparse por mí: el sastre Zigelman sabrá ganarse la vida. Y en los ratos libres iré a sentarme junto a la fosa, allá en el molino. Allí yace enterrado todo lo que tuve, como también vuestra familia.

Apenas unas horas más tarde la máquina de coser fue devuelta a casa del sastre Zigelman. Cuando me marchaba de la ciudad, muy poco después, alcancé a escucharla martillear. El único sastre de Bráilov había vuelto al trabajo.

EFÍM GUEJMAN

Lo que me tocó vivir en Jarkov (Testimonio de María Márkovna Sókol)

Los alemanes entraron en Jarkov el 24 de octubre de 1941. Me resulta difícil expresar el horror que me embargó al verlos llegar. Tan sólo la compleja situación personal en que me encontraba entonces me impidió evacuar la ciudad *[, siendo judía]*.

Los fascistas se hicieron sentir desde el primer momento. A las pocas horas de su llegada ya colgaban los primeros cadáveres en las plazas de la ciudad. Al día siguiente comenzó el pillaje. Nadie estaba tranquilo en casa pues en cualquier momento se podía escuchar que aporrearon la puerta y gritaron «¡Abran inmediatamente!». Se lo llevaban todo, incluyendo los alimentos y la ropa. Después comenzaron a detener a la gente. Las infelices víctimas llenaban a rebosar el hotel Internatsional. Todos los cristales de las ventanas estaban reventados; en las habitaciones no había sitio para sentarse o tumbarse en el suelo. Los detenidos eran torturados durante los interrogatorios. Después de diez días los sacaban ya medio muertos y los fusilaban.

Un día la gente se reunió en la plaza frente al Comité regional del partido, donde había instalado un altavoz por el que transmitían programas de radio. Yo pasaba por allí casualmente, pues iba a buscar agua. De pronto vimos a un joven que bajaba del último balcón colgando de una cuerda. Al principio no comprendíamos de qué se trataba exactamente. *[Algunos pensaron que se trataba de alguna suerte de espectáculo gimnástico.]* De pronto se escuchó un grito que nos rompió el alma: «¡Salvadme!». El infeliz quedó colgando por fin, ya muerto. Horrorizada, la gente se dispersó deprisa.

Ocurrió una mañana después de una noche en la que no me dejaban en paz las pesadillas, como si hubiera tenido un presentimiento de lo que estaba por suceder. Las autoridades pidieron diez judíos de mi edificio para enviarlos a trabajar. No fui una de las elegidas. Después de la jornada de trabajo las diez

personas fueron llevadas al Internatsional. Sabía que muy pronto llegaría mi turno.

El 15 de diciembre las autoridades decidieron detener a todos los inquilinos de mi edificio. Decidí suicidarme para evitar caer en las garras de aquellos criminales. No disponía de veneno, así que recurrí a unas cuchillas de afeitar. Me hice unos diez cortes en el antebrazo, pero mi inexperiencia impidió que llegara a cortar las venas. La pérdida de sangre me hizo perder el conocimiento. Lo recobré cuando golpearon con fuerza la puerta. Me informaron de que se había ordenado a todos los judíos marchar aquel 15 de diciembre de 1941 a los almacenes situados junto a la fábrica de tractores, a unos doce kilómetros de Jarkov. Me manaba sangre de las heridas y apenas comprendía lo que estaba sucediendo a mi alrededor. Así emprendí el camino del Gólgota.

Resulta difícil describir aquella escena: quince mil personas, o tal vez más, avanzaban por la calle Staro-Moskóvskaya en dirección a la fábrica de tractores. Muchos iban cargados de bultos. Había enfermos y también paralíticos a quienes llevaban en volandas. Todo el trayecto desde la Staro-Moskóvskaya hasta la fábrica estaba sembrado de cadáveres de ancianos, niños y enfermos.

Ya era noche cerrada cuando llegamos a nuestra nueva residencia. Entré en el almacén. No tenía ventanas propiamente dichas, sino enormes aberturas que hacían las veces de ventanas. Las puertas no se podían cerrar. No había donde sentarse. Soplaba un viento gélido. Debilitada por la pérdida de sangre, perdí nuevamente el conocimiento y caí al suelo desplomada. Recuperé la conciencia debido a los gritos de una mujer y su bebé. La gente continuaba entrando sin cesar a la barraca, apenas cabía dentro y alguien, en la oscuridad, cayó sobre la mujer y su bebé. La criatura aulló y quedó inmóvil. Al percatarse de que su hijo no daba señales de vida, la mujer comenzó a gritar desesperada: «¡Ayudadme a salvar a mi bebé! ¡Él es todo lo que me queda: los alemanes colgaron a mi marido y a mi hijo!». Mas ¿qué se podía hacer por ella en aquellas circunstancias? Nos habían prohibido encender la luz. El bebé murió.

Me había tocado caer en una de las peores barracas. Éramos unas cincuenta personas. Algunos tuvieron suerte y compraron camas que compartían cinco o seis personas. El frío era muy

intenso. Dormí en el suelo con las piernas y los brazos entumecidos.

Pero todavía me esperaba una prueba mayor. Tengo una hermana que fue bautizada hace treinta años y cuyos documentos de identidad la acreditaban como «rusa». Estaba echada en el suelo recordando el pasado y de pronto percibo un leve empujón, me doy la vuelta y me encuentro a mi única y querida hermana. Pasamos cuatro días juntas en la misma barraca. Por suerte, aparecieron unas buenas gentes y la ayudaron a salir de allí. *[Como estaba provista de un pasaporte ruso,]* era más fácil ayudarla a ella que a mí. No nos despedimos: queríamos evitar atraer la atención de los demás. Me limité a mirarla fijamente un instante. Quise transmitirle muchas cosas con aquella mirada.

La herida en el brazo no acababa de cicatrizar. Tenía hambre y frío. Los alemanes sólo nos permitían ir al mercado o a buscar agua si les dábamos algo a cambio. A veces nos asesinaban sin más. Una vez pude ver a un niño que andaba entre las barracas y un alemán lo llamó: «Acércate aquí, pequeño judío», le dijo. Cuando el niño se le acercó, el alemán lo empujó a una zanja y le pegó un tiro. Antes del día en que se dio la orden de ejecutar a todos los judíos de Jarkov, los alemanes mataban unas cincuenta personas cada día. Un día anunciaron: «Si se escucha llorar a un solo niño en la noche, os fusilaremos a todos». Pero ¿cómo podíamos evitar que los bebés lloraran y gritaran? No había manera de cambiarles los pañales, de manera que estaban siempre mojados bajo aquel frío insoportable; a sus madres se les habían secado los pechos por culpa de tanto dolor y no tenían cómo alimentarlos.

Conseguí trasladarme a otra barraca, la número nueve. Era la última de las barracas en el calendario de las ejecuciones.

Los alemanes pretendían llevarnos a ejecutar engañados. Cuando comenzaba la tercera semana de reclusión nos mandaron a formar y dijeron que quienes desearan ir a trabajar a Poltava, Lubny o Romny dieran un paso al frente. Sentí como si una aguja se me clavara en el corazón. Ochocientas personas se ofrecieron. Pude ver cómo los hacían subir a los transportes; no les permitieron llevar nada consigo.

Muy pronto escuchamos los disparos. A partir de ese día ya no preguntaban quién quería abandonar las barracas. Simplemente se llevaban a la fuerza a las mujeres, arrancándoles los niños, y las

subían a los furgones. A los hombres los obligaban a marchar a pie.

Sacando fuerzas de flaqueza, conseguí llegar hasta la siguiente barraca. ¡Aquello era el infierno! Había cadáveres por todas partes, mezclados con platos y vasos, almohadas destripadas, ropa, alimentos y excrementos. En un rincón yacía el cadáver de una mujer echado sobre una cama. Tenía los brazos descolgados y un niño pequeño le chupaba el dedo muerto. El cadáver de un anciano reposaba en otro rincón.

No recuerdo cómo conseguí volver a mi barraca. Tenía muchas ganas de vivir. Sentía envidia de los perros y los gatos: ellos tenían derecho a vivir, nadie los perseguía. En cambio, yo estaba condenada a muerte tan sólo por ser judía.

Cada mañana nos levantábamos muy pronto a esperar la muerte. Un día tuvimos un momentáneo consuelo, cuando nos llegó el estruendo de disparos de armas pesadas desde Sáltov. Los condenados pensaban que se trataba de nuestras tropas. «¡Vienen a salvarnos!», decían. Se abrazaban, lloraban. Debo tener nervios de acero, porque fui capaz de soportar todo aquello.

Por fin llegó nuestro penúltimo día de vida. Esa noche trajeron a nuestra barraca a una joven embarazada. Los dolores de parto le comenzaron de madrugada. Sus gritos no me dejaban dormir. Fue entonces que decidí escapar.

Guardé una sábana en el bolsillo del abrigo para tener con qué vendarme la herida si volvía a sangrar y me puse en camino. Por todas partes había hombres armados de la Gestapo. ¿Qué podía hacer? ¿Adónde podía dirigirme? No tenía tiempo para encontrar respuestas a esas preguntas: cada segundo era precioso. Aproveché cuando un oficial llamó a los soldados para que descargaran un camión lleno de enseres que habían pertenecido a los judíos, me tumbé y me arrastré muy despacio hasta alcanzar un barranco. Cuando los alemanes volvieron me tendí sobre el lecho nevado del barranco y me cubrí con la sábana. Allí permanecí, bajo aquel frío infernal, hasta que amaneció. Con las primeras luces del alba, avancé arrastrándome hasta el otro lado del barranco. A duras penas conseguí subir por la pared escarpada. El frío era muy intenso. Atravesé el pueblo con el corazón en un puño. *[Temía cada mirada que se posaba sobre mí.]*

¿Adónde podía dirigirme? Sabía que todos temerían darme

cobijo: podían ejecutar a quien se atreviera a hacerlo. Mis amigos más cercanos eran Kirill Arséntievich Redko y su familia. Con riesgo para sus vidas, habían escondido a varios judíos. Alguien los denunció y estuvieron al borde de la muerte. Conocía el peligro que se cernía sobre ellos y no quise exponerlos más. *[Acudí a otros amigos, quienes habían vivido en mi casa antes de la llegada de los alemanes. Antes me habían dicho que si me ocurría algo me ayudarían a esconderme, pero ahora me dieron con las puertas en la cara sin piedad, aunque les dije que era tarde y los alemanes podían descubrirme y asesinarme.]*

¿Adónde podía dirigirme? La noche caería pronto sobre la ciudad y no me daría tiempo a abandonarla. Encontré una casa abandonada de tres piezas y me escondí allí durante tres días con sus noches. Me cuesta mucho narrar todos los tormentos que padecí. Helaba. El viento parecía atravesarme. Tenía los miembros entumecidos. No tenía ni un mendrugo de pan ni una gota de agua. Podían encontrarme en cualquier momento. El cuarto día comencé a congelarme.

Y de pronto sentí una agradable sensación de bienestar. Escuché mi propia voz pidiendo: «¡Agua! ¡Un poco de agua!». No sé cómo conseguí aguantar hasta el amanecer. Me incorporé a duras penas del suelo sucio donde había pasado tres días y salí a la calle. Me encaminé a casa de Kirill Arséntievich. A cada momento tropezaba y me caía. Por suerte vivían muy cerca del lugar donde me había escondido. Me recibieron con cariño. Estuve tres días en su casa, dándole descanso a mi sufrida alma: en aquella casa volví a sentir que era una persona. Finalmente, me dieron alimentos y se despidieron de mí acongojados.

Las piernas no me sostenían. Parecían dos trozos de palo. Tomé el camino de Liubotino. Era terrible andar sin saber adónde iba. ¿Quién me ofrecería cobijo? ¿A quién le podía importar mi suerte? ¿Cómo iba a poder salir de allí sin documentos de identidad?

No sé cómo conseguí llegar hasta Korótich. Había tomado la decisión de encontrar un lugar donde nadie pudiera dar conmigo y dejarme helar allí hasta la muerte. Pero antes quise probar suerte en la cabaña más alejada del centro de Korótich. Y tuve suerte. Me permitieron pasar la noche. A la mañana siguiente se desató una fuerte tormenta de nieve y la dueña me permitió quedarme en la

casa. Pasé tres semanas allí. Los alemanes solían aparecer de improviso en la cabaña buscando partisanos. Fue un milagro que no me descubrieran.

Por fin llegó la hora de abandonar la cabaña, pero no podía andar. Mis pies se habían convertido en una masa inflamada y purulenta. Cuando me disponía a marcharme, la anciana prefirió llevarme antes al puesto médico. El médico me examinó y me dijo: «Tus pies están acabados». Aquello era una sentencia de muerte. ¿Qué esperanza le quedaba a una persona en mi situación a la que amputaran las piernas? Me gustaría ofrecer más datos sobre aquel médico, pero desafortunadamente no conozco su apellido. Sí sé que su nombre era Petro. Él me envió al hospital de Liubotino y acudió a tratarme allí personalmente. Era un genuino hombre soviético. Intuía que yo era judía. Cuando la enfermera que procesó mi ingreso anotó mi apellido, se le acercó y le susurró algo al oído. Él le respondió: «Eso no es asunto nuestro; lo que nos corresponde es prestar ayuda médica a esta mujer».

Ésas fueron las circunstancias en las que fui a parar al hospital de Liubotino. Allí pude reposar sobre un colchón blando. Por fin nadie me perseguía. Me daban de comer dos veces al día. Era un bodrio, pero al menos estaba caliente. Permanecí ingresada desde el 7 de febrero hasta el 2 de julio de 1942.

Me resulta horrible recordar cómo me amputaron los dedos de los pies y serraron los huesos. Estuve un mes entero con fiebres de cuarenta grados. Sólo podía tumbarme boca arriba; el dolor no me permitía conciliar el sueño. Sólo quería una cosa: morirme en aquel hospital. Porque ¿adónde iba a ir cuando me dieran el alta? Sentía envidia por quienes veía agonizar. Fue entonces que comprendí la felicidad que entraña morir de muerte natural.

Cada vez que traían a un enfermo de Jarkov, me escondía bajo la manta y buscaba identificarlo: ¿sería alguien conocido? El personal del hospital se comportaba muy bien conmigo; me ayudaban en todo cuanto podían. También el cirujano cuidó de mí con esmero.

Un día trajeron a una mujer de Jarkov. Llegó en estado muy grave y murió poco después. Tenía treinta y ocho años. Una idea fija se apoderó de mi mente desde que la vi aparecer: su pasaporte podría salvarme la vida. Y conseguí que me lo dieran.

Cuando me dieron el alta, me fui dos semanas a casa de una de las enfermeras. Después me puse en camino. Decidí dar con el paradero de mi hermana. Creía saber adónde se había dirigido. Ahora, provista de un «pasaporte ruso» tenía plena libertad de movimiento. Pero el camino se me hizo muy penoso. Las heridas en los pies no acababan de cicatrizar y tenía que ir andando. Encima, estaba muerta de hambre. A la altura de Merchik, sentí que me abandonaban las fuerzas. Quise subir a un tren pero un soldado alemán me exigió mostrarle el salvoconducto y al saber que no llevaba me echó del coche. Un policía me sugirió presentarme ante el comandante de la ciudad y gestionar un salvoconducto, pero el comandante se comportó como una fiera. Sin escucharme siquiera, me gritó: «¡Vete al infierno! ¡Fuera de aquí!».

Me quedé en la estación hasta que anocheció. Entonces me dirigí a la casa donde vivían los empleados de los ferrocarriles, donde encontré a una mujer generosa que me dio de comer y me permitió pernoctar allí. Ella se ocupó de gestionarme el salvoconducto que necesitaba.

No podía concebir semejante alegría: ¿de veras conseguiría reunirme con mi querida y única hermana en unas pocas horas? ¿La habrían matado aquellos animales? El tren había partido de Jarkov. Me escondí en un rincón: temía que alguien pudiera reconocerme. A las dos de la tarde llegué a la aldea de Smoródino. Me puse a recorrer las calles sin rumbo y comprendí que no conseguiría encontrar a mi hermana. No podía preguntar por ella, porque si lo hacía podía despertar sospechas.

Finalmente, una mujer se percató de mi desconcierto. «¿Qué le sucede?», me preguntó. Le dije que estaba exhausta y hambrienta. Me llevó a su casa y me ofreció comida caliente y pan. Me arrojé sobre la comida superando la vergüenza que me producía hacerlo. «Perdóneme —le dije—, comeré así sólo una vez y ya no volveré a hacerlo». Me quedé un mes y medio en aquella casa. Cocinaba y hacía la limpieza. Aquella mujer jugó un papel fundamental en mi destino, pues resultó que era una conocida de mi hermana.

¿Cómo describir el instante en que nos reunimos por fin? Quería abalanzarme sobre ella, abrazarla, besarla, pues ambas habíamos pensado que la otra había muerto… Pero la conversación fue fría: queríamos dar la impresión de que nos conocíamos muy

superficialmente. Ambas tuvimos que hacer un gran esfuerzo para disimular nuestros sentimientos.

Viví en Smoródino durante un año y tres meses. Hice de todo: fui cocinera, niñera y pedí limosnas, siempre a la búsqueda de un lugar donde cobijarme.

Fui testigo de cómo los bárbaros alemanes esclavizaban a nuestros jóvenes. Inmediatamente después de seleccionarlos los encerraban sin permitirles decir adiós a sus familiares. Cuando se los llevaban, los familiares corrían tras ellos y los alemanes les disparaban a mansalva. Hubo muchos casos de adolescentes que se mutilaban con tal de evitar ser trasladados a Alemania. Otros se suicidaron. Se producían escenas estremecedoras cuando partían los convoyes. La estación se llenaba de sollozos desesperados. Los pobres infelices gritaban a los alemanes: «¿Adónde nos lleváis, asesinos?». A los familiares se les prohibía acercarse a los coches.

El frente se acercaba cada vez más. Permanecimos dos semanas escondidos en un sótano. También fueron dos los proyectiles que cayeron sobre la casa donde nos cobijábamos. Nuestras tropas entraron por fin en Smoródino. ¡Sentí una alegría tan grande! ¡Por fin habían llegado los nuestros!

Ahora he vuelto a mi Jarkov natal. Puedo andar libremente por las calles y mirar a los ojos de los transeúntes.

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

Piotr Chepurenko, testigo de la masacre de Piryatin

El 6 de abril de 1942, el segundo día de la Pascua, los alemanes asesinaron a mil seiscientos judíos en la ciudad de Piryatin, en la región de Poltava. Entre ellos había ancianos, mujeres y niños que no consiguieron huir a tiempo hacia el este.

Los judíos fueron llevados a la carretera Grebenkóvskaya y conducidos hasta Pirogóvskaya Levada, a tres kilómetros de la ciudad. Ya había enormes zanjas esperándolos. Los obligaron a desvestirse. Los alemanes y los policías se repartieron inmediatamente las mejores ropas. Los condenados eran obligados a bajar a las zanjas en grupos de cinco. Desde arriba les disparaban con ametralladoras.

Los alemanes condujeron a la fuerza a trescientos habitantes de Piryatin hasta Pirogóvskaya Levada para que cubrieran las fosas. Piotr Lavréntievich Chepurenko fue uno de ellos. Sigue su relato: «Pude verlos masacrar a la gente. A las cinco de la mañana dieron la orden de cubrir las zanjas. Pero desde el fondo de ellas salían gritos y llantos. La gente se agitaba bajo la tierra. De pronto vi a mi vecino Ruderman, empleado de la fábrica, asomando a través de los terrones. Tenía los ojos llenos de sangre. "¡Rematadme!", clamaba. Escuché otro grito detrás de mí. Era Sima, el carpintero. Estaba herido, pero aún vivía. Los alemanes y los policías se afanaron en rematarlos. A mi lado yacía el cadáver de una mujer. De pronto un niño de unos cinco años salió arrastrándose desde debajo del cadáver y gritó: "¡Mamá!". Ya no pude ver más, porque me desmayé».

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

La muerte de los judíos de la Granja agrícola de Zelenópol

Zelenópol es una colonia judía cuyos orígenes se hunden en el tiempo. Aquí fue fundada la próspera granja agrícola Emes. Antes de la guerra, en Emes vivían judíos, rusos y ucranianos. Llevaban una vida feliz y próspera: daba gusto ver la felicidad que compartían en un ambiente de genuina amistad.

Pero llegaron los alemanes. Buena parte de la población judía de Zelenópol pudo evacuar la zona a tiempo. Tan solo quedaron algunas familias y los ancianos que se resistieron a separarse de la tierra en la que habían crecido. Casi todos eran ancianos decrépitos: Idl Kalmanóvich, Grishe-Leib Kozlovski y su esposa, Shleima Kamsoryuk y su esposa y algunos otros.

Según su propia expresión, los alemanes venían decididos a «purificar la tierra y el aire». Es decir, a aniquilar a los judíos. Pero asesinarlos sin más les parecía poco. Antes, según sus planes, los condenados tenían que soportar diversas etapas de tormentos. Idl Kalmanóvich era un anciano judío, un hombre muy creyente y respetado por todos. Los alemanes extendieron su taled en el suelo, le ordenaron que rodara sobre él hasta enrollarse en el manto y, de esa guisa, se arrodillara ante ellos. Kalmanóvich se negó a hacerlo. Entonces los alemanes le afeitaron su blanca barba. Pero eso les pareció poco y comenzaron a arrancarle tiras de piel con la navaja de afeitar. Le hicieron profundos tajos en las mejillas; le cortaron las orejas. A pesar de la crueldad de las torturas, Kalmanóvich no imploró clemencia a los alemanes.

Shleima Kamsoryuk había quedado inválido por culpa de un accidente laboral. Era un hombre honorable. Los carniceros lo torturaron sin piedad. Lo trocearon. Literalmente.

Los otros judíos que quedaban en Zelenópol vagaron sin rumbo durante largos días, golpeados por el frío y otras inclemencias del tiempo. Acabaron corriendo la misma suerte que Kalmanóvich y Kamsoryuk. La familia de Hanna Patúrskaya fue salvajemente

asesinada. Rajil, la hija mayor, de unos dieciséis años, fue deshonrada y fusilada después. A otros dos de sus hijos los fusilaron junto a su abuela. Tania, su hija más pequeña, fue colgada en presencia de su madre.

En total, setenta y cuatro judíos y catorce prisioneros de guerra fueron torturados hasta la muerte. Hubo muchos muertos en todo el distrito, pues se trata de una región nacional judía.

REDACTOR: ILYÁ EHRENBURG

Cartas desde Dnepropetróvsk *Cartas del matrimonio Indikt*

I

Nací en 1895. Antes de la guerra siempre viví en Dnepropetróvsk. Trabajaba en una cooperativa industrial. *[Cuando los alemanes se acercaban a la ciudad, recibí el encargo de desmontar toda la maquinaria que teníamos en la cooperativa y cargarlas en un vagón para ser evacuada. Así lo hice, pero el vagón no fue enganchado al convoy, de manera que me quedé en la ciudad con toda la maquinaria.]*

El 24 de agosto de 1941 los alemanes tomaron la ciudad.[8] Me encerré en casa, porque sabía que estaban deteniendo a los judíos. *[Mi esposa es rusa y podía moverse libremente por la ciudad. Era ella quien me mantenía al tanto del desarrollo de los acontecimientos.]*

El 26 de agosto decidí pasar por la sede de la cooperativa. Allí, la mujer de la limpieza me contó que los alemanes habían violado esa mañana en el patio de la fábrica a una joven judía de diecisiete años y la habían matado después. *[«Si quiere, puede ver el cadáver», me dijo.]* Salí de allí y ya no volví más.

El 25 de septiembre el comandante de la ciudad dictó una orden que obligaba a los judíos al pago de una contribución de treinta millones de rublos. Los líderes de la comunidad judía eran los encargados de reunir el dinero. Mi mujer quiso que acudiéramos a verlos, pero conseguí disuadirla: «No es necesario —le dije—, de todas formas nos aniquilarán, por mucho que reunamos el dinero».

Mi mujer consiguió encontrarme un empleo en el otro extremo de la ciudad. Cambié mi apellido judío, Indikt, por su forma ucraniana: Indiktenko.

El 12 de octubre el jefe me despidió. Me marché. Era de noche. Se oían gritos. En la madrugada del 13 de octubre, poco antes del alba, llamaron a la puerta: «¡Todos fuera!», ordenaron. A los policías les sorprendió que el nombre de mi esposa no apareciera en

sus listas. Les expliqué que era rusa. Sabía que me llevaban a ejecutar. Nos fueron reuniendo junto al centro comercial. Ya había muchos judíos allí.

Formaron dos grupos. El primero lo formaban entre mil quinientas y dos mil personas. Me correspondió formar parte del segundo grupo. Aun antes de llegar al cementerio judío escuchamos la primera descarga y los gritos de las víctimas alcanzadas por las balas. Algunos decidimos escapar. Muchos perdieron la vida en el intento. Yo lo conseguí.

Pasé dos días vagando por la estepa hasta que la desesperación me hizo volver a casa. Era de noche cerrada cuando llegué. Di unos golpecitos en la ventana para avisar de mi presencia. Pasé un mes escondido en el desván. Cuando se nos hizo evidente que el casero comenzaba a sospechar, resolvimos marcharnos de allí.

Mi mujer me consiguió una cartilla laboral que me resultó fácil falsificar, modificando el nombre del titular. Poco después me consiguió también un pasaporte a nombre de cierto Stupka, nacido en 1905. A veces mi edad despertaba sospechas.

Pasé tres meses trabajando en un taller, hasta que el jefe me echó. Para entonces mi mujer ya había conseguido encontrar una casita aislada a las afueras de la ciudad. No tenía suelo, pero ella improvisó uno juntando tablones. Con toda intención, dejamos sueltos los tres tablones que estaban bajo la cama, de manera que yo pudiera esconderme allí, bajo el suelo. La casita tenía dos habitaciones y para evitar que alguien quisiera acomodarse en la segunda, la convertimos en un cobertizo donde criábamos gallinas. También teníamos un perro y un gato.

Debo dedicar unas palabras al perro, pues jugó un papel muy importante en mi salvación. Respondía por *Alma* y era de una fiereza extraordinaria, tanta que nadie se atrevía a entrar a la casa hasta que mi mujer no lo ataba. Ello me proporcionaba el tiempo suficiente para acomodarme en mi escondite.

Nuestro vecino era policía. En cuanto se percató de que mi mujer vivía sola, solía emborracharse y acudir a molestarla. Oculto bajo las tablas, me tocaba escuchar todas las groserías que dedicaba a mi esposa. «¿Por qué pretendes ser una mujer decente, puta de mierda?», le decía. «¿Hasta cuándo me vas a seguir dando largas?»

Un día mi mujer estalló: «¡Vete al infierno, cabrón!», le gritó. En

respuesta, el policía le dijo que tenía «jeta de judía» y se marchó enfurecido. Salí de mi escondite y me eché a reír, *en primer lugar*, porque nunca había escuchado a mi mujer proferir tales juramentos, *y después, porque estaba seguro de que aquella noche moriríamos los dos, pues el policía regresaría acompañado de los suyos, algo que no sucedió. Según mi mujer, si los policías no vinieron a matarla aquella noche fue porque rezó a Dios como nunca antes lo había hecho.*

Pasé dos años y medio metido en aquel agujero. Durante los últimos meses mis nervios estaban al límite. En varias ocasiones mi mujer me propuso envenenarnos juntos, pero cada vez conseguí disuadirla y al fin conseguimos sobrevivir hasta ver la llegada de los nuestros.

31 de julio de 1944
[MIJAÍL PETRÓVICH] INDIKT

II

Me llamo Nadezhda Ivánovna Indikt. Tenía treinta y cuatro años cuando llegaron los alemanes, pero, debido a las condiciones bajo las que vivíamos, mi apariencia era horrible: no me lavaba, vestía harapos y esperaba que la muerte se abatiera sobre mí en cualquier momento.

Cuando vivía con mi marido en una choza en las afueras, vino un vecino policía y me dijo: «Me han dicho que tu marido es judío y que tu hijo también es judío y se esconde en Odessa». Lo así de la manga y le grité fuera de mí: «¡Vamos ahora mismo a la Gestapo!». Tiré de él con fuerza, pero se zafó: «¡Apártate, asquerosa!», protestó y abandonó la casa.

Cada vez que nuestros pilotos bombardeaban Dnepropetróvsk, rezaba a Dios para que me cayera una bomba en la cabeza.

Solía salir en busca de alimentos y cada vez que lo hacía mi marido se quedaba encerrado en un zulo.

Un día de invierno me fui al pueblo a buscar provisiones. Hacía un frío intenso. Estaba prohibido pasar la noche fuera de casa, salvo que se hubiera obtenido una autorización especial para ello. Por suerte, alguien me ofreció refugio. Estaba helada y me subí a lo alto de la estufa para calentarme un poco. El monóxido de carbono me

intoxicó. Cuando abandoné la choza, sentí que me ahogaba y no tenía fuerzas para andar. Con aquel frío terrible, podía morir si no avanzaba deprisa. Le pedí a Dios que me salvara, porque yo no tenía derecho a morir. «¡Sálvame por Misha!», imploré. «Qué será de él si yo no vuelvo a casa», pregunté en mis plegarias. En ese instante pasó una carreta a mi lado y me recogió.

No hacía más que llorar y llorar. ¿Qué otra cosa podía hacer? En Kámenskoye vi un cartel anunciando que cualquier ruso que ayudara a un judío sería fusilado junto a toda su familia, incluyendo a los recién nacidos. Mientras me acercaba a la casita que ocupábamos sólo podía pensar en una cosa: ¿estaría vivo Misha? Pensaba que se alegraría al verme, pero se puso a palparme las mejillas con los ojos desorbitados, mientras le brotaban las lágrimas. Apenas entonces comprendí que se me había helado la cara.

Nunca salía a la calle sin asegurarme antes de llevar comida y dinero. Me la pasaba buscando a judíos. El dinero lo conseguía vendiendo cosas en el mercado y trabajando aquí o allá.

Un día salí a hacer unos recados con mi vecina Varia, una persona de mi confianza. De pronto reparé en un joven que parecía algo desorientado. «Espera —le dije a Varia—, ese hombre parece judío». Lo abordé. Me preguntó cómo llegar a la comandancia. Su acento me descubrió que se trataba en efecto de un judío. Me dijo que había viajado desde Crimea y que al llegar a la ciudad le dijeron que tenía que presentarse en la comandancia para obtener un salvoconducto. Le rogué que se abstuviera de presentarse allí, porque estaban fusilando a todos los judíos. Finalmente, le di cien rublos y le supliqué que se apartara de las calles principales. Aceptó mi consejo. Regresé a casa llorando. «Dios mío, ¿por qué tiene que sufrir tanto esta gente?», clamé al cielo.

La situación de mi marido era terrible. Yo me pasaba todo el día fuera de casa. Al salir, echaba el cerrojo y él tenía que estarse todo el día interpretando los ruidos que le llegaban de afuera. Ni siquiera me atrevía a dejar abiertos los postigos, de manera que el aire se viciaba. Pero aún más terrible me resultaba todo lo que veía en la ciudad. A veces iba a visitar a mi tía en su casa del número 84 de Prospekt. Al lado estaba el emplazamiento de una unidad alemana. Llevaban a los judíos a trabajar. Mi tía y yo les dábamos de comer

en secreto. A hurtadillas, les dábamos trozos de pan, tocino y tomates. Los oficiales alemanes son muy crueles: ¡no hay nada igual en el mundo! ¡A los judíos les hicieron de todo! Los ataban a vagones y los obligaban a tirar de ellos, como bestias de carga. Arrojaban al suelo el bodrio que les daban como único alimento para obligarlos a sorberlo a cuatro patas.

Visité todos los campos de concentración. En una ocasión un alemán me disparó y pude sentir cómo tres proyectiles volaban sobre mi cabeza. Uno de los campos de concentración estaba situado al lado de la cárcel. Los transportes cargados de gente llegaban sin cesar, así que pregunté de dónde los traían. «De lejos», me respondieron. Sólo traían hombres, porque ya habían ejecutado a todos los otros miembros de sus familias. Les daba comida. Un día los alemanes me vieron. Me excusé diciéndoles que vendía tabaco a los judíos porque tenía niños pequeños que alimentar. Un alemán me pegó un puñetazo, pero conseguí huir a la carrera. Llegué a casa y le conté a mi marido los tormentos que estaba padeciendo aquella gente.

Entre los prisioneros judíos había un niño de unos quince años. Su madre había muerto mucho tiempo atrás y su padre estaba en el frente. Vivía con su abuela y una hermana pequeña. Su abuela era rusa. Alguien dio el soplo y los alemanes se aparecieron a buscarlo. Un día, cuando lo llevaban a trabajar, el niño vio a la anciana observándolo desde la acera. Se abalanzó hacia ella: «¡Abuelita!», exclamó. Los alemanes lo atajaron y comenzaron a golpearlo. La abuela cayó desmayada.

Otra anciana vivía en la calle Jersónskaya junto a su hija y dos nietos. Yo solía acudir a ayudarles. Un día la anciana se puso a llorar, agradecida. Conmovida, la besé. Nos vieron *[y comenzaron a gritarme insultos]*. Tuve que huir a la carrera. No me atreví a ir a casa y me escondí en el cementerio hasta que cayó la noche. Antes los muertos me daban miedo, pero ahora me decía: «Ni yo he hecho nada malo, ni vosotros, difuntos, me haréis mal alguno». *[Cuando llegué por fin a casa, mi marido me dijo: «Te estás condenando por gusto: con tus besos no puedes ayudarlos». Le repliqué que mis besos valían más que el dinero, porque todos les habían dado la espalda a esas pobres gentes como si fueran apestados.]*

También solía llevar comida a una familia compuesta por un

anciano, su hija y dos nietos.

Le conseguí un pasaporte a mi marido, pero nos faltaba la fotografía. Un hombre que vivía en los suburbios me aseguró que podía hacer cualquier cosa que necesitara. Le dije que solía recibir a trabajadores agrícolas llegados de las aldeas y necesitaban fotografías para los salvoconductos que expedían los alemanes. Acordamos que se los llevaría y les cobraría quinientos gramos de tocino por cada tres fotografías. De ellos, doscientos serían para mí. Cuando me hube asegurado de que nadie vería a mi marido, lo llevé ante el improvisado fotógrafo. Este le tomó las fotos y le llevé el tocino, quedándome con los doscientos gramos que me correspondían.

Mi marido aprendió el oficio de grabador y consiguió fabricar un sello idéntico al que los alemanes estampaban en los certificados de empadronamiento. Lo utilizábamos para ayudar a cualquiera que lo necesitara. Yo no dejaba de vagar por las calles en busca de judíos a los que prestar socorro.

La Gestapo solía practicar registros en nuestra calle. Cada vez que los veía llegar apostada en la ventana, corría el cerrojo y me ponía a rezar. Cuando llegaban a nuestra casa, los vecinos les decían: «Ahí vive una mujer soltera que siempre está fuera, trabajando». Y seguían de largo.

Muchas veces le dije a mi marido: «Acabemos con esto y muramos de una vez: no puedo seguir soportando lo que está ocurriendo». Mi marido siempre me respondía que todo aquello acabaría y volveríamos a vivir en paz entre los nuestros. Leía a diario los periódicos alemanes y me obligaba a comprárselos. Si alguna vez no los conseguía su reproche no se hacía esperar. «¿Cómo has podido olvidarte?», me reñía.

Yo le decía que aquellos periódicos no publicaban nada que valiera la pena leer, que sólo traían mentiras. Pero él había aprendido a leer entre líneas y sabía darle un sentido distinto a lo que leía. Me decía: «Ya verás cómo en la edición de mañana reconocen que la línea del frente se ha movido y se han visto obligados a retirarse de tal ciudad». Y, en efecto, así era. «Algún día llegarán los nuestros», repetía una y otra vez.

Un día me avisaron de un alemán que andaba buscando una criada. Me coloqué en su casa. El alemán era dueño de una fábrica

de productos químicos. Descubrí que guardaba en casa impresos y sellos oficiales. Conseguí hacerme con todo aquello. También tenía una máquina de escribir, pero era alemana y me resultaba muy difícil utilizarla, así que eché a perder muchos impresos, hasta que conseguí aprender. Cuando me hice por fin con el certificado que necesitábamos, me despedí del trabajo.

Un día tuve que acudir a la policía para cumplimentar unos trámites y sellar mi certificado de empadronamiento. Lo primero que me preguntaron fue la nacionalidad de mi marido. Respondí que era búlgaro y súbdito rumano. El policía me dijo: «Sé muy bien que eso es imposible, porque yo mismo soy búlgaro». «Entonces usted conoce muy mal la historia de su propio país», le repliqué. Y añadí: «Bulgaria tiene fronteras con Turquía y cuando los turcos comenzaron a masacrar a los búlgaros, como les sucede ahora a los judíos, muchos búlgaros huyeron a Rumania y adoptaron la ciudadanía rumana». El policía me dio las gracias «por la conferencia» y estampó el sello en mi documento.

Por fin comenzó la ofensiva del Ejército Rojo. Nos preparamos para enterrarnos en vida hasta que acabaran los combates. Con ese propósito cavamos un túnel que unía el sótano con el pozo.

Mi marido se pasaba todo el día encerrado en el túnel. De tanto en tanto, yo le llevaba la comida. Los últimos días mi marido comenzó a delirar. Repitió una misma palabra una y otra vez hasta quedar inconsciente: «Sobreviviremos, sobreviviremos».

Es imposible describir todo lo que nos tocó vivir. Hasta que llegaron los nuestros, tuvimos que soportar la más horrible de las miserias.

2 de agosto de 1944
N. Indikt
Editor: G. Munblit

El 13 de octubre de 1941

TESTIMONIO DE A. M. BÚRTSEVA

No pude evacuar Dnepropetróvsk antes de la llegada de los alemanes, porque por aquellos días mi hija estaba gravemente enferma. Mi padre, mi madre y mi hermano de trece años se negaron a dejarme sola.

En cuanto los alemanes ocuparon la ciudad, se obligó a todos los judíos a llevar brazaletes con una estrella de seis puntas a modo de identificación. Algunos se resistían a cumplir la orden y pude ver con mis propios ojos cómo un bandido alemán asesinó a una joven judía en plena calle por negarse a llevar el brazalete.

Muy poco después se les impuso a los judíos el pago de una contribución de treinta millones de rublos. Comenzaron los abusos y los saqueos. Un día irrumpieron en nuestro apartamento los hombres de las SS y se llevaron a mis padres a la comisaría. Después de golpearlos salvajemente y despojarlos de todos los objetos de valor, los dejaron marchar. A partir de entonces, mis padres temían salir a la calle.

En esas terribles condiciones, temiendo a cada instante por la suerte de nuestros hijos, vivimos hasta el 13 de octubre de 1941.

Ya entonces mi marido (estoy casada con un ruso) había conseguido encontrar una habitación en un edificio donde nadie nos conocía y se disponía llevarnos allá. Pero no nos dio tiempo a llevar a cabo ese plan. A las seis de la mañana del 13 de octubre de 1941 llamaron a la puerta. Recibimos la orden de acudir con todas nuestras pertenencias al centro comercial de la calle Marx, donde supuestamente estaban reuniendo a todos los judíos para obligarlos a efectuar el pago de la contribución.

Las cuatro plantas del centro comercial estaban llenas a rebosar. Se veía sobre todo a ancianos y a mujeres acompañadas de niños. Todos habían sido despojados de sus pertenencias antes de entrar. A mí, como no llevaba nada encima, me impidieron el acceso al

centro comercial y me tuve que quedar en la calle junto a otros miles de personas. Poco después, desalojaron el centro comercial y nos encontramos todos en la calle. Así, pude reunirme con mi madre y mi hermano. No conseguimos localizar a mi padre en aquella multitud. Ya no volví a verlo jamás. Finalmente, nos hicieron formar una columna en hileras de seis personas y echamos a andar sin saber adónde nos conducían. Mi madre intentaba convencerme para que dejara a mi hija con alguno de los conocidos que observaban el paso de la columna desde las aceras y le rogara ayudar a la niña a reunirse con su padre. Comencé a escrutar los rostros que iba encontrando hasta que descubrí a uno de nuestros vecinos, quien buscaba entre la multitud a su mujer, también judía, y a su hijo. Le entregué a mi Lénochka y muy poco después pude ver a mi marido caminando junto a la columna de judíos. Llevaba a la niña de la mano. Gracias a que yo avanzaba en uno de los extremos laterales de la columna, un amigo de mi marido se me acercó y me instó a quitarme el brazalete y escapar. Me aseguró que nos llevaban a ejecutar. Sin embargo, me repugnaba la idea de abandonar a los míos, así que continué avanzando sin prestarle oídos. Mi madre había escuchado la sugerencia del amigo de mi marido y me rogó que le hiciera caso y huyera. «Ya no puedes hacer nada por nosotros: tienes que huir para estar con tu hija», me dijo. «¡Hazlo por ella!», insistió.

En eso un camión cargado de ancianos y niños pasó junto a nosotros y de pronto un hombre se levantó de un salto y se degolló a sí mismo con una navaja. Un alemán lo empujó rápidamente para evitar que lo viéramos agonizar y el camión se alejó.

Cuando llegamos a la calle Yúrevskaya me quité el brazalete y me escabullí de la columna. A toda prisa me fui a la dirección que me había proporcionado el amigo de mi marido. Allí permanecí durante dos semanas. Mi marido apenas me visitaba por miedo a que pudieran seguirlo y descubrirme. Después me trasladó por fin a una habitación que había alquilado y donde permanecí encerrada durante dos meses. Cada vez que escuchaba pasos en la escalera me escondía en el armario. Transcurrido ese tiempo, Lénochka cayó enferma y me vi obligada a salir en busca de comida. Me salvó mi apariencia física, que no permite adivinar que soy judía. También tuve suerte con los vecinos, buenas personas que nos prestaron todo

tipo de ayuda.

Dos años enteros tuve que vivir así, esperando la muerte cada día. Aquella situación afectó gravemente a mi hija. Bastaba que tardara un poco más de lo previsto en llegar a casa, para que Lénochka se pusiera a gritar desconsolada: «¡Han matado a mi madre!». Entonces nos parecía que no seríamos capaces de sobrevivir.

Todas las otras personas que formaban la columna de la que escapé encontraron un destino horrible: fueron fusiladas en las trincheras cavadas a las afueras de la ciudad para impedir el avance de los tanques. También mis familiares corrieron esa suerte.

TESTIMONIO DE I. A. REVÉNSKAYA

Todos los miembros de mi familia consiguieron evacuar Dnepropetróvsk antes del arribo de los alemanes. Por desgracia, yo no pude acompañarlos. El día que los alemanes entraron a la ciudad me encontraba de visita en casa de mi sobrino. Esa misma noche se presentaron allí varios alemanes y húngaros y declararon que les había sido concedido el derecho a entrar en las casas de los judíos y cargar con todo lo que quisieran. *Los condujo el traidor Abalakov, quien habitaba en el mismo edificio y murió en 1942.*

Unos días más tarde se levantó un censo de todos los judíos de Dnepropetróvsk. Inmediatamente después comenzaron a llevarnos a realizar trabajos forzados. Los alemanes golpeaban hasta la muerte a quienes estaban incapacitados para el trabajo.

Finalmente, llegó el día fatal cuando se ordenó a los judíos congregarse frente al centro comercial Lux, llevando consigo todas sus pertenencias y comida para tres días.

Era un típico día de otoño. Caía lluvia mezclada con nieve y el viento apenas permitía andar.

Al llegar al centro comercial, vi que estaba completamente rodeado por la policía. Decidí que era mejor quitarme la vida que entregársela a los alemanes y volví a casa con la intención de envenenarme. Al llegar me topé con mi vecino P. I. Krávchenko, quien me aconsejó abandonar la ciudad y me dio una carta de recomendación dirigida a una amiga suya que vivía en Krasnopólie, a unos ocho kilómetros de Dniépropetróvsk. Pasé dos días en

Krasnopólie. Después me vi obligada a huir también de allí, porque los alemanes habían detectado la ausencia de ochocientos de los judíos recogidos en el censo y comenzaron a buscarnos por pueblos y aldeas de los alrededores.

Al regresar a la ciudad, supe que todos los judíos que acudieron a la convocatoria ante el centro comercial habían sido ejecutados. No tenía adonde ir, ni mucho menos podía regresar a casa. Vagué durante largas horas por estrechas callejuelas mientras intentaba encontrar una salida a mi situación. Pero ¿acaso podía haber alguna?

Decidí elegir la muerte. Me hice con un botellín de amoniaco y me lo bebí de golpe sentada en uno de los bancos del jardín metropolitano.

Al escuchar mis desesperados gemidos se me acercaron unos alemanes. Me preguntaron si era judía. Negué con la cabeza, ante la imposibilidad de hablar. Entonces cargaron conmigo y me llevaron a un hospital. Pasé la noche ingresada. A la mañana siguiente una enfermera me avisó de la pronta ronda de los médicos alemanes y me sugirió que huyera antes de que descubrieran mi presencia allí.

Fue así que volví a encontrarme de vuelta en la calle. Como antes, no sabía adónde ir. Llevaba veinticuatro horas sin probar alimento, pues tenía quemada la garganta y en el hospital no me habían dado nada de comer.

Mientras vagaba por las calles, me encontré a un grupo de soldados del Ejército Rojo que acababan de escapar de la prisión. Se disponían a huir hacia las aldeas cercanas y me permitieron unirme a ellos.

Recorrí con ellos un trecho del camino y después, ya en solitario, los seiscientos kilómetros que me separaban de Nikoláyev, una ciudad donde antes había vivido durante diecinueve años.

Allí localicé rápidamente a unos conocidos quienes me escondieron y poco después me proveyeron de un pasaporte falso. En pocas palabras, hicieron todo lo que estaba en sus manos para salvarme la vida.

Tendría que escribir páginas y páginas para poder describir todo el horror que vi y padecí durante aquellos tiempos. Por otra parte, me pregunto si sería capaz de transmitir lo que sufrí al presenciar, por ejemplo, cómo dos hombres de la Gestapo obligaban a andar

sobre la nieve a una joven en camisón cargando en brazos a su bebé o cómo en Nikoláyev subieron a la fuerza a un coche a los cuatro mejores médicos de la ciudad y los llevaron a ejecutar.

Ahora soy una mujer de cincuenta y dos años. El destino me deparó una vida muy penosa y he sido testigo de dos guerras, pero cuando pienso en todo lo que me tocó ver y padecer en el infierno fascista se me hiela la sangre en las venas.

TESTIMONIO DE B. I. TARTAKÓVSKAYA

Los alemanes ocuparon Dnepropetróvsk el 24 de agosto de 1941. Las torturas, los saqueos y los asesinatos comenzaron desde el primer día de su arribo a la ciudad. Los judíos, todos identificados con brazaletes que llevaban la estrella de seis puntas (se les obligó a llevarlos, bajo pena de fusilamiento), no se atrevían a aprovisionarse de agua en la fuente municipal o a salir a la calle para comprar en las panaderías.

Muy pronto se ordenó a todos los judíos acudir al centro comercial Lux. Nos dijeron que la convocatoria estaba relacionada con la instalación de un gueto. Cargada con unos pocos enseres, acudí a la cita junto a mis dos hijos. Allí nos hicieron formar una columna y nos obligaron a ponernos en marcha. No sabíamos adónde nos conducían. A nuestras insistentes preguntas, los alemanes respondían: «Al *Lager*». Al dejar atrás el cementerio judío y salir al amplio descampado que limita con las vías férreas escuchamos los primeros disparos. Entonces comprendimos la finalidad de aquella marcha. Sin embargo, caía la noche y ello evitó que nos llegara el turno de morir. La muchedumbre formada por varios miles de personas fue arrinconada contra una tapia y cercada por todas partes. Hacía mucho frío y los condenados se apretujaban, los pies hundidos en el barro helado. Los enfermos, algunos de ellos ya agonizantes, se dejaron caer en el barro. Cargué sobre mis espaldas a mi hijo menor; el mayor, que contaba tres años entonces, permanecía de pie con la cara hundida en mis rodillas. Así transcurrió aquella fría noche de otoño.

Apenas amaneció, los soldados alemanes aparecieron cargados de cajas de munición. Nos las mostraban con sorna y reían a mandíbula batiente. Seguidamente, comenzaron a llevarnos en

grupos hasta el borde de las zanjas abiertas al fondo del descampado. La multitud se pegaba a la tapia; los más débiles caían a los pies de gentes a quienes el horror privaba de la razón; se escuchaban gritos, disparos y llantos infantiles. Los alemanes arrastraban a los ancianos y a los niños aplastados por el gentío y los enterraban vivos junto a los cadáveres de la víspera. Caí de rodillas y abracé a mis hijos: creía volverme loca ante aquel horror.

En ese instante se me acercó un hombre y me aseguró que podía sacarnos de allí a mí y a mis hijos. Todavía hoy no alcanzo a comprender cómo lo consiguió, pero lo cierto es que pocos minutos después ya nos había apartado hasta el camino que conduce al cementerio. Un joven campesino que circulaba por allí en una carreta se ofreció a llevarnos a la ciudad, sin que se lo hubiéramos pedido. Me despedí apresuradamente de mi salvador y nos acomodamos a duras penas en la carreta.

Al llegar a casa me encontré a mi marido hecho un mar de lágrimas. Alguien le dijo que nos habían llevado a ejecutar y no a un campo de concentración como creímos inicialmente. Mi marido es ucraniano. Confiábamos en que encontraría el modo de ayudarnos a mí y a nuestros hijos.

A la mañana siguiente abandonamos la ciudad y nos dirigimos a Sumy, donde mi marido tenía familia. Viajábamos desprovistos de dinero y documentos, así que nos tomó mes y medio llegar. Al principio, nadie reparó en mí. Pero un día supimos que alguien había denunciado mi presencia en la ciudad. Nos vimos obligados a huir nuevamente y pasamos largo tiempo vagando por pueblos y aldeas.

¿Acaso tengo que describir cuál fue nuestro alborozo al toparnos con una avanzadilla del Ejército Rojo?

Actualmente, mi marido está en el ejército y yo trabajo en un hospital. Aunque parezca una anciana, tengo apenas veintisiete años. Vivo exclusivamente para mis hijos. Y también para alcanzar a ver el castigo que recaerá sobre las fieras fascistas. Si bien, no, no son fieras, porque éstas no roen los cuerpos ya abatidos. Y quienes lanzaron niños vivos a las fosas comunes no merecen ser comparados con animales.

EDITOR: G. MUNBLIT

Carta del oficial Granovski (Yekaterinópol)

Quiero que conserves esta carta. Estas pocas letras, las ruinas, las tumbas de nuestros paisanos y una pequeña niña llamada Sonia son todo lo que queda de Yekaterinópol. En aquellos benditos lugares donde crecimos, donde aprendimos las primeras letras y experimentamos por vez primera el amor hoy no crece más que la hierba. Y yacen los restos de nuestros familiares sepultados bajo tierra.

Ya no existe Yekaterinópol. Los alemanes la arrasaron. Sonia es todo lo que queda.

Llegué a nuestra aldea el 9 de mayo de 1944. No conseguí encontrar la que había sido mi casa. El lugar que había ocupado era ahora un solar yermo… Caminé entre las ruinas, busqué a algún vecino. No encontré a nadie: todos habían sido ejecutados. Nadie estaba allí para recibirme, estrecharme la mano: nadie me felicitó por la victoria.

Después encontré a Sonia Diamat. Ahora tiene quince años. Se salvó de puro milagro, porque los alemanes la llevaron a ejecutar tres veces. Fue ella quien me relató la tragedia que vivió Yekaterinópol.

Los hombres de las SS llegaron a la aldea y enseguida comenzaron los registros, los saqueos, los pogromos. Todos los judíos fueron encerrados a la fuerza en campos especiales. En Zvenigorodók instalaron un campo destinado a la reclusión de quienes no resultaban aptos para el trabajo. Allí encerraron a los ancianos, los enfermos, las mujeres con niños pequeños y los menores de catorce años.

Quienes, en cambio, eran aptos para el trabajo fueron a parar al campo de concentración ubicado junto a la estación de ferrocarriles. El 6 de septiembre de 1941 Yekaterinópol conoció las primeras ejecuciones: sus víctimas fueron los comunistas, los activistas de la granja agrícola y un buen número de judíos.

Todos los reclusos del campo de concentración de Zvenigorodók

fueron ejecutados en abril de 1942. Allí asesinaron a Hanna Lerner, de ochenta años, por ser demasiado vieja y a Mani Fininberg, un bebé que apenas contaba un mes de vida, por ser demasiado joven.

Antes los sometieron a enormes tormentos y a todo tipo de vejaciones, obligándolos a trabajar durante dieciocho y hasta veinte horas al día. Violaban a las jóvenes. Azotaban a los ancianos. Por último, en el otoño de 1942 los ejecutaron a todos: dos mil reclusos de los campos de concentración de Yekaterinópol, Shpola y Zvenigorodók.

¿Recuerdas al viejo barbero Azriil Prizman? Setenta años tenía. «¡Disparad! ¡Mis hijos vengarán mi muerte!», gritó a sus verdugos antes de morir. Sus cinco hijos combatían en el frente. Y al tonelero Gólikov, ¿lo recuerdas? Tenía ochenta años. Los alemanes lo hirieron y el viejo consiguió incorporarse, todo cubierto de sangre, y les gritó: «¡Disparad otra vez, cabrones! ¡Yo os voy a costar más de una bala!». Veintiocho miembros de su familia luchaban en las filas del Ejército Rojo, entre hijos, nietos, yernos y sobrinos.

El más veterano de los empleados de la granja agrícola de Yekaterinópol, el anciano Inger Mendel, recibió al enemigo con dignidad. Sucedió el mismo día del arribo de los alemanes. Mendel tenía setenta años. Se negó a dirigirles la palabra. Lo fusilaron inmediatamente.

Estuve junto a la fosa común. Me pareció que veía los rostros de los míos, los rostros de mis paisanos. Y desde allá abajo, enterrados, me decían: «¡Vénganos!». Y les prometí que lo haría. Por dos veces he jurado fidelidad a mi pueblo. La primera ocasión fue cuando me encomendaron un temible carro de combate. La segunda, ante la fosa común de Yekaterinópol.

[ABRAM GRANOVSKI]
EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

El Diario de Sarra Gleij (Mariupól)

8 de octubre. Los alemanes ya están aquí. Estamos todos en casa. Menos Fani, quien salió esta mañana, como cada día, a la fábrica. ¿Vivirá aún? Y si vive, ¿cómo conseguirá llegar hasta aquí cuando se ha suspendido el servicio de tranvías? Basia acompaña a Gani, enferma de tifus la pobre. Fani volvió de la fábrica a las seis de la tarde. Vino andando. Los alemanes ocuparon la fábrica a las dos de la tarde y los obreros y empleados tuvieron que encerrarse en el refugio antiaéreo. El director de la fábrica intentó organizar un destacamento de defensa y repartió algunas armas, pero, por lo visto, todo resultó estéril. Se dice que los alemanes asesinaron a Garber, secretario del Comité del distrito Mólotov en el despacho del presidente del Soviet regional. Ushkats, presidente del Soviet metropolitano, consiguió escapar a tiempo.

9 de octubre. En casa no hay nada de comer. ¡Ni un mísero mendrugo! Las panaderías han sido destruidas. El servicio eléctrico ha quedado suspendido. No hay agua corriente. Tan sólo la panadería del puerto continúa abierta, pero todo el pan que produce lo acapara el ejército alemán. Ayer los alemanes llenaron la ciudad de carteles que informan de la nueva obligación impuesta a los judíos. De ahora en adelante están obligados a llevar un signo distintivo, a saber, una estrella de seis puntas de color blanco cosida al lado izquierdo de la parte delantera de sus abrigos. Se prohíbe terminantemente salir a la calle sin esa suerte de identificación. También les está prohibido cambiar de apartamento. Fania y su criada Tania están trasladando sus cosas a casa de mamá: tienen que dejar vacío el apartamento que la fábrica había asignado a Fania.

12 de octubre. Los alemanes han dispuesto la formación de una junta de la comunidad judía. Debe estar constituida por treinta personas. Según lo estipulado en la orden, los miembros de la junta responderán con sus vidas por «el buen comportamiento de la

población judía». El doctor Erber ha sido elegido jefe de la comunidad. No conozco a ninguno de los miembros de la junta, aparte de Fania.

Los judíos están obligados a darse de alta en el censo en los puntos establecidos por la junta. Cada uno de esos puntos da servicio a varias calles adyacentes. A nosotros nos corresponde el instalado en el número 64 de la calle Pushkin. Sus responsables son el contable Botz, el abogado Zeguelman y Tomshinski. Fania, en cambio, tiene la obligación de acudir a la fábrica para censarse allá, en el punto a cargo del doctor Belopolski. Spivakóv también ha sido elegido entre los miembros de la junta. Por ahora no se perciben acciones represivas en masa. Nuestro vecino Trayevski dice que ello se debe a que aún no ha llegado la Gestapo. Asegura que las cosas serán muy distintas cuanto sus hombres aparezcan en la ciudad.

13 de octubre. Los alemanes se aparecieron a última hora de la noche de ayer. A las nueve de la noche comenzaron a disparar las baterías antiaéreas. Todos permanecíamos vestidos, listos para salir a la calle. Vladia dormía y papá bajó al patio a ver si alguien había buscado cobijo en el refugio antiaéreo. Allí tuvo la mala suerte de darse de bruces con tres alemanes que andaban buscando judíos. La aparición de papá dio fin a la búsqueda. Papá se vio obligado a traérselos a casa. Agitando los cañones de sus pistolas ante nuestras narices, los alemanes preguntaron dónde guardábamos el aceite y el azúcar. Seguidamente rompieron a golpes las puertas de la alacena, a pesar de que estaban abiertas. Se llevaron todo lo que guardaba Basia, quien pasaba la noche en casa de Gania. De hecho, desde la llegada de los alemanes Basia no sale de allí. Después se pusieron a revolver nuestras cosas. Nos dejaron con lo puesto, literalmente; en particular, había dos que se tomaban muy en serio el despojo, tanto que cargaron hasta con la moledora de carne.

Tras envolver en un mantel todo lo que se llevaban, abandonaron el apartamento. Todo había quedado revuelto, roto, en desorden. Decidimos dejar las cosas como estaban, de manera que si volvíamos a recibir la visita de un grupo de saqueadores vieran, nada más asomarse, que ya no había nada que robar. A la mañana siguiente supimos que toda la ciudad era pasto del pillaje. Los saqueos se prolongaron a lo largo de todo el día. Arramblan con todo: almohadas, mantas, alimentos y ropa. Actúan en grupos de

tres o cuatro personas. Se los escucha venir desde lejos por el crujir de sus botas.

Mamá se echó a llorar cuando los alemanes se fueron: «Estamos acabados, porque ya no nos consideran seres humanos», repetía.

14 de octubre. Los saqueadores regresaron en plena noche. Tania, la criada de Fania, consiguió salvar las pocas cosas que habían sobrevivido a la irrupción de la víspera, asegurando que le pertenecían a ella. Los alemanes se marcharon con las manos vacías. Entraron a casa de los Schwartz y cargaron con las mantas y las almohadas.

La Gestapo ya ha llegado a la ciudad.

La junta de la comunidad judía acaba de recibir la orden de entregar dos kilogramos de pimienta, dos mil quinientas cajas de betún y setenta kilogramos de azúcar. Apenas se han concedido dos horas para satisfacer el pedido. Los líderes de la comunidad van casa por casa recogiendo lo que la gente les da. Todos dan cuanto tienen, porque los alemanes han dejado claro que los miembros de la junta «responden por el buen comportamiento de la población judía».

En total ascienden a nueve mil los judíos censados en los puntos correspondientes. El resto de la población judía consiguió huir de la ciudad o permanece oculta a buen resguardo.

17 de octubre. Hoy se ha anunciado que todos los judíos censados deben acudir mañana a los puntos donde se registraron y llevar consigo cualquier objeto de valor que posean.

18 de octubre. Esta mañana mamá, papá, Basia y yo nos presentamos en el punto que nos corresponde. Entregamos tres cucharas de plata y un anillo. Pero después de entregar los objetos que llevábamos se nos impidió abandonar el patio donde se iban congregando los judíos de nuestro barrio. Cuando por fin estuvimos todos, nos anunciaron que teníamos que abandonar la ciudad en un plazo de dos horas. Nos alojarían en los edificios de la granja agrícola, a las afueras de la ciudad. Encima, teníamos que llegar hasta allá andando. Se nos indicó que lleváramos ropa de abrigo y alimentos para cuatro días. Nos dieron dos horas para acudir al lugar de reunión con lo dispuesto. Nos aseguraron que habría

camiones disponibles para trasladar a ancianos y niños.

Las mujeres judías casadas con rusos o ucranianos podían permanecer en la ciudad, siempre que su marido estuviera en ella. En cambio, si el marido había sido llamado a filas y combatía en el Ejército Rojo o estaba ausente por cualquier otra razón, la exención quedaba sin efecto y también debía abandonar la ciudad junto a sus hijos. A las rusas casadas con judíos se les permitía elegir si querían quedarse en la ciudad o acompañar a sus maridos. En caso de que optaran por lo primero, podían hacerlo junto a sus hijos.

Los Royanov acudieron a rogarle a Fania que les dejara quedarse a su nieto. Papá insistió en que Fania y Vladia debían ir a hablar con ellos. Fania se negó en redondo, prorrumpió en sollozos y rogaba a papá que no la obligara a hablar con los Royanov. Decía: «Comoquiera que sea, si os llevan a vosotros me quitaré la vida; no querré vivir más: os acompañaré hasta el final». Y no entregó a Vladia; decidió quedárselo.

Tania, la criada de Fania, nos seguía de cerca rogándole que dejara a Vladia con los Royanov. Prometía cuidar de él. Fania hizo oídos sordos a sus peticiones.

Nos tuvieron de pie en la calle hasta que cayó la noche. Después nos encerraron a todos en un edificio. Nos tocó ir al sótano. Estaba sucio y oscuro; hacía frío.

19 de octubre. Nos han dicho que mañana a primera hora nos pondremos en marcha. Hoy es domingo y la Gestapo tiene día de asueto. Tania, Fedia Beloúsov y Uliana pasaron a vernos. Nos trajeron de comer. Con el lío de ayer, Fania se dejó el reloj sobre la mesa. Tania obtuvo una llave de reserva para acceder al piso, porque las nuestras tuvimos que entregarlas.

La Gestapo selló los pisos habitados por judíos con impresos especiales que avisaban de la prohibición de acceder a los apartamentos. Ahora sólo se podía entrar en casa a escondidas.

Amigos y conocidos no dejan de acudir con paquetes de alimentos. Muchos judíos han sido autorizados a volver a casa para traer más cosas: la gente va y viene.

La junta ha sido autorizada a poner en marcha una cocina que sirva comida caliente.

También se nos ha autorizado a adquirir caballos y carretas. De acuerdo con las instrucciones, todos los paquetes y sacos han de ir

debidamente etiquetados con los apellidos de sus dueños en lenguas rusa y alemana; uno de los miembros de cada familia acompañará los bultos. Los demás irán a pie.

Vladia está harto y pide volver a casa. Papá, Schwartz y el padrastro de Niusia Karpílova han apoquinado unos rublos para comprar un caballo y un coche. Como no se nos permite abandonar el recinto, Fedia Beloúsov se ocupó de la transacción. Niusia consiguió salir un rato y volvió deprimida. Considera que no debimos haber venido aquí. Dice que muchos judíos se quedaron en la ciudad y que hasta los vio andando por las calles.

Mañana a las siete de la mañana debemos abandonar este último alojamiento en la ciudad.

20 de octubre. Ha estado lloviendo toda la noche. La mañana es gris y sombría, pero no hace frío.

A las siete de la mañana nos pusimos en marcha. Nos seguían los vehículos cargados con los ancianos, las mujeres y los niños. Eran nueve o diez kilómetros andando por un camino penoso. A juzgar por la manera en que los alemanes trataron a quienes se acercaron a despedirnos o a traernos un último paquete con alimentos, no nos esperaba nada bueno. Los alemanes la emprendían a porrazos con todo aquel que se les ponía a tiro y alejaban a los transeúntes del edificio donde nos mantenían recluidos. Discutimos si mamá, papá, Fania y Vladia debían subir o no al carro.

Finalmente, mamá y papá partieron en un coche que salió a las nueve de la mañana. Fania y Vladia no alcanzaron a subir a ése y viajan en el próximo. V. Osoviéts y Reisins son los encargados de ese primer carro. Cada vez somos menos en el patio. Apenas quedamos aquellos a quienes los alemanes nos han ordenado avanzar cargando nuestros enseres. Trabamos conversación con Shmukler, Weiner y el matrimonio Koldobski: les confié mi preocupación por la suerte de mis padres, pues corrían feos rumores acerca del destino de los coches: se decía que todos sus ocupantes viajaban hacia una muerte segura. Alguien había sugerido que nos llevaban a todos a las afueras de la ciudad para ejecutarnos.

Weiner se ve horrible: la Gestapo lo mantuvo detenido hasta ayer. De pronto, un grupo de alemanes entró al patio y comenzó a echarnos fuera a porrazos. El edificio se llenó de gritos y lamentos. Basia y yo salimos rápidamente a la calle. Fania y Vladia esperaban

turno para subir a uno de los vehículos. V. Osoviéts las ayudó a hacerlo; pudimos verlas alejarse. A nosotros nos tocó ir a pie. El camino era horrible; la lluvia lo había convertido en un lodazal y apenas conseguíamos separar los pies del barro y avanzar. Si uno se detenía siquiera un instante, le llovían los golpes. Nos golpeaban sin parar mientes en la edad de cada cual.

Raijelson avanzaba a mi lado, pero desapareció de pronto. También caminaban junto a nosotros L. Polunova, Shmerok, F. Gurévich y su padre… Hacia las dos de la tarde llegamos a las inmediaciones del Combinado agrícola Petrovski. Había un mar de gente allí. Inmediatamente, comencé a buscar a Fania y a mis padres. Fania respondió a uno de mis gritos. Había buscado a los viejos sin éxito desde mucho antes de mi llegada. Con toda seguridad, ya los habían llevado a los cobertizos desde los que se partía hacia la muerte en grupos de cuarenta o cincuenta personas.

Vladia se quejó de hambre. Por suerte, se me había ocurrido llevar manzanas y galletas en el bolsillo del abrigo. Ello debía alcanzarle para todo el día. Y ya no tenía nada más, pues los alemanes nos despojaron de todo lo que llevábamos, incluidos los alimentos, antes de ponernos en marcha.

Llegó nuestro turno. Echamos a andar hacia el cobertizo y por fin, ante la inminencia de una muerte terriblemente absurda *[a cuyo encuentro avanzábamos con resignación]*, se nos descubrió en toda su magnitud aquella escena de horror irracional. Los cuerpos de papá y mamá ya reposaban en alguna de las zanjas que esperaban por nosotros. Al tomar la decisión de que viajaran en coche, acorté sus vidas en unas horas. Nos conducían hacia las zanjas abiertas a modo de trincheras para la defensa de la ciudad. Nueve mil judíos encontraron la muerte en aquellas zanjas: ése fue el único uso que se dio a las trincheras. Nos ordenaron desvestirnos y nos cachearon por última vez en busca de dinero y documentos. Después nos empujaron hacia el borde de las zanjas, aunque ya no era posible percibirlos: a lo ancho de medio kilómetro, las trincheras rebosaban de agonizantes. Algunos pedían una última bala que los rematara, porque la primera no había sido suficiente. Caminábamos sobre los cuerpos yacentes. Creía ver a mi madre en cada cadáver con la cabellera cana. Me arrojaba hacia esos cuerpos, y Basia conmigo, pero los porrazos nos devolvían al grupo que avanzaba en silencio.

Por un instante me pareció reconocer a papá en un anciano con los sesos desparramados en torno al cráneo, pero no conseguí acercarme a verificarlo. Comenzaron las despedidas; algunos pudimos incluso besarnos. Recordamos a Dora. Fania se resistía a creer que aquello era el fin: «¿De veras no volveré a ver jamás la luz del sol?», preguntó. Su rostro había adquirido una tonalidad entre gris y violácea. Vladia repetía una y otra vez: «¿Vamos a tomar un baño? ¿Por qué nos hemos desvestido? Vámonos a casa, mamá. Este lugar es muy feo». Fania lo cargó en brazos, porque apenas conseguía andar por el barro resbaloso. Basia se estrujaba las manos sin cesar mientras susurraba: «¿Por qué a ti, Vladia? ¿Por qué a ti? Nadie sabrá jamás lo que nos han hecho». Fania se dio la vuelta para decirme: «Me siento en paz al saber que muere conmigo y que no lo dejo huérfano en este mundo». Esas fueron sus últimas palabras. Fue entonces que no pude aguantar más y comencé a aullar con todas mis fuerzas mientras me tiraba de los pelos. Un instante antes de perder el conocimiento abruptamente, creo recordar que Fania tuvo tiempo de volverse y decirme: «¡Tranquila, Sarra! ¡Tranquila!».

Cuando volví en mí, todo estaba en penumbras. Los cadáveres que tenía encima se estremecían de tanto en tanto alcanzados por los disparos. Por lo visto, los alemanes disparaban ráfagas aleatorias para rematar a los heridos y evitar que pudieran salir arrastrándose de las fosas en plena noche. Temían que fuéramos muchos los sobrevivientes. Y no se equivocaban. Éramos muy numerosos y estábamos enterrados en vida, porque nadie podía prestar ayuda a quienes pedían socorro desde el fondo de las trincheras. Los llantos de los niños subían por entre los cadáveres que los cubrían. Los alemanes nos disparaban a la espalda y por eso la mayoría de los niños llevados en brazos por sus madres se habían salvado de ser alcanzados por las balas. No obstante, caían bajo sus cadáveres, enterrados en vida.

A duras penas, comencé a apartar los cadáveres que tenía encima. Me apoyaba en los que tenía debajo para conseguir llegar hasta la superficie. Sólo dos días más tarde, ya en casa de los Royanov, supe que había perdido las uñas de los pies al clavarlas en los cadáveres para ganar impulso. Por fin llegué a la superficie. El paisaje era infernal. Numerosos heridos se arrastraban sobre los

cadáveres, se quejaban, intentaban ponerse en pie y caían nuevamente. Llamé a Fania con la esperanza de que pudiera oírme. Un hombre tumbado a mi lado me exigió que callara. Era Grodzinski, cuya madre también reposaba en la maraña de cadáveres. Le preocupaba que mis gritos atrajeran la atención de los alemanes. Algunas personas comprendieron rápidamente cómo comportarse durante la ejecución y saltaron a la zanja en cuanto se escuchó el primer disparo dirigido a su grupo. Todas ellas salieron ilesas. Vera Kulman, Shmáyevski y Zilia, cuyo apellido no recuerdo ahora, estaban entre ellas. Todos me rogaban que callara, mientras yo les pedía que me ayudaran a encontrar a Fania. Grodzinski, herido en una pierna y por lo tanto incapaz de huir, me aconsejó alejarme de allí inmediatamente. Intenté ayudarle, pero me resultaba imposible cargar con él. Apenas avanzamos dos pasos y caímos al suelo. Entonces insistió en que debía alcanzar a los huidos y marchar con ellos. Me quedé sentada un instante, prestando oídos a las voces que salían de la trinchera. La voz de un anciano canturreaba: «Laitenáj, laitenáj».[9] Esa sola palabra, repetida una y otra vez, resumía todo el horror de aquel siniestro lugar. Una voz gritó de pronto bajo la montaña de cadáveres: «¡No me mates!…». Encontré por casualidad a V. Kulman, a quien la oscuridad había hecho quedar rezagada del grupo de personas con las que escapó de la zanja. Vestidas apenas con la ropa interior y ensangrentadas de pies a cabeza, echamos a andar juntas en busca de un refugio donde pasar la noche. Nos guiábamos por los ladridos de los perros. Llamamos a la puerta de una casa. Nadie nos abrió. Después llamamos a otra puerta *[: nos echaron con malos modos. Llamamos por fin a una tercera puerta]* y unos campesinos nos dieron unos trapos con que cubrirnos y nos aconsejaron huir hacia la estepa. Seguimos su consejo. Avanzando a través de la penumbra conseguimos llegar a un granero donde pasamos la noche. Al alba, regresamos al caserío que resultó ser Shevchenko, situado muy cerca de las trincheras, pero del otro lado del prado que se extiende a las afueras de la ciudad. Permanecimos escondidas allí todo el día: los gritos de las mujeres y los niños sepultados vivos llegaban hasta nosotras.

23 de octubre. Ya hace dos días que vagamos por la estepa sin saber adónde ir. Por suerte, hoy, moviéndonos entre uno y otro

almiar, V. Kulman se topó con un grupo de fugitivos. Shmáyevski es uno de ellos. Desnudos y ensangrentados, esos hombres llevan días escondidos aquí. Entre todos tomamos la decisión de avanzar de día hacia la fábrica Ilích, porque de noche nos sería imposible encontrar el camino. De camino a la fábrica nos encontramos a un grupo de jóvenes campesinos. Uno de ellos nos aconsejó quedarnos allí en la estepa hasta la caída de la noche, pero otro nos conminó a alejarnos de aquel lugar a toda prisa, porque su compañero, nos aseguró, daría aviso a los alemanes de nuestro paradero. Nos marchamos a toda prisa. Llamé a la puerta de los Royanov al amanecer del día 24 de octubre. Me hicieron pasar. Les horrorizó conocer las circunstancias de la muerte de todos los nuestros. Me dieron de comer y me llevaron a la cama.

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

Odessa

I

En torno a Odessa se abre una vasta llanura. Apenas de tanto en tanto se alza alguna pequeña colina o se incrusta la mancha verdosa de algún bosquecillo artificial, a la que sigue la extensa estepa propia del mar Negro, que se extiende desde la costa, a través de los estuarios, hasta el margen del río Bug.

Se trata de un paisaje donde todo está a la vista, donde no hay escondite posible para alguien a quien quieran dar caza los verdugos alemanes o rumanos.

Cuando se sobrevuelan la ciudad y su entorno, se aprecia la sucesión de campos roturados, las granjas agrícolas, los pueblos, las aldeas: Dálniki, Sortiróvochnaya, Sujie Bálki. Y más allá, siguiendo la margen sinuosa del Bug, Berіózovka, Akmechétka, Dománevka y Bogdánovka.[10]

Antes, todos esos topónimos evocaban la vida pacífica que transcurría en esas poblaciones; no infundían miedo. Pero ahora nadie puede pronunciar esos nombres sin sobresalto, porque cada uno de ellos está indisolublemente atado a la muerte, el dolor, los tormentos.

En todas esas poblaciones fueron instalados campos de muerte. En ellos se torturó, se cortó a la gente en pedazos, se aplastó la cabeza a los niños, se quemó viva a gente enloquecida por las torturas, el horror y dolores insoportables.

De los cientos de miles de judíos que poblaban la zona, apenas unas pocas docenas consiguieron sobrevivir. Fue de sus labios que conocimos los detalles de tanta violencia bestial.

En todos los testimonios que nos han transmitido los sobrevivientes, tanto los orales como los escritos, tanto en sus cartas como en sus relatos, encontramos siempre una misma idea dominante: ninguno cree en la posibilidad de trasladarnos cabalmente lo que le tocó vivir.

«Sería preciso empuñar el pincel del más dotado de los pintores para dibujar el paisaje de horror que imperaba en Dománevka», relata la odessita Elizaveta Pikarmer. «Allí se dejaron la vida los científicos más excelsos, los trabajadores más abnegados. El delirio maniaco que se adivinaba en los rostros y los ojos de los verdugos estremecía a cualquiera, por recio que fuera su espíritu. María Katz, una joven de veinte años, dio a luz un día en una carreta cargada de cadáveres. Esa misma noche murió».

V. Ya. Rabinovich, editor técnico de una casa editorial de Odessa, escribe: «Habría que escribir mucho, muchísimo, pero ni soy escritor ni tengo fuerzas para relatar lo que fue todo aquello, porque si lo intentara tendría que revivirlo nuevamente. Y no seré capaz de soportarlo. Por otro lado, no bastarían la tinta ni el papel para recogerlo todo en detalles, como tampoco existe ni existirá alguien capaz de pintar el cuadro de los horribles sufrimientos que le tocó padecer al pueblo soviético».

Y aun a sabiendas de su incapacidad para producir un relato completo del horror, no pueden guardar silencio. Y escriben. Cuando lo hacen, no precisan añadir ni un solo adjetivo a la mera exposición de lo que vieron.

El viejo médico de Odessa Izrail Borísovich Adesman dictó sus memorias a su mujer, la también médico Rajil Iósifovna Goldenthal.

Lev Rozhetski, alumno de séptimo del Colegio N.° 47 de Odessa, narró en una serie de redacciones las condiciones de vida en los campos de la muerte, desde Odessa hasta Bogdánovka.

Las fechas trágicas para Odessa fueron tres. El 16 de octubre de 1941, cuando la ciudad fue ocupada por las tropas rumanas. El 17 de octubre, día en que las autoridades rumanas ordenaron la realización de un censo de toda la población judía de la ciudad. El 24 de octubre, cuando todos los judíos fueron recluidos en el gueto instalado en Slobodka. Ese último acto significó el acceso a la antesala de los campos de exterminio instalados en la llanura de la muerte, en torno a la ciudad. Fue algo más tarde que los judíos fueron trasladados a esos campos.

La noche del 17 de octubre fue terrible para los judíos que no habían podido evacuar la ciudad antes de la llegada del ejército enemigo. Fue una noche horrible para los ancianos y las ancianas, cuyo estado de salud les imposibilitó huir, para las madres cuyos

hijos aún no eran capaces de andar, para las mujeres embarazadas y para los enfermos postrados en sus camas.

Fue una noche horrible para el profesor de matemáticas Fudim, fulminado por la parálisis. Fue arrastrado a la calle desde su cama y colgado de una farola. El profesor Ya. S. Rabinovich se arrojó por una ventana, pero tuvo la mala suerte de sobrevivir al salto. «Sus lesiones eran graves y numerosas, pero aún respiraba y estaba consciente. Un grupo de hombres armados formó un corro alrededor de su cuerpo moribundo. Le escupían en la cara y le lanzaban piedras».

Tras ocupar Odessa, los fascistas se fijaron como primera meta la aniquilación de todos los médicos. Con ello demostraban el odio cerril que quienes habían adoptado la profesión de asesinos sentían por quienes tenían la vocación de alargar la vida de los hombres y librarlos de los sufrimientos que entraña la enfermedad.

Sesenta y un médicos y sus familiares fueron ejecutados durante los primeros días de ocupación.

La lista de víctimas incluye los nombres de médicos que todos los odessitas conocíamos desde niños: Rabinovich, Rubinstein, Varshavski, Chatski, Poliakov, Brodski… Al doctor Adesman sólo lo salvó su nombramiento como médico del hospital del gueto en Slobodka. Antes, sin embargo, le tocó padecer todo tipo de vejaciones y tormentos durante el proceso de registro en el censo establecido por las autoridades y, más tarde, tuvo que experimentar los horrores de Dománevka, el más terrible de todos los campos de la muerte instalados en la llanura del mar Negro.

El censo de los residentes judíos comenzó el 17 de octubre de 1941, al día siguiente de la ocupación de Odessa por los rumanos.

Se habilitaron varios puntos para el censo. Desde ellos, algunos eran conducidos directamente a la horca o a zanjas que servían de fosas comunes. Otros tomaban el camino de la prisión. A una minoría se le permitió volver a sus pisos ya saqueados. Ello apenas significaba que se les concedía una prórroga. Con todo, también a ellos los alcanzaría la muerte.

«El punto al que nos obligaron a acudir a mí y a mi esposa —relata el doctor Adesman—, estaba situado en un colegio oscuro y frío. Éramos más de quinientas personas congregadas allí. No había dónde sentarse. Pasamos la noche en pie, apretados con fuerza unos

contra otros. El cansancio, el hambre, la sed y las incerteza sobre nuestro futuro nos tenían exhaustos. Los llantos de los niños y los sollozos de los adultos no cesaron en toda la noche.

»A la mañana siguiente, los rumanos reunieron unos cuantos grupos como el nuestro para formar una columna de entre tres y cuatro mil personas. Nos llevaban a todos a la cárcel. Había ancianos decrépitos, impedidos que se ayudaban de sus muletas y mujeres que cargaban a sus bebés. Muchos de ellos murieron en la cárcel por la conjunción de las golpizas y la desnutrición.

»Otros muchos prefirieron quitarse la vida».

El 23 de octubre de 1941 los partisanos hicieron estallar el cuartel general rumano. Docenas de oficiales y soldados rumanos perecieron en el acto. En respuesta, los ocupantes regaron abundantemente de sangre judía las calles de la ciudad.

Las paredes se llenaron de carteles anunciando que por cada oficial rumano muerto serían colgados trescientos rusos o quinientos judíos. Con todo, ese «cálculo» se quedó corto y acabó multiplicado con creces.

El 23 de octubre de 1941 diez mil judíos fueron sacados de la cárcel y ametrallados a las afueras de la ciudad. Varios miles más fueron conducidos el 25 de octubre a un granero, también en la periferia de la ciudad. Las cargas de dinamita instaladas en el granero hicieron explosión poco después.[11]

El editor técnico V. Ya. Rabinovich, quien viajó ese verano con sus hijos a la ciudad de Arcadia (¡qué horrible sonaba ese idílico nombre en aquellos días de opresión bajo los rumanos y los alemanes!), nos ha descrito el estado de la ciudad durante los primeros días de ocupación.

«Los días 23 y 24 de octubre se podían ver horcas por doquier. Millares de horcas. A los pies de los ahorcados se veían los cadáveres de quienes habían sido torturados, mutilados, fusilados. La ciudad presentaba un paisaje de veras monstruoso: era la ciudad de los ahorcados. Nos pasearon durante largo rato por las calles para exhibirnos. Mientras lo hacían, alemanes y rumanos explicaban a los transeúntes: “Todos estos judíos que veis aquí, ancianos y ancianas, mujeres y niños, son los culpables de la guerra. Fueron ellos quienes atacaron a Alemania. Y por eso se han buscado su exterminio…”. Nos disparaban incluso mientras marchábamos

por las calles de la ciudad. Los muertos se desplomaban; los heridos se arrastraban penosamente. Por fin llegamos a la carretera de Nueva Arcadia, el camino que conduce a los célebres balnearios de la costa del mar Negro. Habían excavado una zanja enorme. “¡Desnudaos! ¡Deprisa!”, ordenaron. Hubo gritos. La gente se despedía. Muchos se desgarraban la ropa sobre el cuerpo, lo que provocaba que los cosieran a bayonetazos. Los asesinos querían quedarse la ropa para venderla.

»Alemanes y rumanos probaban el filo de sus bayonetas hincándolas en los cuerpos de los niños más pequeños. Con la ayuda de la bayoneta, un rumano arrancó a un niño del pecho de su madre y lo lanzó a la zanja llena de cadáveres».

Otros dos testigos, Bolshova y Slípchenko, también han dejado sus relatos: *[acerca de cómo disminuyó rápidamente el número de judíos en la ciudad. A diario se veía avanzar por las calles a columnas de hombres y mujeres andrajosos. La infernal maquinaria del exterminio trabajaba a todo tren.]*

«Entre la multitud vimos avanzar a un hombre de pequeña estatura con la cabeza hundida entre los hombros. La frente alta y protuberante; la mirada pensativa. ¿De quién se trataba? ¿De un bárbaro, un criminal, un delincuente? Nada de eso. Muy por el contrario, quien caminaba de ese modo era un notable hombre de ciencia, el neurólogo Blank. *[Un hombre que se había entregado con tal fidelidad a su profesión, a sus pacientes y a su clínica, que despreció los peligros que se cernían sobre él]*. Cumplió hasta el final su deber como médico; se negó a abandonar a sus pacientes. A su lado avanzaba otro médico. Llevaba el monograma de la Cruz Roja cosido a la manga. Se trataba de un hombre maduro y grueso que sufría ahogos, pues padecía de una enfermedad coronaria. Cada vez que se quedaba rezagado, un gendarme rumano le pegaba un porrazo en la cabeza. El médico sacaba fuerzas de flaqueza y apuraba el paso, pero pronto volvía a caer… Le pegaban en la cara, en los ojos. “Matadme”, suplicaba el desdichado con un hilillo de voz. Y por fin dos balas se clavaron en su nuca.

»Había aun otro hombre en el que resultaba difícil no reparar. Era un anciano enjuto y de gran estatura. Sus ojos rebosaban luz e inteligencia. Las mujeres se enjugaban las lágrimas a su paso. ¿Qué madre no conocía al doctor Petrushkin, el magnífico pediatra de la

ciudad?»

Los ocupantes no se ahorraron ni una sola acusación absurda contra los judíos. Los mayores embustes les parecían poco.

Anna Margulis, una anciana que se desempañaba como mecanógrafa en los Astilleros André Marti, ha enviado el siguiente relato: «El 29 de octubre de 1941 mi padre, ya agonizante, intentó encender la lámpara de su mesilla de noche. Sus dedos temblorosos dejaron escapar la cerilla y la manta que lo cubría ardió brevemente, pues conseguí sofocar las llamas en unos pocos instantes. Esa misma noche un vecino rumano presentó una denuncia contra mí. Aseguraba que quise prender fuego a todo el edificio. A la mañana siguiente fui arrestada. Me encerraron en una celda junto a otras treinta mujeres. Me golpearon con saña mientras me interrogaban. Se servían de porras y las culatas de sus fusiles. También de una manguera de goma con la que me golpearon hasta hacerme perder el conocimiento.

»Esa noche, un grupo de soldados rumanos irrumpió en nuestra oscura celda. Cubrieron el suelo con sus abrigos y violaron a las detenidas más jóvenes. La mujeres de más edad (yo tengo cincuenta y cuatro años) presenciamos aquel horrible espectáculo con los ojos anegados de lágrimas. Muchas de las jóvenes perdieron la razón».

No obstante, todo aquello no era más que el preludio a los horrores que se vivirían en el gueto, mientras que el propio gueto no sería sino la antesala que conducía a la llanura de la muerte.

«Los judíos que murieron en los primeros días de ocupación fueron los más afortunados de todos». Esa frase, pronunciada por un judío de Odessa no necesita explicación.

«Todos los judíos sin excepción fueron obligados a trasladarse el gueto de Slobodka: las parturientas, los paralíticos, los tullidos, los dementes y quienes padecían enfermedades infecciosas. Algunos avanzaban por su propio pie, a otros los ayudaban sus allegados. A algunos los llevaban en brazos. Tan sólo unos pocos tuvieron la suerte de morir en sus propios lechos. Bastó que transcurriera el primer día de reclusión en el gueto para que todos supieran que allí no se podía “vivir”. No había sitio a cubierto para todos. La gente se agolpaba en las calles. Los enfermos sollozaban tumbados sobre la nieve. Los cascos de los caballos de los fascistas se clavaban en los cuerpos de quienes caían, ya incapaces de tenerse en pie. Los niños

helados lloraban sin consuelo. La gente gritaba horrorizada; imploraba clemencia.

»Ya esa primera noche, el intenso frío llenó de cadáveres las calles de Slobodka. Los lamentos de tanta gente obligada a abandonar Odessa y tomar el camino de los campos de la muerte se oían por doquier. Slobodka se convirtió en una trampa colosal; escapar de ella era sencillamente imposible. Había policías y gendarmes rumanos por todas partes».

Fue precisamente en el hospital del gueto donde el doctor Adesman consiguió colocarse. El hospital era un mero almacén de agonizantes. Todos aquellos enfermos que no habían muerto durante la expulsión de los judíos de Odessa fueron a parar al hospital de la marinería, donde los exterminaron. El propio doctor Adesman salió de allí el 11 de febrero de 1942 con el último convoy. Así lo recuerda: «En la estación de Sortiróvochnaya nos hicieron subir a vagones de carga que nos llevaron hasta Beriózovka. Desde allí seguimos camino a pie. Cargados con pesados fardos, salimos a la noche fría y oscura y echamos a andar por un camino cubierto de nieve profunda, cuando no de hielo, para salvar los veinticinco kilómetros que nos separaban de nuestro destino. Las breves paradas que hacíamos nos costaban muy caras: a cambio de ellas entregábamos a los gendarmes nuestros últimos objetos de valor. Cuando llegamos a Dománevka éramos más pobres que los pordioseros».

Allí los alojaron en casas semiderruidas y desprovistas de puertas o ventanas, cuando no en cobertizos, corrales o pocilgas.

Muy pronto las enfermedades comenzaron a cobrarse las primeras vidas entre aquellos desdichados. La disentería, el tifus, la gangrena, la sarna y los forúnculos se cebaron en ellos. Había enfermos de tifus tumbados por todas partes. Nadie cuidaba de ellos, mientras los devoraban el delirio y la agonía. A aquellas alturas, nadie prestaba atención a los cadáveres.

Leemos en el relato de otro testigo:

«Nos hicieron subir al convoy en la estación de Sortiróvochnaya. Éramos tantos en cada vagón que teníamos que permanecer de pie, inmóviles y apretados unos contra otros. Cuando corrieron el pesado cerrojo y cerraron el vagón por fuera, la oscuridad se hizo total. Con todo, poco a poco uno conseguía distinguir en la

penumbra los ojos asustados y abiertos como platos, las caras llorosas de mujeres y niños. Por fin, el convoy se puso en movimiento y la esperanza se dibujó en aquellos mismos rostros. Las ancianas exclamaban: "¡Dios está con nosotros!". De pronto, muchos creían que era cierto que nos conducían a un lugar donde podríamos vivir y trabajar. El tren avanzaba muy despacio. ¿Adónde se dirigía? Cada vez que se detenía, el miedo se adueñaba de los involuntarios pasajeros. ¿Acaso nos llevaban a ejecutar? ¿Y si de pronto le prendían fuego y nos quemaban vivos? Nos tranquilizaba imaginar que les daría pena quemar un tren entero. Mas ¿cuál era el destino de aquel viaje? El frío entumecía los cuerpos; la inmovilidad aumentaba la sensación de frío. Los niños lloraban. Pedían agua y comida a gritos. Muy pronto los niños comenzaron a hacerse sus necesidades encima; los adultos no tardaron en imitarles.

»De pronto, el llanto y los gritos de una mujer pidiendo socorro inundaron el vagón. La atormentaban los dolores de parto, pero nadie era capaz de ayudarla. Por fin se descorrió el cerrojo y nos obligaron a apearnos. Ahora avanzábamos a pie, espoleados por los porrazos que los gendarmes rumanos descargaban sobre nuestros cuerpos debilitados y helados. Sólo ansiábamos una cosa: llegar cuanto antes al gueto. Y descansar, por fin. Parar de una vez. Entretanto, caíamos al suelo una y otra vez…

»Los caminos estaban atestados de cadáveres, lo que recordaba los recientes combates. No obstante, no eran cadáveres de combatientes, sino magros cuerpos de niños de pocos años de edad y dobladas siluetas de ancianos».

El plan destinado a la expulsión de los judíos de Odessa fue diseñado precisamente con el propósito de que la mayoría de ellos muriera de «muerte natural». Al grupo enviado a la región de Beriózovo lo tuvieron tres días caminando por la estepa bajo inclementes ventiscas a pesar de que los poblados destinados a convertirse en guetos apenas distaban, cuando más, dieciocho kilómetros de la estación de trenes.

En un informe remitido por el jurista I. M. Leyénzon, quien visitó Odessa en mayo de 1944, se hace constar que «el número de judíos exterminados en Odessa ronda los cien mil».

II

Lev Rozhetski, un alumno de séptimo del Colegio N.° 47 de la ciudad de Odessa, solía componer semblanzas, canciones y versos. Casi siempre se veía obligado a memorizarlos, pero en ocasiones los anotaba en ripios de papel, pizarras y trozos de madera. «Naturalmente, con ello arriesgaba mi vida, pero aun así escribí dos canciones antifascistas, "Se abrieron en lo alto los cielos" y "Nina", esta última en memoria de una mujer que perdió la razón. A veces conseguía recitar mis poemas a mis compañeros de cautiverio. Y me embargaba una gran felicidad cuando los escuchaba cantar mis canciones y recitar mis versos entre sollozos».

Rozhetski relata cómo en una ocasión lo golpearon casi hasta la muerte cuando encontraron unos versos de Pushkin que escondía. «Querían matarme, pero no lo consiguieron», dice.

Siendo un joven, casi un adolescente, le tocó estar recluido en varios campos de la muerte y supo describirlos. Sus narraciones nos permiten imaginar en detalle aquel infierno: los campos de la muerte que se extendían entre el mar Negro y el río Bug — Sortiróvochnaya, Berićzovka, Sirótskoye, Dománevka y Bogdánovka. «Quiero que cada una de las letras de esos nombres se graben con fuerza en las mentes de todos, porque nadie debe olvidarlos jamás», escribe Rozhetski. Y continúa: «Cada uno de esos nombres está asociado a los campos de la muerte. Y en cada uno de esos lugares los fascistas asesinaron a muchos inocentes por una sola razón: eran judíos».

En Dománevka fueron asesinados quince mil judíos; en Bogdánovka, el número de víctimas ascendió a cincuenta y cuatro mil. Ambos datos constan en el acta levantada el 27 de marzo de 1944 por representantes del Ejército Rojo, las autoridades y la población.

«El 11 de enero de 1942 —continúa el relato de Lev Rozhetski —, mi mamá, mi hermano pequeño, que acababa de padecer un grave episodio de tifus, y yo fuimos conducidos a Slobodka. Nos pusimos en camino a las tres de la mañana.

»Hacía un frío horrible y nos hundíamos en la nieve hasta las rodillas. Fueron muchos los ancianos y los niños que murieron aun antes de salir de la ciudad, o cuando nos atacó de lleno la ventisca

al encarar campo abierto, en Peresyp. Los alemanes reían mientras nos tomaban fotografías. Quienes conseguimos resistir llegamos a la estación Sortiróvochnaya. A medio camino nos encontramos con la inundación provocada por la rotura de un dique que había sido explosionado. *[Una riada cruzaba la carretera.]* La gente estaba mojada y se helaba.

»Un convoy esperaba por nosotros en Sortiróvochnaya. Jamás olvidaré la imagen del andén repleto de mantas, almohadas, abrigos, galochas, ollas y otros enseres.

»Calados hasta los huesos, los ancianos no conseguían levantarse del suelo y sollozaban con pena quedamente. Las madres extraviaban a sus hijos o los hijos a sus madres, y se escuchaban gritos, aullidos, disparos. Desesperadas, las madres se tiraban de los cabellos: "¿Dónde estás, hija mía?", gritaban. Los niños corrían de un lado a otro del andén: "¡Mamá! ¡Mamá!", aullaban.

»Al llegar a Beriózovo las puertas de los vagones se abrieron con un chirrido y nos cegó el resplandor de las hogueras que ardían por doquier. Vi a personas envueltas en llamas corriendo desesperadas. Había un fuerte olor a gasolina. Estaban quemando viva a la gente.

«Aquella masacre tuvo lugar en la propia estación de trenes de Beriózovka.

»De pronto, la locomotora tiró con fuerza del convoy y nos pusimos en movimiento, dejando atrás las hogueras. Nos llevaban a morir en otro lugar».

Rozhetski afirma que Dománevka ocupa un «puesto de honor» en la galería de campos de la muerte y ofrece una detallada descripción de aquel infierno.

«Dománevka es una palabra siniestra y sangrienta. Dománevka ocupaba el centro del imperio del crimen y el exterminio. Los condenados eran arrastrados a morir allí por millares. Los convoyes llegaban uno tras otro sin cesar. El grupo que me correspondió integrar constaba de unas tres mil personas, pero apenas unos pocos llegamos vivos. Dománevka es la capital de una región, aunque no pasa de ser una pequeña ciudad. En torno a ella se extienden prados adornados aquí o allá por pequeñas colinas. Hay un bosquecillo, un hermoso bosquecillo. Todavía hoy se puede encontrar mechones de pelos o jirones de ropas enredados en las ramas de los arbustos que rodean la ciudad. No hay un solo árbol cuya sombra no cobije una

fosa común… Aquí o allá asoman los esqueletos de las víctimas».

En las afueras de Dománevka había dos caballerizas medio derruidas, conocidas como «Las colinas». Aun cuando las condiciones generales del gueto de Dománevka eran horribles, las caballerizas resultaban de veras espantosas.

Rozhetski se refiere a ellas en su relato:

«Estaba prohibido salir de los edificios. La porquería nos llegaba hasta las rodillas. Había excrementos por todas partes. Los cadáveres se apilaban como en una morgue. El tifus. La disentería. La gangrena. La muerte.

«Horrorizaba mirar las montañas de cadáveres. Ancianos y mujeres tumbados en las poses más extravagantes. Una madre muerta apretaba entre sus brazos a su hijo también cadáver. El viento mecía los cabellos canos de los ancianos muertos.

»Ahora no puedo dejar de preguntarme cómo fue que no perdí la razón. Los perros acudían a las caballerizas día y noche. Estaban gordos como carneros los perros de Dománevka. Comían carne humana sin parar y roían huesos humanos con delectación. El hedor era insoportable. *[Mientras acariciaba a un perro, uno de los policías le preguntó: ¿Qué, Polkán? ¿Todavía no te has hartado de comer judíos?]*»

A veinticinco kilómetros de Dománevka, en la ribera del Bug, está situada la ciudad de Bogdánovka. Las alamedas de su hermoso parque conducían a la zanja donde más tarde serían encontradas decenas de miles de cadáveres.

Los condenados eran obligados a despojarse de toda la ropa. Después los conducían hasta el borde de la zanja, los hacían ponerse de rodillas mirando al río y les disparaban un tiro en la nuca. Siempre utilizaban balas explosivas. Los cuerpos caían a la fosa. *[Podían matar a una mujer ante los ojos de su marido. Seguidamente lo mataban también a él.]*

La granja porcina Stavki, según la expresión de Rozhetski, «parecía una isla en medio de la estepa desierta». Y fue a Stavki donde fueron a parar quienes sobrevivieron al horror de las caballerizas. Allí los encerraron en las pocilgas a la espera de que la muerte clemente los liberara por fin de tanto sufrimiento.

«Todo el perímetro del campo estaba rodeado por una zanja. Los guardias disparaban inmediatamente contra todo aquel que osara cruzarla. En cambio, permitían formar grupos de diez personas para

traer agua. En una ocasión un policía detectó que había una persona de más en el grupo y disparó contra una joven. “Ay, mamita, me han matado”, gritó la muchacha y cayó al suelo. El policía se acercó rápidamente y la remató a bayonetazos.

»Los sobrevivientes eran obligados a realizar trabajos muy pesados que se convertían en una tortura.

«Recuerdo cómo mi madre y yo conducíamos un carro hasta las caballerizas. Yo tiraba de las riendas, mientras ella lo empujaba por detrás. Cargábamos los cadáveres —yo sujetándolos de los brazos; ella, de los pies— y cuando el carro estaba hasta los topes, arrastrábamos la siniestra carga hasta la zanja y arrojábamos allí los cuerpos».

Elizaveta Pikarmer ha dejado el siguiente testimonio:

«Fui de las primeras en avanzar hacia la zanja, junto a una vecina y su hijo pequeño, a pesar de que éramos centenares los condenados conducidos a la ejecución. Pero en el último momento se apareció un rumano montado a caballo con un papel en la mano, cruzó unas palabras con los guardias y nos apartaron de la zanja para someternos a otros tormentos. Al día siguiente nos obligaron a meternos en el río. Tuvimos que ofrecer a nuestros torturadores todo lo que aún poseíamos para comprar el derecho a salir del agua. Más adelante, la neumonía mató a muchos de los que vivieron aquel tormento».

En Dománevka los fascistas cortaban a los niños en dos y golpeaban sus cabezas contra las piedras. A las mujeres les amputaban los pechos. Enterraban vivas a familias enteras o las quemaban en hogueras.

Al anciano Furman y a la joven de dieciocho años Sonia Katz les prometieron alargarles la vida si bailaban juntos un rato. Pero sus vidas no se alargaron demasiado: dos horas más tardes ambos fueron colgados.

Los condenados se movían como autómatas, perdían la razón, deliraban, padecían alucinaciones.

Plutoner Sandu[12] y Lupescu, comandantes de la ciudad de Guliáyevka, enviaban cada noche a sus sabuesos a buscarles jóvenes hermosas en el campo de la muerte. Después de gozar de ellas, asistían con especial delectación a su agonía.

Nadie cuidaba de los enfermos de tifus tumbados en cualquier

lado. «La muerte se cobraba cientos de vidas y en ocasiones costaba distinguir a los vivos de los muertos, a los sanos de los enfermos».

Tania Rekochínskaya escribió a su hermano, a la sazón en las filas del Ejército Rojo:

«Mis dos hijos y yo fuimos forzados a abandonar el apartamento y arrojados a una noche gélida. Nos sacaron de Odessa y nos obligaron a caminar ciento ochenta kilómetros, hasta la ribera del Bug. Mi hija, todavía un bebé, no pudo aguantar las inclemencias del viaje y murió en mis brazos. Mi pequeño hijo fue fusilado junto al resto de niños que integraban la columna de desplazados. El destino quiso que yo tuviera que sobrevivir todos esos horrores».

Con todo, los horrores no acabaron ahí, ni mucho menos. Un grito de alarma inundó de pronto el delirante paisaje del campo de la muerte y se abrió paso entre el espeso silencio apenas roto por los sollozos y los quejidos de los agonizantes: «El pueblo ha sido rodeado. Los rumanos y los colonos alemanes de Kartakáyevo han llegado en masa armados de ametralladoras».

La policía montada obligó a los judíos a concentrarse en un cobertizo. Desde allí los conducían a las zanjas de la muerte. Algunos decidían morir con dignidad, ahorrándose la humillación de implorar clemencia, ocultándoles a sus verdugos el miedo que los invadía ante la inminencia de la muerte. Otros buscaban procurarse ellos mismos la muerte y corrían a lanzarse al estuario para ahogarse en él. Los hombres intentaban calmar a las mujeres; las mujeres, a los niños. De pronto, uno de los niños más pequeños se echó a reír. En medio de la tensa espera por el comienzo de la sangrienta masacre, aquella risa infantil sonó particularmente grotesca.

—¿Adónde nos llevan, mamita? —preguntó una pequeña de seis años con su aguda vocecita.

—Oh, cariño, estos señores nos trasladan a un nuevo apartamento —la tranquilizó su madre. A un apartamento profundo y húmedo, por cierto. Jamás contemplaría los rayos de sol o el azul del cielo desde el apartamento que la esperaba.

Llegan por fin ante las trincheras. La maquinaria de los asesinatos en masa funcionaba con precisión y eficacia alemanas. Como cirujanos preparándose para practicar una intervención quirúrgica, los alemanes y los rumanos se vestían con batas blancas

que arremangaban hasta el codo. Previamente desnudados, los condenados formaban hileras frente a las zanjas. Temblorosos y desnudos, esperaban la muerte ante sus verdugos.

No se gastaba plomo en matar a los niños. Destrozaban sus cabecitas golpeándolas contra postes o árboles; los lanzaban vivos a las hogueras. Tampoco se daban demasiada prisa en matar a las madres: antes dejaban que sus corazones se helaran ante la visión de la muerte de sus pequeños.

Una colona alemana de Kartakáyevo, antigua kulak despojada de sus bienes por el poder soviético, destacó por la extrema crueldad con que se conducía. «Estaba tan embriagada por su propia brutalidad que no dejaba de lanzar salvajes aullidos mientras aplastaba a culatazos las cabezas de los niños con tal fuerza que los sesos se desparramaban a muchos metros de distancia».

[La terrible apariencia de los habitantes de Dománev la causaba tal desasosiego en quienes los veían que en ocasión de la visita del gobernador del Transnistria en el verano de 1942 todos los judíos fueron desalojados. Se los expulsó a cuatro o cinco kilómetros de la localidad, no permitiéndoseles regresar hasta que hubo caído la noche.]

Antes de exterminar a las víctimas en los campos de la muerte, sus verdugos las sometían al expolio más absoluto. No había nada que los soldados y los policías no hubieran tasado. Cobraban por un sorbo de sopa, por una hora más de vida; cobraban por cada suspiro y cada paso. En marzo de 1942 Elizaveta Pikarmer enfermó de tifus y fue enviada, junto a un grupo de enfermos, al cobertizo reservado a quienes contraían esa enfermedad. Seis de ellos, incapaces de andar por su propio pie, fueron ejecutados sin piedad. «También yo caí al barro sin fuerzas —relata Pikarmer—, pero un policía me ayudó a incorporarme y llegar hasta lo alto de la colina, a cambio de veinte marcos».

El 7 de mayo de 1943 se ordenó llevar a todos los sobrevivientes a realizar trabajos agrícolas. «Ello mejoró algo nuestra situación, porque podíamos bañarnos en el Bug cuando terminábamos de trabajar y lavarnos las greñas con agua caliente una vez a la semana. También conseguimos improvisar faldas, blusas y zapatillas de cáñamo».

Sin embargo, la vecindad del río Bug que tanta alegría trajo a la gente en el verano del cuarenta y tres acabó deparándoles nuevos

horrores.

«El 23 de marzo de 1944 un destacamento punitivo de las SS cruzó el Bug: era nuestra condena a muerte definitiva. Perdimos nuestras últimas esperanzas de salvación. A todo lo largo del camino hacia Tiraspol nos encontrábamos con columnas de judíos. Todos teníamos hinchadas las manos y la cara por culpa del frío. Las últimas fuerzas se nos habían agotado y rogábamos ser fusilados allí mismo. Los verdugos subieron a las mujeres y a los niños en camiones y se los llevaron. Tan sólo quedamos unas veinte personas (yo era una de ellas) al mando de un suboficial alemán. Continuamos andando. No probamos alimento durante dos días enteros. Temblábamos de frío. Estábamos al borde de la locura».

Pero nuestra salvación estaba cerca. El 1 de abril llegó por fin el Ejército Rojo.

III

La aldea de Grádovka está situada junto a la estación de ferrocarriles Kolosovka, en la amplia estepa que ocupa la región de Odessa.

Por allí pasó el teniente coronel Shabánov en el verano de 1944. Cuando se aproximaba a la ciudad, en las salinas, pasó junto a tres cocederos de los que solían utilizarse para quemar piedra caliza. Ahora estaban llenos de cardos y malas hierbas. Shabánov echó una mirada al fondo de los cocederos y distinguió huesos humanos calcinados: clavículas, omóplatos, vértebras… Bajo sus botas crujían fragmentos de cráneos. Había tantos trozos de cráneos sobre la tierra como caracolas en una playa solitaria.

Eso era todo lo que quedaba de las personas que fueron incineradas en las salinas.

En aquella ocasión, los verdugos no necesitaron de sofisticados hornos crematorios ni de equipos de ventilación que dieran curso al *Zyklon*: les bastaron aquellas salinas —las zanjas de los cocederos— para perpetrar la masacre.

Los colonos alemanes se destacaron como los principales verdugos. Había muchos de ellos en una región donde convivían en sucesión contigua los topónimos rusos y alemanes: München, Radstadt, *etc.* Los colonos no sólo se trajeron a nuestra tierra sus

topónimos. También trajeron una crueldad sin límites *[, propia de los «arios»]*.

Esos alemanes no tuvieron reparo en anegar de sangre inocente la misma tierra que les había dado cobijo. Corrieron a las zanjas abiertas en la estepa, como quien acude a una fiesta. Saqueaban los pueblos con abierta delectación. Asesinaban con indisimulado placer. En Grádovka los condenados no tuvieron que esperar mucho por la ejecución, pues se implantó un mecanismo de exterminio calcado de las cadenas de montaje. Las incineraciones dependían de la capacidad de los cocederos y cada «entrega» necesitaba tres días de fuego. Así, mientras ardía un cocedero, la masacre se trasladaba a otro que ya estuviera disponible.

Al llegar ante los cocederos los condenados se desnudaban, formaban hileras al borde de las zanjas y eran masacrados con ráfagas de ametralladora disparadas a quemarropa. Solían dispararles a la cabeza, de manera que los fragmentos de cráneo volaban en todas las direcciones. Nadie se ocupaba de recogerlos. Los cuerpos caían a los cocederos.

Cuando la zanja se llenaba hasta los bordes, los alemanes rociaban los cuerpos con gasolina. Previamente, colocaban manojos de paja en los cocederos para favorecer la combustión. La grasa que despedían los cuerpos al arder también coadyuvaba a la viveza de las llamas. El humo se extendía por toda la región, envenenada por el hediondo olor que despedía la carne humana mientras ardía.

Los escasos bienes de las víctimas eran trasladados a la estación de ferrocarriles, donde se los cargaba en los vagones, tras someterlos a una rápida selección. El proceso transcurría en forma metódica y experta. *[Por lo visto, en Alemania y Rumania estaban satisfechos con los objetos remitidos desde los lugares de las ejecuciones. Su única pega consistía en el intenso olor a carne quemada que despedían.]*

Cerca de siete mil personas fueron incineradas en los tres cocederos de las salinas. En Rastadt y Sujáya Balka el número de víctimas alcanzó las veinte mil.

El teniente coronel Shabánov concluye así su relato:

«Fui testigo de muchas cosas a lo largo de la guerra, pero me resulta imposible expresar las sensaciones que me embargaron cuando visité los cocederos de las salinas. Y me pregunto, cuando

pienso en lo que sentí yo, un mero testigo que llegó allí mucho después de que todo hubiera acabado, qué sentimientos habrán tenido los condenados, qué vivencias, instantes antes de caer a las ardientes zanjas con los cráneos astillados. Me contaron que una mujer consiguió en el último instante arrastrar consigo al fuego a uno de sus verdugos».

[Barcazas cargadas con mujeres y niños judíos salían constantemente del puerto. Media hora más tarde regresaban vacías y cargaban a un nuevo grupo de condenados. Se repetía la misma operación: las barcazas salían a mar abierto cargadas de judíos y regresaban poco después sin un solo pasa/ero. Entre las obligaciones impuestas a los judíos recluidos en los campos de la muerte estaba la localización e inutilización de las minas sembradas por el Ejército Rojo. Ninguno de esos judíos consiguió salir con vida. ¿Qué testimonios oculares, qué actas acerca de la brutalidad desplegada por los verdugos, qué informes policiales pueden dar cuenta de tanto horror? ¿Quién podrá ser capaz de describir los convoyes repletos de personas? Los vagones solían esperar en vía muerta durante varios días con las puertas cerradas a cal y canto. Los cadáveres eran arrojados a la estepa y quemados en hogueras. Toda la llanura que se extiende entre el mar Negro y el río Bug estaba llena de hogueras semejantes.]

El fuego, el frío, el hambre, la sed, los tormentos, las torturas, los fusilamientos, la horca… Todas esas herramientas para provocar la muerte, todo el sangriento arsenal de la tortura y todos los tormentos imaginables se cebaron en ancianos, mujeres y niños desarmados e indefensos.

IV

Sumida en el terror y bañada en sangre, Odessa se convirtió en una enorme cámara de tortura. Los periódicos odessitas en manos de los ocupantes estaban llenos de bestiales alertas acerca del «peligro judío». Como había dicho el *Führer*, en la nueva Europa los esqueletos judíos serían expuestos junto a otras rarezas en los museos de arqueología.

En aquella situación extrema, cada palabra de consuelo dicha a un judío, cada gesto de solidaridad, cada sorbo de agua o mendrugo de pan ofrecido a un niño judío, podía costarles la vida a los rusos y

ucranianos que se atrevieran a mostrar su compasión. Y aun así, tanto los rusos como los ucranianos ayudaban a los judíos poniendo en grave riesgo sus vidas: les brindaban refugio en los sótanos a familias enteras, les daban de comer, les facilitaban ropas de abrigo, los curaban cuando enfermaban.

«Para usted, Shura, sólo tengo palabras de agradecimiento, como también para usted, camarada Chmir, por habernos escondido. Fuisteis nuestros protectores, a pesar de que a diario os tocaba leer las órdenes de las bestias alemanas y rumanas amenazando de muerte a quienes nos dieran protección. Y aun así, pusisteis en riesgo vuestras vidas con tal de ayudarnos. Gracias». Eso escribió Rabinovich, autor de inolvidables páginas de condena de las atrocidades perpetradas por los ocupantes alemanes y rumanos en su Odessa natal.

A Elizaveta Pikarmer la salvó de la muerte una mujer rusa a la que apenas conocía. *[Si consiguió salvarse fue porque la rusa había estado ingresada en el sanatorio donde Pikarmer trabajaba como jefa de enfermeras y la reconoció. Así consiguió escapar de los campos de la muerte.]*

El ucraniano Leonid Suvórovski, ingeniero en una de las fábricas de Odessa, se granjeó una gran fama entre los judíos de Odessa. Suvórovski no sólo avisó a sus amigos judíos del error que cometerían si se presentaban en los sitios establecidos por los rumanos para el censo, sino que acogió a un buen número de judíos en su apartamento, transformado cada noche en una suerte de cuartel general donde se falsificaban documentos de identidad que sirvieron a docenas de familias judías. Gracias a la colaboración de sus amigos rusos y ucranianos, Suvórovski dio cobijo y proporcionó sustento a veintidós familias judías. Para conseguirlo, dedicaba el día a vender pitillos por las calles. También vendió su propia ropa. Finalmente, Suvórovski fue arrestado por las autoridades germano-rumanas y condenado por un tribunal castrense a siete años de trabajos forzados. La víspera de su arresto Suvórovski consiguió encontrar nuevos refugios para las familias que había salvado de la muerte.

Con la ayuda de un grupo de personas de su confianza, Yakov Ivánovich Polischuk acondicionó un amplio sótano en un edificio a medio construir situado en el centro de la ciudad, donde

encontraron refugio durante dos años dieciséis familias judías. Cada noche Polischuk les llevaba alimentos, a riesgo de su propia vida. Todas esas familias consiguieron escapar de la muerte.

El apartamento de los ancianos Andrei Ivánovich Lapin y su mujer se convirtió en el refugio de varios niños judíos. Cuando la situación se tornó demasiado peligrosa, Lápina llevó a los niños a una aldea donde podían estar seguros. Poco después fue arrestada, pero no reveló el paradero de los niños que había salvado. Varvára Andréyevna Lápina fue fusilada.

El ucraniano Konstantín Spandenko, un obrero portuario, emprendió junto a un grupo de amigos varias acciones contra la cárcel de Odessa, donde estaban recluidos millares de judíos. Varios de ellos consiguieron unirse a los partisanos, después de escapar.

El vasto paisaje de la estepa no podía servir de escondite a los partisanos, pero la tierra los escondía en sus entrañas. Muchas canteras abandonadas y las célebres catacumbas de Odessa se convirtieron en la base de operaciones de los resistentes, gracias a que estaban conectados por una miríada de túneles.

Los rumanos y los alemanes percibían horrorizados la presencia de aquella amenaza subterránea. Los partisanos emergían de las catacumbas para colocar explosivos en edificios o asaltar las cárceles. Las hermanas Elena y Olga Kantorovich, judías, junto a su hermano, un amigo apellidado Skula, un empleado de correos de nacionalidad griega y otras personas crearon un grupo de resistencia para luchar contra los invasores. Tras sufrir dos arrestos bajo la «acusación de judaismo» y protagonizar sendas fugas, las hermanas Kantorovich establecieron contactos con los destacamentos de partisanos que operaban en las catacumbas dentro y fuera de la ciudad. Olga y Elena tenían escondidos en el sótano de su casa en Odessa un receptor de radio y una máquina de escribir. Con la ayuda de ambos distribuían por la ciudad numerosas copias con resúmenes de las noticias que transmitía el Buró Soviético de Información, algo que desconcertaba a los ocupantes.

Los resúmenes pasaban de mano en mano en tranvías, panaderías, cines y hasta dentro de las cárceles, a las que llegaban ocultos en trozos de pan o bultos de ropa. Los jóvenes judíos no estaban solos en aquellas arriesgadas labores: sus camaradas rusos y

ucranianos también pusieron en riesgo sus vidas luchando junto a ellos.

Lev Rozhetski, el adolescente que atravesó todos los círculos del infierno fascista ha imaginado un monumento «que se levante sobre la célebre fosa común de Bogdánovka, una de tantas en el conjunto de los campos de la muerte». Rozhetski escribió unos versos que le gustaría ver inscritos en el monumento:

Seas quien seas, detente,
Y acércate, noble transeúnte,
A esta tumba fría y sombría.
Admírala desde lo más profundo de tu dolor.
Aun embargado por la ira, aun estremecido,
No permitas que las lágrimas nublen tu vista.
Honra estas cenizas, el polvo de tantos hombres
Con una muda reverencia.

Los alemanes y los rumanos no ahorraron esfuerzos para convertir a Odessa en Antonescu, la capital de una supuesta Transnistria. Pero Odessa no pudo ser doblegada. Luchó, sobrevivió y venció junto a todo el país.

VERA INBER

[Chernovitsi bajo la ocupación germano-rumana

Las primeras unidades germano-rumanas irrumpieron por diversos puntos en Bucovina del norte el 4 de julio. Dos días más tarde ya habían alcanzado la ciudad de Chernovitsi. Una de las primeras disposiciones dictadas por la comandancia alemana colocó fuera de la ley a toda la población judía de Bucovina. Una inédita ola de pogromos se abatió sobre pueblos y aldeas. Así, por ejemplo, las cuatrocientas setenta familias judías que habitaban en la localidad de Gzudak fueron aniquiladas con la excepción de tres personas que consiguieron huir. En muchas aldeas no quedó ni un solo judío con vida. El número de judíos asesinados en Chernovitsi ascendió a seis mil.

El campesino rumano Korda Nicola, empleado en la fábrica de caucho Kadrom de Chernovitsi durante la guerra, ha contado que ninguno de los judíos de su aldea natal, Voloka, escapó con vida. No obstante, en algunas poblaciones hubo unos pocos judíos que se salvaron gracias a que sus vecinos los escondieron en sótanos y pajares.

Cuando los representantes de las autoridades civiles regresaron por fin a Bucovina, los escasos judíos que aún seguían con vida en la provincia fueron trasladados a la localidad de Storozhínets, unos, y a Bayukani, otros. Muy poco después todos fueron recluidos en los campos establecidos en ambas localidades, donde permanecieron durante unos días (once en el caso de Storozhínets), sometidos a todo tipo de vejaciones, hasta que los campos fueron desmantelados y los judíos enviados al gueto.

En la propia Chernovitsi, cuya población judía rondaba las sesenta mil personas, la gente era apresada en plena calle o sacada de sus casas para ser conducida a la comisaría. Desde allí salían después los detenidos vigilados por convoyes y en grupos de entre cincuenta y trescientas personas, a realizar diversos trabajos forzados. Las señoras rumanas llegadas a la ciudad en gran número para ocupar los apartamentos de los que habían desposeído a los

judíos solían acudir a la policía donde les proporcionaban veinte o treinta detenidos para limpiar «las inmundicias que los bolcheviques habían dejado en sus apartamentos». Un numeroso grupo de judíos fue transferido a la comandancia alemana y destinados a la construcción de un puente sobre el río Prut. Muchos de ellos murieron arrastrados por las olas del bravo río, pero muchos más lo hicieron por culpa del trato inhumano que les dispensaron y el hambre que padecieron. Todas las tiendas de la ciudad estaban cerradas. Tan sólo las panaderías permanecían abiertas. Pero no vendían pan a judíos.

Entre las primeras disposiciones que adoptó el Banco nacional de Rumania después de la ocupación estuvo la orden de canje del dinero soviético de acuerdo con una tasa de cambio establecida al efecto. Sin embargo, cuando los judíos acudían a los puntos de canje, les retiraban todo el dinero que llevaban sin darles nada a cambio.

Cada mañana, cuando los judíos salían a trabajar, la policía los detenía en las calles, los golpeaba y sin reparar en la documentación que acreditaba la condición de empleados, los conducían a las comisarías. Sólo desde allí, acompañados por un convoy, les permitían dirigirse por fin a sus lugares de trabajo.

Pocas semanas después se emitió una orden que obligaba a todos los judíos a coser una «estrella de David» al lado izquierdo de la pechera de sus abrigos. En cierta forma, la presencia de esas estrellas colocaba a los judíos fuera de la ley. Inmediatamente se apreció un incremento de las agresiones, pues ahora los abusadores actuaban con total impunidad. Los judíos que salían a la calle sin portar la estrella o llevándola en el sitio inadecuado eran encerrados en campos de concentración… El general Galatescu, a la sazón gobernador de Bucovina, emitió además una orden complementaria que establecía el procedimiento de fijación de las estrellas a la ropa. Dicha orden, que encontró amplio eco en la prensa local, establecía la obligatoriedad de fijar la estrella por las seis puntas al lugar indicado, pues se había apreciado que algunos judíos no cosían toda la estrella a la ropa, lo que les permitía esconderla si así lo requería la situación.

La miseria crecía sin cesar entre la población judía. Apenas tenían para comer las míseras aportaciones que les hacían vecinos

compasivos. El peligro de morir de inanición era alto… Los judíos eran obligados a trabajar sin remuneración. A algunos médicos se les permitió continuar ejerciendo su profesión, pero sólo cuando especificaban claramente en los rótulos de sus consultorios que allí visitaba un médico «judío». Los médicos judíos tenían terminantemente prohibido admitir en sus consultas a pacientes no judíos. Tampoco se permitía celebrar oficios en las sinagogas. De hecho, la principal sinagoga de la ciudad ardió a manos de los ocupantes germano-rumanos en cuanto tomaron Chernovitsi.

Toda la ciudad estaba llena de carteles que prevenían contra las «acciones de sabotaje de los bolcheviques». La medida represiva elegida para castigarlos era el fusilamiento de veinte judíos o cinco no judíos por cada acción de sabotaje. Las cárceles estaban repletas… El número de personas internadas en ellas a modo de rehenes era enorme. La mayoría de ellos no sobrevivió.

Entre los muchos detenidos que hacían las veces de rehenes se encontraban el Gran Rabino Mark y Gurmon, el Cantor principal de la sinagoga. Muy pronto los ocupantes instituyeron lo que llamaron Comité judío, cuya dirección recayó en el doctor Neiburg. Salvo pocas excepciones, el Comité fue integrado por conocidos líderes sionistas. Su función principal consistía en actuar como portavoz de los ocupantes en sus relaciones con la población judía. Lo único que el Comité pudo arrancar a los ocupantes fue la continuación de las actividades de cinco instituciones judías: el hospital, la casa de maternidad, el asilo de ancianos, el asilo de dementes y el hospicio. No obstante, todas ellas continuaron funcionando bajo condiciones muy gravosas.

Un decreto aprobado por las autoridades despojó a los judíos de la propiedad sobre bienes inmuebles. A partir de entonces, los propietarios judíos tenían que pagar alquiler por vivir en sus propias casas. Paralelamente, cualquier rumano a quien gustara el apartamento de un judío, podía ocuparlo sin más, quedándose de paso con todos los muebles y enseres domésticos.

La situación continuó sin cambios apreciables hasta el 10 de octubre de 1941, cuando los líderes del Comité recibieron la orden de comunicar la obligatoriedad de trasladarse al gueto instalado en una zona de la ciudad en la que residían los sectores más pobres de la población judía. A primera hora de la mañana del u de octubre se

pudo ver a columnas de judíos avanzando cargados de bultos. Llevaban liados sobre sus espaldas ropa, sábanas y mantas. Algunos cargaban sus enseres en improvisadas carretillas o cochecitos para niños. Los ocupantes sacaron varios tanques a la calle para amedrentar a la población con el rugido de sus motores.

La instalación del gueto no estuvo precedida por orden explícita alguna. Fue sólo tres días más tarde que el diario de Bucarest Curentul publicó un breve suelto donde se informaba de que «las medidas necesarias» fueron adoptadas «en la forma más humana posible».

Amparándose en la ausencia de una orden oficial, muchos judíos intentaron permanecer en sus casas. No obstante, cuando a las 18 horas del n de octubre concluyó la construcción de la alta empalizada que rodeaba el gueto, los gendarmes fueron casa por casa y los condujeron a reunirse con los demás judíos. A modo de castigo, a los rezagados se les prohibió llevar nada consigo.

Las condiciones de alojamiento en el gueto eran sencillamente insoportables. Seis y hasta ocho familias se veían forzadas a compartir minúsculas habitaciones. Los accesos al gueto eran custodiados con celo y estaba prohibido abandonar su perímetro.

Dos días después del encierro, uno de los miembros del Comité comunicó una nueva orden de las autoridades, a saber, el traslado de todos los judíos de Bucovina, incluyendo Bucovina del sur, a la Transnistria, es decir, a la región ubicada entre los ríos Dniestr y Bug, ahora ocupada por los rumanos. En principio, el traslado se haría en convoyes ferroviarios, pero dado que muchas zonas carecían de enlaces con la red ferroviaria, y tampoco se disponía de otros medios de transporte, muchos judíos se vieron obligados a marchar a pie. Fue por ello que se recomendó a los desplazados llevar consigo sólo aquello con lo que pudieran cargar. Se nombró a un determinado número de responsables de grupo para la exitosa organización del «traslado».

Tan pronto como a la mañana siguiente se forzó a los judíos a entregar todo el oro, joyas o moneda extranjera que aún conservaran. La negativa a cumplir la orden se castigaba con la muerte. Ese mismo día cruzaron Chernovitsi numerosos grupos de judíos trasladados desde otras regiones a su lugar de destino. Al día siguiente se pusieron en movimiento los desplazados de la propia

Chernovitsi. Largas columnas de personas hundidas física y espiritualmente, sobre las que ya planeaba la sombra de la muerte, tomaron el camino de la estación desde donde partían los trenes de carga. Reporteros de la prensa alemana y rumana tomaron fotos de aquel «acontecimiento» y celebraron en sus periódicos «la sabia solución del problema judío» adoptada en Bucovina.

Los primeros trenes partieron el 14 de octubre de 1941. Al día siguiente, el 15 de octubre, partió un segundo grupo de desplazados. Esa misma noche el doctor Trajan Popovici, a la sazón burgomaestre de la ciudad de Chernovitsi, se presentó en la sede del Comité judío para anunciar que de acuerdo con las órdenes que acababa de recibir desde Bucarest, se autorizaba la permanencia de unos pocos miles de judíos en Chernovitsi. Cumpliendo órdenes del burgomaestre, el Comité elaboró un listado de judíos haciendo constar sus edades y profesiones. Finalmente, unos diecisiete mil consiguieron permanecer en la ciudad. Entre ellos había representantes de las más diversas profesiones, como también los mayores de sesenta años, las mujeres con embarazos superiores a los seis meses, las madres con niños de pecho, los pensionistas del estado y los oficiales de la reserva.

En la mayoría de los casos, las autorizaciones para permanecer en Chernovitsi se compraban a cambio de sumas astronómicas. En cambio, aquellos que no podían pagar por quedarse en la ciudad eran evacuados aun cuando les correspondiera, por su profesión u otra razón cualquiera, permanecer en Chernovitsi.

Así, el hospital judío, por ejemplo, había contado siempre con enfermeras de Besarabia cuya experiencia oscilaba entre los diez y los veinte años. Cuando los ocupantes instituyeron el gueto, el hospital estaba lleno a rebosar. Había enfermos ocupando todos los pasillos; los había hasta en el patio.

La ocupación provocó que varias ciudadanas de Chernovitsi sustituyeran a las enfermeras profesionales. Entre ellas había incluso algunas «damas de sociedad» entregadas de pronto a ese oficio para atender a sus propios familiares enfermos.

Cuando se planteó la necesidad de obtener autorizaciones para el ejercicio de la enfermería, casi todas las ciudadanas de Chernovitsi las obtuvieron. No sucedió lo mismo con las comunistas oriundas de Besarabia. No fueron consideradas dignas de ese favor.

¿Qué suerte corrieron los judíos que se quedaron en la ciudad? El restablecimiento del comercio y la industria era una de las tareas prioritarias de las autoridades rumanas. Con ese propósito y buscando atraer a los rumanos al ejercicio del comercio, se emitió un decreto que eximía del servicio en el ejército a todos los rumanos de Chernovitsi que dirigieran empresas comerciales. Como es natural, la apetitosa carnada atrajo a muchos y en poco tiempo la ciudad se llenó de establecimientos comerciales. La mayoría de ellos eran establecimientos que antes habían pertenecido a judíos, pero ahora estaban cerrados debido a que éstos habían sido privados del derecho de propiedad de sus negocios. Otro tanto ocurrió con la industria: todas las fábricas que pertenecían a judíos fueron declaradas propiedad del Estado para, seguidamente, ser entregadas en arriendo a precios ridículos. Naturalmente, los beneficiarios de los arriendos eran ciudadanos rumanos. Sin embargo, los bisoños industriales rumanos no eran capaces de poner en marcha las fábricas que les cayeron en suerte sin el concurso de especialistas y obreros calificados. Y tan sólo entre la población judía podían encontrar a los profesionales necesarios. He ahí la razón por la que se permitió a los hombres de negocios rumanos mantener en sus puestos a «sus» judíos.

Cada judío que obtenía autorización para permanecer en Chernovitsi podía hacerlo junto a su familia, es decir, su esposa, sus hijos menores de edad y, en algunos casos, sus padres. Todos los demás judíos fueron desalojados de la ciudad en movimientos sucesivos. La evacuación se prolongó hasta mediados de noviembre, cuando las dificultades en el transporte obligaron a detenerla. Ello provocó que unos cinco mil judíos permanecieran en Chernovitsi sin tener autorización para ello. Se trataba, por una parte, de quienes se habían escondido para evitar la expatriación y, por otra, de minusválidos incapaces de moverse por sí mismos.

Quienes obtuvieron las codiciadas autorizaciones fueron autorizados a abandonar el perímetro del gueto y regresar a sus casas, previamente saqueadas. Una comisión de control encargada de velar por el proceso de otorgamiento de las autorizaciones fue creada con toda celeridad. La comisión, presidida por el gobernador, se reunía a deliberar en la gran sala del Ayuntamiento y en sus sesiones participaban representantes de las autoridades

civiles y militares, así como altos cargos de la policía secreta. La Comisión anuló y retiró buen número de autorizaciones, alegando que habían sido otorgadas sin base. Sus beneficiarios eran enviados inmediatamente a la Transnistria. Pareja suerte corrieron aquellos cuyos nombres constaban en las «listas negras» de la policía secreta.

Aun antes de que concluyera la revisión de las autorizaciones concedidas, se estableció la realización de un nuevo censo de los judíos que permanecían viviendo en Chernovitsi, incluyendo aquellos que lo hacían sin autorización oficial. Estos últimos recibirían después unas autorizaciones distintas y firmadas por el burgomaestre Trajan Popovici, en lugar de por el gobernador. De ahí que fueran conocidas como «permisos de Popovici». De acuerdo con los resultados arrojados por el segundo censo, en Chernovitsi residían cerca de veintiún mil judíos de los cuales unos dieciséis mil lo hacían con autorizaciones firmadas por Galatescu y en torno a cinco mil provistos de «permisos de Popovici». La supresión del gueto de Chernovitsi no respondió en lo absoluto a razones nobles, sino que fue el resultado de una disposición de la Dirección de sanidad, que temía que el gueto se convirtiera en un foco de epidemias.

A lo largo de dos años y medio, los censos se sucedían sin parar y siempre acarreaban más hostigamiento y persecuciones. Cada judío tenía que estar provisto de un gran número de certificados y documentos de identidad. En Bucarest fue creado un departamento especial para asuntos judíos, cuyo director gozaba de las mismas prerrogativas que un ministro del gobierno rumano. Es menester recordar que todos aquellos documentos se vendían a precios desorbitados. Las constantes solicitudes de renovación o expedición de documentos debían ir acompañadas de incontables sellos: todo ello no perseguía más objetivo que la recaudación de más dinero. Por si ello fuera poco, los documentos expedidos a judíos eran gravados con sobretasas.

No obstante, aun provistos de todos los documentos requeridos los judíos no podían trabajar por cuenta propia, a excepción de los médicos. Muchos centenares de judíos eran obligados a trabajar sin remuneración en diversas instituciones militares y civiles; en ocasiones estos trabajadores forzados tenían incluso que pagar a sus capataces para conseguir de éstos un trato siquiera medianamente

humano.

Los comerciantes e industriales debían obedecer una regla que establecía la prohibición de dar trabajo a un judío sin la preceptiva autorización de la Bolsa de trabajo. Se requería toda una farragosa serie de trámites para obtener la autorización de marras y, sobre todo, demostrar que el judío en cuestión resultaba absolutamente «insustituible», pues ningún rumano podía ocupar su puesto. Aun después de cumplido ese último trámite, se requería el «vale» de la policía secreta. Por añadidura, cada judío que ocupaba un puesto de trabajo como obrero o funcionario debía tener un «doble», es decir, alguien a quien enseñar rápidamente los secretos de su oficio, de manera que pudiera sustituirlo en un breve plazo. Todos los judíos en edad militar (de diecinueve a cincuenta y cinco años) estaban obligados a aportar una suerte de impuesto militar que oscilaba entre los dos mil y los doce mil lei. Los hombres que no habían sido empleados en la industria eran enviados a remotos confines del país, donde eran obligados a trabajar y a proveerse ellos mismos el sustento y la ropa.

Esa situación se prolongó hasta el mes de junio de 1942, cuando el Gobernador general Marinescu, consiguió el cese del burgomaestre Popovici. Inmediatamente después del cese, se dictó una orden que establecía el envío a Transnistria de todos los judíos provistos de permisos de estancia firmados por Popovici. Paralelamente, se dispuso el desplazamiento de todos aquellos que habían visto suspendidas sus autorizaciones para trabajar, así como de los inválidos que no pudieron integrarse a los batallones de trabajo. En total, seis mil judíos fueron forzados a abandonar la ciudad en junio de 1942.

Ese mismo año llegó a Chernovitsi un pequeño grupo de refugiados judíos polacos. Eran unas sesenta u ochenta personas en total. A pesar de que en aquel entonces los ciudadanos polacos estuvieron, primero, bajo la protección de Chile y, después, de Suiza, Marinescu entregó a los alemanes el grupo de refugiados. Todos fueron enviados de vuelta a Polonia sin dilación. La violencia de aquella repatriación fue tal, que un funcionario de policía que acompañó a los refugiados hasta la frontera con Polonia manifestó que jamás había sido testigo de un trato tan cruel hacia seres humanos. Si alguna vez volvieran a encomendarle otra misión de

esa naturaleza, llegó a afirmar, preferiría quitarse la vida antes que llevarla a cabo.

Con todo, en agosto de 1942 aún permanecían en Chernovitsi unos dieciséis mil judíos. Entretanto, las disposiciones que limitaban sus actividades se sucedían una tras otra. Así, por ejemplo, se les prohibió salir a la calle entre la una de la tarde y las diez de la mañana del día siguiente. Los obreros recibieron autorizaciones especiales que apenas les permitían ir a trabajar y volver inmediatamente a casa. Tampoco se permitió a los judíos abandonar el perímetro de la ciudad. En abril de 1942 se creó un Comité judío cuya función no era otra que asegurarse del debido cumplimiento de las órdenes de las autoridades.

Una de las funciones del Comité consistía en la organización de los batallones de trabajo integrados por judíos. También se encargaba de recaudar las múltiples contribuciones impuestas a los judíos. En la primavera de 1943 fue nombrado un nuevo Gobernador general de Chernovitsi. Dragalina, como se apellidaba, ocupa uno de los diez primeros lugares entre los criminales de guerra recogidos en la lista elaborada por el Gobierno soviético. Su llegada al cargo coincidió con el momento en que ya se sabía que Alemania tenía perdida la guerra y, por lo tanto, se acercaba la hora de pagar por los crímenes cometidos. Tan sólo esa circunstancia impidió que Dragalina estrechara aún más el cerco sobre los judíos. De hecho, en una de las visitas que realizó a los campos de concentración, liberó a algunos de los judíos que habían ido a parar a los campos por su negativa a llevar la estrella de seis puntas cosida a la ropa. Más tarde, en enero de 1944, Dragalina revocó la obligatoriedad de portar los brazaletes amarillos.

A medida que la línea del frente se acercaba decididamente a Bucovina en marzo de 1944, creció el temor a que los alemanes destruyeran la ciudad y aniquilaran a los judíos, como ya habían hecho en todas las otras ciudades ucranianas de las que se veían forzados a retirarse. Dragalina prometió evacuar a todos los judíos, aunque en realidad se limitó a extender unos pocos salvoconductos, casi todos destinados a los empleados del Comité. No obstante, cuando el Ejército Rojo consiguió cruzar el río Dniestr, el 24 de marzo, varios centenares de familias judías consiguieron escapar de la ciudad aprovechándose del pánico reinante. Ese mismo día el

mando de la ciudad pasó a manos de los alemanes. La avanzadilla del Ejército Rojo llegó a las puertas de Chernovitsi el 26 de marzo y después de tres días de feroces combates, los alemanes se vieron obligados a ceder sus posiciones sin haber tenido ocasión de ensañarse con la población… En general, la ciudad no sufrió graves destrozos. Los alemanes quemaron dos fábricas, la central de teléfonos, la comisaría de policía y dos edificios de viviendas ubicados en el centro. La víspera de su retirada, incendiaron también la residencia del arzobispo, una acción con la que pretendían desatar excesos contra los judíos. Sin embargo, el celador de la residencia consiguió sofocar a tiempo las llamas e identificar a los culpables.

Durante la ocupación germano-rumana, en Chernovitsi actuaba una organización comunista ilegal compuesta por unos ochenta militantes: judíos, polacos y ucranianos.

TESTIMONIO DE E. GROSBERG

EDITOR: L. GOLDBERG]

Relato de Rajil Fradis-Milner (Chernovitsi)

El enemigo llegó a Chernovitsi, donde vivíamos, el 6 de julio. No conseguimos evacuar la ciudad. Mi esposo trabajaba en el garaje militar y nuestro hijo estaba enfermo.

Los judíos fueron encerrados en el gueto, desde donde los enviaban a la Transnistria. A nosotros nos correspondió integrar el primer grupo destinado a marchar.

Los gendarmes rumanos se aparecieron en el gueto en plena noche. Sabíamos que nos esperaba la muerte. Nuestro hijo de tres años dormía plácidamente. Lo desperté, le di un osito de juguete para entretenerlo y le dije que íbamos a visitar a su primito.

Primero, nos condujeron a una cantera en la comarca de Tulchín. Allí pasamos diez días. No teníamos nada de comer, salvo improvisadas sopas de hierbas. Los internos del hospital de dementes nos acompañaban; *[nadie les daba de comer y]* se mataban entre ellos. Cuando trajeron al segundo grupo de judíos de Chernovitsi nos sacaron de la cantera para llevarnos a Chetvertínovka.

Nos alojaron en caballerizas y pocilgas. Nos golpeaban y vejaban. A mediados de agosto de 1941 llegaron de pronto dos coches llenos de oficiales alemanes. Nos ofrecieron trabajo, asegurándonos que se nos daría de comer en abundancia.

Los camiones llegaron el 18 de agosto acompañados de dos coches que traían a los jefazos alemanes de Vínnitsa. Los ancianos, los enfermos y las madres con niños de pecho fueron apartados. Al resto, es decir, aquellos que parecían aptos para el trabajo, incluyendo a las madres con uno o dos hijos menores, les indicaron echar a andar.

Después de cruzar el río Bug muchas familias fueron separadas para siempre. Muchos maridos fueron apartados de sus mujeres; muchos niños se vieron apartados de sus padres. Tuvimos suerte: mi marido, nuestro hijo Shura y yo permanecimos juntos. Nos condujeron a Nemírov, donde habían instalado un campo de

concentración para los judíos del lugar. Eran unos doscientos o trescientos; todos jóvenes y sanos. Los demás judíos de Nemírov habían sido masacrados. Pasamos la noche en el patio del campo de concentración. Al amanecer, vimos salir a los judíos de Nemírov, andrajosos y con los pies llagados y descalzos. Bastó que vieran a nuestros hijos para que comenzaran a pegar gritos y a llorar. Las madres recordaban a sus hijos torturados y asesinados. No dábamos crédito a sus horribles relatos. Un hombre nos describió cómo había tenido que presenciar la muerte de su mujer y sus tres hijos; otro nos dijo que habían asesinado a sus padres, sus hermanos y hermanas; un tercero narró los tormentos a que fue sometida su mujer embarazada.

A media mañana, había muchos ucranianos en torno a la cerca que rodeaba el campo de concentración. Los cabellos dorados y los ojazos azules de mi hijo les llamaron la atención. Una mujer ucraniana a la que gustó especialmente, me dijo: «Os van a matar a todos, igualmente. Déjeme quedarme a esa pobre criatura». Pero me sentí incapaz de entregarle a Shura.

A las tres de la tarde nos condujeron a la vieja sinagoga. El recinto estaba lleno de plumas de almohadas destripadas. Había ropa y calzado de niños por todos lados. También muchos trozos de vajilla rota. Pero el revuelo de plumas dominaba el recinto. Supimos que los alemanes habían reunido allí a todos los judíos de Nemírov, antes de llevarlos a ejecutar. Los verdugos se habían incautado de todas las cosas de valor que sus víctimas llevaban consigo y habían desechado lo que no les interesaba. La abundancia de plumas tenía una sencilla explicación: los alemanes habían destripado las almohadas en busca de oro o joyas ocultas. Tras rodear el edificio de la sinagoga con alambre de espino, los alemanes pasaron el cerrojo y se marcharon. Más tarde aparecieron el jefe de la policía Guenig y su ayudante, quien era conocido por el apodo de La Miga.

Esa misma tarde trajeron también a los ancianos, los enfermos y los niños /, *pues los rumanos se negaron a quedárselos en el territorio bajo su cargo]*. Fue un espectáculo de veras horrible…

En la mañana del 20 de agosto, los alemanes procedieron a hacer un recuento. Unas doscientas personas aptas para el trabajo fueron apartadas del grupo que ahora conformaban un centenar de

ancianos y sesenta niños. Con una sonrisa, el jefe de policía Guenig dijo: «Debo haceros una pregunta algo incómoda: ¿hay alguna mujer embarazada entre vosotras?». Blau, una mujer con ocho meses de embarazo y madre ya de un niño de cinco años se adelantó. Guenig anotó su nombre y nos ordenó prepararnos para marchar al trabajo. Antes advirtió que no podríamos hacernos acompañar por nuestros hijos. Tan sólo las mujeres con bebés en brazos quedaban exoneradas de la orden de ir al trabajo. Tomé una decisión súbita: me dejaría matar, pero no aceptaría separarme de mi Shura. Una joven con el rostro lleno de lágrimas se me acercó y me dijo: «Tengo un bebé de diez meses, pero temo quedarme aquí y que me maten». Le ofrecí que dejara a su bebé a mi cuidado.

[Me quedé junto a mi hijo, mientras los demás se alejaban por la carretera de camino al trabajo. Ya comenzaba a caer la noche cuando regresaron.]

Todo contacto con la población estaba prohibido. Una vez al día nos daban cien gramos de pan y un cazo de bodrio de guisantes sin sal ni grasas. Los niños morían de inanición. Por suerte, algunas ucranianas lanzaban frutas y trozos de pan a los niños. Como era la única persona en todo el campo de concentración que tenía algunas nociones de medicina *[(estudié la carrera de farmacia)]*, los alemanes me nombraron médico del campo y ello me permitía acudir algunas veces a la farmacia en busca de medicamentos, ocasiones que aprovechaba para traer en secreto algo de comer a los niños. Pero eran más que gotas que apenas significaban algo en aquel mar de hambre. Los detenidos trabajaban como esclavos. No les daban tiempo ni para lavarse. Cualquier contravención de las normas era respondida a golpes. Cada noche los guardias se emborrachaban y la emprendían a golpes con los detenidos. Los oficiales alemanes nos despojaban de todo lo que teníamos. *[El 6 de septiembre se apareció un ayudante del jefe de la policía para hacer un recuento. Me hizo llamar para que lo ayudara con la pronunciación de algunos nombres. Shura se puso a llorar y lo aparté para que comprendiera que no podía estar a mi lado. Al percatarse de ello, el alemán dijo: «Dejemos que esa criatura esté junto a su madre».]*

Los hombres de las SS examinaban con cuidado las filas de judíos que marchaban a trabajar. Y apartaban a todos los niños y a muchos ancianos. Seis madres marcharon hacia la muerte junto a

sus hijos, deseosas de aliviarles los últimos instantes sobre la tierra. Sarra Katz, una mujer de Chernovitsi, cuyo marido peleaba en el frente, fue a la muerte acompañando a seis niños. Weiner acompañó a una niña enferma. Lerner, una joven de Lipkani, rogó a los verdugos que la dejaran morir junto a su hija de doce años, la hermosa Támara.

En una ocasión en que la columna de trabajadores avanzaba por una carretera, vieron venir en sentido contrario a camiones cargados de ancianos y niños de los campos de concentración de Chúkov y Voronóvitsa. Desde lejos, los trabajadores pudieron observar cómo los alemanes obligaban a los judíos a apearse y les disparaban. Más tarde relataron cómo los verdugos obligaban a desvestirse a sus víctimas, lanzaban vivos a los niños a las zanjas y obligaban a las madres a presenciar la muerte de sus hijos.

Un amigo nuestro de Edintsi, el abogado David Lerner, fue a parar al campo de concentración de Chúkov junto a su madre, su mujer y su hija de seis años *[, además de los padres de su mujer, los Axelrod]*. Cuando en el mes de septiembre aniquilaron a todos los niños del campo, los Lerner consiguieron esconder a su hija en un saco. Era una niña muy lista y sosegada, de manera que el engaño surtió efecto. Durante tres semanas seguidas, su padre cargó con ella al trabajo. Sencillamente, la niña vivía dentro del saco. Pero tres semanas más tarde la bestia apodada La Miga se apareció de improviso en busca de algo que robar a los detenidos y al pasar junto al saco le pegó un puntapié. Naturalmente, la niña gritó de dolor y fue descubierta. Una ira salvaje se apoderó del verdugo: golpeó al padre y a la niña hasta el cansancio y despojó a la familia de todas sus pertenencias. Los Lerner apenas conservaron unas pocas piezas de ropa. Sin embargo, La Miga se abstuvo de asesinar a la niña, quien pasó todo el invierno en el campo de concentración presa de un miedo terrible y a la espera de una muerte que podía llegarle en cualquier momento. El 5 de febrero, día en que tuvo lugar la segunda *Aktion*, la niña fue seleccionada junto a su abuela. El horror más intenso se apoderó de la pobre criatura. Durante todo el camino en trineo hacia el lugar de la ejecución, la niña pegaba tales alaridos que su corazón no resistió y estalló. La abuela cargó su cuerpecito sin vida de camino a la zanja fatal. La madre perdió la razón cuando conoció los detalles y fue fusilada. Muy poco después

asesinaron al abogado David Lerner. Tal fue la suerte que el destino deparó a esa familia.

A las dos de la tarde del día 13 de septiembre llegó un coche al campo. En él venían el jefe de la policía, Guenig, La Miga y un ayudante de éstos que respondía por Willy. Anunciaron que muy pronto todos los niños y las personas incapacitadas para el trabajo serían trasladadas a otro campo «para que no estorbaran». Seguidamente, prepararon una lista con los nombres de los enfermos, los ancianos y los niños. Todos los que no entraron en la lista fueron examinados como a caballos en un mercado. Si alguno se movía con dificultad o tenía muy mal aspecto, su nombre también iba a parar a la lista negra. Supimos inmediatamente qué cabía esperar de aquel traslado. Mi marido tapó la boca a Shura y escapó con él a través del alambre de espino.

La noche del 13 de septiembre. El viejo edificio de dos plantas que ocupaba la sinagoga. La luz había sido cortada. Algunos llevaban trozos de velas y consiguieron encenderlos. Las madres abrazaban a sus hijos. Se despedían de ellos. Todos eran conscientes de la inminencia de la muerte, pero aun así se negaban a admitirla. Un viejo rabino polaco leía una oración, *[«Por los niños»]*, y los ancianos se le unieron. Los gritos y sollozos desgarraban las almas; algunos niños más crecidos intentaban consolar a sus padres. La situación era tan horrible que hasta los esbirros guardaban un respetuoso silencio.

El 14 de septiembre la diana sonó antes del amanecer. Querían sacar a la gente del campo para que no les estorbaran… También yo marché con quienes iban al trabajo. No sabía qué había sido de mi marido y mi hijo, si seguían con vida o habían caído en las garras de los asesinos. Algunas madres iban al trabajo acompañadas de sus hijos. Unas pocas ancianas se compusieron lo mejor que pudieron para intentar ocultar su avanzada edad y escapar así de la muerte.

[Esa noche, cuando volvimos al campo de concentración, lo encontramos silencioso y vacío como un cementerio. El jefe de policía me abordó para preguntarme dónde había estado y dónde estaba mi hijo. Le respondí que había ido a trabajar y que él sabría mejor que yo qué había sido de mi hijo. Se marchó sin decir palabra.]

Mi marido volvió de madrugada. Había dejado a nuestro hijo con una mujer ucraniana, Anna Rudaya, quien le aseguró que le

daría cobijo. Pudimos lanzarle algunas cosas por encima de la verja, de manera que el niño podía considerarse a salvo durante algún tiempo. Al día siguiente apareció La Miga y registró el sótano y el desván en busca del niño. «Tu chaval no iba en ninguno de los camiones —me dijo—. Conozco bien sus cabellos rubios y lo habría distinguido enseguida». Por lo visto se había fijado bien en Shura durante los recuentos. No consiguieron encontrarlo.

Anna Rudaya llevó a mi hijo con Polia Medvétskaya, a quien le estaré agradecida de por vida. Durante medio año esa mujer cuidó a Shura como a su más preciado tesoro. Shura la llamaba mamá y la quería con devoción.

El 21 de septiembre nos trasladaron al pueblo de Bugákov. Ahora teníamos un comandante alemán nuevo, aunque subordinado a las autoridades de Nemírov: Guenig, La Miga y Willy. Fui nombrada responsable de cuidados médicos en tres campos de concentración: Bugákov, Zarudentsi y Beriózovka. Me resulta muy penoso explicar los sufrimientos que padecían los internos de esos campos. Los alemanes me decían: «¡Machácalos!». Los pocos ancianos que habían conseguido escapar de las ejecuciones se desplomaban incapaces de soportar las condiciones de trabajo. A fuerza de palos, los obligaban a incorporarse. Así le sucedió un sábado al viejo Axelrod. Al día siguiente murió. La anciana Brünwasser tenía ambas piernas llenas de varices. Le tiraron de los pelos y la arrojaron escaleras abajo. Dos días más tarde murió. Muy pronto todos los viejos estuvieron muertos. Y enfermaron los jóvenes. En pleno invierno dormíamos sobre el suelo helado. Apenas comíamos. Se desataron las epidemias. Carecíamos de ropa de abrigo, cuando el frío era intenso. Nos pegaban sin cesar. El capataz principal Maindl se distinguía especialmente en vejarnos. Gozaba especialmente atormentando a mi marido, a quien llamaba «maldito ingeniero».

Hacía mucho tiempo que no veía a mi hijo y me enloquecía la sospecha de que los alemanes pudieran haberlo encontrado. Un día de principios de enero conseguí hacerle una visita. Mientras me aproximaba a la verja de la casa donde se ocultaba mi Shura, el corazón me latía con tal fuerza que parecía que fuera a salirse del pecho. Me acerqué a la casa con cuidado, asegurándome de no ser vista por nadie. Medvétskaya abrió la puerta y llamó al niño: «¡Mira

quién ha venido verte, Shura!», lo llamó. Pero Shura no me reconoció a primera vista. Se mostraba apagado y triste, y se ocultaba detrás de Polia. Tan sólo cuando lo cogí en brazos y me descubrí la cabeza comenzó a recordar. Medvétskaya me explicó que Shura nunca salía de la habitación. Ni siquiera había visto el jardín que tenían delante de la casa. Le habían hecho aprender que era un sobrino llegado de Kíev y que su nombre era Alexandr Bakalenko. Cada vez que alguien visitaba la casa, Shura se escondía. Al marcharme, me tendió una manzana. «Es para papá», me dijo. Me preguntó si era cierto que habían matado a todos los niños y nombró uno a uno a sus compañeros de juegos. Le agradecí calurosamente a Polia lo que hacía por nosotros y abandoné la casa.

Con los escasos medios a mi alcance, me movía constantemente entre uno y otro campo intentando aliviar el sufrimiento de los enfermos. Pero su número no dejaba de crecer *[; enfermos y descalzos, agotaban sus últimos pares de zapatos y, ya enfermos, no podían salir a trabajar cada mañana]*. Mis jefes me exigían entregarles listados cabales de los enfermos, pero yo me las apañaba para no dárselos, consciente de que ello entrañaba condenar a mucha gente a la muerte. *[Muchos pensábamos que no conseguiríamos escapar de la muerte. Nuestra única esperanza era la llegada del Ejército Rojo, aunque estábamos seguros de que los alemanes nos matarían en el último instante.]*

A última hora de la noche del 2 de febrero un policía me llamó aparte y me dijo: «Asegúrese de que mañana salga a trabajar todo el que pueda tenerse en pie, doctora». Comprendí que la cosa iba en serio y advertí a todos los enfermos. No me creyeron. Mi marido estaba enfermo y se quedó en el campo; casi todos los demás enfermos también lo hicieron. A mediodía un gran número de policías comandados por el alemán Maindl llegaron al campo de concentración acompañados de una hilera de trineos. También vino Willy, el verdugo de Nemírov. Alcancé a escuchar cómo Maindl repartía instrucciones: «Carguen con los enfermos y los descalzos…». Me escondí para evitar que me obligaran a señalar a los enfermos. Fue horrible. Gente semidesnuda era sacada a rastras a la nieve. Todos los que superaban los cuarenta o cuarenta y cinco años fueron sacados a la fuerza. También aquellos que no tenían ropa de trabajo o zapatos. Ya en el patio los dividieron en dos

grupos: los que aún podían trabajar y los que iban a morir. Tenía una amiga a mi lado, *[Grinberg, de Bucarest,]* una bella joven de treinta años, bien vestida, pero con los zapatos destrozados. Los esbirros se percataron de ese último detalle y la arrastraron hacia el grupo de condenados a muerte. Seguidamente me empujaron también a mí, porque llevaba unas calamitosas zapatillas de franela. Mi amiga protestaba: «Estoy sana», repetía. «Pero no tienes zapatos», le respondieron.

Pensé en mi pequeño Shura y eso me insufló fuerzas. Mi marido estaba en el grupo de los considerados aptos para el trabajo. En el último instante, cuando ya nos conducían a los trineos, conseguí escapar hacia ese grupo y fundirme en él. Mi amiga también lo intentó, pero fue descubierta y golpeada salvajemente. Una joven de dieciocho años pidió que la dejaran acompañar a su madre a la muerte. Se lo permitieron. Cuando ya había ocupado un sitio en el trineo, sintió miedo y quiso volver atrás. No la dejaron hacerlo. Una mujer se bebió una dosis de veneno y ofreció otro poco a su hija, pero ésta lo rehusó. Un muchacho trató de escapar: cayó alcanzado por las balas. Una hora más tarde, los condenados se pusieron en movimiento, mientras los sobrevivientes quedábamos encerrados en el campo. *[Cuando los prisioneros sanos volvieron del trabajo pasadas las diez de la noche se encontraron con que sus madres, sus hermanas o sus padres ya no estaban allí.]*

Poco después nos trasladaron al campo de concentración instalado en Zarudentsi, pues acababan de fusilar a dos tercios de los internos y había sitio para nosotros.

El 1 de febrero había tenido ocasión de examinar a los enfermos de aquel campo. No daba crédito a la magnitud del horror que se abrió ante mí. Una multitud de personas cubiertas de harapos, descalzas y con el cuerpo atacado por la sarna y las llagas más variopintas, imposibles de imaginar en circunstancias normales, estaban sentadas en el suelo, sobre trapos sucios, cazando pulgas con aire grave. Estaban tan absorbidos por su trabajo que ni siquiera repararon en mi presencia. De pronto los veo agitarse, gritaban, se incorporaban a duras penas, les brillaban los ojos, algunos lloraban. ¿Qué motivó aquella agitación? Les habían traído de comer… Y, ¡vaya suerte!, le entregaban una hogaza entera de pan a cada uno. Algo de veras nuevo para ellos e inédito en los

campos. Seguramente se acercaba la salvación, pensaban los desgraciados. Resultó que como estaba programada una *Aktion* para el 5 de febrero y los puntillosos alemanes, conscientes de que durante algunos días no se sabría la cantidad de pan necesaria para alimentar a la población reclusa, debido a que no era posible prever con precisión el número exacto de víctimas, habían decidido repartir hogazas enteras a modo de «adelanto»… De ello nos enteramos más tarde, cuando nos tocó ir a parar a ese campo de concentración.

Como era habitual, también en esta ocasión los más débiles, incapaces de afrontar la marcha hasta el nuevo destino, fueron cargados en trineos. Los condenados, procedentes de los campos de Nemírov, Berиózovka, Zarudentsi y Bugákov, fueron concentrados en Chúkov. Allí los mantuvieron dos días enteros desnudos, hambrientos y sedientos, hasta que los masacraron.

Pocos días después, durante una jornada de trabajo, el capataz Dehr nos dijo que había presenciado la ejecución (ellos le llamaban *«die Aktion»*) y que no había sido tan horrible como creíamos. Más tarde supimos que tanto Dehr como Maindl eran hombres de las SS, aunque se presentaran como empleados de la empresa Schter…

… Amanece. Todavía está oscuro y el frío es intenso, pero ya nos corren a latigazos obligándonos a marchar al trabajo. A toda prisa algunos se afanan en sujetar bolsitas de paja a los zapatos rotos para evitar que se les hielen los pies. Sujetan ripios de mantas a la cabeza con la ayuda de precarias cuerdas… Después de varios minuciosos recuentos nos empujan por fin al camino. Le cuesta ponerse en marcha a toda esa gente atormentada. Los pies llagados y envueltos en trapos mojados y paja apenas consiguen avanzar sobre la nieve profunda. La nieve no cesa de caer, espesa y constante. Nos hacen andar unos cinco kilómetros. Respiramos aliviados al llegar a nuestro destino. Empuñamos las palas y comenzamos a limpiar el camino cubierto de nieve. Un estremecimiento sacude de pronto a los trabajadores: «Se acerca El Tenebroso», avisa alguien. *[Se trata de Maindl]* Se adivina el miedo en todas las miradas; las palas se mueven espasmódicamente. Los cuerpos parecen empequeñecer: todos intentan pasar desapercibidos, escapar a la atención del recién llegado. «¡Alto! —ordena Maindl—. Iréis a limpiar otro camino a ocho kilómetros de aquí».

La blanca estepa parece no tener fin, los copos de nieve se arremolinan empujados por la ventisca, apenas se ve algo a cuatro pasos. El alemán, alto y tenebroso, imparte las órdenes sin bajarse del trineo. En una mano sujeta con fuerza el látigo, mientras asoma la espuma a su boca que grita sin parar a doscientas pobres sombras. Las piernas se tornan aún más pesadas; el corazón parece querer escapar del pecho; no nos creemos capaces de soportar esta nueva y cruel marcha que nos imponen. *[Pero el instinto de supervivencia lo puede todo y acabamos sobreponiéndonos hasta llegar al lugar de trabajo. El trineo se detiene y]* la mirada burlona del verdugo se pasea sobre los atormentados prisioneros…

[También yo trabajé con los otros paleando nieve.]

El 8 de febrero me abordó una desconocida y me dijo: «Soy la hermana de Polia Medvétskaya. Quiere que usted se lleve a Shura cuanto antes, porque le han puesto una denuncia y ahora lo tiene escondido en otra casa, con unos familiares lejanos». Me dijo que en Nemírov hubo varios niños judíos escondidos, pero los alemanes los encontraron y los mataron a todos en Chúkov el 5 de febrero. Por lo visto, sólo quedaba Shura.

¡Tenía que hacer algo! Mientras trabajaba como médico en los campos de concentración solía ayudar a los campesinos enfermos. Lo hacía poniendo en riesgo mi vida, pues Maindl había sido bien explícito a ese respecto: «Si me entero de que has entrado a la casa de algún ucraniano, te pego un tiro». Pero en todas aquellas aldeas no había un solo médico y no podía negarme a visitar a un enfermo cuando me lo pedían. Kirill Baranchuk tenía su casa justo al otro lado de la verja que rodeaba nuestro campo. Su padre era un hombre enfermo a quien visité con cierta frecuencia. En una ocasión Baranchuk me dijo que a gente como yo la llevaría escondida en el pecho hasta el otro lado del río Bug. Pensé en él inmediatamente y pedí a la hermana de Polia Medvétskaya que fuera a verlo y le dijera que yo le imploraba traer a mi hijo desde Nemírov y esconderlo en su casa durante unos días hasta que se nos ocurriera algo mejor.

Kirill salvó la vida de Shurik. Se lo trajo desde Nemírov envuelto en su abrigo de pieles. Su mujer y sus hijas, Nastia y Nina, acogieron al chico con cariño y ternura. A veces se acercaban a la verja para asegurarme que el niño estaba bien y preguntaba por

nosotros.

Finalmente decidimos escapar. Era el último recurso para salvar a Shura.

A las dos de la madrugada del 26 de febrero mi marido me despertó de pronto: «¡Arriba!», me dijo. Esperamos a que el guardia entrara en la garita para ponerse a cubierto del frío y atravesamos la cerca de alambre de espino. Fuimos directamente a casa de Kirill Baranchuk. Nos acogió con calor, a pesar de que hacerlo le podía costar la vida. Permanecimos cuatro días escondidos en su casa, recuperando fuerzas. El 2 de marzo Kirill Baranchuk y un tío suyo, Onisi Zamerzli, nos condujeron hasta Perepelitsi, junto al río Bug. El pueblo estaba lleno de soldados alemanes encargados de vigilar la frontera y ningún vecino se atrevió a darnos cobijo. Éramos conscientes de que ya no teníamos nada que perder, así que a las tres de la madrugada comenzamos a cruzar el río. Mi marido abría la marcha con el niño en brazos. La noche era muy oscura. El hielo comenzaba a fundirse y se tornaba quebradizo. Sin poder evitarlo, una pierna se me hundió hasta la rodilla en el agua helada. Conseguí ahogar los gritos. Shura se percató de mi esfuerzo por mantener silencio. También él se comportaba con entereza. Finalmente, conseguimos llegar al margen opuesto del río, donde unos campesinos nos dieron cobijo en su cabaña permitiéndonos entrar en calor y calmar la fatiga. Ellos mismos nos dieron ropas que nos permitían pasar por campesinos. Echamos a andar hacia Moguiliov-Podolski, simulando que éramos refugiados que huíamos de Kíev. El 10 de marzo llegamos a Moguiliov *[, donde nos refugiamos en el gueto]*. Todavía tuvimos que padecer incontables vejaciones y tormentos, pero conseguimos vivir hasta la llegada del Ejército Rojo. Ahora ya somos libres… Pero las terribles heridas que nos infligieron permanecerán abiertas para siempre: a manos de los alemanes murieron mis padres y mis dos jóvenes hermanos, el mayor junto a su esposa y sus dos hijos, el menor, un talentoso músico. Tampoco sobrevivieron la madre y la hermana de mi marido.

Mi corazón se ha hecho de piedra. Creo que si le clavaran un cuchillo no saldría de él ni una sola gota de sangre.

EDITORES: R. KOVNATOR E I. EHRENBURG

El exterminio de los judíos de Lvov

Los alemanes llegaron a Lvov en la mañana del 1 de julio de 1941.

[Atravesaron la ciudad marchando y entonando himnos. La gente estaba encerrada en las casas.]

Instalaron una patrulla en cada esquina. Mediante gestos, un soldado mostró a un grupo de imbéciles que lo rodeaba cómo se disponían a colgar a la gente. *«Juden kaputt»*, gritaba sin cesar. *La frase parecía gustar al auditorio, pues todos reían gozosos.*

Pronto comenzaron las acciones hostiles contra los judíos. Acompañados por hombres de la Gestapo, los fascistas locales sacaban a los judíos de sus casas y los conducían a las cárceles y los cuarteles militares de Lvov.

Antes de acceder a los lugares donde concentraban a los judíos, los despojaban de la ropa, el dinero y todos los objetos de valor que llevaran consigo. Los fascistas golpeaban a los detenidos hasta hacerlos sangrar y los sometían a las vejaciones más bestiales. *[Así, por ejemplo, los forzaban a limpiar el suelo con la lengua o a limpiar ventanas con plumas de gallina.*

También los obligaban a formar hileras y golpearse unos a otros. Cuando los hombres de las SS estimaban que los golpes no eran lo suficientemente fuertes, sacaban de la fila a la víctima elegida y le mostraban cómo se debía golpear a alguien hasta la muerte. Entre risas, los verdugos disfrutaban de las golpizas que se propinaban entre silos improvisados púgiles. Después, los fusilaban a todos.]

En la primera *Aktion*, conocida como el «Martes sangriento», fueron asesinados cinco mil judíos. Aun sin dar tiempo a que los sobrevivientes se recuperaran del golpe, el jueves 5 de julio comenzaron a reunir a hombres y mujeres con el pretexto de enviarlos a trabajar. La concentración se produjo en una plaza cerca de la calle Pólchinskaya. Tras torturarlos allí durante dos días enteros, los llevaron a ejecutar. Algunos consiguieron escapar. Los hombres de las SS arramblaban con todo lo que les apetecía de las

casas y lo cargaban en camiones.

Los responsables de los primeros pogromos y saqueos fueron los efectivos del ejército regular. Después aparecieron la Gestapo y los funcionarios de la administración alemana.

El Teniente General Friedrich Katzmann,[13] principal verdugo de los judíos de Ucrania occidental, dictó el 15 de julio de 1941 una orden que establecía lo siguiente: 1) Todos los judíos mayores de doce años están obligados a llevar un brazalete con la estrella de seis puntas. Salir a la calle sin dicho brazalete se castigará con la muerte.

2) Se prohíbe a los judíos cambiar de lugar de residencia sin la autorización del Departamento de asuntos judíos de la Administración alemana. Toda violación de esta norma se castigará con la muerte.

Friedrich Katzmann se desempeñaba como jefe del Departamento de asuntos judíos de Ucrania occidental. Se ocupó personalmente de nombrar a sus dos adjuntos: Lex, con oficina en Ternópol, y Krüger, con sede en Stanisláv. Había hombres de Katzmann en todas las ciudades y aldeas. Ellos eran los encargados de organizar la instalación de campos de concentración y las acciones sistemáticas destinadas al exterminio de los judíos.

En Lvov, la sede de la Gestapo se ubicaba en la calle Pólchinskaya. Su máximo responsable era el Mayor Engels.

Los verdugos buscaban disgregar a los judíos, separarlos en grupos, ahogar en ellos cualquier idea de resistencia organizada. Paralelamente, trasladaron una ilusoria certeza de seguridad a aquellos que querían utilizar. Así consiguieron que éstos fueran incapaces de advertir la gravedad de una situación que afectaba a todos y cada uno de los judíos de Lvov.

[Había un importante número de cerrajeros, mecánicos y *excelentes profesionales judíos de los que la industria alemana no quería prescindir. Los ocupantes empleaban a estos profesionales en las fábricas militares. Por último, había un gran número de jóvenes y adultos judíos sanos a quienes los alemanes obligaban a realizar trabajos duros en los campos de concentración.]*

Los niños, los ancianos, las mujeres, los enfermos y los discapacitados fueron las primeras víctimas de los alemanes. Los aniquilaron mediante pogromos, los encerraron en cárceles, los

ejecutaron en los llamados «bosques de la muerte».

[El empleo de obreros judíos resultaba muy ventajoso. En la absoluta mayoría de los casos tales obreros no sólo trabajaban sin percibir salario alguno, sino que ellos mismos pagaban para obtener una Arbeitskarte *que equivalía a la posposición de la muerte siquiera por un breve tiempo o a librarse de ir a parar a un campo de concentración donde también los esperaba la muerte.]*

Todo judío que no acreditara su condición de empleado ante el requerimiento de una patrulla de las SS era ejecutado en el lugar.

A partir de diciembre de 1941 los judíos fueron obligados a llevar brazaletes con un distintivo con una letra «A» (*«Arbeitsjude»*) y el número de su permiso de trabajo. Quienes carecían de esos distintivos, que expedía la *Arbeitsamt*[14] eran liquidados durante las operaciones de exterminio.

Los desempleados fabricaban distintivos similares a los expedidos por el *Arbeitsamt* y los cosían a brazaletes que también imitaban los oficiales. No obstante, los soplones informaron al *Arbeitsamt* de la existencia de las falsificaciones y ello hizo que las autoridades anularan los distintivos y emitieran las llamadas *Meldekarte*[15] a modo de identificación. Ello permitió a los alemanes establecer un férreo control sobre todos los *Arbeitsfuden y Nichtsarbeitsjuden.*

Los judíos no cobraban ningún salario por su trabajo. Ni siquiera obtenían siempre los cien gramos diarios de pan que le correspondían a cada trabajador.

A partir de noviembre de 1941 se estableció que todos los judíos empleados en empresas alemanas llevaran además un distintivo blanco al que debían coser la letra «W» (*Wehrmacht*) o la letra «R» (*Rüstung)[, lo que indicaba que su portador trabajaba directamente para la industria militar]*.

Los alemanes rodearon el perímetro del gueto con una alta empalizada.

El 12 de noviembre un nutrido grupo de hombres de la Gestapo se apostó frente a la puerta del gueto. Todo el que salía a trabajar era interceptado por esos hombres. Aquellos que iban desprovistos del distintivo con las letras «W» o «R» eran llevados a ejecutar. Tras apenas dos días de controles, ese mes de noviembre fueron ejecutados doce mil personas.

El gueto fue cerrado en diciembre. Dos garitas en las que hacían guardia sendos hombres de la Gestapo fueron instaladas a ambos lados de la puerta de acceso. Sólo se permitía abandonar el gueto por la mañana y en grupo. A finales de diciembre de 1942 los alemanes comenzaron a alojar a los trabajadores en barracones construidos junto a las fábricas donde estaban empleados. De esa manera segregaron a los trabajadores de los desempleados. Los primeros fueron alojados en las calles Zamarstínovskaya, Leketka, Kushévicha y Kresóvaya; los segundos, en la calle Kleparova.

A través de sus agentes los alemanes difundieron el rumor de que el gueto acogería a los *Nichtsarbeitsjuden* (los judíos desempleados). Ello insufló una débil esperanza en los corazones de aquellos infelices.

Pero los trágicos sucesos de la calle Kleparova borraron de un plumazo todas aquellas esperanzas.

En la noche del 4 al 5 de enero de 1942 se escucharon disparos en las calles del gueto. Era la señal de que se avecinaba una nueva *Aktion*.

La llamada «Masacre de enero» comenzó al amanecer del día 5 de enero. Los trabajadores fueron enviados a toda prisa a las fábricas. Y ahí se desató la cacería.

Durante la «campaña de exterminio» perpetrada en noviembre las víctimas fueron conducidas a Bélzhetz,[16] donde las aniquilaron. En aquella ocasión muchos judíos consiguieron romper las paredes de madera de los vagones que los llevaban a la muerte y escaparon con vida. Para evitar que aquello se repitiera, esta vez los alemanes diseñaron la masacre con más cuidado. Ahora los judíos eran asesinados en la propia ciudad o en la vecina Piaskova Gura. Las casas cuyos inquilinos no aparecían eran quemadas, de manera que los judíos que se ocultaban en sótanos, desvanes o estufas ardían en sus escondites.

Los desaforados representantes de la «raza superior» no permitieron que ni una sola mujer escapara de la «Masacre de enero». Las violaban y asesinaban o las empujaban a las casas envueltas en llamas.

Kleparov fue prácticamente borrado de la faz de la tierra. Apenas quedaron las calles donde se alzaban cuarteles del ejército.

Unos veinte mil judíos quedaron con vida después de la

masacre. Concentrados en apenas unas pocas callejuelas, ahora les tocaría soportar tormentos sin nombre a la espera de la muerte.

Acompañados de los líderes del gueto, los policías alemanes hacían guardia junto a las garitas que guardaban el acceso al perímetro habitado por los judíos. Se aseguraban de que los distintivos con las letras «W» o «R» fueran auténticos. No les resultaba difícil distinguir las falsificaciones.

Muchos judíos falsificaban los distintivos para poder salir cada mañana junto a los trabajadores y acceder al «sector ario». Todos los que permanecían en el gueto ponían en grave riesgo sus vidas, pues los alemanes solían practicar registros en horario laboral y enviaban a la cárcel a toda persona ociosa que encontrasen. Las letras expedidas por las empresas alemanas habían sido cosidas a máquina con un punto especial, de manera que resultaba imposible conseguir falsificaciones perfectas. El *Scharführer* Siller se distinguió como todo un perito en la detección de distintivos falsos. Ello le valió un traslado al campo de concentración de Yanovska, a modo de premio por el gran número de judíos capturados.

… La cárcel. Pequeñas celdas de techos bajos. No hay catres ni bancos. Todo es humedad y putrefacción. Por las ventanas, pequeñas y enrejadas, apenas se cuela la luz. La cárcel se levanta en la calle Lontzki y está rodeada por todos lados de hombres de las SS y soldados alemanes que despojan de sus ropas y zapatos a los recién llegados.

Toda conversación en las celdas está terminantemente prohibida. No se contempla dar de comer a los presos. ¿Qué sentido tendría hacerlo? Los alemanes son calculadores y avaros. En las noches los enfermos eran asesinados en la propia cárcel y los cadáveres conducidos al cementerio.

El señor Engels solía visitar personalmente la cárcel. Cada vez que lo hacía, sacaban a los judíos al patio para servirle de diversión. Engels los vejaba y los golpeaba hasta hacerles sangre. Le gustaba jugar con sus víctimas prometiéndoles la vida y la libertad. Esperaba a que un fulgor de esperanza iluminara los ojos de sus víctimas y, entonces, echaba a reír y les disparaba con su revólver.

Cuando la cárcel se llenaba hasta los topes, los alemanes emprendían «purgas» o «evacuaciones» que consistían en cargar un buen número de prisioneros en camiones, llevarlos a Piaskova Gura

y ejecutarlos.

Con todo, la cárcel siempre estaba llena a rebosar. Salía alguien a la calle sin el brazalete: ¡a la cárcel! Otro lo llevaba pero su brazalete resultaba demasiado estrecho: ¡a la cárcel! Un tercero olvidaba descubrirse al paso de un alemán: ¡a la cárcel! También ocurría que encerraran a la gente sin razón alguna. Hombres de las SS irrumpían en un apartamento y se llevaban a alguien detenido. «¿Por qué me lleváis?», preguntaba la víctima. «¿No lo sabes? —le respondían—: Te llevamos porque eres judío y de todas formas acabarás muerto tarde o temprano».

Engels no recurría a pogromos masivos. Prefería las «purgas» en la prisión. Por medio de ellas se asesinó a millares de ancianos y niños, hombres y mujeres.

En el otoño de 1941 el Gobernador general Frank dictó una orden que establecía los trabajos forzados para todos los internos en los campos de concentración ubicados en Ucrania occidental. Y muy pronto, a principios de 1942, las regiones de Lvov, Ternópol y Stanisláv se cubrieron de una tupida red de campos.

De todos ellos, sin dudas el más terrible era el campo de concentración instalado en la calle Yanóvskaya, en Lvov, conocido como «Yanovska». Allí fueron encerrados millares de judíos traídos de toda Ucrania occidental, cuya misión consistía en preparar los terrenos para la construcción de un nuevo campo de concentración. Para ello debían allanar un vasto territorio donde se alzaba una colina. Hambrientos y adoloridos por las constantes golpizas que recibían, los presos trabajaban hasta la extenuación. Durante los largos días que tomó levantar las barracas, durmieron en la tierra y a cielo abierto.

Los trabajos se prolongaron a lo largo de todo el otoño y el invierno. La gente moría de hambre y frío. Los muertos eran sustituidos por nuevos contingentes de judíos traídos a toda prisa.

Cada mañana, antes del comienzo de la jornada laboral, se realizaban recuentos, los llamados *«Appel»*. Los recuentos consistían en la reunión de cada una de las brigadas de trabajo con sus capataces, *Oberjuden*, a la cabeza. El *Oberjude* rendía un breve informe al SS de guardia sobre la composición de su brigada. Seguidamente, se realizaba la sesión de «gimnasia matinal» conducida por los hombres de las SS. Tras una sucesión de saltos de

diversa índole guiados por las órdenes *«Auf, Nieder»* —¡Tumbarse! ¡En pie!— repetidas una y otra vez, los hombres más débiles o enfermos eran apartados del grupo. Los llevaban fuera del perímetro del campo y los ejecutaban mediante ráfagas de ametralladora. Los cadáveres formaban hileras. Los sobrevivientes marchaban con paso marcial hacia el lugar de trabajo. Los alemanes observaban atentamente la marcha. Si veían a alguien cojeando lo apartaban de la columna. Y lo fusilaban. Tan sólo quienes se mostraban saludables y sanos conseguían sobrevivir.

Cuando el terreno estuvo listo, los alemanes ordenaron pavimentarlo con losas sepulcrales arrancadas del vecino cementerio judío.

Los fascistas no dejaban en paz ni siquiera a los *[judíos]* muertos. En muchas ciudades y aldeas de Ucrania occidental las lápidas arrancadas de los cementerios fueron utilizadas para pavimentar los caminos. Cuando concluyeron los trabajos el campo de concentración fue rodeado de alambre de espino. La policía fascista se ocupaba de guardar el perímetro cercado.

Dos caminos partían de la entrada principal del campo. Uno conducía al campo propiamente dicho, es decir, a las barracas y la cocina. El otro llevaba a la «plaza de la muerte», desde donde conducían a los condenados a las montañas para ser ejecutados. En torno al perímetro del campo se alzaban varias torretas de vigilancia de una o dos plantas. Apostados en esas torretas los guardianes observaban todo el campo de concentración, de manera que escapar de él resultaba poco menos que imposible.

[El paisaje del campo era extremadamente sombrío: las siluetas de los guardianes en las torretas de vigilancia, las penosas barracas, los presos delirantes caminando en silencio, el insoportable y dulzón hedor que despedían los cadáveres.]

Los cerca de veinte barracones donde dormían los presos estaban situados en torno a la amplia y desierta explanada donde se realizaban los recuentos matinales. Cada barracón disponía de sendas hileras de catres. Sobre los catres había manojos de paja sucia dispuestos sin orden ni concierto. Detrás de los barracones estaba situada la cocina donde dos veces al día cocinaban el bodrio que daban de comer a los presos. Dos trocitos de un sucedáneo de pan que recibían cada mañana completaban su dieta.

Los «novatos» dormían en el suelo.

Los criminales de las SS que se encargaban del campo eran alumnos aventajados de sus profesores en Dachau o Mauthausen.[17]

Tras graduarse a toda prisa de la «universidad» de Yanovska, los alumnos de Gebauer, jefe de aquel campo, se dispersaron por toda Ucrania occidental y emprendieron sus propias «carreras profesionales».

Los hombres de las SS que llegaban a Lvov solían ser inexpertos. Y allí les enseñaban el arte de asesinar y torturar a sus víctimas. Cuando los jefes se convencían de que los jóvenes verdugos ya estaban suficientemente preparados los enviaban a los campos de concentración de provincias para que desplegaran todos sus salvajes conocimientos. En cambio, si alguien se ganaba en los campos de provincias una reputación de refinado verdugo y maestro en su «oficio» lo transferían rápidamente a Yanovska, donde sus colegas menos «talentosos» lo recibían con honores. Con frecuencia los verdugos competían entre sí y ello les servía de acicate para refinar aún más sus técnicas de tortura.

Bajo la atenta supervisión de Katzmann, los émulos de Himmler, trabajaban a destajo inventando nuevos tormentos para los presos. «La carrerita» y «Los tablones» fueron dos de ellos. Por lo general, se trataba de tristes espectáculos escenificados los domingos.

«La carrerita» consistía en correr unos trescientos o cuatrocientos metros a lo largo de una hilera de hombres de las SS que ponían zancadillas al corredor. Si éste trastabillaba lo llevaban fuera del cerco de alambre de espino y lo ejecutaban. *[Naturalmente, eran muchos los que corrían esa suerte debido a que los presos apenas conseguían arrastrar sus pies llagados e inflamados por el hambre.]*

La tortura conocida como «Los tablones» era igualmente cruel. Los presos judíos, extenuados por el trabajo cotidiano, eran obligados los domingos a cargar de un lado a otro los enormes tablones utilizados para la construcción de los barracones. Los tablones pesaban ciento cincuenta kilogramos y había que cargarlos sobre las espaldas y llevarlos a la carrera. Las balas de los hombres de las SS alcanzaban a todo aquel que caía doblegado por el peso. No menos horribles eran las orgías de sangre que perpetraban los alemanes cuando se emborrachaban. Entonces irrumpían en cualquier barracón y sacaban a sus inquilinos para someterlos a

todo tipo de tormentos. En esas ocasiones los alemanes no utilizaban munición. Preferían romper los cráneos de sus víctimas a martillazos, asfixiarlos o crucificarlos.

Cuando de torturar se trataba, cada hombre de las SS tenía sus propias preferencias. A Gebauer le gustaba meter a sus víctimas en un barril y asfixiarlas con la ayuda de dos tablones. Algún otro prefería colgarlas de los pies. Un tercero disparaba a sus víctimas en la nuca. Schönbach, un SS de veintitrés años, jamás dejaba de idear nuevos tormentos. Un domingo ató a un hombre a un poste y comenzó a pegarle con una porra de goma. Cuando la víctima perdía el conocimiento y la cabeza le colgaba sobre el pecho, Schönbach lo ayudaba a volver en sí ofreciéndole agua y alimentos. Inmediatamente después se reanudaba la golpiza. El resto de los prisioneros eran obligados a formar un corro para presenciar el terrible espectáculo. La culpa de su compañero consistía en haberse aliviado la vejiga en la parte trasera de un barracón. Con ello había contravenido las normas que regían en el campo de concentración. *[Un guardián se percató de la falta. Lo juzgaron el propio domingo. Lo ataron a un poste, donde padeció horribles tormentos durante todo el día.]* Le manaba sangre de la nariz y la boca. Al caer la noche, Schönbach estaba exhausto. Ordenó dispersar el corro de espectadores y montar guardia junto al poste donde agonizaba el preso. A la mañana siguiente se pudo ver un espectáculo de veras sobrecogedor: un poste lleno de sangre del que colgaban los jirones de lo que había sido un hombre.

Las ejecuciones tomaron un cariz masivo cuando el *Scharführer* Willhaus se hizo cargo de la dirección del campo.[18]

Los presos eran sometidos a exámenes periódicos. Los enfermos y los desahuciados eran ejecutados de inmediato.

[Los judíos del gueto buscaban vías de salvación. Se ocultaban en las casas de sus amigos polacos o ucranianos, escapaban de la ciudad con nombre falso, huían para integrarse en las guerrillas.]

En el campo de concentración los presos no llevaban el brazalete de color blanco. Aquí éste era sustituido por un número que se adjudicaba a cada interno y dos distintivos de color amarillo que se cosían al pecho y la espalda de las ropas harapientas.

La vida de los internos transcurría encerrada en muros de alambre de espino. Les estaba prohibido traspasar ese cerco y ello

entrañaba una opresión mental tan poderosa que impedía siquiera concebir la menor idea de resistencia.

Gracias al trabajo heroico y sacrificado de los poetas judíos S. Friedman y A. Laun se crearon varios grupos de partisanos en el interior del campo de concentración. Esas células llegaron incluso a conseguir algunas armas. Desafortunadamente, los alemanes consiguieron detectar la existencia de la organización y ejecutaron a todos los implicados. A partir de entonces, las visitas de los alemanes al campo menguaron e iban acompañadas de un gran despliegue de seguridad.

En vísperas de su ejecución el abogado Mandl consiguió gritar en el último instante: «¡Viva la Unión Soviética! ¡Viva la libertad!». Sus palabras resonaron en todo el campo *[y conmovieron a los detenidos. Fue como si todos despertaran de pronto de un sueño profundo e incluso aquellos que los alemanes consideraban dóciles víctimas comprendieron que la pasividad le hacía el juego a los verdugos]*.

Las organizaciones de la resistencia reclutaban a jóvenes para enfrentarse a los alemanes. Un joven carnicero de Lvov se abalanzó sobre un hombre de la Gestapo y lo estranguló. Otro joven polaco mató de un disparo al jefe del campo de concentración de Chvartakova. Tales sucesos ocurrían cada vez con mayor frecuencia.

Los judíos condenados a la «ejecución» eran concentrados en el campo de Yanovska. En la puerta del campo, un alemán los iba contando mientras anotaba sus nombres en un cuaderno con aire pedante. Los hombres jóvenes permanecían en el campo. Los demás eran conducidos a la estación de ferrocarriles y cargados en los convoyes dedicados al transporte regional. *[Todos sabían qué les esperaba.]* En el campo se producían escenas trágicas. Muchos lloraban. Algunos perdían la razón y comenzaban a bailar o a reír como locos. Los niños hambrientos no paraban de llorar.

Rokita,[19] un músico célebre por ser uno de los principales verdugos de Yanovska, se asomó una tarde al balcón de su apartamento, ubicado en el perímetro del campo. Por lo visto, el ruido le impedía dormir la siesta. Con absoluta serenidad estuvo largo rato disparando a la multitud con una ametralladora.

Muchos judíos fueron sacados de Lvov a modo de «desplazados». En realidad los llevaron a ejecutar.

El sol de agosto quemaba sin piedad. La sed era insoportable y los condenados imploraban agua a unos verdugos —sus guardianes— que se mostraban crueles e imperturbables. Los convoyes marchaban de noche cargados de pasajeros a quienes habían obligado a desnudarse antes de subir a los coches. Muchos conseguían romper los tablones en plena marcha y escapar corriendo desnudos a campo traviesa. Los guardias alemanes les disparaban ráfagas desde el último coche, donde solían viajar.

Todo el tejido ferroviario que unía Lvov con Rava Rússkaya estaba sembrado de cadáveres de judíos.

Todos los convoyes cargados de judíos traídos desde París, Bruselas o Amsterdam pasaban por Rava Rússkaya. Allí se les unían los trenes con origen en Ternópol, Kolomya, Sambor, Brzhezhán y otras ciudades de Ucrania occidental.

[Quince kilómetros antes de llegar a Rava Rússkaya o Belzec, los judíos que viajaban como «desplazados» eran obligados a bajar de los convoyes;] Belzec entró en la historia como uno los más horribles lugares de exterminio. Los alemanes guardaban tras una gruesa cortina de silencio lo que allí ocurría. No obstante, los maquinistas de los trenes que transportaban a las víctimas relataron a sus familiares y amigos las circunstancias del exterminio de los judíos en Belzec.

Los judíos eran obligados a entrar a un enorme salón que permitía un aforo de un millar de personas. Las paredes del recinto estaban cubiertas de alambre eléctrico desprovisto de material aislante. También había cables similares tendidos por todo el suelo. Cuando el salón se llenaba de judíos desnudos, los alemanes hacían pasar corriente eléctrica de alto voltaje por los cables.

En cierto modo, se trataba de una silla eléctrica gigante. Un artilugio que sólo pudo crear la más delirante fantasía criminal.[20]

En otra sección del campo de Belzec había instalada una enorme fábrica de jabón. Los alemanes seleccionaban a los presos más corpulentos, los asesinaban y los cocían para fabricar jabón con su grasa.

Artur *[Israílievich]* Rozenstrauch, un empleado de banco de Lvov de cuyo testimonio nos servimos, asegura haber tenido en sus manos una pastilla de «jabón judío».

Los hombres de la Gestapo no negaban la existencia de esa

«producción». Así, cuando querían asustar a un judío le decían: «Te convertiremos en jabón».

A principios de febrero de 1943 la dirección del gueto le fue encomendada a Grzymek, un *Volksdeutsche* de Poznan convertido a la sazón en oficial de las SS. Era un hombre verdaderamente temible, debido a su estatura, su corpulencia y a que siempre iba armado con un fusil automático.

Grzymek era un fanático de la higiene. Por orden suya las paredes del gueto se llenaron de carteles en los que se leía: «¡Trabajo! ¡Higiene! ¡Disciplina! Hay que mantener el orden».

El nuevo jefe del gueto solía recorrerlo a caballo, rodeado de su guardia pretoriana. Cada vez que realizaba una inspección se paseaba rompiendo ventanas y disparando sobre la gente. Cuando Grzymek asumió el mando del gueto, las salidas a trabajar se convirtieron en un tormento de veras infernal. En ocasiones obligaba a los judíos a traspasar la puerta llevando en la mano los distintivos con las letras «W» o «R» para verificar personalmente su autenticidad. Otras veces exigía llevar las autorizaciones de trabajo en la mano con los brazos en alto.

Grzymek ordenó cortar el cabello a todos los habitantes del gueto. Para ello instaló a un barbero en la puerta del gueto para que cortara una porción de cabello en el centro de la cabeza de cada judío.

Cada mañana, cuando los judíos salían a trabajar, tenían que hacerlo marchando al son de las marchas militares que tocaba una orquesta ubicada a la salida del gueto. Si alguno perdía el paso, la porra de Grzymek siempre estaba presta para ayudarlo a recobrarlo.

Cada ala del gueto contaba con un guardián y una mujer de la limpieza. Las calles eran barridas con esmero y las casas estaban pintadas de blanco. Grzymek velaba personalmente por la limpieza. No obstante, tras aquellas paredes pulcramente blanqueadas vivían hacinados los condenados a muerte, sus cuerpos hinchados por el hambre; ya medio muertos, en realidad.

Una epidemia de tifus afectó a casi toda la población del gueto. *[Había un hospital, pero todos sabían que acudir a él equivalía a la muerte. La mayoría de los judíos murió a consecuencia del tifus. Los sobrevivientes quedaron tullidos.]* Las autoridades no se preocupaban por curar a los enfermos. En cambio, solían cargarlos en grupos

hasta Piaskova Gura donde los ejecutaban.

Los amigos y familiares de los enfermos solían esconderlos en refugios donde permanecían sometidos al frío y, en ocasiones, al hambre.

Las empresas daban de baja a los enfermos de las listas de trabajadores y notificaban cada baja a la Gestapo. Existía un destacamento especial de las SS que se encargaba de localizar a los enfermos. El SS Heinisch, corpulento como un oso, se destacó especialmente en la localización de enfermos. Si encontraba alguno ya inconsciente lo ultimaba allí mismo. En cambio, si todavía era capaz de andar, lo llevaba a la cárcel.

Muchos polacos y ucranianos honrados se sentían escandalizados por aquellos crímenes intolerables y la aniquilación en masa de tantos inocentes. Conscientes de esa situación, los alemanes necesitaban influir de alguna manera sobre ellos. Y encargaron ese trabajo a la prensa. Más concretamente a los diarios *Lemberger Deutsche Zeitung* —alemán—, la *Gazeta Lvovska* y *Lvovskie Visti*.

Cada día las asquerosas páginas de esos tres diarios aparecían llenas de noticias y artículos que alimentaban el antisemitismo, justificaban que «el genio alemán se mostrara implacable hacia la raza inferior» (los judíos) y proclamaban que «la historia hacía justicia por fin castigando a los malditos judíos por medio de los alemanes».

Todos aquellos artículos perseguían un solo objetivo. A saber, despertar en los polacos y los ucranianos el odio hacia los judíos.

Katzmann publicó un ucase que establecía la pena de muerte para todo aquel que ofreciera refugio a un judío.

Los diarios alemanes emprendieron una «campaña explicativa». Alegaron que el exterminio de los judíos redundaría en beneficios para todos los pueblos arios. «Hace mucho tiempo ya que los judíos se disponen a apoderarse del mundo*»[, decían, y para apoyar esa estúpida tesis insertaban profusas citas de la Biblia y el Talmud]*.

En sus artículos, los alemanes sostenían que el «exterminio» de los judíos se hacía en respuesta a los pogromos que éstos habían organizado contra la población alemana de Bydgoszcz, Poznan y otras ciudades. *[No obstante, nadie prestó oídos a aquella estúpida provocación.]*

La población judía intentaba escapar de la muerte a toda costa. Alejarse de aquella violencia monstruosa, de aquel terror permanente. Muchos consiguieron abandonar Lvov y marchar a Varsovia, Cracovia, Czestochowa y otras ciudades de Polonia occidental donde se domiciliaban bajo una nueva identidad. Otros pudieron trasladarse al «sector ario» de Lvov *[, donde vivían y trabajaban pasando por polacos o ucranianos]*. La Gestapo no tardó en conocer esa situación *[y decidió acabar con aquellos «falsos arios»]*. A ese fin llenaron de agentes secretos la ciudad, todos ellos plenamente entregados a la misión que les había sido encomendada. Los agentes solían pasearse por las calles o se apostaban en las oficinas de correos y las estaciones de ferrocarril. Observaban con atención a cualquiera que aparentara tener origen judío. Conducían a sus víctimas a la sede de la «Kripo» (*Kriminalpolizei*), cuyos funcionarios detectaban rápidamente si la persona en cuestión era judía. Cuando se trataba de mujeres, las torturaban hasta conseguir que confesaran ser judías. Los alemanes premiaban a sus agentes *[encargados de la detección de «falsos arios»]* con munificencia. Pero también los judíos los premiaban a veces: con plomo. Uno de los agentes secretos se acercó a un joven judío en la plaza Streletski. El joven llevaba documentos *[arios]* falsos y, por lo visto, el agente intuyó que podía tratarse de un judío. Y éste, sin pensárselo un instante, sacó su revólver en lugar de su documento, y mató al agente de un disparo. Otra historia corrió de boca en boca en Lvov, donde cierta Lina Haus, estudiante del gimnasio hebreo, vivía en la calle Yakóvich, haciéndose pasar por polaca. La joven se había cambiado el apellido y encontró empleo en una empresa alemana. Un agente secreto sospechó de ella y se presentó en su apartamento para verificar su documentación.

A la postre el agente fue encontrado muerto con una toalla anudada al cuello. Los alemanes imprimieron carteles con el rostro de la joven y la declararon en busca y captura. Además, prometieron una suculenta suma a quien denunciara su paradero. Pero todo fue inútil: Lina Haus se evaporó.

Algunos judíos que dominaban la lengua francesa se hacían pasar por prisioneros de guerra franceses y vivían en los campos de concentración junto a personas de esa nacionalidad.

Numerosos judíos consiguieron esconderse en casas de polacos o

ucranianos. Por mucho que los alemanes se esforzaban por ahogar los buenos sentimientos de la gente por medio del terror a la muerte, las ejecuciones públicas, fomentando así la traición y el egoísmo, fueron muchos los hombres valientes y honestos que se comportaron heroicamente. En particular, los intelectuales polacos salvaron de la muerte a muchos niños judíos. *[No obstante, como es sabido, la mayoría de ellos ofrecía cobijo sólo a niñas.]*

Algunos sacerdotes polacos también acogieron a niñas judías y las escondieron en las iglesias para salvarlas de la muerte. Entre esas personas generosas, no fueron pocas las que pagaron con sus vidas la salvación de unos pocos niños judíos…

Tras la victoria del Ejército Rojo en Stalingrado, en el gueto de Lvov se organizó un Comité para el levantamiento armado contra los alemanes. Entre otros miembros, el Comité contaba con la adhesión de los poetas judíos Y. Shúdrij y S. Friedman.

La organización estableció contacto con un Comité polaco que compartía idénticos fines y comenzó a publicar un periódico clandestino que pasaba de mano en mano. Con el dinero reunido por el Comité se pudieron adquirir algunos revólveres; en otros casos, algunos empleados en las fábricas de armas alemanas consiguieron sustraer armas y aportarlas a la organización. Muy pronto comenzaron las sesiones de entrenamiento para el combate. Unos delegados del Comité viajaron a Brody donde establecieron contacto con los partisanos que operaban en Volynia. Entre esos delegados estaba la doctora Lina Goldberg, quien más tarde se encargó de la organización del movimiento de resistencia en Lvov. El flujo de armas hacia el gueto era incesante. Los judíos que salían a trabajar las traían al gueto escondidas entre los alimentos. En una ocasión, los hombres de las SS que hacían guardia a las puertas del gueto encontraron un arma oculta en el hatillo que cargaba un joven. Fue fusilado allí mismo sin contemplaciones. A partir de ese día se intensificaron los registros. En la calle Loketka fue descubierto un almacén de armas. Los alemanes buscaron a los responsables, pero no consiguieron dar con ellos.

La gente comenzó a escapar del gueto en grupos o en solitario.

El Comité buscaba a toda costa enviar combatientes a Brody, convertido en centro de la resistencia armada a los ocupantes.

A cambio de una importante suma de dinero, se alquilaron tres

vehículos para llevar a un importante grupo de combatientes entrenados en el gueto. Todos ellos se sumaron con valentía y fiereza a los destacamentos de partisanos. Muchos de esos combatientes eran jóvenes que se movían muy bien sobre el terreno, porque conocían la espesa urdimbre de caminos y senderos de las zonas rurales.

Los partisanos atacaban con éxito las granjas que abastecían de alimentos a los alemanes y arramblaban con todo lo que encontraban. También organizaban exitosas emboscadas para despojar a los alemanes de sus armas.

Los partisanos no estaban solos en su lucha. Los guerrilleros de Volynia les enviaron hombres con explosivos —principalmente, tolueno y dinamita— destinados a la comisión de acciones de sabotaje.

En una ocasión los partisanos de Brody atacaron una guarnición alemana ubicada en la frontera que separaba la zona ocupada y el *Ostgebiet*. Consiguieron matar a un guardia y se llevaron fusiles automáticos y granadas. A esas alturas, los partisanos se habían convertido en una genuina amenaza para los alemanes en toda la región y los gendarmes alemanes buscaban ubicarlos y aniquilarlos. Pero el cuartel general de los guerrilleros era sencillamente indetectable, puesto que se trasladaba de un lado a otro sin cesar.

Cuando llegó a oídos de los miembros del Comité que los alemanes se disponían a liquidar definitivamente el gueto, se decidió marchar a los bosques y continuar la lucha. El poeta Y. Shúdrij integró un grupo de diecisiete personas que se disponía a unirse a los partisanos.

Habían planeado emprender la huida a las seis de la mañana del 8 de mayo de 1943. Pero cuando el vehículo que los llevaba tomó la calle Zyblikevich fue rodeado súbitamente por hombres de las SS. Los partisanos comprendieron que habían caído en una trampa y decidieron vender caras sus vidas. Varios hombres de las SS resultaron gravemente heridos en el intercambio de disparos que se produjo. Sin embargo, un nuevo destacamento de las SS acudió en socorro de sus compañeros y consiguió desarmar a los partisanos. Todos murieron sin excepción.

Al amanecer del día 9 varios batallones de infantería alemana rodearon el bosque de Brody. Apenas unos pocos partisanos

consiguieron romper el cerco y escapar hacia los bosques de Lublin, donde continuaron la lucha contra las tropas de ocupación. El resto murió heroicamente empuñando las armas. Ni un solo partisano fue capturado vivo.

Conscientes de que se acercaba su final los alemanes apuraron el exterminio de los judíos.

Los guetos desaparecían uno tras otro: Peremyshl, Sambor, Rudki, Brzhezhani, Ternópol, Yávorov, Zhúlkev, Przhemysliani, Yárychuv.

Una profunda calma precedió a la liquidación del gueto de Lvov. Grzymek apenas se mostraba en público. *[Retiraron a los guardias que cuidaban la puerta de acceso al perímetro habitado por los judíos. Los alemanes organizaron partidos de fútbol y conciertos en el gueto.]* Los hombres de las SS dejaron de aparecer de improviso en las casas de los judíos. Sin embargo, todos eran conscientes de que se trataba de la proverbial calma que suele preceder a las peores tempestades. El 25 de abril los alemanes condujeron a Piaskova Gura a los últimos cuatro mil detenidos del campo de concentración de Yanovska. Todos fueron ejecutados.

A las tres de la madrugada del 1 de julio de 1943 los hombres de las SS entraron al gueto. Venían a culminar el trabajo que habían iniciado en 1941. Comenzaba el exterminio final. *[Se llevaban a todo el mundo, incluso a quienes trabajaban para empresas alemanas.]* Nada tenía valor en aquellos momentos: ni los certificados con sello de las SS, ni los distintivos con las letras «W» o «R».

Katzmann, Engels, Lenard, Willhaus, Inguart y Schönbach dirigían la operación. Los destacamentos de las SS y la policía fascista se pasaron todo el día registrando las casas y arrojando granadas a los sótanos donde sospechaban que había familias judías ocultas. Los coches de bomberos entraron al gueto tres días más tarde. Los judíos estaban siendo quemados vivos. Todas las casas de las calles Loketka, Kresova y Sharanovich fueron reducidas a cenizas. Quienes habían encontrado refugio en ellas salían corriendo en el último momento. Asfixiados por el humo, los judíos corrían entre las llamas. Los hombres de la Gestapo no disparaban a esas víctimas: intentaban capturarlas vivas para devolverlas al fuego.

Al principio hubo algunos conatos de resistencia. Todo aquel

que tenía armas hizo uso de ellas contra los alemanes. Así, consiguieron dar muerte a dos policías y herir a varios hombres de las SS. Como es natural, ello enfureció aún más a los verdugos. Asesinaban sin miramientos a mujeres y niños, los arrojaban desde los balcones, decapitaban a los hombres a hachazos. Las calles del gueto se llenaron de cadáveres.

La humareda que salía de las casas que ardían ensombreció el cielo al que se alzaban los gritos desesperados de los niños que agonizaban.

Hemos expuesto la verdad. A pesar de que los fascistas intentaron por todos los medios que ni un solo testigo de sus crímenes sobreviviera, sus desmanes no pueden ser ocultados a la humanidad.

Porque sí sobrevivieron algunos testigos. Sobrevivió Naftalí Najt, un joven de Lvov que pudo huir a reunirse con los partisanos. También Leopold Shor, quien escapó de Lvov. Sobrevivió Líjter Uri, a quien los partisanos de los bosques de Zolochévskie salvaron de sus verdugos. También lo hizo Artur Rozenshtrauch, un empleado de banca de Lvov. Y Lilia Hertz, quien pasó trece días emparedada en una casa del gueto.

Los crímenes cometidos no pueden ser olvidados ni perdonados por la humanidad.

TESTIMONIOS: I. HERTZ Y NAFTALÍ NAJT
EDITOR[ES]: R. FRAERMAN [Y R. KOVNATOR]

Trece días en el refugio (Testimonio de Lilia Hertz, Lvov)

Estamos en el refugio. La muerte, los disparos y los gritos de las víctimas se han adueñado de las calles del gueto.

El refugio está en un desván. Consta de dos pequeñas estancias separadas por un tabique de ladrillos. La entrada ha sido disimulada con esmero.

Somos cuarenta personas. Hace calor. Apenas nos queda agua.

Los alemanes descansan de noche, de manera que podemos estar tranquilos hasta el amanecer.

Hacia las cinco de la mañana comienzan a llegarnos sonidos desde el exterior. Parece que alguien tañera una campana. Al principio, los sonidos son quedos y espaciados. Pero de pronto se escucha un grito horroroso, que parece alzarse hacia el cielo y al que siguen disparos ensordecedores. Son los gritos de las víctimas.

Nadie se mueve en el refugio. El pequeño bebé de los Rozenberg solloza en un rincón. Después echa de pronto a llorar y somos conscientes de que ahora todos estamos en sus manos: sus gritos pueden delatar nuestro escondite. Le alcanzamos algo de azúcar a su madre, alguien le acerca una botella de leche… Cualquier cosa con tal de que el niño calle.

De noche, cuando llegó la calma, abandonamos el refugio. Las puertas de los apartamentos han quedado abiertas. Nos tumbamos sobre nuestras camas desordenadas para dormir siquiera unas pocas horas después de un día horroroso.

Pero muy pronto se escuchan disparos. Y corremos de vuelta al refugio; a duras penas conseguimos hacer sitio para todos.

Los pasos de los policías resuenan cada vez más cerca. Nos buscaban, sin conseguir dar con nosotros. Enfurecidos por su fracaso, al tiempo que seguros de que nos ocultábamos allí, gritaban: «¡Fuera todos! ¡Idiotas! ¡Si no salís, comenzaremos a disparar!».

El niño echó a llorar de nuevo. El miedo nos paralizó. Sí, había

llegado nuestra hora final. Ahora nos encontrarían. ¿Qué podíamos hacer?

No saldríamos. Que dispararan.

—¡Abrid la puerta! ¡Deprisa! *[¡Malditos judíos!*

Alguien empujó la puerta de entrada.]

Los alemanes no se atreven a entrar. Temen hacerlo.

El niño comienza a pegar alaridos. Me abrazo a mi marido, me despido de él para siempre.

Los alemanes suben al tejado y comienzan a levantar las tejas para dispararnos desde arriba. Ya han conseguido abrir un gran orificio sobre nuestras cabezas. Atacados por el pánico, echamos a correr hacia la salida.

Intento esconderme. El desván ha quedado vacío. Me escondo bajo un colchón apoyado en una esquina. Tal vez acaben marchándose. Pero de pronto una mano tira de mi abrigo.

Ahora estamos en un pequeño pasillo. Mi amado marido, de rodillas contra una pared, está a mi lado. Su rostro está pálido; su voz, muda. Me acerco a él y nos despedimos nuevamente en silencio.

Los alemanes hacen el recuento: uno, dos, tres… ocho… *[treinta y cinco]*.

De pronto hay confusión.

Alguien ha echado a correr escaleras abajo. Iska, mi marido, tira de mí y me empuja al interior de un apartamento, cuya puerta había quedado abierta.

—¡Al menos sálvate tú, si puedes! —me dijo en un susurro antes de desaparecer. Atravieso corriendo la cocina y llego al dormitorio. Todo está en desorden. Me oculto bajo una montaña de almohadas y cojines y permanezco allí inmóvil. Nada escucho; nada siento. Mi cuerpo se ha tornado insensible como un tronco; apenas me late el corazón. Siento que me ahogo. Tengo la boca reseca. Espero. Soy consciente de que acabarán percatándose de mi fuga y vendrán a buscarme.

¡Oh, Dios mío! He escuchado un disparo a unos pocos metros de mí. Seguramente fue en la cocina.

—No hay nada con que emborracharse —dice alguien en alemán.

Escucho cómo abre la alacena. Busca una botella de vodka.

Después entra en el dormitorio. Debe estar buscándome. Aguanto la respiración. ¡Ojalá todo ocurra deprisa! Será mejor que me dispare. Que me dispare ya. Trago saliva. Lo veo recoger unos papeles del suelo. Son billetes de banco. Uno de mis pies asoma por debajo de los cojines. No supe recogerlo a tiempo. Tropezará con él y ahí acabará todo.

¡Oh, no! Se marcha. Sí, se marcha. Tras unos instantes de máxima tensión, escucho por fin sus pasos que se alejan por las escaleras. Y por fin se hace un silencio sepulcral. Salgo a rastras de mi escondite, sabiendo que he de actuar con rapidez. Tengo que encontrar dónde esconderme. Me incorporo y descubro de pronto que hay alguien más conmigo en la habitación. Se trata de Bronia, la hermana de Iska.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunto.

—Iska me empujó adentro en el último instante.

Ambas sabemos que no tenemos tiempo para charlas. Corremos de vuelta al desván. Hay más personas escondidas tras el tabique de ladrillos. Son los dueños del edificio. Aporreamos el tabique.

—¡Dejadnos entrar! ¡Deprisa, que los alemanes pueden volver!

Ahora somos dieciséis personas en el refugio. Hay mujeres y jóvenes; hombres y un chico de tres años, Dziunia. Guardamos silencio. El inclemente sol de junio convierte el desván en un horno.

Por fin llega la noche que tanto consuelo nos trae. Salimos a rastras del refugio y nos aprovisionamos de agua, que guardamos en botellas, para el día siguiente.

Nos tumbamos a dormir. Nuestro sueño es tan profundo que todavía dormimos cuando ya ha salido el sol.

Liusia nos despierta alarmada:

—¡Despertad! ¡Corramos al refugio! Acaban de aparecer unos coches de bomberos.

Corremos de vuelta a nuestro zulo. Nos llega el ruido de explosiones. Los alemanes arrojan granadas a las casas donde suponen que hay judíos escondidos. Cada explosión es seguida de sollozos y alaridos. Un alemán alardea:

—Mira, Leonard, la he matado de un solo disparo con lo lejos que estaba.

—¡Eh! —grita otro alemán—, ¡arriba, salid todos de ahí, ratas! ¡Os freiremos a todos *[, malditos judíos]*!

—¡No! ¡No nos eche al fuego! ¡Dispárenos! ¡Oh, Dios mío! —grita a toda voz una mujer.

Una fina columna de humo comienza a colarse en el desván a través de una grieta. Me arde la garganta; la sed y el miedo me resecan la garganta.

El pequeño Dziunia se cubre la boca con sus manitas. Sabe que no puede emitir ni un solo sonido. Por las mejillas le corren gruesas gotas de sudor.

—¿No será mejor que salgamos? —pregunto—. ¿Acaso no es preferible que te mate una bala en plena calle antes que morir aquí asado?

—No, no saldremos —me responde Bronia—. Los alemanes no quemarán este edificio porque al lado tienen su hospital militar.

—¡Salgamos de aquí, sí! —implora Lida—. ¡Nos van a quemar vivos!

—¡Quemad todo esto aquí! —escuchamos de pronto la voz de un alemán que da órdenes en el tejado.

—¡Empapad todo esto de gasolina! —grita un bombero.

De pronto se escucha un sonido siniestro y un líquido impulsado por una bomba comienza a filtrarse desde el tejado. Abriéndose paso entre las grietas, el líquido cae sobre nuestras cabezas ardientes. Y, oh, sorpresa, nos refresca. «No es gasolina, es agua», nos decimos unos a otros con gestos. Sólo quisieron asustarnos. Pensaron que cuando escucháramos las órdenes de prender fuego, saldríamos despavoridos.

¡Ahora sólo quedaba confiar en que los hombres que se paseaban por el tejado ignoraran nuestra presencia! Por suerte, el ruido del agua ahogaba nuestra respiración.

—¡Parad! —gritó el bombero.

Por lo visto, intentaban proteger nuestro edificio de las llamas para evitar que éstas se extendieran al hospital contiguo.

Las voces se alejaron por fin.

Apenas nos llegaba el ruido de la calle: la madera crepitando bajo las llamas y los gritos de la gente que sabía que iba a morir en ellas.

Esa noche salimos nuevamente del refugio para admirar a través de un orificio en el tejado las ruinas humeantes de la calle Loketka.

Desde el fondo de la calle, allá a lo lejos, nos llegaba la voz de

un niño agonizante:

—¡Disparadme una bala más, os lo ruego! ¡Oooos lo ruego, una baaaala más!

A la mañana siguiente ya se habían apagado los lamentos de las víctimas. Nuestro refugio se había convertido en un verdadero infierno. El hambre y la sed nos atormentaban; las chinches nos picaban sin piedad. Sudábamos, nos ahogábamos.

Dziunia no cesaba de pedir azúcar y agua. No dejaba de dar la brasa a su madre, mientras a mí me tiraba de los pelos. Nos comunicábamos entre susurros. Alguien rezaba a media voz. Quienes habían perdido a algún ser querido en la masacre de la víspera, lloraban a sus muertos, en algunos casos sus hijos, con voz queda.

—Si al menos pudiera asfixiar a uno de esos verdugos con mis propias manos, después la muerte me parecería un lujo. Y mientras espero aquí, indefensa —dijo Lida.

Llegó la noche. Soy la primera en bajar. Siento mareos. Ya llevamos varios días sin comer. Necesito encontrar ropa interior para cambiarme; las chinches me están acribillando. Consigo entrar a mi apartamento sin hacer ruido. Temo me pueda escuchar alguna patrulla alemana.

Hurgando en la oscuridad, encuentro un pote de azúcar y me lo guardo para Dziunia. Hay ropa blanca colgando de un cordel. ¡Es ropa interior! La cojo toda de golpe y subo de vuelta al desván.

Mis compañeras de infortunio me arrancan la ropa interior de las manos. Nos cambiamos allí mismo.

—¡Oh Dios mío, que dulce sensación de bienestar! —exclama una mujer—. Vuelve a bajar, anda: ¡va y también consigues encontrar algo de comer! ¡Qué felices nos harías!

Hago una segunda excursión abajo y me cuelo en otro apartamento. Apenas entro, tropiezo con el cadáver de una mujer. Caigo al suelo y me mancho las manos de un líquido frío y espeso. Echo a correr de vuelta al desván sin preocuparme por la comida. De hecho, he perdido el hambre.

Durante unos instantes permanezco de pie en un pequeño corredor que conduce a un balcón. Se escuchan disparos. Son los guardias alemanes disparando a quienes intentan huir.

Parece que alguien descubrió nuestra presencia en el refugio, porque en la mañana del séptimo día escuchamos de pronto voces alemanas al otro lado de la puerta.

—Aquí tiene que haber judíos. ¡Busquemos bien!

—No perdamos tiempo con esos judíos —dice otra voz y lanza la orden—: ¡Granadas!

Se escucha una explosión, y otra, y otra más. Una de las granadas hace explosión junto al desván. La onda expansiva levanta polvo que nos cubre los rostros.

Guardamos la calma. Ya no nos asustan las granadas. De hecho, ya nada nos asusta. El pequeño Dziunia, nuestro pequeño héroe, ayuda en lo que puede. Intenta calmar a los demás.

—Si me quedo tranquilo, ¿me darás azúcar, mamá?

—Te daré lo que quieras, hijo.

—¿Verdad que cuando salgamos de aquí mataremos a todos esos tíos de la Gestapo?

—Sí, pero ahora estate tranquilo…

—No, mejor los quemaremos, ¿vale?

—No hables así, hijo. Y estate quieto.

—Pero ¿por qué, mamá? Si ellos nos queman a nosotros, los quemaremos también a ellos.

—¿Qué voy a hacer con este niño? —pregunta desesperada la madre —. No para de hablar.

Entretanto el gueto continuaba ardiendo. Desde la calle nos llegaron los gritos de una persona a la que los alemanes se disponían a asesinar. El condenado rogaba a sus verdugos que le dejaran beber un poco de agua antes de matarlo. ¡Un comportamiento de veras curioso!

Nuestro pequeño Dziunia parece completamente trastornado. No conseguimos que pare de hablar y llorar. Los alemanes vuelven a registrar el edificio. Los escuchamos golpear los techos, los suelos y las paredes.

—¡Cuéntame un cuento! —me exige el pequeño Dziunia—. ¿Me oyes? ¿O es que quieres que me ponga a gritar?

—Ahora no puedo, cariño —le digo—, pero en cuanto vuelva la calma te contaré el cuento más extraordinario del mundo.

—¡No! ¡Cuéntamelo ahora o gritaré! ¿Me oyes?

De pronto alguien golpea sobre nuestras cabezas. El terror se

apodera de todos.

En un susurro y arrastrando las palabras, comienzo a contarle una historia. Intento atrapar la atención del niño.

—¿Sabes qué, Dziunia? —le digo—. Cuando salgamos de este refugio vendrá tu papá y te comprará un potrillo…

Dziunia me responde arrastrando también las palabras:

—¡Mentirosa! Papá no volverá, porque lo mató la Gestapo.

—Tírame de los pelos, Dziunia —lo animo. Tira con fuerza de mis cabellos, pero el entretenimiento le dura poco.

Tiene el rostro encendido. Bebe agua sin parar. Lo frotamos con un trapo húmedo para calmarlo. Pero todos nuestros esfuerzos resultan inútiles. No deja de alborotar y chilla cada vez que se escucha un sonido proveniente del exterior.

El miedo, el hambre y la sed nos tienen exhaustos.

—Deberíamos envenenarlo —dice alguien—. No va a soportar estos tormentos y acabará por arrastrarnos a todos con él.

La madre se abalanzó sobre su hijo. ¡No! ¡No permitirá que tal cosa suceda! Si el veneno alcanzara para los dos, tal vez aceptaría. Pero sólo hay veneno para una persona. La dosis que guarda Lida.

Cuando cae la noche los alemanes vuelven a aparecer en nuestro edificio. Hablan a gritos, como es en ellos habitual.

Dziunia se levanta de pronto y comienza a mirar en todas direcciones con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Ahora me pondré a gritar para que vengan pronto!

Le tapamos la boca con fuerza. La madre suplica y lo besa entre sollozos. Pero nada podemos hacer. Dziunia le muerde las manos y le patea la barriga.

¡Imaginaos cuan horribles eran nuestros tormentos que hasta un inocente niño perdió completamente la razón!

Aquella noche su madre cargó con su cadáver y lo enterró en el sótano.

A la mañana del décimo tercer día, un domingo, el silencio era absoluto en el gueto. Las patrullas alemanas se paseaban por las calles, pero los disparos eran escasos. Decidimos escapar.

La noche nos resulta favorable: no hay estrellas, la luna no ha aparecido en el firmamento y las casas han dejado de arder. Escrutamos el silencio en busca de sonidos que delaten la presencia de soldados alemanes. Pero el silencio es total y apenas lo rompen,

muy de tanto en tanto, distantes disparos.

—No saldremos vivas de ésta —me dice Lida.

—Sería mejor que nos mataran de un disparo, antes que morir aquí de hambre o de miedo —le replicó Bronia, quien siempre se encargó de insuflarnos valor.

Nos dividimos en dos grupos. Uno tomó a la derecha; el otro, el nuestro, a la izquierda. Después de tantos días de encierro, tengo la sensación de haber salido de un sepulcro. Ante nosotras se extiende la calle Loketka. Tenemos que dar algunos pasos para llegar a ella, pero no nos alcanzan las fuerzas para andar. Bronia nos obliga a ponernos en movimiento. Avanzamos en fila india, apoyándonos en las paredes de las casas. Todavía arden algunas hogueras con las que buscan asustar a los fugitivos.

La ciudad duerme. Todas las ventanas tienen las cortinas corridas. Unos borrachos aparecen de pronto a la vuelta de la esquina. Cantan a todo pulmón. Nos ocultamos en la sombra de un dintel, las espaldas pegadas a la puerta, intentando pasar desapercibidas. Pasan de largo. Ya estamos a un tiro de piedra de la casita de una conocida mía. Una mujer polaca. Seguramente nos ayudará. Golpeo suavemente en su ventana.

—¿Quién anda ahí? —pregunta.

—Soy yo, Lilia. ¡Déjeme entrar, se lo ruego! —le digo en voz baja.

La polaca nos hace pasar. Nos ofrece café y huevos hervidos.

—Os esconderé en el establo, porque hay un edicto que prohíbe dejar entrar a los judíos en las casas so pena de muerte —explica.

Le aseguro que el establo nos vendrá de perlas con tal de que no nos encuentren.

Ya en el establo, nos acomodamos sobre el heno y hablamos en susurros.

A las diez de la noche decido ir a charlar con nuestra benefactora. Quiero saber si tiene alguna noticia sobre Iska. Avanzo a hurtadillas hasta la última ventana y golpeo suavemente el vidrio. Un saliente de la pared me mantiene perfectamente oculta de las miradas ajenas. Nadie podría descubrir mi presencia allí.

De pronto el ruido ensordecedor de unas motocicletas llena el patio. Han llegado los alemanes. «Alguien debió delatarnos», pensé inmediatamente.

Y no me equivocaba. Uno de los alemanes se dirigió sin vacilar al establo y sacó a Bronia a empujones.

—Dejadme ir, os lo ruego —clamaba Bronia—. Sólo tengo diecinueve años: ¿qué ganáis matándome?

—¡Cierra la boca, trozo de estiércol!

Observaba la escena desde mi escondite. Erguida y pálida, Bronia miraba a sus verdugos.

—Y la otra, ¿dónde está? —preguntan los alemanes.

—Se marchó esta mañana. No sé nada de ella.

—¡Ya la encontraremos!

Bronia echa a andar con paso vacilante espoleada por los culatazos. Me he salvado una vez más.

EDITOR[ES]: R. FRAERMAN [Y R. KOVNATOR]

Mi camarada el partisano Yakov Barer (Una carta de Borís Jandros)

Nací en 1924. Ingresé en el Komsomol a los catorce años. Escribía versos. En 1941 terminé la enseñanza media. Me ofrecí como voluntario para ir a la guerra. Fui herido en una pierna durante la defensa de Kíev. Una buena anciana me dio cobijo hasta que sané de la herida. Regresé a la Transnistria. Junto a la maestra rural Támara Buryk organicé una célula clandestina. Conseguimos sobrevivir al terrible invierno de 1942. Entonces comencé a luchar nuevamente contra los alemanes.

A principios de 1944 se produjo mi primer encuentro con Yakov Barer. Era un joven fornido y de complexión recia. Hablaba perfectamente en alemán. Se integró a nuestro destacamento y luchó con bravura. El 17 de marzo de 1944 recibí una herida grave en el pecho. Una bala me atravesó el pulmón. Yakov cargó conmigo y me sacó del alcance del fuego enemigo.

Yakov procedía de Lvov. Era peletero. Terminó los estudios secundarios en 1939 y se disponía a matricularse en la universidad. Pero entonces llegaron los alemanes y Yakov, como todos los judíos de Lvov, estaba condenado.

Un día los alemanes se lo llevaron a trabajar. Cuando regresó a casa esa noche ya no encontró a su abuela y a su hermano de trece años. Los alemanes se los habían llevado a Belzec, la «fábrica de la muerte». Allí exterminaban a judíos de Lvov, Polonia y Francia. Muy pronto el propio Yakov tomó el camino de Belzec, pero consiguió saltar del convoy en marcha y escapar.

En otoño de 1942 Yakov fue a parar a un campo de concentración ubicado a las afueras de Lvov. El comandante de ese campo no era hombre que enviara a los judíos a fusilar. En cambio, se acercaba a los condenados, les hablaba de las mejoras que pensaba implementar en el funcionamiento del campo y de la profunda humanidad del *Führer*. Cuando su pobre víctima comenzaba a creer que estaba salvada, el comandante del campo la

estrangulaba con sus propias manos. El Estrangulador, le llamaban. Construyó una celda de vidrio que se alzaba sobre una plataforma en el medio del campo. Los judíos encerrados en aquella celda morían a la vista de todos. El Estrangulador obligaba a cavar zanjas y a llenarlas de tierra después. Un día Yakov estaba entre quienes cavaban una zanja en la linde del campo de concentración. Cuando dieron la orden de regresar a los barracones, Yakov consiguió apartarse de la columna y esconderse en la zanja. Los gritos del guardia alemán no se hicieron esperar, pero Yakov se abalanzó sobre él y lo mató golpeándolo con la pala. Después lo despojó del uniforme y estudió su documentación. El guardia se llamaba Max Waller. Sin pensárselo dos veces, Yakov se encaminó al barracón donde estaban encerrados su hermano menor y otros ocho amigos de Lvov. Con voz impostada que ni su hermano supo reconocer, Yakov les ordenó seguirlo. Los nueve hombres echaron a andar seguros de que se encaminaban hacia la muerte. El soldado que guardaba la puerta del campo no mostró sorpresa alguna, pues cada noche se llevaban a algún grupo de judíos para asesinarlos fuera del campo. «Veo que vas a purificar un poco el ambiente, hermano» —bromeó con quien suponía su colega.

Fue la primera victoria de Yakov Barer.

Yakov decidió tomar el camino del este. Así, llegaron a una estación de ferrocarriles de la que partían convoyes de carga. Uno de los vagones estaba lleno de libros cuyo destino era la ciudad de Dnepropetróvsk. Los nueve judíos se escondieron entre las cajas de libros, mientras Yakov, vestido con el uniforme de las SS, simulaba cuidar la carga.

Al llegar a Dnepropetróvsk los fugados se dispersaron. Yakov y su hermano permanecieron juntos vagando sin cesar. Yakov tuvo que desprenderse del uniforme, porque los gendarmes buscaban desertores. En septiembre de 1943 llegaron a Pervomaisk. Allí Yakov trabó amistad con Mikoláichik, quien había sido maestro antes de la guerra. Yakov consiguió hacerse de un receptor de radio y juntos escuchaban los resúmenes de noticias que transmitía la radio soviética para difundirlas después entre la población. La SD supo de Yakov e intentó darle caza. Él pudo escapar, pero su joven hermano fue asesinado por los alemanes.

Vi muchas fotos y documentos que daban testimonio de todos

los alemanes a los que mató Yakov. Al propio Yakov no le gustaba hablar de sus hazañas: le dolía recordar la muerte de sus familiares y amigos.

Nos despedimos cuando ambos recibimos el alta del hospital. Yakov marchó hacia el oeste en las filas del Ejército Rojo. Tenía una sola obsesión: restituir el poder soviético en Lvov.

22 de julio de 1944

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

En los bosques de Peniatskie: carta de un oficial de inteligencia (Región de Lvov)

En el bosque de Peniatskie se alzaban dos pueblos separados por apenas cuatro kilómetros. Guta Peniatskaya contaba con ciento veinte granjas de las que ya no queda ni una. Ochocientas ochenta personas entre judíos y polacos vivían en ese pueblo. Hoy todos están muertos. Los alemanes rodearon el pueblo, rociaron las casas y los establos con gasolina y les prendieron fuego con los habitantes adentro. En Guta Verjobúzhskaya han quedado apenas dos granjas de las ciento veinte que había. Ninguno de sus habitantes escapó con vida. Quien suscribe, Matvei Grigórievich Perlin, oficial de inteligencia del Ejército Rojo, tuvo ocasión de encontrar en las inmediaciones de esos pueblos dos refugios bajo tierra en los que se cobijaban unos ochenta judíos. Había ancianas que superaban los setenta años, jóvenes de ambos sexos y niños de los que el menor apenas contaba tres años.

Fui el primer oficial del Ejército Rojo a quien aquellas personas veían después de tres años viviendo bajo una permanente amenaza de muerte. Todos intentaban alcanzarme con sus manos, estrechar la mía, mostrarme su gratitud. Aquellas personas habían pasado dieciséis meses escondidas bajo tierra en medio del bosque para escapar de las atrocidades que cometían los alemanes. El grupo, que integraba un número mayor de personas, fue mermando hasta las ochenta que encontré. Según su testimonio, de los cuarenta mil judíos que habitaban las regiones de Brodski y Zolóchevo, apenas unos doscientos quedaban con vida.

¿Cómo consiguieron sobrevivir aquellos ochenta judíos? Los residentes de las poblaciones vecinas les proporcionaban alimentos, aunque nadie sabía el lugar exacto donde se escondían. Cuando salían de «su» bosque o volvían a «casa» se cuidaban de borrar sus huellas cubriéndolas con nieve que filtraban a través de un cedazo fabricado con ese propósito. Contaban con algunos fusiles y pistolas. Y jamás dejaron escapar la oportunidad de ocasionar bajas a las

hordas fascistas.

Durante tres años enteros, aquellos judíos se comunicaron en susurros. Tenían prohibido hablar en voz alta incluso en el interior de las cuevas. Tan sólo cuando mi aparición les devolvió la seguridad volvieron a cantar, a reír, a hablar en voz alta.

Constatar la apasionada impaciencia y la firmeza de la fe con que aquellas personas aguardaron la llegada del Ejército Rojo me produjo una enorme emoción. Esa confianza en nosotros permeaba sus canciones, sus versos, sus conversaciones y hasta sus sueños. Zoia, una niña de tres años, no sabe qué es una casa y el mío fue el primer caballo que vio en su vida. Pero cuando se le pregunta quién vendrá algún día a salvarla, responde con firmeza: «Vendrá papá Stalin y entonces nos podremos ir a casa».

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

La presencia alemana en Radzivilov (Krasnoarméisk)

Ocurrió en una hermosa mañana de otoño. Todos los judíos de Radzivilov (Krasnoarméisk) corren a esconderse en sus casas. Desde el rincón donde nos hemos escondido se escucha un murmullo de alarma: «Ya llegan, ya llegan. ¿Qué será de nosotros?».

Un vehículo alemán se adentra en el patio de casa. Uno de sus ocupantes salta a tierra y llama a la puerta. Estamos aterrados. Mi anciana abuela le abre.

—¿Por qué nos has hecho esperar? —grita el alemán y su látigo golpea con fuerza el hombro de la abuela. El golpe la hace caer inconsciente. Mi madre y mi tía corren a socorrerla con un poco de agua, mientras el alemán registra la casa en busca de hombres. Era evidente que no tenía sentido esconderse y mi padre salió al encuentro del alemán, quien la emprendió a azotes con él. «Marchando deprisa al patio, campesino asqueroso», le ordenó antes de propinarle una patada a modo de acicate.

Mi padre tropezó con la puerta hiriéndose la cara con un clavo que sobresalía de la madera. Mi madre quiso socorrerlo, pero el alemán la empujó sin miramientos. Así fue como se llevaron a mi padre.

Resulta imposible describir lo que nos tocó vivir aquel día. El silencio en casa era absoluto. Cuando comenzaba a caer la noche llamaron a la puerta. La impresión que me produjeron aquellos suaves golpes me hizo prorrumpir en sollozos. Mamá abrió la puerta y se apartó horrorizada. Allí estaba papá: ¡qué aspecto tenía! Venía descalzo, no traía abrigo y estaba cubierto de sangre.

Papá entró sin decir palabra y se dejó caer sobre una silla. Mi prima le preguntó a gritos:

—¿Qué se ha hecho de tus botas, tío?

—Ya encontraré otras, cariño —respondió papá.

Los alemanes le habían robado el abrigo y las botas. Llevaba el pantalón hecho jirones por los latigazos; ni siquiera había podido

lavarse la sangre que le cubría la mejilla. Se había pasado el día cargando piedras destinadas a la construcción de barracones y volvía a casa con la orden de presentarse nuevamente a la mañana siguiente.

Así transcurrió nuestra primera jornada en manos de los alemanes.

Aun no sabíamos que aquello no era más que el comienzo de los terribles tormentos que nos esperaban.

Papá no recibía remuneración alguna por su trabajo. Mamá acudía a las casas de campesinos con quienes habíamos mantenido relaciones y les vendía cosas: ¡de algo teníamos que vivir!

Muy pronto llegaron gendarmes y policías, las nuevas autoridades alemanas. Los abusos contra la población se incrementaban día a día, como también los saqueos indiscriminados.

En junio arribaron los hombres de las SS. El emblema de la muerte era bien visible en sus guerreras. Esa misma noche se llevaron a seis mujeres y dieciocho hombres, todos judíos. A la noche siguiente, tras mantenerlos todo el día bajo arresto, se los llevaron en dirección desconocida. Poco después una vecina de una casa habitada por cuatro policías escuchó decir a uno de ellos: «Tenemos que lavarnos bien las manos y sacar la sangre judía».

A todos nos costó aceptar que aquellas personas habían sido asesinadas, pero muy pronto supimos que era cierto. Los condujeron al bosque de Brodski y los obligaron a abrir zanjas. Concluido el trabajo, los fusilaron y enterraron en aquellas mismas zanjas.

Poco después llegó a la ciudad el *Gebietskommissar* Dubensky. Muy pronto se conoció el propósito de su visita: treinta judíos fueron tomados como rehenes y se le exigió a la comunidad el pago de cien mil marcos que debían ser entregados en dos horas. En caso contrario, advirtieron, los rehenes serían ejecutados.

Todos los judíos se volvieron como locos. Corrían de un lado a otro vendiendo a precio de ganga lo que tenían con tal de reunir la suma exigida. El *Gebietskommissar* se marchó muy complacido con el dinero que le fue entregado. Pero cuatro días más tarde ya estaba de vuelta lleno de nuevas iniciativas. Por ejemplo, se ordenó a los judíos entregar todos los objetos de oro, plata y níquel, así como los abrigos de piel. También se les prohibió salir a la calle sin estar

provistos de un distintivo con una estrella de seis puntas. De hecho, llevábamos dos distintivos, uno cosido al pecho y el otro a la espalda.

Todas las órdenes alemanas fueron cumplidas, aunque ello no trajo consigo la puesta en libertad de los rehenes. Todo les parecía poco a los alemanes.

> *Nos obligaron a llevar dos trozos de tela de color amarillo cosidos a la ropa, uno en el pecho, el otro en el hombro. Solía suceder que los chiquillos importunaran a los judíos en plena calle al identificarlos gracias a los distintivos*. «Jude, jude», *les gritaban. En ocasiones también se aprovechaban del derecho que tenían a golpearlos o lanzarles piedras. Podían hacerlo por razón tan sencilla como que los judíos habían dejado de ser considerados seres humanos. Entretanto los alemanes observaban, orondos, la escena.*

En marzo de 1942 se conoció una nueva disposición: se encargó a la policía recorrer ciudades y pueblos y cargar en carretas todos los colchones, la vajilla y los alimentos que encontraran en las casas de los judíos.

Rápidamente trasladamos nuestras pertenencias a las casas de algunos campesinos amigos para que nos las guardaran. Nuestros benefactores fueron Anna Moroz, de Bogáyevka, Lena Montechúk y Vúbskaya, de Barana.

Aquel acto de pillaje nos pareció algo horrible entonces. Aún no sabíamos que comenzaban por despojarnos de nuestros bienes para después venir a quitarnos también la vida.

A finales del mes de abril los funcionarios de Radzivilov recibieron una nueva orden del *Gebietskommissar*. Debían desalojar a la población «aria» de dos calles de la ciudad y trasladar allí a todos los judíos. Una de las calles se destinó a los trabajadores (*«Fachers»*), es decir a quienes estaban provistos de las llamadas *Arbeitkarte*, y la otra a los «desempleados». Las calles fueron rodeadas con una cerca de alambre de espino de tres metros de alto. Al perímetro que cerraban se lo denominó gueto.

Cinco mil personas se agolpaban a duras penas en aquellas dos pequeñas calles.

Cada habitación disponible fue ocupada por tres o cuatro familias.

Entretanto, los «desempleados» se olían que su final se aproximaba e intentaban proveerse a toda costa de un *Arbeitskarte* que les permitiera cambiar de calle.

Según lo previsto por las autoridades, la instalación definitiva del gueto debía quedar cerrada el 24 de mayo. Mi padre consiguió a última hora y tras incontables gestiones los *Arbeitskarte* que necesitábamos. Le ayudó un intendente ucraniano con quien había trabajado algún tiempo en la oficina de recursos madereros. Con todo, nuestro temor no menguaba.

En la madrugada del día 2 de junio los mandos locales celebraron una fiesta para dar la bienvenida a un grupo de hombres de la Gestapo recién llegados a la ciudad. La bacanal tuvo lugar en el comedor de los alemanes y acabó, naturalmente, en una gran borrachera. A las cuatro de la madrugada el gueto fue rodeado. *Apenas seis policías ucranianos guardaron el sector donde residían los empleados. La otra calle fue tomada por unos ciento treinta bandidos de diversos cuerpos: había alemanes, policías y hombres de la Gestapo recién llegados a la ciudad.*

A las seis de la mañana llegaron los jefes acompañados de más policías y gendarmes. Ebrios aún, comenzaron a sacar a los judíos de sus casas a latigazos. Los concentraron en una plaza. La conjunción de los llantos desesperados de los niños y los gritos de los verdugos resultaba insoportable. Oculta en la casa de una vecina, pude observarlo todo a través de una ventana. La plaza estaba llena a rebosar de ancianas, jóvenes muchachas y niños. Alcancé a ver a una amiga mía: abrazaba a su madre y lloraba desconsolada. Los alemanes alzaban a los niños clavando las bayonetas en sus cuerpecitos, *mientras los policías borrachos y su intendente reían a mandíbula batiente*. A los niños más crecidos los golpeaban hasta que perdían el conocimiento. Muchas mujeres perdían la razón a la vista de aquel macabro espectáculo: gritaban, cantaban, se reían a carcajadas y algunas estrangulaban a sus propios hijos. Resultaba insoportable presenciar lo que allí sucedía. Mi amiga echó a correr hacia la cerca de alambre de espino con la esperanza de escapar, pero un certero disparo la hizo caer desplomada.

Aquel fue sólo el primero de los disparos que se escucharían ese día. Tras reunir a toda aquella gente en la plaza los alemanes condujeron a los judíos hacia las afueras de la ciudad. Algunos intentaron huir, pero fueron asesinados. Los gritos y llantos de los condenados se oían en toda la ciudad. La columna de judíos fue llevada ante tres zanjas cavadas por un grupo de prisioneros que desconocían la finalidad de su empeño. Les ordenaron desnudarse. Después obligaron a dos personas a tenderse en el fondo de una de las zanjas. Recibieron sendos disparos. Seguidamente otros dos judíos recibieron la orden de tenderse sobre los cadáveres. También a ellos les dispararon. Tal procedimiento se repitió una y otra vez hasta que las tres zanjas estuvieron llenas de cadáveres. La ropa fue cargada en vehículos y llevada de vuelta al gueto, ahora a medias desierto.

Conocimos los detalles gracias a una joven que consiguió escapar. Una entre tres mil condenados. Los disparos y los gritos se escucharon en el gueto hasta las dos de la tarde.

Los huérfanos cuyos padres acababan de ser asesinados vagaban desconsolados por las calles del gueto. Los llantos de quienes habían perdido a algún pariente cercano se escuchaban por doquier. A partir de aquel día nadie consiguió conciliar el sueño. Todos temíamos correr la misma suerte de nuestros vecinos asesinados.

Una noche mi madre me despertó presa del pánico. Los alemanes habían rodeado el gueto y echaban a la gente a la calle. «¡Salid fuera, malditos judíos!», gritaban.

No es difícil imaginar los sentimientos que nos embargaban. Pero resultó que en esa ocasión los alemanes venían en busca de mano de obra para descargar seis vagones cargados de patatas. Se llevaron a los hombres a latigazos como si se tratara de ganado. Aquella noche la pasamos llorando, pues creíamos que no los veríamos más. Pero a la mañana siguiente volvieron al gueto. Llegaron exhaustos, magullados y cubiertos de sangre. Todo no había sido más que una falsa alarma para quienes vivíamos en una permanente espera de la muerte.

El rumor de que los prisioneros de guerra estaban cavando nuevas zanjas inundó el gueto en agosto. Y esta vez la gente no esperó a que vinieran a empujarla a las zanjas, sino que huyó a esconderse en los pueblos vecinos. Muchos corrieron a buscar cobijo

en Sestratin, donde los judíos trabajaban en los yacimientos de turba. Al menos allí se trabajaba junto a los bosques, de manera que había una vía de escape en caso de necesidad, algo que no se podía decir del maldito gueto. Mi madre y yo estuvimos entre quienes huyeron a Sestratin, aunque el trabajo en los pantanos nos resultaba muy penoso. Mi padre, en cambio, permaneció en el gueto. Más tarde supimos que era cierto que los monstruos alemanes se disponían a emprender una nueva serie de acciones punitivas en agosto, pero se habían visto obligados a posponerlas pues contaban con los judíos para cargar los trenes que llevarían a Alemania las toneladas de patatas guardadas en ocho almacenes de nuestra región.

Al ver que la situación aparentaba calmarse, los huidos comenzaron a regresar al gueto. Sin embargo, a finales de septiembre mi viejo maestro Shlesinger llegó de Dubno y nos aseguró que los prisioneros de guerra estaban cavando enormes zanjas a las afueras de la ciudad.

Por esos días un representante de las autoridades se personó en el gueto para informarnos que sesenta judíos habían sido capturados cuando intentaban escapar de la ciudad. Todos ellos fueron fusilados en el acto, como lo sería, avisó, todo aquel que pretendiera seguir sus pasos.

En la madrugada del 3 de noviembre el gueto fue rodeado por alemanes llegados en motocicletas y otros vehículos. A las ocho de la mañana de ese día debía dar inicio la nueva serie de ejecuciones en masa. ¡En casa nos volvimos como locos! Las mujeres lloraban y rezaban. Mi padre me tomó de las manos. Mientras pronunciaba sus oraciones con fervor, no paraba de besarme y prodigarme caricias. Hacia la una de la madrugada escuchamos unos suaves golpes en nuestra ventana. Nos estremecimos de miedo. Papá abrió la puerta. Dos jóvenes ucranianos y viejos amigos de la familia, Volodia Semenchuk y Kolia Vovk, entraron a casa. Poniendo en riesgo sus propias vidas venían a salvarnos en el último instante.

Apenas nos dio tiempo a guardarnos los monederos y ya estábamos en la calle. A pesar de rogárselo con lágrimas en los ojos, mi abuela se negó a acompañarnos. Salimos arrastrándonos detrás de nuestros salvadores. No nos atrevíamos a levantar las cabezas del suelo. Por fin llegamos a un punto de la cerca en el que

previamente habían cortado el alambre de espino abriendo un hueco que permitía el paso a una persona. Uno a uno, fuimos saliendo por aquella puerta abierta a la libertad. Todavía nos quedó reptar durante kilómetro y medio hasta salir de la ciudad. Sólo entonces nos atrevimos a incorporarnos.

«Vayamos a Brodi», propuso Kolia. Brodi es una pequeña ciudad situada a ocho kilómetros de Krasnoarméisk, donde todavía entonces los judíos vivían en un gueto.

De pronto apareció ante nosotros un hombre como si hubiera emergido de la tierra. El aparecido se aproximó a mi tío y le dijo: «¿Qué pasa, Yada? ¿Acaso es posible que no me reconozcas?».

Se trataba ni más ni menos de Misha Domanski, vecino de Nemírovka y el amigo más cercano de mi tío. Domanski nos ofreció su casa para pasar la noche. Aún nos separaban tres kilómetros de Nemírovka. Nos dividimos en dos grupos. Kolia, mis padres y yo tomamos la delantera. No habíamos avanzado un kilómetro cuando vimos a un ciclista que se acercaba a toda prisa. «¡Alto!», gritó. Kolia se lanzó a la cuneta, mientras nosotros continuábamos andando hacia el recién llegado. El hombre hizo un disparo y pude sentir cómo la bala pasaba muy cerca de mi cabeza. Pegué un grito. Se trataba de un policía conocido nuestro; mi padre le dio cien marcos, su reloj de bolsillo y el anillo de compromiso. El policía subió a su bicicleta y se marchó muy satisfecho sin decir palabra. Cuando el incidente estuvo solucionado Kolia se reunió nuevamente con nosotros y llegamos a Nemírovka sin más sobresaltos.

Misha nos condujo a su casa y nos instaló en el establo, donde juntamos paja para que nos sirviera de improvisado lecho. Nuestros benefactores se marcharon tras sugerirnos que durmiéramos un poco, pero nos resultaba imposible conciliar el sueño sabiendo que miles de inocentes estaban siendo asesinados en aquellos mismos instantes.

La familia de Misha era numerosa. La integraban sus padres, su mujer y el hijo de ambos, su hermana y un hermano pequeño. A la mañana siguiente Misha y su padre vinieron al establo a traernos el desayuno. «No tenéis adonde ir, así que lo mejor será que os quedéis aquí —nos dijeron—. Dios proveerá y compartiremos con vosotros lo poco que tenemos».

Sus palabras nos hicieron prorrumpir en sollozos. Mi padre les

agradeció el gesto y nos quedamos con ellos. La familia Domanski nos preparó un buen refugio en el establo. Tras uno de sus viajes a la ciudad, Misha nos contó que no había judíos por ninguna parte y que había visto que los camiones regresaban cargados de ropa.

A partir de aquel momento comenzó una nueva etapa de nuestras vidas. Mientras permanecíamos encerrados en el refugio, el bueno de Misha se desvivía por hacernos la vida más fácil. ¡Hasta nos traía periódicos! Bien es cierto que éstos no nos hacían especialmente felices, pues por aquellos días los alemanes estaban en Stalingrado. No obstante, Misha nos aseguraba que muy pronto nos libraríamos de la bota alemana.

El invierno nos sorprendió sin ropa de abrigo. Misha nos trajo su edredón, una almohada y mantas. También compartió con los hombres su ropa interior de abrigo. Cuidaba de nosotros como si fuéramos de su familia.

Pasaron ocho meses. Sólo más tarde comprendimos cuan felices habían sido aquellos tiempos, cuando Misha aún estaba con nosotros. Muy pronto comenzaron a aparecer por el pueblo bandas de saqueadores y nuestro Kolia se unió a ellos. Desconozco el por qué sus sentimientos mudaron de repente. Ahora quería acabar con nosotros con la misma intensidad con la que antes quiso salvarnos. Misha conoció muy pronto la mutación que experimentó Kolia, pues éste acudió a él para obligarlo a entregarnos. Pero Misha no era hombre capaz de incurrir en aquella bajeza. Muy por el contrario lo que hizo fue trasladarnos a otro refugio antes de mostrarle a Kolia el sitio donde habíamos permanecido ocultos durante casi un año. «Hace mucho que los eché de aquí», le dijo. Fue sólo entonces que Kolia dejó de inquirir por nosotros, pues creyó que era cierto que ya habíamos abandonado aquella zona. Misha nos había salvado la vida por segunda vez. El 27 de septiembre de 1943 los bandidos abordaron a Misha. Kolia venía con ellos. «Eh, tú, comunista, ya va siendo hora de que expíes tus pecados», le dijeron, antes de añadir: «O te unes a nosotros o te metemos una bala en la cabeza. Mañana vendremos a buscarte». Tras pronunciar esas palabras los bandidos se marcharon y Misha corrió a reunirse con nosotros. Llorando como un niño se despidió de cada uno de nosotros, besándonos a todos y nos dijo: «Sé que marcho a una muerte segura, buenas gentes. Hemos aguardado juntos por la llegada de nuestros liberadores y ahora tengo que abandonaros sin saber adónde me llevan».

Dicho esto, besó nuevamente a mi tío y abandonó el refugio. Nos costó mucho recuperar el aplomo después de aquella revelación. Ahora todos teníamos la mosca detrás de la oreja. Mi pequeña prima lloraba a moco tendido. A pesar de sus apenas cinco años era capaz de comprender perfectamente lo que nos esperaba. Y en efecto: fue necesario que Misha se marchara para que comprendiéramos a cabalidad lo que había significado su protección. Es cierto que el cabeza de familia pasó a ocuparse de nosotros en sustitución de su hijo. Pero ya la casa se había convertido en un nido de malhechores que cada noche se instalaban a dormir en una estancia ubicada sobre nuestras cabezas. Ello nos impedía conciliar el sueño, pues nos obligaba a mantenernos toda la noche sujetos a la paja para evitar cualquier movimiento que pudiera despertarlos. Entretanto, la casa de la suegra de Misha ardió y ella y su hijo se mudaron a la casa donde nos escondíamos. La nueva inquilina no paraba de husmear por el patio y temíamos que acabara descubriendo nuestro escondite, pues su hijo era un notable bandido. La presencia de aquella mujer impedía que la madre de Misha nos pudiera traer de comer como hacía antes. Ahora el hambre se había añadido a nuestras penurias. Del propio Misha no teníamos noticias.

En noviembre se produjo un fuerte enfrentamiento armado entre los alemanes y los bandidos. Doce alemanes resultaron muertos; los bandidos no sufrieron bajas. Los alemanes recogieron a sus muertos y se retiraron de la población.

Esa misma noche la mayoría de habitantes del poblado huyeron a otras aldeas, temerosos de la venganza de los alemanes.

Su instinto no los había engañado. A las tres de la madrugada llegaron a la linde del pueblo dos vehículos cargados de soldados alemanes. Inmediatamente comenzaron a rociar las casas con gasolina y a prenderles fuego. Desde donde avanzaban, nuestra casa era la novena. Esperábamos que nos llegara la hora de morir, pero no estaba escrito que muriéramos entonces. Tras incendiar la octava casa los alemanes subieron a los vehículos y se marcharon. Era la tercera vez que escapábamos a una muerte que parecía segura.

El pueblo permaneció vacío durante dos días enteros. Al volver y descubrir que su casa había salido ilesa de la quema y que nosotros continuábamos con vida, la alegría de nuestra benefactora fue tan grande que decidió dar a su hija Nadia en matrimonio, algo que nuestro amigo Volodia Semenchuk, el feliz novio, llevaba

pidiéndole desde mucho tiempo atrás.

Nadia era una hermosa joven de dieciocho años y Volodia acababa de cumplir los veintitrés. Gracias a ellos supimos que el Ejército Rojo había liberado Novograd-Volynski. La noticia nos produjo una enorme alegría.

En total, permanecimos encerrados en el refugio desde el 3 de noviembre de 1942 hasta el 8 de febrero de 1944. Ya la ciudad de Dubno había sido liberada cuando una noche los alemanes *y sus cómplices ucranianos* se aparecieron en la casa donde nos escondíamos. La vaca de la dueña de la casa fue trasladada a otro establo y al cobertizo donde nos escondíamos trajeron doce caballos. Estuvieron a punto de descubrirnos cuando comenzaron a buscar forraje con que alimentarlos.

Había llegado la hora de abandonar aquella casa, pues si los alemanes nos descubrían también nuestros anfitriones, personas generosas y honestas, estaban condenados. Fui la primera en salir del refugio. La dueña de la casa me subió a vivir con ella. Hablo bien ruso y no parezco judía, de manera que simulamos que era una sobrina llegada de Zhitomir y a esos efectos cambié de identidad y me proveyeron de documentos nuevos. Falsos, naturalmente.

Mi madre y mi tía también salieron del refugio y pudieron llegar hasta la población de Leviatin donde se radicaron. Mi padre y mi tío se fueron a Bogáyevka y mi hermanita fue acogida por la hija de mi benefactora. Me encargaron ayudar en los trabajos de la casa, algo que hacía con gusto aunque no podía soportar la luz y andaba como ciega. El año y medio pasado en un oscuro y estrecho zulo había dejado su huella en mí.

Apenas ocho días antes de la entrada del Ejército Rojo en Bogáyevka, los alemanes se llevaron a todos los hombres de la ciudad y los ejecutaron. Así murieron mi padre y mi tío. Después de haber soportado tantos tormentos vinieron a morir en forma tan horrible cuando ya estábamos a las puertas de la liberación.

Cuatro días antes de la llegada del Ejército Rojo a Krasnoarméisk recibí una carta de mi madre, a la sazón en Sestratin, por la que supe que aún vivía. La carta, en la que me pedía que cuidara de mí, me produjo una alegría indescriptible. Pero mi alegría duró poco. Apenas dos días más tarde supe de la muerte de mi madre y mi tía. Ahora sólo quedábamos con vida los pequeños de la familia, es

decir, mi hermanita y yo.

Y nosotras sí conseguimos llegar con vida hasta el instante milagroso y feliz en que nuestro querido Ejército Rojo nos liberó por fin. *Ahora me toca criar a mi hermana. Cuando tuvimos que marchar al gueto dejamos nuestros bienes con las campesinas Lena Montechúk, Anna Moroz y Vúbskaya. Ahora les he pedido que nos devuelvan lo que nos pertenece, pero se han negado a hacerlo. Sencillamente, no quieren darnos nuestras cosas, a pesar de que les he rogado que se pongan en nuestra situación y nos restituyan todo lo que nuestros padres se ganaron con mucho trabajo. Las autoridades del Ejército Rojo tampoco han manifestado ningún interés en resolver este asunto. Ya el año escolar ha comenzado y sin embargo ni mi hermanita ni yo hemos podido comenzar a estudiar, porque no podemos permitírnoslo. Primero tengo que ocuparme en conseguir qué nos vamos a llevar a la boca cada día, antes de pensar en el colegio. Ya tenemos el invierno encima, pero no tenemos abrigos. Otras personas a las que apenas afectó la guerra utilizan lo que fue nuestro. Familias que no sufrieron pérdidas y permanecen unidas, mientras que nosotras somos un par de huérfanas desvalidas.*

De Misha no tenemos noticias. Volodia, nuestro principal salvador, lucha ahora en las filas del Ejército Rojo.

TESTIMONIO: LIUSIA GUEJMAN
EDITOR: MARÍA SKÁPSKAYA

Una carta de Siunia Deresh (Iziaslav)

¡Hola, tío Misha!

Te escribo desde Iziaslav, mi querida ciudad natal, que ahora usted no podría reconocer. Apenas queda en pie medio pueblo. *¡Y maldita falta que hace! ¡Mejor habría sido que lo hubieran arrasado todo, que no quedara nada de él! ¡Mejor habría sido que yo no hubiera nacido! Porque ahora estoy lejos de ser aquel Siunka que conocisteis*. De hecho, ya ni siquiera sé quién soy. Me parece que todo fue un sueño, una pesadilla. De las ocho mil personas que vivían en Iziaslav tan sólo quedamos con vida nuestro vecino Kiva Feldman y yo. Ya no vive mi querida mamá, ni vive papá, ni mi tierno hermano Ziama, ni Iza, ni Sarra, ni Baruch… ¡Oh, queridos míos! ¡Cuánto habéis tenido que sufrir! Me cuesta ordenar mis ideas para dejarlas escritas aquí. Aun si contara aquí todo aquello por lo que tuve que pasar, no sé si usted sería capaz de comprenderlo. Por tres veces conseguí escapar por los pelos de campos de concentración. En más de una ocasión le vi el rostro a la muerte cuando luchaba en las filas de los partisanos. Lástima que una bala alemana me obligara a apartarme de la lucha. Pero ya me he recuperado, ha sanado la herida y ahora iré al encuentro del enemigo para vengar todo lo que nos ha hecho. Me gustaría verle, tío, aunque fuera por cinco minutos. No sé si conseguiremos organizarlo… *Por ahora estoy en casa, si es que puede llamarse «casa» a este conjunto de ruinas. Recibí una carta de Tania. Me dio una enorme alegría saber que aún tengo parientes vivos.*

Estaré esperando una respuesta a esta carta. ¡Oh, queridos míos! ¡Si pudiéramos vernos pronto! Recuerda siempre, tío Misha, que los caníbales fascistas son nuestros enemigos más terribles. ¡¡¡Qué muertes tan horribles alcanzaron a nuestros queridos familiares!!! ¡Mata fascistas! ¡Córtalos en pedazos! Y nunca te permitas caer vivo en sus manos. Esta carta está llena de incoherencias, como incoherente *[y estéril]* es ya mi vida. Pero aún estoy en este mundo… Para vengarme. Adiós, tío Misha. ¡Ojalá nos veamos

pronto, muy pronto! ¡Saludos a todos, todos, todos! En cierta manera es como si yo acabara de volver de ultratumba.

Ahora comienzo una nueva vida, la de huérfano. ¿Cómo conseguiré apañármelas? Ni yo mismo lo sé… Escríbame cuanto pueda; estaré esperando su carta. ¿Por qué no me escriben tío Shloime, Iosif, Guitia y los demás?

Reciba un saludo de su sobrino Siunia Deresh.

PD: Mi dirección es la de siempre. En cualquier caso, recibiré lo que me envíe, porque aquí ya no queda nadie más que yo.

14 de abril de 1944

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

Cartas de niños huérfanos

Cuando los alemanes ocuparon Ucrania en 1941, todos los judíos de la aldea de Kalínovka, distrito de Vínnitsa, fuimos enviados a trabajos forzados. Nos atormentaban y nos cosían a latigazos. Nos daban de comer hojas y hierba. Tres judíos fueron obligados a tirar de una carreta a la que se habían subido los alemanes. Como no les alcanzaron las fuerzas para hacerlo, los mataron a tiros. En 1942 fuimos encerrados en el gueto. No se nos permitía salir de él. Mucha gente murió de hambre. Después nos obligaron a concentrarnos en el estadio. Allí mataron a todos los jóvenes, mientras los ancianos y los niños eran conducidos al bosque. En el bosque nos rodearon y dispararon sobre nosotros al grito de «*Juden*». Los niños eran arrojados vivos a las zanjas. Eché a correr. Un alemán corrió detrás de mí. Conseguí trepar a un árbol y ocultarme de su vista. Pude ver cómo mataron a todos los judíos. La sangre corrió durante tres días enteros hasta que la tierra consiguió absorberla. Tenía diez años entonces. Ahora tengo doce.

NLUNIA DOVTORÓVICH

Al comienzo de la guerra en 1941 los alemanes llegaron a Moguiliov-Podolski y encerraron a todos los judíos en el campo conocido como Pechera en la región de Tulchín. Nos sometieron a todo tipo de tormentos hasta que asesinaron a mis padres. Nos obligaban a trabajar. Las chicas sacábamos la turba con las manos. Trabajábamos desde las cuatro de la mañana hasta bien entrada la noche. Un día los escuchamos comentar que la temporada estival tocaba su fin y llegaba la hora de acabar con todos los «*Juden*». Echamos a correr con todas nuestras fuerzas. Nos persiguieron con saña y alcanzaron a muchas. A mí me salvó un ucraniano que me llevó a su casa y me escondió. Uno de sus vecinos le sopló a los alemanes que «había una judía por allí». Un alemán acudió a la casa para pegarme un tiro, pero el ucraniano se le enfrentó y conseguí escapar nuevamente. Corrí hasta cruzar la frontera con Rumania.

ROZA LINDVOR, QUINCE AÑOS

Nací en Vagila, un pequeño pueblo situado junto al río Seret. Ahora tengo quince años, pero nunca he sido feliz en mi vida. Los alemanes nos quitaron todo lo que teníamos y nos enviaron al campo de concentración de Iedintsy. Sufrí mucho, siempre con la muerte ante mis ojos. Después nos enviaron a la luminosa Ucrania, que entonces nos recibió sumida en la oscuridad. Fue allá que un día fatal murieron mis padres. Dejaron cinco huérfanos. Vi la muerte de cerca. Jamás recuperaremos todo lo que perdimos.

ENIA WALTSER
EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

La brutalidad de alemanes y rumanos en Kishiniov (Moldavia)

Las hordas germano-rumanas ocuparon Kishiniov el 18 de junio de 1941. Establecer el número de judíos y comunistas que permanecían en la ciudad fue uno de los primeros objetivos que se trazaron las nuevas autoridades.

Apenas unos días más tarde el coronel Tudose,[21] comandante de la ciudad, mandó a instalar el gueto. El territorio del gueto comprendía el Mercado Viejo, la calle Staro-Armiánskaya, un tramo de la calle Armiánskaya (por debajo de la calle Jarlámovskaya), toda la calle Irinpólskaya, la Kodinárskaya y algunas otras colindantes con esa zona. El perímetro del gueto fue rodeado por una cerca de alambre de espino. Se habilitaron apenas veintitrés entradas, todas ellas guardadas por soldados.

El 21 de julio un grupo de soldados armados con rifles rodeó el Mercado Ilinsky, la plaza aneja al Mercado, las calles Prinkulóvskaya y Pávlovskaya y otras más en las que vivían familias judías. Los soldados irrumpían en los patios y obligaban a todos los inquilinos de las casas a salir a la calle. No hacían distinciones entre ancianos, enfermos, lisiados, ciegos, paralíticos, mujeres o niños. Toda aquella gente fue obligada a avanzar por la calle Ilínskaya hasta la plaza Droviánaya, donde le tomaron fotografías en presencia de varios altos oficiales alemanes.

Unos días después de la constitución del gueto, el coronel Tudose ordenó detener a cuarenta y cuatro jóvenes de ambos sexos. Se trataba de la flor y nata de la intelectualidad de Kishiniov. Todos fueron llevados fuera de la ciudad en camiones traídos para la ocasión. Cuando llegaron a su destino un oficial eligió a diez de los jóvenes y los apartó del grupo principal. Seguidamente se dirigió a los detenidos con las siguientes palabras: «Todos vosotros sois comunistas, porque sois judíos de Besarabia. Habéis esperado con impaciencia la llegada del poder soviético y ahora esperáis que venga a salvaros de la muerte. Vuestra esperanza es estéril. Cuando

nos vimos forzados a retirarnos de Besarabia, os mofasteis del ejército rumano y de sus oficiales. Ahora os ha llegado la hora de responder por vuestras acciones. Y os aseguro que nada ni nadie os salvará».

Por último ordenó que todos fueran ejecutados en grupos de diez. El coronel Tudose presenció las ejecuciones.[22]

Pocos días después el comandante del gueto ordenó seleccionar a un amplio grupo de personas y destinarlas a trabajar en la construcción de carreteras. Entre los seleccionados estaban M. N. Yaroslavski, los abogados E. P. Grobdruk y V. N. Tselnik, *etc.* Todos fueron conducidos a las canteras de Guidiach. A lo largo del camino fueron vejados, golpeados con las culatas de los fusiles; también les arrojaron colillas que todavía ardían y les lanzaron escupitajos a la cara. Algunos intentaron protestar contra aquellas vejaciones, pero sus protestas eran ahogadas con salvajes golpizas. Muchos acabaron con costillas y brazos rotos o con la cara ensangrentada.

Aquellos hombres torturados, hambrientos y heridos fueron conducidos de vuelta al gueto. A la mañana siguiente los volvieron a llevar a las afueras de la ciudad y los fusilaron a todos sin excepción. Eran más de trescientas personas.

Los judíos recluidos en el gueto estaban obligados a llevar distintivos que los identificaran. El color de los distintivos variaba casi a diario y resultaba difícil atinar con el que correspondía llevar. No obstante, cualquier error en el distintivo que se llevaba o la ausencia de éste eran castigados con total severidad. A saber, con brutales palizas.

El gueto carecía de baños públicos, de manera que los judíos pasaban semanas enteras sin tomar un baño. Las enfermedades provocadas por la sistemática inanición y la falta de higiene eran muy comunes. Los brotes de fiebre tifoidea y disentería eran frecuentes. La mortalidad era elevada. No pasaba día sin que muriera una treintena de personas en el gueto.

El Consejo judío que presidía el popular activista comunitario G. S. Landau tomó la decisión de abrir un hospital. Pero apenas estuvo instalado el hospital y listo para comenzar a ofrecer sus servicios, el comandante del gueto ordenó incautarse de todas las camas, sábanas y medicamentos que habían sido adquiridos. Ello se hizo por «necesidades del ejército». Los soldados que acudieron al

hospital no se anduvieron con miramientos: los enfermos fueron arrastrados fuera de las camas para arrancarles los pijamas.

Más tarde se inauguró un segundo hospital. El doctor Górenbuj fue nombrado su director, mientras que el doctor Sharif se ocupó de la sección de medicina general. A la esposa del presidente del Consejo, la doctora S. I. Michnik-Landau, se le encargó la sección de cirugía y otra mujer, la doctora Berman, tomó a su cargo la sección de medicina interna. La población del gueto estaba condenada a una muerte cierta.

El comandante del gueto prohibió la venta de alimentos a judíos antes de las once de la mañana, cuando después de esa hora resultaba imposible comprar nada comestible en el mercado. Por suerte, unos pocos campesinos desafiaban el peligro y traían alimentos a los condenados. Vera Platónovna Klímova fue una de esas mujeres que llevaban comida al gueto aunque ello entrañaba poner en grave riesgo su vida. Esa mujer humilde y generosa prestó un gran servicio a los habitantes del gueto.

Los soldados alemanes y rumanos aparecían cada mañana en el gueto en busca de fuerza de trabajo. Se llevaban a hombres, mujeres y niños para obligarlos a trabajar en sus casas. Naturalmente, los improvisados empleadores no pagaban a los trabajadores. Tampoco les daban de comer. El comandante tomaba atenta nota de quiénes se resistían a cumplir las órdenes o se mostraban abiertamente hostiles para ajustarles las cuentas en cuanto se presentaba la ocasión. Todos esos «caídos en desgracia» terminaban desapareciendo para siempre.

La actividad del gueto se apagaba completamente a las ocho de la tarde. A partir de esa hora se prohibía salir a la calle. Quien lo hiciera se exponía a ser fusilado de inmediato.

Borrachos como cubas, los oficiales y los soldados irrumpían de noche en las casas y se comportaban con total insolencia: violaban a las jóvenes delante de sus padres y arramblaban con cuanto les parecía apetecible.

En septiembre de 1941 una inesperada orden del general Antonescu dispuso que todos los judíos del gueto fueran trasladados progresivamente al otro lado del río Bug. Una suerte de «aduana» fue establecida en la estación Visternigen de la calle Rishkánovka. Cuando los desplazados pasaban por ella se los despojaba de todas

sus ropas y pertenencias. De allí emprendían camino hacia el río Bug, que no llegaban a cruzar jamás. Muchos de ellos encontraron el eterno reposo en los bosques de Orguéyevo, donde fueron masacrados. Los demás murieron ahogados en el Bug.

Tales hechos sangrientos ocurrían con frecuencia cada vez que los judíos eran transferidos de un campo a otro.

Los militares alemanes y rumanos solían practicar una forma de diversión que consistía en obligar a los judíos más débiles a tirar de carros en los que viajaban importantes funcionarios y miembros de sus séquitos. Naturalmente, los exhaustos condenados no eran capaces de soportar aquellos tormentos.

En una ocasión algunos de los prisioneros del gueto consiguieron escapar y refugiarse en la ciudad gracias al concurso de sus amigos no judíos. Las autoridades informaron rápidamente a Antonescu de la fuga y éste emitió una orden que establecía que todo cristiano que diera cobijo a un judío sería fusilado en el acto. A la orden siguió una ola de registros por toda la ciudad. La situación se tornaba cada vez más opresiva.

Una de las prisioneras del gueto, I. F. Ludmer, escapó el 23 de octubre de 1941. Ludmer, una mujer con gran instrucción que había trabajado en las dependencias financieras del gobierno antes del comienzo de la guerra, corrió un gran riesgo, pero consiguió llegar hasta la calle Timiriázeva donde vivía una amiga suya llamada Sofía Konstantínovna Kristi.

A pesar de que la orden de Antonescu era bien conocida por todos los ciudadanos, S. K. Kristi decidió salvar a Ludmer costara lo que costase. A lo largo de siete meses Ludmer permaneció oculta en casa de Kristi. Kristi llegó a ceder a Ludmer su propio documento de identidad, de manera que la Ludmer asumió la identidad de Kristi a efectos oficiales. La integridad y la generosidad de S. K. Kristi salvaron de la muerte a una mujer judía.

G. S. Landau, el presidente del Comité judío, fue el responsable del suministro de alimentos a los judíos encerrados en el gueto, así como de proveer ayuda material a los más necesitados. El dinero y los alimentos llegaban desde Bucarest, donde la comunidad judía local, bajo la dirección del doctor V. Filderman, se desveló por ayudar a los judíos del gueto de Kishiniov. El abogado A. Shapirin fue la persona encargada de coordinar los envíos que se hacían,

como es natural, en secreto. Shapirin se disfrazaba de soldado y abandonaba el gueto acompañado de dos convoyes y viajaba hasta Bucarest. Evidentemente, el oficial que ponía los convoyes a su disposición y facilitaba la operación cobraba una jugosa suma de dinero. Los convoyes jamás le perdían pie ni pisada a Shapirin para evitar que escapara. Los responsables del Comité judío de Bucarest le entregaban lo que habían conseguido reunir y Shapirin tomaba el camino de vuelta a Kishiniov. No obstante, la generosidad de los judíos de Bucarest estaba limitada por los enormes impuestos que gravaban sus actividades. Por orden de Antonescu los trabajadores judíos de Rumania tenían que trabajar en obras públicas, empleos por los que no recibían salario alguno. También sus necesidades no hacían más que crecer.

A finales de 1941 el gueto de Kishiniov fue cerrado por orden de Antonescu. Todos los judíos que aún permanecían viviendo dentro de su perímetro fueron trasladados a campos de concentración en Ucrania.

El otoño tocaba a su fin y los fríos comenzaban a ser intensos. Y no obstante el nuevo comandante del gueto, el capitán Paraskivescu, ejecutó la orden con una crueldad inexorable. De hecho, Paraskivescu se ufanó más tarde de haber aniquilado a cuatro mil judíos él solo. Los soldados parecían desquiciados. Sacaban a los enfermos y a las mujeres recién paridas de las camas. Enfermos con fiebres que superaban los cuarenta grados fueron obligados a subir a las carretas; muchos niños fueron separados de sus padres.

Los responsables del Comité judío apelaron a las autoridades militares de la ciudad y les rogaron modificar el proceso de evacuación. Todo fue inútil. Mil doscientas personas desaparecieron por el camino. Todas ellas fueron asesinadas.

Gane Kiperwasser, una de las evacuadas a Balta, consiguió regresar a Kishiniov. Gracias a ella los judíos que aún permanecían en el gueto supieron que todos los caminos al otro lado del río Dniestr estaban llenos de cadáveres.

A. S. Goldenberg, directora de la escuela secundaria para chicas; el talentoso poeta Y. V. Oxner, cuyo seudónimo literario era Jacques Nuar; el periodista E. G. Babad; la doctora L. S. Bábich; el doctor M. A. Talmazkii, su mujer, su hermano, el estudiante P. A.

Talmazkii, su hermana, la también estudiante R. A. Talmázkaya, sus padres, A. I. y R. P. Talmazkii; el médico radiólogo S. E. Wasserman, su mujer, su hija y todos los hermanos del doctor que residían en Kishiniov; el doctor G. Sharif, su mujer y el hijo de ambos; el doctor G. S. Yurkovski; las familias de los abogados G. E y P. E Ziskisov y sus hijos; el doctor Guelman y su esposa; el pintor N. M. Hess; los abogados E. L. Godbruk y V. N. Tselnik; A. Shapirin, su mujer y su hija; el editor de crestomatías de literatura rusa P. I. Grinfeld, su esposa y su hermano; la familia de G. M. Kresser, cuya oficina especializada en traducciones al ruso gozaba de una enorme popularidad en Kishiniov (tan sólo E. G. Kressler, mecanógrafa, salvó la vida); A. I. Koropatonizki; el doctor I. A. Guisnfiner, su hermano V. A. Guisnfiner y la familia de éste; el periodista S. E. Puterman y sus dos hermanas; N. O. Steinberg-Rabinovich y su hijo, ambos dentistas; el matrimonio formado por L. y S. Wienstein; I. Ya. Tételman y su familia; Galperin y su familia; el anciano dentista G. A. Levin y su mujer; S. G. Malamud; los cantores A. I. Chervinski y J. Zipris; V. N. Weisman, su mujer e hijos; Yu. N. Weisman, su mujer e hijos; la viuda de R. A. Levin y sus hijos; el profesor S. Hamsa, su mujer y los hijos de ambos; L. Gorenstein y su esposa; el boticario M. Rozenblat; el célebre escultor y filántropo M. G. Grinspun; V. G. Solomonov, gerente de una granja agrícola, y su hija; el ingeniero A. M. Shmarzman; G. K. Lindenbaum, apoderado de la sucursal metropolitana del Banco de Kishiniov y su mujer… Y muchos, muchos más, fueron víctimas de la reclusión en el gueto.

Según el testimonio del doctor S. I. Michnik-Landau los hombres de la Gestapo la emprendieron con los profesionales liberales de Kishiniov apenas tres días después de su arribo a la ciudad. El abogado Aaron Roitman, Kleiman, el doctor Kraminski, el abogado Pinchevski, el doctor Korimski, el doctor Milgrom, Michejin, Kaufman, Markov, Land, Blank, Efrusi, el abogado Yu. M. Slutski y Rirkelman fueron algunas de sus primeras víctimas. Todos fueron conducidos a la sede de la policía política, donde permanecieron durante varias horas. Después, los sacaron a la calle y les ordenaron echar a correr. Bastó que lo hicieran para que las ráfagas alcanzaran sus espaldas. Ninguno sobrevivió.

Fueron muchos los profesionales liberales de Kishiniov que se reconocieron incapaces de soportar las conmociones espirituales y

físicas que siguieron a la ocupación. Conscientes de la imposibilidad de hacer frente a los horrores y el caos que les significaba la vida en el gueto, optaron por el suicidio. Entre ellos estuvieron G. S. Landau, presidente del Consejo judío, la doctora Guifeisman, el doctor V. B. Patin y su esposa, el doctor Singer y su esposa, también médico, la doctora S. Ya. Fleksor-Jazán-Erlich y su marido, agrónomo, los médicos B. R. Abramov-Voinov y Sofía Issákovna Grinfeld, y muchos otros.

De acuerdo con los datos recogidos por la comisión metropolitana que se encargó de cuantificar las atrocidades cometidas por los criminales fascistas rumanos y alemanes en la ciudad de Kishiniov el número de ciudadanos soviéticos sometidos a régimen de esclavitud ascendió a 9 299 879 personas fueron fusiladas en el cementerio judío; 350 en la carretera Strashenski; 2015 en la calle Prinkulóvskaya; 519 en la calle Sadóvaya. Quince mil ciudadanos soviéticos perdieron la vida en el perímetro del gueto.

La referida comisión elaboró un listado con los nombres de los bárbaros rumanos y alemanes, así como sus cómplices, culpables de estos crímenes y atrocidades:

1. Mariscal Ion Antonescu: comandante en jefe de las tropas de la Rumania fascista. Organizador de ejecuciones en masa y la aniquilación de ciudadanos y prisioneros soviéticos.
2. Profesor Alexian: gobernador y organizador de ejecuciones en masa.
3. General Piotr Dimitrescu: comandante del ejército fascista.
4. General de cuerpo de ejército N. Chuperka: comandante de la región militar.
5. Teniente coronel Rayka-Goria: fiscal militar.
6. Capitán Emil Kirulescu: jurista y fiscal militar.
7. General de brigada I. Arbore: jefe del Estado mayor.
8. Tudose: director de prisión. Fue responsable de numerosas ejecuciones en masa y torturas a ciudadanos soviéticos, así como del entierro en vida de un gran número de personas.

9. Teniente coronel Fiodor Pogotsa: presidente del tribunal militar.
10. Mayor Ion Kozma: jurista, fiscal militar.
11. Capitán Radoga: fiscal.
12. Mayor Lasdesco: vicejefe del tribunal militar. Responsable de dictar sentencias de muerte, así como de torturas infligidas a ciudadanos soviéticos.
13. Capitán Luka Popescu: comisario, jefe de policía del Quinto distrito de la ciudad de Kishiniov. Responsable de arrestos y torturas padecidos por ciudadanos soviéticos.
14. Lucescu: director de prisión. Responsable de arrestos y tormentos infligidos a ciudadanos soviéticos.
15. Barbalitz: superintendente de la prisión. Responsable de torturas y vejaciones a los detenidos.
16. Mayor Muntian: responsable de fusilamientos de ciudadanos soviéticos así como de vejar a los detenidos.
17. Teniente coronel Dimitrescu: comandante del gueto. Responsable de brutalidades y torturas infligidas a los prisioneros, así como de la ejecución en masa de ciudadanos soviéticos.
18. Fiscal general K. N. Darkan: Responsable de ejecuciones en masa de ciudadanos soviéticos, especialmente judíos. Dardan, nacido en Besarabia, se desempeñó durante largo tiempo como fiscal del tribunal de Kishiniov.
19. Fiscal general Junka: sus delitos son los mismos que los anotados en la entrada anterior.
20. Subcomisario Katulchan: responsable de torturas y vejaciones.
21. Fiscal Pokno: responsable de fusilamientos de ciudadanos soviéticos.
22. Capitán Paraskivescu: sirvió en la Gendarmería. Practicó torturas a los detenidos.
23. Marinescu: fiscal militar.
24. Vasilescu: fiscal.

25. Minevich: director de prisión.
26. Iván Góltsev: comisario de la policía política.
27. Morarnu: comisario de la policía política.
28. Dimitrescu: comisario de policía.
29. Ionescu: comisario de policía.
30. Stoyko: comisario de policía.
31. Borodin: fiscal al servicio de la policía política.
32. Teniente coronel Fiodor logan: presidente de tribunal.
33. Capitán Pogoltsan: fiscal.
34. Beiu: fiscal.
35. Constantinescu: secretario del tribunal militar.
36. Iván Mazilo: jefe de la prisión militar.

Todas las personas mencionadas han sido acusadas de supervisar las torturas, las vejaciones y las ejecuciones a que fueron sometidos ciudadanos soviéticos inocentes y prisioneros de guerra.

AUTOR: L. BAZAROV

Parte 2

Bielorrusia

El gueto de Minsk

El 28 de junio de 1941 los potentes motores de los tanques de guerra alemanes rugían en las calles de Minsk. En la ciudad permanecían cerca de setenta y cinco mil judíos que no consiguieron abandonarla a tiempo.

La primera orden hecha pública por los alemanes establecía que todos los hombres con edades comprendidas entre los quince y los cuarenta y cinco años debían acudir a un punto de registro, bajo amenaza de fusilamiento. El 7 de julio de 1941 los alemanes irrumpieron en las casas, detuvieron a todos los hombres judíos que encontraron y se los llevaron en camiones. Al día siguiente informaron del fusilamiento de cien judíos de Minsk y las poblaciones cercanas por mantener contactos con bolcheviques.

La llegada de los alemanes desató el caos en la ciudad. Los saqueos, los actos de violencia gratuita y los fusilamientos inmotivados se sucedían sin cesar. Los judíos eran las víctimas predilectas de los descontrolados.

En el edificio ubicado en el número 21 de la calle Miásnikov vivían hacinadas cerca de trescientas personas. En la mañana del 2 de julio de 1941 el edificio fue rodeado y sus vecinos —los adultos, los ancianos e incluso los niños— sacados a la calle sin explicación alguna y obligados a formar una larga hilera de cara a la pared. Durante seis largas horas unos cuarenta guardias los mantuvieron vigilados. Entretanto, y con la excusa de un registro en busca de armas, sus apartamentos fueron saqueados. Se llevaron la ropa, las sábanas y las mantas, los zapatos, la vajilla y los alimentos guardados en las magras despensas. Todos los objetos fueron cargados en dos enormes camiones. Sólo cuando todo hubo acabado, los vecinos pudieron volver a sus casas y contemplar estupefactos el pillaje del que habían sido víctimas.

Esa misma noche varios grupos formados por cuatro o cinco bandidos regresaron al edificio. Graiver, Rapoport y Kleonski recibieron las visitas de los extorsionadores. Venían en busca de lo

poco que se habían dejado. «Sabemos que aún os quedan unas cucharillas de plata», dijeron a uno de ellos. «¿Dónde guardáis los trajes? ¿Dónde escondéis la seda?», gritaban los bandidos.

El enorme edificio de un colegio se alzaba también en la calle Miásnikov. Sus ventanas daban al patio de un edificio de viviendas y desde ellas se veía el interior de los apartamentos. Tras ocupar el colegio, donde establecieron una base de operaciones, los vecinos se convirtieron en objeto de distracción de los alemanes. Durante todo el día se dedicaban a disparar desde las ventanas tomando como dianas los espejos, los muebles e incluso los propios vecinos.

De acuerdo con la orden recibida, miles de hombres acudieron al punto señalado para el registro. Todos fueron enviados al campo de concentración Drozdy. Muchos soviéticos fueron víctimas de tormentos y vejaciones en ese campo. Entre ellos había bielorrusos, rusos y judíos.

Poco después los ocupantes dejaron en libertad a los rusos. Los judíos, en cambio, permanecieron recluidos en el campo y fueron divididos en dos grupos. Uno estaba integrado por quienes se dedicaban al trabajo intelectual. El otro, por obreros y peones. Los miembros del primer grupo fueron subidos a camiones y trasladados fuera del campo. Todos murieron ametrallados. En total, tres mil personas. Entre los muertos había personalidades tan notables como los ingenieros Aizenberg y Pritykin, ambos docentes del Instituto politécnico, el matemático Priklad y muchas otras.

El segundo grupo, compuesto por obreros de las más diversas especialidades, fue conducido de vuelta a la ciudad bajo la más estricta vigilancia. Los encerraron en la cárcel. Cuando los sacaban a trabajar, las mujeres y los niños salían de las casas con la esperanza de ver a los suyos. Los convoyes disparaban sin piedad contra aquellas personas desesperadas por tener noticias de sus familiares. En una ocasión la columna de hombres avanzaba por la calle Komunálnaya. La hija de Zyskin, una niña de apenas catorce años, salió corriendo de casa y se apostó en la puerta del edificio ansiosa por ver a su padre. Entonces se escuchó un disparo y la niña cayó muerta.

El camarada Grechanik ha dejado el siguiente relato de los días que los hombres de Minsk pasaron en el campo de concentración de Drozdy: «Cuando nos habíamos alejado un kilómetro de la ciudad

nos obligaron a detener la marcha para decirnos: “Debéis entregar los cuchillos, las navajas y los relojes. Ponedlos en las gorras para recogerlos”. La gran mayoría de detenidos obedeció la orden, aunque unos pocos espabilados escondieron sus relojes y navajas. También hubo muchos que enterraron a toda prisa sus pertenencias con tal de negárselas a los alemanes. Los alemanes volvían los bolsillos al revés, recogían los objetos depositados en los gorros, registraban las billeteras. Había guardias por todas partes. Los grupos de detenidos llegaban sin cesar. Era de noche y el frío era intenso al raso. Los hombres se tumbaban sobre la tierra y se apretaban unos contra otros para mantener el calor. Así transcurrió la primera noche pasada al raso. Amaneció. Éramos un número considerable de gente; nadie se preocupó por darnos de comer. Pedíamos agua, pero tampoco nos daban de beber. Si alguien se atrevía a acercarse demasiado a los alemanes con sus peticiones le disparaban sin piedad. Así concluyó el segundo día y comenzó la segunda noche. Helados y hambrientos, los hombres están tumbados sobre la tierra. Algunos llevan ropa de abrigo, pero otros visten ligeras camisas de verano. Amanece de nuevo. Continúa llegando más y más gente. De pronto aparece un alemán con un cubo de agua y se pone a repartirla. Una turba de gente sedienta lo rodea. Están a punto de hacerlo caer. Y de nuevo esos canallas disparan sobre la gente.

«Comienza el tercer día. La gente está hambrienta. Ya es mediodía. Hace buen tiempo… De pronto aparece un oficial alemán acompañado de un intérprete y anuncia que entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde se permitirán visitas de los familiares para traernos de comer. En efecto, a lo lejos se alcanza a ver la fila de mujeres cargadas con cestos y niños que traen botellas de agua. No obstante, a los visitantes no se les permitió acceder sin más a sus familiares. Antes se los sometió a una estricta requisa para impedir que introdujeran objetos prohibidos. El bullicio era enorme. Todos los detenidos intentaban llegar hasta sus mujeres e hijos. El ambiente era de alegría. Quienes habían recibido alimentos comían con voracidad y los compartían con quienes no tuvieron su suerte. El ruido crecía sin cesar. Los niños eran requeridos aquí o allá con sus botellas de agua que los sedientos detenidos bebían con gusto. De pronto se escucha gritar a unas mujeres. “¿Qué sucede?”,

les preguntan unos. “¿Por qué lloráis?”, inquieren otros. La respuesta no se hace esperar: “Nuestros maridos e hijos no están aquí. ¡Los han asesinado!”.

»El día llegó a su fin. Mujeres y niños desalojaron el campo. Comienza la cuarta noche. La gente se tumba en el suelo. De pronto se oyen pasos, gritos en alemán y disparos. Se ve llegar a un grupo de soldados del Ejército Rojo, prisioneros de guerra. Los mantienen apartados de los presos civiles. Amanece el cuarto día. Los prisioneros de guerra intentan acercarse a los civiles, pero cada intento se salda con que algunos son tiroteados. En total, asesinan a unos diez. Vuelven las mujeres. Nos traen de comer y beber. Así concluye el cuarto día y da comienzo la quinta noche. En cuanto el campo se sume en penumbras, los prisioneros de guerra intentan correr hacia los civiles para mezclarse con ellos. Los alemanes les disparan, pero ellos persisten en su empeño. Corren hacia nosotros y se echan al suelo enseguida. Les ofrecemos pan, agua y sal. Permanecemos entremezclados hasta el amanecer, cuando los prisioneros de guerra corren de vuelta, esquivando las balas alemanas, al área que tenían asignada. Comienza el quinto día. El tiempo se ha estropeado ligeramente. Sigue llegando gente, civiles y prisioneros de guerra. De pronto traen a una nutrida columna de presos. Su ropa denota que no son de por aquí. Vienen cargados de líos y fardos. Trabamos conversación con ellos y nos cuentan que huían del avance del ejército alemán desde occidente, pero los capturaron. Otros muchos se habían dejado la vida en el camino.

»Vuelven las mujeres. Nos traen comida y algunas también sobretodos para protegernos del agua y el frío. De pronto rompe a llover. Estamos helados y empapados. Nos pasamos el día tumbados a la intemperie. Y así llegó la sexta noche. Se hace oscuro. Los prisioneros de guerra vuelven a correr hacia los grupos de civiles. Los alemanes les disparan. De pronto se escucha una pelea. Alguien cortó uno de los fardos de los recién llegados y descubrió que estaba lleno de pan seco. La hambrienta muchedumbre se abalanzó sobre la comida. Aprovechando el desorden y la distracción de los alemanes, un grupo de unas cincuenta personas se apartaron a rastras y echaron a correr después. La oscuridad era total. Los alemanes les dispararon, pero apenas consiguieron matar a tres. El resto consiguió escapar. Así transcurrió la sexta noche.

»Comienza el séptimo día. Llueve. *[Vemos a las mujeres y los niños esperando a lo lejos. Se acercaban cada vez más. Los presos se impacientan. Los relojes marcan las diez de la mañana y aún no se permite la entrada de los visitantes al campo. Los retienen a las puertas. De pronto se divisa una columna de gente avanzando hacia el campo. Visten ropas muy pobres y algunos van descalzos. Al llegar a la altura de las mujeres que esperaban para visitar y dar de comer a los suyos, la columna se rompió entre gritos y los presos se abalanzaron sobre las mujeres y los niños para arrancarles las cestas de comida y las botellas de agua. A duras penas los alemanes consiguieron apartar a las mujeres, mientras hacían entrar a los recién llegados empujándolos hacia el sector del campo ocupado por los civiles. Sólo entonces conseguimos saber quiénes eran aquellos desgraciados. Se trataba de presos que el poder soviético había condenado a trabajos forzados. Más tarde,]* vimos acercarse a un destacamento de la Gestapo. Venían en motocicletas y bicicletas, en coches y a pie. Llegaron hasta los prisioneros y ahí comenzaron los gritos: "¡Formando de cuatro en fondo!". Las porras de goma entraron en acción. Primero hicieron formar a los prisioneros de guerra. Después formaron al resto de prisioneros. Todos fueron llevados a un distante campo de labranza. Llegados allá, se decidió que marcharan aún otros dos kilómetros. El camino estaba jalonado de heridos que aullaban y lloraban, pero los alemanes no permitían romper filas para socorrerlos. Al final, llegamos al río Svisloch. Allí los prisioneros fueron ubicados formando dos grupos. En uno, los militares; los civiles en el otro. Así concluyó la jornada.

»La octava noche dio comienzo. Los hombres están tumbados sobre la tierra. Fueron advertidos de que se dispararía contra quienes osaran incorporarse. Con frecuencia se escuchaba tronar a las ametralladoras. "Lo mataron", gritaban los yacentes. Resultó que disparaban contra los hombres que se incorporaban para hacer sus necesidades. Vi a un hombre tendido, agonizando. La bala le entró por la cadera y le salió por la barriga, tras destrozarle los intestinos. Con un hilillo de voz pedía anotar su dirección y escribirles a su mujer y su hijo dándoles parte de su muerte. Un alemán se acercó riendo y preguntó quién lo había apuñaleado en el estómago. Así concluyó la octava noche.

»Noveno día. La gente ya no pide agua, porque bebe del río. Un

alemán de pie está apostado en la orilla y permite a los prisioneros acercarse en orden a recoger agua. De pronto llega un coche y el intérprete grita varios nombres por el megáfono. Los convocados son médicos, cocineros, panaderos, electricistas y fontaneros. Cuando todos se han reunido en torno a él, el intérprete les explica que salen en libertad con la condición de que acepten presentarse a trabajar a la mañana siguiente.

»Aparece otro coche cargado de alemanes. Traen una cámara de cine. Los alemanes lanzan trozos de pan a los prisioneros de guerra que éstos agarran al vuelo, mientras los fotografían. De pronto se escucha una ráfaga disparada por un fusil automático. Resultó que a uno de los oficiales le molestó que los hambrientos prisioneros de guerra se agolparan en torno al vehículo para alcanzar el pan y disparó sobre ellos hiriéndolos en las manos y los brazos. Seguidamente se apeó del vehículo y examinó a los heridos dividiéndolos en dos grupos, según tuvieran heridas superficiales o las balas les hubieran roto los huesos. A los primeros se ordenó vendarles las heridas. Los segundos fueron ejecutados a la vista de todos. Unas pocas palas entregadas a los prisioneros de guerra sirvieron para darles sepultura.

»Cayó la noche. La décima. La oscuridad es total. Los prisioneros de guerra corren nuevamente a reunirse con los presos civiles. Trescientos de ellos aprovechan el alboroto y los disparos para cruzar al otro lado del río. Hay un bosquecillo que comienza a ras del agua. Y alguien dispara desde allí. Los alemanes encienden inmediatamente unos faros que iluminan el río y disparan con las ametralladoras. Las balas pasan rasando sobre las cabezas de los presos, que se aplastan contra la tierra con todas sus fuerzas. Quienes dormían sobre terrenos algo más elevados reptan a toda velocidad en busca de una depresión. Con todo, casi todos los prisioneros de guerra que participaron de la tentativa de fuga consiguen llegar al otro lado del río y ocultarse entre los árboles. Apenas son dos los cadáveres que flotan en el agua. Los alemanes dejan de disparar y apagan los faros. Los prisioneros de guerra aprovechan para volver a su sector. Así termina la noche.

«Comienza el undécimo día. Hace mal tiempo. Llegan unos oficiales. Se disponen a hablarnos y los guardias imponen orden. Al otro lado del río, un guardia alemán se lava los pies. De pronto se

escucha volar un aeroplano y las explosiones que provocan las bombas que arroja. El guardia recoger sus botas y echa a correr hacia el bosquecillo en busca de cobijo. Los oficiales suben atropelladamente al coche y se ponen en marcha. Por lo visto. La alocución ha sido cancelada. Al ver cómo el guardia corría despavorido con las botas en la mano, los prisioneros se carcajearon a gusto. Volvieron las mujeres. Trajeron comida y ropa; algunas traían piezas de abrigo. Así concluyó el día.

«Comienza la duodécima noche. Los prisioneros de guerra corren hacia el sector ocupado por los civiles. Éstos les dan de comer. Muchos soldados del Ejército Rojo se visten de civiles y permanecen junto a nosotros. La noche tocó a su fin.

«Décimo tercer día. Los relojes marcaban las diez de la mañana y los alemanes aún no habían dejado pasar a las mujeres. De pronto llega un coche. Nos anuncian que hemos de formar tres grupos. Los polacos son ubicados a la izquierda, los rusos a la derecha y a los judíos nos reservan un sector ubicado junto al río y rodeado de sogas. Comienza el movimiento de presos.

»Hay alemanes armados de porras por todas partes. Empujan a los judíos hacia el terreno cercado con sogas, les pegan con las porras. Quienes ofrecen resistencia son golpeados hasta la muerte o tiroteados. De pronto, un oficial informa desde el coche que comenzarán las liberaciones. Hablan de dejar marchar a polacos y rusos. Nada se dice de los judíos. Los polacos comienzan a marcharse. Y en eso termina el día.

«Décima cuarta noche. La noche es fría y oscura. Los prisioneros de guerra corren al sector de los civiles. Los alemanes hacen algunos disparos. De pronto se escucha un intenso tiroteo al otro lado del río. Preguntamos a los prisioneros de guerra. “Los alemanes están fusilando a los instructores políticos y a los oficiales”, nos explican. La matanza se prolongó casi hasta el amanecer.

«Décimo quinto día. La mañana es lluviosa. Las mujeres se agolpan para entrar al perímetro del campo. Los guardias registran las cestas para descubrir qué traen. Traen comida. Parte de esa comida les es requisada antes de que accedan al recinto y les muestren adonde ir. Algunas mujeres no encuentran a sus maridos. Fueron muertos ayer. Las mujeres se marchan entre sollozos. El tiempo mejora y comienza a hacer calor. Hay un alemán apostado

junto al río que impide acercarse al cauce para aprovisionarse de agua. Cada vez que alguien se acerca a la orilla, el alemán lo empuja al agua y le dice que si quiere agua tiene que sumergirse tres veces con toda la ropa encima. Sólo si lo hace, avisa, le permitirá llevar algo de agua. La gente no cesa de acercarse a la orilla.

El alemán se mofa de todos, los obliga a pegar saltos a cambio de la autorización para beber. Cada vez hay menos polacos en el campo. Oscurece.

»Comienza la décima sexta noche. La lluvia cae del cielo negrísimo. Los soldados del Ejército Rojo corren a mezclarse con los civiles en busca de la comida que éstos les brindan. Algunos se deshacen de sus uniformes para pasar por civiles.

«Termina la noche. No para de llover.

«Décimo séptimo día. A las diez de la mañana llega el intérprete. Anuncia que todos los ingenieros, médicos, técnicos, contables y maestros judíos —es decir, los intelectuales— deben registrarse. Según sostiene, todos ellos serán puestos en libertad y enviados a trabajar. Comienza el proceso de registro. En total, se inscriben unas tres mil personas. Más tarde se supo que todos ellos fueron fusilados. Llegan las mujeres con la comida. Rompe a llover a cántaros. La gente está empapada. Algunos aprovechan para afeitarse. Cuando las mujeres se disponían a marcharse, tres hombres bien afeitados, previamente disfrazados y con grandes pañuelos anudados a la cabeza, se colaron entre ellas. Disimulados en el tumulto del brazo de sendas ancianas, asieron cestas llenas de potes y se encaminaron hacia la salida. Los guardias no repararon en ellos. Todos observábamos la fuga en tensión. Cuando por fin traspasaron la garita, todos respiramos aliviados. Aquel día fueron cerca de veinte las personas que consiguieron abandonar el campo. Toda la gente cultivada fue inscrita en el registro. Después los hicieron formar una columna y los apartaron de la clase trabajadora. Seguidamente les tocó ser inscritos a los propios trabajadores. Ya comenzaba a caer la noche. Ahora en el campo no quedaban más que los judíos y los prisioneros de guerra. Un disparo rompe de pronto el silencio. Uno de los guardias consiguió reconocer a uno de los presos disfrazados de mujer y le disparó. Se arma la gorda. Los alemanes corren a apalear a los judíos. Buscan

las navajas de afeitar; se incautan de las tazas, los abrigos, las botas en buen estado. La gente se alborota y arroja al río las navajas y cualquier otro objeto de valor. Así concluye el día.

»Corre la noche décima octava. Está oscuro. Llueve. Los prisioneros de guerra corren al sector de los civiles, aunque ahora ya no se cambian de ropa buscando confundirse con ellos, pues sólo quedan ellos y los judíos en el campo, todos sujetos a un mismo y amargo destino. Los judíos les dan de comer. Permanecen con nosotros tumbados en la tierra y compartiendo el calor que emana de nuestros cuerpos. El ruido de los motores que se acercan los obliga a correr de vuelta al sector que tienen asignado. Los camiones cargan con los profesionales liberales e intelectuales. Dicen que los llevan a trabajar. Pero a estas alturas ya sabemos bien de qué trabajo se trata. Unos veinte minutos más tarde nos llega el tableteo de las ametralladoras. Un cuarto de hora después los camiones vuelven al campo a cargar más prisioneros. Se los llevan a todos en sucesivos viajes. Amanece. Un oficial viene a buscar doscientos obreros. Se los lleva andando a "trabajar" y nos advierte: "Todos los judíos seréis trasladados mañana. Os llevaremos a un sitio donde habrá calor y no lloverá. El traslado exige que atraveséis a pie la ciudad. Por eso os llamo a advertir a vuestras mujeres cuando vengan hoy a traeros la comida que si alguna de ellas se atreve a acercarse a vosotros cuando marchéis por la ciudad será fusilada de inmediato y sin contemplaciones, como también lo será aquel de vosotros a quien haya intentado acercarse". Comienzan a evacuar a los prisioneros de guerra. Las mujeres nos traen la comida. Muchas lloran cuando descubren que sus maridos, sus hijos, sus parientes ya no están aquí. Les avisamos que mañana atravesaremos la ciudad, pero que no podrán acercarse a nosotros so pena de ser fusiladas en el acto. Se marchan llorando. Así terminó el último día en el campo de Drozdy.

»Décima novena noche. Se llevan a los prisioneros de guerra. La luz que sale de los faros de los camiones traza líneas sobre el campo. La evacuación de los soldados del Ejército Rojo se prolongó a lo largo de toda la noche. Ahora sólo quedamos los judíos. Los hombres de la Gestapo llegan al amanecer con sus corbatas de seda roja. Organizaron a los judíos, todos gente sencilla, en filas y les ordenaron ponerse en marcha. Había guardias apostados a lo largo

del camino que conducía a la cárcel. Finalmente, llegamos a la cárcel, se abren las puertas y todos entramos al enorme recinto. Las puertas se cerraron a nuestras espaldas».

Los humildes trabajadores judíos pasaron varios días encerrados en la cárcel. A la postre algunos fueron puestos en libertad y reintegrados a sus trabajos. Los demás fueron cargados en camiones, llevados a las afueras de la ciudad y fusilados.

Por orden de los alemanes, todos los judíos estaban obligados a darse de alta en el registro llevado por el Comité judío (*Judenrat*), una institución creada a esos efectos. La orden establecía que los judíos que no constaran en el registro no podrían alojarse en vivienda alguna cuando se produjera el reasentamiento previsto. El acto de registro exigía anotar el nombre, el apellido, la edad y la dirección de cada judío.

El Comité judío se formó de manera harto curiosa. La Gestapo detuvo a diez judíos en plena calle, los llevaron a la sede del gobierno metropolitano y les anunciaron que a partir de ese instante constituían el Comité judío en pleno y tenían que obedecer todas las órdenes de las autoridades alemanas. Cualquier resbalón, les advirtieron, sería castigado con el fusilamiento.

Ilyá Mushkin fue nombrado para desempeñas las funciones de presidente del Comité. Antes de la guerra Mushkin había sido subdirector de la oficina local del Ministerio de comercio e industria.

Hacia el 15 de julio de 1941 ya había concluido el registro obligatorio de la población judía. También para esa fecha ya todos habían recibido la orden de coser en pechos y espaldas distintivos de color amarillo y diez centímetros de diámetro. Otra orden alemana prohibió a los judíos andar por las calles principales de la ciudad. Por el resto de las calles, las accesorias, sí se les permitía transitar, aunque jamás por las aceras. También se les prohibía saludar a personas no judías. La instalación del gueto no se hizo esperar mucho.

Por si todo ello fuera poco, a los judíos se les impuso el pago de una contribución en oro, plata, moneda soviética y ciertas clases de bonos.

Columnas de judíos abandonaban sus antiguos lugares de residencia, dejándose atrás sus muebles, sus posesiones, y cargando

apenas con lo más imprescindible. Carecían de medios de transporte, de manera que cargaban sus trastos sobre las espaldas. La distribución de los nuevos alojamientos se hacía a razón de metro cuadrado y medio por persona sin tomar en consideración a los niños.

Naturalmente, el reasentamiento no transcurrió sin las consabidas vejaciones. Así, por ejemplo, aun cuando el perímetro del gueto había sido establecido con todo rigor, sucedía que cuando algunas familias se habían instalado ya en alguno de los apartamentos dentro de la zona destinada al gueto, aparecía una nueva orden excluyendo esa calle del área del gueto e incluyendo otras nuevas, obligando a los inquilinos a buscarse un nuevo alojamiento en otra calle.

Durante dos semanas enteras, desde el 15 al 31 de julio, los judíos vagaron de un lado a otro, como nómadas. El reasentamiento de los judíos se dio por concluido el 1 de agosto de 1941. Existían disposiciones precisas para los matrimonios mixtos. Estas establecían que si el padre era judío, los hijos del matrimonio debían seguirlo al gueto, mientras la madre quedaba en la ciudad. Por el contrario, si el padre no era judío, los hijos permanecían con él en la ciudad, mientras la madre se trasladaba al gueto. Se conoce el caso de un académico, *[el profesor Afonski]*, un ruso casado con una judía, quien pagó a los alemanes para conseguir que su mujer fuera eximida de la obligación de trasladarse al perímetro del gueto. Se le permitió vivir junto a su marido y su hija (es decir, fuera del gueto) con la condición de que fuera esterilizada. Un médico alemán, el profesor Klumov, supervisó la operación quirúrgica correspondiente. Se trata, no obstante, de un caso único. El profesor de marras contaba con una importante reserva de monedas de oro que sumada al dinero que obtuvo gracias a la venta de sus muchos bienes entregó a los alemanes a modo de rescate.

El perímetro del gueto abarcó la calle Jmélskaya, el callejón Niemigski, un sector de la calle Respublikánskaya y otro de la calle Ostróvskaya, la plaza Yubiléinaya, las calles Obuvnaya, Shórnaya y Kollektórnaya, el callejón Opanskii N.° 2, las calles Fruktóvaya, Tejnícheskaya, Tánkovaya, Krímskaya y algunas otras. Todas esas calles fueron aisladas del centro de la ciudad y de las zonas industriales y comerciales. El cementerio, sin embargo, fue incluido

en el perímetro del gueto.

El gueto fue rodeado por cinco hileras sucesivas de alambre de espino. Abandonar el perímetro cercado se castigaba con el fusilamiento. Cualquier contacto con la población rusa se castigaba del mismo modo. Similar castigo pendía sobre cualquier judío que entablara relaciones comerciales o intentara comprar alimentos a la población local. *[La pena de muerte por fusilamiento se convirtió en la compañera de viaje de los judíos.]*

La familia del obrero Cherno estaba formada por seis personas, dos adultos y cuatro niños. Anna, la mujer de Cherno, no podía soportar los sufrimientos de sus famélicos hijos y se atrevió a abandonar el gueto para pedir ayuda a sus amigos. Una patrulla policial la detuvo cuando volvía y tras incautarse de todo lo que traía, la condujeron a la cárcel y la fusilaron. Rozalía Táubkina, quien traspasó el alambre de espino para reunirse con sus parientes rusos, corrió la misma suerte.

Los saqueos y demás actos de violencia comenzaron al día siguiente de la instalación del gueto. Día y noche los alemanes entraban al recinto cercado, tanto en vehículos, como simplemente andando, e irrumpían en las casas habitadas por judíos, donde actuaban impunemente. Eran actos de pillaje en los que arramblaban con todo lo que les venía en gana. Cada una de esas acciones iba acompañada de golpizas, vejaciones y, en no pocos casos, asesinatos.

Aprovechándose de la oscuridad de la noche, los alemanes solían asaltar las casas de los judíos para asesinarlos. Al hacerlo, mostraban una crueldad sin límites: les sacaban los ojos a sus víctimas, les cortaban la lengua o las orejas, les partían los cráneos a golpes. Los judíos residentes en el área de las calles Shevchenko, Zeliónaya, Zaslávskaya, Sanitárnaya, Shórnaya y Kollektórnaya padecieron especialmente esos actos de violencia. Naturalmente, los vecinos intentaban protegerse del pillaje. Así, protegían sus apartamentos con una doble puerta y barras de hierro, no abrían a los bandidos, organizaban turnos de guardia y mecanismos de autodefensa. Pero el poder de las armas se imponía siempre y puertas y ventanas saltaban impotentes ante los golpes de los bárbaros.

Una noche los alemanes irrumpieron en el apartamento de la

doctora Esfir Margólina. Todos los inquilinos fueron salvajemente golpeados. Dos murieron. Margólina resultó gravemente herida, pues recibió cuatro impactos de bala. La familia Kaplan, residente en el callejón Zaslavski, fue objeto de prolongadas vejaciones. Al padre le sacaron los ojos, a la hija le amputaron las orejas, a los demás les aplastaron los cráneos. Ninguno sobrevivió.

En la calle Shirókaya fue establecido un campo de concentración para judíos y prisioneros de guerra rusos. Los sometían a extenuantes trabajos forzados. A los judíos los obligaban a cargar arena y gravilla de un lado a otro. Cuando lo habían hecho se les ordenaba llevar la carga de vuelta a su lugar de origen. También les ordenaban cavar la tierra sin herramientas. Por todo alimento recibían doscientos gramos de pan al día y un aguachirle que llamaban sopa.

Cierto Gorodetski —un antiguo oficial del Ejército blanco y connotado ladrón, violador y asesino— fue nombrado comandante del campo a la vez que amo y señor del gueto.

El profesor Siterman, doctor en medicina y uno de los más célebres especialistas de Bielorrusia, no consiguió evacuar la ciudad a tiempo. Bastó que Gorodetski conociera su paradero para que comenzaran las vejaciones. Gorodetski en persona acudió al apartamento de Siterman, arrambló con todo lo que quiso y le pegó una paliza. También los hombres de la Gestapo se aparecieron en su apartamento para llevárselo a realizar penosos trabajos, como la limpieza manual de fosas sépticas y urinarios públicos. En agosto de 1941 Siterman fue fotografiado en un urinario empuñando una pala. En otra ocasión lo hicieron ponerse a cuatro patas en el medio de una plaza del gueto, le colocaron un balón de fútbol en la espalda y lo fotografiaron. Unos días más tarde vinieron a buscarlo en un coche y se lo llevaron. «Necesitamos hacerle una consulta», dijeron a sus familiares. Ya no se lo volvió a ver más con vida.

Todos los hombres que habitaban el gueto estaban dados de alta en el Departamento de empleo del Comité judío. Más adelante se conocería como «Bolsa de trabajo» a ese particular registro. Desde allí enviaban a realizar trabajos pesados en las unidades militares o el campo de concentración de Shirókaya.

Un rumor corrió por el gueto el 14 de agosto: había en marcha una operación para detener a toda la población masculina. Y en

efecto, los alemanes rodearon un sector del gueto, detuvieron a todos los hombres y se los llevaron en camiones. La Gestapo informó que se los llevaban a trabajar en instalaciones militares. Pero lo que en labios de los hombres de la Gestapo sonaba como «trabajo» en todas las otras lenguas equivalía a la muerte.

A las cinco de la madrugada del 26 de agosto de 1941 una marea de coches inundó las calles del gueto. Apenas cinco minutos bastaron a los hombres de la Gestapo para establecer un férreo cordón de seguridad. Seguidamente irrumpieron en los apartamentos al grito de *«Männer*!» (Hombres). Todos los hombres fueron conducidos a la plaza Yubiléinaya, donde les golpearon antes de llevárselos.

Semejante operación se repitió el 31 de agosto. El gueto volvió a verse rodeado de coches. Esta vez cargaron también con algunas mujeres. Paralelamente, los apartamentos eran pasto del pillaje.

Todas las personas detenidas en aquellas tres operaciones fueron conducidas a la prisión y fusiladas. En total, cinco mil judíos fueron asesinados de esa guisa.

Los alemanes les inculcaban a los judíos una permanente sensación de pánico que buscaba alejarlos de cualquier tentación de resistencia. Pretendían que cobraran conciencia de que todo estaba perdido y no tenían salida. Pero ya desde agosto de 1941 sus víctimas comenzaron a reunir fuerzas para ofrecer una resistencia organizada al enemigo. Con ese propósito los comunistas que aún permanecían en Minsk acordaron celebrar una reunión a finales de agosto. La cita se produjo en el número 54 de la calle Ostrovski. Entre los comunistas que asistieron estaba un funcionario del Soviet de Comisarios del Pueblo de la República socialista soviética de Bielorrusia apellidado Weingauz, tres trabajadores de la fábrica textil de Belistok, Chnitman, Jaímovich y Feldman, así como un funcionario de la Unión de escritores soviéticos de apellido Smoliar.

Los convocados acordaron la creación de una célula clandestina. *[También se trazaron una serie de tareas iniciales*:

1. *Disipar la sensación de pánico que se había adueñado de los judíos;*
2. *Organizar la distribución sistemática de resúmenes de noticias;*

3. Establecer contactos con comunistas de otros distritos;
4. Establecer contactos con los destacamentos guerrilleros;
5. Conseguir un receptor de radio.

Esas primeras tareas fueron llevadas a cabo con éxito. Poco después los alemanes ordenaron la requisa de todos los objetos de valor, del oro, la plata y las piedras preciosas y la célula comunista clandestina decidió adelantarse a los alemanes y enviar a los partisanos todos aquellos objetos de valor. Y así se hizo.]

A partir de su creación, la célula clandestina comenzó a trabajar arduamente en la publicación sistemática de resúmenes de noticias que pasaban de mano en mano y se leían con enorme interés. Al encontrarse en la calle, la gente preguntaba a modo de saludo: «¿Qué noticias hay hoy?». La palabra *naes*, noticias, estaba en boca de todos. Los resúmenes se nutrían de las noticias que los luchadores clandestinos escuchaban en las transmisiones radiales de Moscú que captaban con un aparato de radio guardado en secreto. Los resúmenes eran copiados a mano y pasaban de casa en casa. Weingauz era el encargado de redactarlos.

En septiembre de 1941 fue asesinado uno de los dirigentes de la célula clandestina en el gueto, Kirkaeshto. Su lugar en la dirección de la célula fue ocupado por Misha Guébelev, antiguo instructor en el Comité del partido en el distrito Kaganóvich de la ciudad de Minsk. A Guébelev se le encargó establecer contacto con comunistas residentes al otro lado de los muros del gueto. Se planteó la necesidad de convocar a una conferencia ampliada de miembros del partido.

Comprometido con el propósito de salvar a los comunistas rusos de ir a parar a las cárceles alemanas, Guébelev puso en riesgo su propia vida buscándoles refugios seguros. A algunos de ellos los escondió en el propio gueto. Al otro lado de la cerca, pero a poca distancia del gueto, se habilitaron pisos francos donde transcurrían las reuniones entre los comunistas del «sector ruso» y los encerrados en el gueto.

Más adelante, en el mes de septiembre, se consiguió establecer contacto con un destacamento de partisanos que operaba hacia el este de la ciudad. Poco después los partisanos enviaron a guías que ayudaron a que veinte personas se unieran a las tropas guerrilleras.

Fundamentalmente, se trataba de comunistas y otros residentes del gueto que tenían cierta preparación militar. Entre ellos estuvieron Chnitman, Jaímovich, Gordon y Lenia Okun.

Otro acuerdo adoptado por la célula clandestina del partido fue organizar el suministro constante de ropa de abrigo, jabón, sal y otros enseres al destacamento guerrillero.

El grupo clandestino consideraba que el Consejo judío, o *Judenrat*, era un órgano de la política de ocupación. No obstante, ello no impidió que se establecieran contactos con aquellos miembros del *Judenrat* que se mostraban dispuestos a ayudar al movimiento partisano y colaborar con el envío de efectivos a la guerrilla. En primer lugar, se contactó al presidente del *Judenrat*, Mushkin. Más adelante se consiguió ganar la colaboración del responsable del departamento de producción del *Judenrat*, Rúditser, y de Serebrianski. Ambos facilitaban a los miembros de la célula clandestina diversos enseres y productos útiles a los partisanos, como calzado, pieles, ropa interior, ropa de abrigo, máquinas de escribir, materiales de oficina, jabón, medicinas, dinero y, en ocasiones, algunos alimentos y sal.

Entretanto, los verdugos fascistas asolaban el gueto sin cesar e irrumpían en los apartamentos en busca de pruebas de colaboración con los partisanos. Y, no obstante, las mujeres judías, algunas de ellas ancianas, cosían ropa interior para los guerrilleros, batas que les sirvieran para camuflarse, les tejían calcetines. Tarde en la noche, esas mujeres bajaban a las bodegas y realizaban su trabajo a la luz de la luna. En/ general, la mayoría de los talleres del gueto, bajo la responsabilidad de Goldin, trabajaban para garantizar los suministros que necesitaban los partisanos.

Por aquellos días los comunistas del sector ruso y los del gueto decidieron convocar a una asamblea con vistas a la creación de una única organización partidista en Minsk. El vigésimo cuarto aniversario de la Revolución de Octubre estaba próximo.

El 6 de noviembre se extendió por el gueto el rumor de que los alemanes preparaban un pogromo para la víspera de la celebración del aniversario. Gorodetski acudió al gueto para seleccionar los mejores especialistas en diversos oficios y ordenó se los sacara del gueto junto a sus familias durante la venidera operación. Todos ellos, como también algunos empleados del *Judenrat*, fueron

trasladados al campo de la calle Shirókaya.

El camarada Grechanik ha aportado una breve descripción del campo en cuestión:

«El campo está ubicado en la calle Shirókaya. Es un campo cerrado y no se permite a nadie ir a pernoctar a casa. Está lleno de prisioneros de guerra. Principalmente, los alemanes traen aquí a rusos, bielorrusos y polacos que osaron ofrecer resistencia a la ocupación. Todos los presos llevan distintivos de color rojo cosidos a la ropa. Los alemanes nombraron jefe del campo a cierto «occidental» que no establece distingos entre unos y otros y les pega por igual a rusos y judíos. Te pueden fusilar por cualquier bobería…

»Hay muchos enfermos y llegan nuevos presos constantemente. La gente se desgasta muy rápido en el campo de la calle Shirókaya».

Los judíos pasaron la noche en vela a la espera del amanecer. Con las primeras luces del alba llegaron al gueto grandes camiones de carga cerrados. Los hombres de la Gestapo venían armados con látigos, revólveres y fusiles automáticos. Ese día, el 7 de noviembre de 1941, los judíos no fueron las únicas víctimas de la represión. Toda la ciudad de Minsk se llenó de horcas: se alzaban en calles y alamedas, en los mercados y los accesos a la ciudad. Cerca de cien personas fueron ahorcadas ese día. Todos llevaban colgadas del cuello unas tablillas con la palabra «partisano», «colaborador», «comunista», *etc.* No obstante, el golpe más duro fue asestado contra el gueto. A todos se les ordenó vestir con las mejores ropas que tuvieran y hacer lo propio con los niños, incluidos los lactantes. Ya fuera de sus casas, se les ordenó formar una columna de cuatro en fondo y echaron a andar, bajo la atenta vigilancia de convoyes, hacia la calle Novo-Krásnaya. Los alemanes fotografiaban a la multitud desde un coche aparcado junto a la glorieta de la plaza. De pronto se escuchó el feroz tableteo de una ametralladora y la gente fue cayendo bajo las balas. Ni uno solo quedó vivo. Los camiones no cesaban de llegar a la calle Novo-Miasnítskaya donde cargaban a más y más gente. Los trabajadores que habían salido del gueto aquella mañana supieron muy pronto que el pogromo había comenzado. Muchos de ellos consiguieron a toda prisa certificados que les permitieran salvar a los suyos de la muerte y a mediodía corrieron al gueto en busca de sus seres queridos. Fueron muchos los que encontraron vacías sus casas. Y muchos los que

comprobaron que sus familiares acababan de abandonar las casas instantes antes, cuando los alemanes los sacaron a la fuerza de las camas. Los pobres hombres se abalanzaron sobre los camiones. Algunos de los que no habían encontrado a sus familiares preguntaron si podían utilizar los camiones para salir a buscarlos. «Tal vez podamos encontrarlos», decían.

Un oficial alemán les explicó que todos los que habían marchado ya estaban muertos. «Pero si queréis seguirlos, adelante —añadió y les previno—: Lo que no sé es si regresaréis con vida». Muchos de los trabajadores aprovecharon entonces para salvar la vida de mujeres, jóvenes y niños, conocidos o desconocidos, haciéndolos pasar por familiares cercanos.

El ir y venir de los camiones se prolongó durante toda la jornada. En torno a doce o trece mil judíos fueron conducidos a Túchinka[23] aquel día. Los tuvieron allá dos días a la espera de la muerte. Agobiados por la sed, los niños lloraban desconsolados. Sus gritos se oían por toda la comarca. Al tercer día los alemanes instalaron las ametralladoras. De las miles de personas llevadas allí, apenas dos o tres salieron con vida de la masacre.

Un niño de diez años fue una de ellas. Este es su relato:

«Los camiones llevaron a muchas mujeres y niños hasta los barracones. Llegamos como a las siete de la tarde y nos tuvieron casi tres días encerrados allí. No nos daban de comer o beber. Por eso algunos murieron en esos tres días. Sobre todo niños y viejos. Cuando nos sacaron me pegué a una hermana de mamá. Íbamos en el último camión. Mi tía levantó la capota que cubría el camión y me dijo: “Salta, hijito, a ver si consigues salvar la vida”.

«Salté del camión en marcha y me quedé un rato tumbado en la carretera. Después volví aquí».

También contamos con el relato de una mujer que llegó a ser conducida hasta el descampado donde se produjeron los fusilamientos. Cuando volvió al gueto venía desnuda y cubierta de sangre. Sus extremidades se habían inflamado. Estaba herida en un brazo. Alcanzó a ver las enormes zanjas que esperaban a las víctimas. En el camino que conducía hasta ellas había alemanes y policías que obligaban a los condenados a desnudarse. Cuando se trataba de niños pequeños, los verdugos les rompían la columna vertebral golpeándolos contra la rodilla. Si eran bebés los lanzaban

al aire y disparaban sobre ellos. O los ensartaban en las bayonetas, antes de arrojarlos a las zanjas. Las víctimas, ya desnudas, eran masacradas en el borde de las zanjas. Algunos se negaban a desnudarse y eran masacrados vestidos. Si llevaban ropa de calidad, los policías arrancaban la ropa de los cadáveres. La sobreviviente fue situada, desnuda, frente a la zanja. Una bala la hirió en el brazo y cayó sobre el montón de cadáveres. Cuando se hizo de noche, aprovechó la calma para salir de la zanja y volver al gueto.

El pogromo afectó particularmente a los vecinos de las calles Ostróvskaya, Respublikánskaya, Shevchenko, Nemiga y Jlebnaya, entre otras.

La calma comenzó a volver en la noche del 7 de noviembre.

Concluido el pogromo, los alemanes se dieron a la tarea de crear un barrio de «especialistas», como llamaban a los obreros o artesanos más cualificados.

Poco después la llamada Bolsa de trabajo requirió a los empresarios alemanes un listado de los judíos que empleaban en sus fábricas. A la vista de los listados, se emitieron tarjetas especiales que identificaban a todos los empleados.

Quienes no alcanzaban la categoría de «especialistas» no recibieron tales identificaciones. Bien al contrario, se les exigió mudarse a otro barrio. Así dio comienzo una nueva mudanza de judíos. Todos eran perfectamente conscientes del significado de aquel traslado. Las mujeres comenzaron a buscar a especialistas que las aceptaran como esposas. Muchas jóvenes se casaron con hombres ya ancianos. No fueron pocos los condenados a muertes —es decir, quienes no pudieron pasar por «especialistas»— que perdieron la razón.

Al concluir el reasentamiento, los alemanes repartieron tablillas que debían colgar de las puertas de cada casa. En ellas se hacía constar el nombre de todos los inquilinos, señalando expresamente quién trabajaba y quiénes dependían de él. Seguidamente, los alemanes ordenaron a todos los especialistas acudir a la sede del *Judenrat* para recibir distintivos con el número de la casa donde residía cada cual. Esos números —un sello estampado sobre un cuadrado de color blanco pintado al óleo— tenían que ser cosidos a la pechera y la espalda bajo una cinta de color amarillo.

Toda la población fue avisada del castigo que recibiría cualquier

judío que olvidara llevar el número correctamente: tanto el culpable como todos los inquilinos de su casa serían fusilados sin contemplaciones. *[El 8 de noviembre de 1941 volvieron a sus casas los «especialistas» retenidos en el campo de la calle Shirókaya y los miembros del* Judenrat.*]*

Entretanto, parte de las calles Nemiga, Ostróvskaya y algunas otras habían pasado al «sector ruso». El territorio del gueto menguó. La vida, dura y marcada por el hambre, prosiguió transcurriendo entre aquellas pocas calles. No sería por mucho tiempo.

Millares de judíos alemanes comenzaron a llegar a Minsk en oleadas sucesivas. Vestían de manera harto extraña. Llevaban capas y capuchas de color rosa, azul o celeste hechas de piel sintética. Todos llevaban cosida una estrella de seis puntas en el lado derecho del pecho. Sólo hablaban alemán. La Gestapo desalojó a todos los vecinos de las calles Respublikánskaya, Obuvnaya, Opánskaya y Sujáya para alojar a los recién llegados. El perímetro fue rodeado con cercas de alambre de espino y se construyeron torretas de vigilancia a intervalos.

La gente solía aproximarse a la cerca que encerraba a los judíos alemanes. Estos trababan conversación con gusto. Así, se pudo saber que se trataba de judíos de Hamburgo, Berlín y Francfort. Un total de diecinueve mil de aquellos judíos alemanes fueron trasladados al gueto de Minsk.[24] Les habían expropiado todos sus bienes bajo la promesa de llevarlos a América. Ahora se veían en el gueto de Minsk rodeados de alambre de espino. Pedían pan, creyendo que los judíos rusos gozaban de libertad de movimiento y podían comprar lo que les apeteciera. La Gestapo ideó un «trabajo» para los judíos alemanes. Cada noche se aparecían en el gueto y asesinaban a setenta u ochenta de ellos. Después obligaban a unos pocos judíos a llevar los cadáveres al cementerio cargados en coches para bebés. Allá una fosa abierta esperaba por los cuerpos. Tras llenarla de cadáveres, los improvisados enterradores la cubrían de tierra.

20 de noviembre de 1941. Todavía no ha amanecido y ya los alemanes han tomado las calles del gueto. Se los ve avanzar por la Zamkóvaya, la Podzamkóvaya, la Zeliónaya y la Sanitárnaya, entre otras. Nuevamente la gente fue sacada a la fuerza de las casas y obligada a formar una columna que se encaminó hacia el cementerio de Túchinka. Había cal viva junto a las zanjas a las que

arrojaban a las víctimas aún con vida. Desde el borde de las zanjas los alemanes disparaban sobre ellos y arrojaban cal viva sobre los cuerpos.

Entre las personas detenidas aquel 20 de noviembre se encontraban muchos buenos especialistas de los que los alemanes no podían prescindir. Ello motivó que un oficial acudiera a toda prisa al lugar de concentración. Llegó tarde: los especialistas ya habían tomado el camino del matadero. El oficial indagó por el lugar de las ejecuciones y se dirigió allá a toda prisa. Aunque muchos de los hombres que iba a buscar ya habían sido ejecutados, consiguió reconocer a unos pocos aún entre los vivos y acordó con los responsables de la masacre su inmediata puesta en libertad. Entre ellos estaban el maestro peletero Alperóvich y el barbero Levin, encargado de afeitar a los oficiales alemanes. También su mujer y su hija esperaban la muerte y al «jefe» de la ejecución se le ocurrió dar a elegir a Levin a cuál de las dos quería salvarle la vida. Levin eligió a su hija. El oficial les advirtió que tenían prohibido relatar a nadie lo que habían visto allí. Cuando volvieron a la fábrica los dos estaban blancos como el papel. No dijeron palabra. A partir de ese día la salud de Alperóvich empeoró fatalmente.

En total, cinco mil judíos fueron asesinados aquel 20 de noviembre.[25] A partir de entonces la gente se escondía en bodegas preparadas como refugios, en agujeros cavados en los suelos o en minúsculas habitaciones disimuladas a las que llamaron «malinas». Sin embargo, la manera súbita en que solían aparecer los alemanes les impedían muchas veces ocultarse en las «malinas» y salvar la vida. Según los alemanes, el pogromo del 20 de noviembre fue motivado por los insuficientes resultados del pogromo del 7 de noviembre. Sencillamente, no habían «cumplido el plan», es decir, se quedaron cortos en el exterminio de judíos, pues no alcanzaron el número de víctimas exigido por sus mandos.

Los pogromos y la muerte de algunos de los principales líderes de las células clandestinas no consiguieron detener el movimiento de resistencia. El pogromo del día 20 de noviembre se cobró la vida de Weingauz. Su lugar en la organización clandestina lo ocupó Pruslin[26] (Bruskind), quien antes se había desempeñado como secretario de propaganda del comité del partido del distrito Stalin, en Minsk. A finales del mes de noviembre se convocó a una

conferencia general del partido. «Slavek» fue el encargado de presidirla. Guébelev acudió en representación de la célula del partido que funcionaba en el gueto. A partir de esa conferencia dio comienzo el envío sistemático de efectivos a la guerrilla. *[La conferencia general del partido adoptó la decisión de que las células estuvieran integradas por diez miembros. Cada una de esas pequeñas células estaría encabezada por un secretario. Cada uno de esos grupos de diez se conformaba exclusivamente a partir del conocimiento personal previo entre sus integrantes o las recomendaciones. Todos los secretarios se supeditaban a un responsable de zona. A esos efectos, la ciudad fue dividida en cuatro zonas. El gueto era una de ellas. La conferencia eligió un Comité del partido en la clandestinidad. Slavek fue nombrado su secretario.*

El camarada Smoliar, quien vivía en el gueto bajo el apellido Smoliárevich y cuyo nombre clandestino era Modesto, fue nombrado representante del Comité central del partido en el gueto. La sala de calderas del hospital judío donde trabajaba se convirtió, consiguientemente, en sede del partido y allí acudían los comunistas para celebrar reuniones y adoptar las más importantes decisiones que requería la lucha clandestina.

Entre los dirigentes de las células formadas por diez miembros estaban Naum Feldman, Ziama Okun, Nadia Schusser, Mayzels, Rubenik y otros. Emma Rodova se encargaba de las comunicaciones con los comunistas del sector ruso. Las células tenían asignadas las siguientes tareas:

1. *La selección de candidatos entre los comunistas y personas con preparación militar para su envío a los destacamentos guerrilleros.*
2. *Recolección de armas.*
3. *Asegurar el envío de ropa de abrigo a los destacamentos guerrilleros.*
4. *Recolección y envío de medicamentos a los destacamentos guerrilleros.*
5. *Creación de un fondo monetario de apoyo a los comunistas que lo necesiten.*

El invierno fue duro para los habitantes del gueto. El hambre y el frío

se cebaban en ellos. Los judíos que trabajaban en el sector ruso tenían la oportunidad de interactuar con la población rusa y ello aliviaba levemente su situación. En cambio, los judíos encerrados en el cerco de alambre de espino padecían muchas necesidades y hambre.

Gracias a la ayuda del Judenrat *se consiguió colocar a muchas personas en las fábricas de la ciudad que producían para los alemanes. Desde sus puestos de trabajo, aquellos hombres y mujeres llevaban a cabo una sorda lucha contra los ocupantes.*

Había grupos de jóvenes que se empleaban en las fábricas de armamentos y munición con el solo objetivo de tener la posibilidad de robarlos. Las mujeres buscaban trabajos que les permitieran tener acceso a ropa interior y de abrigo que hurtaban para enviar a los destacamentos partisanos. El envío de munición y ropa a los guerrilleros era incesante. Por lo general, los envíos salían del apartamento de Openheim en el número 16 de la calle Respublikánskaya, mientras que los mercados servían como lugares de encuentro para entregar los objetos robados. Los permanentes movimientos de los destacamentos guerrilleros provocaron la pérdida de contacto con algunos de ellos en febrero de 1942. Poco después se supo que el destacamento de Nichipórovich estaba actuando en las inmediaciones de Dukor. Algunos hombres, entre los que se encontraban el doctor Margolin y Skoblo, uno de los primeros «stajanovistas» de Bielorrusia, viajaron a la zona con la intención de restablecer los contactos. Iban armados con cuatro fusiles y otras tantas granadas.

Sin embargo, aquella tentativa no se vio coronada por el éxito. La Gestapo consiguió ubicarlos y rodearlos. Varios de ellos resultaron muertos —Skoblo, por ejemplo— y los demás volvieron al gueto con las extremidades congeladas, lo que los obligó a pasar una larga temporada en el hospital.]

Entretanto, la búsqueda y la compra de armas no cesaban ni por un instante. Naum Feldman era el encargado de esas operaciones. El Comité del partido estableció las vías de evacuación del gueto de todas aquellas personas que no estaban capacitadas para integrarse a las guerrillas. En aquel entonces, los habitantes del gueto participaban de la idea errónea que sostenía que bastaba sacar a la gente del encierro de las cercas de alambre de espino para garantizarles la supervivencia.

El Comité clandestino buscaba destinos a los que enviar a

mujeres, ancianos y niños. Ese trabajo fue encargado a Nina Liss, quien viajó a Bielorrusia occidental con el objetivo de localizar aldeas y caseríos ubicados lejos de carreteras y vías férreas.

En febrero de 1942 los alemanes arrestaron a Mushkin, a la sazón presidente del *Judenrat*. Su posición había sido bien difícil: por una parte, Mushkin era un activo luchador contra los ocupantes, pues estaba encargado de garantizar el permanente avituallamiento de los partisanos; por otra, tenía que generar la impresión de que sus relaciones con los alemanes eran óptimas y por ello cumplía gustosamente todas las órdenes que éstos le impartían. De hecho, Mushkin se veía obligado a ocultar sus trabajos clandestinos a otros de sus colegas en el *Judenrat*, como Rozenblat y Epstein.

Fue un agente provocador el encargado de tenderle la trampa fatal.

Las torturas a Mushkin se prolongaron durante semanas, pero no delató a sus camaradas. Resistió en silencio todos los tormentos. Un mes después de su arresto fue sacado de la cárcel para un traslado e intentó huir saltando del vehículo en marcha. Las balas alemanas lo alcanzaron antes de que pudiera conseguirlo.

Corría el invierno de 1942. Con él llegaban el hambre, el frío y las enfermedades. Apenas podría calificarse de vida a la penosa existencia de quienes los padecían. Los llantos de los niños y los quejidos de los enfermos dominaban el ambiente. La gente se alimentaba de las sobras que dejaban los alemanes. Las pieles de patatas se convirtieron en el principal ingrediente de la comida de los judíos. Las amas de casa se afanaban en hacer pasteles y pudines con ellas.

Las enfermedades campearon por sus fueros: distrofias y forúnculos, el escorbuto, la fiebre tifoidea y el tifus. Los enfermos tenían que ocultar su estado a los alemanes, quienes pedían a diario el listado de ingresos en el hospital del gueto. Los alemanes temían el estallido de epidemias y todos los judíos eran conscientes de que en cuanto supieran del número de casos de tifus sobrevendría un pogromo. Finalmente, se consiguió ocultarles la presencia de enfermos de tifus, pero ello no impidió que muy pronto tuviera lugar un pogromo de una intensidad y una violencia terribles.

En la mañana del 2 de marzo de 1942 llegó al gueto una

caravana de automóviles. En uno de ellos viajaba el *Obersturmführer* Schmidt, notablemente ebrio. Aquello, sin duda, era un mal presagio y los judíos se inquietaron. Con todo, los trabajadores formaron en columnas como era habitual y marcharon a las fábricas. Los hombres de la Gestapo se dirigieron a la oficina de la Bolsa de empleo y comenzaron a armar jaleo. No les faltaban las botellas de vodka o de vino, que habían traído al gueto en un camión. Eran tantos que no cabían en la oficina, de manera que muchos se apostaron en la calle y en la plaza contigua. Hicieron llamar al jefe de policía del Quinto distrito, Richter, bajo cuyo mando se encontraba el territorio del gueto. Durante un buen rato los hombres de la Gestapo continuaron bebiendo y comiendo, hasta que les llegó la hora de ponerse «manos a la obra». Empuñando sus sables y revólveres, los alemanes irrumpieron en las casas y fueron sacando a la calle a todos los inquilinos. Los fueron reuniendo en el patio de la fábrica de papel pintado que se alzaba en la calle Shpalérnaya. Mujeres, niños y ancianos se agolpaban allí a la espera de ser llevados a ejecutar. Al no conseguir encontrar a los inquilinos de dos casas de la calle Tejnícheskaya —se habían escondido en las «malinas»—, los alemanes prendieron fuego a ambos edificios y quemaron vivos a sus vecinos. Cuando las columnas de trabajadores comenzaron a regresar al gueto que encontraron en ruinas, los hombres de la Gestapo los esperaban en la puerta del gueto para conducirlos a reunirse con quienes ya esperaban la muerte en el patio de la fábrica de papel pintado. Todos juntos fueron llevados hasta la estación de ferrocarriles y subidos a un convoy de carga que tomó el camino de Dzerzhinsk. Todos fueron fusilados. Muchos intentaron huir, pero antes los alcanzaron las balas. Cinco mil personas fueron asesinadas allí.

Los agentes de la Gestapo rodearon una columna de trabajadores. El jefe de la brigada de obreros era Levin, quien antes de la guerra se desempeñó como ilustrador y autor de libros para niños, que firmaba con el seudónimo Ber Sarin.

Levin exigió se respetara la vida de todos los hombres de su brigada, aduciendo que se trataba de valiosos especialistas. Los alemanes le dijeron que sólo él podía marcharse, pero Levin insistió en la salvación de todos sus hombres. Ello provocó que la emprendieran con él a culatazos, intentando alejarlo del lugar.

Levin llevaba en la mano el afilado cierre de un bote de hojalata y se abalanzó contra los alemanes empuñando esa sola arma. Fue asesinado allí mismo, en plena calle.

Esa noche, cuando la sangrienta jornada tocaba a su fin, el *Obersturmführer* Schmidt, rodeado de alemanes y policías, empuñando su largo látigo en la mano y borracho como una cuba, gritó en un ruso muy correcto: «Hoy habéis estado como nunca, qué éxito tan maravilloso, qué éxito, qué éxito». Un jefe policial fue condecorado y ascendido por su excelente desempeño en la organización del pogromo.

De la misma manera que durante los anteriores pogromos, en esta ocasión resultaron destruidos el orfanato y el asilo de inválidos *[, así como fueron asesinados varios dirigentes del* Judenrat*]*.

Una de las escenas más terribles fue la que protagonizó la columna de niños de todas las edades, desde los más pequeños hasta los trece o catorce años, conducida por el director del orfanato. Los niños gritaban: «¿Por qué nos hacen esto? ¿Por qué? Ya vendrán los nuestros a vengar nuestra sangre y la de nuestros padres y madres». Los sables caían sobre sus cabezas. Y ensangrentados y con los rostros hinchados por los golpes, aquellos niños seguían adelante. Cuando alguno se quedaba atrás, lo mataban de un tiro. Toda la calle estaba llena de aquellos pequeños cadáveres.

Una empleada del orfanato apellidada Amsterdam acabó con su vida cortándose las venas.

La población del gueto había menguado y los alemanes ordenaron un nuevo reasentamiento. Ello entrañaba mudar a los judíos a otros apartamentos, agrupándolos en un menor número de calles. Luego, también menguó el territorio del gueto: el anillo en torno a los judíos se cerraba cada vez más.

Los pogromos perpetrados por la Gestapo no interrumpían las acciones de los comunistas. El flujo de judíos que salían del gueto para unirse a los partisanos no cesaba. Bien al contrario, no hacía más que crecer. La Gestapo era consciente de ello y respondía con salvaje terror a todas las fugas de las que tenía noticia.

En todos los casos en que la Gestapo conseguí dar con la pista de alguien involucrado en los trabajos de la organización clandestina, la responsabilidad sobre ello recaía sobre todos los inquilinos de su casa o todos sus compañeros de brigada, si se trataba de un

trabajador. Cuando ello ocurría, solían rodear la casa a la caída de la noche y fusilaban a todos los vecinos.

A finales de marzo de 1942 estalló una nueva ola de pogromos nocturnos. Los habitantes del gueto escuchaban horrorizados el tableteo de las ametralladoras en plena noche, los gritos y alaridos de las víctimas que caían bajo las balas. Cada noche les llegaba el ruido de los pasos de la gente que huía de la saña de los alemanes.

Hubo pogromos nocturnos los días 31 de marzo, 3, 15 y 23 de abril. Uno de ellos —el del 31 de marzo de 1942— acabó con la vida de Nina Liss, quien había regresado a Minsk apenas la víspera, tras cumplir una misión clandestina en Bielorrusia occidental.

Un traidor había entregado a la Gestapo una lista con los nombres de los comunistas de la organización clandestina y las direcciones donde vivían. Nina vivía en el número 18 de la calle Kolektórnaya. Cuando los bandidos tuvieron rodeada su casa, uno de ellos la llamó cariñosamente: «Abre la puerta, Nínochka».

La Gestapo exigió la entrega de Guébelev, Smoliar, Feldman y Okunia. De lo contrario, amenazaron con fusilar a todos los empleados del *Judenrat. [El recién nombrado nuevo presidente del* Judenrat, *Ioffe, sabía que los alemanes estaban dispuestos a llevar a cabo la amenaza, pero aún así se negó a satisfacer la exigencia de los alemanes.]*

Guébelev traía de cabeza a los alemanes gracias a que utilizaba tres nombres distintos para sus actividades conspirativas. Por otra parte, el apellido Feldman era harto común en el gueto. De hecho, los alemanes enviaron a tres hombres con ese apellido a la cárcel, de la que ya no volvieron. Okunia fue detenido con prontitud.

Smoliar (Stoliárevich), quien dirigía la organización clandestina del partido en el gueto era sencillamente incapturable. La Gestapo exigía permanentemente su entrega. Ante tanta insistencia, el presidente del *Judenrat* actuó con astucia para engañar a los alemanes. Ioffe consiguió un pasaporte en blanco y anotó las señas de Efím Stoliárevich. Después salpicó de sangre el documento y lo llevó a la Gestapo, donde sostuvo haber sacado el documento de las ropas de un cadáver encontrado en una de las casas batidas durante el pogromo nocturno realizado la víspera. La Gestapo quedó satisfecha y convencida de la muerte de Stoliárevich.

Stoliárevich, Guébelev y Feldman continuaron luchando contra

los ocupantes.

Feldman se encargaba del suministro de armas. Los grupos de personas enviadas a unirse a la guerrilla viajaban provistos de fusiles, sables y granadas. Otro importante objetivo de la organización clandestina consistía en conseguir una pequeña imprenta para enviarla a los partisanos. Finalmente, se consiguieron tres imprentas, de las que dos fueron enviadas a destacamentos partisanos y la tercera quedó para uso del Comité del partido.

El escolar Vilik Rubezhin jugó un papel fundamental por las tareas de enlace que realizó para el envío de las imprentas a los partisanos. La guerra encontró a Vilik, un huérfano, en un campo de recreo para escolares ubicado a las afueras de Minsk. Por tres veces, corriendo un riesgo enorme, ese niño atravesó la ciudad llevando en un trineo los galerines de la imprenta cubiertos con trapos.

También fue él quien se encargó de conducir hasta los partisanos a un grupo de treinta combatientes. Más adelante, Vilik se unió él mismo a la guerrilla y participó en numerosas acciones de sabotaje y emboscadas. Su destacamento le confirió la orden «Estrella roja».

[La Gestapo justificaba los pogromos nocturnos por la necesidad de enfrentar al movimiento partisano. Las «acciones» se extendían al sector ruso de la ciudad.] Un topo consiguió infiltrar la organización clandestina del partido y reveló la identidad de algunos de sus miembros.

Guébelev trajo diez comunistas del «sector ruso» y los escondió en «malinas» del gueto después de proveerlos de pasaportes que los acreditaban como judíos.

El súbito y breve pogromo del 23 de abril de 1942 se distinguió por su especial ferocidad. Los verdugos rodearon las calles Obuvnaya, Sujáya, Shórnaya y Kolektórnaya. El pogromo comenzó a las 17.00 horas y concluyó a las 23.00 horas. Se saldó con quinientos muertos.

Otro pogromo nocturno que se caracterizó por la crueldad mostrada por policías y soldados tuvo lugar en mayo de 1942. Los verdugos rodearon un edificio de cuatro plantas en la calle Zaválnaya, habitado por numerosas familias, y le prendieron fuego con todos los vecinos dentro. Varios cientos de personas fueron quemadas vivas.

Los salvajes alemanes rotaban de un destino a otro. Algunos se

marchaban y eran sustituidos por nuevos mandos. No obstante, con la excusa de poner orden en el gueto, todos ellos practicaban la política de exterminio de los judíos.

Poco antes de su cese como responsable del gueto, Richter decidió verificar que se estaban cumpliendo sus órdenes relativas al protocolo de salida de los judíos a trabajar. Así, detuvo en plena calle a los tres primeros judíos que se tropezó y los condujo hasta la Bolsa de trabajo, donde ordenó a los policías que los desnudaran, antes de golpearlos salvajemente. Por último, sacó a uno de los hombres a la plaza, lo ató a un poste y lo mató a tiros. Del cuello de la víctima colgaron un trozo de cartón en el que se leía: «Así se actuará contra todo aquel que se niegue a salir a trabajar».

El sucesor de Richter se apellidaba Hattenbach. Fue él quien dio la orden de transformar el gueto en un campo de concentración. Para ello, se cambió la numeración de todas las casa del gueto y se obligó a los judíos a llevar los números de sus casas cosidos a la ropa junto al distintivo de color amarillo. Hattenbach asesinó personalmente a cientos de judíos que no obedecieron esa orden. No obstante, los fusilamientos que se producían sin cesar en el gueto no necesitaban de causas o razones específicas. En mayo trajeron al gueto a tres internos del campo Trostianets. Los tres se encontraban mal de salud y habían pedido acudir al hospital para que los viera un médico. Hattenbach se los llevó al cementerio y los asesinó. Los hechos similares a éste fueron muy numerosos.

La fábrica Oktiabr constituía el más apetecible de todos los destinos laborales, porque quienes trabajaban en ella recibían una taza de agua caliento junto a los preceptivos doscientos gramos de pan, además de un cuenco de bodrio en la hora de la comida.

En mayo de 1942 la fábrica despidió a trece trabajadoras. Enteradas del despido, las mujeres decidieron unirse a la columna que marchaba a la fábrica la mañana siguiente para interesarse por sus causas. Pero en lugar de permitirles hablar con el capataz, las condujeron a la cárcel. Después de torturarlas durante dos semanas, las trece mujeres fueron devueltas al gueto bajo estrecha vigilancia y llevadas a la plaza que albergaba la sede del *Judenrat*. Seguidamente, los alemanes obligaron a los vecinos a salir de sus casas y congregarse en la plaza y fusilaron a las mujeres disparándoles balas explosivas. Sus cadáveres permanecieron

tumbados en la plaza durante dos días, porque se prohibió darles sepultura.

En abril de 1942 la Gestapo ordenó a los judíos presentarse cada domingo a las 10.00 horas en aquella misma plaza para realizar un recuento —*Appel*.

Naturalmente, aquellas concentraciones no estaban exentas de latigazos y culatazos. La gente acudía en tensión, pues nunca sabía qué podía esperarles durante el recuento. Richter, Hattenbach, Fichtel y Menschel y otros gerifaltes pronunciaban discursos cada domingo para convencer a los judíos de la improcedencia de sumarse a los destacamentos guerrilleros. Prometían que no habría más pogromos. Cada domingo repetían los mismos discursos una y otra vez y después forzaban a los judíos a actuar, bailar y tocar música. Algunos de los ejecutantes eran fotografiados.

Un domingo los alemanes fueron por las casas para asegurarse de que todos los judíos acudieran al recuento y encontraron a catorce hombres escondidos. Todos fueron llevados a la plaza y mostrados a la concurrencia. Se avisó que los catorce serían encerrados en la cárcel, de la que no saldrían más. Y así fue: los fusilaron. Los recuentos semanales se prolongaron hasta el 28 de junio de 1942. Uno de esos domingos del mes de junio, después del recuento, un grupo de judíos esperaba turno junto al pozo de la calle Tánkovskaya, mientras un policía acompañado de una mujer avanzaba por el callejón Opanskii N.° 2. Al llegar junto al cerco de alambre de espino, los transeúntes divisaron la fila y el hombre, volviéndose hacia su acompañante, le dijo: «Ahora verás qué buena puntería tengo» y disparó sobre la multitud. Esfir, una joven de dieciséis años, cayó desplomada. Una hora más tarde exhaló su último suspiro. Tales incidentes solían repetirse.

[Como consecuencia del arresto de los dirigentes del Comité del partido de Minsk, los enlaces de los partisanos dejaron de viajar a la ciudad y se interrumpieron provisionalmente las comunicaciones con la guerrilla. Tras analizar la nueva situación, el Comité del partido del gueto decidió crear mecanismos propios para continuar enviando hombres a la guerrilla. Un grupo de veinte personas bajo la dirección del camarada Lapidus se encargaría de la selección de los candidatos. Finalmente, se conformó un primer destacamento que debía viajar en un camión. No obstante, como todos no podían acomodarse en el camión

cuando éste atravesara la ciudad, se decidió enviar un primer grupo de veinte hombres a cuarenta y cinco kilómetros de la ciudad y una vez allí, volver al kilómetro 15 *donde estaría esperando otro grupo de voluntarios que se trasladaría hasta allí por sus propios medios. Feldman, Tumin y Lifshitz formaban parte de ese segundo grupo que no encontró el camión en el punto acordado. Finalmente, resultó que el primer grupo había conseguido llegar a su destino, mientras que el segundo acabó cayendo bajo las balas de los hombres de la Gestapo y los traidores locales. Algunos de ellos —así Feldman y Tumin— consiguieron volver al gueto. El resto se dejó la vida en la carretera.]*

A finales de abril de 1942 *[los comunistas que todavía vivían en el gueto decidieron restablecer la organización del partido en la ciudad]* y convocaron una conferencia del partido en una casa de la calle Torgóvaya. La conferencia consiguió restablecer la estructura del partido y abolió las células de diez miembros a favor de una organización por lugares de residencia o trabajo. El gueto, a efectos de la organización del partido, fue considerado un distrito aparte. *[Por esos días se recibió una orden del Comité central del Partido bolchevique llamando al enrolamiento masivo en los destacamentos de partisanos.]*

Con el concurso del Comité clandestino del partido en el gueto se creó un destacamento de partisanos (en la región de Slutsk). Ese destacamento se nutría sistemáticamente de prisioneros de guerra recluidos en el campo de la calle Shirókaya, trabajadores de la fábrica de fieltro y otros talleres y fábricas.

Durante una de las operaciones de envío de efectivos a las guerrillas Misha Guébelev fue arrestado junto a la cerca de alambre de espino. Guébelev, quien no conoció el miedo ni la fatiga en tanto tiempo de lucha, se había entregado en cuerpo y alma a la causa de la liberación de su pueblo.

Los envíos de efectivos a las guerrillas transcurrían en paralelo a las acciones de sabotaje en las fábricas de alcohol, fieltro y el matadero. Un herrero judíos empleado en la fábrica de alcohol se dedicaba al envenenamiento sistemático de todas las partidas de alcohol que tenían como destino a las tropas alemanas.

El Comité del partido del gueto encargó a Naum Feldman, miembro fundador de la organización comunista en el gueto, la creación de una base de operaciones guerrilleras en la zona

occidental de Bielorrusia. El camino se le hizo arduo a Feldman, quien tuvo que esperar a durante dos días enteros en el kilómetro 9 de la carretera al guía que debía conducirlo a su destino junto a sus hombres.

Finalmente, Feldman consiguió llegar hasta el destacamento de Skachkov, que apenas comenzaba sus actividades. No obstante, Feldman había tomado la decisión de formar un destacamento propio bajo su mando. Envió enlaces al gueto para pedir más hombres que engrosaran sus fuerzas. Le enviaron nuevos camaradas. Sus hombres ya estaban armados con ametralladoras de mano, fusiles, sables y pistolas. A finales del mes de mayo otro destacamento absorbió a los hombres de Feldman que poseían armas. El resto de los hombres se entregó a la búsqueda de armas. Y en ello, nuevamente, les ayudó el Comité del partido en el gueto. En junio de 1942 llegó al destacamento quien se convertiría en su comandante, el prisionero de guerra Semión Grigórievich Ganzenko, a quien desde el gueto le facilitaron la fuga del campo de la calle Shirókaya. El destacamento fue nombrado en honor del camarada Budionni. Feldman se desempeñó como político del destacamento. Más adelante el destacamento se fundió con la brigada Stalin convirtiéndose en una de las unidades de combate de ésta. Entonces Ganzenko fue nombrado comandante de la brigada y Feldman comisario de uno de los destacamentos que la formaban.

Todas las fugas del gueto se veían entorpecidas por innumerables dificultades. El perímetro del gueto era custodiado con celo día y noche. Había guardias emboscados por todas partes.

El 27 de julio de 1942 la Gestapo estableció nuevas disposiciones sobre la identificación de los judíos. Así, a partir del 28 de julio se les ordenaba llevar nuevos distintivos —uno de color rojo para los trabajadores; otro de color verde para los familiares dependientes— aparte de los de color amarillo y los números de las casas donde residían. Según lo estipulado los trabajadores recibirían sus distintivos en las fábricas, mientras que los familiares dependientes lo harían en la plaza donde se alzaba el *Judenrat*. Nadie supo prever que aquella disposición de apariencia tan inocente escondía los preparativos de una terrible masacre.

No cabe duda de que el 28 de julio de 1942 fue el día más negro de toda la historia del gueto de Minsk.

A primera hora de la mañana, en cuanto se hubieron marchado los trabajadores, la policía y la Gestapo inundaron las calles del gueto. Había patrullas por todas partes. Todos los habitantes del gueto fueron obligados a salir de sus casas para congregarse en la plaza de marras, a la que ya llegaban enormes camiones cubiertos. Se trataba de cámaras de gas móviles. Ese pogromo se saldó también con la destrucción del hospital, sobreviviente de anteriores incursiones. Los enfermos fueron asesinados en sus propias camas. Así terminaron con la vida del condecorado compositor Kroshner. Todo el personal del hospital, incluyendo los médicos, fue obligado a formar una columna y llevado a la plaza. Allí subieron a las cámaras de gas móviles vistiendo aún las batas blancas propias de su profesión.

Cuarenta y ocho médicos fueron asesinados de ese modo. Entre ellos estaban muchos de los mejores especialistas de Bielorrusia como el profesor Dvórzhets, doctor en medicina, el profesor asociado Mayzels, candidato a doctor en medicina, los ancianos y muy experimentados galenos Júrguel, Kantorovich, Gúrvich, Sirotich y muchos otros.

Los alemanes descubrieron a dos hombres escondidos en una «malina». A uno lo obligaron a tumbarse en el suelo y lo cubrieron con grandes trozos de vidrio de las ventanas; al otro le ordenaron saltar sobre él. Al ver que el segundo judío se negaba a ser el verdugo de su compañero de infortunio, los bandidos saltaron sobre el vidrio y después los asesinaron a ambos.

El pogromo se prolongó durante los días 28, 29, 30 y hasta las 13.00 horas del 31 de julio. En las breves pausas que hacían, los verdugos se entregaban a la bebida y las juergas.

A las 13.00 horas del 31 de julio de 1942 las autoridades ordenaron poner fin al pogromo, pero ello no hizo menguar la actividad de los fascistas. Continuaron corriendo de casa en casa en busca de «malinas». Cuando encontraban a alguien escondido en ellas, lo sacaban a la calle y lo fusilaban. Aquella bestial carnicería se llevó la vida de veinticinco mil personas.

Lilia Samoilovna Gleizer, quien padeció el pogromo desde el primero hasta el último minuto ha dejado el siguiente relato de lo que vio: «No paró de llover en toda la noche y al amanecer de aquel 28 de julio la lluvia cayó con más fuerza. Parecía que la naturaleza

lloraba de antemano por toda la sangre inocente que iba a ser derramada. Aquella mañana todo el que pudo se sumó a las columnas que salían a trabajar. Algunos, al conseguir abandonar el gueto, buscaron refugio en las casas de sus amigos rusos. Otros se escondían en las “malinas”.

«Confiados en las garantías dadas por los alemanes, quienes dejaron atrás a sus hijos para salir infiltrados en las columnas de trabajadores, esperaban que aquéllos salieran ilesos. A primera hora de la mañana me escondí en la “malina” que habíamos construido en casa. Se trataba de un escondrijo muy especial y muy superior a otras “malinas” de nuestro edificio. La mía estaba situada debajo de la estufa y la trampilla que daba acceso a ella estaba tan perfectamente disimulada que ni el más experimentado detective habría conseguido descubrirla.

»Podía escuchar los llantos de los niños y hasta las apagadas voces de los adultos llegándome a través de las paredes del sótano. La experiencia de los anteriores pogromos me permitía adivinar con toda certeza que aquellas “malinas” serían descubiertas, si los fascistas se afanaban en buscarlas.

»Por lo general, los niños eran los responsables de la detección de las “malinas” donde se ocultaban. Simplemente, los pequeños no podían soportar largos días de ayuno en el estrecho y agobiante espacio de los escondrijos y rompían a llorar o mostraban a gritos su impaciencia. Así delataban su presencia.

»A través de las paredes me llegaba un ir y venir frenético. Los vecinos del edificio se preparaban para algo extraordinario. El barullo crecía, golpeaban las puertas, se escuchaba llorar y voces subidas de tono. De pronto el ajetreo alcanzó su cénit. La policía estaba echando a la gente a la calle. Se escuchaban los gritos y los ruegos de quienes pedían a los policías dejar en las casas a los ancianos desvalidos y a los niños pequeños. Todos esos llamados a la piedad tropezaban con las desaforadas protestas de los policías. Una hora más tarde se había restablecido la calma. Se hizo el silencio. La curiosidad me hizo abandonar la “malina” y asomarme a la habitación. Nuestro edificio, donde vivíamos unos novecientos vecinos, estaba en silencio, como un camposanto. También la calle estaba en silencio, desierta. Permanecí unos instantes junto a la ventana aguzando el oído. Escuché llorar a una mujer que pedía

clemencia a gritos. Siguió un prolongado alboroto, acallado por unos cuantos disparos de fusil. Regresé a toda prisa al agujero que me servía de escondrijo. Desde allí, escuchaba los gritos y disparos cada vez más frecuentes. Comprendí que la policía había emprendido una segunda ronda y estaba fusilando en plena calle a todos los vecinos que habían escapado a la primera redada.

»Unos minutos más tarde se escucharon pasos en las escaleras del edificio. Me llegaron los ruidos de vajilla arrojada al suelo, disparos de fusil, el seco y breve crujido de las puertas abiertas a patadas y las risotadas de los policías. Los ruidos se prolongaron durante un rato hasta que menguaron y acabaron por cesar. Los "bobiki", como solían llamar a los policías, se marchaban por fin. Todavía escuché algunos pocos disparos, pero pronto se apagó todo, como si el mundo hubiera parado de existir.

«Ahora sólo muy esporádicamente se escuchaban voces indiscernibles que provenían de las "malinas" y rompían el silencio. Una vez más, la curiosidad pudo más que el miedo y salí de mi escondite. Había ruido en el apartamento contiguo al mío y comprendí que se trataba de mi vecina, una pobre mujer que perdió la razón al presenciar el asesinato de su marido en los primeros días de reclusión en el gueto. En puntillas y con el oído atento, cuidándome de andar tan silenciosa como los gatos, me acerqué a la puerta de su apartamento. Al asomarme, la vi andar de un lado a otro llevando en brazos a su hijo dormido. Resultaba milagroso que los policías no hubieran reparado en su presencia allí. "Será que su destino es escapar a la muerte", pensé. La mujer no se percataba de mi presencia. Tan sólo pedía comida con un hililllo de voz, aunque sin dirigirse a nadie en concreto. A la vista de aquella mujer desprovista de razón y con una criatura en brazos, me embargó de pronto una compasión enorme hacia ella, tanta que no conseguí reprimir las lágrimas que me brotaron de los ojos. Recordé que guardaba en la alacena un mendrugo de pan, ya duro como un trozo de madera, del que los alemanes daban de comer a los judíos y los prisioneros de guerra. Rápidamente volví a mi casa y traje el trozo de pan que mostré a la mujer intentando atraer a la pobre loca hacia mi escondrijo para salvarle la vida. Bastó que entráramos a la "malina" para que se escuchara cómo los alemanes aporreaban la puerta del edificio y escucháramos ladrar a los alemanes:

“*Aufmachen*” (¡Abrid!), gritaban. Unos instante más tarde las culatas de sus fusiles golpeaban la puerta. Temblando de miedo, me hundí hasta el fondo de mi escondite, con la espalda pegada a la pared de tierra. Escuchamos cómo los alemanes irrumpían en la habitación y disparaban contra el techo, las paredes y el suelo. Se trataba de uno de los comandos dedicados a la detección de las “malinas”, cuyos integrantes se destacaban por su extrema ferocidad. A juzgar por sus gritos desaforados y sus voces aguardentosas, no era difícil descubrir que estaban muy borrachos.

»Asustado por el intenso tiroteo, el bebé de mi vecina a los que había dado refugio en mi “malina” comenzó a llorar. La madre le tapó la boca con fuerza, pero ya era tarde. Los alemanes sabían que estábamos escondidas allí y tras un instante en silencio se dirigieron directamente a donde nos escondíamos y comenzaron a romper la trampilla de acceso, mientras proferían obscenidades.

«“Estarnos muertos”, pensé. Tras levantar los tablones en torno a la estufa, los alemanes arrojaron varias granadas. Éstas, al explosionar, descubrieron otras muchas “malinas”, porque la onda expansiva hundió el relleno de tierra que servía de techo a los sótanos del edificio. Se desató un intenso tiroteo contra las “malinas”. Los fascistas hacían oídos sordos a las desgarradoras peticiones de clemencia que hacían las víctimas. Arrojaron varias ganadas hacia los refugios lanzándolas por los agujeros abiertos por la primera explosión desde donde llegaban los gritos de horror de los condenados. Las nuevas explosiones conmovieron aún más la estructura del edificio y mi “malina” quedó en descubierto. Los gritos y los sollozos cesaron por un instante. Tras las ensordecedoras explosiones, el silencio duró poco. Pronto volvieron los llantos y los rabiosos gritos de los fascistas: “*¡Herausgeben!*” (¡Salid!) a los que los heridos respondían con gritos de dolor que partían el alma. Tras repetir sus órdenes sin éxito, los alemanes bajaron a nuestros refugios y rompieron con la luz de sus linternas las penumbras de las que salían los quejidos de los agonizantes. Al ver las luces, me pegué aún más a la pared de tierra y aguanté la respiración. Así conseguí que los alemanes no repararan en mí, oculta tras un desprendimiento de la pared del escondrijo. Tras gritar otros pocos “*¡Herausgehen!”*, apuñalaron a los heridos para rematarlos y volvieron a la superficie.

«Poseídos por el furor de la destrucción, los alemanes la emprendieron con la vajilla, los muebles y hasta las ventanas. Después entraron a otros apartamentos, donde repitieron los mismos horrores. La calma se restableció unas horas más tarde. Apenas los sollozos salidos de algunas “malinas” rompían el silencio de tanto en tanto. En penumbras y a solas con aquellos cadáveres, sentí miedo y me arrastré lentamente hacia la trampilla que habían hecho saltar las granadas. Desde allí llegaba una tenue luz que iluminaba el sótano. Tropecé con el cuerpo de una mujer que me cerraba el paso hacia la superficie. Era la pobre loca que había querido salvar de la muerte. Ahora yacía cerrando el acceso al escondrijo. Su cuerpo había recibido muchos impactos de metralla. Probablemente había muerto al instante. A su lado yacía el cadáver de su hijo.

»Me arrastré hasta la habitación. La encontré llena de trozos de vajilla y muebles. Todo estaba cubierto de cal y plumas salidas de las almohadas y los colchones destripados. Las ventanas habían saltado junto a los marcos; la metralla había dejado huellas en las paredes y el techo. Sentí náuseas. Me cubrí la cara con las manos y estuve a punto de desplomarme sobre los restos de la puerta rota a culatazos. Pero un intenso deseo de vivir consiguió hacerme superar el estado de conmoción. Me recuperé y corrí a esconderme en el desván. Desde allá arriba podía asistir al desarrollo del pogromo en otros edificios de nuestra calle. Las explosiones de las granadas y el tableteo de las ametralladoras hacían un ruido caótico y continuo. La calle estaba llena a rebosar de cadáveres ensangrentados. Eran cadáveres de mujeres y niños. Los fascistas arramblaban con todo lo que les apetecía. Cargaban con toda suerte de objetos y enseres y se los llevaban en carretas. Y, sin embargo, todavía no estábamos asistiendo a un pogromo en toda regla. Aquello no era más que un ensayo».

Todos los habitantes del gueto fueron obligados a reunirse a mediodía en la plaza Yubiléinaya. La plaza se había llenado de grandes mesas ornadas con motivos festivos y rebosantes de apetitosos comestibles y bebidas. Los responsables de masacres sin nombre en toda la historia de la humanidad estaban sentados a ellas.

Richter, el máximo jefe del gueto y a quien Hitler había

premiado con la Cruz de Hierro, ocupaba la posición central. Lo franqueaba el musculoso oficial de las SS Rede, otro de los responsables del gueto, y el obeso jefe de la policía de Minsk, el mayor Bentske. *[Muy cerca de aquel diabólico trono habían instalado una improvisada tribuna. A ella los fascistas obligaron a subir al compositor Ioffe, uno de los miembros del Comité judío del gueto. Engañado por Richter, Ioffe comenzó por tranquilizar los ánimos de la excitada multitud explicando que los habían congregado para hacer un recuento y entregarles nuevos distintivos. Vero antes de que pudiera concluir su discurso]* la plaza se fue llenando de pronto de camiones cerrados: eran las cámaras de gas móviles. *[Ioffe no tardó en comprender qué significaba aquello y gritó a la multitud nerviosa por la que corrían ya de boca en boca las horribles palabras «cámaras de gas»: «¡Camaradas! He sido engañado miserablemente. Nos matarán a todos. ¡Esto es un pogromo!»]*

La gente enloquecida corrió en todas direcciones buscando escapar de una muerte que parecía inexorable. Todo era gritos y confusión; las estrellas amarillas de seis puntas parecían ensayar una diabólica danza. Los fascistas, que ya tenían rodeada la plaza, abrieron fuego cerrado sobre la multitud indefensa. Pero la gente no se echaba atrás y buscaba escapar del cerco luchando cuerpo a cuerpo contra alemanes armados hasta los dientes. Muchos fascistas tuvieron que pagar bien caro su esfuerzo por aplacar la ira de la multitud. La plaza quedó llena de cadáveres y bañada en sangre. Finalmente, los alemanes consiguieron organizar largas filas de mujeres y ancianos pacificados a sangre y fuego que avanzaban hacia las cámaras de gas móviles.[27] Entretanto, los niños fueron separados de las madres y obligados a ponerse de rodillas con los brazos en alto. Los más pequeños, desnutridos y débiles, lloraban sin parar y bajaban muy pronto los bracitos que no tenían fuerzas para mantener en alto. Ello bastaba para que los apuñalaran allí mismo, les fracturaran la columna vertebral o los alemanes los levantaran en alto para arrojarlos con fuerza contra los adoquines que pavimentaban la plaza. Naturalmente, la brusca caída hacía que los sesos se desparramaran al salir de los pequeños cráneos. Ante aquel espectáculo, las madres que hacían cola para entrar a las cámaras de gas móviles se lanzaban como tigresas contra los alemanes, quienes las recibían a tiros. A aquellos que se negaban a

subir a las cámaras de gas móviles les esperaba una muerte horrible. Eran conducidos hasta las mesas donde los fascistas —ya completamente embriagados— pronunciaban brindis al son de la música de los acordeones. Borrachos como cubas, Hattenbach, Richter, Rade y otros altos cargos alemanes pronunciaban las sentencias: «Cortadle las orejas y la nariz y matadlo después a puñetazos o latigazos», y así sucesivamente. Tales sentencias eran ejecutadas allí mismo por los propios jueces o por policías, hombres de la Gestapo o soldados de la guarnición.

[Al presenciar aquel sangriento espectáculo, el Artista del Pueblo Zórov se abalanzó sobre los fascistas maldiciéndolos. Consiguió morder a uno y pegarle puñetazos y patadas. Un instante después caía al suelo sin sentido. Así fue arrojado al interior de una de las cámaras de gas portátiles.]

El espectáculo se prolongó hasta última hora de la noche. La plaza se fue vaciando; los responsables de la matanza se dormían recostados sobre las mesas. El pogromo se fue apagando. Tan sólo los soldados de la guarnición de Minsk, asiduos entusiastas de la represión en el gueto, vagaban en busca de algún objeto de valor que llevarse a casa. Todos los niños obligados a arrodillarse y alzar los brazos fueron asesinados. No hubo excepciones. Las cámaras de gas móviles se marcharon para no volver. Cargaron con todos aquellos que no fueron asesinados en la plaza y se los llevaron a Trostianets o Túchinka.

Los efectivos de la policía judía que aún seguían con vida recibieron el encargo de limpiar de cadáveres y sangre la plaza durante la noche. Al amanecer se pudo constatar que la orden había sido cumplida. Comenzaba la mañana del 29 de julio. El cielo plomizo parecía adivinar la continuación de la masacre. El sol apenas conseguía asomarse algunos instantes para quedar ensombrecido rápidamente por los oscuros nubarrones. Las calles del gueto estaban desiertas.

Los motores de los camiones alemanes rugieron al entrar en la plaza Yubiléinaya hacia las diez de la mañana. De ellos se apearon grupos de soldados de la guarnición de Minsk al mando del mayor Bentske, jefe de la policía, verdugo y oficial alemán, y reanudaron los saqueos y la detección de «malinas». La clara amenaza de lluvia obligó a retirar las mesas engalanadas y guardarlas en la sede del

Comité judío. Allá mismo eran conducidos los ancianos, las mujeres y los niños encontrados en las «malinas». Ese día fue descubierto un elevado número de refugios.

Al irrumpir en el hospital del gueto, que permaneció ajeno a la furia del pogromo del día anterior, los alemanes y los policías acuchillaron a los enfermos y al personal sanitario.

El 1 de agosto, tras cuatro días de carnicería, los alemanes volvieron a sacar la mesa a la plaza Yubiléinaya. Y nuevamente la llenaron de vinos y comestibles. A ellas se sentaron los mismos mandamases.

Los policías y los hombres de la Gestapo habían recibido una orden diáfana: capturar a los últimos habitantes del gueto aún ocultos en «malinas».

En el último día del pogromo los fascistas rebasaron todas las nociones que los seres humanos tenemos acerca de lo que puede ser un crimen. Ante madres que perdían la razón y se desmayaban a la vista de crímenes sin nombre, alemanes y policías borrachos violaron a jóvenes muchachas sin el menor recato debido a ellos mismos o a quienes les observaban, les hincaron puñales en los genitales, obligaron a personas aún vivas a adoptar las posturas más obscenas o lo hicieron con cadáveres, cercenaron narices, senos y orejas.

Las madres de las víctimas se abalanzan sobre los victimarios fascistas como locas y caían con los cráneos destrozados a golpes.

Los ancianos decrépitos eran golpeados con porras de goma hasta la muerte o fustigados con igual resultado. Los gritos, los lamentos y las maldiciones duraron todo el día. La docena de acordeones que tocaban en la plaza no conseguían apagar lamentos tan desesperados. A las tres de la tarde todo hubo acabado. Una hora más tarde los ayudantes de Richter abandonaban por fin el perímetro del gueto.

Concluida la matanza, los alemanes ordenaron a las fábricas y empresas que habían retenido a sus trabajadores judíos durante los cuatro días que duró el pogromo dejarlos volver al gueto.

Esa noche las columnas de trabajadores tomaron el camino de vuelta al gueto. Hombres y mujeres andaban sin prisa, en silencio y con las miradas clavadas en el suelo. Así llegaron hasta el puesto de control que se alzaba ante la entrada al recinto cercado. ¿Quiénes

los esperaban allí?

Cada noche, cuando los trabajadores forzados regresaban al gueto, una multitud esperaba verles entrar en el recinto. Madres, esposas, ancianos, padres, hijos, hermanas y hermanos —en definitiva, toda la población del gueto no considerada apta para el trabajo— se agolpaban para felicitarse de ver regresar con vida a los suyos tras una separación de catorce horas. Esta vez no había nadie esperándolos.

Ahora apenas los recibió un guardia que salió a toda prisa de la garita para juntar con fuerza los tacones de sus recias botas al cuadrarse ante el oficial que conducía la columna de hombres. El oficial se llevó la mano a la gorra, que rozó levemente, y ordenó al soldado abrir las puertas. Los trabajadores se adentraron en un gueto que los recibió sumido en un profundo silencio. Las calles estaban llenas de trozos de muebles destrozados a golpes. El viento jugaba con papeles y libros arrojados a calles y aceras. Había trozos de vajilla por todas partes. Las plumas salidas de almohadas y colchones destripados y los fragmentos de toda suerte de enseres domésticos que habían sido pasto de la destrucción cubrían calles y aceras.

Armarios, cómodas y mesas asomaban por las ventanas totas, colgando milagrosamente. Pero si algo dominaba aquel paisaje de pesadilla eran los cadáveres, los incontables cadáveres de los seres queridos de los hombres que avanzaban ahora por las calles del gueto. Todos ellos estaban tumbados sobre enormes charcos de sangre. Súbitamente el oficial alemán que guiaba la columna de hombres, quien jamás había presenciado espectáculo tan atroz, sufrió un ataque de histeria y comenzó a pegarse en la cabeza mientras profería horribles gritos. La columna se detuvo. Todos se sentían desbordados por la tragedia. Las mujeres también se dejaron ganar por la histeria y comenzaron a llorar desconsoladas; los hombres se tiraban de los cabellos y se estrujaban las manos. ¿Conoció alguna vez la humanidad una masacre tan sangrienta como aquélla?

Desesperados, los trabajadores corrieron como locos a sus apartamentos con la esperanza de encontrar a los suyos ocultos en las «malinas». Pero las «malinas» ocultas en las estufas, bajo el suelo o tras tabiques falsos habían sido reventadas por las granadas. Y lo

que se encontraron los trabajadores fue los restos de los suyos, destrozados por las explosiones. No obstante, la mayoría no encontró ni siquiera eso, pues sus familiares habían sido conducidos a Trostiatets o Túchinka en las cámaras de gas móviles y enterrados allá en enormes zanjas que esperaban a las víctimas mientras eran desnudadas, saqueadas y asfixiadas en los «camiones de la muerte».

Incluso un pogromo tan decididamente horroroso como el perpetrado el 2 de marzo palidece ante la sangrienta masacre cometida en julio.[28]

Al comenzar agosto apenas quedaban con vida 8794 judíos de los setenta y cinco mil que había acogido el gueto.

También los judíos alemanes fueron víctimas de ese último pogromo. Tres mil judíos alemanes fueron gaseados. Les dijeron que se reunieran con todas sus cosas para ser enviados a trabajar. Hattenbach y el *Obersturmführer* pronunciaron breves discursos ante ellos en la plaza. Seguidamente, subieron a las cámaras de gas donde fueron gaseados.

Unos verdugos alemanes sustituían a otros. Richter fue sustituido por Hattenbach. Después, vinieron, en este orden, Fichtel y Menschel. Cada nueva incorporación se saldaba con nuevas víctimas humanas.

En enero de 1943 la policía encontró dos cadáveres de alemanes abandonados en plena calle. La Gestapo respondió a ese hallazgo con la violencia más bestial. A las tres de la tarde del 1 de febrero de 1943 las cámaras de gas móviles se aparecieron de pronto en el gueto. En ellas viajaba un destacamento de la Gestapo dirigido por el sangriento *Obersturmführer* Miller.

La gente era sacada a la fuerza de sus casas o capturada en la calle. Todos eran conducidos a las cámaras de gas móviles. A la mañana siguiente faltaban cuatrocientos habitantes del gueto.

Poco después llegaron al gueto cincuenta y tres judíos de Slutsk. Los había salvado su consideración de «especialistas». Contaron horrores de la aniquilación del gueto de Slutsk. El apellido Ribbe aparecía constantemente en sus relatos como el del agente de la Gestapo que se había destacado por una crueldad sin límites.

En algún momento de la primera quincena del mes de febrero de 1943 dos alemanes hasta entonces desconocidos comenzaron a pasearse por las calles del gueto. Los bien visibles distintivos en sus

uniformes acreditaban su pertenencia a la Gestapo. Detuvieron a una mujer en plena calle, la registraron y se incautaron de los ocho marcos que la mujer llevaba encima. Después se tropezaron con otra mujer que iba acompañada por su hijo de cuatro años. Le preguntaron cómo era que no estaba trabajando (uno de los alemanes hablaba ruso: más tarde se supo que se trataba del traductor Michelson). La mujer les mostró un certificado de enfermedad, lo que provocó que ambos alemanes la emprendieran a golpes con ella. Una vez golpeada, la condujeron junto a su hijo al cementerio y los mataron a los dos. Cuando regresaban del cementerio los alemanes se encontraron a un chico de quince años que cargaba dos mazos de leños. «¿De dónde has sacado esos leños?», le preguntaron. «Me los regaló mi jefe», respondió el muchacho. La respuesta le valió ser conducido al cementerio y fusilado. Cuando los trabajadores regresaron al gueto esa noche, los judíos de Slutzk reconocieron a su verdugo: «Esos son Ribbe y su traductor Michelson —aseguraron. Y añadieron—: La llegada de Ribbe significa que se avecina la liquidación total de este gueto».

Efectivamente, los recién llegados no eran otros que el *Hauptsturmführer* Ribbe, tantas veces condecorado por la crueldad de los pogromos que organizó, y su ayudante y traductor Michelson.

A partir de la llegada de Ribbe los judíos no volvieron a conocer un solo minuto de paz. Sus fieles asistentes en las venideras masacres de judíos fueron Michelson, Bunge —nuevamente aupado al puesto de jefe de la policía—, y el segundo jefe de la policía, el sargento Scherner.

Desde primera hora de la mañana hasta última hora de la noche los disparos eran los amos del gueto. La gente caía sin cesar alcanzada por las balas. Que a Ribbe le disgustaba el rostro de alguien: lo fusilaba. Que alguien iba vestido en forma que desagradara a Ribbe: fusilado. Que el distintivo no iba cosido a la ropa con la precisión que gustaba a Ribbe: fusilado.

Las calles estaban vacías, porque la gente temía salir de sus casas. Pero ni eso las libraba del horror. Ribbe y su horda entraban en las casas a patadas. Si encontraban un bollo horneado a la manera alemana: fusilamiento; si un trozo de mantequilla que una madre guardaba para su hijo enfermo, fusilamiento; si un mapa o un libro, fusilamiento.

Los famélicos niños judíos se las apañaban para cruzar la alambrada y pedir limosna fuera del gueto, siquiera un mendrugo de pan. En las noches, solían reunirse junto al puente de la estación de ferrocarriles para esperar la llegada de las columnas de trabajadores y regresar con ellas al gueto. En febrero Ribbe organizó una redada contra los niños. Los cazaron por todo el «sector ruso», los cargaron en camiones y los llevaron al cementerio donde los fusilaron. Cuando los subían a golpes a los camiones, los niños imploraban a gritos: «¡No nos golpeéis, señores! ¡Subiremos solos!».

El 19 de febrero Ribbe se embarcó en una inspección de las fábricas que empleaban a judíos alemanes y descubrió que había muchas jóvenes y mujeres hermosas entre las trabajadoras. Pronto, Ribbe seleccionó a las mejores bellezas del gueto —doce judías alemanas y una judía rusa, Lina Noy. Todas recibieron la orden de presentarse a las seis de la tarde en las dependencias de la Bolsa de trabajo.

Ribbe y Michelson llegaron puntualmente a la cita. Aún desconocedoras de la suerte que les esperaba, las víctimas no sabían a qué atenerse. Había mucho ruido en la plaza, pues a esa hora volvían algunas columnas de trabajadores y la gente se quedaba allí a ver con qué propósito Ribbe había convocado a las muchachas y mujeres más hermosas del gueto. La respuesta no se hizo esperar. Ribbe ordenó detenerlas y conducirlas por la calle Sujáya. El dolor se adueñó del gueto: tomar la calle Sujáya significaba encaminarse hacia el cementerio.

La vista de aquella procesión era terrible: trece mujeres jóvenes y hermosas se dirigían con paso marcial hacia las puertas del cementerio. Una judía alemana pidió permiso para despedirse de su marido. Ribbe se lo concedió. El hombre fue conducido al cementerio y fusilado ante su mujer. Aquellas bestias obligaron a las mujeres a desvestirse y las sometieron a todo tipo de ultrajes. Seguidamente Ribbe y Michelson las mataron a tiros. Ribbe le quitó el sostenedor a Lina Noy y se lo guardó en un bolsillo. «Me lo quedo como recuerdo de una hermosa judía», le dijo.

Esa misma noche, a las 23.00 horas del 19 de febrero de 1943, un camión cargado de hombres de la Gestapo se adentró en el gueto. Tras recoger al traidor Epstein, siempre dispuesto a ayudar a

los ocupantes, el camión se dirigió al N.° 48 de la calle Obuvnaya. El edificio fue rodeado por todos lados y sus vecinos sacados a la calle y obligados a formar en filas de cuatro. Los niños gritaban con tal fuerza que sus alaridos ahogaban el tableteo de las ametralladoras. Los ciento cuarenta vecinos del edificio fueron pasados por las armas. Tan sólo dos mujeres, un hombre y un niño escaparon a aquel terrible destino. Los alemanes precintaron la puerta del edificio. El 20 de febrero de 1943 apareció un comunicado con la firma de Ribbe donde se afirmaba que en el N.° 48 de la calle Obuvnaya se había descubierto un almacén clandestino de armas y que ésa fue la razón por la que se fusiló a todos los vecinos del edificio. El comunicado establecía la obligatoriedad de entregar todas las armas y ofrecía a quienes temieran hacerlo en persona la posibilidad de dejarlas abandonadas de manera discreta. El texto del comunicado concluía advirtiendo que la conservación de armas ocultas conllevaría, como en el reciente caso del N.° 48 de la calle Obuvnaya, al fusilamiento masivo de todos los vecinos de los edificios donde se detectaran armas. Los judíos leyeron el comunicado con el corazón en un puño. A pesar de la horrible amenaza nadie entregó las armas que llegaban al gueto sin cesar para ser enviadas desde allí a los destacamentos partisanos.

Sin prisas, Ribbe se entregó a la destrucción metódica del gueto. Tomó bajo su control la composición de las columnas de trabajadores. Cada noche se apostaba junto a la entrada al gueto acompañado de Michelson para esperar el regreso de los trabajadores y cachearlos. Si encontraba que alguno traía a escondidas algunas patatas, una botella de leche o grasa, el infortunado «criminal» era conducido al cementerio y fusilado. Ribbe o Michelson se llevaban a casas los alimentos requisados.

Ribbe sostenía que únicamente perseguía a quienes se dedicaran a la actividad política o prestaran apoyo a los destacamentos de partisanos. Cuando detectaba la falta de algún obrero en una columna que volvía al gueto, hacía fusilar a todos los integrantes de la columna. Así fueron aniquiladas sendas columnas de hombres que volvían de trabajar en la destilería y la prisión. Los judíos empleados en la cárcel habían sido advertidos de la obligación de callar acerca de lo que presenciaban dentro del perímetro

carcelario. Con el propósito de aislarlos y negarles así la posibilidad de comunicarse incluso con los judíos recluidos en el gueto estos trabajadores fueron alojados en barracas levantadas dentro de la propia cárcel.

Por orden de Ginter, máximo jefe de la prisión, en mayo de 1943 todos los judíos que trabajaban allí fueron obligados a formar y desnudarse. Seguidamente, los subieron a un camión que los llevó a las afueras de la ciudad, donde fueron fusilados.

—Sabían demasiado —comentó Ginter la razón de su decisión.

Perpetrada la masacre, Ginter acudió a la sede del *Judenrat* en busca de una nueva partida de trabajadores. La obtuvo y volvió a la cárcel con sus nuevos empleados. Tres semanas más tarde también ellos fueron pasados por las armas.

Poco después Ribbe ordenó que todos los niños huérfanos fueran conducidos a la sede de la Bolsa de trabajo. Los críos, hambrientos y desaliñados, fueron reunidos. Algunos niños que no eran huérfanos se colaron entre ellos. Todos fueron conducidos a la cárcel y fusilados.

A partir de ese día, las madres temían dejar solos a sus hijos cuando marchaban a trabajar y se los llevaban consigo. Muchas veces lo hacían cargándolos en sacos. En una ocasión el alemán Scherner se acercó a un camión que llevaba a un grupo de mujeres al trabajo, sacó a la fuerza a un niño de seis años y lo arrojó sobre el pavimento. Allí le aplastó el cuello con una bota y lo pateó con la otra. Después apartó hacia el arcén el cuerpo del crío agonizante y deformado por los brutales golpes.

Al día siguiente Bunge esperaba la llegada de las columnas de trabajadores y descubrió la presencia de un niño de once años. Lo condujo al cementerio y lo mató a tiros. Al volver detectó aún a otro niño y también a éste se lo llevó a rastras en dirección al cementerio. Pero esta vez no llegó tan lejos: lo mató en la propia calle Sujáya. Según Ribbe, los ancianos y los desempleados constituían una gravosa carga para el gueto. Es menester anotar que Ribbe consideraba como desempleados también a quienes habían sido eximidos del trabajo e incluso quienes estaban provistos de certificados que les permitían ausentarse dos o tres días del trabajo.

Un grupo de ciento cincuenta «desempleados» y ancianos fueron conducidos a la cárcel. Todos fueron fusilados. El gueto se estaba

quedando vacío. El número de sobrevivientes disminuía poco a poco. Los judíos de Slutsk no se habían equivocado: Ribbe había llegado a Minsk con el propósito de liquidar el gueto.

Mientras daba rienda suelta a sus propósitos asesinos, Ribbe hacía todo lo posible para evitar que las noticias de las atrocidades que perpetraba trascendieran los muros del gueto. Pero no lo consiguió.

El inspector Schultz era un oficial alemán de la *Luftwaffe*. Schultz prometió a los judíos que trabajaban con él que los ayudaría a escapar del gueto. Así, un día subió a treinta y siete judíos a un camión y los proveyó de ametralladoras, revólveres, rifles y un transmisor de radio. El propio Schultz se unió a ellos y todos se integraron en un destacamento guerrillero. Se trata de un hecho absolutamente excepcional y es por ello que hemos creído conveniente mencionarlo aquí.

Asesinados los niños, los «desempleados» y los ancianos, les llegó la hora a los médicos.

A finales de abril de 1943 Ribbe ordenó que le presentaran un listado de todos los médicos. Pocos días después ordenó reunirlos a todos frente a la sede del *Judenrat*. Desde allí los condujeron a las dependencias de la Gestapo.

Ribbe hizo notar a Epstein que había algunos ancianos entre los médicos, como el doctor Guejman o la doctora Konzevaya, que avanzaba cojeando, y le encargó tratarlos con amabilidad y asegurarse de que no se agotaran ni quedaran rezagados.

Aquel gesto generoso del verdugo sorprendió a todos. Los sorprendió y asustó. Ribbe pidió a los médicos presentarse en la sede del *Judenrat* a las cuatro de la tarde del día siguiente. Cuando los médicos llegaron, Ribbe y Michelson ya los esperaban. Los médicos fueron separados en grupos. Los más ancianos como Guejman, Shmotkina y Konzevaya, los pediatras Savchik y Lev y la mayoría de los patólogos, otorrinos y dentistas fueron apartados a un lado.

Los médicos seleccionados fueron conducidos a un bunker (una instalación contigua a la Bolsa de trabajo donde solían retener a los arrestados). Horas más tarde, cuando comenzó a anochecer, los alemanes hicieron traer a sus familiares. Así, al grupo inicial se sumaron el historiador y académico Lev-Mlynski, acompañado de

sus dos hijos, el hijo de la doctora Shmotkina, los tres hijos del doctor Savchik, etc., hasta un centenar de personas. A las cinco de la madrugada, antes de que el contingente de trabajadores partiera hacia las fábricas, Bunge y Scherner llegaron al gueto acompañados con un pelotón de policías y condujeron a todos los detenidos a la cárcel. Allí los desnudaron, golpearon y terminaron asesinando.

Cuando los condenados y sus familias eran conducidos a la cárcel, la hija de doce años del doctor Savchik gritó: «Sé valiente, mamá. Nuestra sangre será vengada».

Poco después les llegó el turno al orfanato y al asilo de enfermos. A las once de la noche de una clara noche de luna de finales de abril de 1943 dos vehículos —un automóvil ligero y un camión— aparecieron frente al enorme edificio de dos plantas que acogía a niños, minusválidos y al personal que se ocupaba de su cuidado. Ribbe y Michelson se apearon del automóvil, señalaron la casa a los hombres que viajaban en el camión y se marcharon. La casa estaba en la calle Zaslávskaya en una zona fronteriza con el «sector ruso». Los policías cortaron las cerdas de alambre de espino y rodearon el edificio. Niños y empleados eran obligados a subir desnudos a la parte trasera del camión. Los inválidos, los ancianos y los niños de muy corta edad eran asesinados en el lugar. La operación concluyó en apenas una hora y el camión llevó a la cárcel a los niños y los empleados. Nadie supo más de ellos.

Bunge y Scherner acudieron a la mañana siguiente a inspeccionar el resultado de la operación de la víspera. Entre los cadáveres que nadaban en enormes charcos de sangre descubrieron a unas pocas mujeres todavía agonizantes. Todas recibieron tiros de gracia.

A un lado de la imponente mole de piedra se alzaba una pequeña barraca que servía como centro de aislamiento para los niños que contraían enfermedades contagiosas. En aquel momento la barraca acogía a una treintena de niños. También contra ellos se disparó y, como escaseaban las balas, Bunge y Scherner asesinaron a los últimos sirviéndose de sus puñales.

[Los hospitales todavía seguían en pie.]

Ribbe se presentó en uno de ellos a principios de mayo. Pidió le informaran del estado de los pacientes e inspeccionó las habitaciones. Dos jornadas más tarde, en un cálido mediodía, los

habitantes del gueto escucharon disparos provenientes del hospital que acogía a los judíos alemanes. Todos echaron a acorrer hacia allá. Al llegar se encontraron con que la enorme cámara de gas móvil de color negro había sido instalada en el patio del hospital. Los judíos alemanes les contaron que Müller, Ribbe, Michelson y otros cuatro hombres vestidos de civil y armados con fusiles automáticos que escondían bajo los sobretodos irrumpieron en el hospital y el orfanato y dispararon a los internos, incluidos los niños, a quemarropa. En cuanto concluyeron esa primera matanza, los verdugos se trasladaron al hospital que acogía a los judíos rusos. Algunos enfermos saltaron desde las ventanas de la segunda planta y algunos se salvaron. Todos los demás acabaron muertos.

El personal de los hospitales recibió la orden de retirar los cadáveres, lavar la sangre y disponer las instalaciones para recibir a nuevos enfermos a partir de las 16.00 horas. Ribbe declaró: «La organización de pogromos no es algo que interese a las autoridades alemanas, si bien es cierto que necesitamos personas saludables, no a enfermos».

Concluidas esas acciones de exterminio, Ribbe pasó a ocuparse de los judíos alemanes. Solía decirles: «Es importante saber lo que hacéis. A qué os dedicáis. ¿Que resultan tareas que sobrepasan vuestras fuerzas? Pues, os buscaremos trabajos más ligeros, os enviaremos a mondar patatas en un campo de concentración», les decía.

Y algunos inocentes se creyeron que Ribbe les proporcionaría trabajos más ligeros. Encima, le pidieron llevar consigo a sus familiares a los campos de concentración. Ribbe accedía gustoso: «No se me ocurriría separar a familiares cercanos», les aseguraba.

A las dos de la tarde, tras haber degustado una copiosa comida rociada con vino y vodka, Ribbe ordenó a sus subordinados prepararse para emprender la operación. Mientras lo hacían, decidió solazarse con un poco de música. En ese momento pasó a su lado el violinista Varshavski y poco después lo hizo Baratz, también violinista con plaza en la orquesta filarmónica de Minsk. Baratz pasaba junto a la zona del gueto ocupada por los judíos alemanes y advirtió que se avecinaba un pogromo.

Fue detenido de improviso y por mucho que jurara que le resultaba imposible tocar el violín después de dos años sin hacerlo,

lo obligaron a empuñar el instrumento. Pálido y con lágrimas en los ojos, Baratz tuvo que tocar el violín para su verdugo. Cuando el concierto hubo acabado Ribbe lo dejó marchar y se encaminó hacia el gueto de los judíos alemanes acompañado de sus hombres. Diez minutos más tarde una multitud en la que destacaba la presencia de numerosos niños fue encerrada en un bunker. Muy poco después apareció un camión con la parte trasera cubierta y cargó con los detenidos. Los llevaron a la cárcel donde el silencio era sepulcral. Richter y Menschel los esperaban para dar las órdenes de desnudarlos, rociarlos con agua y vejarlos. Después los mataron a todos. Aquella masacre se cobró la vida de ciento setenta y cinco personas.

A pesar del terror y los asesinatos cotidianos, fueron muchas las personas que intentaron luchar y escapar del gueto.

Las fugas del gueto cobraron una dimensión mucho mayor a partir de la formación en Puscha del destacamento Parjomenko y el destacamento nacional, comandado por el camarada Zórin. Zórin era muy consciente de los sufrimientos padecidos por los judíos del gueto, porque él mismo los había soportado. Ello lo motivaba a enviar constantemente a guías que conducían hasta los bosques a gente de toda condición. Así, su tropa crecía con ancianos, mujeres y niños. En total su destacamento estaba formado por casi medio centenar de efectivos. Muchos partisanos judíos se convirtieron en excelentes combatientes: realizaban acciones de sabotaje en las líneas férreas por las que viajaban los convoyes cargados de armamentos o tropas de refuerzo para el ejército alemán.

También fueron muchos los que perdieron la vida cuando intentaban escapar del gueto. Había catorce judíos empleados en la *Verpflegungsamt*:[29] zapateros, sastres, herreros, pintores de brocha gorda. El comunista Uri Retski y su amigo Ilyá Dukorski estaban entre ellos. Retski le había comentado en muchas ocasiones a sus compañeros de trabajo que vendería muy cara su vida y que el alemán que se atreviera a levantarle la mano lamentaría haberse atrevido a hacerlo…

Con ese propósito se fabricó un cuchillo que siempre llevaba consigo.

Todos esos hombres trabajaban en un taller ubicado en la calle Dolgobródskaya y cada día se desplazaban hasta una panadería

situada a varias manzanas del lugar para tomar el almuerzo —un cuenco de sopa aguada. *En uno de aquellos recesos para comer Retski se encontró con Sávich, un viejo amigo y antiguo encargado del comedor de la empresa Belgosstroi. Sávich le dijo ser un genuino patriota soviético y afirmó estar en contacto con los destacamentos partisanos y los guías que éstos enviaban para reclutar guerrilleros. Se ofreció para conseguir un gran alijo de armas a cambio de una suma de dinero. Por último, acordaron reunirse dos días más tarde cuando Sávich tuviera información precisa sobre las armas y el guía que podría conducirlos hasta los guerrilleros. Tras meditar largamente sobre la propuesta de Sávich, Retski decidió someterlo a una comprobación pues no se fiaba de él. Pero el traidor Sávich se le adelantó y dos días más tarde se presentó en el* Verpflegungsamt *acompañado de su jefe, un alemán residente en la ciudad y apellidado Kovalióv, y toda una banda de agentes de la Gestapo. Kovalióv se adentró en el taller con paso firme, mientras Sávich lo observaba con atención. Entretanto los hombres de la Gestapo rodearon el edificio. Cuando Kovalióv comenzó a registrar el taller, Sávich no tuvo dudas de lo que iba a suceder. La mirada que cambió con Dukorski le reveló que también su amigo era consciente de la gravedad de la situación.*

Dukorski cerró la puerta de golpe. Retski empuñó su cuchillo, se abalanzó sobre Kovalióv y le asestó un gran número de puñaladas. Tinto en sangre, el alemán no daba crédito a una agresión que jamás sospechó. En eso entraron sus hombres y dispararon sobre Retski y Dukorski hasta matarlos.

La Gestapo se proponía llevarse detenidos a todos los empleados del taller. Pero los obreros Byjovski y Zilberstein gritaron a sus camaradas: «¡No permitamos que nos capturen vivos! ¡No nos rebajemos a pedirles clemencia!». Los gritos los alentaron a todos a echarse a correr. Los policías no consiguieron capturar a ninguno, *[pues escaparon saltando tapias y corriendo a través de las huertas. Misha Belostokski fue alcanzado por una bala cuando saltaba la tercera tapia. Un niño de doce años y apellidado Bliajer trabajaba en el taller. Una bala mortal dio al traste con su tentativa de fuga.] Kovalióv, por su parte, fue condecorado con la Cruz de Hierro por sus aportes a la lucha contra los partisanos.*

Salomón Bliumin, responsable de la sección de alojamiento del *Judenrat*, prestaba toda la ayuda que podía al movimiento

partisano. A partir del desmantelamiento de la organización partidista en el gueto y la muerte de los guías que acudían al gueto desde las guerrillas, la comunicación con los partisanos se tornó extremadamente compleja. Bliumin tomó la decisión de sacar del gueto todas las armas y marchar con ellas y un grupo de comunistas a unirse a los partisanos. *Una tal Sonia, una conocida suya, le presentó a dos chóferes de camiones: Ivanov y Kuzmin. Ambos trabajaban para la Dirección de vivienda de Minsk. Los tres hombres celebraron muchas reuniones para tratar los detalles de la fuga y proveerse de la documentación necesaria. El propósito de Bliumin consistía en sacar del gueto las armas y los comunistas que aún seguían con vida. Pero nadie más que él acudió a las reuniones con los chóferes, pues temía que se produjeran filtraciones.*

A Bliumin le resultaba muy doloroso abandonar el gueto, donde todos lo querían y respetaban.

Siendo como era un hombre de gran estatura y bien parecido, su sola presencia imponía. La fuga fue señalada para el día 8 de mayo. *[Dos camiones acudieron a la cita en un punto del gueto, pero no se trataba de aquellos en los que Bliumin y sus camaradas pensaban escapar. Bien al contrario, llegaron cámaras de gas móviles asistidas por hombres de la Gestapo mandados por el traidor Ivanov.]* El barrio donde vivía Bliumin fue rodeado a las seis de la mañana.

Bastó que Bliumin se asomara a la puerta de su casa para que lo recibiera una lluvia de culatazos. Desconcertado y cubierto de sangre, cayó desplomado. Fue atado y arrojado al interior de uno de los camiones, junto a su familia y todos los vecinos del edificio.

Bliumin pasó tres semanas en las dependencias de la Gestapo. Durante tres semanas enteras, día y noche, lo torturaron para arrancarle los nombres de sus cómplices, sus conexiones y la ubicación del armamento con que pensaba huir. Bliumin soportó en silencio las horribles torturas. Ni una sola palabra ni un solo sonido salieron de su boca. Cuando los verdugos se hubieron convencido de que no conseguirían sacarle ninguna información lo llevaron al cementerio, lo fusilaron a pleno sol y arrojaron el cadáver a una zanja. Costó mucho identificarlo. Aquel hombretón alto y corpulento fue llevado a fusilar desdentado y enclenque. El cadáver de Bliumin fue rescatado de la fosa común y recibió sepultura con los honores que merecía.

En junio de 1943 llegaron a la ciudad dos partisanos en busca de medicamentos y un médico. La elección recayó sobre la doctora Anna Isaákovna Turétskaya, quien se había desempeñado antes como directora del orfanato. Tanto los niños como los empleados del orfanato la llamaban con orgullo «nuestra Anna» o «nuestra mamá». Anna Isaákovna era una mujer hermosa e inteligente que caía simpática a todo el mundo y en los instantes más difíciles siempre supo consolar, animar y encender la llama de la esperanza allí donde todo parecía irremisiblemente perdido.

Feliz de poder servir a su pueblo en aquellas horas difíciles, Turétskaya intentó cuatro fugas del gueto junto a los guías. Todas resultaron infructuosas.

Por fin, a las once de la noche del 16 de junio de 1943 consiguió atravesar la cerca de alambre de espino junto a los guías que la acompañaban. Cuando apenas se habían alejado dos kilómetros del perímetro del gueto, fueron descubiertos por una patrulla de control mandada por Scherner. Uno de los guías murió instantáneamente, mientras los demás conseguían escapar. No así Turétskaya quien resultó herida en una pierna. A duras penas, la doctora se arrastró hasta una zanja y se escondió. Los bandidos dedicaron tres horas a su búsqueda. Cuando por fin la encontraron la condujeron a la Quinta estación de policía, donde la golpearon salvajemente y la dejaron tumbada sobre una tarima. Allí permaneció Turétskaya adolorida y cubierta de sangre durante un día entero. Scherner se encargó personalmente del interrogatorio. Las preguntas se repetían una y otra vez en ruso y en alemán: ¿adónde se dirigía? ¿Quiénes la acompañaban? ¿Cuál era el propósito de su misión y quién se la había encargado? Cada palabra iba acompañada de golpes que llovían sobre la cabeza de la detenida. Scherner apretaba su bota contra la pierna herida. Anna Isaákovna sacaba fuerzas de flaqueza para responderle que su estado le impedía responder. Finalmente, Scherner acabó de convencerse de que no le arrancaría nada a su víctima. A la mañana siguiente llevó a la doctora al cementerio judío. La cargaron en una parihuela para conducirla al borde de la zanja. Y entonces Anna se decidió a hablar por fin y a una pregunta de Scherner —«¿Quiénes estaban contigo?»—, respondió: —«Todo mi pueblo iba conmigo. No sé todos sus nombres, pero sí tengo la certeza de que después que me mates todos te odiarán aún más.

Mírate las manos: ¡las tienes bañadas en sangre! ¿Cuántos niños han estrangulado esas garras? No te temo, porque el pueblo soviético en pleno acudirá a vengarnos. ¡Mátame!». Y con un último esfuerzo, Anna Isaákovna se incorporó cuanto pudo a esperar la bala.

Scherner le quitó la vida con un disparo de pistola. Los judíos sacaron el cadáver de la fosa común donde fue enterrada y la sepultaron en una tumba individual que cubrieron de hierbas y flores del campo.

Los judíos que sobrevivieron el paso por el gueto de Minsk no olvidarán jamás a su Niuta, diminutivo con que solían llamarla.

A partir de junio de 1943 comenzaron a ser liquidadas las columnas de trabajadores. El 2 de junio los alemanes reunieron a setenta mujeres con la excusa de enviarlas a trabajar a la fábrica de radios. Veinte de ellas, en efecto, se incorporaron al trabajo en esa fábrica. Las otras cincuenta fueron conducidas a la sede de la Gestapo. Rodeado de oficiales de la Gestapo, Ribbe informó a las mujeres que serían subidas a camiones y llevadas a trabajar fuera de la ciudad en condiciones favorables, sobre todo en cuanto respectaba a la alimentación. Cuando llegaron los vehículos las mujeres reconocieron a las cámaras de gas móviles que tan bien conocían. Naturalmente, comprendieron que no era a trabajar que las conducían: las llevaban a la muerte.

Muchas fueron asesinadas en plena calle; otras fueron subidas a los letales vehículos y allí les quitaron la vida. Tan sólo una de aquellas mujeres consiguió escapar de la masacre: Lilia Kopelevich. Consiguió esconderse entre dos vehículos aparcados en el patio.

A partir de entonces la aniquilación de los trabajadores adquirió carácter sistemático. Ribbe recorría las empresas que empleaban a judíos y se llevaba a los trabajadores con la excusa de un censo. Grupos y más grupos de trabajadores desaparecían para siempre tras las visitas de Ribbe.

En los primeros días de septiembre de 1943 Ribbe se apareció de improviso en el sector del gueto que habitaban los judíos alemanes y seleccionó a trescientos hombres entre los más jóvenes y robustos. Cargaron con ellos en camiones y se los llevaron. Pocos días más tarde el gueto ruso conoció la misma operación: dos camiones aparecieron de pronto, cargaron a los hombres y se los llevaron al campo de concentración de la calle Shirókaya. Pocos días más tarde

se los llevaron también de allí.

El 12 de septiembre los judíos alemanes fueron avisados de que se preparaba su traslado a Alemania. Les ordenaron prepararse para el viaje. Así lo hicieron y el 14 de septiembre fueron obligados a subir a las cámaras de gas móviles: los conducían a la muerte.

El número de judíos que todavía vivían en el gueto hacia el 1 de octubre de 1943 no pasaba de dos mil.

El 21 de octubre de 1943 la Gestapo rodeó el perímetro del gueto una vez más y por última vez. Ese día todos y cada uno de los judíos que todavía habitaban el gueto fueron obligados a subir a los camiones. Los llevaban a morir. Si no encontraban a los vecinos de algún apartamento lanzaban granadas para que los judíos ocultos en las «malinas» murieran aplastados por las ruinas.

El 21 de octubre de 1943 tocó a su fin una gran tragedia. Ese día dejó de existir el gueto de Minsk. Murieron sus últimos habitantes. Ese día el último aliento humano abandonó el gueto de Minsk. Tan sólo las ruinas permanecieron como postrera memoria del dolor y los horribles tormentos que hubieron de padecer durante dos años y medio largas decenas de miles de judíos de Minsk.

TESTIMONIOS DE A. MACHIZ, GRECHANIK,
L. GLEYZER Y P. SHAPIRO
EDITOR: VASILI GROSSMAN

La resistencia clandestina en el gueto de Minsk

Los editores han considerado apropiado acompañar el artículo «El gueto de Minsk» de algunos fragmentos del libro del camarada G. Smoliar Los vengadores del gueto. *El autor fue un miembro activo de la red clandestina de Minsk. Este fragmento arroja mucha luz sobre las actividades de los bolcheviques que actuaban en forma clandestina en el gueto buscando enviar el mayor número de medicamentos, armas, ropa y hombres aptos para la lucha a los destacamentos de partisanos.*

En agosto de 1941 los soviéticos —es decir, los comunistas— que habían sido encerrados en el gueto de Minsk convocaron la primera asamblea destinada a organizar la resistencia clandestina.

La concurrencia fue escasa. Todos los que acudimos confiábamos ciegamente en los demás, porque nos unían largos años de trabajo conjunto. Conocíamos a Yasha Kirkaeshto de Bialystok; con Meyer Feldman habíamos colaborado en actividades clandestinas en Ucrania occidental. A Borís Jaímovich lo habíamos tratado mucho en el gueto y sabíamos que era un hombre de principios y que estaba dispuesto a comenzar a trabajar de inmediato. Otro tanto ocurría con Evsei Shnitman. Notke Weingauz no acudió a la reunión, pues su situación era muy complicada. En tanto antiguo director del periódico *El pionero*, dedicado al público infantil, Weingauz era un hombre muy conocido, tanto entre los adultos como entre los niños.

La Gestapo no descansaba en la búsqueda de comunistas. Ello hacía que a Notke le resultara muy peligroso mostrarse en público. Así, nos reunimos con él en una «malina» en un desván de la calle Novo-Miasnítskaya, junto a la chimenea. Fieles camaradas lo proveyeron de documentos que le permitirían pasar por albañil. Conocíamos su opinión acerca de las actividades que nos disponíamos a poner en marcha y las dimos a conocer en la asamblea. Otros dos comunistas, Jaím Alexándrovich y Guirsh

Dóbin, se ausentaron de la asamblea. Ambos se encontraban realizando trabajos forzados en aquel momento.

Los discursos pronunciados en la asamblea fueron breves. Todos compartíamos la idea central: el llamamiento de Stalin del 3 de julio de 1941 nos obligaba también a nosotros a participar en la lucha por la liberación, aun cuando estuviéramos padeciendo las terribles condiciones de vida del gueto. El convencimiento de que nos correspondía establecer las vías para que el mayor número de judíos consiguiera escapar del gueto y sumarse a la lucha contra los alemanes fue unánime.

Reclutar y entrenar a un amplio contingente de futuros guerrilleros listos para enfrentarse a los ocupantes alemanes pasaba a ser nuestro principal objetivo.

Tomamos la decisión de conformar un centro organizativo compuesto por tres personas: Ya. Kirkaeshto, N. Weingauz y E. Stoliárevich (este último en calidad de secretario). A cada uno de ellos le fue asignada una tarea concreta. Notke Weingauz quedó encargado de asegurar la recepción permanente de los resúmenes de noticias de la radio y trasladarlos después a la población. A Yasha Kirkaeshto se le confió la organización de todo lo necesario para el desarrollo de las actividades clandestinas: disponer de apartamentos con «malinas», conseguir una máquina de escribir y equipos de comunicación. Por último, Efím Stoliárevich se ocuparía de constituir las células del partido y establecer comunicación con las células del «sector ruso».

Nuestra divisa era luchar hasta el último aliento. Al mismo tiempo, compartíamos la convicción de que jamás nos entregaríamos vivos al enemigo.

Al abandonar el lugar donde nos reunimos, todos íbamos imbuidos de la gran responsabilidad que cargábamos sobre nuestros hombros. Prácticamente a la misma hora de nuestra reunión y muy cerca de donde ésta tuvo lugar —concretamente en la calle Respublikánskaya, 46, uno de cuyos tramos, hasta el cruce con la calle Nemiga, formaba parte del perímetro del gueto— se produjo el encuentro de otro grupo de comunistas. En ella participaron varios cantaradas que se habían probado durante el trabajo común en el Minsk soviético, antes de la ocupación. Aquel otro círculo de comunistas estaba nucleado en torno a Naum Feldman y lo

componían el viejo impresor Guetsl Openheim, el zapatero Eselevich, Lena Mayzelis, Ziama Okun, Misha Chipchin, Wolf Losik y otros camaradas. Aquel núcleo mantenía conexiones con un amplio número de judíos relacionados con el mundo de la impresión de libros.

La primera reunión de ese grupo abordó la necesidad de crear una tipografía en el gueto e imprimir en ella resúmenes de las informaciones sobre la actividad en el frente y llamamientos a la resistencia contra los monstruos fascistas.

A partir de entonces, el joven comunista Misha Arotsker, el impresor Kaplan y Lena Mayzelis comenzaron a introducir en el gueto tipos y otros artilugios tipográficos ocultos en sus bolsillos. Para conseguir sus objetivos se sirvieron del contacto que establecieron con un camarada ruso conocido en los círculos conspirativos como Caperucita de color. Este —en realidad, Andrei Ivánovich Podpryga, quien más tarde escapó y se unió a los partisanos— les proveía de todo lo necesario para la instalación de una imprenta clandestina bien equipada.

La verdad capaz de insuflar fe y esperanza comenzó a abrirse paso por las calles del gueto de Minsk a través de dos canales de información distintos. En el interior de la estufa de una casa de la calle Tatárskaya nuestro técnico de radio Abram Tunik instaló un potente receptor. Un alambre que aparentaba servir para poner a secar la ropa fue convertido en improvisada antena. Más tarde, Tunik marchó a unirse a los partisanos y resultó herido de gravedad por los fascistas alemanes.

Tunik entregaba a Notke Weingauz las últimas noticias llegadas del frente, los partes de guerra y los editoriales del diario *Pravda*. Todos nos ocupábamos después de diseminar esa información tanto por el gueto como entre la población bielorrusa. La gente se acostumbró a tener noticias frescas a tal punto que la ocasional falta de ellas producía enojo y preocupación.

Las noticias se transmitían de boca en boca y en ocasiones no sólo contenían la realidad objetiva, sino también los deseos y angustias de los informantes.

También nos ocupamos de organizar a los jóvenes comunistas. A ese fin, incluimos en nuestra célula conspirativa a Emma Rodova (miembro del Buró del Komsomol del distrito Voroshilov antes de la

ocupación), David Guertsik (apodado Zhenka), un miembro del Komsomol de diecisiete años quien venía de «visita» al gueto, pues residía en el sector bielorruso bajo identidad falsa, y Dora Berson, quien antes de la guerra había sido secretaria de la célula del Komsomol en la fábrica textil Oktiabr. Aquel magnífico trío se entregó al trabajo con energía desbordante. Nonka Markevich, un joven miembro del Komsomol de apenas quince años de edad, instaló un receptor de radio y todo el grupo se afanó en la diseminación de los partes de guerra que transmitía la Oficina Soviética de Noticias.

Los impresos eran repartidos fundamentalmente entre los jóvenes judíos y éstos los transmitían también a sus camaradas rusos y bielorrusos con quienes mantenían estrechos lazos anudados cuando compartieron estudios y militancia en el Komsomol antes de la ocupación.

Nuestro propósito secreto y más acariciado era el establecimiento de estrechos contactos con los camaradas bielorrusos y rusos, a la vez que conseguir acceso a los guerrilleros.

Uno de los jóvenes miembros de nuestra célula recibió la visita de un viejo conocido suyo, un estudiante de teatro. Venía desde uno de los destacamentos partisanos con el encargo de conseguir un pasaporte falso para su jefe. ¡Aquélla era la ocasión que estábamos esperando! El escritor de libros infantiles Moishe Levin (su seudónimo literario era Ber Sarin) cumplió con creces la tarea encomendada y ello nos permitió proveer a nuestro huésped del pasaporte falso requerido, como también a muchos otros camaradas que necesitaban salir del gueto a realizar labores clandestinas.

Un nuevo enviado de los partisanos arribó al gueto a principios de septiembre de 1941. En esta ocasión se trataba de un joven judío que se hacía llamar Fedia. (No fue hasta mucho más tarde, cuando le conocimos tras el desfile de partisanos celebrado tras la liberación de Minsk, que pudimos conocer algunos detalles de su biografía. Su verdadero apellido era Shedletski, quedó huérfano cuando era apenas una criatura y creció en un orfanato de Minsk. En julio de 1941 se unió al movimiento partisano). Para todos nosotros, sometidos a la terrible cerrazón del gueto, ver a un joven judío animoso, combativo y desprovisto del ominoso brazalete amarillo fue motivo de gran alegría. Aprovechamos la ocasión para

enviar una carta al comandante del destacamento guerrillero poniendo todos nuestros hombres y medios a su entera disposición. Le rogamos que nos facilitara las vías para sacar del gueto a personas aptas para el combate y deseosas de integrase en las guerrillas.

Paralelamente, cursamos la orden de recopilar todos los medicamentos y armas que guardábamos en el gueto, así como reunir botas y ropa de abrigo. Queríamos tenerlo todo dispuesto para responder a cualquier petición que nos hiciera el comandante del destacamento guerrillero.

Entretanto, las atrocidades que perpetraban los amos fascistas del gueto se incrementaban a diario. La muerte nos miraba a la cara con frecuencia y fijeza cada vez mayores, aunque ello no hacía mella en nuestra firme decisión de luchar. Confiábamos en sumarnos a las filas de los vengadores de nuestro pueblo.

No pasaba día en que el gueto no conociera una nueva cacería de seres humanos. Una mañana se apareció el degenerado Gorodetski acompañado de sus secuaces. Inmediatamente comenzaron los registros, los saqueos y los asesinatos. Yasha Kirkaeshto fue víctima de una de aquellas incursiones. Una bala lo alcanzó cuando intentaba escapar. Cayó muy cerca del apartamento donde celebramos la primera reunión de nuestro grupo. Parecía que en el gueto Yasha no era un hombre conocido y sin embargo fueron muchas las personas que acudieron a su funeral. Lo enterraron en silencio. Y sobre la tierra fresca que cubría su tumba alguien escribió: «Murió peleando».

Míjel Guébelev ocupó el puesto de Yasha en nuestra organización. A partir de entonces cambió también nuestro lugar de reunión que pasó a ser el hospital para infecciosos instalado en el gueto. Conocíamos muy bien el horror que inspiraban a los alemanes las enfermedades contagiosas desde los tiempos de la Primera Guerra Mundial. El doctor Kulik, responsable del hospital, no dudó ni un instante en poner al servicio de nuestra causa las instalaciones que tenía a su cargo. Francamente, no esperábamos otra cosa de él.

La sala de calderas del hospital se convirtió en nuestro cuartel general. La modesta y siempre fiel Liza Ris se ocupaba de guardar la puerta, tarea en la que era ayudada por su hija Rita, una niña de

nueve años que también «sabía callar»…

Teníamos fuertes conexiones en muchos lugares, tanto dentro como fuera del gueto.

Contábamos con tres camaradas probados en la comisaría de la policía alemana: Guirsha Dóbin, Avraam Guelman y Zaskin. Gracias a ellos conocíamos de antemano las atrocidades que los fascistas se proponían cometer en el gueto, así como de las operaciones dirigidas contra los partisanos. En la tarde del 7 de noviembre, aniversario de la Gran Revolución de Octubre, agentes de la Gestapo y la policía rodearon el gueto y comenzaron a cargar judíos en grandes camiones de color negro.

Doce mil judíos fueron llevados a ejecutar aquel día.

Aquel día se resistían las penumbras de la noche. El silencio en el gueto hacía pensar que no eran doce sino dieciocho mil los judíos masacrados. No había signos de vida: ni una luz, ni una voz.

Con todo, el gueto estaba habitado por soviéticos, por gente que confiaba en la victoria y ansiaba celebrarla.

David Guertsik nos avisó de una reunión que se celebraría fuera del perímetro del gueto. Un camarada ruso nos esperaría en un apartamento ubicado en la calle Abutkóvaya. Deseaba comunicarnos algunas cuestiones de interés común.

David (*Zbenka*) y yo nos vestimos para la ocasión con ropa que no llevaba los odiosos distintivos amarillos y conseguimos traspasar las cercas de alambre de espino que rodeaban el gueto.

Me pareció, por un instante, que estaba en uno de aquellos encuentros entre camaradas de los que teníamos en los viejos tiempos. Un joven de unos treinta años que dijo llamarse Slavek nos miraba con gesto acogedor y amistoso. Vestía de civil, pero era evidente que no hacía mucho tiempo que se había despedido del uniforme del ejército.

Una muchacha tocada con una boina roja atendía a nuestra charla. Se percató de que estábamos hambrientos como lobos. Unos días más tarde nos envió algunos alimentos al gueto.

Había aun otro muchacho presente. Se mostró especialmente interesado en el trabajo que desarrollábamos entre los jóvenes.

El calor humano del trato y el fraternal interés que aquellos camaradas mostraron nos causaron una profunda impresión.

Manifesté a Slavek que nuestro propósito era sacar del gueto al

mayor número posible de hermanos y hermanas: en realidad, queríamos sumarnos a la lucha de todo un pueblo contra el odiado enemigo. Le aseguré que contábamos con magníficos hombres y que podíamos proporcionarnos las armas necesarias. Slavek me escuchó hasta el final en silencio.

—¡Nos volveremos a ver! —me dijo a modo de despedida, mientras nos estrechábamos las manos con fuerza—. Zhenka os tendrá al tanto.

El 20 de noviembre de 1941 fueron asesinados otros cinco mil judíos. Notke Weingauz, uno de nuestros camaradas más queridos, fue uno de ellos. Nuestros aparatos de radio también se perdieron ese día bajo las ruinas en las que se convirtió el barrio donde se alzaba el edificio donde los guardábamos.

¿Acaso nos tocaría morir antes de haber hecho realidad el sueño que se había convertido en el objetivo único de nuestras vidas?

Motia Pruslin, quien antes de la guerra se desempeñaba como jefe del departamento de propaganda del Comité del partido en el distrito Stalin y pasó a integrar nuestra organización tras la muerte de Notke, regresó de un viaje a Uzda, una pequeña aldea. Allá conoció la historia de un joven judío que se arrojó sobre sus verdugos cuando un grupo de condenados esperaba, al borde de una zanja, los disparos mortales. Su desesperada acción generó un alboroto que aprovecharon muchos de los condenados para escapar ilesos del lugar.

Había llegado la hora de lanzar un firme llamamiento a todos los vecinos del gueto: ¡Armaos!

Tras la carnicería del 20 de noviembre había aumentado exponencialmente la demanda de revólveres, granadas, cartuchos e, incluso, rifles. Se pagaba por ellos con dinero, con relojes, con trajes… El pedrero Mijl Rudinski gastó todos sus ahorros, doce mil rublos, en un fusil.

David Guertsik no tardó mucho en traernos una nota en la que leímos: «Envíen un delegado para una reunión. La dirección y la contraseña les serán notificadas oralmente por el portador. Slavek».

Elegimos a Guébelev, un experimentado servidor del partido en Minsk, para que nos representara.

A su regreso de la reunión, Guébelev parecía otro hombre. La expresión oscura que antes no abandonaba su rostro había

desaparecido y dejado paso a una disposición de ánimo más alegre y viva. Había encontrado a viejos camaradas en la reunión. En ella se aprobó crear una organización del partido que operara en la clandestinidad, establecer en toda la ciudad, incluido el gueto, una tupida red de células de diez hombres cada una y elegir un órgano de dirección centralizado. En caso de que ya existiera un órgano de dirección semejante en la ciudad, se aprobó que el nuevo se denominara «Comité de reserva». Por último, se decidió establecer vías de colaboración con los destacamentos guerrilleros y crear un órgano de prensa y la tipografía encargada de imprimirlo.

Las primeras células de diez militantes creadas en el gueto fueron encabezadas por los miembros de nuestra organización clandestina.

Una mañana de noviembre establecimos un férreo dispositivo de vigilancia en torno al cementerio judío. Por allí y a través de un agujero en la cerca de alambre de espino que habíamos abierto previamente ingresaron al gueto Guertsik —o Zhenka— y Slavek, vestido para la ocasión con una chaqueta que mostraba los distintivos amarillos en el pecho y la espalda. La primera reunión entre los responsables de la organización clandestina del gueto y un representante del Comité del partido de la ciudad se desarrolló en el despacho del doctor Kulik. Por nuestra parte, realizamos una somera exposición de la situación en el gueto y adelantamos una conclusión: disponíamos de muy poco tiempo y había que salvar al mayor número de personas posible.

Seguidamente repasamos nuestras tareas más urgentes: 1) seleccionar el mayor número posible de personas aptas para la lucha y moralmente firmes con el propósito de prepararlos, bajo la responsabilidad personal de los dirigentes de las células, para su traslado a los destacamentos guerrilleros; 2) esforzarnos por reunir ropa de abrigo y armas de manera que al menos la mitad de las personas enviadas a las guerrillas pudieran viajar provistos de armas de uso personal (revólveres); 3) crear una reserva de medicamentos y preparar a trabajadores sanitarios (especialmente, médicos de campaña) para enviarlos a los destacamentos guerrilleros; 4) crear un sistema de beneficencia para prestar ayuda a la población más empobrecida del gueto.

A continuación, discutimos pormenorizadamente nuestras

relaciones con el *Judenrat*. Convinimos con Slavek en la necesidad de distinguir a los miembros honestos del *Judenrat* que no se habían apartado de los valores soviéticos, establecer contacto con ellos e involucrarlos en nuestro trabajo. Ello nos permitiría avisar con antelación de los peligros y conseguir que la efectividad de las acciones terroristas alemanas menguara. Por último, acordamos que tanto de las contribuciones en dinero como de los «encargos» que hacían los alemanes (tales «encargos» llegaban a diario, fuera para la entrega de artículos de piel, productos manufacturados, abrigos de pieles, etc.) una buena parte se reservara para el Comité del partido quien la canalizaría hacia los destacamentos guerrilleros. También aceptamos ocuparnos de poner en marcha una tipografía que diera servicio a toda la ciudad.

La evidencia de que ya no estábamos solos y nuestros camaradas bielorrusos habían acudido en nuestra ayuda nos insuflaba fuerzas. ¡Ahora sí teníamos la certeza de resistir aquel desigual enfrentamiento!

A pesar del feroz terror que nos habían impuesto, el vivo cauce de la amistad entre judíos y bielorrusos no se había interrumpido.

Cuando los policías se despistaban los bielorrusos se acercaban a la cerca de alambre de espino cruzando los patios contiguos al gueto y dedicaban palabras de ánimo a sus amigos o conocidos judíos o les arrojaban alimentos.

En una ocasión se vio a un campesino desandando la calle Zeliónaya, una vía que bordeaba una de las lindes del gueto y preguntándole al primer judío que se encontró: «¿Sabe algo de la familia de Yankel Sloush? Averígüeme si aún están con vida, se lo ruego», le pidió. Le responden que toda esa familia ha muerto asesinada, pero el campesino no se marcha inmediatamente. En cambio, se dirige a unas mujeres que pasaban por allí acompañadas de sus hijos y les dice: «Esperadme unos instantes, que ahora vuelvo». Muy pronto vuelve con una bolsa de patatas. Después trae una bolsa llena de coles y remolachas y al lanzarlas por encima de la cerca de alambre de espino les dijo: «¡Coméoslo todo y que os aproveche! ¡Y aguantad! Seguro que algún día todo esto habrá quedado atrás…».

En otra ocasión Nikolai Románovich Schasni, vecino de Ratomka, una población cercana a Minsk, se acercó al sector de la

cerca del gueto que transcurría por las calles Shórnaya y Abutkóvaya. Traía alimentos para Dora Alperóvich, la doctora de Ratomka, y para otros paisanos —Pliskin, Katz, Bogdanov. En una segunda visita que realizó al gueto, Schasni consiguió incluso ingresar al perímetro para entregar en mano el valioso regalo que traía: un revólver para Dora Alperóvich. Nikolai Románovich Schasni fue responsable de la salvación de sesenta niños judíos.

Los maestros de la escuela bielorrusa del koljoz El faro rojo fueron recluidos en el campo de concentración instalado en la calle Shirókaya. Allí uno de los maestros se convirtió en chófer, circunstancia que aprovechó para sacar del campo a muchos judíos. De esa manera salvó la vida a Lev Beilin, quien más tarde se integró al destacamento guerrillero Budionni, y a otras muchas personas.

Los judíos solían llamar «la filial del gueto» al apartamento que María Adámovna Yasínskaya tenía en la calle Berson —ubicado, por cierto, muy cerca de la sede de la Gestapo. Cuando Isroel Goland, ya condenado a muerte, consiguió escapar del campo de concentración de la calle Shirókaya corrió a esconderse allí. Cuando Klara Zhelezniak, quien nos hacía de correo, necesitó una dirección en la que empadronarse para que le emitieran un nuevo pasaporte, lo hizo en el apartamento de María Adámovna. Cuando Míjel Guébelev se veía obligado a pasar la noche en la ciudad lo hacía en el apartamento de Yasínskaya. Finalmente, aquella mujer valiente y generosa marchó con un grupo de judíos a integrarse en un destacamento de partisanos.

Muchas mujeres bielorrusas compartían el terrible destino de sus esposos judíos y vivían en el gueto llevando los distintivos amarillos. Sencillamente, no habían querido abandonarlos a su suerte.

De no haber contado con el fraternal apoyo de la población bielorrusa muchos judíos no habrían salvado la vida. ¡Y fueron miles los que sobrevivieron!

Desde el primer momento, nuestra organización clandestina en el gueto y los grupos de jóvenes comunistas y personas no afiliadas al partido que compartían nuestros objetivos, sumaban unas trescientas personas. Hombres, y mujeres, listos para la lucha, impávidos, entregados a la causa y perfectamente integrados en todos los estratos que conformaban la población del gueto.

Los líderes de la organización se repartieron concienzudamente el trabajo. A Guébelev le correspondió velar por las conexiones dentro del gueto. Motia Pruslin era el responsable de las actividades de propaganda. Yefím Stoliárevich se ocupaba de las células y el envío de nuevos efectivos a los destacamentos guerrilleros. Naum Feldman llevaba sobre sus hombros la tarea de aprovisionar a quienes marchaban a las guerrillas y ocuparse de la situación de las personas más necesitadas. Por último, a Ziama Okun le fue encargado poner en marcha la tipografía clandestina.

Bajo las excepcionalmente duras condiciones del gueto, el éxito de cada uno de ellos solía depender de la red de conexiones que fuéramos capaces de establecer. Creamos un grupo femenino especial para optimizarlas. En las manos de Emma Rodovaya dejamos todos los hilos. Aunque antes de la guerra aquella muchacha jamás tuvo nada que ver con el trabajo conspirativo, demostró un talento enorme y unas cualidades innatas para la realización de trabajos clandestinos. Comprendía como nadie el lenguaje hecho de órdenes cortas y sucintas instrucciones. Si alguien se atrevía a pedirle que repitiera las órdenes para asegurarse de que las hubiera comprendido, Emma se ofendía. Cuando ello ocurría, la joven solía mirar de reojo a su interlocutor y se marchaba sin despedirse siquiera. Muy modesta por naturaleza, Emma jamás pedía nada para sí misma y cuando se le ofrecía ayuda material la rechazaba de plano. Aun así, sabíamos que por toda ración diaria tenía un puñado de pieles de patatas.

Muy distinta era Nina Liss, alguien absolutamente incapaz de comprender las claves del trabajo conspirativo. Una inagotable energía bullía en el pecho de aquella joven de ojos celestes. Se excitaba tanto con cada nueva misión que le encargábamos que todo el mundo se enteraba de a qué se dedicaba. Nina desconocía el miedo y la pusilanimidad. Su anciana madre había resultado herida por una bala fascista y Nina tenía que ocuparse de los cuidados que requería. También tenían a su cargo a su hija de cinco años. A Nina solíamos encargarle misiones fuera del gueto y en ocasiones fuera de la ciudad. Como todos nuestros colaboradores, Nina había sido provista de un pasaporte falso. La circunstancia fortuita de que su rostro pareciera el de una campesina ordinaria le facilitaba los movimientos fuera del gueto.

Jasia Bindler, una joven serena e industriosa nos servía de «correo diplomático». Entre sus funciones estaban el mantenimiento de las comunicaciones con el *judenrat*, la policía judía, los talleres abiertos en el gueto, *etc.*

Klara, *la Gorda* (el autor desconoce su apellido) se ocupaba fundamentalmente de las cuestiones económicas. A menudo le correspondía introducir en el gueto objetos «prohibidos» (batas de camuflaje de color blanco, manoplas, munición, etc.) y entonces se la veía más gorda de lo que era en realidad.

Míjel Guébelev disponía de un grupo femenino especial que utilizaba para las comunicaciones con el «sector ruso». A ese grupo pertenecían Ania, una joven extraordinariamente valiente, Klara Zhelezniak-Gorelik, Berta Libo y Slava Guébeleva. De esas mujeres se requería una habilidad especial para enmascararse, pues en ocasiones tenían que abandonar el gueto varias veces en un mismo día y ello las hacía especialmente vulnerables a la persecución policial.

Mantener permanentemente abiertos los canales de comunicación nos ayudaba a desarrollar nuestro trabajo a pesar de la represión incesante que padecíamos.

Todas las células de diez militantes se dedicaban sin descanso a la detección de personas aptas para ser enviadas a los destacamentos guerrilleros. Una vez a la semana se hacía inventario de los medicamentos y armas que las células conseguían reunir.

Mirkin consiguió colocar a varios hombres de su célula en una fábrica alemana de la que salían cada tarde con los bolsillos llenos de balas de fusil. Por otra parte, los miembros de la célula del camarada Kagan habían conseguido armarse todos. Los que mandaba Naum Brustin poseían quince granadas. El joven periodista Iosif Mindel desarrolló una intensa actividad que le permitió acumular todo un arsenal en las inmediaciones del cementerio judío.

También crecían las reservas de armas y munición en la célula de Naum Feldman. Sus hombres compraban armas a los alemanes del campo de concentración instalado en Krásnoye Uróchishe y las llevaban en secreto a un escondite seguro de la calle Respublikánskaya. Los camaradas de la célula de Rolbin desenterraron seis fusiles y varios centenares de balas de un zulo de

la calle Zeliónaya, es decir, dentro del perímetro del gueto. Tenían contactos estrechos con un grupo de camaradas bielorrusos de Peresl. Lilia Kopelevich, quien les servía de enlace, viajaba a Peresl casi a diario.

También nuestros jóvenes desarrollaron un trabajo extraordinario en esta materia. El grupo de jóvenes comunistas que dirigía Valik Zhitlzeif consiguió reunir treinta fusiles y un gran número de munición. El grupo de Nonka Markevich (integrado por Sania Kaplinski, Scholem Gringauz, Yasha Lapidus, entre otros) consiguió salir del gueto y desenterrar 540 balas, una cinta de ametralladora, doce cierres de fusil, dos granadas, etc., de un escondite junto a la carretera de Moguiliov. La operación contó con la inestimable colaboración de los bielorrusos Vitia Rudovich y Kolia Prischepchik, antiguos condiscípulos de algunos miembros de la célula.

El sastre Avraam Guelman se robó una ametralladora nueva de un almacén de la policía alemana. Nada era más valioso que un arma semejante y conseguir una era el sueño de todo partisano. Los jóvenes obreros Shie y Leibl Shafrán encontraron una ametralladora Maxim en una fábrica de turba ubicada a las afueras de Minsk y la introdujeron en el gueto por partes. Más tarde, Shie se integró a un destacamento guerrillero y perdió la vida luchando heroicamente contra los fascistas.

Otra de nuestras misiones, la consecución de medicamentos, también fue llevada a cabo con afán incansable y los primeros que la acometieron fueron los propios profesionales de la medicina: los doctores Kulik, Minkin, Zibtsiker, Alperóvich, Kerzon, Lifshits, las enfermeras y farmacéuticos Jiniuk, Tsilia Klebanova, Jaiutin y muchos otros. Todos ellos se ocupaban de conseguir yodo, vendas y pomadas para curar las quemaduras por congelación, la sarna, las infecciones por picaduras de insectos, *etc*. Cada célula se ocupó de crear su propia farmacia a partir de medicamentos que robaban a los alemanes o procedían de donaciones.

Paralelamente, nos dimos a la tarea de conseguir o manufacturar ropa que sirviera a los camaradas que enviábamos a los destacamentos guerrilleros y a los propios partisanos.

En el gueto operaban talleres adscritos al *Judenrat* y encargados de proveer al ejército alemán de zapatos, uniformes, ropa interior y

gorros de abrigo, según los pedidos que recibían. También funcionaba una fábrica de jabón y una panadería.

En cuanto hubimos establecido relaciones con un grupo de empleados del *Judenrat* nos convertimos en los amos virtuales de todos aquellos talleres. No fueron pocas las ocasiones en que partisanos vestidos con uniformes alemanes llegaban en camiones a los talleres y cargaban con partidas enteras de ropa, zapatos, jabón o sal. Paralelamente, los miembros de las células que operaban en el gueto solicitaban donaciones voluntarias a la población.

Con la excusa de que se trataba de ropa que precisaba ser sometida a un proceso de desinfección, guardábamos las donaciones —chaquetas, pellizas, pantalones de abrigo, gorros, etc.— en el desván del edificio que alojaba el hospital.

Una de las solicitudes que nos hacían los destacamentos guerrilleros con mayor frecuencia era la de proporcionarles aparatos de radio. Encargamos esa tarea al camarada Segalschik, quien trabajaba como técnico de comunicaciones en la Comandancia general alemana. Segalschik se dio a la tarea de traer al gueto los componentes uno a uno. También otros camaradas empleados en la fábrica de radios burlaban la vigilancia de los guardianes y traían al gueto válvulas, acumuladores y baterías.

También desarrollábamos un intenso trabajo de propaganda. En un sótano de la calle Shevchenko el camarada Tunik restableció la recepción de las noticias transmitidas por la radio.

Seguidamente, nombramos operador de radio al estudiante de derecho Jonón Gusinov. Con la ayuda de la máquina de escribir que le entregamos, Gusinov se ocupaba de transcribir dos veces al día las noticias que transmitía la Oficina Soviética de Información. A veces tenía la fortuna de copiar también los artículos editoriales del diario *Pravda* y otras informaciones relevantes. Todo ello lo remitíamos de inmediato a la dirección de la red clandestina.

La circulación del informe de Stalin con motivo del vigésimo cuarto aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre fue un suceso excepcional para los habitantes del gueto y toda la población de Minsk en general. La manera en que nos llegó fue harto curiosa. Sucedió así: una columna de judíos avanzaba hacia el lugar de trabajo cuando un campesino se les acercó, alcanzó a uno de nuestros camaradas un trozo de papel arrugado y le susurró:

«Coja esto que encontré en el campo… Ojalá consigáis entender algo».

Se trataba de la traducción al polaco del informe del camarada Stalin. Inmediatamente nos dimos a la tarea de traducirlo y distribuirlo por toda la ciudad. Muchos memorizaron el informe completo.

En las peores horas de agobiantes trabajos forzados o en el encierro en las celdas del gueto, la gente repetía como un evangelio las palabras de Stalin en las que aseguraba que la Alemania fascista caería aplastada por el peso de sus propios crímenes.

Las células de Ziama Okun y Naum Feldman fueron las encargadas de poner en marcha la imprenta del gueto. Ambas organizaron muy pronto el traslado al gueto de las piezas y elementos necesarios para garantizar los trabajos tipográficos. En muy poco tiempo la «malina» de Ziama Okun contenía tipos suficientes para alimentar unas cuantas imprentas. Cuando pusimos esa última circunstancia en conocimiento del camarada Slavek, se dispuso trasladar a la ciudad buena parte de las piezas de imprenta sobrante, una tarea que *Zhenka* (Guertsik) llevó a cabo con éxito. Más tarde el Comité nos solicitó un camarada diestro en materia tipográfica. Trasladamos ese encargo a Misha Chipchin, quien se puso a disposición del Comité inmediatamente. Antes de la guerra Chipchin había ocupado el cargo de director técnico de Tipográficas Stalin, la mayor imprenta con que contaba la ciudad de Minsk. Misha Chipchin se despidió de su familia para marchar a la clandestinidad. Jamás volvió a ver a los suyos. La imprenta fue instalada en una «malina» de la calle Ostróvskaya, muy cerca del gueto y muy pronto comenzó a imprimir llamamientos a la población y boletines con información sobre la situación en el frente.

Cada vez que llegaba una nueva tirada de impresos la gente creía que las habían dejado caer los aviones soviéticos llegados desde la «Tierra madre». Cuando algo más tarde nos correspondió publicar diarios ilegales y otros impresos en los destacamentos de partisanos, la población rural estaba convencida de que toda aquella información les llegaba desde las más altas esferas de gobierno y se sorprendían sobremanera del nivel de información que tenía Moscú sobre sucesos que transcurrían hasta en sus

remotas aldeas…

La aparición del primer número de *Zviazda*, órgano central del Partido Comunista de Bielorrusia antes de la guerra, constituyó uno de los acontecimientos más relevantes de la vida clandestina de Minsk. El impreso ilegal apenas constaba de dos pequeñas hojas. Nuestros camaradas del gueto que tanto habían ayudado a poner en marcha la imprenta sentían un legítimo orgullo.

Dedicábamos una atención muy especial a prestar ayuda a los camaradas más necesitados. El hambre era la dueña y señora del gueto. Cada vecino del gueto recibía cien gramos diarios de pan y unas pocas cucharadas de bodrio. La situación de miles de judíos que habían conseguido escapar de los pogromos y encontrado refugio en las aldeas de los alrededores de Minsk era terrible. Cada vez era más frecuente encontrar a personas deformadas e hinchadas por el hambre. En el callejón Glujoi era constante el acarreo de cadáveres hacia el cementerio judío. Los familiares cargaban a sus muertos sobre trineos. Cada día se celebraban quince o veinte funerales.

Los cadáveres eran apilados en enormes zanjas uno al lado del otro.

El hospital del gueto estaba tan saturado que fue menester habilitar la sección de cirugía para acoger a cualquier tipo de enfermos. La mayor preocupación de los vecinos del gueto era la epidemia de tifus que comenzaba a dejar saber de sí. Los alemanes habían sido claros a ese respecto: ante la menor amenaza de una epidemia de tifus el gueto y sus habitantes serían liquidados de inmediato. Advertimos al *Judenrat* que si alguien osaba informar a los alemanes de la epidemia lo trataríamos como a un enemigo del pueblo y lo ajusticiaríamos sin piedad. Entretanto, convocamos a los médicos más confiables y les advertimos que ninguno de los informes médicos que estaban obligados a enviar a diario a las autoridades metropolitanas podía haber la menor referencia a la epidemia de tifus. Por lo tanto, los diagnósticos tendrían que ceñirse a la gripe, la neumonía, distrofias o cualquier otra patología que los alemanes consideraran «normal». Todos los médicos adeptos a nuestra causa se mostraron conformes. Los otros callaron porque sabían que estábamos dispuestos a actuar con decisión.

Un talentoso actor apellidado Zórov que ostentaba el título de

Artista emérito de la República socialista soviética de Bielorrusia era uno de los miembros del *Judenrat*. Mantenía estrechas relaciones con nosotros y se había ofrecido para enrolarse en las guerrillas. Le propusimos organizar un comedor que sirviera comida caliente y un suplemento de pan a las personas más necesitadas del gueto. Ziama Okun, Jasia Bindler y Rozenberg —quien ejerció de jefe del comedor y más tarde perdió la vida peleando junto a los guerrilleros— se ocuparon de la puesta en marcha de la iniciativa. Todos eran personas en las que se podía depositar la máxima confianza.

Dos estudiantes de medicina, G. Solomonik y S. Yakubovich, se encargaron de habilitar un centro de desinfección. Ambos marcharían más tarde a las guerrillas. Muchos fueron los médicos y las enfermeras que trabajaron con denuedo para impedir que la epidemia de tifus se extendiera.

La mayor parte de nuestros camaradas que trabajaban en la clandestinidad padecían horribles necesidades. Ello motivó que hiciéramos a los «especialistas» una petición de socorro a favor de los camaradas más necesitados. Así pudimos establecer un fondo para ayudar a muchos camaradas y sus familias. Los camaradas Ruvím Geyblum, Guirsh Dóbin, Avraam Guelman, Zaskin, Nojim Goldzak, Avrom Shliajtovich y Riva Norman, entre otros, destacaron muy especialmente en la puesta en marcha de ese fondo de ayuda.

Un día trajeron al hospital a un hombre en extremo grado de gravedad que decía apellidarse Gusakóv. Una enfermera reparó en el parecido del paciente con un antiguo amigo suyo. «David», lo llamó en voz baja. El enfermo se estremeció y le rogó que callara con un hilillo de voz. El recién llegado resultó ser David Ratner, un conocido dirigente de las juventudes comunistas y ex miembro del Comité central del Komsomol de Bielorrusia. Nos relató su historia, tan común por aquellos días: había caído en una emboscada alemana, fue rodeado y hecho prisionero. Cuando lo conducían a la ciudad aprovechó el paso sobre el puente ferroviario de Minsk y escapó de sus captores con la ayuda de sus últimas fuerzas. Pasó doce días sin probar alimento. Y ahora estaba a punto de morir. Nos movilizamos rápidamente para prestarle ayuda al camarada Ratner-Gusakóv. Pero nuestros esfuerzos resultaron estériles. El joven

comunista murió ante nuestros ojos.

También nos encargamos de proveer de ayuda al célebre compositor bielorruso Kroshner. Pero el destino no quiso que se levantara de su lecho de muerte. Los fascistas lo masacraron en el propio hospital.

Una mañana de invierno apareció en el gueto un grupo de camaradas rusos y bielorrusos. Hasta un ciego se podía percatar de que se trataba de «hermanos del bosque». Habían venido en busca de atención médica de urgencia. El despacho personal que el doctor Kulik tenía en el hospital fue convertido a toda velocidad en improvisado ambulatorio donde se prestó atención a quienes todavía podían tenerse en pie o requerían intervenciones quirúrgicas menores. Mucho más difícil nos resultó acomodar a los heridos graves y a los enfermos que precisaban hospitalización. Con todo, conseguimos hacerlo. Emma Rodova se encargó de conseguir a través de sus contactos en el *Judenrat* impresos firmados en blanco para proveer a toda aquella gente de documentación que los acreditara como vecinos del gueto. Todos aquellos camaradas recibieron atención médica especializada y ayuda material. El fondo de ayuda que habíamos creado resultó indispensable para enfrentar el imprevisto.

Aunque nuestra actividad clandestina abarcaba muy diversas actividades, jamás olvidamos cuál era nuestra principal misión: facilitar que todas las personas capaces de empuñar las armas y enfrentar al enemigo pudieran marchar hacia los bosques donde operaban los partisanos. A propuesta nuestra, el Comité clandestino aprobó que los judíos del gueto pudieran integrar los grupos de camaradas bielorrusos que partían constantemente hacia los bosques. Cada semana varios judíos abandonaban el gueto para dirigirse al punto de encuentro ubicado en la calle Storozhóvskaya donde les esperaban los guías que habían de conducirlos hacia los partisanos.

El Comité del partido nos facilitó contactar con la organización clandestina de los obreros ferroviarios, cuyo jefe era el camarada Kuznetsov, quien más adelante se convirtió en comisario de la brigada Vorionianski. Los obreros ferroviarios escondían a nuestros hombres en los depósitos de combustible de las locomotoras y los llevaban hasta estaciones cercanas al emplazamiento de la guerrilla

a la que iban a integrarse. Más de quinientas vecinos del gueto de Minsk utilizaron esa vía para llegar hasta los destacamentos guerrilleros. Todos los que hacían ese viaje estaban obligados por un juramento solemne: por una parte, ser ejemplo de entrega, coraje y combatividad; por otra, no olvidar jamás a los judíos que permanecían encerrados en el gueto y darlo todo para conseguir que la mayor cantidad posible de personas pudieran escapar al bosque junto a los partisanos y sumarse a la lucha.

Los más negros nubarrones se cernían sobre nosotros. El arresto de Mushkin, presidente del *Judenrat*, implicó una sensible pérdida para los habitantes del gueto.

Otra noticia nos llegó casi al unísono: David Guertsik, *Zhenka*, también había sido arrestado. En una carta que consiguió escribir desde el cautiverio nos aseguraba que no había delatado a nadie a pesar de las crueles torturas recibidas. «Continuad en la lucha y no os preocupéis, queridos camaradas —escribió—, porque nuestros enemigos no me arrancarán ni una sola palabra». Los hombres de la Gestapo lo torturaron con saña.

La Gestapo ordenó reunir a cinco mil judíos a las diez de la mañana del 2 de marzo con el pretexto de enviarlos a trabajar. Advirtieron que quedaban excluidos quienes ya trabajaban en empresas alemanas. A la pregunta pretendidamente inocente de un miembro del *Judenrat* acerca de si se podía incluir a ancianos y niños entre los convocados un mando de la Gestapo le respondió que eso era indiferente.

Era evidente, pues, que estábamos ante otra operación de exterminio de judíos del gueto.

Inmediatamente nos dimos a la tarea de difundir la alarma acerca del grave peligro que se avecinaba. Ordenamos al jefe de los guardias del gueto, Ziama Serebrianski, que seleccionara a sus hombres más fieles y capaces para establecer un sistema de avisos de cualquier movimiento alemán que significara el inicio del pogromo. Además, recomendamos a la población que intentara a toda costa abandonar el gueto en la mañana del 2 de marzo, ya fuera para ir a trabajar o para encontrar refugio temporal en las casas de amigos bielorrusos.

Una «malina» capaz de alojar a cien personas y provista de una salida a la ciudad fue construida en uno de los talleres adscritos al

Judenrat. Otros escondites se habilitaron en las ruinas de la calle Miasnítskaya.

Cuando las columnas de trabajadores abandonaron el gueto en la mañana del 2 de marzo de 1942, el día señalado para la matanza, los alemanes aparecieron de improviso y reclamaron los cinco mil judíos que habían ordenado reunir. «El tren está listo para partir», dijeron. Sedientos de sangre, los hombres de la Gestapo se dispersaron por el gueto disparando a diestra y siniestra con revólveres y ametralladoras. Entraron como buitres al orfanato y golpearon a los niños con crueldad. Después formaron una columna de niños encabezada por el director y el médico del orfanato —Fleishner y Chernis—, quienes llevaban en brazos a los niños más pequeños y los llevaron a ejecutar.

En el número 35 de la calle Ratomskaya, a unas manzanas de la sede del *Judenrat*, arrojaron a un grupo de niños a una zanja y la cubrieron de tierra, enterrándolos vivos. Kube, el más sanguinario de todos los asesinos que conoció Bielorrusia, llegó a tiempo para presenciar aquella salvajada. Aquel hombre sádico arrojaba caramelos a los niños mientras los cubrían las paletadas de tierra.

Cayó la noche. Kube ordenó que se impidiera la entrada al gueto a los trabajadores que volvían de las fábricas y talleres. Cuando éstos se hubieron reunido a las puertas del gueto en la calle Shórnaya, se los obligó a echarse sobre la nieve. La masacre perpetrada contra aquellos hombres fue horrorosa. Más tarde encontramos a David Plótkin y Jaia Botvinnik entre los cadáveres.

Moishe *Ber Sarin* Levin trabajaba como pintor en la cárcel de Minsk. Era el jefe de la columna de trabajadores. Desde la organización clandestina habíamos tomado la decisión de enviarlo a uno de los más importantes destacamentos de partisanos, pues aparte de que era un escritor y un artista de talento, Levin había recibido una magnífica preparación militar y era un estupendo topógrafo. El fatídico 2 de marzo el jefe de la prisión quiso apartarlo de la columna de trabajadores para salvarle la vida. Su pericia en el trabajo era necesaria a los alemanes. Pero Levin no quiso abandonar a sus hombres y marchó hacia la muerte a la cabeza de la columna, como cada día.

La horrible masacre del 2 de marzo no dejaba lugar a dudas: nuestro fin se acercaba a pasos agigantados.

A partir de entonces intensificamos el proceso de envío de hombres a los destacamentos partisanos. Así, por ejemplo, el grupo del camarada Kagan se integró en la brigada del Tío Vasia. Otro grupo formado por algunos de nuestros miembros más activos recibió la orden de crear un nuevo destacamento guerrillero. Ese grupo estaba integrado, entre otros, por Motia Pruslin, Jaím Alexándrovich, Meyer Feldman, Lena Mayzelis y Girsh Dóbin. Un tercer grupo a las órdenes de Naum Feldman, Guetsl Openheim y V. Kravschinki fue enviado a otra región y aun antes de tener noticias de ellos enviamos una nueva partida de hombres para que les sirvieran de refuerzo. Como es natural, todos aquellos desplazamientos se cobraron muchas víctimas. Los camaradas Sukenik, Arotsker, Pésin y Guirsh Skoblo —uno de los primeros trabajadores «stajanovistas» de la República socialista soviética de Bielorrusia— murieron abatidos por balas enemigas. El último se había helado las piernas y no era capaz de moverse por sí mismo cuando se produjo una intensa redada de los hombres de la Gestapo.

También enviamos a los jóvenes comunistas Sonia Levin y Vitia Feldmanha a establecer contacto con los partisanos que operaban en el bosque Staroselski. Un acuerdo con el Comité metropolitano nos permitió organizar nuestros propios destacamentos de partisanos judíos. Ello nos permitía sacar a más gente del gueto.

Enviamos a cuarenta personas armadas con granadas, fusiles y revólveres a un bosque situado en las inmediaciones de Minsk. Sin embargo, ese grupo no consiguió establecer contacto con ningún destacamento partisano en activo, de manera que les ordenamos volver al gueto. Algunos de ellos se negaron a regresar. El camarada Misha Yufa, antiguo empleado del Instituto politécnico de Minsk, seleccionó un grupo de hombres armados y marchó en busca de los partisanos. Una patrulla alemana detectó al grupo principal que volvía al gueto. El periodista Iosif Mindel, quien se había mostrado particularmente activo en la consecución de armas, fue asesinado en el enfrentamiento.

Con todo, ni ese fracaso ni tantos otros que padecimos hicieron menguar nuestra decisión. Cada uno de los hombres que integraban los grupos que enviábamos a los bosques era cuidadosamente estudiado por la cúpula de la organización clandestina. Con el

tiempo, el comedor del *Judenrat* se convirtió en el punto de encuentro de los candidatos a guerrilleros. Cada noche, cuando las columnas de trabajadores volvían de las fábricas, los hombres que adiestrábamos para ir a luchar a los bosques se reunían allí. Charlábamos con cada uno de ellos por separado, revisábamos sus armas y les hacíamos una única advertencia a modo de despedida: «La muerte os acechará a cada paso, pero es mucho mejor caer en combate que acabar aplastado como una rata en este gueto asqueroso».

Los «mestizos» del gueto —jóvenes provistos de documentos falsos que los identificaban como hijos de matrimonios mixtos entre mujeres judías y hombres bielorrusos—, entre los que se encontraban E. Narusevich, D. Baran y otros, no estaban obligados a llevar los distintivos amarillos. En cambio, llevaban brazaletes de color blanco que los identificaban como responsables de las columnas de trabajadores. Fue a ellos a quienes encargamos la conducción de los grupos de personas que enviábamos día sí y día también a pelear en los bosques. Gracias a los operarios de nuestra imprenta clandestina —Kaplan, Pressman y Rapoport, entre otros— disponíamos de impresos en blanco y sellos de las más diversas oficinas alemanas. Ello nos permitía proveer a todos los miembros de los grupos que partían a luchar de documentos que acreditaban su condición de trabajadores que viajaban a cortar leña o a recoger turba en las afueras de la ciudad.

Nuestros contactos en el *Judenrat* también resultaron de gran utilidad para el envío de hombres a pelear en las guerrillas. La panadería les proporcionaba raciones para dos días. ¡Y eso era mucho bajo las condiciones del gueto! Los talleres de confección proveían ropa de abrigo, gorros y galochas. La joven comunista Sima Shwartz organizó un gran equipo de mujeres dedicadas a coser ropa interior, remendar abrigos, tejer manoplas, calcetines, *etc.* Rojl Kúblina y Tsilia Botvinnik eran las responsables de otro grupo de mujeres que juntaban ropa de abrigo, remendaban ropas ajadas, *etc.* La estrecha habitación de Ida Aler fue convertida en un taller de costura clandestino donde confeccionaban batas de camuflaje. Jóvenes muchachas iban casa por casa en busca de sábanas. Nadie les preguntaba el destino de aquellas sábanas: todos las entregaban gustosamente y agradecían la labor que

desempeñaban aquellas jóvenes.

El comercio que se producía a diario en las lindes del gueto y acababa siempre a tiros no hacía más que crecer. Sobre todo se compraban armas —«pasaportes soviéticos nuevos», como las llamaban. La gente se dejaba lo último que tenía con tal de adquirir un revólver, una granada o unas pocas balas.

En una de las reuniones del núcleo central de la organización clandestina encargamos a Israel Lapidus seleccionar a un grupo de hombres para crear una base estable en los bosques cercanos que nos sirviera de trampolín hacia los diversos destacamentos de partisanos.

Míjel Guébelev estableció contacto con una persona confiable que trabajaba en el departamento de educación de la oficina municipal alemana. Este hombre le prometió acoger a niños judíos en los orfanatos para bielorrusos.

Esa operación requirió crear dos grupos de mujeres, Uno, en el gueto, para organizar la selección y el envío de los niños; el otro fuera de él, formado por mujeres bielorrusas, que se ocupaban de la primera acogida de los niños y su entrega a la institución.

Cada mañana, antes de que las primeras columnas de trabajadores tomaran el camino de las fábricas, Riva Norman, Guenia Pasternak, Guisha Sukenik y otras mujeres se apostaban a la salida del gueto y esperaban con impaciencia la señal para actuar. Del otro lado, la familia Voronov también estaba siempre alerta. Todos los Voronov estaban dedicados en cuerpo y alma a la lucha contra los ocupantes. Voronov padre trabajaba en la imprenta clandestina, mientras el hijo ayudaba al envío de hombres a las guerrillas. La joven esposa de este último llevaba mensajes secretos a los camaradas encarcelados y escondía a quienes corrían peligro de arresto. Por si ello fuera poco, cada mañana se instalaba frente al gueto y avisaba a sus camaradas mediante señales previamente acordadas cuál era el mejor momento para salir con los niños aprovechando algún despiste de los guardias. Camaradas bielorrusas como María Ivánovskaya, Tatiana Guerasimenko, Lelia Revinskaya (a quien conocimos durante nuestro primer encuentro con Slavek) solían reunirse en su casa.

Asia Pruslina, Lena Guinzburg y Guenia Sultán se ocupaban de llevar a los niños a los orfanatos que les habían sido destinados. En

apenas unas pocas semanas de intenso trabajo todas aquellas mujeres consiguieron sacar del gueto a más de setenta niños judíos.

Apenas unos días después de la masacre del z de marzo se desataron sucesivas olas de arrestos por toda la ciudad. Varios de nuestros camaradas bielorrusos acudieron a nosotros con el ruego de que los escondiéramos en el gueto durante algún tiempo. Teníamos bajo nuestro control unas cuantas «malinas» que habían demostrado ser muy seguras durante anteriores redadas y la propia *Aktion* del 2 de marzo. Gracias a uno de esos camaradas, a quien dimos cobijo en una bodega situada en los bajos de la casa del célebre escultor Blazer, supimos que la práctica totalidad de los miembros del consejo militar clandestino habían sido detenidos. También Slavek nos dio cuenta de la situación en una nota que nos alarmó sobremanera: el enemigo había conseguido infiltrarse en nuestra organización y eso le había permitido neutralizar el trabajo del consejo militar. Unos treinta miembros del consejo estaban en la cárcel. También habían caído en manos enemigas los enlaces de los partisanos que se encontraban en la ciudad por aquellos días. El propio Slavek había tomado la decisión de marcharse a la guerrilla y nos aseguró que mantendría comunicación con nosotros desde allá. Su nota concluía con estas palabras: «Queridos camaradas del gueto: continuad vuestro trabajo y recuerden que si alguna vez caemos en la lucha el Ejército Rojo vengará nuestras muertes».

Mucho después supimos que la Gestapo arrestó a Slavek y Revinskaya cuando ambos se dirigían al apartamento donde debían esperar al enlace que los conduciría hasta los partisanos.

Muy pronto nos llegó otra alarmante noticia: la Gestapo había rodeado el apartamento de Wolf Losik. Fue un golpe demoledor para todos. Losik llevaba mucho tiempo dedicado a buscar armas para el gueto. Era el líder de un grupo de camaradas que trabajaban en el almacén que los alemanes tenían en Krásnoye Uróchishe. Apenas unas horas antes de la llegada de la Gestapo Losik había recibido un cargamento de granadas. En cuanto supimos lo ocurrido nos dimos a la tarea de localizar a todos los camaradas dedicados al acarreo de armas que tenían relación con Losik. También conseguimos arrancar de las garras alemanas a la mujer y los hijos de nuestro camarada. Los hombres de la Gestapo pusieron la casa patas arriba. El registro fue concienzudo y brutal, pero estéril. Por

suerte, resultó que ya las granadas habían sido escondidas en una «malina» segura de manera que los fascistas se fueron con las manos vacías.

Seguidamente, los hombres de la Gestapo rodearon el apartamento de Nonka Markevich en la calle Zeliónaya. Allí encontraron un receptor de radio y varios cientos de balas. Con las manos esposadas a la espalda Markevich, su madre y su hermano Jaím, de apenas diez años de edad, fueron detenidos. Fueron terribles los golpes que recibió en la cabeza el valiente joven comunista a sus cortos quince años de edad.

Cuando los detenidos llegaron a la sede del *Judenrat,* Markevich gritó: «¡Podéis matarme, pero ahí afuera están mis camaradas! ¡Ellos me vengarán!».

A las once de la noche del 31 de marzo de 1942 el tableteo de las ametralladoras despertó al gueto.

A la mañana siguiente fuimos testigos de un paisaje que ya conocíamos muy bien: guardias uniformados por todas partes, judíos alemanes y transeúntes obligados a acarrear cadáveres hacia el cementerio judío.

Por lo visto, los hombres de la Gestapo habían rodeado en plena noche el patio del edificio donde vivía Nina Liss, el marcado con el número 18 de la calle Kollektórnaya. «¡Ábrenos la puerta, Ninka!», gritaron antes de emprenderla a golpes con la puerta hasta tirarla abajo. Todos los vecinos del inmueble fueron obligados a salir a la calle en paños menores. Allí fueron sometidos a las más crueles vejaciones antes de ser asesinados a tiros. *La Gorda* Klara, quien nos servía de enlace, fue la única sobreviviente, pues consiguió esconderse a tiempo entre los cadáveres. Más tarde, Klara caería bajo las balas alemanas cuando se dirigía hacia los bosques para enrolarse en las guerrillas.

Esa misma noche, según nos informó G. Ruditser, los hombres de la Gestapo arrestaron a Tulski y a Z. Serebrianski. Después recorrieron todo el gueto con ellos en busca de Míjel Guébelev, Ziama Okun, Yefím Stoliárevich y Naum Feldman.

La gravedad de la situación nos obligó a mantener una breve reunión con Guébelev y Ziama Okun. Decidimos que lo único que cabía hacer era escondernos inmediatamente.

Míjel Guébelev y Naum Feldman lo hicieron en una «malina» de

la calle Zamkóvaya que había probado que era segura. Ziama Okun intentó reunirse allí con ellos, pero la Gestapo le echó el guante por el camino. Gracias a la intervención del doctor Kulik, Yéfim Stoliárevich fue conducido al hospital en una camilla e ingresado en la sección de enfermedades contagiosas. En la madrugada del 2 de abril tuvo lugar otra horrible masacre en el número 20 de la calle Kollektórnaya, donde vivía Naum Bruston, responsable de una de las células clandestinas. Fue asesinado junto a todos los vecinos del edificio, cuando muchos de ellos se disponían a marchar a las guerrillas al día siguiente. Otras noches horribles se vivieron después en las calles Krímskaya, Tánkovaya, Abutkóvaya y Ratomskaya, entre otras.

El 7 de mayo de 1942 las plazas y las calles de Minsk se llenaron de horcas. Los cadáveres de todos los dirigentes del consejo militar clandestino de Minsk colgaban de ellas. El camarada Slavek, ferviente patriota soviético y amigo de la población encerrada en el gueto de Minsk, era uno de ellos. También fueron ejecutados ese día los camaradas Ekelchik (miembro del Comité metropolitano), Ziama Okun, Ziama Serebrianski y Guirsh Rudiner.

Muy pronto los sobrevivientes nos reunimos en un apartamento de la calle Torgóvaya para debatir la continuación de las actividades militares. A la reunión se sumaron algunos miembros del anterior Comité metropolitano que habían conseguido escapar a las redadas alemanas. Allí supimos que se habían perdido todos los contactos con los destacamentos de partisanos. Teníamos, pues, que comenzar de cero y, encima, hacerlo evitando cometer los errores del pasado que habían conducido a los arrestos y el consiguiente colapso de la organización. Tomamos tres decisiones principales: 1) concentrar en manos del Comité todas las actividades relacionadas con la creación de nuevos destacamentos guerrilleros y el seguimiento de los contactos con los ya existentes; *2*) cambiar la filosofía organizativa: a saber, desechar las células de diez miembros y apostar por la creación de células en las empresas y fábricas, y 3) debido a las circunstancias específicas que padecía la población del gueto, pasar a considerar a éste como una entidad con una organización independiente. Nuestro propósito compartido consistía en continuar con la creación de bases que sirvieran de trampolín a los hombres y mujeres del gueto que pudieran resultar

útiles peleando con los partisanos.

A partir de entonces, el ritmo de nuestra actividad se aceleró notablemente. Aunque Guébelev era uno de los hombres del gueto, se convirtió en uno de los principales dirigentes de la organización en toda la ciudad. Guébelev no se permitía ni un solo instante de reposo y despreciaba los peligros que lo acechaban a cada paso. Puso en marcha un eficaz sistema para el envío de prisioneros de guerra soviéticos a los destacamentos guerrilleros. Las mujeres del gueto eran las encargadas de buscar ropa para vestir a los prisioneros de guerra. Nuestra «oficina de pasaportes» los proveía de documentos «irreprochables». El trabajo crecía sin cesar, como también crecían los descuidos. Y una vez más la falta de concentración nos valió recibir un golpe demoledor.

Un sótano debidamente camuflado de la calle Zamkóvaya alojaba el cuartel general de nuestros jóvenes comunistas. Valik Zhitlzeif, incombustible aunque inexperto, era el responsable de aquel grupo de miembros del Komsomol. Los jóvenes buscaban armas, alimentos y todo lo necesario para los hombres que marchaban a integrarse en las guerrillas. Pero la Gestapo consiguió seguirles el rastro y acabó rodeando la «malina» donde en aquel momento se encontraban doce jóvenes. La Gestapo les ofreció entregarse. Todos los jóvenes cercados disponían de granadas. Además, en el sótano guardaban cuatro fusiles, dos cajas de munición, dos aparatos de radio y algunos alimentos. El desigual combate fue breve. Ni uno solo de los jóvenes comunistas se rindió. Apenas uno consiguió sobrevivir. Ziama salió vivo del cerco, en efecto, pero con siete heridas. Había viajado a la ciudad como enlace del destacamento de Lapidus para llevarse a los jóvenes a la guerrilla. Conseguimos ingresarlo en el hospital.

Tras recuperarse de las heridas se le ordenó integrarse en el destacamento mandado por Feldman. Fue asesinado cuando intentaba alcanzarlo.

Apenas unos días más tarde la Gestapo consiguió establecer el emplazamiento de nuestro receptor de radio. Sin atreverse a entrar en el sótano, los alemanes optaron por cercar la casa y atacarla con granadas. Jonón Gusinov, un hombre valiente, disciplinado y totalmente entregado a la causa, murió en su puesto de combate. Por segunda vez perdíamos la oportunidad de mantener a la

población del gueto informada de la situación en el frente y en el país.

El envío de hombres a las guerrillas no nos distraía de otras misiones tan importantes como traer la lucha al propio gueto e impulsar las acciones de sabotaje en fábricas y empresas.

Teníamos dos personas confiables en la denominada «Bolsa de trabajo»: Mirra Stronguina y Roza Altman. Ambas nos ayudaban a colocar a nuestros hombres en las fábricas cuya producción nos interesaba sabotear.

Lena Mayzelis, Nadia Schusser, Fania Gúrvich, Sonia Teyshova, Fania Chipchin, Ester Krivosheina, Dora Berson, Lena Pevsner, Guenia y Sarra Yudóvina trabajaban en la fábrica El bolchevique. Allí se dedicaban a dañar sistemáticamente la producción y especialmente los productos de peletería. Paralelamente, robaban a diario ropa de abrigo, guantes y calcetines. En suma, todo aquello que urgía enviar a los partisanos.

En esa misma fábrica actuaba también un grupo de hombres. Ellos, bajo el mando de David Lerner, se ocupaban de trabajos más «duros». Así, consiguieron sacar de la fábrica varios teléfonos de campaña y enviarlos a los partisanos. Sistemáticamente esos hombres echaban arena y cristal molido en los engranajes de las máquinas, estropeaban partidas enteras de productos ya acabados y listos para ser enviados al frente. Un laboratorio que habíamos instalado en el gueto los proveía de disolventes que atacaban las pieles mientras eran transportadas.

También contábamos con varios grupos dedicados a acciones de sabotaje en la fábrica Oktiabr. Entre sus miembros estaban los zapateros Zilberstein, Shapiro, Noterman, N. Luft, los sastres Misha Grichanik y R. Sukenik, el pintor Iosif Tilsman y su hijo de dieciséis años y S. Peisajovich. Las tareas que habíamos dado a esos grupos consistían en demorar al máximo la realización de los encargos alemanes y estropear tanto la materia prima como los productos acabados. Paralelamente, todos ellos robaban botas, suelas y chaquetas de piel que servían a nuestros camaradas que marchaban a los bosques.

Las constantes acciones de sabotaje se cebaban también en la maquinaria eléctrica de las fábricas. Un grupo de bielorrusos liderado por el camarada *Nikolai* (Guerasimenko), secretario del

Comité clandestino del distrito Stalin, tomaba parte activa en esas acciones. En la propia fábrica actuaba aún otro grupo clandestino, cuya misión consistía en el robo de armas.

Por último, teníamos un grupo especial que operaba en el sistema de las comunicaciones de campaña que utilizaban los alemanes. El camarada Ruvim, quien más adelante moriría en combate junto a los partisanos, era su responsable. Ese grupo nos proporcionó los planos detallados de las líneas de comunicación tendidas entre Baranóvichi-Minsk-Smolensk y Vilnius-Minsk-Smolensk. También nos facilitaron una cantidad importante de datos sobre los campos de minas instalados por los alemanes en torno a Minsk. Todos esos materiales los entregamos al Comité clandestino y fueron considerados de enorme importancia.

Paralelamente continuábamos trabajando en la liberación de los prisioneros de guerra soviéticos. Además de proporcionarles ropa y documentos, les facilitábamos direcciones de refugios y contactos.

Míjel Guébelev cayó en las garras de los alemanes cuando trabajaba en la organización del envío de un gran grupo de prisioneros de guerra hacia el destacamento guerrillero Budionni. Fue un duro golpe para nosotros en el gueto, pero también para el pleno de la organización clandestina en la ciudad.

Guébelev se destacó como uno de los principales líderes del trabajo clandestino en el gueto tras la masacre de marzo. Era sencillamente incansable. Lo mismo a plena luz del día, cuando los sabuesos fascistas tenían tomadas las calles, como en medio de la noche, cuando hasta el más leve ruido generaba eco en las estrechas callejuelas de la ciudad, Guébelev entraba y salía del gueto sin parar.

La policía lo detuvo junto a la cerca que rodeaba el gueto. Y así murió uno de los hijos más heroicos del gueto de Minsk, un hombre que dedicó toda sus fuerzas a la lucha a favor de la liberación de sus hermanos y hermanas que padecían el yugo fascista.

Pero la lucha no acabó con su muerte. Bien al contrario, nuestras actividades continuaron con más energía y decisión que nunca. Miles de personas consiguieron escapar del abrazo de muerte del gueto de Minsk y se integraron disciplinadamente en las filas de los partisanos para ser parte del gran ejército de vengadores de nuestro pueblo. Enviamos a nuestros contactos fuera del gueto para buscar

nuevas vías de participación en la lucha armada. Por orden del cuartel general del destacamento guerrillero Frunze que operaba en el bosque Koydanovski, región de Minsk, los grupos de judíos que llegaban desde el gueto formaron otros dos destacamentos guerrilleros, el Dzerzhinski y el Serguei Lazo. La afluencia de judíos hacia esos dos nuevos destacamentos fue enorme.

Los vecinos del gueto sentían que se acercaba el día en que los alemanes emprenderían la aniquilación definitiva de los judíos de Minsk. Más aún: lo sabían. Por eso la evacuación del gueto hacia los bosques adquiría cada vez un carácter más masivo. Mujeres, niños y ancianos emprendían el camino hacia los bosques sin esperar a que les proporcionaran guías y muchas veces sin conocer el camino.

Unos quinientos judíos acabaron reunidos cerca de la aldea Vertniki, muy cerca del emplazamiento de la guerrilla Budionni. Los jefes guerrilleros consiguieron armar a una parte de ellos y así se convirtieron en la base del destacamento guerrillero Parjomenko, integrado por combatientes judíos. El resto, bajo la dirección de Scholom Zórin, un obrero de Minsk, marchó hacia los bosques de Nalibókskaya donde crearon el destacamento N.° 106, también integrado por judíos.

La jefatura del destacamento Kutuzov, cuyo comandante era el camarada Gólitsev, acudió también en socorro de los judíos del gueto. Los enlaces de ese destacamento acudían constantemente al gueto para conducir a la gente hacia los bosques.

En los últimos días de octubre de 1943, los enlaces que dirigían al gueto para guiar a un grupo de judíos hacia las guerrillas supieron que esta vez no conseguirían llevar a cabo su misión y volverían con las manos vacías. Ya no había gueto en Minsk. Los fascistas acababan de aniquilar a los últimos judíos de la ciudad.

Al recibir la noticia, los partisanos salidos del gueto respondieron con una promesa solemne: luchar hasta la última gota de sangre contra los caníbales fascistas y la definitiva expulsión de los monstruos hitlerianos de la tierra soviética.

AUTOR: G. SMOLIAR

Las muchachas de Minsk

El domingo 16 de julio de 1944[30] en Minsk se celebró una manifestación para festejar la liberación de la ciudad. Ese día se realizó también un grandioso desfile de partisanos en el que participó el destacamento judío mandado por el carpintero Scholom Zórin.

El destacamento de Zórin estaba integrado por unos seiscientos cincuenta judíos que habían conseguido escapar de los guetos de Minsk, Borisov, Lyuban y Cherven. Ciento cincuenta de ellos —hombres y mujeres— tomaban parte activa en los combates. El resto —mujeres, niños y ancianos— trabajaban en la retaguardia como zapateros, costureros o cualquier otro oficio que sirviera a los intereses de la guerrilla que los había acogido.

La marcha del destacamento iba encabezada por tres jóvenes muchachas que vestían pantalones y botas de hombre, chaquetas alemanas y ametralladoras de mano de similar procedencia.

Estas son sus historias, tal como ellas mismas las contaron.

Sonia Katz una joven de veinte años nacida en Minsk tuvo que mudarse con sus padres al gueto. Su padre fue fusilado en los primeros días. El 11 de agosto de 1941 un chiquillo de la aldea de Koydanovo llegó corriendo al gueto y contó que todos los judíos de la aldea habían sido asesinados y arrojados a zanjas, algunos de ellos aún vivos. La tierra estuvo removiéndose durante tres horas enteras porque muchos de los enterrados vivos intentaban escapar de la muerte. La hermana de Sonia, Guenia, fue una de las personas asesinadas en aquella aldea. No estaba sola: la asesinaron junto a sus tres hijas pequeñas, Galia, Sima y Berta. Cuando la madre de Sonia conoció cómo habían muerto su hija y sus nietas cayó desplomada y murió ella también. Sonia se había quedado sola. Durante las masivas carnicerías que padecieron los judíos del gueto en noviembre de 1941, Sonia y otras veinte jóvenes consiguieron encontrar refugio en el sótano de un edificio en ruinas de la calle Zeliónaya y escapar después de la ciudad.

La fuga se vio interrumpida cuando toparon con una patrulla alemana. Apenas siete muchachas consiguieron burlar las balas alemanas. Sonia fue una de ellas.

En su cuenta como guerrillera, Sonia Katz se había anotado tres voladuras de puentes, dos convoyes ferroviarios descarrilados y docenas de alemanes muertos.

«No podría vivir de otra forma —explicó Sonia. Y añadió—: Y ahora me uniré al Ejército Rojo, porque no concibo otra vida que la que me ocupe en vengar a nuestros muertos».

Los alemanes asesinaron al padre de Emma Shepsenvol en los primeros días tras la ocupación. Emma, su madre y sus dos hermanos pequeños, un chico y una chica, tuvieron que valerse por sí mismos para sobrevivir. Una mañana Emma fue al mercado a intentar conseguir algo de pan a cambio de algunos objetos de escaso valor. Los alemanes la detuvieron y se la llevaron a las dependencias de la policía. Sesenta policías visiblemente borrachos formaron dos hileras frente a la comisaría. Los judíos debían pasar entre ambas hileras y soportar los golpes y latigazos que les propinaban. Emma acabó desplomándose frente a la puerta de la comisaría. Tuvo suerte: la tomaron por muerta y allí la dejaron tirada. Cuando anocheció Emma recuperó el conocimiento y corrió de vuelta a casa. Cuando se produjo el segundo gran pogromo que conoció el gueto en 1942, Emma estaba de visita en casa de una amiga que vivía fuera del gueto. Esa circunstancia fortuita le salvó la vida. Su madre y sus hermanos, por el contrario, murieron. Emma tomó la decisión de escapar. A duras penas consiguió llegar a la aldea Stároye Seló, a diez kilómetros de Minsk, donde se topó con un destacamento de partisanos. La enviaron a un destacamento integrado por judíos.

Durante el primer pogromo en noviembre de 1941 Ania Kaplan consiguió esconderse en el desván de un edificio en ruinas. Desde allí pudo escuchar cómo los hombres de las SS, ahítos de alcohol, destrozaban muebles y se divertían. Su padre fue muerto a tiros. Sin esperar la llegada de un segundo pogromo, Ania, su madre y sus dos hermanas pequeñas escaparon del gueto y se unieron a los partisanos. Se desempeñó como agente secreto durante todo el tiempo que sirvió a los partisanos.

TESTIMONIO: SEMIÓN BANK

Relato de un anciano judío

Muy pronto cumpliré setenta años.

Los alemanes llegaron a Pleshenitsi, nuestra pequeña aldea ubicada en la región de Minsk, el 27 de junio de 1941. En cuanto sonaron los primeros disparos los ancianos corrimos a refugiarnos en un bosque a cinco kilómetros de la aldea. Allá esperamos a que cesaran los combates para volver a casa.

Media aldea había ardido pero mi casa seguía en pie. Mi mujer y yo entramos a hurtadillas, atrancamos las puertas y bajamos las cortinas. Todavía se escuchaban disparos a lo lejos. Nos horrorizamos cuando cesaron los disparos: comprendimos que estábamos del otro lado del frente de batalla.

Las autoridades provisionales alemanas llegaron a Pleshenitsi e impusieron una serie de reglas a las que teníamos que atenernos los judíos: se nos obligaba a recluirnos en el gueto y a llevar distintivos de color amarillos el pecho y la espalda. También los niños debían regirse por esas reglas. Se nos prohibió circular por las aceras. La población local quedaba privada del derecho a comerciar con los judíos e incluso se les prohibió dirigirles la palabra, saludarlos o responder a sus saludos. Todos los trabajos pesados quedaban asignados a los judíos, quienes no recibirían pago alguno por realizarlos.

Ya en los primeros días varias de las personas *[tanto judías como cristianas]* que habían ocupado puestos de responsabilidad en las instituciones soviéticas fueron asesinadas.

Muy poco después supimos que en Zembin, una aldea situada a unos dos kilómetros de la nuestra, un grupo de judíos fue obligado a cavar una zanja enorme. Cuando la zanja estuvo abierta se ordenó a todos los judíos de la localidad marchar al mercado donde serían dados de alta en un registro. Aquella excusa no pasaba de ser una patraña: todos fueron conducidos ante la zanja y asesinados. Muchos fueron arrojados a la zanja cuando aún respiraban. Los alemanes no gastaban munición en los niños: los lanzaban vivos al

fondo de la que sería su tumba. La tierra con la que cubrieron tantos cuerpos todavía con vida al término de la masacre continuó removiéndose y levantándose durante largo rato. Ese terrible testimonio lo dejaron quienes fueron obligados a cubrirla de tierra.

Apenas unas pocas docenas de judíos lograron escapar aquel día. Y uno de ellos vino a nuestra aldea dos semanas más tarde.

Nos resultaba inconcebible que alguien pudiera haber perpetrado un crimen tan odioso. Quisimos creer que habría sido motivado por algún hecho fortuito. Tal vez habrían aparecido cadáveres de alemanes en Zembin y la masacre hubiera sido un brutal pero único gesto de represalia. Sabíamos que por cada soldado alemán muerto los ocupantes se cobraban la vida de mucha gente y a veces de la población de aldeas enteras.

En vano intentábamos consolarnos. Masacres semejantes se produjeron poco después en la aldea Logoysk, a veinticinco kilómetros de nosotros, y más tarde en otras aldeas más o menos distantes de la nuestra. Las perpetradas contra los judíos de la ciudad de Borisov y las aldeas Smolevichi, Gorodok y otras fueron particularmente sangrientas.

Entonces ya no tuvimos dudas de que la carnicería de Zembin no había sido una mera casualidad. Estaba claro que aquellos bandidos seguían las criminales órdenes de Hitler. Por aquel entonces ya habíamos sido recluidos en el gueto. Las cincuenta casas que lo componían alojaban a cerca de mil personas.

Éramos conscientes de que aquel traslado no era más que el principio y que los fascistas nos obligarían a apurar el cáliz hasta la última amarga gota.

Un día vimos acercarse a los policías con un gran número de carretas vacías. Antes algunas familias habían conseguido huir a la aldea de Dolguinovo, en la región de Vileika y a unos cuarenta kilómetros de distancia, donde aún no se habían visto asesinatos en masa de judíos. Pero en la tarde ya todo el perímetro del gueto había sido rodeado y era imposible escapar.

A la mañana siguiente los policías recorrieron todas las casas y nos condujeron a todos hasta un descampado. Quienes avanzaban despacio eran azuzados a latigazos. Al llegar al descampado los policías hicieron una selección y separaron de la muchedumbre a unos cuantos zapateros, sastres, herreros, así como a los ancianos.

Todos ellos recibieron instrucciones de regresar a la aldea. Mi mujer y yo integramos ese grupo. Las otras ocho personas de mi familia —es decir, mis hijas y nietas— fueron subidas a las carretas. No se nos permitió despedirnos de ellas y abrazarlas por última vez. Más tarde los carreteros nos contaron que los condenados habían sido conducidos hasta los bosques de Borisov, a unos cincuenta kilómetros de distancia, donde les esperaban las cámaras de gas móviles. Los carreteros fueron enviados de vuelta. Jamás volvimos a tener noticia de nuestros seres queridos.

¿Cómo puedo describir mi estado de ánimo al volver a casa? La aldea estaba sumida en un silencio de muerte. Mi mujer iba y venía de una habitación a otra como si esperara encontrar de pronto a alguna de sus hijas o nietas. Los libros, los mapas y los instrumentos musicales ocupaban sus lugares de siempre, pero los niños ya no estaban allí para usarlos. De pronto, mi mujer comenzó a tirarse del cabello hasta que cayó al suelo sin sentido.

Pasaron unas tres semanas. Pasó también la fiesta del Sukkot (la Fiesta de los Tabernáculos). Una tarde regresaba a casa del trabajo acompañado de otros cuatro judíos, cuando alguien nos avisó: «¡Corred a los bosques! La Gestapo está deteniendo a todos los judíos que quedan con vida».

Quise correr a casa para salvar a mi mujer o morir junto a ella. Pero mis acompañantes me lo impidieron arrastrándome con ellos hacia la espesura del bosque. Los alemanes nos dispararon, pero sus balas no consiguieron acertar en nuestros cuerpos. Como me resultaba imposible mantener el ritmo de mis acompañantes, todos más jóvenes, acabé sentándome en la linde del bosque bajo una lluvia helada a esperar que se hiciera de noche. Cuando la oscuridad fue total, me encaminé a la casa donde confiaba encontrar a mi mujer escondida y esperándome. Al encontrar un candado nuevo cerrando la puerta de la choza todas mis esperanzas se desvanecieron de golpe. Me acomodé como pude bajo una paca de heno para entrar en calor y pensar qué camino tomar. Definitivamente, no estaba dispuesto a amanecer allí y caer en las garras alemanas. Quería vivir para ver con mis propios ojos cómo era vengada tanta sangre inocente. Decidí que lo mejor era encaminarme a Dolguinovo. Llovía y no llevaba ninguna pieza de abrigo. Por suerte encontré un trozo de saco que me lie a la cabeza

y eché a andar, ayudado de un báculo como si fuera un peregrino, alejándome de mi patria chica. Mientras me hundía en la noche oscura, pensé en que seguramente era el último judío en abandonar aquella aldea.

Me llevó cuatro días llegar a Dolguinovo. Atravesé bosques y campos de labranza. Las noches las pasaba en cobertizos que me brindaban campesinos, después de darme de comer y llorar mi suerte y la suya.

Encontré a un pariente en Dolguinovo. Nos fundimos en un abrazo mientras las lágrimas corrían abundantes por nuestras mejillas. También él cargaba con un enorme dolor. Cinco días antes de mi llegada, un destacamento punitivo alemán había visitado su casa. Unos minutos después de haberse marchado, los alemanes regresaron para anunciar que habían perdido un látigo. Dieron diez minutos para que apareciera. De lo contrario pasarían por las armas a un buen número de judíos, advirtieron. El látigo no apareció y cinco jóvenes trabajadores judíos que regresaban a sus casas en aquel momento fueron fusilados en el acto.

Uno de ellos era el yerno de mi pariente. Su joven hija, madre de una cría de apenas dos meses, lloraba desconsolada la pérdida de su marido.

Pasé el invierno en Dolguinovo. Los judíos de esa localidad no habían sido exterminados, aunque eran víctimas de la violencia, los impuestos y las contribuciones a que los obligaban.

Poco después de Purim comenzaron a difundirse rumores que afirmaban que la ciudad pronto conocería los primeros asesinatos en masa. Todos nos dimos a la tarea de preparar escondites secretos que nos permitieran escapar de la muerte. Los hombres de la Gestapo aparecieron poco antes de la Pascua judía. Comenzaron a disparar sobre los judíos en plena calle sin distinguir entre niños o ancianos. Nos escondimos en un desván y desde allí observamos la matanza a través de una grieta abierta en una pared.

Pero aquellas primeras muertes no saciaron a los alemanes. Al día siguiente movilizaron a los policías de todas las aldeas vecinas y rastrearon concienzudamente casas, cobertizos y desvanes. Cuando les resultaba imposible acceder a algún lugar donde sospechaban la presencia de judíos arrojaban granadas. Todos los que cayeron en sus garras en aquella terrible jornada fueron obligados a desnudarse

y tras ser víctimas de las más salvajes vejaciones se los condujo al lugar de la ejecución, en las afueras de la aldea. La sangre de todos aquellos mártires salpicó las paredes de las casas.

Las ejecuciones se hacían por grupos y los cadáveres permanecieron insepultos. Varios centenares de personas fueron obligadas a entrar a un cobertizo al que los alemanes prendieron fuego después de rociarlo con queroseno. Los quemaron vivos.

Tres mil judíos vivían entonces en Dolguinovo. Mil ochocientos de ellos fueron asesinados en aquellos dos días horribles. Apenas mil doscientos consiguieron seguir con vida. Yo fui uno de ellos.

Los asesinos abandonaron la aldea al tercer día. Aseguraron que después de matar a la mayoría de los judíos del lugar ya no harían daño a los que quedábamos. No obstante, exigieron que todos los sobrevivientes acudiéramos a las oficinas de la policía para darnos de alta en un registro. Y avisaron que quien no obedeciera esa orden sería ejecutado.

Prácticamente todos los judíos que habían escapado de la masacre obedecieron la orden. Unos días más tarde fueron recluidos en un gueto formado por apenas cuarenta casas. El gueto fue rodeado por alambre de espino y una empalizada de madera. Naturalmente, los propios judíos se encargaron de levantar ambas barreras. En cuanto llegamos al gueto comenzamos a buscar escondites, porque sabíamos que no había que creerles una palabra a aquellos caníbales. Ninguno de nosotros quería caer en las garras de aquellas fieras salvajes. La gente se escondía donde mejor podía. Mi pariente fue descubierto cuando intentaba encontrar cobijo en un desván. Le dispararon en una pierna. La sangre volvió a correr al día siguiente. En dos jornadas los alemanes aniquilaron a otros ochocientos judíos. Ahora apenas quedábamos cuatrocientos. Cuatrocientas personas a quienes los alemanes no pudieron encontrar.

Muchas de las personas que se ocultaban en la misma casa que yo dejaron de esconderse. Estaban tan hartos de todo aquello que decían: «No vale la pena que intentemos salvarnos. Lo único que hacemos es torturarnos por gusto».

Con todo, diez personas —yo entre ellas— nos escondimos en un desván. Los bandidos levantaron parte del tejado y hasta entraron varias veces al desván, pero no supieron detectar nuestra presencia

allí. Así salvé la vida por segunda vez.

Al marcharse, los fascistas volvieron a insistir en la necesidad de que los sobrevivientes acudiéramos a un proceso de registro. Pero nadie tenía prisa en acudir a aquel llamado: ¿acaso podíamos confiar en la palabra de aquellos perros de presa? Sólo nos quedaba escapar, así que comenzamos a preparar la fuga. Cuando cayó la noche, cerca de doscientos judíos rompimos la empalizada y huimos hacia los bosques de Bielorrusia. Allí conseguimos encontrarnos con nuestros amigos y hermanos: los partisanos que luchaban contra los ocupantes. Los guerrilleros nos dieron una cálida acogida. Los jóvenes se sumaron a sus fuerzas de combate; los ancianos, los enfermos y los niños gozamos de su protección y afecto. El camarada Kíselev, un hombre bondadoso y educado, fue elegido para servirnos de comisario político.

Pasamos el verano y el otoño en el bosque al cuidado de los partisanos. En cuanto comenzaron las primeras heladas del invierno, el comandante ordenó trasladar a los más débiles de nosotros al otro lado de la línea del frente. Enviarnos de vuelta a nuestra querida Patria. El propio Kíselev fue nombrado jefe de esa operación que fue encargada a un destacamento especial.

Nos tomó dos meses enteros hacer el viaje. Avanzábamos de noche y descansábamos cuando podían delatarnos las luces del día. Cada jornada nos tocaba atravesar un nuevo bosque. Hacíamos veinte kilómetros cada noche y cuando se trataba de salvar zonas especialmente peligrosas llegábamos a andar treinta kilómetros en una sola jornada. Cuando por fin conseguimos llegar al territorio que ya habían recuperado los partisanos, comenzamos a avanzar de día y pasábamos las noches en las chozas de los campesinos donde nos acomodábamos tres o cuatro en cada una. Los campesinos nos daban de comer. En total, nos tocó salvar unos mil kilómetros.

Y así fuimos salvados. Y yo, un anciano de setenta años que responde al nombre de Shmuel-Dovid Kúguel, narro todo esto con la más absoluta veracidad para que lo conozca el mundo entero.

EDITOR: VASILI GROSSMAN

En la aldea de Gory

En Gory vivían muchos judíos dedicados a los oficios más disímiles. Algunos estaban empleados en el aserradero. Otros eran artesanos, trabajadores agrícolas a sueldo de la granja cooperativa Chervonni Stiag; los herreros, zapateros y sastres de Gory eran conocidos a muchos kilómetros a la redonda. ¿Quién no conocía al célebre herrero Abraham Altshuler? Gory contaba con una escuela donde se impartía la enseñanza primaria y la secundaria, una biblioteca, un club con gran capacidad de aforo, un hospital y un parque destinado a actividades culturales y de ocio.

Los tilos florecían en verano. En otoño las dalias coloreaban de rojo los jardines.

Pero un día aparecieron los alemanes. Un oficial vio a un niño jugando en la calle y le pegó un tiro. Aquél fue apenas el preludio de lo que nos esperaba.

Al amanecer del 19 de octubre de 1941 los alemanes rodearon Gory. Un alemán irrumpió de pronto en la casa de Efros, un anciano de ochenta años, cuando éste estaba rezando. El alemán tiró de él. «¡Sal a la calle!», le ordenó. «¡Aparta tus manos de mí! —replicó el anciano—: Me sobran fuerzas para andar hasta mi tumba». Los alemanes sacaron a rastras a Gurévich, un pobre tullido que vivía en la casa contigua a la de Efros. Mirra, su mujer, lloraba. «No llores, Mirra», le dijo su marido. Los judíos fueron conducidos hasta la fábrica. Una enorme zanja los esperaba. La anciana Rajlev gritó: «¡Os cobrarán hasta la última gota de sangre derramada! Llegará el día en que pagaréis por esto…». Fue la primera víctima de aquella carnicería. Los judíos fueron obligados a desnudarse. «¡Hace frío!», se quejaban los niños pequeños. Jana Gurévich gritó: «¡No dejaré que estas bestias humillen a mi hijo!». El anciano Efros recibió la última bala.

El 21 de marzo de 1944 el Ejército Rojo liberó Gory. La fosa cavada junto a la fábrica fue reabierta para dejar a la vista un espectáculo monstruoso: madres abrazadas a sus hijos, un bebé

apretado contra su abuela… Decenas de cadáveres fueron exhumados.

Toda la unidad militar que había liberado la ciudad formó filas ante la tumba abierta. El oficial Kónischev fue el encargado de pronunciar unas palabras: «Camaradas, ¡no olvidéis jamás esta tumba! Y jurad vengar la sangre de tantos ciudadanos soviéticos inocentes derramada por los alemanes». El soldado Troitski también formuló una promesa: «Cada vez que me dirija al combate, tendré presente a estos muertos». Esas palabras cerraron la marcha funeraria.

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

El asesinato de los judíos de Glubókoye y otras poblaciones vecinas

Los alemanes entraron en Glubókoye el 2 de julio de 1941. El miedo se instaló en el pueblo *[, donde bielorrusos, judíos y polacos habían vivido en paz durante largas décadas]*.

Las nuevas autoridades ordenaron entregar todos los excedentes de granos. Con independencia del número de miembros que la compusieran, a cada familia se le permitía quedarse con apenas veinte kilogramos de harina o granos.

El resto debía ser llevado a la magistratura en un plazo de unas pocas horas. La larguísima fila de quienes cargaban con apenas tres o cinco kilogramos de «excedentes» conformaba el triste paisaje que anunciaba nuestro destino. Las autoridades alemanas velaban con cruel celo por el cumplimiento de la orden. Una inspección les permitió descubrir que Osher Gofman se había quedado una cantidad de grano superior a la estipulada. Su desobediencia le valió ser detenido junto a su esposa, sus hijos y sus ancianos padres. Los condujeron hasta las afueras de la ciudad y allí les ordenaron cavar su propia tumba antes de matarlos a tiros.

No fue ésa la única familia que corrió tal suerte. Los Olmer, los Druts, los Kantorovich, los Pliskin, los Poniatovski y muchos otros recibieron castigos similares. En la casa de Druts, por ejemplo, encontraron un poco de salvado que éste no había entregado por considerar que no se trataba de «grano».

Todos fueron tratados como criminales y si consiguieron salvar la vida entonces fue gracias al cuantioso soborno que pagaron.

Desde el primer día de su llegada los alemanes obligaban a todos los judíos, *[incluidos los niños]*, a realizar trabajos forzados.

[Los judíos eran obligados a realizar trabajos que excedían sus fuerzas. Por si ello fuera poco, mientras trabajaban se los sometía a toda suerte de vejaciones y torturas. En muchas ocasiones se vio cómo algunos volvían del «trabajo» tras haber sido golpeados hasta perder el conocimiento. El abogado Slonimski, Natanzón, Pintov y Ozhinski

fueron algunas de las desafortunadas víctimas de tales golpizas. Los capataces alemanes se comportaban como quien maneja esclavos. Los judíos eran obligados a plegarse a sus caprichos más repugnantes: los hacían cantar, andar a cuatro patas, imitar a diversos animales, bailar, besar los zapatos a los alemanes, etc.]

Los ocupantes buscaban formas cada vez más refinadas de la degradación. Los trabajadores de la estación de Krulévshina, por ejemplo, eran obligados a colocarse bajo la bomba de agua para ser bañados en agua helada.

Era frecuente que los atormentados trabajadores fueran obligados a tomar un «baño» completamente vestidos cuando volvían a casa después de la jornada.

Con todo, aquello no era más que la larga serie de inocentes diversiones con que los alemanes se regalaban.

El 22 de octubre de 1941 el *Gebietskommissar* ordenó que todos los judíos se trasladaran al perímetro del gueto. *[Apenas se les permitía llevar consigo unos pocos trastos, cuyo inventario debía ser aprobado por una comisión creada al efecto.]*

Debemos a M. Rayak la siguiente descripción del proceso de traslado al gueto:

«La ciudad parecía un inmenso mercado. ¡Las calles estaban llenas de trastos! Los judíos cargaban con sus miserables posesiones hacia el campo de concentración que les habían designado: el gueto. Las calles de Glubókoye no habían conocido jamás tal concentración de ruido, gritos y empujones. La policía "ponía orden" a su manera, es decir, a fuerza de culatazos y golpes propinados con cualquier objeto contundente que los agentes tuvieran a mano».

Las condiciones de hacinamiento en el gueto eran horribles. Varias familias compartían una sola habitación. Por lo general, el «mobiliario» de las habitaciones no pasaba de una mesilla y bancos. Se dormía en el suelo, unos junto a los otros.

En los primeros días los judíos fueron autorizados a hacer compras en el mercado dos horas al día, pero muy pronto se les prohibió terminantemente acudir a la plaza del mercado. Tampoco se les permitía comprar mantequilla, carne, huevos o leche.

Cualquier relación de los judíos con los campesinos se castigaba con la pena de muerte. *[Sin embargo, a pesar de las crueles medidas*

que buscaban matar de hambre a los judíos,] todas aquellas salvajes disposiciones eran sorteadas.

Fueron muchos los campesinos que facilitaron comida a los judíos e incluso acudieron en persona al gueto con alimentos, sin parar mientes en el peligro que corrían. En algunos casos hubo campesinos que se colocaban en sus ropas los distintivos obligatorios para los judíos y así conseguían entrar al gueto y llevar alimentos a sus amigos.

Los hermanos Rayak han contado que el campesino Schebeko entraba a diario al gueto para llevar leche a la anciana Rayak, quien se encontraba gravemente enferma.

Otro campesino, Grishkevich, conseguía colar en el gueto coles, patatas y otras hortalizas con las que alimentaba a las familias del doctor Rayak, el sastre Shames y la familia Guitelson.

De haber sido descubierto, cada uno de aquellos «crímenes» se habría castigado con la muerte. De hecho, bastaba que a alguien le encontrasen llevando a escondidas un trozo de mantequilla o un puñadito de sal para que lo golpearan hasta la muerte. *[Esa fue una política que los alemanes siguieron a rajatabla durante todo el tiempo que duró su gobierno.]* La esposa de Zalman-Wulf Ruderman fue detenida y golpeada salvajemente por el único delito de intentar entrar al gueto con dos huevos cuando volvía del trabajo. El carnicero Scholom Zenziper fue fusilado a principios de mayo de 1943. Una patrulla descubrió que llevaba un gallo escondido en un saco con el propósito de entrarlo al gueto.

Los judíos tenían terminantemente prohibido comer bayas silvestres.

Por mucho que cueste creerlo, lo cierto es que la ingesta de unas pocas bayas equivalía al más horrible de los crímenes contra la seguridad del Estado. Un crimen que era perseguido con toda saña.

Los Glozman habían ejercido el oficio de sastres en Glubókoye durante generaciones. Su capacidad de trabajo y la excelencia con que cultivaban el oficio les habían granjeado el respeto y el cariño de sus vecinos.

Zelik Golzman tenía un hijo de diez años que respondía por Aron. El padre atendía esperanzado a los progresos de su benjamín. En efecto, el chico traía del colegio las mejores calificaciones. En los juegos de competición o los desafíos creativos siempre era el

primero.

Apenas unos pocos días después de la llegada de los alemanes, el joven Aron era buscado por toda la ciudad. Hainleit, un agente de la Gestapo, removió cielo y tierra en busca del muchacho, cuyo único «delito» consistía en haber recogido unas pocas bayas y llevarlas envueltas en un pañuelo. Por suerte, el chico consiguió escurrir el bulto y esconderse. A sus padres les costó lo inimaginable encontrarle un refugio en casa de unos conocidos.

Con todo, más adelante los alemanes los asesinarían a los tres.

[David Pliskin, maestro de la escuela de Glubókoye, servía como traductor al comandante Rosentreter. Un día de finales de junio de 1943, Pliskin se acercó a un frambueso y arrancó unas pocas bayas. Un ingeniero alemán que trabajaba para el SD lo vio desde la ventana de una casa cercana y echó a correr hasta alcanzar a Pliskin, la boca llena de espuma, y mientras le reñía con las palabras más gruesas le recordó que los judíos tenían prohibido alimentarse de bayas. Pliskin le prometió que jamás volvería a saltarse aquella prohibición.

Aquella promesa no le bastó al alemán, quien insistía en fusilarlo, pero gracias al «sincero arrepentimiento» del maestro y a la intercesión de su jefe, le conmutaron la pena dejándola en una multa que se fijó inicialmente en dos mil rublos y acabó rebajada a quinientos, tras una larga negociación. Pliskin abonó el importe de la multa en el acto. En las dependencias de la Gestapo a las que acudió para culminar el trámite se le advirtió de que si volvía a incurrir en el mismo delito no escaparía de la muerte que esperaba a todo judío que osara ingerir bayas, frutas o grasas.]

N. Kraut fue herido y después asesinado cuando intentaba entrar al gueto con un poco de sal en un bolsillo.

En marzo de 1943 la policía se lanzó a la búsqueda de Zalman Fleisher, acusado de haber comprado un trozo de mantequilla a un campesino. Al ser advertido a tiempo de las intenciones de los alemanes, Fleisher consiguió escapar.

Pero su delito no podía quedar impune, así que el jefe de la gendarmería, Kern, ordenó detener a los primeros judíos que aparecieran por allí y ejecutarlos. Leive Drisviatski, su hija de dieciocho años Javna y Lipa Landau respondieron con sus vidas por el «pecado» cometido por Fleisher.

Drisviatski era un hombre muy culto dedicado a los estudios

talmúdicos, las matemáticas y la lingüística. Siempre gozó del respeto y el cariño de todos sus vecinos. Tenía un hijo, Ovsei, que fue asesinado por los alemanes en una de las primeras masacres que cometieron en Glubókoye. La muerte de su hijo, un muchacho talentoso y culto, afectó extraordinariamente a su padre. Desde entonces la vida había perdido sentido para él. Jamás se recuperó de aquel golpe.

Lipa Landau era también un hombre de gran cultura. Los alemanes asesinaron a su mujer y a sus hijos. Él salvó la vida de milagro: consiguió escapar de la montaña de cadáveres que lo cubrían. Landau anduvo largo tiempo vagando por bosques y campos de cultivo hasta que llegó a Glubókoye y trabó amistad con Drisviatski.

Una amistad que se prolongó hasta el día en que los alemanes los detuvieron a ambos, los condujeron a las oficinas de la Gestapo para torturarlos durante toda la noche. A la mañana siguiente los dos hombres fueron llevados a Borki, lugar de la ejecución donde ya se había derramado tanta sangre. Fue así que la «ley» impuesta por los hombres de Hitler se vengó de Zalman Fleisher, cuyo delito consistió en portar «ilegalmente» un miserable trozo de mantequilla.

La aniquilación definitiva de la población judía de Glubókoye comenzó en diciembre de 1941. Los alemanes llamaban a la operación con una palabra breve a la vez que terrible: *Aktion.*

Una mañana de diciembre los alemanes irrumpieron en las casas de muchas familias judías y comenzaron a arrastrar a sus habitantes a la calle. En total sacaron violentamente de sus camas a varias decenas de personas que, según la definición que utilizaban, eran «elementos prescindibles». Toda aquella gente fue obligada a caminar desnuda bajo un frío infernal.

«Una de las mujeres —relata M. Rayak—, se tumbó en medio de la calles junto a sus hijos y decía a gritos y entre sollozos que no daría ni un paso más. La golpearon hasta que perdió el conocimiento. Todos fueron conducidos a Borki, donde fueron ejecutados. Los pobres niños eran arrojados vivos a la zanja y vivos fueron enterrados».

Borki era un área rural situada a un kilómetro y medio de Glubókoye. En tiempos de paz solía ser utilizada para paseos y otras actividades de ocio. Pero los alemanes supieron transformarla en el

cadalso donde perpetraban sus horribles masacres.

«A los judíos jóvenes los alemanes los obligaban a bailar ante las tumbas abiertas en Borki —escriben los hermanos Rayak. Y prosiguen—: A los ancianos los forzaban a cantar canciones tradicionales judías. Y después de tales vejaciones hacían que los más jóvenes y sanos llevaran en brazos hasta la zanja a los ancianos desvalidos o tullidos. Cuando ya habían acomodado a sus mayores en el fondo de las zanjas los jóvenes recibían la orden de tumbarse encima de ellos para ser tiroteados sin piedad».

Allí en Borki murió la madre de los hermanos Mayak, una anciana de setenta años. Allí fueron exterminados poco a poco todos los vecinos de Glubókoye.

Los asesinatos iban precedidos de las más horribles torturas. Las víctimas eran apuñaladas, obligadas a avanzar desnudas bajo el frío inclemente mientras les lanzaban chorros de agua fría, golpeadas con las culatas de los fusiles hasta que perdían el conocimiento.

Cuando se trataba de torturar a las mujeres y los niños los fascistas se esmeraban con celo.

En Glubókoye, como en tantos otros lugares, los alemanes recurrieron a un método que les resultaba caro por la manera en que enfrentaba a la comunidad judía: crearon dos guetos.

El segundo gueto, según aseguraban, acogería a los judíos «inútiles» o de «menor valor». En realidad, el segundo gueto acogió a muchos «especialistas»: zapateros, albañiles, sastres. Sencillamente, los alemanes querían lucrarse con el fantasma del segundo gueto. Contaban con que algunos judíos fueran capaces de pagar por sus vidas. Esta vez la *Aktion* tenía un carácter financiero.

La idea era bien sencilla: quien pudiera comprar su vida se ganaba un puesto en el primer gueto. En cambio, quienes no tuvieran dinero o valores que aportar para satisfacer la suma establecida quedaban condenados al encierro en el segundo gueto *[aun cuando muchos de ellos fueran profesionales cualificados]*.

El traslado al segundo gueto se prolongó a lo largo de dos semanas. Concretamente, desde el 20 de mayo hasta los primeros días de junio de 1942. El movimiento de carretas cargadas de ancianos y ancianas era incesante.

Rayak lo describió así: «Resulta imposible describir aquel monstruoso espectáculo. Con los ojos anegados en lágrimas, los

pobres ancianos preguntaban a gritos: “¿Adónde nos llevan? ¿Qué pecado hemos cometido para que nos separéis de nuestros hijos?”. La calle Krasnoarméiskaya estaba llena a rebosar de tullidos y ancianos angustiados y llorosos».

Cuando el segundo gueto estuvo completamente poblado los fascistas anunciaron que todos los vecinos del primero recibirían autorizaciones para trabajar que les garantizarían la supervivencia.

Kopenwald, verdugo de los judíos de Glubókoye, dio su «palabra de honor» a los miembros del *Judenrat* de que no habría más masacres.

En julio de 1942 el *Gebietkommissar* ordenó reunir en el gueto de Glubókoye a todos los judíos que aún quedaban con vida en la zona. La orden iba acompañada de la promesa de salvaguardar la integridad física de todos los que acudieran. Tal era el interés de los alemanes en el éxito de aquella operación que los miembros del *Judenrat* recibieron salvoconductos para viajar a los bosques y caseríos vecinos con el propósito de localizar a los judíos que se ocultaran y traerlos al gueto.

Ya en ese momento el gueto de Glubókoye —en la práctica un campo de concentración— se había convertido en una suerte de «centro» al que eran enviados todos los sobrevivientes judíos de cuarenta y dos ciudades y aldeas vecinas. Había maridos que habían perdido a sus mujeres, mujeres que habían visto asesinar a sus maridos, había matrimonios que se habían separado en medio de una operación de exterminio y ahora se reencontraban para descubrir que sus hijos ya no estaban entre los vivos. Naturalmente, había también muchos niños de ambos sexos que habían quedado huérfanos y también pequeñas criaturas encontradas ocultas entre los arbustos que traían al gueto quienes las encontraban. Había judíos de Miory, Druya, Prozorki, Golubichi, Zyabki, Disna, Sharkóvschina, Plissa… De todos esos lugares llegaban al gueto judíos fatigados y rotos. También vinieron los sobrevivientes de las masacres en Dolguinovo, Druisk, Braslav, Guermanóvichi, Luzhki, Gaiduchishki, Voropáyevo, Parafiánovo, Zagate, Bildiugui, Shipí, Shkuntiki, Pórplische, Sventsiani, Podbrodzi…

El plan de los alemanes había funcionado: ahora tenían a todos los judíos reunidos en un mismo lugar.

[Conviene resaltar que en Glubókoye se pudo apreciar con toda

claridad los elevados niveles de eficacia que alcanzaron las «Aktionen» *de los alemanes, así como el extremo provecho económico que obtenían de ellas.]*

Las carretas cargadas de objetos robados por los alemanes no paraban de llegar a Glubókoye. Traían ropa, zapatos, sábanas, vajilla, máquinas de coser o maquinaria para hacer sombreros u otros artículos de vestir. Todos aquellos objetos eran clasificados y cuidadosamente apilados con el orden y la precisión que caracterizan a los alemanes. Muy poco después comenzaron a abrir todo tipo de comercios en la calle Karl Marx. Vendían ropa y zapatos de segunda mano, mercería, vajilla, piezas de porcelana y hasta muebles.

La lavandería donde se lavaba la ropa de las víctimas de las ejecuciones en masa trabajaba día y noche. Y quienes trabajaban en ella, como en todos los otros talleres dedicados a la «recuperación de bienes» eran judíos.

A veces se producían terribles escenas durante el proceso de selección y lavado de la ropa, cuando los encargados de esos trabajos descubrían la ropa de sus seres queridos. Rafael Gutlitz reconoció la ropa interior y el vestido de su madre, asesinada por los alemanes. A Mania Freidkina le tocó lavar la camisa ensangrentada que vestía su marido Simón de camino a la muerte. La mujer del maestro Milijman tuvo que dar una «apariencia decente» con sus propias manos al traje de su marido, también asesinado.

[La actividad comercial de los comercios —Warenháuser— *alemanes crecía sin parar.]*

En el número 19 de la calle Karl Marx se había instalado la llamada «Oficina del *Gebietskommissar* de Glubókoye». La oficina se encargaba de velar por el mantenimiento del orden en los talleres, llevar la contabilidad y vigilar a los empleados. Otro importante cometido de la Oficina del *Gebietskommissar* consistía en la organización de los envíos de los pedidos hechos desde Alemania por la administración o particulares.

Los pedidos provenían, fundamentalmente, del *Gebietskommissar* Gachman, los consejeros Heberling y Hebell, el jefe de la Gendarmería Kern, los oficiales del ejército Heinleit, Wildt, Speer, Zanner, Bekkar, Kopenwald, Seif y Schultz, entre muchos otros.

Para mantener el enorme flujo de mercancías enviadas a Alemania, la oficina montó un taller especial para la fabricación de cajas de cartón. Ese trabajo recayó sobre los niños judíos de entre ocho y doce años. ¡Y que se cuidaran de cometer algún error en su trabajo! Porque los castigos que les aplicaban eran tan severos e inapelables como los que soportaban los adultos.

Vagones cargados con telas, pieles, lana, zapatos, tejidos y todo tipo de alimentos abandonaban sin cesar las estaciones de Glubókoye, Krulévschina o Varapáyevo. *[La población judía estaba totalmente arruinada, porque los alemanes succionaban con afán toda la savia que aún corría por las ciudades y aldeas de la región. La economía local era un asco, pero los bolsillos alemanes engordaban. Aparte de la incautación masiva de alimentos y objetos de consumo, tenían una sed insaciable de metales de toda índole.]* Los alemanes tenían un almacén dedicado en exclusiva a guardar los objetos de metal que se incautaban: samovares, ollas, candelabros, morteros, vajilla de cobre, pomos de puertas y ventanas, *etc.* La policía de Glubókoye recorría las casas y se aseguraba de que la gente no se las hubiera amañado para conservar objetos de metal. Todo el metal confiscado viajaba a Alemania en convoyes que partían sin cesar de la estación de ferrocarriles.

Los alemanes no desperdiciaban nada. Así, fueron muchos los convoyes que partieron de Glubókoye durante el verano y el otoño de 1942 llevando una carga «ligera»: las plumas de que habían estado rellenos los colchones y almohadas destripados a bayonetazos.

Las penas y los sufrimientos que les tocó padecer a los judíos de Glubókoye no parecían tener límite.

Los tormentos físicos iban acompañados de torturas psíquicas.

La horrible crueldad que mostraban se ensañaba con los vivos pero también con los muertos. Así sucedió, por ejemplo, cuando ordenaron a los propios judíos echar abajo el muro de piedras que rodeaba el cementerio, talar los árboles que daban sombra a las tumbas y destruir los monumentos funerarios.

En la noche del 18 al 19 de octubre de 1942 tuvo lugar una nueva *Aktion.*[31] Los gritos de las mujeres y los llantos de los niños estremecieron Glubókoye. *[De repente, en medio de la oscuridad de la noche, se escuchó a los ancianos entonar la canción funeraria* El male

Rachamim.] Cuando amaneció, todos los judíos fueron conducidos al lugar señalado para la ejecución: Borki. La joven Zelda Gordon quiso espaciar y echó a correr hacia el lago. Muchos la siguieron.

Pero las balas alemanas alcanzaron a todos los fugados y en apenas media hora todo el campo de Borki estuvo sembrado de cadáveres. Los tormentos que esperaban a todos aquellos que se negaban a avanzar en silencio hacia la muerte eran horribles. Samuel Gordon intentó esconderse en el primer gueto —esta *Aktion* iba dirigida sobre todo contra el segundo gueto—, pero fue capturado. Tras golpearlo salvajemente, los alemanes le ataron una cuerda alrededor del cuello y lo arrastraron largo rato por la calle hasta matarlo.

Todos los judíos que consiguieron sobrevivir a aquella *Aktion* sabían que sus días estaban contados.

A pesar de las terribles condiciones del gueto, donde los judíos vivían privados de todos sus derechos, muchos ayudaban a los prisioneros de guerra soviéticos recluidos en un campo especial para prisioneros de guerra construido en Berézvech, a unos cincuenta kilómetros de Glubókoye. La familia Kozliner solía llevarles pan hasta que los alemanes se percataron de ello. Los Kozliner eran ocho en total. Todos fueron asesinados.

Abandonar el perímetro del gueto resultaba muy difícil, pues había guardias por todas partes. La norma impuesta por los alemanes haciendo a cada uno responsable de los delitos cometidos por los demás buscaba mantener a la población sumida en el miedo y la obediencia. Pero las ideas de lucha, venganza y reparación vivían en el corazón del pueblo.

Tan pronto como en la primavera de 1942 la juventud judía ya dio muestras de un gran ingenio y una fina astucia para conseguir armas. Es menester recordar a aquellos primeros héroes que se sacrificaron por la patria. Ruvim Iojelman, un joven oriundo de Gayduchishek, consiguió colocarse como empleado del almacén de la gendarmería. De allí robaba armas y medicamentos a pesar de los riesgos que ello entrañaba. Las actividades de Iojelman se prolongaron durante largo tiempo hasta que fue descubierto por los alemanes. Sufrió una muerte terrible.

La «especialidad» de Yakob Frisman era conseguir armas en las aldeas. En otoño de 1942 se unió al destacamento partisano El

vengador y luchó con arrojo en sus filas hasta la llegada del Ejército Rojo.

El yerno de Moisei Berkon se dedicó a comprar fusiles, granadas y revólveres. Gracias a su esfuerzo los partisanos recibieron un considerable número de armas. Finalmente fue denunciado y luchó valientemente contra los alemanes que acudieron a detenerlo. Kleyner, un judío de Luchai, población cercana a Dunílovichi, *[también se dedicaba a enviar armas a los partisanos hasta que abandonó el gueto en el otoño de 1942. Para conseguir escapar, Kleyner]* estranguló a un guardia alemán y se internó en los bosques con el fusil automático que robó a su víctima.

En el verano de 1942 otro grupo de jóvenes, todos ellos armados, se internó en los bosques para luchar contra los ocupantes. El más célebre de los primeros partisanos oriundos de Glubókoye fue Avner Feyguelman, un joven dotado de extraordinarias virtudes. Era inteligente, decidido y estaba dotado de una gran sangre fría. Peleó en la brigada Voroshilov. También pelearon con enorme valor Isaac Blat (lo hizo en el destacamento Chapáyev de la brigada Voroshilov), Boria Shapiro y Jasia, una joven de Disna.

Boma Gueníjovich también se sumó a los vengadores del pueblo. El alemán Kopenberg asesinó a su padre y el joven le siguió el rastro hasta dar con él y matarlo.

Ida Odítskaya, una alemana infernal como las mitológicas furias, se hizo célebre por su extrema crueldad. Odítskaya tomó parte activa en los asesinatos en masa y se destacó en la persecución y aniquilación de partisanos. Gueníjovich y sus camaradas consiguieron atraerla al bosque facilitándole una pista falsa y allí la sometieron a juicio sumario, aunque justo, y la condenaron a morir en la horca. La sentencia fue ejecutada de inmediato.

En septiembre de 1942 un nuevo grupo de dieciocho judíos armados consiguió escapar y unirse a los partisanos. Lo integraban los hermanos Katzovich, Zalman Míljman, Iojelman, Mijaíl Feygal, Yakov Rúderman, Rajmiel Mílkin, David Gleyser, entre otros. Ese grupo ya había establecido contacto desde el gueto con el destacamento El vengador, al que envió armas.

Otras dieciocho personas escaparon del gueto para unirse a las guerrillas unos meses más tarde. Entre ellos estaban Israel Shparber,

Moisei y Sonia Feygal, Guirsh Gordon, Simón Soloveychik y Guirsh Israílev.

Dos días más tarde los hombres de la Gestapo rodearon las casas donde vivían las familias de los partisanos Feygal y Mílkin. Catorce personas fueron asesinadas allí aquel día tras padecer tormentos sin nombre.

Zalman y Don, hijos de Iosel Feygelson, huyeron del gueto y se enrolaron en las guerrillas. Pronto comenzaron a correr leyendas que describían el enorme coraje de aquellos dos jóvenes. Un día de julio de 1943 los alemanes asesinaron salvajemente a su padre, a su tía Sarra Romm y a la hija de ésta, Niejama Romm.

El 17 de agosto de 1943 se desarrollaron cruentos combates en Krulévschono, a diecinueve kilómetros de Glubókoye. El enfrentamiento involucró a varios destacamentos de infantería alemana, reforzados con gendarmes locales, y un grupo de partisanos. El jefe de la gendarmería de Glubókoye, Kern, y varias decenas de alemanes más resultaron muertos en los combates. Todos los cadáveres fueron traídos a Glubókoye.

Los judíos fueron obligados a cavar las tumbas. Conviene anotar que de todos los trabajos que les imponían los ocupantes aquél era el único que proporcionaba placer a quienes lo realizaban.

El día fatal se acercaba cada vez más. Los fascistas se preparaban para la aniquilación definitiva del gueto. Todos los que parecían siquiera un poco sospechosos eran detenidos sin contemplaciones. Los alemanes encontraron un receptor de radio en el desván de Zayats. Fue detenido y torturado durante varios días, pero no le arrancaron ni una sola palabra.

El herrero Shlema Kraynes herró los caballos de un campesino, un viejo amigo suyo que se lo pidió de favor. Los guardias se percataron de ello y lo fusilaron.

Todos los vecinos de Glubókoye conocían y respetaban a Morduj Gurévich, de sesenta años. Un hombre callado, sereno y generoso. Había pasado toda su vida en Glubókoye ganándose también el aprecio y el respeto de los aldeanos de los alrededores. Un día Morduj barría la calle y saludó a un campesino que pasaba por allí y a quien conocía desde hacía muchos años. Un guardia fue testigo de la leve inclinación de cabeza que sirvió de saludo y Morduj fue detenido, conducido a Borki y fusilado.

La alegre y encantadora Salia Braun fue fusilada por cultivar la amistad del joven campesino Vitia Schareyko.

El 13 de agosto de 1943 los alemanes procedieron a la eliminación definitiva del gueto de Glubókoye. *[Los diarios alemanes informaron al día siguiente de la eliminación de un peligroso nido de partisanos que contaba con tres mil efectivos dirigidos por un rabino de setenta años…]*

Cada lugar hollado por las botas alemanas se convertía en pasto de la destrucción, la muerte y las ruinas. El z de julio de 1941 los alemanes llegaron a la aldea de Krívichi.

Apenas unos días antes el anciano Zilbergleit sacó fuerzas de flaqueza y con sus setenta años ya cumplidos consiguió llegar hasta la ciudad de Budslav, donde se hallaba emplazada una unidad del Ejército Rojo. Zilbergleit avisó de la presencia en Krívichi de una avanzadilla alemana compuesta por agentes de inteligencia. Aquella información resultó en extremo valiosa pues permitió aniquilar a los primeros alemanes que llegaron a Krívichi. El anciano Zilbergleit pagó con su vida el patriótico gesto que protagonizó. Cuando los alemanes ocuparon Krívichi más adelante, Zilbergleit fue denunciado y fusilado.

En Krívichi los hitlerianos actuaron de acuerdo con el mismo guión que empleaban por doquier. Por lo tanto, los judíos fueron inmediatamente aislados del resto de la población.

Los vecinos de Krívichi fueron obligados a colgar banderas blancas —más adelante, de color negro y blanco— en las ventanas de sus casas. Los colores cambiaban constantemente y a los judíos se los obligaba a colgar banderas de colores distintos para permitir distinguir sus casas *[de las habitadas por campesinos. Las chicas judías fueron censadas y enviadas a trabajar como sirvientas en las casas de los campesinos. «A muchos campesinos aquello les resultaba insoportable y habrían preferido rehusar sus servicios, porque no podían admitir que sus antiguos vecinos con quienes habían mantenido una amistad de tantos años fueran convertidos en esclavos y obligados a trabajar para ellos», escriben los hermanos Rayak.*

En Krívichi había cinco prisioneros de guerra soviéticos. Los judíos hacían cuanto estaba a su alcance para ayudarlos.]

Los alemanes reunían a diario a grupos de judíos y los conducían a la policía. De esa manera, y sin mediar razón alguna,

muchas personas que siempre gozaron de respeto en toda la aldea morían a puñados.

Los judíos eran empujados a trabajar con las primeras luces del alba. Con todo, lo peor eran las vejaciones que les tocaba padecer a toda hora. Los obligaban a correr, a bailar, a cantar *Katiusha* o *La Internacional*; el menor de los errores cometidos en el trabajo era castigado con lluvias de porrazos y latigazos. Casi a diario se veía a judíos que volvían del trabajo tullidos o inconscientes.

Las mujeres eran enviadas a trabajar al campo. Al término de la jornada de un día de mediados de agosto de 1941 los alemanes reunieron a todas las jóvenes que trabajaban en las huertas que pertenecían a un sacerdote católico apellidado Kropovitski y las encerraron en un cobertizo, donde las intentaron violar. Las muchachas consiguieron romper las ventanas y escapar, pero las balas las siguieron y fueron muy pocas las que salieron con vida.

El patrimonio de los judíos era pasto del más despiadado saqueo. La sinagoga de Krívichi fue destruida y los valiosos libros que guardaba fueron arrojados a la hoguera.

[Ahora les había llegado el turno de padecer en las garras de la policía a los rabinos M. Perets y Movshe Dreyzin.

Los hombres de la Gestapo acompañados de policías se aparecieron de improviso en el apartamento que habitaba el rabino Dreyzin. Tras obligar a todos los presentes a ponerse de cara a la pared, los desalmados visitantes arrojaron sobre ellos un armario lleno de libros y manuscritos. Después saquearon el apartamento y se marcharon.

En marzo de 1942 llegó a Krívichi un grupo de altos oficiales alemanes. Traían veinte carretas cargadas con los objetos de valor que habían robado a Smorgon. Los judíos fueron obligados a descargar las carretas.

Durante largas horas los judíos permanecieron trabajando a la intemperie bajo el frío viento de marzo. Mientras trabajaban, los alemanes los obligaban a caminar descalzos por las charcas heladas y a tumbarse en ellas.]

Las primeras «*Aktionen*» dieron comienzo en abril de 1942. Las bestias hitlerianas se cebaban en los gitanos, dieron muerte a los prisioneros de guerra y acabaron con la población judía.

A los vecinos de Dolguinovo les correspondió una muerte de veras horrible: la mayoría de ellos fueron quemados vivos.

Apenas quince kilómetros separan a Dolguinovo de Krívichi. Por consiguiente, los habitantes de ambas poblaciones siempre mantuvieron estrechos contactos.

[El escaso centenar de judíos de Dolguinovo que habían sobrevivido a las sucesivas matanzas presentaban un aspecto lamentable cuando llegaron a Krívichi. Desnudos y descalzos, llegaron avanzando a cuatro patas mientras entonaban canciones soviéticas y ensayaban grotescos bailoteas.

Es difícil concebir la magnitud de las vejaciones a que fueron sometidos los judíos. Se los obligaba a limpiar excrementos con las manos desnudas y llevarlos después en sacos que cargaban sobre las espaldas. Los capataces gozaban con las penurias de sus víctimas.

El 25 de abril de 1942 los partisanos consiguieron hacer descarrilar un convoy de gasolina a un kilómetro y medio de Krívichi. El descarrilamiento provocó que toda la carga ardiera hasta consumirse. Aquel hecho sirvió de detonante para una masiva Aktion *contra la población judía.]*

A primera hora de la mañana del 28 de abril de 1942 fueron detenidos los doce primeros judíos con los que los alemanes se tropezaron en la calle. Todos fueron enviados a Smilóvichi, donde los torturaron y fusilaron.

Ese mismo día llegó a Krívichi un nutrido grupo de gendarmes y hombres de las SS. Actuando de consuno, establecieron un estrecho cerco en torno a la población y fueron reuniendo en la plaza central a todos los judíos. Allí los condenados fueron forzados a desnudarse antes de tomar el camino de un descampado en medio del cual se alzaba un cobertizo al que los alemanes habían prendido fuego. Entonces llegó el momento más horrible: la gente era obligada a internarse en el cobertizo en llamas.

¡El espectáculo de tantos niños ardiendo vivos era sencillamente horroroso!

Sarra Katzovich, una niña de apenas doce años, luchó por su vida con denuedo. Sacando fuerzas de flaqueza, Sarra consiguió salir de entre las llamas, pero los policías la asieron por los bracitos y la arrojaron de vuelta al infierno: «¿Qué sucede, cariño? ¿Acaso esperabas que alguien viniera a salvarte?».

Bliuma Kaplan fue otra de las víctimas de las llamas. Con todo, sería imposible nombrarlas a todas.

Guirsh Tsepelevich había desarrollado una gran actividad en el gobierno regional soviético. Debido a la minusvalía que lo aquejaba, le resultó imposible acompañar a las unidades del Ejército Rojo que se retiraron ante el avance alemán. No tuvo más elección que volver a Krívichi, donde permaneció escondido durante largos meses en una bodega estrecha, oscura y húmeda.

Olvidó qué era la luz natural, las sábanas o la ropa interior limpia. Su hermana, N. Botvinnik, le llevaba de comer en secreto. Cuando se desató la *Aktion* del 28 de abril de 1942, Tsepelevich comprendió que era inútil continuar luchando por su vida.

Ayudados por los policías, los alemanes buscaban por todos los rincones y capturaban a los judíos que se ocultaban en escondites. Consciente de que sus horas estaban contadas, y decidido a no caer con vida en las garras de los alemanes, Guirsh Tsepelevich ingirió el veneno que siempre había guardado consigo.

También Moishe-Leib Shud permaneció escondido durante largo tiempo en un desván. Pero su escondite fue descubierto durante una de las acuciosas redadas. Shud consiguió derribar al policía que venía a detenerlo. Su fuga fue breve. La muerte que le correspondió fue dolorosa y cruel: lo arrojaron vivo a las llamas.

El 28 de abril los alemanes se cobraron la vida de ciento sesenta judíos. Tampoco los que sobrevivieron a ese día tuvieron un mejor destino. De los cuatrocientos veinte judíos que vivían en Krívichi trescientos treinta y seis fueron asesinados. Tan sólo los que consiguieron huir para unirse al movimiento partisano salvaron la vida. En abril de 1942 noventa jóvenes judíos se unieron a la brigada guerrillera Vengadores del pueblo. En sus filas lucharon con arrojo y valor para vengar la sangre de los suyos, la sangre del pueblo.

Once mujeres judías que trabajaban en Slobodka, a dos kilómetros de Krívichi, consiguieron escapar a los guardias alemanes y escapar a los bosques, donde se unieron a los partisanos.

En Pokut, una aldea situada a cuatro kilómetros de Krívichi, trabajaban cinco niños judíos. También a ellos les correspondía morir el día que los alemanes decidieron liquidar lo que quedaba del gueto. Sólo uno de aquellos niños, Guevish Guitlitz, pudo escapar y unirse a los partisanos.

Los fascistas borraron de la faz de la tierra varias aldeas judías

enteras. En Miory, por ejemplo, fueron asesinados dos mil judíos en un solo día. Otro tanto sucedió en Braslav, donde perdieron la vida quinientas personas. Dos mil doscientos judíos fueron masacrados en Drui. Ni uno solo de los judíos encerrados en los guetos o campos de concentración de Plissa, Luzhki y Novi Pogost vivieron para contarlo.

En las aldeas los castigos fueron de veras terribles. Por lo general, en esas poblaciones pequeñas los judíos eran arrojados vivos a las llamas. En Sharkóvschina, una pequeña localidad, a las víctimas les cortaron la lengua, les sacaron los ojos y les arrancaron el cabello antes de matarlas.

La crueldad de los ocupantes se manifestaba a cada momento. Así, por ejemplo, a las personas que iban a ser ejecutadas las obligaban a realizar todo tipo de trabajos inútiles y carentes de sentido, además de pesados, antes de darles muerte. Uno de aquellos trabajos recurrentes consistía en acarrear cubos de agua con los fondos agujereados durante toda la noche antes de ser asesinado con las primeras luces del alba.

Las mujeres más débiles eran forzadas a cargar enormes y pesadas piedras o grandes cajas llenas de arena. También en estos casos se trataba de trabajos que no perseguían ninguna finalidad concreta más allá de la tortura.

La suerte que los fascistas deparaban a los judíos era horrible, pero igualmente cruel era el destino que esperaba a quienes se atrevían a prestarles algún tipo de socorro. Es menester honrar la memoria de tantas personas honestas y valientes que mostraron lo mejor de su estatura moral al jugarse la propia vida con tal de salvar la de un judío.

El matrimonio que formaban Adolf y María Stankevich, vecinos de Borsuchina, ocultó a muchos judíos de las aldeas vecinas y la propia.

Muchos fueron los que acudieron a Stasevich, un vecino de Sharkóvschina, en busca de refugio. Stasevich no decepcionó a ninguno. Su generosidad fue descubierta por los alemanes, quienes lo colgaron en Glubókoye tras someterlo a todo tipo de tormentos.

Los judíos buscaban establecer contactos con los partisanos y enrolarse en sus destacamentos.

Cuarenta vecinos de la pequeña localidad de Orana consiguieron

huir a los bosques e integrarse en las guerrillas. Uno de ellos, Lev Ayzik, atentó con éxito contra catorce convoyes ferroviarios enemigos. Murió como un valiente y el pueblo honrará por siempre su memoria. Otros muchos partisanos de Orana se comportaron con extraordinario valor y demostraron una gran temeridad en el combate.

Los partisanos judíos de Dolguinovo desarrollaron una actividad particularmente enérgica. Iván Matvéyevich Timchuk, comandante del destacamento Vengadores del pueblo, les prestó una gran ayuda en el desempeño de sus acciones guerrilleras. Estos partisanos tomaron parte en muchas operaciones notables. Así, por ejemplo, en marzo de 1942 destruyeron un aserradero, aniquilaron a quince alemanes y se incautaron de sus armas y munición. En noviembre de 1942 tomaron parte en el ataque a la guarnición alemana de Miadel. También fueron responsables de liberar a muchos judíos encerrados en guetos y les ayudaron a cruzar la línea del frente para llegar a tierra segura.

[A pesar de que la guarnición alemana de Glubókoye tenía vigilancia reforzada, los partisanos consiguieron sacar de él cajas de tipos que sirvieron para poner en marcha una imprenta.]

Al mando de Yakov Sigalchik, los partisanos de Dolguinovo dieron muerte a más de treinta alemanes en la aldea de Litvichi.

TESTIMONIOS DE LOS HERMANOS M. Y G. RAYAK
EDITOR: R. KOVNATOR

Relato de la ingeniera Pikman, vecina de Mozyr

Nací en Mozyr en 1916. Trabajé algún tiempo como delineante, antes de hacerlo como ingeniero. La guerra me sorprendió en Minsk. El 25 de junio de 1941 Minsk ardía bajo las llamas y decidí abandonarla siguiendo la carretera de Moscú. Había refugiados por todas partes. Avancé unos treinta kilómetros durante la primera jornada. Pasé la noche en la carretera y continué la marcha a la mañana siguiente. Nos sobrevolaban aviones alemanes que arrojaban bombas y disparaban con ametralladoras artilladas. Las víctimas —ancianos, mujeres y niños— eran cuantiosas. Conseguí ocultarme entre unos arbustos hasta que cayó la noche y cesó el bombardeo.

Estuve cuatro días vagando por los bosques. No llevaba nada de comer ni de beber. No fue hasta el quinto día que llegué a una aldea llena de refugiados: Skurati. Pronto llegaron los alemanes y los obligaron a todos a regresar a Minsk. A la entrada de la ciudad instalaron un retén que se dedicaba a detener a todos los hombres.

Minsk estaba irreconocible. Había ruinas y cadáveres por todas partes. Había carteles en muchas paredes que informaban de una orden terminante: todos los hombres de edades comprendidas entre los dieciséis y los sesenta y cinco años tenían que presentarse inmediatamente en las oficinas de la comandancia militar. Quien no respetara la orden sería fusilado de inmediato.

Los hombres fueron recluidos en un campo de concentración. *[Originalmente el campo fue instalado en los terrenos del cementerio Starorzhevski. Allí los retuvieron durante doce días sin darles alimentos ni agua. Cuando por fin les trajeron un barril con agua los detenidos se abalanzaron sobre él como locos y los alemanes abrieron fuego contra ellos. Más adelante el campo fue trasladado a unos terrenos anejos al río Svisloch, pero aun así se impidió a los reclusos aprovisionarse de agua del río.]* Los judíos fueron separados del resto de detenidos. Los golpeaban salvajemente. Algunos fueron seleccionados para servir de blancos en las prácticas de tiro. Fui testigo de cómo mi colega

Bernstein, técnico a cargo de los inventarios, fue atado a un poste antes de que dispararan sobre él.

Unos días más tarde se ordenó a todos los judíos acudir a ser dados de alta en un registro y se reguló el pago de «contribuciones». El traslado de todos los judíos al perímetro del gueto tuvo lugar el 15 de julio. Se informó que tendrían que levantar una cerca de piedra que los aislara del mundo exterior. Y, en efecto, muy pronto comenzó la construcción del muro, si bien la orden fue revocada antes de que finalizaran los trabajos. Ahora se ordenó vallar el perímetro con una cerca de alambre de espino. Se informó que todo judío —niño o adulto— que fuera detectado fuera del perímetro del gueto sería pasado por las armas sin contemplaciones. *[Además, se impuso a los judíos la obligación de llevar sendos círculos de color amarillo en el pecho y la espalda a modo de distintivos.]*

Un total de setenta y cinco mil judíos fueron dados de alta en el registro de la ciudad de Minsk. Se los recluyó en unas pocas calles lo que obligaba a que varias familias se vieran obligadas a compartir minúsculas habitaciones. La gente dormía de pie y tras pasar la noche de esa guisa tenía que ir a trabajar a la fuerza. No había nada de comer y las golpizas se sucedían noche tras noche.

Después de pasar tres semanas recluida en el gueto, el 6 de agosto conseguí atravesar la cerca de alambre de espino y emprender el viaje hacia Mozyr, que hacía por etapas. El camino era largo, pero a pesar de estar exhausta conseguí llegar a mi ciudad natal el 30 de agosto.

Tanto mi padre, como mi abuelo y mi bisabuelo habían nacido en Mozyr. Uno de mis tíos, el artista y grabador Rujomovski vivía en París. Allá, siendo ya un anciano, escribió un libro de memorias donde Mozyr es evocado con mucho cariño. Todos nos sentíamos estrechamente atados a nuestra ciudad natal.

Mozyr me dio la impresión de ser una ciudad abandonada a su suerte. No había alemanes en el pueblo porque habían seguido camino hacia el este. Encontré a algunas ancianas y les confié quién era. Gracias a ellas supe que mis seres queridos habían podido evacuar la ciudad a tiempo. Entré a nuestra casa. Todo estaba revuelto: los saqueadores no la habían pasado por alto. La antigua población judía de Mozyr ahora sólo estaba representada por algunos enfermos, ancianos y mujeres con niños pequeños.

La tía Gasha, una vecina bielorrusa, me brindó cobijo.

El 6 de septiembre vagaba por las desiertas calles de Mozyr cuando casi me di de bruces con un grupo de soldados alemanes vestidos con blancas batas de camuflaje. Avanzaban disparando sobre las ventanas. Evidentemente, se trataba de un destacamento punitivo. Aquel día fueron asesinados el anciano zapatero Maliavski, una artista polaca llegada de Pinsk, una familia bielorrusa vecina de la calle Pushkin, otra familia, también bielorrusa, que vivía en una casa de la calle Piatnitskaya, el anciano Lajman y su esposa y muchos otros. Los perros se disputaban el cadáver de Lajman mientras lo arrastraban por la calle Novostroyenia.

«Tienes que marcharte —me dijo un día la tía Gasha—, porque hay una víbora aquí en casa que no se cansa de repetirme: "En cuanto lleguen los alemanes les diré que tienes a una judía escondida aquí"». Me mudé con Golda Bobróvskaya, una anciana de setenta tres años que vivía a las afueras de Mozyr.

El 9 de septiembre decidí echar un vistazo a una calle antaño habitada por judíos. Las casas estaban llenas de cadáveres: ancianos, niños, una mujer con el vientre abierto a bayonetazos… El anciano Malkin no había podido evacuar Mozyr por tener las piernas paralizadas. Allí estaba su cadáver con la cabeza aplastada a golpes.

Un joven alemán avanzaba por un callejón. La bayoneta en ristre atravesaba el cuerpo de un crío de unos pocos meses. La criatura, aún con vida, se quejaba débilmente. El alemán iba cantando y tan entretenido en observar a su presa que pasó por alto mi presencia allí.

Entré a varias casas: más cadáveres, más sangre. Por fin encontré a unas pocas personas vivas. Mujeres y niños que se ocultaban en un sótano. Me dijeron que los ancianos habían tomado el camino de las zanjas abiertas junto a la calle Pushkin.

En la mañana del 10 de septiembre me llegaron sonidos de disparos. Eran descargas de fusilamiento. En la calle Léninskaya alcancé a ver cómo los alemanes golpeaban al anciano zapatero Simonovich. A golpe de culatazos lo intentaban hacer avanzar, pero el pobre anciano apenas se tenía sobre las piernas.

Regresé con la abuela Golda. Sentada en el portal de su casa me

devanaba los sesos intentando encontrar una vía para llegar hasta la línea del frente. Eran las seis o las siete de la tarde. De pronto vi a un grupo de judíos conducidos por la calle Novostroyenia. Algunos llevaban palas y mi primera suposición fue que los alemanes los llevaban a trabajar. La columna, formada por unas doscientas personas, iba encabezaba por ancianos barbudos y con las espaldas dobladas por el peso de los años, seguidos por adolescentes de entre doce y quince años. Detrás venían unos pocos hombres que cargaban en parihuelas a los tullidos y los enfermos. Un hombre alto y muy delgado sostenía a duras penas a dos ancianos enclenques incapaces de avanzar por su propio pie. El hombre llevaba la cabeza descubierta y miraba hacia lo alto. Ni un solo quejido salía de su boca a pesar de los culatazos que le propinaban sin cesar los alemanes. No seré capaz de olvidar su rostro jamás.

La columna de judíos fue conducida hasta una escarpada ladera por la que los obligaron a trepar. Los ancianos más débiles se descolgaban y rodaban ladera abajo, pero los alemanes los pinchaban con las bayonetas forzándolos a proseguir el ascenso. Poco después se escucharon las ráfagas de ametralladora.

Media hora más tarde los alemanes comenzaron a bajar por la ladera. Cantaban.

Algunas personas que se encontraban en lo alto de la colina relataron más tarde que los ancianos eran arrojados vivos a las zanjas. Algunos intentaban salir a rastras, pero los alemanes les golpeaban manos y brazos hasta fracturarles los huesos.

Mientras los fascistas bajaban la colina después de la masacre, aparecieron otros dos alemanes arrastrando a otros dos ancianos cuesta arriba a toda prisa y a golpe de culatazos. Los disparos resonaron en cuanto llegaron a la cumbre e inmediatamente después los alcancé a ver bajando a la carrera para unirse a sus compañeros y sus encendidos cantos.

Renuentes a caer en manos de sus verdugos, veinte carpinteros judíos se reunieron en la casa de uno de ellos, Eli Gofstein, ubicada en la calle Pushkin, rociaron la casa con queroseno y se prendieron fuego. Más tarde se pudieron ver sus cadáveres insepultos. Nadie tuvo cuidado de ellos.

Había una zanja a apenas cien metros de la casa donde pernoctaba. Los sollozos de las víctimas se escuchaban toda la

noche. Han transcurrido más de dos años desde entonces y aún escucho cada noche aquellos sollozos que hielan la sangre.

A la mañana siguiente volví a la casa de la tía Gasha. «Esto ha terminado para nosotros», fueron las palabras con las que me recibió. Me dijo que los alemanes estaban llevándose a Pripiat a las mujeres y los niños. Allí los arrojaban al río, mientras que a muchos niños los ensartaban con las bayonetas. «¿Cómo pueden hacerle eso a los niños?», gritaba la tía Gasha: «¡Esas bestias nos van a matar a todos!», se lamentaba.

Regresé a la casa de Golda Bobróvskaya. La encontré rezando. Esa misma noche vinieron los alemanes y los policías. «¿Dónde están los judíos?», me preguntaron. Les dije que no sabía nada de los judíos que vivían en el pueblo, pues era forastera. En eso vieron a la anciana Golda y se abalanzaron cubriéndola de culatazos. Aproveché la confusión para echar a correr hacia un maizal y allí me oculté. Una vecina se me acercó poco después para advertirme: «No te muevas de aquí, que te están buscando», me dijo.

Las luces del ocaso eran intensas como nunca. Esperé a que vinieran a sacarme de allí a rastras…

Pero la suerte me sonrió y acabaron marchándose. Me cambié de ropa y abandoné la ciudad. Había tomado la firme decisión de cruzar la línea del frente. En Kozenka me cruce con un aguador de Mozyr a quien había conocido en casa de Bobróvskaya. Me dijo que la anciana Golda había sido asesinada a bayonetazos y que sus verdugos habían arrojado el cadáver junto al cementerio. En efecto, los cadáveres de ancianos y niños se amontonaban sin orden ni concierto; nadie se ocupaba de darles sepultura. También había torsos, cabezas, brazos y piernas. Todos los judíos de la ciudad habían sido aniquilados y ahora los escuadrones punitivos recorrían las aldeas en busca de nuevas víctimas. «Usted es una mujer joven», me dijo el aguador: «No sé quién es, pero me inspira pena: ¡márchese!, me aconsejó.

Acudí a la casa de una maestra judía que vivía en aquella aldea. Casada con un bielorruso, era una mujer joven y muy hermosa. Tenía tres hijos de los que el mayor apenas tenía seis años y el menor todavía no andaba. Le propuse huir conmigo, pero rehusó mi invitación: «¿Adónde voy a ir con estos críos?», me preguntó. Cuando pasaba la noche en otra aldea unos días más tarde supe que

un escuadrón punitivo había llegado a su casa. La joven maestra y sus tres hijos fueron asesinados.

El destino me deparó muchas experiencias horribles. Estuve en el gueto de Orsh, cuyas condiciones eran aún más terribles que las del gueto de Minsk. Ancianas medio heladas se arremolinaban en torno a cadáveres insepultos. Jóvenes hinchadas por el hambre y con hemorragias brutales preguntaban desesperadas: «Pero ¿cuándo vendrán por nosotras de una vez?». La muerte para ellas era una vía de liberación. También alcancé a ver el campo de concentración para prisioneros de guerra instalado en Orsh. Los fascistas los golpeaban hasta la muerte pateándolos o aporreándolos con las culatas de sus fusiles y pistolas. También conocí el campo de concentración de Smolensk, donde prisioneros que parecían espectros eran los encargados de enterrar a los muertos, unos trescientos o cuatrocientos cadáveres cada día. *Vi a alemanes que aplastaban piojos mientras contaban: «Un judío, dos judíos…»*. En Pochinok me arrestaron y me torturaron salvajemente para que admitiera que era judía. No les dije una palabra. Me azotaron y me hicieron saltar los dientes a golpes. En Pochinok pude ver cómo los alemanes colgaban a muchos rusos. También los vi saquear, asesinar y reírse del dolor que padecíamos. Hambrienta y descalza, proseguí mi camino hacia el este. Me alimentaba de hierbas que arrancaba de los campos y de las limosnas. Un coche alemán me atropello y me rompió una pierna. Pronto la gangrena atacó la pierna, pero cuando un médico me avisó de que podía perderla le rogué que la dejara estar.

Finalmente, conseguí llegar hasta Oriol. Allí fui testigo de la lucha de los partisanos soviéticos contra los ocupantes. El 5 de agosto me vi por fin ante lo que me pareció un milagro: la estrella roja que brillaba en la gorra de un soldado del Ejército Rojo.

Jamás olvidaré lo que el destino me deparó ver en Mozyr: el rostro de la anciana Golda; los cuerpos incinerados de los carpinteros que murieron como héroes.

BASIA PIKMAN
EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

Testimonio de la doctora Olga Goldfain

La guerra me encontró en la ciudad fronteriza de Pruzhani, donde trabajaba como médico. La noche del 22 de junio de 1941 me correspondió hacer guardia en el hospital. Los alemanes comenzaron a bombardear la ciudad a las 03.30 de la madrugada.

El 23 de junio se produjo la llegada del enemigo. Apenas se apearon de los vehículos que los traían, los alemanes comenzaron a golpear a los judíos y a saquear sus casas. *Los acompañaban antiguos oficiales del Ejército blanco que hablaban francés y alemán. Estos se ocuparon de comenzar la agitación antisemita de inmediato con llamados a los pogromos*. Rápidamente nos encerramos en nuestras casas.

Al tercer día los alemanes exigieron que les entregáramos toda la vajilla, cuchillos, cucharas y ollas que tuviéramos. Dos días más tarde exigieron aún más: las camas, las sábanas y demás objetos del hogar.

Los judíos se ocultaron en sótanos y desvanes, pero los alemanes los encontraban de todos modos y los golpeaban con saña para sacarlos a trabajar esclavizados.

Cuando el ejército continuó su avance hacia el este, la Gestapo hizo su entrada en la ciudad. Ocurrió el día 10 de junio y es difícil relatar en qué se convirtió Pruzhani a partir de entonces. Los recién llegados se estrenaron deteniendo a dieciocho judíos y llevándoselos a fusilar a las afueras de la ciudad. No fue hasta diez días más tarde que conocimos la suerte de aquellos pobres desgraciados, cuando un perro apareció en plena calle llevando el brazo de un médico entre sus fauces. La cruz roja cosida a la manga no dejaba lugar a dudas sobre la identidad de la víctima.

El 15 de junio los alemanes colgaron un aviso en las calles de la ciudad que establecía la elección en un plazo de tres días de un Comité judío o *Judenrat* compuesto por veinticuatro representantes de la comunidad. Si el *Judenrat* no se presentaba a las autoridades en el plazo señalado, advertía el aviso, cien judíos serían fusilados.

Como nadie quería formar parte de órgano tan singular, un judío, previo asesoramiento de los polacos, decidió que lo mejor sería presentar a los alemanes una lista de veinticuatro personas, sin consultarles, en el convencimiento de que éstas, al ser convocadas, se encontrarían ante un hecho consumado. La lista presentada a los alemanes la conformaban personas con titulación superior: médicos, abogados, *etc.* Al repasarla, los alemanes manifestaron que lo que necesitaban era artesanos, no intelectuales. Una semana más tarde los ocupantes seleccionaron a los miembros del *Judenrat* según su propio criterio.

El 20 de junio los miembros del *Judenrat* recibieron la visita de la Gestapo. La breve reunión tenía como objetivo informarles de que se les concedía un plazo de tres días para pagar una cuantiosa contribución: cinco kilogramos de oro, cincuenta kilogramos de plata y quinientos mil rublos soviéticos. Tres días más tarde los alemanes acudieron a cobrar la contribución, aunque no extendieron recibo alguno al *Judenrat*. Los judíos de algunas aldeas cercanas acudieron a nosotros con el ruego de que les ayudáramos a satisfacer la contribución que les habían impuesto. Ellos carecían de joyas o dinero para hacerlo. Rápidamente nos dimos a la tarea de reunir todos los objetos de valor que aún poseíamos —colgantes, anillos y los candelabros de las sinagogas— y así conseguimos cubrir los importes de las contribuciones impuestas a las aldeas Shirokov, Málech y Linovo.

Los alemanes reunían a todos los hombres judíos a las cinco de la madrugada para llevárselos a trabajar. Muchos de ellos volvían heridos o golpeados.

Un bando firmado por la Comandancia general alemana que apareció en las paredes de las casas el 10 de agosto avisaba de la inminente reclusión en un gueto de todos los judíos de las zonas ocupadas.

Durante dos meses dormimos vestidos para salir y con un pequeño atajo con nuestros bienes más preciados a guisa de almohada. Estábamos listos para partir en cualquier instante.

El 10 de octubre supimos que los alemanes iban a organizar un *Judenstadt* en Pruzhani. Por lo tanto, permaneceríamos en la ciudad y se nos reunirían los judíos de Bialystok. El 25 de octubre fuimos trasladados al perímetro del gueto, un sector del cual estaba

rodeado por un muro de piedra y el otro por una cerca de alambre de espino.

La llegada de los judíos de Bialystok se prolongó durante tres semanas enteras. En total fueron tres mil viudas y dos mil huérfanos. Los alemanes levantaron un centro de control a las afueras de la ciudad donde desvalijaban a los recién llegados mientras los golpeaban sin piedad.

No fueron ésos los únicos judíos que llegaron al gueto. También lo hicieron los vecinos de las más diversas ciudades y aldeas de la región: Belovezh, Gaynovka, Novi Dvor, Zabludov, Kámenetz, Bluden, Málech, Shereshevo, Berioza, Slonim, *etc.*

El 3 de enero de 1942 recibimos la orden de entregar una segunda contribución a los alemanes. Esta vez nos despojaron de los abrigos de pieles y de toda la ropa hecha de lana o cuero. Las judías no tenían derecho siquiera a llevar ropa con botones de cuero. También se incautaron las cámaras fotográficas, las alfombras, los tocadiscos y todos los discos *excepto los de Mendelsohn*. También nos presentaron una factura por la habilitación del gueto, un trabajo que habíamos hecho con nuestras propias manos y bajo las porras. La primera factura sumaba setecientos cincuenta mil marcos a la que se añadió una segunda contribución de quinientos mil marcos.

El 9 de enero el alcalde alemán —a la sazón, una alemana apellidada Hórn— avisó que se disponía a evacuar del gueto a un contingente de dos mil judíos con carácter inmediato. Con todo, gracias al cuantioso soborno que pagamos a Hórn y al jefe de la gendarmería conseguimos que no se produjeran movimientos de judíos hasta la primavera.

Un nuevo alcalde, Koschman, fue nombrado en febrero y se estrenó exigiendo el pago de una tercera contribución en dinero y ropa. Simultáneamente se estableció un impuesto de diez marcos por persona. El *Judenrat* quedó obligado a pagar el impuesto en nombre de aquellos que no tenían medios propios para hacerlo.

Judíos de otras poblaciones —Ivatsevihi, Stolbtsov, etc.— comenzaron a llegar al gueto a partir de marzo. Su estado era de veras calamitoso. Muchos tenían congeladas las manos y los pies, lo que no era de extrañar, pues viajaban semidesnudos. Ya en abril el gueto volvió a estar superpoblado. En mayo los alemanes comenzaron a seleccionar a quienes marcharían a los campos de

concentración. Sabíamos que los elegidos no saldrían con vida de los campos. Aquel invierno nos llevaban a diario a limpiar la nieve de las vías ferroviarias que unían las estaciones de Linovo y Baranóvichi, pero ello no impidió que los alemanes continuaran enviando a los jóvenes a los campos de concentración. En primavera y verano trabajábamos en las turberas, nos despiojábamos sin cesar, talábamos árboles y arbustos para mantener una franja limpia de cien metros en torno a las vías de ferrocarril y, por último, llenábamos de arena los baches que se abrían entre las traviesas. Además, los alemanes habían organizado talleres de zapatería, sastrería y mueblería.

Los ocupantes se llevaron a Alemania todo el hierro que encontraron. Su avidez de hierro era tal que desmontaron la línea de ferrocarril antigua de Pruzhani, cuyo ancho de vías era inferior al regular.

De los dieciocho mil judíos que vivían en el gueto cuando asomaron los primeros fríos del invierno, seis mil murieron incapaces de soportar el hambre, el frío o las golpizas.

A las cinco de la madrugada del 2 de noviembre los alemanes rodearon el gueto y anunciaron una inmediata evacuación. Nos informaron que el peso del equipaje que podíamos llevar con nosotros debía ser inferior a los cincuenta kilogramos por persona. La anunciada evacuación llegaba cuando todos los judíos de las poblaciones cercanas ya habían sido asesinados, de manera que no nos fue difícil adivinar el destino que nos esperaba. Fueron muchos los que decidieron darse muerte y corrieron a la farmacia en busca de algún veneno. Setenta y siete personas ingirieron veneno y murieron. También yo elegí esa muerte. Contábamos con una pequeña reserva de morfina que dividimos entre todos: nos correspondió un gramo a cada uno. Tuve la suerte de contar con una dosis doble, así que tragué un gramo y me inyecté el otro en vena. Seguidamente nos encerramos en el apartamento y encendimos la estufa para ayudarnos a morir con el monóxido de carbono. Pero el *Judenrat* conoció nuestro propósito y a primera hora de la mañana irrumpieron en el apartamento donde esperábamos la muerte. A esa hora ya todos estábamos inconscientes e incluso uno había tenido la suerte de expirar. Los médicos trabajaron con celo durante tres días y consiguieron

devolvernos la vida.

El 7 de noviembre recibí una nota de una monja amiga mía apellidada Chubak, rogándome nos encontráramos. Inmediatamente me acerqué a la cerca de alambre de espino donde me esperaba. Chubak había sobornado al guardia que vigilaba el exterior del perímetro con una botella de vodka y a mí me entregó trescientos marcos para hacer lo propio con los guardias que patrullaban por el interior del gueto. Le expliqué que estaba hundida y dispuesta a rendirme: no veía más salida que quitarme la vida. Al separarnos, tuve de repente la idea de gritarle alguna grosería al guardia para provocar que me matara allí mismo. Al principio el guardia se mostró sorprendido de que yo osara dirigirle la palabra. Le pregunté si creía de veras en la aseveración de Hitler de que los judíos no podíamos ser considerados humanos desde una perspectiva biológica. «¿Acaso a un pueblo que se considera tan ilustrado como el alemán no le repugna someter a horribles tormentos a viudas, ancianos y niños indefensos? —le pregunté también. Y añadí—: ¿Es que no conoce la situación en la que se encuentra el ejército alemán? Jamás conseguiréis tomar Stalingrado, en el Cáucaso estáis rodeados y huís de Egipto a marchas forzadas. ¡No podréis ganar esta guerra!» Llegada a ese punto ya no podía parar, así que le dije: «El Führer os ha inoculado a todos el virus de la demencia y por eso vais por ahí como perros rabiosos». Y concluí con estas palabras: «Quiero que me entiendas bien, guardia: lo que deseo es que puedas regresar con vida a tu país y que jamás olvides las palabras de esta judía que te está diciendo a la cara toda la verdad». El guardia no disparó sobre mí.

De ahí fui a ver a un barbero con quien mantenía cierta amistad, Berestitski. Me constaba que era un hombre decidido. Le pedí que saliera para hablar en un callejón. «Quise envenenarme, pero el veneno no me quitó la vida», le dije. «Quise que me pegaran un tiro, pero la bala alemana se resistió a hacer diana en mi cuerpo. Ahora sólo me queda una salida: escapar del gueto. Ayúdame a huir», le pedí. Berestitski levantó con cuidado una línea de alambre de espino y me arrastré hasta llegar a la calle que crucé a la carrera. De ahí corrí por huertas y jardines en dirección al monasterio. Muy pronto me reuní con mi amiga monja, quien se ocupó de proveerme de la ropa adecuada para pasar inadvertida. Me prepararon tres

escondites distintos: uno en el establo, otro bajo una escalera y un tercero entre dos armarios. Me pasaba todo el tiempo encerrada y atenta a cualquier movimiento que anunciara una visita inesperada. Cuando salía al comedor mis benefactores echaban los cerrojos a las puertas. Un terrible dolor de muelas me impedía dormir por las noches, pero sabía que no podíamos siquiera contemplar la posibilidad de acudir al dentista. Pasé la primera semana sumida en un miedo insoportable. Pasaba los días escondida, pero en las noches me asomaba al patio y trataba de adivinar cómo iban las cosas en el gueto. Desde mi puesto de observación, el gueto se veía oscuro y tenebroso. Había luces iluminando el perímetro de alambre de espino rodeado de ametralladoras y carros de combate. Lo sobrevolaban aviones.

A punto de concluir la quinta semana en el monasterio acudió a visitarme un representante del *Judenrat*. Traía una carta firmada por el presidente de esa corporación y por mi marido. Ambos me manifestaban que los alemanes se interesaban por mi salud, pues suponían que el envenenamiento me había podido dejar graves secuelas. Finalizaban la misiva instándome a regresar al gueto y avisándome de que si no lo hacía los alemanes tomarían represalias contra los judíos.

No tuve que pensármelo dos veces. Si mi ausencia entrañaba una amenaza para los vecinos del gueto no me quedaba más que regresar. El problema consistía en cómo ingresar nuevamente al perímetro cercado sin ser vista por los guardias. El emisario tenía respuesta para esa preocupación: me haría pasar por una empleada del comisario que acudía al gueto en busca de lana de buena calidad para tejerle un jersey a su jefe.

Apenas unas horas más tarde ya me encontraba de vuelta en el gueto. *[No pude regresar a mi casa, porque el perímetro del gueto se había movido y ahora muestra casa no formaba parte de él. Ello nos obligó a buscar alojamiento en la casa de una amiga mía, la dentista Nitsberg-Maschemesser.] Entonces conocí que casi toda África había sido arrancada a los fascistas y que los alemanes estaban atrapados en Túnez. Aquellas noticias nos infundieron ánimos.*

El 27 de enero de 1943 volvía a casa después de visitar a un paciente cuando escuché disparos en la sede del *Judenrat*. Veinte minutos más tarde fui convocada allí de repente. Había dos heridos

y un muerto tumbados en el suelo. El jefe de la Gestapo, Wilhelm, había irrumpido en el local a las siete de la tarde y tras acusar al *Judenrat* de prestar apoyo a los partisanos disparó contra el guardia que cuidaba la puerta e hirió a dos miembros del *Judenrat*.

A las cinco de la mañana del 28 de enero el gueto fue rodeado por tropas alemanas. Dos horas más tarde nos informaron de nuestra inminente evacuación. Hacia las ocho de la mañana las calles del gueto se llenaron de las carretas que nos llevarían a nuestro nuevo destino. Con todo, el jefe de la Gestapo dispuso que la evacuación fuera escalonada, de manera que muchas de las carretas se retiraron. Volverían en los días sucesivos, el 29, el 30 y el 31 de enero, a cargar más gente. A mí me correspondió viajar en el primero de los convoyes. A las diez en punto de la mañana nos pusimos en marcha.

Cinco horas más tarde llegamos a la estación de Linovo y los alemanes nos ordenaron apearnos de las carretas. A medida que bajábamos a tierra recibíamos fuertes golpes en la cabeza que nos dejaban inconscientes. Los dos fuertes golpes que me propinaron me dejaron la cabeza zumbando como un poste de telégrafos. Ante la inminencia de la muerte, no me preocupé por los bártulos que había cargado conmigo en la carreta. A mi marido lo perdí de vista de repente.

Nos tuvieron tres horas en la estación hasta que a las seis de la tarde apareció el convoy de vagones de carga que debía llevarnos. El embarque dio comienzo a las siete. Avanzábamos por el andén pisoteando cadáveres. Los alemanes nos lanzaban al interior de los vagones como a sacos de patatas. Separaban a los niños de sus madres y los mataban allí mismo.

Salté a las líneas en el último minuto, antes de que engancharan los vagones. Había cubierto con un gran pañuelo el distintivo que denunciaba mi condición de judía. Eché a andar deprisa por una calle hasta alcanzar una huerta. Después avancé siguiendo la tapia hasta que llegué a campo abierto. Evité los caminos porque los patrullaban los hombres de la Gestapo. Más tarde me dijeron que aquel día la temperatura era de veintidós grados bajo cero. Caí a tierra muchas veces, porque estaba exhausta.

Al llegar a la altura de un puesto de control militar la voz del guardia me obligó a pararme en seco: «*¡Halt!*», gritó. Haciéndome

pasar por bielorrusa, le dije que venía de la aldea vecina a ayudar a mi hija que se había puesto de parto. El guardia me franqueó el paso.

No fue hasta las dos de la madrugada que llegué por fin a la ciudad. Vagué durante un par de horas por las afueras, temerosa de que alguien me viera y denunciara. Por fin me acerqué con el mayor sigilo al monasterio y llamé suavemente a la ventana. La madre superiora me abrió la puerta y al verme se puso a frotarme las manos con fuerza. No tenía fuerzas para comer, pero me dieron a beber varios vasos de agua fría. Mi amiga, la hermana Chubak, me acomodó en su lecho. El sueño me ganó de repente.

A la mañana siguiente (la del 29 de enero) me despertó el llanto de una joven. Por lo visto, una joven monja temía que mi regreso al monasterio le acarreara problemas a toda la congregación religiosa. Chubak le aseguró que nos marcharíamos al día siguiente, pero su promesa no consiguió calmar a la monja: «La doctora Goldfain está condenada de todos modos y si permanece un minuto más aquí nos arrastrará a todas con ella». Intervine para decir que si había sabido saltar del tren que me conducía a la muerte, también sabría abandonar aquella casa sin causarle problemas a nadie.

Entretanto, por toda la ciudad habían aparecido carteles notificando la obligación de clausurar todos los cobertizos, desvanes, sótanos y excusados situados fuera de las casas para evitar que los judíos pudieran utilizarlos como escondites. También se ordenaba dejar sueltos a los perros. Por último, se avisaba de que el hallazgo de un judío escondido en una casa implicaría el fusilamiento inmediato de todos los inquilinos de la misma.

Rania Vevuyrskaya, una criada de dieciséis años que servía en el monasterio, marchó a una aldea situada a doce kilómetros de distancia en busca de una carreta que me permitiera escapar. Cuando regresó a última hora de la noche nos dijo que la carreta vendría a buscarme a la mañana siguiente. Y en efecto, a las diez de la mañana apareció la carreta a la que subí disfrazada de monja y llevando gafas oscuras. En cuanto me hube acomodado en ella, clavé la vista en el hatillo que sostenía entre las manos. La hermana Chubak echó a andar por delante de la carreta. Así conseguí escapar de la ciudad ante las propias narices de los hombres de la Gestapo justo en el momento en que tenía lugar el tercer grupo de judíos

conducido a la muerte por los alemanes. La hermana Chubak subió a la carreta cuando rodábamos ya fuera de la ciudad. Kalinóvskaya, una polaca a quien conocíamos, se cruzó con nosotros y le hizo una seña a Chubak elogiando mi disfraz. Aquello me dio un susto de muerte, pues temí que pudiera denunciarme. Pero mi benefactora me tranquilizó asegurándome que Kalinóvskaya estaba tan conmovida por la triste suerte de los judíos que había acudido a vernos pasar para asegurarse de que todo marchara bien.

Viajamos sin hacer ningún alto hasta las cinco de la tarde. Pero el caballo comenzó a dar signos de cansancio y decidimos pasar la noche en la próxima aldea que encontráramos. En cuanto llegamos a primera mi acompañante se dirigió al responsable y le solicitó autorización para pernoctar. Nos fue denegada, porque no había sitio: veinte gendarmes alemanes habían llegado poco antes y se quedaban a pasar la noche allí. La noticia nos convenció de que lo mejor era marchar de allí cuanto antes y eso hicimos. El pobre jamelgo apenas se tenía sobre sus patas. Al poco rato nos internábamos en la espesura del bosque de Bielovézhskaya donde dimos con una apartada casita. La hermana Chubak llamó a la puerta con tanta suerte que la abrió una antigua alumna suya. La recepción que nos dispensaron fue extraordinariamente cálida. Pasamos la noche al abrigo del frío. Con las primeras luces del alba nos pusimos nuevamente en camino. Cuando llegamos por fin a Belovezh nos dirigimos a la iglesia. De ahí seguimos camino a Gaynovka, después a Belsk y allí tomamos un tren que nos llevó hasta Bialystok. En el tren supimos que en los primeros días de febrero los alemanes habían rodeado el gueto de la ciudad a la que nos dirigíamos y que ello había degenerado en una terrible masacre.

Al llegar a Bialystok nos dirigimos al monasterio donde imploré cobijo a la madre superiora sin éxito. La mujer se asustó tanto que nos ordenó abandonar el recinto inmediatamente. Cuando nos marchábamos dije a mi acompañante que en adelante no volveríamos a confiar a nadie nuestro secreto. La noche caía sobre la ciudad y nosotras estábamos en plena calle sin saber adónde ir. De repente, la hermana Chubak recordó la dirección de un hermano de una de las monjas de su monasterio. Acudimos a su casa y aunque no lo encontramos, su esposa nos acogió con generosidad. Bialystok estaba viviendo una brutal carnicería contra los judíos.

Había hombres de la Gestapo por todas partes y a los habitantes de la ciudad les aterrorizaba la posibilidad de que pudieran tomarlos por judíos. Las taquillas de la estación de trenes estaban cerradas por orden de los ocupantes, de manera que acudimos al jefe de la estación y le rogamos que regalara dos billetes a dos pobres monjas que vivían de las limosnas. Al principio se negó en redondo, pero acabó cediendo. Tuve miedo de guardarme en los bolsillos aquellos valiosos billetes así que los llevé apretados con fuerza entre mis manos.

Aquellos dos billetes nos permitieron salir de Bialystok el 13 de febrero. El tren nos llevó hasta Lapa. Desde allí viajamos por etapas en carretas que nos llevaron a Dombrovo, Sokoly y Mokini, donde tomamos otro tren que nos llevó a Varsovia. Entonces ya no temíamos ser detenidas por los agentes de la Comandancia general, porque en Varsovia los controles eran más laxos y no revisaban la documentación. Desde la capital polaca emprendimos la última etapa del viaje: a Lowicz, donde vivía la familia de mi benefactora. Allá, donde nadie conocía que yo era judía, permanecimos durante los siguientes dieciséis meses. Me coloqué como enfermera y alcancé una gran destreza en ese oficio.

En mayo de 1944 decidimos trasladarnos a una población cercana al río Bug y a veintidós kilómetros de Lublin.

El 26 de julio de 1944 el Ejército Rojo consiguió liberar esa población. Apenas tres días más tarde emprendí el camino de vuelta hacia el este. Andando o aprovechando vehículos que me permitían salvar cortas distancias conseguí llegar hasta Pruzhani, mi ciudad natal.

Pruzhani había sido liberada el 16 de julio. De los dos mil setecientos judíos que habían buscado refugio en los bosques de la comarca, apenas dos docenas de jóvenes volvieron a la ciudad. El resto había muerto. Todos se alegraron mucho de verme de vuelta y enseguida comenzó una nutrida peregrinación de amigos, conocidos y pacientes que acudían a darme la bienvenida. *Pero debo decir que también hubo mucha gente a la que asustó mi regreso desde el otro mundo, porque me sabían portadora de testimonios acerca de los más oscuros actos de que son capaces los hombres.*

EDITOR: VASILI GROSSMAN

Brest. Declaraciones y testimonios documentales aportados por los residentes de Brest

Antes del comienzo de la guerra la población judía de Brest rondaba las veintiséis mil personas.[32] Entre ellos había ingenieros y médicos, técnicos, abogados y carpinteros conocidos por su maestría sin igual. De todos aquellos judíos apenas sobrevivieron unos pocos. Concretamente, quince judíos que consiguieron salvar milagrosamente la vida.

Veamos cómo describen esos pocos sobrevivientes los primeros días de ocupación.

Vera Samuylovna Bakaliash:

«La población judía sintió el zarpazo alemán desde el día que llegaron a la ciudad. Las redadas para enviarnos a hacer trabajos forzados comenzaron de inmediato. Al término de la jornada nos obligaban a bailar, a arrastrarnos por el suelo. Todo aquel que se resistía a cumplir las órdenes era salvajemente golpeado».

Tatiana Samuylovna Gutman:

«El horror comenzó desde el primer día. Los alemanes sacaban a los judíos a trabajar, los atormentaban sin piedad, saqueaban sus casas en busca de oro. Si alguien se negaba a entregarles lo que exigían era fusilado en el acto. *[Crueles como tigres, los bandidos corrían de casa en casa.]*»

Osher Moiséyevich Zisman:

«A principios de julio de 1941 los alemanes comenzaron a llevar a los judíos a "trabajar". En realidad, todos los judíos reunidos con ese pretexto eran encerrados en la fortaleza de Brest. Las condiciones del cautiverio eran terribles. A pesar de los insoportables calores de julio, los alemanes no dieron a los judíos agua ni pan. Finalmente, los fusilaron a todos. Un sobreviviente relató más tarde cómo salió a duras penas de la fosa común llena de gente aún viva, pues las balas sólo impactaban en quienes habían sido colocados en la primera hilera de condenados. Así, cuando los alemanes comenzaron a palear tierra y cal viva para cubrir la zanja

lo hacían sobre judíos vivos».

En Kobrin, una ciudad de la provincia de Brest, «los alemanes prendieron fuego al hospital judío y a la casa del rabino», escribe también Zisman. «Como el servicio de bomberos de la localidad recibió la orden de abstenerse de apagar el incendio, las llamas se extendieron por toda la ciudad. Los alemanes arrojaban a los judíos a las llamas para quemarlos vivos».

El 12 de julio de 1941 los alemanes montaron una gran redada que buscaba detener el mayor número posible de hombres judíos. Las hermanas María y Sulamif Kazaf la describen en los siguientes términos: «Esa noche se llevaron a cinco mil hombres: había desde niños de trece años hasta ancianos de setenta. *[Se los llevaban de las camas. Los que consiguieron esconderse a tiempo ganaron un año más de vida.]* Muchos de ellos eran médicos, ingenieros y abogados. También se llevaron a algunos buenos amigos nuestros: el doctor Gotbetter, pediatra, los doctores Fruchgarten y Tonenboim, ambos especialistas en medicina interna, los célebres abogados Berlyand, Adunski, Bielov, el ingeniero Mostovlianski, entre otros».

Tatiana Samuylovna Gutman escribió:

«Organizaron una redada y se llevaron a cinco mil hombres. Todos fueron fusilados a las afueras de la ciudad. Había médicos, ingenieros y abogados entre ellos».

Osher Moiséyevich Zisman escribió:

«Las bestias alemanas arrancaron la canosa barba a mi anciano padre antes de fusilarlo. A mi hermano, dentista, aquellos perros rabiosos le rompieron todos los dientes. Mi hermano cayó de rodillas esperando la muerte mientras los alemanes reían a carcajadas y lo animaban a ejercer su oficio y colocarse una dentadura postiza».

Las condiciones de vida de los judíos en los territorios ocupados se tornaban insoportables desde el primer momento. Al principio, se les ordenó llevar brazaletes con la estrella de David. Poco después, los brazaletes fueron sustituidos por distintivos circulares de color amarillo y diez centímetros de diámetro que estaban obligados a coser en el pecho y la espalda, de manera que se los pudiera distinguir a un kilómetro de distancia. Los judíos tenían prohibido circular por las aceras. «Tan sólo se les permitía caminar por el medio de la calle», escribe T. S. Gutman. Las hermanas Kazaf

recuerdan que «la prohibición de circular por las aceras nos causó una profunda impresión y la consideramos entonces como la mayor de las humillaciones, porque aún no sabíamos la índole de los tormentos que nos esperaban».

No todos los judíos habían sido privados de la vida, pero la vida que les quedaba por vivir era un verdadero infierno. Así lo cuentan las hermanas Kazaf: *[«A los judíos se les prohibió hacer compras en el mercado desde los primeros días de la ocupación. Los pocos que conseguían llegar hasta la plaza del mercado eran sacados de allí a culatazos y latigazos*».

V. S. Bakaliash también se refirió a esa prohibición:

«… la entrada al mercado les había sido vedada a los judíos y los campesinos de las aldeas vecinas tenían prohibido venderles alimentos. A los pocos que conseguían comprar algo de comer saltándose las prohibiciones les incautaban los alimentos que llevaran».

Las hermanas Kazaf añadieron:] «Los saqueos comenzaron desde los primeros días de la ocupación. Se lo llevaban todo: las sábanas, la ropa interior, la vajilla y los muebles. Actuaban sin la menor consideración: a mi cuñada, una joven indefensa y embarazada, le robaron la única cama que tenía y la manta. Para muchos las pocas pertenencias que atesoraban constituían su único medio de subsistencia, aunque les resultara difícil venderlas debido a la prohibición de realizar cualquier operación comercial que pesaba sobre los judíos».

[Y sin embargo, aquella situación podía ser considerada benévola si se la compara con lo que aún nos esperaba padecer.]

A finales de noviembre de 1941 las autoridades fascistas cercaron de alambre de espino unas pocas calles de Brest y encerraron allí a todos los judíos que aún vivían en la ciudad. Así surgió el gueto de Brest.

«La policía se apostó en las puertas del gueto —escribe Vera Bakaliash—, para impedir que los judíos salieran del perímetro cercado o los no judíos ingresaran a él. Los grupos de judíos que salían a trabajar lo hacían fuertemente custodiados. Los judíos tenían prohibido desplazarse por la ciudad en solitario. Si alguno conseguía comprar alguna cosa a la ida o a la vuelta del trabajo los policías que cacheaban a todos los que volvían al gueto se ocupaban de incautársela. Como único alimento recibíamos ciento cincuenta

gramos de pan por persona y día que se reflejaban en las cartillas de racionamiento que nos entregaron».

«Nuestras condiciones de vida eran terribles —escribe Sikorski —. Los judíos que vivían encerrados en el gueto estaban privados de cualquier posibilidad de comprar alimentos. Los pocos que habían conseguido reunir una reserva de alimentos antes del cierre del perímetro los perdieron en alguna de las minuciosas requisas que hacían los alemanes. La gente se moría de hambre, literalmente».

«Nos sacaban del gueto para llevarnos a trabajar —escribe Gutman—. Hasta los adolescentes eran obligados a realizar los trabajos más duros. A mí me encargaron trabajar cargando vagones de ferrocarril y no paraban de pegarme bofetones al constatar las dificultades que me entrañaba realizar el trabajo a cabalidad».

«Los judíos tenían prohibido bajo amenaza de fusilamiento contraer matrimonio o tener hijos», escribe Osher Moiséyevich Zisman.

Así transcurrían los días en el gueto. Y mientras sus vecinos padecían los rigores de aquella existencia miserable, muriendo a centenares de hambre o doblegados por las insoportables condiciones de trabajo, los alemanes, dueños y señores del destino de aquellos desgraciados, diseñaban con frialdad y metódico celo el último acto sangriento de aquella horrible tragedia: la definitiva aniquilación de los judíos.

Conocemos todos los detalles acerca de la concepción de esa última masacre y los pasos que los alemanes habían dado para ponerla en marcha gracias a un documento oficial redactado por una Comisión integrada por representantes del poder soviético, partisanos y ciudadanos de la región de Brest que sesionó tras la liberación.

Informe sobre las atrocidades, saqueos, vejaciones y destrucciones llevadas a cabo por los invasores fascistas alemanes en brónnaya gorá, región de Berezovski, provincia de Brest

La Comisión que redacta el presente informe ha estado presidida por Arkadi Ivánovich Tarasevich e integrada por Vasili Nikoláyevich Burii, presidente del Comité ejecutivo provincial, Iván Pávlovich Kashtelian, en representación de los partisanos, y el cantarada Novik, representante de los ciudadanos de la región de

Berezovski.

Las siguientes conclusiones están basadas en la inspección ocular de los lugares donde los fascistas alemanes perpetraron actos de tortura y asesinatos en masa de ciudadanos soviéticos, así como en una serie de entrevistas a habitantes de las comarcas afectadas.

De acuerdo con planes previamente concebidos los ocupantes alemanes comenzaron a cavar fosas en un área de 16 800 metros cuadrados ubicada a cuatrocientos metros al noroeste de la estación de ferrocarriles Brónnaya Gorá.

Los alemanes movilizaban cada día a entre seiscientas y ochocientas personas de las aldeas vecinas y los obligaban a cavar las fosas. A fin de acelerar los trabajos se emplearon diversos tipos de explosivos.

Cuando las fosas estuvieron listas a mediados de junio de 1942, los alemanes comenzaron a traer a la estación de Brónnaya Gorá convoyes ferroviarios cargados con ciudadanos soviéticos de distintas nacionalidades. Había rusos, bielorrusos, judíos y polacos de todas las edades: desde recién nacidos hasta ancianos decrépitos.

En cuanto los trenes irrumpían en la estación un abundante contingente de hombres de las SD y las SS los escoltaba. Los convoyes provenían de diversos puntos de Bielorrusia, como Bereza, Brest, Droguíchin y Yánovo, entre otros. Otros grupos de ciudadanos soviéticos fueron conducidos a Brónnaya Gorá a pie.

Los vagones de los trenes de carga utilizados para el macabro transporte venían sobrecargados, de manera que había muchos cadáveres entre los atormentados viajeros que arribaban a Brónnaya Gorá. A su llegada, los convoyes eran desviados hacia una vía muerta que conducía a unos almacenes militares ubicados a unos doscientos cincuenta metros de las vías férreas principales. Los convoyes se detenían junto a fosas cavadas de antemano. Seguidamente se llevaba a cabo la descarga de los pasajeros en una plaza también habilitada para la ocasión y rodeada de alambre de espino.

Los viajeros eran obligados a desnudarse en cuanto se apeaban de los trenes. La ropa debían arrojarla formando montones. Seguidamente los condenados eran conducidos hasta las zanjas por un estrecho corredor hecho de alambre de espino. Unos peldaños les servían para bajar a las fosas donde los obligaban a tumbarse

boca abajo uno al lado del otro. Cuando la primera hilera estaba completa hombres con uniformes de las SD y las SS disparaban sobre ellos con sus fusiles automáticos. Y así, sucesivamente, eran liquidados los judíos de la segunda, la tercera y cuantas hileras fueran necesarias para llenar la zanja de cadáveres.

Naturalmente, todo aquello era acompañado de los terribles gritos de hombres, mujeres y niños que se enfrentaban a la muerte.

Tras la descarga de los vagones y la ejecución de sus pasajeros la ropa y las pertenencias de las víctimas eran cargadas de nuevo y enviadas en dirección desconocida. Tanto la descarga de los pasajeros a quienes esperaba el fusilamiento como la carga de sus pertenencias se realizaban bajo la atenta vigilancia del jefe de la estación de Brónnaya Gorá, Heil, como de sus adjuntos los oficiales subalternos Pike y Schmidt. *[Los tres eran alemanes.]*

Con el propósito de borrar las huellas de los crímenes cometidos en Brónnaya Gorá, los alemanes fusilaron a toda la población de las aldeas circundantes, unas mil personas que vivían en torno a las instalaciones militares. En total se contaron ocho fosas comunes en el área donde se produjeron los asesinatos en masa: la primera tenía sesenta y tres metros de largo y seis metros y medio de ancho; la segunda, treinta y seis de largo y seis metros de ancho; la tercera, treinta y seis metros de largo y seis metros de ancho; la cuarta, treinta y siete metros de largo y seis metros de ancho; la quinta, cincuenta y dos metros de largo y seis metros de ancho; la sexta, veinticuatro metros de largo y seis metros de ancho; la séptima, doce metros de largo y seis metros de ancho; la octava, dieciséis metros de largo y cuatro metros y medio de ancho. Todas las fosas tenían una profundidad de entre tres y medio y cuatro metros.

Entre junio y noviembre de 1942 los alemanes fusilaron a más de treinta mil ciudadanos soviéticos inocentes en Brónnaya Gorá.

El 16 de octubre de 1941 les llegó la hora de la muerte a los vecinos del gueto de Brest. Veamos cómo recuerdan aquel día los sobrevivientes: «Un estremecimiento recorrió el gueto el 14 de octubre de 1941. Algo estaba sucediendo al otro lado del alambre de espino: las numerosas patrullas de la policía estaban armando un inquietante jaleo. ¿Qué podían estar preparando? Por suerte, la situación se calmó con la caída de la noche y la gente se calmó. A las seis de la mañana del día siguiente nos despertó un vecino: “El

gueto ha sido rodeado”, nos dijo. ¡La suerte estaba echada! Resulta difícil narrar la magnitud de la desgracia que se abatió sobre nosotros. Quienes habían preparado escondites corrieron a encerrarse en ellos. En cambio, quienes no tenían dónde esconderse corrían como locos (testimonio de las hermanas Kazaf)».

«… las tropas de las SD y las SS rodearon la ciudad el 15 de octubre de 1942. La masacre que acabó con la vida de tantos inocentes dio comienzo a las seis de la mañana. Los salvajes soldados de Hitler irrumpían en las casas y los sótanos, arrastraban a la calle a todas las mujeres, los ancianos y los niños y los llevaban a fusilar», escribió el camarada Sikorski.

Durante aquellos tres años horribles los desalmados y desvergonzados verdugos que se esmeraban en practicar los más sofisticados tormentos eran ajenos a la piedad, pero no al miedo. De ello da sobrado testimonio el informe de la Comisión: «A fin de borrar las huellas de sus salvajes crímenes los alemanes se llevaron en marzo de 1944 a un centenar de habitantes de las aldeas cercanas a Brónnaya Gorá y las obligaron a abrir las fosas comunes e incinerar los restos humanos que guardaban. Los cadáveres eran incinerados en medio de la explanada que contenía las fosas comunes llenas de fusilados. Día y noche a lo largo de quince días ardieron los cuerpos. Cuarenta y ocho almacenes y barracas situados en el área de Brónnaya Gorá fueron desmontados para alimentar las hogueras con su madera. También se utilizó un combustible que generaba altas llamas de color azul. Al término de los trabajos, también las cien personas encargadas de incinerar los cuerpos fueron fusiladas por los alemanes.

»Los alemanes plantaron jóvenes árboles en toda la explanada donde habían enterrado y después incinerado los cadáveres de sus víctimas. No obstante, allí se pudieron observar huesos calcinados, broches y horquillas para sujetar el cabello, zapatos de niños, dinero soviético, clavículas y un brazo de dieciocho centímetros de longitud que había pertenecido a un niño».

Unas pocas personas sobrevivieron a la masacre de Brónnaya Gorá y ofrecieron después sus testimonios. Ellos fueron, entre otros, Román Stanislávovich Novis, Iván Vasílievich Govin, Borislav Mijáilovich Tsetinski y Grigori Grigórievich Yatskevich. Ellos fueron quienes condujeron a los miembros de la Comisión hasta otro

horrible emplazamiento situado en una colina que se alza junto a la aldea Smoliarka, a seis kilómetros de Brónnaya Gorá y a setenta metros de la carretera que une Moscú y Varsovia. Esto fue lo que la Comisión concluyó acerca de este macabro lugar: «Los alemanes cargaban en camiones a ciudadanos soviéticos de la ciudad de Bereza y otras aldeas de la región hasta las fosas que los esperaban. Las torturas, las vejaciones y el fusilamiento de inocentes ciudadanos soviéticos en las inmediaciones de Smoliarka repetían los mismos métodos seguidos en las ejecuciones en masa de Brónnaya Gorá.

»Se ubicaron cinco fosas comunes llenas de cadáveres de ciudadanos soviéticos. Todas ellas tenían iguales dimensiones, a saber, diez metros de largo, cuatro metros de ancho y dos metros y medio de profundidad.

»Las ejecuciones en masa perpetradas en las inmediaciones de Smoliarka tuvieron lugar en el mes de septiembre de 1942. Según los testimonios recogidos las víctimas superaron el millar de personas. Ello fue corroborado por varios testigos presenciales: Iván Ivánovich Guents, Iván Stepánovich Guents, Andrei Ivánovich Levkovets, Iosif Yákovlevich Kutnik y otros».

El ingeniero Kojanovski, vecino de Brest, fue testigo de los sucesos que ocurrieron en esa ciudad. Suyo es el siguiente testimonio: «Fueron *[aproximadamente]* veinte mil los judíos que perdieron la vida en los asesinatos en masa. Entre ellos se contaban los más notables y conocidos intelectuales de la ciudad. Entre las personas que conocí en el escaso año que viví en la ciudad, fueron fusilados, entre muchos otros, el doctor Kalvariski, célebre neurólogo, Ioffe, especialista en medicina interna, los doctores Manzon, Kagan, Keblitski y Méchik; el abogado Méchik; los doctores Rakif, Kisliara, Ivanova; la notable ingeniera Zeliónaya; el ingeniero eléctrico Berezovski, el economista Zilberfarb; el ingeniero Filipchuk; los técnicos Golub y Taran; el ingeniero Kaminski…

»Los alemanes profesaban un odio cerril hacia los intelectuales que trabajaban a sus órdenes. Así, por ejemplo, les complacía obligar a los ingenieros a limpiar los establos. Los guardias solían convocar a otras personas para que fueran testigos de cómo se mofaban de los trabajadores forzados: “Ingeniero, ingeniero”,

decían en son de burla. Los intelectuales eran fusilados en solitario o acompañados de sus familiares. También fue asesinado un sacerdote católico. *[Los alemanes buscaban aniquilar la cultura, la inteligencia, la religión.]* Todo aquel que estaba físicamente sano era enviado a Alemania a realizar trabajos forzados. El resto permanecía en la ciudad y se encargaba de cavar trincheras».

Cuando el Ejército Rojo recuperó Brest lo esperaban personas hinchadas por el hambre, virtuales cadáveres. Eran los pocos que habían salvado la vida de milagro. Entre ellos estaban Tania Gutman, Vera Bakaliash, las hermanas Kazaf y Osher Zisman. ¿Cómo consiguieron salvar la vida esas pocas personas?

«Me oculté junto a mi hermana y los hijos de ambos en el sótano de nuestra casa. Desde allí pudimos ver cómo fusilaban en masa a los judíos. Al principio los asesinaban en el propio gueto no sin antes obligarlos a desvestirse para aprovechar la ropa. Bien oculta en mi «zulo», me alimentaba de gachas crudas, harina, remolachas y pepinos. Los niños estaban famélicos. Tras dos semanas de encierro decidí salir del perímetro del gueto a ver con mis propios ojos lo que estaba sucediendo. Conseguí algo de pan y se lo llevé a los niños, antes de volver a abandonar el gueto. Pasaba las noches a la intemperie, a pesar de que ya comenzaban las heladas. Durante cinco semanas enteras continué saliendo y entrando al gueto para llevar comida a los niños hasta que un día, al volver, ya no los encontré. Me sentí definitivamente perdida. Aquella noche decidí acudir a pedir ayuda a una familia rusa: tuvieron piedad de mí y me dieron cobijo en un cobertizo. Allí pasé todo el invierno y después me escondieron en un zulo donde permanecí hasta la llegada del Ejército Rojo. Ese día, por fin, pude asomarme a la libertad. Los soldados acamparon en el patio de la casa donde me ocultaba y me ofrecieron un plato de sopa. Aquel gesto me devolvió mi condición humana».

Así narró Tania Gutman las milagrosas circunstancias de su salvación.

Osher Zisman, por su parte, se ha referido también a sus padecimientos durante la ocupación y la forma en que consiguió salvar la vida: «Mi mujer, otras doce mujeres y yo nos escondimos en un zulo abierto bajo un pequeño cobertizo. Varias de nuestras compañeras de cautiverio perdieron la razón. Entonces mi esposa y

yo, ambos enfermos, nos vimos obligados a reunir las últimas fuerzas y trasladarnos a un desván. Durante diecisiete meses vivimos ocultos en desvanes, bodegas y otros escondites. Cuando llegó el venturoso 28 de julio de 1944, el día de la liberación de nuestra ciudad, me encontraba postrado en un jergón. Enfermo e hinchado por el hambre, ni siquiera era capaz de hablar. Los combatientes del Ejército Rojo me dieron de comer e hicieron venir a un médico soviético para que me tratara. Así salvaron mi vida».

«Mi marido ya no estaba conmigo. Mi hermana y yo nos llevamos a nuestros hijos a una bodega unida a nuestra casa por un pasadizo secreto. Nuestra anciana madre quedó arriba en casa y cerró con un armario el acceso al pasadizo, de manera que los alemanes no pudieron dar con nosotras. A mi pobre madre sí se la llevaron. Permanecimos encerrados en aquel sótano hasta el 1 de noviembre, cuando decidí enviar a mi hijo de doce años a una aldea cercana. Entretanto, nos alimentábamos de remolachas crudas, coles, gachas también crudas y harina mezclada con sal. A los dos días de haberse marchado mi hijo volvió de repente con las manos vacías y me rogó que saliera a conseguir algo de pan, mientras él me seguía de lejos con los demás niños. Lloraba con tal desconsuelo y sus ruegos eran tan amargos que me vi obligada a aceptar. Salimos los dos y conseguí encontrar refugio en una aldea. Entonces él marchó a traer a sus hermanos y primos. No volvió hasta varios días más tarde y su regreso me golpeó con la fuerza de un rayo: venía solo pues la policía había detenido a los otros niños. Permanecí tres días inconsciente y postrada. Tenía fiebre muy alta. Al final, no me quedó más que sobreponerme a la situación y ponerme en marcha de nuevo. Pasé tres días escondida en unos depósitos de agua abandonados a las afueras de la ciudad. Después un hombre generoso me permitió esconderme bajo el suelo de su casa. Allí estuve hasta el 20 de febrero, cuando tuve que poner pies en polvorosa porque alguien había denunciado mi presencia allí y los alemanes acudieron a registrar la casa. Encontré refugio en una iglesia situada a poca distancia de la aldea. Allí me oculté durante casi un mes. Una hogaza de pan de dos kilogramos de peso me sirvió de alimento. El hambre me obligó a abandonar aquel escondite. Salí al bosque y me desplomé: las últimas fuerzas me habían abandonado. Una buena mujer me recogió y me ofreció un

trozo de pan. Sin embargo, me dijo que no podía darme cobijo en su casa, pues temía las represalias que los alemanes podían tomar contra ella. Con todo, tuvo el valor de conducirme de vuelta al bosque y ayudarme a encontrar a los partisanos. Con ellos me quedé hasta la llegada del Ejército Rojo». Así de «milagrosa» fue la salvación de Vera Bakaliash.

Las hermanas Kazaf han narrado en los siguientes términos lo que les tocó padecer:

«A las seis de la mañana del 15 de octubre de 1942 llevamos a mi madre y al hijo de mi hermana al escondite habilitado en la casa de mi cuñada. No había sitio para más, así que tras dejarlos instalados allí salimos a la calle sin saber qué nos depararía el destino. En el último instante se nos ocurrió buscar cobijo en el desván del edificio donde vivíamos. Allá subimos y tras bloquear con unas tablas el acceso a un rincón del desván nos acomodamos en aquel improvisado escondite dieciséis personas. No salimos de allí durante cinco semanas. Es difícil explicar las penurias que tuvimos que soportar: el hambre, el frío, las inmundicias. Pero a estas alturas eso no me parece importante. En cambio lo es que pudimos ver —o mejor: escuchar— cómo los alemanes fusilaban cada día a setenta o cien personas en el patio vecino. Los condenados eran obligados a desvestirse y seguidamente eran fusilados y enterrados en el propio patio. Cada mañana acudían los judíos a quienes obligaban a cavar las fosas. En una ocasión escuchamos a un niño gritando: "¡Tengo frío, mamá! ¡Diles que me disparen pronto!". Eso ocurrió en noviembre, cuando el frío castigaba a los condenados obligados a desnudarse. Las madres desnudaban a sus hijos y después se desnudaban ellas mismas. Hay cerca de cinco mil personas al otro lado de la valla que rodea el número 126 de la calle Kuybishev, nuestra casa. Todas fueron asesinadas tal como lo he descrito. Durante los primeros tres días de ocupación los judíos eran llevados a Brónnaya Gorá. El ir y venir de vehículos cargados de judíos era incesante y tenía un aire de desfile marcial, como si los alemanes celebraran alguna victoria notable, como la toma de una ciudad o algo semejante. Cuando concluían las "*Aktionen*" se podían escuchar música y cantos durante toda la noche. Otros diecisiete mil judíos fueron asesinados de forma semejante. Entre ellos murieron veinticinco miembros de nuestra

familia. En la noche del 20 de noviembre de 1942 fuimos descubiertos por una patrulla de policías *ucranianos*. En lugar de asesinarnos, se limitaron a incautarse de todas nuestras pertenencias. Nos tocó volver a emprender la huida sin saber adónde ir. Apenas teníamos ropa de abrigo y así tuvimos que pasar los siguientes dos años, ocultos en sótanos, bodegas y cobertizos. Pasamos muchas noches a la intemperie golpeados por las heladas. Es un milagro que no muriéramos por congelación. Durante año y medio no pudimos mudar de ropa ni tuvimos delante un plato de comida cocida. No habríamos soportado dos semanas más en aquellas condiciones. Pero el Ejército Rojo llegó por fin y nos liberó. Ahora nuestro hermano, combatiente del Ejército Rojo, se cobrará la venganza por nuestra familia y por todo el pueblo de la Unión Soviética».

Desde todos aquellos «zulos», «escondrijos» y sótanos, a través de grietas abiertas en las paredes o agazapados en los huecos donde habían encontrado cobijo, los sobrevivientes fueron testigos de escenas terribles que se sucedían sin cesar. Ante sus ojos se desarrollaba el sangriento espectáculo de las ejecuciones, el monstruoso paisaje de la muerte cotidiana.

«A través del conducto de ventilación pude ver cómo los alemanes vejaban a sus víctimas antes de quitarles la vida. Los amenazaban con enterrarlos vivos para conseguir que, a cambio, accedieran a desnudarse antes de las ejecuciones. A los alemanes no les alcanzaban las balas y por eso enterraban viva a mucha gente y la cubrían con cal viva. Enfermé de disentería en el sótano donde me escondía, pero a través del conducto de ventilación alcancé a ver cómo los alemanes arrastraban a jóvenes judías a un cobertizo que se alzaba junto al lugar de la ejecución para violarlas antes de darles muerte. Escuché a una muchacha pidiendo ayuda y golpeando a un alemán en la jeta. ¡La enterraron viva en venganza!», escribió Osher Zisman.

«Los gritos de los niños nos llegaban de todos lados. Subían a los condenados a los camiones y se los llevaban a Kurtuz-Bereza. Allá habían abierto zanjas enormes en la turba a las que arrojaban vivos a los niños y los mataban con granadas. Los adultos eran enterrados vivos», escribe Vera Bakaliash.

Entre doce y quince judíos de Brest sobrevivieron. La población

judía de la ciudad era de veinte mil personas. Fue un verdadero milagro que a pesar de que la muerte los rondaba día a día, minuto a minuto, a pesar de que perdieron a todos sus seres queridos, a pesar de que les tocó enfrentar peligros constantes y padecer las penurias más acuciantes tanto del cuerpo como del espíritu, estas pocas personas mostraran una voluntad de vivir tan inmensa en aras de vindicar su honor y sumarse a la lucha contra los ocupantes. Así concluye el informe redactado por la Comisión: «En Brónnaya Gorá los alemanes destruyeron tanto las vías férreas como las instalaciones ferroviarias y los edificios anejos a la estación de trenes. Cuando se vieron obligados a retirarse, los ocupantes incendiaron los edificios o los hicieron explotar; el tejido ferroviario fue destrozado con una máquina traída especialmente para ello. Esa máquina dejó fuera de servicio tanto los rieles como las traviesas. Pimashzug fue el nombre que recibió el destacamento encargado de esos trabajos. Lo mandaba un alemán, el capitán Sporberg. Los daños ocasionados a la estación de ferrocarriles de Brónnaya Gorá han sido valorados en 1 152 000 rublos. Las entrevistas a los testigos y los datos recopilados por la Comisión en la región de Brest permitieron establecer que los asesinatos en masa que padecieron los ciudadanos soviéticos residentes en Brónnaya Gorá y Smoliarka fueron perpetrados por unidades especiales de las SS y las SD mandadas por las siguientes personas:

1. Mayor Rodé, jefe de la oficina de la policía regional de Brest (hasta principios de 1944).
2. Biner, jefe de la oficina de la policía regional de Brest (desde principios de 1944 y hasta la expulsión de los alemanes que ocuparon Brest).
3. Teniente Hofman, jefe de la policía en el Distrito N.° 1 de la ciudad de Brest.
4. Golter, Griberg y Boss, jefes de la policía en el Distrito N.° 1 de la ciudad de Brest.
5. Teniente Preisinger, jefe de la policía en el Distrito N.° 2 de la ciudad de Brest (hasta principios de 1944).
6. El *Oberscharführer* de la SD Sagatski (alemán), jefe de la policía criminal.
7. Ivanovski (polaco): jefe de la policía criminal.

8. *Obersturmfübrer* Zibel, adjunto al jefe de las SD.
9. Capitán Dauerlein, jefe de los gendarmes a las órdenes del *Gebietskommissariat.*
10. Guerik, agente de la SD.
11. Teniente de primera Gardes, jefe de los gendarmes de Kartuz-Bereza.
12. Grieber y Wanzman, oficiales de las SD (ambos tomaron parte directa en los fusilamientos).

(Firmas de los miembros de la Comisión)

La traumatizada memoria de las víctimas guardó todos esos nombres y nos los transmitió. Figuren todos ellos en la lista de los verdugos que reciban castigos ejemplares y merecidos.

EDITOR: MARGARITA ALIGUER

Mi tragedia. Carta de Kíselev, un soldado del Ejército Rojo

Permítanme presentarme: soy Zalman Iosélievich Kíselev, vecino del caserío de Liozno, región de Vítebsk. He vivido casi cinco décadas sobre esta tierra, pero ahora mi vida ha quedado rota bajo el criminal peso de las botas alemanas. Estudié en el colegio Talmud-Tora, un establecimiento para niños pobres al que me llevaron mis padres. En 1929-1930 cursé estudios en la escuela regional de las granjas agrícolas colectivas. Tuve gran afición a la lectura. Leí a Victor Hugo, a Balzac, a Tolstói, a Shakespeare o a Jules Verne, siempre en medio de privaciones y realizando duros trabajos. A continuación os relataré la tragedia de la que soy protagonista y cuya autora fue la guerra. Nací en 1900 en la familia de un cochero. En una familia así, la felicidad era escasa. Cada año se nos moría un caballo. Como ya he dicho mis padres me llevaron a la escuela Talmud-Tora, donde un estudiante ya graduado me enseñaba las letras. En 1920 mi madre y yo acudimos a visitar a unos parientes en el caserío de Babinóvichi. Allí me sentí muy atraído por una joven, prima tercera mía. Era alta, de muy buena figura y tenía un hermoso semblante. Me sedujo su carácter amable y me agradó que fuera *[de una familia humilde]*, de manera que no le repugnaba mi condición paupérrima. Creo que también yo le gusté a ella. Recibí una vaca a modo de dote y celebramos la boda para la que pude aportar apenas cuarenta rublos, algo que no nos importó, pues nuestro amor estaba por encima de todo. El matrimonio me insufló vida. Nada me parecía duro si tenía a mi lado a la mujer que amaba. Trabajaba día y noche; era feliz. Ya en 1928 teníamos dos hijas preciosas a las que mi mujer no cedía en belleza. Me consideraba el hombre más feliz del mundo. Por entonces conseguí un empleo en la empresa Belmiastorg. Dedicaba las noches al estudio y la lectura. El año 1931 las cosas se me pusieron muy duras. Así, me vi obligado a abandonar los estudios y dedicarme a la manufactura de alimentos. Apenas recibía algo de

pan para comer, pero mi esposa soportaba a mi lado la crudeza de la situación. En general, me consideraba un hombre dichoso y vivía en paz. Era pobre, pero honrado, y ello me había granjeado el respeto de mis vecinos. En 1941 era dueño de una vaca, dos cerdos, algunos panales de abejas y una huerta. Tanto mi mujer como yo trabajábamos duro. Teníamos seis hijos: cinco chicas y un rapaz. Y entonces llegó la guerra: el enemigo cayó de repente sobre nuestra patria. El 5 de julio de 1941 marché a servir en el ejército. Entretanto, mi mujer permaneció en Liozno junto a nuestros seis hijos y a mi madre que a la sazón contaba setenta y cinco años. Los alemanes ocuparon Liozno el 12 de julio. A partir de ese momento perdí todo contacto con mi familia. Pero en mayo de 1942 recibí de pronto una carta de mi esposa. Escribía desde la ciudad de Saraktash en la provincia de Chkálovo. La misiva concluía transmitiéndome los saludos que me mandaban nuestros hijos. Como es natural, mi alegría fue inmensa. El intercambio epistolar se prolongó durante más de un año. Podía percibir el dolor en las cartas de mi esposa. En junio de 1943 recibí una carta en la que se me informaba que mi esposa, Faniusia Moiséyevna, había caído gravemente enferma y se me instaba a visitarla. En aquel momento me encontraba con las tropas del Ejército Rojo en el Arco de Kursk y la situación militar era extraordinariamente tensa. Ello hizo que me abstuviera de viajar. Dos semanas más tarde recibí una nueva carta en la que leí la siguiente expresión: «Su familia ha abandonado Saraktash».

Comprendí inmediatamente qué quería decir aquella expresión. También nosotros nos referíamos así a las bajas en combate. Pregunté a la dueña del apartamento donde estaba alojada mi mujer cuántos menores la acompañaban. Me respondió que Fania había llegado sola, pues perdió a los niños cuando cruzaba la línea del frente. Más tarde supe cómo habían ocurrido los hechos. En los primeros días del mes de marzo de 1942, después de que muchos de mis parientes fueran asesinados por los alemanes, mi familia y otras más huyeron a ponerse bajo la protección de los partisanos. Cuando consiguieron llegar hasta la línea del frente, mi mujer dejó a los niños con mi madre y avanzó hasta una aldea cercana en busca de pan. Finalmente, decidió pernoctar en la aldea y nuestras fuerzas, que movían sin cesar la línea del frente, llegaron a la aldea esa

misma noche. Ello le hizo imposible regresar a buscar a nuestros hijos. Así fue cómo mi pobre Fania se vio obligada a vivir el resto de su corta vida sin sus hijos, un dolor que se llevó a la tumba pues jamás quiso confiármelo para evitar mi dolor. Ella fue el mejor amigo que deparó esta vida. Os ruego que escribáis la historia de sus desgracias con vuestras propias palabras.

20 de abril de 1944

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

Carta de Gofman, soldado del Ejército Rojo (Krasnopólie, región de Moguiliov)

A continuación relataré la tragedia que se abatió sobre Krasnopólie. Allí fueron asesinados mil ochocientos judíos, entre los que se contaban mis seres queridos: mi bella hija, mi hijo enfermo y mi esposa. De todos los judíos que habitaban la ciudad apenas sobrevivió, y de milagro, una sola persona: Lida Vysótskaya. Fue ella quien me envió una carta narrándome los hechos acaecidos allá. Por ella supe que la víspera de la masacre, cuando ya tenían prohibido abandonar el gueto, mi esposa se encaminó a la ciudad llevando el bochornoso estigma cosido al pecho y la espalda, para conseguir algunas manzanas secas que dar de comer a nuestro hijo enfermo. Se proponía alargar siquiera por un día la vida de la pobre criatura que adoraba. El 20 de octubre de 1941 los alemanes reunieron a todos los judíos de la ciudad y los fusilaron. A los niños les dejaron vivir otros dos meses entre horribles tormentos. Mi hijo estuvo enfermo durante mucho tiempo, pero los médicos consiguieron salvarle la vida. La ciencia soviética lo salvó. Pero después vinieron aquellas bestias y lo mataron a tiros.

Ahora soy un esposo sin mujer y un padre sin hijos. Ya no soy joven, pero llevo tres años combatiendo al enemigo. Me he vengado y continuaré vengándome. Soy uno más de los hijos de esta gran Patria y un soldado del Ejército Rojo. Crie a mi hermano menor, quien hoy es coronel y lucha en el Primer Frente de Ucrania. También él practica la venganza. A veces me preguntó cuántos alemanes merecen morir por cada niño soviético asesinado. En el bosque o en el bunker, siempre tengo ante mí la tragedia de Krasnopólie. Fueron tantos los niños asesinados allí, como en tantas otras aldeas y ciudades, tantos pequeños de tantas nacionalidades, que juro que vengaré sus muertes mientras mi mano sea capaz de empuñar las armas.

10 de marzo de 1944

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

En el hueco

La pequeña Jinka Vrublevich contó su breve y no por ello menos horrible historia a su salvador, el capitán del Ejército Rojo V. Krapivin. Cuando aquella extraña criatura sucia, andrajosa, desgreñada y descalza a la que le sangraban las manos despellejadas fue conducida ante el capitán, a éste le costó convencerse de que se trataba de una niña.

Pero aquel ser asilvestrado hasta el punto de perder toda apariencia humana comenzó a hablar de repente. Y su relato iba siguiendo uno a uno los jalones del sufrimiento y la soledad que padeció. Jinka Vrublevich nació en Vysoki Mazoviétsk, una pequeña aldea judía. Su padre, de profesión zapatero, vivió allí hasta 1941, cuando llegaron los alemanes y las vidas de todos los vecinos de la aldea se vio sacudida por el horror. *[Las desgracias que se abatieron sobre la familia Vrublevich tenían una sola motivación: su condición de judíos.]* La primera iniciativa de los alemanes fue la habilitación de un gueto en el que encerrar a todos los judíos de la aldea. A él fueron a parar el padre de Jinka, de treinta y siete años, su madre, de cuarenta, sus tres hermanos de diecisiete, diez y siete años, y ella misma. Durante casi un año vivieron en el gueto, si es que se le puede llamar vida a aquella existencia marcada por el hambre y el permanente miedo a la muerte. Pero aquellos meses llegaron a su fin cuando los alemanes comenzaron a trasladar a todos los judíos de los alrededores a las Barracas rojas de Zámbrov, que tan triste celebridad ganaron durante los años de ocupación. Miles y miles de personas fueron conducidas a esas barracas. Nadie volvía a saber de ellos. El horror que les producía Zámbrov era tan grande que la familia se escabulló durante la marcha y huyó al bosque. Tras dos semanas deambulando entre la arboleda fueron descubiertos por dos polacos de Vysoki Mazoviétsk que colaboraban con los alemanes: Vysotski y Leonard Shikorski. Estos se llevaron de vuelta a la aldea a sus dos hermanos pequeños. La niña desconoce la suerte que corrieron más allá de que los enviaron a Zámbrov. No obstante,

está convencida de que fueron asesinados por los alemanes.

Jinka, su padre y el hermano sobreviviente se internaron en lo más profundo del bosque y cavaron un hueco en el que se escondieron durante un año. Se alimentaban de bayas y limosnas que les daban en las aldeas a las que acudían algunas noches. Un día los alemanes consiguieron dar con el rastro de su padre y lo asesinaron ante los ojos de Jinka y su hermano. Ahora los niños se habían quedado solos en el hueco. Los rodeaba el bosque, los pantanos y la vida salvaje… Pero muy pronto se les unió otro judío que también se ocultaba de los alemanes como ellos. Y trajo consigo la desgracia pues por lo visto lo seguían, de manera que muy pronto aparecieron dos desconocidos a despojar al recién llegado de todas sus últimas pertenencias. Los mismos responsables del despojo dieron noticia a los alemanes de la ubicación del escondite. El momento más terrible de la vida de Jinka estaba a punto de producirse. En cuanto escucharon los pasos de los alemanes, los tres fugitivos salieron del hueco y echaron a correr. Las ráfagas de una docena de fusiles automáticos resonaron con fuerza a sus espaldas. Las balas alcanzaron al hermano de Jinka matándolo en el acto. La niña lo sintió caer a su lado. Tampoco vio más al tercer ocupante del hueco. Cuando acabó todo, Jinka se arrastró de vuelta al escondite. Ahora se había quedado sola en medio del bosque. Ahora no tenía padre ni madre, hermanos ni parientes… Estaba sola en el mundo. Y si ya era duro estar metida en un hueco en medio de un bosque, más lo era saber que estaba rodeada de verdugos y asesinos *[alemanes]*. Y sin embargo había algo que le insuflaba esperanzas: sabía que los alemanes serían derrotados. Esa certeza la ayudaba a resistir y cada noche, como antes, se acercaba a las aldeas a recibir algún trozo de pan que las generosas campesinas le daban a hurtadillas.

¡Imaginaos por un instante la escena! Una noche de invierno, sopla con fuerza la ventisca, centenarios abedules se doblan ante el diabólico empuje del viento. Y de pronto aparece la magra figura de una niña avanzando a duras penas sobre la nieve. Con una corteza de pan apretada con fuerza en su minúsculo puño, la niña intenta llegar a toda prisa al oscuro hueco donde pasará todo el día, temblando de frío, hasta que la oscuridad de la noche le permita volver a asomarse a la superficie.

Una avanzadilla de nuestros hombres la encontró en medio del bosque cerca de la aldea de Golashi, unos diez kilómetros al este de Zámbrov. Estaba escondida en el hueco.

«No sé si he conseguido trasladar todo el horror de aquella tragedia tal como entonces la percibí. Cuando la niña concluyó su relato, quienes la escuchamos, hombres que habíamos luchado en la primera línea de combate y habíamos sido testigos de todos los horrores, no éramos capaces de mirarnos a los ojos. Nos avergonzábamos ante aquella criatura porque todavía hollaran nuestra tierra bípedos vestidos con el uniforme de la esvástica, porque no colgara de una farola el autor de *Mi lucha*, porque todavía estuviera con vida Alfred Rosenberg, propagandista del odio racial».

Con esas palabras concluye el relato que escuchó de labios de Jinka Vrublevich el comandante del Ejército Rojo V. Krapivin, quien la salvó de la muerte.

Es menester añadir que la pequeña Jinka, a quien la guerra había dejado huérfana, fue adoptada por la familia del Teniente del Ejército Rojo R. Schulman, donde encontró el cariño que tanto necesitaba.

EDITOR: VALERIA GUERASIMOVA

[Relato de una niña de Bialystok

El testimonio de Dora Shífrina, una niña de apenas diez años, fue escrito en un cuaderno rayado con la cuidada caligrafía de una estudiante aplicada. Allí leemos: «Veinte hombres fueron fusilados ante mis ojos en el edificio donde vivíamos. Cuando vi aquello eché a correr a la cercana casa de mi tío con mi hermanita y mi hermano. Las muertes que vi me causaron una impresión horrible. Los gritos y los llantos de las mujeres y niños eran insoportables. Me daba mucha pena ver aquellas escenas. Nuestra casa ardió con todas nuestras pertenencias dentro. Nos alojamos en la casa de mi tío por un tiempo. Los alemanes se comportaban como bestias. Mataron a muchos judíos. Tan sólo en nuestra casa y la de al lado asesinaron a setenta y cinco personas. A otros dieciséis mil se los llevaron con la excusa de que tenían que pagar una contribución y les aseguraron que los dejarían en libertad en cuanto la pagaran. No fue así. Los asesinaron a todos y después quemaron los cuerpos…

» Cuando se desató un gran incendio y comenzó a arder la sinagoga, los bárbaros alemanes agarraban a hombres, mujeres, ancianos y niños judíos y los arrojaban a las llamas».

Tampoco escaparon con vida los padres de Dora Shífrina. Ambos fueron asesinados ante su propia hija.

La niña de diez años recuerda muy bien aquello de lo que fue testigo. Y no lo olvidará jamás.

EDITOR: VALERIA GUERASIMOVA]

Liozno

Nací en la ciudad de Liozno, región de Vítebsk, en 1928. Allá vivía antes de la guerra en la casa de mis abuelos.

Los alemanes llegaron a Liozno el 16 de julio de 1941. Nos lo quitaron todo desde el primer día. Y prendieron fuego a nuestra casa.

El primer aviso que las autoridades colgaron por toda la ciudad establecía la obligatoriedad, bajo amenaza de muerte, de llevar brazaletes con la estrella de seis puntas en el brazo izquierdo. Se nos señaló una única calle donde vivir, de manera que unos seiscientos judíos nos vimos obligados a acomodarnos en unas treinta o cuarenta casitas.

En otoño de 1941 un alemán joven y con gafas apareció de repente en la calle que ocupábamos. En las mangas y el cuello de su guerrera se veían calaveras. El recién llegado eligió a seis ancianos tras un minucioso proceso de selección. Entre ellos estaban el ebanista Simón, uno de los judíos más respetados en toda la aldea, dos tullidos y Velvele, un pobre hombre privado de razón. Todos fueron encerrados en un cobertizo hasta la caída de la noche cuando los hicieron salir y los obligaron a arrastrarse a cuatro patas hasta la orilla del río. El agua estaba helada y en ella los torturaron durante tres días. Al cuarto día los mataron a tiros.

Los partisanos hicieron descarrilar un convoy que cargaba munición para las tropas alemanas. La exitosa operación se realizó en las inmediaciones de la estación de ferrocarriles de Krinka. A modo de represalia, los alemanes colgaron a seis vecinos de Krinka y después de colgados dispararon sobre los cuerpos con balas explosivas. Jamás olvidaré cómo uno de los alemanes trepó por la horca para tomar una foto de perfil de uno de los asesinados. En una ocasión vi a dos mujeres embarazadas a las que les habían abierto los vientres a bayonetazos. A su lado reposaban sendos fetos. En otra ocasión vi los veinticinco cadáveres de judíos vecinos de Babinóvichi que los alemanes dejaron abandonados en la

carretera que une esa localidad y Liozno. También vi un camión cargado de bielorrusos a quienes llevaban a ejecutar. He visto muchas cosas a mis cortos quince años.

Los policías irrumpían de repente en las casas del gueto durante las noches de invierno. Rompían los vidrios de las ventanas y sacaban a los judíos al frío de la calle a golpe de porrazos y culatazos.

A una de las casas, donde antes hubo una zapatería, los alemanes le arrancaron todas las puertas y rompieron las ventanas. Y allí, con una temperatura de cuarenta grados bajo cero, se alojaban cuarenta personas. Plagados de pulgas, aquellos miserables dormían sobre paja podrida por la que pululaban los gusanos.

En aquellas condiciones, la epidemia de tifus no se hizo esperar. Eran muchos los que morían a diario, pero su lugar en el gueto lo ocupaban inmediatamente otras familias judías llegadas de Vítebsk, Minsk, Bobruysk y Orshá.

A las dos de la tarde del 24 de febrero de 1942 los alemanes y los policías comenzaron a cargar a los judíos en camiones para llevarlos a un lugar de concentración. Cuando comenzó la redada yo no me encontraba en casa y al volver descubrí que todos los míos habían sido enviados a la muerte. Unos camaradas rusos me ocultaron en un cuarto de baño y tapiaron la puerta por fuera. Unas dos horas más tarde, cuando los alemanes se retiraron, pude salir de mi escondite. Alcancé a ver cómo fusilaban a muchos judíos, cómo las víctimas perdían la razón cuando eran conducidas a la ejecución. Mis abuelos se besaron antes de que los alcanzaran las balas. Se habían amado a lo largo de todas sus largas vidas y su amor duró hasta el instante en que se las quitaron.

Tras presenciar la ejecución de mis abuelos permanecí largo rato tumbado sobre la nieve en un estado de semiinconsciencia. No tengo palabras para expresar cuáles eran mis sentimientos. Ni siquiera llorar podía. Cuando cayó la noche me dirigía a la casa de una mujer rusa, *Feodosia Semíonovna Déjtereva*, a quien conocía desde niño. Sabía que no podría ofrecerme cobijo por mucho tiempo. Finalmente, abandoné Liozno y crucé la línea del frente.

Ahora estoy solo en este mundo. Pero tengo la suerte de vivir en la Unión Soviética y con eso queda dicho todo.

TESTIMONIO DE B. CHERNIAKOV

EDITOR: VSEVOLOD IVANOV

[Cartas de dos niñas bielorrusas (Stárie Zhuravlí, región de Gomel)

I

Los alemanes reunieron a todos los judíos y los obligaron a trabajar para ellos durante dos meses. Después llegaron los alemanes y comenzaron a sacar a los judíos de sus casas. Un alemán se acercó a un zapatero y éste lo golpeó en la frente con el martillo que usaba. El alemán cayó al suelo. Fusilaron al zapatero. A los demás judíos se los llevaron para fusilarlos. Una mujer consiguió zafarse de los alemanes y echó a correr. Los judíos fueron obligados a entrar al hospital. Allí los mataron a todos.

V. VOROBIOVA, ESTUDIANTE DE CUARTO DE PRIMARIA

II

Esos monstruos torturaban a los judíos moliéndolos a latigazos. Cuando los llevaban a ejecutar, una judía arrojó a su hijo fuera del camión. Había gente viendo aquello y quisieron recogerlo, pero los alemanes se interpusieron. La pobre criatura fue arrastrada a la zanja y asesinada. La madre consiguió escapar corriendo hacia el bosque. Pero volvió después a buscar a su hijo y los alemanes se aprovecharon para matarla.

LIUBA MAYÓROVA, ESTUDIANTE DE TERCERO DE PRIMARIA

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG]

Una carta de Zlata Vishniátskaya escrita en vísperas de su ejecución

Encontré esta carta en el caserío de Byten, región de Baranóvichi. La escribió Zlata Vishniátskaya antes de ser ejecutada junto a su hija, Yunita. El destinatario era, a la vez, un hombre que era esposo y padre. Los alemanes asesinaron a cerca de mil ochocientos judíos de Byten.

MAYOR VLADIMIR DEMIDOV

Mister Vishnet, Orange, Estados Unidos

(Carta escrita en lengua hebrea)

31 de julio de 1942

Queridos Moshkele y mis demás seres queridos:

El 25 de julio fuimos víctimas de una terrible carnicería, como los vecinos de todos los pueblos de esta región. Fue una ejecución en masa. Ahora sólo quedamos trescientas cincuenta personas con vida. Otras ochocientos cincuenta padecieron muertes horribles a manos de sus verdugos. Los niños pequeños eran arrojados a las letrinas como cachorros; la gente era sepultada con vida en hondas zanjas. No me extenderé demasiado sobre estos hechos. Seguramente alguien sobrevivirá por puro milagro y os podrá contar en detalle los tormentos que hemos padecido y el sangriento final que nos espera. Por ahora nos hemos salvado… ¿Conseguiremos escapar también de la próxima masacre? Cada mañana nos levantamos de la cama esperando la muerte. Cada día nos toca llorar a nuestros seres queridos muertos. Los tuyos, Moshkele, ya no están entre nosotros. Y debo decirte que los envidio. Concluyo aquí esta carta. No soy capaz de transmitiros todos los tormentos que estamos padeciendo. Os deseo salud a todos. Ya hay sólo una cosa que podéis hacer por nosotros: vengarnos. Es eso lo que os pedimos a gritos: ¡venguen nuestras

muertes! Os beso a todos con toda mi fuerza. Y os digo adiós en la víspera de nuestra muerte.

(Post-scriptum en lengua polaca) ¡Querido padre!

Te digo adiós en la víspera de mi muerte. Tenemos muchas ganas de vivir, pero estamos perdidos: ¡no nos dejarán hacerlo! Tengo mucho miedo a esa muerte, porque sé que arrojan a los niños vivos a las zanjas. ¡Hasta siempre! Te beso con toda mi fuerza, con toda.

TUYA, YU[33]

G. te manda un beso.

Los Temchin, una familia de Slutsk (Fragmentos de cartas enviadas al piloto de aviación Yefím Temchin)

I

27 de septiembre de 1944

Hola, Yefím. Hoy he estado en el Consejo metropolitano y allí encontré la carta donde pides referencias de los tuyos. He de comunicarte, como al soldado de corazón recio que eres, que tus seres queridos que quedaron en la ciudad ya no están entre los vivos, como tampoco lo están los míos. He sabido de tu heroico comportamiento en la lucha que libramos contra el enemigo. Siempre supe que era eso lo que cabía esperar de un hombre como tú. Tu camarada de siempre,

ANATOLI POTEJIN

II

2 de octubre de 1944

Mi querido y solitario hermano Yéfim:

Por fin consigo encontrar, entre todos los miembros de la que fue nuestra familia, a alguien que me resulta tan cercano y querido. No obstante, la herida abierta en mi alma no cicatrizará jamás. Tú y nadie mejor que tú sabes cuánto quise y reverencié a nuestra familia, cuánto nuestra madre lloró por nosotros. Ahora no queda nadie. No te puedes imaginar, Yefím, cuánto lo siento por mamá y papá, por Pinjos, Freud, Nejama y Roza. Hasta ahora nada he podido saber de la suerte que corrió Mani.

Vi por última vez a los nuestros a las diez de la mañana del 22 de junio de 1941. Tú los dejaste de ver antes, cuando marchaste a

iniciar tus estudios. Ése fue el día en que me despedí de ellos de camino al frente de batalla. Entramos en combate el 24 de junio. Y el 26 fui herido de gravedad cerca de Chernigov lo que me obligó a pasar ocho meses entre hospitales. Después me uní voluntariamente a mi unidad y volví a recibir una herida grave. Ahora estoy en Lituania, destacado en una unidad que no participa directamente en los combates. He emprendido muchas gestiones para conocer el paradero y la situación de nuestra familia, pero todo ha sido estéril. Siempre he tenido presente a la familia: pensaba en ellos al levantarme en las mañanas, al sentarme a comer, al irme a la cama cada noche. Con todo, cuando llegó la carta que me comunicaba el destino de los nuestros ya estaba preparado para ella, porque había visto de sobras lo que los alemanes son capaces de hacer a los judíos. En Kaunas, por ejemplo, asesinaron e incineraron a sesenta y cinco mil judíos. *[Pude ver con mis propios ojos cómo acarreaban los cuerpos calcinados después de la liberación de la ciudad.]* Tenemos que dominarnos, Yefím. Tenemos que demostrar nuestra hombría. Domínate, te lo ruego. Conoces perfectamente cuánto amaba yo a los nuestros. Antes, cuando vivíamos todos juntos, trabajaba más que todos para ayudar a la familia, porque sentía mi responsabilidad como el mayor de los hermanos. Mi amor por mi familia, y especialmente por nuestra madre, era inmenso. La madre es lo más querido, lo más próximo, que alguien puede tener en este mundo. Y si yo trabajaba como lo hacía, era por la pena que me inspiraba mamá. ¡Qué pena, Yefím, que no tengamos ni una sola fotografía de toda la familia reunida! Lástima que no podamos admirarla y recordarla toda junta. Una vez más, Yefím, te ruego que sepas dominarte y hacer gala de tu hombría. No te ofendas porque te lo reitere: eres todo lo que me queda en este mundo. Eres el único motivo de felicidad que tengo.

Tu hermano,

LEYZER

III

(Esta carta acompañaba a la anterior)

29 de agosto de 1944

¡Hola, Leyzer!

Respondo aquí a tu solicitud de información sobre lo sucedido en Slutsk. Los alemanes se llevaron a tu padre a la fábrica de conservas, donde lo colocaron como especialista. Pero apenas unos días más tarde lo detuvieron y lo llevaron de vuelta a casa para practicar un registro. Tu padre apenas se tenía en pie. Los alemanes arramblaron con todo lo que quisieron. Cuatro o cinco días más tarde escuché que lo habían asesinado. No le dije nada a tu madre y la pobre continuaba saliendo a recorrer la ciudad cada día en la esperanza de ver a tu padre. Los alemanes se incautaron todo el ganado en propiedad de los judíos. A partir de entonces nos resultó muy difícil alimentar a tus hijos pequeños. El gueto surgió a principios de octubre y a allá comenzaron a mudarse todos los judíos. Al principio había un solo gueto, pero después fue creado otro más, en el campo. En el primero, enclavado en la ciudad, vivían los judíos que trabajaban en las fábricas. La vida en este gueto resultaba más soportable, pues sus vecinos salían del perímetro y podían conseguir alimentos en la ciudad y vender los pocos objetos de valor que aún conservaran. Las condiciones de vida en el gueto de las afueras de la ciudad eran mucho más duras, pues no se permitía a nadie abandonarlo. Los tuyos fueron a parar a ese segundo gueto, pues el único miembro de la familia en edad de trabajar era Pinjos, pero estaba desempleado en aquel momento. Muy pronto los alemanes comenzaron a exterminar a los judíos del segundo gueto. Las ejecuciones solían tener lugar los lunes y los sábados. Cada vez salían entre dos y cuatro camiones con los condenados. Los llevaban a fusilar al bosque, cerca de Bezverjóvichi. Pinjos tuvo la suerte de encontrar un trabajo a última hora y eso le salvó de ser incluido en la primera partida de condenados a muerte. Su condición de empleado le valió para ser trasladado junto a toda la familia al gueto instalado en la ciudad. Allá permaneció hasta el último momento, es decir, hasta el 8 de febrero de 1943, cuando el gueto fue completamente desmantelado. Cuando se trasladan de un gueto a otro los alemanes les robaron casi todo lo que tenían. Los ayudé cuanto pude; venían a verme una y en ocasiones hasta dos veces por semana. Pero mis recursos eran escasos, si se tiene en consideración que cobraba un salario mensual

de apenas trescientos cincuenta rublos por mi trabajo como maestro, cuando un kilogramo de manteca de cerdo se vendía por quinientos o seiscientos rublos y en algún momento se llegó a pagar hasta mil o mil cien rublos por uno. Tu familia vendió una máquina de coser, una bicicleta y un reloj. Por último, te diré que Mania consiguió escapar. Saltó del camión en marcha que la llevaba a fusilar y llegó hasta mi casa con el rostro cubierto de lágrimas. Le di algunas provisiones y se internó en el bosque.

Tu vecino,

SULKOVSKI

IV

20 de octubre de 1944

¡Mi querido amigo Yefím!

A pesar de que me mantuve escondido en la ciudad, muchos pogromos tuvieron lugar ante mis ojos. Los alemanes fusilaron a tu padre antes de que los pogromos se tornaran habituales. En más de una ocasión nos escondimos junto a Pinjos para evitar los pogromos. También tu madre, Mania y sus pequeños estaban con nosotros en esas ocasiones. Me resulta muy difícil trasmitirte toda la tragedia que nos tocó vivir. Para mí fue más fácil, porque estaba solo. A principios de 1942 me fui a luchar con los partisanos. Pinjos decidió quedarse, porque sabía que siendo la única persona de la familia que trabajaba, los fusilarían a todos si se marchaba. Luché con los partisanos hasta julio de 1944. Fui el segundo al mando de una unidad guerrillera.

Tuyo,

SENIA

V

23 de octubre de 1944

Acabo de volver de Slutsk, donde pasé unos pocos días. La ciudad ha ardido casi por completo. Apenas se alzan unas pocas

casas en Ostrov, Reychani y la calle Volodárskaya. Papá fue fusilado en agosto de 1941 en Monajov Sad. Antes de fusilarlo, los alemanes lo sometieron a crueles tormentos, fracturándole las piernas y los brazos. Así lo trajeron a casa donde practicaron un registro. Mamá, Pinjos, Freida, Roza y Nejama fueron fusilados en Majorti en 1943. Cuando los subían al camión para llevarlos a fusilar, Roza quiso huir, pero fue herida en una pierna y cayó al suelo. La subieron toda ensangrentada al camión; mamá la llevaba en brazos. Así me lo comunicaron testigos presenciales de la escena. Más de veinte mil personas inocentes fueron aniquiladas en Slutsk. Es horrible, Yéfim, observar todo los que los alemanes hicieron a esa ciudad y escuchar cómo se ensañaron con sus habitantes. Aquello fue horroroso. ¡Y, sin embargo, Mania vive! Está en Pinsk. Ella sí consiguió escapar del camión en el que la llevaban a la muerte. Luchó junto a los partisanos. Le escribí y te anoto su dirección.

Tu hermano,

LEYZER.

VI

28 de octubre de 1944

¡Mi querido y muy amado hermano Fima!

Hoy es para mí el día de mayor gozo que me ha tocado disfrutar en mi corta vida. ¡He recibido una carta de Leyzer y ahora sé que ambos estáis vivos!

Cuando llegaron los malditos alemanes vivíamos todos juntos y hasta ayudábamos a la tía Sonia. Papá todavía estaba con nosotros. Nadie sabía cuánto dolor nos iba a tocar soportar. Papá no quería ir a trabajar para los alemanes, pero lo obligaron a hacerlo porque era el único especialista en la producción de conservas de vegetales a gran escala. No duró mucho en el puesto. Pronto los alemanes conocieron que había trabajado para el poder soviético y lo arrestaron el sábado 26 de julio. Lo trajeron a casa que registraron en su presencia. Lo habían golpeado con saña. Tenía fracturados los brazos y las piernas. Alcancé a verlo en ese estado. Mamá les imploró y rogó que lo dejaran vivir: fue en vano. Los alemanes arramblaron con todo lo que les apeteció y se llevaron a papá con

ellos. Mamá se despidió de él con un beso. Sus últimas palabras fueron: «Cría a nuestros hijos, que a mí me van a matar».

Lo fusilaron en Monajov Sad, un lugar que convirtieron en un cementerio, pues allí enterraron a unas mil personas. A partir de ese momento tuvimos que vivir como limosneros. Los malditos alemanes se inventaron encerrarnos en un gueto. Hacía frío y pasábamos hambre. La gente vivía aglomerada en casas o barracas. No se nos permitía abandonar el perímetro del gueto. Poco después comenzaron las ejecuciones en masa. Por siete veces estuvimos al borde de la muerte, pero de una u otra forma cada vez conseguimos evitar que no nos subieran a los camiones. Simón Strugach quedó paralítico en el gueto. Lo subieron en volandas al camión. Muchos de nuestros amigos murieron en aquellas masacres. Según me escribe Leyzer, tan sólo se salvaron aquellos que se unieron a tiempo a los partisanos. Al llegar la Pascua de 1942 los alemanes desmontaron aquel gueto, de manera que sólo quedaron con vida quienes trabajaban para ellos. Gracias a que Pinjos había conseguido un empleo pudimos trasladarnos con él al otro gueto. Pero no encontrábamos sitio allí. A pesar de las intensas heladas, mamá y los pequeños pasaban las noches en un cobertizo, cuando no a la intemperie. Nos alimentábamos de piel de patatas y salvado. Mamá se veía horrible: parecía un cadáver andante. Los niños, ajenos a la naturaleza de nuestra situación, no paraban de pedir algo de comer. Y así llegó el lunes 6 de febrero de 1943. Los alemanes rodearon el gueto y comenzaron a subir a la gente a los camiones. A Pinjos fue al primero que se llevaron. Después les tocó el turno a mamá y a los pequeños. Se los llevaron hacia las nueve de la mañana. A mí me tocó a la una de la tarde. Todavía puedo oír los gritos de nuestras hermanitas cuando las arrastraban hacia la muerte. A Roza le pegaron un tiro enseguida. En mi camión había niños y adultos a quienes habían disparado cuando ofrecieron resistencia. Avanzábamos por la carretera que conduce a Bobruysk. La parte trasera del camión iba cubierta con una lona impermeable. Dos alemanes viajaban detrás con nosotros. Decidí saltar del camión en marcha. Me pareció preferible morir allí en la carretera. El camión se desplazaba a gran velocidad. Con la ayuda de una navaja de afeitar que llevaba conmigo corté la lona por debajo de la ventana y salté. El camión ya estaba lejos cuando recobré el

conocimiento. Me dirigí a la casa de Valia Zhuk: «¡Ayúdame!», le rogué. Durante seis días ella y su madre me escondieron en un cobertizo. De ahí me fui a ver a Sulkovski y desde su casa marché a los bosques donde encontré por fin a los partisanos. No puedo continuar: ahora mismo tengo los ojos llenos de lágrimas. Estuve con los partisanos hasta la llegada del Ejército Rojo y ahora trabajo en Pinsk, donde me ha contratado la Cruz Roja como contable. Hermano querido, sólo una cosa te pido: ¡venganza, venganza y más venganza! Tu hermana, Mania

EDITOR: O. SÁVICH

Materiales recopilados por la Comisión Estatal Extraordinaria para el establecimiento y la investigación de las atrocidades perpetradas por los ocupantes fascistas alemanes (Declaraciones de ciudadanos soviéticos)

Del acta del interrogatorio a la testigo Mira Márkovna Zarétskaya

9 de agosto de 1944

Zarétskaya: Vine de Smolensk hace tres días. Ahora resido provisionalmente en la calle N. Ostrovski, N.° 5, apartamento 1.

La interroga el General de brigada Burdenko.

Burdenko: ¿Dónde residió hasta esa fecha?

Zarétskaya: Viví en Minsk desde 1936. Durante estos últimos tiempos he estado trabajando para el Departamento de personal de la Dirección de transporte ligero. También trabajé impartiendo metodología en algunos establecimientos de enseñanza. Antes obtuve en Jarkov el título de Ingeniero mecánico en el sector agrícola.

Burdenko: Relátenos lo que vio en el campo de concentración. ¿Cuáles eran las condiciones de cautiverio para los prisioneros de guerra y los civiles?

Zarétskaya: Los prisioneros de guerra y los demás detenidos compartían una misma barraca. El hacinamiento era enorme. Aquello no parecía una barraca, sino una pocilga. Los prisioneros de guerra y los detenidos compartían un mismo espacio. En cambio, los judíos vivían encima de los talleres en los que trabajaban.

Burdenko: ¿Dónde tenían a las mujeres? ¿En la misma barraca?

Zarétskaya: No había mujeres con los prisioneros de guerra y los detenidos. Las mujeres judías vivían aparte. Sólo las familias permanecían unidas.

Burdenko: ¿Qué sabe de los fusilamientos? ¿Cuándo comenzaron?

Zarétskaya: Los fusilamientos en los campos comenzaron en el mes de octubre de 1943. Fui testigo de las llegadas diarias de camiones cubiertos cargados con vecinos de Minsk a los que fusilaban, incineraban y enterraban en enormes zanjas. A partir del 23 de junio se multiplicó el número de camiones y vehículos que conducían a los condenados. Eran tantos que resultaba imposible llevar la cuenta.

Burdenko: ¿Presenció incineraciones en crematorios?

Zarétskaya: No vi personalmente cómo introducían los cuerpos en los crematorios, pero sí veía las llamas y las columnas de humo. También escuchaba las descargas de fusilería.

Burdenko: ¿Alguien le dijo cuántas personas pudieron haber sido incineradas en el campo de concentración?

Zarétskaya: Fueron muchas. Yo creo que deben rondar el medio millón. De todas las aldeas traían a familias enteras cuando uno solo de sus miembros se marchaba a luchar junto a los partisanos.

Burdenko: ¿Permitían los alemanes que los detenidos recibieran paquetes desde el exterior?

Zarétskaya: Oficialmente, no. Pero sobornando a los guardias o a los policías se podían hacer llegar los paquetes.

Pregunta: ¿Alcanzó a ver alguna cámara de gas móvil?

Zarétskaya: Sí, vi los camiones sellados donde asfixiaban a la gente con gas. Los vi en los talleres. Eran enormes. Podían acomodar de una vez a más de un centenar de personas. Un grupo de judíos que trabajaban en la sede de las SD era el encargado de limpiar el interior de los camiones después de cada operación. Encontraban cabellos y huellas de sangre, porque parece que algunas de las víctimas sangraban por la nariz mientras se ahogaban.

Pregunta: ¿Usted nunca estuvo involucrada en esas operaciones de limpieza?

Zarétskaya: No. Personalmente, no.

Pregunta: ¿A qué se dedicaba usted en el campo de concentración?

Zarétskaya: Lavaba la ropa de los judíos, los prisioneros y demás.

Pregunta: ¿Es cierto que un total de noventa mil judíos fueron llevados al campo durante su estancia allí?

Zarétskaya: No, esa cifra no se refiere al tiempo en que viví en el campo de concentración. Esa cifra corresponde a 1942, mientras que yo estuve en 1943.

M. ZARÉTSKAYA

Tomado de los materiales recopilados por la Comisión Estatal Extraordinaria. Expediente N.° 124, pp. 95-98

Del acta del interrogatorio al testigo Lev Shayévich Lanski

9 de agosto de 1944

La interroga el General de brigada Burdenko.

Burdenko: ¿Desde cuándo fue usted testigo de las atrocidades cometidas por los alemanes?

Lanski: Soy de Niezvizha, provincia de Baranóvichi. El 17 de enero de 1941 los alemanes me encerraron en un campo de concentración. Conocí varios campos, todos en las inmediaciones de Trostianiets.

Burdenko: Podía desplazarse libremente por el interior del campo.

Lanski: Sí.

Burdenko: ¿Cuándo los alemanes comenzaron a incinerar cuerpos?

Lanski: No puedo decirle la fecha exacta… Fue hace unos ocho meses. Pero sólo estuve desde el 5 de enero de 1943 en el campo donde los incineraban.

Burdenko: ¿Acaso quiere decir que incineraban los cadáveres a la vista de todos?

Lanski: Pude verlo sin dificultad, porque yo estaba trabajando allí como electricista. Y desde lo alto de los postes eléctricos se veía todo.

Burdenko: ¿Pudo ver a los alemanes quemando a la gente en vida?

Lanski: Sí, quemaban a gente viva.

Burdenko: ¿Dónde quemaban viva a la gente?

Lanski: Dentro del propio perímetro del campo. Obligaban a la

gente a entrar en las barracas y les prendían fuego. Al mismo tiempo, otros prisioneros eran gaseados en las cámaras móviles.

Burdenko: ¿Cuándo se produjo la última incineración de cuerpos?

Lanski: El 28 de junio.

Burdenko: ¿Pudo ver a las últimas mujeres y los últimos niños quemados vivos?

Lanski: Sí, los vi.

Burdenko: ¿Pudo escuchar los gritos, los llantos y las súplicas de los niños arrastrados a las hogueras?

Lanski: Sí, todo aquello lo vi y lo escuché.

Burdenko: ¿Sabía usted que habían instalado un horno crematorio allí?

Lanski: Habían hecho cavar una fosa de 9 × 9 metros. La cavamos nosotros mismos. Fue hace unos ocho meses que nos ordenaron hacerlo.

Burdenko: ¿Puede describirme cómo fue la construcción del horno crematorio?

Lanski: Bueno, yo no participé directamente en su construcción… Pero desde lejos se veía que habían utilizados rieles de ferrocarril. Después colocaron abundante leña entre los rieles y la encendieron con ayuda de bombas incendiarias.

Burdenko: ¿Cómo se apellidaba el responsable del pelotón de fusilamiento?

Lanski: Reider.

Burdenko: ¿Puede decirme si en los últimos días previos a la liberación de Minsk los alemanes sólo colocaban cadáveres en la fosa en llamas o también arrojaban a gente viva?

Lanski: El día 29 trajeron a mucha gente. El infame Klimov era el jefe de la operación. Construyeron una barraca de cien metros de largo que llamaron Artsbarak.

Burdenko: ¿Cómo colocaban a la gente sobre las traviesas?

Lanski: Eso no alcancé a verlo, porque para entonces ya nos habíamos escapado. Pero antes de irme sí que pude ver cómo conducían a la gente hasta la barraca y cómo corría la sangre entre las traviesas.

Burdenko: ¿Fuisteis muchos los que escapasteis del campo de concentración?

Lanski: Eramos cuatro. Mi mujer y yo, más Gumanov y la suya. Y detrás de nosotros salieron otros siete judíos alemanes que han sido conducidos ahora a Moscú. Gumanov está ahora en el ejército y su esposa continúa aquí con nosotros.

Burdenko: Cuénteme, por favor, cómo era el trato que os dispensaban los alemanes: cuánta comida recibían, cuánto jabón, cuánta agua, *etc.*

Lanski: Nos daban doscientos gramos de pan al día y un poco de sopa. El jabón y la ropa que nos daban provenían de los judíos alemanes que iban aniquilando. Noventa y nueve convoyes ferroviarios cargados con judíos del este de Europa llegaron hasta el campo. Cada uno de ellos traía a mil personas desde Alemania, Austria o Checoslovaquia.

Burdenko: ¿Dónde están ahora?

Lanski: Fueron fusilados.

Pregunta: ¿Cuántas personas fueron incineradas en Trostianets, dejando a un lado a los judíos provenientes de Alemania, Austria y Checoslovaquia?

Lanski: Unas doscientas mil personas. No sé cuánta gente fue asesinada antes de que yo llegara al campo, pero mientras estuve allí mataron a 299 000 personas.

Burdenko: ¿Cómo trataban los alemanes a los enfermos? ¿Había alguna enfermería en el campo?

Lanski: Sí que había una, pero todos los enfermos graves eran aniquilados.

Burdenko: ¿Los médicos eran rusos o alemanes?

Lanski: Había dos médicos y ambos eran judíos alemanes.

Burdenko: ¿Hablaban ruso? Lanski: Uno de ellos lo hablaba.

Burdenko: Mañana o pasado mañana Lanski será llamado a declarar nuevamente.

L. LANSKI

Tomado de los materiales recopilados por la Comisión Estatal Extraordinaria. Expediente N.° 124, pp. 149-153

Del acta del interrogatorio al testigo Iván Osípovich Kasimov

Minsk, 17 de julio de 1944

Oriundo de Kropotkin, región de Kubán, I. O. Osipov es ruso, ciudadano de la URSS. No es miembro del partido y apenas ha cursado la educación primaria. Ejerce la profesión de músico en el Teatro de la Ópera y el Ballet. Reside en la ciudad de Minsk en la dirección: calle Podzamkóvaya, N.° 28, apartamento 2.

Se ha informado al testigo de la responsabilidad penal que acarrea prestar falso testimonio, según lo establecido en el artículo 136 del Código penal de la República socialista soviética de Bielorrusia.

Pregunta: ¿Vivía usted en Minsk durante la ocupación alemana?

Respuesta: Residí en el Minsk ocupado entre el 1 de abril de 1942, y el 3 de julio de 1944.

Pregunta: ¿Qué sabe de las atrocidades cometidas por los ocupantes fascistas en la ciudad de Minsk?

Respuesta: Fui testigo de la extrema crueldad con que los ocupantes trataron a la pacífica población soviética de Minsk.

El 25 de julio de 1942 los alemanes perpetraron un pogromo que se prolongó hasta el 3 de agosto, es decir, durante nueve días. Un alemán que se desempeñaba como jefe de la policía de Minsk, el mayor Bentske, un hombre alto y rubio oriundo de Kónigsberg, estaba al mando de la operación.

Los ejecutores directos del pogromo fueron los soldados alemanes de la guarnición de la ciudad y los pelotones de castigo de las SD. De asegurar el perímetro de la zona afectada por el pogromo se ocuparon policías bielorrusos.

Es difícil establecer cuántos ciudadanos soviéticos fueron asesinados en aquella operación punitiva. Con todo, el área destinada al gueto se redujo en un tercio cuando el pogromo hubo llegado a su fin.

Los verdugos asesinaban a sus víctimas a partir de un proceso de selección. Así, a los judíos que no podían desplazarse por sí mismos los mataban inmediatamente. Los enfermos, los incapacitados para el trabajo y los ancianos eran subidos a camiones y conducidos al lugar de la ejecución.

También los niños eran asesinados inmediatamente. Al término del pogromo, cuando se estrechó el perímetro del gueto y fue

necesario ocupar las viviendas que habían quedado deshabitadas, sus nuevos vecinos encontraron en los desvanes cadáveres de niños que no superaban el año y medio de edad. No sé si fue el 29 o el 30 de julio de 1942, pero en todo caso sí durante los días en los que se desarrolló el pogromo, tuve ocasión de ver cómo los alemanes arrastraban por la calle Rakóvskaya un carro cargado de víctimas que llevaban al cementerio judío. Conté unos doce cadáveres en el carro que avanzaba flanqueado por dos convoyes. Ese hecho demuestra que, como he dicho antes, los alemanes mataban a muchos judíos en el propio gueto.

Según los alemanes, el pogromo era su respuesta al hallazgo de una estación de radio y varios almacenes de armas en el gueto. Los judíos, sostenían, estaban en comunicación directa con Moscú y preparaban un levantamiento armado. Y así fue como los alemanes provocaron y llevaron a cabo una matanza indiscriminada de ciudadanos soviéticos. Los periódicos no se hicieron eco del pogromo.

El siguiente pogromo no se hizo esperar. Ocurrió en agosto de 1943. Esta vez la policía no tomó parte. Sí lo hicieron los alemanes empleados en el ferrocarril y los efectivos de las tropas antiaéreas.

Pude ver cómo los trabajadores ferroviarios entraban y salían del gueto en formación y guiados por oficiales alemanes.

En los días en que se produjo este segundo pogromo yo vivía a apenas dos manzanas del gueto. Durante una semana entera pude escuchar los disparos, los gritos y los ruegos que llegaban desde el territorio del gueto. Los propios alemanes transportaban a las afueras de la ciudad los numerosos cadáveres.

Los judíos se ocultaban en zulos. Los alemanes rastreaban esos escondites con la ayuda de perros entrenados y asesinaban a quienes encontraban en ellos. Todo eso lo pude ver con mis propios ojos.

A diferencia de lo ocurrido en anteriores pogromos, en esta ocasión algunos judíos ofrecían resistencia. Muchos alemanes, entre ellos algunos hombres de las SS, cayeron combatiendo a los judíos. Los funerales se sucedían sin cesar. Los judíos sobrevivientes eran conducidos a Trostianets, donde los ejecutaban.

Con la población rusa y soviética los alemanes se comportaron de manera igualmente salvaje.

En la primavera de 1943 los alemanes tomaron como rehenes a los miembros de cincuenta familias que vivían en las inmediaciones del estadio Dínamo. A la postre, todos ellos fueron asesinados. La represalia estuvo motivada por el hallazgo del cadáver de un funcionario alemán del Ayuntamiento en el sótano de un hotel.

El texto de la presente acta se corresponde con mis declaraciones y así lo firmo:

KASIMOV

Tomado de los materiales recopilados por la Comisión Estatal Extraordinaria. Expediente N.° 124, pp. 121-126

En Bialystok

Mi nombre es Riva Yefímovna Schinder-Voiskóvskaya. Nací en el caserío de Krynki, en Bielorrusia occidental. Mis padres eran personas humildes, aunque deseosas de dar una buena educación a sus hijos. Como el resto de vecinos del caserío querían que sus hijos llegaran a ser «alguien» y escaparan así de la insegura e infeliz existencia que espera a los «Don Nadie». Ese deseo los movió a matricularme en el colegio, permitiéndome concluir los estudios secundarios en Grodno y graduarme, en 1923, en el Instituto pedagógico de Varsovia. Durante largos años trabajé como maestra enseñando historia a los niños judíos de muchas escuelas de Brest-Litovsk y Lodz. Amaba mi trabajo y puedo decir con certeza que también mis alumnos disfrutaban de mis clases, pues solían permanecer en silencio, atraídos por la historia, y muchos de ellos hacían lecturas complementarias a las recogidas en el programa de estudios. Siempre me produjo un gozo extraordinario asistir al florecimiento intelectual de aquellas mentes infantiles dominadas por la curiosidad y el afán de superación. Mis actividades pedagógicas llegaron a su fin de manera totalmente inesperada. En 1932 fui arrestada bajo la acusación de «actividades comunistas». Cuando salí de la cárcel pesaba sobre mí la prohibición de enseñar en los colegios. Tras un largo período desempleada, conseguí por fin un empleo como operadora de telares en una fábrica textil.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial me encontró en Lodz. El 1 de septiembre de 1939 abandoné la ciudad junto a mi marido y tomamos el camino de Bialystok hasta llegar a Krynki, mi aldea natal (a cuarenta kilómetros de Bialystok), donde conseguí trabajo como directora del colegio local. Muy poco después nos mudamos a Bialystok.

Los alemanes llegaron a Bialystok el 27 de junio de 1941. Lo hicieron tan de improviso que apenas unos pocos consiguieron evacuar la ciudad antes del arribo de la avanzadilla alemana. En aquel momento Bialystok era una ciudad de cien mil habitantes de

los que aproximadamente la mitad eran judíos. Los alemanes no demoraron en mostrar sus garras. Estaba claro que la espada de Damocles se había alzado sobre nuestro pueblo. El primer propósito de los hitlerianos era la aniquilación de la población masculina. Daban caza a los hombres en las calles y las casas, sin reparar en su edad, su posición o el estado de su salud. Bastaba que un hombre se atreviera a salir a la calle para que desapareciera. *[Al principio se los llevaban con la excusa de enviarlos a trabajar. En realidad, miles de hombres eran «conducidos» a un «paradero desconocido» y enseguida se les perdía el rastro.]*

Los alemanes se ensañaron particularmente con los intelectuales judíos. Ellos fueron las víctimas cazadas con mayor fiereza y constancia.

Los fascistas no sólo buscaban la eliminación física de las personas. Antes querían matar su dignidad humana, aplastar su espíritu de resistencia. En aras de degradar a los seres humanos, los monstruos de Hitler se inventaban las más refinadas torturas morales. Así, por ejemplo, la estricta orden que establecía la manera en que las estrellas de seis puntas debían aparecer en los pechos y las espaldas de los judíos perseguía el objetivo de humillarlos. Algunos prefieren pensar que aquello no entrañaba ninguna significación especial. «¿Qué importa una estrella más o menos, si no nos asesinaban ni torturaban?», sostienen. No llevan razón. Los odiosos distintivos nos insuflaban un penoso sentimiento de vergüenza y desgracia. Muchas personas se resistieron a salir a la calle durante semanas enteras. Mi propia experiencia fue terrible. El primer día que salí a la calle llevando los odiosos «distintivos» me di de bruces con un nutrido grupo de alemanes. Al verme se abalanzaron sobre mí y comenzaron a insultarme con las palabrotas más gruesas. Otros transeúntes se les unieron. Reculé hasta apoyarme en una pared. Las lágrimas, como atascadas, se resistían a brotar de mis ojos: tanto era el dolor y el asco que sentía. De pronto percibo una mano que se posa suavemente sobre mi hombro. Levanté la vista y me encontré los ojos de un anciano polaco. «No sufras, hija mía, ni te sientas ofendida. Deja que sean ellos los que sientan vergüenza por sus actos», me dijo, antes de tomarme del brazo y llevarme lejos de los agresores.

El fortuito encuentro con aquel anciano me produjo una honda

impresión. Comprendí que no todo estaba perdido. Que aún había gente honesta que se mantenía apegada a sus convicciones. Ahora sabía que los hitlerianos fracasarían en su intento de corromper y confundir a la gente con su política generadora de odio.

La idea de luchar nació en mí desde el primer momento. Era consciente de que nuestra lucha serviría de apoyo a nuestro querido Ejército Rojo. Teníamos que luchar para salvar nuestro honor y nuestra dignidad.

El 12 de julio de 1941 los alemanes se llevaron a mi marido junto a otros miles de hombres.[34] Mi dolor fue inmenso, pero veía que no era más que una ínfima parte del dolor que padecía todo un pueblo.

El único deseo, uno tan fuerte que daba sentido a mi existencia y hacía hervir mi sangre, era el de luchar contra los alemanes y vengar a las víctimas.

Los alemanes exigieron el pago de una enorme contribución. A saber, exigían se les entregara un millón de rublos y varios kilogramos de oro y plata. Concedieron dos días de plazo y amenazaron con prender fuego a todo el barrio judío y aniquilar a sus habitantes si su exigencia no era satisfecha.

Podéis imaginar lo difícil que resultaba satisfacer aquella desorbitada demanda. Algunos polacos se acercaron a la sede de la comunidad judía llevando diversos objetos de oro: «Tomadlos —decían—, y salvad a los judíos que son vuestro hermanos y también los nuestros». Es menester anotar que los lazos de amistad que unían a judíos y polacos brillaron como nunca antes. Los fascistas apenas consiguieron atraerse la colaboración de la hez de la sociedad. Tan sólo los peores canallas los secundaron en los actos de hostigamiento y persecución de los judíos.

En cambio, los mejores intelectuales polacos y las personas honestas de ese pueblo nos ayudaban en todo lo que estaba en sus manos.

En cuanto los alemanes hubieron recibido la contribución, los judíos recibieron una nueva orden: había llegado la hora de mudarse al gueto. *[Según el bando publicado, cada persona tenía derecho a tres metros cuadrados de espacio habitable, aunque en realidad aquella «norma» no fue respetada y los espacios fueron mucho menores.]* Dos y hasta tres familias tuvieron que vivir hacinadas en

minúsculas habitaciones. Los propios judíos tuvieron que cargar con sus bártulos, pues los alemanes prohibieron terminantemente a los polacos prestarles cualquier tipo de ayuda. Con todo, muchos polacos desoyeron las órdenes y prestaron sus carretas para el horrible traslado. Precisamente a mí me ayudó un polaco en cuyo carro subí los enseres más pesados, mientras yo cargaba otros bultos.

Una mujer polaca a la que no había visto jamás se me acercó y me ofreció llevar ella uno de los bultos. Por aquellos días era frecuente que soldados alemanes o truhanes locales se aprovecharan de la situación para arrancar a los judíos cualquier cosa de valor que llevaran a la vista.

La fecha del 1 de agosto marca el encierro de todos los judíos de Bialystok en el gueto.

El gueto es una cárcel. O más bien no: la palabra «cárcel» resulta demasiado clemente para nombrar lo que significa la vida en un gueto. Gueto es sinónimo de hambre, de yugo humillante, de disparos a quemarropa, de horcas, de asesinatos en masa.

Los vecinos del gueto estaban sometidos a la más absoluta tiranía. Los hombres de la Gestapo irrumpían en las casas cuando les apetecía y arramblaban con todo lo que les venía en gana. En todos los accesos al gueto había carteles anunciando la prohibición de entrar alimentos al perímetro. La detección de cualquier alimento, aun la porción más insignificante de cualquier comestible, implicaba una amenaza de muerte.[35]

Pronto los alemanes comenzaron a seleccionar trabajadores. Las personas seleccionadas eran provistas de salvoconductos que indicaban con precisión las calles por las que permitía circular a sus portadores. Si alguien era descubierto transitando por una calle que tenía prohibida lo arrestaban y fusilaban.

Los judíos sólo podían circular por el firme de las calles. Sé de personas que fueron golpeadas salvajemente por haber subido un instante a la acera para evitar coches que amenazaban con arrollarlos.

Con todo, por odiosas que fueran las acciones perpetradas por los alemanes, ninguna de ellas consiguió aplastar el espíritu de lucha que latía en la gente, el amor a la libertad que todos profesaban. Ejemplo de ello es que a pesar del ambiente de terror

que imperaba en el gueto, en diciembre de 1941 surgió una organización antifascista. Algunos camaradas polacos —Tadeusz Jakubowski, Niura Czerniakowski y otros— jugaron un papel crucial en su formación. Yo fui nombrada secretaria del Comité clandestino y ello me exigía buscar vías para salir del gueto y establecer contactos con los camaradas polacos y bielorrusos. Gracias a un conocido conseguí empleo como limpiadora en una fábrica.

Nuestro Comité desarrollaba sus actividades expuesto a un terror de veras inhumano. Y aun así todos los vecinos del gueto confiaban en la ineluctable victoria del Ejército Rojo.

¡Rindamos respetuosa memoria a la grandeza de espíritu que mostraba aquella gente!

Conseguimos establecer una eficaz y continuada recepción de programas de radio desde el gueto. Las emisiones informativas de la Oficina Soviética de Información nos llegaban casi a diario. Otro tanto sucedía con las emisiones en inglés.

El nieto de la anciana Branson trabajaba en el *«Schloss»* alemán como reparador de equipos de radio. A él le encargamos escuchar los resúmenes de noticias emitidos en alemán, así como las emisiones en inglés. Cada noche, en cuanto volvía del trabajo, acudían a su casa varios hombres, y hasta ancianos, judíos. Era increíble ver con qué extrema atención seguían todos hasta los más pequeños éxitos del Ejército Rojo sobre un mapa milagrosamente conservado en aquel infierno. Su gozo y su admiración por nuestros soldados eran sobrecogedores. Con todo, el nieto de Bramzon distaba de ser nuestra única fuente de información en lo que a transmisiones de radio se trataba.

Además contábamos con nuestro propio «hombre de la radio»: el camarada Salman. Tras perder a su mujer y a su hijo en el gueto, Salman dedicó toda su vida y sus energías a luchar contra los caníbales hitlerianos.

El camarada Salman dominaba varios idiomas y la taquigrafía, habilidades que le sirvieron de mucho.

El receptor de radio que utilizaba estaba escondido en un zulo en el que apenas cabía una persona. Salman tenía que escribir de rodillas, algo que resultaba endiabladamente doloroso en invierno. No obstante, el camarada Salman no abandonó su puesto ni un solo

día.

También merecen ser recordados los hermanos Kozhetz, cuyo apartamento sirvió de escondite de otro receptor de radio durante largo tiempo. A la postre, ambos marcharon a luchar junto a los partisanos e integraron el Destacamento Vigésimo sexto aniversario de la Revolución de Octubre.

Gracias a la dedicación de nuestros camaradas pudimos desarrollar una continuada actividad propagandística que se basaba en la distribución diaria de los boletines informativos de la Oficina Soviética de Noticias, además de resúmenes de las emisiones en inglés.

También publicamos los discursos del camarada Stalin y distribuimos numerosos materiales sobre Treblinka y Auschwitz. Manos seguras nos hicieron llegar un largo informe sobre la situación en Varsovia, que también reprodujimos y distribuimos.

Toda nuestra «tecnología» se reducía a una máquina de escribir y a un hectógrafo. Dadas las condiciones en que operábamos, podemos afirmar que no estábamos nada mal en ese aspecto.

Marusia Davidzon, ingeniero químico de profesión, era una de las integrantes de nuestra organización. Trabajaba en el laboratorio de química de la fábrica en la que yo me había colocado como limpiadora. También conseguí establecer contacto con un capataz judío. Él me ayudó a hacerme con el hectógrafo, que saqué de la fábrica en una bolsa donde iba bien cubierto de serrín. Por suerte, sobre aquel «combustible» no pesaba la prohibición de llevarlo al gueto.

Otros muchos camaradas empleados en fábricas alemanas se ocupaban de mecanografiar los materiales.

Frida Fel, Sonia Ruzhevskaya y Kveta Lyaks[36] conformaban el corazón de nuestro equipo técnico. Todas ellas murieron a la postre, asesinadas por los alemanes.

Mi familia fue asesinada en noviembre de 1942. Primero se llevaron a mis primas y a sus maridos; después, a todos los demás. Mi hermano escapó de la primera redada, la que se llevó a su mujer y a su hija. Su turno le llegó tres semanas más tarde. Quedé completamente sola.

Todos los vecinos de Bialystok eran conscientes de lo que les esperaba. Ya nadie se hacía ilusiones a aquellas alturas.

Todos sabíamos que la fuerza del enemigo era incomparablemente superior a la nuestra. Sabíamos que estaban armados hasta los dientes y que la lucha sería a muerte. Y sin embargo estábamos plenamente decididos a ofrecerles cabal resistencia.

Las reuniones de los antifascistas se sucedían sin cesar en los apartamentos de Velvl Messer, Ber Savitski, entre otros. En ellas discutíamos las novedades y las misiones que debíamos realizar.

Con la autorización y bajo la supervisión de nuestra organización clandestina, llevábamos a cabo actos de sabotaje en las fábricas textiles, los generadores eléctricos, el ferrocarril y en los talleres de las estaciones ferroviarias de Lapi, Starosieltsi, *etc.*

La creatividad mostrada por nuestros camaradas en la lucha contra los fascistas era de veras inagotable. Así, por ejemplo, Ada Lisakóvskaya[37] consiguió llegar hasta la cocina de las SS y verter veneno en las ollas donde les preparaban el rancho. Cincuenta alemanes resultaron envenenados gracias a aquella acción.

También conseguimos establecer contacto con los partisanos. La conexión fue establecida a través de los prisioneros de guerra soviéticos que escaparon a los bosques y organizaron el destacamento guerrillero al mando de Misha Sibiryak. En una ocasión Sibiryak acudió a la ciudad en persona para asistir a una reunión. Enterados de su presencia, los alemanes rodearon la casa donde se encontraba. Misha saltó por una ventana, pero resultó gravemente herido. Un polaco lo escondió en su casa, pero a la postre el jefe guerrillero acabó cayendo en las garras de la Gestapo y fue asesinado.

Las tareas de inteligencia que realizaba nuestra organización solían resultarles de utilidad al movimiento partisano. Más adelante, y gracias a la mediación del cuartel general de la brigada guerrillera Kalinovski, conseguimos hacer llegar al alto mando del Ejército Rojo materiales de extraordinaria importancia. Aksenovich, Lyarek y Leytish se destacaron especialmente en esas labores de inteligencia. Muchas jóvenes judías dieron muestras de un valor y una temeridad sin límites. Cabe mencionar especialmente a Marilia Ruzhítskaya, Ania Rud, Liza Chapnik, Jaika Grossman, Jasia Bielítskaya y Bronia Vinnítskaya.

Gracias a la ayuda de un polaco que trabajaba en la Oficina de

pasaportes, todas ellas recibieron pasaportes polacos. Ello les permitía residir fuera del perímetro del gueto, una circunstancia de la que naturalmente se aprovechaban para servir a nuestra causa.

A los partisanos los ayudábamos tanto como podíamos. Así, por ejemplo, les hacíamos llegar receptores de radio, medicinas y ropa.

Ninguna página más extraordinaria en la historia de nuestra organización clandestina en el gueto de Bialystok que la que recoge nuestro apoyo a los prisioneros de guerra soviéticos. De esa labor se ocupaban tres de nuestros camaradas: el zapatero de Varsovia Leibush Mandelbit, la oficinista Yudita Novogrúdskaya y Belia Kaufman.

El campo donde estaban recluidos los prisioneros de guerra se hallaba ubicado en la propia Bialystok.[38] Los oficiales permanecían siempre en el campo, mientras que los soldados eran llevados a trabajar a diversas regiones. Nuestro objetivo era establecer contacto con los oficiales, pero ello resultaba una tarea compleja pues el campo estaba rodeado de alambre de espino.

[Los prisioneros de guerra padecían un hambre terrible.]

Un empleado del servicio de alcantarillado, cuyo nombre no recuerdo, fue autorizado a ingresar en el perímetro del campo y estableció el primer contacto con los oficiales. Se trataba, naturalmente, de uno de los miembros de la organización antifascista. A él le entregábamos los alimentos y medicinas que conseguíamos reunir.

Por mucha que fuera el hambre en el gueto, todos entregaban de buena gana lo último que tenían con tal de apoyar a los prisioneros de guerra.

En la fábrica donde yo trabajaba había un joven que servía de capataz a grupos de prisioneros de guerra. Solíamos entregarle raciones de comida que llevaba a sus trabajadores. Un día nos dijo que los prisioneros habían elegido a un responsable para repartir las provisiones y que ardían en deseos de conocer a quienes se las enviaban. Su deseo nos llevó a plantarnos tras unos árboles junto a la verja —cuidándonos de pasar desapercibidos a los ojos de los guardianes. Cuando los prisioneros nos vieron se produjo una escena de veras emocionante: nos sonrieron y agitaron los brazos.

[Las polacas y las judías empleadas en la fábrica también nos sirvieron de mucha ayuda.]

Los guardias dieron muerte a una de las jóvenes que participaba en las actividades del Comité de ayuda a los prisioneros de guerra. Pero su asesinato no intimidó a nadie.

Conseguimos ayudar a escapar del campo a un grupo de prisioneros. Todos eran soldados y vivían en un mismo barracón.

Los aviones soviéticos bombardearon Bialystok en noviembre de 1942. Muchos prisioneros se aprovecharon del desconcierto alemán para huir del campo de concentración.

El grupo antifascista creó en el gueto una unidad de combate destinada a la autodefensa. Como es natural, necesitábamos proveer de armas a sus miembros. Había judíos trabajando en diferentes arsenales y cuarteles. Despreciando todos los peligros, muchos judíos se las apañaban para robar armas del 10 y el 42 Regimientos, así como del arsenal de la Gestapo. La Gestapo solía cachear a la gente en plena calle, especialmente a los judíos. *[Podéis imaginar lo que significaba para un judío atravesar la ciudad portando un arma, pero aún así]* lo más difícil era introducir las armas en el gueto. Téngase en cuenta que en las puertas del gueto colgaba un aviso en el que se leía: «Está terminantemente prohibido introducir objetos de cualquier tipo en el gueto. Cualquier violación de esta disposición se castiga con el fusilamiento». Entrar al gueto unos pocos kilogramos de patatas, por ejemplo, equivalía a exponer la vida. ¿Acaso puedes, lector, concebir la magnitud de la temeridad que había de mostrar quien se atreviera a traspasar los límites del gueto llevando un arma? Y aun así las armas entraban a plena luz del día por las puertas del gueto o eran arrojadas de noche por sobre la verja. Marek Buch y Shmerl Berkner solían atravesar la ciudad cargando armas en pleno día.

Berestovítskaya entró al gueto ocho pistolas y abundante munición. Natek Goldstein y Ruvim Levin, quienes más tarde darían la vida heroicamente luchando en las filas partisanas, robaron veinticuatro ametralladoras y veinte fusiles del arsenal de la Gestapo y consiguieron entrarlos al gueto. Jerzy Sujachewski, quien más adelante fue comandante del destacamento guerrillero judío Adelante, robó una pistola del Museo de los trofeos de guerra, del que también desapareció un fusil a manos de Motl Cheriomoschni. Mulia Nisht, más conocido entre los partisanos como Volodia, aportó muchas armas al gueto.

Las aldeas polacas también constituían una importante fuente de armas.

Bronia Vinnítskaya transportó en una maleta las armas conseguidas en Grodno. En el propio gueto el ingeniero Farber supervisaba la fabricación de granadas y explosivos.

Suministrar armas a todos los vecinos del gueto era imposible, pero a muchas casas se les facilitaron productos ponzoñosos. Los judíos empleados en la fábrica de Miller trajeron al gueto varios cientos de litros de ácido sulfúrico.

Yetl Byténskaya organizó un sistema de autodefensa en la calle Kupécheskaya que consistía en la entrega de ácido sulfúrico y hachas a todos los vecinos de esa calle.

Pero lo peor aún estaba por llegar. *[Sabíamos que los monstruos alemanes habían liquidado a toda la población judía de los guetos instalados en otras ciudades. La liquidación del gueto de Bialystok dio comienzo en febrero de 1943. En agosto de ese mismo año los alemanes habían concluido su sangrienta misión.*

¡Precisamente en febrero de 1943 se produjeron las grandes victorias de nuestras tropas en Stalingrado!]

A las seis de la tarde del 4 de febrero de 1943 los judíos del gueto de Bialystok conocieron el momento en que comenzaría la *Aktion* destinada a liquidarlos. Sería a las 04.00 horas del 5 de febrero. Cuando aparecieron a la hora señalada el camarada Malmed mató a un alemán de repente. La esposa y las dos pequeñas hijas de Malmed fueron asesinadas a tiros ante sus ojos. Malmed fue colgado y su cadáver permaneció balanceándose en la horca instalada en la calle Biélaya durante los siete días que se prolongó la *Aktion*. Los alemanes prohibieron bajarlo.[39] ¡Centenares de polacos se acercaron a la tapia que cercaba el gueto para rendir honores a los restos de aquel valiente guerrero!

Malmed no fue el único que ofreció resistencia. Los fascistas asesinos se vieron obligados a tomar cada casa como si se tratara de una fortaleza. Muchas de esas casas fueron destruidas por el fuego que ellos encendían o las granadas que les lanzaban. Según se conoció más tarde, los alemanes evaluaron la primera *Aktion* emprendida contra el gueto de Bialystok como un «fracaso».

La segunda *Aktion* fue puesta en marcha el 15 de agosto de 1943. Su inicio fue tan repentino que tomó a todos por sorpresa. Y,

sin embargo, ello no sirvió de ayuda a los alemanes, pues fueron recibidos a tiros. Los alemanes lanzaron sus tanques y aviones contra el gueto. Los combates se prolongaron durante un mes entero.[40]

Los nobles nombres de los dirigentes y participantes en el levantamiento del gueto de Bialystok se han inscrito para siempre en la generosa memoria de nuestro pueblo. Daniel Moszkowicz, líder del levantamiento, y Mordejai,[41] segundo al mando, recibieron póstumamente las más altas condecoraciones que concede el gobierno de Polonia.

Jelia Shurek y Bira, su hija de diez años, así como otros setenta jóvenes de ambos sexos murieron heroicamente. Todos ellos empuñaron sus armas hasta el último suspiro. Velvl Volkovyski consiguió salvar la vida a decenas de personas facilitándoles el camino hasta el emplazamiento del destacamento de partisanos Adelante. Velvl luchó con fiereza y lo pagó con su vida. Así lo hicieron también Kalmen Berestovitski y Jaím Lapchinski, quien luchó hasta el final armado apenas con un hacha. A pesar de la grave enfermedad que padecía, Leibush Mandelbit luchó con decisión. El artista Maler y otros cientos de judíos permanecieron hasta el final en el campo de batalla.

Todo aquel que haya sido testigo de las terribles condiciones de vida que padecieron los judíos bajo el yugo fascista y conozca la manera heroica en que se enfrentaron a los asesinos alemanes sabrá comprender la magnitud del aporte de los judíos a la derrota del fascismo alemán.

Todas las personas honestas de Bialystok supieron inclinarse con respeto ante el heroísmo mostrado por los judíos que se enfrentaban a sus verdugos. Muchos polacos nos facilitaron armas. Vrublevski y Vladek Motylevski nos prestaron toda su ayuda para conseguir armas y munición. *[Algunos zapateros polacos escondieron en sus casas a muchos judíos que tomaban parte activa en la resistencia.]* El polaco Mijaíl Grushevski y su esposa, ambos vecinos de la aldea Kónnoye, escondieron en el bosque a un grupo de judíos que consiguieron escapar del gueto y se ocuparon de ellos hasta que los fugados pudieron establecer contacto con los partisanos y enrolarse en sus filas. El doctor Doja, vecino de la aldea Zhukévichi, y el enfermero Riszard Pilicki prestaron ayuda médica a los partisanos judíos que resultaban heridos en combate.

La Gestapo castigaba con saña a los vecinos de la aldea Krémennoye, pero ello no fue óbice para que los aldeanos continuaran ayudando a los partisanos judíos en todo lo que podían.

Todos los que consiguieron escapar del gueto de Bialystok huyeron a los bosques. Los alemanes practicaban una redada tras otra. *[Capturaron a una joven y la asesinaron.]* El guardabosque Markevich se acercó al gueto para advertir a los fugitivos sobre el peligro que entrañaba pasar cerca de la reserva forestal de Lesniczewska, pues había alemanes emboscados. Markevich brindó cobijo a muchos judíos y los proveyó de alimentos hasta la llegada de los partisanos. Los alemanes torturaron al guardabosque de la reserva forestal de los Tres Troncos junto a su mujer y su pequeña hija. Los tres fueron desnudados en medio del bosque y sometidos a crueles tormentos, pero no revelaron el paradero de los partisanos judíos.

Apenas he recogido aquí unos pocos hechos de la historia de la lucha de los antifascistas de Bialystok. En realidad, sólo he relatado una pequeña parte de todo lo que vi con mis propios ojos, en tanto testigo y participante de la vida y la lucha en el gueto.

REDACTOR: R. KOVNATOR

Los «incineradores» de Bialystok: la historia de Shimon Amiel y Zalman Edelman

Jamás olvidaremos los tenebrosos días que pasamos en el gueto. Jamás olvidaremos la maraña de alambre de espino que rodeaba las calles Bialystok-Kupiécheskaya, Yuroviétskaya, Chenstojóvskaya, Fabríchnaya y muchas otras. La muerte se paseó a sus anchas por ellas durante tres años enteros. A finales de 1943 todas esas calles quedaron desiertas. Sus más de cincuenta mil vecinos murieron en los hornos y las cámaras de gas de Majdanek y Treblinka, dos campos de exterminio ubicados no lejos de Bialystok.

El 16 de agosto de 1943 los alemanes seleccionaron a cuarenta y tres personas entre los últimos habitantes del gueto. Nosotros dos, ambos obreros de Bialystok, estuvimos entre ellos.

Todos los seleccionados fuimos conducidos a la cárcel. A la mañana siguiente los alemanes nos ordenaron forjar nuestras propias cadenas. Tenían que medir dos metros de largo y pesar doce kilogramos. Nos mantuvieron en la prisión hasta el 15 de mayo de 1944.

Tres meses antes de aquel infausto día, nuestros captores nos sometieron a un régimen especial. Cada día nos sacaban de la cárcel y nos conducían a descampados, en una puesta en escena que simulaba una inminente ejecución. Muy pronto el miedo a la muerte se fue apagando en nosotros. Habíamos abandonado toda esperanza de ser salvados. Las vejaciones y los golpizas eran constantes. Shlema Gelbort y Abram Klyachko perdieron la razón. Se negaron a tomar alimentos (el litro y medio de insípido bodrio que constituía nuestra única ración), sufrían alucinaciones y acabaron muriendo diez días después de haber mostrado los primeros síntomas de demencia. Entretanto, y haciendo caso omiso de la manifiesta locura de aquellos hombres, los alemanes no cesaron de torturarlos y acusarlos de simulación. Un embotamiento animal se apoderó de la mente de nosotros. Todos esperábamos acabar como nuestros compañeros.

Después de tres meses sometidos a aquellas prácticas apenas guardábamos semejanza con los seres humanos.

Una mañana se apareció en la cárcel el segundo al mando de la Gestapo, Májol. Nos ordenó vestir unas ropas que nos proporcionaron. Nuestros nuevos uniformes llevaban sendos redondeles de color blanco cosidos a la rodilla y otro, mucho más grande y del mismo color, cosido a la espalda. Aquellas manchas podían distinguirse a quinientos metros de distancia. El tintineo de las cadenas de dos metros de largo nos recordaba que todo intento de fuga sería en balde.

Nos hicieron subir a un «coche de la muerte» (parecidos a las cámaras de gas móviles) y nos llevaron en dirección a Augustow. De repente el camión se detuvo. Los alemanes nos hicieron bajar y nos ordenaron ponernos en formación. Estábamos rodeados de una cincuentena de gendarmes armados con fusiles automáticos, pistolas y granadas.

Májol nos dirigió un discurso para informarnos de que habíamos sido seleccionados para realizar trabajos de construcción que se prolongarían durante tres años. Ninguno de nosotros sería fusilado, siempre que trabajáramos a conciencia. Todo intento de fuga era impensable, porque las cadenas nos lo impedían. Aun así, Májol dijo que si alguno de nosotros escapaba todos los demás seríamos fusilados en el acto. A la conclusión del discurso nos condujeron por la espesura del bosque hasta la pequeña colina en la que debíamos cavar.

Los alemanes nos proveyeron de picos, palas y otras herramientas. Comenzamos a cavar y bastó que ahondáramos quince centímetros en la tierra para toparnos con los primeros cuerpos. Entonces nos ordenaron sacarlos con la ayuda de garfios y colocarlos en hileras sobre un entarimado de leños de dos metros de altura. Colocábamos los cuerpos de tal manera que entre una y otra hilera hubiera una capa de leña que obteníamos en el propio bosque, talando los árboles. Cuando la altura del entramado alcanzaba los tres metros, rociábamos la madera con queroseno o gasolina, colocábamos balas explosivas aquí o allá y encendíamos la hoguera. La combustión era tan intensa que todavía una hora más tarde resultaba imposible acercarse a menos de un metro del fuego, pues la ropa podía ardernos encima. La quema de cada partida de

cadáveres requería entre doce y dieciocho horas. Después se extraían los huesos de las cenizas, se los reducía a polvo en unos morteros gigantes. Por último se rastrillaban las cenizas en busca de coronas dentales u otras piezas de oro o plata que hubieran pertenecido a las víctimas.

Devolvíamos la ceniza a las mismas fosas de las que habíamos extraído los cuerpos.

Los hombres de la Gestapo velaban con celo por que alisáramos los promontorios que inevitablemente crecían sobre las fosas. El trabajo concluía con la siembra de árboles y flores sobre los ya imperceptibles sepulcros.

El régimen que nos habían impuesto era severo. Los alemanes temían que alguno de los «incineradores» se fugara y nos sometían a una estrecha vigilancia. Los recuentos de los «incineradores» —o *«brenner»*, como nos llamaban en alemán— se sucedían varias veces al día.

Teníamos prohibido conversar entre nosotros. La diana nos despertaba a las seis de la mañana cada día. En cuanto concluía el primer recuento éramos conducidos al lugar donde debíamos exhumar e incinerar los cadáveres.

Las primeras tres zanjas estaban ubicadas en un bosque cercano a Augustow y contenían dos mil cien cuerpos. La mayoría de aquella gente había sido asesinada por disparos de ametralladoras y fusiles. Los cadáveres estaban vestidos con ropas que se habían podrido y fundido con los cuerpos. Los cadáveres, y especialmente los que se encontraban en las capas superiores, presentaban un avanzado estado de descomposición.

Sacábamos los cuerpos con la ayuda de garfios sujetos a sogas. Lanzábamos el garfio, y a veces dos, a la fosa buscando que se clavaran en los cuerpos.

Los alemanes velaban por que vaciáramos cada fosa hasta el final.

En cuanto a nosotros, desde el principio decidimos que aquello que hacíamos debía ser conocido por el mundo algún día. En una ocasión se me acercó un alemán y me dijo: «Comoquiera que sea, no saldréis vivos de ésta. Y de todos modos si alguno sobrevive y cuenta lo que está ocurriendo aquí nadie le creerá». Aquellas frases me impresionaron tanto que decidí hacer todo lo posible para dejar

huellas de nuestro trabajo. A partir de entonces no quitaba ojo a nuestros celadores en busca de los momentos en que se despistaran. Cuando me aseguraba de que no me observaban arrancaba un brazo, una costilla o el cráneo al cadáver que tuviera a mano y lo arrojaba a un lado a hurtadillas para cubrirlo de tierra. También mis camaradas se cuidaban de dejar huellas. Habíamos cultivado la fe en que alguno de nosotros sobreviviría y acabaría contando a un tribunal todo el horror del que éramos testigos.

Del primer emplazamiento cerca de Augustow fuimos conducidos a otras aldeas habitadas mayoritariamente por bielorrusos. Había promontorios que se alzaban junto a cada una de esas aldeas; en ellos estaban enterrados los judíos asesinados por los alemanes. Es difícil decir con precisión cuántas fosas abrimos. En cada una de nuestras largas jornadas que comenzaban con el alba y se prolongaban hasta la noche incinerábamos entre doscientos y cuatrocientos cuerpos y devolvíamos sus cenizas a las fosas. En la fortaleza Stáraya, a las afueras de Grodno, incineramos varios millares de cadáveres. La cantidad de cuerpos incinerados fue particularmente grande en las aldeas Novoshílovka y Skidel, a unos catorce kilómetros de Bialystok.

En las inmediaciones de Bialystok nos tocó abrir una zanja en la que había enterradas setecientas mujeres. Uno podía imaginar los terribles tormentos padecidos por aquellos pobres seres en la antesala de la muerte. Los cuerpos estaban completamente desnudos. A muchas de las víctimas les habían amputado los pechos, que también habían sido arrojados a la fosa. *[Aquel acto del más salvaje sadismo debió ocurrir hacia finales de 1943.]*

Míjel Perelstein, un vecino de Edvabni que consiguió sobrevivir, me contó más tarde que se encontraba en el gueto el día en que los alemanes vinieron en busca de setecientas sanas y jóvenes capaces de trabajar que, dijeron, serían colocadas en una fábrica textil. Al llegar a las afueras de la ciudad, las obligaron a adentrarse en el bosque y a cavar sus propias tumbas. Desnudas, las muchachas fueron sometidas a las más crueles vejaciones antes de acabar muriendo a tiros.

Cerca de Lomza, en Guélchino, abrimos cuatro fosas. Todas medían cinco metros de ancho y cuatro de profundidad. Allí conseguí esconder algunas piernas, un cráneo y unas pocas costillas.

Los alemanes se mostraban cada vez más nerviosos y sus conversaciones nos permitieron conocer que el Ejército Rojo avanzaba a toda velocidad hacia nosotros. La febril velocidad que imponían nos hizo adivinar que nuestros días, y tal vez nuestras horas, estaban contados. El celo con que nos vigilaban había menguado ligeramente, pero no cabía pensar en la huida cuando unos sesenta gendarmes armados hasta los dientes nos rodeaban permanentemente.

Jamás olvidaré aquel amanecer. Habíamos comenzado a abrir una fosa aun antes del alba, cuando Májol apareció de repente, convocó al *Obersturmführer* Schultz, al *Sturmbannführer* Lieck y a Tiefenson, más conocido entre nosotros como El Bandido en Jefe, y se puso a conferenciar con ellos. Enseguida comprendimos que algo muy importante acababa de suceder. El nervioso tono de voz de Májol y algunas pocas palabras que pudimos coger al vuelo nos permitieron adivinar que nuestra hora final estaba próxima. Unos instantes más tarde Gudaiski y Paul nos reunieron a porrazos y nos ordenaron cavar una zanja de cuatro metros de ancho y dos metros de profundidad. Comprendimos que esta vez cavábamos la fosa destinada a contener nuestros propios cadáveres. Era urgente encontrar una manera de escapar de las garras de la muerte. No podíamos discutirlo, porque teníamos prohibido hablar y hasta el más tenue de los susurros era castigado con un «Gummi», como llamábamos a los porrazos que nos pegaban. Cuando la zanja estuvo abierta, los alemanes nos ordenaron formar una hilera en torno a ella, mirando al interior de la fosa. Entonces Májol agitó uno de sus guantes y el *Zugwachmeister* Wacht nos ordenó: «¡Bajad a la fosa!». Sin dudarlo ni un instante grité: «¡Salvaros! ¡Corred en todas direcciones!». La tensión era tan fuerte que todos gritamos con todas nuestras fuerzas y echamos a correr en estampida. Las ráfagas de ametralladora resonaban a nuestras espaldas y las balas tumbaron a muchos hombres. Hasta los heridos pugnaban por continuar arrastrándose hasta el espeso bosque que comenzaba a unos doscientos metros de la zanja. Esa noche Edelman y yo nos encontramos mientras vagábamos por la espesura. Permanecimos tres días ocultos entre los árboles. Nos alimentábamos de raíces y hojas. Bebíamos de los charcos; temíamos abandonar el abrigo del bosque. Al cuarto día nos atrevimos a asomarnos a Grabovka, una

población cercana a Bialystok. Allí conocimos que el Ejército Rojo había tomado la localidad aquella misma mañana. Nuestros corazones rebosaron de felicidad: ¡estábamos salvados! De todo nuestro grupo se salvaron diez hombres: Edelman, Rabinovich, Guershuni, Felder, Vrubel, Lev, Abram, Shif, Lipets y yo. Once días más tarde nos reunimos en Bialystok. Es difícil transmitir los sentimientos que nos embargaron al pisar la tierra ya recuperada por el Ejército Rojo. Con todo, aún hoy resuenan en nuestros oídos las palabras escuchadas antes de tomar el camino de la muerte: *«In die Grube marsch* (¡Marchando hacia la tumba!)».

Con toda certeza, no las olvidaré jamás.

A partir del testimonio de Nojum Polinovski, oficial del Servicio médico del Ejército Rojo.

EDITOR: VASILI GROSSMAN

Parte 3

República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR)

Área de Smolensk

SHAMOVO

Lo que aquí se narra ocurrió en Shamovo, un pueblo del distrito de Roslavl, región de Smolensk. El 2 de febrero de 1942 el Teniente Krause, a la sazón comandante de Mstislavl transmitió una orden a la policía: aniquilar a toda la población judía de Shamovo. Los condenados fueron conducidos a la plaza sobre la que se alza la iglesia. En total eran unas quinientas personas entre ancianos, mujeres y niños. Algunas jóvenes intentaron huir, pero las balas alemanas las alcanzaron.

Las víctimas eran conducidas al cementerio en grupos de diez. Allí eran fusiladas. Las hermanas Simkin también recorrieron ese camino. Raísa, la menor, estudiante del Instituto pedagógico de Leningrado, fue una de las primeras en morir. Fania, la mayor, maestra de profesión, sobrevivió. Ella nos ha dejado el siguiente relato: «Todo ocurrió en las últimas horas de la tarde del 1 de febrero. Mi hermana y yo nos besamos: sabíamos que nos llevaban a la muerte. Yo tenía conmigo a mi hijo de nueve meses, Valerik. Pensé dejarlo en casa, por si tenía suerte y alguien se lo llevaba y lo criaba, pero mi hermana me dijo: “No lo hagas. Se va a morir de todos modos, mejor que muera contigo”. Envolví a la criatura en una manta. Así al menos lo mantenía en calor. A mi hermana se la llevaron primero. Escuchamos los gritos y los disparos. Después, el silencio. A nosotros nos tocó ir en el segundo grupo. Nos llevaron al cementerio. A los niños los alzaban asiéndolos de los cabellos o los cuellos de la ropa, como a gatitos, y les disparaban en la cabeza. Todos gritaban. Uno de los verdugos me arrancó a mi hijo de los brazos. El niño cayó sobre la nieve. Gritó de dolor; se helaba. Alguien me golpeó y caí desplomada. Comenzaron a disparar. Escuchaba los llantos, las súplicas y las maldiciones. Comprendí que los alemanes se estaban asegurando de que todos estuviéramos muertos y golpeaban cada uno de los cuerpos. A mí me golpearon

con fuerza dos veces, pero conseguí que me dieran por muerta. Después procedieron a despojar a los cadáveres de todas sus pertenencias. Yo llevaba una falda muy ajada, pero aun así me la arrancaron. De repente, Krause llamó a los policías y se marcharon del cementerio. Me arrastré hasta mi Valerik. Estaba helado. Lo besé a modo de despedida. Todavía algunos sollozaban e imploraban ayuda. Mas ¿qué podía hacer yo por ellos? Me marché de allí a toda prisa. En verdad, contaba con que me mataran. ¿Qué sentido tenía seguir con vida? Me había quedado sola, aunque mi marido estuviera combatiendo en el frente. Pero ¿acaso podía tener la certeza de que él aún estuviera vivo? Vagué durante toda la noche. Se me helaron las manos. Aunque perdí los dedos, conseguí llegar hasta los partisanos».

A la mañana siguiente el Teniente Krause envió a sus hombres de vuelta al cementerio para rematar a los heridos.

Dos días más tarde cuatro ancianos judíos se presentaron de repente en la comandancia de la policía. Habían intentado escapar de la muerte, pero no fueron capaces de encontrar un refugio donde esconderse. Shmuylo, de setenta años, habló por todos: «Podéis matarnos». Los ancianos fueron conducido a un cobertizo y golpeados con una barra de hierro. Cuando perdían el conocimiento, les frotaban la cara con nieve hasta que volvían en sí. Después ataron a cada uno por la pierna derecha con una soga y la pasaron por sobre una traviesa situada en lo alto. A las órdenes de uno de los policías sus compañeros tiraban de la soga hasta dejar a los ancianos colgando a dos metros de altura. Cuando se cansaron de atormentarlos, los mataron a tiros.

KRASNI (Testimonio de Sofía Glúshkina, agrónomo)

Vivía en Minsk cuando estalló la guerra. Allí despedí a mi marido el 24 de junio de 1941, cuando fue llamado a filas. Después salí de la ciudad junto a mi hijo de ocho años y eché a andar hacia el este. Mi propósito era llegar a Krasni, mi patria chica, y recoger a mi padre y a mis hermanos. Pero los alemanes habían llegado a Krasni el 13 de julio. Y allí me los encontré.

El 25 de julio los alemanes reunieron a todos los vecinos de Krasni. Les dijeron que podían mudarse a las casas de los judíos si

así les placía. *[También informaron que a partir de ese momento los judíos debían someterse plenamente a las órdenes que recibieran de los soldados alemanes.]*

A partir de entonces comenzaron los saqueos de las casas judías. Sus habitantes eran desnudados y descalzados, mientras los apaleaban o azotaban.

El 8 de agosto unos hombres de las SS irrumpieron en la casa donde yo me alojaba. Sus uniformes llevaban calaveras a modo de insignias. Se abalanzaron sobre mi hermano, Borís Semiónovich Glushkin, quien contaba entonces treinta y ocho años. Tras golpearlo sin piedad, lo arrastraron a la calle y, mientras lo sometían a todo tipo de vejaciones, le colgaron un trozo de madera sobre el pecho. Esa noche mi hermano la pasó encerrado en un sótano. A la mañana siguiente la ciudad amaneció llena de carteles que contenían un anuncio: «Se invita a todos los vecinos a asistir a la ejecución pública de un judío». Mi hermano fue sacado del sótano con un tablón colgado del cuello en el que se leía que había llegado el día de su ejecución. Tras desnudarlo, lo ataron a la cola de un caballo y azuzaron al animal. Mi pobre hermano ya estaba medio muerto cuando le dieron el tiro de gracia.

Esa madrugada, cuando el reloj marcaba las dos, llamaron a nuestra puerta. Era el comandante de la plaza. Exigió que la mujer del judío asesinado compareciera ante él. Destrozada por la muerte de su marido, la pobre mujer lloraba abrazada a sus tres hijos. Pensamos que los alemanes se disponían a matarla, pero aquellos monstruos habían pensado en algo aún más repugnante: la violaron en el propio patio de su casa.

El 27 de agosto llegó a Krasni un destacamento especial que reunió a todos los judíos y les ordenó entregar todos los bienes que poseían y trasladarse al gueto. Seguidamente, los alemanes rodearon de alambre de espino un pequeño sector de la ciudad y colgaron a todo lo largo del perímetro cercado tablillas en las que se podía leer «Gueto: prohibida la entrada». Todos los judíos, incluidos los niños tenían la obligación de llevar estrellas de seis puntas de brillante color amarillo cosidas al pecho y la espalda. Todos los vecinos de la ciudad tenían autorización para vejar y golpear a quienes llevaran esos signos distintivos.

Cada noche el gueto conocía «inspecciones». Sus vecinos eran

conducidos al cementerio, las jóvenes eran violadas, golpeaban a la gente hasta la pérdida del conocimiento. «¡Levanten los brazos quienes confían en el regreso de los bolcheviques!», gritaban entre risas y molían a golpes a los judíos. Tales escenas se repetían noche tras noche.

Una noche de febrero los hombres de las SS irrumpieron en una casa. Llevaban linternas. Al final eligieron a una muchacha de dieciocho años. Eta Kuznetsova era su nombre. Le ordenaron que se sacara la camisa. La joven se negó. Le molieron a latigazos. Temiendo que la mataran, la madre de la joven le pidió en un susurro: «Déjalos hacer». La joven se desnudó. Los alemanes la sentaron en una silla, la iluminaron con la linterna y comenzaron a vejarla. Me resulta muy difícil continuar con este relato.

Unos pocos tuvieron la suerte de escapar a los bosques. Mas ¿qué podían hacer los ancianos, las mujeres con niños pequeños o los enfermos? Tenía algunos camaradas en Krasni con los que soñaba escapar para enrolarnos en las guerrillas. Esperábamos la llegada del buen tiempo para huir. Pero el 8 de abril de 1942 los camaradas me avisaron de que acababa de llegar a la ciudad un destacamento punitivo. Y ahí decidimos que era el momento de probar suerte. Abandoné la ciudad media hora antes de que se cerrara el cerco sobre ella. ¿Adónde ir? Había policías alemanes por todas partes. Nos cazaban como a conejos. Decidí acercarme al campo de concentración donde estaban encerrados los prisioneros de guerra, pues tenía viva comunicación con muchos de ellos.

La ciudad fue cercada. Los judíos fueron obligados a reunirse en un descampado, donde les ordenaron desnudarse. Mi padre fue el primero. Tenía setenta y cuatro años y llevaba en brazos a su nieto de dos. Evguenia Glúshkina, esposa de mi hermano asesinado por los alemanes tan pronto como en agosto, llevaba de la mano a dos de sus hijos, de doce y siete años. Al tercero, de un año, lo había dejado en la cuna. Tenía la esperanza de que aquellas fieras tuvieran piedad de él. No fue así. Concluida la matanza, los alemanes volvieron al gueto y revolvieron las camas. Así dieron con Alek, dormido en su cuna.

Un alemán sacó a la criatura a la calle y estrelló su cabecita contra el hielo. El comandante del destacamento ordenó trocear su cuerpo y darlo de comer a los perros.

Me uní a los partisanos. Me resultaba difícil aquella vida al tener un hijo pequeño. Pero la solidaridad, la camaradería y el calor humano se hicieron muy presentes bajo aquellas difíciles condiciones. Hubimos de soportar muchas penosas marchas y largas guardias. Me desempeñé como agente de enlace y por dos veces me tocó encontrarme con los verdugos, pero escapé de ellos. Mi hijo estaba dispuesto a todo. Muchas veces le repetí: «Si me capturan, si me golpean o me clavan alfileres; si me ves llorar o gritar, no digas una sola palabra». Y mi hijo, con sus ocho añitos, no se quejó jamás. Siempre se comportó como un partisano en ciernes.

Y así combatimos durante dos años, hasta la llegada del Ejército Rojo.

9 de noviembre de 1943

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

Isaak Rozenberg: su historia

Monastyrschina, un pueblo de la región de Smolensk, contaba con un koljoz judío y una importante población judía. Todos ellos —mil ocho personas en total— fueron aniquilados por los alemanes el 8 de noviembre de 1941. Les dispararon con ametralladoras; a los niños los enterraron vivos. Más tarde, cuando se interrogó a un policía apellidado Dudin que había participado en aquella matanza y se le preguntó si era cierto que había arrojado niños vivos a las fosas, respondió: «No los arrojaba; simplemente, los ponía allí».

También corrieron la misma macabra suerte los hijos de los matrimonios mixtos. La pedagoga rusa Liubov Aleksándrovna Dubovítskaya se había casado con un judío. Fue arrestada y torturada. Sus tres hijos, de siete, cuatro y un año, fueron asesinados. Después de todo lo que he vivido, Dubovítskaya, una mujer de veintisiete años, parece una anciana.

Las casas de Monastyrschina ardieron hasta los cimientos. Apenas se ven, acá o allí, las estufas en ruinas. Precisamente de la casa donde vivía Isaak Rozenberg, un empleado del Registro civil regional, apenas queda la estufa. Rozenberg estaba casado con una mujer rusa, oriunda del distrito Zhiryatino, región de Oriol. Natalia Emelyánovna Rozenberg, que así se llamaba, tenía dos hijos pequeños que consiguieron sobrevivir, pues la madre convenció a los verdugos de que se trataba de dos hijos que había tenido durante su primer matrimonio.

Natalia Emelyánovna escondió a su marido en un zulo ubicado debajo de la estufa. Allí el hombre pasó más de dos años. Y lo hizo acuclillado, porque el espacio era tan pequeño que no le permitía tumbarse o ponerse de pie. En las pocas ocasiones, siempre de noche, en que salió del zulo le resultaba imposible caminar erguido. Los niños desconocían que su padre se ocultaba en la casa. Un día la niña de cuatro años se asomó por una rendija y descubrió dos grandes ojos negros. La niña gritó horrorizada: «¡Mamá! ¿Qué es eso que hay ahí?». «Ah, sí, hace tiempo que tengo vista a esa rata tan

grande», le respondió con toda tranquilidad Natalia Emelyánovna.

Sirviéndose de una solución de manganeso y de trozos de los periódicos que publicaban los alemanes, Isaak Rozenberg fue llevando notas diarias de todo lo que sucedía en torno a él, a la vez que anotaba los relatos que le hacía su esposa acerca del «nuevo orden» que los alemanes imponían en Monastyrschina. El agua inundaba con frecuencia el estrecho zulo. La tos ahogaba a Rozenberg, pero se cuidaba mucho de emitir cualquier sonido que pudiera delatarlo. También sobre eso escribía. Vivían en una buena casa, algo que no pasaron por alto los alemanes. Ante el peligro de que los ocupantes pudieran desalojarla para quedarse la casa, Natalia Emelyánovna subió al tejado, ni corta ni perezosa, y desmontó un buen número de tejas. Ahora entraba agua en la casa y el invierno se prometía muy frío, pero los alemanes dejaron de interesarse por el inmueble.

Natalia Emelyánova contrajo el tifus y se la llevaron al hospital. Los niños quedaron al cuidado de una vecina. Isaak Rozenberg abandonaba su escondite por las noches y se alimentaba con el pegamento que sujetaba el papel a la pared. Así consiguió sobrevivir durante dos semanas. Entretanto, Natalia Emelyánova sufría en el hospital temiendo revelar el paradero de su marido en alguno de los episodios de delirio producidos por las altas fiebres que la aquejaban.

Las primeras unidades del Ejército Rojo llegaron a las afueras del pueblo en septiembre de 1943. Monastyrschina constituye una importante encrucijada y ello hizo que los alemanes ofrecieran una tenaz resistencia. El combate era intenso. Los alemanes habían instalado una pieza de artillería junto a la casa de los Rozenberg. Natalia Emelyánova huyó al bosque con sus hijos, como hicieron muchos otros vecinos de Monastyrschina. Sólo regresó cuando los soldados del Ejército Rojo ya habían recuperado la pequeña ciudad y se encontró con las cenizas en que se había convertido su casa y la ruinosa estufa. Isaak Rozenberg murió por inhalación de humo. Consiguió permanecer escondido durante veintidós meses y vino a morir apenas dos días antes de que el Ejército Rojo liberara Monastyrschina.

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

Rostov del Don

El 4 de agosto de 1942 las paredes de Rostov se llenaron de copias de un comunicado llamando a todos los judíos a darse de alta en un registro. Al pie de los avisos aparecía una firma: «Lourié, presidente de la Comunidad judía».[42] El comunicado también afirmaba que los judíos podían quedarse a residir en la ciudad, pues «las autoridades alemanas les garantizaban su seguridad». Cinco días más tarde apareció un nuevo comunicado firmado también por Lourié: «En aras de proteger las vidas de los judíos de los actos imprudentes de elementos que les son hostiles, las autoridades alemanas se ven obligadas a desalojarlos de la ciudad, descargando así el peso que les significa custodiarlos». Por último, se indicaba una serie de lugares de concentración a los que se convocaba a todos los judíos el 11 de agosto de 1942. Debían llevar consigo todos los objetos de valor que poseyeran, ropa y las llaves de sus apartamentos, que permanecerían cerrados hasta que pudieran volver a la ciudad.

Fueron muchos los judíos que no pudieron abandonar Rostov. Ancianos, enfermos y los familiares de los que dependían, mujeres con niños pequeños a su cargo. Algunos de ellos comprendieron muy pronto qué se escondía detrás de la orden cursada por los alemanes. Fiodor Cheskis, un investigador del Instituto de Agricultura se abrió las venas. Su mujer cargó con él en una carretilla y lo llevó de hospital en hospital, mientras el hombre se desangraba. Nadie quiso atenderlo. Finalmente, tropezaron con una patrulla alemana. Cheskis fue asesinado de un tiro. Su mujer, que era rusa, fue a parar a la cárcel. Una mujer arrojó a sus tres hijos al Don y después se lanzó ella. Tan sólo consiguieron sacarla a ella y a uno de los niños. A los otros dos se los llevó la corriente y murieron ahogados.

Dos ancianos, marido y mujer, se encerraron en su casa y aseguraron la puerta con los muebles, a modo de barricada. Los alemanes echaron abajo la puerta, apartaron los muebles y se

llevaron a los ancianos. Una vieja dentista que vivía en la avenida Budionni, esquina a la calle Sénnaya, con su hija y su nieto de once meses. Al conocer la orden dada por los alemanes la mujer decidió ahogarse junto a su hija y su nieto. La hija y el nieto en efecto se ahogaron, pero la abuela fue salvada por unas buenas personas que pasaban por allí. Enloquecida, la pobre mujer corrió al hospital donde había trabajado antes y rogó a la doctora Orlova que le inyectara una dosis mortal de morfina, pues la estaban siguiendo. En efecto, cuando las «buenas personas» supieron lo que había hecho la persona a la que habían salvado la vida avisaron a los alemanes. Los hombres de la Gestapo la sacaron del hospital para llevarla a ejecutar.

Yekaterina Leóntievna Itina era una mujer de ochenta y dos años. Vivía con dos antiguas monjas que la querían y cuidaban de ella. Cuando conoció la orden dijo: «No iré a ningún lugar. Qué vengan aquí y me maten». Los alemanes le hicieron saber que si no acudía de buena gana se llevarían también a las dos monjas. Así la convencieron para que acudiera a uno de los lugares de concentración establecido.

Los doctores Ingal y Tiktin, dos célebres médicos de Rostov, también tomaron el camino hacia la muerte. La doctora Garkavi, considerada una eminencia en el tratamiento de la tuberculosis, estaba casada con un ruso. Su marido no quiso separarse de ella y la acompañó a la muerte.

El anciano paralítico Okun vivía en la Avenida Malii junto a su esposa y su nieta. La joven no quiso evacuar la ciudad dejando abandonados a sus ancianos abuelos. En cuanto leyó la orden de los alemanes, la anciana Okun comenzó a repartir sus pertenencias entre los vecinos. El 11 de agosto ella y su nieta acudieron al lugar de concentración. El anciano Okun quedó solo en casa, postrado en su cama. Con el paso de las horas, comenzó a preguntar a los vecinos por qué su mujer tardaba tanto en volver. Al día siguiente vinieron por él.

Los vecinos de Rostov que acostumbraban a transitar por la avenida Malii conocían bien a la anciana María Abrámovna Grinberg, quien solía pasarse el día sentada junto a la ventana, saludando con presteza a todos sus conocidos y ofreciendo golosinas a los niños. Todo el mundo quería a aquella mujer. Los hijos de

María Abrámovna habían evacuado a tiempo la ciudad con excepción de una de ellos, la doctora Grinberg, quien no quiso dejar sola a su anciana madre. El día señalado para la convocatoria, la hija acudió al lugar de concentración. Su madre quedó en casa, pues era incapaz de andar por sí misma. No comprendía qué mantenía ocupada a su hija el día entero. La anciana rogaba a sus vecinos: «Dejadme que me quede con vosotros hasta que venga el coche a buscarme». Naturalmente, no era consciente de lo que le iba a suceder cuando se la llevaran. *[Tampoco entendía por qué sus vecinos la rechazaban de repente. «No os reconozco —les decía—, con lo buenos que sois y no queréis darme cobijo esta noche…» Aquella misma noche se la llevaron.]*

La doctora Liudmila Nazariévskaya nos ha dejado el siguiente relato:

«En la mañana del n de septiembre pasé junto al lugar de concentración ubicado en la calle Púshkinskaya. Había varios vehículos esperando para cargar a la gente. Y mucha gente. La anciana maestra de música Rozalía Oguz, quien había dado lecciones a mi hermana medio siglo atrás, me vio pasar y me llamó. Feliz de verme allí, me dijo: “Seguro ha venido a decirnos adiós, ¿no es cierto, Liúda? Hágame un favor: pase por mi apartamento y dígale a la otra inquilina, Goncharova, que a mi hermana y a mí nos van a llevar a dependencias militares. A ver si nos lleva alimentos allí”. Le prometí que cumpliría su encomienda y me despedí.

»Unos pasos más adelante me topé con una madre y su hija. La madre era ciega; la hija, sorda. Me preguntaron cómo llegar al lugar de concentración. Una joven de gran estatura que caminaba tras ellas alzó los brazos y exclamó: “¡Pobrecitas, Dios mío! ¡Si supierais lo que os espera!”. Y, sin poder contener el llanto, condujo a las condenadas hasta la calle Púshkinskaya.

»Me dirigí a las dependencias militares. El tráfico por la avenida Budionni era intenso. Los vehículos cruzaban el Don y avanzaban incesantemente hacia Bataysk. Dos obreros pasaron a mi lado y alcancé a escuchar a uno de ellos decir en tono apesadumbrado: “Va a ser difícil vencerlos…”. Di varias vueltas en torno a las instalaciones militares —a unos quince kilómetros de la ciudad—, pero no pude ver a nadie. En el camino de vuelta a casa, cuando atravesaba el barrio obrero, me senté en un banco para recuperar

fuerzas. De repente apareció un grupo de mujeres vestidas pobremente y unos pocos ancianos. Entre los últimos distinguí al doctor Títkin. Decidí seguirlos.

»Había soldados alemanes abriendo y cerrando la marcha del grupo de judíos. Delante de todos marchaba un hombre que vestía una camisa blanca y parecía disfrutar enormemente del rol que le habían adjudicado. De tanto en tanto, el hombre se daba la vuelta y agitaba los brazos como un director de orquesta animando a apurar el paso.

»Al salir de la ciudad el camino continuaba en paralelo con la línea del ferrocarril. Entonces me interceptó el hombre de la camisa blanca y llamó a los alemanes. Me ordenaron darme la vuelta.

«Mientras volvía a la ciudad me crucé con varios camiones cargados de judíos. Un muchacho que viajaba en uno de ellos se sacó la gorra y la agitó a modo de saludo. ¿Acaso quería despedirse de los últimos seres vivos que veía pasar? Al verlo, el hombre de la camisa blanca se echó a reír. El rostro de una mujer que viajaba en otro de los camiones se grabó con fuerza en mi mente. Llevaba un niño en brazos y su rostro, en tensión, parecía el de una orate. El camión corría por la calzada y la mujer daba botes cada vez que las ruedas encontraban un bache. También alcancé a ver a la anciana comadrona Rozalía Solomónovna Fishkind. Llevaba un abrigo corto a cuadros y un gorrito blanco. La expresión de su rostro era triste, pensativa. Ella no me vio…»

¿Qué sucedió en aquel lugar al que los alemanes impidieron llegar a la doctora Nazarévskaya?

Se trataba de una zona muy poco poblada. Apenas se alzaban las cinco casitas donde se alojaba el personal que daba servicio a los ferrocarriles y unas pocas más al este del jardín zoológico y la granja Olimpiada. Todos los inquilinos de esas casas habían sido desalojados por un período de dos días. Les ordenaron cerrar las casas a cal y canto y marcharse de allí, so pena de fusilamiento. No obstante, algunos de ellos, temerosos de que saquearan sus modestas viviendas, permanecieron en la zona, ocultándose en las propias casas, en huertos o en zanjas. Así se convirtieron en testigos de todo lo que allí ocurrió.

El 10 de agosto, la víspera de la masacre cometida contra los judíos, los alemanes fusilaron allí mismo, y más concretamente en

el barranco de Zmiev, a trescientos soldados y oficiales del Ejército Rojo. Todos fueron trasladados en camiones hasta el apeadero y allí subidos a una cámara de gas móvil. Muchos condenados avanzaron desnudos hasta el barranco. Entre ellos se pudo ver a una hermosa mujer, también completamente desnuda, que llevaba de la mano a sendas niñas con lazos atados al cabello. Algunas jóvenes avanzaban tomadas de la mano y entonando canciones. Un anciano se acercó a un alemán y le pegó un puñetazo en pleno rostro. El alemán pegó un grito y se abalanzó sobre el anciano, lo derribó y lo pateó hasta la muerte.

En la noche del 11 de agosto los residentes del lugar vieron a una mujer desnuda salir de la zanja, dar varios pasos y desplomarse, ya muerta.

Al día siguiente de la masacre en el diario *La Voz de Rostov*, publicado por los ocupantes, se pudo leer que «el aire de la ciudad había sido purificado».[43]

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

El doctor Kremenchuzhski

El doctor Ilyá Kremenchuzhski vivía en la ciudad de Morozovsk junto a su esposa y sus dos hijas. El marido de una de sus hijas había marchado a luchar en el frente. La mujer de Kremenchuzhski era rusa *[y sobrevivió por puro milagro]*. Este es su relato.

«Los alemanes asesinaron a doscientos cuarenta judíos. Pero aquella noche las víctimas fueron setenta y tres. Llegaron a nuestra casa en medio de la noche. "¿Está aquí el doctor Kremenchuzhski?, preguntaron a voces. "Que salga con toda su familia", ordenaron. Mi marido comprendió enseguida lo que nos esperaba. Por eso cuando subimos al camión nos dio a las tres unos polvos que contenían veneno. Nos dijo: "Cuando os haga una señal, tragáoslo todo". Él se quedó una porción.

»Nos encerraron en una celda. Éramos tantos en ella que teníamos que permanecer de pie. Los hombres de las SS se paseaban bajo las ventanas y gritaban: "¡Ahora os vamos a matar a todos! Esperad un poco…". Los niños lloraban. Algunas mujeres sufrían ataques de histeria. Mi hija más joven quiso tragarse el veneno, pero mi marido se lo impidió: "No podemos hacerles eso. ¿Os imagináis qué sería de ellos si nos envenenamos aquí? Tenemos que apoyarlos y compartir con ellos un mismo destino". Mi marido no hablaba en lengua hebrea, pues había pasado toda su vida en las tierras del Don, pero en aquel momento recordó dos palabras en yiddish: "*Brider, Yidn*" —Hermanos judíos— y las pronunció en voz alta atrayendo la inmediata atención de todos los condenados. "Muramos con dignidad: sin lágrimas, sin gritos. No podemos darles ese gusto a nuestros verdugos. Hermanos, hermanas: os ruego que guardéis silencio". Se hizo un silencio terrible. Hasta los niños callaron súbitamente.

»[Había entre nosotros un ingeniero, viejo conocido de la familia. De repente comenzó a aporrear la puerta y a gritar: "¡Se ha producido un error! Aquí hay mujeres rusas". Un alemán le preguntó: "¿Quiénes son las rusas?". Todos nos señalaron a mí y a mis hijas. El alemán nos sacó

de la celda. “Mañana veremos qué hacer con vosotras”, nos dijo. Inmediatamente después dio comienzo la masacre.] Los alemanes mataron a sus víctimas en el patio de la prisión. Nadie dejó escapar un solo grito. “¿Qué sentido tiene ahora mi vida?”, me pregunté. Y pensé en mi nieto, en mi deseo de salvarlo de todo aquello. Nos marchamos de allí a toda prisa. Un maestro nos brindó cobijo en su casa…»

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

¿Adónde nos llevan?

En una aldea próxima a Morozovsk un grupo de niños trabajaba en el campo. De repente les llegaron rumores de que los judíos estaban siendo asesinados. Seis niños judíos —de nueve años el menor; de doce, el mayor— se encaminaron a Morozovsk. Al conocer que los alemanes se habían llevado a sus padres acudieron a la comandancia a preguntar por ellos. Desde allí los llevaron a la Gestapo.

Había dos mujeres rusas en la celda donde los encerraron. Una de ellas era Yelena Belenova, de cuarenta y siete años de edad y responsable de las guarderías de la ciudad. La segunda, Matriona Izmáilova, nos relató lo siguiente: «Los niños no paraban de llorar. Belenova intentaba devolverles el sosiego asegurándoles que sus padres y madres vivían y que a ninguno le iba a suceder nada malo. Después los acunó como mejor pudo y consiguió dormirlos. A las tres de la madrugada los hombres de la Gestapo vinieron por ellos. "Adonde nos llevan", gritaban despavoridos los niños. Belenova les explicó con voz serena: "A una aldea, a trabajar"».

Los cadáveres de Yelena Belenova y los seis niños judíos aparecieron en una zanja cavada a las afueras de Morozovsk.

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

En Stávropol

El 5 de mayo de 1943 regresé a Stávropol, mi ciudad natal, ya liberada por el Ejército Rojo. Los alemanes habían asesinado a toda mi familia: a mi anciano padre, a mi madre, a mi hermano, su mujer, sus hijos y mis cuatro hermanas y sus hijos, ente los que había criaturas de pocos meses de edad.

Inmediatamente después de ocupar la ciudad los alemanes instituyeron un Comité judío para la protección de los intereses de la población judía. Seguidamente realizaron un censo de los judíos residentes en Stávropol.

Una semana más tarde los alemanes ordenaron a los judíos reunirse en la plaza frente a la estación de ferrocarriles para ser evacuados. Se los autorizaba a llevar consigo hasta treinta kilogramos de peso per cápita y se avisó que la evacuación se realizaría «a zonas menos pobladas». Todas las personas que acudieron a la plaza fueron subidas a vehículos fabricados para la ocasión y gaseadas. La Gestapo se quedó todas sus pertenencias.

Dos días más tarde, el 14 de agosto de 1942, los alemanes convocaron a los judíos que aún vivían en la ciudad para entregarles los brazaletes que debían portar a modo de identificación. Todos los judíos se presentaron en el lugar indicado, donde la Gestapo los retuvo hasta altas horas de la tarde. Al caer la noche les dijeron que esperaran a la mañana siguiente y entonces podrían volver a sus casas. Los desnudaron con las primeras luces del alba, los subieron a las cámaras de gas móviles y se los llevaron fuera de la ciudad.

Seguidamente los soldados y oficiales de la Gestapo revolvieron los apartamentos de los judíos para cobrarse su botín.

Quiero decir algunas cosas acerca de mi madre. Parió siete hijos; ya tenía bisnietos. Pasó enferma los dos últimos años de su vida. Apenas salía de casa, siempre pegada a los fogones. Sus nietos no se cansaban de traerle flores. Se la veía rodeada de ellos; débil, pero feliz. La vieron avanzar hacia la sede de la Gestapo. Envuelta en su

ajado chubasquero, iba algo encorvada, el cabello cano oculto bajo un pañuelo oscuro. ¡Qué horrible, qué vacío debió ser el corazón de quien condujo a la tumba a una mujer como aquélla!

Todos mis parientes llevaban la más pacífica de las existencias. Arreglaban relojes, cosían vestidos, remendaban zapatos. Los niños iban al colegio y faenaban en el campo.

Liza, la mayor de las hijas de una de mis hermanas, era una chica fuerte y hermosa. Una deportista nata. Durante los primeros días de ocupación los soldados alemanes solían importunarla en la calle con todo tipo de groserías. Cada vez prorrumpía en sollozos cuando volvía a casa: así era aquella orgullosa muchacha soviética. Más tarde la mataron.

Como también quitaron la vida al menor de mis sobrinos, un chico de apenas diez meses de edad. En un primer momento, los alemanes dijeron que sólo debían presentarse las personas mayores de ocho años, pero después dijeron a las mujeres congregadas que trajeran a todos sus hijos y así también ellos «eran censados». Los asesinaron a todos.

Otra de mis hermanas prefirió no llevar consigo a una de sus hijas y la dejó al cuidado de los vecinos. La Gestapo tuvo noticia de ello y envió a un grupo de sus hombres a capturarlas. Toda una noche aquellos hombres armados buscaron a la niña sin éxito. A la mañana siguiente, y a pesar de las advertencias de nuestros vecinos, mi sobrina acudió por su propio pie a la Gestapo: «Quiero estar con mamá», dijo. También ella fue asesinada.

TESTIMONIO DE A. NANKIN
EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

Los alemanes en Kislovodsk

Moisei Samóilovich Évenson, el hombre que escribió este relato acerca de la ocupación alemana de Kislovodsk, cuenta ahora setenta y nueve años. Nacido en Kaunas, se vio obligado muy pronto a emigrar al extranjero. Durante años trabajó como periodista en Viena. Antes de concluir los estudios de filosofía a los que se había entregado con enorme pasión, Évenson regresó a la patria. Tenía veintiún años entonces.

A su regreso, pasó a trabajar con el célebre bibliógrafo e historiador de la literatura rusa S. A. Venguerov. También participó en los trabajos que condujeron a la publicación del diccionario de Brockhaus y Efron. A partir de 1892 Évenson desarrolló una intensa actividad periodística. Así, publicó una larga serie de breves artículos sobre temas filosóficos y cuestiones judías. Precisamente su condición de judío le valió la expulsión de San Petersburgo. Entonces se estableció en Kíev, donde encontró empleo en el diario *Arte y vida.*

[No obstante, tampoco en Kíev se le concedió el derecho de residencia, de manera que aun siendo ya un escritor capaz y padre de familia, se vio obligado a pasar muchos días y noches recluido en un club de ajedrez, uno de los pocos lugares a los que no acudía la policía a pedir la documentación de los que allí se encontraban.]

Más adelante, Moisei Samóilovich se vio obligado a trasladarse a Zhitomir, donde publicó el periódico *Volyn* del que era, en esencia, editor y único colaborador. El célebre escritor ucraniano Kotsiubinski colaboró esporádicamente con ese proyecto editorial.

El periódico *Volyn* acabó siendo cerrado por orden de la censura y Évenson regresó a Kíev donde continuó vagando de un lugar a otro.

Uno de sus hijos cayó a las afueras de Buchach en 1915 peleando contra los alemanes.

La revolución de 1917 acabó con las penurias padecidas por los judíos en Rusia.

La joven república luchaba implacablemente contra sus enemigos. Los imperialistas alemanes atacaron Ucrania con la pretensión de robar la libertad al pueblo ucraniano. A otro hijo de Evenson, abogado y ajedrecista, le quitaron la vida los enemigos de nuestro país en 1919. Evenson se mudó a Bakú. Allá trabajó hasta 1924 en el Comisariado Popular de Comercio Exterior. Tras su jubilación, se fue a vivir en el pequeño caserío Minutka, a tiro de piedra del balneario de Kislovodsk. *[Allí contrajo segundas nupcias con una mujer rusa. Fue ella quien lo salvó de la muerte durante la ocupación alemana. Esa fue la vida que tuvo quien firma el relato que sigue.]*

EL RELATO DE ÉVENSON

Los alemanes se abrieron paso hasta el Cáucaso del Norte sin previo aviso. Hasta entonces Kislovodsk había vivido como quien se encuentra en lo más hondo de la retaguardia. De hecho, la ciudad estaba llena de evacuados y refugiados venidos de otras regiones.

El 5 de agosto de 1942 se supo que los alemanes estaban a las puertas de Mineralnie Vody. Inmediatamente se puso en marcha la evacuación de las oficinas de gobierno y los sanatorios. Pero las carencias de medios de transporte eran notables. Encima, para ser evacuado se precisaba de un salvoconducto y la tramitación de estos documentos demoraba la salida.

Muchos intentaron escapar a Nalchik a pie, pero ya el 9 de agosto la vanguardia de las tropas alemanas ocupó posiciones en la carretera que conducía a esa ciudad.

Los primeros motociclistas alemanes llegaron a la ciudad el 14 de agosto. Inmediatamente después aparecieron las tropas motorizadas y armadas de fusiles de asalto y ametralladoras. La infantería tampoco se hizo esperar. Los coches en los que viajaban los mandos alemanes la seguían muy de cerca.

Muy pronto en las puertas de acceso a los sanatorios aparecieron avisos cuidadosamente impresos en los que se podía leer: «Ocupado por el Mando alemán. Acceso prohibido».

La comandancia alemana y sus muchas dependencias se hicieron con el centro de una ciudad que se llenó de proclamas dirigidas a la población. *[En ellas se afirmaba que el ejército alemán sólo estaba en*

guerra contra la Dirección Política Estatal (GPU) y los judíos y se llamaba a la calma y al orden al resto de la población. Se animaba a los ciudadanos a guardar la calma y el orden: habría trabajo para todos. La proclama avisaba también de la disolución de las granjas colectivas y de la instauración de la libertad de comercio y el libre ejercicio de las profesiones liberales.] Se avisaba de que toda acción contraria a las fuerzas de ocupación sería castigada según las leyes vigentes en tiempos de guerra. Entre las acciones que serían consideradas como beligerantes se mencionaban la prestación de ayuda, o el apoyo manifiesto, a los partisanos, la renuencia a delatar a sus activistas, la difusión de rumores desfavorables a las acciones del ejército alemán o al desempeño de los mandos de las fuerzas de ocupación, así como cualquier acto de desobediencia a las órdenes impartidas por la comandancia alemana o las autoridades civiles.

Unos días más tarde apareció a la venta en Kislovodsk un diario publicado en Pyatigorsk, *El Eco de Pyatigorsk*. Se trataba de un libelo de apenas unas pocas páginas, cuya tercer parte ocupaban las más asquerosas invectivas contra los judíos y ridículos, por rotundamente falsos, ataques al poder soviético.

Cuando se produjo la ocupación Kislovodsk se había convertido en momentáneo refugio de un gran número de judíos evacuados del Donbass, Rostov y Crimea.

Una de las primeras disposiciones de las fuerzas de ocupación alemanas fue el nombramiento de Kochkarov como burgomaestre de la ciudad. Este dictó de inmediato una orden que establecía la obligatoriedad de entregar a las autoridades la totalidad de las armas guardadas en manos privadas, la confiscación de todos los bienes de propiedad de los sanatorios y el censo de «los judíos y las personas de ascendencia judía».

Benenson, un dentista judío muy popular en la ciudad, fue nombrado responsable del Comité judío instaurado por los alemanes.

Apenas dos días más tarde se conoció una nueva orden: los judíos quedaban obligados a coser a la pechera de sus ropas una estrella de seis puntas y color blanco. También fueron fijadas las dimensiones del distintivo: seis centímetros de diámetro.

A partir de entonces se pudo ver por las calles de Kislovodsk a personas marcadas con la señal de la muerte.

La ciudad carecía de reservas de combustible y queroseno. Los baños públicos fueron clausurados. El precio del jabón subió hasta los cuatrocientos rublos por una pastilla. Las escuelas, en cambio, fueron reabiertas y los maestros recibieron instrucciones de utilizar castigos corporales contra los niños revoltosos. Una orden que se negaron a cumplir… La escasez de medicamentos era insoportable. El desempleo creció exponencialmente.

Los alemanes anunciaron el establecimiento de un régimen cambiario obligatorio a razón de un marco por diez rublos.

Desprovista de medios de vida, la población comenzó a vender lo que tenía. Las tiendas de segunda mano proliferaron como setas. Al principio vendían la mercancía por el 25% de su valor real, pero la situación continuó degenerando y se llegó a vender objetos por el diez e incluso el 5% de su precio real. Los precios caían en picado, mientras los alemanes compraban como locos.

El centro de la ciudad se llenó de oficiales alemanes y soldados de todas las armas. Sus uniformes iban orlados con toda suerte de emblemas y charreteras. Sus mujeres se paseaban con finas medias de seda y zapatos de tacón alto. Todos los hombres y mujeres capaces de trabajar debían hacerlo dos días al mes para los alemanes. Muy pronto se anunció que ese ritmo debía incrementarse. Largas filas de estraperlistas tomaron muy pronto el camino de las remotas aldeas de montaña cargados de mercancía para vender. El precio de la harina era cada vez más alto; lo poco que se podía vender valía cada vez menos.

Ya en los primeros días de ocupación el Comité judío recibió un encargo de las autoridades: debía reunir y entregarles cincuenta abrigos de hombre y otros tantos de mujer, igual número de pares de zapatos, manteles, *etc.* Seguidamente se les ordenó entregar también relojes y joyas. Y muy poco después el Consejo recibió la orden de enviar judíos a trabajar en la limpieza de las plazas de la ciudad y faenar en la agricultura. Por si fuera poco, no se los proveyó de herramientas para realizar ninguno de los trabajos encomendados.

El 7 de septiembre la comandancia dictó una nueva orden: «Con el propósito de poblar algunas áreas de Ucrania, se ordena a todos los judíos y personas de origen judío, exceptuando a los mestizos, presentarse el día 9 de septiembre en el área de carga de la estación

de ferrocarriles. Todos han de traer consigo las llaves de sus casas a las que previamente atarán etiquetas donde se consigne la dirección y los apellidos de los dueños. Cada reasentado podrá llevar consigo equipaje que no supere los veinte kilogramos».

Fueron muchos los que comprendieron que el cumplimiento de aquella orden equivalía a la muerte. Algunos prefirieron ingerir una dosis de veneno. Así lo hicieron el doctor Vilenski y su esposa. La doctora Bugáyevskaya también prefirió acabar con su vida. El doctor Faynberg, su esposa y su hija se cortaron las venas.[44]

Cerca de dos mil judíos se agolparon el 9 de septiembre junto a la estación de ferrocarriles. Pasaban junto a hombres de la Gestapo provistos de cestas en las que recogían las llaves que habían requerido. El anciano profesor Baumgoltz, el escritor Bergman y su esposa, los doctores Chatzkin, Merenes, Shwartzman o el dentista Benenson y su familia estaban entre ellos. Cuando se les permitió abordar el convoy, los hombres de la Gestapo les exigieron desprenderse de los objetos y provisiones que cargaban consigo. Algunos preguntaron tímidamente: «¿Tampoco podemos llevar ropa de recambio para los niños?». Entretanto, continuaban subiendo a los vagones. Un automóvil aparcó junto al andén. Traía a nueve niñas judías de corta edad. Las traían del orfanato. La gente se asustó y comenzó a hacer preguntas:

—¿Por qué enviáis a estas niñas tan pequeñas? —inquirieron algunos a gritos.

Un oficial de la Gestapo respondió en ruso:

—Si no las matamos ahora, mañana se convertirán en bolcheviques.

El convoy se puso en marcha a la una de la tarde. Los guardias viajaban en un vagón de primera clase. Poco después de haber dejado atrás la estación de Mineralnie Vody el tren se detuvo en medio del campo. Armados de binoculares, los alemanes estudiaron el paisaje. No les pareció un sitio apropiado. Entonces el convoy dio marcha atrás y regresó a Mineralnie Vody para tomar una vía muerta que conducía a la fábrica de vidrio.

—Fuera todos —ordenaron los alemanes.

[Debilitada por el hambre y la ansiedad, Deborah Reznik cayó por la puerta trasera del vagón sobre unos matorrales.]

Los judíos bajaron del tren.

—Entregadnos todas las joyas que llevéis encima —ordenaron los alemanes.

Todos se despojaron de los colgantes, anillos y relojes y los depositaron en las gorras que les presentaban los guardias. Transcurrieron diez minutos de espera hasta que llegó el vehículo en el que viajaban los mandos alemanes. Una orden terminante: desvestirse hasta quedar en ropa interior. Ahí comenzaron los gritos y las carreras. Los guardias empujaron a la multitud hasta una profunda trinchera antitanque cavada a un kilómetro de la fábrica de vidrio.

Los niños eran llevados de la mano. Había varios automóviles que corrían por el descampado y desde los que disparaban contra quienes pretendían huir.

La masacre se prolongó toda una noche. Ya de madrugada, llegaron varios camiones desde Essentukí.

Mil ochocientos judíos de Kislovodsk fueron asesinados allí. Desde Essentukí se les sumaron otros quinientos siete adultos y millar y medio de niños y ancianos de ambos sexos. Todos estaban muertos cuando asomaron las primeras luces del alba.

[Cuando Deborah Reznik salió por fin de los matorrales en los que había caído parecía haber perdido la razón.

Vagó sin rumbo durante varios días y sobrevivió de milagro. Tal vez la salvó su apariencia: no parecía judía.

El anciano Fingerut también sobrevivió a aquella matanza.]

Los alemanes preservaron la vida a unos pocos zapateros y sastres judíos de Kislovodsk. Cuando se vieron obligados a abandonar la ciudad ante el empuje del Ejército Rojo los fusilaron a todos.

Unos pocos consiguieron salvar la vida. Sheveliova, empleada de un instituto de Leningrado, consiguió salvar a tres niños judíos que hizo pasar por sus sobrinos. El personal de la Escuela de Medicina la ayudó a esconder a los pequeños. El doctor Gluzman y sus dos hijas, de ocho y quince años, sobrevivieron también. Zhovytaya, una mujer rusa, dio cobijo en su casa a una joven judía y a su hijo de pocos meses de edad.

[Unos pocos judíos salvaron la vida gracias a que se escondieron en cuevas.]

Hacía muy buen tiempo y pronto corrieron rumores de que los

ocupantes se disponían a revitalizar el balneario, que ahora sólo estaría destinado a clientes alemanes. Por consiguiente, todos los pobladores rusos serían deportados.

El 6 de noviembre partió hacia Alemania un convoy cargado de jóvenes.

La carestía no hacía más que crecer. La tensión era extrema. Se hablaba en susurros de los fusilamientos en masa: todos escuchábamos las descargas que se sucedían noche tras noche.

En diciembre nos llegaron vagos rumores acerca de la situación en Stalingrado. Cada vez eran más numerosos los grupos de prisioneros de guerra que llegaban a Kislovodsk. La aviación soviética bombardeó Pyatigorsk. El ardor de los ocupantes se apagaba paulatinamente. Sus rostros se tornaron sombríos.

Acusado de malversación, el burgomaestre Kochkarov fue destituido fulminantemente. Su puesto lo ocupó cierto Tópchikov. Se taló un gran número de pinos en vísperas de la Navidad, pero los alemanes no mostraron un talante precisamente navideño. La evacuación de las fuerzas ocupantes dio comienzo muy pronto.

Los días 4 y 5 de enero los alemanes organizaron masivas redadas en busca de judíos y comunistas. Un aviso colgado en todas las calles de la ciudad sostenía que los rumores de evacuación de Kislovodsk eran falsos y que se fusilaría a todo aquel que los propagara.

En los primeros días de enero se escucharon las primeras explosiones. El tejido vial ferroviario y la estación de ferrocarriles que recibía los convoyes de carga estuvieron entre los primeros objetivos. Los registros se sucedían sin cesar. El 10 de enero los alemanes desaparecieron de repente. Tal precipitación salvó muchas vidas. Los alemanes se dejaron en la estación de ferrocarriles muchos barriles de col agria, cajas de vino y sacos de sal. Después se descubrió que el vino estaba contaminado. También la sal contenía algún tipo de veneno, aunque por suerte las amas de casa descubrieron rápidamente que cuando se la utilizaba en la cocina la sopa se recubría de una nata verdosa. Ello evitó que se produjeran muchos envenenamientos.

El 10 de enero no quedaba ni un solo alemán en Kislovodsk. El Ejército Rojo entró en la ciudad. Entonces dio comienzo la exhumación de los cadáveres de todas las personas asesinadas y

torturadas por los ocupantes.

En una trinchera antitanque se encontraron seis mil trescientos cadáveres de ciudadanos soviéticos salvajemente asesinados. En Mashuk-Gorá, a las afueras de Pyatigorsk se recuperaron trescientos cadáveres *de rusos*. Otro millar de cadáveres fue ubicado en Koltsogorá, Kislovodsk.[45]

Todas las atrocidades cometidas por los alemanes en Kislovodsk, Pyatigork y Essentukí respondieron a un plan metódico llevado a cabo con la mayor serenidad.

EDITOR: VIKTOR SHKLOVSKI

Essentukí

La ocupación de Essentukí se produjo el 11 de agosto de 1942. El 15 de agosto se nombró a los miembros de un Comité judío que se encargó de realizar un censo de la población judía. Según los datos arrojados por dicho censo había en la ciudad trescientos siete judíos aptos para el trabajo y en torno a dos mil ancianos y madres al cuidado de sus hijos.

Cada mañana los judíos tenían que presentarse en la sede del Comité, desde donde se los enviaba a realizar los trabajos más pesados. Los alemanes los vejaban y golpeaban sin cesar. El Teniente Pfeifer,[46] «responsable de asuntos judíos», mostraba una especial delectación cuando asistía a los abusos o los cometía él mismo. Aquel alemán gordo y rubicundo solía acudir al Comité empuñando una fusta y dirigía personalmente las golpizas.

Una orden dictada por el comandante Von Beck el 7 de septiembre buscaba el reasentamiento de los judíos a «regiones poco pobladas». Todos los judíos debían acudir a la escuela ubicada al otro lado de las vías del tren llevando consigo unas pocas pertenencias cuyo peso no podía superar los treinta kilogramos e incluyeran un plato, una cuchara y alimentos para tres días. Se les concedieron dos días para los preparativos.

Cuando Gertzberg, un profesor asociado de la Universidad de Leningrado, conoció de la inminencia del «reasentamiento» no tuvo dudas de lo que se escondía tras esa propuesta y se quitó la vida. Otros dos profesores del Instituto pedagógico de Leningrado, Efrusi y Michnik, también ingirieron sendas dosis de veneno, pero fueron salvados por médicos alemanes que consideraban que los judíos debían morir según lo establecido por la normativa en vigor.

Todos los pacientes ingresados en el hospital fueron conducidos a la mencionada escuela.

La gente se congregó en la escuela al amanecer del 9 de septiembre. Muchos rusos acompañaron a sus amigos judíos para despedirse de ellos. Las lágrimas eran abundantes. Pasaron la noche

encerrados allí. El edificio estaba rodeado. Los niños lloraban, mientras los guardias cantaban. A las seis de la mañana del 10 de septiembre los judíos fueron obligados a subir a una hilera de camiones. No se les permitió llevar consigo los enseres que cargaban. Los vehículos se pusieron en marcha y tomaron la dirección de Mineralnie Vody.

Una larga trinchera antitanque se extendía a un kilómetro de la fábrica de vidrio. Los camiones se detuvieron junto a ella. Los judíos fueron obligados a desnudarse. Después los subieron a cámaras de gas móviles donde morían por asfixia. Algunos intentaron huir, pero las balas lo impidieron. A los niños les rociaban los labios con un líquido venenoso. Los cadáveres eran colocados en la trinchera capa a capa. Cuando la zanja se llenó hasta los bordes la cubrieron de tierra que apisonaron con ayuda de las ruedas de los camiones.

Fueron muchos los científicos y los médicos que perdieron la vida durante aquella matanza. El profesor asociado Tinguer, los doctores Livshitz, Zhivotínskaya, Goldschmidt, Koznievich, Lysaya, Balaban, el abogado Shatz, el farmacéutico Sokolski estuvieron entre ellos.

El doctor Ayzenberg fue nombrado responsable del hospital de campaña de Essentukí al inicio de la guerra.

Cuando la ciudad fue liberada por el Ejército Rojo, Ayzenberg regresó a su ciudad natal y supo que los caníbales alemanes habían asesinado a su esposa y a su hijo de diez años, Sasha. Junto a los representantes del Ejército Rojo y los obreros de la fábrica de vidrio, Ayzenberg participó en la instalación de una placa en memoria de los muertos que fue colocada sobre la zanja que guardaba los cadáveres de las víctimas.

Allí reposan los judíos de Essentukí, pero también muchos judíos de Pyatigorsk, Kislovodsk y Zheleznovodsk. También se guardan allí los cadáveres de diecisiete obreros ferroviarios y los de muchas mujeres y niños rusos.

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

Testimonio de Iosif Vaingertner, un pescador de Kerch

Cuando comenzó la evacuación de las mujeres y los niños de Kerch, mi mujer se negó a marchar. Nuestra fábrica de conservas satisfacía pedidos del frente y yo no podía abandonar mi trabajo. Mi esposa se negó a dejarme solo.

—Si deciden que tú marches también, entonces me iré contigo —decía.

Cuando los alemanes ocuparon la ciudad dictaron una orden que establecía el censo obligatorio de todos los judíos sin excepción, fueran niños o ancianos. Nos dijeron que aquellos que resultáramos aptos para el trabajo seríamos enviados a trabajar y que los ancianos y los niños recibirían raciones de pan. Quienes se resistieran a ser censados serían fusilados sin contemplación.

Acudí a la oficina del censo acompañado de toda mi familia.

El panorama no resultaba nada alentador. No me hizo ninguna gracia constatar que apenas se veían vecinos de Kerch por las calles. Y sólo de tanto en tanto se veía a algún judío.

—¿Qué tal si hablamos con Vasili Kárlovich sobre el niño? —propuso mi mujer.

Vasili Kárlovich vivía con su esposa, Yelena Ivánovna, en nuestro mismo patio. Ambos eran personas ancianas y nos habían invitado a mudarnos con ellos.

—Las calamidades se soportan mejor cuando la gente permanece unida —nos decían.

Pero nosotros nos resistíamos a marchar de casa y lo que hicimos fue llevar a nuestro pequeño Benchik a vivir con ellos. De todos modos, Yasha, el mayor, se pasaba el día en la calle. Los colegios estaban cerrados y los chiquillos no paraban en casa. Una mañana se aparecieron en casa dos policías acompañados de un alemán. El alemán leyó nuestros nombres y los de nuestros hijos.

—Recoged lo más necesario, pues os enviamos a trabajar a una granja agrícola y vuestro apartamento será ocupado por otra familia

—dijo—. Vuestros hijos os acompañarán: Yakov, de catorce años, y Bentsion, de cuatro. Por cierto, ¿dónde están?

—Se trata de un error —dije—. No tenemos hijos.

Y pensé de repente: si alguno de ellos entra ahora mismo en casa, estamos muertos.

El alemán anotó algo en su cuaderno y me ordenó acompañarlo. El patio estaba desierto, pero yo sabía que muchos ojos asustados nos seguían ocultos tras los visillos.

Nos condujeron a la cárcel. Estaba de bote en bote. Allí nos encontramos con muchos de nuestros amigos y conocidos. Al constatar que nadie tenía la menor idea del porqué nos habían detenido y cuánto tiempo nos mantendrían encerrados, éramos presa de los peores presentimientos. El hacinamiento y el temor enervaban a la gente. Todos hablaban a gritos; los niños se desgañitaban: era como para volverse loco.

Cuando se hizo de noche, el jefe de la prisión acudió a tranquilizarnos:

—¡No hay nada que os deba preocupar, ciudadanos! —dijo con voz melosa—. Dormid un poco, descansad, y mañana os llevaremos a las granjas agrícolas donde os darán empleo. Recibiréis dos kilogramos de pan al día. ¡Imaginaos!

La gente se calmó. Aquellos que tenían relaciones previas de amistad se ponían de acuerdo para intentar subir a un mismo camión y de esa manera ir a parar a la misma granja.

A la mañana siguiente cinco camiones esperaban en la puerta de la cárcel. La desesperación de la gente era tan grande que los empujones y los tirones nos impedían abrirnos paso. Todos ansiaban salir de la cárcel cuanto antes y verse a cielo abierto en las granjas agrícolas. Los más fuertes lo conseguían antes, mientras mi mujer y yo quedábamos rezagados. A pesar de que el ir y venir de los cinco camiones se prolongó durante toda la jornada, todos nuestros intentos de abordarlos fueron estériles.

Aquella noche alguien comentó que le parecía muy raro que los camiones volvían a por más pasajeros cada veinticinco minutos. ¿Adónde podían llevar a la gente en tan corto período de tiempo? Aquella duda se clavó en nuestros corazones con tal fuerza que nos sentimos horrorizados. La noche transcurrió bajo aquella zozobra.

A la mañana siguiente volvieron los camiones y esta vez sí

conseguimos subir a uno, junto a nuestros amigos. Bastó que saliéramos de la ciudad para que me embargara un profundo desasosiego. Conocía todos los caminos que conducían a las granjas agrícolas de la región: ¡y nosotros no habíamos tomado ninguno de ellos! Antes de que pudiera comprender lo que ocurría, divisé a lo lejos las trincheras antitanques y los montones de ropa.

Los camiones se detuvieron junto a la zanja. Nos vimos rodeados de soldados que nos apuntaban con sus fusiles. Entre la tierra con que acababan de cubrir un sector de la zanja asomaban pies y manos que aún se agitaban débilmente. Una niña de catorce o quince años que vivía en nuestra calle se abrazó a mí y gritó entre sollozos: «Por favor, yo no quiero morir». El grito nos hizo estremecer, despertándonos definitivamente de lo que creíamos era un sueño. Hoy sé que jamás podré olvidar a aquella niña. Su lamento late aún en mi sangre, en mi mente, en mi corazón.

Los verdugos comenzaron a quitarnos la ropa de abrigo y a empujarnos hacia la zanja. Caminábamos directamente hacia los muertos. Se escuchaban dolorosos lamentos. Los soldados nos estaban obligando a entrar vivos en las zanjas para así ahorrarse cargar después con nuestros cadáveres. El anillo que formaban en torno a nosotros se cerraba cada vez más. Al llegar al borde de la zanja no nos quedó más remedio que saltar a ella. Entonces comenzaron las descargas. Mostrando una extraordinaria prisa, los verdugos iban cubriendo de tierra a las víctimas que caían a menudo. Me despedí apresuradamente de mi mujer. Mientras nos abrazábamos una bala impactó en su cabeza y la sangre me salpicó la cara. La sujeté con fuerza y me puse a buscar un hueco donde dejarla reposar. Pero en ese instante me derrumbaron los cuerpos de otros muertos que me caían encima. Permanecí inconsciente durante mucho tiempo. Cuando volví en mí, me embargaba una sensación que no había experimentado nunca antes. No sabía dónde me encontraba; era incapaz de recordar lo que había sucedido. Me aplastaba un peso enorme. Quise despejarme la cara, pero no atinaba a encontrar mi mano. Abrí los ojos de repente y alcancé a ver las estrellas dibujadas en el firmamento. Entonces recordé todo lo que acababa de ocurrir y reuní mis últimas fuerzas para librarme de la estrecha capa de tierra que me cubría. Aparté como pude toda la tierra que me rodeaba. Quería encontrar a mi esposa, pero la

oscuridad era total. Sujetaba una y otra cabeza entre mis manos, pero ninguna era la de la mujer que buscaba. ¡Estaba muy oscuro! Recorrí los rostros con mis dedos: ansiaba descubrirla ayudado del sentido del tacto. ¡Y sí! ¡Di con ella! Estaba muerta. Salí como pude de la zanja y puse pies en polvorosa. Vi una luz a lo lejos y me encaminé hacia ella: procedía de la cabaña de un campesino. Dentro había tres hombres y dos mujeres. Me preguntaron algo, pero no atiné a responderles. Era evidente que descubrieron de dónde había salido yo. Las mujeres me quitaron la camisa ensangrentada y me curaron las heridas con yodo. Después me proporcionaron una camisa limpia, me dieron de comer y me marché con la cabeza cubierta con la gorra que me regalaron.

Cuando ya me iba, una mujer me retuvo en el umbral y me preguntó:

—Dígame, ¿estaba Ilyá Veniamínovich Waldman entre vosotros?

—Sí —le respondí. La pobre mujer agitó los brazos desesperada y cayó desplomada.

Me encaminé a la ciudad. No sabría explicar el porqué, pero lo cierto es que no sentía temor alguno. Tenía una idea fija: saber qué había sido de mis hijos. Cuando llegué era noche cerrada y no quise despertar a mis vecinos. Al lado había una casa que los bombardeos habían reducido a ruinas y decidí esconderme en el sótano.

Quise incorporarme cuando amaneció. No pude hacerlo. Me sangraban las heridas; tenía fiebre alta. Por algunas frases sueltas, gritos y lamentos que me llegaban de la calle, comprendí que un terrible pogromo estaba teniendo lugar en la ciudad. Más tarde supe que en realidad, lo ocurrido superó con creces mis cálculos más exagerados. Los alemanes, además, habían rodeado el barrio obrero y asesinado a cerca de dos mil de sus vecinos.[47]

Tumbado en el suelo del sótano, era incapaz de hacer el menor movimiento. Después sucedió algo de veras notable: alguien se había percatado de la presencia de una persona en el sótano. Y de vez en cuando ese invisible benefactor dejaba caer una rebanada de pan, alguna patata hervida, una cebolla o una botella de agua. Así permanecí quince días hasta que comprendí que corría el riesgo de pudrirme en vida. Entonces reuní las pocas fuerzas que me quedaban y salí al exterior. Me dirigí al policlínico. Cuando entré a la consulta del médico, éste me preguntó:

—¿Qué le sucede? ¿Por qué se queja así?

Le mostré mis heridas.

—No tenemos sitio en el hospital —me dijo—. ¿Tiene documentos y dinero?

—No —respondí.

—En ese caso me resulta imposible atenderlo —dijo alzando la voz. Después se volvió a la enfermera y le ordenó en un susurro que me buscara inmediatamente un sitio.

Permanecí ingresado durante dos semanas, a pesar de no disponer de documentos ni dinero. Sólo me dieron el alta cuando me hube repuesto.

Del hospital me fui a casa de unos amigos *[rusos]*. Me dieron de comer y me ofrecieron dinero y cobijo.

He sido un hombre de mar por treinta años y he soportado los peores huracanes. En más de una ocasión las tormentas han mecido a su antojo mi pequeña barca, pero ninguna consiguió vencerme. ¡Cuántas olas no han intentado tragarme! Y ahora se aparecían los perros fascistas y querían dar cuenta de mí como si nada. ¡Que se lo creyeran! Mis hermanos y los hermanos de mi mujer están luchando en el frente de batalla. Todos ellos ya conocen las atrocidades perpetradas por los alemanes en Kerch.

Al término de la ocupación me dediqué a averiguar el paradero de mis hijos. Nadie sabía qué había sido de Yasha. Durante varias noches seguidas busqué su cuerpo en las zanjas. Pero ¿acaso se puede encontrar a alguien entre tantos cadáveres y en la más completa oscuridad? Por otra parte, los cadáveres suelen mostrar expresiones que apenas permiten descubrir su identidad. Después me uní a los partisanos. No obstante, aún me resisto a creer que mi hijo Yasha esté muerto, porque creció en el mar y allí aprendió a cuidar de sí. Con Benchik, en cambio, todo se desarrolló tal como los Klimenko nos habían prometido.

—Por terrible que sea lo que tengamos que soportar —nos dijeron el día que le entregamos a nuestro hijo—, Benchik se salvará.

Unos días después de que nos llevaran a fusilar, apareció en nuestro patio un alemán acompañado de varios policías y exigió a los vecinos la entrega de Bentsion Vaingertner. El alemán mostró un papel donde constaba que un miembro de la familia del pescador

Vaingertner de nombre Bentsion y cuatro años de edad no había sido reportado a las autoridades de ocupación. Preguntó por su paradero. Los vecinos le aseguraron que el niño había sido detenido junto a sus padres, aunque, naturalmente, todos sabían que los Klimenko lo tenían escondido.

El alemán y los policías no se dieron por vencidos y volvieron a la mañana siguiente. Llegar de repente y en medio de la mañana, le permitió encontrarse el patio lleno de niños.

—¡Quietos todos! —ordenó. Y los amenazó—: Si alguno se atreve a echar a correr le dispararé.

El alemán desdobló nuevamente el listado que traía y comenzó a interrogar a cada niño por separado. Inquiría por sus nombres, patronímicos y apellidos. Benchik era uno de los niños. Por suerte, siempre aparentó más edad de la que tenía en realidad.

Cuando le llegó el turno, Benchik respondió que se llamaba Nikolai Vasílievich Klimenko. Todos los que lo rodeaban, incluidos los niños, permanecieron mudos como peces. El alemán lo apartó y prosiguió interrogando a los demás.

Pero aquello no acabó ahí. Unos días más tarde los alemanes se presentaron en casa de Klimenko y le exigieron entregar al niño que, según sus listas, les faltaba detener. Los Klimenko sostuvieron que el niño era suyo. Hicieron gestiones, consiguieron documentos y testigos que aseguraban que sí, que se trataba de un hijo de la pareja.

A partir de entonces se desató una prolongada lucha entre los alemanes y los Klimenko para decidir el futuro de Benchik, que a la sazón contaba cuatro años. Los Klimenko eran conscientes de que jugaban con desventaja y tras pedir consejo a los vecinos tomaron una decisión.

Una noche los Klimenko salieron a hurtadillas de su casa, tras dejarla al cuidado de unos vecinos, y abandonaron la ciudad llevando consigo a Benchik. Huyeron a una granja agrícola abandonada en medio de la estepa, cerca Dzhankoi. Los Klimenko tenían familia allí y eran queridos por los vecinos.

Así consiguieron salvar la vida de mi hijo Benchik.

EDITOR: L. KVITKO

Yalta

El último vapor soviético zarpó del puerto de Yalta el 7 de noviembre de 1941. Fueron muchos los que no consiguieron evacuar la ciudad a tiempo. Una espesa nube de humo cubría toda la ciudad: ardían los depósitos de petróleo. Los alemanes entraron a la ciudad el 8 de noviembre.

[Desde el primer momento sumieron a los judíos en el hambre más terrible, mientras los sometían a todo tipo de vejaciones. Nadie sabía qué lo aguardaba al día siguiente.}

El 5 de diciembre los judíos fueron trasladados al gueto instalado a las afueras de Yalta. Todo su perímetro estaba rodeado de alambre de espino.

El 17 de diciembre los alemanes sacaron del campo a un grupo de hombres para llevarlos a los Jardines de Nikita. El camión se detuvo en Krásnaya Budka, justo al lado de la garita que regulaba el acceso a los viñedos de Massandra. Los judíos recibieron la orden de cavar dos profundas zanjas en el fondo de un barranco. Cuando el trabajo estuvo terminado, todos fueron pasados por las armas.

Al amanecer del 18 de diciembre todos los judíos que aún permanecían en Yalta —fundamentalmente, mujeres con niños y ancianos— fueron subidos a una hilera de camiones. Se les prohibió llevar nada consigo. *[Algunos se guardaron trozos de pan o manzanas en los bolsillos.]* Los camiones se detuvieron junto a las zanjas abiertas la víspera. Los condenados fueron obligados a desvestirse y empujados hacia las zanjas a bayonetazo limpio. Los verdugos arrancaban los niños a sus madres y los arrojaban vivos al fondo de las zanjas. Ametrallaron a la multitud sin miramientos.

Era un día hermoso y soleado. Las chispeantes olas del mar acariciaban la arena a apenas veinte metros de la masacre. Los viticultores de Massandra y Magarach trabajaban como cada día en los viñedos y fueron testigos de todo aquello.

Todo había acabado cuando comenzó a caer la noche. Los alemanes ya cubrían con una fina capa de tierra los cadáveres

apilados en las zanjas. Mil quinientas personas perdieron la vida ese día.

De ahí los verdugos se dirigieron a Magarach. En el apartamento de Elizaveta Poltavchenko se ufanaron de haber dado muerte a mil quinientas personas y anunciaron que pronto no quedaría ni un solo judío en el mundo.

Hubo muchos médicos entre los muertos de aquel día. En la *Guía turística de Crimea* publicada en 1898 el pediatra L. M. Druskin y la ginecóloga y obstetra A. S. Gurian figuraban entre los facultativos que ejercían entonces en Yalta. Anna Semiónovna Gurian consiguió evacuar la ciudad a tiempo, pero fue capturada por los alemanes en Kislovodsk y allí la asesinaron. El doctor Druskin fue ejecutado en Yalta el 18 de diciembre. Trató a los niños de esa ciudad durante medio siglo. Muchos de sus pacientes ya se habían hecho viejos. Lo fusilaron en Krásnaya Budka y arrojaron cadáveres de niños sobre el cuerpo sin vida de aquel insigne pediatra.

El invierno de los años 1941-1942 fue duro y trajo mucha hambre. Los perros famélicos hurgaban en las fosas de Krásnaya Budka y desenterraban los cadáveres. Con la llegada de la primavera el agua que corría por el fondo del barranco arrastró la tierra y dejó al descubierto los cadáveres putrefactos. Los alemanes colocaron explosivos en las paredes del barranco y así consiguieron cubrirlos de tierra y piedras.

Un día los alemanes descubrieron que alguien había plantado flores sobre el enterramiento. Se puso en marcha una investigación, pero no se consiguió establecer la identidad de los «culpables».

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

El relato de Fishgoit (Yevpatoria)

Los alemanes llegaron a Yevpatoria el 31 de octubre de 1941. Tres días más tarde aparecieron los hombres de la Gestapo. En la noche del 5 de noviembre los alemanes interceptaron a diez judíos en plena calle y los nombraron miembros del Comité judío. Uno de ellos era mi amigo el doctor Berlinerblau. Al amanecer del día 6 se conoció la orden que establecía el censo obligatorio de la población judía de la ciudad. El anuncio aparecía pegado por todas las paredes e iba encabezado por una estrella de seis puntas. Seguidamente se estableció la norma de llevar similar estrella cosida a la espalda y se requirió entregar al Comité todas las joyas y el dinero. Cada judío podía quedarse apenas doscientos rublos. La orden concluía con las siguientes palabras: «El incumplimiento de lo aquí establecido será castigado con la pena de fusilamiento».

El 19 de noviembre se dictó la orden que establecía la evacuación fuera del territorio de Crimea de todos los judíos residentes en esa región. El punto de reunión fue establecido en la comandancia militar y, sorprendentemente, se les permitió cargar con todo lo que quisieran. Las llaves de sus apartamentos tenían que ser entregadas a los miembros del Comité judío. La fecha de la evacuación fue señalada para el día siguiente, el 20 de noviembre. Cuando salí a la calle aquella mañana el paisaje que me tocó presenciar era terrible. Las madres llevaban a sus hijos en brazos o de la mano, mientras se enjugaban las lágrimas. Sus maridos las seguían cargando enormes bultos. A los enfermos o paralíticos los transportaban en improvisadas parihuelas. Una joven avanzaba tirando de dos niños y gritaba con los ojos fuera de las órbitas: «Mirad a mis hijos: tienen las mismas manitas y los mismos piececitos que los vuestros. Ellos también quieren vivir». Toda aquella gente fue liquidada, después de padecer los más horribles tormentos y las vejaciones más repugnantes. Si conseguí escapar a la muerte entonces fue porque la víspera del día señalado para el censo unos amigos me trajeron un documento de identidad que me

enviaba la doctora Neyman, una vieja conocida. Se trataba del documento de identidad de su hermana, quien había muerto en un bombardeo y me permitía pasar por caraira, y esconder así mi condición de judía. Provista de ese documento abandoné Yevpatoria con el propósito de llegar hasta Simferopol. Por el camino me vi obligada a pasar la noche en la aldea de Vladímirovka, pues cayó la noche y no podía continuar viaje. Una vecina de la aldea me acogió en su casa. En cuanto nos fuimos a la cama llegó un automóvil. Llamaron a la puerta. «Dicen que tienes a una *Jude* aquí, ¿es cierto?», le preguntó un alemán. Mi benefactora lo negó. El fragor de los coches andando de un lado a otro se prolongó durante toda la noche. Los alemanes buscaban judíos. Aquella noche el tiempo cambió de repente: nevó copiosamente y se levantó la ventisca. Salí a primera hora de la mañana y a duras penas conseguí llegar hasta la siguiente aldea. También allí conseguí una casa donde pasar la noche. El hijo de la dueña de la casa donde me alojé regresó desde Saki en plena noche y nos dijo que a las cinco de la tarde del día anterior habían fusilado a los judíos de aquella ciudad. Amaneció y emprendí camino nuevamente. La ventisca era tan fuerte que me tiró al suelo tres veces. El frío era insoportable y yo iba muy mal abrigada. Tardé tres días más en llegar a Simferopol. Allí los judíos habían sido liquidados un mes más tarde que en Yevpatoria. La población judía de Simferopol padeció saqueos «metódicos» o anárquicos. Sus verdugos irrumpían en sus casas, los golpeaban y arramblaban con todo lo que les apetecía. Cuando los encontraban guardando fila para comprar alimentos los dispersaban sin miramientos. El 10 de diciembre los alemanes detuvieron a todos los ciudadanos que habían violado el toque de queda —se les permitía circular por las calles hasta las cuatro de la tarde— y los encerraron en una sala de cine donde pasaron la noche tumbados en el suelo. A los judíos los ataron unos a otros de manera que tuvieran que permanecer de pie. Poco después llegó la orden de «evacuación» de los judíos. Durante tres días seguidos asistí al triste espectáculo de tanta gente marchando hacia la muerte. Un pobre viejecillo del patio vecino acudió a pedirnos consejo: ¿marchaba voluntariamente al campo de concentración o se resistía? Había escuchado decir que la orden no incluía a quienes superaran los ochenta años de edad. Le aconsejamos que se abstuviera de ir.

Quise abrazar a aquel pobre anciano indefenso. La Gestapo se lo llevó dos días más tarde.[48]

Abandoné Simferopol el 7 de enero. Entonces comencé a deambular de aldea en aldea. En todas ellas conocía nuevos testimonios de los horrorosos tormentos que había padecido la población. Pasé junto a pozos y zanjas repletos de judíos. En la granja agrícola Politotdiel conocí del noble comportamiento del grupo de personas que escondieron por turnos al zapatero Birembaum, vecino de Yevpatoria. Ellos fueron Kazis, responsable de la granja, el campesino Pavlichenko, a la postre unido a los partisanos, la enfermera Rúchenko, también de Yevpatoria, y la campesina Nina Lavréntievna Ilchenko.

Rúchenko acomodó a Birembaum en el apartamento de Ilchenko. Tenían un zulo bajo el suelo donde el zapatero se escondía cuando los alemanes practicaban redadas. En julio de 1943 Rúchenko se vio en peligro y decidió trasladarse a Yevpatoria. Allá alquiló una casa en las afueras de la ciudad a la que se llevó a Birembaum. Cavaron un escondite en el establo anejo a la casa que tenía una salida secreta al patio. El zapatero permaneció escondido en aquel agujero hasta que Crimea fue liberada por el Ejército Rojo. Birembaum lucha ahora con las tropas que lo salvaron.

Me había separado de mi hijo en Yevpatoria y desde entonces no tuve noticias de él. Cuando supe que se lo había visto vagando por la comarca de Fraidorf me dirigí allá inmediatamente. Inspeccioné las zanjas que contenían los cadáveres de tantos judíos y otros pacíficos ciudadanos. Había ropa ensangrentada por todas partes. También zapatos y galochas. El hedor era insoportable. Al llegar a la primera de las aldeas de la región me topé con un funeral. Daban sepultura a dieciocho marineros del Ejército Rojo. Los alemanes los habían descubierto escondidos en un henar y le prendieron fuego con ellos dentro. Todos murieron quemados. Todos los judíos que vivían y trabajaban en las granjas agrícolas habían sido aniquilados. Tan sólo encontré a unos pocos aún con vida en la granja agrícola Shaumian. Habían llegado allí desde las aldeas de montaña. Los fusilaron más tarde, ya en 1942. Pasé días enteros vagando por la estepa y alimentándome sólo de mazorcas de maíz heladas. En cuanto oscurecía me acercaba a las aldeas para pasar la noche. Cuando me preguntaban, decía que buscaba a mi hermana, huida

de Yevpatoria con la llegada de los alemanes. Quise prolongar mi estancia en algunas aldeas, pero sus responsables me rechazaban pues en mi pasaporte no constaba el permiso de residencia que concedían los alemanes. No obstante, seguía adelante aun a sabiendas de que en alguna aldea alguien me reconocería y me haría acabar colgada de una horca o arrojada al fondo de un pozo. Iba de aldea en aldea preguntando por mi hijo… Todos mis esfuerzos por encontrarlo eran estériles. Llegué a estar tan desesperada que aullaba como una fiera y llamaba a gritos a mi hijo. En cierto sentido, me aliviaba hacerlo. Los alemanes comenzaron a dar caza a los judíos que habían huido a las aldeas. Cada vez que sabía de una de esas capturas corría a la aldea en cuestión a averiguar si se trataba de mi hijo. Sufrí la presunta ejecución de mi hijo decenas de veces. Cada vez que conocía que el detenido había conseguido acabar con su vida antes de ser ejecutado —algo que sucedía con mucha frecuencia— me ilusionaba pensar que se trataba de mi hijo. Ahora ya había dejado de soñar con que mi hijo se hubiera salvado. En cambio, ansiaba asegurarme de que no hubiera caído en las garras de los alemanes y padecido los tormentos que infligían a sus víctimas. Una mujer que sirvió de cocinera a un destacamento punitivo que operaba en Fraidorf me contó que durante doce días los gendarmes habían estado llevando judíos a la región. Todos acabaron fusilados y sus cadáveres arrojados a los pozos. A los niños les untaban veneno en los labios. Algunos adultos perdieron la razón y se arrojaban solos a los pozos. Durante largos días se pudieron escuchar lamentos y gritos que provenían del interior del pozo. Un granjero me mostró al perro que había pertenecido a un judío de Imansh asesinado por los gendarmes. Durante cinco días el perro no se apartó del pozo al que habían arrojado a su amo, a quien llamaba con aullidos que no cesaban ni de día ni de noche. En Munus los judíos y los tártaros fueron trasladados al sector ruso, donde había un profundo pozo. Allí los hicieron formar una columna de hileras de a tres. Las víctimas de la segunda hilera arrojaban al pozo a los de la primera cuando éstos recibían los disparos. Y así sucesivamente. Una joven que presenció aquel espectáculo, oculta en un desván, me lo narró con todo detalle.

Un anciano se quedó rezagado cuando lo conducían al borde del

pozo. El agente de la Gestapo que conducía el convoy lo mató a culatazos.

A las afueras de Nikoláye tuve ocasión de ver el cadáver helado de un anciano judío abandonado sobre un montón de nieve. Según me dijeron se trataba de un afortunado que consiguió escapar de las garras de los alemanes. En Kori me contaron la tragedia que vivieron tres jóvenes hermanos, de ocho, diez y once años. Todos consiguieron escapar cuando sus padres eran conducidos al pozo donde les esperaba la muerte. Era otoño entonces y cuando llegó el invierno con sus intensas heladas los muchachos se vieron obligados a volver a Kori en busca de un refugio. Al llegar a la casa donde habían vivido desde que nacieron se encontraron con que ahora la ocupaban sus nuevos dueños. Los chicos esperaron afuera durante largo rato. No suplicaron nada; tampoco lloraron. A última hora del día se los llevaron a Fraidorf donde los asesinaron.

Un día encontré en la estepa un manojo de folios. Uno de ellos contenía el discurso pronunciado por el camarada Kalinin con motivo del Nuevo año. Así pude conocer los éxitos militares del Ejército Rojo. Por si ello fuera poco, el discurso me hizo sentir persona otra vez, pues percibí que se dirigía a mí personalmente al leer sus primeras palabras: «Queridos hermanos y hermanas». En aquel instante me pareció ver cómo nuestro poderoso Ejército Rojo avanzaba hacia mí. A la cabeza de las tropas marchaba el camarada Stalin. Me guardé dos de aquellos folios y, más animada, seguí avanzando por la estepa. La espesa niebla me hizo perder el rumbo. Era consciente de que pasar la noche a la intemperie me hacía correr el riesgo de morir de frío o ser capturada por los policías que patrullaban la zona. Permanecí un rato inmóvil, intentando descubrir hacia dónde debía dirigir mis pasos. Desenfundé el cuchillo, lista para cortarme las venas si la situación lo requería. Entonces escuché unos ladridos que llegaban desde la distancia. Tomé esa dirección y al poco rato llegué a una aldea. Para cuando llegué a Krasni Pajar, que ésa era la aldea, la niebla se había disipado algo. Llamé a la puerta de una cabaña y rogué me dejaran entrar a pasar la noche. Me permitieron pasar. Más tarde entablamos conversación y los anfitriones aceptaron que me quedara un tiempo con ellos. A cambio, debía servir de niñera a su hijo y entregarles algún objeto de valor. Les ofrecí mi reloj y

aceptaron brindarme alojamiento y comida, aunque aclararon que antes necesitaban conseguir la autorización del responsable de la aldea. A la mañana siguiente conocí a Iván Nazárovich Novogrebelski, el responsable de marras. A pesar de que le informé de que no me había registrado en el censo realizado por los alemanes, no se opuso a que me quedara en la aldea. Supe desde el primer momento que Iván Nazárovich era uno de los nuestros. A partir de entonces comencé a frecuentar su casa. También su mujer, Vera Yegórovna, resultó ser una persona de trato muy agradable. Ellos me contaron cómo los alemanes saqueaban a la población, confiscaban el ganado y las aves de corral, establecían impuestos abusivos y, encima, pegaban a la gente sin piedad. Los castigos corporales se habían convertido en algo habitual. Conocí a una mujer que tuvo que estarse un mes entero tumbada boca abajo por culpa de los golpes que había recibido en la espalda. También los envíos masivos de jóvenes a Alemania se habían hecho más frecuentes.

Un día me atreví a visitar en secreto a mis amigos de Yevpatoria, los mismos que me habían provisto del pasaporte. Aproveché el viaje para hacerme con una dosis de morfina. Mi situación en la aldea se tornaba cada vez más difícil. En mi última visita a Yevpatoria una vecina me contó que mi hijo había marchado a Crimea en febrero con el propósito de cruzar la línea del frente. Aquella noticia me descargó del enorme peso que cargaba sobre mis hombros. Al regresar a la aldea, decidí pasarme antes por la casa de Novogrebelski, quien me invitó a pasar la noche con ellos. Esa noche me confió un secreto que tenía muy bien guardado: poseía un aparato de radio. Y no sólo eso: en la aldea operaba una organización clandestina a la que pertenecían el propio Novogrebelski, su hermano, un antiguo partisano apellidado Súslov que ahora trabajaba como contable, la esposa de Novogrebelski, su suegra, su cuñado, la campesina Oxana Nikitich y otras tres personas de una aldea vecina. Novogrebelski me propuso traducir *[al alemán]* los partes de guerra que transmitía la radio soviética. Una vez traducidos, Súslov se encargaba de reproducirlos y los otros miembros de la organización los repartían por las aldeas de la comarca. Me hacía feliz poder colaborar haciendo un trabajo tan pequeño, pero que dotaba de un sentido a mi existencia. También

me ocupaba de traducir al ruso los folletos que nuestros aviones dejaban caer sobre los territorios ocupados y que iban destinados a los alemanes. Súslov también se encargaba de reproducirlos.

Pero aquello no duró mucho tiempo. A principios de septiembre la aldea recibió la visita de unos inspectores llegados de Yevpatoria. Venían a revisar la documentación de todos los vecinos y me reconocieron. Unos días más tarde huí de la aldea. Novogrebelski me proporcionó un certificado que me acreditaba como trabajadora. Me uní a dos mujeres que habían sido evacuadas a la aldea por los alemanes y ahora se disponían a viajar a Ucrania. Ambas tenían pasaportes. Nos costó horrores atravesar el Perekop. Conseguimos llegar Rubánovka, un pueblo de la región de Zaparozhie, donde encontré a un grupo de ex prisioneros de guerra que habían escapado de un campo de concentración e intentaban alcanzar la línea del frente…

El destino me deparaba una gran alegría. Después de la liberación supe que mi hijo había consiguió escapar a Nalchik, donde estudió. Me dijeron que en 1943 fue visto en el Frente Sur, donde peleaba con el rango de teniente. Desconozco si aún continúa con vida, pues no he recibido noticias suyas. Pero la sola idea de que consiguió evitar un bochornoso cautiverio y se unió a la lucha por la liberación de la patria constituye un motivo de enorme felicidad para mí.

1944

EDITOR: A. DERMAN

Masacre en Dzhankoi

Antes de que estallara la guerra solíamos entonar una hermosa y entusiasta canción sobre los campesinos judíos de Dzhankoi. La canción terminaba con un estribillo que repetía: «Dzhankoi, Dzhankoi». Pero llegó el monstruo de Hitler y le cortó el cuello a Dzhankoi.

Grigori Purevich, mecánico del taller de tractores y maquinaria agrícola que daba servicio a las granjas agrícolas judías de la zona se encontraba en Dzhankoi cuando se produjeron los asesinatos en masa.

Él me condujo hasta el campo de concentración donde estuvieron encerrados los judíos y allí me hizo el siguiente relato: «En la última planta de la cremería que ve aquí, en el mismo centro de Dzhankoi, los alemanes encerraron a varios centenares de judíos que habían detenido en las aldeas vecinas o en la propia ciudad. El hacinamiento que imponía la escasez de espacio era insoportable. Los niños se ahogaban, desfallecidos por la falta de agua y comida. Cada mañana sacábamos los cadáveres de quienes habían muerto durante la noche. Ahora les contaré cómo fui a parar a aquel sitio. Unos días antes de la llegada de los alemanes el director del molino de Koléiskaya me ofreció un empleo. Mi mujer, de nacionalidad rusa, y mis hijos quedaron solos en la ciudad. ¿Cómo iba a pensar en evacuar la ciudad a mis sesenta años? Pensé que ya me las apañaría para sobrevivir los malos tiempos que se avecinaban… De manera que fui al molino y pasé varios días trabajando allí, pero cuando me percaté de que las cosas que oía podían dañar a las personas que me alojaban decidí viajar de vuelta a Dzhankoi.

»Al llegar a mi casa me la encuentro ocupada por alemanes.

»—¿Quién diablos eres tú? —me preguntaron.

»—Soy el dueño de esta casa —respondí.

»—¡Piérdete de aquí ahora mismo! —me despidieron a gritos. No vi por ningún lado a mi mujer, mis dos hermanas y mi hijo. Estaban escondidos. *Llamé a la puerta de mi vecina. “¿Cómo te atreves*

a venir por aquí? —me preguntó—. Tienes que desaparecer inmediatamente”.

»Pasé tres días encerrado en una habitación semiderruida cerca de mi casa. Me tuve que valer sin agua, sin comida y, lo peor, sin noticias de mi familia. Poco después los alemanes abandonaron mi apartamento y pude trasladarme a él. Entonces mi familia salió de su escondite.

»Dos días más tarde nos visitaron los policías alemanes.

»—¿Quién eres? —me preguntaron.

»Les mostré un viejo saldo de mi cuenta bancada donde se hacía constar mi condición de caraíta. La estudiaron atentamente y se marcharon.

»Ya en aquel entonces todos los judíos de Dzhankoi estaban recluidos en la última planta de la cremería. Los obligaban a realizar trabajos pesados. Concretamente, a cargar piedras. El capataz velaba por que cada piedra, aun las más pesadas, fuera cargada en solitario. Si alguien se desplomaba bajo el peso de la carga era asesinado sin miramientos.

»Un día vinieron a buscarnos a mi vecina, también caraíta, y a mí. Nos querían conducir a la sede de la Gestapo.

»—Soy musulmana —les dijo mi vecina.

»—Y tú, ¿qué eres? —preguntaron volviéndose hacia mí.

»—Yo también soy musulmán —les dije.

»—¿Por qué mientes? —estalló mi vecina—. ¡Tú eres un judío de tomo y lomo!

»La vecina no tuvo mayores problemas, mientras que a mí me enviaron a la fábrica.

»Al llegar a la última planta del edificio creí enloquecer cuando cobré conciencia de lo que había ocurrido en apenas dos o tres semanas a tantos campesinos fuertes y sanos. Los detenidos se agolpaban en una de las esquinas. Resultó que el zapatero Kohn se había ahorcado. Conocía a aquel hombre joven y alegre y me conmocionó su muerte. Los demás no parecían perturbados. Daba la impresión de que se lo tomaban como algo habitual. Todos los hombres judíos que no consiguieron evacuar Dzhankoi a tiempo estaban encerrados allí. También había judíos de las aldeas vecinas y algunos no judíos. Los campesinos que no pertenecían a la raza judía habían ido a parar allí por atreverse a socorrer a los pobres

judíos, llevándoles alimentos.

»Los rusos y ucranianos apenas se diferenciaban de los judíos con quienes compartían encierro. Sus ojos mostraban el mismo dolor y la misma ira que encendían las miradas de sus compañeros de infortunio. La desgracia nos iguala a todos, como suele decirse.

»Decidí solicitar uno de los trabajos disponibles: la pavimentación de carreteras. Pensé que sería preferible morir a la luz del día antes que hacerlo encerrado en un desván.

»Los alemanes sacaban a grupos de niños y ancianos del campo de concentración y los llevaban hasta las trincheras antitanque abiertas a las afueras de la ciudad. En pleno invierno, con el suelo cubierto de una espesa capa de nieve, avanzan hacia la muerte personas hambrientas y enfermas que apenas se tienen en pie. Sus verdugos los azuzan a golpes. Un niño de tres o cuatro años va quedando rezagado. Un alemán le pega con su porra de goma. El niño cae de bruces, pero consigue incorporarse y avanzar unos pasos más echando carrerilla. Pero vuelve a caer y la porra golpea su espalda una y otra vez.

»Los obligaron a formar una hilera al borde de la trinchera y comenzaron a disparar. Los niños echaron a correr en todas direcciones. Los alemanes se volvieron como locos: daban caza a los pequeños, les disparaban en la cabeza, los estrellaban contra el suelo.

«Trabajábamos en la pavimentación de la carretera que conduce de Kerch a Armiansk. A todo lo largo de aquella vía se amontonaban los cadáveres de prisioneros de guerra, soldados y oficiales del Ejército Rojo, torturados hasta la muerte.

»Cada noche nos devolvían a la última planta de la cremería. También estaba allí el contable del combinado lácteo, un ruso apellidado Varda. Una noche vinieron a su casa a buscar a su mujer, judía, y a sus hijos. Varda ofreció resistencia y llegó a tomar a un gendarme del cuello: “¡Llevadme a mí también!”, reclamó. Y cargaron con él. Cómo no.

»La joven Katzman se puso de parto una noche. El llanto de la criatura que trajo al mundo se escuchaba entremezclado con los quejidos de la madre. Su marido, el judío Yakov Katzman, conductor de una cosechadora agrícola en la granja colectiva local, se había ido al frente y en aquel momento estaría luchando en las

filas del Ejército Rojo en algún punto de la vasta geografía soviética. Todos lo recordaban con aprecio. ¿Acaso pudo imaginar alguna vez aquel joven que su joven esposa se vería obligada a dar a luz a su benjamín en aquella odiosa tumba?

»El jefe de los gendarmes apareció a primera hora en el campo de concentración. Venía a hacer el recuento matinal. Se acercó a la joven madre y descubrió a la criatura tendida a su lado. Entonces el gendarme pidió el fusil a uno de sus ayudantes y clavó la bayoneta en uno de los ojos del recién nacido.

»El “administrador” del campo de concentración, un hombre apellidado Redchenko, simulaba una crueldad hacia los internos que en realidad no practicaba. En realidad, Redchenko ayudaba a los detenidos tanto como podía. A diario dejaba caer trozos de pan al paso de los detenidos. Se daba tal maña que nadie podría haber descubierto lo que hacía ni cómo se las apañaba para conseguirlo.

»Los alemanes nombraron a uno de los judíos como responsable de todos los detenidos en la cremería. Se trata de un hombre de quien no quiero recordar ni el nombre, de manera que lo omito. Fue él quien delató a Redchenko. Redchenko fue conducido inmediatamente a las oficinas de la Gestapo, donde lo golpearon hasta casi matarlo.

»Redchenko fue devuelto a la cremería con el rostro tan hinchado y ensangrentado que apenas se conseguía distinguir sus ojos. Cuando se abrió la camisa asomaron las incontables heridas que tenía en el torso y la espalda. “Tenéis que saber que ha sido vuestro hombre quien me delató —nos dijo—. Él les dio el soplo a los alemanes de que yo os estaba ayudando”.

»La furia se adueñó de los pobres detenidos. Con los ojos inyectados en sangre buscaron al soplón. Uno tras otro se iban irguiendo los agraviados. Los gritos y los tacos resonaron en el recinto donde los mantenían encerrados: “¿Dónde está?”, “¡Buscadlo!”, “¡Traedlo aquí inmediatamente!”. El canalla acabó apareciendo un rato más tarde. No sabía qué le esperaba. Con su aparición volvieron a levantarse los vengadores. Rodeado, lo empujaron hasta el lugar donde Redchenko permanecía tumbado, sin fuerzas.

» Todos contuvieron la respiración durante unos instantes y después se abalanzaron contra el traidor. Le llovieron los golpes. Todos querían participar, todos ansiaban darle al traidor su merecido castigo.

»Cada día los alemanes seleccionaban a varias decenas de

nosotros y nos conducían hasta la zanja donde enterraban a sus víctimas. Y cada día teníamos que padecer tormentos y vejaciones inhumanos. Nos obligaban a hacer cosas de las que no se puede hablar sin experimentar la más profunda repugnancia.

»Un día conseguí procurarme un trozo de cable eléctrico. Al amanecer del día siguiente intenté colgarme con su ayuda, pero alguien escuchó los mortales ahogos y me bajaron a tiempo. El intento de suicidio me valió una buena paliza. Me rompieron tres costillas. No tenía derecho a disponer de mi propia vida: ese derecho pertenecía en exclusiva a los alemanes.

»Un día aparecieron de improviso unos camiones en los que comenzaron a cargar a los detenidos. Todos sabían que iban a ser conducidos a la muerte. Los destacamentos alemanes que rodearon la cremería y vigilaban la carretera que conducía a la fosa común contaban un número enorme de efectivos. Aun así, el proceso generó un descontrol inicial que animó a algunos a escapar. Algunos de ellos lograron hacerlo y yo fui uno de ellos. Corrí hasta mi casa, pero enseguida comprendí que no podría permanecer en ella mucho tiempo. Por suerte un campesino a quien conocía por haber trabajado juntos en la granja agrícola llegaba en ese momento a Dzhankoi y pasó por mi casa, donde me encontró.

»—Vamos a mi casa —me dijo—. Yo te esconderé.

»Me fui con Onischenko, que ése es su apellido, y me dio cobijo durante medio año. Más tarde Onischenko se trajo a toda mi familia a la aldea donde me ocultaba. Muchos judíos fueron acogidos y empleados en aquella granja agrícola. El fiel brazo soviético los protegía allí en apretado abrazo.

»También estaban entre nosotros el anciano ruso Serguéyenko, su esposa y tres hijos. Habían llegado a la granja agrícola desde Simferopol. Muy pronto supimos que dos de los tres niños —ambos de entre seis y siete años— no eran hijos del matrimonio. Eran niños judíos. Cuando los alemanes conducían a los judíos a la muerte por las calles de Simferopol, la esposa de Serguéyenko arrancó a dos niños de la muchedumbre y se los llevó a su casa. Permanecer en Simferopol dando cobijo a dos niños judíos era peligroso y así fue como toda la familia se trasladó a la aldea. Ambos estaban empleados en la granja agrícola.

»En aquella aldea no teníamos que esconder nuestra alegría

cuando nos sobrevolaban los aviones soviéticos. Allí esperamos el día de la liberación. La inconmensurable felicidad que nos embargó el día en que vimos aparecer la vanguardia del Ejército Rojo permanecerá para siempre en nuestros corazones».

EDITOR: L. KVITKO

El asesinato del doctor Fidelev

Ya hace medio siglo desde que el joven médico B. N. Fidelev arribó al puerto de Feodosia, en la costa de Crimea. Cuando le correspondió elegir una especialidad de la medicina, Fidelev optó por la pediatría. Pero el destino se interpuso en su camino, cuando un vapor proveniente de Jaffa trajo la peste a Feodosia. El mal se agazapó en los más recónditos rincones del puerto y atacaba desde allí. Naturalmente, tal estado de cosas obligó a cerrar el puerto y a poner en cuarentena tanto a los enfermos como a todo aquel que hubiera estado en contacto con ellos. Para ello se aprovechó un área junto a la playa cuyo perímetro cerraba un alto muro de piedra. Allí, desde tiempos inmemoriales, se recluía a quienes llegaban a la ciudad enfermos de peste bubónica o cólera. El doctor Fidelev ingresó voluntariamente a aquella sórdida ciudadela, con sus barracas de piedra, su cementerio de lápidas cubiertas de pátina y su laboratorio, el viejo cuartel general desde el que tantos lucharon contra la horrible enfermedad… Tres meses permaneció el doctor Fidelev sometido al estricto encierro que impone el régimen de cuarentena. Vio morir a mucha gente. Pero muchos fueron también los que se salvaron gracias a los cuidados del talentoso y sacrificado galeno. El doctor Fidelev acabó especializándose en epidemiología y a él se debió que el centro de cuarentena de Feosodia acabara convirtiéndose en una de las mejores estaciones de seguimiento de epidemias en las cuencas del mar Negro y el mar Mediterráneo…

Profundamente convencido de las propiedades terapéuticas del aire marino y la luz solar en la costa de Crimea, Fidelev consiguió que se asignaran los fondos necesarios para la construcción de un moderno hospital a las afueras de la ciudad. Los amplios ventanales de sus amplias salas de ingreso se abrían directamente al mar. Parterres llenos de flores y preciosos estanques rodeaban el edificio principal. Con el paso de los años los pabellones se vieron rodeados de altas acacias pinos y cipreses…

El estallido de la guerra sorprendió al doctor Fidelev ocupando

el puesto de Médico Jefe del Hospital metropolitano de Feodosia. Muy pronto las alas de ingreso del hospital se llenaron de pacientes heridos durante los bombardeos de las poblaciones cercanas. Muy pronto también Feodosia se vio ensordecida por las sirenas que anunciaban el vuelo de los bombarderos enemigos, el tableteo de las baterías antiaéreas y el estruendo de las explosiones.

Muchas fueron las voces que aconsejaron al doctor Fidelev evacuar la ciudad cuando las tropas alemanes se plantaron ante el Perekop.

«Jamás he sido desertor —respondía él—. Y abandonar a su suerte a cientos de enfermos es lo mismo que desertar por miedo al peligro».

Tres días después de la ocupación fascista de Feodosia los alemanes emitieron una orden llamando a todos los judíos a reunirse en la prisión de la ciudad, desde donde serían «enviados al norte». Los apartamentos que habitaban debían ser dejados en estado impecable y se permitía llevar consigo una muda de ropa limpia, una pieza de abrigo y alimentos para varios días.

El doctor Fidelev y su esposa acudieron a la prisión como otros tantos judíos. No obstante, cuando los alemanes hubieron estudiado la documentación del doctor le dijeron que estaba autorizado a volver tranquilamente a su casa.

Esa noche le hizo una visita en secreto el cerrajero Chizhikov, quien había trabajado junto a él en el área de cuarentena.

—Los alemanes quieren poner en marcha las cámaras de desinfección del centro de cuarentena, pero no consiguen hacerlo —le informó—. Los viejos planos han desaparecido y muchos de los equipos están fuera de servicio. Parece ser que alguien mencionó vuestro nombre. No obstante, le quiero avisar que no parece que se propongan utilizarlas para labores de desinfección. Alcancé a ver cómo hacían las primeras pruebas: introdujeron a Isaak Nudelman en una de las cámaras y poco después sacaron su cadáver y lo arrojaron al mar.

Efectivamente, los alemanes convocaron al doctor Fidelev y le ordenaron poner en marcha las cámaras de desinfección.

—Queremos desinfectar a tus paisanos antes de que emprendan el viaje —le explicaron.

—No lo haré —respondió secamente el médico.

Entonces los alemanes lo arrestaron junto a su esposa. Cuando los conducían a través de la calle principal de la ciudad, un soldado rumano le arrancó el gorro de piel con que le cubría la cabeza. El viento de otoño revolvió la espesa cabellera blanca del anciano. Todos los que se cruzaban con ellos —y no había un solo vecino de Feodosia que no conociera al doctor Fidelev— se descubrían las cabezas, pues sabían adonde conducían a aquellos dos ancianos. Ambos pasaron junto al centro ambulatorio que llevaba el nombre de Fidelev, junto a la osta médica de la fábrica de tabaco puesta en marcha por él, junto a numerosas guarderías de las que era el máximo responsable.

El matrimonio Fidelev no fue conducido a la cárcel; los encerraron en el sótano de la policlínica. Probablemente los alemanes sometieron al anciano a los más crueles tormentos, pero Fidelev se mantuvo en sus trece y se negó a ayudarlos a poner en marcha el viejo Centro de cuarentena. Unos días más tarde los alemanes ataron al matrimonio con un trozo de cable de teléfono y los arrojaron a una fosa abierta en el patio de la policlínica, la misma a la que se solía bombear el agua que anegaba de tanto en tanto los sótanos del edificio. La bomba que sacaba el agua de los sótanos tardaba unas ocho horas en llenar la zanja hasta cubrir a un hombre. La mujer encargada de la limpieza del hospital, quien vivía en el patio anejo a la policlínica, pudo ver a través de una grieta en la empalizada cómo los alemanes arrojaban a la fosa a los ancianos atados y escuchó el largo y penoso trabajo del motor eléctrico que bombeó agua durante toda la noche hasta cubrirlos.

El doctor Fidelev acabó ahogado en el barro líquido que llenó la fosa. Había dedicado toda su vida a enfrentar los peores flagelos de la humanidad, las enfermedades, y no vaciló cuando le tocó encontrarse cara a cara con una nueva infección que no era la peste bubónica ni las enfermedades pulmonares, sino «la peste parda».[49]

Los alemanes que ocuparon Crimea fueron aplastados por el Ejército Rojo y arrojados al mar. Ahora vuelve a estar abierto en la ciudad el hospital que lleva el nombre del doctor Fidelev.

EDITOR: A. DERMAN

El pintor Zhivotvorski

Tanto mi niñez como mi juventud transcurrieron en Dzhankoi, una ciudad habitada por laboriosos artesanos. La vida era allí alegre y cómoda. De todos los vecinos de Dzhankoi sin dudas el más querido era Naum Zhivotvorski, «el pintor feliz».

Zhivotvorski era un artista sin igual, un hombre incansable que sentía devoción por su trabajo. Pintaba rótulos vistosos a cuya contemplación no se resistía ni el más apático de los transeúntes. También salían de su taller los hermosos carteles que anunciaban las películas y los estupendos decorados que se utilizaban para las obras de teatro aficionado representadas en el club de la localidad. Conseguía pintar con tal encanto los carretones y tractores de la granja agrícola que parecían engalanados para llevar a una pareja de novios a contraer matrimonio en la más solemne de las ceremonias.

Jamás vi de mal humor a Zhivotvorski. Tal vez tuviera días malos como todo el mundo, pero solía decir: «Prefiero guardarme para mí las tristezas, mientras que las alegrías me gusta compartirlas con todos». Amaba a la gente y la gente lo amaba. Cada noche Zhivotvorski solía a pasear por la calle principal de la ciudad —la calle Krímskaya— acompañado de toda su familia. Su bella mujer, alegre y morena, caminaba a su lado. En torno a la pareja correteaban como locos sus hijos: cuatro chicos morenos y tres niñas tan hermosas como su madre.

Zhivotvorski se sentía orgulloso de su familia y su enorme parentela.

En agosto de 1941 hice un alto en Dzhankoi de camino al Perekop. Una bomba alemana había reducido a ruinas la guardería instalada en el mismo centro de la ciudad. Uno de los muros del edificio recibió el impacto de la explosión y cayó arrastrando consigo el techo. Por todos lados se veían las despanzurradas camitas de los niños, sus minúsculas sillitas, mesitas y juguetes. Con todo, los muros que permanecían en pie mostraban todo aquello

que la mano del artista había dibujado en ellos: la extraordinaria riqueza de las estepas de Crimea. Había rayadas sandías amontonadas en una genuina fiesta de color, tomates madurando en las huertas, amarilleaban las huertas y los guisantes se derramaban en cascadas fuera de las vainas. En uno de los muros laterales el artista había pintado sendos mares. Uno de ellos, se leía allí mismo, era el mar de Azov; el otro era el mar Negro. Sobre la superficie de ambos mares, que resplandecía como un espejo, parecían mecerse las balandras de los pescadores con sus velas a medio desplegar, flotaban impertérritos los barcos de guerra con sus prominentes cañones y avanzaba el enorme vapor *Ucrania* despidiendo humo por sus tres chimeneas. La estepa de Crimea se extendía entre ambos mares. También ella recordaba un mar por el que navegaban las máquinas cosechadoras, semejantes a veleros cuyas popas eran golpeadas por las olas formadas por las espigas maduras de los dorados campos de trigo.

—Los niños estarían encantados con estos bellos cuadros —dijo mi acompañante. Y preguntó—: ¿Quién pintó estas maravillas?

—Zhivotvorski —respondí sin dudar un instante.

Y no me equivocaba. Un vecino de Dzhankoi que pasaba junto a nosotros lo confirmó:

—Fue él, sí.

Nada supe de Zhivotvorski durante los tres años siguientes. Hasta que recibí la siguiente carta:

«Querido paisano:

»Alguien me quiso convencer de que había visto con sus propios ojos cómo usted había muerto. Y ahora descubro que no es cierto, que usted aún vive, y eso me parece tan estupendo que me embarga una alegría que no sé expresar con palabras.

»Tal vez usted me haya olvidado, aunque me cuesta creerlo. Porque, lo recordará, me mezclé siempre con todo el mundo y la gente suele recordarme por mi talante demasiado extrovertido. Pero hoy —y porque así de grande es el dolor que se ha alojado en mi alma— es muy poco lo que queda de aquel Zhivotvorski. De hecho me sorprende verme vivo aún, constatar que respiro, que ingiero alimentos, que puedo intercambiar bromas con mis camaradas.

»En abril de este año luché en el Perekop, participé en el desalojo de los alemanes de Sivash y conseguí llegar hasta mi

querida ciudad natal, Dzhankoi.

»La ciudad está destruida. Había incendios por todas partes. Corrí hasta mi casa. Estaba en pie, había sobrevivido a la barbarie. Ahí estaban las flores que pinté en las paredes y el perro fiero que dibujé en la verja. La abrí, esa verja, y entré al jardín. Un niño que me resultó desconocido me miró sonriente; la angustia me cegó; no veía nada. No me atrevía a preguntar por los míos.

»Eran tales el frío y el vacío que sentía dentro de mí, que parecía alcanzado por el más gélido de los inviernos. Hasta las lágrimas se me helaron.

»Fue entonces, mi querido paisano, que conocí los pormenores de la muerte de los míos. Cómo murió mi esposa, murieron mis hijos, mi madre enferma, mi anciano padre, mis hermanas y sus criaturas de poca edad… Cuarenta y dos personas en total, que me eran queridas. Desconozco la suerte que corrieron los demás miembros de mi familia.

»Fue entonces que decidí que mi vida no merecía ser vivida y pensé acabar con ella. Pero pensé que no era así que morían los soldados. Y bastó que me correspondiera volver a entablar combate y ver el rostro a los alemanes para que perdiera las ganas de morir. A partir de entonces cargué contra los alemanes bajo el grito de "¡Este es el juicio que merecéis!". Así llegué hasta el último rincón de la Crimea ocupada, el cabo de Jersón, y muy cerca de aquí, a las afueras de Sevastopol, di muerte a un alemán en la costa, lo empujé con el pie hasta hacerlo caer al mar y le dije: "Se ha ejecutado la sentencia. ¡Que tiemblen los tuyos! ¡El tribunal se ha puesto en marcha! ¡Pronto me veréis paseando por Berlín!".

»Me impusieron una condecoración y el comandante de mi batallón dispuso que se me concedieran unos días de descanso en Yalta antes de reintegrarme a la tropa. Pero decidí avanzar junto a los míos hasta un nuevo sector del frente de batalla. Ahora avanzamos sin parar hacia el oeste y el campo de batalla nos sirve de tribunal cotidiano.

»Vuestro paisano, Naum Zhivotvorski, antes conocido como el "pintor alegre"».

TESTIMONIO: L. FEYGUIN
EDITOR: A. DERMAN

Parte 4

Lituania

El gueto de Vilnius

LOS PRIMEROS DÍAS

La persecución de los ochenta mil judíos de Vilnius dio inicio el propio día de la llegada de los alemanes a la ciudad.

La policía fascista echó a los judíos de sus fábricas y confiscó la mercancía que vendían los tenderos judíos. Los muros de la ciudad se llenaron de carteles que proclamaban las nuevas reglas:

—Se prohíbe a los judíos hablar por teléfono.

—Los judíos no tienen derecho a utilizar el transporte ferroviario.

—Los judíos tienen prohibido el ingreso a los edificios públicos.

—Los judíos están obligados a entregar a las autoridades los aparatos de radio que posean.

—Todos los judíos quedan excluidos de la universidad.

La ciudad se llenó de carteles en los que se podía leer: «Prohibida la entrada a los judíos».

Los periódicos comenzaron a publicar abundantes artículos de carácter antisemita que llamaban a la realización de pogromos.

El 4 de julio de 1941 se publicó una orden que establecía lo siguiente:

Todos los judíos, con independencia de la edad o el sexo, deben llevar un distintivo amarillo cosido al pecho y la espalda. El distintivo consistía en un trozo rectangular de tela de unos diez centímetros de alto por otros tantos de ancho. En el centro del cuadrado debía figurar un círculo con una estrella de seis puntas. En todas las comisarías de policía se exhibieron muestras que debían ser emuladas.

La orden entró en vigor el 8 de julio de 1941. Desobedecerla se castigaba con toda severidad.

Unos días más tarde el comandante Nayman anunció una nueva disposición del mando alemán: se abolían los distintivos en el pecho y la espalda y se sustituían por un brazalete que mostrara una

estrella blanca sobre un fondo azul. Apenas fue necesario un día para que también esa segunda orden fuera abolida y volviera a entrar en vigor la orden inicial que establecía la obligatoriedad de llevar los distintivos en el pecho y la espalda.[50]

La extraordinaria frecuencia con que nuevas órdenes sustituían a órdenes anteriores no era fruto de la casualidad. Los alemanes se habían propuesto rebajar, humillar y quebrar la voluntad de los judíos para cobrarse así la mayor cantidad de vidas. A ello servían órdenes que muchas veces eran físicamente imposible obedecer. Naturalmente, bastaba que alguien no llevara el distintivo establecido en un momento dado para que se lo llevaran detenido.

Aún no había tenido ocasión de cesar la sucesión de órdenes acerca de los distintivos que debían llevar los judíos cuando apareció una nueva orden con una nueva lista de prohibiciones:

—Se prohibía a los judíos entablar cualquier tipo de conversación con personas no judías.

—Se prohibía a los judíos la venta de cualquier tipo de objetos.

—Todos los bienes muebles e inmuebles en manos judías pasaban inmediatamente a ser propiedad del Estado alemán. Sus antiguos propietarios podían conservarlos en usufructo provisionalmente y quedaban obligados a velar por su cuidado.

—Tal como se desprende del párrafo inciso, a los judíos se les prohibía acudir a los mercados.

Cualquier violación de esas normas se castigaba con el fusilamiento.

El 8 de julio de 1941 llegó a Vilnius el recién nombrado *Gebietskommissar* Hingst.[51]

A Hingst le bastó su primer día en la ciudad para demostrar de lo que era capaz. Las calles Gospitálnaya y Novogoródskaya, habitadas fundamentalmente por judíos, fueron el escenario de terribles pogromos. Dos asesinos profesionales, Schweinberger[52] y Weiss[53] fueron sus máximos responsables. Por si ello fuera poco, el nuevo sátrapa impuso una desmesurada contribución a la población judía de la ciudad.

Muy pronto se conocieron nuevas limitaciones:

—Los judíos tenían prohibido salir a la calle después de las seis de la tarde.

—Se les prohibía el uso de las aceras, de manera que tenían que

desplazarse caminando sobre el firme de las calles, en fila india y de uno en uno.

—Las calles Mizkewicz, Zaválnaya, Shirókaya, Sliesárnaya y las plazas de la Catedral y la estación de trenes les quedaban completamente vedadas.

La sede de la Gestapo de Vilnius contaba con una sala muy singular en la que algunos «profesores» alemanes bajo la batuta del *Sturmführer* Neugebauer[54] desarrollaban planes destinados a infligir torturas aún más crueles y aniquilar a toda la población judía de la ciudad. El profesor Gotgart, hombre de confianza del propio Himmler, y llamado con carácter especial a la ciudad redactó un «Código» que constituía un acabado sistema de exterminio masivo de seres humanos explicado en quinientos incisos.

Un judío de Vilnius apellidado Kamermacher realizó trabajos forzados en el patio de la sede de la Gestapo y cuando más tarde coincidimos en el gueto me contó que había tenido ocasión de echarle un vistazo al «Código de Gotgart». Anotó algunos de los incisos que consiguió recordar:

—Fusilar a un judío dista de significar que se ha cumplido con las órdenes de Himmler. Los judíos tienen que ser sometidos a torturas antes de acabar con su vida. Mientras mayor sea el tiempo que pasen sometidos a tormentos, mejor será la consideración del trabajo del responsable encargado de los mismos.

—No existe disposición alguna que establezca que las ejecuciones de judíos han de ser practicadas por alemanes. Bien al contrario, es de todo punto deseable que un alemán dirija la ejecución, pero sean otros quienes la lleven a cabo.

—Todo el procedimiento de aniquilación se ha de practicar en secreto. Nadie debe conocer su existencia para evitar que los judíos aún vivos puedan intentar esconderse.

El «Código» contenía un apartado especial que pretendía transmitir una idea la mar de sencilla: no hay judíos más peligrosos en todo el mundo que los judíos de Vilnius. Luego, el objetivo final no se habría alcanzado si sobrevivía siquiera una docena de judíos en la ciudad. Tener piedad con el enemigo equivalía, lisa y llanamente, a traicionar al Estado alemán.

La aniquilación física de toda la población judía no era el único

objetivo al que aspiraba la Gestapo. También se habían propuesto minar la entereza moral de los judíos y mancillar la historia de su pueblo desde el principio hasta el final de los tiempos. Eso último importaba tanto a la Gestapo como el exterminio físico de los judíos.

Muy pronto fue creada una Sección de Asuntos Judíos encargada de velar por el cumplimiento de las órdenes y disposiciones emanadas de un departamento especial dentro de la estructura represiva de la Gestapo.

Paralelamente, al oficial de la Gestapo Schweinberger se le encargó la formación de una organización que aglutinara a los nacionalistas lituanos de ascendencia alemana. Deseosos de llevar a buen y pronto término su misión, Schweinberger estableció su oficina en el número 12 de la calle Vilnius, donde ya funcionaba entonces la organización Ypatingas Büris, más conocida como «Ypatinga», a saber, «los elegidos».[55] El oficial alemán dividió a los miembros de la organización en dos grupos: a uno se le encargó dar caza a los judíos; al otro, liquidarlos.

LOS «CAZADORES»

Los «cazadores» se dieron a la tarea de patrullar las calles de la ciudad. Su objetivo era localizar a los hombres judíos y obligarlos a trabajar. Con todo, el rendimiento laboral de los capturados no era lo que interesaba a los ocupantes. En realidad, se trataba de una mera vía prevista con astucia y total sangre fría para llevar a los judíos hacia las garras de la muerte.

En un primer momento, los judíos llevados a trabajar recibían acreditaciones que los libraban de los arrestos.

Muy pronto la población judía se vio dividida en dos grupos: los trabajadores y los que se ocultaban en las «malinas». Cuando los «cazadores» capturaban a uno de los judíos pertenecientes al segundo grupo lo conducían a la prisión de Lukishk, donde oficiaba Schweinberger. Antes les ordenaban llevar consigo una toalla y una pastilla de jabón.

El trabajo se llevaba a cabo de acuerdo a un sistema meticulosamente concebido. En la sede de la «Ypatinga» se abrió un fichero que contenía fichas con el nombre, el apellido, la dirección

y el año de nacimiento de cada judío capturado y conducido a la cárcel. También se consignaba el nombre del «cazador» que se había cobrado la pieza. En el reverso de cada una de las fichas se anotaban las letras «L» o «P» con un lápiz rojo, un trámite del que se encargaba el secretario de la organización, Norvaisa. La letra «L» correspondía a las víctimas que aún permanecieran encerradas en la prisión. La «P» significaba que la persona en cuestión había sido transferida al campo de exterminio de Ponary. Los «cazadores» recibían diez marcos por cada judío capturado que acababa muerto.

«Los “cazadores” se tomaban muy en serio su oficio, de manera que no se limitaban a capturar y enviar a sus víctimas a la muerte: antes las sometían a todo tipo de vejaciones».

La víspera de la celebración del Yom Kippur (Día de la Expiación) llevaron mandolinas a sus víctimas y las obligaron a tocarlas cuando iban de camino a la cárcel. Los alemanes habían instituido dos guetos separados por la calle Nemiétskaya. Al primero, cuya arteria principal era la calle Rudnítskaya, lo llamaban «Facharbeiter Gueto». El segundo, organizado en torno a la calle Yevréiskaya fue destinado a los ancianos y las personas consideradas no aptas para el trabajo. Al principio nadie percibía ninguna diferencia entre ambos guetos. En el segundo gueto se produjo el siguiente suceso. Huyendo de una redada, el judío Gershon Shmukler se escondió detrás de un armario. No obstante, un «cazador» consiguió descubrirlo y lo sacó al patio. Shmukler llevaba consigo tres monedas de oro de diez rublos e intentó sobornar a su captor. En un primer momento el «cazador» se mostró renuente, pero después pareció aceptar. Con todo, en cuanto se hubo guardado en el bolsillo las tres piezas de oro, dijo:

—Es muy poco, así que no te dejaré marchar.

Aquél era todo el dinero que Shmukler llevaba consigo y así lo manifestó. Entonces el «cazador» le arrancó a golpes los dientes de oro y se marchó.

En la noche del 21 de octubre de 1941, conocida como «la noche de los carnés amarillos»,[56] los perros de presa que acompañaban a los «cazadores» descubrieron la presencia de un zulo. Tras romper a hachazos el tabique de madera los «cazadores» se encontraron a una mujer tumbada sobre un jergón de paja. A su lado había un bebé todavía unido al cuerpo de su madre por el cordón umbilical. La

mujer les suplicó entre sollozos:

—No me hagáis daño —les dijo—. Sois seres humanos como yo; también vosotros tenéis hijos.

Pero sus ruegos fueron estériles. El cordón umbilical fue cortado y la criatura separada de su madre. Ambos fueron a parar a un camión que los condujo a Ponary.

La prisión de Lukishk

Nadie sabía qué suerte corrían los judíos detenidos en la calle. Todos ellos eran enviados a la prisión de Lukishk para «ser colocados». Muchos acudían por su cuenta a la prisión, pues consideraban que era preferible ser enviados a hacer cualquier trabajo, por pesado que fuera, antes que vivir bajo el terror permanente a caer en las manos de un «cazador». «Mejor así —razonaban—, pues ningún trabajo podrá ser peor que morir de una muerte lenta encerrado en un zulo». No sabían que aquella cárcel era el camino más rápido hacia la muerte.

El 31 de agosto de 1941 Schweinberger y sus ayudantes personales Weiss y Góring,[57] al mando de un batallón de infantería integrado por miembros del «Ypatinga», rodearon el sector más antiguo del barrio judío, es decir, las calles Yevréiskaya, Strashun, Miasnítskaya, Stekólnaya, Gaon, el callejón Dominikanski y la calle Nemiétskaya. Diez mil judíos fueron enviados de golpe a la prisión de Lukishk.[58] Mi esposa, quien tuvo la mala suerte de ir a parar entonces a la prisión y la fortuna de escapar con vida, me contó más tarde lo que presenció allí.

«Antes de llegar a la prisión, cuando atravesábamos el mercado de Lukishk, nos encontramos con dos hileras de policías vestidos de civil que esperaban por nosotros. Teníamos que pasar entre las dos hileras y recibir la primera “acogida” que nos dispensaban aquellos bandoleros. Recibí un golpe tan fuerte en la cabeza que pude sentir cómo se rompía el palo con que me lo propinaron. Fueron muchos los ancianos y los niños que no consiguieron llegar siquiera al recinto de la prisión pues cayeron desplomados en el mercado. Nos obligaron a cargar con sus cuerpos. Había niños llorando junto a sus madres pisoteadas por la multitud.

«Cuando legamos por fin a la prisión nos ordenaron dejar a un lado los bultos que llevábamos y despojarnos de toda la ropa,

excepto la ropa interior. Después abrieron las puertas de una celda enorme y nos embutieron dentro. La celda estaba tan llena de gente que no podía dar un paso ni moverme.

«Schweinberger apareció a la noche siguiente. Traía la camisa arremangada como un carnicero y empuñaba una fusta. Avanzó hasta el medio de la celda y se encaramó sobre el cuerpo de una mujer que se había desmayado y ordenó que nos volviéramos hacia las paredes: "¡Si alguien se atreve a volver la cabeza lo torturaré hasta matarlo!", amenazó.

«Seguidamente, sin mostrar piedad alguna por las personas que recibían los golpes de su fusta comenzó a gritar órdenes: "¡De pie! ¡Al suelo! ¡De pie! ¡Al suelo!".

»Tras una de aquellas sesiones de tortura una joven se ahorcó con los pañales de su propio hijo.

«Schweinberger aparecía una y otra vez. La gente rezaba y aullaba: "¡Shema Yisroel!". Todos parecían buscar la muerte como única salvación. Soñaban con la muerte con pasión pareja, y puede que superior, a las ansias con las que los condenados a muerte sueñan con la vida. Pero era evidente que Schweinberger no parecía dispuesto a concederles una muerte dulce.

»Nos mantuvo encerrados allí durante más de una semana. Volvía noche tras noche y nos sometía a idénticos tormentos. Quien se mostraba incapaz de obedecer al instante sus órdenes de levantarse o acuclillarse probaba el filo del puñal dorado que Schweinberger siempre llevaba consigo. De vez en cuando los guardias entraban a la celda y sacaban a rastras a través de un largo pasillo ensangrentado a quienes habían muerto de asfixia o a causa de los tormentos y los arrojaban a las letrinas.

»Los presos que necesitaban salir de la celda a satisfacer sus necesidades fisiológicas se veían obligados a pagar a los guardias. A partir de un momento éstos sólo aceptaban el pago en oro. Muy pronto el precio mínimo por franquear la puerta a quien necesitaba acudir a las letrinas alcanzó los diez rublos pagados en oro. Tampoco el agua nos salía gratis. Cada sorbo se compraba con relojes o anillos.

»Los célebres artistas Jash y Kadish solían ocupar un oscuro rincón de la celda. Cuando no lloraban, se los podía escuchar tarareando por lo bajo alguna triste melodía.

«Algunos judíos que habían conseguido evitar la prisión por casualidad y que temían por la suerte que pudieran correr sus seres queridos caídos en las garras de Schweinberger intentaron sobornar a los alemanes.

«Cierto Wagner, un *Oberleutenant* alemán destacado en los fuertes de Burbishi, aceptó poner en libertad a ocho judíos a cambio de un precio muy elevado. Autorizado por Schweinberger, con quien compartía el monto del soborno, entró a la celda y gritó ocho nombres. Cuando gritó el de una mujer apellidada Goldberg —una judía que había sido vecina del número 60 de la calle Kalvarískaya y ahora yacía muerta en la celda tras resultar apuñaleada por Schweinberger—, respondí, agarrándome a un clavo ardiendo: "¡Aquí!". "¡Fuera de aquí! ¡Deprisa!", me ordenó el *Oberleutenant*. Schweinberger nos condujo personalmente hasta la puerta de la prisión y nos dijo que éramos libres.

»—¡Ojo! —advirtió—. Yo me entero de todo lo que ocurre por aquí, así como a alguno de vosotros se os ocurra decir una sola palabra contando lo que habéis visto aquí, os aseguro que vais a envidiar la suerte de quienes aún están allá dentro.

»Eso último lo dijo señalando al edificio de la prisión desde el que nos llegaban horribles gritos que sólo podían provenir de las víctimas de una matanza.

»Cuando traspasábamos la puerta, las hilachas del pañuelo que llevaba una de las mujeres que iban a ser liberada se enredaron en un botón de la guerrera de Schweinberger. El verdugo la retuvo y gritó: "*Zurück*!" (¡Atrás!).

»Un botón cualquiera le costó la vida a aquella mujer».

Schweinberger

Todo un «guaperas» este oficial alemán. Fue gendarme en Berlín hasta 1939. Después se graduó de la escuela del partido hitleriano en Núremberg. Un hombre alto y elegante; su piel es tan tierna como la de una muchacha. No te mira a la cara cuando te habla. Lo hace como en escorzo, acaso de abajo arriba. Los judíos que trabajaron en la construcción del garaje ubicado en el patio de la sede de la Gestapo cuentan cosas de veras sorprendentes sobre Schweinberger. Por ejemplo, que les ordenó llamarlo «padre», algo que parecía proporcionarle un placer extraordinario. Schweinberger

es un hombre muy sensible. En una ocasión, al escuchar a una judía cantar mientras trabajaba le regaló un broche de oro que acababa de arrancar del cadáver de otra mujer judía:

—Vuestra voz me arrancado las lágrimas —le dijo.

El destino me deparó encontrarme tres veces con Schweinberger. La primera en la noche de la «gran provocación», el 31 de agosto de 1941. Su sibilante fusta me sacó de la cama: ¡deprisa a la carnicería!

Nuestro segundo encuentro se produjo pocos días después de la instalación del gueto. Alguien le dio el soplo de que en el número 4 de la calle Rudnítskaya se escondía un judío «forastero», algo que él había prohibido terminantemente. Se trataba de mí, pues aquella noche había decidido dormir en casa de mis suegros por miedo a hacerlo en mi residencia habitual.

Schweinberger irrumpió en el apartamento empuñando un revólver, mientras yo corría hacia la cocina y cerraba la puerta de golpe. Aprovechándome de que el tejado de la cocina era de vidrio, me subí a la mesa y lo rompí de un cabezazo para escapar por allí. Schweinberger consiguió forzar la puerta y disparó varios tiros. Aun huyendo, tuve tiempo para volverme un instante y ver su radiante jeta antes de huir corriendo por los tejados.

La tercera vez que vi a Schweinberger fue en Rosh Hashanah (Año Nuevo) de 1941. Acompañado de sus secuaces Weiss y Göring, apareció de improviso en el gueto con el propósito de hacer una inspección. A Schweinberger lo dominaba una idea fija: quedaban demasiados judíos en la ciudad. Por eso exigió una vez más que le fueran entregados todos los ancianos y enfermos. Aun antes de que su orden fuera cumplida, mandó a traer de la sede de la Gestapo el «cuervo negro» —así se conocía el furgón que llevaba a Ponary a los condenados— y comenzó a hacer su propia elección. Con gran riesgo para mi vida, crucé la calle y me aposté detrás de un muro, frene al hospital judío. Desde allí pude observar el comportamiento de Schweinberger.

Inmóvil como una estatua de mármol, la pechera adornada por una condecoración con forma de espada, el oficial alemán iba impartiendo breves órdenes a sus dos ayudantes, Weiss y Göring. Judíos ancianos, enfermos e incluso ya agonizantes eran sacados de sótanos y desvanes, tirando de sus brazos o sus piernas, y arrojados

al siniestro vehículo. Schweinberger asistía impertérrito el espectáculo. Sus pétreos párpados caían pesadamente sobre sus ojos. Y sólo muy de tanto en tanto el frío desprecio de su mirada recorría el cuerpo de alguna de sus víctimas.

Desde mi escondite, presencié cómo se llevaban a los padres de tantos amigos míos. Vi pasar a la madre de Bentsion Mijtom, artista y escritor afín al círculo La joven Vilnius. También presencié la captura del escritor A. D. Grodzenski, redactor jefe del vespertino *Viecberni Kurier*. Dos «cazadores» lo llevaba en vilo, mientras sus pies, dos prótesis de madera, se arrastraban en pos del desigual trío. Cuando estaban a punto de llegar al vehículo que lo conduciría a la muerte, las prótesis acabaron desprendiéndose de los muñones y quedaron sobre el pavimento. Entonces Schweinberger levantó la cabeza de pronto, tras un rato dedicado a la meditación, y ordenó a Góring recoger las prótesis y cargar también con ellas.

Ponary

Ponary es una localidad situada en la carretera de Grodno a siete kilómetros de Vilnius. Tradicional enclave de casas de recreo, a su derecha transcurre el río Vilia bajo sus escarpados márgenes. Ponary siempre fue conocida por su carácter pintoresco. Adam Mickiewitz cantó a su belleza en hermosos versos. Se dice que Napoleón manifestó su deseo de cargar con Ponary en brazos para trasladarla a Francia.

También a los alemanes les encantó la localidad. A la derecha de Ponary había una carretera por la que resultaba muy cómodo traer a las víctimas. A la derecha se extendía la línea de ferrocarril que unía Vilnius y Varsovia. Apenas un cuarto de kilómetro separaba el trazado ferroviario y la localidad, una distancia que los alemanes salvaron rápidamente prolongando los rieles hasta el borde mismo de una enorme zanja.

Cuando la «fábrica de la muerte» estuvo a punto y la sola mención de Ponary infundía una intensa sensación de horror en la población, los alemanes imprimieron un mapa de la comarca que ignoraba la existencia de Ponary. En el punto donde debía figurar la localidad aparecía una leyenda impresa con tinta verde: «Bosques». Era como si Ponary hubiera sido borrado de la faz de la tierra.

Tres relatos de sobrevivientes

I. Relato de Motel Gdud

Los sucesos que se narran a continuación ocurrieron en julio de 1941. Como todos los hombres judíos con edades comprendidas entre los dieciséis y los sesenta años estábamos obligados a trabajar para los alemanes, si no queríamos convertirnos en objetivos de los «cazadores», mi padre y yo nos buscamos empleo en el aeródromo de Porubanek. Ello nos permitió adquirir unos documentos que nos libraban de cualquier arresto.

Una noche volvía del trabajo junto a un compañero, cuando de repente fuimos alcanzados en la calle Bokshto por un vehículo de alquiler que se detuvo junto a nosotros. Adentro viajaban tres oficiales. Nos ordenaron subir. Tras cargar a otros seis judíos, el vehículo tomó el camino del Jardín de Bernardin. Allá nos encontramos a medio millar de judíos que también habían sido detenidos. Nos retuvieron toda la noche, bajo la más estricta vigilancia policial. Exhausto después de la agotadora jornada laboral en Porubanek no pude evitar echar una cabezada. El sol ya brillaba en el horizonte cuando desperté. El conductor de un «cuervo negro», como llamábamos a los camiones cerrados y con las minúsculas ventanillas enrejadas, esperaba órdenes. La puerta trasera del camión se abrió de repente y apareció un oficial alemán tocado con una gorra en la que destacaba un pequeño cráneo. El fascista desplegó una escalerilla de hierro y nos ordenó subir al camión. Cuando los primeros treinta y cinco judíos hubieron subido al vehículo el alemán levantó el brazo y empujó al hombre número treinta y seis, quien ya había puesto un pie en el primer peldaño de la escalerilla. Seguidamente cerró la puerta por fuera encerrándonos dentro del camión y subió a la cabina para tomar asiento a la diestra del conductor. El camión se puso en marcha.

El camión estaba pintado de negro tanto por fuera como por dentro. Carecía de bancos donde sentarse, si no se tienen en cuenta los seis asientos destinados a otros tantos guardias. Nos prohibieron hablar. El menor movimiento era castigado severamente por los guardias con las porras o las bayonetas, siempre listas para hincarse en las espaldas de las víctimas. Tras unos diez minutos de marcha el camión se detuvo en seco y el oficial abrió la puerta de par en par.

Los guardias saltaron a tierra y se apartaron: les estaba prohibido ingresar en el perímetro del campo de concentración. Me vi ante una cerca de alambre de espino interrumpida por el portón ante el que se había detenido el camión. Un cartel de tela sujeto al portón anunciaba: «¡Cuidado! ¡Peligro de muerte! ¡Zona minada!».

Los guardias quedaron atrás, mientras el camión se internaba en el territorio del campo de concentración. Esta vez no se habían molestado en cerrar la puerta trasera.

Unos minutos más tarde el camión se detuvo por segunda vez. Schweinberger se asomó a la puerta y fue señalando a quienes debían bajar. Yo fui el séptimo. A través de la puerta abierta alcancé a ver cómo ya fusilaban a mis compañeros. En el sendero que conducía a la enorme fosa común los condenados éramos obligados a desnudarnos. Seguidamente Schweinberger empujaba a la zanja a la víctima ya desnuda y le pegaba un tiro en la nuca.

Cuando me llegó el turno avancé desnudo hacia la fosa de la que me llegaban los gritos de gente que agonizaba. Se escuchó un disparo y me creí muerto. Pero por lo visto, caí un instante antes de que me dispararan y ello me permitió esquivar la bala. Escuché cómo Schweinberger intercambiaba unas palabras con los soldados que lo rodeaban. Unos minutos más tarde sentí el peso de una persona que agonizaba tumbada encima de mí. Me corría sangre por los labios. No era mi sangre. Fue entonces cuando perdí el conocimiento. El sol ya se alzaba en lo más alto del cielo cuando recobré la conciencia. Lo podía ver a través de la sangre que me cubría parcialmente los ojos. Ya para entonces había acabado la serie de ejecuciones. La brisa me refrescó algo, pero entonces se escucharon ráfagas disparadas por una ametralladora. Por los visto nuestros verdugos disparaban contra los cuerpos apilados en la zanja para asegurarse de no dejar sobrevivientes. Resulté herido levemente.

El tiroteo cesó nuevamente. Los verdugos —algunos vestían de uniforme; otros, de civil— se sentaron junto a la fosa y comenzaron a beber vodka. Más tarde, ya ebrios, se dispersaron no sin antes dejar unos pocos guardias apostados en el lugar.

Cuando se hizo la calma, salí de la fosa y desnudo como estaba me arrastré por la hierba hasta alcanzar unos matorrales. Tras recobrar el aliento, continué reptando en dirección a la cerca de

alambre de espino. Alcancé a ver cómo llegaba nuevamente el «cuervo negro» cargado con una nueva partida de condenados.

Un polaco a quien no había visto antes se apiadó de mí y me cobijó en su casa. Pasé la noche en su casa, bebí toda la leche que pude y me marché a la mañana siguiente. Llevaba ropas proporcionadas por mi anónimo benefactor.

Cuando conté lo que había visto en Ponary nadie quiso creerme, ni siquiera mi propio padre.

2. Relato de Jiena Katz

Los alemanes irrumpieron en nuestra casa en medio de la *Aktion* que tuvo lugar el 24 de octubre de 1941. Nos ordenaron seguirlos. Pregunté si debíamos llevar algo con nosotras. Los bandidos aconsejaron llevar cualquier objeto de oro que poseyéramos. Nos aseguraron que las joyas nos resultarían de mucha utilidad en el sitio al que nos llevaban.

Todos los vecinos de mi edificio fuimos a parar a la prisión de Lukishk. También mis padres, mi hermana y los niños. Nos obligaron a desnudarnos hasta quedarnos en paños menores. Los guardias se quedaban con todos nuestros vestidos, mientras nos golpeaban sin piedad con barras de hierro. A la mañana siguiente apareció Weiss y nos ordenó vestirnos. Le dijeron que los guardias se habían llevado toda la ropa.

—¿Quién se ha atrevido a haceros tal cosa? —dijo a gritos—. ¿Cómo vais a ir a trabajar desnudos? Tendremos que llevaros en camiones…

Los hombres y los niños varones fueron separados de la multitud. Los demás fuimos obligados a subir a los camiones tal como estábamos, es decir, en paños menores. Ya con el camión rodando en dirección desconocida, Weiss declaró:

—Habéis de saber que soy vuestro padre. Ahora os llevo a una fábrica donde podréis trabajar. Muy pronto sabréis de qué trabajo se trata.

Seguidamente sacó una cajita de un bolsillo de la guerrera y nos dio un caramelo a cada uno. Fueron muchos los que creyeron sus palabras y dejaron de lamentarse. Enseguida comentaron sobre el tipo de trabajo que podía aguardarnos. En algunos rostros se dibujaron sonrisas. Yo no creí ni una sola de sus palabras. Era

consciente de que acababa de emprender el camino que me conducía a la muerte. Con todo, debo reconocer que acepté el caramelo. Pensé: si está envenenado será mucho mejor porque me ahorraré muchos tormentos; y si no lo está, al menos me habré dado el gusto de chupar un dulce caramelo antes de decir adiós para siempre a este mundo. En Ponary nos empujaron a golpes hacia la zanja.

—¡Aquí es donde vais a trabajar! —nos anunció Weiss carcajeándose. Nos ordenó sacarnos la ropa interior y esperar nuestro turno. A aquellos que no escucharon la orden o se resistían a cumplirla, Weiss les avisó que ante cualquier conato de resistencia sacaría los ojos a quienes lo protagonizaran. Dicho y hecho: se abalanzó sobre una de las mujeres y le vació las cuencas de los ojos.

Éramos cerca de doscientas mujeres guardando turno en la fila que conducía a la zanja. Apenas había niños entre nosotras, porque los habían separado de sus madres antes de abandonar la prisión. Con todo, algunas mujeres habían conseguido mantener a su lado a los suyos y éstos ahora no se despegaban de ellas.

Al principio todos lloraban y aullaban, pero muy pronto se sosegaron. Las ejecuciones estaban teniendo unos doscientos pasos más delante de donde nos encontrábamos. Alcancé a ver con mis propios ojos el instante en que asesinaron a mi padre. Primero lo aturdieron de un golpe seco con una barra de hierro y después le pegaron un tiro. Cubierto de sangre, cayó desplomado sobre una montaña de cadáveres.

Mi hermana se había dejado caer a mi lado. Su pequeño Moishele, de apenas dos añitos de edad, sollozaba pegado a su pecho. La frecuencia de los disparos menguó unos instantes y pude oírla canturrear por lo bajo. Intentaba calmar a su hijo con la ayuda de una conocida canción popular:

Duerme, duerme, hijito.
Duerme, duerme, pajarillo,
Ya he perdido mi amor,
Mi dolor es cada vez más amargo…

Una mujer se puso a roer un pedazo de pan. Otros la imitaron. Nos llegó el turno a última hora del día. Nos conducían en grupos de diez hasta el borde de la zanja. Esta tenía entre treinta y

cuarenta metros de largo. Mientras más nos acercábamos a ella más profundo se hacía el sendero por el que andábamos. Su profundidad llegaba hasta los siete metros cuando desembocaba en la fosa.

Eramos las últimas diez víctimas de la ejecución en masa prevista para aquel día. Weiss nos ordenó formar una hilera. Después se nos acercó con un trapo que dividió en diez tiras y nos ordenó cubrirnos los ojos. Yo ocupaba la primera posición en la hilera. Detrás seguían mi madre y mi hermana.

—¡Colocad los brazos en jarrete! —ordenó Weiss obligándonos a avanzar. Sentí que estaba andando sobre cadáveres todavía calientes.

De repente se escuchó la orden de «¡Fuego!». Desde detrás de mí me llegó la voz de mi hermana: «¡Dios mío!», exclamó.

La sentí desplomarse y caí a su lado sin sentido.

Cuando volví en mí, ya había amanecido. Estaba cubierta de cadáveres ensangrentados. Reconocí a mi hermana. Aún sujeto a su pecho, el pequeño Moishele parecía dormido. Apartando los cadáveres, conseguí salir de la fosa a duras penas. Busqué algo de ropa en el sendero y tuve la suerte de encontrar un camisón. Me lo puse y me cubrí con un abrigo que encontré más adelante. Como no tenía dónde cobijarme, me fui al gueto. Allí me tuvieron todo un mes ingresada en el hospital.

3. Relato de Solomón Garbel

El 6 de abril de 1943, es decir, al día siguiente de la matanza de cuatro mil judíos a quienes condujeron a Ponary en lugar de a Kaunas, como les habían prometido, Weiss se apareció de repente en el gueto subido a una bicicleta. Venía a buscar a diez hombres judíos para que se encargaran de enterrar a los muertos. Yo fui uno de ellos.

Weiss abría la marcha. Cuando aún nos separaba medio kilómetro de Ponary, muy cerca de la línea del ferrocarril, encontramos los primeros cadáveres. Se trataba de aquellos que habían encontrado la muerte al intentar huir. En el portón que daba paso al lugar de la ejecución había colgado un cartel donde se leía lo siguiente: «¡Prohibida terminantemente la entrada a todo el mundo, incluidos los oficiales alemanes!».

Los alemanes habían tendido una línea ferroviaria que permitía

que los vagones cargados de condenados traspasaran ese portón y llegaran hasta el borde mismo de la zanja. Mientras más avanzábamos, mayor era el horror que se mostraba ante nosotros. La sangre había teñido la hierba de rojo. Había cadáveres por todos lados. Los árboles estaban salpicados de sesos. Había niños mutilados tumbados junto a los troncos de los árboles. Muchos habían sido cortados en dos. Se veía una pierna por aquí; la otra por allá. Había todo un montón de cabezas de niños apiladas formando una montañita. Había documentos personales, tarjetas de visita, fotografías y billetes de banco por todo el campo. También alcancé a ver el cadáver de un alemán degollado. Por lo visto algún judío consiguió eliminarlo.

Weiss nos ofreció algo de vodka antes de sermonearnos:

—¡Quiero que hagáis un buen trabajo aquí! —dijo—. Tenéis que desnudar los cadáveres y enterrarlos organizadamente. Apilaréis la ropa poniendo igual cuidado: la masculina, a un lado; la femenina, al otro. Si tropezáis con alguna pieza de oro lo echáis al cubo dispuesto para ello. Si alguno intenta quedarse algo para sí, será fusilado inmediatamente.

Después nos condujo hasta un descampado y fue señalando distintas áreas mientras nos ilustraba sobre la identidad de las víctimas: —Allí están los judíos capturados por los «cazadores» —utilizó la voz yiddish con la que se los llamaba y sonrió satisfecho—. Más allá están los gitanos. Por este lado están los cadáveres de quienes proclamaron que no se entregarían sin luchar: los polacos. Aquí reposan los lituanos que rechazaron unirse a nuestra causa. Allá están los prisioneros de guerra. Y más allá, por último —dijo señalando a lo lejos—, todavía no hay enterramientos. Pro no será por mucho tiempo. ¡Todavía quedan muchos por enterrar!

Había personas con vida entre la maraña de cadáveres. No sabíamos qué hacer con ellas. Algunos llevaban los hombros cubiertos por el taled. Muchas víctimas guardaban en los bolsillos las cartas que habían escrito en los trenes de camino a la ejecución. Recuerdo lo que leí en una de ellas: «¡Judíos, nos llevan a ejecutar! ¡Vengad nuestras muertes! Flexer, vecino de Sventsiani».

Entre los bultos ensangrentados que cargamos a los vagones de un tren encontramos de repente a un niño aún con vida y envuelto en harapos. Por lo visto había conseguido esconderse muy bien y los

alemanes no detectaron su presencia. Se llamaba Berele Goldstein y provenía de Mijalishek.

Cuando supo que éramos judíos nos rogó que lo salváramos. Conseguimos ocultarle a Weiss la existencia de aquel niño y nos lo llevamos con nosotros al gueto.

En total, enterramos a unas quinientas personas. Sus cuerpos aparecían por todos lados. Estaban vestidos, porque se trataba de quienes habían intentado escapar antes de llegar al borde de las zanjas. Otros muchos reposaban en una fosa común y apenas esperaban ser rociados por una solución de cloro. Estábamos convencidos de que también nosotros acabaríamos allí, pues no creíamos que Weiss nos permitiera regresar después de lo que habíamos visto. Con todo, de repente se nos acercó ya muy borracho y nos dijo:

—Seréis los únicos que habréis vuelto a casa después de pasar por Ponary.

Todavía pude ver otra horrible escena antes de abandonar aquel lugar.

La tierra que cubría la fosa en la que habíamos enterrado a los judíos comenzó a removerse de pronto y a subir formando un siniestro montículo.

—No ocurre nada del otro mundo —nos tranquilizó Weiss—. Los cuerpos se están hinchando y por eso levantan la tierra. Eso es todo…

MURER[59]

Murer era un hombre de veinticuatro años. Ocupaba el cargo de asesor para asuntos judíos a las órdenes del *Gebietskommissar* Hingst. Su padre «trabajaba» como verdugo en una de las provincias alemanas. Y el hijo continuaba «con orgullo» la tradición paterna. Se educó en las juventudes hitlerianas de Núremberg, donde tuvo ocasión de familiarizarse con la cuestión judía en términos puramente teóricos. Era un oficial asignado al cuartel general de Neugebauer. Y cuando el profesor Gotgart abandonó la ciudad, a Murer le correspondió ocupar su lugar. Dicen que Himmler tiene sobre su mesa un mapa inmenso donde todas las ciudades y pueblos habitados por judíos están señalados con banderitas. Cada día Himmler retira unas cuantas marcas: las que corresponden a los

enclaves cuyos judíos han sido condenados a la aniquilación inmediata. En cuanto lo hace, las órdenes se derraman por todos los pueblos seleccionados. Y las reciben hombres como Murer, encargados de diseñar el procedimiento de aniquilación que llevarán a cabo los Schweinberger y los Weiss, fieles ejecutores de las instrucciones que les son impartidas.

El 4 de julio de 1941 se creó el primer *Judenrat* por orden de Murer. Uno de los miembros de esta corporación, el doctor Yakov Vygodski,[60] respetable vecino del viejo Vilnius, acudió a la oficina de Murer para rogarle revocara las disposiciones más monstruosas. Murer lo dejó acabar escuchándolo con frialdad. Después le pegó un bofetón y lo empujó escaleras abajo.

Murer gozaba mofándose de sus víctimas. Solía aparecer de repente en la puerta de acceso al gueto para someter a los más severos registros personales a todos los judíos que volvían del trabajo. Cuando los hombres de Murer encontraban a alguno que intentaba ingresar al perímetro del gueto con alimentos su jefe lo conducía personalmente a la prisión.

En una de esas ocasiones Murer registraba a una brigada de veinte hombres que volvían de la fábrica cuando descubrió que uno de ellos intentaba pasar un kilogramo de harina. Todos fueron conducidos inmediatamente a Ponary y ejecutados ante la atenta mirada de Murer. Al término de la ejecución los verdugos repararon en que el número de cadáveres ascendía a veintiuno.

—*Donnerwetter*! —exclamó Murer—. ¡Hemos matado a un inocente!

En otras ocasiones Murer se encargaba de verificar que todos los judíos portaran los distintivos amarillos y si descubría que alguno lo llevaba con siquiera una punta descosida ya no dejaba escapar a la víctima que había caído en sus garras. Si descubría dinero o flores en posesión de algún judío, el criminal era castigado de inmediato. A Murer lo excitaba especialmente que se castigara a las jóvenes judías a latigazos. «¡Más fuerte! ¡Más fuerte!», solía gritar cuando presenciaba alguna de esas sesiones de castigo.

Las visitas de Murer al gueto eran muy frecuentes. De hecho, poseía una llave de la puerta que le permitía ingresar al perímetro cercado cada vez que se le antojaba. Visitar los baños públicos instalados en el número 6 de la calle Strashun le producía un placer

muy especial. Solía apostarse en la puerta, los brazos cruzados sobre el pecho, y observaba a las mujeres que tomaban el baño. Un día entró al baño y comenzó a pellizcarlas, mientras les decía:

—¡Estáis muy gordas! ¡Os ayudaré a adelgazar!

Cuando visitaba los talleres, solía ordenar a los trabajadores aullar como perros desde debajo de sus mesas de trabajo. Mientras se comportaba de esa guisa, aquel sádico era tan «generoso» que mandó acondicionar una playa en el gueto para disfrute de los niños.

Al término de una operación punitiva que acabó con el fusilamiento de cuatro mil judíos a los que se había engañado asegurándoles que eran trasladados a Kaunas, cuando acabaron en Ponary, Murer convocó a Gens, máximo representante de los judíos en la ciudad, para presentarle sus disculpas y asegurarle que «se había cometido un error». A modo de consuelo, le aseguró que al término de la guerra el gueto sería ampliado e incluiría la calle Stefánovskaya.

MARTIN WEISS, EL SUCESOR DE SCHWEINBERGER

Cuando Schweinberger hubo cumplido su misión en Vilnius, sus jefes decidieron enviarlo al frente de batalla. Según el testimonio de su amante, sus propios camaradas de armas lo fusilaron allá.

Martin Weiss fue el encargado de sustituirlo. Luego, se convirtió en máximo responsable de la «Ypatinga» y amo y señor de Ponary.

Aun cuando Schweinberger se había graduado de una escuela en la que recibió entrenamiento especial, habría podido aprender mucho de Weiss, quien no era más que un sargento de primera.

Weiss amaba su trabajo. En Ponary, a apenas unos centenares de metros de las fosas comunes, se hizo construir una casa de campo. ¡La sangre que corría por sus venas era de veras especial! ¡Negra, por fuerza!

Oriundo de Karlsruhe, Weiss era un hojalatero de unos cuarenta años y tenía dos hijos.

Con el pretexto de que los judíos habían matado a un alemán, Weiss arrasó la calle Novogoródskaya. Quinientos judíos fueron fusilados allí mismo y otros varios miles conducidos a la prisión de Lukishk. A todos les ordenó sacarse los cinturones y colocar las manos detrás de la nuca de manera que no pudieran sostener los

pantalones que se les caían. Segal, el rabino principal de la calle Novogoródskaya abría la procesión.

El 6 de septiembre, día en que los judíos fueron encerrados en el gueto, Weiss tomó de la mano a una niña que no llevaba el distintivo amarillo cosido a sus ropas. La niña de apenas doce años, alumna del Colegio real de Vilnius, supuso que Weiss era un «buen alemán» que quería salvarla de la saña de los «cazadores». Se equivocaba de medio a medio. Weiss la puso de cara a una pared y la mató a tiros.

Zelda Eyngorn, quien consiguió escapar de Ponary tras presenciar la muerte de sus padres escondida entre unos arbustos, me narró las circunstancias de la muerte de Zerna Morgenstern a manos de Weiss. Zerna, hija de un maestro de Vilnius, era una joven de dieciocho años conocida por su extraordinaria belleza.

El día de su muerte se la pudo ver avanzando junto a su madre y su pequeño hermano. Cuando se aproximaba a la zanja le ordenaron desvestirse, una orden cuyo incumplimiento se castigaba con toda severidad. A saber, sacando los ojos de las cuencas a los desobedientes. Los verdugos eran particularmente incisivos cuando se trataba de muchachas muy jóvenes. Evidentemente, gozaban admirando su desnudez. Era de noche y la luna brillaba en lo alto del cielo. Cuando Zerna, ya semidesnuda, fue a colocarse en el borde de la zanja, Weiss se le acercó a la carrera, la tomó de la mano y la apartó a un lado. Quería salvarla. Zerna se resistió con fuerza: deseaba morir junto a su madre y su hermano, ambos ya fusilados. Weiss no la dejaba marchar.

—Una joven tan hermosa no debe morir de esta manera —sostuvo.

Zerna lloraba, intentaba zafase, pero Weiss no daba su brazo a torcer.

—¡Mira qué bello es el mundo! —le decía señalando a los árboles iluminados por la luz de la luna—. Y tú eres joven aún. ¡Mira que hermosa eres acariciada por los rayos de la luna!

Y así prosiguió perorando acerca de la belleza de la vida terrenal, cual si se tratara de un joven enamorado, mientras sacaba disimuladamente el revólver que guardaba a la espalda y se lo colocaba a la muchacha en la nuca. Al estallido del disparo siguieron las carcajadas desorbitadas de Weiss quien se ocupó

personalmente de arrastrar el cuerpo agonizante de la muchacha hasta arrojarlo al fondo de la fosa.

Weiss hizo carrera en Ponary. Llegó siendo un simple sargento de primera y se aupó hasta el rango de *Sturmbannführer*. Sus charreteras se colorearon de plata; la orden de la esvástica y la espada adornó su pecho.

Y hay que decir que Weiss se ganó con creces todos esos símbolos de distinción. Participó activamente en todas las ejecuciones y asesinó de propia mano a miles de personas.

Weiss no era hombre de prejuicios y trataba a todas las nacionalidades por igual. En efecto, cuando se trataba de aniquilar a seres humanos no se andaba con chiquitas. Así, por ejemplo, un día descubrió que aún no había exterminado a gitanos. Y organizó una redada que se saldó con la llegada a Ponary de un grupo de gitanos acompañados de sus caballos y sus carromatos. En otra ocasión detuvo a quinientos sacerdotes y monjes de un monasterio benedictino, los llevó a la prisión de Lukishk y les ordenó desvestirse. Después les proporcionó ropas con los distintivos amarillos en el pecho. Se trataba de los vestidos que acababan de quitar a los cadáveres de un grupo de judíos recién aniquilados. Vestidos de esa guisa fueron conducidos a Ponary y fusilados como judíos. Debo esta última anécdota al judío Brenayzen, quien por entonces estaba recluido en la prisión donde se produjeron los hechos.

Al enumerar los «méritos» de Weiss, es menester consignar que también se le debió la instalación del burdel alemán en el número 9 de la calle Suboch en cuya puerta colgaba un cartel donde se leía «Prohibida la entrada al personal civil».

Poco le costó a Weiss conseguir la «mercancía» necesaria para la puesta en marcha de su establecimiento. Se limitó a rodear el café El rayo verde, detuvo a todas las mujeres que se encontraban en su interior, con independencias de que hubieran acudido allí solas o acompañadas, y se las llevó a la calle Suboch. Para el puesto de director del burdel fue elegido un tal Leskaukas, un hombre casado que tenía cinco hijos.

El burdel estaba destinado al uso exclusivo de los hombres de la Gestapo y las SS. Los servicios se pagaban con los bonos que los

hombres de la Gestapo recibían junto a los cupones para alimentos. Las chicas no tenían derecho a traspasar el umbral de la «casa». Les concedían medallas por buen comportamiento. También las marcaron con fuego en las piernas para evitar que escaparan.

Con todo, un buen día la estrella de Weiss comenzó a apagarse. Neugebauer le reprochaba su incapacidad para acabar con el gueto hasta acabar sustituyéndolo por Kittel.[61] Entonces Weiss se trasladó al número 10 de la calle Ross donde se dedicó al cultivo de flores en los jardines de la Gestapo.

LA SUERTE DE LOS ANCIANOS

El 17 de junio de 1942 Weiss eligió a ochenta ancianos de ambos sexos residentes en el gueto y se los llevó a Pospeshki, una población situada a cinco kilómetros de Vilnius. Allá ordenó llevar también una estufa y comida con que alimentar a los ancianos. Enfermeras vestidas con impolutas batas blancas los atendían en su nuevo hogar. La generosidad de Weiss llegó a tal extremo que los proveyó de treinta kilogramos de mantequilla.

El albergue de Pospeshki se convirtió en todo un enigma para el gueto. Nadie atinaba a descubrir qué secreto escondía su existencia. Pasaban los días y nada. Acomodados en aquel sanatorio instalado en medio del bosque y bien alimentados, los ancianos comenzaron a recuperarse. Entre los residentes del «sanatorio» se encontraba una anciana de noventa años a las que sus padres habían bautizado a la edad de nueve años. Weiss dio con ella en un hospicio polaco y no se abstuvo de recordarle sus orígenes judíos a la mujer que se encontraba en el ocaso de su vida.

No fue hasta el séptimo día que se aclaró el misterio. Weiss apareció de pronto acompañado de un nutrido grupo de corresponsales extranjeros. Los ancianos fueron fotografiados. Y seguidamente los condujeron a Ponary.

DEGNER

Un alemán de Hamburgo, el sargento de primera Hans Degner, fue designado responsable del aeródromo de Porubanek. Su hermana Helen, miembro de la Gestapo, se destacó como una activa asesina de gatillo alegre. Degner era el terror de los trabajadores

judíos. Tantas eran sus provocaciones y los tormentos que les infligía que sus víctimas se quejaron a Murer y éste le prohibió continuar con las golpizas, pues entorpecían los trabajos del aeródromo. A pesar de la prohibición, Degner se las apañó para vejar todavía más a los hombres que tenía a su cargo.

Un día varios judíos llegaron tarde a trabajar, ocasión que Degner aprovechó para aplicarles un castigo ejemplarizante. Separó a veinte trabajadores y les dirigió un breve discurso. «Los judíos necesitáis que se os dé una buena lección a ver si se acaban de una vez los sabotajes y los retrasos», les dijo.

Seguidamente les anunció que diez de los veinte serían fusilados y que la identidad de las víctimas dependería de ellos mismos. A una orden suya todos debían echar a correr y salvar un kilómetro de distancia. Los diez que llegaran primero a la meta seguirían con vida. Los otros diez serían fusilados en el acto.

Degner subió a una bicicleta y ordenó «¡En marcha!». Los veinte hombres echaron a correr, mientras Degner pedaleaba junto a ellos como si fuera el juez de una competición deportiva.

Los desdichados judíos corrían con todas sus fuerzas. Había jóvenes y hombres que rondaban los cincuenta años. Uno de ellos se desplomó de repente: había sufrido un ataque al corazón. Otro más cayó cuando estaba a punto de alcanzar la meta. Con todo, Degner los había engañado: los que llegaron primeros fueron fusilados en el acto. Los demás fueron «indultados».

MOTIVOS PARA LA DETENCIÓN DE LOS JUDÍOS

Los omnipresentes guardias apostados en todas las esquinas buscaban a judíos que no llevaran el distintivo amarillo cosido a la ropa o compraran alimentos a los campesinos. En cuanto localizaban a una de sus víctimas, la arrestaban y la conducían a la comisaría de policía. Si el «criminal» no era capaz de comprar su libertad, seguía viaje hacia la sede de la Gestapo.

Y desde allí la víctima salía acompañada de un acta donde su delito resultaba notablemente agravado. Así, por ejemplo, quien llegaba bajo la acusación de haber comprado una hogaza de pan salía acusado de la compra de armas o, como le sucedió a mi propia esposa, en lugar de consignar la verdadera razón de su detención, a saber, pasearse por la calle sin el preceptivo obligatorio distintivo

amarillo, se la acusó de distribuir panfletos subversivos. Tales manejos hacían imposible que quien fuera a parar a la Gestapo por cualquier falta de índole menor escapara de las garras de los asesinos. Las víctimas eran interrogadas por el *Sturmbannführer* Maier, quien redactaba el acta del interrogatorio que remitía al jefe de la Gestapo, el *Obersturmführer* Neugebauer. Este se limitaba a anotar con lápiz rojo «B. B»., es decir, *Besondere Bebandlung*: «trato especial». En resumen, la muerte.

WEISS Y EL PROCESO DE VACUNACIÓN CONTRA EL TIFUS

Sucedió poco antes de Passover. Weiss apareció de repente en el campo de concentración de Kaylis y declaró que una epidemia de tifus se había declarado en la ciudad, de manera que todas las madres debían abrigar bien a sus hijos la mañana siguiente y llevarlos a una clínica situada al otro lado de la calle para que los vacunaran contra el flagelo.

Sin sospechar nada, las mujeres lavaron a sus hijos, los peinaron y abrigaron y cargaron con ellos hacia la clínica bajo un agradable sol primaveral. Tras dejarlos allí, se apostaron tras la empalizada que rodeaba el campo de concentración a esperar por ellos.

Cuando todos los niños estuvieron en las dependencias de la clínica, su director, el doctor Schultz, telefoneó a Weiss para avisarle de ello.

Apenas cinco minutos más tarde el «cuervo negro» aparcó frente a la clínica y Weiss comenzó a sacar a los niños y a subirlos al vehículo. Al percatarse de aquel inesperado giro de los acontecimientos las madres corrieron a salvar a sus hijos entre gritos y llantos. Weiss ordenó disparar contra ellas sin contemplaciones. No obstante, unas pocas de ellas consiguieron aproximarse al camión e intentaron subir a él. Ahí Weiss hizo nuevamente gala de su «piedad» y permitió a unas pocas subir junto a sus hijos y acompañarlos a la muerte.

El camión se puso en marcha por fin y Weiss lo vio alejarse desde la acera. Tenía un listado en la mano y según ese listado faltaban sesenta niños para completar la cuota establecida para la ejecución de aquel día. Weiss cruzó la calle y se adentró en el territorio del campo de concentración en busca de una nueva partida de víctimas.

TESTIMONIO DE FRUMA-RIVA BURSTEIN, DE NOVOGRUDOK

En cuanto oí decir que teníamos que llevar a los niños a la clínica supe que había gato encerrado. El campo de concentración de Kaylis contaba con su propio médico y su ambulatorio, ¿qué sentido tenía entonces llevar a los niños a una clínica alemana? Decidí esperar a ver cómo se desarrollaban los hechos, aunque el alemán Richter había amenazado con castigar severamente a quienes incumplieran la orden.

Cuando más tarde escuché los gritos que provenían de la clínica comprendí que aquellos monstruos volvían a hacer de las suyas. Rápidamente cogí a mis tres nietos y los puse a buen recaudo en una «malina». Cuando salí al patio me encontré a Richter y a Weiss corriendo como locos con un listado. Decían que les faltaban niños y que si no se los entregaban inmediatamente un batallón de tropas especiales irrumpiría en el campo y nos mataría a todos. La amenaza no surtió efecto: nadie estaba dispuesto a entregarles sus hijos. Entonces Weiss hizo sonar su silbato y un contingente de alemanes que esperaban la señal fuera del campo apareció de improviso. Todos los adultos fueron sacados a la calle a golpes. La cacería de niños dio comienzo.

De pie en medio de la calle quería pensar que un milagro salvaría a mis nietos de la muerte. Pero entonces los oí llorar. Unos monstruos los arrastraron a la calle. Toda la población del campo fue reunida en la plaza central para una selección. Los ancianos y los niños fueron ubicados a un lado; los jóvenes y los sanos, al otro. Como no soy una mujer joven me correspondió el grupo de los ancianos.

En un momento que juzgué propicio, agarré del brazo al más pequeño de mis nietos (sabía que no podía hacer nada por los otros dos) y eché a andar hacia el grupo de los jóvenes, es decir, al de quienes seguirían con vida. Richter me cortó el paso. «¿Adónde vas?», me preguntó. Le dije que daría de comer a mi nieto y que regresaría enseguida.

Los judíos llamados a sobrevivir me rodearon a modo de escudo. Mi nieto de dos años permaneció en el más absoluto silencio. De repente llegó un camión al que los alemanes comenzaron a subir a niños y ancianos. Alcancé a ver cómo arrojaban a mis otros dos nietos al suelo del camión. «¡Abuela, abuela! ¡Tenemos miedo!»,

gritaban. Pero no estaba en mis manos hacer algo por ellos. Ni siquiera estaba segura de poder salvar la vida del niño que cargaba en mis brazos. Richter —o El Avestruz, como le llamábamos por su largo cuello— no había olvidado que me había apartado del grupo para dar de comer a mi nieto y me buscaba por todas partes.

En cuatro ocasiones acudió sin éxito en busca del niño. Yo lo había escondido dentro del cesto que había en las letrinas. Pasó diez días encerrado allí. Después conseguimos escapar del campo de concentración y nos refugiamos en la casa de una amiga mía en la ciudad.

GOLDA KRIZHÉVSKAYA (TESTIMONIO DE SU PADRE, AVRAAM KRIZHEVSKI)

Cuando los hombres de la Gestapo irrumpieron en el campo de concentración de Kaylis para llevarse a los niños, mi hija Golda no perdió el aplomo. Su estatura le permitía hacerse pasar por una adulta y así permanecer en el campo. Pero Golda no quería separarse de los niños. Llevaban mucho tiempo organizando espectáculos teatrales y musicales en secreto por los desvanes. Ella era la organizadora. Un día me dijo:

—Jamás abandonaré a los niños. Si llega la hora de morir, moriremos todos juntos.

Cuando los niños eran arrastrados fuera de los sótanos y las «malinas» donde se escondían o los arrancaban de los brazos de sus desesperados padres para subirlos a los camiones, Golda se resistió a huir. Todos los intentos de convencerla para que se ocultara fueron estériles. Y Weiss acabó reparando en ella.

—¡Ven aquí! —le ordenó.

Y así fue como acabó siendo conducida hasta la estación de ferrocarriles junto a toda una clase de escolares. Un ferroviario polaco que acompañó a los niños durante aquel último viaje, apareció más tarde en Kaylis y preguntó si alguien conocía a Golda Krizhévskaya.

—Los niños lloraban desconsolados, pero Golda intentaba consolarlos —relató—. Les decía que los alemanes pagarían muy caras todas sus atrocidades y que el día de la liberación estaba cercano.

Durante casi todo el trayecto, se pudieron escuchar las canciones

populares y los himnos revolucionarios que salían del convoy. Golda se desempeñaba como directora del coro.

EL EXTERMINIO DE LOS NIÑOS DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN HKP[62] (Testimonio de Srolik Zelikman)

En torno a las seis y media de la mañana del 27 de marzo de 1944 el sargento de primera Richter apareció en el campo de concentración y examinó con atención el estado de todas las puertas de acceso. Terminada la inspección, abandonó el campo, pero muy pronto regresó acompañado de un pelotón de soldados que ubicó en diversos puntos del perímetro cercado. En aquel momento me encontraba en los baños alimentando la estufa. Cuando me avisaron de que el campo de concentración acababa de ser cercado sentí una punzada en el corazón. Salí de los baños a la carrera y me di de bruces con un camión del que se estaban bajando entre treinta y cuarenta policías vestidos con guerreras de color azul.

Me fui directamente a la casa de mi madre. La encontré llorando. Todos creíamos que el campo de concentración iba a ser liquidado. Estábamos desolados: nos creíamos a las puertas de la muerte. Nos pusimos encima tanta ropa como nos fue posible y acordamos huir en cuanto se nos ofreciera la menor oportunidad de hacerlo. Si nos subían a un tren saltaríamos de él, por ejemplo. Entretanto, los policías y los alemanes comenzaron a ocupar nuestras casas. A las mujeres y a los niños les ordenaron reunirse en el taller de confecciones. El rumor de que esta vez se llevarían «sólo» a los niños y a los ancianos se difundió como la pólvora.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo salvar de la muerte a mi madre? La llevé a los baños, la escondí en un rincón y la cubrí con mantas. En aquel momento no temía por mi vida, porque no creía que fueran a por mí. En primer lugar, porque tenía un trabajo fijo. En segundo lugar, porque ya no era un niño.

Cuando salí de los baños me percaté de que faltaba la escalera que conducía al refugio instalado en lo alto del local. «¿Quién está ahí arriba?», pregunté. Pilka Rudénskaya me respondió:

—Somos nosotros. ¡Corre a esconderte!

Ahora no sabría explicar por qué, pero lo cierto es que no sentí la tentación de subir allá arriba con ellos. Por el contrario, dirigí mis pasos a la cerrajería (de hecho, entonces figuraba como

cerrajero en los registros alemanes). La ventana de la cerrajería daba a la plaza principal del campo.

Desde allí pude ver cómo se llevaban a las ancianas y los niños. Todos llevaban bultos sobre las espaldas y miraban al suelo. Los policías y los hombres de las SS los miraban pasar formando una fila. Había mucha gente en la cerrajería observando la extraña marcha. Algunos se tiraban del cabello; otros vagaban sin cesar de un lado a otro. De pronto vimos pasar a Yabrova. Su hijo, de pie ante la ventana, comenzó a golpear la cabeza contra la pared. Pasaban las horas. Los policías registraban una casa tras otra. Weiss recorría los talleres en busca de niños que pudieran estar escondidos.

Entra al taller de carpintería, contiguo al nuestro. Nos llega el llanto desesperado de un niño. Weiss había encontrado a un pequeño y lo arrastró a la calle llevándolo atrapado bajo su axila. Al entrar a nuestro taller confío al niño a uno de sus secuaces. Sentí que todos mis músculos se paralizaban de golpe. No sabía cómo actuar. Weiss se movía de un lado a otro blandiendo una enorme hacha. Por primera vez me veía ante su desagradable jeta y las gafas apoyadas sobre la nariz. Nos ordena que pasemos a la otra habitación y mientras lo hacemos agarra a algunos del cuello y los empuja hacia la calle. Llega mi turno. Avanzo sobre las puntas de los pies para parecer más alto, pero a Weiss no lo engañas con esos trucos. Me señala la puerta y un hombre de las SS me pega un empujón arrojándome fuera del taller. Intento escapar, pero me cierran el camino. Me escaqueo en busca de otra vía de escape, pero me interceptan nuevamente. Y me veo de pronto en medio del patio rodeado de niños. «Este es mi fin —cavilo—. No conseguiré escapar de sus garras». Y sin embargo vuelvo a acariciar la suerte: el SS que me vigilaba se da la vuelta un instante y echo a correr hacia una de las puertas. Pero tampoco en esa ocasión tuve suerte: un hombre que después supe era Lukoshius, uno de los líderes del «Ypatinga», me dio alcance y me pegó un culatazo en la cabeza. Caigo al suelo en estado de semiinconsciencia. Y ni siquiera eso calma a la bestia que me había pegado y ahora tira de mí en dirección al barracón, mientras ríe a mandíbula batiente.

Trajeron una mesa al barracón. Weiss tomó asiento a un lado de ella. Entonces dio comienzo el proceso de selección. Los niños se

quedan en el barracón y las mujeres son sacadas afuera. Cuando alguna de las mujeres intentaba permanecer junto a su hijo, los guardias los separaban a la fuerza. Me llegó el turno de aproximarme a la mesa. Weiss indica que me dejen en el barracón. Intento escapar una vez más, me lo impide un hombre de las SS.

Me quedé muy quieto en un rincón. Ya no tenía sentido pensar en la fuga. ¿Dónde iba a encontrar refugio aun si lo consiguiera? Pero de repente reparé en que faltaba un tablón del techo. Y sin pensármelo un segundo trepé por la pared hasta alcanzar una suerte de desván. Otros chicos me imitaron y el desván comenzó a llenarse de gente. Allí nos llegó el ruido de los motores. Los «cuervos negros» venían a buscarnos.

Todo acabó al caer la noche. Me descolgué del desván y me topé con mi madre. Mi alegría fue enorme. Ella había conseguido permanecer escondida en los baños. El *Schirmmeister* Drisher, encargado de los registros más concienzudos, no supo encontrarla.

Ciento cincuenta niños fueron sacados del campo aquel día. Los dos hijos del actor Bergolski estaban entre ellos. Una mujer apellidada Bass se negó en redondo a entregar a su hijo. Weiss la golpeó con todas sus fuerzas, pero no consiguió separarla de su vástago. Y el «cuervo negro» acabó por tragárselos a los dos.

A otra mujer, a Zhukóvskaya, Weiss le disparó a quemarropa por atreverse a llamarlo «asesino de niños».

SHMULIK KOTLIAR (TESTIMONIO DE ZELIK LEVIN)

Un día Weiss llegó al gueto con el propósito de seleccionar un grupo de hombres para enviarlos a Estonia. Shmulik Kotliar recorría a la carrera el gueto en busca de su padre. Pero acabó dándose de bruces con Weiss antes de encontrarlo.

—¡Tú también te irás a Estonia! —le gritó Weiss.

—Pero ¿qué dice, señor Weiss? —protestó el muchacho—. ¡Si apenas tengo diez años!

—Diez años —repitió Weiss mientras examinaba al asustado muchachito. En eso un judío que pasaba por allí atrajo su atención y el niño aprovechó la ocasión para escapar.

Cuando medio año más tarde se desató la cacería de niños y otros «elementos no aptos para el trabajo» Weiss tropezó con el mismo niño. Esta vez Shmulik buscaba un escondite e iba

acompañado de Marek Levin, un camarada de juegos.

Weiss le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—¡Mira que suerte tengo de volver a encontrarte! —le dijo—. ¡Ahora sí que te vienes conmigo! ¡Y tú también! —le dijo a Marek tirando de su brazo.

Shmulik intentó escurrir el bulto por segunda vez:

—¡Pero si ya tengo quince años, señor Weiss! —arguyó.

Weiss soltó una carcajada.

—¿Cómo es que has crecido cinco años en apenas unos pocos meses? —le dijo, mientras tiraba de él hacia el siniestro vehículo de color negro—. Ahora sí te vienes conmigo y no valen excusas.

Shmulik comprendió que no tenía nada que perder. Pegó un salto, asió del cuello a Weiss y la emprendió a patadas con él. Marek también hizo lo suyo.

Weiss se desconcertó unos instantes, pero recuperó su habitual aplomo y consiguió desasirse de los muchachos ayudado por unos hombres de la Gestapo que corrieron a socorrerlo. La resistencia que ofrecieron les salió cara a los dos muchachos. Weiss no se molestó en subirlos al camión, sino que los asfixió con sus propias manos en plena calle.

LEIBL FINKELSTEIN (TESTIMONIO DE BASIA FINKELSTEIN)

En cuanto se escuchó la orden de que todas las mujeres y los niños debían salir a la calle, Leibl me dijo:

—Esconderse es fácil, pero nos toca salvar a los demás.

Entonces nos condujo a mí y a su hermano menor a una leñera, nos escondió tras una pila de leña y se marchó a la carrera.

Lo esperé con creciente ansiedad, pero no volvía. Llegué a pensar que habían capturado al bueno de Leibl, pero más tarde supe que me había equivocado.

En realidad, Leibl se hizo con el hacha que Weiss esgrimía cuando corría tras los niños, reunió a dos docenas de muchachos a los que se unieron algunos padres y los condujo a todos hasta un desván. Al principio intentó romper el techo a hachazos, pero después descubrió dos enormes conductos que se utilizaban para alimentar de agua los baños. Uno de ellos estaba vacío y Leibl decidió que no podía haber mejor escondite. El problema era conseguir escalar hasta allí, a tres metros de altura desde el suelo

del desván. Ni corto ni perezoso, Leibl bajó a buscar una escalera, la encontró quién sabe dónde y la subió al desván. Ayudado por los adultos, consiguió acomodar a todos los niños en el conducto y devolvió la escalera al lugar donde la había encontrado.

Alguien sopló a Weiss que aquel desván estaba lleno de niños. Weiss trepó hasta allí, pero no encontró a nadie. Fue golpeando el conducto de agua con un bastón, mientras prometía regalos a los niños:

—¡Salid, niños! —les decía—. Traigo chucherías para vosotros.

Pero los niños desoyeron sus promesas. Hasta los pequeños de dos años se mantuvieron firmes.

LA SUERTE DE LOS NIÑOS CAPTURADOS

El maquinista Yuzef Rinzevich, quien condujo el convoy que se llevó a los niños, nos contó más tarde lo siguiente: «Doscientos niños de los campos de Kaylis y HPC fueron conducidos a un hospital alemán de Cracovia.

«Allí los sometieron a una última selección. A algunos les extrajeron toda la sangre para utilizarla en transfusiones para los soldados alemanes; los otros fueron a parar a manos de médicos alemanes que les desollaron las caras. La piel de esos niños fue destinada a operaciones cosméticas, cuyos beneficiarios fueron soldados alemanes heridos o quemados».

LA ROPA

La ropa de las víctimas se recogía delante de la sede de la Gestapo. Lo hacían en grandes bultos que unos pocos judíos del gueto debían ocuparse de seleccionar. Maier, un alemán de Viena, dirigía los trabajos. Se apartaban los zapatos, las piezas de abrigo y la calderilla que encontraban en los bolsillos.

Todas las marcas susceptibles de indicar el origen de las ropas eran eliminadas para evitar que en Alemania, país al que iban a parar, alguien pudiera descubrir su procedencia. No obstante, Maier se quedaba con al menos uno de los distintos tipos de señales que identificaban el origen de las ropas para su colección particular.

Los signos eran de lo más variopintos. Lo mismo podía tratarse de un cuadrado de tela de color blanco con un círculo amarillo en el

centro y la letra «J» (de «*Jude*»), que de un brazalete de color azul con una estrella de seis puntas de color blanco o de una estrella de seis puntas de color amarillo cosida sobre un fondo negro con la palabra «*Jude*» bordada encima, tal como se identificaba a los judíos checos. También se encontraban distintivos de color amarillo que representaban la estrella de David, cuadrados de color rojo u otros, *etc.* También eran comunes encontrar las chapas numeradas que los judíos de Vilnius llevaban colgadas del cuello, además de los distintivos cosidos a la ropa. Todo tipo de documentos y tarjetas de identificación iban a parar a manos de Maier, un devoto católico que guardaba aquellos objetos para que alguna sirvieran como recordatorio de una Europa ya para entonces extinta.

Las peleas entre los hombres de la Gestapo por quedarse una u otra pieza de ropa eran frecuentes, aun cuando todas aquellas fieras ya habían tenido ocasión suficiente de saquear a la población a su antojo. Weiss, el saqueador principal, tenía a un ayudante cuya sola tarea consistía en hurgar en los bolsillos de los fusilados. Toda la ropa pasaba por sus manos antes que por las de los hombres de la Gestapo.

KITTEL

Kittel era un actor graduado de la Escuela teatral de Berlín. La otra escuela, la del terror, la cursó en Francfort. Los domingos Kittel solía acudir a un estudio de radio en Vilnius para deleitar a los oyentes con unas bonitas notas salidas de su saxofón. Kittel es el más joven entre todos sus colegas. Y el más tenaz, cabe añadir. Fue a él a quien Neugebauer confió la liquidación del gueto de Vilnius, tras descartar a Weiss. No le confió a Weiss esa crucial tarea porque sabía que Weiss era bueno siempre que no encontrara resistencia. Pero como sabía que en el gueto existía una organización clandestina Neugebauer prefirió depositar su confianza en Kittel, cuya fama era harto conocida en Riga, Lodz y hasta en Varsovia.

A primera vista, nada anunciaba al asesino que había en Kittel. Con una sonrisa permanente dibujada en el rostro que dejaba ver el cegador blanco de sus dientes, Kittel siempre iba perfumado y era elegante, amable y gentil.

Veamos un ejemplo de su estilo de trabajo. En una ocasión Kittel visitó el campo de trabajo de Bezdani acompañado de Weiss. Allí

hizo llamar a un barbero judío y le ordenó que lo afeitara. Cuando el barbero hubo concluido su trabajo, Kittel le ofreció un pitillo y le preguntó amablemente:

—¿Quieres fuego?

—Sí —respondió el judío.

—¡Pues aquí lo tienes! —exclamó Kittel y le disparó en la cabeza matándolo en el acto.

El disparo sirvió a su vez de señal para que Weiss y sus secuaces emprendieran una matanza.

Mientras se llevaba a cabo la aniquilación del gueto de Vilnius, Kittel pidió que le instalaran un piano en uno de los patios y se sentó a tocarlo. Poco más tarde los «cazadores» localizaron a un joven judío escondido en una «malina» y lo sacaron a rastras hasta el mismo patio. Al ver a Kittel sentado al piano, el pobre muchacho se abalanzó hacia él pidiendo clemencia. Kittel extrajo su revólver con la mano izquierda y le disparó en la cabeza sin dejar de tocar el piano con la mano derecha.

Al término de la liquidación del gueto, tan sólo quedaban tres campos de concentración en toda la ciudad que acogían a unos tres mil «especialistas». Una tarde Kittel se paseaba acompañado de una joven cuando vio al otro lado de la calle a un matrimonio de edad avanzada junto a un niño. Sospechando que podía tratarse de judíos, Kittel los detuvo y los envió al campo de concentración de la calle Suboch donde se pudo establecer que se apellidaban Zalkind y habían permanecido hasta entonces ocultos en una «malina». Entonces Kittel mandó levantar una horca y pidió a la Gestapo sesenta hombres de las SS. Cuando todo estuvo listo y los sesenta SS ocuparon sus puestos en torno a los Zalkind —el padre, la madre y el pequeño hijo de ambos—, Kittel les dijo: —Por haber incumplido mi orden y haber estado escondidos en la ciudad ahora seréis colgados a la vista de todos.

Seguidamente avanzó hacia la horca, tiró de la soga para asegurarse de su resistencia y dio la orden de comenzar con las ejecuciones. Primero colgaron al niño. Después colgaron a su madre. Cuando el nudo se cerró en torno al cuello del cabeza de familia, la soga no resistió su peso y se rompió.

Kittel ordenó hacer otro nudo. Pero cuando el cuerpo de Zalkind colgó del nuevo nudo la soga se rompió nuevamente.

La situación divertía a Kittel de lo lindo.

—Si cien veces se rompe, cien veces te colgaré —dijo Kittel mientras alcanzaba al verdugo una soga nueva.

Cuando hubieron acabado con Zalkind, Kittel hizo formar una fila a los judíos, contó cincuenta de ellos y anunció:

—Esto os servirá de lección y será un aviso para todos aquellos que se atrevan a soñar con la fuga —dijo. Y añadió—: De ahora en adelante, por cada judío que me encuentre en la ciudad, pagarán cien de vosotros.

Las cincuenta personas seleccionadas fueron subidas inmediatamente a un «cuervo negro». El penúltimo de ellos resultó ser el poeta judío Jaím Semiatitski, autor de los libros *Manos gastadas y Gotas de rocío.*

Los alemanes colgaron un vistoso aviso sobre las puertas del gueto que avisaba:

«¡Atención! Barrio judío. Peligro de infección. Se prohíbe la entrada a la población no judía».

Resulta imposible enumerar todas y cada una de las órdenes y los decretos que afectaban a los habitantes del gueto. Apenas me limitaré a anotar algunas de ellas a ver si el lector es capaz de encontrarles algún sentido.

Se prohíbe a los judíos asomarse a las ventanas para mirar hacia el exterior del gueto. Todas las ventanas que den al exterior del gueto serán tapiadas o cegadas con alquitrán.

Se prohíbe a los judíos hablar alemán.

Se prohíbe a los judíos hablar de política.

Toda conversación o mera relación con un no judío se castiga con el fusilamiento.

Se prohíbe a los judíos llevar bigotes.

Prohibido comer grasas.

Se prohíbe a las mujeres judías pintarse los labios o el cabello.

Prohibido rezar. Prohibido estudiar.

Todos los judíos mayores de seis años están obligados a llevar una estrella amarilla, tanto en el gueto como fuera de él. La estrella debe estar firmemente cosida a la ropa y aparecer en la parte izquierda del pecho. Todos los judíos están obligados a descubrirse ante cualquier alemán que se presente en el territorio del gueto.

Prohibido llevar flores al gueto.

Se prohíbe parir a las mujeres judías. Toda parturienta será privada de la vida junto a la criatura que dé a luz.

Cuando la Gestapo comunicó oficialmente al director del hospital del gueto la prohibición de dar a luz a niños judíos todo el gueto se vio sacudido por una enorme conmoción. ¿Qué hacer con las mujeres embarazadas? ¿Cómo ocultar a los recién nacidos? Con todo, también aquella orden caníbal consiguió ser sorteada por los habitantes del gueto. Los bebés eran escondidos en lugares seguros a los que sus madres podían acudir a amamantarlos en secreto. En cuanto crecían un poco se les daba de alta clandestinamente en los registros de vecinos del gueto.

Las mujeres judías vindicaban su derecho a la maternidad. Los hijos que daban a luz eran la expresión viva del porvenir y la inmortalidad de nuestro pueblo.

Mirra Bernstein, una célebre pedagoga de Vilnius, no se separaba ni un solo día de sus pupilos.

La escuela que había dirigido durante largos años había sido trasladada al edificio en ruinas de un antiguo oratorio. Al principio tenía unos ciento treinta alumnos que dividió en grupos de acuerdo a la edad y los conocimientos que mostraran. Mientras uno de los grupos tomaba las lecciones, los otros se dedicaban a preparar la comida o a remendar la ropa. Los escolares sentían un enorme apego por sus maestros, pues estos sustituían a los padres que habían perdido. La directora del improvisado colegio contaba cada mañana a sus educandos y constataba cómo su número menguaba sin remedio. Con todo, los niños que aún quedaban con vida continuaban sus estudios.

En octubre de 1941 Mirra Bernstein me invitó a asistir a un espectáculo teatral en el colegio. La casita en ruinas estaba irreconocible. Había plantas colgando de las paredes y tiestos con flores en todas las ventanas. Se veían carteles con citas de autores clásicos judíos por todas partes.

Los niños, que entonces no eran más que cuarenta, resplandecían vestidos con sus trajes de domingo. Llevaban florecillas en los ojales de sus camisas y blusas.

En medio de la función nos llegaron ruidos desde el exterior. El espectáculo no se interrumpió hasta que una bala impactó en una ventana y rompió el cristal. La directora se asomó a la calle. Los

alemanes corrían como locos por calles y patios. Detenían a todo el que encontraban a su paso y lo obligaban a subir a los vehículos llegados para la ocasión.

La directora regresó y nos habló desde el escenario:

—¡Niños! Los monstruos que se proponen exterminarnos han entrado al gueto. No gritéis ni os disperséis. Quiero que todos vengan aquí muy despacio y se escondan bajo este escenario. Primero entrarán los más pequeños; los mayores, después.

Mirra pasó toda la noche apostada en la puerta del colegio velando por sus pupilos. Había decidido ofrecerse como víctima propiciatoria si los alemanes entraban al recinto escolar. Confiaba en que los alemanes creerían que estaba sola allí y se contentaran con llevársela.

Pero en aquella ocasión los bárbaros pasaron de largo. Tras detener al número de personas que se habían propuesto, abandonaron el gueto.

Alguna vez pensé que los condenados a muerte deberían abstenerse de crear obras de arte. Sencillamente, creía que no tiene sentido dedicarse a tales menesteres cuando el final está próximo. Pero la vida me convenció de lo contrario, porque fui testigo de que el espíritu de la creación no abandona jamás a los seres humanos.

Dos días después de que mi madre fuera asesinada recibí la visita del director de teatro Viskind. El motivo de su visita era brindarme consuelo. Viskind aprovechó para invitarme a un encuentro con un grupo de actores judíos que se proponían la puesta en marcha de un teatro.

Sus palabras me dejaron estupefacto:

—¿Un teatro aquí? —le pregunté—. ¿En el gueto?

—Así es —me confirmó Viskind—. Tenemos que continuar haciendo aquello de lo que somos capaces y enfrentarnos así a nuestro enemigo y sus armas. No podemos rendirnos ni siquiera por un instante. Crearemos un teatro y daremos alegrías y ánimos a nuestra gente.

Finalmente, acepté su propuesta de hacerme cargo de la dirección artística del proyectado teatro.

¿Qué palabras debíamos utilizar para acercarnos a nuestros espectadores sin profanar o violar el duelo de todo un pueblo? ¿De qué medios nos podríamos servir para ganarnos los corazones de los

espectadores del gueto, devolver a sus conciencias la fe en el heroísmo que puebla toda nuestra historia, potenciar sus fuerzas y dirigirlas a la lucha a favor de la vida, a favor del porvenir?

En los primeros días del terror fascista fueron muchos los músicos de Vilnius que sepultaron sus instrumentos bajo tierra.

Más tarde, cuando ya la población judía había sido recluida en el gueto, muchos de ellos consiguieron volver a la ciudad a través de la red de alcantarillado y recuperar lo que habían escondido.

Los acordes de la orquesta sinfónica dirigida por Wolf Durmashkin se escucharon en el gueto. Algunos de los músicos que la componían formaban parte del contingente que hacía trabajos forzados en la ciudad. Ello les permitió traer al gueto un piano que encontraron en un apartamento vacío que había pertenecido a una familia judía. Lo desarmaron en piezas y cada músico se trajo escondido un trozo del enorme instrumento. No costó demasiado encontrar en el gueto a un especialista capaz de armarlo.

La primera actuación de la orquesta sinfónica, integrada inicialmente por diecisiete músicos, tuvo lugar el 15 de marzo de 1942 y constituyó todo un acontecimiento para los habitantes del gueto. El programa incluyó la *Suite del Cáucaso*, de Ippolitov-Ivánov, *Popurrí judío*, de Max Geiger, y un movimiento de la sinfonía inconclusa de Franz Schubert.

Para los habitantes del gueto la música de la orquesta sinfónica era lo que el aire de montaña para alguien aquejado de una enfermedad respiratoria. Valía la pena luchar por aquellas manifestaciones de la belleza del arte.

Había también dos coros en el gueto. En los conciertos que ofrecieron se pudieron escuchar las canciones judías que los alemanes intentaban ahogar a sangre y fuego.

El 17 de febrero de 1942 tuvo lugar una reunión de escritores y artistas recluidos en el gueto de Vilnius. Acudieron más de cien personas: escritores, músicos, actores y pintores. Z. Kalmanóvich presidió el cónclave.[63] La reunión se proponía arrancar a los creadores del gueto de la generalizada atmósfera de opresión que los aherrojaba. Kalmanóvich habló de la pronta e inevitable victoria del Ejército Rojo que traería la libertad al pueblo judío. Sostuvo que valía trabajar por ella y fortalecer el espíritu de la gente.

Los convocados eligieron a un cuerpo directivo y le encargaron compilar las obras de los camaradas que ya no están entre nosotros. Se procedió a conformar un listado de todos los escritores, pintores, músicos y científicos asesinados por los alemanes y a trabajar en la edición de un almanaque que recogiera la obra de los intelectuales del gueto.

Cuando supimos del suicidio de Stefan Zweig gracias a las trasmisiones de radio que captábamos clandestinamente en el gueto organizamos una velada para honrar su memoria. Los músicos interpretaron una marcha de Chopin y los actores leyeron fragmentos del *jeremías* de Zweig.

También se organizaron veladas dedicadas a la obra de escritores del gueto. Los debates acerca de sus textos solían prolongarse hasta altas horas de la noche. La asociación se encargó igualmente de organizar veladas teatrales en las que se exponían obras de grandes escritores judíos como Mendele Moijer-Sforim, Perets, Sholom-Aleijem o Bialik.

La biblioteca Sociedad para el progreso de la Ilustración ocupaba un edificio de la calle Strashun desde mucho antes de que estallara la guerra. Cuando los judíos fueron encerrados en el gueto se encontraron la biblioteca en un estado calamitoso. Había cientos de volúmenes tirados en las aceras y el patio.

El bibliotecario Herman Kruk, quien llegó a Vilnius evacuado desde Varsovia, se encargó con mimo de la resurrección de la biblioteca. El 10 de septiembre de 1941 la biblioteca reanudó el servicio de préstamo.

Muchas personas que en tiempos normales rara vez utilizaban los servicios de una biblioteca pública se convirtieron de repente en celosos usuarios de la rehabilitada institución. Los libros se convirtieron en amigos y maestros de quienes padecían aquellas penosas y tristes vidas.

Ocultos en refugios, sumidos en la clandestinidad, pegados a magras lumbres que apenas ofrecían un hilillo de luz, los habitantes del gueto leían libros.

Tres mil personas fueron sacadas del gueto de Vilnius el 1 de octubre de 1941. Las llevaban a la muerte. El 2 de octubre el servicio de préstamo de la biblioteca sirvió trescientos noventa libros. Los días 3 y 4 de octubre tuvo lugar una horrible matanza en

el segundo gueto, pero el 5 de octubre la biblioteca entregó cuatrocientos veintiún libros en préstamo. En noviembre de 1941 el número de habitantes del gueto había descendido en un 40% y, sin embargo, el número de libros tomados en préstamo ascendió en poco menos de un tercio. Según los registros de la biblioteca, las novelas y la literatura infantil gozaban de la mayor demanda.

En noviembre de 1942, es decir, apenas a un año y poco de la desaparición del gueto, el número de libros tomados en préstamo superó los 100 000 ejemplares. La biblioteca celebró el alcance de esa cifra redonda con una velada en la que se otorgaron regalos al primer y al último usuario del servicio de préstamo.

Los alemanes aniquilaban a los habitantes del gueto sistemáticamente. Los intelectuales de Vilnius caían sin cesar bajo la bárbara guadaña del terror fascista. De los trescientos judíos de la ciudad que se dedicaban a la cultura (pedagogos, escritores, músicos, científicos o artistas) apenas unos pocos consiguieron sobrevivir. De los varios miles de escolares que estudiaban en los colegios del gueto no pasaron de unas pocas docenas los que quedaron con vida. Apenas dos miembros de la asociación de escritores sobrevivieron a la ocupación. Ninguno de los músicos o los abogados quedaron entre los vivos.

LA OFICINA DE ALFRED ROSENBERG

La oficina de Rosenberg en Vilnius (*Einsatzab Reichsleiter Rosenberg*) complementaba de manera muy particular las actividades que realizaba la Gestapo. El objetivo de su trabajo era la localización y destrucción de todos los bienes culturales judíos. Los alemanes se habían propuesto borrar de la faz de la tierra los cinco siglos de impronta cultural judía en Vilnius.

En enero de 1942 arribó a Vilnius el doctor Poli, director del Museo para el estudio de los pueblos del Este, con sede en Fráncfort. Asiduo colaborador del funesto diario *Der Stürmer*, Poli llegó con una misión muy precisa y acompañado de toda una corte de «sabios», entre los que se contaban los doctores Miller y Wolff, ambos de Berlín. Más tarde se les unieron Sporket y cierto Gimpel.

Los «científicos» fascistas acudieron sin dilación al gueto para seleccionar a veinte personas que les ayudaran a ubicar los bienes

culturales judíos que atesoraba la ciudad. Los elegidos se encargarían de seleccionar los mencionados bienes, así como de embalarlos para su envío a Alemania.

El doctor Miller requirió que al menos cinco de los elegidos fueran personas versadas en lengua hebrea moderna y antigua, de manera que fueran capaces de dictaminar sobre libros y manuscritos antiguos. Hice cuanto pude para ser incluida entre esos cinco, pues me animaba el propósito de salvar todo lo que me fuera posible. Ya sabía muy bien a qué atenerme en cuanto al «amor» de los alemanes por la cultura: me bastaba saber cómo trataban a los seres humanos. Por añadidura, me habían llegado noticias de que en la ciudad se estaban utilizando los fondos de las bibliotecas para alimentar las estufas.

Me presenté en la oficina que tenía Rosenberg en la calle Zigmund. La primera encomienda que recibí del jefe de la oficina, el doctor Miller, consistió en la quema de la rica biblioteca científica que poseía el Hospital universitario.

El doctor Poli nos ordenó agrupar todos los libros judíos en una suerte de gueto. Los cuarenta mil volúmenes de la biblioteca judía Strashun, una colección que gozaba de fama mundial, fue trasladada a la calle Universitétskaya, donde sus fondos se mezclaron con los libros traídos desde centenares de casas de oración repartidas por toda la ciudad.

De aquel largo centenar de miles de libros, Poli envió a Alemania unos veinte mil que fueron previamente embalados en ochenta y cuatro cajas. El resto, todos ellos libros de enorme valor, los vendió a la fábrica de papel de Nuevo Vilnius, a razón de diecinueve marcos la tonelada. Idéntica suerte corrieron manuscritos, grabados y óleos.

Los alemanes convirtieron el edificio del Yidisher Visenshaflikher Institut en un cuartel. Todos los archivos, estanterías y colecciones fueron arrojados a un sótano como si se tratara de basura. El doctor Gotthart, asesor personal de Himmler, corrió a personarse en el Instituto en busca de oro judío. Al descubrir en el sótano un armario a prueba de fuego, mandó a buscar un cerrajero que lo abriera de inmediato. Pero cuando se abrieron las puertas del mueble, Gotthart fue víctima de una gran desilusión: los manuscritos de Sholom-Aleijem y Perets lo miraban

burlones desde el fondo del armario… Dominado por la ira, Gotthart los arrojó al suelo y los pisoteó con rabia.

Al mismo edificio fueron trasladados todos los libros, manuscritos, cuadros y esculturas que se guardaban en los museos, bibliotecas o colecciones privadas de la ciudad. El día en que trajeron las esculturas de M. Antokolski desde el museo que llevaba su nombre, el «doctor» Poli rompió la mayoría de ellas arrojándolas al suelo. Las matrices de plomo de la edición íntegra del Talmud que la antigua tipografía Romm había compuesto a lo largo de veinte años de trabajo fueron vendidas a una fundición por orden del doctor a razón de treinta y nueve marcos la tonelada. Poli envió a Berlín seis cajas llenas de antiguos manuscritos y raras ediciones de clásicos judíos. No obstante, uno de sus colaboradores cercanos, el tratante de pieles Sporket, vació las cajas en la estación de ferrocarriles para llenarlas con pellejos de cerdos, una mercancía con la que hacía pingües negocios en Alemania.

Muy poco después el mencionado Sporket fue puesto a cargo de la oficina de Rosenberg. Una de sus primeras actuaciones consistió en la entrega de quinientos rollos de la Tora a una peletería para que los utilizaran en la fabricación de suelas de zapatos. También ordenó reducir a jirones las carátulas que guardaban antiguos pergaminos procedentes de Amsterdam y Venecia. Los monumentos funerarios y las lápidas de mármol del cementerio de Zaréchenski fueron enviados a Alemania por orden suya. Se los destinó a pavimentar calles.

La oficina de Rosenberg en Vilnius cazaba las palabras judías impresas con el mismo celo y la misma perseverancia que mostraba la Gestapo en la cacería de los judíos que intentaban escapar a la represión. El rector de la Universidad de Vilnius me contó que después de sacar de la biblioteca todos los libros impresos en lengua hebrea o escritos por judíos los sabuesos de la Gestapo registraron afanosamente todo el recinto de la casa académica —llegando, incluso, a levantar parte de los suelos—, en busca de impresos relacionados con el judaismo.

De la misma manera que la Gestapo no se contentaba con masacrar a los judíos y aniquilaba también a miles de personas de otras nacionalidades, la oficina de Rosenberg no tenía bastante con destruir las bibliotecas y los museos judíos. También arrasó otras

instituciones culturales como el museo polaco Fraternidad de los Aficionados a las Ciencias, la célebre editorial polaca Yosef Zavadski, la biblioteca, también polaca, de Tomasz Zan o la Biblioteca de la Iglesia Evangélica, entre otras.

A lo largo del año y medio de trabajo en la oficina de Rosenberg, nuestro grupo consiguió salvar muchos bienes culturales, emparedándolos o escondiéndolos en sótanos y bodegas, siempre animados por el convencimiento de que estaba pronto el día en que los hombres libres pudieran sacarlos de vuelta a la luz para disfrute de nuestro pueblo y toda la humanidad.

Los manuscritos y los libros más valiosos los escondíamos bajo nuestras ropas para llevarlos al gueto. En una ocasión me las apañé para arrancarle a Sporket la autorización de llevarme al gueto unos papeles viejos para alimentar la estufa. Satisfizo mi petición y escribió una nota autorizándome a hacerlo. Ello me permitía sortear el escrutinio de los gendarmes que vigilaban la entrada al gueto.

Aquel paquete de «papeles viejos» contenía las cartas de Tolstói al filósofo Vladimir Soloviov (las encontré entre la nieve junto a la biblioteca de Strashun), manuscritos de Sholom Aleijem, cartas de Gorky, Romain Rolland y Bialik, raras ediciones de los siglos XV y XVI, un cuadro de Repin, los Diarios del doctor Herzl, el único manuscrito salido de la pluma del Gaon de Vilnius que existe, dibujos de Marc Chagal y otras docenas de piezas igual de valiosas.

Provisto de la autorización de Sporket, podía permitirme cargar con «papeles viejos» a diario. Naturalmente, apenas conseguimos sacar una escasa porción de las maravillas que contenía el edificio. No obstante, pudimos construir un zulo de cemento en los bajos del edificio y allí escondimos cinco mil libros entre los más valiosos que pudimos encontrar en diversos idiomas.

En mayo de 1943 llegaron a Vilnius varias docenas de cajas llenas de manuscritos y cuadros que provenían del museo de Smolensk. Mis camaradas y yo las recibimos en la estación de ferrocarriles y conseguimos enviar tres de las cajas desde allí al Archivo municipal donde las escondimos bajo un montón de legajos. Esas cajas, que abrí posteriormente, contenían los Diarios del criado del zar Pedro I, antiguos manuscritos de los siglos xv y xvi, cuadros de Repin y Levitán, además de otras muchas joyas dignas de los mejores museos. Una parte de aquellos tesoros la pude

sacar más tarde del archivo y enterrarla en el gueto. No tenía la certeza de que el archivo fuera un lugar seguro y por eso lo hice. Pensé que aquellas valiosas piezas de museo sobrevivirían en al menos alguno de los dos escondites.

En uno de los museos de Vilnius cuyos bienes estaban siendo transferidos a la oficina de Rosenberg encontré un documento firmado por Tadeusz Kosciuszko, el célebre luchador por la libertad hijo de Polonia. Fue en la primavera de 1943, en medio de la más feroz ordalía del terror fascista. Regalé el documento a una polaca que escondía a veinte judíos. La mujer se prosternó y besó la reliquia cara a todos los polacos. Al día siguiente me buscó para contarme que cuando mostró la firma autógrafa de Kosciuszko a los miembros de la célula clandestina a la que pertenecía se produjo un efecto comparable al de un rayo que cayera sobre un polvorín. Sus camaradas le pidieron comunicarme que tanto ellos como sus hijos y sus nietos recordarían aquel precioso regalo y guardarían ese recuerdo en lo más profundo de sus corazones.

Entre quienes ayudaron a salvar de las garras hitlerianas las joyas de nuestra cultura quiero mencionar especialmente a Z. Kalmanóvich y R. Krinski, como también a la profesora asociada de la Universidad de Vilnius María Abramóvich y al célebre poeta lituano Kazis Boruta.

Los manuscritos más valiosos de Perets, el poeta clásico judío, los entregué en marzo de 1942 a la periodista lituana Shimaite.[64] Shimaite solía acudir a la oficina alemana en la que yo estaba empleado para cargar recoger los paquetes que le preparaba.

Más tarde encontré una carta que Shimaite escribió a la maestra Nina Gerstein después de asistir a uno de los espectáculos teatrales del gueto. Anoto a continuación un breve fragmento de esa carta pues muestra a las claras la naturaleza de aquella persona maravillosa: «¡Mi querida Nina! Perdóneme la familiaridad con que me dirijo a usted, aunque no nos hayan presentado antes. El magnífico espectáculo al que tuve la dicha de asistir, y en especial la puesta en escena de las canciones populares judías, me encantó e inspiró. Sin dudas se tiene que ser un pueblo bendecido por grandes dones para crear tales manifestaciones artísticas en medio de los horrores del gueto.

»Al igual que nuestros maravillosos jóvenes judíos, creo que el

muro acabará cayendo y la hermandad entre los pueblos reinará por siempre en este mundo».

MÁRTIRES DEL GUETO

Tiktín

Durante mi paso por el gueto me dediqué a enseñar literatura a un grupo de jóvenes de ambos sexos, en su mayoría alumnos de secundaria. Nos proponíamos organizar veladas literarias en el gueto.

Zalman Tiktín, un joven de dieciséis años que había perdido a sus padres en las primeras matanzas que conoció el gueto, fue una de las personas involucradas en los preparativos de la velada. Pasaba los días haciendo trabajos forzados en Burbishki —concretamente, acarreando proyectiles de cañón— y desde allá se trajo un ramo de flores que escondió bajo la camisa para evitar ser descubierto por los gendarmes. El castigo por intentar entrar flores al gueto era de veinte latigazos.

Aquellas flores tenían una significación muy especial, pues habían crecido sobre la tumba de los hermanos Gordon, despedazados por el estallido de una bomba en el depósito de municiones donde trabajaban. La explosión destrozó todo el polvorín. El Teniente de primera Wagner, jefe del depósito, concluyó que se había tratado de un desafortunado accidente. Pero Tiktín sabía muy bien que no había habido tal casualidad. Uno de los hermanos muertos le había confiado en secreto que se disponía a volar el polvorín alemán aunque ello le costara la vida.

Tiktín era miembro de una organización clandestina. Aun cuando era el integrante más joven de la célula, demostró ser un verdadero as cuando se trataba de conseguir armas. Con todo, muy pocos conocían que aquel muchachito de dieciséis años se había propuesto hacer saltar por los aires la sede de la Gestapo.

En una ocasión Zalman me hizo partícipe de su plan con todo detalle. Había un grupo de judíos asignados a realizar trabajos forzados en el patio de la Gestapo. No costaría mucho se incluido entre ellos. Y una vez dentro, Tiktín confiaba en involucrar a un conocido suyo que ya trabajaba allí para volar juntos el edificio.

Le aconsejé a Tiktín que no tomara decisiones sin consultarlas

antes con la organización a la que pertenecía. Le dije que debía atenerse a la disciplina a la que estábamos obligados todos y consultar sus planes con la dirección de la célula clandestina. Entonces Tiktín admitió que ya había consultado su plan y que éste fue rechazado en forma inapelable, a la vez que le advirtieron que se abstuviera de emprender cualquier acción por su cuenta y riesgo. Pero el joven hervía de entusiasmo guerrero y me resultó evidente que aquello no iba a acabar bien. Le insistí en que necesitaba calmarse, pues cada vez que traía al gueto una granada estaba poniendo en peligro la vida de veinte mil personas.

Al día siguiente Tiktín marchó como de costumbre a cargar proyectiles. Esa mañana se esperaba a un coronel que venía al depósito en viaje de inspección. Wagner quería impresionarlo con su perfecto manejo del polvorín y ordenó repartir los proyectiles por los diversos almacenes de la zona. Unos días más tarde, cuando había finalizado la inspección, mandó traer los proyectiles de vuelta al depósito de Burbishki. Wagner sabía muy bien cómo dorarle la píldora a sus jefes con tal de conseguir su único objetivo: evitar ser enviado al frente de batalla.

Esa tarde, a punto ya de volver al gueto, Tiktín reparó en un vagón de mercancías que acababa de llegar a las instalaciones del polvorín. El hecho de que lo hubieran llevado hasta allí indicaba que traía munición. Tiktín se apartó subrepticiamente del grupo de trabajadores y se aproximó al vagón. Sus puertas estaban selladas con un sello de plomo que Tiktín destrozó con sus dientes para entrar y descubrir que por esta vez no habían traído granadas. Pero había cartuchos y cintas de proyectiles para ametralladoras. «Esto también nos vendrá de maravillas», se dijo el muchacho. Comoquiera que fuese, no estaba dispuesto a salir del vagón con las manos vacías. Los cartuchos vendrían muy bien a los resistentes del gueto. No todo iba a ser arrojar granadas. Armado hasta los dientes, Tiktín salió por fin del vagón, cerró la puerta a duras penas y se alejó de las vías en dirección a un bosquecillo cercano. Pero tuvo la mala suerte de ser descubierto por un guardia, quien abrió fuego hiriéndolo. Una docena de guardias armados se abalanzó sobre el muchacho.

Zalman fue a parar a una celda. Entretanto, Wagner avisó del incidente a la Gestapo y todos sus compañeros de trabajo fueron

detenidos. Pero una explosión sacudió de repente la cárcel donde habían recluido al muchacho y se lo vio saltar contra los alemanes a quienes dejó atónitos por su increíble arrojo. Después se perdió en unos arbustos cercanos y desde allí corrió por las vías del tren hasta alcanzar un barranco. Reflejado sobre el verdor de la floresta, el blanco cegador de su camisa era un blanco fácil para sus perseguidores. Con todo, Zalman se las apañó para zigzaguear hasta alcanzar el fondo del barranco. Allí cayó sobre la hierba. Las balas que lo habían alcanzado le impidieron continuar la carrera.

Kittel no tardó en aparecer. En cuanto supo que Tiktín aún vivía lo hizo trasladar al hospital de la cárcel. Y allá acudió a cortejarlo día tras día. Le llevaba dulces y le preguntaba quiénes eran los destinatarios de tantas granadas robadas. Pero el joven no probaba bocado y mucho menos respondía a las preguntas de Kittel. Con la cara vuelta hacia la pared, simulaba que no escuchaba las palabras del alemán. Pero un día Kittel se mostró particularmente incisivo en sus preguntas y entonces recibió por fin una escueta respuesta:

—Robé esas granadas para acabar con vosotros —le dijo Tiktín —. ¿Sabe por qué lo hice? Porque vosotros asesinasteis a mis padres.

Levítskaya

¿Acaso se sabe de algún vecino de Vilnius que no conociera a Liuba Levítskaya? Sus conciertos o sus intervenciones en la radio constituían una fiesta para los oyentes. Levítskaya enseñaba canto en el Conservatorio de la ciudad. Solían invitarla a dar conciertos en Moscú.

Dejé de verla durante algún tiempo, pues unos amigos suyos, músicos como ella, pero no judíos, la tenían escondida fuera de la ciudad. Cuando las redadas adquirieron un carácter masivo, Liuba se trasladó al gueto.

En enero de 1942 me involucré en la organización de un concierto y la invité a interpretar canciones populares judías.

Aquel concierto fue de veras inolvidable.

Cada palabra y cada acorde nos devolvían la imagen de los seres queridos que ya no estaban entre nosotros. Todos los que estábamos allí olvidamos que en cualquier instante nos podían rodear y conducirnos a las zanjas abiertas en Ponary. Naturalmente, se

trataba de un concierto ilegal, pues no contaba con la autorización de Murer. Levítskaya ofreció una estupenda interpretación de nuestras canciones populares imbuida de fe y esperanza en el porvenir.

Un año después de aquel concierto a Liuba le correspondía interpretar el rol principal en una sesión de ópera que habíamos organizado en secreto. Liuba no la tenía todas consigo, preocupada por la calidad de su voz. Antes, cuando mimaba sus cuerdas vocales sabía que no podía exponerse a la humedad. Y ahora se ahogaba con el polvo de los barracones en los que vivía. Había pasado una semana escondida en el basurero del gueto para escapar a una de las masacres. El segundo pogromo la obligó a recluirse en un sótano en el que Schweinberger la pisoteó y le pinchó un costado. Se salvó entonces de milagro. Después de aquello pasó largo tiempo en el hospital de gueto escupiendo sangre…

Liuba se hizo cargo de la clase de canto cuando se inauguró la escuela de música en el gueto.

Es la víspera de un espectáculo. Liuba está impaciente porque termine su jornada laboral en el cuartel. Cada espectáculo es motivo de felicidad, pero hoy Liuba tiene un motivo adicional para estar contenta. Una amiga le ha traído un puñado de guisantes para su anciana madre.

Liuba vuelve a casa pisando deprisa el firme de la calle. Lleva el hexágono amarillo cosido a su pecho.

Al llegar a la calle Rudnítskaya atrajo la atención de Murer, quien la recorría en su automóvil. Murer la obligó a detenerse, examinó atentamente la chapa con el número que colgaba del cuello de la cantante, verificó que las seis puntas del distintivo amarillo estuvieran bien cosidas y después la cacheó. Al descubrir la bolsita con los guisantes, le ordenó subir al coche y se la llevó a la prisión de Lukishk.

Liuba pasó un mes encerrada en la cárcel. Cada día despedía a quienes marchaban a ser ejecutados. Liuba fue consciente de que ya no volvería a cantar en libertad. Ni siquiera podría hacerlo algún día en el gueto. Sus días, tal vez sus horas, estaban contados. Y ahora no podía hacer más que cantar en aquella celda para aliviar el dolor de sus hermanas condenadas a muerte.

Weiss, quien por entonces era el jefe del *Sonderkommando*, fue el

encargado de llevarla a Ponary. Él mismo conducía, mientras a su lado viajaba su prometida Helen Degner, una agente de la Gestapo nacida en Hamburgo treinta años atrás.

Cuando hubieron traspasado a pie la cerca de alambre de espino que rodeaba las zanjas, Helen se detuvo de repente y le ordenó a Liuba que se despojara de la ropa. Liuba se mostró renuente a obedecer. Entonces Degner sacó un cuchillo que llevaba a la cintura y la amenazó con sacarle los ojos si no se desvestía inmediatamente. Ya desnuda, avanzó lentamente hasta el borde la zanja. Los cadáveres espolvoreados con cal viva la esperaban en el fondo. Weiss y Murer, provistos de monóculos, observaban la escena. Con una amplia sonrisa dibujada en el rostro, Helen Degner, ex estudiante de la Universidad de Hamburgo, empuñó la ametralladora y disparó una larga ráfaga que segó la vida de Liuba Levítskaya.

Un matemático

El joven Zalkindson era cirujano. Se había granjeado la fama de ser el mejor de su especialidad, pero nada le apasionaba más que las matemáticas.

Zalkindson realizaba complejas operaciones quirúrgicas en el hospital del gueto. Curaba con mimo a los enfermos, mientras los sanos eran masacrados en las calles.

Durante su encierro en el gueto, Zalkindson emprendió la redacción de una gran obra sobre astronomía. Se negó de plano a acudir a realizar trabajos forzados. Sostuvo que prefería morir antes que ayudar a los verdugos con sus propias manos. Renunció también a las magras raciones de pan y cecina de caballo y nunca se dio de alta en el registro habilitado en las oficinas de la administración del gueto. Solía dormir de día y pasar las noches en vela. Zalkindson aprovechaba para escribir en las horas en que el gueto se enfriaba tras los vapores del terror diurno.

Le gustaba tocar el violín cuando asomaban las primeras luces del alba. Era un músico bastante dotado.

Cuando el gueto fue sacudido por los estertores que anunciaban su pronta aniquilación me di a la tarea de buscar la manera de salvar la vida del peculiar matemático. Mi amigo Yulián Yankovski, quien residía fuera del gueto, se proponía dar cobijo a seis judíos en

un habitáculo especialmente habilitado para ello. Un amigo de Yankovski que servía en la policía —un hombre de fiar muy involucrado en la ayuda a los partisanos— ocupaba en solitario un apartamento provisto de un gran cuarto de baño. El plan consistía en desmontar la puerta del cuarto de baño y cerrar la abertura con una pared que sería cuidadosamente pintada. Después abrirían un pequeño acceso desde el otro extremo del cuarto de baño que permitiera la entrada a los seis judíos.

Cuando el escondite estuvo listo acudí a visitar a Zalkindson y me presenté. Tras explicarle de qué se trataba, le anuncié que él era una de las seis personas que aprovecharían el escondite.

—Jamás me he escondido en toda mi vida —me respondió sin inmutarse—. Mientras continúe enfrascado en mi trabajo, la muerte es impotente. Y cuando lo termine ya no tendré ningún motivo para estar en este mundo.

Tras pronunciar esas palabras Zalkindson extrajo un arrugado envoltorio de papel que guardaba en un bolsillo de su chaleco.

—Es cianuro de potasio —me dijo. Y añadió tras permanecer unos instantes en silencio—: Si de vera le importo tanto, hágame el favor de llevar estos cuadernos a mi profesor de matemáticas. Quiero que él sea el depositario de mi manuscrito.

Me guardé como pude los gruesos cuadernos de Zalkindson, escritos de cabo a rabo, y los entregué al profesor Rudnitski.

Una semana más tarde el profesor apareció de repente en el patio del Yidisher Visenshaflikher Institut, donde yo realizaba trabajos forzados, y me hizo una señal para que nos apartáramos a un rincón.

—El día en que usted me trajo los manuscritos de Zalkindson quedará para siempre en mi memoria como el más feliz de toda mi vida —me dijo—. Siento un gran orgullo por mi discípulo. Dígale que le mando un fuerte abrazo y que cuando esta guerra acabe y el mundo conozca su trabajo recibirá todos los honores que merece.

El suelo del gueto temblaba una y otra vez. La muerte era una visitante cotidiana. Los jóvenes huían hacia los bosques. Los mayores cavaban escondrijos para buscar el sosiego de la clandestinidad. Pero las paredes de las casas se derrumbaban con frecuencia sepultando bajo montañas de ladrillos a quienes se ocultaban en las «malinas». Un día Kittel rodeó el gueto con

ametralladoras y ordenó disparar sin ton ni son.

El joven Zalkindson fue una de las víctimas que cayeron aquel día.

LA ORGANIZACIÓN DE PARTISANOS UNIDOS (OPU) DEL GUETO DE VILNIUS

Primera proclama

¡No permitiremos que nos sacrifiquen como a ovejas en un matadero!

¡Jóvenes judíos! ¡No os dejéis engañar por quienes intentan sembrar la confusión! De los ochenta mil judíos que vivían en Vilnius apenas veinte mil quedan hoy con vida. Se han llevado a nuestros padres, a nuestros hermanos y hermanas. ¡Y lo han hecho ante nuestros propios ojos! ¿Dónde están los centenares de personas detenidos por la policía metropolitana con la excusa de que iban a ser enviados a trabajar? ¿Dónde están las mujeres y los niños que se llevaron medio desnudos la noche de la primera masacre? ¿Adónde fueron a parar todos los judíos sacados a la fuerza de las sinagogas durante la celebración del Yom Kippur?

Ni una sola de las personas forzadas a salir del gueto regresará jamás, porque todos los caminos que salen de la Gestapo conducen a un único destino: Ponary. Y decir Ponary es decir muerte.

Ponary no es un campo de concentración. Es un lugar de ejecución. Hitler se ha propuesto la aniquilación de todos los judíos de Europa y a nosotros nos correspondió el primer turno en la fila.

¡No permitiremos que nos sacrifiquen como a ovejas en un matadero! Es cierto que somos débiles y no podemos contar con ayuda exterior, pero la única respuesta digna que podemos darle al enemigo tiene un nombre claro: ¡Resistencia!

¡Hermanos! Es preferible morir como combatientes libres que vivir de las migajas de los asesinos. ¡Luchemos hasta el último aliento!

Gueto de Vilnius, 1 de enero de 1942.

Ése fue el texto de la primera proclama que lanzamos. Fue un

rayo que atravesó con su fulgor las penumbras del gueto. La proclama fue leída en la reunión de un grupo de personas que ingresaban a la organización clandestina. Esa misma noche se escuchó el relato de la maestra T. Katz, quien poco antes había conseguido escapar de una fosa común en Ponary. Con varias heridas de bala, Katz escapó a rastras de la zanja en plena noche y, desnuda como estaba, regresó a la ciudad.

Conocida y valorada por todos como una persona seria y honesta, Katz fue traída a la reunión para encender aún más la sed de venganza y la voluntad de lucha de las personas que acababan de ser reclutadas.

Diversos grupos dispuestos a ofrecer resistencia armada florecieron espontáneamente desde los primeros días de existencia del gueto.

Las primeras manifestaciones de resistencia activa se produjeron durante la masacre que tuvo lugar el 21 de diciembre de 1941. Veinte personas se habían refugiado en un sótano de la calle Gospitálnaya. La policía, armada con hachas y ayudada por perros de rastreo, descubrió el escondite y les ordenó salir a la calle. Pero los refugiados se negaron a obedecer la orden, obligando a Schweinberger y sus hombres a irrumpir en el sótano para sacarlos a la fuerza. Dos jóvenes desarmados, Gaus y Goldstein, se abalanzaron contra los fascistas.

La lucha se prolongó durante una hora y acabó con la muerte de las veinte personas que se resistieron. Pero los alemanes tuvieron que pagar caras sus muertes: el enfrentamiento dejó a varios policías gravemente heridos o magullados.

Al día siguiente las paredes del gueto se llenaron de carteles en los que se podía leer: «Gloria eterna a Gaus y Goldstein. ¡Gloria eterna a los caídos!».

El 21 de enero de 1942 se celebró una reunión de representantes de todos los partidos en el desván de un edificio ubicado en la calle Rudnítskaya. Allí se establecieron los fundamentos de la futura organización de la resistencia en el gueto.

Tras discutir los diversos aspectos organizativos, los convocados eligieron a un grupo de líderes para la dirección de la lucha. Ellos fueron el comandante Isaak Vítenberg (conocido por el nombre de guerra de León), Abba Kovner (*Uri*)[65] y Iosif Glazman (*Abram*)[66].

Más tarde otras cuatro personas integraron el cuerpo directivo.

Las principales tareas que se planteó la Organización de Partisanos Unidos (OPU) fueron la preparación de un sistema de resistencia armada en el gueto con el propósito de defender la vida y la dignidad de la población judía que había conseguido escapar a las sucesivas masacres, la puesta en marcha de acciones de subversión y sabotaje en los talleres y empresas alemanas y el establecimiento de contactos con los destacamentos de partisanos que operaban en los bosques.

También se procedió inmediatamente a la fabricación de armas y el reclutamiento de combatientes. Todo joven o muchacha podía convertirse en un combatiente de la OPU después de superar un proceso que permitiera considerarlo confiable.

Los líderes procedieron a diseñar las instrucciones que debían seguir los combatientes. Toda la organización respondía a una estructura de orden militar donde las células primarias de combate eran los «quintetos» formados por cuatro combatientes y un comandante. Cuatro de aquellos grupos de cinco miembros formaban una división, dirigida por un comandante. Toda la organización se dividía en dos batallones.

Los primeros comandantes fueron Edek Boraks (quien más tarde se ocupó de la organización de un grupo de partisanos en Bialystok, donde cayó en combate)[67] e Isaak Matskévich (quien perdió la vida cuando dirigía un destacamento de combatientes que buscaba abandonar el perímetros del gueto). A. Kovner e I. Glazman mandaban los dos batallones.

Aparte de contar con esas células de combate primordiales, la organización disponía también de grupos especiales de operadores de lanzagranadas o ametralladoras, saboteadores, zapadores y especialistas en labores de inteligencia. El reglamento puesto en conocimiento de los combatientes establecía el orden de concentración de las tres unidades en caso de alarma de combate, las tácticas de lucha contra la Gestapo, las tácticas de lucha callejera dentro del gueto.

La contraseña «¡Liza te llama!» era la señal que llamaba a la acción generalizada (Liza era el nombre de una miembro de la resistencia caída heroicamente en combate). Al escuchar esa contraseña todos los combatientes tenían que dirigirse con rapidez a

los sitios previamente señalados llevando consigo a parte de la población. A los combatientes se les repartieron triángulos de hojalata de color rojo que sirvieran para su identificación.

Las armas

En el invierno de 1942 se produjo el aterrizaje de un grupo de paracaidistas soviéticos en los bosques de los alrededores de Vilnius. Vítenberg estableció rápida comunicación con ellos. Así se consiguió que la organización de comunistas y partisanos que actuaba en el interior del gueto se convirtiera en una parte del movimiento general partisano de Lituania. Borís Shereshnevski fue nombrado primer secretario de los comunistas de Vilnius.

Por su parte, Borís Goldstein fue el responsable de aportar el primer revólver con que contó la organización de partisanos del gueto a finales de enero de 1942, cuando el joven fue enviado a realizar trabajos forzados en el polvorín de Burbishki. Allí fue asignado a una columna de ochenta personas. Bajo la más estrecha vigilancia de los hombres de las SS, Goldstein y sus compañeros manipulaban diversos pertrechos militares y cargaban vagones destinados a las tropas alemanas. Cada mediodía les concedían media hora de descanso que los hombres aprovechaban para cruzar subrepticiamente la cerca de alambre de espino y comprar alimentos a los campesinos que después llevaban al gueto en secreto. Goldstein tenía otro objetivo: robar armas y munición. Recurrió a un hábil truco: se vendó el brazo izquierdo con un trapo y acudió a trabajar de esa guisa durante dos días seguidos hasta familiarizar a los guardianes que vigilaban la puerta de acceso al gueto y los SS de Burbishki con la supuesta lesión que padecía. Al tercer día Goldstein escondió un revólver que había robado del depósito debajo del vendaje que protegía su brazo «inflamado» por la infección.

Aquella noche un notable agente de la Gestapo a quien los judíos habían bautizado como El Maestro estaba encargado de los registros a la entrada del gueto. El Maestro abordó a Goldstein y comenzó a cachearlo, pero en cuanto rozó el brazo «inflamado», el muchacho pegó tal grito de dolor que lo dejaron seguir sin más.

A partir de entonces fue raro el día en que Goldstein no se trajera alguna arma al gueto. Un día se lo ve llegar cojeando. Sus

camaradas lo esperan nerviosos del otro lado de la puerta, ya en el interior del gueto. Los soldados de las tropas de asalto se encargan hoy de la seguridad del gueto. Hacen su trabajo con un celo extraordinario. Goldstein es el noveno en la fila. El suyo es el segundo grupo. Del primero, que acabó de pasar entre la estrecha formación de fustas, fue arrestada la mitad. Algunos escondían patatas; otros intentaban pasar trozos de pan. Las mujeres que eran descubiertas escondiendo alimentos eran obligadas a desnudarse ante toda la concurrencia y azotadas sin piedad. La fila avanza. A Goldstein ahora apenas lo preceden dos personas. Si le encuentran el arma que lleva, habrá cientos de víctimas. Goldstein lo sabe. Pero la suerte le sonríe una vez más: detienen a alguien que escondía una «compresa» de harina. Aprovechándose de esa circunstancia, Goldstein avanza rápidamente y se cuela en el interior del gueto.

El arsenal de la OPU se enriqueció un buen día con la mitad de una ametralladora pesada. Al día siguiente Goldstein se apareció con la mitad que faltaba. En muy poco tiempo los miembros de la organización clandestina consiguieron sacar de los arsenales alemanes —con grave riesgo para sus vidas— cinco ametralladoras, cincuenta granadas, treinta revólveres, varios fusiles y bastante munición.

Atravesar las puertas severamente custodiadas del gueto con todo aquel pequeño arsenal entrañaba un grave riesgo para quienes se ocupaban personalmente de ello, pero también para todos los habitantes del gueto. Por ello se requería recurrir a los más elaborados ardides disimular concienzudamente las armas. A veces se las traía en los dobles fondos habilitados en las cajas de herramientas, en ataúdes destinados a algún enterramiento, *etc.*

En el mes de mayo de 1942 Samuil Kaplinski, un técnico que se desempeñaba como comandante de una de las divisiones de la organización clandestina, y otro combatiente de la OPU se disfrazaron con los monos de trabajo utilizados por los empleados del servicio de alcantarillado y consiguió hacerse con las barreras de color rojo utilizadas para bloquear las calles en las que se realizaban trabajos de mantenimiento de la red. Unos instantes más tarde colocaron las señales frente a la puerta del gueto y cortaron el tráfico para levantar la tapa de uno de los pozos y dejar caer dos cajas llenas de armas. Aquella misma noche varios camaradas

nuestros llegaron hasta allí avanzando por los túneles del subsuelo y se llevaron las armas en una carretilla.

Las granadas que conseguimos llevar al gueto carecían de las cápsulas que las hacían explosionar. Kaplisnki puso en marcha en uno de los talleres del gueto la fabricación de cápsulas que en nada cedían a las originales. Ya en septiembre de 1943 las granadas pudieron ser utilizadas contra los alemanes con gran éxito.

En ocasiones se daba la posibilidad de sobornar a los guardias apostados en las puertas del gueto. A cambio de diez mil rublos permitían a veces entrar al gueto sacos de patatas o sal para alimentar a la famélica población. Así los hermanos Gordon consiguieron entrar al gueto un saco de pólvora que hicieron pasar por sal. Esa pólvora resultó de gran utilidad en las acciones de sabotaje realizadas más tarde. También fueron fabricadas ochocientas granadas a partir de lámparas incandescentes rellenas de una solución explosiva que se pudo introducir clandestinamente en el gueto.

El combatiente del primer batallón I. Pilovski demostró un valor y una astucia especiales en las tareas destinadas a la consecución de armas. Pilovski solía comprar revólveres a un zapatero de la calle Lipuvka a quien conocía de antaño. En una ocasión en que acababa de asegurar a su cuerpo las armas que acababa de comprar y se disponía a abandonar la casa del zapatero, la Gestapo llegó de improviso con el propósito de practicar un registro. Haciendo gala de una extraordinaria sangre fría, Pilovski desmontó una de las ventanas y escapó por allí con las armas.

Los miembros del movimiento partisano no sólo se veían obligados a esconder sus actividades de los alemanes. También debían cuidarse de revelar sus intenciones a sus compañeros de infortunio. Las masas no debían conocer la existencia de la red clandestina hasta el momento propicio. Todos los traslados de armas tenían lugar en las noches, cuando el gueto dormía.

El arsenal de la OPU se hallaba disperso en sótanos, bodegas y zulos. Los revólveres estaban escondidos en cubos a los que se había añadido un doble fondo. Muchos de esos cubos estaban expuestos a la vista de todos en la cocina del comedor «popular» ubicado en el número n de la calle Strashun.

En las amplias bodegas bajo el número 3 de la calle

Karmelítskaya, el 31 de la calle Nemiétskaya y en la biblioteca de la Sociedad para la promoción de las ideas ilustradas tenía lugar la preparación militar de los combatientes de la OPU. Sus instructores eran miembros de la organización que se habían entrenado previamente con ahínco y jamás cesaban de mejorar su propia preparación combativa.

Aun cuando antes no había recibido instrucción militar alguna, I. Vítenberg se convirtió muy pronto en un avezado especialista en técnicas de combate, perito en la utilización de las armas. Él se encargaba de impartir a los comandantes las charlas sobre la táctica militar óptima en las condiciones del gueto.

No todos los combatientes de la OPU eran judíos.

Irena Adamovich, una polaca que dominaba el yiddish, se ocupó durante largos meses del acarreo de armas destinadas al gueto de Varsovia. En marzo de 1942 Irena pasó dos semanas en el gueto de Vilnius, donde nos prestó una ayuda inapreciable. La dirección de la OPU la envió más tarde a Kaunas y Siailiau para establecer grupos de resistencia en esas dos ciudades.

Yadzia Dudzets, otra polaca afín a los círculos democráticos de ese país, pasó largo tiempo en el gueto ocupada en la fabricación de documentos falsos polacos y lituanos para los activistas de la OPU. También escondió judíos en el apartamento que tenía en las afueras de la ciudad. Más adelante, cuando nuestra organización comenzó a operar en los bosques, el apartamento se convirtió en un importante punto de encuentro para los partisanos.

Un camarada ruso a quien conocíamos por el mote de Vania también pasó una larga temporada en el gueto, donde tomó parte activa en las tareas de la organización clandestina. Vania ingresó en la célula del partido clandestina y actuó como enlace entre el cuartel general de los partisanos que peleaban en los bosques y la organización del partido que operaba en la ciudad.

Janek era un muchacho de dieciséis años que vivía en Vilnius. Había nacido en la calle Yatkóvaya y el yiddish era *[prácticamente]* su lengua natal. Cuando estalló la guerra Janek huyó al este en busca de la retaguardia de las líneas soviéticas. El estallido de un obús lo hirió cuando se encontraba en los alrededores de Minsk. Otros dos de sus compañeros de viaje resultaron heridos aquel mismo día. A la vista de la imposibilidad de continuar viaje, los tres

decidieron regresar a Vilnius, donde encontraron cobijo en el gueto no sin antes coser a sus ropas las estrellas de color amarillo que los hacían pasar por judíos.

Janek fue capturado durante una de las redadas que los alemanes practicaban en el gueto noche tras noche. Cuando lo llevaban a Ponary, junto a otros cientos de judíos, el muchacho consiguió escapar. Janek pasó todo un mes escondido en un apartamento de Vilnius, pero la incertidumbre acerca de la suerte de sus amigos no le daba sosiego. ¿Estarían vivos? Y si lo estaban, seguramente se preguntarían por él y lo estarían buscando, se decía. Janek volvió al gueto y allí encontró a uno solo de sus amigos. A Z. Tiktín. Se fueron a vivir juntos y ambos se convirtieron en activos miembros de la organización clandestina.

Una de las principales tareas de la OPU era la captación de las emisiones de la radio soviética. Saber qué ocurría en la patria y en el frente de batalla era importante. Con ese propósito instalamos un receptor de radio clandestino en el número 3 de la calle Karmelítskaya. Ello nos permitía mecanografiar las noticias, reproducirlas y repartirlas impresas en un boletín que llegaba a los miembros de la organización y a la población en general.

Corría el invierno de 1942. El invierno que conoció la gran ofensiva soviética. Las noticias que publicaba nuestro boletín encendían los ánimos de los partisanos, les insuflaban valor y fe en la victoria.

Conjuntamente con la puesta en marcha de un receptor de señales de radio trabajamos en la fabricación de un emisor de señales que nos permitiera informar al mundo de las monstruosas atrocidades que cometían contra nosotros los ocupantes alemanes.

El comienzo de la lucha

En el verano de 1942 los alemanes emprendieron una ofensiva en toda regla contra el frente oriental. Del ramal de las vías de ferrocarril que partía de Burbishki salían sin cesar los convoyes cargados de tanques fascistas. El ingeniero Isaak Ratner construyó un artefacto químico diminuto que, colocado en los depósitos de gasolina de los tanques, los hacía estallar a las ocho horas. Catorce tanques alemanes partieron hacia el frente con tales dispositivos en su interior.

Entretanto, Goldstein, quien llevó al gueto la primera ametralladora, había conseguido trabajo en el almacén militar de Burbishki. Allí consiguió poner fuera de funcionamiento cinco baterías antiaéreas. También quitó los disparadores a noventa ametralladoras enviadas al frente.

En las ocasiones en que los alemanes ordenaban a los judíos hacer explotar proyectiles estropeados durante su almacenamiento o transporte, éstos los escondían en agujeros que cavaban en la tierra y explosionaban proyectiles en buen estado.

En la primavera de 1943 llegó al almacén un reservista alemán que carecía de experiencia. Al percatarse de que el muchacho desconocía el procedimiento para manipular una granada y se estaba haciendo un lío, el ingeniero Ratner instruyó así al despistado: «¡Arrójala hacia allí o te estallará en las manos!». Con todo propósito, Ratner señaló hacia el emplazamiento del depósito secreto de munición. La tremenda explosión destruyó un millón y medio de balas.

T. Gelperin trabajaba en la oficina que procesaba el correo militar de los alemanes. Cada vez que llevaba las sacas de correo a la estación de ferrocarriles, Gelperin destruía por el camino miles de cartas y envíos militares. Cuando encontraba paquetes que contenían alimentos se las apañaba para desviarlos hacia el gueto a favor de sus hambrientos habitantes.

Lev Distel, un magnífico mecánico de diecisiete años que era miembro de la organización clandestina, dominó muy pronto el mecanismo de funcionamiento de las baterías antiaéreas alemanas que eran ensambladas en el almacén donde trabajaba. Entre abril y junio de 1942, consiguió inutilizar cuarenta y tres de aquellos mortíferos artefactos.

En el momento más álgido de la ofensiva alemana del verano de 1942 los convoyes alemanes que pasaban por el nudo ferroviario de Vilnius se contaban por decenas. Fue entonces que Isaak Matskévich consiguió un puesto de obrero ferroviario utilizando documentación falsa que lo identificaba como tártaro. Ello le permitió llevar un minucioso registro de los convoyes militares y hacerlo llegar periódicamente a los partisanos.

El coronel alemán encargado del transporte se devanaba los sesos intentando comprender cómo era que los vagones cisterna

cargados de combustible descarrilaban uno tras otro. Nunca supo que los partisanos habían creado un destacamento de nueve miembros dedicado en exclusiva a esas acciones de sabotaje.

En Bezdani, a cuarenta kilómetros de Vilnius, se alzaba el campo de concentración donde vivían encerrados los hombres y mujeres salidos del gueto de Vilnius. Trabajaban en la extracción de turba en los márgenes de las vías del ferrocarril. Tres miembros de la organización clandestina recluidos en el campo idearon un plan para inutilizar las vías férreas y solicitaron autorización para ejecutarlo. Sus jefes no sólo aprobaron el plan, sino que les enviaron al partisano Girsh Levin a modo de apoyo. El 20 de febrero de 1942 cien metros del tejido ferroviario que unía a Vilnius e Ignalina quedaron fuera de servicio.

Z. Goldberg, quien antes de la guerra fue diseñador en el Instituto técnico judío de Vilnius, fue uno de los partisanos que más se destacaron en la ejecución de acciones de sabotaje. Empleado en los talleres del aeródromo de Porubanek, Goldberg halló el modo de robar piezas fundamentales para el funcionamiento de los aviones y agujerear los depósitos de combustible de cincuenta bombarderos alemanes llevados al aeródromo para recibir mantenimiento.

También procede anotar en el haber de la OPU dos enormes incendios que se produjeron en sendos establecimientos alemanes. En la curtiduría Kaylis los miembros de la OPU convencieron a sus camaradas polacos y lituanos para prender fuego al ala derecha del edificio, que guardaba sesenta mil zamarras listas para ser enviadas al frente. El incendio, que tuvo lugar en enero de 1942, no sólo incineró todas esas piezas de abrigo, sino que además se extendió al ala izquierda de la fábrica y ocasionó severos daños a la maquinaria y los equipos.

En Benzinuvka, un depósito de combustible, un empleado apellidado Fridman consiguió colarse por un instante en la cabina del guardia aprovechando que el vigilante dormitaba. Cuando el guardia se despertó las llamas ya se habían apoderado de la pequeña estructura de madera. El fuego no tardó nada en alcanzar los depósitos de combustible. Treinta de ellos estallaron abrasados por las llamas. Gracias a que el origen del fuego se localizó en la garita del guardia, la Gestapo no sospechó que se tratara de un acto de sabotaje.

La ingente actividad de propaganda de la OPU entre los judíos obligados a realizar trabajos forzados estimuló la comisión de muchas acciones de sabotaje.

Todos los habitantes del gueto, pertenecieran o no a la organización clandestina, consideraban un deber insoslayable hacer daño a los alemanes en la medida de sus posibilidades.

La organización clandestina no se limitaba a obtener armamento por medio del robo en los almacenes alemanes. También lo adquiría en el mercado negro, algo que exigía importantes erogaciones. Para cubrirlas, la organización se propuso recaudar medio millón de rublos en un mes, por medio de arriesgadas operaciones que recayeron en la Cuarta División de Partisanos, comandada por Matskévich. Los combatientes de dicha división acudían a diario a los almacenes del servicio de intendencia alemán para robar fardos chaquetas, sobretodos de piel y ropa interior, que iban a parar a manos de un campesino que se ocupaba de venderlos. Naturalmente, los combatientes encargados de esas operaciones contaban con el apoyo de los trabajadores forzados destinados en el almacén. Por ese medio se consiguió reunir la suma de cuarenta mil rublos.

El impresor Isaak Kovalski propuso un ingenioso plan a la organización. Este consistía en la impresión de tarjetas de racionamiento falsas que permitieran adquirir pan, cuya venta generara fondos para la compra de armas. El plan fue aprobado y un grupo de miembros de la OPU se encargó de la obtención de alimentos con las tarjetas falsificadas. El pan y los alimentos así obtenidos se vendían después en el gueto lo que generó cien mil rublos que fueron a parar a la dirección de la organización clandestina.

David Vidutski robó en una oficina alemana un paquete que contenía treinta y cinco mil rublos y los entregó a la organización.

También se recaudaba dinero entre la población del gueto. La gente donaba gustosamente lo poco que tenía sin preguntar jamás a qué se destinaría el dinero. Muchos donaron joyas que constituían el último recuerdo que les quedaba de sus seres queridos asesinados por los alemanes. Un partisano apellidado Rotkin donó el reloj de pulsera que había pertenecido a su esposa, recientemente asesinada. Acompañó la donación con una frase muy elocuente: «¡La venganza

no tiene precio!». Yo mismo entregué el único objeto que aún me unía a mi madre, vilmente torturada por los fascistas: la alianza matrimonial que me dio la víspera de su muerte.

La recaudación de dinero se llevó a cabo con tal constancia que la organización consiguió recaudar un millón de rublos, el doble de lo previsto.

Los sabotajes

Isaak Vítenberg, comandante de la organización partisana en el gueto, me invitó a visitarlo. Teníamos que hablar sobre la situación de un amigo mío, oficial del Ejército Rojo, que estaba escondido en el gueto y buscaba la manera de establecer contacto con los partisanos que luchaban en los bosques.

Al término de nuestra charla, ya entrada la noche, se nos unieron Abba, miembro de la dirección de la organización, y el experto en armas Boruj.

—Escúchame bien, Boruj —le dijo el comandante—. Sé muy bien que eres un hombre de firmes convicciones y plenamente entregado a nuestra causa. Como sé también que sabes mucho de armas, porque todos los juguetitos que han pasado por tus manos funcionan a la perfección. Pero ahora estamos ante una situación muy seria y quiero que me respondas sin titubear: ¿estás completamente seguro de que la mina que has fabricado explotará al paso del tren? Se trata de nuestra primera acción de sabotaje de estas proporciones. Voy a enviar a nuestros mejores hombres y todos se van a jugar la vida. Si la operación fracasa habrá muchas víctimas y los alemanes someterán el tejido ferroviario a una vigilancia tan estrecha que nos resultará casi imposible intentarlo de nuevo. Te lo pregunto por última vez: ¿estás seguro de que tu mina hará saltar el convoy por los aires?

—¡Absolutamente seguro! —respondió Boruj.

—Si Boruj está tan seguro, entonces yo también lo estoy —terció Abba—. Además, creo que debemos actuar inmediatamente. Nuestros servicios de información nos aseguran que mañana habrá importantes movimientos de carga en las vías del sector de Novo-Vileika. Es una oportunidad que no podemos dejar pasar.

De repente la calle se llenó de gritos. Al abrir la ventana vimos a un grupo de mujeres correr en total desconcierto mientras clamaban

a gritos:

—¡Los pequeños! ¡Nuestros pequeños!

Sus incoherentes gritos no dejaban lugar a dudas: lloraban por sus hijos. Cada día aquellos muchachos eran llevados a realizar trabajos forzados en Novo-Vileika. Aquella tarde no volvieron al gueto. En el camino de vuelta fueron interceptados por Murer, quien ordenó registrarlos a fondo. Escondían unas patatas y un litro de leche. Murer ordenó conducirlos a la cárcel y condenarlos a muerte.

—Ya no hay más que dudar —dijo Vítenberg—. Atacaremos Novo-Vileika, así que ahora…

—Ahora —lo interrumpió Boruj—, quiero que me autorices a tomar parte en la acción, siquiera atendiendo a que fui yo quien fabricó la mina y, por lo tanto, quien mejor conoce su funcionamiento…

Vitka Kempner, quien se encargaba de servirnos de enlace con la organización clandestina del partido llegaba en ese momento. Era una joven alta y de fino talle. Llevaba el cabello cortado muy corto y tenía las abultadas mejillas salpicadas de pecas. Había acudido a informar al comandante de las noticias captadas por el aparato de radio escondido en el gueto.

—Sé muy bien de qué estáis discutiendo —se apresuró a decir—. Me he dado cuenta enseguida, porque anoche no pegué ojo pensando en esta operación. Y os lo voy a decir a las claras: yo voy a tomar parte en esa operación de sabotaje o me dejo de llamar Vitka.

Los camaradas no pudieron evitar sonreír ante manifestación tan rotunda.

—De acuerdo —aceptó Vítenberg—. ¿Quiénes irán contigo?

—Matskévich y Brauze —decidió Abba.

Era una noche de mayo de 1942. Dos jóvenes abandonaron el gueto de Vilnius por una salida secreta y se internaron en la ciudad. Ninguno de los dos llevaba el distintivo amarillo que señalaba a los judíos. Avanzaban con paso firme por la ancha acera. El joven llevaba a su acompañante del brazo, mientras le hablaba en alemán para disipar cualquier sospecha de los transeúntes que se cruzaban.

Tenían que darse prisa. Los relojes marcaban las nueve y media de la noche, cuando el toque de queda comenzaba a las diez.

Dejaron atrás la calle Polotskaya y tomaron por un callejón. Era la ruta que los conducía a la meta.

Ahora tomaron senderos que transcurrían junto a la carretera para evitar ser vistos por algún vehículo que pudiera darles el alto. Se habían citado con Brauze a las once y media bajo el viejo roble que se alzaba a un lado de la fábrica de papel. Brauze había llegado esa mañana con los obreros del gueto de Vilnius que pavimentaban la carretera que conducía a la fábrica. Él era el encargado de llevar la mina a la cita. Ya reunidos, echaron a andar en silencio. Atravesaron un bosquecillo que conducía hasta las vías, a las que Matskévich y Vitka se acercaron a rastras. Brauze quedó algo atrás para cubrir la huida de sus camaradas en caso de que fueran descubiertos. Ayudándose de una pequeña pala, Matskévich cavó un profundo agujero bajo una de las vías. Después colocó piedras en el fondo del agujero, tal como le había instruido Boruj: así se evitaba que la mina se hundiera al paso del convoy. Por último, colocó la mina y la cubrió de arena. Cuando el trabajo estuvo acabado, el comando volvió sobre sus pasos hasta Vileika y vadearon la corriente del río que los separaba de la colina en la que habían decidido apostarse para observar la explosión.

La calma era total. De repente el silencio fue roto por un leve zumbido que subía desde detrás de los árboles.

—¡Es el tren!

Unos instantes más tarde la locomotora que tiraba de una larga ristra de encabritados vagones emergió del bosque. ¿Cuántos vagones formaban el convoy? Diez, veinte, treinta… La enorme distancia que los separaba del tren no impedía que los combatientes escucharan las canciones que cantaban los soldados alemanes. Vitka creyó que el tren ya había superado el lugar donde lo esperaba la mina. Cerró los ojos, negándose a compartir con sus compañeros su mal presentimiento. Imperturbable, Matskévich confiaba en el éxito de la operación. Sus pupilas estaban clavadas en un punto preciso de las vías. Recordaba con total exactitud el emplazamiento de la mina. Y sabía que la locomotora aún no había alcanzado aquel punto. Se aproximaba. Ya faltaba muy poco.

Rieles y traviesas, hombres y hierros saltaron de repente por los aires…

Doce vagones de ferrocarril cargados de armamentos que

esperaban los alemanes en Polotzk quedaron reducidos a chatarra en apenas unos instantes.

Y los responsables de ello fueron tres jóvenes del gueto de Vilnius que se sirvieron de una mina fabricada por Boruj Golstein en un taller clandestino de la calle Karmelítskaya.

Los campesinos enviado por los alemanes a retirar los cadáveres nos dijeron que habían contado más de doscientos alemanes muertos. Esos mismos campesinos se ocuparon de esconder bajo la tierra muchas de las armas —revólveres, ametralladoras, fusiles— que la explosión hizo salir disparadas.

Cuando medio año más tarde escapamos del gueto y comenzamos a luchar en los bosques recordamos todo aquel arsenal que los campesinos de Vilnius habían recogido y fuimos a buscarlo.

Ello nos permitió enfrentarnos a los alemanes y darles muerte con sus propias armas.

Contactos con otras ciudades

En cuanto nuestra organización clandestina demostró ser lo suficientemente fuerte, tomamos la decisión de enviar a personas de confianza a otras ciudades con poblaciones judías significativas para incentivar las acciones de resistencia en ellas. En el gueto de Bialystok vivían hacinados unos cuarenta mil judíos. Medio millón lo hacían en el gueto de Varsovia. Entretanto, los judíos de Bialystok no creían los relatos acerca de las ejecuciones en masa que tenían lugar en Vilnius, mientras que los judíos de Varsovia estaban convencidos de la imposibilidad de liquidar a medio millón de personas.

En agosto de 1942 conseguimos establecer contacto con Antón Schmidt, quien había sido reclutado por el ejército alemán.[68] Tres de nuestros camaradas —Boraks, Kempner y Entin— viajaron en su coche a Bialystok y Varsovia, donde ofrecieron pormenorizados testimonios de la aniquilación que estábamos padeciendo los judíos lituanos.

Boraks nos contaría más tarde, ya de regreso en Vilnius, el escepticismo con que fueron tomados sus relatos en las dos ciudades visitadas. Ello motivó que tomáramos la decisión de convencer a nuestros camaradas por medio de datos concretos y verificables. A ese fin se publicó un llamamiento a todos los judíos que vivían en

las regiones ocupadas por los alemanes, donde se detallaba la aniquilación sistemática de las poblaciones judías de Lituania y Bielorrusia y se anotaban las criminales estadísticas de las masacres de Vilnius, Vileika, Kaunas y Minsk.

«Un mismo destino espera a todos los judíos que viven bajo el yugo de la opresión alemana» —sostenía el documento—. Todos ellos están condenados y deben abandonar cualquier esperanza de salvación que basen en el beneficio que el trabajo esclavo de los habitantes de los guetos pueda representar para los alemanes.

«¡Dondequiera que ha habido judíos sometidos al yugo de Hitler han aparecido mataderos como el de Ponary!

»¡A las armas! ¡La resistencia es nuestra única alternativa!»

Las hermanas Sarra y Ruzhka Zilberg fueron las encargadas de llevar a Bialystok una copia del manifiesto. Allá lo pusieron en conocimiento de los miembros de varios partidos y agrupaciones. El documento sirvió a su propósito y abrió los ojos a mucha gente. Ambas hermanas cayeron en las garras de la Gestapo cuando viajaban de regreso a Vilnius y padecieron horribles tormentos en un campo de exterminio.

La joven maestra J. Grossman viajó poco después a Varsovia con idéntico propósito. Allá contactó a los representantes del PPR (Partido Polaco del Trabajo).

Coincidiendo con ese último viaje se produjo el que E. Boraks realizó a Bialystok. Muy poco después coincidían Boraks y J. Grossman en el gueto de esa ciudad y juntos participaron allí en la creación de un núcleo de resistencia a la ocupación alemana. Más tarde ambos lograron establecer contacto con el destacamento de partisanos que combatía en los bosques que rodeaban la ciudad. Grossman y Boraks participaron activamente en el levantamiento del gueto de Bialystok. Boraks perdió la vida combatiendo; Grossman es una de las pocas sobrevivientes de aquel levantamiento.

A principios de 1942 el doctor Wulff, *Gebietskommissar* de la región de Vilnius, decidió proceder a la aniquilación definitiva de todos los judíos que aún seguían con vida en las áreas rurales bajo su mando. A ese fin, todos los judíos de Solli, Mijalishki, Svir y otras pequeñas poblaciones fueron concentrados en Oshmiani.

En aras de calmar sus ánimos, la Gestapo los proveyó a todos de

autorizaciones para trabajar.

Cuando conocimos los hechos no tuvimos la menor duda de que a todos los judíos concentrados en Oshmiani les esperaba morir masacrados. Inmediatamente enviamos a Liza Magun, una de nuestras partisanas, para que los ayudara a escapar a los bosques.

El gueto de Oshmiani estaba rodeado de policías por todas partes. A pesar de ello, Liza consiguió burlar la vigilancia y penetró en su perímetro. Allí intentó convencer a los reos de que les esperaba una muerte inevitable, que las autorizaciones de trabajo que habían recibido no perseguían otro fin que mantenerlos adormecidos y que su única escapatoria era huir a los bosques junto a los partisanos. Liza consiguió organizar varios grupos armados y abrirles el camino hacia la resistencia.

Al regresar a Vilnius, Liza continúo desempeñando las tareas que le encargaba nuestra organización. Pero un día tuvo que acudir a la comisaría de policía provista de documentación falsa y los agentes de la Gestapo se percataron de la falsificación y la arrestaron.

Liza fue salvajemente torturada en los sótanos de la Gestapo. La marcaron con hierros candentes, pero ni siquiera así la doblegaron. Consiguió enviarnos una nota desde la prisión. Estas son palabras que pudimos leer en ella: «Soy perfectamente consciente de lo que me espera. Y, sin embargo, me cuesta hacerme a la idea de que me llevarán a Ponary. Pero estoy tranquila. Envío un saludo a todos mis camaradas. ¿Se sabe algo de Bialystok?

»¡Sed valientes!

»Liza»

En memoria de esa auténtica heroína sus amigos se hicieron con un revólver que pasó a ingresar los fondos del arsenal de nuestra organización. Cuando se cumplió un mes de su muerte, el partisano Goldstein quiso celebrarlo robando una ametralladora a un soldado alemán. También esa arma se sumó a nuestro arsenal.

Los líderes de nuestra organización convirtieron el nombre de esa valiente joven en nuestro grito de guerra. La contraseña que anunciaba el estado de alarma general en el gueto de Vilnius pasó a ser «¡Liza te llama!».

La imprenta clandestina

El cuartel general de nuestra organización concibió la idea de

procurarse una imprenta clandestina.

Ya en febrero de 1942 se imprimió en un hectógrafo un llamamiento dirigido a toda la población de la ciudad. Éramos conscientes de que la aniquilación de los judíos formaba parte de un plan general de los criminales fascistas que buscaba el exterminio de todos los pueblos de Europa. El documento era un llamado a la lucha sin cuartel.

«¡No permitáis que os lleven como carne al matadero! Si el enemigo se ve obligado a enfrentar la resistencia de todos y cada uno de nosotros le será imposible llevar a cabo su monstruoso plan.

»¡Uníos a las filas de los partisanos!

»¡Golpead al enemigo en todos los frentes! ¡Saboteadlo!

«¡Destruid las carreteras, los medios de transporte y las fábricas del enemigo! ¡No le deis ni un minuto de sosiego!

«¡Muerte a los ocupantes!

«Unión para la lucha contra la ocupación alemana. «Vilnius, febrero de 1942»

El llamamiento fue distribuido por todas las empresas y fábricas de la ciudad. De ellos se ocuparon los muchos judíos obligados a realizar trabajos forzados en ellas. Acosados por las bayonetas alemanas y poniendo en riesgo sus vidas a cada instante, tuvieron el valor de diseminar nuestro mensaje por muchas calles de la ciudad.

Cada mañana eran muchos los niños de entre diez y doce años que marchaban a realizar trabajos forzados. A muchos de ellos les confiábamos importantes misiones. ¡Y había que ver la madurez y la entrega con que aquellos niños las llevaban a cabo! ¡Las manitas de aquellos niños astutos y valientes repartían cientos y cientos de copias de nuestros impresos por toda la ciudad!

Muy poco después del éxito obtenido con el primer impreso salido del primitivo hectógrafo, el impresor I. Kovalski, activo miembro de nuestra organización, propuso un atrevido proyecto: establecer una tipografía clandestina.

Su propuesta fue aceptada por la dirección de la célula clandestina.

Lo que sigue es el relato del propio Kovalski acerca de la puesta en marcha de su plan:

«Por encargo de los dirigentes de nuestra organización busqué empleo en la imprenta que los alemanes tenían en la ciudad. La

mayoría de los empleados que trabajaban allí me conocían bien, de manera que no me costó lograrlo.

»En cuanto me hube colocado procedí a cumplir la misión que me llevó allí. Acordé con Sonia Madeisker que al mediodía siguiente, aprovechando el descanso que nos concedían para la comida, entregaríamos a un camarada que me esperaría en la puerta todo lo que pudiera sacar de la imprenta. Me habían dado las señas del receptor: un hombre de estatura mediana que llevaría gafas, un abrigo con cuello de astrakán y mostraría un ejemplar del diario polaco *Goniec Codzienny*.

»Mi contacto apareció puntualmente a la hora establecida. Recogió el paquete que le entregué y se marchó sin decir palabra. Esa noche Sonia me comunicó que el paquete había llegado a su destino y que al día siguiente serían dos los camaradas que acudirían a verme, pues así podían cargar con más material. Durante una semana, los dos camaradas repitieron sus visitas y se llevaron los tipos y otros implementos de imprenta que yo les entregaba. Más adelante, para evitar sospechas, siguió viniendo uno solo, el mismo que había acudido a la primera cita. Se trataba, como supe mucho después, del valiente comunista polaco Jan Przewalski.

»Las citas se prolongaron durante un mes. Entretanto, en el número 15 de la calle Zamkóvaya creció una imprenta clandestina provista de todo lo necesario para su puesta en marcha: los tipos, la tinta, el papel y la plancha de impresión. A continuación explicaré cómo conseguí sacar todos esos enseres de la imprenta.

»Al término de la impresión de cada edición de *Goniec Codzienny*, yo tenía acceso a las cajas de tipos sin vigilancia alguna. Así, cuando los manipulaba iba separando todo aquello que nos pudiera resultar de utilidad. El único problema consistía en que lo hacía en presencia de un centenar y medio de personas.

»Los encuentros con Jan se producían a las cuatro y media de la tarde de cada día, es decir, antes de que yo regresara al gueto, pero ya concluida la jornada laboral. En uno de esos encuentros le pedí que acudiera al día siguiente provisto de una maleta grande, pues le tocaría llevarse la plancha de impresión, la manivela, la galera y la volandera. Había separado todas esas piezas en un rincón de la imprenta y necesitaba sacarlas de allí cuanto antes.

»Escondí la plancha de impresión bajo mis pantalones; el resto lo envolví con papeles. Pero algo imprevisto me esperaba a la salida de la imprenta: el director en persona estaba apostado en la puerta. Me preguntó qué llevaba y le respondí con aplomo que había cogido algunos papeles para alimentar la estufa, pues no teníamos leña en el gueto. Por suerte se abstuvo de hurgar entre los papeles y me dejó pasar.

»Salí por fin a la calle. El corazón parecía querer escapar de mi pecho. Jan no había acudido a la cita.

«Entretanto se me hacía tarde. Los judíos teníamos prohibido transitar por la calle después de las seis de la tarde. Tomé la decisión de volver a la imprenta, esconderlo todo y regresar al gueto. Pero las cosas no siempre salen como uno quiere. El director de la imprenta continuaba allí y le resultaría muy sospechoso verme regresar al trabajo a aquellas horas.

«Cargado con las piezas de plomo y hierro eché a andar hacia el gueto sin saber que me esperaba una catástrofe: el cinturón que sujetaba la plancha de impresión contra mi vientre se rompió de repente y ahora me tocaba sujetarla con la mano por debajo del abrigo.

«Más tarde supe que Jan había faltado a la cita porque no había podido librarse de la cola que tuvo todo el día pegada a sus talones.

«En cuanto hube suministrado a la imprenta de la ciudad todo lo necesario para su puesta en marcha, me dediqué a la creación de una segunda imprenta en el gueto…»

Ambas imprentas sirvieron para publicar periódicos clandestinos, carteles y folletos en lengua lituana, polaca y alemana. En lengua polaca publicábamos el periódico *Sztandar Wolnosci* en cuyas páginas aparecían artículos de los miembros de nuestra organización. Más tarde sus páginas acogieron también los trabajos de muchos escritores polacos.

La amistad fraternal

Ya desde los primeros días de terror, cuando los alemanes advirtieron que toda relación con judíos sería castigada con la mayor severidad, fueron muchos los judíos que encontraron cobijo en las casas de sus vecinos cristianos. Los periódicos fascistas advertían sin cesar a los campesinos: «No esperéis compasión si os

atrevéis a vender alimentos a los judíos». Y sin embargo los campesinos pasaban a propósito en sus carretas por las más recónditas callejuelas para vender alimentos a los judíos.

Yo mismo permanecí largo tiempo escondido en casa de la campesina lituana Janova Bartoshevich, cuya vida corrió un grave riesgo por ello. Aquella bondadosa mujer llegó a quererme como a un hijo.

Un día me dijo que había visto a tres alemanes arrastrando a un anciano hasta una horca instalada en la plaza de la Catedral. Lo colgaron a la vista de todos con un cartel de color blanco colgado sobre su pecho en el que se leía: «Ahorcado por dar cobijo a judíos».

—A mí no me van a asustar con esas cosas —me aseguró Janova —. Ellos y sus leyes me traen sin cuidado.

Más tarde enfermé y Janova me obligó a salir del sótano donde me ocultaba y subir a su casa. Me hizo tumbarme en una cama al fondo de la casa y llamó a un médico. Me presentó como un hijo suyo que acababa de escapar de un campo de prisioneros.

La Nochevieja de 1941 el marido de Janova bajó a buscarme al sótano y me pidió que subiera a compartir la mesa con ellos. Había conseguido vodka y algo de comer, pero no podía disfrutar de la velada sabiendo que yo sufría encerrado en mi húmedo escondite.

Tenían un invitado a la mesa, cierto pariente del dueño de la casa que había venido a celebrar la llegada del Año Nuevo desde la pequeña población de Vidukle. Le pedí que me contara cómo andaban las cosas por allá y éste fue su relato: «En Vidukle habitaban unos doscientos judíos. Por muchos años habían vivido en familia con los lituanos. Los alemanes los encerraron a todos en la sinagoga en cuanto llegaron al pueblo.

»Ionas, el sacerdote de Vidukle, decidió salvar siquiera a los hijos de aquellos pobres judíos y se llevó a treinta niños de la sinagoga para darles refugio en su iglesia.

»A la mañana siguiente un comisario alemán apellidado Dietrich prendió fuego a la sinagoga con un mazo de paja ardiendo.

»Es imposible transmitir con palabras los gritos y ruegos de aquella gente que estaba siendo quemada viva. Incapaces de soportarlos, dos campesinos del pueblo perdieron la razón. Otro estalló e increpó a los alemanes: ””, les gritó. Seguidamente le pegaron dos tiros y lo arrojaron a las llamas.

»Un informante se fue a Dietrich con el soplo de que había niños judíos escondidos en la iglesia y fue a buscarlos. El sacerdote se paró en la puerta de su templo cortando el paso a los asesinos. “Si queréis matar a estos niños, tendréis que matarme a mí también”, los retó. Lo mataron de un disparo en la cabeza. Después los alemanes se abalanzaron sobre los niños y estrellaron sus cabecitas contra las paredes de la iglesia».

Fueron muchos los polacos y los lituanos que dieron cobijo a judíos en sus casas. Entre ellos es menester mencionar a Janova Bartoshevich, María Abramóvich y Viktoria Bzhiliévskaya. La casa de esta última en Pogulianka sirvió de refugio a decenas de personas perseguidas. La periodista Shimaite organizó un grupo que se dedicaba a salvar judíos que escondían por toda la ciudad. María Fedétskaya salvó al doctor Sedlis y a su familia, al doctor Kamay y a la hija de éste, así como a varias decenas de judíos a quienes facilitó documentos polacos y los dispersó por pueblos y aldeas donde tenía conocidos dispuestos a ayudar. El profesor Stakaukas escondió a dieciséis judíos y así les salvó la vida. Entre ellos estaban el doctor Libo, los familiares de éste y el pintor Samek Bak, de apenas nueve años. El profesor Chezhevski salvó la vida de su colega el profesor Fesel, así como las de su mujer y el pequeño hijo de ambos. A él se debe también la salvación de la maestra Zlata Kacherguínskaya.

Las leyes impuestas por los ocupantes alemanes establecían que todo matrimonio en el que uno de los miembros fuera judío o tuviera ascendencia judía siquiera de tercera generación debía ser disuelto de manera inapelable. El miembro judío del matrimonio en cuestión debía marchar inmediatamente al gueto, mientras el otro permanecía en la ciudad. Los hijos de los matrimonios mixtos eran considerados judíos, aun cuando sólo el padre lo fuera. Por consiguiente, también ellos estaban obligados a vivir en el gueto.

El polaco Aksen, doctor en medicina, estaba casado con una mujer judía. La Gestapo la detuvo y la envió al gueto acompañada de los tres hijos del matrimonio. Aksen marchó al gueto siguiendo los pasos de los suyos. Allí aprendió yiddish y compartió el destino de los judíos.

Un cosaco del Don, cuya mujer era judía, también fue a vivir en el gueto por propia voluntad.

La anciana Stasia, criada de la familia Lipkovich, se fue a vivir en el gueto para continuar sirviendo a su señora. Cuando los alemanes asesinaron a la señora Lipkovich, Stasia hizo las veces de madre a los huérfanos.

Cuando conducían a fusilar a Ruzhinski, un cantante que había sido antes oficial del ejército polaco, un transeúnte lo reconoció. El transeúnte había servido en el regimiento mandado por el hombre al que ahora llevaban a la muerte e intercedió por él ante su verdugo. El policía se dejó convencer a cambio de un reloj de oro, pero le dijo que tenía que simular el fusilamiento, pues desde las ventanas de la oficina de la Gestapo se divisaba el lugar de las ejecuciones y podían percatarse de que la ejecución no era llevada a cabo. Prometió llevar al arrestado hasta el borde de la zanja y disparar unos centímetros por encima de su cabeza. A su vez, Ruzhinski se dejaría caer y permanecería en la zanja hasta que anocheciera. Entonces podría salir de ella sin ser visto.

Esa noche el soldado acudió a la fosa a buscar al oficial «fusilado». Lo llevó a su casa para esconderlo allí. Cuando Ruzhinski salió de la zanja su cabello era totalmente blanco. Había encanecido en unas pocas horas.

Ruzhinski vivió en la casa del soldado que le había salvado la vida hasta que las redadas se hicieron habituales en aquella zona. Entonces consiguió regresar a Vilnius superando muchas dificultades y penetró en el gueto. Su mujer, una rusa, se reunió allí con él y tras coser a sus ropas un distintivo amarillo ya no se separó más de él.

En la carretera que une Vilnius y Vileika, muy cerca de la estación de ferrocarriles Vilénskaya Kolonia, se alza un monasterio benedictino rodeado de una cerca de metal. Antes del estallido de la guerra, siete monjas de Cracovia habían establecido allí su residencia.

Fue precisamente a ese monasterio que fue a parar Abba Kovner, uno de los dirigentes de la organización clandestina del gueto, cuando escapó a duras penas de las garras de la muerte.

La Madre Superiora —quien había sido socialista en sus años mozos— le destinó una celda para su uso individual. La historia era muy peculiar. Tras graduarse de la Universidad de Cracovia, cierta tragedia personal la llevó a elegir la vida de clausura. Cuando el

Ejército Rojo se replegó de Vilnius, brindó cobijo en una de las celdas del monasterio a un soldado soviético herido.

Kovner no fue el único activista de la organización clandestina que encontró refugio entre los muros del monasterio. Y, naturalmente, los alemanes solían irrumpir en el sagrado recinto en busca de enemigos. En algunos casos, cuando la situación era verdaderamente crítica, la Madre Superiora disfrazaba de novicias a sus protegidos.

En una ocasión la Madre Superiora acudió al gueto para entregar cuatro granadas a Kovner. Se trataba de unas granadas nuevas, cuyo mecanismo de activación desconocía Kovner, de manera que ella se ocupó de ilustrarlo.

En una ocasión la Madre Superiora hizo una confesión a Kovner:

—Quiero instalarme aquí en el gueto para luchar con vosotros y dejarme en ello la vida si fuera preciso —le dijo. Y añadió—: Vuestra lucha tiene una gran significación: es sagrada. Sé que sois marxistas y dais la espalda a la religión, pero yo creo que todos tenemos un mismo Dios, un gran Dios. ¡Dios os bendiga!

Cuando supo que habíamos creado un destacamento de combate, se apareció de repente ante la puerta del gueto e intentó entrar. Pero los policías que guardaban el recinto supieron que no era judía y se lo impidieron. Fue una suerte que se librara del arresto.

El apoyo a los prisioneros de guerra soviéticos y sus familiares

Vilnius contaba con dos grandes campos de concentración para los prisioneros de guerra del Ejército Rojo y los familiares de los oficiales soviéticos. Estaban instalados en las «casuchas» de la calle Suboch y en la prisión de Antokol. Los judíos que trabajaban en las inmediaciones de ambos establecimientos penitenciarios hacían todo lo que estaba en su mano por prestarle ayuda, aun cuando sabían que cualquier contacto con un prisionero de guerra se castigaba con el fusilamiento.

Unos meses después de haber ocupado Vilnius y ahítos ya de sangre judía, los alemanes procedieron a la aniquilación de los prisioneros de guerra. Hay que decir, por cierto, que no los trataban mejor que a los judíos.

Los prisioneros de guerra del Ejército Rojo solían ser enviados a

trabajos forzados que realizaban en los talleres alemanes. Muchos de ellos aprovechaban esa circunstancia para ensayar tentativas de fuga. Los comandantes de la organización clandestina formaron un grupo especial al que confiaron la tarea de suministrarles documentos y ropa a los fugados, además de guiarlos hacia los destacamentos de partisanos que combatían en los bosques cercanos.

Unos mil judíos vivían en las «casuchas» de la calle Suboch antes de la guerra. Unos días antes de la instalación del gueto, los alemanes se presentaron de repente en esos dos edificios y asesinaron a todos sus vecinos. No quedaron vacíos mucho tiempo. Muy pronto los ocuparon los hijos y las esposas de los soldados y oficiales soviéticos que luchaban en el frente de batalla.

El campo era sometido a una estrecha vigilancia. Estaba terminantemente prohibido entrar al recinto o salir de él. Y aun así hubo una hermosa canción, compuesta en el propio campo, que consiguió escapar como un pajarillo y voló hasta el gueto, donde se solían escuchar algunas de sus estrofas.

La escuché por primera vez en enero de 1942. Una temporada dominada por heladas terribles, cuando los hitlerianos conocieron sus primeras derrotas en Moscú. Los judíos que trabajaban en las vías férreas volvían cada tarde cargados de buenas noticias. A saber el número de vagones llenos de «manzanas» —es decir, cadáveres helados de alemanes— llegadas del frente que habían visto pasar.

En Vilnius, como en toda Lituania, los alemanes anunciaron una requisa destinada a proveer a sus tropas de diversos bienes. Todos los vecinos de la ciudad estaban obligados a entregar ropa de abrigo, zapatos, botas de fieltro, chaquetas de piel de cordero, abrigos de pieles y mantas en la oficina del *Kommissariat*. El anuncio avisaba de que todos los ciudadanos que acudieran voluntariamente a entregar los bienes requeridos recibirían un certificado con la firma del *Oberkommissar* Renteln, donde se haría constar que habían cumplido a cabalidad su deber ciudadano. También anunciaron la requisa en el gueto. No obstante, ni siquiera la promesa de otorgar los certificados firmados por Renteln sirvió de nada. Las donaciones voluntarias brillaron por su ausencia. Entonces los alemanes se vieron obligados a implementar medidas radicales. A saber, procedieron a detener a los transeúntes en plena calle, despojarlos

de sus abrigos y ropas a la vista de todos y enviarlos a casa desnudos. También se produjeron registros masivos en las casas. Los alemanes arramblaban con todo lo que les apetecía.

Los judíos del gueto eran los encargados de seleccionar, empacar y trasladar los bienes incautados a la población. También a mí me tocó realizar esas labores.

Un día viajábamos en un camión lleno de abrigos y botas de fieltro, cuando escuché al camarada que viajaba conmigo tararear una canción rusa. Trabamos conversación y me dijo que las mujeres y los niños encerrados en las «casuchas» se estaban muriendo de frío e inanición.

—¿Cómo sabes tú eso? —le preguntó un tercer hombre que iba con nosotros.

—Estuve hace poco con ellos: por eso lo sé —le respondió el primero—. Atravesé la cerca de alambre de espino y hasta pasé la noche allí.

Cuando el camión se detuvo en Poplavi, junto a las cámaras de desinfección a las que teníamos que llevar todo lo que robaban los alemanes, se nos ocurrió una idea: haríamos llegar una parte de las cosas incautadas por los alemanes a aquellos pobres niños y mujeres.

Propuse un plan para conseguirlo y lo llevamos a cabo. Cada día eran muchos los niños que se arrastraban bajo el alambre de espino e iban a pedir limosna a las casas vecinas. Localicé a uno de esos rapaces descalzos y le dije: «Quiero que mañana vuelvas a escapar y te traigas contigo a muchos niños más. Nuestro camión pasará a la caída de la tarde y os arrojaremos cosas que podréis llevaros a casa».

Cuando llegamos a la altura de las «casuchas» al día siguiente nos esperaba una nutrida concentración de chiquillos. Les arrojamos una buena cantidad de chaquetas de piel, ropa interior, botas de fieltro, bufandas, jerséis, zapatos y una bolsa llena de alimentos que habíamos obtenido de un campesino a cambio de un abrigo de astrakán. El alemán que iba sentado a la derecha del conductor no se percató de nada. El conductor sí conocía nuestro plan y aprovechándose de que los alemanes no conocían la intrincada trama urbana de Vilnius, había dado varias vueltas por la ciudad hasta llegar a la calle Suboch, donde disminuyó la marcha para

permitirnos llevar a cabo nuestro plan.

Los chicuelos recogieron los paquetes deprisa y los enterraron en la nieve para volver a buscarlos en la noche.

Repetimos la operación durante todos los días de esa semana. Los prisioneros de aquel campo de concentración se sintieron revivir.

Más tarde recibimos una carta donde nos manifestaban su agradecimiento:

«Jamás olvidaremos lo que habéis hecho. Y llegará el día cuando podremos contar a todos nuestros compatriotas que en 1942 los judíos de Vilnius, esclavizados por los alemanes y sometidos a los más crueles tormentos, no olvidaron su deber de hombres soviéticos. Diremos que en aquellos días terribles, cuando cualquier intento de comunicarse con personas no judías se castigaba con la muerte, ellos arriesgaron sus vidas para salvar del hambre y el frío a quienes también estaban siendo víctimas del bárbaro régimen establecido por los fascistas».

Nuestra celebración del 1 de mayo de 1943

La reunión fue convocada en secreto en el café ubicado en el número 6 de la calle Shavélskaya. Acudieron miembros de nuestra organización clandestina y muchos jóvenes y niños. Todos vestían camisas o blusas de color blanco a las que habían sujetado cintas rojas. El local fue adornado con flores y brotes verdes que trajeron al gueto los jóvenes que salían a hacer trabajos forzados escondiéndolos para pasar desapercibidos a los alemanes que los cacheaban en las puertas del gueto. El aroma que desprendían aquellos brotes trajo el olor a libertad que tanto añoraban las víctimas del gueto.

Uno de los partisanos se ocupó de inaugurar la sesión. Lo hizo invitándonos a ponernos de pie para así dotar de un tono solemne a una celebración que no podría ser demasiado larga. El orador nos llamó a honrar la memoria de las víctimas del levantamiento del gueto de Varsovia, iniciado el 19 de abril. «En estos días en que celebramos el 1 de mayo —dijo—, nuestros hermanos combaten a los alemanes en una ciudad regada de sangre e inflamada por el fuego. Muy pronto también nosotros tendremos ocasión de empuñar las armas y marchar al combate. Varsovia nos servirá de ejemplo en

la lucha contra los fascistas».

Después se dio lectura al último boletín de noticias captadas por la radio clandestina del gueto, cantamos canciones revolucionarias y el violinista Rabinovich nos deleitó con varias piezas. A modo de conclusión, recité el poema «¡A las armas!».

La escritora lituana Shimaite estuvo presente en la celebración. Había entrado al gueto con el solo propósito de acudir a la velada por el 1 de mayo.

Al término de la celebración un pequeño grupo de camaradas nos reunimos en el apartamento de Vítenberg. Nos puso al día sobre las posiciones del Ejército Rojo y se mostró convencido de que el Ejército Rojo estaría muy pronto a las puertas de Vilnius. «Cuando eso ocurra —nos dijo—, forzaremos los muros que rodean el gueto y haremos que la gente se levante en armas. Así podremos tomar la guarnición alemana y facilitar la ofensiva de nuestros camaradas».

Isaak Vítenberg

Isaak Vítenberg fue el organizador e inspirador de la organización clandestina del gueto, a la vez que su líder y comandante. Hijo de un obrero, Vítenberg nació en Vilnius en 1907. Tras graduarse de la Escuela popular judía, estudió artesanía. En aras de completar su educación, desde muy niño solía leer mucho en las noches. Su curiosidad intelectual abarcaba los campos más disímiles.

Aún muy joven, Vítenberg tomó parte en las luchas sindicales e ingresó en el Partido Comunista polaco. Gozaba de gran popularidad entre los obreros. En 1936 lo eligieron para integrar el consejo de los sindicatos lituanos.

Cuando en 1940 se constituyó la República socialista de Lituania Vítenberg fue nombrado secretario del sindicato de los peleteros. La guerra lo atrapó en la ciudad, sin darle tiempo a evacuarla.

Entonces comenzaron tiempos difíciles para él. En tanto dirigente comunista, los alemanes se pusieron a buscarlo. Vítenberg no obedeció la orden de trabajar para los alemanes. Ello hizo que su situación se tornara aún más compleja. Oculto en las callejuelas del gueto, lo dominaba una sola idea: organizar un sistema de resistencia armada a los ocupantes. La inteligencia de Vítenberg

corría pareja con su arrojo. Sabía dar respuesta a cualquier cuestión que surgiera, y bajo una ocupación tan salvaje las decisiones que enfrentábamos eran de veras dramáticas, con serenidad y sangre fría ejemplares.

Un comandante que le era muy cercano me dijo un día: «Isaak es una de las personas más sinceras con las que me he tropezado en la vida. Lo que más me impresiona de él es su capacidad para analizar la realidad en los términos más simples a la vez que inteligentes».

Vítenberg defendía la opinión, compartida por el resto de dirigentes de nuestra organización, de que la organización estaba llamada a defender a los habitantes del gueto dentro del propio gueto. «Si nos marchamos de aquí —solía decir—, condenaremos a muerte a toda esta gente».

Cuando se hizo acuciante la cuestión de si debíamos sumar nuestras fuerzas a los partisanos que luchaban en los bosques, declaró:

—Cuando tengamos la certeza de que los alemanes se disponen a aniquilarnos a todos en el gueto, haremos un llamamiento general a la lucha y tomaremos juntos el camino de los bosques.

Vítenberg diseñó un plan de salida de la ciudad que presuponía la quema de buena parte de las instalaciones alemanas. Dicho plan permaneció en vigor hasta los sucesos del 16 de julio de 1943.

El 9 de julio de 1943 fueron arrestados varios miembros del Comité del partido de la ciudad. Kittel se apareció en el gueto al día siguiente a exigir la entrega de Vítenberg. Ya sabía que Vítenberg era el máximo jefe de una tropa de más de quinientos judíos armados.

A modo de demostración de que apenas buscaba a Vítenberg para someterlo a un interrogatorio de rutina, Kittel arrestó a cierto Averbuj y lo dejó marchar en cuanto lo hubo interrogado. «Vítenberg debería acudir a una breve charla conmigo —declaró seguidamente Kittel—, y podrá volver tranquilamente a su casa en cuanto lo hayamos interrogado».

El 15 de julio de 1943 la policía irrumpió en medio de una reunión del *Judenrat* a la que había acudido Vítenberg, quien fue arrestado inmediatamente. Con todo, cuando sus captores salían con él del gueto, Vítenberg consiguió escapar ayudado por varios miembros de la OPU. La organización clandestina declaró el estado

de alarma general en todo el gueto.

Al amanecer del 16 de julio el gueto recibió un ultimátum: si Vítenberg no se entregaba antes de las seis de la tarde, los alemanes harían venir bombarderos desde Kaunas y el gueto sería bombardeado y reducido a cenizas. El ultimátum reiteraba la promesa de Kittel de poner en libertad a Vítenberg en cuanto concluyera el interrogatorio al que lo sometería la Gestapo.

Una trágica disputa estalló entonces en el gueto. Algunos sostenían que debíamos rechazar las exigencias de Kittel y proteger a Vítenberg costara lo que costase.

Pero la máxima dirección colegiada de la organización clandestina tomó otra decisión. Vítenberg sería entregado a los alemanes para salvar al gueto de la aniquilación.

Vítenberg se despidió de sus camaradas, nombró como sucesor a A. Kovner, uno de los miembros de la dirección, y echó a andar en dirección a la puerta del gueto, donde Kittel esperaba a su víctima para ponerla en manos de la Gestapo.

Max Gross, un investigador especial de la Gestapo que se encargaba de la lucha contra el movimiento partisano, fue el encargado de conducir el interrogatorio.

A la mañana siguiente el cadáver de nuestro comandante apareció tendido en el patio de la Gestapo. Tenía el cabello quemado, le habían sacado los ojos y sus brazos, atados a la espalda, estaban destrozados.

La muerte de Vítenberg tuvo un efecto funesto para toda nuestra organización. La decisión de entregarlo a cambio de la salvación de los veinte mil judíos del gueto había sido un error garrafal.

Aquel 16 de julio debimos responder al ultimátum de Kittel con un súbito levantamiento armado.

«Liza te llama»

La sensación de que el final del gueto estaba próximo se hacía cada vez más acuciante. El 1 de agosto de 1943 los alemanes despidieron de golpe a todos los judíos empleados en ciento cinco fábricas y talleres. Dos mil de ellos fueron enviados al aeródromo de Porubanek y aproximadamente otros tantos a la estación de ferrocarriles. Les habían dicho que ésos serían sus nuevos lugares de trabajo, pero al llegar se encontraron con todo un ejército de

hombres de la Gestapo, quienes los rodearon y obligaron a subir a los vagones del convoy que los esperaba. Los trabajadores intentaron ofrecer resistencia y se enfrentaron a los alemanes. Trescientos de ellos murieron al pie de las vías. El resto fue subido a la fuerza al tren y el 5 de agosto emprendieron viaje hacia los campos de concentración de Estonia. Con todo, algunas decenas consiguieron escapar por el camino. Lo hicieron levantando los tablones del suelo de los vagones y saltando a las vías con el tren en marcha.

Pronto llegó una nueva orden al gueto. Todos los familiares de los trabajadores enviados a los campos de concentración debían prepararse para viajar a reunirse con ellos de manera «voluntaria». Si alguien se negaba a ser trasladado e intentaba esconderse, sus vecinos viajarían en su lugar. Muy pronto fue reunido y enviado a Estonia el segundo contingente de judíos del gueto de Vilnius.

El 1 de septiembre de 1943 Neugebauer declaró la prohibición de abandonar el gueto. Desde entonces todos los trabajos se harían dentro del perímetro cercado. Dieciséis mil personas quedaban desempleadas inmediatamente, pues no había trabajo para ellas en los escasos talleres del gueto. Neugebauer nos informó que seis mil de ellas viajarían a Vaivari y Riga, donde había una gran necesidad de fuerza de trabajo. En aras de conjurar cualquier sospecha, leyó varias cartas de judíos enviados antes a Vaivari en las que éstos describían las excelentes condiciones de trabajo de las que presuntamente gozaban allá.

Los líderes de la OPU no tardaron en movilizar a todos los miembros de la organización clandestina. Se organizaron los batallones y se repartieron ametralladoras, revólveres y granadas. Ya sólo cabía esperar la orden de ataque.

La primera barricada debía quedar instalada en la calle Gospitálnaya, pero antes de que se consiguiera dotarla de alguna resistencia apareció un nutrido destacamento de la policía y detuvo a nuestros hombres.

Tras esa primera derrota, la organización se volcó en la defensa de la calle Strashun, donde se levantó, junto al número 12, otra barricada. Allí los alemanes fueron recibidos a tiros, de manera que se vieron obligados a pedir refuerzos. Al llegar éstos en gran número el fuego que soportó la barricada y todo el edificio fue de

una intensidad extrema. El comandante Sheinboim,[69] quien dirigía el combate desde una ventana, cayó muerto en los brazos de sus camaradas. La partisana Ruzhka Korchak ocupó entonces su puesto.

Al enfrentar una resistencia tan enconada, los alemanes optaron por dinamitar el edificio. Unas cien personas perecieron bajo las ruinas.

Satisfechos del resultado obtenido, a partir de entonces fueron dinamitando todos los edificios desde los que recibían disparos. Mientras se sucedían los combates, los alemanes iban deteniendo a todos los judíos que encontraban escondidos en las «malinas» y enviándolos a la calle Ross, en las afueras de la ciudad, donde ya los esperaban los vehículos que los transportarían a Estonia.

Todos los días los alemanes se llevaban a vecinos del gueto. Un día se llevaban sólo hombres y al otro anunciaban que sólo venían a buscar mujeres. Neugebauer impedía que las mujeres viajaran junto a sus maridos y otros seres queridos. Muchas mujeres se cortaron el cabello y se disfrazaron de hombres. Así tuvieron la «suerte» de marchar a Estonia.

Muchos miembros de la organización clandestina se parapetaron en el número 6 de la calle Strashun, donde tenía su sede la biblioteca Sociedad para el progreso de la Ilustración. Todos ocupaban sus puestos de combate a la espera de la orden de abrir fuego. Pero la Gestapo nunca llegó hasta ellos. El 4 de septiembre, cuando ya habían sido evacuados del gueto ocho mil judíos en unos pocos días, los bandidos alemanes recibieron la orden de retirarse sin demora.

En la noche del 12 de septiembre de 1943 pude salvar las alambradas que rodeaban el gueto en compañía de otros treinta camaradas. Seguí una ruta de escape diseñada previamente que debía conducirme a un caserío conocido como Markuchai. Nuestra guía, Zelda Treger, vivía en la ciudad y se movía por ella sin el distintivo amarillo que llevábamos los judíos. Zelda se ocupaba de mostrarnos los caminos que podían conducirnos hasta los bosques sin tropezar con las patrullas alemanas. Era tan activa como una peonza. Cada dos horas se llegaba por el gueto a darnos las últimas noticias.

A diez kilómetros de la ciudad, cuando atravesábamos unas vías férreas, sufrimos el primer enfrentamiento con el enemigo. Allí

perdimos a un camarada, pero el resto del destacamento pudo atravesar la línea de seguridad alemana e internarse en el bosque…

Unos pocos judíos permanecieron aún unos días más ocultos en las «malinas» del gueto.

Las calles estaban llenas de cadáveres y la Gestapo autorizó a darles sepultura en el cementerio. Nuestros hombres aprovecharon con creces la autorización: guardaron en ataúdes las ametralladoras y las llevaron al cementerio Zaréchenski, donde las enterraron en puntos acordados con antelación.

Kittel se presentó de improviso en el gueto a las nueve de la mañana del 23 de septiembre de 1943 para declarar oficialmente suprimido el perímetro habitado por los judíos. Todos debían estar listos para la evacuación a los campos de concentración de Estonia programada para el mediodía. No había escapatoria, de manera que los pocos supervivientes se prepararon para el viaje. El último grupo de combatientes de la OPU, formado por combatientes que no habían encontrado ocasión de escapar de la ciudad, se vieron de repente en un callejón sin salida. Carecían de ametralladoras que les permitieran abrir una grieta en el cerco alemán. Doscientos combatientes provistos de un escaso número de armas bajaron a los túneles del alcantarillado con la esperanza de escapar de la ciudad y alcanzar el bosque Rudnitski, principal enclave del movimiento partisano.

La vía de acceso a los túneles del alcantarillado estaba escondida en la fábrica ubicada en el número 31 de la calle Nemiétskaya. Debajo de una placa de registro se accedía a un amplio colector del que nadie más que la dirección de nuestra organización, clandestina tenía noticia. Nuestros combatientes bajaron por turnos al colector, guiados por empleados del servicio de alcantarillado que conocían bien la red subterránea. Naturalmente, también ellos formaban parte de las filas de la OPU. Tenían que avanzar de rodillas por aquellas aguas infectas llevando entre los dientes las armas y los documentos. La fuga por aquel infierno subterráneo se prolongó durante cuatro horas. Un sistema aprendido meticulosamente servía para dar las señales de avanzar, detenerse o girar, según estuviera libre o no cada tramo de túnel. Cada vez que los hombres se veían obligados a detener la marcha, el nivel del agua que llenaba los túneles les llegaba hasta el cuello. Más tarde supimos que ello se

debía al gran número de personas que participaban de la operación. Eran tantas que cortaban el flujo continuo de las inmundicias. Una combatiente perdió el rumbo y no sabía qué camino seguir. Volver atrás resultaba difícil y en algunos puntos hasta imposible, porque cuando se andaba contra la corriente las inmundicias podían cubrir por completo a los combatientes. Algunos perdieron el conocimiento; otros, la razón. Uno de ellos se suicidó. Con todo, había que guardar el más estricto silencio porque cualquier ruido podía llegar a la superficie y alertar a los alemanes.

Tras superar el penoso viaje, los combatientes llegaron por fin a la altura del callejón Ignatievski. El patio del edificio marcado con el número 5 de ese callejón, nada menos que la sede de la policía criminal lituana, era el lugar señalado para salir a la superficie. Sonia Madeisker, una camarada que vivía en la ciudad con documentación falsa, y dos policías lituanos con los que manteníamos contactos debían recibirlos. Sucios y calados hasta los huesos, los partisanos salían por una trampilla disimulada en el suelo y tomaban el camino del sótano donde podrían lavarse. Los responsables de la salida los dejaban marchar de dos en dos y les ordenaban dirigirse a un viejo cobertizo en Suboch. Entretanto, la ciudad estaba llena a rebosar de gendarmes y agentes de la Gestapo. Algunos partisanos tuvieron encontronazos con ellos, pero todos se las amañaron para llegar hasta el cementerio, recoger las armas que los esperaban allí escondidas y marchar hacia el bosque Rudnitski formando ya un destacamento de partisanos en toda regla.

Los héroes caídos

Dos importantes miembros de la organización clandestina escaparon del gueto a través de los túneles del alcantarillado: Yankel Kaplan y Abram Jvoynik. Asia Big, encargada de labores de inteligencia, también estuvo entre los fugados.

Una patrulla alemana les dio el alto en la esquina de las calles Bolshaya y Rudnítskaya. Les pidieron mostrar sus documentos de identidad. Los partisanos respondieron empuñando las armas y abriendo fuego. El incidente tuvo lugar cerca de un cine al que se disponían a entrar muchos alemanes. Entre ellos había varios importantes oficiales de la Gestapo. Los disparos salidos del revólver de Kaplan dieron muerte a Max Gross, uno de los más

sangrientos verdugos de la Gestapo y responsable de las actividades de contención del movimiento partisano. Otro alto funcionario de la Gestapo de Kaunas cayó también. Todas las balas disparadas por Kaplan, Jvoynik y Big impactaron en alemanes.

La insaciable sed de venganza que los animaba les impidió guardarse siquiera una bala para sí mismos. Ésa fue la razón de que los tres fueran capturados vivos.

Los condujeron al patio trasero de la sede de la Gestapo, donde Kittel mandó a erigir tres horcas. La primera para el maestro Yankel Kaplan; la segunda para el abogado Abram Jvoynik; la última para Asia Big, una estudiante de veinte años de edad.

Kittel se ocupó personalmente de colgarlos a los tres. Kaplan y Jvoynik a cada lado. Entre ambos pendía el cuerpo sin vida de la joven Big.[70]

Provista de documentos falsos que le permitían pasar por polaca, Sonia Madeisker, una de las más brillantes heroínas de Vilnius, continuó viviendo en la ciudad después de la liquidación del gueto, cuando la organización clandestina ya peleaba en los bosques convertida en un destacamento de partisanos.

Durante los primeros días de la ocupación, cuando la ciudad se vio de repente sobrecogida por la presencia de los alemanes y éstos descargaban su rabia contra los judíos, Sonia fue una de las pocas personas que supo conservar el ánimo. Gracias a ella se reorganizaron las células de la juventud comunista en el gueto y se mantuvieron los contactos sindicales entre los obreros. Sonia fue también una de las colaboradoras más activas de la organización clandestina del partido. A la vez, trabajó en la redacción del periódico ilegal *Sztandar Wolnosci*.

A partir del desastre experimentado por la organización del partido en la ciudad, Sonia se entregó con energía a la puesta en marcha de una red clandestina. Cientos de combatientes de la OPU cuya presencia en Vilnius careció de sentido a partir de la liquidación del gueto consiguieron llegar a los bosques e ingresar en las filas de la brigada de partisanos de Lituania gracias a su dedicación a la causa. La propia Sonia, sin embargo, permaneció en Vilnius desarrollando un trabajo inapreciable.

Aun después del cierre del gueto, los alemanes mantuvieron a unos tres mil judíos en los campos de concentración repartidos por

la ciudad. A uno de esos campos, Kaylis, Sonia se las apañaba para acudir cada domingo hasta organizar varios destacamentos de partisanos a los que proveyó de armas y envió a los bosques con la ayuda de experimentados guías.

Julián Jankauskas, ex director de la fábrica Plakatas, la ayudaba. Así, por ejemplo, escondió a más de un judío en su apartamento y adquirió muchas de las armas que éstos llevaron consigo al marchar a reunirse con los partisanos.

Poco a poco, Julián se fue involucrando cada vez más en las actividades clandestinas. Muchos obreros lituanos se pasaron a las filas de la resistencia gracias a él; también consiguió reclutar a no pocos policías. Julián alteró su apariencia física cuanto pudo. Se dejó crecer una larga barba y se trasladó a vivir con Sonia en un minúsculo apartamento clandestino de la calle Zarechénsakaya. Ambos amaban la vida y la libertad por la que luchaban juntos contra los alemanes.

Unos meses antes de que el Ejército Rojo liberara Vilnius un nutrido destacamento de hombres de la Gestapo rodearon la calle Zarechénskaya y decenas de alemanes asaltaron la casa marcada con el número 3, donde vivían aquellos dos valientes luchadores de la resistencia.

Ya hacía mucho tiempo que la Gestapo había puesto un alto precio a sus cabezas.

Ambos lucharon como fieras y dieron muerte a muchos policías.

Pero Julián acabó cayendo alcanzado por una bala enemiga. Julia se guardó la última bala para sí, aunque por desgracia ésta sólo alcanzó a herirla. La Gestapo la llevó al hospital y esperó a que sanara para arrancarle información que les hubiera sido de mucha utilidad. Cuando se convencieron de la inutilidad de sus afanes la llevaron a los sótanos de la Gestapo y la entregaron a sus más refinados torturadores.

Peleando en los bosques

Los combatientes del gueto escaparon a los bosques. Se concentraron en dos emplazamientos: el lago Naroch y el bosque Rudnitski. La existencia del destacamento Nekomé (Venganza), que peleaba en las inmediaciones del Naroch, como una tropa formada exclusivamente por judíos no duró demasiado, pues sus integrantes

fueron asimilados por diversas unidades de la brigada de partisanos al mando del coronel Markov. El lago Naroch está situado a unos cien kilómetros de Vilnius, una distancia bastante apreciable. Por ello no fue raro que muchos de los integrantes del destacamento Nekomé, ansiosos por pelear más cerca de su ciudad natal, se pasaran a destacamentos lituanos como, por ejemplo, el destacamento Vilnius.

Otros muchos judíos de Vilnius abandonaron las inmediaciones del lago Naroch para pelear en el bosque Rudnitskaya, ubicado a cuarenta kilómetros de su ciudad natal. También los atrajo saber que ya había cuatro destacamentos de partisanos judíos desplegados en el área. Estos destacamentos estaban integrados por antiguos miembros de la OPU que habían escapado del gueto a través de los túneles de la red de alcantarillado y se encontraban al mando del comandante de brigada Jurgis (*Zimanas)*.

Otros dos destacamentos judíos —el Lucha (Borbá) y el Muerte al fascismo (Smiert Fashizmu)— también se fundieron con destacamentos lituanos. A partir de entonces tan sólo quedaron dos destacamentos integrados exclusivamente por combatientes judíos: El vengador (Mstítiel) y Por la victoria (Za pobedu). El comandante del primero era Abba Kovner.

Samuil Kaplinski, quien fuera instructor de los combatientes clandestinos de la OPU, era el comandante del segundo. Samuil consiguió proveer de armas a todos sus hombres ganándose así su cariño y respeto.

Ambos destacamentos contaban con más de dos centenares de miembros. Las operaciones que llevaban a cabo las decidían de manera conjunta.

Tras haberse armado convenientemente durante los primeros tres meses de combates en los bosques, ambos destacamentos desarrollaron una serie de operaciones militares. Así, por ejemplo, descarrilaron tres convoyes alemanes. La primera de esas acciones acabó con el descarrilamiento de doce vagones y la locomotora que los arrastraba. La segunda destruyó completamente seis vagones llenos a rebosar de alemanes. Por último, la operación que llevaron a cabo en la línea férrea que une Vilnius y Orani se saldó con la muerte de doscientos fascistas. A esos mismos partisanos se debió la voladura de tres puentes en Zhagarin y en las cercanías de

Darguchi. También fueron responsables de la explosión sufrida por una fábrica alemana en Olkeniki y ayudaron decisivamente a la destrucción de la guarnición alemana de Koniuji, una localidad fuertemente fortificada.

En cuanto el destacamento El vengador se hubo provisto de una suficiente cantidad de explosivos y ametralladoras dio comienzo lo que denominaron «la Guerra de las vías férreas». En la cuenta personal del partisano Isaak Rudnitski contaban doce convoyes de vía ancha volados por los aires y tres de vía estrecha. Junto a otros cuatro camaradas Rudnitski también tomó parte en la operación con explosivos que puso fuera de servicio la estación eléctrica de Sventsiani. El grupo operativo al que pertenecía llevó cuatro prisioneros alemanes hasta la comandancia de los partisanos y liberó al partisano Semionov, quien había sido capturado por los fascistas.

Vitka Kempner, quien se destacó en Vilnius por su arrojo en las operaciones de sabotaje, tuvo ocasión de superarse en los bosques mostrando todo aquello de lo que era capaz. Cargada con una maleta llena de explosivos, Vitka salvó en una noche de octubre de 1943 los cuarenta kilómetros que la separaban de Vilnius, burló la vigilancia a la entrada de la ciudad e hizo saltar por los aires la estación eléctrica de la ciudad con todos sus potentes transformadores. A la noche siguiente Vitka logró colarse en el campo de concentración Kaylis y condujo a sesenta de sus vecinos hasta una de las bases que los partisanos tenían en el bosque. También a ella se debió la organización de un pelotón de exploradores en el destacamento El vengador. Vitka participó en la acción de sabotaje contra la estación de ferrocarriles de Orani, tomó parte junto a otros cinco camaradas en la quema de una fábrica en Olkeniki, hizo saltar por los aires dos convoyes ferroviarios y destruyó dos puentes. Su extraordinario valor se hizo patente en los combates que tuvieron lugar en los alrededores de Daynava, donde consiguió tomar prisioneros a dos hombres de la Gestapo que se trajo ella misma hasta el cuartel general de los partisanos.

En noviembre de 1943 Vitka Kempner recibió la importante misión de llevar unos documentos al Comité del partido en Vilnius. Una patrulla alemana la interceptó por el camino y la llevó a la Gestapo bajo una fuerte custodia. Aun así, la valiente joven no

perdió el aplomo ni por un instante y escapó en cuanto se le presentó una ocasión propicia.

Otro partisano, Grigori Gurévich, consiguió tender una emboscada a doce alemanes que viajaban en dos vehículos distintos. Encima, la operación le permitió hacerse con trofeos que tenían una enorme importancia para nosotros en aquellos momentos: diez fusiles automáticos y una ametralladora. Esta última se la quedó para sí, aprendió a utilizarla y acabó convirtiéndose en un tirador excepcional. Gurévich no peleaba solo. Lo acompañaba su madre, una mujer de treinta y nueve años. Juntos cumplían las misiones que les encomendaba la jefatura y hacían emboscadas. En una ocasión se cargaron a dieciocho alemanes entre los dos. Otro día fueron rodeados por una nutrida tropa enemiga y se vieron arrastrados a un combate muy desigual. La madre del joven Grisha agotó las setenta y cinco balas que llevaba y alcanzó a arrojar cinco granadas a los fascistas que no dejaban de aproximarse a su posición. Al quedarse sin munición, cayó de repente junto a su hijo. Desesperado por la muerte de su madre, el joven se abalanzó contra el alemán y le destrozó el cráneo a culatazos. Aunque herido, Grisha consiguió escapar del cerco tendido por el enemigo. Cruzó un río a nado y se arrastró durante horas por un pantano hasta caer sin sentido. Un pastor se lo encontró y dio aviso a los partisanos. El oportuno aviso permitió ir a recogerlo y llevarlo de vuelta a la base. En cuanto Grisha estuvo recuperado, empuñó nuevamente su ametralladora y salió a vengar a su madre: hizo saltar por los aires dos convoyes ferroviarios alemanes.

También Jaím Lazar, otro de los miembros más activos de nuestra organización, puso bien alto el honor de los judíos del gueto cuando le tocó pelear en los bosques. Tres oficiales alemanes de un cuerpo motorizado cayeron bajo sus balas en un apretado combate. En aquella ocasión un pequeño destacamento de partisanos supo vencer a un enorme contingente fascista. El 23 de abril de 1944, cuando participaba en una acción de sabotaje contra las líneas férreas, Lazar perdió el brazo derecho al estallarle una mina en las manos.

Encargada de alimentar las relaciones del destacamento partisano con la organización del partido en la ciudad, Zelda Treger superó los controles alemanes en dieciocho ocasiones. Jamás volvía

a la base guerrillera con las manos vacías. Treger se las apañaba para entrar a los campos de concentración y sacar de ellos a los condenados. También nos trajo muchos fusiles a los bosques. En cuatro ocasiones cayó en las garras de nuestros enemigos. En una de ellas sus captores fueron los Polacos Blancos que se dedicaban a cazar partisanos —especialmente judíos— en los bosques que rodeaban la ciudad. La sangre fría que jamás la abandonaba le permitió también en esa ocasión escapar de las garras de la muerte y llevar a buen término la misión que le había sido encomendada.

Dina Roizenwald, una combatiente que nos servía de enlace y hacía labores de inteligencia, y destacaba significativamente en ambas comisiones, destacó también gracias a su entrega a la causa.

¿Y qué decir de Roza (*Ruzhka*) Korchak? Una muchacha tímida y modesta pero siempre dispuesta a proponerse la primera cuando se trataba de llevar a cabo las acciones más arriesgadas en el gueto como en los bosques. ¿Cómo olvidar a Jonon Maguid, jefe del pelotón de exploradores del destacamento *El vengador*, quien siempre conocía cada movimiento del enemigo? ¿Acaso podría olvidar alguien a Niusia Lubótskaya, Leva Levin, Ruvim Rabinovich, Tevie Galperin, Boria Shereshnevski o Isaak Kovalski? Decenas de veces se jugaron la vida todos esos bravos muchachos y muchachas.

Fueron muchos los valientes que se dejaron la vida luchando en el bosque Rudnitski o el lago Naroch. ¡Gloria y memoria eterna para todos ellos!

Recordamos también aquí a los hermanos Lubotski —Dania e Ima—, hijos del pedagogo V. Lubotski, bien conocido de todos los vecinos de Vilnius.

Dania fue hecho prisionero durante los combates en el gueto. Durante diez días seguidos fue sometido a torturas en la Gestapo. Desde allí consiguió enviar un mensaje a sus padres: les pedía veneno. Recuerdo al viejo Lubotski, completamente destrozado, acudiendo a pedirme consejo. Su mujer, me dijo, se mostraba favorable a hacerle llegar una dosis de veneno a su hijo: creía que así acabarían antes los tormentos que padecía el joven. A él, en cambio, le horrorizaba la idea de ayudar a morir a su propio hijo.

Pasaron unos días y Dania apareció de repente en el gueto. Había conseguido escapar en el último instante, literalmente, cuando ya lo llevaban a ejecutar. Pero la alegría le duró poco a la

familia Lubotski. Kittel les echó el guante cuando se procedió a la liquidación del gueto. Con todo, Dania consiguió escapar a los bosques y unirse a los partisanos. Allá encontró a su hermano Ima, quien había escapado antes junto al destacamento de partisanos que huyó del gueto por los túneles del alcantarillado.

Ya en las filas de los partisanos, Dania se convirtió en jefe del tercer pelotón del destacamento Por la victoria y destacó por su extraordinaria valentía. La fiebre de la venganza lo quemaba por dentro y como le resultaba imposible permanecer quieto siquiera un instante cumplía una misión tras otra sin concederse un minuto de reposo.

Un día de diciembre de 1943 Dania recibió la valiosa información de que un alto cargo de la Gestapo se encontraba en una aldea cercana. Sin pensárselo dos veces corrió a dar caza a aquella bestia fascista. Dania resultó gravemente herido durante el asedio a la casa en la que se había parapetado el alemán. Sus camaradas lo llevaron de vuelta al campamento donde murió poco después.

Ese mismo día volvió Ima al campamento tras participar en feroces combates contra el enemigo. De pie junto a la tumba en la que enterraban a su hermano, el valiente joven asistía al funeral apoyado sobre su fusil mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

Unos días más tarde Ima marchó con otros partisanos a cumplir una importante misión que buscaba inutilizar el tendido telegráfico del enemigo. Uno de los postes había sido minado y se produjo una terrible explosión. Ima y otro puñado de combatientes saltaron por los aires hechos pedazos.

Ambos hermanos reposan para siempre bajo los árboles de Rudnitski.

La liquidación del gueto encontró desarmados a algunos de nuestros camaradas. Unos fueron recluidos en campos de concentración de la zona; algunos otros fueron enviados a Estonia.

El maestro Lev Opeskin y el actor Yakov Bergolski organizaron un destacamento de partisanos en el campo al que habían ido a parar. El destacamento consiguió armarse y establecer contacto con los partisanos que luchaban en los bosques.

El 10 de julio de 1944 el campo de concentración fue rodeado por un nutrido grupo de efectivos de las SS, quienes abrieron fuego

de ametralladora contra los presos. Los partisanos respondieron con firmeza. Gracias a la inesperada resistencia que ofrecieron, en torno a un centenar de presos lograron burlar el cerco y escapar a la ciudad. Allí se mantuvieron con vida hasta la pronta llegada del Ejército Rojo.

Opeskin y Bergolski cayeron en aquel combate.

Cuando se produjo la batalla final por la recuperación de Vilnius, los partisanos que luchaban en los bosques lituanos y bielorrusos se unieron a las tropas soviéticas en el ataque final a los últimos restos de las fuerzas alemanas parapetadas en la ciudad.

El último acto de la tragedia

Una orden llegó de Berlín cuando el número de víctimas asesinadas en Ponary superó las cien mil. Había que incinerar todos los cadáveres. Paralelamente, se recibió en la ciudad un protocolo secreto que establecía el método para llevar a cabo la incineración.

Los alemanes eran conscientes de la cercanía del frente y sabían que más tarde o más temprano acabarían echándolos de la ciudad. Querían borrar las huellas de sus horribles crímenes.

La fuerza de trabajo necesaria para realizar aquella macabra empresa la fue a buscar Weiss a las muchas cárceles de Vilnius. En ellas seleccionó a los hombres que se llevó a Ponary.

Al llegar a su destino los hombres fueron introducidos en un subterráneo de veinte metros de ancho y cuatro de altura. Allí pasaron la noche. Las paredes del sótano estaban recubiertas de losas de piedra firmemente unidas entre sí. El recinto estaba dividido en varios sectores. Uno servía de almacén de alimentos; también había dos estrechas celdas con camastros sujetos a las paredes. El techo de aquella prisión subterránea esraba hecho de recios troncos disimulados por tierra y piedras. Había apenas dos trampas, ambas provistas de escaleras, que permitían subir o bajar del enmascarado recinto. Una de las escaleras estaba destinada a los presos; la otra, más amplia y cómoda, era la que utilizaban los oficiales alemanes en las pocas ocasiones en que necesitaban bajar al subsuelo.

En total fueron seleccionados ochenta hombres. De ellos setenta eran judíos, nueve eran prisioneros de guerra rusos y el último era un joven campesino polaco, de Lesnik, que había sido detenido por

dar cobijo a una pequeña niña judía, Líechka.

El «bunker» fue rodeado de alambre de espino y su perímetro sembrado de minas. Por añadidura, el campo de minas estaba cercado aun por otra hilera de alambre de espino. Había soldados fuertemente armados guardando todo el perímetro. Los pies de todos los prisioneros fueron sujetados con grilletes.

Aquellos hombres incineraron cincuenta mil seiscientos ochenta cadáveres, apenas la mitad de las víctimas de Ponary.

Isaak Doguim[71] fue uno de los pocos hombres que sobrevivieron a aquel infierno. Suyo es el siguiente relato: «Primero abrimos la fosa donde estaban enterradas las víctimas de los “cazadores”. Estaba a unos ciento cincuenta metros de la carretera de Grodno. Supimos que los cadáveres correspondían a la gente asesinada en aquella época por la presencia de toallas y jabón junto a cada cadáver. (Por aquel entonces se ordenaba a los judíos que eran detenidos llevar consigo una toalla y una pastilla de jabón, pues supuestamente los llevaban a trabajar). Todos los fusilados eran hombres jóvenes y llevaban estrellas de color amarillo y la letra “J” cosidas a la ropa. La mayoría de ellos tenía las manos atadas a la espalda y los ojos vendados.

«Llegamos a contar unos diez mil cuerpos en la fosa. Unos quinientos eran prisioneros de guerra. También encontramos sacerdotes vestidos con sus sotanas oscuras. Los cadáveres estaban enterrados en hileras y cubiertos de sangre.

»La segunda fosa contenía las víctimas de la masacre del 1 de septiembre de 1941: hombres, mujeres y niños. La mayoría de ellos llevaba aún las llaves de sus casas, pues habían contado con volver pronto a ellas. En total la segunda fosa contenía nueve mil quinientos cadáveres.

»La tercera fosa común correspondía al período en que fue liquidado el segundo gueto, es decir, a noviembre de 1941.

»Fue allí donde nos percatamos por vez primera de que las víctimas eran asesinadas siguiendo un idéntico y metódico recurso: les habían disparado en la nuca. Esa fosa contenía diez mil cuatrocientos cadáveres. Salvo algunas excepciones, los cadáveres de los niños no presentaban heridas de bala. Las lenguas salidas de las bocas permitían adivinar que habían sido enterrados vivos.

»La cuarta fosa común, la más grande de todas, contenía

veinticuatro mil cadáveres. La mayoría de ellos eran víctimas del período conocido como el de los “certificados amarillos”. No todos los cadáveres que encontramos allí eran de judíos. También había sacerdotes, monjas, polacos, algún alemán con el uniforme del ejército y muchos prisioneros de guerra soviéticos.

»La quinta fosa, ubicada muy cerca de la entrada a Ponary, contenía los cadáveres de tres mil quinientas mujeres y niños. Todos estaban desnudos y habían sido disparados en la nuca.

»La sexta fosa guardaba cinco mil cuerpos, todos ellos desnudos.

»Los cincuenta y un presos políticos retenidos en la prisión de Lukishk descansaban en una fosa separada. Alcancé a reconocer entre ellos a mi cuñado Samuil Shatz, quien fue arrestado en el gueto acusado de distribuir propaganda comunista.

»Otras dos fosas contenían los cadáveres de las víctimas de la llamada “*Aktion* de Kaunas”, que tuvo lugar el 5 de abril de 1943. Se trataba de mujeres y niños. Todos los cuerpos estaban desnudos.

»Por último, había tumbas frescas en las que descansaban quienes fueron asesinados durante la liquidación del gueto, incluidas las personas encontradas ocultas en las “malinas”.

«Mientras trabajábamos en Ponary nos tocó ver a grupos de gente traídas de repente para ser fusiladas. Así, en una ocasión vimos a cuatrocientos judíos de Vaivari; en otra, a treinta o cuarenta polacos y quince gitanos.

»Los alemanes nos obligaban a parar el trabajo cuando procedían a fusilar en masa a los detenidos. Nos conducían de vuelta al “bunker” a esperar que concluyeran las ejecuciones.

»Los llantos y los ruegos de los condenados eran tan desesperados que atravesaban las paredes de piedra de nuestra cárcel subterránea.

»Un día, ocupado en la incineración de cadáveres, me tropecé de repente con mi familia: mi mujer, mi madre, mis tres hermanas y dos sobrinos. Reconocí a mi esposa gracias a un medallón que le había regalado yo mismo el día de nuestro matrimonio. Las dos minúsculas fotografías que guardaba el medallón ardieron en las llamas de la incineración.

La fuga

Desde el primer día en que se vieron recluidos en aquel

subterráneo, los ochenta elegidos supieron que su suerte estaba echada. Intentar huir carecía de sentido: los vigilaban a cada paso y, encima, tenían los pies sujetos por grilletes. El «bunker» estaba rodeado por dos cordones de alambre de espino y el área que los separaba era un auténtico campo de minas. Tan sólo una estrecha vía llevaba al exterior y la guardaba un soldado armado. Había hombres de las SS apostados cada cierto número de pasos a lo largo de todo el perímetro. Por si ello fuera poco, cada dos horas una patrulla bajaba a revisar que los grilletes estuvieran convenientemente cerrados. El *Sturmbannführer* que mandaba toda la operación era consciente de que su propia vida estaba en juego si algo salía mal. Sabía que su vida dependía de evitar toda fuga e incluso la mera supervivencia de alguno de aquellos testigos del horror. Cuando el trabajo hubiera concluido y antes de tomar el camino a Berlín, el *Sturmbannführer* se ocuparía personalmente de que aquellos ochenta hombres se convirtieran en cadáveres debidamente incinerados. Y ese día estaba cada vez más próximo. Ya el *Oberscharführer* Fiedler había sido ejecutado. Sabía demasiado y sus servicios dejaron de ser necesarios.

Y a pesar de todos aquellos obstáculos que parecían insalvables había personas en el «bunker» subterráneo que no se resistieron a dar la fuga por una causa imposible.

Shleima Goll e Isaak Doguim convencieron a un prisionero de guerra soviético, el ingeniero Yuli Farber, y a otros tres presos para cavar juntos un túnel que debía tener entre treinta y treinta y cinco metros. El túnel debía pasar bajo los dos cercos de alambre de espino y el campo de minas y terminar en la linde de un bosquecillo de abetos.

Sólo se podían permitir trabajar en las noches.

Comenzaron a excavar por el minúsculo almacén de alimentos. Abrieron un pozo de dos metros y medio de profundidad. Y desde el fondo del pozo dieron inicio al túnel. Como es natural, allá abajo carecían de herramientas. Tenían que cavar con las manos, con algún palo afilado y hasta con las cucharas. ¡Pensar que apenas con la ayuda de las cucharas cavaron diez metros enteros! La tierra que extraían la espolvoreaban bajo los camastros, el suelo o, cuando se aproximaban al final, entre los troncos que disimulaban el «bunker». El suelo del subterráneo subía día a día, aunque por

suerte el techo era lo suficientemente alto como para que nadie se percatara de ello.

A todo lo largo del túnel los conjurados —a los cinco pioneros se fueron uniendo otros— instalaban apoyos para evitar acabar sepultados. Aun así el peligro de acabar enterrados en vida era permanente. Como también lo era la pasión por la libertad que los animaba a superar todas las dificultades. Así, Doguim se las amañó para instalar luz eléctrica en el túnel. La fuente eléctrica partía de una de las garitas alemanas a la que conectaron los cables de manera clandestina.

La mayor dificultad consistía en acertar en la dirección en la que cavar el túnel evitando las fosas comunes que guardaban los cuerpos de las víctimas. Por medio de las más ingeniosas argucias se consiguió arrancar una brújula a uno de los alemanes. Ello permitió al ingeniero Farber trazar con precisión el camino para escapar el «bunker» sin tropezar con las fosas comunes. Por último, había que conseguir que la salida a la superficie no estuviera a la vista de los guardias.

Después de tres meses de arduo trabajo el túnel estuvo listo.

A las cuatro de la madrugada del 15 de abril de 1944, cuando la patrulla que realizaba la ronda de turno en el subterráneo se hubo marchado, Doguim despertó a los presos.

Antes habían sido divididos en grupos de a diez, todos con un jefe. Unos días antes todos habían abierto los grilletes con una pequeña lima. Los sustituyeron con alambres que disimulaban la operación a los ojos de los guardias, a la vez que les permitía echar a correr, en caso de necesidad. Había llegado el momento de escapar.

Doguim fue el primero en bajar al túnel. Lo siguieron los grupos de a diez con sus jefes a la cabeza. Él cortó los cables que iluminaban el túnel y abrió el camino hacia la salida.

El túnel se llenó de repente de aire fresco. A lo lejos se adivinaba la luz de una hoguera.

Los guardias alemanes patrullaban a poca distancia de la salida del túnel. Al principio no se percataron de la fuga porque los presos andaban descalzos y con mucho cuidado. Pero de repente uno de los fugados pisó un arbusto seco. Se escuchó un crujido y el guardia, atento, abrió fuego. Las luces de bengala iluminaron el cielo y los

fugados corrieron a buscar el abrigo del bosque. Saltaron sobre las trincheras y el alambre de espino. Las balas enemigas los buscaban. Tan sólo once de ellos consiguieron llegar hasta la base de los partisanos en el bosque Rudnitski.

A. SUTSKEVER

TRADUCIDO DEL HEBREO POR M. SHAMBADAL Y B. CHERNIAK

El Diario de A. Yerushalmi, Siailiau (Shavli)

NOTA DE LOS EDITORES

El documento del que se podrá leer una parte importante a continuación constituye un fenómeno de veras excepcional. Llevar un diario en las condiciones del gueto era algo extremadamente difícil y, sobre todo, peligroso. Los alemanes podían descubrir en cualquier momento la ocupación secreta de su autor y ello habría conllevado la inmediata aniquilación tanto del diarista como de los cuadernos que devotamente guardara.

Yerushalmi consiguió sobrevivir a todas las masacres perpetradas por los alemanes. También sobrevivió su diario.

A. Yerushalmi era uno de los miembros del *Judenrat*. Luego, pertenecía al estrecho círculo de las personas mejor informadas del gueto, aquellas que conocían de antemano todo lo que tramaban los alemanes.

Inmediatamente después de ocupar cada ciudad los alemanes imponían leyes racistas, organizaban pogromos, creaban guetos y condenaban a decenas y cientos de miles de personas, desde recién nacidos hasta ancianos. Sin embargo, antes de asesinar a sus víctimas, los alemanes querían arrancarles todo aquello que pudieran aprovechar. Les expoliaron los objetos de valor y las propiedades. Los obligaron a realizar trabajos forzados. Para facilitar el expolio y la explotación de los judíos los alemanes crearon una institución que sirviera para generarles la ilusión de que se gobernaban a sí mismos. Ésa era la razón de ser del *Judenrat*, una institución que, por imposición alemana, integraban las personas más respetadas de la ciudad (rabinos, médicos, abogados, científicos). Entre sus funciones estaba la responsabilidad por el orden y la situación sanitaria del gueto, la distribución de comida a los más menesterosos y la ejecución de todas las leyes y disposiciones alemanas. Naturalmente, la renuncia a ocupar el cargo de miembro del *Judenrat* se castigaba con una muerte cruel e

inmediata. Trabajando bajo una permanente amenaza de muerte, los miembros del *Judenrat* se veían obligados a ayudar a los verdugos y traicionar a su pueblo. Con todo, no fueron pocos los miembros del *Judenrat* que utilizaron su poder para luchar contra el terror alemán, alertaron a su gente de las acciones represivas alemanas o establecieron contacto con las organizaciones clandestinas del gueto y los partisanos.

Cuando los alemanes exigieron al *Judenrat* de Siailiau la entrega de cincuenta judíos del gueto para ser fusilados, los miembros del *Judenrat* se negaron unánimemente a hacerlo y se ofrecieron a sí mismos para la ejecución.

NOTA DE LOS EDITORES[72]

El documento del que se podrá leer una parte importante a continuación constituye un fenómeno de veras excepcional y tal vez hasta único. Llevar un diario en las condiciones del gueto, hacer anotaciones regulares en él, resultaba una tarea extraordinariamente compleja. Primero, porque el diarista se enfrentaba a un peligro constante: en caso de que su actividad fuera revelada tanto él como su trabajo serían aniquilados. Por otra parte, nadie disponía en el gueto de herramientas de escritura, escaseaba la luz, se carecía de cualquier atisbo de soledad que favoreciera la concentración y preservara en secreto el acto de escribir (varias familias convivían en cada habitación; las columnas de literas llegaban hasta los techos), no había tiempo ni fuerzas (cada mañana se salía a primera hora a realizar penosos trabajos: el resto del tiempo se dedicaba a la no menos agotadora búsqueda de algo que llevarse a la boca). Privados de todo contacto con el mundo exterior, los habitantes del gueto se alimentaban de rumores y de las mentiras que les contaban sus verdugos. En tales circunstancias, llevar un diario amenazaba ser una mera relación de muertes, cuando lo que menos deseaba quien vivía expuesto al terror fascista era pensar en la muerte que podía alcanzarlo en cualquier instante. Por último, resultaba muy atrevido pensar que el diario podría sobrevivir a su autor: todos estaban condenados, los registros eran masivos y constantes, los guetos solían terminar convertidos en amasijos de ruinas y aun en caso de que el autor consiguiera

esconder el diario en algún lugar seguro, lo más probable es que se llevara ese secreto consigo a la tumba.

He ahí las razones de que tengamos que contentarnos con testimonios basados en recuerdos y no dispongamos de crónicas diarias.

Aquí nos encontramos con un caso de veras rarísimo. A saber, con que tanto el diario como su autor consiguieron sobrevivir. Y ello no constituye el único elemento que dota de valor al documento. A. Yerushalmi es un maestro de escuela con una larga experiencia. Su nivel cultural le permitió discernir entre los abundantes hechos de que era testigo y anotar los verdaderamente relevantes, narrarlos con la objetividad propia de un historiador, es decir, narrando con pasión la realidad, pero cuidándose de proferir cualquier grito de dolor. No estamos ante la acusación de un fiscal. Leemos el relato de un cronista. Con todo, es natural que el autor no olvidara que él mismo estaba condenado, como lo estaban sus seres queridos y todos los judíos que lo rodeaban. Sin embargo, nunca olvida que los hechos desnudos son capaces de estremecer la conciencia de los hombres más que los adjetivos o las acusaciones.

Pero tampoco ahí se agota el valor de este diario. A. Yerushalmi era uno de los miembros del *Judenrat*. Luego, pertenecía al estrecho círculo de las personas mejor informadas del gueto, mantenía relaciones constantes con los alemanes, tenía conocimiento de la situación general del gueto y conocía de antemano todo lo que tramaban los alemanes. Todo ello le permitía disponer de informaciones secretas que no eran de dominio público, entre otras ventajas.

Llegados a este punto, conviene explicar qué tipo de institución era el *Judenrat*.

En cuanto los alemanes llegaban a una ciudad comenzaban los pogromos y se imponían las leyes racistas. Aun antes del establecimiento de los guetos, ya los judíos que habían conseguido sobrevivir a los primeros pogromos se veían completamente aislados del resto de la población. Enseguida percibían que estaban sujetos a otro tipo de legislación o, más precisamente, a otro tipo de arbitrariedad. Los alemanes jamás manifestaban abiertamente su disposición a aniquilar a todos los judíos. Simplemente lo hacían, paso a paso. Sin embargo, antes de asesinar a sus víctimas, los

alemanes querían arrancarles todo aquello que pudieran aprovechar: no sólo querían sus bienes; también querían aprovecharse de su trabajo. Fue por ello que en aras de facilitar el expolio y la explotación de los judíos los alemanes crearon una institución que sirviera para generarles la ilusión de que se gobernaban a sí mismos. Juntando a las personas más respetadas de la ciudad (rabinos, médicos, abogados, científicos, etc.) creaban el *Judenrat* (o Consejo judío) al que encargaban del orden y la situación sanitaria del gueto, la distribución de comida a los más menesterosos y la organización de los contingentes que salían a trabajar. En definitiva, lo responsabilizaban de la ejecución de todas las leyes y disposiciones alemanas. Naturalmente, la renuncia a ocupar el cargo de miembro del *Judenrat* se castigaba con la muerte, como también el incumplimiento de las responsabilidades que entrañaba el cargo. La situación de los miembros del *Judenrat*, por tanto, era de veras trágica. Trabajando bajo una permanente amenaza de muerte, los miembros del *Judenrat* se veían obligados a ayudar a los verdugos. Eran los intermediarios entre los alemanes y los habitantes del gueto; su labor consistía en trasladar a las víctimas las órdenes de los alemanes. Por todo ello el comportamiento de los miembros del *Judenrat* merece el más enérgico rechazo. Con todo, muchos miembros de los diversos *Judenrat* hicieron todo lo posible por aliviar la suerte de sus compañeros de infortunio y salvar de la muerte a ancianos, mujeres, niños y enfermos. No obstante, en las condiciones del gueto toda salvación equivalía a una mera prórroga.

Es menester recordar que los tormentos con que los alemanes martirizaban a los judíos no eran sólo físicos: también los sometían al terror, a la vez que les insuflaban esperanzas. Después de cada masacre, y en ocasiones antes de perpetrarlas, los alemanes aseguraban que se trataba de la última. Toda alusión al propósito fascista de aniquilar definitivamente a todos y cada uno de los judíos la negaban rotundamente y con asco e incluso amenazaban a quienes difundían «tan indignantes rumores». Por añadidura, las promesas de aliviar las condiciones de vida de los judíos eran constantes. A ello hay que añadir que al principio los judíos se negaban a aceptar la posibilidad de que millones de sus congéneres estuvieran condenados a muerte sin remedio o que la ocupación

alemana de otros países amenazaba con borrar de la faz de la tierra a todo el pueblo judío. Todo ello conllevó a que el *Judenrat* de Siailiau se viera obligado a seguir aquella política en la que la mano derecha no tiene noticia de lo que hace la izquierda: cumplían las disposiciones alemanas, intentando proteger a la mayor cantidad posible de personas de las consecuencias de aquellas mismas disposiciones, es decir, de la muerte.

No obstante, sus esfuerzos fueron estériles y estaban llamados a serlo: nada podía hacer que a los alemanes les temblara la mano cuando se trataba de dar muerte a los judíos presos entre sus garras.

La muerte no asustaba a los miembros del *Judenrat* de Siailiau. Cuando los alemanes exigieron al *Judenrat* de Siailiau la entrega de cincuenta judíos del gueto para ser fusilados, los miembros del *Judenrat* se ofrecieron a sí mismos pero se negaron categóricamente a entregar a nadie. A. Yerushalmi fue uno de los hombres que tomó esa decisión sin vacilar.

EDITOR: O. SÁVICH

Breve exposición de los sucesos acaecidos entre el 28 de junio y el 23 de noviembre de 1941

EL GUETO

Tan pronto como el 28 de junio de 1941, es decir, al día siguiente de que se produjera la ocupación de Siailiau (Shavli) por el ejército alemán los judíos fueron forzados a realizar trabajos pesados.

Los judíos eran arrojados fuera de las tiendas de alimentos, apartados de las aceras, salvajemente golpeados.

El lunes 30 de junio y el martes 1 de julio se produjeron arrestos masivos de judíos. Los alemanes irrumpían como bandidos en las casas de las familias judías y arrestaban a todo el que encontraban.

Los arrestos fueron acompañados del saqueo más salvaje. Cerca de un millar de judíos fueron arrestados en aquellas dos jornadas.

El sábado 5 de junio volvieron a producirse arrestos. Muchos de los que habían conseguido evadir a los alemanes durante las redadas anteriores cayeron ahora en sus garras. También en esta

ocasión los bárbaros arramblaban con todos los objetos de valor y la ropa.

El 15 de agosto de 1941 comenzó el traslado forzoso al gueto. [73]

Se instituyeron varias comisiones encargadas del reasentamiento. Las comisiones estaban integradas por un presidente, varios miembros y, gracias a las gestiones del *Judenrat*, por un judío. Entre los miembros lituanos de las comisiones solía haber policías. Las comisiones examinaban los bienes de los reasentados. Se les permitía llevar consigo una cantidad limitada de enseres. Una vez que la comisión había establecido el valor de las posesiones de cada familia les entregaba la orden de trasladarse al distrito Kavkazki en un plazo de veinticuatro horas.

Los primeros reasentados fueron los residentes de la calle Vilénskaya. A ellos los siguieron los vecinos de la calle Tilzítskaya y así sucesivamente. Fue tal el número de personas reasentadas al distrito Kavkazki que la administración del gueto no sabía cómo acomodarlos. El distrito Kavkazki se asemejaba a una aldea víctima de un súbito incendio. Calles, patios y callejones se llenaron de bártulos y centenares de personas, la mayoría de ellas ancianos, mujeres, enfermos y niños. Todos se pasaban días y noches al raso. Sus lamentos y gritos eran ensordecedores. No había quien los socorriera. Cuando el distrito Kavkazki estuvo lleno a rebosar el Burgomaestre Stankus[74] autorizó a reasentar judíos también en el distrito Trokai.

Inicialmente el sector del distrito Trokai elegido debía incluir una amplia sección de la calle Trókskaya, excluyendo los callejones Guinkunski, Padirski, Zhivchivski y Ezherski. Pero más tarde el área se hizo aún más estrecha y apenas quedaron dos casas de la calle Trokski dentro del perímetro del gueto. Muy pronto ese segundo distrito también estuvo lleno.

En las calles de ese distrito se vieron terribles escenas, similares a las que se habían visto ya en el distrito Kavkazki.

Una vez superpoblados los dos distritos inicialmente propuestos para albergar el gueto se hizo imperioso encontrar aún otro. La elección recayó sobre el área de Kalniukas. Muy pronto se delimitaron las calles destinadas al gueto y se avisó a los vecinos de que debían prepararse para ser reasentados. Pero los vecinos de Kalniukas no estaban dispuestos a abandonar sus casas y ofrecieron

una férrea resistencia a las intenciones alemanas. Así, enviaron una delegación al Gobierno civil alemán que acababa de ser establecido. Una circunstancia fortuita les ayudó en sus propósitos. A saber, que el propio Stankus tenía su casa allí. No se libró entonces de recibir una carta de los vecinos que temían al forzado desalojo: «Si regaláis Kalniukas a los judíos, que sea Stankus quien les ceda su casa en primer lugar».

El sábado 30 de agosto Stankus prometió a los representantes judíos la pronta entrega de Kalniukas, si bien les pidió abstenerse de divulgar su decisión. En las tarjetas azules ya se podía leer la inscripción: «Reasentar en Kalniukas». Y sin embargo el 1 de septiembre se conoció que los judíos no serían reasentados en Kalniukas. Ya en ese momento las autoridades civiles alemanas habían tomado las riendas del asunto.

Ese mismo día se presentó en la oficina del burgomaestre una delegación integrada por el abogado Abramóvich, Kartun y Leibovich.[75] En un primer momento el burgomaestre se negó a recibirlos y los abordó en la antesala de su despacho para decirles: «¿Qué diablos queréis de mí? ¡Iros a preguntar a vuestro *Judenrat*!». Pero los delegados no se dejaron impresionar por aquel truco y acabaron por penetrar casi por la fuerza en el despacho del burgomaestre. Allí se produjo el siguiente intercambio: Delegados: Venimos a exigir el distrito de Kalniukas.

Burgomaestre: Eso es imposible.

Delegados: ¿Y dónde vamos a acomodarnos entonces?

Burgomaestre: Tendréis que apretaros o instalaros en cobertizos, mientras no lleguen los fríos. Después os buscaremos barracas.

Pero el burgomaestre sabía ya muy bien que las barracas jamás serían construidas. Mencionó los reasentamientos a Zhagare y les reprochó no haber aceptado esa propuesta desde el primer momento.

A partir de entonces había seis comisiones trabajando simultáneamente. Los hombres que las presidían estaban provistos de nuevas prerrogativas. Concretamente, podían establecer dónde se reasentaba cada judío, si en el gueto o en la «sinagoga», que era la palabra que se escribió en todos los documentos donde antes se podía leer Kalniukas. Ir a la «sinagoga» significaba ser reasentado a un oratorio o a un hospicio, cuyos inquilinos originales ya habían

sido enviados a Zhagare para entonces. La primera comisión destacaba especialmente por la crueldad de Liuberski, su presidente. Liuberski envió a muchos judíos a la «sinagoga»,[76] sabiendo perfectamente que ello equivalía a una muerte segura.

También las otras comisiones dispensaban un trato cada vez más severo a los judíos que procesaban. Los mecanismos de control se endurecieron, se disparó el ansia de rapiña y más de un millar de personas fueron enviadas a la «sinagoga».

Los reasentamientos comenzaron el 2 de septiembre. El oratorio y el hospicio quedaron atestados de gente en muy poco tiempo. Hombres, mujeres, ancianos y niños estaban hacinados en espacios minúsculos. No tenían dónde sentarse. Sus captores no les suministraban agua o comida, de manera que muy pronto padecieron sed y hambre. Los guardias no les permitían abandonar el encierro ni por un instante. M. Leibovich y A. Katz hicieron una visita al hospicio el miércoles 3 de septiembre. Ambos quedaron horrorizados ante el cuadro que allí se encontraron: rostros crispados por el pánico y los sufrimientos, brazos tendidos pidiendo socorro, gritos desesperados. «¡Salvadnos! —gritaban los infelices—. ¡No tenemos ni un trozo de pan ni una gota de agua! ¡Socorro!»

Ante aquel panorama, los miembros del *Judenrat* corrieron a ver a Stankus y le rogaron tuviera compasión de los arrestados. Este les prometió que aliviaría las condiciones que soportaban y envió a unos funcionarios a levantar un censo de los arrestados que especificara la edad, el sexo y el oficio de cada uno. Los funcionarios aseguraron que el propósito del censo era establecer la necesidad de espacio que generaría un reasentamiento de los encuestados.

El censo se llevó a cabo con una premura inusitada y sus resultados, recogidos en un listado impreso en dos copias, le fueron entregadas a Stankus en su despacho. Aunque la entrada a ese despacho apenas se franqueaba en circunstancias muy excepcionales, los miembros del *Judenrat* fueron testigos de la visita de conocidos verdugos a los que fue entregada una de las copias del censo. Entonces los miembros del *Judenrat* irrumpieron en el despacho y pegando puñetazos en la mesa le exigieron una respuesta clara a Stankus: «¿Qué destino espera a los judíos enviados a la “sinagoga”?», preguntaron.

Stankus estaba totalmente ebrio.

—¡No me hagáis preguntas! —mugió—. ¡Yo no sé nada! ¡Es algo que se hace en contra de mi voluntad!

Leibovich se acercó al hospicio el martes siguiente. Había un silencio sospechoso que confirmó sus temores. ¡Ya se los habían llevado a todos! Leibovich intentó entrar al hospicio, pero el celador le gritó: «¡Desaparece de aquí ahora mismo!».

Con todo, Leibovich alcanzó a ver cómo los verdugos se repartían los bienes judíos que habían quedado desparramados por allí.

Los miembros del *Judenrat* convencieron al encargado de asuntos judíos para trasladar al gueto tanto el oratorio como el orfanato. De hecho, éste accedió también a devolver algunos de los judíos llevados a Zhagare. Un espacioso edificio de la calle Trókskaya se eligió para acoger el orfanato. Seguidamente se hicieron todas las gestiones necesarias para trasladarlo allí. Los miembros del *Judenrat* estaban tan seguros de la próxima instalación del orfanato que a una judía llegada a Siailiau que no conseguía encontrar alojamiento en el gueto le aconsejaron dejar a sus tres hijos al cuidado de esa institución.

El traslado del orfanato a su nuevo emplazamiento estaba previsto para el mes de septiembre. Tan sólo quedaban pendientes algunos pequeños trámites burocráticos. Por fin llegó el día señalado, pero resultó que los trámites aún seguían pendientes. No obstante, hacia las siete de la tarde se corrió por todo el gueto el rumor de que el traslado ya se había producido. En efecto, poco después se supo con certeza que a las seis y treinta de la tarde de aquel día, el 6 de septiembre, había llegado un camión al orfanato. Los niños, el maestro Katz y el ama de llaves fueron conminados a subir al vehículo. No se les permitió llevar nada consigo. Ni siquiera les permitieron vestirse adecuadamente. El camión, escoltado por agentes de la policía política, partió sin demora y regresó muy poco después. Los cuarenta y tres niños acogidos en aquel momento por el orfanato fueron asesinados junto a su maestro Katz y el ama de llaves que cuidaba de ellos. Los Katzman, tres niños nacidos en Tsitavian, estaban entre ellos. Su madre había conseguido escapar a duras penas de la represión en Tsitavian y como carecía de alojamiento en el gueto, el *Judenrat* le aconsejó colocar a sus tres

hijos en el orfanato. La mayor de sus hijos era una niña de una belleza tan extraordinaria que los salvajes de Tsitavian le perdonaron la vida. Pero su belleza no detuvo a los verdugos de Siailiau.

El domingo 7 de septiembre el gueto recibió la visita de una comisión presidida por el tristemente célebre Liuberski, quien se desempeñó como presidente de la primera comisión durante el reasentamiento en el gueto. La comisión levantó un nuevo censo y todo el mundo —jóvenes y viejos— acudió a registrar sus datos sin sospechar nada malo. Muchos de ellos se quitaban años cuando respondían a los encuestadores.

Pasaron unos días y todos se olvidaron del imprevisto censo. Y de repente, en torno al mediodía del 10 de septiembre, llegaron al gueto varios camiones cargados de policías. Primero rodearon el número 3 de la calle Padyrsiu y sacaron a la calle a varios de sus inquilinos: las ciudadanas Feinstein y Volkov, acompañadas de sus hijos, cuatro en total, la ciudadana Smilg y su bebé, el hojalatero Aleksándrovich y su mujer (los maridos de las otras mujeres se encontraban trabajando en la ciudad). Se los llevaron a todos. Seguidamente los policías se pasearon por el gueto con un listado. Buscaban fundamentalmente a ancianos y ancianas. Se los llevaron también. En no pocos casos cargaban a los jóvenes de las familias junto con los ancianos. Todo el proceso transcurrió con bastante rapidez —unas dos o tres horas— y resultó tan impactante que la gente fue incapaz de comprender qué estaba ocurriendo en realidad. Se dieron casos de hijos que acompañaron voluntariamente a sus padres, aunque ellos no aparecían en los listados. Los camiones salían del gueto cargados hasta los topes y regresaban vacíos al poco rato. Ello permitía deducir que los llevaban a algún punto cercano a Siailiau. Cuando Feinstein volvió del trabajo y supo que se habían llevado a su familia corrió a ver al *Stabsleiter* Schrader. La mujer de Feinstein disponía de una autorización especial, pero lo súbito de la aparición de los alemanes la desconcertó hasta tal punto que olvidó mostrarla. Feinstein intentó darles alcance. Recorrió varias decenas de kilómetros de la carretera que llevaba a Zhagare, supuesto destino de los evacuados, pero no encontró rastro alguno de los suyos. Ya entonces se hizo evidente que los habían conducido a un lugar desde el que no había

retorno posible. Aquel día también se llevaron del gueto al maestro emérito Eliezer Goldstein, cuyo sesenta cumpleaños había celebrado seis años atrás el Instituto judío de Siailiau donde trabajó con tesón desde 1920. Se lo llevaron junto a su mujer. La maestra Taybele Schneider también fue detenida en aquella ocasión, como lo fue su anciano padre.

Al día siguiente, un jueves que amaneció lluvioso, los camiones comenzaron a llevarse a la gente desde las nueve de la mañana. Los verdugos iban de casa en casa buscando a los ancianos cuyos nombres constaban en sus listas. Muchos de los condenados se escondieron a tiempo y así salvaron la vida. Quien escribe estas líneas fue uno de ellos. Le avisaron con antelación y tuvo tiempo de echar a correr a través de las huertas junto a su mujer y sus hijos hasta encontrar una casa donde ocultarse. Más tarde consiguió que su nombre fuera borrado de la lista. Aquel día terrible se llevaron al profesor de música Moishe Kravets y a su mujer. Moishe impartió clases durante largos años en el viejo Instituto judío. Unas horas después de comenzada la ola de detenciones se corrió el rumor de que uno de los detenidos había vuelto al gueto y se escondía en una casa. El miembro del *Judenrat* M. Leibovich se dirigió inmediatamente a interrogarlo y así conoció de primera mano la horrible verdad: todos los detenidos habían sido conducidos al bosque de Bubi, donde los ejecutaban ante zanjas cavadas de antemano. El testigo había conseguido escapar de la zanja, a pesar de resultar herido de bala. Un segundo hombre consiguió escapar con vida de la matanza y nos confirmó más tarde las palabras del primero.

El 13 de diciembre se llevó a cabo un nuevo censo de los vecinos del gueto, acompañado de la entrega de los nuevos documentos de color amarillo. Una vez más Liuberski estaba al mando de los oficiales encargados del censo, de manera que todos los habitantes del gueto tuvieron que desfilar ante él. Liuberski decidía el destino de cada cual: a algunos les era entregado el documento de color amarillo, a otros se los destinaba a «salir del gueto». La gente se preparó de antemano para lo que les esperaba. Los ancianos corrieron a esconderse o disimularon la vejez tiñéndose el cabello, afeitándose las barbas o maquillándose las arrugas. Nunca como entonces afluyó la clientela a las barberías ni jamás habían visto los

barberos a clientes semejantes: decrépitos ancianos, tullidos, gente desconsolada y desesperada. Con todo, no abundaron los que lograron engañar al encargado de la selección y fueron muchos los que salieron de la oficina para ser conducidos inmediatamente a la «sinagoga». Los colaboradores del *Judenrat* consiguieron «salvar» varios pasaportes «sospechosos». Burguin se destacó notablemente en esa tarea que consistía en recoger a los más ancianos los documentos de color azul que portaban, llevarlos disimuladamente a la mesa del registro y desde allí colarlos enseguida en la ventanilla donde terminaba el proceso. Ese procedimiento consiguió salvarle la vida a mucha gente. Con todo, el presidente de la mesa se percató muy pronto de que algo anormal estaba sucediendo y a la mañana siguiente se recrudecieron los controles. Burguin fue apartado del proceso y amenazado de tomar el camino a la «sinagoga». Tan sólo cuando la entrega de los nuevos pasaportes llegaba a su fin Burguin tuvo la suerte de recibir el suyo. Stankus llegó al gueto ese mismo día.

Conscientes de los peligros que los acechaban y afectados severamente por el hambre, muchos de los vecinos del gueto buscaban la manera de escapar a las zonas rurales. Para ello debían hacerse contratar por algún granjero y recibir la aprobación del responsable de asuntos judíos, quien estampaba su firma en los contratos y añadía una serie de condiciones, como la obligación de vigilar a los empleados judíos que pesaba sobre la parte contratante, la de entregarlos a la policía ante el menor requerimiento de sus agentes, *etc.*

Todos los contratos debían ser ratificados por el *Arbeitsamt*. Y tan sólo cuando los judíos acogidos a esa fórmula consiguieron arrancar a la burocracia todos los documentos necesarios, cargaron todos sus bienes y enseres en carretas y marcharon a las distantes aldeas donde se les esperaba. Y, sin embargo, apenas transcurridos unos pocos días desde el traslado el jefe regional ordenó a los *virsaitis* —los responsables de las aldeas— desalojar a todos los judíos llegados a sus aldeas. El autor de estas líneas fue uno de quienes marcharon a las áreas rurales. Tras firmar un contrato con el campesino lonas Alexandras, cargó todos sus bártulos y realizó el penoso traslado hasta la aldea. Salió el 18 de septiembre y ya el día 23 se emitió la orden de desalojar las aldeas, aunque el sargento

mayor la retuvo hasta el día siguiente. El autor de estas líneas intentó conseguir una prórroga, siquiera de veinticuatro horas. Pero todos sus ruegos resultaron estériles y no tuvo más remedio que viajar inmediatamente, aunque ello le supuso dejar abandonados en la aldea muchos de sus bienes. Lo poco que consiguió traerse de vuelta a la ciudad después de regreso tan repentino se le ordenó dejarlo en la policía para una «inspección». Todo lo que dejó allí desapareció en unas pocas horas. Los policías se lo habían robado. Similar suerte padecieron todos los judíos que intentaron salvar la vida yéndose a las áreas rurales. Todos regresaron «libres» de sus posesiones.

EXTRACTOS DEL DIARIO

4 de febrero de 1943. La oficina de empleo (*Arbeitsamt*) exigió para mañana doscientos hombres. También anunció que se incrementará el número de trabajadores destinados al aeródromo.

En una reunión conjunta del *Judenrat* y su Comisión de empleo nos preguntamos de dónde sacar la fuerza laboral que nos requerían. Nos resultó imposible llega a alguna conclusión. Fue inevitable que nos preguntáramos qué había sido de los cuatrocientos ochenta hombres que habían trabajado en los yacimientos de turba durante el verano. A día de hoy trabajan cien personas en la turba, cien más en el aeródromo, ochenta y cinco en el campo de concentración de Linkaichiai, cincuenta en los ferrocarriles y veinte más en Strala, lo que arroja un total de trescientas cincuenta y cinco personas. ¿Dónde se habían metido los más de cien trabajadores desaparecidos? Por lo visto, todos habían quedado lisiados de una u otra manera. La mayoría desarrolló patologías coronarias, otros sufrían de hernias y el resto padecían de gangrena, forunculosis u otros males. En cuanto a las mujeres, la mitad de las involucradas en los trabajos forzados vieron interrumpidos sus ciclos menstruales y padecieron diversos tipos de inflamaciones a consecuencia de ello.

6 de febrero de 1943. Los hechos se suceden con velocidad de cinematógrafo. El día de la liberación está pronto. A la vez, los peligros arrecian.

El *Gebietskommissar* preguntó a Idlezis, el apoderado lituano en

la Comisión de empleo del *judenrat*, si no le parecía que los judíos nos hemos vuelto un poco insolentes últimamente.

22 de febrero de 1943. El Sargento Mayor Velkstis detuvo ayer a un judío que andaba por la acera cerca del puesto de control instalado a las puertas del gueto. Le pegó una bronca y le dijo: «Por lo visto os creéis que seréis liberados si los rusos se acercan a la ciudad, ¿no es cierto? Os equivocáis de medio a medio: jamás llegaréis vivos hasta entonces, porque os habremos aniquilado antes».

19 de marzo de 1943. Hay casi doscientos trabajadores judíos contratados en la fábrica de pieles.[77] De repente, se recibe una orden del *Gebietskommissar*: despedir a una parte de ellos por supuesta violación de las normas laborales. Costó mucho conseguir que se revocara la orden. Con todo, el capataz Zipel recorrió todos los departamentos escrutando los rostros de los trabajadores como si quisiera descubrir a los más débiles para echarlos.

27 de marzo de 1943. Un testigo presencial del fusilamiento que se produjo el 23 de marzo en la prisión nos contó que una judía a la que se disponían a ejecutar junto a su hijo ofreció una fuerte resistencia. Ambos fueron arrojados a la zanja, pero la mujer salió de un salto. Entonces la empujaron nuevamente a la zanja y la acribillaron a balazos.

29 de abril de 1943. Apertura provisional de la Escuela popular del gueto. Tendrá su sede en los dieciocho metros cuadrados de balcones con que cuenta la sinagoga del distrito Trokai. El horario de clases será de las 9.00 a las 16.00 horas.

En total acogerá a noventa alumnos agrupados en cuatro clases que recibirán entre una hora y media y dos horas de lecciones cada día.

Otra escuela abrió sus puertas el 5 de julio en el distrito Kavkazki. También en este caso tiene su sede en una sinagoga y dispone de veinte metros cuadrados. Las clases transcurren entre las 7.00 y las 20.00 horas. Son siete clases en las que hay repartidos doscientos niños.

La escuela es el resultado de una iniciativa conjunta de dos

miembros del *Judenrat*, A. Geler y el secretario A. Yerushalmi.

Es menester anotar que a pesar de las difíciles condiciones de vida en el gueto, los chiquillos acuden a la escuela llenos de alegría, estudian a fondo sus lecciones y prestan una atención ejemplar a sus maestros. Son treinta y cinco o cuarenta niños sentados, y a veces de pie, reunidos en un estrecho espacio. Y aun así reina un silencio absoluto en la clase. Un silencio que no oculta, sin embargo, que el gueto ha cobrado vida con estas dos escuelas.

También ha sido un éxito la idea de involucrar a los chicos en el trabajo en las huertas. Divididos en grupos se han ocupado del cultivo de las huertas del *Judenrat*. Ahora están cosechando las primeras hortalizas, además de ocuparse de la vigilancia de las huertas. Chicos de apenas doce años se sienten ya adultos y cumplen sus obligaciones como si verdaderamente lo fueran.

4 de mayo de 1943. Al gueto de Siailiau le ha tocado vivir un día muy duro hoy. Ya antes de la hora de comer dos de los policías apostados junto a las puertas del gueto dejaron saber que habían recibido instrucciones de extremar la vigilancia sobre todo aquel que entrara o saliera del perímetro. A la hora de la comida uno de los hombres que trabajaban en la oficina del *Gebietskommissar*, apellidado Papen, encontró de repente a Zisel Schwartz de visita en la casa de un lituano. «¿Qué haces tú aquí?», le preguntó. «Vine a comer algo», le respondió el judío. Papen anotó su apellido y le preguntó dónde trabajaba. Schwartz le dijo que formaba parte de un contingente de hombres que cargaban camiones de patatas destinadas al campo de concentración de Bachiuni.

Papen se apareció algo más tarde en el gueto. Vino acompañado del *Gebietskommissar*[78] y del tristemente célebre Schreiver. Ordenaron registrar a los hombres que volvían del trabajo. Los policías Strupkus y Yurgatavichus se encargaban de los cacheos. El segundo se comportaba con la más soez brutalidad.

Centenares de personas atravesaron la puerta del gueto ubicado en el distrito Kavkazki. Todos fueron minuciosamente cacheados y a quince de ellos les encontraron objetos de contrabando: trozos de pan, patatas, alguna pieza de carne, tabaco, *etc*. Los «culpables» fueron obligados a arrodillarse y después los condujeron a la prisión. Tan sólo dos chicuelos a quienes pillaron con unas patatas escaparon de la prisión, si bien el *Gebietskommissar* recomendó a los

miembros del *Judenrat* presentes que los zurraran bien zurrados. Los niños se quedaron en el gueto, pero el *Gebietskommissar* no olvidó interesarse unos días después por si habían sido zurrados como era debido.

Al abandonar el gueto del distrito Kavkazki los visitantes se dirigieron al gueto del distrito Trokai, donde hicieron llamar a todos los trabajadores empleados en la carga de patatas. Todos ellos fueron puestos en libertad más tarde. Todos menos Schwartz.

Una vez concluyeron esa segunda visita, los alemanes acudieron a dar un «glorioso recibimiento» a los trabajadores que volvían del aeródromo. De entre los trescientos veintinueve, siete traían consigo objetos de contrabando. También ellos fueron puestos de rodillas a esperar el término del cacheo y llevados después a la prisión. En total fueron veintitrés las personas arrestadas y encarceladas aquel día.

6 de mayo de 1943. A primera hora de la mañana todos los habitantes del gueto de Trokai fueron convocados a presenciar una ejecución. A las diez toda la población adulta se había reunido a las puertas del gueto. Todos fueron obligados a acudir, con la excepción de los niños.

La gente esperaba en silencio junto a la verja la llegada de los «invitados».

Hacia las once de la mañana apareció por fin un vehículo en el que llegaron el *Stabsleiter* Bub, Papen, Braun —uno de los jefes de la gendarmería—, Spakaukas —traductor de la gendarmería— y Kroll, de las SD. Detrás del vehículo venían cuatro policías armados de ametralladoras y entre los dos grupos llegó Bezalel, el condenado, a quien traían esposado. Su paso era firme y había una sonrisa dibujada en su rostro. ¿Sería que confiaba en ser indultado en el último minuto?

El condenado fue conducido al pie de una horca donde lo esperaban dos verdugos[79] y un médico. Mazowiecki pidió que le quitaran las esposas, pero su ruego fue denegado. Pidió entonces que le permitieran despedirse de su esposa y de su hijo: también eso se lo negaron. Entonces les dijo: «Cuidad de mi mujer y mi hijo. Decidles que sean fuertes». Hizo aun una última petición: que su abrigo fuera donado a un pobre. Después, ya con la soga al cuello y sin perder la sonrisa, se permitió hacer una leve inclinación de

cabeza a sus conciudadanos y les dijo: «Abogaré dignamente por todos vosotros en el cielo».

En ese instante la mesa que lo sostenía fue arrancada de golpe, se estiró la soga y su cuerpo fue agitado por las últimas convulsiones. Cientos de gargantas dejaron escapar al unísono un lamento desesperado y decenas de mujeres cayeron desmayadas. El hermano del mártir lloraba a gritos no lejos de allí.

A las once y diez el médico se encaramó a la mesa, buscó el pulso al condenado, intentó descubrir los latidos de su corazón y acabó por anunciar: «Está muerto».

Los alemanes se marcharon, pero antes Bub ordenó que el cuerpo se dejara colgando de la horca hasta el mediodía y que tan sólo los sepultureros y algún miembro del *Judenrat* acudieran a darle sepultura.

Y así se hizo. A las doce del día se descolgó el cuerpo de la horca, el cadáver fue acomodado en un ataúd y enterrado con el mayor sigilo. La postrera sonrisa aún seguía dibujada en el rostro del mártir.

8 de mayo de 1943. Ha llegado una orden que concierne a los arrestados, cuyo número ya asciende a veintisiete. Mañana saldrán de la prisión y serán traídos al gueto a las diez de la mañana para someterlos a escarnio público. Los hombres recibirán quince azotes; las mujeres, diez. Tal es el castigo que recibirán quienes se atrevieron a intentar cruzar las puertas del gueto llevando escondidos un trozo de pan, algunas patatas o unos pocos huevos.

AVISO

A propuesta del *Gebietskommissar* se da a conocer lo siguiente:

El domingo 9 de mayo serán puestas en libertad las personas detenidas por intentar ingresar alimentos al gueto el día 4 del mes corriente. Todas ellas serán sometidas a castigos corporales en la plaza ubicada al fondo del número 1 de la calle Gelgaud (en el patio del inmueble) a las diez de la mañana y en presencia de autoridades. Se ordena a los residentes en el gueto acudir a presenciar el castigo.

8 de mayo de 1943

10 de mayo de 1943. A las 10.30 de la mañana de ayer los representantes de las autoridades —concretamente el funcionario de la *Preisüberwachungsstelle* Papen[80] y el sustituto del *Stabsleiter*, Gaberman (responsable de las escuelas de la región de Siailiau)— se presentaron en la prisión y ordenaron sacar a los detenidos. Todos fueron conducidos bajo estrecha vigilancia hasta la mencionada plaza (más bien un patio) en el gueto Kavkazki. Allí les obligaron a tumbarse en el suelo en filas de a cuatro y procedieron a golpearlos con porras de gomas, a razón de diez porrazos a cada uno. En el último instante los miembros del *Judenrat* arrancaron a los representantes de la autoridad un indulto en favor de las ocho mujeres y los hombres enfermos, así como una reducción de la pena infligida al resto.

12 de mayo de 1943. Yurgatavichus cacheó hoy meticulosamente a todos los que entraban al gueto. Detuvo a una mujer y la obligó a arrodillarse. Más tarde aceptó dejarla marchar a cambio de media botella de vodka. Otra mujer fue descubierta pasando de contrabando una botella de leche. Yurgatavichus la obligó a bebérsela allí mismo.

19 de mayo de 1943. Hoy se produjo otra gran redada contra el contrabando de alimentos. El *Gebietskommissar* Schreiver y Papen aparcaron de repente a poca distancia de la puerta de acceso al gueto del distrito Kavkazki y la emprendieron con los habituales cacheos. Schreiver se ocupaba personalmente de los cacheos, escrutaba cada palmo de tela. Diez personas fueron arrestadas como resultado de su celo. Entre ellas, un niño de catorce años. Todos los detenidos fueron obligados a permanecer de rodillas mientras se prolongaba la operación. Después fueron llevados a la prisión. ¿Cuáles eran sus delitos? Véaselos a continuación, a partir del listado de los objetos que les fueron confiscados: 2,8 kg de guisantes; 1 kg de macarrones; 0,5 kg de morcilla; 0,5 kg de mantequilla; 2 huevos; 0,25 kg de carne cocida; 1 kg de pan; 0,25 kg de acedera; 1 kg de pan seco, y 1,5 kg de patatas.

21 de mayo de 1943. Ayer algunos representantes del *Judenrat* acudieron al *Regierungsrat* para mantener un encuentro con Bub y

Papen. Les presentaron el listado de alimentos confiscados que anoté más arriba y les describieron los tormentos que se estaba infligiendo a los detenidos. Las condiciones de los detenidos, tanto de los hombres como de las mujeres, eran extremadamente penosas. Quienes fueron detenidos llevando la mayor parte de los alimentos estaban siendo sometidos a un régimen de trabajo brutal con jornadas de trabajo que se prolongaban desde las 7 de la mañana hasta la medianoche. Ello, cuando apenas recibían cien gramos de pan al día como único alimento. ¿Cómo iban a soportar jornadas tan extensas si apenas tenían qué comer?

El *Regierungsrat* prometió dejarlos en libertad. El *Stabsleiter* Bub, por su parte, hizo notar que la gravedad de su situación se debía al hallazgo de mantequilla entre los alimentos. Aseguró que de no haber sido por eso, todos habrían podido marcharse a casa sin problemas. En todo caso, los dejarían en libertad, pero antes serían azotados debidamente, a diferencia de lo que había estado haciendo hasta entonces. Esta vez los amarrarían a bancos y los azotarían «con todas las de la ley».

Nos llegan noticias de Vilnius. La vigilancia en las puertas del gueto se ha recrudecido notablemente. Ahora son judíos los encargados de cachear a quienes regresan del trabajo, mientras los guardias alemanes vigilan de cerca el proceso. Se dio un caso en que los alemanes detectaron alimentos de contrabando escondidos por alguien que ya había superado el cacheo de los judíos. Los seis judíos que desempeñaban esa labor aquel día fueron fusilados de inmediato.

22 de mayo de 1943. Los miembros del *Judenrat* M. Leibovich y A. Katz acudieron hoy a la oficina del *Gebietskommissar*. Allí les esperaba Papen para informarles que los detenidos serían llevados al gueto Kavkazki el domingo 23. Les dijo que se había elegido ese gueto porque la mayoría de los detenidos vivía allí y que serían sometidos a un castigo público en el jardín de la calle Gelgaud. Aclaró que esta vez los azotes serían aplicados con toda severidad y que tanto el supervisor de la comandancia como su asistente acudirían a asegurarse de que así fuera.

Los representantes del gueto solicitaron se les permitiera intercambiar unas palabras con el supervisor. Creían poder interceder por los detenidos y conseguir que se aliviaran los castigos

que les esperaban.

El supervisor los recibió y declaró a voz en grito que los «perros y los cerdos» que se atrevían a intentar colar embutidos de contrabando en el gueto merecían los castigos más severos. Ante la observación hecha por los representantes del *Judenrat* en relación con que algunos de ellos apenas llevaban consigo trozos de pan o patatas, el supervisor les aseguró que la próxima vez «toda esa gente iría a parar a un lugar bien distinto».

ORDEN OFICIAL

A propuesta del *Gebietskommissar* se da a conocer lo siguiente:

El domingo 23 del mes corriente todas las personas detenidas por intentar ingresar alimentos al gueto el día 19 del mes corriente saldrán de la prisión y serán sometidas a castigos corporales en el jardín ubicado en el número 1 de la calle Gelgaud en el gueto del distrito Kavkazki. Se ordena a los residentes en el gueto acudir a presenciar el castigo.

Siailiau, 22 de mayo de 1943

23 de mayo de 1943. A las diez de la mañana de hoy los diez detenidos fueron conducidos hasta las puertas del gueto del distrito Kavkazki. Llegaron acompañados por Velkstis (antiguo jefe de la guardia del gueto) y otro policía.

Allí se vieron obligados a esperar durante una hora y cuarto, mientras Velkstis agitaba la porra sobre sus cabezas y les gritaba: «Vais a recibir una buena por haber intentado entrar tocino de contrabando y por bolcheviques». Inquieto, se acercaba de tanto en tanto a los guardias judíos, los provocaba y se mofaba de ellos. Les repitió varias veces esta amenaza: «Si a los alemanes les van bien las cosas, puede que os dejen vivir vuestras miserables vidas. Pero si les fuera mal, os van a liquidar a todos. Yo mismo y otros como yo nos ocuparemos de hacerlo, porque si no os matamos seréis vosotros quienes vendréis a buscar venganza más tarde».

El vehículo que traía al *Gebietskommissar* llegó al gueto a las once y cuarto de la mañana. En él viajaban Schreiver, Lipker, Braun y un fascista lituano.

Los detenidos fueron llevados al jardín del número 1 de la calle Gelgaud. Velkstis y otro policía los escoltaron. Previamente habían instalado una mesa en el medio del jardín. Los residentes del gueto se agolpaban en torno a ella.

En el último momento, Leibovich y A. Katz, miembros del *Judenrat*, intentaron arrancar el perdón para L., un niño de pocos años detenido por esconder un caramelo. El perdón fue concedido.

La sesión de castigo dio comienzo por fin. Pero antes A. Katz tuvo que pronunciar un breve discurso a los convocados para recordarles la existencia de una rígida cuota de alimentos que consistía en cien gramos diarios para quienes no trabajaran y doscientos para quienes sí lo hicieran: la entrada de alimentos al gueto por encima de esa norma estaba terminantemente prohibida. Seguidamente los arrestados fueron conducidos uno a uno hasta la mesa, despojados de los abrigos quienes los llevaran, y golpeados con porras de goma por los policías.

A Velkstis le supo a poco el castigo establecido y en más de una ocasión se propasó golpeando a las víctimas repetidamente con extrema violencia.

26 de mayo de 1943. Preocupa la situación en Bachiunai. Trescientas veinte personas trabajan allá en los yacimientos de turba. Pero muchos de ellos están enfermos o débiles y no deberían estar haciendo ese trabajo. En realidad son unos doscientos los que trabajan en la turba, mientras el resto se ocupa de labores administrativas o del mantenimiento de las herramientas. Con todo, últimamente apenas se consiguen formar seis brigadas de veinte hombres cada una. No hay con quién formar una séptima.

Ello genera constantes roces entre el responsable de los yacimientos y los miembros del *Judenrat*. El primero sostiene que con trescientos veinte hombres dedicados a esos trabajos tendría que formar a diario ocho o por lo menos siete brigadas y que así se lo exige la oficina del *Gebietskommissar*. El *Judenrat,* por su parte, insiste en que debe conformarse con seis brigadas. Sería mucho más sencillo declarar abiertamente que de esos trescientos veinte hombres hay varias decenas que carecen de fuerzas para trabajar en la turba y que sería mejor devolverlos al gueto. Pero en el *Judenrat* temen admitirlo. En primer lugar, porque ello podría traer consigo la exigencia de sustituir a los enfermos por trabajadores sanos.

¿Dónde los encontraríamos? Y lo peor: todos sabemos que en el gueto es muy peligroso estar enfermo o débil.

28 de mayo de 1943. Hace poco entre la población lituana de Kaunas se distribuyeron impresos con el siguiente texto: «En vista a la preparación de una *Aktion* contra los judíos llamamos a todos los genuinos patriotas lituanos a abstenerse de tomar parte en ella o las siguientes, porque hacerlo mancillaría el buen nombre de los lituanos». El texto llevaba la firma del Comité para la recuperación de la independencia de Lituania.

Un trabajador lituano pasó una copia a un obrero judío y este último hizo llegar el documento al miembro del *Judenrat* Liftser.

2 de junio de 1943. En la página 5 de un extenso documento de diez pliegos sobre la cuestión judía entregado a las autoridades alemanas por el partido de los nacionalistas lituanos se puede leer lo siguiente: «A los batallones lituanos se les están asignando misiones que constituyen una humillación para Lituania y los soldados lituanos (por ejemplo, se les encarga el fusilamiento de judíos y civiles bielorrusos). Encima, cuando los oficiales lituanos se niegan a aceptar tales misiones es a ellos a quienes amenazan con el fusilamiento. Por otra parte, durante las ejecuciones las cámaras fotográficas y cinematográficas presentes sólo registran a los soldados y oficiales lituanos, mientras evitan registrar la presencia de alemanes…»

20 de junio de 1943. Boyer, el secretario de la organización fascista, pasó las vacaciones en Alemania y le tocó padecer las incursiones aéreas de los bombarderos ingleses y norteamericanos. Volvió muy alterado y sólo habla de cobrarse venganza castigando a los judíos. Le dijo a uno de los trabajadores judíos que cuando acudió hace unos días a comer en la casa de cierto general, éste manifestó que a su juicio había demasiados judíos en el gueto y le parecía razonable eliminar a unos cuantos.

30 de junio de 1943. Kroll y Gef, dos agentes del SD,[81] exigieron información adicional sobre los residentes en el gueto y pusieron especial énfasis en que el informe los divida en cuatro categorías distintas:

1. Hombres y mujeres menores de trece años.
2. Ocupados en trabajos de especial relevancia para el ejército alemán.
3. Alojados en barracas dentro del territorio del gueto.
4. Limitados en su capacidad para trabajar.

A esas cuatro categorías el *Judenrat* debe añadir aún una quinta, a saber, una «columna de reserva», en la que se incluiría a quienes no trabajan o lo hacen sólo a tiempo parcial. Esta categoría debe contener a las madres con hijos pequeños, los ancianos y las personas que trabajan en el aeródromo dos o tres veces por semana.

Los hombres de la SD se negaron a aceptar que esa columna fuera formada por un millar de mujeres y exigieron sumar al listado unas quinientas personas más, incluidas quienes trabajan hasta tres o cuatro veces a la semana. Ello significa que los enfermos, los adolescentes, los niños y las madres con hijos pequeños también tendrán que trabajar. Con todo, tampoco eso sería tan terrible si se lo compara con tantas otras ideas terribles que nos sugiere la visita de agentes de la SD…

9 de julio de 1943. En la edición del diario *Ateitis* marcada con el N.° 154 aparece un artículo del *Brigadenführer* de las SA A. Lenzen, *Gebietskommissar* de Kauenland, región de Kaunas. La pieza se titula «Los siervos de los judíos» y en ella se lee lo que sigue: «Desafortunadamente, todavía hoy la huellas de las zarpas de Israel marcan las tierras de Kaunas y sus alrededores. Basta siquiera observar las calles de la ciudad por las que avanzan de vuelta al gueto las columnas de trabajadores judíos. Uno se percata entonces de cosas de veras increíbles. Yo mismo tuve ocasión de presenciar hace pocos días cómo una elegante señora lituana se cruzó con la columna de judíos y tras saludar a uno de ellos apretándole la mano con notable efusión trabó conversación con él como si nada. ¿Qué relaciones pudieron tener en el pasado esas dos personas y qué hace que las mantengan todavía hoy?, me pregunté. No pude resistirme a intervenir en el fortuito encuentro. El judío se alejó deprisa, mientras la señora pareció turbada, el carmín coloreó sus mejillas y también ella intentó esfumarse. Por desgracia, no domino la lengua lituana y ello me impidió reprendería como se merecía. Aun así, creo que supo comprender mi estado de ánimo y comprendió lo

inapropiado de su comportamiento.

»Es evidente también que los vecinos de la ciudad y las aldeas adyacentes continúan cultivando las relaciones que mantuvieron antes con los judíos y les alcanzan alimentos. En las inspecciones a las que sometemos a las columnas de trabajadores judíos hemos detectado muchos casos flagrantes de ese tipo de colaboración. ¿Acaso se puede concebir que judíos o judías de esas columnas de trabajadores visiten apartamentos de lituanos y que éstos los traten como a iguales? En lugar de ponerlos de patitas en la calle resulta que hay lituanos que entablan animadas charlas con judíos y hasta comercian con ellos. ¡Qué vergüenza dan tantas personas que se comportan de manera indigna y, al hacerlo, dan un penoso ejemplo a los demás!

»Mayor es aún el desprecio que merecen los campesinos que se prestan a ese comercio en las áreas rurales. Cuando les preguntas si tienen carne u hortalizas que vender escurren el bulo y en cambio las venden "encantados" a los judíos. Parece que mantienen una relación de amistad especial con ellos. Y ya se sabe: dime quiénes son tus amigos y sabré quién eres. Quiero adelantar aquí una propuesta. Y ahí va: a todo el que mantenga relaciones con los judíos, los apoye o alimente contactos con ellos deberíamos coserle una estrella en el pecho en la que se lea "Siervo de los judíos"».

17 de julio de 1943. El sábado 17 de julio los dos guardias apostados a las puertas del gueto se emborracharon. A las doce y media de la noche entraron al gueto y la emprendieron contra los transeúntes que encontraron a su paso. A uno de ellos lo sacaron del perímetro del gueto, lo golpearon y lo amenazaron con matarlo a tiros. Exigían les entregaran chicas jóvenes… Guenej Raiz, uno de los guardias judíos, intentó terciar. Le dieron una golpiza.

26 de julio de 1943. La noticia de la dimisión de Mussolini fue recibida en el gueto con estupor a la vez que con alegría. No obstante, todos se comportan con serenidad. Saben cuánto les puede costar exteriorizar sus sentimientos. ¡Todavía nos queda sufrir bastante!

28 de julio de 1943. En la edición del diario *Ateitis* marcada con el N.° 165 aparece un nuevo artículo: «Los judíos y los siervos de los

judíos».

«… El fiscal Vsevolod Kopp parece alimentar una especial simpatía hacia los judíos. Cada día se lo puede encontrar a las siete de la mañana en el parque de la ciudad departiendo amigablemente con los judíos. Se lo ve sonreír y estrecharles las manos cuando se despide.

»Son varias las personas, entre ellas Rozalía Moltene, residente en el número 49 de la calle Yanóvskaya, Kaunas, y Petronele Rudkauskene, vecina de la aldea Usledzhiu, Kaunas, que han sido castigadas por mantener relaciones comerciales con judíos. Ambas fueron privadas de libertad por sus delitos. De acuerdo con las órdenes impartidas al respecto, ambas llevan más de un mes detenidas».

31 de julio de 1943. Hemos recibido noticias de los detenidos en el campo de concentración del aeródromo. Por lo visto anoche tuvo lugar un baile para homenajear a los pilotos en el que estuvieron presentes el *Generalkommissar* y el *Gebietkommissar*. Se habló de los judíos y se puso énfasis en que 1) los judíos no muestran respeto a los oficiales, y 2) los judíos deben trabajar también los domingos.

1 de agosto de 1943. Un capataz del aeródromo la tomó hoy con un niño judío que había faltado al trabajo la víspera. Lo obligaron a seguir el paso de dos bicicletas que iban a toda carrera. Como no podía hacerlo, lo golpearon salvajemente. El capataz le ató al cuello una sierra y una caja de clavos y lo hizo andar con ellas dos kilómetros mientras lo golpeaba con una vara. Desmadejado y exhausto, el chico volvió a casa a duras penas.

5 de agosto de 1943. Hoy se ha vivido una dura jornada en el aeródromo. Por lo visto, dos suboficiales alemanes decidieron que era el día adecuado para «hacer entrar en razón» a los trabajadores judíos. Así, desde primera hora exigieron que los judíos saludaran con esmero a todos los militares alemanes que se cruzaran, incluidos los soldados rasos. Ante los suboficiales se los obligaba a descubrirse cinco metros antes de cruzarse con ellos y a mantenerse con la cabeza descubierta hasta que los separaran otros cinco metros después de haberse igualado sus pasos. Cuando se trataba de oficiales de alto rango se los obligaba a desfilar al trote diez metros

antes de cruzarse con ellos y otros diez después de haberlo hecho.

Si una columna de trabajadores se cruzaba con suboficiales u oficiales, los judíos tenían que descubrirse y pasar a su lado a la carrera.

Animados por el propósito de entrenarlos, los dos suboficiales dedicaron largo rato al ejercicio de trotes y carreras. Después fueron a inspeccionar los trabajos. Un obrero al que encontraron ocioso fue obligado a salvar un kilómetro y medio a la carrera. Otro se había quitado la camisa y ello casi le cuesta morir estrangulado por haber incumplido la obligatoriedad de «llevar signos distintivos judíos». A un tercero lo obligaron a subir a una bicicleta y a correr entre ellos dos, también en bicicletas, manteniéndoles el paso. En definitiva, todo el que tenía la mala suerte de atraer la atención de aquellos dos hombres acababa lamentándolo.

10 de agosto de 1943, 9 del mes Av.[82] Hoy ha corrido por el gueto el rumor de que se acercan grandes cambios. La alegría, aunque contenida, fue enorme. En la sinagoga alguien propuso recortar las oraciones luctuosas, pues el día de la liberación estaba pronto.

31 de agosto de 1943. Hoy se celebró una reunión conjunta de todos los representantes del gueto. Estuvieron presentes M. Leibovich, A. Geller, P. Rubinstein, A. Katz, S. Burguin, A. Abramson, A. Kalfenitski, A. Brelovich, B. Abramóvich, P. Viz, D. Getz, M. Rubistein, I. Minor, M. Mil, A. Zeygarnik, A. Slezin, J. Cherniavski, A. Getz, A. Gutman, J. Zhilinski, K. Uzven, A. Gens, I. Mordel, J. L. Sheskin, S. Katz y los doctores Burstein, Direktorovich y Kamber.

M. Leibovich y A. Katz actuaron como presidente y secretario de la asamblea, respectivamente. Se procedió a intercambiar opiniones sobre las posiciones comunicadas por la *Sicherheitzpolizei* (Gestapo). El presidente M. Leibovich y el miembro del *Judenrat* A. Katz rindieron el siguiente informe al respecto: Makk, el jefe de la Gestapo, convocó a las once de la mañana de hoy a los miembros del *Judenrat* M. Leibovich y A. Katz y se expresó en estos términos: «Dado que los judíos violan sistemáticamente las órdenes que establecen la prohibición de introducir alimentos en el gueto y dado que el 29 de agosto de 1943 fueron cacheados por sorpresa los

trabajadores que integraban una columna adscrita al *Gebietskommissariat* y se les encontró una gran cantidad de alimentos prohibidos por la ley, mañana, 1 de septiembre de 1943, a las doce del mediodía, el *Judenrat* queda obligado a llevar a la prisión a un número de cincuenta judíos. Los miembros del *Judenrat* serían hechos responsables en caso de incumplimiento de la orden que os estoy comunicando».

Conscientes de lo que significaba llevar a judíos a la prisión, los miembros del *Judenrat* declararon su negativa a obedecer la orden de proceder a semejante selección, a la vez que comunicaron su disposición a presentarse ellos mismos, el *Judenrat* en pleno, a las puertas de la prisión a la hora señalada.

A ello el jefe de la Gestapo les respondió que a él le daba igual quiénes fueran los judíos con tal de que fueran cincuenta los que se presentaran a la hora prevista. Al preguntársele si existía alguna posibilidad de que la orden fuera revocada o el castigo atenuado respondió: «El *Gebietskommissar* me ha dado esta orden y no haré otra cosa que cumplirla al pie de la letra».

Tras concluir la conversación en esos términos, los miembros del *Judenrat* acudieron a pedir la intercesión del doctor Günther, jefe de la *Arbeitsamt*, quien le prometió «tomar medidas». Cabe considerar, que en tanto jefe de la *Arbeitsamt* (Oficina de empleo), el doctor Günther estaba interesado en que no disminuyera la fuerza laboral judía disponible en la ciudad.

El presidente pidió opinión a los presentes sobre las vías para evitar la desgracia inminente.

Se tomó la decisión de presentar una solicitud formal al *Gebietskommissar* avalada por todos los miembros del *Judenrat*. En ella se le pediría revocar la orden. Se encargó la gestión a los miembros del *Judenrat* M. Leibovich, A. Katz y S. Katz.

A las seis de la tarde se reanuda la reunión con los mismos participantes.

El presidente informó que el doctor Günther acudió al *Gebietskommissar* con una petición de indulto. El último resultó estar de muy mal humor y ni siquiera le dejó hablar. «No somos judíos para andarnos aquí con regateos —exclamó—. La orden debe cumplirse a rajatabla».

El presidente pidió a todos manifestar con claridad sus

opiniones, pues se trataba de un asunto que requería la más alta dosis de responsabilidad.

Algunos ancianos se desmayaron. No había electricidad en el recinto. Las trágicas deliberaciones transcurrían en penumbras.

Exhausto y con la voz rota por la emoción, el más anciano de los miembros del *Judenrat*, Geller, se refirió a otros momentos de la historia del pueblo judío, cuando en el último instante «el mal había parido el bien». Otros propusieron echarlo a suertes o hacer una lista con los judíos dispuestos a inmolarse.

No se consideró la posibilidad de ofrecer resistencia, pues se carecía de las armas necesarias para un levantamiento. Con ello se habría puesto en peligro a todos los residentes en el gueto, en lugar de a apenas cincuenta, sin conseguir ocasionar daño alguno al enemigo. El tiempo se agotaba.

Leibovich y Katz acudieron a la Gestapo, cuyas paredes guardaban el testimonio de tantos horrores perpetrados contra los judíos, una hora antes de la extinción del plazo. Encontraron a los alemanes con un estado de ánimo festivo: vestían sus uniformes de gala e iban armados hasta los dientes. Estaban listos para la «celebración» que daría comienzo de un momento a otro.

En el último momento apareció el jefe de la Gestapo para informar que se conmutaba la pena de muerte por el pago de una multa de veinte mil marcos a abonar en dos plazos: la primera cuota el 15 de septiembre; la segunda, el 15 de octubre.

18 de septiembre de 1943. El nuevo comandante del gueto informó que la orden de acomodar a los residentes del gueto en barracas venía directamente de Berlín.

23 de septiembre de 1943. Nuestro nuevo amo, el *Hauptsturmführer* Forster, nos ha hecho unas cuantas visitas. Siempre llega con un retraso de horas; siempre lo esperamos aterrorizados. Su conversación es pausada y serena y escucha con mucha atención los argumentos del *Judenrat*. Con todo, jamás se aparta de la línea que trae prefijada. Y ésta establece el pronto traslado a barracas de todos los residentes del gueto, repartirlos en unidades de trabajo y el cumplimiento a rajatabla de todas sus órdenes. Su primera orden fue el traslado de quinientos judíos a las barracas del aeródromo. Dicho traslado debía concluir antes de las

seis de la tarde del 26 de septiembre. El plan preveía enviar al aeródromo a adultos y niños mayores de diez años. Entretanto, se supo que las barracas, llenas de barro, no estaban listas para acogerlos. No obstante, Forster se mostró inflexible. «Mi orden es clara —nos dijo—, el traslado se realizará el jueves y ni un día después». Al comandante del aeródromo le advirtió: «O acomodáis a esos judíos el día señalado o tendréis que prescindir de ellos». Las opciones eran diáfanas: separar a muchos padres de sus hijos o condenar a trabajos forzados a familias enteras. Y ello a sabiendas de que no podíamos enviar a padres que tuvieran hijos pequeños. En el último momento la dirección de ferrocarriles ocupó a treinta y un obreros en el despacho de un tren a Riga y ello nos permitió arrancar al comandante la autorización de enviar apenas cuatrocientas personas el jueves con el compromiso de que el resto se reuniría con ellos el viernes.

En medio de las negociaciones, al comandante se le escapó que los menores de diez años no podrían acompañar a sus padres a los campos de concentración en ningún caso y que serían alojados en un orfanato especial. Parecía evidente que los inquilinos de aquel orfanato correrían la misma suerte que todos los niños judíos acogidos por esas instituciones. Es decir, serían «liquidados».

24 de septiembre de 1943. A las siete de la mañana de hoy se vio marchar a la columna de judíos destinados al campo de concentración del aeródromo. Tal vez se haya tratado de la más penosa de todas las procesiones que se haya visto abandonar el perímetro del gueto. Parecía el cortejo de un funeral. Ver pasar a familias con niños daba mucha pena.

El comandante del gueto, un enviado del aeródromo y varios funcionarios de diverso rango asistieron al triste espectáculo. Toda una compañía de soldados armados ocupaba ambos lados de la calle. Fueron cuatrocientas las personas que salieron del gueto, aunque unas pocas consiguieron escapar mientras las conducían a su destino.

27 de septiembre de 1943. Hoy salieron veinte hombres y sesenta mujeres hacia Linkaichiai. Los padres con hijos pequeños se desesperaban por pasar antes a la ciudad y dejar a sus criaturas al cuidado de familias lituanas. Un sacerdote se involucró en esas

gestiones, aunque al final no fueron muchos los niños acogidos.

30 de septiembre de 1943. Las pertenencias de los judíos enviados a los campos de concentración de Dáuguilai y Pavenchia continúan tiradas en la calle frente al gueto sin que aparezcan los camiones encargados de llevárselas. Las barracas de Dáuguilai carecen de suelos, estufas, cocinas y hasta ventanas. Tampoco han instalado las literas ni asegurado el abastecimiento de alimentos. La gente está desabrigada y hambrienta.

1 de octubre de 1943. La situación de los judíos enviados a Dáuguilai es catastrófica. La barraca. Aún en construcción, fue concebida para acoger sesenta personas, cuando ahora acoge a doscientas cuarenta y seis. Cuatro personas comparten cada improvisada litera de setenta centímetros de ancho. No hay paja ni heno sobre los que tumbarse. Todo el equipaje que trajeron permanece tirado afuera: no hay sitio para nada más dentro de la barraca. ¿Cómo acomodarán los enseres que aún están por llegar? Aunque lo más probable sea que no tengan ocasión de preocuparse de eso, pues el comandante del campo de concentración, un suboficial de las SS, manifestó que los judíos poseen demasiados bienes y que conviene hacer una profunda inspección de los mismos. El propósito de su comentario es harto previsible…

Las ventanas de la barraca todavía carecen de cristales. El frío y la humedad son horrorosos en todo el campo. Ya se conoce de la aparición de algunas enfermedades. Se teme a las epidemias.

No se han asegurado los suministros. No hay nada que comer. La gente pasa hambre.

Es menester señalar que el comandante del campo ha estado aquí y visto con sus propios ojos cómo nos han «acomodado». Su único comentario a lo observado fue: «Ya iremos arreglándolo todo». Con todo, no se privó de subrayar que la higiene del campo es un asunto prioritario y que cualquier acto de desobediencia se castigará con la horca o el paredón.

Las mujeres y los niños se mueven como alelados. Es imposible describir la desesperación que padecen.

3 de octubre de 1943. La escuela ha sido cerrada. Los niños han sido repartidos por los campos de concentración o vagan sin rumbo

por el gueto. Los maestros también han sido enviados a diversos destinos.

Los adolescentes han sido enviados a trabajar, mientras los niños de entre diez y trece años intentan encontrar alguna ocupación para escapar a la consideración de «no aptos para el trabajo». Hay cientos de niños en esa situación. Muchos de ellos, aún en edad escolar, se ven obligados a cuidar de sus hermanos y hermanas más pequeños que han sido separados de sus padres.

Todos compartimos una misma preocupación: ¿qué hacer con los niños para que pasen desapercibidos durante el día? La opción de crear un orfanato ha sido descartada: los orfanatos que acogen a niños judíos no son instituciones duraderas.

9 de octubre de 1943. Amanece. Todos los edificios de la calle Vélinskaya han sido vaciados. Una brigada de casi un centenar de hombres y mujeres dedicó todo el viernes a su limpieza. Sacaron toda la basura. Lavaron todos los rincones y entregaron los apartamentos inmaculados a sus nuevos inquilinos. Unas cuatrocientas personas fueron desalojadas. El sábado, Yom Kippur, trasladaron las barreras de alambre de espino a otro distrito.

Se espera una orden que establezca la segregación de los hombres y las mujeres.

17 de octubre de 1943. Hoy ha dado comienzo una nueva operación de reasentamiento desde el gueto del distrito Kavkazki al gueto del distrito Trokai. Se ha previsto que el día 20 todo el primer gueto esté desalojado y sus residentes hayan sido reasentados a las calles Ezherski y Tróskaya.

Llegan noticias de Akmian. Gershon Zhemaytishek fue uno de los hombres que viajaron en el último transporte. Antes de emprender el viaje avisó que había contraído una gastroenteritis. Al llegar al campo de concentración el comandante lo hizo llamar y le preguntó si estaba sano o enfermo. «Enfermo», respondió el interpelado. «¿Puedes trabajar?», insistió el comandante. La respuesta de Zhemaytishek fue negativa. Entonces el comandante desenfundó su revólver y lo mató a la vista de todos. Acto seguido siguió paseándose por el campo de concentración y continuó ventilando los asuntos del día como si nada hubiera pasado.

18 de octubre de 1943. Otra víctima más. El domingo 17 los alemanes ordenaron el cierre de las puertas del campo de concentración de Dáuguilai. Desoyendo la orden de permanecer dentro del perímetro cercado Kushelevski marchó a pedir limosna por las aldeas. Dos niños lo acompañaban. Los tres fueron detenidos en el camino de vuelta al gueto. Los niños fueron enviado de vuelta al campo. A Kushelevski lo mataron a tiros. Según se cuenta la primera bala no lo mató, pero entonces se acercó el comandante del campo, un sargento mayor, y lo remató. «Ya tengo en mi cuenta personal a quince mil judíos de Slonim. Ahora me he apuntado uno más».

25 de octubre de 1943. El campo de concentración de Akmian tiene un aspecto penoso. Por fuera las barracas se ven sucias y miserables. Y las cosas son mucho peores dentro de ellas. Los judíos se trajeron aquí toda la pobreza del gueto; los harapos son todas sus posesiones. Con todo, intentan mantener limpias las barracas en la medida de sus fuerzas lavándolas a diario. El nivel de hacinamiento es indescriptible. Las literas son comunes. La iluminación procede ora de una lámpara incandescente, ora de una lamparilla alimentada con virutas. El sargento mayor nombrado comandante del campo permite salir del campo y trabajar para los campesinos. A cambio, obtiene mantequilla y tocino. El trabajo en las cercanas canteras de tiza no presuponía un esfuerzo físico significativo. De hecho, los ancianos y los más débiles se desesperan por trabajar en las canteras, pues la muerte de Zhemaytishek les metió a todos el miedo en el cuerpo, de manera que hasta los más canijos van por ahí alardeando: «Soy un hombre robusto», repiten. El régimen alimenticio es sencillo: quienes trabajan para los campesinos pueden comer hasta hartarse; los demás se mueren de hambre. La presencia de niños constituye uno de los problemas más serios. Hay doce muy pequeños y otros cuarenta algo mayores. Los residentes en el campo de concentración temen por ellos permanentemente. El comandante del campo de concentración aseguraba que el comandante principal de todos los campos, el *Hauptsturmführer* Forster, le había ordenado pasar por las armas a todos los niños, una orden que él se resistía a cumplir. También suele decir que el gueto de Siailiau corrió un grave peligro cuando se valoró aniquilar a todos sus residentes, pero que ahora ya había pasado el peligro y

no teníamos de qué preocuparnos. Con todo, el comandante no pertenece ni remotamente a la congregación de los justos. Por el contrario, se la pasa buscando sobornos y por muchos que reciba siempre le parecen poco. En una ocasión la tomó con una joven judía y se estuvo seis horas cortejándola y amenazándole con que la haría fusilar si no se le entregaba. Al final, la casualidad quiso que la joven se salvara. Al mismo tiempo, al comandante le gusta presumir de severo guardián de la moralidad en el campo y prohíbe las visitas masculinas a la barraca de las mujeres. No obstante, como las cocinas están ubicadas en esa barraca a los hombres se les permitió acercarse allí a comer, aunque con la obligación de marcharse antes de las seis de la tarde.

30 de octubre de 1943. Todos los jefes de distrito y los responsables de las aldeas (*virsaitis*) han recibido órdenes de incinerar los cuerpos de los judíos de Siailiau y alrededores asesinados en las matanzas de hace dos años. Todos esos cadáveres reposan desde entonces en fosas comunes.

5 de noviembre de 1943. Hoy ha sido el día más triste de toda nuestra sufrida existencia en el gueto. Hoy los alemanes se llevaron a los niños.

Cuando esta mañana los trabajadores intentaron salir del gueto como cada día, los guardias les dijeron que tenían órdenes de impedirles salir. Creyendo que eso anunciaba un inminente traslado, como ya había sucedido en Vilnius y Kaunas, todos corrieron a sus casas a preparar el viaje.

El *Hauptsturmführer* Forster se apareció en la sede del *Judenrat* a las siete y media de la mañana. Unos instantes más tarde se le reunió allí el ilustre Schwandt. También acudieron otros verdugos de Kaunas, todos armados con fusiles automáticos. El gueto fue rodeado por camiones cubiertos. Forster le preguntó de malos modos al guardia por qué cortaba el paso a los trabajadores y seguidamente le ordenó dejarlos marchar inmediatamente. Cuando los residentes del gueto conocieron la contraorden de Forster, jóvenes y viejos corrieron hacia las puertas. Muchos llevaban consigo a sus pequeños, pero el comandante Schleef los interceptaba uno tras otro: los niños no estaban autorizados a salir del gueto.

Cuando todos los trabajadores hubieron abandonado el gueto, Forster ordenó cerrar las puertas.

—He recibido la orden de sacar del gueto a todos los niños menores de trece años y a los adultos no aptos para el trabajo —anunció—. Los niños serán reasentados a un orfanato de Kaunas. Los adultos cuidarán de ellos. El orfanato acogerá a los niños judíos de todos los guetos de la región. Para evitar suspicacias de vuestra parte, dos miembros del *Judenrat* —Kartun y A. Katz— los acompañarán en el viaje. Cuando los niños ya estén debidamente instalados, los miembros del *Judenrat* volverán y os traerán saludos de los reasentados.

Los representantes del *Judenrat* pusieron una objeción:

—¿Cómo vais a separar a los niños de sus padres?

Forster respondió:

—¡Deprisa! ¡Tenéis que cumplir las órdenes sin rechistar! Los guardias están preparados allá afuera esperando.

Seguidamente Forster se dirigió a la barraca en el almacén de Semlin, donde se alojaban unas doscientas cincuenta personas. También a ellos les comunicó las órdenes, antes de que los sacaran y obligaran a formar en el patio para proceder a la selección.

La selección tenía un propósito muy preciso: ancianos, enfermos y niños iban a parar a un lado; los jóvenes y las personas aptas para el trabajo iban a parar a otro.

Entretanto los camiones cubiertos ya habían entrado al gueto acompañados por un centenar de guardias armados con fusiles automáticos y granadas de mano que recorrían las callejuelas e irrumpían en las casas sacando a todos sus inquilinos a la calle. Mientras, como ocurría durante los pogromos, destrozaban o se llevaban todo lo que les apetecía. Los guardias abordaban a toda persona con la que se tropezaban en la calle para cachearla concienzudamente. Invariablemente les quitaban relojes, anillos, dinero y en ocasiones las dejaban desnudas. Muchos intentaban comprar su libertad ofreciéndoles enseguida cualquier cosa de valor que llevaran encima. Los guardias aceptaban todas lo que se les ofrecía y después arrastraban igualmente a su víctima hasta el lugar de concentración. En algunas ocasiones se quedaban el dinero y hacían como que dejaban marchar a quien se los había entregado. Pero unos minutos más tarde enviaban a otros guardias a detenerlo

sin remedio. A las mujeres y los niños los arreaban a culatazos, mientras les gritaban las palabras más soeces. Registraban todas las casas, destrozaban los muebles, rasgaban y arrojaban a la calle sábanas y vestidos. Ávidos de encontrar bienes escondidos, levantaban los suelos y rompían las paredes de desvanes sin dejar un solo rincón fuera de su escrutinio. Buscaban niños y cuando los encontraban se los veía sacarlos a la calle desnudos y descalzos. Allí los izaban tirándoles del cabello o los bracitos y los arrojaban a los camiones. Corrían tras los pequeños a quienes la operación había sorprendido ya en las calles o los patios y les daban caza a tiros. Los desafortunados padres corrían tras sus hijos implorando clemencia. Sus gritos y llantos creaban un ruido de veras ensordecedor.

Apenas quedaban dos sitios que parecían más o menos seguros. Ellos eran el hospital y la zapatería. Schleef había dado órdenes para que ambos establecimientos continuaran funcionando con normalidad. Pero su orden fue desoída y todos los enfermos y el personal de la clínica fueron sacados a la calle. Entre ellos se encontraban el doctor Rozovski y una joven apellidada Válova. En lo alto del hospital se escondía un grupo de niños y desde allá arriba los arrojaron a la calle. Algo semejante ocurrió en la zapatería. Registraron y cachearon a todos los que trabajaban allí. Los niños y los ancianos fueron arrojados a los camiones. Eran muchas las madres que se agolpaban en torno a los camiones implorando a los verdugos que las dejaran acompañar a sus hijos. Apenas cuatro de ellas se vieron «recompensadas» con la autorización.

M. Leibovich, Aron Katz y Kartun representaban al *Judenrat* en la plaza desde la que partían los camiones. Al principio lograron que la Gestapo liberara a algunos niños, pero poco después los «liberados» también fueron subidos a los camiones. En un momento dado el *Hauptsturmführer* le ordenó a Leibovich que se marchara. Katz y Kartun se quedaron. El primero había tenido la «insolencia» de exigir que se proveyera de agua y alimentos a los niños. En pago, el comandante lo obligó a viajar junto a los pequeños.

Todo el proceso se prolongó desde las 07.30 hasta las 16.00 horas. Los padres se agolpaban junto a la fábrica en un extremo de la plaza y asistían impotentes a la marcha de sus hijos. Resulta imposible imaginar su desesperación.

Según el comandante, en total fueron ochocientas dieciséis las personas que los alemanes se llevaron aquel día, entre ellas algunas traídas de otros campos de concentración. Otros cálculos, no obstante, apuntan a que fueron más de mil personas cargadas en veintiún camiones.

Similar procedimiento afectó a los campos de Dáuguilai y Pavenchia de donde se llevaron a quince niños y ancianos. Otras nueve salieron de las barracas del aeródromo: cinco niños y cuatro ancianos.

Entre las tantas personas que se llevaron aquel día cabe mencionar al rabino M. Rubinstein y a Ioffe, autor de innumerables libros. También se llevaron a Rudnik, un hombre inválido, prometedor poeta de gran talento, y al pintor Furman, quien trabajó durante años en los decorados de muchas obras de teatro judío. Furman estaba gravemente enfermo durante su reclusión en el gueto, pero jamás lo abandonó una presencia de ánimo que le permitía sobreponerse a las calamidades y creyó siempre en que el día de la liberación estaba próximo.

EDITOR: O. SÁVICH

Los fuertes de la muerte en Kaunas

La población judía de Kaunas era de unas cuarenta mil personas cuando se produjo la ocupación alemana.[83]

En la noche del 25 al 26 de julio un millar de judíos fue asesinado en la población de Viliampole, a las afueras de Kaunas. Los bandidos encontraron al rabino Osovski, un anciano blanco en canas que era el responsable de la Yeshiva, envuelto en el taled. Osovski fue decapitado con una sierra y su cadáver expuesto durante una semana hasta que los alemanes autorizaron a darle sepultura. A otros muchos judíos aquellos bárbaros les arrancaron la lengua o les sacaron los ojos.

Junto a una casa de la calle Aregalos, bajo una ventana, se descubrió una inscripción que rezaba: «¡Judíos, vengaros!». A su lado estaba tumbado el cadáver de un judío que había tenido tiempo de escribirlo con la yema de su dedo mojada en su propia sangre.

Cincuenta judíos fueron sometidos a torturas en un garaje de la avenida Vitauto. Algunos fueron golpeados hasta la muerte con barras de hierro y palas. A otros les dieron muerte introduciéndoles en la boca mangueras conectadas a la red del acueducto. Cuando todo hubo acabado, uno de los bandidos se encaramó a la pirámide de cadáveres y comenzó a tocar la armónica, mientras sus compañeros bailaban en derredor.

Después de aquel pogromo «rutinario», los alemanes procedieron a poner «orden», es decir, a poner en marcha un «sistema» que buscaba la total aniquilación de los judíos.

En los finales del siglo XIX y los comienzos del xx en torno a Kaunas se levantó un amplio sistema de fortificaciones que consistía en un anillo de nidos de cañones y ametralladoras, además de búnkeres subterráneos para esconder a las tropas. Aquella sucesión de altas almenas y profundas zanjas rodeadas de alambre de espino se convirtieron ahora en centros de tortura.

En particular, el Fuerte N.° 9 se convirtió en un verdadero cadalso para los vecinos de Kaunas y ciudadanos de otros muchos

países europeos.

EL FUERTE N.° 7

A finales de junio de 1941 la prisión de Kaunas estaba tan llena que no cabía un preso más. A partir de entonces a todos los judíos, con independencia de su edad o su sexo, los comenzaron a reunir en el Fuerte N.° 7, ubicado en la linde norte de la ciudad. También fue ése el destino de los refugiados judíos, es decir, de quienes habían intentado evacuar la ciudad ante la llegada de los alemanes, pero fueron capturados por éstos en las carreteras que los llevaban al este. En pocos días el Fuerte N.° 7 acogía a cerca de diez mil hombres, mujeres y niños judíos. Las mujeres y los niños fueron encerradas en las casernas. Allí permanecían privados de agua y comida e impedidos de salir al aire libre aunque fuera para hacer sus necesidades fisiológicas. La mortalidad era muy elevada en las casernas, pero se prohibía enterrar los cadáveres.

El cautiverio de los hombres y los adolescentes varones transcurría a la intemperie. Concretamente, en la enorme zanja que separaba las casernas del muro exterior del fuerte. A todo lo largo de la zanja se instalaron puestos de vigilancia a ras del suelo o en lo alto del muro.

Los guardias robaban a los prisioneros los relojes, el dinero y los anillos. Bastaba que avistaran a alguien que llevara unas buenas botas o una chaqueta nueva para que su dueño fuera invitado a dar un «paseo» al bosque, donde lo desnudaban y mataban.

Los detenidos aguantaron cuatro días sin comida ni agua. Como no soportaban más, presentaron una exigencia categórica: o los mataban a todos inmediatamente o les daban de comer y beber. Entonces les trajeron pescado seco y aquella gente hambrienta se abalanzó sobre la comida. Como es natural, el pescado salado disparó la sed que padecían. No obstante, tuvieron que esperar hasta el día siguiente para saciarla. Los alemanes trajeron un barril lleno de agua y ordenaron formar una fila de cinco mil personas que esperarían su turno para beber. Entonces los guardias anunciaron que un grupo de presos iría a beber a otro sitio y se los llevaron. Resultó ser una provocación: apenas hubieron traspasado las puertas del fuerte se escucharon las ráfagas que segaron sus

vidas.

El fuerte solía recibir la visita de alemanes de otras unidades que acudían a buscar judíos para ponerlos a trabajar. Ninguno de esos hombres regresó jamás.

—¡Aquí os va el premio que habéis esperado! —les decían a sus víctimas antes de dispararles.

A principios de julio Kaunas fue sede de unas competencias deportivas. A modo de gratificación especial, al equipo ganador se lo premió con el derecho a elegir veinticinco judíos del Fuerte N.° 7 y asesinarlos. Los «deportistas» acogieron con entusiasmo el «regalo» y mataron a veinticinco judíos a la vista de los demás presos.

Durante el recuento de la mañana del 7 de julio se ordenó salir de las filas a todos los varones menores de quince años. Ese mismo día los trasladaron al Fuerte N.° 7 junto a las mujeres y los niños pequeños. Hacía un calor tórrido aquel día. Exhaustas y hambrientas, las mujeres avanzaban junto al río Vilia arrastrando los pies a duras penas. Rogaban a los guardias que se les permitiera aproximarse al río para saciar la sed, pero sus verdugos se negaban en redondo. Sin fuerzas, decenas de mujeres caían desplomadas al suelo. Los guardias les daban muerte inmediatamente.

Todos los hombres que quedaban en el fuerte fueron aniquilados aquel mismo día. Así concluyó la tragedia del Fuerte N.° 7.[84]

EL FUERTE N.º 4

En Panemune, un suburbio situado al sureste de Kaunas, se alzaba el Fuerte N.° 4. La fortificación estaba enclavada en uno de los más bellos rincones del paisaje lituano, donde el río Neman forma un hermoso recodo que casi junta los dos boscosos márgenes que le sirven de cauce. El 18 de agosto de 1941, tres días después de que el gueto de Kaunas quedara oculto a los ojos del mundo, 534 intelectuales judíos fueron conducidos hasta allí.[85]

La suerte que corrieron aquellos hombres tardó algún tiempo en ser conocida. Concretamente, hubo que esperar hasta que una brigada de judíos del gueto de Kaunas fuera transferida a los cuarteles situados junto al fuerte para realizar ciertos trabajos y uno de ellos encontró en un altillo los pasaportes de varios de los

intelectuales secuestrados.

Yuozas Paulavichius, quien vive en las inmediaciones del Fuerte N.° 4, recuerda que un gran número de judíos fue fusilado en la fortaleza en agosto de 1941. Guarda en su memoria que los hechos ocurrieron un lunes, aunque ha olvidado la fecha precisa. Uno de los condenados huyó del lugar de la ejecución. Iba en paños menores. Los alemanes le dieron alcance y lo mataron a la vista de los transeúntes. Según narra el mismo testigo, los alemanes ordenaron exhumar sus cadáveres justo antes de que se vieran obligados a abandonar Kaunas. Por lo visto, también los «*brenners*» fueron asesinados e incinerados al término de su «trabajo». De ello dan testimonio dos tobillos humanos encontrados en el lugar del enterramiento: ambos llevaban grilletes.

La conocida como «*Aktion* 534» o «*Aktion* contra la *inteligentsia*» acabó con las vidas del escritor Ari Glazman, el periodista Mark Wolfovich, el violinista I. Stender, maestro concertista de la Ópera estatal de Lituania, el pintor A. Kaplan y otros muchos médicos, abogados, ingenieros, entre diversas figuras del arte y la ciencia. La *Aktion* tenía un propósito diáfano: los alemanes buscaban eliminar toda posibilidad de resistencia eliminando a los miembros más preparados y activos de la comunidad judía, así como a los hombres y los jóvenes.

EL FUERTE N° 6

El Fuerte N.° 6 está ubicado en Petrashuniai, un suburbio ubicado al noreste de Kaunas. Desde los primeros días de la guerra los alemanes instalaron allí un campo de concentración para prisioneros de guerra soviéticos. De acuerdo con el informe de la Comisión Estatal Extraordinaria fueron treinta y cinco mil los prisioneros de guerra asesinados allí. Sus peritos encontraron sesenta y siete fosas de idéntico tamaño: 5 × 2,5 metros. Tan elevado número de fosas permite deducir que los asesinatos no se interrumpieron hasta que Kaunas fue liberada por el Ejército Rojo.

El Fuerte N.° 6 fue también la tumba de muchos residentes del gueto de Kaunas. Contamos con datos precisos de al menos dos de esas víctimas. En junio de 1943 el encargado de asuntos judíos y oficial de la Gestapo Stitz[86] visitó en el gueto al joven matrimonio

formado por el judío suizo Alexander Blumental y su esposa Henriette, una belga de Bruselas. Les dijo que el cónsul de Suiza había manifestado su preocupación por ellos y les había remitido sendos visados para viajar a Suiza. Añadió que ambos podían cargar con quince kilogramos de equipaje y que él mismo los llevaría al aeródromo donde ya los esperaba un avión para llevarlos a Berlín. Allá sería el embajador suizo quien se encargaría del resto del viaje.

Cuando la joven pareja se hubo acomodado en el automóvil, Stitz ordenó al conductor:

—¡Al aeródromo! Es hora de que estos muchachos emprendan su viaje a los cielos…

La víspera Stitz había llamado a la joven belga para proponerle abandonar a su marido y salir sola del gueto. La mujer se negó categóricamente y se mantuvo dispuesta a compartir el destino que esperara a Alexander. Según el testimonio de testigos presenciales de la ejecución, ambos avanzaron hacia la muerte con enorme presencia de ánimo. Mientras el propio Stitz les apuntaba y disparaba, ambos se fundieron en un abrazo y se besaron tiernamente.

EL FUERTE N.° 9

1. Ejecuciones masivas de vecinos de Kaunas en otoño de 1941

El Fuerte N.° 9 está ubicado al noroeste de Kaunas. Concretamente en el kilómetro 9 de la carretera que conduce a Klaipeda. Los vecinos de Kaunas lo llamaron «el Fuerte letal». Tampoco se privaron de bautizarlo los hombres de la Gestapo. Ellos lo conocían como el *Vernichtungsstelle*, o lugar de exterminio.

En los inicios de la ocupación los alemanes convirtieron el Fuerte N.° 9 en una mera prolongación de la Prisión central de Kaunas. Es decir, un sitio al que llevar a fusilar a judíos, lituanos y activistas soviéticos. La Comisión Estatal Extraordinaria pudo establecer que allí fueron fusilados el diputado al Soviet Supremo de la URSS Budzhinskene, el diputado al Soviet Supremo de la República socialista soviética de Lituania Zibertas y el trabajador emérito de Kaunas Scherbakov, junto a su mujer e hijo, entre otras personalidades.

Al principio los fusilamientos tenían lugar en el patio del fuerte. Entretanto, y desde julio de 1941, un millar de prisioneros de guerra soviéticos[87] cavaban zanjas junto al muro occidental del fuerte, bajo estrecha vigilancia.

A las 11 de la mañana del 26 de septiembre los alemanes echaron a correr el rumor de que alguien había disparado contra el comandante Kozlovski, máxima autoridad del gueto. A la difusión del rumor siguió el cerco de un sector entero del gueto, cuyos vecinos —con la excepción de aquellos que pudieron mostrar documentos válidos— fueron conducidos al fuerte.

Un millar de personas fueron pasadas por las armas ese día. La mayoría, ancianos, mujeres con niños pequeños y familias cargadas de hijos…

La segunda gran *Aktion* tuvo lugar el 4 de octubre de 1941. Dos mil personas fueron conducidas ese día al Fuerte N.° 9. Los niños del orfanato, los pordioseros del hospicio y los enfermos sacados de sus lechos hicieron el viaje en camiones. Los alemanes prendieron fuego al hospital del gueto, ubicado en la zona afectada por la *Aktion*, con los enfermos, los médicos y las enfermeras dentro. No se salvó nadie. Hubo quien intentó escapar saltando desde las ventanas: a ésos los mataron a tiros. Antes de prender las llamas, los alemanes se ocuparon de tapiar todas las salidas. El estruendo de las descargas de fusilería y el tableteo de las ametralladoras procedentes del fuerte no cesaron en toda la noche.

La Gestapo ordenó que todos los judíos del gueto —unas treinta mil personas— se reunieran en la plaza central a las seis de la mañana del 8 de octubre. Supuestamente, se trataba de hacer una selección de las personas aptas para el trabajo. Ayudado por Friedrich Jordán,[88] asesor para asuntos judíos «adjunto al *Kommissar* metropolitano», el oficial de la Gestapo Helmut Rauka[89] seleccionó a unas once mil personas. Todas ellas pasaron la noche en las casas que habían quedado vacías en el «pequeño gueto» tras la última operación punitiva y al amanecer del 9 de octubre emprendieron camino hacia el Fuerte N.° 9, donde fueron asesinadas.[90]

Al día siguiente, el 30 de octubre, Itzik Bloch, un niño de diez años que sobreviviría después a los horribles tormentos que le tocó padecer en Dachau y Auschwitz, llegó corriendo al gueto. Apenas

llevaba encima una camisa manchada de sangre. A él debemos el siguiente relato.

Itzik Bloch y sus padres se encontraban en el «pequeño gueto» el día de la «inspección». Allí fueron detenidos y llevados al Fuerte N.° 9. Ya en el fuerte hombres y mujeres recibieron la orden de desvestirse y quedar en paños menores. Una vez desnudos los llevaban hasta al descampado donde habían abierto las zanjas y los obligaban a saltar al interior de éstas. Después los mataban a tiros. A los niños muy pequeños los ensartaban con las bayonetas y los arrojaban a las fosas. La madre de Itzik Bloch le gritó que intentara escapar. El niño echó a correr mientras los alemanes le disparaban. Saltó a unos arbustos y sintió las balas pasando raudas a su lado. Después que cayera la noche, cuando ya se había aquietado el campo, el niño salió de entre los arbustos y corrió hacia la ciudad. Con las primeras luces del alba llegó al «pequeño gueto», donde sólo encontró ruinas y silencio. Pasó el día escondido en una bodega y protegido por las penumbras de la noche alcanzó el «Gran gueto», donde aún había gente.

Algunos no creyeron la historia que les contó Itzik. Pensaban que el niño se había vuelto loco.

2. Asesinatos en masa de personas trasladadas desde Alemania y otros países de Europa occidental

En los primeros días de enero de 1941 se vio pasar junto al gueto a un enorme grupo de hombres, mujeres y niños conducidos bajo estrecha vigilancia.

Ese mismo día la Gestapo envió una brigada de judíos a la estación de ferrocarriles y les ordenó descargar unos vagones cargados de equipajes. Todas las maletas y bultos fueron llevados a la sede de la Gestapo, donde se procedió a abrirlos y separar su contenido. La conexión entre los equipajes y las personas enviadas al fuerte era más que evidente. Se trataba de judíos llegados desde ciudades como Berlín, Fráncfort del Meno, Breslau, Hannover, Hamburgo, Viena, *etc.* Mediante convocatorias públicas todos habían sido informados de que los evacuaban hacia el este (*«nach Osten»*) donde serían colocados en trabajos diversos. Las convocatorias establecían con precisión qué objetos les recomendaban llevar y el peso máximo del equipaje. Cada bulto

tenía una inscripción con el nombre y la dirección de su dueño. Los equipajes contenían un buen número de documentos personales.

Entre los judíos llegados en aquel tren había médicos, abogados, ingenieros, artesanos y numerosos oficiales del ejército alemán en los tiempos de Guillermo II condecorados por su participación en la Primera Guerra Mundial. Al deshacer los equipajes también se encontraron libros religiosos que pertenecían a rabinos. Todos los objetos transportados en las maletas fueron cuidadosamente embalados para seguir viaje. En casi todas ellas había trajes de faena: pantalones de lona, *etc.*

Según el testimonio prestado a la Comisión Extraordinaria por Yu. Naudjiunas, antiguo supervisor del Fuerte N.° 9, aquel primer grupo de judíos extranjeros estaba compuesto por cuatro mil personas. Las ejecuciones comenzaron el 10 de diciembre. El 16 de diciembre el fuerte recibió a un segundo grupo de tres mil personas. Todos ellos fueron igualmente exterminados.

Otros grupos de judíos llegaron al Fuerte N.° 9 a lo largo del invierno de 1941-1942. Provenían de Alemania, Austria, Checoslovaquia y otros países ocupados por las tropas alemanas.

El 4 de febrero de 1943, tras la aplastante derrota sufrida en Stalingrado, los alemanes descargaron toda su ira contra los judíos. Así, reunieron a un gran grupo de personas que habían cometido alguna falta —algunos habían comprado un periódico; otros, un trozo de pan— y las llevaron al Fuerte N.° 9 junta a sus cónyuges e hijos. Todos fueron ejecutados.

El terror que los alemanes habían impuesto a la población de Kaunas crecía de día en día. La menor sospecha de colaboración con los partisanos conllevaba el arresto inmediato. La Gestapo trasladaba a todos los arrestados al Fuerte N.° 9. Centenares de obreros e intelectuales antifascistas encontraron la muerte entre sus muros.

3. La eliminación de las fosas comunes

Poco después de la derrota que sufrieron en Stalingrado, los alemanes formaron un comando especial al que encargaron abrir las fosas comunes del Fuerte N.° 9, exhumar los cadáveres e incinerarlos. Después de dos meses realizando aquel trabajo los miembros del comando consiguieron escapar del fuerte. Algunos de

ellos llegaron hasta las bases de los partisanos. El autor de estas notas pudo escuchar de los labios de algunos de ellos —Alter Faytelson, Isroel Gitlin, Pinjos Krakinovski, Aron Vilenchuk, Berel Gempel y Vladislav Blum— el relato pormenorizado de los que les tocó vivir y ver en el Fuerte N.° 9. También utilizó las notas tomadas en el gueto a partir de las declaraciones de Aron Maneyskin, quien fue otro de los huidos.

Cumpliendo órdenes de los alemanes, en otoño de 1943 los campesinos de la zona llevaron al fuerte quinientos metros cúbicos de leña, gasolina en gran cantidad, combustibles químicos y explosivos. Para ese entonces toda el área colindante con el muro occidental del fuerte, donde estaban las fosas comunes, había sido rodeada de una cerca de lona de dos metros y medio de alto. Trajeron también una excavadora. En derredor del fuerte y a kilómetros de distancia colocaron chapas de acero en las que se informaba de la orden de disparar sin aviso contra cualquiera que pretendiera acercarse al fuerte.

A mediados del mes de noviembre de 1943 el comando destinado a la exhumación y posterior incineración de los cadáveres estaba compuesto por setenta y dos personas. Ellas comprendían:

1. Treinta y cuatro prisioneros de guerra soviéticos;
2. Catorce judíos que fueron detenidos cuando intentaban unirse a los partisanos (entre ellos, Shimel Eydelson, Berl Gempel, Míjel Gelbtrunk, Moishe Gerber, Mendl Deich, Aba Diskant, Aron Vilenchuk, Moishe Zimelevich, Shmuel Jononovich, Aron Maneyskin, Alter Faytelson, Pinjos Krakinovski y Shepsel Schmidt);
3. Nueve judíos del gueto (entre ellos, Moishe Levin, Lajnitski, Maister, Teve Fridman, Mendel Has e Isroel Gitlin);
4. Ocho judíos detenidos en Kaunas en diversas circunstancias: por la ausencia del distintivo amarillo en sus ropas, por comprar alimentos a lituanos, por estar escondidos en las casas de amigos lituanos. (Entre ellos se encontraban el doctor Portnoy, Girsh Shalit, Vitkin, el rabino polaco Shusterman, el abogado de Varsovia Vladislav Blum y otros.)

5. Tres hermanos rusos descubiertos cuando preparaban acciones de sabotaje en las afueras de Kaunas por encargo de los partisanos;[91]
6. Una polaca sospechosa de ser judía;
7. Tres mujeres judías traídas del gueto.

Entre los prisioneros de guerra soviéticos se encontraban el doctor Neymenov, moscovita de sesenta y dos años que se desempeñaba como oficial en los Servicios médicos del ejército, el capitán de navío L.L. Vasílenko-Veselnitski,[92] el Teniente de segunda Germán Rubinfeld, el herrero del Cáucaso Shajov, el doctor Aron, capitán de los Servicios médicos, el farmacéutico Baruj, el operador de radio en vehículos blindados Latyshin, el odessita Anatoli Gran, entre otros.

El comandante del *Sonderkommando* de la Gestapo ocupado de la eliminación de las fosas comunes del Fuerte N.° 9 era el *Obersturmführer* Radif. Ridle, un oficial de la Gestapo célebre por su crueldad y frecuente visitante del gueto de Kaunas, era el administrador de la instalación. También el cocinero era un hombre de la Gestapo. Los guardias eran policías alemanes destinados al «mantenimiento del orden» en Kaunas. Apel y Litschauer mandaban sobre ellos. Algo más tarde Litschauer fue nombrado comandante del gueto de Kaunas.

Antes de partir hacia las bases de los partisanos un grupo de los huidos consiguieron penetrar en el gueto. Allí, y con base en sus testimonios, se levantó un Acta sobre los horrores que presenciaron en el Fuerte N.° 9. Sigue el texto íntegro de ese documento:

»Acta levantada en Kaunas el 26 de diciembre de 1943

»Quienes suscriben este documento, un grupo de reclusos que escaparon del Fuerte N.° 9 en la noche del 25 al 26 de febrero del año en curso integrado por Veselnitski, I. L. (Vasílenko), A. Diskant, A. Faytelson, B. Gempel, S. Eydelson y A. Maneyskin han redactado el presente documento para dar fe de lo que sigue:

»1) Entre 1941 y 1942 la comandancia alemana utilizó el territorio del Fuerte N.° 9 para llevar a cabo ejecuciones en masa;

»2) Con el propósito de esconder sus crímenes, la comandancia alemana, en la persona del jefe de la Gestapo en la ciudad de

Kaunas, puso en marcha una operación destinada a abrir las fosas comunes donde estaban enterradas las víctimas de las ejecuciones e incinerar los cadáveres;

»3) A esos efectos, a finales de octubre y principios de noviembre de 1943 la comandancia alemana reunió un grupo de setenta y dos personas y las envió al Fuerte N.° 9. Dicho grupo estaba integrado por:

»a) Treinta y cuatro prisioneros de guerra soviéticos;

»b) Catorce partisanos;

»c) Tres rusos;

»d) Cuatro mujeres;

»e) Diecisiete judíos del gueto de Kaunas.

»4) Los trabajos fueron organizados de tal modo que ninguno de los habitantes de las aldeas cercanas supiera de ellos. En un radio de dos kilómetros alrededor del Fuerte N.° 9 aparecieron carteles avisando de la prohibición de acercarse al recinto so pena de fusilamiento. El área donde se realizaban los trabajos —algo más de dos hectáreas— fue ocultada por metros de lona. No estaba previsto que los encargados del trabajo salieran vivos del fuerte. Ello quedó demostrado cuando uno de los judíos del gueto enfermó de apendicitis y fue fusilado el 1 de noviembre y la misma suerte corrieron unos días más tarde, el 13 de noviembre, siete prisioneros de guerra que habían quedado incapacitados para proseguir las labores. A partir de entonces el contingente de trabajadores se redujo a sesenta y cuatro personas.

»5) Mientras se llevaron a cabo los trabajos, es decir, desde el 1 de noviembre hasta el 25 de noviembre, día en que se produjo la fuga, se abrieron cuatro fosas comunes y la mitad de otra, cada una de ellas de 100-120 metros de largo, tres metros de ancho y un metro y medio de profundidad. Doce mil cadáveres de hombres, mujeres y niños fueron exhumados. Los cuerpos eran apilados en montones de a trescientos e incinerados. Los restos —es decir, los huesos y las cenizas— eran reducidos a polvo. Ese polvo se mezclaba con tierra hasta hacerlo desaparecer en aras de borrar todas las huellas.

»6) Los trabajadores estaban sujetos entre sí por grilletes para evitar que se fugaran. Había torretas con ametralladoras en torno al perímetro. Los guardias llevaban metralletas y pistolas.

»7) De los doce mil cadáveres incinerados en torno a cinco mil pertenecían a judíos traídos desde Viena, Fráncfort del Meno, Dusseldorf, Hamburgo y otras ciudades alemanas. Otros ciento cincuenta eran prisioneros de guerra judíos que habían servido en el Ejército Rojo y unos siete mil eran judíos de Kaunas. Los judíos llegados desde Alemania fueron fusilados y enterrados vestidos, mientras que al resto los obligaban a quedar en paños menores antes de ejecutarlos.

»8) La disposición de los cuerpos muestra que los condenados bajaban a las zanjas en grupos. Una vez en las zanjas los obligaban a tumbarse y los ejecutaban. Ello provocó que muchos fueran enterrados cuando apenas presentaban heridas leves o, incluso, ninguna.

»9) Cuando se produjo la fuga aún quedaban por abrir nueve zanjas. De otra apenas se había exhumado e incinerado la mitad de los cuerpos. La Gestapo había previsto que los trabajos concluyeran el 1 de febrero de 1944.

»10) Considerando que las primeras cuatro zanjas y media contenían doce mil cuerpos y que había otras nueve zanjas y media que no se abrieron se puede deducir que en el Fuerte N.° 9 fue enterrado un total de cuarenta mil víctimas del salvaje terror que los fascistas desataron contra la población civil. Ese número —cuarenta mil— también se pudo escuchar en algunas conversaciones de los hombres de la Gestapo que llegaron a oídos de los trabajadores».[93]

(El informe aparece rubricado por once personas).

Esto es lo que relataron los sobrevivientes del Fuerte N.° 9: Las jornadas comenzaban con la colocación de los grilletes, de los que únicamente los liberaban cuando llegaba la noche. Al principio, los alemanes engrilletaron a los presos en parejas, pues así resultaba más difícil escapar. Más tarde, al comprobar que ello entorpecía seriamente el trabajo abandonaron esa práctica y cada preso llevó sus propios grilletes de manera individual.

El proceso de trabajo era el siguiente. En primer lugar, la excavadora apartaba la capa de tierra que cubría la fosa. Seguidamente, un grupo de trabajadores se encargaba de limpiar la tierra que se había adherido a la primera capa de cadáveres.

Después llegaba el turno a los «extractores», que eran los encargados de sacar los cadáveres de la zanja con la ayuda de unos garfios especiales. Todos los cuerpos eran someramente examinados cuando salían a la superficie. Había una persona cuya labor consistía exclusivamente en la detección y extracción de los dientes de oro. Cuando se trataba de judíos alemanes, es decir, los que fueron enterrados vestidos, también se rebuscaba en sus bolsillos. Todos los objetos de valor que aparecían durante esos registros había que entregarlos inmediatamente a los alemanes, so pena de fusilamiento.

Una vez que los «extractores» concluían su trabajo, llegaba el turno de los «porteadores». Éstos se ocupaban de cargar los cuerpos en parihuelas y conducirlos hasta las hogueras.

Las hogueras para la incineración de los cuerpos tenían como base un rectángulo de leña de cuatro por cuatro metros. Antes de colocar la leña, se abría una pequeña zanja que se llenaba de combustible. Los cuerpos se colocaban sobre la base de leña. Por norma cada hoguera servía para incinerar trescientos cadáveres. La hoguera se hacía arder mediante la explosión de pequeñas granadas incendiarias colocadas junto al canal con el combustible. Las hogueras ardían durante días. Sus llamas eran visibles a kilómetros de distancia.

Había una persona encargada de recuperar los trozos que se desprendían de los cadáveres y caían fuera del alcance de las llamas. Su trabajo consistía en devolverlos al fuego y asegurarse de que las llamas incineraran los cuerpos completamente.

Moishe Gerber encontró una fotografía de los padres de su novia —de apellido Fisch— en el bolsillo de uno de los cadáveres.

El prisionero de guerra Rubinfeld encontró una alianza en la que aparecían grabados su apellido y la fecha en que su hermano contrajo matrimonio.

Mientras acarreaba cuerpos, Isroel Gitlin reconoció el cadáver de su amigo Yankel Shavelski, vecino de la calle de los Benedictinos en Kaunas. Shavelski fue una de las incontables víctimas de la masacre conocida como la «Gran *Aktion*».

Al abrir una de las fosas aparecieron los cadáveres de los niños y los ancianos sacados del orfanato y el hospicio del «pequeño gueto» durante la *Aktion* del 4 de octubre de 1941.

Cuando las hogueras terminaban de consumirse quedaba a la vista un montón de huesos calcinados, leños a medio arder y pequeños trozos de metal. Estos últimos —botones, hebillas, broches, etc.— tenían que ser entregados a los alemanes para su posterior envío a talleres de confección. Los huesos se colocaban sobre una plancha de metal y eran pulverizados a golpes.

Inicialmente los alemanes establecieron en trescientos el número de cuerpos a incinerar cada día. Se requería trabajar muy duro para conseguir alcanzar esa meta. Los alemanes animaban a gritos:

—¡Vamos! ¡Deprisa! ¡Echad más muñecos a esa hoguera! ¡Avivad ese fuego!

Más adelante la norma subió a los seiscientos cuerpos al día.

Los cuerpos solían hacer las más grotescas contorsiones mientras ardían… Se arqueaban, se retorcían… Parecía que los muertos quisieran decirnos que toda la bondad se había agotado de repente y que este mundo merecía algo mejor…

Todos los sobrevivientes recuerdan con precisión un macabro incidente que se produjo un día: cuando incineraban los cuerpos, el cadáver de una mujer cayó desde lo alto de la pira estrellándose contra el suelo. Del vientre de la mujer, roto por el golpe, afloró súbitamente el cuerpo de un feto de ocho o nueve meses.

El estado de los cuerpos variaba de fosa a fosa. Los cadáveres enterrados en fosas cavadas en terreno arcilloso estaban mejor conservados que los enterrados en terreno arenoso. También la ropa se conservaba mejor en el terreno arcilloso. Idéntica sí era la desfiguración de los rostros de todos los cadáveres. En todas las fosas las capas superiores estaban cubiertas de cal viva.

Mijl Geltbrunk hacía esfuerzos por evitar tocar los cadáveres con sus manos. Uno de los guardias alemanes se percató de ello y, enfurecido, le arrancó la pala de las manos y la emprendió a golpes con él. La ferocidad de la golpiza afectó el sentido del oído de Geltbrunk.

Geltbrunk, un artista polaco, llegó a Kaunas muy poco después del ataque alemán a Polonia. Solía canturrear esta canción mientras trabajaba:

Corren ríos de roja sangre.
Otros veinte mil muertos…
Comprad los diarios, leed los diarios.

Aquí veis las noticias mundiales:
Saqueos, muerte, destrucción,
Catástrofes, escándalos…
Corren ríos de roja sangre.
Otros treinta mil muertos… Etc.

Quienes trabajaban a su lado se unían a su canto. Se mecían como si estuvieran ebrios, los grilletes tintineaban sujetos a sus piernas, los labios murmuraban:

Corren ríos de roja sangre…

El fuerte solía recibir visitas de comisiones de la Gestapo y las SS que acudían a evaluar el curso de los trabajos. En una ocasión, acudió también un general venido desde Berlín. Este ordenó que se prosiguieran los trabajos de exhumación e incineración, pero se abandonaran los de rellenar las fosas ya vaciadas. Según manifestó lo último ocupaba un tiempo precioso, cuando lo acuciante era incinerar más y más cuerpos…

En otra ocasión el fuerte recibió la visita de una comisión de la guarnición de la Gestapo en Vilnius. Aron Maneyskin alcanzó a escuchar algunas de las palabras que cruzaron los visitantes: según ellos las hogueras de Kaunas ardían mejor que las de Vilnius.

4. La fuga de los prisioneros del Fuerte N.° 9

Los presos compartían el pleno convencimiento de que en cuanto concluyeran el trabajo todos serían ejecutados sin excepción. El anciano doctor Neymenov solía implorar a los alemanes que lo mataran de un tiro. Los interpelados le respondían cada vez con cinismo:

—Nada de eso, judío. Todavía puedes sernos útil trabajando.

Catorce jóvenes se dieron a la tarea de llamar a la resistencia activa. Todos ellos eran miembros de una organización clandestina antifascista y habían sido capturados cuando se dirigían hacia las bases de los partisanos.

Los preparativos para la fuga comenzaron por la organización de una comisión integrada por tres presos: dos eran prisioneros de guerra (Shajov y el capitán Vasílenko) y el tercero era uno de los

partisanos (Faytelson). Al principio se pensó en cavar un túnel a partir de un pozo seco y poco profundo que descubrieron en una de las celdas de la caserna en que estaban encerrados.

Los presos comenzaron a ahondar el pozo para abrir un túnel en dirección a la pared exterior del fuerte ubicada a unos diez o doce metros de la caserna. Pero apenas hubieron avanzado un metro se toparon con una capa de piedras que resultó imposible salvar.

La infeliz circunstancia los obligó a renunciar a la idea del túnel. Entonces surgió un nuevo plan de fuga que ofrecía una oportunidad a todos los presos.

Los presos pasaban la noche en celdas que habían sido improvisadas dentro de una de las casernas del fuerte. Una escalera ubicada al fondo de un corredor conducía a una oscura estancia llena de viejos trastos. Desde allí, y tras salvar una puerta de hierro, partía un pasillo donde siempre había apostado un guardia. Al llegar al final de ese pasillo de unos veinte metros de largo se accedía a un túnel que conducía hasta el límite septentrional del fuerte. El túnel estaba lleno de leños. Tal configuración del terreno ponía ante los presos las siguientes tareas: 1) buscar la manera de salir de las celdas; *2*) asegurar la manera de abrir la puerta de hierro, 3) sacar los leños que obstruían el túnel, y 4) fabricar una escalera que permitiera salvar el muro de seis metros que rodeaba el fuerte.

Las celdas estaban separadas del corredor por barreras metálicas y gruesas puertas de hierro que se cerraban por fuera. Los cerrajeros Pinjos Krakinovski y Alter Faytelston solían quedarse en la caserna encargados de trabajos diversos. Aun cuando sujetos por grilletes, ambos podían moverse con relativa libertad por la caserna.

La primera tarea que acometieron fue la fabricación de las llaves para abrir las celdas. La clave radicaba en escapar de una de ellas y así abrir el resto. Krakinovski comenzó por inutilizar el seguro que bloqueaba el cerrojo de su celda. Descorriendo ese cerrojo podía salir al corredor y abrir las demás celdas.

Alegando que estaban enfermos, dos de los trabajadores consiguieron que los alemanes les permitieran permanecer en la caserna durante todo el día. Aprovechándose de esa circunstancia y, sobre todo, de que los alemanes controlaban el número de trabajadores que salían cada mañana, pero no sus identidades, dos

cerrajeros ocuparon el lugar de los «enfermos». Su tarea consistía en abrir un boquete en la puerta de hierro por el que pudiera pasar una persona. Ayudados por una pequeña barrena que robaron del taller fueron abriendo agujeros bien juntos siguiendo el contorno del área elegida para abrir el boquete. Después cortaron los espacios entre los agujeros con una navaja que convirtieron en improvisada sierra. Mientras uno de los presos trabajaba arriba en la abertura del boquete, abajo el segundo se sentaba junto a la estufa que había en el corredor y simulaba secar los calcetines. Si de repente algún alemán entraba a la caserna, tosía con fuerza o cantaba alertando así al compañero que trabajaba arriba.

El trabajo no se interrumpía por las noches, cuando los presos volvían del trabajo. Cada noche la emprendían con cantos y bailes para conseguir apagar los sonidos de la barrena o la sierra. A los alemanes no les disgustaban aquellos ánimos supuestamente festivos. Bien al contrario, los complacía creer que los presos gozaban de buen ánimo y se mostraban sumisos.

Cuando el trabajo sobre el boquete estuvo prácticamente concluido llegó el turno a la limpieza del túnel a través del que se produciría la fuga. Los alemanes habían encargado al prisionero de guerra Neymenov la vigilancia de la óptima combustión de las hogueras (le daban el título de «jefe de brigada»). Aprovechándose de su posición, Neymenov le dijo al jefe de policía Apel que sabía cómo elevar a seiscientos el número de cuerpos incinerados cada día. La solución, le dijo, era sencilla: utilizar leña seca. Seguidamente añadió que había un túnel lleno hasta los topes de ese tipo de leña… Aquel mismo día los alemanes movilizaron a un grupo de hombres para la inmediata limpieza del túnel y el acarreo de la leña seca…

El carpintero M. Jas, empleado en la carpintería del fuerte, se encargó de fabricar las partes de la recia escalera de seis metros que serviría para la fuga.

Una vez que finalizaron los preparativos quedaba decidir la fecha de la fuga. Se eligió emprenderla en la noche del 25 al 26 de diciembre de 1943.

No todos los presos estaban avisados del proyecto de fuga ni de los preparativos que se habían hecho. No fue hasta la mañana del 25 de diciembre que los organizadores comunicaron a todos su

propósito. Los presos se dividieron en varios grupos. Catorce de ellos, los que estaban asociados a la organización clandestina antifascista del gueto decidieron contactar a su organización y asegurarse así una vía de acceso a las bases de los partisanos. Otras veintitrés personas —seis judíos del gueto y los prisioneros de guerra— optaron por elegir una ruta que los llevara a los bosques de Iben, donde se conocía la presencia de partisanos. Moishe Zimelevich, el valiente activista antifascista del gueto de Kaunas fue elegido líder de ese grupo. Doce personas decidieron marchar a los bosques de Babtai, en la provincia de Kaunas. Por último, otras trece, y entre ellas las mujeres, debían dispersarse por las aldeas según su propio entender.

El patio al que saldrían los fugitivos estaba cubierto de una gruesa capa de nieve, de manera que los guardias podrían descubrirlos con facilidad. Para evitarlo, los presos confeccionaron a partir de camisetas y calzoncillos dos sábanas enormes y cuatro batas blancas para camuflar a otros tantos de ellos. La salida se haría en grupos de ocho que avanzarían por detrás de las sábanas que los hombres camuflados sostendrían por los extremos tensándolas. Los líderes de la fuga se habían provisto de largos cuchillos que pudieran servirles para enfrentar al enemigo si la situación llegara a requerirlo.

El osado plan de fuga se puso en marcha a las diez de la noche del sábado 25 de diciembre. Tras descorrer el cerrojo previamente liberado, uno de los cerrajeros salió de su celda y abrió las demás con llaves también confeccionadas de antemano. Uno a uno, disciplinadamente y en el orden establecido, los presos fueron abandonando las celdas y trepando por la escalera de hierro cuyos peldaños habían envuelto con las mantas para ahogar el ruido de sus pasos. Se ayudaban de cerillas y mecheros para alumbrar el camino. Al tratarse de una jornada festiva, buena parte de los guardias estaban borrachos y sus canciones y gritos disimulaban los murmullos de los fugitivos.

Cuando los prisioneros salieron del túnel los esperaba un precipicio de varios metros de altura. El siguiente paso era descender por él hasta el firme por el que avanzarían hasta el muro que cerraba el fuerte por su lado norte. Para salvar el muro se sirvieron de la escalera de seis metros de altura que había

construido el carpintero. Unas tenazas de las que se habían provisto previamente les sirvieron para cortar la madeja de alambre de espino que coronaba el muro. Superado ese último obstáculo los esperaba el extenso paisaje invernal que les prometía la libertad…

La administración del fuerte tardó cuatro horas en percatarse de la fuga. Todas las fuerzas policiales de Kaunas, las SS, la Gestapo y hasta varias unidades militares fueron puestas en pie de guerra. La misión era capturar a los fugados al precio que fuera. Todos sus esfuerzos resultaron estériles.

Algunos de los fugitivos consiguieron penetrar en el gueto, donde recibieron la protección de la organización antifascista clandestina.

Los fugados que encontraron refugio en el gueto entregaron a los líderes de la organización clandestina varios dientes de oro arrancados a los cadáveres por orden de los alemanes y dos dibujos del prisionero de guerra soviético Anatoli Gran. En uno de los dibujos se ve a dos presos cargando una parihuela en la que llevan sendos cadáveres a las hogueras; en el otro, una caricatura de la que Gran hizo dos copias y dejó una clavada en la puerta de su celda cuando emprendió la fuga: un preso haciendo un gesto manifiestamente obsceno a un miembro de la Gestapo… (Tanto los dientes como los dibujos se conservan hoy en el Museo judío de Vilnius.)[94]

También trajeron consigo un cuaderno que recogía las actas de la célula del Komsomol que sesionaba en el fuerte. Sus miembros eran Tevie Pilovnik, Aron Vilenchuk, Alter Faytelson y Moishe Zimelevich, entre otros. Infunde el más profundo respeto leer allí la anotación que da fe del ingreso de Aba Diskant en la célula: «Tomando en consideración la disposición a la lucha, la madurez y el espíritu de camaradería que ha demostrado en las horribles circunstancias de nuestra detención…». La anotación da fe de que Diskant «se ha mostrado dispuesto a morir como lo hacen los miembros del Komsomol».

Desafortunadamente, el cuaderno ardió cuando los alemanes prendieron fuego al gueto de Kaunas los días 13 al 15 de julio de 1944.

Los fugitivos que llegaron al gueto recibieron cobijo, ropa y alimentos. Cinco días más tarde[95] pudieron partir a encontrarse

con los destacamentos partisanos que operaban en los bosques Rudnitski, a las afueras de Vilnius. Jaím Yelin, organizador y líder del movimiento partisano en el gueto de Kaunas, se encargó de conducir personalmente a ese grupo de fugados hasta las bases de los partisanos.

5. El Fuerte N.° 9 después de la fuga

Tras la fuga del pelotón de trabajadores, los alemanes reunieron a cincuenta judíos procedentes de diversos campos de concentración y los obligaron a continuar los trabajos de incineración de los cuerpos. Algunos de esos judíos procedían de la prisión de Kaunas.

Entre esos últimos presos había un grupo de jóvenes capturados cuando se dirigían a los bosques para unirse a los partisanos. Ellos eran Moishe Rozhanski, Leo Ziman, Itzik Kirkel, Yosel Jodosh y Jone Meshkup. También había «criminales» a los que habían detenido en la ciudad por pasearse desprovistos del distintivo amarillo o por comprar alimentos a vendedores lituanos. Daniel Rybak, Genaj Segalovich y Mendelevich eran algunos de ellos.

Esta vez los judíos permanecían engrilletados día y noche. No les cortaban el cabello ni los rasuraban. Y otra vez las llamas se levantaron por sobre el muro del Fuerte N.° 9 y el viento del noroeste arrastró hasta el gueto el olor a carne quemada.

El 28 de marzo de 1944 los niños, ancianos, minusválidos y todos aquellos incapacitados para el trabajo que vivían en el gueto fueron víctimas de una nueva *Aktion*. Mil quinientas personas fueron detenidas y subidas a vagones de carga. Hoy sabemos que las llevaron a las cámaras de gas de Auschwitz. La *Aktion* continuó el 29 de marzo. Ese día los detenidos fueron llevados al Fuerte N.° 9 y ejecutados allí. A las ejecuciones siguió la inmediata incineración de sus cadáveres en enormes hogueras. Un millar de personas perdieron la vida ese día.

6. Las últimas huellas de los crímenes

Los soldados del Ejército Rojo que liberaron el Fuerte N.° 9 encontraron un gran montón de leña, bidones llenos de gasolina y otros combustibles, huesos humanos calcinados, así como botones y

broches, etc., en el lugar donde se practicaban las incineraciones. En los muros del fuerte localizaron también un gran número de inscripciones hechas por los condenados.

Una de esas inscripciones, escrita en lengua hebrea, decía:

«Fui arrestado el 12 de febrero en Saint-Etienne, Francia. Llegué a Kaunas el 18 de mayo de 1944. Somos ochocientos cincuenta jóvenes, todos hombres. Cuando el final sea inminente anotaré aquí lo que nos depare el destino».

Naturalmente, aquel pobre muchacho no alcanzó a escribir nada más.

En las escudillas y las literas de las casernas había cientos de inscripciones. Estas son algunas de ellas:

«18-V-1944. Willy Grinwald. Niza»

«Tvoretski Jaím»

«S. Kool. Amsterdam 18-V-44»

«Vidze, de Wraslav. 15-V-44»

«Zukerman, Jazkel, Vilnius»

«Zakelstein, Wolf - Bruselas, deportado de Drancy el 18-V-44»

Muchas inscripciones fueron escritas en lengua lituana:

«Soy inocente y muero a manos de los verdugos alemanes. Velichko Stasis»

«Girsh Burstein. Llegué aquí el 7-VII-44. Quemamos cadáveres y esperamos la muerte. ¡Venganza, hermanos!»

«¡Moriremos como valientes por el pueblo judío!»

«Sologub, Prokofiev. Avisad a los de Murava» (Murava es una población ubicada a las afueras de Kaunas).

«Shliamovski Lionas murió aquí»

«1944-VII-7. Dirgiunchus Antanas. Avisad a mi hermano en la aldea de Attabanniu, comarca de Erzhilk, provincia de Taurog»

«Somos 900 franceses aquí»

«Grade Maurice, Niza, 18-5-1944. Soy uno de los 900»

«Escribo esto antes de ser ejecutado por mi actividad política. Viadas Yakstas»

«8-VI-44. Soy un prisionero de guerra ruso. Por escapar de la esclavitud. Andrei Vasílievich Vialkin. Avisad a mi mujer: María Viálkina»

Los alemanes borraron muchas inscripciones.

Se cuenta con sobrados testimonios de los campesinos que

vivían en los alrededores del Fuerte N.° 9 acerca de las ejecuciones en masa perpetradas en el recinto.

J. Naudjiunas, supervisor del Fuerte N.° 9, rindió testimonio de la ejecución de tres sacerdotes católicos en el fuerte.

El propio Naudjiunas ha contado también cómo en noviembre de 1941 fueron traídas al fuerte cien personas a las que obligaron a bajar a una zanja, las rociaron de gasolina y les prendieron fuego. Los gritos de los quemados eran terribles, de manera que los fascistas les arrojaron granadas y les dispararon con sus metralletas.

A. B. Schesno, vecino de la aldea Gedriaychai, ha contado que la gente era obligada a desnudarse en el jardín que había ante los muros del fuerte. Desde allí los llevaban hacia las zanjas en grupos de trescientas personas. Los infelices condenados tenían que esperar su turno a la intemperie y bajo severas heladas. Muchos eran arrojados vivos a las zanjas de las que llegaban los gritos y llantos de mujeres y niños.

Algunos de los hombres fugados del fuerte certificaron haber encontrado en una de las zanjas la documentación del obrero lituano Vatslovas Sinitskas, empleado de la fábrica textil Drobe, en Kaunas. Aquella zanja fue la tumba de muchos luchadores de antifascistas que fueron arrestados por los alemanes en el verano de 1943. También contaron que en una caja sellada y enterrada encontraron los cuerpos de tres activistas antifascistas a quienes los alemanes colgaron en una plaza de Kaunas en otoño de 1941.

Las anotaciones de Stasis Velichko y Viadas Yakstas fechadas el 8 de julio de 1944 nos revelan el último capítulo de la tragedia que comenzó el 5 de junio de ese año. Ese día los alemanes liquidaron la prisión central, emplazada en la calle Mickiewicz. A la vista de la inminente retirada, dejaron marchar a los presos comunes, mientras los presos políticos eran conducidos al Fuerte N.° 9 en camiones cerrados. Los días 7 y 8 de julio fue ejecutada la mayoría de los vecinos de Kaunas y sus alrededores detenidos por sus simpatías hacia la Unión Soviética.

La comisión encargada de investigar los crímenes que los bandidos alemanes cometieron en Kaunas estableció que los fascistas ejecutaron a setenta mil pacíficos habitantes de esa ciudad.

EDITOR: MEYER YELIN

Los luchadores del gueto de Kaunas

Un día de otoño de 1941 treinta y dos mil judíos fueron reunidos en una plaza. Había hombres y mujeres, ancianos y niños. Un oficial alemán vestido con elegancia y empuñando una fusta les iba dando órdenes concisas y cortantes: «¡A la derecha! ¡A la izquierda!». Las familias eran separadas sin más: un padre iba a un lado y una madre al otro; un hermano tomaba a la derecha, mientras su hermana lo hacía a la izquierda. Un bebé era arrancado de los brazos de su madre y el oficial pedía prisa: «¡A la izquierda! ¡A la izquierda!», apremiaba. El panorama era caótico a la vez que absurdo, como una pesadilla. Las horas se alargaban hasta lo indecible.

Un sordo murmullo recorría la muchedumbre. Todos querían anunciar sus especulaciones y augurios. Unos decían que «éstos» quedarían en Kaunas y «los otros» irían a trabajar en los yacimientos de turba de Keydani. Veinte mil personas fueron ubicadas a la derecha y doce mil a la izquierda. Las primeras fueron devueltas el encierro en el gueto. Las otras fueron encerradas aparte. Nadie volvió a verlas en el gueto. Se las llevaban cada día, en grupos de a cien, al Fuerte N.° 9 y allí las ejecutaban.

Así transcurrió la primera *Aktion.*

Unos meses más tarde tuvo lugar la segunda, ésta de menor envergadura.

Medio año después los alemanes emprendieron la tercera *Aktion.*

El ánimo de la gente se tornó cada vez más sombrío. El hambre era intensa. Los jóvenes sólo pensaban en la resistencia.

Quienes salen a trabajar cada día al exterior del gueto regresan contando que los alemanes están de fiesta y que en cada esquina hay un altoparlante por el que se proclama la inminente «victoria»… Los ancianos se lamentan: «Sea lo que sea, estamos perdidos», repiten. Las madres lloran desconsoladas, mientras sus asustados hijos corren a esconderse por los rincones, donde se sientan, inmóviles como estatuas y callan durante horas con los ojos abiertos como platos.

Los alemanes prohibieron terminantemente la lectura de periódicos y, muy especialmente, llevarlos al gueto. Pero para los jóvenes el silencio informativo equivalía a la muerte. Despreciando el peligro, muchos jóvenes escondían trozos de periódicos lituanos y alemanes en los que habían aprendido a leer entre líneas. Así, por ejemplo, los alemanes intentaron disimular el primer y duro golpe que recibieron sus tropas a las afueras de Moscú, pero el hecho no pasó desapercibido a la juventud del gueto. Muy pronto comenzaron a deslizarse titulares como «Inutilizado un convoy ferroviario militar», «Unos bandidos atacan una guarnición», *etc.* Todos los residentes del gueto sabían de qué «bandidos» hablaba la prensa alemana: de los verdaderos patriotas.

Con el paso de los meses, la gente ya no es que sospechara que en Lituania actuara un movimiento partisano. ¡Ahora ya estaban convencidos de ello! En susurros y con los ojos iluminados por la esperanza, los jóvenes intercambiaban noticias sobre las heroicas acciones de los partisanos que luchaban desde los bosques contra los ocupantes fascistas.

El régimen de terror impuesto al gueto se tornaba cada día más severo. Cada vez con más frecuencia se sabía que uno u otro de los grupos supuestamente enviados a trabajar a Keydani o Geyzhuni había acabado en el Fuerte N.° 9, donde se sucedían las ejecuciones. Por otra parte, las noticias del frente no podían ser más decepcionantes: los alemanes estaban a las puertas de Stalingrado y se adentraban resueltamente en el Cáucaso.

Fue entonces que un pequeño grupo de apenas cinco personas tomó la decisión de abandonar el gueto y avanzar hacia el oeste. Soñaban con atravesar la línea del frente o, en caso contrario, toparse con los partisanos y unirse a ellos. Escaparon camuflados en una de las columnas de trabajadores que salían del gueto cada mañana. No volvieron con ella. Unos días más tarde la anciana Milstein se quejaba a sus vecinos de la desaparición de su hijo. La joven Davydova también echó de menos a su marido. El obrero Ioffe fue otro de los fugados: toda su numerosa familia fue asesinada en la primera *Aktion* perpetrada por los alemanes.

Fue una huida hacia lo desconocido. Aquellos jóvenes abandonaron el gueto desarmados y sin alimentos.

Y los cinco acabaron perdiendo la vida. Muy poco después se

supo en el gueto de la trágica suerte que corrieron: los capturaron a las afueras de Kaunas y los fusilaron inmediatamente.

Y sin embargo, aquel primer fracaso no enfrió los ánimos de la juventud del gueto. La decisión de escapar continuaba viva. Y ahora los jóvenes sabían que toda fuga debía ser minuciosamente preparada. Jaím Yelin, el joven escritor judío que se convertiría en líder y organizador del movimiento partisano del gueto de Kaunas, era uno de ellos. Ya desde antes de la guerra, Yelin era conocido como uno de los más renombrados agitadores de la vida cultural judía en Lituania. Más adelante, con el establecimiento del poder soviético, se convirtió en un talentoso colaborador del diario *Der Emes* (La verdad), de Kaunas. Jaím Yelin consiguió abandonar el gueto sin ser visto en varias ocasiones y así consiguió establecer contacto con la organización comunista que ya para entonces comenzaba a desarrollar un importante trabajo clandestino en Kaunas.

Fue precisamente por iniciativa de Jaím Yelin que surgieron las primeras células clandestinas del gueto. Una vez formadas, comenzaron inmediatamente a prepararse para realizar acciones de combate. Cada célula estaba integrada por cinco miembros, *uno de los cuales se desempeñaba como responsable.*

En un primer momento, y en aras de la seguridad, los miembros de cada célula desconocían la existencia de las demás. Atenerse a los métodos conspirativos resultaba imprescindible, pues los familiares, los vecinos y los compañeros de trabajo de los fugados del gueto respondían con su vida por las actividades de éstos.

A los pequeños grupos que se reunían de tanto en tanto en desvanes y sótanos del gueto, desafiando el sórdido paisaje en que vivían, los animaba el amor a la vida, la sed de venganza y la profunda fe en la victoria final de nuestra justa causa. En ocasiones, al término de alguna de las periódicas acciones punitivas alemanas las células descubrían que habían perdido a uno o hasta a tres de sus miembros. No obstante, los sobrevivientes proseguían el trabajo con mayor tenacidad.

Jaím Yelin integraba una de las brigadas que salían del gueto a trabajar. Nadie supo jamás cómo hacía para procurarse casi a diario los folletos manuscritos *Noticias políticas* y *Noticias del frente* durante su paso por la ciudad. Lo cierto es que los entregaba periódicamente

a los responsables de las células y así se accedía a información sobre la situación en el frente que difería sustancialmente de la que ofrecían los diarios fascistas locales. Esas noticias volaban de boca en boca e insuflaban esperanzas y sosiego.

Los futuros partisanos no sólo se ocupaban de la preparación política. También cuidaban con celo el entrenamiento militar. Alguien encontró una vieja pistola y el arma comenzó a pasar de mano en mano, de célula en célula, hasta que todos hubieron asimilado los secretos de sus más mínimos resortes. También se tallaron varias granadas de madera para servir durante los entrenamientos. Por último, estudiaban las técnicas de inteligencia y minado de carreteras y puentes con un viejo manual de instrucción militar. Con todo, eran conscientes de que para abandonar el gueto y enfrentar al enemigo necesitaban armas que no podrían encontrar en el gueto. Confrontados con esa imposibilidad, los jóvenes acabaron tomando la decisión de enviar grupos de combatientes hacia las bases partisanas, aunque tuvieran que ir desarmados.

En unas de sus cotidianas salidas a la ciudad, Jaím Yelin consiguió un mapa con la ruta que debían seguir.

El plan de fuga estuvo listo en el verano de 1942. Se decidió escapar en pequeños grupos de cuatro o cinco personas, todas vestidas con viejas ropas campesinas. Cada grupo debía avanzar desgajado de los demás y sus propios integrantes apartados unos de otro tanto como les permitiera mantener el contacto visual. Sólo se moverían durante el día.

El profesor Volsonok, un conocido filósofo, se encargó de dibujar un mapa donde se podían seguir todos los detalles de la ruta que seguirían los fugados. Después de largas jornadas en las que se veía obligado a desempeñar pesados trabajos físicos a los que no estaba habituado, Volsonok se reunía por separado con cada uno de los candidatos a la fuga y repasaba con ellos la ruta a seguir. La paciencia que demostró durante incontables noches fue de veras admirable. Obligaba a sus improvisados pupilos a recordar cada callejón, arboleda o riachuelo y los atajos que seguir para rodear las aldeas y poblaciones. Los fugados se verían obligados a recorrer más de doscientos kilómetros y, naturalmente, no podían llevar encima mapas con la ruta que seguían.

Por fin las primeras treinta personas estuvieron listas para emprender el viaje.

Con todo, aún les quedaban algunas cuestiones muy serias por resolver. A saber, tenían que franquear las puertas del gueto garantizando la seguridad de los familiares y amigos que dejaban atrás.

Día y noche el gueto estaba bajo la más estrecha vigilancia de la Gestapo. Las puertas estaban guardadas por una patrulla de la comandancia alemana y guardias del «autogobierno» judío (es decir, la policía judía del gueto). Las personas que entraban y salían integrando las columnas de trabajadores eran sometidas a minuciosos recuentos, tanto al salir como al entrar al perímetro cercado. Aun cuando treinta personas consiguieran camuflarse en las columnas que partían en la mañana, los alemanes se percatarían de su ausencia en la tarde del mismo día, cuando regresaran las columnas y se procediera al recuento. Ello acarrearía consecuencias fatales para muchos. Ello llevó a Jaím Yelin a una conclusión: no le sería posible sacar del gueto a un grupo de treinta personas sin la colaboración del *Judenrat.* Y decidió confiarles su secreto.

Encabezado por su máximo responsable (u *Oberjude*), el doctor Ellees, un conocido médico de Kaunas, el *Judenrat* decidió prestar todo su apoyo a la iniciativa de aquellos jóvenes. Los integrantes del *Judenrat* eran conscientes de que respondían con sus cabezas por cada judío del gueto. Sabían, pues, el coste que podía tener su participación en la fuga. Y aun así prefirieron colaborar con los primeros intentos de resistencia, antes que esperar pasivamente la muerte a manos de los verdugos fascistas.

Una mañana del otoño de 1942 los guardias apostados a las puertas del gueto recibieron una lista de treinta «especialistas» —avalada con las firmas y sellos de los mandos alemanes— a quienes debían franquear el paso pues se dirigían a «trabajar» en N. El truco funcionó y a los pocos minutos las treinta personas salieron del gueto llevando hatillos en los que guardaban la ropa que les permitiría pasar por campesinos.

Poco después los fugados se despojaron de las ropas con el distintivo amarillo ocultos en porterías, cobertizos abandonados o depósitos de basura… Habían acordado que actuarían sin dar la menor señal de que se conocían entre sí. Por lo tanto, si alguno de

ellos era detenido súbitamente, los demás continuarían avanzando ajenos a la situación. Naturalmente, tal recurso sólo podía funcionar durante los primeros días de la fuga. Muy pronto, por la fuerza de diversos acontecimientos, esa orden fue desobedecida.

Apenas poco menos de la mitad de los fugados consiguió alcanzar la espesura de los bosques Avgustovskie y alcanzar las bases de los partisanos, después de varios días vagando sin rumbo. Por el contrario, fueron muchos los que cayeron en manos de la Gestapo y sometidos a crueles tormentos. Otros «perdieron el hilo» y acabaron saliéndose de la ruta. Fayngold, quien contaba a la sazón veinte años, y uno de sus camaradas estuvieron seis días vagando por los bosques. Perdidos en lo más intrincado del macizo forestal, se vieron obligados a alimentarse de raíces y acabaron exhaustos. Ante la imposibilidad de dar con el paradero de los partisanos que buscaban, ambos decidieron volver al gueto. Otros dos fugados regresaron también: Nejemía Endlin y Shmuel Mortkovski. Su vuelta generó una muy triste impresión en el gueto.

Entretanto, el centro antifascista que operaba en la ciudad tomó a su cargo el liderazgo de todo el movimiento de resistencia. A partir de entonces, las relaciones de Jaím Yelin y el mando antifascista se intensificaron. Había llegado el momento de renunciar a enviar a los jóvenes vestidos de campesinos pobres y obligarlos así a llegar desarmados hasta bosques distantes, donde encontrar a los partisanos dependía de la suerte. Ahora se tenía el convencimiento de que los jóvenes debían marchar armados y ayudados por un guía. La pregunta crucial pasó a ser: ¿cómo conseguir las armas necesarias? Se sabía que en la ciudad era posible adquirir algunas, aunque pagando un elevado precio por ellas. Y la respuesta de la gente no se hizo esperar: las madres vendieron sus alianzas y relojes; todos se desprendían de cualquier objeto de valor que aún guardaran en sus casas. Así se consiguió armar con revólveres a unos cuantos jóvenes.

Poco después se produjo la siguiente operación, que consistió en el envío de nueve jóvenes combatientes armados. Su destino fue trazado con precisión: el bosque Rudnitski, al oeste de Vilnius.

El *Judenrat* conocía la operación y ayudó a llevarla a cabo.

Entre los jóvenes enrolados esta vez estaban Aron Vilenchuk, ex alumno del Gimnasio Sholom-Aleijem, de Kaunas, cuyos padres

cayeron en una de las primeras masacres, el obrero Yudel Sherman y el funcionario Moishe Upnitski. Cinco de los nueve jóvenes que emprendieron la fuga consiguieron llegar a la meta e integrarse a los destacamentos de partisanos. Dos de ellos fueron capturados y conducidos al Fuerte N.° 9 de Kaunas. Otro cayó en una desigual lucha contra una patrulla de la Gestapo. El último, Moishe Upnitski, resultó gravemente herido en combate y aunque encontró cobijo en la casa de unos campesinos terminó sucumbiendo a las heridas.

¡Con todo, más de la mitad de aquellos valientes llegaron a su destino! Jaím Yelin se ocupó de comunicar la buena nueva en el gueto.

La noticia infundió esperanzas y valor a los jóvenes. En lugar de esperar sin más la muerte que les deparaba el enemigo, ahora se les abría otro camino: empuñar las armas y enfrentar a los alemanes. Por consiguiente, la motivación para integrarse en los destacamentos partisanos se disparó entre los jóvenes del gueto.

Jaím Yelin no se concedía un momento de descanso. Recorría a pie cientos de kilómetros para visitar las bases de los partisanos y establecer un canal de comunicación directo con ellos. Su energía era de veras inagotable. Celebraba reuniones secretas con el centro antifascista de Kaunas; se citaba con los miembros del *Judenrat*. Desarrolló planes con los jóvenes para conseguir armas; pedía consejo a los sastres judíos sobre cómo manufacturar trajes que sirvieran de camuflaje a los que marchaban a los bosques; consultaba a los cerrajeros sobre la posibilidad de crear un taller dedicado a poner en funcionamiento armas en mal estado que caían en manos de la organización… La cuestión que más lo ocupaba era la búsqueda de armas con las que dotar a los jóvenes. Y esas armas fueron apareciendo por fin.

Yelin cumplió su propósito de crear un grupo armado dentro del gueto y le confió una única tarea: buscar más y más armas por medio de acciones violentas contra el enemigo. El objetivo planteado a ese grupo era salir del gueto de tanto en tanto y regresar con las armas arrancadas a los fascistas.

En la primavera de 1943 el joven Yankel Birger y el grupo que mandaba protagonizaron el asalto a un taller de reparación de armas, una operación que se saldó con la incautación de quince fusiles. Otro grupo, mandado por Itzjok Miklishanski, se hizo con

otros veintitrés fusiles por medios semejantes.

Jaím Yelin continuó expandiendo la red de células clandestinas. Tenía una difícil tarea por delante: seleccionar a los mejores entre todos los que se mostraban impacientes por entrar en combate. Al principio elegía a quienes carecían de cualquier lazo familiar o afectivo en el gueto. Pero con el tiempo llegó a haber muchas personas que respondían a ese patrón, pues las operaciones de la Gestapo quebraron casi todas las estructuras familiares: los maridos perdían a sus mujeres, los hijos a los padres, las hermanas a sus hermanos… Entonces se hizo necesario guardar turno en la cola de los que deseaban marchar a los bosques. Hacia mediados de 1943 el movimiento partisano en Lituania había adquirido una fuerza extraordinaria. Los partisanos entraban en combate abierto con las guarniciones alemanas, desarmaban a los soldados, los liquidaban o, en algunos casos, los obligaban a retirarse. Naturalmente, los partisanos no salían airosos de todos los enfrentamientos.[96] También en sus filas se producían numerosas bajas. A veces no conseguían cargar con sus muertos cuando se veían forzados a replegarse. Entre los últimos había muchos judíos y muy pronto los alemanes comenzaron a preguntarse de dónde salían si todos estaban encerrados en los guetos.

Finalmente, los alemanes comprendieron que entre los judíos de los guetos y los partisanos existía un aceitado nexo. Y esa conclusión los llevó a endurecer el régimen de terror que ya padecían los judíos. Aumentó la vigilancia. Se endureció el control sobre quienes salían a trabajar y volvían cada noche. Se recrudecieron las redadas. Los hombres de la Gestapo irrumpían con mayor frecuencia en el gueto y practicaban salvajes registros en las casas en busca de armas escondidas. Aumentó el número de detenciones. Con todo, el envío de jóvenes armados a los bosques no cesaba. Todos los esfuerzos de los fascistas eran infructuosos.

En ocasiones se veía llegar un camión a las puertas del gueto en plena mañana. Un uniformado *Sturmfübrer* de la Gestapo con una lista en las manos entraba a la sede del *Judenrat* y se llevaba a un grupo de judíos. Los alemanes que montaban guardia a las puertas del gueto se burlaban: «A esos judíos no los veréis más por aquí», decían. Y tenían razón, a fin de cuentas, porque el camión no llevaba su carga a la Gestapo, sino a las bases de los partisanos. El

supuesto oficial era en realidad un partisano disfrazado con el uniforme de la Gestapo, es decir, un guía que conocía muy bien la ruta.

Un día los alemanes detuvieron a todos los policías judíos y los fusilaron acusándolos de connivencia con el movimiento partisano.

Otros fueron nombrados para sustituirlos. Pero los nuevos no se asustaron por la suerte que habían corrido sus predecesores. También ellos colaboraron con los residentes del gueto en la lucha contra el enemigo común.

Los alemanes encontraron escondido un revólver durante un registro practicado en la casa de Mek, un joven judío. Una horca fue levantada inmediatamente en una de las calles del gueto y allá fueron convocados a la fuerza todos los residentes, con independencia de la edad que tuvieran. Mek fue colgado y sus familiares —la madre y dos hermanas— fueron fusiladas al pie de la horca.

Con todo, también esa cruel represalia fue recibida en el gueto con la partida hacia los bosques de un nuevo grupo de jóvenes combatientes.

La lucha era cada vez más encarnizada.

A finales de 1943 d control del gueto pasó de manos de las autoridades civiles a la Gestapo. El *Obersturmführer* Gekke asumió entonces el puesto de comandante del gueto y las «*Aktionen*» se tornaron más frecuentes. Mil quinientas personas fueron transferidas a la vecina población de Aleksotas para realizar diversos trabajos. Otros tres mil quinientos judíos fueron reasentados en Estonia, aunque muchos de ellos consiguieron escapar por el camino. Se escondían en las cunetas o desaparecían en los bosques. Otros saltaron por las ventanillas de los trenes cuando éstos se detenían algunos minutos en pequeñas estaciones de paso. Todos los fugados buscaron a los partisanos.

Un contingente de ochocientos judíos fue enviado a trabajar en los yacimientos de turba ubicados entre las poblaciones de Kayshedoris y Keydani. Una noche consiguieron protagonizar una fuga en masa y llegar hasta una base partisana. Les ayudaron partisanos lituanos que actuaban en aquella zona. Ellos les proporcionaron armas que los ayudaron a fugarse con éxito.

Paralelamente, se produjo la valiente fuga de un grupo de judíos

que escaparon del Fuerte N.° 9, el conocido como «fuerte letal». Ese grupo lo integraban muchos jóvenes judíos capturados por la Gestapo cuando intentaban huir del gueto. Entre ellos se encontraban el ya mencionado Aron Vilenchuk, ex alumno del Gimnasio Sholom-Aleijem, quien escapó del gueto en el primer grupo que lo intentó.

Uno de los organizadores de esa fuga fue un capitán judío, prisionero de guerra, que se destacó notablemente más tarde por su desempeño en el movimiento partisano.[97]

Los alemanes estaban desesperados. Las *«Aktionen»* volvieron a sucederse una tras otra. El cerco de seguridad que rodeaba el gueto se duplicó y se triplicó. Ahora los controles para salir y entrar al gueto eran todavía más estrictos y se requería de pases especiales para franquear sus puertas. Las calles de Kaunas se llenaron de agentes encargados de detener a cualquier transeúnte que pareciera sospechoso. Los residentes del gueto fueron obligados a someterse a un nuevo y exhaustivo proceso de registro. Y, sin embargo, ello no impidió la organización de otra fuga que buscaba que varias decenas de jóvenes sumaran sus fuerzas a la lucha. Rajmiel Berman, un actor del Teatro estatal judío de Kaunas, fue el responsable de esa operación.

Una mañana llegó al gueto un camión y cargó una brigada de hombres bajo la excusa de que marchaban a trabajar. El conductor era alemán y había sido sobornado. Cada uno de los integrantes de la supuesta «brigada» llevaba un revólver oculto bajo las ropas. Según lo pactado, el vehículo debía girar en una calle lateral y tomar el camino de la carretera de Vilkomir. Sin embargo, el conductor buscó la calle central de la ciudad y se detuvo ante un restaurante.

—¿Qué haces? —le gritaron desde la parte trasera del camión al verlo apearse.

—Es sólo un momento —respondió el conductor—. Tomaré el desayuno y seguimos viaje.

—¡Empuñad las armas! —ordenó Berman, al tomar consciencia de que estaban siendo víctimas de una traición.

Unos instantes más tarde el camión estaba rodeado de hombres de la Gestapo. Sonó el primer disparo. Desde el camión respondieron. Los atacantes jamás imaginaron esa posibilidad.

—¡Fuego! —ordenó un alemán.

La escaramuza fue breve e intensa. La calle se vació en un santiamén. Se escuchó crujir cristales a lo lejos. Los judíos se apostaron detrás del camión, mientras los alemanes lo hacían en un portal. Con todo, los judíos eran conscientes de la limitación de su poder de fuego.

Berman no titubeó:

—Cuatro hombres se quedan aquí a contener al enemigo. ¡Los demás se retiran!

Tras voltear el camión, el grueso del grupo emprendió la retirada huyendo a la carrera a través de los patios. Saltando tapias y tomando atajos que conocían como nadie consiguieron llegar a las afueras de la ciudad. Los cuatro que los cubrían entablaron un duro combate para impedir que los alemanes salieran del portal y pudieran dar alcance a sus camaradas. Muy pronto la Gestapo mandó refuerzos y una lluvia de balas cayó desde las puertas y ventanas cercanas sobre hombres armados con simples revólveres. Los cuatro cayeron en aquel desigual combate.

No obstante, sus camaradas, guiados por Rajmiel Berman, alcanzaron los bosques en unos pocos días y se unieron a los partisanos.

Jaím Yelin cayó en combate en la primavera de 1944, unos meses antes de la liberación de Lituania por el Ejército Rojo. Luchó hasta la última bala que tenía en la recámara. La Gestapo quería capturarlo vivo a toda costa, pero les salió caro cada intento de acercársele. Tras disparar la última bala, Yelin intentó cortarse las venas con un pequeño cortaplumas que llevaba consigo. Murió en la cámara de torturas.

El 27 de abril de 1944 los alemanes llevaron a cabo una de sus acciones más repugnantes, la ejecución en masa de los niños y los ancianos.

Los oficiales que se encargaron de esa *Aktion* fueron seleccionados con extremo celo.

El día señalado, un grupo de oficiales alemanes se presentó de improviso en el gueto. Acudieron enfundados en sus uniformes de gala —las cruces sobre el pecho, las esvásticas en las mangas, moteadas charreteras en los hombros y botones de oro ajustando sus guerreras. Cada oficial llevaba un revólver a la cintura, una

metralleta cruzada sobre el pecho y un hacha en la mano derecha. Así irrumpieron los fascistas en el gueto y avanzaron por las estrechas callejuelas del «barrio judío». Los gritos y los llantos de sus víctimas no se hicieron esperar.

Es difícil describir con palabras lo que ocurrió durante aquellas horas terribles, durante aquellas horas de pesadilla. Niños de pocos meses de vida eran arrancados de los brazos de sus madres y arrojados a la parte trasera de un camión. Los adolescentes intentaban escapar a la carrera pero eran alcanzados por certeras balas. Los tiradores disparaban a las piernas porque tenían instrucciones de cargar con judíos vivos. Cuando las madres intentaban proteger a sus hijos, azuzaban a los perros contra ellas. Cuando ellas mismas pugnaban por subir a los camiones y acompañar a sus hijos eran apartadas a hachazos. La orden era clara: se trataba de cargar con la mayor cantidad posible de niños y llevarlos al Fuerte N.° 9.

Trescientos cincuenta niños y ancianos fueron sacados del gueto aquel día. Los llevaron a ejecutar.

Cuatro jóvenes más consiguieron escapar del gueto después de aquella horrible masacre. Shie Verzhgovski y Shmuel Razin fueron dos de ellos. Ambos habían perdido a sus padres, sus pequeñas hermanas y sus hermanos.

La divisa de los partisanos judíos era una: «¡La sangre se cobra con sangre!». Así, por ejemplo, de vengar la horrorosa ejecución de la familia Vilenchuk se ocupó Aron Vilenchuk, uno de los primeros jóvenes en escapar del gueto, de la misma manera que Isroel Milner vengó la muerte de la familia Ioffe con la que estaba emparentado. Asimismo el partisano y ex estudiante Girsh Smoliakov vengó las muertes de los Glezer y las otras doscientas familias llevadas a ejecutar al Fuerte N.° 9. El partisano Peysaj Stein también se cobró una despiadada venganza contra los alemanes.

El mismo día de la primavera de 1943 en que los alemanes condujeron a seiscientos veinte judíos al Fuerte N.° 9, pretendiendo que los llevaban a trabajar, y los ejecutaron, un destacamento partisano al mando de Yankel Birger hizo saltar por los aires un convoy ferroviario enemigo. La operación se saldó con la muerte de cientos de fascistas. Birger moriría más tarde mientras participaba en una acción de sabotaje, pero también él fue vengado. De ello se

ocupó Eyra Pilovnik, una joven judía.

Los alemanes, tan «valientes» cuando se trataba de enfrentarse a las madres judías desarmadas, temían salir solos de noche. Sabían que los partisanos los acechaban sin tregua. Los hermanos Volbe, expertos tiradores ambos, solían apostarse en la carretera que une Vilnius y Grodno. Una noche una mano invisible hacía saltar un puente por los aires; la noche siguiente otra mano invisible prendía fuego a un almacén.

David Teper, Alter Faytelson, Leia Port, Shmuel Mortkovski y otros muchos jóvenes partisanos tenían lazos de parentesco con niños arrancados a sus madres y con ancianos indefensos del gueto. Y vengaban la sangre y las lágrimas derramadas por todos ellos. Boruj Lopianski, Shimen Bloj y Tzodikov mostraban una extraordinaria temeridad cuando emprendían acciones de sabotaje.

El destacamento partisano integrado por judíos llevaba el nombre de ¡Muerte a los ocupantes! y creció tanto en número de efectivos que acabó dividiéndose en tres.

Los judíos combatían hombro con hombro junto a sus camaradas lituanos y rusos. Hermanados en la lucha, formaban una sola familia que enfrentaba al enemigo y le presentaba una misma factura para cobrarse la venganza.

YA. IOSADE[98]

La doctora Yelena Buyvidayte-Kutorgene

Yelena Buyvidayte-Kutorgene[99] era una oculista lituana bien conocida por todos los vecinos de Kaunas. Tras concluir sus estudios treinta y dos años atrás en la Universidad de Moscú, la doctora Buyvidayte-Kutorgene llegó a Lituania en 1922 y comenzó a trabajar en la Organización Judía para la Salud, donde recibían atención principalmente los estratos más pobres de la población.

Desde los primeros y tenebrosos días de ocupación, en los meses de junio y julio de 1941, muchos judíos perseguidos acudieron a ella en busca de socorro. Y no se trataba sólo de sus amigos: también muchos desconocidos le pedían ayuda.

Las crueles leyes judías prohibían cualquier tipo de relación con los judíos y las castigaban con todo tipo de penas, incluyendo el fusilamiento. Aun conociendo esas caníbales disposiciones, la doctora Kutorgene ampliaba constantemente sus contactos con los judíos. Mientras los accesos al gueto permanecieron abiertos lo visitaba a diario llevando alimentos y prestando atención médica de todo tipo a los enfermos.

Más tarde, cuando los accesos fueron cerrados, la doctora Kutorgene se acercaba a la alambrada y arrojaba paquetes de alimentos por encima del vallado. En más de una ocasión los guardianes fascistas la pillaron cuando cometía el «delito».

Cuando se desató el exterminio masivo de los judíos, no era raro encontrar a siete u ocho judíos pasando la noche en la oficina de la doctora. Solían aparecer a última hora de la tarde como si fueran pacientes que acudían a sus citas y después permanecían allí hasta el alba.

La víspera de la gran «acción» del 28 de octubre de 1941 fueron doce los judíos que pernoctaron en la consulta. La doctora Kutorgene corría un gran riesgo, pues compartía apartamento con un oficial alemán y el menor ruido o descuido le podían costar la vida.

Una mañana sus vecinos vieron salir de su apartamento a una

persona con el rostro cubierto. A partir de ese día le llovieron cartas anónimas instándola a cortar todas sus relaciones con los judíos y amenazándola de muerte si no lo hacía. Con todo, las cartas no hicieron mella en aquella valiente mujer.

Los alemanes no tardaron en practicar un registro en su apartamento. Afortunadamente, en aquel momento no había judíos allí.

La Dra. Kutorgene llevaba un Diario. Se trata de un documento excepcional que contiene la estremecedora historia de las persecuciones que padecieron los judíos a manos alemanas y las vejaciones a que fueron sometidos. «Tampoco puedo dejar de pensar en el gueto. No puedo apartar de mi mente a todas esas personas que están sufriendo tan cerca de mí», escribió en una de las anotaciones del Diario.

Con la colaboración de su hijo Viktor, la doctora Kutorgene preparó un largo llamamiento a la opinión pública norteamericana donde describía en tonos vivos y airados las monstruosas atrocidades que se estaban cometiendo contra los judíos. El documento fue enviado a los Estados Unidos por mediación de unos conocidos de la doctora.

La doctora Kutorgene prestó un enorme servicio a los niños judíos. Demostró un ingenio, un amor y un despliegue de sentimientos de veras maternales que le permitieron salvar a muchos niños judíos que corrían grave peligro de caer en las garras de sus verdugos.

Fueron muchas las mujeres lituanas que la ayudaron a esconder niños. Lo hicieron mujeres de todas las clases sociales, lo mismo intelectuales que campesinas.

En 1942 la doctora Kutorgene se reunió con los líderes de la organización clandestina judía, el escritor Jaím Yelin y Glezerit (*Albina)*.

A partir de entonces, y a pesar de su edad, la doctora se entregó con apasionamiento juvenil a la recaudación de dinero y la compra de armas para los partisanos, así como al envío de éstas a las bases guerrilleras.

Superando pequeños y grandes obstáculos, a la vez que despreciando el peligro, la doctora Kutorgene distribuía panfletos y circulares clandestinas.

Su consulta médica constituía todo un «refugio de montaña» para los judíos, pero también era un importante punto de encuentro para los partisanos, los activistas judíos y los miembros del centro de lucha antifascista que actuaba en toda Lituania.

Su entrega sin límites a la causa común pone de manifiesto que la doctora Yelena Buyvidayte-Kutorgene es una noble hija del pueblo lituano.

TESTIMONIO DE G. OSHEROVICH

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE LA DOCTORA YELENA BUYVIDAYTE-KUTORGENE

(Junio-diciembre de 1941)

22 de junio de 1941. La mañana es clara, luminosa, radiante. Los vuelos rasantes de los aeroplanos nos despertaron a las cuatro de la mañana y no nos han dejado dormir desde entonces. Mi inquilina, una hermana de la caridad, se llevó tal susto que saltó de la cama y corrió a mi dormitorio en camisón. «La guerra», me dijo. Aquello me pareció tan disparatado que me burlé de ella y la mandé a dormir. Me obedeció. A las seis salí a la peluquería. Las calles estaban desiertas. No pude evitar pensar con sorna en lo asustadiza que es la gente. Después, avanzando de portería en portería, llegué hasta mi casa. Todavía me resisto a creerlo. Escuché en la radio el discurso de Hitler confirmando la invasión. Culpa a los bolcheviques de la violación de los acuerdos que habían firmado. Dice que si los bolcheviques se han aliado con los ingleses para apoyar a los serbios y cosas así. Está hablando Mólotov.

Ahora sí he acabado de creérmelo. D. B. me telefoneó para decirme que enviaría un coche a buscarme para viajar a la URSS. Le dije que tengo a mi hija ingresada con tifus y que no puedo abandonarla. Le pedí que me dejara el coche para traérmela a casa desde el hospital. Accedió y nos dijimos adiós.

Traje a Lilia desde el hospital. Está muy débil y nos vimos obligados a subirla a casa en brazos. Se han visto volar aeroplanos. Dicen que son alemanes. Se escuchan disparos y parece que los combates ocurren muy cerca de la ciudad…

Acomodé a Lilia en la habitación de mi inquilina, pues ésta recogió sus pertenencias y se marchó. Me siento alarmada e incómoda. Los alemanes no dejan de vocear sus éxitos en la radio. Los nuestros callan. Vitia está muy angustiado…

23 de junio. Los movimientos de tropas no cesaron en toda la noche. Las calles amanecieron desiertas. La gente corre de un lado a otro cargada de maletas. ¿Adónde van? *Las autoridades de la ciudad brillan por su ausencia: no hay órdenes ni instrucciones…* El desconcierto es general… La situación de los judíos es terrible… Una familia judía que vive en mi escalera ya ha visto marcharse al hijo, un joven encantador, con una mochila cargada a la espalda. El padre también se dispone a marcharse. Vino a verme y me pidió que ayudara a los familiares que deja atrás. Asegura que es poco probable que a los alemanes les dé por asesinar a las mujeres y los niños. El apartamento está patas arriba. El desorden es mayúsculo… Inicialmente pensaron en hacer las maletas, pero al final se fueron los dos, marido y mujer, con lo puesto. La mujer apenas llevaba un pequeño bolso… Los judíos se marchan con cestas, cochecitos de niños… Hay miedo en sus rostros. Están pálidos.

Un soldado solitario pasó a caballo. A las seis de la mañana se escucharon fuertes explosiones. Poco después se vio arder los almacenes ubicados al otro lado del río Neman. Daba grima ver las llamas envueltas en columnas de humo negro bailoteando sobre el radiante azul del cielo. La fuerza de una de las explosiones hizo estallar los cristales de las ventanas de tres habitaciones. Salí de casa sobre las dos para comprar algo de morfina (por si acaso). *Se veía a muchos soldados rusos, tanto armados como desarmados, vagando junto al río… Había carretas por todas partes… Es evidente que la retirada se está produciendo en completo desorden, sin la menor planificación. Los disparos continúan, pero provienen de un solo lado*. Las calles están desiertas, desoladas. De repente un estruendo sacude el edificio: han volado el puente Zelioni… *Ahora, a las cinco de la tarde, todavía se escuchan disparos y explosiones… Ha sido formado un gobierno provisional lituano que ordena izar la bandera nacional, cantar himnos lituanos y promete una Lituania independiente unida a la «Nueva Europa» dirigida por el «gran» Hitler. Se han producido los primeros nombramientos de ministros; la radio transmite canciones populares lituanas sin parar. A las nueve de la noche se*

anunció la orden recibida desde la comandancia militar alemana: aniquilar a todas las unidades del Ejército Rojo que se batían en retirada por la carretera de Vilkomir y pretendían reunirse con la columna del mismo ejército que salía de esa misma ciudad Vilkomir con el propósito de ocupar posiciones en Kaunas. Se ordenó bombardearlos desde los aeroplanos (¡¿y yo no entendía ciencia cierta si es que ya hay una comandancia militar alemana instalada en Kaunas?!). Además, la radio lituana avisaba sin cesar que «los bandidos y los bárbaros rojos» habían envenenado el agua potable de la zona.

En torno a las once de la mañana se escuchó un fuerte intercambio de disparos de ametralladora y fusil en la esquina de la manzana donde se alza nuestro edificio. Apostados detrás de la ventana, presenciamos el avance de una unidad militar (de unos cien hombres), que se movía deprisa hacia la calle Kanto con los fusiles en ristre y lista para el combate. Podíamos escuchar a los oficiales impartiendo órdenes a gritos.

Dos pequeños cañones cerraban la marcha. Por lo visto se trataba de tropas que se retiraban a la carrera… Por lo visto, los voluntarios lituanos los perseguían obedeciendo las órdenes de matar soldados rusos. Una niña me dijo haber visto a un soldado ruso muerto… Parece que lo mataron aquí mismo, doblada la esquina… Se ve a algunos soldados del Ejército Rojo respondiendo a los disparos que los «patriotas lituanos» les hacen desde las ventanas y los tejados de sus casas. Estas patrióticas efusiones son en verdad horrorosas. El ruido de los disparos no ha arreciado en toda la noche y ahora mismo, las cuatro de la mañana, las descargas de fusilería aún no cesan. ¿A quién disparan? ¿Por qué lo hacen? Tal vez lo hagan por miedo o por darse ánimos, por dar testimonio del «valor patriótico» que se les presumiría. ¡Dios mío! Estoy viendo la guerra con mis propios ojos, escuchándola con mis propios oídos. ¡Cuánta insensatez! ¡Cuánta ceguera! ¡Qué repugnante me resulta todo esto! ¡Y pensar que la victoria depende de tantas casualidades!

24 de junio. 5.00 de la mañana. Los cañonazos retumban aquí al lado. Puse la radio. En alemán cantan la Rose *Marie* y transmiten música melódica. ¿A quién le puede interesar escuchar eso ahora? ¿Por qué lo hacen? No entiendo nada.

Los ferrocarriles están atestados de refugiados. Nuestro edificio se ha vaciado. *Todos los judíos han escapado*: se marcharon los

dueños con su pequeña hija y el joven abogado y su esposa (fueron estos últimos quienes me ayudaron a subir a Lilia por las escaleras cuando me la traje del hospital). La vecina de abajo, una rusa, rompió las ventanas y sacó por el vano todas sus pertenencias… Ahora las ventanas están cerradas con tiras de papel y la ciudad vacía… Se ve correr a la gente… *Los judíos* huyen cargados de hatos, arrastrando carros, llevando maletas. *Desde las diez de la mañana se ha podido ver a los militares rusos evacuando las oficinas del Estado y llevándose de la ciudad a sus familias.*

La radio lituana no deja de emitir canciones lituanas, marchas militares y promesas. Me causa estupor constatar que nadie comprende lo que está sucediendo aquí, ni siquiera los historiadores a quienes costaría registrar con precisión más que sospechosa los hechos que se suceden hoy en día… Todo esto no es parece más que a una diabólica fantasía o una pesadilla. Llevo casi dos días sin comer, apenas duermo un par de horas, me encuentro sumida en un estado de tensa alarma y permanente angustia. No es para menos: Lilia tiene el tifus, se escuchan disparos y cañonazos, hay muertes por doquier. Hay mucho dolor, mucha pena, por todos lados. Todos han echado sus vidas por la borda. Les han bastado diez minutos para olvidarse de quiénes fueron y ahora huyen de Hitler como quien huye de la peste… Me gustaría saber de dónde procede ese odio maniaco y sin dudas patológico que siente Hitler por los judíos. ¿Habrá algún psiquiatra capaz de explicarlo? Es tan emotivo ese odio que sin dudas proviene del subconsciente, de manera que tendrá una causa hundida en lo más profundo y estará oculta allí. Tal vez provenga de alguna agresión que padeció en su infancia y no se haya borrado de su memoria… Algún trauma sexual, quizás… Difícilmente pueda explicárselo él mismo…

La radio vuelve a hablar del «judaísmo internacional, que ahora incluye tanto a la plutocracia británica como a los rojos bandidos del Kremlin». ¡Qué absurdo, demencial y reiterativo resulta todo esto! Desde el estallido de la Gran Guerra, la cultura y la moral europeas han ido colapsando ante nuestros ojos. ¿Dónde está hoy la aristocracia del espíritu del pasado? Nosotros, la vieja generación, echamos de menos aquella aristocracia intelectual y espiritual, pero es evidente que con la llegada de la revolución no había sitio para ella en un mundo que se tornaba cada vez más simple, más basto…

Vitia tiene un talento muy particular para detectar la injusticia y

compartir las penas que acongojan a sus congéneres. Ahora ayuda a nuestros conocidos judíos. Los acompaña a la estación de ferrocarriles, les brinda consuelo, se pasa días enteros fuera de casa intentando contener a fuerza de humanidad y razón la ordalía de crueldad y bestialidad que se ha desatado.

A las 6.00 de la mañana del 25 de junio la radio de Kaunas informó en nombre de los «partisanos» que todos los ladrones, alborotadores y reincidentes serán fusilados sin dilación y llamó a los policías a reintegrarse al servicio y mantenerse a la espera de órdenes del gobierno provisional… Tengo la radio encendida permanentemente… Apenas emite marchas banales y pomposas interrumpidas de tanto en tanto por la lectura de proclamas, llamamientos y órdenes. Todo esto me angustia y me irrita. Acabo de escuchar dos sonoros bombazos…

Los rusos han destruido trescientos tanques y derribado setenta y seis aviones. También han tomado cinco mil prisioneros… Según la radio rusa Goebbels habría dicho esto: «Cuando alguien comienza a hablar de cultura en mi presencia, coloco involuntariamente el dedo sobre el gatillo de mi revólver». «Pretenden hacer regresar la historia al Medioevo», dicen. (¡Permítanme asegurarles que ya lo han conseguido!) Dicen que todos los oficiales encarcelados por actividades contrarrevolucionarias han sido puestos en libertad… La radio ha alertado de la actitud de los judíos que disparan desde las ventanas. Por cada alemán muerto por sus disparos serán ejecutados cien judíos. Aunque al principio la radio llamó a recibir con entusiasmo a las tropas alemanas que ocuparán la ciudad, ahora han ordenado de repente cerrar todas las ventanas y bajar las cortinas. Se avisa de la posibilidad de que se produzcan disparos desde las ventanas; yo misma he visto disparar contra una pared. A las cinco de la tarde de hoy la ciudad parecía absolutamente muerta. Sólo hay lituanos patrullando las calles y disparando de tanto en tanto. ¡Resulta tan opresivo ese odioso y a la vez alarmante sonido de los disparos! Me destroza los nervios…

Siento miedo… Veo pasar a los judíos que son conducidos a la prisión. Hay jóvenes y viejos y la marcha no cesa. De tanto en tanto me llega desde la calle el ruido de una ambulancia que cruza a toda prisa las calles desiertas o veo camiones con enormes cruces rojas pintadas por todos lados y cargados de enfermeras y sanitarios que recogen cadáveres. ¿Quiénes son los muertos?

Hace un año se produjo la entrada del Ejército Rojo en la ciudad

y la gente corría a ver las interminables columnas de camiones y tanques. Una nueva vida daba comienzo. Hemos vivido tantas cosas a lo largo del año transcurrido. Creí tanto en el sueño soviético, me sentí tan atraída por él…

25 de junio. El día ha amanecido luminoso, brillante. Hace calor. Los alemanes ya están aquí. Esto ha comenzado… *Cientos de banderas lituanas adornan las calles… Hay hombres armados por todas partes. Todos llevan distintivos con los colores nacionales lituanos. Se los ve hoscos, brutos. Llevan los fusiles en bandolera*. Se llevan detenidos a los judíos, en solitario o en grupos. Los miro con tristeza… Un elegante judío que avanzaba con paso firme y rostro pálido se me quedó grabado en la retina. Lo seguía un grupo de mujeres y ancianos.

Uno de los grupos iba encabezado por dos ancianos, a todas luces un matrimonio, que se apoyaban dulcemente uno en el otro. Me impresionó un joven judío que llevaba un abrigo de largos faldones y avanzaba con gesto orgulloso, retador. Tampoco consigo olvidar a otro joven, delgado y de baja estatura, que caminaba leyendo de un libro que llevaba abierto en las manos, como ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Con todo, su semblante reflejaba un frío desprecio a la vez que un claro reto. *Una muchedumbre reunida a ambos lados de la avenida Laisves se alegraba de la suerte de los detenidos, se mofaba de ellos y reía a carcajadas*. Una joven desconocida se me acercó con lágrimas en los ojos y me dijo: «Es horrible *que alguien pueda alegrarse por algo así*». Me sentía turbada, destruida, por el espectáculo que se desarrollaba ante mis ojos. Otros muchos curiosos se habían congregado a las puertas de la prisión. Allá llegó un polvoriento autobús de color azul del que obligaron a bajar a empujones a una treintena de judíos traídos desde ciudades de provincia. Al bajar, fueron obligados a pasar en medio de dos hileras de hombres armados que los animaban con brutalidad: «¡Deprisa! ¡Deprisa!». Los curiosos se alegraban a gritos de la desgracia de aquella gente. ¿De dónde ha salido tanto odio, tanta crueldad? *Estos improvisados «partisanos», ahítos de poder, se conducen con una maldad inusitada y se pasean por todos lados empuñando sus armas con aire de vencedores.*

A los soldados alemanes se los ve bien vestidos, mejor alimentados y pulcros. *Producen una impresión bien distinta de la que*

tuvimos al ver entrar a los soldados del Ejército Rojo el año pasado. Aquéllos se veían cansados, harapientos, enjutos. Sus automóviles, camiones y transportes se ven fuertes y prácticos: son de primera clase. La caballería está formada por bestias de raza y gran envergadura, aunque ágiles. La población lituana les brindó una recepción mucho más entusiasta que la recibida por los rusos. Les ofrecían flores al pasar y agitaban las banderas con efusión. Los «partisanos» se mostraban eficientes, obsequiosos y serviles ante los alemanes; se esforzaban especialmente en mostrar su beligerancia en el «frente judío». Se comenta con insistencia que los judíos dispararon desde las ventanas, incluso con ametralladoras, pero no he visto a ningún testigo de ello.

He sufrido un gran disgusto en el hospital: una enfermera me abordó en términos tan groseros y tan cargados de odio que no pude menos que sorprenderme —jamás había tenido el menor problema con ella. Fuera de sí, arrancó de la pared el retrato de Stalin que yo había colgado y lo pisoteó con rabia. Algo semejante ha ocurrido por toda la ciudad: han reventado los escaparates, arrojado a la calle y destrozada todos los símbolos, retratos, libros y bustos soviéticos. Resulta especialmente doloroso observar los escaparates de las librerías donde los vidrios rotos se amalgaman con los libros desencuadernados. Los lituanos se sometieron a los rusos, pero en su fuero interno los rechazaban, aunque se guardaran de manifestar su rabia. Y ahora, cuando han sentido que ya no tienen por qué esconder lo que piensan, están dando rienda suelta a sus verdaderos sentimientos. ¡Cuánto me encantaría escapar de esta ciudad maldita, de toda esta gente que me resulta tan ajena! Hoy he tenido un día especialmente duro… Las miserias humanas, la ira, la esterilidad de la existencia, los judíos asesinados, los saqueos de que son pasto sus bienes… La muerte, el miedo, vidas segadas por un trágico destino…

Los partisanos (y vaya nombre tonto e inexacto) asesinan a los soldados del Ejército Rojo que huyen en retirada, asustados, desarmados, exhaustos, destrozados… No veo el menor atisbo de humanidad por ninguna parte.

Los alemanes han ocupado dos habitaciones contiguas en el apartamento donde vivo. Ahora Lilia comparte conmigo mi exiguo dormitorio golpeado por el sol durante todo el día. Una se ahoga

por las noches de tanto que se calienta aquí el aire. Cuelgo sábanas húmedas en unos cordeles tendidos a lo largo del cuarto, pero se secan muy rápido sin refrescar el ambiente. El patio, allá abajo, lo han convertido en un aparcamiento para camiones. Los motores rugen día y noche, chillan los neumáticos, zumban los intermitentes. El viejo parterre sembrado de flores ha sido arrasado sin piedad. Hablé con los dos alemanes: se muestran exultantes por las victorias, ufanos, cortos de miras: desprecian a todo el mundo. Ahora es medianoche… Se escuchan disparos. Algunos son cercanos; otros, distantes. Retumban los cañones… Todo parece tan siniestro, tan terrible, tan angustioso. No creo haber tenido que soportar tanto dolor en toda mi vida. Los cañones retumban a lo lejos. Sus disparos son cada vez más intensos y repetidos. ¿Qué querrá decir eso? No consigo pegar ojo…

26 de junio. A las dos de la mañana, aun antes de que comenzara a amanecer, escuché el ruido de un motor. Me asomé a la ventana. Un camión se detuvo ante el N.° 13 de la calle Kanto, un modesto edificio de madera que se divisaba desde mi casa mirando en diagonal. El portero de ese edifico, por cierto, fue de los primeros en izar una bandera lituana. Se apearon varios hombres. Rompieron las puertas a golpes, penetraron en el edificio y encendieron las luces de la portería… Una mujer comenzó a chillar con tal desconsuelo que sus gritos me partían el alma. Estaba horrorizada. Sus gritos se prolongaron durante unos instantes hasta que los aplacó una voz masculina que comenzó a gritar en hebreo, rogando clemencia con unas mismas palabras que repetía una y otra vez… Seguidamente se escucharon unos disparos —tres o cuatro— y se hizo el silencio de repente. Una voz masculina dijo en lituano: «No disparéis sin mi autorización». Después se oyó llorar lastimosamente a unas criaturas. Parecía tratarse de dos niños de muy corta edad. Resonaron otros dos disparos y se restableció el silencio… Evidentemente, cuatro personas inocentes acababan de ser asesinadas… El vehículo permaneció aparcado allí largo rato hasta que se vio salir a seis hombres. *«Continuemos», dijo alguien en lituano, y se aproximaron a la portería de mi edificio. «Estos son de los nuestros», dijo alguien también en lituano, y siguieron camino basta girar en la esquina*. Otra vez rugió el motor. Y otra vez, instantes más tarde, escuché gritos ahogados. Y tres disparos (de revólver).

Transcurrió apenas una hora y siete u ocho personas fueron asesinadas. ¡Lo hicieron deprisa, con eficiencia, metódicamente! El eco de los disparos se fue alejando… ¡Ahora ya sé muy bien qué significan esos disparos nocturnos! *Ese motor que ruge a placer, la ciudad muda, la policía ausente. ¡Los alemanes permiten esos disparos en una ciudad sujeta al toque de queda, en una ciudad ocupada! ¡Es evidente que los asesinos actúan con la autorización y la complicidad de los nuevos amos!* Cerraron la puerta de la casa marcada con el N.° 13, pero la luz permaneció encendida durante todo el día y me ha estremecido mirar una y otra vez en esa dirección. Mi primer impulso fue el de salir a gritar pidiendo ayuda. Mas, ayuda, ¿a quién se la voy a rogar? ¿Acaso acudirá alguien? ¿Nos socorrerán? Anotarlo todo aquí es lo único que puedo hacer… Al menos, algo quedará…

Yo confió en que habrá un juicio, en que se las cobraremos todas, en que habrá un castigo para estos criminales. ¡La verdad prevalecerá y los que perpetran estos horrores recibirán su castigo! A las 03.20 vi pasar un coche con la cruz roja estampada. Pensé que se detendría ante esa casa, el N.° 13, pero siguió camino y giró hacia Neman. De repente se alzó una columna de humo en la avenida Laisves, pero se disipó enseguida. ¡Hay que ver la belleza de este amanecer! ¡Una mañana estival tan repentina, tan luminosa, tan linda! Y sin embargo me embargan la angustia, la alarma, la tristeza… Estos hombres asesinan tranquilamente a mujeres y niños por la sola razón de que son judíos. ¿¿¿Acaso se los puede llamar hombres???

27 de junio. Hoy a las cuatro de la mañana volvieron a rugir los motores. Y de nuevo aquí abajo, cerca, muy cerca, resonaron seis disparos. Estaba aterrorizada… Han prohibido salir a la calle antes de las seis de la mañana para matar sin testigos. Bajé a las seis en punto. Quería ver lo que había sucedido durante la noche. Encontré el cadáver ensangrentado de un anciano judío en el portal de la casa Meyerovich, en la calle Kanto. Le habían disparado a la cabeza. Le pregunté al portero, un hombre de cabello oscuro y rostro patibulario, quién lo había matado y por qué, me respondió: «¿A qué viene esa curiosidad? Deje de hacer preguntas o acabará igual que éste». Un grupo de soldados alemanes pasa por delante del cadáver. También lo hacen varios transeúntes. Nadie presta la

menor atención al cuerpo ni al charco de sangre… *Me acerqué al N.° 13 donde habían visto entrar a cuatro hombres en plena noche. Una mujer que llevaba un jersey de color verde estaba sentada en el umbral de uno de los apartamentos. Por lo visto, esperaba a alguien. «¿A quién han matado esta noche?», le pregunté. «Aquí no han matado a nadie», mintió. Y añadió visiblemente molesta: «Sólo vinieron a hacer un registro y nada más, así que déjeme en paz». No conseguí sacarle ni una palabra más… Todos los porteros han revelado ser auténticos asesinos y ladrones. Son ellos los que delatan la presencia de los judíos, conducen a los partisanos hasta las puertas de sus casas y las saquean después. Tengo el corazón hecho pedazos… Es como si cargara con un peso insoportable. El día ha amanecido hoy tan sorprendentemente luminoso. El cielo está tan despejado… Ello me hace sentir todavía peor. De repente suena el teléfono: una voz desagradable y cargada de malicia (puedo adivinar de quién es) me pregunta: «¿Cómo lleva el dolor de ver marchar a sus bolcheviques? ¿Cómo es que no se ha colgado todavía?». Me sentí espantada… Me dio la impresión de estar rodeada de enemigos por todos lados. Las noches de insomnio y el ayuno me hacían flaquear. La sádica y patriótica embriaguez deja saber de sí constantemente: los judíos son asesinados y vejados con la autorización y la anuencia de los nuevos amos. Con muy escasas excepciones, todos los lituanos se muestran unánimes en el odio que profesan a los judíos. Ello es particularmente notable en los sectores intelectuales y profesionales, dado que se vieron apartados del centro de la vida pública con la llegada del poder soviético debido a sus inclinaciones nacionalistas, cediendo así sus posiciones a los judíos. Por si ello fuera poco, el proceso de nacionalización llevado a cabo por las autoridades soviéticas provocó la confiscación de sus propiedades inmobiliarias y capitales. Ahora se están cobrando venganza del miedo y las humillaciones pasadas. Tuve una conversación sobre este asunto con una amiga médico y aunque censuró las ejecuciones extrajudiciales de judíos que están perpetrando los «partisanos», intentó buscarles una explicación y una justificación en la «dominación» judía… A lo largo de todo el día se ve andar por las calles a personas que ostentan en sus ropas los símbolos nacionales lituanos. Se comportan como vencedores, irrumpen en las casas y cargan en carretas los bienes que arrancan a los judíos. ¡No se dejan nada! Esta eclosión de la codicia parece una verdadera epidemia… Todos van armados con fusiles y su disposición al «combate» goza de la aprobación*

de sus jefes (los uniformes rojos y los negros valen lo mismo: recuerdo cuando entró el Ejército Rojo y había bandidos similares por todas partes llevando brazaletes de color rojo).

Los colores nacionales se ven por todas partes y también bandas de color blanco con cruces rojas. La única ocupación de las ambulancias consiste en la retirada de los cadáveres de rusos y judíos. Desde la ventana de la clínica fui testigo de cómo uno de los camiones cargados de «enfermeras» se disponía a salir en busca de cadáveres: chillaban, se carcajeaban, flirteaban con los soldados en términos bien subidos de tono, intercambiaban bromas gruesas… Tan sólo una de las enfermeras, una mujer sencilla e iletrada, se refirió con pena a las muertes de los soldados del Ejército Rojo, el hostigamiento a los judíos, empujados a palazos al paredón, y se lamentó de que los obliguen a cavar sus propias tumbas mientras los obligan a cantar *Si mañana llegara la guerra*. Un paciente contó que vio a los alemanes sacar de la prisión a un grupo de judíos, atarlos a un carro de combate y obligarlos a subirlo por la escarpada margen de río. Tan divertido pareció el ejercicio a los verdugos que después los tuvieron largo rato tirando del carro alrededor de la sede del Ayuntamiento. Como me resistía a creer aquello lo obligué a contarme la historia varias veces. Lo hizo sin titubear, asegurándome cada vez que había sido testigo presencial del abuso. Los camiones circulan arriba y abajo por la calle Kanto y van recogiendo los cadáveres. *Han sacado algunos judíos de la prisión para ayudar en la limpieza de las calles. Yo misma pude verlos —con sus rostros pálidos y crispados por el miedo— tratados a empujones por los «partisanos». Este terror negro es particularmente repugnante porque persigue a las personas por su pertenencia a una raza, por su sangre, es decir, por características que el perseguido no puede cambiar de ninguna manera y ello hace que la condena a muerte parezca el fruto de un destino fatal. Qué horrible es todo esto… Qué inhumano… Están etiquetando como «comunistas» a muchas personas que fueron enemigas del régimen soviético para justificar así sus asesinatos… Cuánta hipocresía.*

En las puertas de la Clínica N.° 1, donde trabajo, han colgado el siguiente aviso: «Establecimiento libre de judíos».

Todo lo que lleva la marca del nacionalismo me produce un profundo asco, me provoca náuseas. ¡Son tantas la sangre y los

sufrimientos que veo en derredor por culpa del odio desatado por los sentimientos nacionalistas! *Las filas de los partisanos se alimentan o de tontos chiquillos embobecidos por el sueño de una Lituania «independiente» o de gentuza de la peor ralea que encuentra provecho en los saqueos o placer en los asesinatos impunes. El portero del edificio de la calle Kanto donde encontré el cadáver de un judío hace unos días —aquel moreno de ojos oscuros que daban miedo (¿no será demencia lo que refleja su mirada?); el mismo que me dijo que si hacía muchas preguntas acabaría muerta también— se apareció de improviso en nuestra cocina y preguntó por al apartamento N.° 6. Su pregunta me heló la sangre. Era evidente que estaba buscando judíos para asesinarlos… Mientras esperaba la respuesta reparó en unas gotas de sangre fresca que había en el suelo de la cocina. La visión de la sangre le produjo una súbita y visible turbación. Preguntó de dónde procedía y le explicamos que acabábamos de matar una gallina. «Lavad esa sangre», ordenó en tono imperioso. Evidentemente, la visión de la sangre que había derramado en tal cantidad durante aquellos días le resultaba desagradable, lo asustaba… Salió en busca de los judíos. Con toda intención lo remití a nuestro portero, pues sabía que mantenía relaciones de amistad con los judíos de nuestro edificio.* Y *no me equivoqué: intercedió con fuerza por el joven judío y su familia y me consta que ninguno de ellos fue asesinado durante los primeros días de terror…*

Durante aquellos primeros días la suerte de todos nosotros dependía en primera instancia de los porteros. ¡Pobre aquel que hubiera tenido serias desavenencias con ellos en el pasado!

¡Qué horror! El yugo que pesa sobre nosotros lo pudre y malogra todo… Y esos emblemas lituanos que aparecen ahora por doquier no son más que un mecanismo de defensa al que apelan los más cobardes…

Las tropas alemanas han continuado llegando sin cesar durante todo el día. Los soldados se ven frescos, elegantes, vigorosos. Todos son altos y hermosos, como si los hubieran seleccionado para la ocasión. Marchan en impecable orden. Entretanto, se ve pasar a los oficiales en sus elegantes limusinas. Llevan monóculos y tienen ese aire de desprecio tan propio de los prusianos. Los muros están adornados con gran profusión de carteles.

Hoy pude ver cómo conducían a empujones a unos doscientos judíos hacia las puertas de la prisión. Iban en harapos, sucios, exhaustos, su aspecto era de veras penoso… *Inflamada por el odio y*

la repugnancia observé al corro de mirones, a aquella gentuza que hacía mofa de los pobres detenidos y gozaba con la desgracia ajena.

La clínica ganó de pronto la limpieza y el orden por los que yo llevaba todo un año luchando en vano. Y soy perfectamente consciente de la razón del anterior fracaso: nada tiene que ver con la naturaleza del régimen soviético (como aseguraban sus enemigos), sino con la tenaz resistencia pasiva que oponía la población a un régimen que consideraba ajeno y enemigo.

Ayer escuché el Angelus. Y ya hoy la radio está retransmitiendo las misas. Creo que los bolcheviques no debieron haber suprimido esos programas. La música religiosa me resulta muy grata, especialmente el sonido del órgano. De hecho, la música consigue sacarme del odioso reino de esta sangrienta realidad para conducirme a la paz y la gracia de la armonía celestial. El cristianismo es el último refugio que uno encuentra para superar la fatiga, la debilidad y la desilusión que producen las mentiras de este mundo. Los alemanes nos han dado un respiro. Muy pronto sabremos qué es vivir en un Protectorado alemán. Se equivocan nuestros patriotas de pacotilla si imaginan que los alemanes tienen algún interés en la independencia de Lituania. En lugar de reconocer la amarga verdad de su derrota, la radio rusa se limita a informar de episodios militares aislados que dan fe de la valentía de sus soldados y proclaman algún que otro éxito parcial. En cambio, no dicen ni una palabra acerca de las unidades que se están rindiendo en masa, ni de la ocupación alemana de toda la zona del Báltico… El presidente de Finlandia acaba de afirmar que los alemanes no luchan contra el pueblo ruso como un todo, sino únicamente contra los bolcheviques… ¡Eso es rotundamente falso! Los rusos bombardearon Helsinki y Turku. Los suecos, por su parte, cedieron su territorio para que lo atravesaran las tropas; España se ha aliado con Alemania para vengarse por la Guerra Civil.

Los días continúan siendo cálidos y luminosos. He estado ocupada con las faenas de la casa. Guisé y horneé pan. He descubierto que cualquier ruido o golpe me asusta… No sé qué sucede con N. Su situación me preocupa. A la clínica ya no vienen los enfermos; los comercios han echado las persianas. Hay escaparates rotos por todas partes. Los alemanes ya han ocupado toda la ciudad. Muchas ventanas han sido selladas con tiras de papel. Parece que habitemos una ciudad abandonada. Hoy no han

matado a nadie por aquí, ni se han escuchado disparos… ¡Nunca imaginé que los disparos de fusil produjeran tal estruendo! Muchas conversaciones giran en torno a las vejaciones a las que están siendo sometidos los judíos. Dicen que los obligan a cargar excrementos con sus propias manos. Vi pasar a un grupo de judíos arrestados llevando palas. En la noche, una enferma (Morkunayte) me dijo que había visto cómo pegaban con palos a los judíos que cavaban zanjas junto al cementerio. *La gente señala a los comunistas y éstos son arrestados.*

28 de junio. Ha sido una noche horrible. Hacía un calor sofocante. Cuando me fui a la cama olvidé la orden de mantener todas las ventanas cerradas durante la noche y me dejé abierta la del despacho. En torno a la medianoche alguien comenzó a disparar contra esa ventana. Al principio eran disparos aislados que sonaban como cañonazos. Después se fueron haciendo más frecuentes y alcanzaron también otras ventanas y la puerta del edificio. Una bala alcanzó el estucado de la pared del despacho y le abrió un boquete. Otra atravesó la puerta limpiamente. Al principio no me percaté de que los disparos iban dirigidos contra mi apartamento. Me tumbé junto a Lilia en el pasillo a esperar que todo acabara, pero los disparos se sucedían uno tras otro. Al final me di cuenta que la causa de todo aquello era la ventana abierta, bajé a la carrera y pedí al guardia que avisara a los tiradores de manera que pudiera cerrar la maldita ventana. Pero el guardia desoyó mi ruego y se encerró en el sótano. No me quedó más remedio que arrastrarme hasta la ventana y, aun corriendo un grave riesgo, cerrarla por fin. Los daños sufridos por los cristales de las ventanas y la puerta noble son cuantiosos. Una vez cerrada la ventana, corrimos a refugiarnos en el cuarto de baño. Poco después nos llegó el ruido de muchos pasos, el repiqueteo de las ametralladoras, exclamaciones en alemán y carreras. También escuchamos el frenético paso y los fuertes frenazos de muchos coches. Tras dos horas de calma resonó otro disparo en nuestra calle. Instantes más tarde se escucharon otros en la calle Kanto. Y de nuevo el silencio. Al cabo, no pude pegar ojo en toda la noche. *A las cinco de la mañana llamaron a la puerta. Era un grupo de hombres —adolescentes, más bien— vestidos con los uniformes de la policía lituana. Se los veía tranquilos y cansados. Uno de ellos, que parecía el jefe, era un joven delgado y nervioso, con cierto aire de*

degeneración en el semblante. Rápidamente emprendieron la búsqueda de los tiradores que suponían ocultos en nuestro edificio y subieron al desván en busca de ¡ametralladoras! y judíos. Naturalmente, no encontraron nada de lo que buscaban, así que se marcharon por donde vinieron. Una elegante limusina *adornada con la bandera nacional lituana* se detuvo ante nuestra casa a las nueve de la mañana. De ella se apearon los agentes del orden, todos empuñando sus revólveres… Los guiaba un hombre de semblante afable, aunque indistinto, que se presentó como un militar en retiro, y declaró ser el responsable de los disparos contra nuestras ventanas y aseguró haber visto una ametralladora en la ventana contigua a la nuestra (es decir, en el apartamento de la familia judía). Los conduje a mi despacho y les mostré la maldita ventana que había dejado abierta por descuido. También les expliqué que el apartamento contiguo al nuestro llevaba una semana vacío (los judíos habían huido) y que podía jurar que permanecía abandonado desde entonces, pues era bien visible la gruesa capa de polvo delante de su puerta… No obstante, la emprendieron a golpes para derribar la puerta. Visiblemente acobardados, todos empuñaban los revólveres en estado de máxima alerta. Por fin entraron al apartamento con la mayor cautela y procedieron a registrarlo concienzudamente. Revolvieron armarios y cajones a su antojo, pero como era de esperar no encontraron judíos por ninguna parte. Con todo, se dieron por satisfechos con el hallazgo de un cuchillo en el cajón donde se guardaba la ropa interior y la vieja funda de un revólver: ¡ya tenían pruebas de la presencia de armas en el apartamento! Concluido el registro, se llenaron los bolsillos con toda suerte de pequeños, aunque valiosos, objetos. También se llevaron un trozo de salchichón y unas conservas. Después sellaron el apartamento y se marcharon.

Hubo más disparos en la tarde…

29 de junio. Hace un día magnífico y soleado… Algunos enfermos que vinieron a la consulta me contaron que han visto judíos obligados a cargar excrementos con sus manos, a cavar zanjas, a beber agua del alcantarillado. También fueron testigos de cómo los obligaban a tumbarse en el suelo y los golpeaban con saña con las palas o les propinaban porrazos en la cabeza (eso último sucedió en el garaje de la avenida Vitovka, detrás del cementerio).

También vieron cargar sus cadáveres en camiones que los llevaban a enterrar. Los alemanes no tomaban parte en nada de eso, limitándose a observar lo que sucedía. *Los verdugos eran todos lituanos, mientras los alemanes se limitaban a tomar fotografías*. La gente humilde del pueblo, los campesinos, se horrorizaban ante aquellas escenas y sentían pena por los judíos.

Por toda la ciudad corren rumores que afirman que los rusos y los judíos se solazan martirizando a los cristianos, especialmente a los niños, les arrancan la lengua, los desuellan, etc. También se repite que los judíos disparan sobre los transeúntes desde las ventanas. Ahora sé muy bien quiénes difunden esos rumores falsos y disparatados y por qué lo hacen. Gracias a la permisividad de la intelectualidad lituana (y tal vez también con su tácita aprobación) la plebe está mostrando un comportamiento tan bárbaro y un fanatismo tan salvaje que los pogromos instigados por los rusos en el pasado parecen una actividad filantrópica…

Esta mañana bajamos a dar un paseo por las calles. La presencia de los ocupantes es impresionante. Hay soldados alemanes por todas partes: en los cafés, las tiendas, las calles. Esta noche los alemanes ocuparon uno de los apartamentos de nuestro edificio. El patio se ha llenado de vehículos, coches, camiones y edecanes. Ya se escucha la música de un piano en el apartamento de abajo. Y en las escaleras, ruidos de botas con remaches de hierro.

30 de junio. Esto es una auténtica pesadilla… Las columnas de arrestados *judíos* pasan sin cesar. A algunos judíos se los ve horrorizados. También yo tiemblo cada vez que me toca presenciar los sufrimientos, la crueldad, las vejaciones y las atrocidades que padecen. *Me parece que la razón que mueve a tanta crueldad no es otra que el miedo. Si torturan y asesinan con tanto celo es debido al miedo que sienten, si muestran ese servilismo es porque quieren convencer a sus nuevos amos de que están dispuestos a servirlos cuanto haga falta, sin límites…* Siento un gran agotamiento físico y mental. Tengo que bajar al sótano a guisar, porque arriba apenas cuento con queroseno o leña. El apartamento está lleno de polvo, mugre, ruinas… Las calles Mickiewicz y Kestuchio están llenas de enormes camiones y monstruosos carros de combate largos y pesados. *Magníficos todos, limpios y relucientes… Lo mismo sucede con quienes se pasean en torno a ellos: saludables, animosos, activos a la vez que serenos… Esta noche*

cargaron en los camiones a muchos prisioneros rusos. Tan pálidos… Había soldados alemanes apostados en todas las esquinas con señales que indicaban la dirección a seguir. Hay señales de ésas por todos lados… Los alemanes son metódicos y lo tiene todo muy bien planeado… Eso hay que reconocérselo a los ocupantes. En apenas ocho días la ciudad ha pegado un gran cambio. Se los ve como a ufanos vencedores, mientras que los rusos apenas se hicieron notar cuando llegaron aquí: se mostraban tan modestos y silenciosos como visitantes tolerados a duras penas. Las tiendas se están quedando vacías, porque han establecido que un marco equivale a diez rublos. ¡Los zapatos les salen a seis marcos el par, cuando en Alemania cuestan más de veinte! ¡Hay que ver!

Los periódicos locales insertan fragmentos del *Mein Kampf con* alusiones racistas. Entretanto, los diarios alemanes hablan de significativos avances de su ejército. Han tomado Minsk, Lvov… Los rusos resisten con fiereza…

Toda esta guerra de la que soy testigo… El asesinato de tantos inocentes, la destrucción, la muerte, el odio, el miedo, las atrocidades, la crueldad desatada, la desaparición de todo impulso espiritual, los incendios, los cadáveres, la maldad desatada… En cierto sentido podría parecer que la guerra no tiene que ver con nosotros, porque en realidad la guerra verdadera se libra contra los judíos y la lleva a cabo la plebe y es ella la que impone un terror que parece haberlo paralizado todo… ¡No puedo creer lo que ven mis ojos, lo que escuchan mis oídos! Me siento estremecer ante este odio ciego hacia un solo pueblo; un odio mantenido y alimentado por la codicia y otras miserables motivaciones. Los diarios informan con abundancia de las víctimas lituanas pero no dicen ni una palabra de las víctimas judías, cuando puede que éstas superen en número a las lituanas, ni mencionan los saqueos de que han sido víctimas, seguramente superiores a los padecidos por los lituanos. Y naturalmente tampoco dicen palabra de las ejecuciones en masa o las masacres… Jamás olvidaré lo que he visto en estos días. Cuando el «héroe» nocturno, el capitán lituano que disparó contra nuestra casa por pura cobardía, quiso convencer al oficial de las SS que acudió a requisar todos los bienes de mis vecinos judíos de que alguien había disparado contra él desde la ventana de la habitación de los niños, protesté con firmeza. Ante la vehemencia de mis argumentos —sostuve que el apartamento llevaba vacío una semana y que no había testigos de

los disparos— el oficial alemán me dijo que los judíos bolcheviques eran nuestros enemigos y debían ser exterminados sin compasión. «La guerra es la guerra», me espetó. La cerril crueldad que mostraba su comportamiento y el carácter inexorable de su decisión me parecieron horrorosamente inhumanos.

El doctor Ipp, un médico estupendo y hombre modesto y de carácter afable, atentó contra su vida ingiriendo una dosis de veneno que resultó letal. Otro médico hizo lo mismo, aunque en su caso lo hizo acompañado de toda su familia. Uno de mis colegas oculistas pidió ser transferido al turno de noche, porque le da miedo trabajar a la luz del día. Y es que en efecto impone pasarse el día sentado en una clínica vacía *de cuya puerta cuelga el anuncio «Aquí no trabajamos con judíos»* y asistir a la detención de judíos, ver cómo se los llevan a la prisión y saber que los soldados alemanes que lo hacen no los consideran seres humanos.

1 de julio. Días claros, típicamente estivales… No cesa el ir y venir de los automóviles, el rechinar de los hierros, el rugido de motores y hélices, las pisadas de las recias botas militares… ¡Es la guerra! Siento un temblor irrefrenable dentro de mí… Tengo miedo y a veces me pregunto a qué le temo en realidad. No a la muerte, pues la espero con serenidad. Es a esta permanente exposición de la violencia, la brutalidad y la inhumanidad a lo que temo. Los soldados entran y salen sin cesar del apartamento. No me dan ni un instante de sosiego. Sufro. Intento hacerme fuerte, ser valiente. Recupero en mi memoria viejas imágenes que muestran la belleza, el esplendor de la naturaleza, el Bien, el Amor, las grandes figuras del pasado…

Pasan sobre nuestras cabezas enormes bombarderos negros en vuelo rasante. Los días se hacen largos. Me flaquean las fuerzas.

2 de julio. Un día duro que no parece tener fin. Por todas partes hay rostros de judíos atormentados y asustados. Muchas madres vagan en torno a los muros de la prisión… Tres autobuses cargados de prisioneros pasan de largo. ¿Adónde los llevarán? Nadie lo sabe. Unos amigos vienen un rato a casa. Lloramos juntos. No hay consuelo. Por la noche, disparos y más disparos. Le temo a todos y a todo. ¡Qué agotada estoy!

3 de julio. L. me comunicó esta mañana que han decidido prescindir de mí en la clínica. Les disgusta mi actividad política… Definitivamente, mis enemigos se han hecho con el control de la clínica.

Los alemanes bombardean Smolensk. Ya tomaron Riga y continúan avanzando… Veo pasar camiones cargados de bidones de gasolina. Abajo, en el patio, los soldados lavan y reparan sus vehículos. Enormes aeroplanos sobrevuelan la ciudad. El ruido no cesa: sirenas, chirridos, crujidos, zumbidos. El pesado trabajo de la destrucción no cesa ni un instante.

4 de julio. Ha sido otra noche dura en la que apenas he podido pegar ojo. Siento un agudo dolor en el pecho. Me siento como una extraña en el apartamento donde he vivido por tantos años. Las puertas están abiertas de par en par todo el día y el ir y venir de los soldados no cesa… Todo el mundo habla de las horribles atrocidades y el exceso de crueldad *que muestran los lituanos y alemanes*. Despojados de sus casas y desprovistos de sus derechos, muchos judíos esperan la muerte con ansia. Una de mis pacientes me contó que perdió a su madre, asesinaron a su padre y su hijo quedó separado de ella en el campamento de pioneros donde pasaba el verano. Por otra parte, su marido estaba desaparecido. Y probablemente muerto. El dolor la tenía petrificada. Lloramos juntas. No supe qué más hacer para intentar consolarla. El corazón me duele nuevamente. Varios millares de judíos han sido fusilados. Un tercio de las casas de Slobodka ha sido pasto del pillaje. He visto pasar camiones cargados de mujeres judías. ¿Adónde las llevarán?

5 de julio. Hoy vino a casa Góldochka, la muchacha que me hace la manicura. Ha sufrido una terrible transformación. La joven encantadora que fue hasta hace unas semanas es ahora una mujer cargada de años, fea y con el rostro castigado por el sol. Ahora hace apenas dos meses que contrajo matrimonio, una ceremonia a la que acudí. Se casaba una joven pareja envuelta en una resplandeciente aura de ternura. Ante el avance alemán, los jóvenes esposos escaparon de la ciudad pero fueron capturados muy pronto. Huyeron del fuego para meterse entre las llamas, como se suele decir. Sus captores los despojaron de todo lo que llevaban consigo y enviaron al joven al Fuerte N.° 7. Góldochka, encinta, suplicó por su

marido. Sus ruegos fueron estériles.

Los judíos son apartados de las filas que se forman ante los comercios: tienen prohibido comprar alimentos. Los han desalojado de todos los puestos de responsabilidad. Incluso tienen prohibido viajar en el pescante de los carros tirados por caballos o sentarse en los bancos de parques y jardines. *Me asombra la valiente sumisión con que soportan su suerte: ni una sola protesta; ni un solo conato de revuelta.*

An. ha vuelto. Me cuenta su azaroso viaje a Kaunas, a donde consiguió llegar a duras penas y tras muchas peripecias, haciendo parte del camino a pie y otra en ocasionales transportes. También tuvo que padecer el acoso de los soldados alemanes quienes lo detuvieron varias veces. Me dijo que encontró la carretera llena de refugiados judíos que huían despavoridos en todas direcciones como animales acorralados.

7 de julio. Dormí muy mal esta noche. Los inquilinos alemanes no dejaban de hacer ruido.

Nos llegamos hasta el puente Aleksot. Lo volaron por el mismo centro, inutilizándolo… La onda expansiva arrancó de cuajo las ventanas de las casas colindantes. Ahora hay cascotes por todas partes y el puente no es más que un amasijo de hierros. Un grupo de prisioneros rusos —sucios y exhaustos— descarga unas barcazas… Los soldados alemanes se pasean por las márgenes del río.

Se cuenta que cierto médico iba a ser ejecutado en el Fuerte N.° 7, donde los judíos son asesinados en masa. La bala que le estaba destinada impactó en un niño de doce años que esperaba la muerte a su lado. El médico, levemente herido, pidió que lo ayudaran a morir y un farmacéutico le alcanzó una dosis de morfina.

Mucha gente viene a verme. Todos están atormentados y asustados, se sienten miserables. La esposa de un farmacéutico gestiona la puesta en libertad de su marido que permanece solo en prisión, después de que los alemanes la dejaran marchar a ella… Góldochka también estuvo aquí. Todavía tiene fe en que conseguirá sacar del Fuerte N.° 7 a su joven marido. Una vieja señora a quien alguna vez compré una vajilla acudió a pedirme interceder por su marido… Escribí y firmé una nota manifestando que se trataba de un honesto comerciante. L. vio en la calle el cuerpo desfigurado de

un judío. *Los «partisanos» se pasean sin cesar por los apartamentos ocupados por familias judías y los saquean.*

El dolor produce tales cambios en la fisonomía de las personas que muchas están irreconocibles. Acabo de despedir a una vieja paciente mía, enferma de tracoma. Su hijo está desaparecido y anoche recibió la visita de los saqueadores. Esos bandidos se están comportando con un descaro insoportable. *Entretanto, los intelectuales permanecen en silencio. Dicen que el clero solicitó formalmente acabar con estas atrocidades… La Cruz Roja está recogiendo dinero en las calles. Se ayuda de impresos en los que se lee: «No ayudamos a judíos». ¡Qué vergüenza! Me cuesta creer lo que ven mis ojos de tan impensable que es todo esto. Los niños lituanos que pasaban las vacaciones en campamentos de verano han sido traídos de vuelta a la ciudad. En cambio, los niños judíos permanecen en los campamentos. Se mueren de hambre y piden de comer a sus madres. ¡Los humanos son mucho peores que las bestias! La cabeza me da vueltas… Son días de pesadillas, de horror y desesperación… Algunos alemanes se compadecen a título individual y regalan medicinas y patatas. También ofrecen consuelo… Me contaron de una anciana que limpia las tumbas en el cementerio, pero se niega a ir hasta el fondo del recinto porque asegura que hay alemanes allí que violan a las mujeres que se acercan… Todo es tan delirante…* Se ha establecido el toque de queda a las diez de la noche. Hay colas enormes para recibir alimentos a cambio de los cupones de racionamiento. La situación con los alimentos es muy compleja, pero mis pacientes me ayudan. Alguno me trae leche; otro se aparece con un puñado de avena.

Hay terribles combates en el frente de batalla.

10 de julio. Se ha anunciado que los judíos están obligados a llevar una estrella de seis puntas de color amarillo cosida a la ropa y que se les restringe a las ocho de la noche la autorización para circular por la calle. Las calles están tan desiertas que infunden miedo. La ciudad parece muerta. Visité a una colega, una cirujana, en su precioso apartamento. Buena parte de los hermosos objetos que adornaban su casa está ahora a buen recaudo en las casas de amigos. Apenas quedan unos pocos jarrones en los estantes vacíos. ¡Cuánta destrucción! Lloramos juntas un buen rato… Para animarla le propuse que pasara los días en mi casa y sólo regresara al gueto a dormir. Me siento completamente destrozada. Y paso las noches en

vela…

12 de julio. Los judíos ya salen a la calle con las estrellas amarillas cosidas a la ropa. No se les permite caminar por las aceras, de manera que lo hacen por las calles. Los obligan a andar en fila india y a descubrirse al paso de los alemanes.

Mis inquilinos alemanes se marchan hoy para acercarse más a la línea del frente… *Nos invitaron a Lilia y mía tomar un café a modo de despedida. Hablaron del futuro de Europa, un continente donde no habrá más guerras, ni aduanas ni enfrentamientos entre distintas nacionalidades. Uno de ellos —un hombre delgado de baja estatura— es un artista, joyero y arquitecto oriundo de los Sudetes. Nos mostró algunas magníficas fotografías a color. Otro es un hombre alto, de cierta edad, ojos tristes y, en general, poco agraciado. Es chófer y tiene mujer e hijos en Alemania. De entre todos él fue quien mostró mayor consideración por Lilia, quien ha perdido todo el cabello debido a la enfermedad. Antes de marcharse, le trajo a Lilia unos huevos, leche, limones y gasolina. A cambio le regalé tres trozos de jabón, un producto del que carecen. El tercero es un joven alto, fornido y hermoso. Todo un Don Juan. En verdad es un hombre rudo y de escasa cultura que conducía camiones en Colonia. Más tarde se nos reunió un oficial de alta graduación. Un tipo grueso y pesado con varias cicatrices cruzándole una cara de pocos amigos. Los anfitriones no mostraron servilismo alguno ante la llegada de su jefe y, bien al contrario, lo invitaron a tomar asiento como a uno más y continuaron charlando sobre la extensión y las riquezas naturales de Rusia, la ineptitud de los rusos para seguir los más elementales criterios organizativos y la carencia de cultura que advertían entre la población. Con mucha cautela, intenté vindicar las cosas positivas de Rusia. Hay camiones cubiertos aparcados a todo lo largo de la calle Kestuchio. Mis inquilinos se marcharon a las dos en punto de la madrugada*. Todos marchan hacia el este. Confían en haber tomado Moscú en octubre o, a más tardar, en noviembre y así poder regresar a casa antes de Año Nuevo.

14 de julio. Ahora estoy trabajando en casa todo el día. Recibo a mis pacientes en este apartamento sucio y con las paredes desconchadas por el que pulgas y chinches pasean a su antojo. Cada noche disparos y más disparos, mientras espero la llegada de algo

aún más horrible que todo esto… *Mis pacientes lituanos vienen de muy buen humor a la consulta. Se los ve alegres y satisfechos por el próximo advenimiento de la independencia de Lituania… Por lo pronto, aún no se ha formado un gobierno lituano*. El correo no funciona, el orden y la seguridad son inexistentes, el comercio está paralizado…

Los *judíos soportan sus desgracias con resignación. No se conocen protestas ni manifestaciones de indignación*. Mi vecina volvió a recoger sus cosas. Su semblante ha cambiado tanto y está tan delgada y avejentada que apenas conseguí reconocerla. Su marido, un abogado, murió fusilado. *En una muestra de amabilidad y generosidad, los oficiales alemanes le permitieron volver a su apartamento destruido y casi vacío a recoger algunas pocas ropas de mala calidad que nadie había robado aún. Consiguió liar dos hatillos de trapos viejos. Cuando hubo acabado se apareció de repente el administrador del edificio, un joven lituano de mirada huidiza nombrado para ese puesto cuando aún mandaban los bolcheviques, cuyo rostro de rasgos hermosos permite adivinar la maldad de su espíritu, y le dijo que los judíos no podían sacar nada de sus casas*… A ruego suyo, Lilia y yo conseguimos llevar a nuestro apartamento —ante las propias narices de los alemanes— una máquina de coser, un sofá y algunas otras pertenencias… Después me quedé sola. ¡Cuánto me agobian estas habitaciones tan grandes! ¡Cuánto le temo a las largas noches de insomnio! No hago más que esperar horrores mayores, terribles crueldades por venir… *Aquí no hay ley. Los más bajos instintos son saciados por medio de la venganza, resulta terrible verse obligada a vivir bajo el poder de la chusma, al albur de lo que les apetezca a tanta gente desempleada y entregada impunemente a los asesinatos y los saqueos.*

Los alemanes han ocupado Vítebsk y se acercan a San Petersburgo. Los combates son terribles. Inglaterra ha firmado un pacto militar con la Rusia soviética que la obliga a no firmar una paz separada; los americanos prometen ayudar. Los periódicos alemanes dicen lo siguiente: «Con tal de vencernos, la plutocracia inglesa es capaz de aliarse hasta con el comunismo». También traen imágenes horribles de prisioneros rusos y de las ruinas que dejan sus bombardeos. Creo que no podré soportar todo esto… Las noches de insomnio se me hacen cada vez más insoportables. Llaman a la puerta de repente… El corazón me da un vuelco: «¡Ya están aquí!», me digo. Abro la puerta y me encuentro

a un oficial alemán con un brazalete en el que se dibuja una enorme esvástica. Es joven adusto, su rostro muestra severidad, hosquedad e incredulidad. Me mira con gesto autoritario y hostil… Su disgusto es evidente e inexorable. Por lo visto ha llamado a la puerta equivocada. Le explico su error y se da la vuelta sin disculparse. Visiblemente molesto, llama a la puerta del apartamento de al lado. Vitia vino a mi habitación a consolarme.

15 de julio. La tormenta esquivó la ciudad y otra vez tuvimos una noche sofocante, asfixiante. El corazón continúa dándome molestias. No dormí nada… Disparan sin parar. (¿A quién estarán matando?) El cansancio y la tristeza que me embargan me hacen llorar sin parar. Ay, si pudiera morirme ahora mismo y no ver lo que ocurre a mi alrededor.

17 de julio. La pesadilla continúa. Los judíos están siendo reasentados a Slobodka. Donde antes vivían cinco mil ahora tienen que acomodarse veinticinco mil. Todos intentan dejar sus pertenencias al cuidado de alguien. A mí me trajeron un montón de muebles y llenaron de ellos una habitación que ahora siento extraña. *El arzobispo ha hecho público un llamamiento pidiendo ayuda para todos los compatriotas sometidos a las penurias de la guerra.*

Como en estado de éxtasis y con la venia de las autoridades, todos se han entregado con fervor a la tarea de insultar a las víctimas indefensas, vejarlas y contar las más insultantes historias sobre ellas. Todo ello me produce una enorme repugnancia. Siento náuseas. Es como si se hubiera desatado una psicosis de odio y bestialidad.

No dejan de pasar carros llenos de basura entre la que se adivinan las tristes figuras marcadas con las estrellas de seis puntas.

Mientras los judíos son apartados con violencia de la sociedad, la vida cotidiana de la ciudad recupera su ritmo: la gente acude a elegir unas gafas, a graduarse la vista o á quejarse de la escasez de alimentos. Hablamos de los cupones de racionamiento y los alimentos disponibles… Hoy hace frío y amaneció húmedo. Me siento espiritualmente vacía.

18 de julio. El día es frío y gris… La ciudad recupera su «apariencia habitual». Ya se ve movimiento en las calles antes desiertas. Con todo, las estrellas amarillas que llevan cosidas a la

ropa las personas que avanzan por el pavimento ejercen una dolorosa influencia en los nervios y la conciencia. Los judíos intentan vaciar sus casas antes de abandonarlas… El administrador de la casa donde vivía mi costurera vino a avisarme que puedo pasar por allí a recoger un trozo de paño que le había dejado con un encargo. La costurera era una criatura inofensiva y de escaso tamaño. La anciana llevaba una vida muy solitaria. Dedicaba el día a las labores de costura y la noche a la lectura. Muchas veces pude ver libros de Chéjov o Tolstói sobre su mesa. El estrecho apartamento que ocupaba en un edificio de madera con un minúsculo patio siempre estaba recogido y limpio. Ella misma era un ejemplo vivo de orden y eficiencia. Una bomba impactó de lleno en el tren al que había subido huyendo de los alemanes y murió quemada viva. Lo supe gracias al relato de una pariente suya que regresó a pie desde el lugar de la explosión. El impacto fue tan fuerte, me dijo, que muchos cuerpos fueron levantados hasta la altura de la catenaria y allí permanecieron colgados… El azar suele ser caprichoso y sus víctimas mueren en forma absurda…

Tras feroces combates calle a calle, los alemanes han conseguido tomar Smolensk.

Un inquilino alemán asegura que tomarán Moscú en octubre y se apoderarán de Inglaterra antes de que termine el año. Sostiene que en enero habrá acabado la guerra y los alemanes podrán volver a casa. ¡Qué disparate!

20 de julio. Las noches me resultan especialmente penosas. Estuve en el cementerio. El escaramujo, los rosales y las violetas florecen en todo su esplendor. Es un día frío. La ciudad se ha vaciado de nuevo. *Los ocupantes animan a los desempleados a buscar trabajo en Alemania.*

Nuestras vidas han quedado destrozadas. No conozco ni uno solo de los nombres de los miembros del gobierno. Todos me resultan perfectos desconocidos. No hay policía. Simplemente se fusila a todo el que se dedica a robar o saquear sin autorización expresa. Se ven menos soldados alemanes. En cambio, hay muchos más oficiales, tipos importantes que se comportan con arrogancia. La mayoría de las tiendas permanecen cerradas. Hay poca cosa que comprar y largas colas, sobre todo para los judíos. Duele mirar sus rostros angustiados y atormentados…

22 de julio. Hoy Moscú ha sufrido el primer bombardeo. Según la radio alemana la intensidad del bombardeo permite compararlo con los más terrible bombardeos que ha sufrido Londres. Sostienen que el Kremlin fue abrasado por un mar de fuego… Estoy muy conmovida. Me resulta terrible imaginar lo que pueden estar viviendo allá…

23 de julio. Hoy hace un día gris. Las bajas nubes presagian tormenta. Hay niebla. Se escucha volar a grandes bombarderos desde primera hora de la mañana, pero las nubes impiden verlos. Me viene a ver mucha gente cada día. Los consuelo y ayudo…

Esta es la tercera noche que caen las bombas sobre Moscú. *Hemos recibido la orden de comprar banderas alemanas y abstenernos de hacer ostentación de la bandera nacional lituana*. Leo en el periódico un imbécil artículo sobre Roosevelt y su relación con la masonería. *Mis pacientes se alegran de haber sido liberados del yugo soviético, pero encuentran que el ensañamiento con los judíos es excesivo…*

24 de julio. Me mantengo viva a duras penas… Me gustaría olvidarme de todo, desaparecer, pero no puedo permitírmelo… La búsqueda de comida, de alimentos, de siquiera algo que llevarnos a la boca me mantiene muy ocupada… Apenas tengo fuerzas para salir de casa. El servicio de autobuses está interrumpido, el correo no funciona, todavía no han restablecido el servicio de teléfonos. Me rodea mucho dolor: *a unos se los llevaron por simpatías bolcheviques, a otra le asesinaron el hijo, un tercero vio cómo se llevaban a su madre acusada de espía debido a una denuncia anónima, a otro más le secuestraron un hijo, etc*. Vivimos en una ciudad sin ley. El desorden es la norma. Las tiendas permanecen cerradas. Los robos de alimentos están a la orden del día… Todo es caos y desconcierto. Las noches me resultan más difíciles de sobrellevar. Porque tengo miedo. Hoy hubo muchas descargas de fusilería en la prisión. Es habitual que se escuchen disparos sueltos. El miedo no me abandona ni un instante: cada vez que veo a alguien llevando un fusil o un brazalete lo tomo por un potencial asesino. Los judíos con sus estrellas amarillas son los únicos que no me infunden miedo en esta ciudad.

25 de julio. Hoy hemos amanecido envueltos en una espesa niebla. El curso del río Neman no se distingue y por ello parecen haberse suspendidos los vuelos de los aeroplanos. He dormido siete horas de un tirón por primera vez en mucho tiempo.

Lituania se muestra unánime en su odio a los judíos y yo no consigo desentrañar los motivos de ese odio. ¿Serán económicos (debido a la competencia que representan)? ¿Será la envidia? ¿El odio racial? ¿La propaganda? ¿La insatisfacción con el apoyo que los judíos prestaron a comunistas y rusos? Un paciente de Mazheiek me dijo que todos los hombres judíos de esa ciudad habían sido fusilados en las últimas semanas. *Y que él lo aprobaba*. En otras ciudades los envían a trabajos forzados sin excepción, de manera que los médicos no están exentos.

27 de julio. Pasé un bonito día de verano en la casa de campo. La fragancia de los pinos, el aroma de la tierra, la frescura del rocío de la mañana, el verdor de los campos, el río, el sosiego… Ya en la noche, la oscura bóveda celeste salpicada de constelaciones…, *Todo parecía tan bello de repente, de no ser por la imbecilidad y las limitaciones de los hombres, esa mezcla de rabia y obcecación que hoy los domina, esa superficialidad de juicio que todo lo emponzoña. Estuve charlando con un joven médico. Uno de esos nacionalistas lituanos típicos, incapaces de ver más allá de sus narices. Para él Lituania es todo su universo y la victoria alemana es eterna e irrevocable. La independencia de Lituania es su único anhelo*. De vuelta en la ciudad, el mismo bochorno, las calles desiertas, la atmósfera de ira y sufrimientos… Dicen que otros cuatrocientos judíos fueron fusilados.

28 de julio. Hoy he recibido a muchos pacientes, pero todos aquejados de enfermedades leves. Una joven me trajo un hueso con un pequeño trozo de carne que me alcanzará para una semana. Le costó tres horas de cola adquirirlo. Ambas lamentamos su pequeñez. El aceite y los huevos han desaparecido. Hoy es mi cumpleaños. Mis cincuenta y tres años. Había olvidado por completo la fecha. «No hay paz en mi espíritu». M. me trajo dos espléndidas rosas. Su regalo me conmovió enormemente.

Hoy los alemanes han hecho pública la Orden N.° 1, de obligatorio cumplimiento. En ella se establece que los judíos tienen prohibido subir a

las aceras y han de desplazarse en fila india sobre el pavimento de las calles. Se les prohíbe el uso de todo medio de transporte y se establece la obligación de colgar en un lugar bien visible de carretas y automóviles la advertencia «Prohibido el uso a judíos». También se les prohíbe sentarse en los bancos de los parques o incluso acceder a parques o jardines. No funciona el teléfono ni la radio; no hay aire que respirar ni medios de transporte. No hay trabajo, ni alojamiento; tan sólo este caos, esta crueldad inmarcesible. Todo es horror, miedo, susto. He pasado a visitar a mucha gente. Una de ellas, la doctora en cirugía K. Un artista podría tomar su rostro como el modelo perfecto para representar el dolor. En pocos días se mudará al «gueto». Intenté consolarla. Le propuse que pasara todo el día en mi casa y sólo fuera allá a dormir, pero me respondió que dudaba mucho de que los alemanes le permitieran tales licencias.

29 de julio. Esta noche he vuelto a escuchar disparos. Continúan matando gente.

Hoy fui a la clínica de la que me despidieron a buscar el salario que aún me debían.

30 de julio. Los judíos continúan desfilando cargando sus enseres… Andan en fila india por el pavimento con las estrellas amarillas cosidas a sus ropas. Hay algo de veras bestial en todo esto. ¡Qué vergüenza! Mi colega cirujano ya se mudó al gueto. En el último minuto me trajo uno de sus objetos preferidos: un estante de vidrio donde guarda preciosas estatuillas.

Se han hecho públicos algunos nombramientos. El *Reichkommissar* Lohse ocupa el cargo de Gobernador general de todo el sector Este. Von Renteln ha sido nombrado Comisario general del territorio de la antigua República de Lituania y Kramer es el nuevo Comisario de la ciudad de Kaunas. «Las autoridades alemanas en las ciudades y áreas rurales colaboraran con vuestros representantes. Si ello fuera preciso, los órganos de gobierno alemanes invitarán a apoderados de vuestro pueblo y éstos podrán presentar sus peticiones a los Comisarios regionales o generales e incluso al Comisario estatal. Todos ellos se ocuparán de poner en funcionamiento mecanismos de orden público que garantizarán vuestra seguridad, tanto en el aspecto laboral como en el de la vida cotidiana». He ahí todo lo que ha quedado de la República de

Lituania. ¡Meras migajas! *¡Los sueños de nuestros inflamados patriotas se han desvanecido en el aire!*

31 de julio. Asisto al saqueo de las pertenencias de mis vecinos judíos. Primero vinieron enormes camiones que se llevaron los mejores muebles, los más caros, destinados al «general». Más tarde aparecieron oficiales de menor rango y cargaron con la vajilla, los cuadros, los adornos de cristal y otros objetos de uso cotidiano. Los primeros porteadores eran prisioneros de guerra. Después fueron judíos los encargados de cargar los objetos robados.

Todavía se ve circular por las calles a pobres gentes llevando sus humildes pertenencias. Sobre todo se ve a ancianos y niños. Dicen que a los judíos les permitirán llevarse sus bienes hasta el 1 de agosto. Será por eso que se dan tanta prisa.

1 de agosto. Esta mañana me asomé a la ventana y vi pasar a un médico amigo mío y a su mujer. Iban en una enorme carreta campesina cargada de viejos colchones, mesas y sillas. La pobre mujer abrazaba con fuerza a sus dos pequeños hijos. Las carretas cargadas con los bártulos de los judíos pasan sin cesar. *Los campesinos y carreteros lituanos les cobran sumas desorbitantes por esos transportes…* Los coches son escoltados por filas de judíos que avanzan en fila india por el pavimento de las calles con las estrellas amarillas cosidas a sus ropas. ¡Cuánta maldad!

La edición del 31 *de julio de la* Gaceta *de Vilnius (N.° 29) inserta una nota en respuesta a la pregunta «¿Qué es la democracia?». En ella se lee: «La democracia no es más que la irresponsable comunidad de los judíos ricos de todo el mundo. ¡Y nada más que eso! La palabra tiene cierta nobleza, sí, y la idea es hermosa. Pero, desafortunadamente, el judaísmo universal ha conseguido acomodarla a sus propios fines: esclavizar a la humanidad y someterla a los judíos». ¡Cuánta ignorancia! ¡Cuánta tontería insoportable! Me da vergüenza que el papel tenga que aguantar esas estupideces, aunque en estos tiempos el papel tiene que aguantar de todo…*

Los aeroplanos ingleses bombardearon Finlandia y, junto a los bombarderos soviéticos, también los puertos del norte de Noruega. Un representante del gobierno norteamericano ha viajado a Moscú. Moscú acaba de ser bombardeada por octava vez y Oriol padeció su tercer bombardeo. Continúan los combates por Smolensk con enormes pérdidas

por ambas partes.

No me queda otra que pasarme el día encerrada en casa. Rehúyo cuanto puedo asomarme a la ventana. Hoy hubo tormenta con abundante lluvia. El aroma de los árboles refrescados por la lluvia se coló a través de la ventana. Brotan las flores, se escucha el incesante murmullo de las hojas de los árboles movidas por el viento, se doran los campos. ¡Ay! ¡Cuánto me duele el corazón! Siento desprecio, repugnancia, abatimiento, tristeza. No sé cómo hacerlo, pero tengo el convencimiento de que hay que luchar. No basta con sufrir, quejarse, dolerse, lamentarse. Ayudo cuanto puedo, sin reparar en nada, pero sé que lo que hago no pasa de ser una gota de agua en el mar…

Leo a Tolstói: *Guerra y paz* y *Relatos de Sevastopol.*

3 de agosto. Uno de mis pacientes me dijo que en el Fuerte N.° 7 han sido ejecutadas mil doscientas personas. Me contó que hay enormes zanjas abiertas en el fuerte y que las víctimas son obligadas a desvestirse antes de ser asesinadas por disparos de ametralladora. Después rematan a los que aún se mueven y cubren los cuerpos con cal viva. Otro paciente me contó que el 26 de julio fue cavado un agujero enorme, como de los destinados a la cimentación de un edificio, y que los prisioneros de guerra rusos se pasaron todo el día arrojando cadáveres a aquel agujero. Calcula que enterraron a unos dos mil judíos de los que cuarenta eran chicas muy jóvenes. *Los «partisanos» lituanos fueron los ejecutores de la matanza, mientras los alemanes se contentaron con observar el proceso*. Dice que los alemanes están filmando las ejecuciones.

En Plunge fueron asesinados todos los judíos sin excepción, incluidas las mujeres y los recién nacidos.[100] En la aldea donde vive Valaytis los judíos fueron obligados a cargar pesadas piedras de un extremo a otro de la calle principal para diversión de sus verdugos. Después mataron a todos los hombres. La rabia que me producen todos esos criminales, *esas bestias sanguinarias que se esconden hipócritamente tras sonoras frases acerca de la cultura europea* y que matan por la sola razón de limpiar el lugar que quieren para sí mismos, me hace hervir la sangre. *Todo es hipocresía, mentira, sandeces y asquerosa demagogia concebida para encender a la plebe e involucrarla en la destrucción de todo lo que es valioso y noble, antes de deshacerse de ella. La plebe lituana se ha convertido ahora en*

una herramienta dócil y satisfecha. Me siento sola y rodeada de enemigos. Temo más a los hombres que a las fieras salvajes. Hay tanta brutalidad, tanta ceguera, tanta obcecación y bajeza alrededor. «¿Duermes, justicia? ¿O es que te han dado muerte?», se preguntaba Miguel Ángel. «No hay verdad en este mundo, pero tampoco la hay sobre él», dejó dicho Pushkin.

6 de agosto. Un día pesado, oscuro. Los fusilamientos no cesan. Los judíos son capturados en las calles, en sus casas, se los llevan a montones.

Moscú es víctima de bombardeos cotidianos.

7 de agosto. Esto no parece tener fin. Veo a médicos con las estrellas amarillas cosidas a la ropa avanzando por el pavimento. Los judíos tienen prohibido hacer compras en el mercado antes de las diez de la mañana, cuando ya todo ha sido vendido. Los arrestos se suceden sin parar. Un anciano lituano casado con una judía se colgó. La ciudad produce una impresión desoladora. Las tiendas están cerradas y los escaparates vacíos. Para disimular la escasez algunos comerciantes han llenado los escaparates de copas baratas, vasos y paquetes de té de flores y cierto sucedáneo de café penosamente envuelto. Con todo, la impresión general es de escasez y miseria.

11 de agosto. Se escuchan disparos constantemente. Se habla de un gran número de muertos. Pero la gente se habitúa deprisa y ya esas cifras no causan ninguna impresión. Todos piensan en sí mismos y se complacen con la idea de que a ellos no los ha alcanzado la desgracia. Hoy un obrero mencionó una profecía contenida en cierto libro antiguo y que anuncia que dentro de cinco meses el Bien derrotará al águila mística y con ello el Mal será desterrado para siempre. Una fe nebulosa, confusa y risible, pero parece que animada por una intuición muy práctica.

12 de agosto. Hoy estuve en el gueto. Sus calles están rodeadas de alambradas. En un punto determinado han levantado una pasarela de madera por encima de una calle «cristiana» para evitar que los judíos crucen y «mancillen» una calle cristiana. El gueto no es más que una sucesión de casuchas pobres y hasta miserables habitadas por gente con rostros atormentados. Los descampados entre las casas están llenos de enseres domésticos y muebles que no

pudieron ser acomodados en los estrechos espacios donde se hacinan los reasentados. En un área donde antes vivían unas cinco mil personas ahora viven hacinados entre veinte cinco y treinta mil judíos.

Pasé a ver a unos conocidos míos, médicos ambos. Dos familias enteras comparten *ocho metros cuadrados de* una misma habitación. ¡Qué cambiados están! Saben que están condenados. Hoy les han cortado la electricidad… Les dan cien gramos de pan por persona al día que expende un único establecimiento. Las colas son eternas… No tienen trabajo, ni comida, ni luz eléctrica, ni combustible, ni libros… ¡Y así esperan una muerte que saben inevitable!

Noticias del frente: los rusos bombardean Berlín y los ingleses hacen lo propio en otras ciudades alemanas. Los alemanes sometieron a Moscú a un violento bombardeo.

15 de agosto. Hoy los alemanes terminaron de vaciar el apartamento de mis vecinos. El dueño fue asesinado en el Fuerte N.° 7, mientras su mujer y su hija están desaparecidas. Ayer vinieron unos enormes camiones alemanes y se llevaron los mejores muebles. Hoy cargaron con el resto. El trabajo duro lo hacen prisioneros fuertemente vigilados por oficiales y soldados. Conseguí arrancarle al jefe de los guardias —un alemán grosero y fornido— la autorización para dar de comer a los prisioneros. Les dimos pan con mantequilla, leche y cigarrillos. Los prisioneros me sorprendieron por su exquisita educación, tan propia de los rusos, su sinceridad, su sabia paciencia y su sencillez sin dobleces. Entretanto el alemán, animado por un odio visceral, se la pasó hablando de los judíos y de la persecución que merecían. Sostuvo que Hitler es un socialista, que por eso no hay capitalistas en Alemania, que todos los oficiales del ejército ruso son judíos y nos instó a traducir todas esas ideas a los prisioneros de guerra… Ante aquellas manifestaciones, los prisioneros rusos se burlaban y decían con ironía: «A éste sí que le han lavado el cerebro». El alemán no dejaba de alardear sobre la pronta victoria que celebrarían.

Todos los rusos llevan el cabello rapado, sus semblantes han adquirido una tonalidad terrosa que denota la presencia del escorbuto; algunos tienen los pies inflamados y escamados. Apenas les dan de comer una vez al día, y el rancho es escaso. Con todo, cargaron muebles y objetos con rapidez y destreza, mientras

hurtaban lo que podían y lo regalaban a los transeúntes ante las mismas narices de los guardias alemanes.

18 de agosto. Han tomado Nikoláyev. Este domingo he ido al Jardín botánico… El verano está en su apogeo… Las lilas florecen en el estanque; florecen también los rosales, los brezos, las verbenas, los guisantes, las espléndidas dalias. Recordé los lagos alpinos de Suiza, me dejé caer sobre la hierba y miré al cielo, pero ni aun así logré alegrar mi atribulado espíritu. No pude apartar de mi mente la visión de mi ciudad saqueada y desierta…

Carretas llenas de bártulos recorren las calles de la ciudad sin parar. *Los lituanos se mudan a los apartamentos desalojados a la fuerza por los judíos. Quienes tomaron parte en el desalojo de los bolcheviques, es decir, saqueadores de la peor ralea y desgraciados lumpen, ocupan ahora las mejores viviendas. Definitivamente, los alemanes están haciendo a estos «proletarios» un favor mayor del que les hicieron los bolcheviques. Estos últimos, como es natural, no «fueron capaces» de llevar a cabo actos tan heroicos como el reasentamiento forzado de treinta mil judíos a Slobodka. Precisamente allí*, en Slobodka, *los «partisanos»* mataron a tiros a un niño por no llevar la estrella de seis puntas. También acabaron con las vidas de dos mujeres y dos hombres que olvidaron la obligación de circular por el pavimento de las calles. *El descaro con que se comportan los «partisanos» lituanos ha llegado a tal punto que los alemanes se han visto obligados a arrestar a algunos «espontáneos».*

Hoy vi a cuatro alemanes armados y subidos a bicicletas espoleando a un oficial soviético, un hombre de gran estatura al que habían hecho prisionero. ¿Adónde lo llevarían? Un joven lituano observaba la escena y se felicitaba a gritos. Es evidente que la mayoría de los lituanos odian a los bolcheviques.

Los periódicos están llenos de anónimos. Insertan notas mediocres y adulonas hasta más no poder. Los patriotas lituanos deberían sentir vergüenza cuando ven sus sentimientos nacionales arrastrados por los suelos. Pero muy al contrario, se congratulan en tono pomposo y triunfal de haber sido liberados del «yugo bolchevique».

19 de agosto. Hoy estuve en el cine. Es difícil imaginar una película más mediocre tanto por su producción como por la pobreza de contenido. La acción transcurre en un pueblo de pescadores,

donde los chiquillos se la pasan haciendo tonterías. De repente el pueblo recibe a un nuevo maestro. Un adusto hombre que lleva una cruz gamada en el ojal. Este viste a los chiquillos con uniformes que se asemejan a los del ejército, los enseña a marchar y consigue que enderecen su comportamiento. El resumen de noticias que precedió a la proyección de la película mostró ciudades rusas destruidas y nutridas columnas de prisioneros de guerra… Armas y más armas, disparos a los cielos, al mar, a la tierra. También mostraron a voluntarios españoles, franceses e italianos aprestándose a marchar al frente ruso. Los despedían con flores. Lástima que no mostraron también sus cadáveres en las nevadas llanuras de Rusia. Mostraron el estado en que quedó Pskov tras los bombardeos alemanes: apenas un conjunto de ruinas. Uno ve todo esto y no puede menos que pensar que es obra de una pandilla de dementes.

La vida se resiste a volver a la normalidad. Todo parece muerto. Han nombrado a no sé cuántos apoderados de los que nadie conocía los nombres. No funciona el correo. Tampoco funcionan los trenes ni el servicio de autobuses. Las tiendas y comercios permanecen cerrados, al igual que las bibliotecas, las escuelas y las universidades. Todo está destruido. En la puerta de la oficina de correos han colgado un cartel en lengua alemana: «Correos. Prohibida la entrada a los lituanos». El descaro, el sometimiento a la fuerza, la adoración del poder y el servilismo están a la orden del día.

21 de agosto. Leo a Tolstói, Shakespeare, Turguénev, el *Pedro I de* Alexéi Tolstói… Intento aislarme de lo que ocurre a mi alrededor. Dicen que los partisanos lituanos se enrolan en unidades especiales destinadas a matar judíos. Reciben seiscientos rublos al mes más la ración de alimentos establecida para los soldados. Los candidatos son legión.

Esta semana han asesinado a dos mil personas en el fuerte, entre ellas algunas mujeres. En el gueto de Slobodka los judíos padecen constantes saqueos: les roban y los matan. Anoche soñé con la paz. Me invadió una alegría indescriptible… Pero no era más que un sueño y el despertar me resultó doblemente penoso…

22 de agosto. Jersón, Nóvgorod, Narva y Kingisepp han sido tomadas… Voroshilov ha llamado a los vecinos de Leningrado a

defender la ciudad. La mente humana no es capaz de imaginar lo que la desgraciada Rusia está padeciendo ahora mismo.

Entretanto, nuestra vida cotidiana continúa marcada por la incesante búsqueda de pan y mantequilla. Vivimos también a la espera del hambre y la llegada del frío. Tan sólo los sinvergüenzas prosperan; el resto vive bajo el yugo de los ocupantes. Ayer corrió el rumor del fusilamiento del abogado Belyatskin, el doctor Berman ¡y otras dos mil personas!

Una paciente me contó que al pasar junto a la sinagoga presenció la siguiente escena: un judío de porte elegante empujaba un mueble enorme, mientras un alemán le iba propinando latigazos…

Me atormenta ver esta ciudad desierta. Caminas junto a edificios vacíos y recuerdas, aun sin proponértelo, que en ellos vivían o trabajaban personas a las que conocías bien. Las vidas de decenas de millones de personas han quedado rotas para siempre.

Leyendo el epistolario de Turguénev tropiezo de repente con esta idea: «Nunca dejaré de pensar que todo lo que hay de honesto, bondadoso y genuino en este mundo de Dios está aquí para ser utilizado y tarde o temprano alcanzará su finalidad; de hecho, en este mismo instante ya se está manifestando». ¡Qué magníficas palabras!

Jamás olvidaré las manifestaciones de crueldad y los crímenes que me ha tocado presenciar. Jamás los perdonaré ni me reconciliaré con ellos. Y siento que llevo dentro el ánimo para morir por ese sentimiento, si ello fuera necesario. Una sola es la tarea que tenemos por delante: coadyuvar al triunfo de la justicia.

Hoy el día ha amanecido radiante. Hace calor. Salí a dar un paseo por el bosque… El verdor, la hierba tupida, el canto de las cigarras, las flores… Los viejos robles, la caída de la tarde, las primeras sombras del crepúsculo… Todo resulta tan gratificante y sin embargo no me ayuda a abstraerme de la realidad. Me crucé con muchos soldados alemanes. La ciudad está llena de ellos. Alguien me contó que los alemanes habían inaugurado una estupenda casa de citas dotada de los últimos avancen en materia de higiene. Evidentemente, el sentido práctico propio de los alemanes se manifiesta en todas sus empresas.

25 de agosto. Pasé a visitar a unos viejos conocidos. Ambos se

ven muy cambiados, como si les hubieran caído los años encima. Padecen una fuerte depresión.

Hace unos días escuché el siguiente relato de labios de un estudiante. Arrestado en los primeros días de la guerra, fue conducido a la comisaría de policía donde le obligaron a ponerse de cara a la pared junto a otros detenidos. A todos les ordenaron levantar los brazos y mirar al frente. Intercambiar miradas con sus compañeros de infortunio sería, les avisaron, motivo para un fusilamiento inmediato. Mientras permanecía en esa posición escuchó cómo unos policías borrachos traían al cuartel a un grupo de jóvenes judías que chillaban y lloraban como locas… *Los soldados violaron a las jóvenes durante toda la noche* y se las llevaron al amanecer. Los fusilamientos no cesan. El gueto fue sometido a un registro exhaustivo. Todos los objetos de valor fueron incautados y cargados en trescientas carretas.

Se me hace muy difícil vivir cuando hay tanta gente sufriendo a mi lado.

26 de agosto. He estado más nerviosa de lo normal estos días, pero hoy siento que he recobrado todo mi coraje… Hay que seguir adelante y ponerse siempre del lado de la justicia y el derecho. Hay que afrontar con dignidad cualquier cosa que nos depare el destino.

27 de agosto. Esta mañana vi pasar un batallón de soldados alemanes. Se los veía animosos y saludables mientras marchaban con paso firme. Los seguía una hilera de carros tirados por caballos pesados, grandes y bien alimentados. No obstante, sus monótonos cánticos no tenían fuerza; no había en ellos ni pizca de entusiasmo.

En Passazh vi aparcado un camión lleno de judíos. El rostro atormentado de uno de ellos, con unos ojos que dejaban traslucir el permanente horror que padecía, se me quedó dolorosamente grabado en la mente.

Tampoco puedo dejar de pensar en el gueto. No puedo apartar de mi mente a todas esas personas que están sufriendo tan cerca de mí. Los judíos, los prisioneros de guerra, los arrestados: todos ellos son como una llaga que supura.

Hoy el sol brilla alto en el cielo. Es un hermoso día otoñal. Intento olvidarme de todo esto leyendo el manuscrito de las crónicas de un viaje a Asia que me trajo su autor, un anciano

profesor —un idealista, un humanista.

30 de agosto. He pasado toda la jornada recibiendo a mis pacientes. El trabajo constituye mi único consuelo, mi único apoyo.

Salí a comprar una estufa, pues este invierno no dispondremos de calefacción central. En la calle me tropecé de repente con una peculiar escena. Unos judíos avanzaban por el pavimento llevando pequeñas bolsas de vegetales. De repente se detuvo un coche del que bajó un corpulento alemán vestido con el uniforme de las SS y la emprendió a golpes con los judíos que huían despavoridos abandonando las bolsas que el alemán pateaba y pisoteaba mientras reía a mandíbula batiente. *La multitud atraída por el espectáculo también se carcajeaba, pero percibí que la gente ya no se divertía con el mismo entusiasmo que antes.*

Los prisioneros de guerra rusos sufren un hambre atroz. Son muchos los que sienten pena por ellos. Todos los días me las apaño para pasarles algo de pan, patatas, tocino o cualquier otra cosa que mis conocidos me hacen llegar para ellos.

2 de septiembre. En las áreas rurales todos los hombres judíos ya han sido pasados por las armas. Ahora la han emprendido con las mujeres y los niños. Ahora mismo acabo de ver pasar un camión lleno de personas que llevan esas horribles estrellas amarillas cosidas a la ropa, como si se tratara de seres llegados desde otro mundo. Cuentan que les pegan latigazos en la cara y que los detenidos son sometidos a letales golpizas. La situación de los lituanos que contrajeron matrimonios mixtos con judíos o judías es de veras trágica. Un lituano casado con una judía mató a su mujer y a los dos hijos que tenían en común y después se pegó un tiro él mismo. Hay ejemplos de fidelidad y firmeza como ése, sí. Están censando a todos los que están desempleados y dominan la lengua alemana. Los envían a Alemania o a regiones del Este ocupadas ya por las tropas alemanas. Los alemanes se preparan con afán para la campaña de invierno. Están levantando barracas prefabricadas a las orillas del Villa, han encargado cientos de estufas portables a los talleres, las sastrerías trabajan a toda marcha, *etc.*

Paso los días ocupada en trabajar, buscar alimentos, prepararme para el venidero invierno, luchar contra la suciedad, las chinches y lavar la ropa (el jabón anda desaparecido)…

Recibí el último número de la revista *Medicina lituana* (ya no se llama *Medicina soviética*), que inserta una lista de los médicos detenidos por los bolcheviques, pero excluye a los colegas judíos. Es comprensible: ya no se menciona a judíos cuando se habla de la «buena sociedad». Leí un artículo sobre la «pureza racial». Explicaba que las razas fuertes no deben mezclarse con las «débiles». Es una nueva manera de generar «parias» y crear castas…

Hoy me han regalado una rama de brezo… En algún lugar recóndito del bosque todavía crecen los brezales. Vi un hermoso jardín frente a una pequeña casita a las afueras de la ciudad. Había grandes dalias de color intenso, rosas de té, dalias de colores y matices variados, enormes ramos de violetas de las que tantas hay esta temporada. La belleza de las formas y los colores… La eterna belleza de la naturaleza. Pasé junto a la encantadora casita de un médico judío… Corren rumores de que otro médico se quitó la vida y aun otro más fue fusilado.

3 de septiembre. El día amanece frío: 4° C. Hace mucho frío en el despacho, así que busco refugio en el dormitorio. Leo un libro sobre los sistemas de escucha utilizados en las trincheras alemanas durante el cerco a Verdún…

5 de septiembre. Hoy se ha publicado un aviso: todo aquel que preste ayuda a los detenidos será detenido y si intentara escapar será pasado por las armas. *Aparece firmado por el comandante lituano… Parece que a algunos les disgustan la compasión y la conmiseración que reciben los prisioneros rusos*. Torturados, hambrientos y exhaustos esos hombres son obligados a tirar de carros llenos de cemento, tablas, piedras o muebles, como si se tratara de bestias de carga. Es terrible ver a esos hombres que agonizan poco a poco… De ahí que algunos ciudadanos, especialmente mujeres, intenten aliviar su penosa situación. La compasión hacia los rusos crece a la par de la irritación ante el cruel comportamiento de los alemanes.

Leo el libro de Marco Polo con la crónica de sus viajes a través de China, la India, el Pamir, Asia menor y África en el siglo XIII…

También se perseguía a los judíos en el Medioevo, pero no se compara el acoso de entonces con la crueldad de la que somos testigos hoy en día, cuando un estadista se ha propuesto el

exterminio de todo el pueblo judío, hasta el último de ellos. *Hay muchas historias sobre el exterminio masivo de mujeres y niños; en las áreas rurales todos los hombres judíos han sido pasados por las armas.*

Se han suicidado varios médicos.

8 de septiembre. Cada día se producen asesinatos en el gueto…

Corren insistentes rumores que sostienen que todos los judíos serán exterminados antes de octubre. En las áreas rurales ya han asesinados a todas las mujeres y los niños. ¡Qué horror!

Se ha publicado una ley que establece la prohibición de alimentar a los prisioneros de guerra rusos, regalarles cigarrillos, *etc.*

Los alemanes patean y asestan puñetazos a los prisioneros en el vientre. Lo hacen a la vista de todos: no sienten la menor vergüenza por su comportamiento.

Se dice que en las áreas rurales las vejaciones superan con creces las que vemos aquí. Los obligan a saltar al agua para recuperar objetos personales que los alemanes les arrancan; los fuerzan a pegarse palazos unos a otros.

9 de septiembre. Leningrado está cercado por todas partes y, por lo tanto, separado del resto del país. ¡Han tomado Shlisselburg!

Esto es horrible… Jamás olvidaré lo que veo estos días… Por otro lado, siento que me hago más fuerte cada día, que escalo una cumbre desde la que sólo vale la revuelta, la renuncia a todo cálculo, toda ganancia y toda consideración material. Siento que estoy lista para transformar en acción mis sentimientos. No puedo escribir mucho más… No es conveniente…

13 de septiembre. Una paciente me cuenta algo que vio con sus propios ojos: en Mariampol cavaron una zanja profunda y obligaron a un grupo de mujeres y niños a entrar en ella. Estos gritaban y lloraban, como es natural. Una vez dentro, les dispararon con ametralladoras y después obligaron al siguiente grupo de víctimas a tumbarse sobre aquellos cuerpos todavía calientes, vibrantes, y en algunos casos, aún con vida, y dispararon también sobre ellos. Así, capa a capa, fueron llenando la zanja hasta los bordes… Gemidos, llantos, desgarradores lamentos… La escena era tan sobrecogedora que los guardias lituanos se desmayaban y fue preciso prestarles

asistencia médica. Las mujeres eran ejecutadas vistiendo apenas los sostenes y las bragas, mientras los hombres eran dejados en calzoncillos. Sus ropas eran apiladas a un lado. Esta mañana me tropecé con una columna de judíos a los que llevaban a trabajar. Exhaustos y pálidos, sus rostros sólo mostraban la indiferencia propia del que se sabe llamado a morir… Es terrible ver pasar a esos hombres condenados sin remedio. ¡Y esos estúpidos distintivos de color amarillo! Los soldados los espolean animándolos a andar más deprisa, a «marcar el paso», así como a descubrirse cada vez que se cruzan con un alemán.

Veo pasar ante mis ojos diversos destinos, todos trágicos. Me maravillan la capacidad de adaptación y de resistencia de los hombres, su firmeza y su fe en el futuro…

Hay personas que se atreven a ayudar a los prisioneros a pesar de la prohibición… *Algunos lo hacen para sacar provecho, pero hay otros que se arriesgan movidos por sentimientos nobles. «La sal de la tierra»… Al mismo tiempo las calles se han llenado de rostros groseros, patibularios… La vida se embrutece; no hay ley que valga… Todos dependen de sus «relaciones» y se entregan activamente al robo, la especulación y el timo.*

13 de septiembre. Pasé a ver a una peluquera (judía), conocida mía. Como es natural, también ella fue víctima de un saqueo, le robaron todos los muebles y ella misma tuvo que huir junto a sus hijos. Cuando volvió a casa unos días más tarde, el portero le dio unos vestidos viejos «por caridad»… La pobre mujer lloraba amargamente: tiene a su hija en el campamento de verano del que ya han vuelto los niños lituanos; de los niños judíos que permanecen allá no se ocupa nadie. *Es menester anotar que quienes más se lucraban de la desgracia de los judíos eran los porteros, pues robaban a su antojo… Fueron muchos los porteros que se enriquecieron y ello explica el apoyo que prestaron a la ocupación alemana. Con todo, muchos de ellos no pueden dormir con la conciencia tranquila pues temen que en el futuro «puede que las atrocidades que han cometido no queden impunes y se vea obligados a responder por ellas». De ahí ese secreto y bien guardado, aunque a veces también evidente, deseo de que todos los judíos sean exterminados sin distinción.*

Leningrado resiste heroicamente. Aquí hace frío, hay mucha humedad y el suelo está cubierto de hojas doradas…

14 de septiembre. Hoy hace calor y el sol ha salido por fin. Hay mucho bochorno en nuestro apartamento… Todo el mundo parece estar a la espera de alguna gran desgracia. El proceso de envilecimiento general progresa sin cesar. La universidad, el gimnasio y las escuelas permanecen cerrados. Hay carteles en alemán colgados por todas partes. Ya somos de su propiedad… Los diarios están llenos de artículos sobre la teoría racial y la necesidad de purificar a la humanidad limpiándola de los pueblos no arios que la han mancillado. Estos, dicen, han de ser exterminados.

La prensa no refleja nuestras vidas. Se nos intenta ocultar la brutal crueldad y la inmisericorde violencia que nos rodea. Todas las atrocidades ocurren ante nuestros ojos, pero no se admite que alguien escriba sobre ellas o siquiera las comente.

16 de septiembre. Vi pasar a una multitud de judíos torturados y harapientos. *Los escoltaba un voluntario lituano armado con un fusil e* iban cargados de sacos de vegetales, leños y cacharros varios. No eran más que sombras avanzando en silencio. La gente comienza a habituarse a verlas. Esas figuras que llevan estampadas a las ropas mugrientas estrellas de color amarillo se han convertido en elementos habituales de nuestro paisaje urbano.

Hoy estuve en el cine. Como siempre, me tocó ver una pésima y vacua película alemana carente de todo contenido. La pantalla se llenó de restaurantes, vagones de primera clase, salones extravagantes, elegantes y bellas damas, lujosas limusinas, lacayos impecables, una vida regalada, historias románticas. El magnífico desempeño de los actores no consigue ocultar la nulidad del contenido. Un mortal aburrimiento. Y me vienen a la mente, claro, tantos filmes rusos llenos de ideas, rebosantes de humanidad; películas capaces de elevar y enaltecer el espíritu.

Los noticiarios mostraron estaciones de trenes en ruinas, cuerpos destripados, ciudades desiertas y reducidas a cenizas, infinitas columnas de prisioneros y refugiados. Las calles están oscuras. Dan miedo. Recuerdo constantemente a mis conocidos encerrados en el gueto y condenados. ¡Los tengo tan cerca! Tanta gente tierna, bondadosa, de trato amable. ¡Acaso no podrán esquivar la suerte que les espera!

19 de septiembre. El martes reunieron a todos los vecinos del

gueto en una plaza. Había ancianos, mujeres y niños. Por todas partes los rodearon soldados armados con ametralladoras. Después de pasar varias horas esperando de pie una muerte que parecía inevitable, apareció de repente un automóvil del que se apeó un oficial. Este entregó un documento al comandante del gueto, quien lo leyó y se volvió hacia los judíos para decirles que debían estar agradecidos al ejército alemán que les perdonaba la vida. ¿Qué propósito tiene hacer algo así a esa gente? Me resulta incomprensible…

Desde el frente de Leningrado llegan trenes cargados de prisioneros rusos. Los vagones vienen cargados hasta los topes y son muchos los que mueren durante el viaje, como son muchos los que llegan ya agonizantes. Cientos de ellos han sido fusilados junto a la propia estación de ferrocarriles, porque los alemanes optan por matar a los más débiles. Un empleado del ferrocarril me dijo haber visto montañas de cadáveres de prisioneros soviéticos a un lado de la estación de Kaunas.

Un joven fue fusilado en Shanchiai por haber ofrecido una manzana a un prisionero de guerra. Otra joven fue asesinada a tiros en la calle Lukshio por encontrarse fuera de casa apenas diez minutos después del toque de queda. Una joven del gueto me contó cómo un soldado alemán entró de repente en su casa, le ordenó ponerse contra la pared y le dijo que la iba a matar… Temblando de miedo, la muchacha vio al alemán apuntándole al pecho durante unos instantes, hasta que se echó a reír y le dijo que se trataba de una broma…

Cada día asesinan a unas veinte o treinta personas en el gueto. Disparan contra ellos en sus casas, a través de las ventanas o en plena calle. Los judíos existen fuera de la ley: cualquiera puede matarlos o robarlos impunemente.

Llevo tres días «tratando» a una «enferma» grave. Quiero salvarle la vida a toda costa… Tengo que «dar la vida por los amigos» por mucho que sienta miedo por mí y los míos y ello me obligue a tomar ciertas cautelas. Tal vez deba hacer más. No sé… Vivo en permanente tensión y a la espera de calamidades insoslayables. Temo por los «enfermos» que pernoctan en mi apartamento…[101]

Eso sí, jamás olvido cuál es mi deber. Los bajos «estallidos» de

egoísmo que padezco se disipan en cuanto llegan a mi conciencia y se topan allí con los elevados sentimientos de responsabilidad y el ansia de ayudar. Lo cierto es que una vez que una se ha embarcado en esto de hacer el bien, ya no hay fuerza que la detenga. Sigues adelante, por mucho que sea el miedo…

20 de septiembre. Ayer fui al gueto. Para llegar tuve que tomar intrincados callejones, callejas que jamás había desandado, cruzar huertas, rodear las alambradas. Era necesario llevar comida a alguien que la necesitaba.

Por el camino tropecé con un joven policía armado con un fusil. Le ofrecí algún dinero e hizo la vista gorda. Conseguí lanzar los paquetes de comida por encima del muro.

Hoy vi cómo se llevaban a un enorme grupo de judíos. Parecía gente con instrucción. Entre diez y doce camiones tomaron parte en la operación. Pálidos todos y con el semblante atormentado, pero a la vez serenos y callados.

Los alemanes corrían por la calle, gritaban, chillaban, les metían prisa… Por lo visto, los irritaba un grupo de personas reunidas en una esquina que observaba la escena. Uno de los convoyes, un joven con rostro patibulario, se abalanzó de repente sobre nosotros y comenzó a pegarnos con el látigo que empuñaba. Las mujeres que se encontraban entre los espectadores sentían pena por los judíos y manifestaban su dolor. Cuando pregunté adonde los llevaban, uno de los convoyes me respondió que iban «a Lublin» y apuntó a la tierra con su dedo índice. «Los van a matar a todos», aclaró uno de sus compañeros.

Llegué a casa exhausta, rota… Los hombres de la Gestapo se pasaron la noche bebiendo en la habitación contigua. La escalera apestaba a vodka y a cerveza.

21 de septiembre. Hoy es domingo. Luce el sol y hace calor. La excursión de ayer al gueto me ha dejado exhausta. Los rostros graves, sombríos, serenos y aun así asustados y confundidos de aquellos jóvenes condenados a muerte no se me borran de la mente.

Hace frío en casa. Trajeron una estufa de carbón, pero despide mucho humo. Su inútil chimenea deja la habitación hecha un asco. Vitia pasó a verme. Está trabajando en el departamento de cirugía y continúa sus estudios. Leímos juntos a Pushkin. Sus versos están

cargados de una belleza tan rotunda que ayuda a transformar nuestras vidas: las purifica, las llena de luz. Nadie puede brindarnos consuelo. Sólo nos queda luchar… Cuando era una niña solía leer novelas de caballería y al descubrir que los caballeros elegían una divisa que les servía para orientar sus afanes, compuse una para mí misma: «Lucha porque crezca el Bien en este mundo». Le he sido fiel a mi divisa y sé que somos muchos los que así actuamos: ¡venceremos!

22 de septiembre. Esta mañana escuché el siguiente relato de labios de una paciente. Un alemán de elegante porte y con la cruz gamada en el pecho pasaba en su automóvil junto al mercado en el momento en que unos judíos compraban verduras. El alemán —por los visto un alto oficial— detuvo el automóvil, se apeó y disparó contra los judíos sin mediar palabra. Uno de ellos cayó al suelo aún con vida y su verdugo lo remató… La gente echó a correr despavorida y como el alemán disparaba contra la multitud sin discernir quién era quién, una mujer lituana resultó también herida. Cuando se dio por satisfecho, ordenó a los judíos que enterraran el cadáver junto a la alambrada. Todas las noches se producen disparos en el gueto… Ayer se llevaron en dirección desconocida a mil quinientos judíos de entre quince y cincuenta años… Lo peor de todo es que se vive en la permanente espera de vejaciones y masacres. La anarquía es absoluta; la desesperanza es total.

Vi pasar a unos prisioneros rusos. Sus convoyes eran unos mozalbetes aun lampiños que los conducían a patadas… ¡Eso en plena calle y a la vista de todos!

27 de septiembre. Ayer se llevaron a mil cuatrocientas personas. Ninguna regresó… *Dicen que los alemanes ordenaron a los lituanos golpear y matar a los judíos, mientras ellos tomaban fotos y filmaban la escena con una cámara de cine.*[102]

Hoy me tropecé en la calle con dos viejos amigos, un médico y un ingeniero… ¡Qué cambiados están! Sus semblantes tienen una extraña palidez coloreada de gris y se los ve tristes y atormentados. ¡Ambos llevaban esas horribles estrellas de color amarillo!

Hoy vi con mis propios ojos a uno de los prisioneros rusos recoger una colilla de la acera. Uno de los convoyes —un jovenzuelo que seguramente sirve en las SS— lo pateó en la barriga

e hincó repetidamente la bayoneta en el cuerpo del prisionero. Sobrecogida por aquello e incapaz de soportarlo increpé al verdugo: «Debería darte vergüenza comportarte así», le dije. Volvió hacia mí su rostro rebosante de maldad y me mandó a callar «no sea que acabe igual que este hombre».

Los prisioneros parecen estar al borde de la muerte. No son hombres, sino meras sombras que avanzan vacilantes debido a la extenuación que padecen. Vi pasar a unas doscientas personas cargando sillas y hasta el leve peso de esos muebles parecía aplastarlos contra el suelo… ¡Es imposible expresar con palabras el dolor que me produce ver agonizar a esos combatientes!

28 de septiembre. Es de noche y estoy sola en casa. Hoy vi conducir a muchos judíos. Pasaron bajo mi ventana en columnas todas idénticas, las espaldas dobladas, los rostros martirizados. Llevaban las repugnantes estrellas cosidas al pecho y la espalda. ¡Esas manchas de color amarillo me sacan de mis casillas! Según me contaron unos amigos que pasaron a verme esta tarde, ayer fue rodeado un sector del gueto y se produjo una masacre que tuvo por víctimas a mujeres y niños. Todas las puertas y ventanas fueron abiertas de par en par. Tan sólo una criatura de pocos años y cubierta de sangre consiguió escapar… Ayer era viernes, es decir, víspera de la fiesta semanal judía. ¿Habrá sido ésa la razón de que eligieran ese día para la masacre?

Ahora todo está tranquilo en casa. Ha comenzado el otoño… Hay dientes de león, violetas. Las rosas tardías son tan frágiles y a la vez tan bellas. El retrato de Beethoven que cuelga de la pared, el busto de Pushkin colocado en la estantería y un dibujo de Miguel Ángel que tengo sobre la mesa parecen decirme al unísono: «Cálmate. Todo esto pasará y no puede prolongarse por mucho tiempo. La humanidad tomará el camino de la verdad y ésta resplandecerá al fin…».

1 de octubre. Estoy nerviosa e irritada. Odio la indiferencia y la sumisión que todos muestran. Sólo quienes sufren conservan aún algo de humanidad y quiero ayudarles, porque me dan mucha pena. En ello empleo todas mis fuerzas y todo mi tiempo…

Leningrado resiste heroicamente.

2 de octubre. Corren rumores cada vez más insistentes de que todos los niños serán exterminados. Muchas madres acuden a verme. La gente se inquieta, busca vías de salvación. Estamos explorando todas las posibilidades a nuestro alcance para sortear las bárbaras disposiciones de los alemanes.

Últimamente se suele ver en las calles a campesinos que se llevan a prisioneros de guerra para ponerlos a trabajar en sus granjas. La gente se felicita cuando los ve pasar: «Tal vez ésos consigan escapar a la muerte», dicen.

Hoy vi a dos prisioneros rusos llevando a un tercero, agonizante, en un carro. La debilidad los hacía avanzar a trompicones. El rostro pequeño e increíblemente marchito del hombre tumbado en el carro, sus ojos abiertos como platos, pero ya incapaces de ver, y las greñas que le cubrían el cráneo conformaban un retrato que daba una impresión terrible. Muchas mujeres lloraban al paso del carro.

Dos veces al día —al amanecer y a la caída de la tarde— se ve circular a las columnas de taciturnos judíos que son conducidos a trabajar fuera del gueto. Crece el número de personas que sienten piedad por ellos. *Tal vez sea que ya la población se hartó de tanta ira y ahora la imagen de esas personas humilladas y acosadas les produzca pena.*

Son las cuatro de la mañana… La noche se me hace muy larga y no consigo conciliar el sueño. Escucho el paso de los soldados alemanes andando por las calles… El golpeteo de sus botas reforzadas con remaches de hierro contra el pavimento resuena en mis oídos en medio del silencio de la noche como el símbolo perfecto de la crueldad y la inhumanidad implacables que ellos encarnan… Pasan ante mis ojos terribles escenas, como una horrible pesadilla que no cesa…

Estamos asistiendo al acoso «planificado» a personas llevadas hasta la última frontera de la desesperación; gente atormentada que ya ha perdido todas sus esperanzas, todas sus fuerzas. Se trata de mujeres que cargan a sus criaturas recién nacidas, de niños que se sujetan a las faldas de sus madres, de ancianos, algunos de ellos decrépitos… En resumen, de los más débiles y los enfermos; es decir, aquellos de quienes ya no se puede sacar el menor provecho… Todos ellos son obligados a andar hasta el borde de zanjas previamente abiertas; zanjas en cuyo fondo ya se ha

acumulado el agua caída con las lluvias de otoño. Los vecinos aseguran que al día siguiente de las matanzas todavía se puede ver cómo la tierra que cubre las zanjas se estremece, ondula y deja escapar apagados sollozos.

4 de octubre. Los alemanes quemaron el hospital del gueto con todos los pacientes y el personal dentro. *Adujeron que lo hacían para evitar la propagación de enfermedades infecciosas*. Trajeron gasolina y la inyectaron a través de la ventana con la ayuda de bombas. Los niños ingresados en la Unidad de pediatría fueron cargados en un camión y llevados en dirección desconocida. Nadie consiguió escapar, porque todo sucedió tan deprisa e inesperadamente que no hubo espacio para la reacción de débiles enfermos, pacientes que acababan de pasar por el quirófano, parturientas o paralíticos. Uno de mis conocidos, un viejo médico aquejado de parálisis, murió abrasado por las llamas. Todos ardieron vivos…

He conseguido encontrar un apartamento, propiedad de una mujer muy creyente, para que sirva de refugio a una de las «enfermas». Otra lleva ya dos semanas alojada conmigo… Sí, el miedo es un arma muy poderosa y no todos somos capaces de aplacarlo. Pero basta que una se ponga en marcha para que el miedo se evapore, porque al habituarnos al miedo constante nos comportamos en forma cada vez más temeraria. Y cuando una cree de veras en la razón que guía sus actos y en la verdad que defiende le pierde el miedo a la muerte.

6 de octubre. Hoy hace un día claro y templado propio del Veranillo de San Miguel. El sol brilla en lo alto de un cielo de un azul intenso, aunque ello no me produjo la menor alegría. Dediqué el día a visitar a dos abogados a quienes siempre consideré convencidos humanistas y a un viejo médico, conocido por su activismo social. Acudí a ellos con el propósito de convencerlos para organizar una protesta contra las terribles persecuciones que padecen los abogados y médicos judíos. ¡No podemos permanecer callados ante esos atropellos! Y, sin embargo, encontré en ellos una enorme indiferencia hacia mis palabras. ¡Y hasta disgusto! Tan sólo parece animarlos el deseo de sobrevivir cueste lo que cueste. Esos encuentros me produjeron una enorme tristeza. Es fácil que me hunda y pierda todo el empuje, pero por esta vez continuaré

intentándolo y mantendré viva mi fe en el éxito.

7 de octubre. Vitia ha redactado un informe en inglés donde se describe toda esta locura que estamos viviendo. Lo llevé a una artista que tienen a un conocido en el extranjero, un lituano muy importante. Tal vez el mundo no sepa lo que está ocurriendo aquí. Hay que comunicarlo a todo el mundo, organizar protestas, buscar vías de lucha dondequiera que podamos… La mujer estuvo de acuerdo conmigo y se mostró dispuesta a ayudar.[103]

Hoy visité una bodega donde todavía hay judíos trabajando. Pertenece a una mujer generosa y valiente (¡y hay que ser de veras valiente para comportarse como ella lo hace!) y la utilizan para prepararse algo de comer. El ambiente parece rutinario, pero soy consciente de la tragedia que entraña. Son médicos, ingenieros y músicos harapientos y agobiados por el trabajo rudo que realizan para ganarse el derecho a vivir un poco más, el derecho a respirar, a esquivar las zanjas que esperan sus cadáveres.

Vuelven los persistentes rumores acerca de próximas masacres. Las autoridades están censando a rusos y polacos. ¿Qué se proponen?

10 de octubre. Días duros y desapacibles… Me ocupa la permanente búsqueda de comida… Me vienen a ver amigos que sufren y también perfectos desconocidos. Todos están asustados, aguardan la muerte, corren de un lado a otro, buscan ayuda. También yo visito a mucha gente y acudo a reuniones secretas en recónditas callejuelas. El miedo no me abandona ni un solo instante, temo la inminencia de un castigo… Y estoy muy agotada…

Las proclamas alemanas que cuelgan de tapias, muros y farolas prometen una pronta victoria. Subrayan una y otra vez sus éxitos como si los animara una febril necesidad de tranquilizar a alguien. Tal vez a sí mismos…

11 de octubre. Por toda la ciudad puede verse un anuncio en lengua lituana. Dice:

«Aunque la mayoría de lituanos razonables se cuidan de mantener cualquier tipo de relación con judíos, prácticamente a diario constatamos que los judíos que salen del gueto a trabajar consiguen establecer contactos con algunos pocos ciudadanos

lituanos. Es por ello que se anuncia lo siguiente: 1) Se prohíbe a todos los vecinos no judíos mantener relación alguna con judíos, así como se prohíbe todo intercambio verbal entre un no judío y un judío; *2*) Se prohíbe vender o regalar a los judíos alimentos o productos de cualquier tipo o intercambiarlos; más aún: se prohíbe realizar cualquier tipo de transacción con ellos; 3) se ordena a la policía alemana y a sus refuerzos lituanos impedir contundentemente cualquier tipo de relación entre la población local y los judíos. Toda persona que desobedezca las presentes disposiciones será castigada con todo rigor…»

Resulta terrible pensar en la brutal inhumanidad y la vengativa rabia que inspira ese documento. Una urbe viva y habitada por miles de vecinos en la que apenas los judíos resultan apartados de todo contacto con sus congéneres, se los acosa, se les conculcan todos sus derechos, se los coloca fuera de la ley, se los priva de toda defensa. En definitiva, se los trata peor que a animales por la sola razón de que pertenecen a otra raza… ¿¿¿Se ha visto mayor despropósito???

Los alemanes informan ufanos de la destrucción de varias ciudades rusas: Briansk, Viazma, Oriol…

16 de octubre. Los rumanos han tomado Odessa. En la heroica Leningrado no cesan los combates…

17 de octubre. Hoy ha nevado. El invierno se ha adelantado este año. Con todo, las hojas todavía aguantan en las ramas… Las hay doradas y verdes…

Ayudándome de mis conocimientos de alemán, a veces consigo pasar algo de pan, tocino y cigarrillos a los prisioneros.

25 de octubre. Han sido días de mucho ajetreo… La escasez es cada vez más penosa… La ansiedad me corroe por dentro. Una mujer me confesó que teme encender las luces o hablar en voz alta alto en su apartamento y que se estremece cada vez que escucha un ruido. Y ello cuando sobre ella no pende amenaza concreta alguna… He ahí un ejemplo de lo que el terror hace con cada uno de nosotros.

Hoy publicaron un artículo particularmente repugnante que abunda en la prohibición de prestar ayuda a los prisioneros de

guerra y a los judíos. Su autor sostiene que debemos vengarnos en ellos de las «atrocidades bolcheviques». ¡Y a eso es a lo que llaman «La nueva Europa»!

28 de octubre. Soy fiel a mi verdad y la sirvo con todas mis fuerzas y medios. Me gustaría llegar con vida hasta el día de la victoria.

30 de octubre. Se han llevado al matadero a diez mil vecinos del gueto. Seleccionaron a los más débiles, a los ancianos, a las madres con prole abundante, a quienes no resultan aptos para el trabajo… Hay verdaderas tragedias por todas partes: un marido que estaba en la ciudad y al volver a casa no encontró a su mujer ni a sus hijos o una mujer a la que dejaron en el gueto, pero se llevaron a su marido… Separaron a hermanos, hermanas, padres, madres e hijos. La víspera habían anunciado que toda la población del gueto con la excepción de quienes estaban provistos de autorizaciones especiales de trabajo, previamente concedidas a especialistas y maestros destacados en su oficio, debía congregarse a las seis de la mañana en la mayor plaza del gueto y ponerse en formación. La primera fila la formaban los miembros del *Judenrat* y sus familiares. Les seguían los empleados en la administración del gueto y las brigadas de trabajadores que se organizaron según el tipo de trabajo que realizaban. El jefe del aeródromo y otros altos oficiales alemanes examinaban detenidamente a los judíos que desfilaban ante ellos con paso lento. A unos los enviaban a la derecha —es decir, a la muerte— y a otros a la izquierda. A la muerte iban los débiles, los ancianos y las familias cargadas de niños pequeños. La selección se prolongó desde las seis de la mañana hasta la caída de la noche. Las diez mil personas seleccionadas fueron enviadas a pernoctar en el llamado «pequeño gueto», previamente «vaciado». Guardias armados con ametralladoras rodeaban la plaza por todos lados. El día amaneció frío. Toda aquella gente permaneció todo el día allí hambrienta. Los niños lloraban a gritos en brazos de sus madres. Al amanecer corrió el rumor de que los prisioneros de guerra habían cavado profundas zanjas en el Fuerte N.° 9 —el «Fuerte de la Muerte»— y que cuando toda aquella gente llegó allí comprendió que iba a morir… Entonces comenzaron a llorar y a pegar gritos… Muchos trataron de escapar y sus cuerpos quedaron tumbados en

los campos. Otros llegaron al fuerte en camiones. Una vez llegados al Fuerte N.° 9 los obligaban a desnudarse y los llevaban en grupos de a trescientos hasta el borde de las zanjas, donde los mataban a tiros de fusil y ametralladora. Los condenados pasaban horas desnudos soportando el frío. Los niños eran arrojados los primeros a las zanjas. Todos los verdugos estaban borrachos. Un soldado alemán que fue testigo de esa matanza le contó a una amiga mía que había escrito a su esposa, una ferviente católica: «Ayer comprendí que Dios no existe, porque si Dios existiera jamás habría permitido que ocurriera lo que ocurrió».

A la mañana siguiente unos camiones se llevaron la ropa de las víctimas.

31 de octubre. Los últimos sucesos me mantienen permanentemente ocupada. Tengo muchos «enfermos». Especialmente, niños. Me ocupo de encontrarles refugio a todos. Enviarlos a monasterios o aldeas. Les proporciono documentos de todo tipo: autorizaciones de viaje, *etc*. Tengo a varias personas pernoctando permanentemente en casa y recibo a muchas otras cada día… Apenas tengo un rato para mí sola a última hora de la noche… Hoy recibí la visita de una mujer extraordinaria tanto por su carácter como por su valor, tan raros de ver hoy en día. Su marido, quien participó en la Gran Guerra (y fue condecorado por ello), cayó en los primeros días de la ocupación, cuando los judíos eran detenidos en plena calle y llevados a ejecutar. Su hija, una jovencita de diecisiete años, fue ejecutada en la prisión hace unos días. Tiene una segunda hija a la que han ordenado trasladarse al gueto por ser mitad judía. Esa madre vive bajo un permanente estado de acoso y aun así se dedica a ayudar a los demás con todos los medios a su alcance. Vino a pedirme una dosis de veneno que tomará si se ve en el trance de ser detenida por los alemanes. ¡Con cuánta firmeza y orgullo lleva su profundo dolor de madre! Me sorprende la grandeza de su corazón y me inclino ante ella.

2 de noviembre. He tenido días muy ocupados… Ya se marchó mi inquilina, después de pasar seis semanas conmigo. Mientras estuvo aquí no pasé una sola noche en calma, *siempre a la espera de que los empleados de la limpieza nos delataran a la policía*. Su marido, un lituano que le permanece fiel, la ha llevado de vuelta a casa y ha

conseguido hacerlo legalmente. La autorización alemana estuvo condicionada a la esterilización de la mujer. Es tanto el dolor que nos circunda que no encuentro palabras para expresarlo; el miedo se ha adueñado de todos nosotros, mientras la muerte vaga a su antojo por las calles.

Los alemanes han ocupado los mejores apartamentos expropiados a los judíos. Antes han robado todo lo que contenían y se lo han llevado. Hay muchas tiendas que han colgado un letrero en la puerta: «Sólo se atiende a alemanes». Esas tiendas están bien provistas de mercancías lo que permite a los alemanes enviar miles de paquetes a sus familiares en Alemania.

Hace mucho frío en casa. ¡Así será el que padecen los soldados en el frente! Vitia ha adelgazado notablemente, pero no para de estudiar… Intenta ayudar incluso a aquellos que ya han perdido toda esperanza, toda posibilidad.

Han tomado Simferopol y Feodosia. Bombardean Sevastopol…

8 de noviembre. Vuelven a proyectar en los cines escenas de la guerra en Finlandia, Ucrania e imágenes de las columnas de prisioneros rusos. ¿Alcanzaré a ver otros prisioneros? ¡Qué duro se me hace todo esto! ¡Qué largas estas noches otoñales! Hace frío en casa. La estufa del despacho está cubierta de ropa interior que intentamos secar. Comemos sobre un sucio mantel, secamos la leña en el propio apartamento, lavamos la ropa interior a hurtadillas en los baños públicos. Para acceder a éstos solemos hacer largas colas de dos y hasta tres horas bajo un intenso frío. La atmósfera de brutalidad y primitivismo se respira por doquier. Recibo cartas anónimas cargadas de amenazas: me instan a cesar mis actividades en favor de los judíos y me advierten de las terribles consecuencias que éstas podrían acarrearme…

10 de noviembre. Una dentista amiga mía, anciana ya, fue asesinada en el Fuerte N.° 9. Hoy vi desfilar a prisioneros harapientos, atormentados y vacilantes. Acarreaban una carga de ladrillos escoltados por rubicundos y groseros policías. Un campesino quiso regalarles unos pitillos, pero los guardias se lo impidieron. Intervine para reprochar a un alemán la extrema crueldad con que trataban a los prisioneros y éste me respondió a gritos y me amenazó con detenerme. Vi a cuatro alemanes

conduciendo a un prisionero ruso de gran estatura al que apuntaban con sus armas. El prisionero caminaba con paso firme, sereno y concentrado en sus pensamientos. Todos los comisarios y comunistas son fusilados. Miré al prisionero con el corazón en un puño… Otra columna de prisioneros avanzaba por la antigua Avenida del Ejército Rojo, cuando uno de los prisioneros cayó al suelo. Uno de los guardias alemanes la emprendió a golpes con el prisionero, llamándolo a incorporarse. Como éste no reaccionaba, se sucedieron las patadas y los gritos. Una mujer se apartó de la multitud que presenciaba la escena y protestó por el trato dado al prisionero. Cuando los policías se abalanzaron sobre ella para detenerla, la mujer blandió su pasaporte y gritó: «Soy un ser humano».

12 de noviembre. El dolor de la gente fluye por todas partes. Hoy pasó a verme un médico y me contó que mientras se hallaba fuera de casa los alemanes se llevaron a su mujer y a sus cuatro hijos. Ahora intenta encontrarlos para morir junto a ellos. Sé que ya están muertos, pero me lo callo y le prometo buscarlos con tal de consolarlo.

Han tomado Yásnaya Poliana… Es horrible pensar cuánto han avanzado los alemanes.

16 de noviembre. Días duros. Una permanente pesadilla… Primero te amenazan con el arresto, después se quedan con tu casa… Por último, te llevan… Comienza a preocuparme seriamente mi corazón. Tengo un fuerte dolor en el lado izquierdo, como si tuviera una piedra clavada ahí. La infidelidad, la traición, la bajeza, la hipocresía… Me quedan pocos amigos y muchos están lejos… Estoy de veras exhausta…

Un artículo de Goebbels publicado en Das Reich *el 16 de noviembre bajo el título de «Los judíos son culpables» comienza así: «La culpabilidad histórica del judaísmo mundial en el estallido y la prolongación de la presente guerra está tan sobradamente demostrada que no vale la pena abundar sobre ella. Los judíos querían su guerra. Pues ahora la tienen. Se ha cumplido la profecía que hizo el Führer en el Reichstag el 30 de enero de 1939 cuando sostuvo que si el judaísmo financiero internacional conseguía arrastrar a los pueblos a una guerra mundial ésta no se saldaría con la bolchevización del globo terráqueo y*

la consiguiente victoria del judaísmo, sino con la desaparición de la raza judía en Europa. Asistimos ahora a la realización de esas palabras proféticas: por severa que parezca, la suerte que corren hoy los judíos se la ganaron a pulso». Seguidamente Goebbels elogia la introducción de las estrellas amarillas a modo de distintivo, pues permite distinguir a los enemigos judíos inmediatamente; se trata, sostiene, de «una medida profiláctica», de una «decisión higiénica a la vez que humana». «El hecho de que los judíos continúen viviendo entre nosotros no significa que formen parte de nosotros, de la misma manera que una chinche que vive en una casa no es considerada, por ese solo hecho, un animal doméstico». «Cada soldado alemán que cae en el frente de batalla ha de ser anotado en la cuenta de los judíos; cada muerto deberá pesar sobre sus conciencias y serles cobrado». «Dado que estamos en guerra, todo aquel que les preste ayuda se habrá situado en el bando enemigo», etc., etc. Cuánto debe uno despreciar a su propio pueblo como para dedicarle pensamientos tan ignorantes y miserables…

25 de noviembre. Se ha mudado un alemán al comedor, la habitación que me fue requisada. Se trata de un prusiano de alta estatura, farmacéutico de profesión, un hombre educado y ordenado, aunque algo gris, un poco tonto y sin personalidad. ¿Qué será ahora de aquellos alegres y simpáticos pilotos soviéticos que ocuparon esa misma habitación hace ahora un año? ¿Estarán vivos? En el cine vi imágenes de la destrucción de Kaluga, Jarkov…

Hoy la temperatura es de diez grados bajo cero; el cielo está despejado. Hace frío en el apartamento. Ocupada en mi trabajo y en tantas actividades que entrañan riesgos, los días pasan deprisa. Las noches, en cambio, se me hacen eternas.

4 de diciembre. Han traído a diez mil judíos extranjeros. Los vi pasar cargados de maletas. Les dijeron que se los llevaban a trabajar y les ordenaron llevar consigo sus mejores y más valiosas ropas y posesiones. Todos fueron exterminados en el Fuerte N.° 9. Dicen que la víspera de la masacre, los jóvenes llegados en ese grupo bailaban y festejaban, ciegos a la amenaza que se cernía sobre ellos. A la mañana siguiente los fueron llevando al lugar de la ejecución en grupos de cincuenta personas. A Lituania la llaman «el cementerio de los judíos de Europa».

6 de diciembre. Recorté de un periódico alemán una fotografía de la Viazma arrasada por las bombas. Al pie de la foto se inserta la siguiente nota: «Lo que ven fue una ciudad soviética en el pasado. La imagen es digna de atención. Las chimeneas de casas de madera convertidas en ceniza se alzan sobre el paisaje invernal como monumentos funerarios. Los otrora sólidos muros de piedra reducidos ahora a ruinas y cenizas pueblan con su fantasmagórica presencia una llanura que parece infinita». La «poética» descripción corresponde a la horrible imagen de una ciudad completamente destruida, ahora sepultada por una gruesa capa de nieve por la que asoman las ruinas. En general, los alemanes describen sus éxitos en la destrucción de ciudades pacíficas con evidente alegría, admiración y sadismo.

Hoy hace frío: dieciséis grados bajo cero. Hay rumores de que se prepara una requisa de ropa de abrigo. Las mujeres se abstienen de salir a la calle pasadas las ocho de la noche, porque los alemanes las secuestran y se las llevan quién sabe adónde.

9 de diciembre. En el hospital que alberga a los prisioneros de guerra se disparan las muertes por escorbuto, inanición y, sencillamente, hambre. A veces se consigue hacerles llegar algo, pero resulta muy difícil obtener la colaboración de quienes tienen acceso al recinto. Tienes que rogarles como si les estuvieras pidiendo un gran favor personal.

En las aldeas sepultadas por la nieve es más fácil encontrar personas generosas y sencillas que ayudan a los menesterosos sin necesidad de palabras bonitas ni excusas rebuscadas. ¡Qué horrible es todo esto! Sólo cuando se disipen estas tinieblas podremos aniquilar las fuerzas oscuras. Pero ahora es preferible morir antes que someterse. Viktor, por ejemplo, viajó lejos a través de los bosques, fue aldea por aldea y casa por casa en busca de Tolia Schwartz, su amigo de toda la vida, quien ahora vive escondido aquí en casa con su familia, intentando escapar del inexorable destino que lo espera… Se encontraron por fin… El gesto de Viktor los alegró y les sirvió de consuelo. Fue como llevarles un rayo de esperanza, además de tantas cosas que necesitaban. La gente se esconde en henales, cobertizos y granjas abandonadas. Sus vidas dependen del azar, la piedad y la conmiseración. También de la codicia y los bajos instintos. ¡Cuánto les cuesta sobrevivir! Y así y

todo, Tolia, el amigo de Viktor, encuentra ratos para leer a Pushkin, estudiar y hasta para poner por escrito sus ideas acerca de la fe que tiene en el luminoso futuro que espera a la humanidad, cuando el mal sea vencido por fin y vivamos alegres en paz y con justicia. ¡No hay dudas de que es un hombre del que se puede estar orgulloso! Como también me siento orgullosa de la bondad y el coraje de Vitia. Lo colmo con mis bendiciones y le ayudo. ¡Pero temo tanto por él! Tiemblo ante las terribles visiones que acuden a mi mente cuando pienso en cuántos peligros acechan a mi hijo desde que tomó el único camino aceptable: la lucha contra los ocupantes. Por mí no. Por mí no tengo miedo…

12 de diciembre. En las noches la ciudad desierta y oscura infunde pavor. Las jóvenes temen salir a la calle porque se dice que las secuestran y las llevan a la fuerza a las casas de citas. Los establecimientos de ese tipo han sido organizados con mayúsculo celo y los hay de diferentes clases: unos son para los jefes y oficiales; otros están destinados a los soldados. Las mujeres que contraen alguna enfermedad venérea no reciben atención médica alguna, sino que van al paredón. En definitiva, por qué no ejecutarlas cuando pertenecen a las «razas inferiores»: son judías, polacas o rusas.

Llueve a cántaros. Hace calor, el cielo está cubierto de nubes. Y aun así sabemos que ya estamos a las puertas de un crudo invierno.

15 de diciembre. Ayer colgaron en público a tres comunistas.

Hoy visité a una colega. Al llegar la encontré junto a otros invitados sentados en torno a la mesa. La temperatura del apartamento era la mar de agradable y había una plena sensación de bienestar incrementada por el hermoso servicio del té. Reinaba tal paz que parecía que hubiéramos vuelto a los viejos tiempos… Me sentí incómoda, aburrida y ajena a todo aquello. Me marché de su casa profundamente ofendida. Millones de personas mueren en las trincheras y las llanuras nevadas; millones de corazones están compungidos ante la terrible alarma que se cierne sobre nosotros, se duelen y sufren. Y mientras allí hablaban de modas, sastres y peinados como si no pasara nada.

18 de diciembre. Los alemanes echan al mal tiempo la culpa de

sus fracasos. He ahí, dicen, al responsable de la demora del ataque definitivo a Moscú.

20 de diciembre. Los alemanes han instalado un campo de concentración para prisioneros de guerra en el margen del río Neman, a apenas una calle de mi casa. Lo han rodeado de una tapia altísima rematada con alambre de espino. En algunos puntos del perímetro se alzan torretas de vigilancia. Las barracas son de madera y previstas para ser ocupadas en verano. Apenas se advierte alguna que otra chimenea. Cada mañana los prisioneros son sacados a trabajar. Da grima verlos: la mayoría lleva ropa de verano y muchos están descalzos. Rezuman un callado sufrimiento… Pasan junto a nosotros con andar vacilante. Parecen fantasmas llegados de otro mundo. No podemos hacer más que acompañarlos con la mirada en silencio. Tras pedir autorización a los guardias que custodian las puertas del campo, he conseguido llevarles pan algunas veces. Pero hoy me enviaron a pedir la autorización al oficial de guardia. Me dirigí a la barraca donde tiene su sede la jefatura. Dentro hacía calor y había encendida una radio. Pedí amablemente que se me permitiera dar algo de comer a los prisioneros. La grosera respuesta que recibí terminaba preguntándome qué diablos hacía yo metiéndome allí. Me enviaron a otra barraca, la ocupada por los guardias. Dentro había un buen número de soldados, todos borrachos, quienes me rodearon y examinaron el maletín donde llevaba las rebanadas de pan. Uno de ellos me lo arrancó de las manos y ofreció comprármelo por diez marcos, pero lo recuperé rápidamente y me negué a vendérselo asegurándole que lo había comprado la víspera por cincuenta marcos. Otro de los soldados, un tipo con cara llena de malicia y ponzoñosa sonrisa, extendió el brazo como quien se ofrece para acompañar a una dama y me dijo: «Si tiene alguna hija de diecisiete años, pero no mayor, envíenosla aquí». Se quedaron el pan y lo colocaron en un armario… No volví por allí, porque me resultó evidente que no darían nada a los prisioneros.

La mortalidad es altísima entre los prisioneros. Todo aquel que contrae fiebre tifoidea es liquidado.

Han cerrado iglesias, cines y teatros debido a la amenaza de epidemia.

22 de diciembre. Hitler ha apartado a sus generales y ha tomado en sus manos las riendas de la guerra. Corren rumores de una retirada alemana. Se dice que los rusos han recuperado el control sobre muchas ciudades. La información oficial, en cambio, sostiene que se está produciendo «una reordenación del frente». Los alemanes están recogiendo ropa de abrigo para enviarla al frente. Muchachos en edad escolar van de casa en casa recogiendo las donaciones. Los diarios publican los nombres de los mayores donantes. Este invierno está siendo muy crudo. Entretanto, los soldados alemanes están muy mal abrigados. La mayoría viste uniforme de verano y muchos carecen hasta de guerrera.

24 de diciembre. El inquilino alemán dice que las tropas se están retirando para afianzar posiciones y que la guerra habrá acabado en la primavera. La temperatura de hoy: siete grados bajo cero. No celebramos la Navidad. Con todo, he hecho modestos, casi feos, regalos a los niños y coloqué unas ramitas de pino en un florero del despacho.

27 de diciembre. Ojalá pudiera vivir varias vidas y dedicarlas todas a la lucha… No quiero morir… Quiero vivir. Vivir para pensar y trabajar: yo creo en la humanidad… Si los hombres fueron capaces de transitar el camino que va desde un orangután hasta un Tolstói, un Beethoven, un Pushkin o un Mendeléyev y crear obras de arte, conquistar las cimas de la ciencia, «abarcar el mundo entero con el pensamiento y encontrar que su fin no es otro que el infinito», también conseguirá vencer a las fuerzas oscuras que se ciernen hoy sobre Europa…

28 de diciembre. Vitia decidió irse a trabajar a Bielorrusia. Varias fueron las razones que motivaron su decisión; la principal, que allá será mucho más necesario que aquí, pues estará más cerca de la gente y del frente de batalla.

29 de diciembre. Han traído a muchos judíos franceses, húngaros y rumanos. Todos bien vestidos y acompañados de sus equipajes. Se los veía animosos y casi alegres cuando se alejaban de la estación de ferrocarriles. Creían que los traían a trabajar. Apenas unos días más tarde no quedaba vivo ni uno solo… Los ejecutaron en el

Fuerte N.° 9, el llamado «Fuerte letal».

Hoy recibí la fugaz visita de un desconocido bastante extraño. Parecía un obrero. Me advirtió que me ande con cuidado y desapareció con aire misterioso. ¿Habrá sido un provocador?

30 de diciembre. Hoy tuve una gran alegría, pues conseguí alcanzar pan y pitillos a los prisioneros en plena calle. El lituano que los escoltaba me dijo un «¡Adelante!» muy amistoso cuando le pedí autorización y los prisioneros gritaron a coro en lengua lituana: «*Duok*», es decir, «Dame».

Hoy me vino a ver un ingeniero que ahora vive en el gueto. En el pasado fue un notable activista social. Escapó unos instantes del trabajo para hacerme la visita, algo en extremo peligroso para ambos. Dos de sus hermanas fueron asesinadas durante la «Gran *Aktion*». Lloró al recordarlo. Le entregué las cosas que me había dejado para que se las guardara, además de algo de dinero, aceite y jabón. Me dijo que siente que se le agotan las fuerzas.

Ya se han marchado todos. Encendí la estufa… Estoy tumbada en la cama… Fatigada y triste. Pienso en cuánto dolor se ha abatido sobre Rusia. Pienso en los rusos, en las millones de personas que carecen de un techo y padecen incontables necesidades… Con todo, al menos ellos están rodeados de los suyos y así luchan, trabajan y crean. Les es mucho más difícil a quienes viven en los territorios ocupados y están ahora separados de su patria, indefensos y privados de derechos, en manos de verdugos crueles, implacables y despiadados…

La portada de una revista alemana muestra una fotografía tomada a un grupo de prisioneros rusos. Entre la masa de rostros sufridos y atormentados destacan otros semblantes: bravos, orgullosos y hasta burlones…

El año 1941 quedará por siempre para la historia como el del ataque traicionero y vil de los alemanes y el de la heroica resistencia rusa. No sé qué sucederá ni cuantos años durará esta lucha, pero tenemos la certeza de que la luz triunfará sobre las tinieblas…

31 de diciembre. Vino Vitia. Brindamos por la victoria, por la liberación, por nuestro mundo, por todos los que luchan contra el mal, por los jóvenes, por los héroes, por el futuro.

Al otro lado de la pared los alemanes borrachos gritan, chillan y cantan obscenas canciones… Creen en su triunfo… Creen pertenecer a la raza de los señores llamada a gobernar sobre la «Nueva Europa».

Cuánta ternura, cuánto candor, en ese modesto ramo de prímulas que me obsequiaron con motivo del Año Nuevo y descansa ahora sobre la mesilla. En otros tiempos toda esta habitación se inundaba de las flores que traían mis pacientes y amigos: azaleas, rosas, claveles, jacintos… Ahora ya no hay flores. ¡Vivimos rodeados de tinieblas! ¡Es la guerra! ¡La fiebre tifoidea! ¡La muerte! ¡La ocupación!

Pero yo sé que la primavera ya está al doblar de la esquina y que éstas modestas florecillas son su avanzadilla.

El destino de los judíos de Telshiai

La población judía de Telshiai rondaba los tres mil quinientos judíos al estallido de la guerra. Cuando los alemanes fueron expulsados por fin apenas quedábamos cuatro hombres, unas sesenta mujeres y ocho niños. Nosotras somos dos de las mujeres milagrosamente salvadas de la muerte y queremos relatar los tormentos que padecieron nuestros hermanos y hermanas.

Cuando los alemanes hubieron consumado la ocupación de Telshiai ordenaron a todos los judíos salir de sus casas con las manos vacías. La considerable multitud así reunida fue conducida hasta un lago. Había ametralladoras por todas partes y eso hizo que todos creyeran que los conducían hacia una matanza. *El rabino Bloch decía a quienes lloraban: «Confiad en Dios»*. Estuvimos esperando varias horas de pie a poca distancia del lago. Después los hombres fueron separados de las mujeres y los niños. A las mujeres se les permitió volver a casa. A los hombres se los llevaron en dirección desconocida. Más tarde supimos que los habían llevado a los campos de concentración de Rainiai, Veshvenai y Giruliai, donde los ejecutaron en masa.

Al volver a sus casas, las mujeres se las encontraron revueltas: todas habían sido saqueadas con destructiva violencia.

Al día siguiente fuimos reasentadas en el gueto establecido junto al lago Mastis. Su área abarcaba algunas manzanas ubicadas entre las calles Maschio y Zhuves. De un lado estaba el lago; del otro, la alambrada; de un tercero, el muro de la comandancia de prisiones.

Las mujeres y los niños ocupábamos pequeñas casas desprovistas de muebles. Solíamos acomodarnos entre veinte y treinta personas en cada casa. No se nos suministraban alimentos ni leña. Desde el primer momento el comandante del gueto nos obligó a entregarle todo el dinero, las piezas de oro y las joyas. A cambio nos prometió que conservaríamos la vida. En otoño comenzaron a morir de frío e inanición los más débiles. Los demás sabíamos que nos esperaba idéntico destino e incluso la ejecución, porque los alemanes

perpetraban ejecuciones en masa con gran asiduidad.

Con todo, pronto nos percatamos de que los alemanes se proponían utilizarnos para realizar trabajos agrícolas antes de matarnos. Así, fuimos distribuidas por granjas privadas o colectivas de la zona donde se nos ponía a disposición de sus encargados. Los granjeros pagaban tres rublos por cada judío, un dinero supuestamente destinado a la manutención de los judíos del gueto. En realidad los alemanes se quedaban el dinero para sí.

Algunas mujeres fueron trasladadas a campos de concentración donde había hombres. Uno de esos campos, el de Rainiai estaba ubicado muy cerca de la hacienda propiedad del célebre tenor lituano Petrauskas. El bosque que rodeaba la hacienda se convirtió en testigo de muchas ejecuciones en masa. Antes de cada una de las ejecuciones el comandante del campo ofrecía la posibilidad de pagarle una contribución y comprar así la vida de los condenados. En realidad aquélla no era más que una vía para conseguir una breve prórroga, que no solía sobrepasar un día.

Los condenados eran obligados a cavar sus propias tumbas, mientras sus verdugos se emborrachaban con vodka. Contamos con los detalles precisos de uno de los fusilamientos. Son éstos: el primer ejecutado fue el obrero forestal Fogelman; el segundo fue el contable Joseph Wye, un ciudadano norteamericano. Wye había viajado desde los Estados Unidos a visitar a sus hermanas y fue sorprendido por el estallido de la guerra. El médico Zaks estaba enfermo y eso obligó a los verdugos a llevarlo cargado hasta la zanja. Lo asesinaron junto a su mujer, su hijo y su padre, un anciano nonagenario. Allí mismo fueron fusilados nuestro vecino Talpis, el director de banco Levin, la anciana Volpert, la familia del electricista Gilis —es decir, el propio Gilis, su mujer y los dos hijos de ambos—, la familia Krenkel, la familia del pintor Shavel, la familia de una de nosotras —Masiulis— y otras diez personas cuyos nombres desconocemos.

También conocimos el siguiente suceso. Cuando los alemanes estaban perpetrando la cuarta ejecución en masa comenzó a llover de pronto con mucha fuerza. Los alemanes no querían mojarse, de manera que decidieron posponer la matanza para el día siguiente.

Un judío cuyo nombre lamentamos desconocer gritó a sus verdugos: «¡Nuestra sangre salpica estos árboles, pero la vuestra

correrá abundante por las calles de las ciudades de la maldita Alemania!».

Había unos diez mil judíos viviendo en las áreas rurales de la región. Cuando los alemanes hubieron acabado con la vida de los residentes en las ciudades dirigieron sus esfuerzos hacia esos judíos, incluidos los que habían encontrado trabajo en las granjas agrícolas. Las vejaciones que acompañaban los fusilamientos se tornaban cada vez más horribles. Los condenados eran obligados a desnudarse y a tenderse en el fondo de las zanjas. Desde allí observaban cómo sus verdugos les arrojaban granadas. Los niños eran arrojados a las zanjas a patadas, culatazos o tras ser ensartados por las bayonetas. Los verdugos inventaron un «divertido pasatiempo». Este consistía en atar a los judíos uno detrás de otro y obligarlos a correr en círculos durante horas, mientras pegaban a los rezagados. Más adelante también los obligaban a interrumpir la carrera a una orden y tumbarse al suelo, mientras que otra orden les hacía incorporarse y continuar la carrera.

La última ejecución en masa tuvo lugar en la víspera de la Navidad de 1943. Para ese entonces tanto el gueto como los campos de concentración estaban prácticamente vacíos: vecinos y presos habían sido asesinados. Por eso los alemanes se dirigieron a las áreas rurales y comenzaron a buscar granja por granja con la excusa de un censo. El 24 de diciembre trajeron a Rainiai a muchas mujeres con niños en brazos. Otras fueron asesinadas antes de llegar a la ciudad. Todas ellas sabían qué les esperaba, de manera que algunas intentaron escapar arrastrándose por debajo de la alambrada que rodeaba el campo de concentración.

Con todo, no fueron muchas las que consiguieron salvarse de esa manera. Muchas madres con sus hijos en brazos vagaron por los bosques en pleno invierno. Fue inevitable que muchas perdieran el rumbo y murieran heladas. Meses más tarde, al llegar la primavera, se descubrieron muchos cadáveres de mujeres abrazadas a niños pequeños también muertos.

A nosotras dos nos cobijó un campesino en su granja. Allí esperamos la llegada del Ejército Rojo.

EDITOR: O. SÁVICH

Parte 5

Letonia

Riga

I. LOS ALEMANES TOMAN LA CIUDAD

Los estallidos de las bombas en los alrededores de la estación de ferrocarriles y los pasos del Dviná oeste anunciaron la llegada de los alemanes a Riga. Desde las primeras horas de la ocupación decenas de bombarderos Junker y Heinkel volaron con estruendo sobre las calles y plazas de Riga. Lanzaban sus bombas desde gran altura para después volar en picado y ametrallar a los transeúntes. Aquel fuego era secundado por el de otras ametralladoras y fusiles apostados en algunos tejados y desvanes de la ciudad. En ellos se habían instalado los paracaidistas alemanes y los saboteadores que habían conseguido llegar a la ciudad. También los agentes de Hitler emboscados desde antes en Lituania, Letonia y Estonia dejaron saber de sí. Los fascistas intentaron volar puentes, tomar algunos edificios públicos y paralizar el movimiento en las principales redes de transporte.

[Una siniestra amenaza se cernió de repente sobre los judíos de Riga. Decenas de miles de octavillas arrojadas desde los aviones alemanes explicaban en detalle lo que les esperaba. En ellas se amenazaba con serios castigos a los rusos y letones que prestaran ayuda a los judíos para evacuar la ciudad. Entretanto, los judíos se agolpaban en las estaciones de ferrocarriles, se apretujaban en vagones de carga llenos hasta los topes, pasaban largas horas sentados en los andenes a la espera de trenes que los llevaran al este. Los operarios de las estaciones se esforzaban cuanto podían. Bajo el silbido de las balas y los estruendos de las explosiones, se encargaban de realizar las maniobras en vías y convoyes que permitían la continuación del tráfico ferroviario. Muchos judíos, perdida toda esperanza de hacer el viaje en tren, acababan por cargar sus bártulos en cualquier carreta y echaban a andar a pie en dirección al distante este. Todos los caminos se llenaron de refugiados. Los pilotos alemanes hacían fácil diana en las columnas de mujeres y niños.

Pero la evacuación se iba tornando más difícil a medida que transcurrían las horas.]

Las salidas de los convoyes militares y los trenes con los evacuados formaron descomunales atascos en las vías cercanas a las estaciones. Cada vez se hacía más difícil abandonar la ciudad debido a las múltiples emboscadas tendidas por los paracaidistas alemanes. Los ocupantes actuaban con tal impunidad que se pudo ver un destacamento de paracaidistas tomando tierra en la calle Brivibas, principal arteria de la ciudad. La superioridad numérica de las tropas alemanas en cuanto a efectivos, tanques y, sobre todo, aviones era más que evidente. Las unidades soviéticas se retiraban tras ofrecer fiera resistencia, retrasando cada vez más la línea de combate. *[Apenas once mil judíos consiguieron ser evacuados de Riga.]*

Al amanecer del 1 de julio ya los alemanes se habían apoderado definitivamente de la ciudad. Los primeros judíos que se tropezaron con ellos fueron atados a los tanques y sus cuerpos ensangrentados fueron paseados durante horas por las calles de la ciudad. Ese mediodía los judíos comenzaron a ser detenidos en casas y calles y conducidos a las sinagogas. *[Con todo, fueron muchos los que no llegaron a los templos, pues los asesinaron por el camino.*

Cuando los alemanes entendieron que ya había un número considerable de judíos encerrados en las sinagogas, convocaron a los vecinos de Riga a presenciar lo que definieron como un interesante espectáculo. Pero] ahí se encontraron con algo inesperado. Todas esas casas de culto se convirtieron en importantes focos de resistencia desde donde les llegaba el fuego cerrado de muchos fusiles y metralletas. Era más que evidente que los judíos parapetados tras los muros de las sinagogas estaban condenados, pues ya para entonces se habían concentrado en Riga nutridos batallones de infantería alemana y numerosos tanques. En varios casos los alemanes tuvieron que recurrir precisamente a los tanques para hacerse con el control de sinagogas. Los desiguales combates se prolongaron durante horas hasta que al final del día se pudieron ver largas columnas de humo y fuego alzándose sobre las casas de oración. Algunas de esas sinagogas fueron incendiadas por los atacantes alemanes, pero hubo otras que ardieron por decisión de los judíos parapetados en ellas, quienes prefirieron morir antes que rendirse y caer, así, en manos de sus verdugos. De todos los

edificios en llamas salían los desesperados lamentos de mujeres y niños. El rabino Kilov continuó leyendo en voz alta las plegarias, mientras las ráfagas de ametralladora hacían añicos los muros de su sinagoga, la mayor de la ciudad. Un obrero del Combinado forestal llamado Abel disparó con su vieja escopeta de caza contra dos alemanes que intentaron entrar en su casa. Para reducirlo, un oficial alemán convocó a todo un pelotón. El objetivo era apresarlo vivo, pero no lo consiguieron. Abel peleó hasta la muerte. Se necesitaron dos compañías de soldados alemanas para tomar la sinagoga de la calle Gógolevskaya.

Algunos judíos recibieron a tiros a los alemanes que intentaron entrar en sus casas por la fuerza.

El judío Elkischek, doctor en filosofía por la Universidad de Viena y director de un colegio local, murió empuñando un arma.

Se han conservado muchos recuerdos de la valentía con que los judíos de Riga recibieron a sus verdugos. Dos hombres de las SS conducían a la sinagoga a una empleada de la Fábrica textil apellidada Ganstein. A pesar de que la empujaban a culatazos y la pinchaban con las bayonetas, la mujer avanzaba en silencio y apenas de tanto en tanto se la veía limpiarse la sangre de la cara. Al llegar a un cruce donde esperaban muchas mujeres letonas, Ganstein se zafó de los guardias y gritó:

—¡Observad bien a estas bestias! El gobierno soviético no les perdonará jamás lo que nos están haciendo. Cuando los nuestros vuelvan, contadles cuántos tormentos nos están infligiendo…

Los convoyes no la dejaron acabar y le dispararon *[a quemarropa. Seguidamente dispararon varias ráfagas al aire para dispersar a la multitud.]*

Ese mismo día un grupo de judíos protagonizó un desesperado intento de llegar hasta las unidades del Ejército Rojo que se batían en retirada. Abram Epstein, un estudiante de la Universidad de Riga, asumió el liderazgo del grupo. Su plan consistía en huir hacia los bosques y buscar una falla de seguridad en las líneas enemigas y aprovecharla para atravesar el frente de batalla hasta llegar a los nuestros. Trescientas mujeres y niños formaron una alargada columna escoltada por estudiantes armados. A pesar de tratarse de una masa importante de gente, los fugados consiguieron sortear los controles alemanes y escapar a las áreas rurales a través de los

bosques. Con todo, fueron víctimas de un soplo y ello hizo que un batallón de infantería acompañado de varios tanques saliera a darles alcance.

Los alemanes alcanzaron la columna cuando ésta se encontraba ya a una distancia de quince kilómetros de Riga. Abram Epstein ordenó a su tropa, formada por unos sesenta jóvenes armados de ambos sexos, cubrir a la columna de mujeres y niños para facilitarles la huida. Un pequeño riachuelo, el Maza-Yugla, al este de Riga, fue establecido como emplazamiento del operativo de defensa. Sus márgenes fueron el escenario de los combates que libraron durante largas horas los estudiantes de Riga y la tropa invasora alemana. Ello facilitó la fuga a las mujeres y los niños, quienes atravesaron el bosque sirviéndose de senderos poco transitados y así alcanzaron la carretera de Madónskoye, donde aún resistía el Ejército Rojo. El destacamento de Abram Epstein fue exterminado casi al completo, incluyendo a su comandante, pero el combate que libraron junto al Maza-Yugla se cobró la vida de un centenar de alemanes y permitió que cientos de mujeres y niños se reunieran con las tropas soviéticas.

Cuantiosos fueron los esfuerzos que hicieron letones y rusos para ayudar a los judíos a escapar de una muerte inevitable. El estudiante Ilyá Abel mantuvo escondidos en su casa a varios de sus compañeros judíos durante varios días. El sacerdote Antonii brindó refugio en su parroquia a muchos judíos que así escaparon de los primeros pogromos. Otro sacerdote ayudó a escapar de la ciudad al ingeniero Lichter. Mas todos aquellos esfuerzos no fueron más que gotas en un mar de horror. Y en todo caso, la mayoría de los beneficiarios de esos actos acabaron cayendo en las garras de la Gestapo y compartieron idéntico destino con el resto de judíos de Riga.

2. CAE LA NOCHE SOBRE RIGA

La primera noche bajo ocupación alemana llegó por fin y los agentes fascistas emergieron de sótanos, desvanes y azoteas. Los «repatriados», es decir quienes emigraron a Alemania en 1940, reaparecieron de repente en la ciudad. Los alemanes los trajeron consigo para que les sirvieran de informantes, sabuesos, futuros

comandantes de prisiones y campos de concentración. *[También, sencillamente, como verdugos.]* Y esos alemanes del Báltico no decepcionaron a sus amos. Ellos fueron los más desaforados entre todas las bestias hitlerianas; los más crueles entre los verdugos; los más miserables entre los agentes de policía y los guardianes de los campos.

Con cada hora que pasaba la magnitud del pogromo crecía y se desbridaba.[104] También se desató el indiscriminado saqueo de las casas habitadas por judíos. Muy pronto comenzaron los arrestos en masa. Todo aquel que caía en sus manos era conducido a la prisión, la prefectura de policía o directamente al bosque Bikernieki.[105] Seis mil judíos fueron arrestados esa sola noche.

El bosque Bikernieki ocupa un triste e inolvidable lugar en la historia de Letonia. Allí fueron fusilados cientos de participantes en el levantamiento revolucionario de 1905. Y fue allí también que tuvieron lugar las ejecuciones en masa de los luchadores por la Letonia soviética en los años de la Guerra Civil. Los huesos de dos generaciones sucesivas de luchadores y mártires reposan en el suelo de ese bosque, cual si se tratara de un macabro estrato geológico. Por último, ése fue el bosque elegido por los alemanes para el exterminio de decenas de miles de judíos —tanto de Riga como de muchos rincones de Europa occidental.

Los ocupantes gustaban superarse unos a otros cuando se trataba de idear y llevar a la práctica formas refinadas de exterminar a sus víctimas. Así, por ejemplo, el *Sturmführer* Kraus, oficial de la *Sicherheitspolizei*, desarrolló su método de ejecución favorito. Éste consistía en colocar a grupos de judíos en formación en el barrio de Moscú, cubrirles las caras con máscaras de Lenin y Stalin, entregar fusiles a chiquillos letones y ordenarles: «¡Disparad contra estos bolcheviques!». Cuando los chiquillos se negaban a entregarse a aquel juego macabro, Kraus agarraba a uno o dos de ellos, les cubría las caras con idénticas máscaras y los empujaba a la fila de condenados. Seguidamente un pelotón de las SS procedía a disparar contra el grupo. El *Untersturmführer* Bruns también tenía su propio método. En su caso se trataba de obligar a los judíos a cavar sus propias tumbas, pero no de cualquier manera. Mientras cavaban, Bruns los obligaba a tumbarse en las zanjas, se aseguraba con extrema meticulosidad que la estatura de la víctima se

correspondiera con el largo de la tumba destinada a acoger su cadáver, algo que hacía con extremo celo, y sólo cuando se había convencido de la exacta correlación geométrica entre la zanja y la víctima, ejecutaba por fin al condenado.

Los judíos eran conducidos una y otra vez a la sede de la prefectura para un «censo laboral». Los verdugos rellenaban ciertos impresos; a algunos les medían la nariz, la frente y los pómulos, y se anotaban los datos con celo. Una vez acabado el trámite, los alemanes estallaban en carcajadas mientras arrojaban a la estufa los impresos recién cumplimentados y dictaban sentencia:

—¡Al bosque de Bikernieki!

[Un oficial de las SS mandó a buscar un barbero a medianoche. Cuando lo tuvo delante le mostró un grupo de ancianos judíos y le ordenó cortarles a cada uno la mitad de la barba. Hecho esto, dispuso que los judíos se arrancaran una manga de la camisa, se descalzaran un pie y comenzaran a bailar. Media hora más tarde se presentó en el lugar el comandante del destacamento de las SS, absolutamente ebrio, y anunció que pronunciaría una declaración de corte político. Su discurso fue largo y lleno de ideas inconexas, pero algo quedó claro: en su calidad de Sturmbannführer *de las SS, jamás dejaría de luchar contra los judíos. Todo judío que cayera en sus manos, sostuvo, podía considerarse cadáver y disponerse a viajar al otro mundo para reunirse con sus ancestros. Seguidamente, y a modo de confirmación de sus palabras, desenfundó la pistola y disparó contra varios judíos, dándoles muerte instantánea.]*

Cerca de tres mil judíos fueron «procesados» aquella noche en el censo llevado a cabo en la prefectura. Un millar de ellos salieron de allí hacia el bosque de Bikernieki, donde fueron ejecutados. Los demás quedaron detenidos en la prisión metropolitana.

Los alemanes encontraron un buen número de carteles y banderas en el patio de la sede del Comité central de la Organización Mundial de Ayuda a los Revolucionarios.[106] El hallazgo les sugirió convocar a un grupo de judíos y obligarlos a escenificar una «manifestación» en la que debían cantar la *Internacional* y otras canciones de inspiración revolucionaria. Los verdugos obligaron a los «manifestantes» a pasearse por las calles, un gesto que buscaba granjearles el odio de la población. Pero la provocación que habían urdido acabó siendo un fiasco. A letones y

rusos les repugnaba tomar parte en la acción de repudio que se esperaba de ellos. Entonces a los alemanes no les quedó más que poner en funcionamiento sus pistolas y metralletas: la «manifestación» acabó en un baño de sangre en plena vía pública.

Esa misma noche los oficiales del Regimiento de Granaderos de Württemberg-Baden montaron una juerga en el N.° 10 de la calle Mariínskaya. Varias decenas de muchachas judías fueron llevadas a la fuerza a esa orgía. Allí las obligaron a desnudarse completamente y bailar y cantar desnudas para disfrute de los alemanes. Muchas de aquellas desgraciadas jóvenes fueron salvajemente violadas y fusiladas después en el patio de la casa. El capitán Bach mostró un especial ingenio aquella noche cuando retiró los asientos de un par de sillas y los sustituyó por láminas de hojalata. Dos jóvenes estudiantes de la Universidad de Riga fueron atadas a esas sillas, que colocaron una frente a la otra. Debajo de ambas sillas Bach hizo colocar dos hornillos encendidos. La idea gustó horrores a los oficiales reunidos para la ocasión. Tanto fue así que se tomaron de las manos y formaron un danzante corro en torno a las dos jóvenes mártires. Las muchachas se retorcían de dolor, pero estaban atadas a las sillas de pies y manos y no podían escapar. Cuando comenzaron a pegar gritos, los alemanes les taparon las bocas con trapos.

3. LOS PRIMEROS DÍAS DE OCUPACIÓN

Los alemanes delegaron la mayor parte de los asuntos judíos en los fascistas alemanes del Báltico que regresaron a Riga acompañando a las tropas de ocupación. Desde antaño, esos canallas profesaban un odio salvaje hacia letones y judíos.

Ahora habían regresado revestidos del poder de las tropas de asalto y dotados de un poder y derechos ilimitados. En el pasado, Hans Mannskeit había ganado fama de esbirro en las comisarías de la policía de Riga. Cuando fue repatriado a Alemania en 1940 la población de la ciudad respiró aliviada. Ahora regresaba en las filas de la Gestapo investido del cargo de Investigador para asuntos judíos. Muchos alemanes del Báltico pasaron a ocupar cargos prominentes en la estructura local de la Gestapo. Entre ellos cabe mencionar al doctor Bernsdorf y a los contables Lorenzen, Schultz y

Brasch. Muchos otros alemanes del Báltico regresados a Riga se destacaron en la comisión de atrocidades contra la población judía de la ciudad, aunque no ocuparan puestos de relevancia en la Gestapo.

Los saqueos y las redadas adquirían un ritmo frenético. Y fascistas hasta entonces disimulados, colaboracionistas a la manera de Quisling y nacionalistas de la peor ralea se destacaron muy particularmente en ambas empresas. Desde hacía muchos años en Letonia desarrollaba sus actividades una organización de inspiración nacionalista y fascista, Perkonkrusts,[107] *que hacía abundante uso de eslóganes antisemitas extraídos del vasto arsenal de los fascistas alemanes. Aunque Perkonkrusts fue desmantelada en 1940, sus pupilos se las apañaron para permanecer entre nosotros y esconder su verdadero rostro. Y fue sobre todo entre esos canallas que los ocupantes reclutaron a especialistas en el arte del pogromo capaces de servir a sus amos como los más fieles y convencidos vasallos.*

Una orden expresa prohibía a los judíos acudir a comprar alimentos a las mismas tiendas que servían a letones y alemanes. *[También se les prohibió todo trabajo «por su cuenta»: todos estaban sometidos a trabajos forzados.]* También se les impuso la obligación de llevar una estrella de seis puntas cosida a la pechera (el «Escudo de David») y se les prohibió utilizar las aceras. Tan sólo podían desplazarse sobre el pavimento de las calles.

Los arrestos, las ejecuciones en masa y las sesiones de tortura se sucedían sin cesar. Un grupo de soldados de asalto subió al tejado de un edificio de cinco plantas en la calle Gertrudínskaya y comenzó a lanzar a niños judíos a la calle. Cierto funcionario que pasaba por allí les exigió abandonar aquel suplicio. Desde arriba le respondieron:

—Estamos trabajando en una investigación científica. Verificamos la infalibilidad de la Ley de gravitación universal.

[—Donnerwetter! *—exclamó el funcionario. Y los animó enseguida —: ¡Muy bien dicho, señores! Continuad con vuestras investigaciones. La ciencia exige sacrificios.]*

Un anciano sastre judío avanzaba por la calle Lachplesa, doblado bajo el peso de la máquina de coser que cargaba sobre sus hombros. Al verlo, unos oficiales alemanes que circulaban por la misma calle arrojaron su automóvil sobre él. El anciano consiguió

apartarse a tiempo, esquivar el atropello y ponerse a buen recaudo detrás de un poste de telégrafos. Molestos por lo sucedido, los alemanes dieron la vuelta y organizaron una cacería en toda regla. Finalmente, consiguieron acorralar al anciano contra la pared de un quiosco de prensa, dejándole la acera como única vía de escape.

—¿Qué haces? ¿Cómo te atreves a subir a la acera? ¿Cómo osas violar las leyes del Imperio? —le espetaron los hombres de Hitler, mientras lo arrastraban hacia el pavimento, aporreándolo. El cuerpo ensangrentado del anciano acabó cayendo desplomado. La letona Petrunia Salazas, testigo de aquel salvaje espectáculo, se le acercó con una jarra de agua. Quería lavarle la cara y darle de beber. Un alemán la interceptó antes de que llegara a él, le arrancó la jarra de las manos y le arrojó el agua a la cara. Después la golpeó con la fusta que empuñaba y la amenazó con matarla a tiros si no se marchaba inmediatamente, lo que ella hizo. Dos horas más tarde el anciano falleció en medio de la calle Lachplesa, junto al quiosco de prensa.

La cruel violencia de aquellos días no iba dirigida sólo contra los judíos. Todos los sospechosos de simpatizar con el poder soviético padecieron sus rigores. *[Los judíos eran fusilados por ser judíos. A los letones, en cambio, se los ejecutaba principalmente debido a sus simpatías por el gobierno soviético. A los ojos de los verdugos, ambas circunstancias igualaban a sus víctimas.]* El 3 de julio los carceleros sacaron a cincuenta parejas de detenidos al patio de la prisión de Riga. Cada pareja la conformaban un judío y un letón atados espalda contra espalda. La letona Elvira Damber y el judío Yakov Abeshauz formaban la primera de esas parejas.

—Querías igualdad, ¿no es cierto? —les dijo el *Untersturmführer* que dirigía las ejecuciones—. ¡Ahora la tendréis!

Seguidamente los cien letones y judíos atados de manera tan peculiar fueron fusilados. Cada bala atravesaba los dos cuerpos sujetos por las cuerdas, de manera que la sangre judía y la sangre letona formaban un solo charco sobre el suelo del patio de la prisión.

Las terribles circunstancias de la muerte de Lina Gotschalk, una joven de apenas diecinueve años, han quedado guardadas en la memoria de los vecinos de Riga. Lina fue detenida cuando caminaba por la calle Elizavétskaya y conducida a un apartamento

donde un grupo de alemanes se estaba corriendo una juerga. Su aparición originó una disputa entre los juerguistas: no conseguían ponerse de acuerdo en cómo matarla. La joven dominaba el alemán, de manera que asistía en silencio a una discusión en la que se estaba decidiendo el cruel final que la esperaba. Por fin sus verdugos llegaron a un acuerdo: le destrozarían todos los huesos hasta pulverizarlos. Tomada la decisión, la metieron en un saco y comenzaron a golpearla con las baquetas de sus fusiles. La golpiza se prolongó durante dos horas. La joven murió mucho antes, pero sus verdugos continuaron astillando sus huesos uno a uno. Cuando se dieron por satisfechos, ordenaron arrojar el deforme montón de carne que antes fue la joven Lina Gotschalk en el bulevar donde se alza el Teatro de la Ópera.

Unos días más tarde los alemanes implementaron la orden que establecía el reclutamiento forzoso de los judíos como fuerza de trabajo. El *Obergrupenführer* Drexler, Comisario general de Letonia, y el *Gebietskommissar* Witroch ordenaron poner en manos judías todos los trabajos pesados y sucios. También se crearon muchos trabajos completamente innecesarios para ellos.

El Teniente Kraus y el *Sonderführer* Drawe tenían a su cargo el departamento judío de la Bolsa de trabajo. Ambos gozaban martirizando a sus víctimas. El primer trabajo encargado a los judíos consistió en la limpieza de las ruinas ocasionadas por los bombardeos. Para ello fue seleccionado un batallón de jóvenes a los que se impusieron condiciones de trabajo extremadamente penosas. Así, por ejemplo, los alemanes requerían que en las parihuelas que utilizaba cada pareja de trabajadores se cargaran entre ciento treinta y ciento sesenta kilogramos de piedras y ladrillos. *[Quienes caían exhaustos recibían una lluvia de porrazos que, en no pocos casos, los llevaba a la muerte.]*

Como regla, la jornada laboral comenzaba con una golpiza y acababa con una ejecución. La mayor parte de los castigos se debía al incumplimiento de las normas relativas a la correcta disposición de la estrella amarilla. Al principio, se estableció que ésta debía ir cosida en la parte izquierda de la pechera. Pero poco después se dictó una nueva orden cambiando al lado derecho el asiento del distintivo. Más adelante, se ordenó llevar la estrella en la espalda. Pero muy poco después se dispuso llevar una en la pechera y otra

en la espalda. Y ahí no acabó la cosa, pues las normas continuaron sufriendo variaciones: en algún momento los alemanes recuperaron la idea original, después la intermedia y así sucesivamente. Cada mañana los judíos se preguntaban dónde correspondía llevar la estrella, o ambas estrellas, y así los alemanes encontraban «infractores» a diario y estos recibían las consabidas golpizas.

Los alemanes obligaban a arrancar las piedras que constituían los cimientos de los edificios en ruina. Por consiguiente, día sí y día también se producían derrumbes que sepultaban a decenas de personas.

Varios centenares de judíos de Riga perdieron la vida mientras trabajaban en los yacimientos de turba de Olaine.

Los alemanes nombraron al barón Emden, un alemán del Báltico, *Gebietskommissar* del distrito Elgava (Mitava). Le llamaban El Rey de Zemgale, porque se daba la circunstancia de que había poseído amplias tierras en aquella comarca. Emden se comportaba como un auténtico déspota y mostraba una insaciable sed de poder. Se tiene información de numerosas «cacerías» y «redadas» contra los judíos que organizó. También se dispone de información acerca de sus cómplices en una de esas «cacerías». Ellos son el capitán Zukurs, el mayor Aráis, el prefecto de la ciudad de Riga Stiglitz, el *Untersturmfükrer* Jáger, los hermanos Bruns, alemanes del Báltico ambos, y el *Gruppenführer* Kopitz.

El mencionado grupo acudió en una ocasión al director del yacimiento de turba y le exigió la entrega de doscientos judíos. El director protestó alegando que una merma tan cuantiosa de la fuerza de trabajo con que contaba afectaría muy gravemente los planes de entrega que tenía asignados, pero el *Gebietskommissar* no estaba dispuesto a ceder. Con todo, también él se vio obligado a hacer concesiones: sólo recibió mujeres y niños. La «cacería» no tardó en comenzar. Separados en grupos de entre diez y quince individuos, a los condenados se les explicaba que su única esperanza de salvación dependía de que fueran capaces de atravesar el campo que tenían delante y alcanzar el bosque en menos de ocho minutos. En caso contrario serían ejecutados como castigo por su debilidad. El sonido de un silbato marcaba el momento de la estampida. Al escucharlo, los grupos de mujeres y niños corrían campo a través para alcanzar los primeros árboles del bosque

distante. La carrera estaba salpicada de obstáculos: zanjas, cráteres y macizos de arbustos. Los alemanes retenían a las jaurías de perros de caza, mientras vigilaban el cronómetro. En cuanto éste marcaba por fin los ocho minutos soltaban a los perros. Buena parte de los infelices eran alcanzados por los perros cuando aún corrían por el campo o se habían atascado en los arbustos. Se trataba de perros adiestrados con esmero para lanzarse al cuello de las víctimas, matarlas y seguir corriendo en busca de otra presa. Con todo, algunos perros se limitaban a inmovilizar a sus presas en el suelo hasta que acudía su amo y les pegaba un tiro.

Cuando concluía la macabra matanza de quienes no alcanzaron el abrigo del bosque daba comienzo la batida. Transcurría ésta de acuerdo a los más severos cánones de la montería, es decir, mediante largos rodeos, cercos cerrados y hábiles emboscadas. Los perros husmeaban entre los árboles en busca de las enloquecidas mujeres, quienes, al verse descubiertas, corrían despavoridas hacia el emplazamiento donde las esperaban El Rey de Zemgale y sus amigos. Bastaba que irrumpieran en el descampado al que las conducían los perros para que los «cazadores» dispararan a una sus escopetas de dos cañones.

En Riga los asesinatos de judíos se sucedían a diario. *[Cientos de personas eran fusiladas al volver del trabajo; cientos eran fusiladas cuando salían a trabajar. Eran muchos los que preferían vivir ocultos en sótanos y pasar hambre en ellos, antes que correr el riesgo de tropezarse en la calle con un fascista.]* Se recuerda especialmente la fecha del 15 de julio, cuando fueron fusiladas mil personas, y el 23 del mismo mes, aniversario de la inclusión de Letonia en la Unión Soviética, cuando más de dos mil personas cayeron bajo las balas fascistas. Los alemanes hostigaban a los judíos hasta después de muertos: una orden especial prohibía aceptar cadáveres de judíos en las morgues. Se vieron cadáveres de judíos tirados durante siete días en las calles de Riga.

Muy pronto los alemanes emprendieron los preparativos para el exterminio definitivo de los judíos. El primer paso para ello consistía en reunirlos en un mismo lugar y aislarlos del resto de la población. El destino del reasentamiento fue el distrito de Moscú, a las afueras de la ciudad —los mismos terrenos donde estuvo emplazado el gueto judío durante el Medioevo. Naturalmente, no

cabe imaginar que los alemanes se guiaran por consideraciones de índole histórica. La explicación es mucho más sencilla. A saber, que dicho distrito es la zona más deprimida de la ciudad *[y se encuentra a poca distancia del bosque de Bikernieki, tradicional escenario de las ejecuciones en masa]*.

Los alemanes comenzaron por nombrar un Consejo de la Comunidad judía de Riga, que sirviera como interlocutor entre los judíos y las autoridades. El doctor Shleter, un judío de Viena que se había desempeñado en el pasado como Consejero de Estado en Austria, fue nombrado su presidente. La integraron, además, los abogados Mintz y Mijaíl Ilyashev, el doctor Rudolf Blumenfeld, el antiguo director de la fábrica textil Kaufer y el contable Blumenau, entre otros.

[Ya desde los primeros días se hizo evidente que la nueva directiva era impotente para mejorar las condiciones de vida de los judíos. Las raciones de alimentos fueron recortadas drásticamente: los judíos recibían cien gramos de un sucedáneo de pan al día, lo que equivalía a la mitad de lo que tenía asignado el resto de la población. Además, tenían terminantemente prohibido viajar a las áreas rurales a comprar alimentos. El hambre comenzó a cundir entre la población judía. Aislados del mundo debido a la prohibición de utilizar los servicios de correos, los judíos de Riga esperaban con temor lo que les depararía el destino.]

4. EL GUETO

Los fascistas estaban impacientes por reasentar a los judíos. *[A algunos les concedieron apenas entre dos y tres horas para la mudanza.]* Sus muebles y demás bienes los alemanes se los quedaban para sí.

[El área destinada al reasentamiento era muy pequeña y los judíos no dejaban de llegar. El 21 de octubre se publicó la orden del Comisario general que establecía la creación del gueto, a la vez que imponía a los judíos nuevas y onerosas limitaciones. A partir de ese momento los judíos de Riga quedaban sujetos a las atroces leyes de Núremberg y las célebres adiciones a ésta debidas a Goebbels. Según la diáfana expresión de los artífices de esas «leyes», los judíos dejaban de ser sujetos de una sociedad para convertirse en objetos de una política racial.]

La orden del Comisario general prohibía a los judíos abandonar

el recinto cercado por la alambrada. Las empresas que utilizaban mano de obra judía eran responsables de conducir a sus trabajadores debidamente custodiados, tanto en el matinal viaje de ida como en el vespertino de vuelta al gueto. La población local tenía terminantemente prohibido entablar conversación con los judíos e, incluso, acercarse al perímetro cercado por la alambrada.

El distrito de Moscú fue encerrado por una doble tapia coronada de alambre de espino. En la noche del 24 de octubre se instaló la posta alemana junto a la puerta instalada deprisa. *[En ese instante entraban al gueto los últimos judíos reasentados. Una enorme trampa se cerró en torno a los judíos de Riga.]*

Los reasentados vivían en constante tensión. Cada mañana se veía salir a miles de personas al trabajo guardadas por feroces convoyes. Directores de las fábricas, contratistas y oficiales alemanes utilizaban abundantemente la fuerza de trabajo esclava. El Teniente Kraus, encargado de los asuntos judíos en la Bolsa de trabajo, jamás denegaba las peticiones que recibía. Un cartel colgado a las puertas del gueto avisaba de su disponibilidad: «Se ofrecen judíos a cambio de una remuneración. Oferta válida también para unidades militares».

Los judíos que regresaban de trabajar eran sometidos a diario a un minucioso cacheo antes de acceder al gueto. En uno de esos registros los guardias encontraron el bocadillo que llevaba el estudiante Kremer: el joven fue fusilado allí mismo. *[Entretanto, en el gueto el hambre era cada vez más acuciante y eran muchos los que caían desplomados en las calles debido a la inanición.*

El Consejo judío tomaba cuanta medida podía para mejorar las condiciones de vida de los vecinos del gueto.]

Por su parte, los médicos del gueto se afanaron para evitar la aparición de epidemias, a pesar de la extrema depauperación de las condiciones de vida y las condiciones de insalubridad (téngase en cuenta que los alemanes prohibieron la evacuación de los desechos del perímetro cerrado). En el gueto funcionaban consultorios médicos, un hospicio para huérfanos y un comedor para ancianos y minusválidos.

El 27 de noviembre los alemanes informaron al Consejo de la decisión de separar a los «especialistas» del resto de vecinos del gueto *[, incluyendo a sus propios familiares]*. El 28 de noviembre

comenzó la construcción de una tapia que dividía el gueto en dos zonas. Así quedó constituido el llamado «pequeño gueto» que albergó a los cerca de tres mil hombres aptos para el trabajo. Separados del resto de judíos por una cerca de alambre de espino, ya no veían más a sus mujeres e hijos. El comportamiento burlón de los guardias no dejaba lugar a dudas: la catástrofe era inminente.

[El 29 de noviembre el Sturmbanführer *Brasch convocó al Consejo judío en pleno. Los recibió con una insolencia particularmente notable y un gran alarde de sinceridad. Les informó sin rodeos que la jefatura había decidido liquidar a una parte de los judíos de Riga debido a la sobrepoblación del gueto. Entretanto, del Consejo se requería participar en esa operación y asistir a los alemanes en la selección de las personas que serían ejecutadas. Concretamente, se le encargaba la confección de listas de ancianos, enfermos, delincuentes y otras personas cuya presencia en el gueto la junta considerara indeseable.*

Tras escuchar en silencio las palabras del verdugo, los miembros del Consejo intercambiaron miradas y dejaron caer la cabeza. Sabían que toda discusión sería estéril, que ningún argumento conseguiría hacer cambiar de idea a los alemanes. Los miembros del Consejo se conocían tan bien unos a otros que las breves miradas que intercambiaron les bastaron para tomar una decisión conjunta. El doctor Blumenfeld fue el encargado de comunicarla a Brasch: *—Este Consejo no entregará a un solo judío para que sea ejecutado. Soy médico y he dedicado toda mi vida a la curación de los enfermos, no a buscarles la muerte. Es evidente que tenemos concepciones muy distintas sobre el valor de la vida humana, como distintos son los conceptos que tenemos sobre a quién considerar un delincuente. En nuestra opinión, los verdaderos delincuentes se encuentran fuera de las alambradas del gueto…*

Brasch interrumpió a Blumenfeld y echó de su despacho a los miembros del Consejo.

Aun cuando los asistentes a esa reunión mantuvieron el más estricto silencio sobre lo conversado allí, muy pronto en el gueto se supo la horrible noticia.]

El 29 de noviembre el *Obergrupenführer* Jeckeln,[108] comandante en jefe de todas las fuerzas policiales de la región del Ostland envió una comunicación a empresas e instituciones avisándoles del cese de las actividades laborales de los judíos hasta nuevo aviso. Las puertas del gueto permanecieron cerradas el 30 de

noviembre. Los convoyes que acudieron en busca de trabajadores se marcharon vacíos. Todos los preparativos indicaban la inminencia de extraordinarios acontecimientos.

5. LA AKTION

La *Aktion* contra los judíos del gueto de Riga tuvo lugar los días 30 de noviembre y 1 de diciembre de 1941 —es decir, cinco semanas después de la constitución del gueto. La *Aktion* dio comienzo con la orden de formar a todos los hombres en la calle Ludzas. Nadie sabía a qué atenerse, pues corrían rumores contradictorios. *[Algunos hombres ocultaron a sus familias temiendo una ejecución en masa. Algunas mujeres se vistieron de hombres e intentaron pasar desapercibidas en las columnas de trabajadores en la confianza de que ello podía salvarlas.]* Muy pronto los hombres fueron trasladados: algunos al «pequeño gueto»; otros al campo de concentración de Salaspils. A las seis de la tarde los verdugos procedieron al desalojo de las mujeres, los ancianos y los niños. La policía había tomado el distrito Moscú. Los enfermos eran ejecutados en sus propias casas; a las madres con prole numerosa las dejaban con apenas un par de niños: los demás eran tiroteados sin compasión. Todos los trescientos ancianos alojados en el asilo fueron asesinados sin excepción. Idéntica suerte corrieron los enfermos ingresados en el hospital del gueto. Los gritos de los condenados que le veían el rostro a la muerte se oían por todas partes. Las mujeres y los niños desalojados esperaban su suerte en las calles vigilados por policías. La espera fue larga, pues se prolongó hasta el amanecer del día siguiente. Ateridos y temblorosos, tuvieron que presenciar el sangriento espectáculo que transcurría ante sus ojos. Con las primeras luces del alba los alemanes formaron columnas de entre doscientas y trescientas personas que echaron a andar hacia el este vigiladas por idéntico número de convoyes.

Rodeados de hombres de la Gestapo, los miembros del Consejo judío, y entre ellos el rabino principal de Riga, el rabino Zak, esperaban frente a la sede de su organización. El doctor Blumenfeld consiguió susurrar unas palabras a Abram Rozental cuando éste pasó junto a ellos: —Nuestras horas están contadas —le dijo—. Tal vez usted llegue a vivir

días más luminosos. Si así fuera, le ruego que transmita a los nuestros que morimos imbuidos de la fe en la perdurabilidad inexorable de nuestro pueblo. Sepa que mientras estamos esperando que nos lleven al paredón —de ello no nos cabe la menor duda—, aquí al lado, a la luz de una lámpara de queroseno está escribiendo las últimas líneas de sus memoria s el célebre profesor e historiador Dubnov, cual si se tratara de un escriba de la antigüedad. Él está convencido de que esas memorias llegarán a las manos de algún lector en el futuro.

El alemán Johann Siebert, un verdugo muy instruido que había cursado estudios en la Universidad de Heidelberg, era uno de los comandantes del gueto. Precisamente a esa casa de estudios solía acudir periódicamente Semión Márkovich Dubnov, invitado a dictar conferencias sobre la historia antigua de Oriente e historia general del pueblo judío. El destino quiso que estudiante y profesor coincidieran en las calles del gueto, uno en calidad de todopoderoso comandante y cruel verdugo; el otro como un prisionero condenado a muerte. Siebert reconoció enseguida a su antiguo profesor y no perdía ocasión de ofender y humillar a aquel anciano octogenario.

—En el pasado cometí la estupidez de asistir a vuestras conferencias, profesor —le dijo en una ocasión—. Recuerdo que usted solía exponer el credo humanista y asegurarnos que pronto habría triunfado en todo el mundo. También recuerdo sus críticas a los antisemitas y cómo nos aseguraba que el siglo XX sería el de la emancipación definitiva de los judíos. Pues, debo decirle que casi adivinó lo que vendría, porque fíjese que ayer estuve en el bosque Bikernieki, donde asistí a la ejecución de cuatrocientos ochenta prisioneros rusos. Y ¿sabe una cosa? También fue fusilado un número idéntico de judíos. Puede felicitarse por su sagacidad, Dubnov. Ya os habéis igualado a los rusos, ¿qué le parece?

—¿Cuántos judíos dice que fueron fusilados ayer? —le preguntó a su vez el anciano profesor.

—Cuatrocientos ochenta.

—Gracias por el dato, pues resulta muy relevante para el libro en el que me encuentro trabajando —concluyó Dubnov.

El autor de la *Historia universal de los judíos* llevó un diario hasta el último día de su vida, una crónica de la vida en el gueto de Riga. Los cuadernos llenos de su letra apretada eran sacados en secreto del gueto y puestos a buen recaudo en manos de unos letones. A días de hoy, los cuadernos del profesor Dubnov no han podido ser

recuperados. Sus custodios fueron detenidos por los alemanes.

Dubnov abandonó su casa a empujones. Dos alemanes lo flanqueaban. Su semblante era el de quien sabe que ha cumplido hasta el final el deber contraído con sus pueblo. Se detuvo un instante y miró en derredor: los copos de nieve caían sobre la calle por la que cientos de mujeres y niños caminaban hacia la muerte, bajo la atenta mirada de los hombres de las SS. Los dientes de Johan Siebert castañetearon mientras sus labios dibujaban una mueca burlona. Dubnov quiso decirle algo, pero sonaron las ráfagas… Y se desplomó, ya muerto.

Los testigos de las ejecuciones en masa en el gueto de Riga sostienen que todo lo que ocurrió allí respondía a un metódico plan diseñado de antemano con todo detalle.

[Los cuerpos de quienes caían dentro de los límites del gueto permanecían tirados en las calles. En cambio, en cuanto las columnas de condenados abandonaban el recinto cercado por las alambradas, se les aproximaban numerosos carros y carretas. Los guardias disparaban sin piedad contra los rezagados o los niños que se quejaban a gritos y sus cadáveres eran cargados rápidamente en los vehículos que acompañaban a los condenados.

Brasch se hallaba apostado junto a las puertas del gueto, desde donde disparaba con su pistola contra los judíos conducidos a ejecutar. Lo hacía en total calma tomándose su tiempo para elegir a las víctimas y hacer diana en ellas. Izidor Berel, uno de los miembros del «pelotón de orden público» formado por judíos del gueto, se le acercó.

—¿Por qué se comporta así, señor Brasch? —le preguntó—. ¿Acaso me dirá que disparar a placer sobre personas indefensas es una muestra de la cultura alemana?

En los tiempos del dictador Úlmanis, Berel había servido en la policía letona, donde alcanzó un alto puesto. Por ello, cuando lo reclutaron para el «pelotón de orden público» del gueto se le ordenó vestir uniforme de policía con los correspondientes distintivos que acreditaban su rango. Brasch ostentaba un rango inferior al de Berel, de manera que se vio obligado a responderle en atención al protocolo del cuerpo policial: —Nuestra actuación se corresponde plenamente con las instrucciones recibidas —explicó—. Debemos garantizar que las columnas lleguen al destino indicado según el gráfico establecido y es por ello que eliminamos a todos aquellos elementos que puedan atentar

contra la velocidad de la marcha. Fíenselo usted mismo; ¿acaso cree que aquella anciana, la que lleva el abrigo de color lila, conseguirá mantener el ritmo necesario? —preguntó, mientras apuntaba a la anciana y la abatía de un tiro.

Todos los verdugos se comportaban con idéntica calma y obediencia al método establecido. Si algo les preocupaba era el peligro de que se produjeran retrasos que afectaran el calendario previsto para finalizar la «operación». Tan sólo en una ocasión se vio a Brasch perdiendo los papeles. Ello ocurrió cuando el ingeniero Wolfse apartó de repente de la columna y le propinó una bofetada. Brasch descargó sobre él todos los cartuchos de su pistola. Fue también la única ocasión en que se le vio derrochar balas.]

Los responsables de la *Aktion* se llevaron una sorpresa al constatar el elevado número de huérfanos que vivían en el gueto. Ello los llevó a formar un batallón exclusivo para ellos: seiscientos niños y niñas. Doscientos policías de la *Ordungspolizei* se ocuparon de escoltarlos. Por el camino se entretenían en lanzar a los niños al aire y dispararles mientras volaban al suelo.

Cuando una de las columnas pasó junto a una iglesia de la secta rusa de los viejos creyentes, una decena de éstos, guiados por su pastor, se postraron al borde del camino y entonaron himnos religiosos. Los policías intentaron apartarlos, pero el sacerdote protestó:

—Dejadnos elevar nuestras plegarias a Dios —les dijo con firmeza—. No es a personas normales que conducís a la muerte: ¡es a mártires! *[Pronto estos mártires comparecerán ante el Altísimo y le contarán todo lo que ocurre en este mundo dominado por el pecado. Ojalá lleven también nuestras plegarias a los pies del Señor.]*

Las ejecuciones en masa provocaron una gran indignación entre los obreros de la fábrica de caucho Kvadrat. A modo de protesta, organizaron una jornada de paro que provocó la intervención de la gendarmería. La situación degeneró en enfrentamientos armados. Muchos obreros murieron como consecuencia de los desiguales combates.

Ocho enormes zanjas esperaban a los condenados en el bosque Bikernieki. Apenas llegar a la linde del bosque los judíos recibían la orden de desnudarse. Las botas tenían que ser colocadas a un lado; las galochas, a otro. Hombres de las SS empujaban a los condenados

hacia las zanjas a culatazos. Allí los esperaba el barón Sievers, un alemán del Báltico, quien los asesinaba disparándoles breves ráfagas. Dos ayudantes asistían al barón Sievers. Su trabajo consistía en cambiar los cargadores a las metralletas por turnos y alcanzarlas al verdugo. Cubierto de sangre de los pies a la cabeza, Sievers se negó durante horas a ser sustituido. Más tarde se lo oyó ufanarse de haber dado muerte a tres millares de judíos aquel 1 de diciembre. *[Había un equipo de camarógrafos haciendo girar con fuerza las manivelas de sus cámaras. También fotógrafos que iban de un lado a otro tomando instantáneas. Muchos hombres de las SS tomaban fotografías de aficionado con sus cámaras Leica.]*

Los alemanes idearon muchas formas de humillar a sus víctimas. Así, por ejemplo, seleccionaron a todos los ancianos con barbas largas y les ordenaron desnudarse. Después los dividieron en dos grupos, les dieron un balón y les ordenaron jugar al fútbol sobre la nieve. Camarógrafos y fotógrafos registraban en sus aparatos la horrible escena.

El frío se cebaba con las víctimas y a una de ellas le dio un ataque de nervios. Al grito desesperado que brotó de su garganta lo siguió una escena de histeria colectiva. Pero la voz de Málkina se escuchó por encima del griterío:

—¿Por qué lloráis, judíos? —preguntó—. ¿Acaso esperáis conmover a estos monstruos con vuestras lágrimas? ¡Silenció! ¡Mostremos nuestro orgullo! *[¡Somos judíos! ¡Somos judíos soviéticos!]*

E inmediatamente se hizo silencio en todo el bosque. Un silencio que fue roto por las ráfagas.

[Un alemán se acercó a la columna de condenados que esperaban su turno para morir y les dijo en tono burlón: *—¿Por qué os habéis callado? Apenas os quedan unos instantes de vida. ¡Aprovechadlos! Canten alguna cosa.*

En respuesta] la voz profunda de un anciano entonó de pronto la *Internacional*. Al principio, la secundaron otras pocas voces, pero muy pronto el himno fue cantado a coro. Ese episodio lo guardó para la posteridad la costurera Frida Frid, la única judía que sobrevivió a aquella jornada en el bosque Bikernieki. El relato de las circunstancias en que salvó la vida y los tres años que pasó vagabundeando por las aldeas de Letonia podría constituir el

argumento de un libro entero.

«Nuestra columna fue dividida en grupos —recuerda Frida Frid—, y nos ordenaron desvestirnos. Me quedé en ropa interior, pero me daba vergüenza. Había hombres por todos lados y yo estaba allí en bragas. Entonces agarré mi bata de trabajo y me la coloqué por encima. Tenía mucho frío y metí las manos en los bolsillos de la bata intentando entrar en calor. Al hacerlo descubrí que guardaba un papel en uno de los bolsillos: era el título que acreditaba mi graduación en la Escuela de corte y costura con magníficas calificaciones. Hacía quince años que lo guardaba sin saber por qué y ahí me dije: “Dios mío, tal vez ese trozo de papel sea mi salvación”. Entonces me aparté de golpe de la columna y me abalancé sobre un alemán que parecía ser el jefe.

»—Señor oficial —me dirigí a él en alemán—, ¿por qué habríais de matarme? Yo quiero trabajar. No me matéis. No le miento, mire: aquí puede ver mi título. Vea ese documento.

»El alemán me empujó violentamente y rodé por los suelos. Intenté incorporarme, pero entonces me propinó una patada y me gritó:»

»—No me molestes con tus papeluchos. ¡Vete a enseñarle a Stalin esos documentos!

»Volví a unirme a la columna. Recuerdo que comencé a tirarme de los pelos y me arranqué un mechón sin sentir dolor alguno. Entretanto, los alemanes nos iban empujando hacia la zanja golpeándonos con las culatas de sus fusiles. Me volví hacia otro policía, le insistí en mi profesión de costurera y mi deseo de trabajar, le mostré el título, pero nadie parecía dispuesto a escucharme. Por fin me llegó el turno de acercarme a la zanja. A ambos lados de ella se alzaban sendos árboles. Un último sendero conducía hasta ella. Ya en ese punto la gente avanzaba una a una hacia el precipicio y caían en él. Tan sólo se escuchaban los disparos de metralleta: ra-ta-ta, ra-ta-ta…

»“¿Acaso esto es el fin? —me pregunté—. Dentro de unos pocos minutos ya estaré muerta, no veré más el sol, no volveré a respirar aire puro. ¿Cómo puede ser esto posible? Tengo mis documentos en regla, he trabajado honradamente durante toda mi vida, jamás he tenido una sola queja de un cliente. ¿Cómo es que estos alemanes no me lo tienen en cuenta? ¡No quiero morir! ¡No quiero morir!” Y

con esa idea fija en mi mente eché a correr hacia el oficial que dirigía la ejecución y le grité:»

»—¿Por qué me hacéis esto? Soy una buena especialista. Échele un vistazo a mis documentos… Soy una especialista…

»El alemán me propinó un fuerte golpe en la cabeza con su pistola y caí al pie de la zanja. Me pegué a la tierra e intenté permanecer absolutamente inmóvil. Media hora más tarde escucho que alguien grita en alemán: "¡Juntad todas las botas aquí!" Ya entonces me había arrastrado imperceptiblemente, alejándome de la zanja. Entreabrí un ojo y vi que tenía una bota pegada a la cara. Inmediatamente después comenzaron a lloverme zapatos. Por lo visto el color gris de la bata de hule que llevaba se había fundido con el color de las botas sirviéndome de camuflaje. Ahora, cubierta por una montaña de zapatos sentía menos frío. Tan sólo el lado derecho de mi cuerpo permanecía helado. Podía intentar cubrirlo de zapatos, pero temí romper el equilibrio de la montaña de botas que me cubría y acabar siendo descubierta. Permanecí tumbada sobre aquel terreno helado hasta el anochecer.

»Los disparos se sucedían a muy poca distancia de mi escondite y podía escuchar los últimos lamentos de los condenados, los gritos de dolor de los heridos que eran arrojados vivos a la fosa común. Algunos morían insultando a sus verdugos; las últimas palabras de algunos otros eran para sus seres queridos; otros más recitaban plegarias a voz en grito. También había madres que en el último instante pedían permiso para arropar a sus hijos para evitar que se resfriaran. ¡Y yo allí, escuchando todo aquello! Desde mi escondite escuché un par de veces la voz de mi hermano; también escuché las últimas palabras de mis vecinas… En aquellos breves instantes creí volverme loca.

»Cuando cayó la noche, cesaron los disparos. Tras dejar una pequeña guardia al cuidado de los zapatos, el grueso de los alemanes se fue a dormir. Unos pocos intercambiaron algunas frases a apenas tres metros de mí, mientras fumaban un pitillo. Podía escuchar sus voces alegres, satisfechas: "¡Hoy sí que nos hemos ganado el pan con el sudor de la frente!". "¡Sí, hemos tenido un gran día!" "Y todavía quedan muchos allá así que nos queda otra jornada de las buenas". "Pues nada, hasta mañana". "¡Que tengas dulces sueños!" "¡De esos no me faltan jamás!"…

«Decidí arrastrarme fuera de la montaña de zapatos. Lo primero era encontrar algo de ropa, así que me arrastré hasta otro bulto vecino donde los verdugos habían arrojado la ropa de hombre. No tenía tiempo que perder, así que me hice con unos pantalones y una chaqueta. La cabeza me la envolví en un pañuelo que me sirviera de abrigo. Cuando terminaba de vestirme me llegó desde la zanja el lamento de un niño: "Mamá, tengo frío", se quejaba. "Por qué no te mueves, mamá". "Que sea lo que Dios quiera, pero tengo que salvar a esa criatura", me dije. Pero los alemanes se me adelantaron. Dos de los guardias se acercaron a la zanja, buscaron al dueño de aquella vocecita y lo mataron a bayonetazos. Uno de los alemanes dijo: "Todavía no ha nacido nadie capaz de escapar vivo de nosotros".

»Comprendí que tenía que aprovechar la oscuridad de la noche para escapar de aquel horrible lugar. El problema era que había guardias por todas partes y podrían descubrirme cuando resaltara sobre el blanco cegador de la nieve. En ese instante recordé la película *La guerra de Finlandia,* en la que aparecían soldados camuflados en batas blancas que les permitían pasar desapercibidos cuando se movían sobre superficies nevadas. No lejos de mí había un montón de sábanas que muchas madres utilizaron para traer envueltos a sus hijos más pequeños…

»Allí encontré una manta, me envolví en ella y me arrastré tan lejos como pude…»

En el gueto, los judíos que habían sobrevivido a la matanza esperaban la continuación del pogromo. Con todo, la situación parecía retornar a la calma. Sólo muy de tanto en tanto se escuchaban los lamentos de algún herido que convocaba la rápida presencia de un policía. Entonces resonaba un solitario disparo, cuyo eco repetían los muros de las casas, y se restablecía el silencio. Nadie se ocupaba de retirar los cadáveres ni se conocieron nuevas órdenes, más allá de la que mandaba avisar a la policía de la localización de los heridos. Los alemanes daban el tiro de gracia a todo herido que encontraban.

Tan sólo al quinto día llegó la orden de dar sepultura a los cadáveres. Una enorme fosa común fue cavada en el viejo cementerio judío, inserto en los límites del gueto. Se vio a un médico llevar a la fosa a su mujer y sus dos hijos. Algunos

enterraron allí a todos los miembros de su familia, personas de varias generaciones a las que los unían diversos grados de parentesco.

6. LOS «DEPORTADOS» DEL GUETO

Transcurrida una semana desde la primera *Aktion*, se anunció la deportación de todos los judíos que quedaban en el «Gran gueto» de Riga. Con todo, nadie sabía a ciencia cierta qué entendían los alemanes por deportación. Los alemanes explicaron que la «deportación» difería esencialmente de la «evacuación». Dijeron que si el concepto de «evacuación» presuponía el traslado a un nuevo emplazamiento, la «deportación», en cambio, sólo implicaba el desalojo del lugar ocupado… Por lo tanto, nadie sabía si los «deportados» iban a ser alojados en algún sitio…

La noche del 9 de diciembre la temperatura era de veinte grados bajo cero. Esa noche los judíos del gueto recibieron la orden de prepararse para la «deportación». Desde las siete de la tarde y hasta el amanecer del día siguiente la gente se agolpaba en las calles bajo una helada descomunal. Antes los alemanes se habían ocupado de saquear las casas y desposeer a sus habitantes de todas las piezas de abrigo. Fueron muchos los ancianos y ancianas que murieron de frío aquella noche. Las columnas de «deportados» echaron a andar, estrechamente vigiladas, con las primeras luces del alba. En una vía muerta de la estación de ferrocarriles de Shkirotava los esperaban convoyes ferroviarios que no estaban enganchados a locomotoras. Los «deportados» fueron obligados a subir a vagones de carga. Y desde esos mismos vagones eran sacados en grupos más tarde para ser conducidos al bosque Bikernieki, donde los alemanes disparaban sobre ellos con ametralladoras. Ese día fue exterminado un total de doce mil personas.

Unos días más tarde las autoridades anunciaron a bombo y platillo la celebración de la liquidación del gueto de Riga. Soldados alemanes de diferentes armas participaron de aquella jornada festiva, acompañados de alemanes vestidos de civil, policías, gendarmes, delincuentes y fascistas letones, es decir, la plebe con ínfulas nacionalistas. La fiesta se prolongó durante horas. Los niños eran manteados y disparados en el aire; jóvenes desnudas eran

obligadas a jugar a voleibol y las integrantes del equipo perdedor eran fusiladas antes de comenzar el siguiente partido… El *Untersturmführer* Jáger dirigía la macabra celebración. Se lo conocía por su acreditada antigüedad en el partido nazi, pues fue uno de los encargados de planificar el *putsch* de Munich, junto a Hitler.

Al término de la fiesta, la población del gueto quedó reducida a tres mil ochocientas personas, de las que trescientas eran mujeres y unas pocas decenas, niños. Sin embargo, dos días más tarde el gueto de Riga comenzó a llenarse de nuevo. Desde Alemania, llegó el primer tren cargado de judíos.

7. LOS JUDÍOS LLEGADOS DE ALEMANIA

Resulta difícil encontrar una razón para que Riga se convirtiera en el cementerio de tantos judíos alemanes. No obstante, un día en que se encontraba totalmente ebrio, el *Untersturmführer* Migge, ayudante del comandante del gueto, se franqueó con sus compañeros de juerga y explicó a su manera el porqué del traslado de judíos alemanes a Letonia. Los alemanes no querían matarlos en casa, dijo, entonces los nombres de los verdugos habrían sido conocidos por un círculo de personas demasiado amplio.

Por otra parte, al delegar parte de las ejecuciones en los nacionalistas letones que servían en el campo de concentración, conseguían involucrar en los crímenes a un buen número de estos traidores letones y compartirlos con ellos, algo que resultaba de enorme utilidad toda vez que los alemanes contaban con su apoyo en el futuro.

Los alemanes organizaron el traslado de esos judíos a la muerte cuidándose de que las víctimas desconocieran la suerte que les esperaba hasta el último instante. Con ese propósito, les convencieron de que el viaje respondía a los fines de la colonización alemana de los países del Este y les aseguraron que Alemania continuaba considerando a los judíos alemanes como conciudadanos, pero estimaba conveniente deportarlos al Ostland. Sentadas esas premisas, se les recomendó cargar con todo aquello que pudieran necesitar en sus nuevos lugares de residencia. En el bolsillo de uno de los judíos alemanes asesinados en el gueto de Riga —un vecino de Berlín— se encontraron las siguientes instrucciones para la evacuación:

Berlín, Cuarto distrito, 11 de enero de 1942.
A la atención del Sr. Albert Israel Unger y Sra.

Por disposición de las autoridades, vuestra salida está prevista para el 19 de enero de 1942. Dicha disposición lo abarca a Ud., a su señora y a todos los miembros solteros de su núcleo familiar incluidos en vuestra declaración de bienes.

A mediodía del 17 de enero de 1942 vuestro domicilio será sellado por la autoridad competente. Por lo tanto, a esa hora Usted deberá tener listo para el viaje tanto su equipaje mayor como su equipaje de mano. Usted deberá entregar al funcionario encargado del caso las llaves de Vuestro domicilio y, si procede, las de las habitaciones de éste. Seguidamente, el funcionario lo acompañará a la comisaría de policía que corresponda a su dirección de residencia, llevando Usted consigo tanto el equipaje mayor como el de mano. El equipaje mayor quedará en la comisaría, desde donde nuestro servicio de equipajes lo llevará en camiones destinados al efecto al punto de concentración sito en el N.° 7/8 de la calle Lowetzov.

Una vez entregado el equipaje mayor en la comisaría, Usted se dirigirá, portando consigo el equipaje de mano, hasta el punto de concentración sito en la sinagoga de la calle Lowetzov (utilice la entrada habilitada en la calle Jagow). Podrá desplazarse hasta allí utilizando los medios habituales de transporte.

Mientras permanezca en el punto de concentración, así como durante el traslado en ferrocarril, Vuestra manutención correrá por nuestra cuenta. No obstante, no estaría de más que lleve consigo en su equipaje de mano las provisiones que guarde en casa, especialmente las que le permitan garantizar, al menos, una cena.

Tanto en el punto de concentración como durante el viaje se le prestarán servicios médicos y se le proveerá de alimentos.

En folio anexo encontrará instrucciones adicionales, a modo de recordatorio, que le resultarán de utilidad.

Lo instamos a atender esas instrucciones con el máximo celo y a prepararse para el viaje con serenidad y, a la vez, con responsabilidad.

… Los trenes llegaban al andén de la estación de Riga. Allí los recibía el *Obersturmführer* Krauze o algún otro alto funcionario del Comisariado general. En todos los casos el oficial alemán mostraba

una amplia sonrisa y felicitaba efusivamente al responsable del convoy por el exitoso arribo al nuevo lugar de residencia. Tras intercambiar unas cuantas frases amables, el alemán anunciaba en tono compungido que debido a un imprevisto se le había presentado cierto problema con el transporte y no había recibido todos los autobuses necesarios para el traslado. Debido a ello rogaba al responsable del convoy que le hiciera el favor de separar en dos grupos a los recién llegados. Uno de ellos estaría formado por los hombres y las mujeres más saludables, quienes se verían obligados a salvar a pie los tres kilómetros que los separaban del punto de destino. En cambio, ancianos, niños y las mujeres más débiles harían el viaje cómodamente instalados en autobuses.

La subida a los autobuses transcurría con el máximo orden. Policías y gendarmes regalaban sus sonrisas más cálidas, ayudaban a ancianos y mujeres mientras bromeaban con ellos y alzaban a los niños con cuidado para entregarlos a sus madres.

Los hombres marchaban a pie hasta el distrito de Moscú, donde los esperaban los apartamentos vacíos de los judíos de Riga. Las mujeres, los ancianos y los niños eran conducidos al bosque Bikernieki. Allá el trato que les dispensaban cambiaba bruscamente. Al bajar de los autobuses les esperaban hileras de policías y gendarmes, como antes en la estación. Pero aquí no sonreían ni se mostraban galantes. *[Éstos pegaban culatazos a todo aquel que tenían a su alcance; a algunos les disparaban sin más.]* Seguidamente les ordenaban desvestirse, les indicaban dónde colocar la ropa y los empujaban hacia enormes zanjas…

Algunos convoyes eran llevados directamente al bosque Bikernieki. De otros eran seleccionadas las personas que parecían aptas para el trabajo. Muy pronto el «Gran gueto» volvió a colmarse de judíos. Estos venían de Berlín, Colonia, Dusseldorf, Praga, Viena y otras ciudades de Europa.[109]

La llegada de los primeros judíos alemanes alargó la vida del gueto de Riga en un año. En la práctica, existían dos guetos. Uno, el mayor, destinado a los judíos alemanes; otro, el menor, destinado a los judíos de Riga. Una tapia cubierta de alambre de espino separaba ambos sectores. El *Obersturmführer* Krauze era el comandante del gueto. Ello le daba derecho a juzgar y fusilar a quien estimara conveniente. Del exterminio sistemático de los

judíos estaba encargado el *Standartenführer* Lange,[110] jefe de la policía en Letonia, a quien en Alemania conocían como el «doctor del antisemitismo».

La prohibición de dar a luz era una más de las que pesaban sobre los vecinos del gueto. Un día llegó a oídos de Krauze que Klara Kaufman, judía llegada de Alemania, se había puesto de parto. Krauze ordenó trasladarla inmediatamente al hospital. Una hora después del parto los alemanes condujeron a varios centenares de personas ante el edificio del hospital. Impecablemente vestido con su uniforme de gala, Krauze los vio congregarse desde el balcón. Cuando estuvieron todos hizo una señal a su ayudante, el sargento de caballería Kabnello. Este salió entonces al portal con el bebé en brazos y lo levantó para que la multitud pudiera admirarlo. Seguidamente, sujetó a la criatura por los pies, tomó impulso y le estrelló la cabeza contra un escalón. Kabnello se tomó unos instantes para limpiar con un impoluto pañuelo blanco la sangre que le había salpicado la cara y las manos. Después sacó del edificio a la parturienta y al padre de la criatura. Ambos fueron fusilados junto al cuerpecito sin vida de su benjamín. Así fue anunciado en el gueto el nacimiento de un nuevo vecino. *[Entretanto, fuera de los límites del gueto los alemanes desarrollaron una activa campaña a favor de la «preservación de la pureza de la raza». Con todo, los alemanes se vieron necesitados de hacer muchas concesiones en ese aspecto. Así, por ejemplo, el interés que tenían en atraerse el favor de los antiguos oficiales del ejército de Letonia y los altos cargos del gobierno burgués de Ulmanis les obligó a permitir que éstos sacaran del gueto a sus esposas judías. No obstante, muy pronto todas ellas recibieron citaciones a la comisaría para ser dadas de alta en el registro de direcciones. Allí fueron recibidas por el asesor especial para asuntos judíos Fritz Steiniger, quien las interrogó detenidamente y por separado sobre sus ancestros, su estado de salud, etc. Cada una de las visitantes abandonó la oficina de Steiniger con el encargo de acudir a la clínica del doctor Krastyni provistas de los honorarios requeridos para una estancia de dos semanas en ella. Todas fueron esterilizadas de acuerdo con lo establecido por las «Leyes de Núremberg» y bajo el atento escrutinio de galenos alemanes.]*

8. EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE

SALASPILS[111]

Un año más tarde los alemanes desalojaron el gueto instalado en la capital de Ostland y trasladaron a sus vecinos del gueto al campo de concentración de Salaspils. Otro campo, el de Kaiserwald,[112] hacía las veces de estación de tránsito para quienes iban a Salaspils. Nadie conseguía saltarse una estancia en aquel lugar horrible. Su comandante era el *Sturmbannführer* Sauer, un notorio criminal alemán. *[Sauer dio una vuelta de tuerca más a los registros a que eran sometidos habitualmente los prisioneros que arribaban a los campos. Así, quienes llegaban a Kaiserwald eran sometidos a un peculiar «régimen» de dos días, que consistía en alimentarlos exclusivamente con aceite de castor. Ello se hacía para descubrir los diamantes o monedas que hubieran ingerido antes del traslado.]*

Los alemanes traían de Alemania «criminales de tercer grado», es decir, delincuentes que habían cumplido la mitad de sus penas y demostrado su fidelidad al nacionalsocialismo, para que se desempeñaran como encargados de los barracones del campo.

En el campo de Salaspils los alemanes llevaban a cabo un proceso metódico e inexorable de exterminio. Los barracones fueron sometidos a diversas «desinfecciones» que acababan con centenares de personas gaseadas. Sus cadáveres eran enterrados en los barrancos de los alrededores. Miles de personas se veían obligadas a realizar insoportables trabajos forzados.

Otras muchas personas perdieron la vida en los centros «científicos» alemanes que operaban en Riga. A saber, el Instituto de higiene y el Instituto de medicina animal. En ambos establecimientos verdugos titulados desarrollaban y optimizaban la ciencia de la muerte. A un grupo de judíos, entre quienes estaba el profesor asociado de la Sorbona Schneider, los alemanes les abrieron las venas con el propósito de estudiar el comportamiento de hormonas y glándulas en circunstancias de desangramiento total. Uno de los especialistas que trabajaban en estas instituciones redactó un sesudo informe científico acerca del desarrollo histórico de los métodos de asfixia por ahorcamiento. En el curso de su investigación, estudió en detalle los diversos tipos de sogas y nudos, según su eficacia. Sus «trabajos científicos» se cobraron la vida de treinta y cinco judíos.

Con la llegada de 1944, la línea del frente se acercaba más y más a las repúblicas del Báltico y los hitlerianos acometieron a toda prisa la conclusión de su criminal carnicería. Las matanzas se sucedían una tras otra. Al final, los últimos prisioneros de los campos fueron subidos a bordo de un vapor y llevados a Zemgale, donde los fusilaron a todos.

Léase esta nota insertada el 28 de agosto de 1944 en un diario alemán publicado en Riga. En ella se da cuenta de la captura de unos judíos que habían conseguido sobrevivir por puro milagro a las ejecuciones en masa.

Neutralizada una banda judía

La policía secreta y las fuerzas de la SD en Letonia nos han hecho llegar la siguiente información.

Como resultado de las investigaciones realizadas el pasado 24 de agosto se consiguió neutralizar a una banda integrada por seis judíos y una judía. Todos ellos se ocultaban en un apartamento del edificio marcado con el número 15 de la calle Plovúchaya, en Riga. Los judíos tenían en su poder revólveres con los que abrieron fuego contra los agentes del orden. Como resultado de los disparos, uno de los agentes resultó herido de muerte. Dos de los judíos ofrecieron resistencia y fueron liquidados por los policías, mientras los otros intentaban escapar a través de los edificios contiguos. Ello obligó a montar inmediatamente un severo dispositivo de vigilancia en toda la zona. En él participaron tanto agentes de la policía, como gendarmes y patrullas de las SS. Todos los edificios sospechosos fueron registrados desde los sótanos hasta los tejados. Ello permitió detener a los demás integrantes de la banda judía, tras un nuevo intercambio de disparos entre policías y judíos.

La operación se saldó también con la detención de la letona Anna Polis, quien escondía en su apartamento a los judíos y les proporcionaba alimentos. Naturalmente, recibirá el castigo que merece. Otros vecinos del N.° 15 de la calle Plovúchaya fueron igualmente detenidos.

Todos los arrestados, tanto los judíos como sus encubridores, serán juzgados en cuanto concluya la investigación en marcha.

En el enfrentamiento que tuvo lugar ese día en la calle

Plovúchaya perdieron la vida el doctor Lipmánovich, Grumman, Manke, Blum y Berkovich, entre otros. Anna Polis, la mujer que les brindaba cobijo, fue fusilada dos días más tarde. Sin embargo, a apenas dos calles de allí, la maestra Elvira Ronis y su anciana madre escondieron a un grupo de judíos durante medio año y consiguieron salvarles las vidas hasta la llegada del Ejército Rojo. El letón Janis Lipke[113] ocultó a más de treinta judíos en una granja y los condujo después hasta el otro lado de la línea del frente.

Tres días después de la expulsión de los judíos alemanes, Riga acogió la manifestación de turno. Esa misma mañana se avisó a los vecinos del desfile de unidades del Cuerpo de fusileros del ejército letón previsto para las dos de la tarde. Los soldados marcharían por las calles como acto previo a su deslocalización a otro punto del frente. Cientos de habitantes de Riga cargados de flores salieron a despedirlos a su paso por la arteria principal de la ciudad, la calle Brivibas.

Una banda militar amenizó la marcha. Todos esperaban ansiosos la aparición de las tropas. De repente la multitud vio aparecer a un pequeño grupo de manifestantes, sesenta o setenta personas que avanzaban desde el río Dviná occidental. La escasa columna de manifestantes venía encabezada por un abanderado. Lo seguían muchos hombres vestidos con los trajes rayados que llevaban los prisioneros. En sus pechos, la estrella amarilla de seis puntas; en sus espaldas, un número impreso con grandes caracteres. La mortal palidez de aquellos hombres permitía adivinar que hacía mucho tiempo que no se exponían a los rayos del sol; algunos tenían cicatrices y cardenales en la cara; otros avanzaban cojeando, adoloridos. En un primer momento pareció que no eran seres humanos marchando sobre el asfalto de la calle Brivibas, sino los espectros de tanta gente martirizada y asesinada; espectros que acababan de abandonar las infernales fosas comunes para recibir a los combatientes del Ejército Rojo.

Y es que, en efecto, aquella columna de manifestantes estaba integrada por personas que habían estado tumbadas en las fosas comunes, personas que consiguieron arrastrarse desde debajo de los cuerpos de sus padres e hijos y después vivieron tres años enteros sometidos al hostigamiento de sus perseguidores. Sólo ellos habían conseguido burlarlos y sobrevivir.

Algunos antiguos residentes del gueto de Riga se encontraban entre ellos.

Eran los únicos representantes de los cuarenta y cinco mil judíos de Riga asesinados por los fascistas.

Los vecinos de Riga bajaron la cabeza al paso de aquella magra columna de manifestantes. Los generales y almirantes que esperaban al pie del obelisco de la libertad les rindieron honores militares. Y en aquella plaza atestada de gente se hizo de repente un silencio impresionante.

Pronto aparecieron en perfecta formación los batallones del cuerpo letón. La multitud cubría de flores a oficiales y soldados. *[De pronto alguien gritó en yiddish desde la multitud*: *—¿Eres tú, Meyer?*

—¡Yo mismo! —respondió un soldado.]

Y entonces] una joven de semblante pálido y un anciano de larga barba salieron de entre los espectadores y se abalanzaron sobre el sargento Moren para cubrirlo de besos y abrazos. ¡Aquel sargento con dos medallas en su pecho, un joven que había salvado combate a combate el largo camino entre Narofominsk y Riga, acababa de encontrarse con su hermana y su padre! Y juntos los tres se pasearon por las calles de la festiva Riga, marchando entre las filas del Ejército Rojo.

Una hora más tarde tuve ocasión de reunirme en uno de los tantos apartamentos vacíos de la calle Gertrudínskaya con las personas que se habían manifestados llevando los uniformes a rayas. De sus labios escuché el relato acerca del exterminio de decenas de miles de judíos.

Muchos judíos de Riga acudieron a la calle Gertrudínskaya aquella tarde con sus fusiles y metralletas en bandolera. Eran soldados, sargentos y oficiales del Ejército Rojo. Acudían en busca de noticias sobre sus familiares y amigos. Casi todos ellos recibieron las mismas respuestas: «asesinado en la primera "*Aktion*"»; «se suicidó»; «murió a consecuencia de las torturas de la Gestapo»… Escuchados los veredictos, los combatientes se ajustaban con fuerza las correas de sus armas y repetían uno tras otro:

—Les haremos pagar por cada una de esas muertes: ¡por todas y cada una de ellas!

AUTOR: CAPITÁN E. GETJMAN

Cuaderno del escultor Elik Rivosh (Riga)

Comienzan las obras para cercar un sector del distrito de Moscú. Van a instalar un gueto. El Medioevo cobra vida ante nuestros ojos.

Se prohíbe a los judíos comprar en los puestos del mercado, leer periódicos y… fumar.

Ha sido creado lo que llaman *Judenrat. [Lo integran representantes de los judíos de la ciudad. Ese Consejo judío deberá ocuparse de la asistencia médica, el alojamiento de los judíos, etc.]* G. Minsker, el ingeniero Blumenau, Kaufer y M. Minz son algunos de sus miembros. Todos llevan brazaletes azules con una estrella de seis puntas. Naturalmente, también las llevan en las pecheras y la espalda. Los han adornado de lo lindo, pues. La sede del *Judenrat* se ha establecido en una antigua escuela de la calle Lachplesa, no lejos de la calle Moscú.

Se han contabilizado numerosos suicidios en toda la ciudad. Sobre todo entre los médicos.

Mi pequeño Dímochka se ha convertido de repente en un niño asustadizo y nervioso. Basta que vea a un soldado alemán en la calle para que corra a casa despavorido. El chiquillo siente miedo, aunque no sabe siquiera qué es ser judío. En cambio, nuestra preciosa niña se lo pasa muy bien. Es una pequeña tontuela todavía, así que no conoce de miedos ni penas.

Mamá nos trajo algo de comer del distrito de Moscú. Naturalmente, las raciones que reciben los judíos son mucho menores que las destinadas al resto de la población y, encima, los productos son de una calidad muy inferior. Mamá se mostró desconsolada por todo lo que escuchó y vio allá.

Están levantando una tapia en torno al gueto a pasos acelerados. En algunos puntos ya comienzan a colocar alambradas.

Las estrellas amarillas se clavan en los ojos de cualquiera que frecuente el distrito de Moscú. Apenas se ve a hombres: apenas hay ancianas y niños. Pero no se ve jugar a esos niños. Todos parecen fierecillas asustadas y andan pegados a las faldas de sus madres u

ocultos tras las esquinas.

Mires a donde mires, te encuentras con judíos arrastrando carretas cargadas de toda suerte de enseres. Hoy pasé ante el patio de un colegio y lo vi lleno de gente a más no poder. Tampoco allí se veían hombres. Sólo mujeres con semblante triste y ojos cansados de tanto llorar. Hay montañas de muebles junto a la tapia que rodea el gueto. Y bártulos de todo tipo que les permitieron llevar a los desalojados. La lluvia ha estropeado muchos de los muebles.

Nos tropezamos con amigos y conocidos. Cuesta encontrar a alguno que no haya perdido ya a algún pariente cercano. Hoy vimos a Noemí Vag. No para de hablar de sus deseos de suicidarse ni de su marido, quemado vivo en la sinagoga. No parece estar en sus cabales, la verdad.

Me encontré a Fenia Falk. Dice que se llevaron a su marido y a su hermano. Tiene bajo su responsabilidad a su madre enferma, a su pequeño hijo Félix y a su cuñada con dos hijos de corta edad. Me dolió constatar cuánto ha envejecido de repente, cuan hundida está.

Todavía recuerdo cuando íbamos juntos en bicicleta y ella se lanzaba contra los coches en marcha por hacer el tonto. Yo me enfadaba y le reñía, mientras ella me aseguraba que jamás le ocurriría nada malo y que la muerte sólo la alcanzaría cuando fuera la más anciana de todas las viejecitas.

¿Acaso alguien puede adivinar la suerte que le espera? Ahora la muerte se cierne sobre ella con el peso de las garras de Hitler.

Betty Márkovna me contó un suceso ocurrido con su hijastra Heidi. Heidi es una joven de una belleza típicamente nórdica. Es una rubia alta, de cabello muy claro, ojos de color azul y nariz recta. Por si ello fuera poco, Heidi fue criada en Viena, de manera que domina perfectamente la lengua alemana. Pues resulta que un día Heidi fue abordada súbitamente por un oficial alemán que la acusó de provocación. ¿Por qué llevaba las estrellas amarillas cosidas a la ropa si no? Heidi supo guardar la calma y explicó a su interlocutor que si llevaba los «signos distintivos» era porque tenía todo el derecho de hacerlo. Aquello sacó al oficial de sus casillas.

Todo un enigma de la psicología. Durante los últimos meses de paz trabajé en un taller junto a otras tres personas: Noy Karlis, el artesano L. y un joven de profesión imprecisa llamado Anravs. Había oído toda suerte de historias desagradables acerca de este

último y, en general, todos me predisponían contra él. Con todo, lo cierto es que no manteníamos ningún tipo de relación, ni buena ni mala. Cuando quedé de repente fuera de la ley todos mis amigos cristianos, amigos de la infancia o colegas, sencillamente se evaporaron. Y hete ahí que Anravs apareció como por ensalmo y me anunció con la mayor sencillez que deseaba ayudarnos a mí y a mi familia y que estaba dispuesto a hacer por nosotros todo lo que estuviera en sus manos. Me dijo que se iría a trabajar en la restauración de edificios dañados por la guerra y que me colocaría en su brigada. A partir de entonces sus visitas se hicieron constantes. Solía traerle regalos a Dima y jugar con él. En definitiva, mostró un enorme interés por nuestra suerte, algo que en aquellas condiciones requería de firmeza de espíritu y enorme generosidad. Encontrar amigos en tiempos desgraciados produce una inmensa alegría…

El desalojo de judíos para su traslado al gueto se realizó escalonadamente. Los vecinos de los barrios del centro de la ciudad fueron los primeros en ser reasentados. Muchos se trasladaron por su cuenta a edificios del barrio de Moscú que no estaban contenidos en el área destinada al gueto, así que muy pronto tuvieron que mudarse de nuevo.

Melania, la niñera de Dima, vino desde Dimbazhi a rogarnos que dejemos al niño marcharse con ella. Me mostré dispuesto a ceder, pero Alia declaró que si nuestro destino era morir todos juntos, ella no estaba dispuesta a dejarse atrás un huérfano. Como entiendo que las madres tienen todo el derecho a decidir sobre el destino de sus hijos, Dímochka se quedó con nosotros.

Es de noche. Hay viento y cae una pertinaz llovizna otoñal. Uno se siente más tranquilo con este tiempo, porque sabe que no aparecerán visitantes inesperados. Estoy sentado en la cama con Alia y Dímochka. Absorto en mis pensamientos, me pongo a tararear una canción soviética. Dímochka sube a las rodillas de su madre. De repente la escucho decir: «¿Qué te sucede, Dímochka? ¿Por qué lloras?». El niño, rojo como un pimiento, no atina a responder. Finalmente responde ahogando los sollozos: «Papá está cantando una canción soviética que hace mucho no escuchaba. *[Ay, mamá, ¡ojalá los alemanes no le oigan!]*». Las lágrimas corren por las mejillas de Alia. Enciendo un pitillo. Esa pequeña criatura ya tiene

roto el corazón.

Nos llega el turno de desalojar el apartamento y trasladarnos al gueto. Fui con Alia a buscar adonde mudarnos. Intento tranquilizarla a toda costa, rebajar su angustia; le describo la mudanza que tengo planeada, le prometo que construiré un palomar en la azotea en cuanto nos hayamos mudado. Nos besamos y tonteamos un poco. Ambos intentamos engañarnos uno al otro. Comienza a caer la tarde y hacemos una breve excursión al otro lado del Dviná. Tal vez sea la última vez que admiramos estos paisajes.

Mañana tendremos que abandonar nuestro amado nido, la casa en la que hemos vivido durante tanto tiempo. Dominado por una pena insoportable, recorro las habitaciones. La rabia y la desesperación me ahogan. Dímochka también se muestra alterado y no deja de recordarnos que llevemos sus juguetes. *[Enumera todas sus posesiones: perritos y elefantitos de yeso, dados, un tren, sus camiones…]* «Dime una cosa, mamita —dice de repente con voz temblorosa—: Si los alemanes no me dejaran llevar mi aeroplano, ¿crees que podrías esconderlo entre tus ropas?» Poco después lo escucho consolar a su madre como si fuera un adulto: «He pensado, mamá, que no tienes que sufrir si los alemanes se llevan mi camita, porque puedo dormir con vosotros y punto».

Ya ha amanecido. Sopla el viento otoñal.

La portera conduce a dos policías a través del patio. Ambos agentes del orden llevan portafolios que los dotan de cierto aire burocrático. Pasan al apartamento como si fueran sus dueños y lo examinan con altivez.

Salí en busca de un cochero.

Los judíos tienen prohibido subir a carretas *[tirados por caballos arios y conducidos por cocheros arios]*: por lo visto ello también es considerado como una ofensa a la raza superior. Con todo, hemos decidido pasar por alto esa prohibición.

Cargamos nuestros bienes en la carreta. Al final resulta un volumen bastante considerable de cosas. Aseguramos la carga con sogas. Ha llegado la hora de decir adiós.

La carreta se acerca a su meta lenta, pero inexorablemente. Ya hemos dejado atrás el puente y tenemos a la vista las primeras alambradas. Abandonamos la calle Moskóvskaya y tomamos

Lachplesa. Bordeamos la tapia y llegamos por fin ante las puertas del gueto. Nos adentramos en él por la calle Sadovnikóvskaya. La carreta se bambolea sobre el tosco suelo de adoquines. Hay otras carretas delante y detrás de nosotros. Las calles están llenas de gente. Llegamos por fin ante nuestros «apartamentos» en la calle Maza-Kalnu, N.° 11, 9, 7, apartamento 5. El caballo toma carrerilla entre bufidos y consigue arrastrar la carga hasta el patio. Descargamos deprisa nuestros bártulos y los guardamos en un cobertizo de manera provisional. De ahí me fui a donde los Gutman para ayudar a los viejos con su traslado. En la calle Ludzas siento que me llama por mi nombre. Me vuelvo y me encuentro con el rostro del hojalatero Markushevich en una ventana de una casita. Me insiste para que lo acompañe a fumar un pitillo y conversar sobre los últimos acontecimientos. Los Markushevich son una familia muy numerosa. El hojalatero tiene varias hijas ya adultas, una de ellas con su propia prole. Ahora todos viven hacinados en una habitación. Su mujer que apenas sobrepasa los cuarenta años parece una anciana decrépita. Le pregunto cómo se gana la vida ahora. No se queja, me dice, porque ha sido pobre toda la vida, de manera que está tan habituado a la miseria como a una madre. Está trabajando para los alemanes. Yo pensaba que gozaría de un trato más favorable de sus nuevos amos debido a su pericia en el oficio. Cuando así se lo manifesté la sorpresa lo hizo estremecer: «¿Cómo se le ocurre? —protestó—. ¿Acaso cree que trabajaría para beneficio de los alemanes? Ellos ni se imaginan que soy un experto hojalatero. Trabajo para ellos, pero lo hago como el último de los judíos. Y aunque me esté muriendo de hambre, ésos no van a sacar de mí ningún provecho». Aquel fugaz encuentro fue un rayo de luz entre tanta oscuridad. ¡Aquel hombre tan pequeño y en apariencia insignificante tenía un valor y una fuerza de espíritu descomunales! No volví a verlo más en el gueto. Probablemente los alemanes lo fusilaron poco después de nuestro encuentro.

Llegó la última carreta del día cargada de pequeños bultos y leños. Era tarde, el cochero tenía prisa y los leños quedaron todos desparramados en medio del patio bajo la lluvia. Naturalmente, no podíamos dejarlos a la intemperie así que nos pusimos manos a la obra sacando fuerzas de flaqueza. Alia se sobrepuso al cansancio y me iba a la zaga. De repente *Zapkij* salió de casa y lo vimos

atravesar el patio. Alia se sobresaltó. Verla preocupada por el gato me produjo una pequeña alegría, porque eso significaba que todavía estaba «viva». Nuestra pequeña hija era la mayor preocupación del momento. La habíamos dejado con Mimi, cuando sabíamos que en cualquier momento podían cerrar el gueto. Nunca nos avisan con antelación de medidas y disposiciones: simplemente nos colocan ante hechos consumados. En cuestión de minutos la gente conoce que será desalojada, conducida a trabajar o fusilada.

Particularmente, creo que lo mejor es que la niña permanezca donde está. Mimi jamás la dejará abandonada y comoquiera que sea es más fácil esconder a una niña que a un niño. Es cierto que Mimi es muy anciana, sí, pero sé que si muriera los vecinos se harían cargo de la niña. Si sobrevivimos a la guerra, ya tendremos ocasión de recuperarla. Y si morimos, al menos ella vivirá, aunque lo haga sin nosotros. No obstante, temo discutir esos extremos con Alia.

Hoy vino mamá. Anoche pernoctó en casa de sus amigos los Romm, quienes apenas pudieron ofrecerle una silla para pasar la noche. La pobre mamá se estuvo sentada toda la noche y probablemente envidiando a papá, muerto hace mucho tiempo. La miré a la cara un instante y me sentí horrorizado. ¡Con qué rapidez se consume la gente cuando es sometida a tanto dolor!

Alia y mamá se pasan toda la noche discutiendo sobre la colocación de muebles y enseres. Me desentiendo de ese asunto y las dejo hacer. Ya nos vamos habituando a nuestro nuevo alojamiento. Las estampas preferidas de Dima ya cuelgan de la pared junto a su cama. Doblamos en cuatro una alfombra para evitar que la niña se resfríe. Como quiera que sea, vivimos en un cobertizo.

Hay niños jugando en el patio. Corren, se pelean. Pero nuestro Dímochka le tiene pavor a salir a la calle. Cuando sale con Alia o conmigo, no se aparta de nosotros ni un paso.

Gracias a que la casa donde nos hemos instalado está ubicada en uno de los extremos del gueto gozamos de relativa calma. En cambio, en el centro del gueto el acoso es constante y continuamente se llevan a la gente a hacer trabajos forzados. De ello se ocupan el Teniente alemán Stanke, el Sargento Mayor Puchel y un alemán de aquí apellidado Dralle. Los judíos son golpeados sin piedad tanto de camino al trabajo como al regreso de éste. Cada

quien golpea como más le place, ya sea a puñetazos, porrazos o patadas.

Alia se trajo a Lídochka después de comer. Alia se ve cansada y triste. Por lo visto le resultó muy duro despedirse de Mimi. Tanto Mimi como nuestra portera le prometieron que nos arrojarán alimentos por sobre las alambradas.

El gueto ha sido cerrado por fin. Se ha anunciado la prohibición de mantener cualquier contacto con el mundo exterior. Los guardias están autorizados a disparar cuando detecten charlas o intercambios a través de las alambradas. Los guardias instalados a las puertas del gueto registran concienzudamente a todo el que entra o sale del gueto, especialmente a las muchachas más jóvenes. Con sus manos frías, sucias y brutales, las cachean por debajo de la ropa, sobándoles las carnes, mientras sus compinches ríen y los jalean. Muchas mujeres salen de esos cacheos con arañazos y moretones en los pechos. A los hombres, en cambio, los cachean sólo superficialmente, aunque los golpean con saña. Al día siguiente del cierre del gueto, los alemanes detuvieron a un judío que había pasado la noche fuera con su novia, *[una joven cristiana]*. Fue conducido al gueto y fusilado en el patio del cuartel. Su cadáver permaneció expuesto durante varios días con afán ejemplarizante.

Todos estamos hundidos. Sentimos que estamos atrapados en una ratonera. La cacería humana se ha incrementado. Ahora también irrumpen en las casas en plena noche y se llevan a quien les apetece. Es como ir a pescar a un acuario o salir a cazar en un parque zoológico. En los bosques las fieras pueden huir, esconderse u ofrecer resistencia. Pero ¿qué le queda a quien está encerrado en el gueto? Nos rodean una cerca de alambre de espino y guardias apostados por todas partes. Somos reses encerradas en el camino que conduce al matadero.

Fui a ver a Antokol, un ingeniero civil que trabajó veinte años para el ayuntamiento. Me dijo que no había un solo estufista en todo el gueto y que sería una buena idea que yo intentara fabricar estufas, pues sería de gran ayuda.

La noticia de que el *Judenrat* había encontrado un estufista se regó como la pólvora por todo el perímetro del gueto. Esa misma noche acudió a mí la primera solicitante.

A la mañana siguiente llamaron a la puerta tan pronto, que aún

no había tenido tiempo de tomar el desayuno. Un hombre acudía a explicarme que acababa de instalar a su madre y su hermana en un pequeño local comercial, pero éste carecía de estufa. Me pidió construirle una por pequeña que fuera. Mi prima Roza Girsberg apareció cuando el nuevo cliente se marchaba.

Me trajo una nueva y desagradable sorpresa: habían suprimido el suministro de leche. Por lo visto, no era un lujo apropiado para los niños judíos. También al hospital le fue suspendido el suministro de leche.

La detección de algunos intercambios a través de las alambradas provocó que las autoridades tendieran una segunda alambrada. Ello se hizo, naturalmente, robándole espacio a las aceras y no a las calles. Pero en algunos lugares —en las calles Gersikas, Lazdonas y otras— las aceras eran tan estrechas que los transeúntes se veían obligados a caminar de lado si no querían que la ropa se les enganchara en el alambre de espino. Luego, como el transeúnte fuera gordo lo tenía muy difícil. Con vistas a evitar tal incomodidad el *Judenrat* dispuso que los patios de las casas ubicadas en los límites del perímetro cercado fueran unidos y sirvieran a los transeúntes. Nuestro patio fue uno de esos que se convirtieron en áreas de paso, de manera que a partir de entonces veíamos pasar a la gente bajo nuestras ventanas.

B. Zaks, un niño que había sido vecino nuestro en Sassenhof, sufrió un penoso incidente. Un día caminaba por la calle Bolshaya Górnaya cuando un guardia le grita: «¡Eh, judío! ¿Me dices la hora?». Zaks se subió la manga, miró la hora en su reloj y respondió. Entonces el guardia lo encañonó y le dijo: «¡Muy bien, muchacho! ¡Ahora deja ese reloj ahí sobre la nieve y vete de aquí cagando leches!».

… Esta noche bañamos a la niña. Ella no se entera, claro, y se la pasó sentada en la bañera, salpicando agua y jugando entre risas. Sigue siendo una niña saludable y regordeta: da gusto tenerla entre los brazos. Dímochka se ocupó de secarle los pies, mientras le daba besitos en las rosadas plantas. La pequeña reía como loca y tiraba de los cabellos de su hermano. Alia y mamá asistían encantadas al fraternal idilio… Dicen que la verdadera profundidad de las relaciones entre dos personas sólo se manifiesta cuando ambas atraviesan dificultades. Nunca antes Alia y yo nos habíamos

prodigado tantas atenciones y mimos.

Alia aprovechó el agua en la que habíamos bañado a Lídochka para lavarse ella misma. Ha adelgazado tanto que casi puede acomodarse dentro de una bañera tan pequeña. Tampoco cuando ella terminó de tomar su baño tiramos el agua jabonosa. Muy por el contrario, la utilizamos para lavar la ropa interior. ¡Hay que ahorrar!

Son las siete de la mañana. Mamá ya se ha levantado y encendido la estufa. También coció unas patatas y preparó té. Mientras tomo el desayuno llegan Izka y su amigo. Izka es hijo de Fridman y ambos chicos son ahora mis «aprendices». Llevo una maleta con mis herramientas, mientras los chicos me siguen tirando de un pequeño trineo donde cargamos los materiales. Nuestro trío toma el camino de Gertsmark. La acera de la calle Gersikas es tan estrecha que apenas consigo avanzar por ella. Junto a nosotros, al otro lado de la alambrada, caminan rusos y letones, trabajadores como nosotros, que se dirigen a sus puestos de trabajo. Pero el alambre de espino nos separa *[y crea una suerte de abismo entre nosotros. Intento no ver, y ni siquiera percibir, a las personas que caminan al otro lado de la tapia…]*

Llegamos al edificio marcado con el N.° 5. Una verja a medias salida de sus goznes nos permite salvar la desvencijada tapia. A la derecha se alza una casa; a la izquierda hay una cabaña decrépita. Trepo por una empinada y estrecha escalera de madera, cuyos peldaños están gastados por el tiempo y el uso. En la mitad superior de la puerta hubo un postigo que ahora clausura un tablón. Llamo a la puerta. Llamo más veces, pero no obtengo respuesta. Por fin la energía que despliego llamando a la puerta consigue entreabrirla. Avanzo un par de pasos. Es una buhardilla de tamaño medio. Las paredes están pintadas de negro. Hace tanto frío como a la intemperie. El suelo parece una carretera vieja: está lleno de abolladuras y baches. Por todas partes hay botellas taponando las entradas a las madrigueras de las ratas. Una mesa y un taburete ocupan el centro de la habitación. Junto a ellos hay una vieja hacha. Un desvencijado catre sobre el que se alza una montaña de trapos ocupa un extremo del recinto. La dueña del «apartamento» corrió a refugiarse bajo aquellos trapos en cuanto me dejó pasar. Sólo después se interesó por mi identidad y el propósito de mi

visita. Suponía que se iba a alegrar, pero me equivoqué de medio a medio. Entonces la observé con cuidado: era una anciana de unos sesenta o setenta años. Su semblante tenía tal expresión de indiferencia que me sentí desconcertado. Me pongo a examinar los radiadores y a «estudiar» la estufa. Todo está en un estado penoso. Como se me toma por «especialista» en esta materia no me queda más que estrujarme la mollera y buscar soluciones. La arcilla de que dispongo está dura como una piedra. No podré utilizarla si no consigo agua caliente. Pido ayuda a la anciana. Con la misma indiferencia mostrada hasta entonces, la mujer sale de debajo de los trapos y va hasta el apartamento contiguo. Unos instantes después regresa y me informa de que pronto traerán el agua caliente que necesito.

Voy entrando en calor mientras trabajo, así que me quito el abrigo y busco algún clavo donde colgarlo. Antes de hacerlo, pregunto a la vieja: «Dime una cosa, madrecita, ¿hay chinches o piojos por aquí? Es para decidir si cuelgo el abrigo en la pared…». «Claro que tenemos aquí de todo, cariño —me responde—. Tenemos chinches y tenemos piojos de sobra, pero cuelga tu abrigo sin miedo que con este frío es difícil que algún bicho abandone su escondrijo». No deseo causar más molestias a la anciana, así que voy personalmente a buscar el agua caliente. También siento cierta curiosidad por los vecinos. La puerta contigua a la de la anciana está forrada con una vieja manta. Una niña de pocos años me invita a pasar. Tanto la habitación como la cocina están en una situación semejante a la que me encontré en la buhardilla de la anciana, si bien aquí hay trastos viejos por todas partes. El apartamento sirve de hogar a una familia muy numerosa: hay niños, adolescentes, adultas y una viejecilla… En medio de la habitación una niña juega con una bola de trapo sentada en un orinal.

Las manos se me hielan al contacto con la arcilla y tengo que introducirlas en agua caliente de tanto en tanto. Trabajo deprisa porque pronto serán las cuatro de la tarde y esta tarde tengo por delante un encargo «privado» que me reportará un extraordinario botín: dos huevos y un puñado de tabaco de liar.

Estoy más tiznado que un deshollinador, pero tengo muy buen ánimo. Realizar un trabajo que me reporta beneficios a mí, pero sobre todo a los demás, me resulta muy gratificante. Y ya he tenido

ocasión de comprobar que en un gueto los estufistas son personajes tan reconocidos como los médicos en tiempos de epidemias.

Después de lavarme y tomar la cena, me dirigí a casa de Fridman. No quería estar en deuda con él. No hace mucho me regaló una caja de cerillas llena de tabaco y ahora que soy súbitamente rico puedo invitarlo a fumar. Fridman vive en un apartamento bastante bueno. Tiene una habitación y una cocina pequeña que aunque no se pueda habilitar como dormitorio dota a la vivienda de cierta sensación de amplitud. Su mujer es encantadora y rebosa generosidad y cordialidad. Como tantas otras familias aquí, también ellos cargan con una cruz. Además de dos hijos varones —mi aprendiz Izka y su hermano de dieciséis años—, los Fridman tienen también una hija, una niña inválida que aunque tiene doce años no es más alta que nuestro Dímochka. Padece de lo se suela llamar «piernas consumidas». La criatura se pasa el día sentada en un rincón recortando figuritas de papel, ensartando abalorios o cosiendo trapitos. Su conversación, sin embargo, es muy madura, como la de un adulto. La tristeza no la abandona jamás. Le gusta que la visiten niños, pero es evidente que sufre cuando los ve corretear. Sus padres y hermanos adoran a esa pobre criatura. El hermano menor se afana particularmente en hacerla reír. Jamás esperé ver tales muestras de ternura por parte de un niño de su edad. Mientras Fridman y yo fumábamos e intercambiábamos noticias y esperanzas, se nos reunió el vecino del apartamento contiguo. Dice que hoy estuvo trabajando en el bosque Bikernieki cavando anchas y largas zanjas. «Sin duda, se trata de los cimientos de fortificaciones futuras —aseveró—, de manera que resulta evidente que temen el regreso de nuestras tropas».

En esta situación, los optimistas —yo soy uno de ellos— hemos desarrollado la habilidad de interpretar todos los acontecimientos en clave positiva. No sabría decir con certeza si es una manera inteligente o tonta de comportarse, pero lo cierto es que así se vive mucho mejor. Así, por ejemplo, he interiorizado el compromiso de bromear cada vez que me encuentro entre personas ajenas a mi familia —sean quienes sean, conocidos o desconocidos— y animarlos a que resten importancia a sus desgracias y fracasos. Tengo el convencimiento de que esas zanjas no están destinadas a cimientos de fortificaciones, sino que las hacen cavar con otro

objeto que desconozco. ¿Será que…? Aparto enseguida mis peores pensamientos.

El número de pordioseros que pululan por el gueto no deja de crecer. Van de casa en casa pidiendo algo que comer y reciben patatas, algún nabo, un plato de sopa… Hay aún otra clase de pobres que no viven exclusivamente de pedir. Hace unos días encontré a uno de ellos registrando las basuras en un patio de la calle Sarkanu. Hurgaba en los desechos en busca de mondas de patatas o cascaras de frutos. El cuidado que ponía en la actividad demostraba que no era un profesional. Al descubrir mi presencia se sintió tan confundido que intentó simular que se ocupaba de otra cosa muy distinta que revolver la basura ajena.

Un hormiguero no despierta la atención de quien pasa a su lado durante un paseo por el bosque. Son simplemente un montón de hormigas y punto. Algo similar debe experimentar quien observa el gueto desde fuera: ve un gris paisaje por el que deambula gente asustada y hambrienta. Con todo, la vida en el gueto está agitada por una permanente tensión.

El profesor Dubnov se ha acomodado en un refugio de la calle Sadovnikóvskaya y allí intenta poner fin a su *Historia del pueblo judío*. Los médicos operan a sus pacientes en el hospital de la calle Ludzas.

En el gueto se realizan varios funerales a diario. A lo largo del día pasan lentamente por la calle Ludzas varios trineos cargados con cajas negras seguidos por dos o tres personas. En ocasiones los trineos avanzan a mayor velocidad: hay muertos a los que ya no les queda nadie que los acompañe al cementerio.

Hace poco mataron a tiros a otro joven junto a la alambrada.

Han aparecido avisos que en realidad son órdenes por todos los muros del gueto: los judíos están obligados a entregar todo el oro, la plata, las joyas y las alfombras en el plazo de una semana. Concluido el plazo se realizarán registros y todos aquellos que hayan escondido algo serán severamente castigados. Sabemos cuál es el único castigo severo que esta gente conoce: la muerte por fusilamiento.

Todo lo que Alia y yo tenemos son nuestras finas alianzas. Bueno, y dos o tres anillos más de Alia.

Con todo, esa orden de las autoridades me concierne en otro

sentido. Ahora acuden a mí algunos de nuestros conocidos y me piden que les ayude a esconder sus joyas. He estado ya en las casas de muchos de ellos con el encargo de fabricarles «cajas fuertes» en las puertas, los fondos de los armarios, bajo el suelo e incluso en los tacones de los zapatos. A todos les recomiendo tirar las piezas de plata a los inodoros o enterrarlas con tal de que no caigan en manos alemanas.

La falta de alimentos comienza a hacer mella en el organismo de Alia. Hace unos días tuvo que permanecer durante horas en una cola y cuando ya casi se disponía a abandonarla sufrió un mareo y después un desmayo. Es la primera vez que le sucede algo así en la vida.

Salgo a hacer un trabajo. Abro la puerta de una casa y me encuentro de sopetón con una mujer tumbada en una cama. A su lado, un niño cubierto por una manta y atado por el cuello. Otros tres chiquillos se pegan unos a otros en torno a la cama como fierecillas. Junto a la pared opuesta hay una puerta apoyada sobre unos ladrillos que hace las veces de cama. Hay una manta y unas pocas almohadas sucias sobre ella. Un orinal, un cubo y una silla completan el mobiliario. «¿Quién es usted y a qué ha venido?», me pregunta la mujer. Le explico que me envía el *Judenrat* para reparar los fogones y la estufa. Le pregunto si puedo ayudarla en algo.

—¿Ayudarme? —pregunta—. Tengo cálculos en los riñones y probablemente también cáncer. Además no tenemos ni leña para la estufa ni comida que llevar a los fogones.

Un hombre abatido nos observa desde la cocina. Se llama Jaím y es el dueño de todo este patrimonio. Cuando me pongo manos a la obra, Jaím se anima, corre a buscarme agua caliente. En suma, parece revivir. Es evidente que lo horroriza estar a solas con su familia y la presencia de extraños le sirve de alivio. La cocina está en penumbras. Parte de la ventana ha sido cubierta con papeles. Hay cacharros, platos sucios, una cesta con patatas heladas y una caja vacía. Eso es todo. El frío es insoportable. La quejumbrosa y atormentada voz de la mujer nos llega desde la habitación: «Mi pobrecillo Jaím, ¿qué voy a hacer con ustedes? ¿Cómo vas a arreglártelas sin mí con estos gusanillos?».

Llaman a la puerta. Jaím hace pasar a un joven que le habla en alemán con acento extranjero. Se trata de un emigrante checo que

no tiene a nadie en el gueto. Lleva tres días sin llevarse nada a la boca y pide a Jaím algo de comer. Éste, sin decir palabra, le alcanza una olla con unas pocas mondas de patatas hervidas y aún calientes. También aparece como por ensalmo una taza llena de sal. «Cómala desde la olla y así no se le enfriará —recomienda Jaím—. Y coma todo lo que quiera, que tengo más patatas. No se inhiba». Seguidamente se lamenta de no tener nada mejor que ofrecerle. Por muy hambriento que está el recién llegado, no puede dejar de comprender que quien le da de comer es un hombre pobre como él. ¡Y encima le anima a comer sin vergüenza! Al despedirse, Jaím le mete unas patatas heladas en los bolsillos.

Los días pasan a toda velocidad y cada vez tengo más trabajo. Entretanto, toda suerte de rumores a cual más fantástico corren por el gueto. Intento no prestarles atención ni pensar en ellos.

Un nuevo aviso llena los muros del gueto. Se establece la obligación de comunicar a la policía la presencia en el gueto de cualquier persona no judía. Cualquier infracción acarreará graves consecuencias a todo el gueto. *[Se dice que hay desertores alemanes ocultos en el gueto. Un conocido me dijo que capturaron a dos de ellos en una redada. Según la descripción que me hizo, parecer ser que uno era el pordiosero que se presentaba como checo a quien conocí en aquel oscuro apartamento de la calle Daugavpílskaya. Lástima de muchacho. Ahora en vez de patatas recibirá una bala.]*

El *Judenrat* me da el día libre los sábados. Es mi «día libre».

Este sábado he decidido descansar de verdad y me he quedado en casa.

Con Dima queríamos hacer un monigote de nieve, pero la nieve está demasiado seca hoy. Encerrados en casa, lo tengo sentado en mis piernas mientras le leo el «Cuento del sacerdote y su empleado Balda» de Pushkin. Se trata de la historia preferida de Dima y puede escucharla una y otra vez sin que disminuya su atención. Lídochka está echada sobre la alfombra.

Todo son rumores y más rumores.

Dicen que pronto sólo quedarán en el gueto los hombres capacitados para trabajar. Las mujeres y los niños serían enviados a un campo de concentración, parece que al de Lublin. Por lo visto, los alemanes necesitan el gueto para algún propósito que desconocemos. Esos rumores generan mucha alarma entre la gente.

Todos se rinden a diversos vaticinios y suposiciones. Hace unos pocos días el *Judenrat* recibió la encomienda de construir un baño público. Todo un edificio ha sido destinado a albergar los talleres en los que trabajarán los constructores de esa instalación. Surgen muchas preguntas… Si la existencia del gueto estaba prevista para apenas unos pocos meses, ¿por qué entonces desalojaron de él a todos los vecinos no judíos? Y, sobre todo, ¿qué sentido tienen a estas alturas la construcción de un baño público?

Parece que los médicos judíos han recibido la orden de privar de la vida a todos sus enfermos graves. Se comenta que en Alemania todos los enfermos graves e incluso los pacientes débiles y enfermizos son envenenados con un edulcorante que se añade al café.

La alarma se ha disparado en el gueto. Y sin embargo no hay ruido, gritos o encendidas discusiones. Bien al contrario, el silencio es el de un cementerio. Todos están a la espera de algo horrible. Todos sientes que se avecina una tormenta de lágrimas y sangre.

Esperamos que la nueva orden nos llegue en cualquier momento. La palabra *Aktion* asoma de repente. Al principio no le prestamos atención: no sabíamos a qué aludía.

Pero no tuvimos que esperar mucho. Y no fue una, sino dos las órdenes que llegaron de repente.

Ley N.° 1: A las siete de la mañana *[del 28 de noviembre de 1941 (puede que equivoque la fecha en unos pocos días pues no la recuerdo con exactitud)}* todos los hombres mayores de diecisiete años tenían que presentarse en la calle Sadovnikóvskaya.

Ley N.° 2: Los hombres incapacitados para el trabajo, las mujeres y los niños debían prepararse para su traslado a un campo de concentración. Se los autorizaba a llevar consigo hasta veinte kilogramos de equipaje. La fecha y la hora del viaje serían notificadas próximamente.

La gravedad que entrañaba la segunda orden hizo que la primera pasara a un segundo plano. Todos los ancianos comprendieron que les acababa de llegar su sentencia de muerte. Era duro ver a aquellos hombres y mujeres condenados a muerte sin haber cometido delito alguno en la vida. Alia recibe la visita de su tía Sofía Osípovna, una viejecilla de lo más reservada. La anciana aparenta estar en completa calma, salvo por las lágrimas que

ruedan de tanto en tanto por sus mejillas. Su hijo vive en América; es su único familiar. Nos ruega que enviemos saludos a su hijo cuando los tiempos mejoren, pero que nos abstengamos de revelarle las circunstancias de su muerte. «¿Para qué lo vamos a hacer sufrir por gusto?», dice.

Los vecinos se proveen unos a otros con lo mejor que tienen: ropa de abrigo, zapatos, provisiones… Hoy todos los bienes son comunes. Hoy todos son generosos y comparten lo poco que tienen. Hoy no hay más lo «mío» y lo «tuyo». Hoy todo es «nuestro».

Paso a ver a Magarik de camino al trabajo. Beso a su esposa como un hermano besaría a su hermana. Siento un cariño enorme por todas las mujeres. Me dan pena a la vez que admiro su heroico comportamiento. He tenido ocasión de comprobar que las mujeres resisten las conmociones fuertes mucho mejor que los hombres. Sus hijos perciben la desgracia instintivamente. Se los ve quietos y apagados. Se acabaron las majaderías, los llantos y las carreras. También los míos andan por los rincones como ratoncillos. Mi madre deambula con pétreo semblante. Alia me busca ropa de abrigo. Es de noche y la cita es mañana al amanecer. ¿Regresaré? ¿Volveré a ver alguna vez a mis seres queridos?

Todos somos conscientes de que ésta es la última noche que pasamos juntos. ¿Volveré a ver alguna vez a Alia? En cuanto a mamá, estoy completamente seguro de que jamás volveremos a pasar la noche bajo un mismo techo. Mi querida, mi pobre madre: ¡perdóname la impotencia para protegerte en tu vejez!

El despertador llena la habitación con su monótono tictac. Las manecillas avanzan sin piedad. Transcurren las horas. La cabeza de Alia reposa sobre mi hombro. Sus lágrimas silenciosas y abundantes empapan mi camisa. ¿Qué estará pasando en su alma? ¿Qué estará pasando en las almas de miles de mujeres como ella? Nadie es capaz de saberlo. Y mucho menos de expresarlo con palabras. Tictac, tictac…

Ahora ya comienza a haber movimiento en el patio. Se forman grupos. Todavía no aclara, de manera que no se distinguen las caras.

Ahora ya la calle se ha llenado de gente. Me aparto un instante de la formación y trepo al techo de una casa para ver cuan larga es la hilera de hombres. El espectáculo es de veras horrible y en cierto

modo sugiere unos funerales muy concurridos. Hay muchos jóvenes llevando del brazo a ancianos. La columna avanza lentamente y se detiene en la calle Sadovnikóvskaya. Por lo visto, las autoridades temen una «revuelta de esclavos», porque por todas partes se advierten grupos de cuatro o cinco fascistas armados hasta los dientes.

Hace un frío de muerte. Muchos avanzan dando saltitos para evitar que se les congelen los pies. Alguien que mirara sólo a los pies y no a los rostros de aquellos hombres podría pensar que se trataba de un festivo desfile. Poco a poco lo que fue una columna se convirtió en una desordenada masa de gente. Todos se movían de un lado a otro en busca de conocidos. Veo desde lejos a mi antiguo maestro Grigori Yákovlevich. De pie y apoyado en su bastón, tiene los ojos enrojecidos por las lágrimas y el frío. Son tan pequeños que parecen dos pequeños orificios abiertos en la máscara de su cara. Cuando me ve, sus labios comienzan a temblar. Está tan afectado que apenas consigue pronunciar palabra. Se apoya en mi brazo y me lo aprieta convulsivamente: «Adiós, Elik —atina a decirme por fin—. Esta es la última vez que nos vemos. Me duele pensar que muy pronto seré destruido como un trapo viejo y prescindible. También destruirán a mi Fanni. Tú mantente fuerte; todavía eres un hombre joven y conseguirás sobrevivir hasta que todo esto acabe. Recuerda alguna vez a este tu viejo maestro y amigo. Déjame darte un beso».

En ese mismo instante un policía se acercó para ordenar a gritos que todas las personas mayores de sesenta años o inválidas regresaran a sus casas.

De repente la multitud pareció cobrar vida. Todos hablaban a la vez hasta que unas órdenes gritadas en alemán nos devolvieron la calma. Puchel, Stanke y otros oficiales alemanes se acercaban a grandes pasos.

Stanke recorrió con la vista nuestras filas como si lo hiciera con tropas dispuestas para un desfile. Sus órdenes fueron lacónicas: «Ahora son las dos de la tarde. Id a vuestras casas y recoged vuestras cosas. A las dos y media os quiero a todos delante de las puertas del “pequeño gueto”. ¡Marchando!».

Llego a casa sin aliento. Son las dos y diez, de manera que tengo que presentarme en el «pequeño gueto» dentro de veinte minutos.

Todas las cosas que nos parecen imprescindibles vuelan hacia el interior de la maleta. Guardo las herramientas en una bolsa y hago un hatillo con la manta y la almohada. Puedo quedarme otros diez minutos «tranquilamente» sentado en casa. Me dan algunas noticias: Liza L. ha dado a luz y, por lo visto, el parto fue muy complicado. Por suerte ya tanto ella como la criatura están «fuera de peligro».

Acordamos con Alia que sea cual sea nuestro destino y sucédanos lo que nos suceda daremos noticia a nuestros amigos de Zassengof en cuanto se nos presente ocasión.

De esa forma, siempre podremos encontrarnos uno al otro. No acuerdo tal cosa con mamá, porque sé que será inútil. Mamá tiene los labios helados y la expresión del rostro petrificada. La niña está dormida. Por debajo de la manta que la cubre asoma su piececito rosado. Abracé a Dima con mucha, mucha, fuerza. No protestó. ¿Qué será de ellos? ¿Adónde se los llevarán? ¿Por qué? ¿Qué falta han cometido? El odio, la desesperación y la esperanza se reúnen en un mismo aguijón que se clava en mi garganta. Nada nos provoca mayor dolor que los sufrimientos infligidos a nuestros seres queridos. Ésos duelen más que los que padecemos nosotros mismos.

Hay una enorme multitud reunida a las puertas del «pequeño gueto». Los guardias se ocupan de mantener el orden ayudándose de tanto en tanto de las culatas de sus fusiles. Un oficial muy bien parecido parece una estatua junto a la verja. Es el nuevo ayudante del comandante del gueto. Es de veras hermoso; no recuerdo haber visto muchos ojos como los suyos. Y sin embargo son ojos inhumanos; meros órganos de la visión. Son dos trozos de vidrio transparente; dos hermosas gemas desprovistas de vida. No hay en ellos rabia, ni tedio, ni amor, ni odio. Son ojos que ven, pero nada expresan. Buscar en esos ojos conmiseración o piedad resulta tan inútil como pretender hacerlos reír.

Getsmark encontró a su amigo S. Finkelstein quien antes vivía en el N.° 26 de la calle Liksnas y ahora espera poder recuperar su apartamento. Nos propuso instalarnos allí con él, de manera que los tres nos damos prisa para llegar hasta allí los primeros. Finkelstein, su mujer y su hija de dos años ocuparon esa vivienda hasta hace muy poco. Ahora las ve en cada objeto, en cada detalle. Durante unos pocos minutos consigue transmitir la imagen de un hombre fuerte, pero de repente lo alcanza una ola de desesperación y cae al

suelo entre sollozos.

La calle Vilianu, corta y ancha como una plaza, corre entre las calles Bolshaya Górnaya y Ludzas. Ahora en Bolshaya Górnaya han instalado unas puertas que conducen a la «libertad». Toda la calle está llena de gente. Los alemanes seleccionan a la gente y la empujan hacia una u otra columna.

Mi columna se llama «Cable» y muchos de mis camaradas de infortunio tratan de escapar de ella conscientes del significado de esa palabra y el duro trabajo que parece anunciar. Cuando el número de integrantes de la columna alcanza los ciento veinte, los alemanes la dan por organizada. Entonces nos hacen avanzar por la calle Moskóvskaya, tomar una estrecha callejuela que transcurre junto a uno de los muros de la fábrica Braun, y salimos a la orilla del río Dviná. En la isla situada en medio del río hay un aserradero. La isla está unida a la tierra por un terraplén. Es junto a ese terraplén de entre doscientos y doscientos cincuenta metros de largo que nos corresponde tirar el dichoso cable. Se trata de un lugar de trabajo muy incómodo en invierno, porque el viento golpea con fuerza el terraplén y el frío es extremadamente intenso.

En un cobertizo ubicado junto al aserradero nos esperaban picos, palas y barras de hierro. El trabajo consiste en abrir agujeros a unos tres metros de distancia y unirlos con túneles que hay que cavar tumbados boca abajo o de lado sobre la tierra. Lo más desagradable y a la vez difícil es llegar hasta la arena blanda que forma el lecho del río. A personas carentes de experiencia en los trabajos con tierra helada, y poco familiarizadas con el trabajo físico en general, les resultaba tan difícil cavar aquellos agujeros como si lo hicieran en piedra. A mí, en cambio, la tarea no me asustaba, pues ya antes me vi en el trance de cavar agujeros en invierno para instalar postes y también hube de cavar lo mío cuando estuve en el ejército. Con todo, se trata de una verdadera tortura para personas débiles.

Tenemos tres capataces. El ingeniero principal es un alemán de complexión fuerte, rostro rubicundo y curtido por el viento, ojos pequeños y mirada gélida, labios finos y amplio mentón. Dicen que fue un gran aficionado al boxeo en su juventud, algo que corrobora su propensión a ayudarse de los puños, y a veces también de las patadas, cuando discute con alguno de sus subordinados. Cavamos los agujeros en parejas. Uno se ocupa de golpear la tierra helada

con la barra de hierro y el otro de apartar los trozos desprendidos por los golpes. Trabajar con el estómago vacío es una tortura. Nos helamos: el frío es nuestro verdugo más cruel. A mediodía se nos permite juntarnos en grupos durante media hora: a eso lo llaman horario de comida. No se nos permite entrar en las áreas cubiertas. En ellas suele haber obreros del aserradero y tenemos prohibido todo contacto con ellos. Algunos de esos obreros abandonan el aserradero para ir a comer a casa. Reconozco a uno de ellos, un buen amigo mío de la fábrica con quien compartí algunas tareas encomendadas por la Organización mundial de ayuda a los revolucionarios. Me aparto disimuladamente de mis compañeros y camino durante unos minutos junto a él. Aprovecha para meterme en el bolsillo un paquete de cigarrillos.

—Ahí te he anotado mi dirección por si la necesitaras en algún momento —me dice—. El frente está cada vez más cerca de aquí.

Nos despedimos con un furtivo apretón de manos.

La segunda parte de la jornada de trabajo se parece mucho a la primera, salvo que entonces el frío y el hambre son aún más intensos. Ello la hace todavía más penosa. Cae la noche. Los alemanes nos someten a un rápido recuento y emprendemos el camino de vuelta. Ya tenemos a la vista las alambradas del gueto. Ahora ya vemos también las puertas. Y entonces una palabra comienza a correr de boca en boca: *Aktion*. ¡Ha tenido lugar una *Aktion* en el gueto!

Salvamos los últimos diez metros a la carrera. Los guardias apostados en la puerta del gueto no se molestan esta vez con someternos a recuentos ni cacheos. El jefe de la guardia no nos mira a la cara: ¿se le habrá despertado la conciencia? Mientras corro a casa me entero de que una parte del «Gran gueto» fue desalojada en plena noche y que hay muchos muertos: comandos especiales destinados a la recogida de cadáveres han trabajado todo el día. Corro hacia la puerta del «Gran gueto». El guardia se ha vuelto de espaldas y mira a lo lejos. Ninguno de ellos parece capaz de mirarnos a los ojos. Me adentro por fin en el «Gran gueto». Las calles están desiertas, los visillos, corridos. Hay muchas ventanas tapiadas. Junto a los bordillos se aprecian huellas de herraduras y excrementos de caballo. Hay sangre por todas partes: charcos de sangre, manchas de sangre, gotas sueltas, rayas de sangre. Es

evidente que alguien se encargó de limpiar la calle, pero aun así se ven guantes y galochas infantiles semienterradas en la nieve apisonada. Aquí o allá se descubren pequeños tubitos de cobre mezclados con la nieve. Son los cartuchos de la munición utilizada por los revólveres. De repente meto el pie en un charco de sangre. «Qué raro —me digo—: con el frío que hace y la sangre todavía está pegajosa».

Nada parece haber cambiado en nuestro patio. Todavía no ha anochecido por completo, pero las ventanas de nuestra casita están oscuras. Doy dos suaves golpes en la ventana: es nuestra contraseña. Mamá y Alia me abren. Tienen los rostros descompuestos. Adentro el desorden es absoluto. No están hechas las camas; hay platos sucios por todos lados. Ambas pasaron la noche en vela, sentadas juntas esperando a que vinieran por ellas. Acostaron a los niños vestidos. Ya desde el atardecer les llegaron los ecos de la matanza en las calles Katolícheskaya, Sadovnikóvskaya y Moskóvskaya. La matanza estaba «en marcha».

Hay cadáveres de ancianos por todas partes. Los asesinaron en el propio gueto tanto por economía como por comodidad.

Esa noche fueron muchos los que eligieron la vía del suicidio. En particular, varios médicos lo hicieron. Lelia Bordo, una prima de Alia, se cortó las venas de los brazos después de haber hecho lo mismo con las de Zhorzhik, su hijo de apenas cinco años. Los encontraron a la mañana siguiente entre sábanas llenas de sangre. Zhorzhik ya estaba muerto, pero su madre aún vivía y ahora la tienen en el hospital, donde le hicieron una transfusión de sangre. Se salvará con toda certeza. ¿Por qué se empeñan en que lo haga? Pensad durante un instante cómo ha de sentirse una madre que cortó las venas a su propio hijo con una navaja de afeitar…

Los charcos de sangre se han convertido en algo habitual. Pasamos junto a ellos, los pisamos sin querer. Entramos en el edificio que se alza en la esquina de las calles Daugavpílskaya y Ludzas. Resulta evidente que la puerta principal fue echada abajo a hachazos. La puerta del primer apartamento está abierta de par en par. Las camas están revueltas. Hay almohadas y ropa por todo el suelo. El caos es absoluto. Hay restos de comida sobre la mesa y tazas de té mediadas. Por lo visto, los inquilinos del apartamento fueron desalojados repentina e inesperadamente. La puerta del

apartamento contiguo, a la izquierda, ha quedado entreabierta y ello genera una fuerte corriente de aire. Atravesamos la cocina y llegamos al dormitorio: la ventana está rota y el viento se cuela con fuerza por ella. Hay alguien tumbado en la cama. Nos acercamos y miramos el rostro del difunto. Es un anciano con barba canosa y poco poblada. Sus ojos vidriosos están clavados en el techo.

Un extraño impulso me mueve a cubrirlo cuidándome de no dejar ni un solo espacio por el que puede colarse el gélido aire —la ventana está rota, ¿no es cierto?

Vuelvo a casa cuando creo que ya he tenido bastante. Mamá me hace pasar y me hace un gesto indicándome que no haga ruido. En medio del desorden reinante en casa, Alia se tumbó en la cama deshecha, se cubrió con el abrigo y se ha quedado dormida. También duermen los niños, aunque los relojes apenas marquen las siete de la tarde. Tengo que darme prisa y dejo que sea mamá quien bese a Alia y a los niños en mi lugar.

Todos los que ya fueron apartados de sus seres queridos, porque éstos fueron evacuados del gueto, están convencidos de que los demás judíos correrán la misma suerte. Han perdido toda fe en el futuro y son capaces de examinar la situación con serenidad. Están desesperados, sí, pero a la vez sobrios. En cambio, aquellos que como yo aún tenemos a nuestros familiares «en casa» estamos envenenados de esperanzas. Todavía somos ciegos. Aún no alcanzamos a comprender la crueldad de un sistema basado en sucesivas *«Aktionen»*.

Dos de los inquilinos de nuestro apartamento se vieron obligados a trabajar en la recolección de cadáveres. Dicen que entre quinientas y seiscientas personas fueron asesinadas dentro del perímetro del gueto. Por lo general, las víctimas fueron seleccionadas entre los ancianos y los enfermos, aunque algunos jóvenes y niños también fueron alcanzados por casualidad. Disparaban a la cabeza: el célebre *Kopfschuss.*

Con las primeras luces del alba nos reunimos en el punto de encuentro. Hoy he pasado el día trabajando en el embarcadero, cargando carbón. Y estuve otra vez en el «Cable». Pasé un frío terrible. *[Estos días]* no nos permiten pasar al «Gran gueto» a ver a nuestras familias, pero los policías nos aseguran que todo va bien por allá. Nada concreto sabemos de la suerte de la primera partida

de evacuados. Hay rumores de todo tipo e incluso alguno tan disparatado como que no los llevaron a ningún campo de concentración, sino que los condujeron en pequeños grupos hasta los bosques cercanos y allí los ametrallaron a todos sin excepción. Entretanto, los policías nos han dicho que pronto podremos visitar a nuestros familiares una o dos veces por semana.

Cuando volví hoy del trabajo supe que están dejando entrar al «Gran gueto». Hacía seis días que no veía a los míos y en nuestra situación seis días son toda una eternidad. Eché a correr hacia la puerta que daba acceso al otro sector del gueto sin pasar siquiera por mi actual alojamiento. Hay un guardia calentándose junto a una hoguera, ajeno al movimiento a través de la puerta que cuida. Llego a la calle Ludzas sin tropiezos. Ha nevado copiosamente en estos últimos días y ahora la calle está cubierta de una alfombra de nieve que esconde las huellas de la masacre reciente. Sobrecoge constatar que las calles del gueto están prácticamente vacías. Precisamente en el sector que atravieso no se produjeron desalojos, de manera que las casas están llenas a rebosar de gente. Y, sin embargo, ¡qué soledad! ¡Qué silencio tan horrible! Continúo avanzando a toda prisa para no perder ni uno solo de los valiosos minutos que podré pasar junto a los míos. La espesa capa de nieve que cubre nuestro patio está rota tan sólo por los estrechos caminitos que conducen de una puerta a otra…

… Sentados muy juntos, apenas intercambiamos unas pocas palabras, mientras nos acariciamos las manos.

Antes de que llegara la hora de marcharme, le corté leña para una semana, reparé la chimenea y comí patatas con sal. Y llegó la hora de decir adiós. Adiós, mamá. Adiós, hijos míos. Adiós, mi Alia querida. Tal vez vuelva por aquí la próxima semana o tal vez nos estemos despidiendo para siempre…

La puerta se cerró detrás de mí. Las primeras estrellas asomaban aquí o allá en la bóveda celeste; la nieve crujía bajo mis pies. Sentí un deseo enorme de llenar mis pulmones de aire invernal, pero un peso indescriptible me apretaba el pecho.

A mi regreso encontré que el número de inquilinos de mi apartamento había crecido. Unos ancianos con las barbas cuidadosamente rasuradas para disimular las canas habían aparecido de repente. Intentan parecer jóvenes a toda costa y

trabajan como mulos.

Por fin se hace la calma y todos se van acomodando para pasar la noche. Nuestras habitaciones son muy oscuras. Se escuchan susurros y palabras sueltas hasta que se hace el silencio más absoluto. ¿Qué demonios sucede ahora? Fuertes golpes rompen el silencio y unos gritos horribles atraviesan la noche de repente: «*Aufmachen, Schweinhunde, oder wir schiessen*! (¡Abrid, perros, cerdos, o dispararemos!)». Saltamos de las camas y nos asomamos a la ventana. La luna y la nieve nos ofrecen una visibilidad óptima. Un grupo de hombres armados se agolpa frente a las puertas de la casa de dos plantas ubicada al otro lado de la calle. Otros muchos han ocupado posiciones junto a la tapia que rodea nuestra casa. «Otra acción», nos decimos todos. Los gritos y los insultos suben de volumen. Suena un disparo, brilla *[un hacha y la puerta que da al sótano de la casa salta en astillas. En el sótano se enciende]* una luz y un soldado se escurre a través de una ventana. Unos instantes más tarde se abre la puerta principal. Una mujer pasa junto a la ventana abierta. Lleva un hatillo a la espalda. Desde el «Gran gueto» llegan sonidos de disparos. *[Algo similar está sucediendo allá.]* Encorvados, los vecinos de enfrente comienzan a salir a la calle. Los alemanes los obligan a formar dos filas. Muchas mujeres llevan bultos a la espalda y a sus hijos en brazos. Los soldados repasan las filas recorriéndolas de principio a fin mientras fuman sus pitillos. Las mujeres y los niños soportan un frío espantoso, pero no les permiten romper filas. A la una y media de la mañana reciben por fin la orden de ponerse en marcha. Las alegres voces de los soldados, salpicadas de gruesos tacos, acompañan el movimiento de la columna en dirección a la calle Ludzas. La frecuencia de los disparos aumenta sin parar. Cada disparo equivale al fin de una vida humana. Me tumbo en la cama. No siento mi cuerpo, ni siento mi alma… Soy insensible como un leño…

¿Será posible que también hayan sacado a la calle a mamá, a Alia, a Dima, a la niña? ¿Por qué? ¿Qué culpa tienen? No, no puede ser cierto. Debo estar soñando…

Amanece, aunque aún está oscuro afuera. Ya se perciben los primeros movimientos en el edificio. Hoy no iré a trabajar. Tengo que averiguar cuál ha sido el saldo de la *Aktion*. Con el fin de evitar ser capturado por los cazadores de esclavos, acompaño a Gertsmark

al departamento técnico. Allá disponen ya de toda la información. Toda la población del gueto fue desalojada durante la noche. En las calles impera el caos más absoluto, pues no será hasta las nueve de la mañana que comience sus trabajos el equipo de limpieza. Al departamento técnico le corresponde presentar a las personas que trabajarán en el cementerio. Me uno a ellas. Sacamos picos, palas y barras de hierro del almacén. Las huellas de la larga noche de insomnio son visibles en todos los rostros. Todos estamos en silencio.

El sol ya se alza sobre la línea del horizonte y, sin que nos percatáramos de ello, nos vemos avanzando por las calles en una clara mañana de invierno. El «Gran gueto» está irreconocible. ¿Qué se ha hecho de la nieve que lo cubría todo ayer? Ha desaparecido bajo las botas, apisonada y fundida. He visto calles abandonadas por un ejército en retirada, llenas de carros de combate y carretas inutilizados, cadáveres de hombres y bestias y toda suerte de pertrechos militares ya inservibles. Pero todo aquello era el resultado de un combate. Lo que veía ahora era el fruto de una masacre. Las calles estaban llenas de sangre. En apenas una noche, la otrora blanca nieve se había tornado gris y la salpicaban manchas de color rojo. Había cadáveres por todas partes. De ancianos, de mujeres ¡y de niños! Se ven cochecitos aplastados a golpes, trineos infantiles, carteritas, guantes y galochas, bolsitas con alimentos, biberones —uno de ellos aún lleno de puré helado—, zapatos de niños. Los cadáveres todavía están calientes y suaves. Los rostros cubiertos de sangre tienen los ojos abiertos.

Nuestro trabajo consiste en llevar los cadáveres al cementerio. Colocamos los cuerpos de dos en dos sobre trineos o carros. Cuando los llevamos se bambolean como si estuvieran vivos y la sangre chorrea abundante.

Al principio, los vamos llevando hasta la puerta del cementerio y allí los dejamos en dos hileras, separando a hombres y mujeres. Los miembros del Consejo buscan en los bolsillos los documentos de identidad de las víctimas. Trajimos a un niño de unos doce años. Una hermosa y tierna criatura que viste una pelliza gris con el cuello forrado de piel y calza unas botas nuevas. Lo encontramos tendido de espaldas, bien abiertos sus dos ojazos azules. La bala de revólver entró limpiamente por la nuca y apenas tiene una pequeña

mancha de sangre en el cuello de la pelliza. Parecía una muñeca tumbada sobre la nieve y costaba creer que apenas unas horas atrás fuera un niño vivo y, muy probablemente, rebosante de alegría.

Hemos sido sustituidos en el trabajo de recolección de cadáveres. Ahora nos envían a cavar tumbas. Abrimos una fosa junto a las ruinas de la sinagoga del cementerio, quemada unos días atrás. La tierra está tan helada que la sacamos a trozos, como si caváramos en la piedra. Apenas me percato de cómo sangra el labio que me muerdo con fuerza. No consigo concentrar mis pensamientos; apenas tengo ideas inconexas. Aparentemente estoy en calma. Enciendo un pitillo, escupo la sangre que mana del labio y vuelvo a morderlo con la misma intensidad. Atravesamos por fin la capa de tierra helada, comenzamos a arrancar raíces y a arrojar mayores paletadas de tierra. Es una fosa bastante grande, de unos dos metros de ancho por cinco de largo. Ya estamos hundidos hasta el pecho y todavía cavamos un metro antes de proceder a enterrar los cadáveres. Ya nos han traído una primera partida de cadáveres. Los apilaron junto a un muro de la sinagoga que soportó el incendio y sigue en pie. Recostados unos sobre otros, algunos de los cadáveres parecen sentados.

Un policía se nos acerca para advertirnos de que a partir de ese momento teníamos prohibido abandonar el cementerio e, incluso, aproximarnos a sus muros. Parece que algunas de las calles más alejadas del centro se salvaron de la masacre de la víspera y ahora están conduciendo a las últimas columnas de judíos a través del gueto. El policía nos deja claro que cualquier muestra de curiosidad será castigada con la muerte. No nos queda otra que obedecer y esperar. Y no tuvimos que esperar demasiado, pues muy pronto escuchamos los gritos que ya nos resultan tan familiares. Las cabezas y los hombros de los jinetes que conducen a los detenidos asoman sobre el muro del cementerio. Las pisadas de las víctimas: un insoportable rumor. Las puertas de hierro del cementerio se alzan unos cinco o diez centímetros sobre el suelo. De pie sobre el fondo de las zanjas tenemos a la altura de nuestra vista la incontable sucesión de pies. Avanzan despacio, a breves pasos, como si temieran resbalar. Son pies femeninos alternados a veces por los piececitos de sus hijos. Alguien tienta con un bastón la tierra que va a pisar. En una casita que se levanta frente al cementerio

está descorrida la cortina de la ventana de la buhardilla y a ella asoman los rostros de varias mujeres que asisten al desfile. Alcanzo a ver sus rostros horrorizados, compasivos, el mudo reproche que dibuja una mueca en sus labios. Los pies de las víctimas y las cabezas de los jinetes. ¡Cuánto de horror hay en esos pies! ¡Cuánto descaro, cuánta satisfacción ostentan esas cabezas y esos hombros! Carecemos de armas; odio y sed de venganza es lo único que tenemos. Poco se puede hacer con las últimas para aplacar nuestro dolor. Detrás de los juros sólo hay silencio, un sorprendente silencio. Tan sólo de vez en cuando nos llegan el llanto de algún niño o los gritos de los verdugos que los persiguen. Ya no se ven más pies y los soldados se marchan lentamente. Una de las mujeres asomadas a la ventana se enjuga una lágrima, antes de correr los visillos. Tumbados o sentados, los cadáveres nos esperan impertérritos. Nada ha modificado la expresión de sus rostros…

La fosa está lista, pero no seremos nosotros quienes nos ocuparemos del enterramiento, sino los hombres que nos sustituyen. Ya están aquí y podemos irnos a descansar. Algo me impulsa a enterrar la alianza de matrimonio en el fondo de la fosa. Con ese gesto, sepulto tanto el pasado como toda esperanza.

Tomamos un estrecho sendero abierto en la nieve que nos conduce a la puerta del cementerio. Quiero echar un vistazo a los cadáveres que han traído mientras cavábamos la fosa. Puede que encuentre a alguno de los míos entre ellos. El sol ya está muy bajo y dibuja alargadas sombras sobre el suelo. Mi padre descansa en este viejo cementerio, donde hace mucho no entierran a nadie. ¿Cómo podía haber esperado tal inundación de cadáveres? Las hileras de cadáveres no dejan de crecer ante la puerta del cementerio. Me acerco a observarlos. Reconozco a algunos ancianos. A unos setenta metros a la izquierda de la puerta, avanzan los hombres encargados de llevar los cadáveres hasta la fosa. De tan manchadas de sangre, las parihuelas donde los llevan a toda prisa parecen pintadas de color rojo.

El ocaso es inminente y se impone aprovechar los últimos rayos de sol. La fosa es cubierta de arena helada a toda prisa. Un gran montículo de color amarillo se alza sobre los cuerpos. Tan sólo el movimiento de trineos y carros al otro lado del muro rompe el profundo silencio en torno a la fosa. Y de repente, como si

obedecieran a un tácito acuerdo, unos cincuenta judíos forman un semicírculo junto a la fosa, las caras dirigidas hacia el oriente. Algunos se adelantan: son quienes acaban de enterrar a sus madres y padres. No pronuncio la oración, pero permanezco de pie en estado de trance, incapaz de sentir nada más que los latidos de un corazón que pugna por escapar de mi pecho; siento un doloroso calambre en la nuca.

No comprendí la oración y desconozco cuál es su sentido preciso. Sólo sé que aquella escena quedó grabada en mi memoria como una marca impuesta con hierro candente.

La calle está en penumbras. Todavía no la han limpiado, aunque sí han retirado los cadáveres. Apenas quedan las manchas de sangre que recuerdan la masacre.

Nuestro apartamento está lleno de gente. Evitamos hablar de lo sucedido horas antes. Al menos, intentamos no hacerlo ahora.

Me tumbé en la cama y me quedé dormido inmediatamente. Nada de sueños ni pesadillas. Dormí de un tirón hasta las diez. Al despertar me llevó unos instantes cobrar conciencia de la situación. A mi lado, sentado en su catre, Gertsmark se aprieta la cabeza entre las manos. Tiene los ojos llenos de lágrimas, pero su rostro está seco. Una sola expresión sale de sus labios una y otra vez: «Pobre gente, pobre gente». Siento como si un puñal se clavara de repente en mi pecho. Y visualizo la escena en trazos brillantes y vivos. Veo cómo un golpe saca de sus goznes la puerta de nuestra casita e irrumpen en ella unos hombres que llevan brazaletes de color verde. Alia abriga al niño deprisa y, sobre la marcha, saca de su camita a la soñolienta pequeña. Mamá la ayuda como puede con manos temblorosas. Llevando un bulto a la espalda, Alia empuja el cochecito donde ha acomodado a la niña. Mamá también lleva un bulto cargado a la espalda y lleva a Dima de la mano. Se unen a una columna de gente que espera en la calle. Helados, esperan y esperan. ¿Qué pasaba por sus almas en aquellos instantes? ¿Qué sensaciones experimentaban? Ese secreto se lo llevaron consigo a la tumba…

EDITORES: VASILI GROSSMAN Y [R. KOVNATOR]

Testimonio de la familia Shpunguin (Dvinsk)

Ahora tengo dieciséis años, pero tenía doce y cursaba quinto cuando llegaron los alemanes. En Dvinsk, en la calle Raynis, 83-85, vivíamos mi padre, Ilyá Shpunguin, mi madre y Roza, mi hermana de seis años. Mi padre era fotógrafo.

Cuando supimos de la llegada de los alemanes abandonamos Dvinsk. Nos fuimos a pie, bajo las bombas, con muchos otros amigos. Llegamos hasta Bielorrusia pero allí los alemanes nos dieron alcance y nos cortaron el camino. No teníamos escapatoria así que decidimos regresar a casa.

Los judíos de Dvinsk eran apresados en las calles y llevados a la prisión, donde los sometían a tormentos. Los obligaban a tumbarse en el suelo y levantarse de un salto. Los que no podían hacerlo con destreza eran asesinados a tiros. No llegamos hasta nuestra casa, pues nos dijeron que había ardido, así que nos instalamos con mi abuela hasta que nos trasladaron al gueto. *[El traslado significó una «alegría» para nosotros, porque en la prisión la gente moría como moscas. Las ejecuciones tenían lugar en el patio de la prisión o en el jardín de la estación ferroviaria.]*

El 20 de julio concluyó el traslado al gueto. A partir de ese día todos los judíos de Dvinsk que habían sobrevivido a las matanzas quedaron encerrados entre sus muros. El gueto fue instalado en un viejo edificio situado frente a la fortaleza de la ciudad, en la orilla opuesta del río Dviná. Los propios alemanes decían que aquella construcción no servía ni para caballeriza. El doctor Gurévich, que era uno de nosotros, aseguró que los niños no soportarían más de dos meses allí. Y sin embargo, muchos sobrevivieron más tiempo.

El espacio era escaso y todo estaba muy sucio. También hacía mucho frío, porque no había ventanas y los muros eran de piedra. Una semana después de tenernos allí los alemanes reunieron a todos los ancianos para llevarlos a «un segundo campo de concentración». Pero lo que hicieron fue asesinarlos. También fusilaban a todos los que llegaban a Dvinsk desde otras ciudades. Los verdugos se

quedaban con todas las posesiones de sus víctimas.

Después comenzaron las «selecciones». Había una casi cada día. Consistían en reunir a la gente y dividirlas en dos grupos. Lo peor era que nadie sabía qué destino esperaba al grupo que le habían asignado: si lo conducirían a trabajar o al paredón.

Los verdugos solían estar borrachos.

Hacía mucho frío. Un día los alemanes anunciaron de repente una «cuarentena». Ello implicaba que no se podía bajar a la ciudad ni siquiera a trabajar. Entretanto, nuestra ración diaria constaba de apenas ciento veinticinco gramos de un pan horrible y un bodrio hecho a base de coles podridas. El hambre hizo que mucha gente se hinchara. Una mujer apellidada Meyerovich y madre de siete hijos acudió en secreto a los obreros que trabajaban cerca del gueto para mendigar algo de comer. Fue descubierta por los guardias y fusilada a la vista de todos. Sus hijos murieron ejecutados el 1 de mayo de 1942.

Contraje tifus y me escondieron en lo más profundo del gueto para evitar que los alemanes me encontraran y asesinaran. Por suerte me recuperé de la enfermedad.

El 6 de noviembre todavía estábamos vivos los cuatro. La verdad es que estábamos muy sorprendidos de haberlo conseguido. Papá trabajaba en la ciudad y cada día nos traía algo de comer. Se guardaba parte de la ración que recibía y la entraba al gueto en secreto.

Ese 6 de noviembre tuvo lugar una selección de grandes proporciones. Una mujer situada no muy lejos de nosotros echó a correr de repente y consiguió escapar. A modo de escarmiento, los alemanes anunciaron que fusilarían a diez personas. Mi madre y mi hermana fueron seleccionadas de improviso y forzadas a abandonar el apretado grupo. Yo fui seleccionado también, pero tiré con fuerza de la mano de mamá, y ella de la de mi hermana, y conseguí devolverlas a la multitud. Ésta era tan numerosa y eran tan prietas sus filas que los alemanes no se percataron de nada.

El 9 de noviembre, después de que los hombres que trabajaban para los alemanes —entre ellos mi padre—, hubieron abandonado el gueto, los alemanes nos sacaron a todos al patio. Cuando estuvimos todos reunidos, hicieron salir del grupo a los miembros del llamado «Comité»; después mandaron a formar aparte al

personal médico y sus familias. No sé cómo fue que comprendí enseguida que a todos los demás nos esperaba la muerte. Entonces corrí hacia los médicos que se iban apartando y les rogué que declararan que éramos su familia. La dentista Magid, acompañada sólo de su hija pequeña, se mostró de acuerdo. Volví a toda prisa en busca de mi madre y mi hermana, pero ya no las encontré. Corrí como un loco. «¡Mamá! ¡Roza!», las llamaba. Nadie respondió a mi llamada. Entonces supe que los alemanes ya se habían llevado a un primer grupo. Por lo visto, mamá y Roza estaban en él. Recordé cómo Roza y yo preguntábamos a mamá cuando nos sacaron al patio: «¿A qué lado vamos, mamá?». Todos éramos conscientes, Roza también, de que en uno de los grupos estaban los condenados a muerte y en el otro los que se salvarían. Mamá respondía una y otra vez: «No lo sé. No lo sé». *[Quería llevar a Roza y a mamá hacia el grupo de los médicos y pedirles que dijeran que eran familiares suyos.]* Llegué tarde.

Papá regresó esa noche junto a los otros trabajadores. Ya le habían llegado algunas noticias sobre lo sucedido. Me preguntó enseguida: «¿Vive tu madre? ¿Vive Roza?». El gueto se sumió en llanto. Fueron muchos los hombres que no encontraron a su familia al volver del trabajo. Papá lloraba desconsolado. Los alemanes amenazaron con matarnos a todos si no cesaban los llantos.

Las ejecuciones se prolongaron durante todo el invierno. Ahora papá y yo nos habíamos quedado solos. Temerosos de una próxima «selección», acordamos escondernos en un lugar secreto. *[Un día la urgencia de la «selección» fue tal que no conseguí llegar hasta el lugar acordado y me vi obligado a pasar todo el día oculto bajo las letrinas. Los excrementos me llegaban hasta la garganta. La gente hacía uso de la letrina normalmente, pero nadie se percató de mi presencia allí.]*

Una mujer de apellido Gitelson fue colgada aquel invierno en medio del patio. La habían encontrado en la ciudad. En realidad, tenía derecho a estar allá, pero cometió dos faltas: no llevaba el distintivo obligatorio para los judíos y caminaba por la acera, en lugar de hacerlo por el pavimento, como tenían mandado los judíos. No se nos permitía circular por las aceras. También colgaron a una joven cuyo apellido desconozco. Se llamaba Masha e intentó disimular que era judía. *[Los alemanes encargaron a un judío colgar a ambas mujeres. No sé su nombre. Como se negaba a hacerlo lo*

golpearon salvajemente. Finalmente, los alemanes anudaron la soga al cuello de la muchacha y el judío —intimidado por las metralletas que le apuntaban— se limitó a darle una patada al banco que sostenía a Masha. Varios alemanes tomaron fotografías del suceso.]

También recuerdo cómo una noche llegaron unos policías a la carrera y nos dijeron que se les había averiado el automóvil y necesitaban una soga. Les dieron una cadena, pero protestaron: no les servía. Entonces se hizo evidente que no querían la soga para tirar del automóvil y les dijimos que no teníamos ninguna. Se marcharon, no sin antes insultarnos de mala manera. Más tarde supimos con certeza que llevaban a alguien a ejecutar y buscaban una soga para colgarlo.

El 1 de mayo de 1942 tuvo lugar el siguiente proceso de «selección». Ya quedábamos pocos entonces. Unos mil quinientos, tal vez. Después del 1 de mayo tan sólo quedamos trescientas setenta y cinco personas, sin contar a quienes trabajaban *[para los alemanes]*. La gente solía preguntarse: «¿Acaso somos mejores que nuestros padres, nuestras mujeres, nuestros hermanos y hermanas, nuestros hijos? ¿Acaso tiene sentido que sigamos con vida cuando ellos están muertos?». No había adonde huir. La nuestra es una ciudad pequeña y dónde te escondes en una ciudad así. Por otra parte, no sabíamos dónde estaban los partisanos. Y aun así, algunos se armaban. Conseguían armas en los almacenes que tenían los alemanes en la fortaleza, donde muchos de los nuestros trabajaban. Un día pregunté a papá si eso podía considerarse un robo. Pero papá me explicó que los alemanes nos lo habían quitado todo, habían matado a nuestros seres queridos, continuaban matando judíos y, por lo tanto, nada de lo que hiciéramos para enfrentarnos a ellos podía considerarse un delito. Estábamos en guerra y los ocupantes no eran soldados, sino delincuentes. *[Muchos jóvenes se unieron a los partisanos. Pero a papá y a mí nos resultaba difícil hacerlo. No teníamos armas, a papá le costaba apartarse del lugar donde habían matado a mamá y a Roza y, por último, temía por mí. Yo tenía apenas trece años entonces.]*

En la madrugada del 23 de septiembre de 1943 llegaron corriendo los vigilantes que habíamos situado a la entrada del gueto y nos avisaron a gritos: «¡Judíos! ¡Parece que estamos perdidos! ¡La Gestapo está aquí!».

En efecto, ya el patio estaba lleno de hombres de la Gestapo. Un solo propósito podía tener su inesperada irrupción: venían a matarnos. «Corro a donde sabes», grité a papá. Es decir, al escondite que ambos conocíamos. Y eché a correr, seguro de que mi padre me seguía. Tal vez lo intentó. No lo sé. Pero lo cierto es que ya resultaba imposible llegar allá, porque los alemanes habían cortado el camino. Me escurrí debajo de una escalera y salté después a la calle desde una ventana. Estaba muy oscuro. Esperé unos instantes, pero papá no apareció… Los nuestros intercambiaban disparos con los hombres de la Gestapo. Más tarde los sobrevivientes me contaron que aquella noche fueron muchos los que se envenenaron o colgaron con tal de no caer en las garras de los alemanes. Dicen que Feygin tenía escondida una soga muy larga de la que iba cortando trozos y regalándolos a quienes querían colgarse. Incluso ayudó a algunos a hacerlo hasta que al final se colgó él mismo. Algunos de los sobrevivientes fueron testigos presenciales de eso.

Corriendo en la oscuridad, me topé con dos adultos y un niño que intentaban escapar como yo. Juntos echamos a andar por la carretera, pero muy pronto los adultos se rezagaron: los cuatro formábamos un grupo que podía ser detectado con facilidad. Cuando cayó la noche el otro chico —apenas sé que se llamaba Nosia y venía de Kreslavka— y yo habíamos salvado veinticinco kilómetros. Tenía los pies destrozados. Cuando nos tropezábamos con gente, yo gritaba de repente: «¡Vania, ¿has visto a papá?» o entonaba a gritos alguna canción *[rusa]*. Nosia estaba muy asustado. Pasamos la noche entre los muros de una casa que había ardido. A la mañana siguiente comprendimos que nos resultaría imposible llegar a Bielorrusia, así que tomé la decisión de encaminarnos a Polonia. Una desconocida a quien dije sin ambages que huíamos de los alemanes nos dio de comer esa mañana. Nosia no dejaba de repetir que lo mejor sería entregarnos, pues no conseguiríamos escapar de los alemanes, pero yo le daba ánimos. De repente apareció un camión en la carretera por la que avanzábamos. Decidí no prestarle atención, pero Nosia, en cambio, se detuvo. Alguien gritó en alemán y abandoné rápidamente la carretera y eché a andar por un sendero. Unos instantes más tarde me dio alcance un hombre que iba en bicicleta y me dijo que los hombres de la Gestapo me esperaban en el camión. «No iré allí», le

dije. «Tú haz lo que quieras, pero piensa que desobedecer una orden te puede costar muy caro», me advirtió. No obstante, aquel hombre siguió camino en su bicicleta por el mismo sendero, en lugar de volver junto a los alemanes. Me escondí entre unos arbustos. Escuché silbatos y también a un alemán preguntando a alguien si había visto a un niño por allí. Entonces capturaron a Nosia.

Ahora me había quedado completamente solo. Esperé que volviera la calma y seguí mi camino. Decidí hacerme pasar por un niño evacuado por los alemanes de las zonas centrales de la URSS. Pero me arrestaron antes de que tuviera tiempo para inventarme una buena historia. *[Mientras me conducían al cuartel general alemán pude arrojar al suelo una pequeña estrella roja que guardaba en el bolsillo y había atesorado durante toda mi estancia en el gueto. Al ser interrogado declaré llamarme Iván Ostrovski y ser hijo de padre tártaro y madre rusa. Creí necesario ofrecer una explicación del porqué tenía las cejas pobladas y muy negras y añadí que tenía una abuela gitana. Entonces aún no sabía que los alemanes también estaban exterminando al pueblo gitano. Sabía que los niños musulmanes son sometidos al ritual de la circuncisión a los trece años, que era justo la edad que yo tenía entonces. También dije que mi padre había muerto cuando yo tenía apenas un año. Con ello pretendía explicar por qué no entendía ni una palabra de tártaro. Me inventé que mi madre era lavandera y trabajaba en el Departamento forestal colectivo de Briansk. En realidad, iba soltando lo primero que me venía a la cabeza. De Briansk no sabía absolutamente nada, de manera que cuando me preguntaron la dirección donde vivía con mi madre les dije: «Vivíamos en una granja a las afueras de la ciudad y no teníamos dirección concreta. La correspondencia nos la remitían a las señas*: DFC *de Briansk». Esa noche no conseguí escapar, así que a la mañana siguiente me vi conducido de vuelta a Dvinsk. Aunque tenía dolores insoportables en las piernas intenté fugarme porque sabía que los interrogadores de Dvinsk me arrancarían la verdad, si es que alguno no me reconocía a primera vista. Tero fui capturado y me molieron a golpes. Seguimos camino a Dvinsk.*

En la comisaría de Dvinsk también me golpearon con ganas. «Dinos la verdad de una vez —me insistían—. Confiesa que eres judío y no te pasará nada. Tero si continúas negándolo te mataremos». Tero yo no daba mi brazo a torcer. Y lo cierto es que tuve mucha suerte. En primer lugar, porque las autoridades de la aldea donde fui detenido no enviaron

a Dvinsk mi documento de identidad, donde, si bien yo había tachado la palabra «judío», aparecía mi verdadero apellido y éste les habría servido para establecer mi verdadera identidad. En segundo lugar, porque el médico que debía examinarme y establecer si yo era judío o musulmán nunca apareció. Por último, en el documento con que fui remitido a Dvinsk se me hacía constar como «un niño sospechoso que dice llamarse Iván Ostrovski». Y ese nombre lo arrastré durante todo el curso de la investigación.}

Los policías me pegaban constantemente. Uno de ellos me pegó una bofetada que me hizo dar con las nalgas en el suelo. ¿El motivo? Que no me levanté cuando entró a la celda. Llegué a pensar que mi muerte era inevitable, pero aun así no me rendí. Un buen día me enviaron al *Arbeitsamt* (la Bolsa de trabajo). *[Portaba un documento que requería ubicar en algún trabajo al portador, «quien dice llamarse Ivan Ostrovski». Por lo visto me habían creído por fin.]* El *Arbeitsamt* me dio un pase para establecerme en una aldea. *[En este documento se me identificaba sencillamente como «Iván Ostrovski».]* Pasé casi nueve meses en una aldea, hasta la llegada del Ejército Rojo. Naturalmente, no dije a nadie que era judío. Una noche comencé a gritar en yiddish por culpa de una pesadilla. El amo de la casa donde me alojaba me interrogó al día siguiente, pero pude convencerlo de haber gritado en alemán. A partir de entonces me costaba conciliar el sueño, temeroso de que volviera a escapárseme alguna expresión que me delatara.

De regreso en Dvinsk tuve ocasión de hablar con los judíos que sobrevivieron al gueto. Ellos me contaron que mi padre consiguió permanecer escondido en la ciudad durante tres semanas. Pero los alemanes lo encontraron por fin y lo ejecutaron.

No puedo decir con precisión cuántos éramos en el gueto. En todo Dvinsk murieron unos treinta mil judíos. En mi opinión unos veinticinco mil de ellos fueron asesinados en el gueto. Algunos de los sobrevivientes son los hermanos Pokerman, Motl Krom, su mujer y su hijo, el sastre Antikol, Lyak, su mujer y su hijo, Muller, Gallerman y otras dos mujeres: Olim y Zelikman. En total, el número de sobrevivientes ascendió a dieciocho, pero no conozco los apellidos de todos. Abandoné Dvinsk y no me gustaría regresar allá nunca más, porque me resulta doloroso andar por las calles que antes pisaron mis seres queridos y tantos amigos asesinados, así

como pasar junto a nuestra casa en ruinas. Nada ansío más en esta vida que estudiar y encontrar algún día a personas a las que pueda amar y me amen. Sólo así dejaré de sentirme tan solo en este mundo.

EDITOR: O. SÁVICH

Parte 6

La unidad del Pueblo Soviético

Carta de los oficiales Lévchenko, Borisov y Chenokóv (Lopavshi, Región de Rovno)

Conseguimos descabalgar a los alemanes del promontorio desde el que dominaban la situación e irrumpimos en la ciudad siguiéndole los pasos de cerca. Los alemanes huían despavoridos.

La población local nos recibió con visible alegría. La gente estaba ansiosa por narrarnos las atrocidades perpetradas por los fascistas. La ciudadana Vera Iósifovna Krásova nos abordó en la calle y nos invitó a su casa. Allí nos encontramos un espectáculo horrible. En una de las habitaciones había seis personas en las que costaba reconocer rasgos humanos. Eran, más bien, espectros.

Vera Iósifovna comenzó su relato con lágrimas en los ojos:

«Hace un año y medio que tengo a estas personas bajo mi protección. En cuanto los alemanes aparecieron por aquí *[comenzaron las redadas contra los judíos, a los que se obligó a llevar brazaletes muy precisos para distinguirlos del resto de la población. Más tarde llegó un nuevo comandante que estableció aumentar el tamaño de los brazaletes con el propósito de que se los pudiera distinguir aun a mayor distancia. Un tercer comandante ordenó sustituir los brazaletes por anchas cintas cruzadas sobre el pecho.*

»Muy pronto] se desató el exterminio en masa de los judíos de Dubno. Conducidos a la plaza central, los sometieron a las atrocidades más monstruosas: los obligaban a correr entre dos hileras de alemanes que les arrancaban las barbas a los ancianos y después los obligaban a bailar, cantar y rezar a voz en grito. Después les ordenaban cavar fosas, tenderse en ellas unos al lado de los otros y les disparaban desde arriba. Muchos eran enterrados vivos. La primera de esas ejecuciones se cobró noventa vidas. A los niños los asían por los pies y les destrozaban a golpes las cabecitas; a otros los ahogaban sumergiéndolos en las bañeras. *[De ellos se ocupaban alemanas absolutamente embrutecidas, como sus maridos.]* Poco a poco el exterminio de los judíos fue adquiriendo un carácter aún más masivo…

»En Demíduvka, una aldea de por aquí, construyeron un campo de concentración rodeado de alambradas. Allí encerraron a tres mil setecientos judíos. Las ejecuciones eran constantes. Yo misma fui testigo de aquel horror en múltiples ocasiones. Así, un día me encontré con el doctor Abram Emmanuélovich Grinzweig, un galeno a cuya consulta había acudido antes. Le ofrecí ayudarlo a salvar la vida. Me dijo que no estaba solo y esa noche llevé una carreta hasta la cabaña en la que se escondía con los suyos y me los llevé conmigo. Esconderlos en mi casa me resultaba difícil, así que decidí habilitarles un zulo. Durante noches enteras y en secreto, cavé un sótano donde los escondí a todos para salvarlos del campo de exterminio. Oculté a todos mi propósito, salvo a mi hija Irina. Los alemanes practicaron varias redadas y registros, pero jamás descubrieron mi secreto. No fue una tarea fácil para mí. En las noches les llevaba de comer y ventilaba el local. Ello entrañaba un gran peligro para todos. Mi hija Irina y yo guardábamos el secreto con el mayor celo. Confiábamos en la pronta llegada del Ejército Rojo, teníamos fe en la inminencia del día en que los alemanes serían expulsados para siempre de nuestras tierras. La vida de cada ciudadano soviético nos era tan cara como la nuestra. Y ahora ya estáis aquí por fin y esta gente ha podido ver la "luz del Señor" por primera vez en año y medio».

Son seis las personas en la habitación y entre ellas las dos hermanas Goryngot —María, de veintiún años, y Anna, de diecinueve. Entecas y marchitas, los sollozos apenas les permiten articular palabra. De hecho, todavía no creen haber sido liberadas. Las hermanas Goryngot son huérfanas: sus padres fueron asesinados por los alemanes.

También están allí Míjel Sel y sus hermanos Ita, de catorce años, Yetl, de quince, y Yakov, de diez. Sus padres también fueron asesinados por los alemanes. A pesar de contar apenas veinte años, Míjel parece un anciano. Tampoco él consigue articular palabra. En cuanto al pequeño Yakov, impedido de caminar, nos observa con la mirada perdida.

Después de haber sido testigo de la situación de esos ciudadanos nuestros corazones se llenaron de aún más odio hacia nuestros enemigos, que tres veces malditos sean.

Y eso no era todo lo que Vera Iósifovna tenía que mostrarnos.

—¡Cantaradas! —nos dijo—. Estas no son las únicas personas a las que salvé la vida. Todavía tengo a cuatro más en otro zulo.

Y hasta él nos condujo. Tras envolvernos en manojos de heno bajamos al fondo de un estrecho pozo y seguimos por un sinuoso corredor hasta una minúscula estancia sumida en penumbras en la que nos esperaban otras cuatro personas. Ellos eran el doctor del hospital de Dubno Abram Emmanuélovich Grinzweig, su septuagenario padre Emmanuil, su madre Anna Yákovlevna y su esposa Anna Lvovna Oleynik, farmacéutica de Dubno.

A todos ellos les ayudamos a salir del zulo. Su alegría era inmensa, como desbordante era el agradecimiento que nos manifestaron a nosotros y a su salvadora.

¡Camarada Ehrenburg! Hemos decidido redactar esta carta para que usted escriba sobre el heroico comportamiento de Vera Iósifovna Krásova, vecina de la aldea Lopavshi, distrito de Demiduvka, región de Dubno, y su hija Irina, una joven de apenas dieciséis años. ¡Todo el país debe conocer esta manifestación de heroísmo!

Reciba nuestros saludos desde el frente,

Capitán Lévchenko, capitán Borísov, Teniente Chenokóv.
Correo de campaña 39 864
23 de marzo de 1944

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

La campesina Zinaida Vaschíshina (Dombrovitsy, región de Rovno)

Hace poco fui enviado a cumplir una misión especial. En uno de los caseríos ubicados sobre la línea del frente recibí una calurosa acogida por parte de una de sus vecinas. Ella me contó todo lo que había tenido que soportar la población civil del lugar durante los años de ocupación alemana. Mientras charlábamos, entró en la estancia una niña que echó a correr en cuanto me vio. Su comportamiento me sorprendió y pregunté quién era aquella criatura. En un primer momento, la dueña de la casa me dijo que se trataba de su hija. Pero después me contó la verdadera historia de aquella niña judía. Sus padres, sus hermanos y sus hermanas murieron a mano de los alemanes. Ella se salvó de milagro. Mi anfitriona, una *[bondadosa mujer rusa, la escondió en su casa aunque ello pudo costarle la vida a ella y a toda su familia. Aquella]* sencilla campesina rusa salvó la vida a esa niña y la alimentó y vistió como mismo hizo con sus cinco hijos. Fue muy grande lo que hizo aquella anciana. Cuando volví a reunirme con mi tropa, relaté al comandante y a mis camaradas esa historia, que todos escucharon con el corazón en vilo.

Zinaida Vaschíshina se llama la mujer. A la niña me la traje a la unidad y aquí estará con nosotros. Sé que lo mejor sería enviarla a la retaguardia y reintegrarla a la vida escolar, pues apenas tiene catorce años. Feyga Fishman se llama. Antes de la guerra vivía en Dobrovitsy, región de Rovno. Le ruego se ocupe de contar la historia de Zinaida Vaschíshina para que el mundo entero sepa que el pueblo ruso no ha sido jamás hostil a los judíos y que en los penosos años de la guerra los rusos les extendieron sus manos en fraterno gesto de socorro.

Saludos desde el frente,

R. SOLTSOVSKI
9 de junio de 1944

Yulia Kujta, campesina de una granja colectiva, salvó a niños judíos

En los primeros días de la ocupación, Sarra Borísovna Trúskina, cirujano del Hospital soviético N.° 1 de la ciudad de Minsk, hizo subir a sus dos hijos, Mark, de siete años, y Alek, de once, a una de las carretas que evacuaban a la población de la ciudad. Los niños iban acompañados de su niñera, Yulia Kujta. La propia Trúskina seguía a pie y de cerca la carreta que se desplazaba por la carretera que une Minsk y Moscú, pero un bombardeo la hizo perderla de vista. Sus hijos se perdieron entre la marea de refugiados. Por su parte, la doctora Trúskina fue a parar a la ciudad de Chkálov, donde trabajó durante toda la guerra, mientras lloraba a sus hijos.

Una semana después de la liberación de Minsk, su hermano le envió desde Moscú una tarjeta postal remitida por la niñera. Así supo que sus hijos vivían y estaban ahora al cuidado de su madre de la doctora Trúskina en Minsk.

La campesina de treinta años Yulia Kujta, oriunda de Krivoye Seló, distrito de Beshenkóviche, región de Vítebsk, hizo el siguiente relato de los hechos al Teniente de Primera Mayákov, asignado al departamento de Justicia: «Desde el año 1934 viví como interna, primero como sirvienta doméstica y después como niñera, en la casa familiar de Sarra Borísovna Trúskina. Mark y Alek, sus dos hijos, nacieron mientras yo servía en la casa. Cuando abandonamos Minsk el 24 de junio de 1941 tenía bien sujetos a los niños sobre la carreta que nos llevaba, a la vez que intentaba no perder de vista a Sarra Borísovna. Pero un bombardeo hizo que perdiéramos contacto. En nuestra carreta viajaban también la hermana de Sarra Borísovna, Anna Borísovna, con su marido y el anciano abuelo de los niños, Borís Lvóvich. A unos veinte kilómetros de Minsk, Felitsian Vladislávovich, el marido de Anna Borísovna, dijo que no tenía sentido continuar viaje. Esa misma noche estuvimos de vuelta en Minsk.

»Al principio, permanecimos todos juntos en la casa familiar de

Felitsian Vladislávovich. Pero cuando los alemanes encerraron en el gueto al abuelo y a Anna Borísovna, la madre de Felitsian Vladislávovich, Polina Osípovna, insistió en que yo debía llevar a Mark al gueto, pues los rasgos de su cara denotaban su origen judío.

»“Por culpa de ese niño nos acabarán matando a todos aquí: ¡llévatelo al gueto!”, me decía una y otra vez. Un día no aguantó más y se encaminó resueltamente al gueto cargando con Mark y conmigo. El niño fue dejado al cuidado de su abuelo.

»Pero desde el mismo instante en que dejé al niño en el gueto ya no tuve un momento de sosiego. La idea de que moriría allí no me abandonaba. A diario acudía a las alambradas y le llevaba comida que le alcanzaba ocultándome de los guardias. Entretanto conseguí registra a Alek con mi apellido, haciéndolo pasar por mi hijo, y no me separé ya de él ni un solo instante. Un día me detuvieron y fui sometida a un feroz interrogatorio en la comisaría. Querían saber de dónde había salido ese niño.

»“Seguro que has aceptado hacerte cargo de este niño judío a cambio de mucho dinero”, me decían.

»Pero yo negué con fuerza esa acusación, aunque me azotaron. “Es mi hijo y punto”, les repetía. Por fortuna, Alek se asustó cuando comenzaron a pegarme y se abalanzó sobre mí gritando: “¡Mamá! ¡Mamá!”. Mis captores me dejaron marchar.

[» Cuando Polina Osípovna conoció lo ocurrido exigió que el niño y yo abandonáramos su casa inmediatamente.]

»Entonces alquilé una habitación en una calle alejada, donde nadie me conocía. Ya por aquel entonces corrían rumores de que los alemanes estaban ejecutando en masa a los judíos del gueto y me atormentaba pensar en la suerte que podría correr Mark. Entonces tomé una decisión: “Sea lo que sea, tengo que traer a ese niño conmigo”, me dije. Y finalmente un día Anna Borísovna consiguió sacar al niño fuera de las alambradas a escondidas de los guardias y entregármelo.

»Polina Osípovna me mandaba mensajes con sus vecinos para asustarme. Decía que por mi culpa morirían ellos y también yo misma. Pero yo había tomado la decisión de morir junto a los dos niños, antes que entregarlos a sus verdugos. Tanto ellos como yo estábamos solos en el mundo, porque para entonces ni el abuelo ni Anna Borísovna estaban en el gueto. Probablemente ya los habían

ejecutado como a tantos otros.

»Poco después conseguí registrar también a Mark como hijo mío e inscribirlo como tal en mi pasaporte.

A partir de entonces no les permití salir solos a la calle bajo ningún concepto. Cuando salía a trabajar, los dejaba encerrados en la habitación. Mark, el mayor, se ocupaba de cuidar al pequeño. Sabía que la vida de los dos dependía de sus cuidados.

Me vi obligada a cambiar de trabajo varias veces, cada vez que los niños despertaban sospechas. Vivía en un constante temor por la suerte que pudieran correr.

Pero sabía que los alemanes no estarían siempre entre nosotros, porque más tarde o más temprano llegarían los nuestros. Y conseguí que los niños vivieran sanos y salvos hasta ese día.

TESTIMONIO DEL TENIENTE MAYÁKOV
EDITOR: VASILI GROSSMAN

Yo fui adoptada por la familia Lukinski (Declaración de Polina Ausker-Lukínskaya)

El 21 de julio de 1941 salí de Minsk, donde cursaba el segundo curso en el Instituto de medicina, y me dirigí a Borisov, donde vivían mis padres. Quería despedirme de ellos antes de marchar al campamento de pioneros donde me disponía a trabajar durante todo el verano. Tenía previsto marchar de Borisov el día 23, pero no pude hacerlo. El 22 de junio la radio informó del ataque alemán contra nuestra Patria.

Los alemanes llegaron a Borisov en los primeros días de julio. *[No me dio tiempo a evacuar la ciudad. Asustada por los relatos de las atrocidades que cometían los ocupantes, permanecí encerrada en casa durante dos semanas.]* Los alemanes iban de casa en casa interesándose por la nacionalidad de sus inquilinos y confiscándoles sus mejores posesiones. El 25 de julio comenzó la instalación del gueto. Toda la población judía de la ciudad fue obligada a abandonar sus casas y trasladarse a un sector de las afueras de la ciudad rodeado de alambradas *[del que antes fueron evacuados los rusos.*

Se nos prohibió todo contacto con el mundo exterior. En todas las calles y puertas de acceso al gueto los alemanes colgaron anuncios en los que se leía: «Restringido el paso a los judíos». Cada paso que dábamos era controlado por los guardias que vigilaban el perímetro del gueto y por la policía interna del mismo. Para abandonar el gueto se requerían pases especiales.

Toda la población del gueto estaba obligada a llevar distintivos cosidos a las partes anterior y posterior de sus ropas. Éstos eran de un color amarillo muy vivo. La ausencia del distintivo o el mero hecho de llevarlo cubierto con un pañuelo se castigaban con el fusilamiento.

Se dictó también una orden dirigida a los rusos. «En caso de encontrarse en la calle con un judío, se debe cruzar a la acera contraria. Se prohíbe todo intercambio de saludos u objetos entre rusos y judíos», establecía. El incumplimiento de esa disposición acarreaba idéntico

castigo para rusos y judíos: el fusilamiento.]

Los días transcurrían más o menos de la siguiente forma… Todas las personas aptas para trabajar estaban obligadas a presentarse en la plaza central del gueto a las ocho de la mañana. Allí los dividían en grupos y se los llevaban al trabajo vigilados por convoyes. Ninguno de los judíos que salían a trabajar por las mañanas tenía la certeza de regresar vivo al gueto. La ración diaria consistía en ciento cincuenta gramos de pan. El hambre se adueñó de todos. El hambre, las infernales condiciones de trabajo y el hacinamiento provocaron la rápida aparición de enfermedades infecciosas. No había medicamentos para tratar a los enfermos. Las muertes se sucedían sin cesar.

Los alemanes ordenaron entregar toda la ropa de abrigo que conservaban los judíos del gueto: abrigos de piel, botas de fieltro, chaquetas, guantes, *etc.* Después exigieron la entrega de todos los objetos de oro y plata. Amenazaron con fusilar a quinientas personas si no recibían todas las piezas de abrigo y a un millar en caso de reticencia a entregar el oro. Poco después exigieron también la entrega de la ropa de lana: calzones de punto, camisetas, jerséis… Cuando hubieron obtenido todo lo que exigían, nos impusieron una contribución de trescientos mil rublos.

Muy poco después dio comienzo el exterminio en masa de los judíos.

Todos los judíos residentes en aldeas y caseríos fueron asesinados. A las seis de la mañana del 20 de octubre la policía cercó el gueto de Borisov. Desde mi alojamiento, en el centro del gueto podía escuchar los gritos de los adultos y los llantos de las criaturas. Sacaban a la gente por la fuerza, la subían a los camiones y la conducían al «trabajo», es decir, al lugar de la ejecución. A las cuatro de la mañana del 20 de octubre se llevaron a mi padre, a mi madre y otros de mis seres queridos. Pude escuchar los gritos desesperados de mi madre pidiendo socorro… ¿Qué podía hacer yo? Oculta con mis hermanos de once y quince años en una buhardilla, fui testigo de cómo se los llevaban a todos a ejecutar. La masacre se prolongó durante tres días. Los verdugos hicieron todo lo posible por disimular que estaban perpetrando una ejecución en masa. Así, prohibieron la circulación por las calles que rodeaban el gueto y dieron tres días libres a los empleados en la peletería

contigua al perímetro del gueto. Camiones cargados de judíos salían del gueto sin cesar y regresaban trayendo las pertenencias de las víctimas. Toda escapatoria era imposible, pues las calles estaban llenas de policías que disparaban como locos cuando sospechaban de cualquier conato de fuga.

Desde la buhardilla escuché las voces de los alemanes rebuscando en nuestra casa y cargando con todo lo que les apetecía. Su estado de embriaguez resultaba evidente. También escuché los gritos desesperados de una joven a la que habían dado alcance cuando intentaba escapar. La sometieron a torturas insoportables. *[«¡Soy rusa!», gritaba la muchacha. Pero de nada le sirvió, porque la mataron igualmente.]*

Al tercer día la policía irrumpió de repente en la buhardilla donde habíamos permanecido ocultos. Tras obligarnos a tumbarnos en el suelo con los brazos extendidos, nos sometieron a un rápido cacheo y se incautaron del dinero y los objetos de valor que llevábamos. Después nos reunieron con un grupo de otras sesenta personas y nos llevaron a ejecutar. Algunos resultaron estar demasiado enfermos como para poder andar al paso necesario: fueron fusilados en plena calle.

Nos llevaron al aeródromo de Razuvaevka, a unos dos o tres kilómetros de la ciudad. Ese era el lugar de la ejecución: se advertía que la tierra estaba removida en algunos puntos y hollada por los pasos de centenares de personas. Alcancé a ver algunas cabezas cubiertas a medio de tierra. Allí nos obligaron a desnudarnos, nos proveyeron de palas y nos ordenaron cavar una zanja. Los documentos y fotografías personales que llevábamos fueron destruidos minuciosamente. Teníamos que cavar a toda prisa. Toda muestra de flaqueza era castigada a culatazos. Yo me iba quedando rezagada, porque tenía que cavar por mí y por mi hermano pequeño, lo que me valió recibir varios golpes. A cierta distancia, unos alemanes tomaban fotografías entre carcajadas.

Cuando las zanjas estuvieron listas, nos obligaron a colocarnos frente a ellas. Comprendí que se disponían a dispararnos por la espalda. Situado en un extremo de la hilera de condenados, era la que más cerca estaba de los alemanes. Entre ellos estaba un austríaco que me conocía, pues antes había trabajado fregando suelos en su unidad militar. Busqué su mirada y el hombre, al

reconocerme, me saludó con la mano. Eché a correr hacia él, desoyendo las protestas de los policías. Kovalevski, el jefe de la policía, me preguntó mi apellido, pero el austríaco *[le aseguró que yo era rusa y]* me llevó hasta su automóvil. Cuando el coche se puso en marcha de camino a Minsk escuché el tableteo de las ametralladoras. Masacraban a inocentes. En apenas tres días fueron exterminados más de diez mil judíos.[114]

A unos veinte kilómetros de Minsk, mi benefactor me hizo bajar del automóvil y me despidió diciendo: «¡Sálvate como puedas!». Esa primera noche la pasé a la intemperie, estremeciéndome cada vez que escuchaba algún ruido. «¿Adónde diablos voy a ir?», me preguntaba. Cuando amaneció me encaminé hacia Minsk, ciudad donde había vivido dos años en el pasado y tenía conocidos y parientes. Encontré a Minsk en ruinas, especialmente el centro de la ciudad. Como carecía de documentos de identidad, me fui directamente al gueto. Allí conté todo lo que había visto en Borisov. Tras pasar un día en la ciudad, decidí seguir camino hacia el este. Quería llegar hasta la línea del frente y unirme a los nuestros.

Después de superar innumerables obstáculos, llegué a Smolensk el día en que se celebraba el aniversario de la Revolución de Octubre. No conocía a nadie en la ciudad. De pie en medio del puente que cruza el río Dniépr, me preguntaba dónde podría encontrar cobijo. Caía la noche y comprendí que no me quedaba otra que ir a pasar la noche al gueto de Smolensk, ubicado en Sadki. Ya para entonces el frente se había movido muy lejos al este y mis fuerzas se habían agotado. Decidí quedarme un tiempo en Smolensk. Pero no podía hacerlo en la propia ciudad, donde me exponía a ser descubierta, así que busqué cobijo en los suburbios. Alguien me dijo que acudiera a Serebrianka, a cuatro kilómetros de Smolensk, donde aún vivían los Morozov, una familia judía que no se había trasladado al gueto. En efecto, pude pasar la noche con ellos, pero no mucho más. Los Morozov se habían atraído la vigilancia de un intérprete de alemán que trabajaba en el aserradero y no podían correr riesgos. Me aconsejaron pedir ayuda a una familia rusa, los Lukinski. Acudí a ellos, les conté mi historia y me acogieron en su casa.

Los Lukinski ponían en riesgo sus propias vidas al ofrecerme refugio, pero eso no los detuvo: me trataron como a una hija.

[Necesitaba documentos de identidad con toda urgencia. Los Lukinski me presentaron a varias jóvenes rusas y una de ellas, Pechkúrova, aceptó acudir a la oficina de pasaportes y gestionarme uno a nombre de su amiga Olga Vasílievna Jrápova. A partir de entonces pude comenzar una nueva vida con nuevos nombre y apellido. Ya provista de documentación pude encontrar un empleo. Me habitué rápidamente a mi nueva familia y muy pronto los Lukinski ocuparon el lugar de mis padres, asesinados por los alemanes.]

Los Morozov fueron detenidos el 10 de noviembre. Antes, los Lukinski consiguieron llevarse a sus hijos y esconderlos en un lugar seguro. Los alemanes fusilaron a los Morozov. En la primavera de 1942 los habitantes del gueto de Smolensk corrieron la misma suerte que los del gueto de Borisov. Dos mil personas fueron ejecutadas.[115] Los fascistas buscaron afanosamente a todos los judíos que intentaban escapar al castigo *[escondidos tras apellidos rusos]*. Cuando encontraban a alguno lo fusilaban junto a los rusos que lo habían cobijado. Los Lukinski estaban muy preocupados por mí. La Gestapo estaba practicando detenciones y ejecuciones por todas partes.

Mis depresiones eran frecuentes, pero siempre E. P. Lukinski, mi nuevo padre, se ocupaba de insuflarme la fe en la llegada del Ejército Rojo y el consiguiente fin del yugo fascista. Leíamos las octavillas que dejaban caer los aviones soviéticos y por medio de ellas conocíamos de los avances del Ejército Rojo. Alimentábamos la esperanza en una pronta liberación. Los alemanes se llevaban a todos los jóvenes a cavar trincheras o a trabajar en Alemania. *[Cada policía que pasaba cerca de nuestra casa hacía que mi corazón diera un vuelco, pero la suerte me sonrió y alcancé a vivir hasta que nos llegó la hora de la liberación de la mano de nuestro poderoso Ejército Rojo. Con todo, los últimos días de la ocupación fueron especialmente duros. Tuve que ser ingresada en el hospital y en cuanto me dieron el alta]* nos fuimos todos a los bosques, porque los alemanes estaban quemando las casas, a medida que se retiraban.

Éramos muchos los que vagábamos por los bosques hablando en susurros para evitar ser descubiertos por el enemigo. El 24 de septiembre volaron sobre nuestras cabezas los proyectiles disparados por la artillería soviética. Los saludamos con entusiastas aplausos. El 25 de septiembre de 1943 vimos al primer soldado

soviético en labores de reconocimiento. Me lo comí a besos con los ojos llenos de lágrimas.

[Olga Yevguénievna Lukínskaya y Polina Márkovna Ausker]
Editor: V. Ilienkov

Las maestras Gólnieva, Terejova y Timoféyeva

Tras graduarme en el Instituto pedagógico de Smolensk, trabajé durante tres años en el distrito de Kasplia, región de Smolensk. Primero ocupé una plaza de maestra en el colegio de Yenkov y después lo hice en el de Kasplia. Siempre puse al servicio de mis pupilos todos mis conocimientos y fuerzas. Ello me granjeó el cariño de los pequeños y el respeto de sus padres.

La ocupación alemana me sorprendió en Kasplia, población que no pude evacuar a tiempo. Pronto los alemanes comenzaron a levantar un registro de todos los residentes judíos, así que me vi obligada a esconderme. Recibí la ayuda de muchas colegas y también de alumnos. Entre las primeras destacaron muy especialmente Yekaterina Abrámovna Gólnieva y Anna Yevséyevna Terejova. Pasé cuatro meses viviendo a salto de mata: nunca sabía dónde me iba a tumbar a dormir ni dónde amanecería. Finalmente, encontré refugio en la casa de la maestra Alexandra Stepánovna Timoféyeva, quien fue mi compañera de trabajo durante dos años en el colegio de Yenkov. Timoféyeva me alojó en una casita, en la aldea de Babintsi, donde vivían su madre, Domna Arséntievna y su hermana, una mujer casada que tenía dos hijos. Todos ellos corrían un grave riesgo por el mero hecho de esconderme, pero el coraje Timoféyeva no flaqueó jamás. Siempre supo hurtarme a las miradas de los vecinos, ya fuera cubriéndome con almohadones o escondiéndome en la estufa…

Un día llegaron a Babintsi unos alemanes y ocuparon una casa. Como no podía permanecer allí por más tiempo, Alexandra Stepánovna me encontró un nuevo refugio en casa de una tía suya, Yekaterina Yefímovna Ksenzova, quien vivía en una aldea cercana junto a su hija Nina, estudiante del Instituto pedagógico de Smolensk. Ambas ya escondían a otra judía, Sarra Veniamínovna Vints, una condiscípula de Nina. Madre e hija vivían en el colegio donde la primera llevaba muchos años dando clases. Sarra y yo nos escondíamos en un zulo cavado bajo el suelo del colegio. Pasé seis

meses escondida por las Timoféyeva, primero, y las Ksenzova, después. A veces me deprimía pensando que no tendría fuerzas para soportar hasta el final. Pero mis amigas me animaban y me insuflaban deseos de vivir. Todas aquellas mujeres prestaron también una gran ayuda a los partisanos que operaban en la zona. La anciana Yekaterina Yefímovna Ksenzova podía pasarse horas de guardia para velar el sueño de un partisano.

El 8 de mayo de 1942 Sarra y yo marchamos a los bosques junto a los partisanos. Allí encontré a viejos conocidos como el secretario del Comité del Partido Comunista en el distrito de Kasplia, Vólkov, y la jefa del departamento de educación popular del distrito, Góldneva. Ksendzova y su hija Nina también se unieron muy pronto al destacamento partisano. Poco después los partisanos me condujeron a través de la línea del frente y pude llegar a la retaguardia de nuestras tropas.

Tan sólo después de que nuestras tropas recuperaran la ciudad de Smolensk, echando a los alemanes, pude abrazar a las magníficas mujeres rusas que me salvaron la vida.

TESTIMONIO DE HANNA JAÍMOVNA JODOS
EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

Zírchenko, un contable

Fueron siete las familias judías residentes en la ciudad de Ordzhonikidze, región de Stalin, que no consiguieron evacuar la ciudad ante la llegada de los alemanes. Al verse bajo la ocupación, todos sus miembros corrieron a refugiarse en Blagodátnoye, una aldea adscrita al Consejo rural de Guliaipol, en la región de Dniépropetróvsk.

La ocultación de judíos estaba penada con la muerte. Y eso lo sabía bien Pavel Serguéyevich Zírchenko, contable de la granja colectiva. Y sin embargo no entregó ni un solo judío a los alemanes, sino que les dio trabajo en la granja colectiva. El 22 de noviembre de 1943 todos los habitantes de la aldea, incluidos los refugiados judíos, fueron liberados por el Ejército Rojo. Las familias Traiberg, Nujímovich, Babski, Kuskovski, Góntova, Peresedskaya y Shabis —treinta personas en total— salvaron la vida gracias a Pavel Serguéyevich Zírchenko.

EDITOR: ILYÁ EHRENBURG

Testimonio de F. M. Góntova

En octubre de 1941 vivía con mis hijos en Yenakievo. Mi marido luchaba en las filas del Ejército Rojo. Ante el avance alemán, cogí a mis hijos y huí a la región de Rostov. Allá vivimos hasta junio de 1942, cuando los alemanes llegaron hasta la población donde nos habíamos instalado y ésta quedó en medio del campo de batalla. Entonces huí nuevamente. Junto a otras familias judías nos fuimos a las estepas. Gracias a que conseguimos disimular que éramos judíos, pudimos vivir de aldea en aldea, durante otro medio año, aunque el peligro de muerte se cernía a cada instante sobre nosotros. Para ese entonces llegamos a las inmediaciones de Blagodátnoye, donde una de las mujeres que nos acompañaba tenía un viejo conocido, el veterinario G. I. Volkozub. El veterinario nos acogió con gran benevolencia y nos procuró alojamiento y trabajo a todos. El contable de la granja agrícola local, P. S. Zírchenko, nos prestó una ayuda crucial. Bastó que le contáramos todo lo que habíamos pasado para que nos ayudara a instalarnos allí, aun a riesgo de su propia vida.

Allá en Blagodátnoye vivimos hasta el venturoso día en que los monstruos alemanes se vieron obligados a huir de los golpes propinados por el Ejército Rojo.

EDITOR: G. MUNBLIT

Uno sobrevivió: el testimonio de Yevsei Yefímovich Gopshtein

Los alemanes irrumpieron en Simferopol el 2 de noviembre de 1941. Todos venían cuidadosamente rasurados y vestidos con primor, como si llegaran de un desfile militar y no de salvar el Perekop. Creo que los hicieron entrar así para impresionarnos, buscando un efecto psicológico sobre el pueblo soviético. En realidad, debe tratarse de un destacamento llegado directamente a Crimea desde la retaguardia alemana. Postigos, portones y puertas los esperaron cerrados a cal y canto. Tan sólo a media tarde el sonido de la alarma hizo que algunos salieran de sus casas. Pequeños grupos de vecinos se congregaron en esquinas y plazas. Yevsei Yefímovich Gopshtein, economista de sesenta años al servicio del Comisariado popular para la economía nacional y nativo de Simferopol, ciudad en la que vivió casi toda su vida, estaba entre ellos. Su hijo, un piloto tres veces condecorado, estaba en el frente. Su nuera, una profesora residente en Simeiz fue evacuada de Crimea junto a sus dos hijas en agosto. La mujer convenció a su suegra, la mujer de Yevsei Yefímovich, para abandonar la ciudad junto a sus nietos. El viejo Gopshtein se quedó solo en Simferopol, aunque no experimentó la soledad hasta la llegada de los alemanes. Su anciana hermana, una reputada especialista en química empleada de uno de los laboratorios de Simferopol, permanecía en la ciudad, como también lo hacían muchos viejos colegas de distintas nacionalidades. Gopshtein salió aquel día a la calle imbuido de la triste certeza de que los alemanes acababan de apoderarse de la floreciente y próspera Crimea. Este es su relato: «Era un día soleado. Todavía no hacía un tiempo otoñal, aunque hacía algo de frío. Me di una vuelta por las calles del centro de la ciudad. Me asomé a la Púshkinskaya. Allí me encontré la primera orden de los ocupantes, enmarcada en brillante color rojo e impresa en tres lenguas: ruso, ucraniano y alemán. Varias personas se habían aglomerado frente al cartel y alguien lo leía en voz alta.

Leía con voz clara y no sé los demás, pero yo conseguí captar el sentido de la orden. Y me dejó una impresión pesada, desasosegante. Era como si un hachazo hubiera cortado de golpe nuestra vida pasada, nuestra realidad soviética. La población de Simferopol estaba formada por gentes de muchas nacionalidades. Siempre vivimos en amistad, como hermanos. Y, sin embargo, la mitad del texto de la orden estaba orientada a los judíos. La palabra "judío", así a secas, no aparecía por ninguna parte. Se nos llamaba en tonos aún más despectivos. Se dejaba a "esos judíos" el cierre de las zanjas, la recogida de los cadáveres de rusos y alemanes, la limpieza de la basura. Todo eso quedaba encargado a "esos judíos". Los encargados de designar a quienes harían tal o cual trabajo eran los responsables de la comunidad nombrados por los propios alemanes y, parcialmente, elegidos por los propios judíos. *[Dejé de escuchar y escruté los rostros de la multitud. Había de todo: armenios, tártaros, rusos y judíos. No me equivoco si digo —pude verlo claramente — que ninguno de los presentes aprobaba lo que oía.]* Todos atendían a la lectura de la orden con las cabezas gachas y los ceños fruncidos. La escucharon en silencio y en silencio se dispersaron en diferentes direcciones».

Las órdenes alemanas se sucedieron una tras otra en los días siguientes:

1. Todos los judíos y *krimchaks* han de presentarse ante las oficinas del censo. Toda evasión del cumplimiento de esta orden se castiga con el fusilamiento.
2. Válido igualmente para judíos y *krimchaks*: se los obliga a llevar brazaletes y estrellas de seis puntas a modo de distintivo. Toda evasión del cumplimiento de esta orden se castiga con el fusilamiento.
3. Los rusos, tártaros y miembros de otras nacionalidades han de presentarse ante las oficinas del censo. Toda evasión del cumplimiento de esta orden se castiga con el fusilamiento.
4. Se prohíbe la circulación por las calles a partir de las 17.00 horas. Toda violación de esta orden se castiga con el fusilamiento.

Simferopol fue convertida en una gigantesca cámara de tortura y un repugnante matadero. El día 9 de diciembre de 1941 los alemanes exterminaron a los más antiguos habitantes de Crimea, los *krimchaks*. Los días 11, 12 y 13 fueron dedicados al exterminio de los judíos. El censo llevado a cabo por los alemanes arrojó una población de catorce mil judíos en Simferopol, cifra que incluye unos mil cuatrocientos *krimchaks*. No se trata del total de judíos que residían en la ciudad antes del estallido de la guerra. En realidad, la mayor parte de los judíos de Simferopol evacuó la ciudad durante el avance de las tropas alemanas, ya fuera evacuados junto a instituciones y empresas del Estado o huyendo a título individual. No obstante, la guerra trajo a la ciudad a los habitantes de Jersón y Dnepropetróvsk, a los pobladores de las aldeas judías de los distritos de Fraidorf y Larindorf y a los judíos de Yevpatoria. Todos ellos pensaron que encontrarían la salvación inmersos en una gran masa de judíos. Bien al contrario, lo que vinieron a encontrar fue la muerte. Los fascistas exterminaron a los *krimchaks* el día 9 de noviembre y seguidamente la emprendieron con los judíos a quienes masacraron en varios puntos de la ciudad y sirviéndose de diversos métodos. Durante tres días seguidos los lamentos de las víctimas se oyeron por todo Simferopol y sus alrededores. El ruso V. Davydov, obrero de la Planta mecánica de Simferopol recuerda así aquellas jornadas: «Yo entonces vivía en el número 78 de la calle Pushkin, no muy lejos del estadio y lo vi todo desde las ventanas de la segunda planta. Desde primera hora de la mañana millares de familias fueron conducidas a la plaza. Las calles Salguírnaya, Gógol, Púshkinskaya y Kooperatívnaya, por las que avanzaban los condenados estaban tomadas por hombres de las SS. Los alemanes no tenían la certeza de que todos los judíos respondieran a la convocatoria, de manera que había redadas por toda la ciudad. La cacería era particularmente activa en el distrito Tatarski de Subri y en los alrededores de la fábrica de conservas de la calle Karl Marx. Muchos obreros de esa fábrica tenían niños judíos escondidos en sus casas. También habían brindado refugio a pacientes del hospital cercano. Los alemanes propinaban toda suerte de culatazos y patadas a los detenidos. A la caída de la noche ya eran varios millares los judíos conducidos a golpes hasta el jardín metropolitano. El jardín había sido dotado para la ocasión de una

sorprendente iluminación artificial. Los oficiales y soldados alemanes se divertían al son de la música. A las diez de la noche dio comienzo la monstruosa masacre. Los ancianos fueron separados y después colgados en el callejón Pochtovi y las calles Léninskaya, Salguírnaya, Kírovskaya, todas ellas aledañas al jardín. El resto fue conducido ante unas zanjas abiertas junto a los Baños públicos nuevos y masacrados con ametralladoras. Esa noche fue asesinado el célebre psiquiatra *[judío]* Balaban y el artista emérito *[judío]* Smolenski. Los vecinos de ese barrio me contaron más tarde que los alemanes arrojaban a los niños vivos a las zanjas y amputaban los pechos a las jóvenes».

El camarada Davydov concluye su relato con las siguientes palabras: «En Simferopol no quedó ni un solo judío». Pero Davydov estaba en un error. *[Uno sobrevivió. Uno entre catorce mil judíos. A saber,]* Yevsei Yefímovich Gopshtein, quien decidió no acudir a la citación alemana de la que supo en la calle Púshkinskaya. No obstante, de lo que no podía escapar era de los rumores que corrían por todas partes. Veamos cinco de ellos:

1. La población judía será enviada como carne de cañón a la cabeza de las tropas alemanas que atacarán Sevastopol;
2. Los judíos serán enviados a trabajar a Besarabia;
3. Los judíos serán enviados a realizar trabajos agrícolas en colonias establecidas en los distritos Fraidorf y Larindorf, donde está pendiente la siembra de muchas tierras ociosas;
4. Todos los judíos serán enviados a la primera línea del frente ruso;

   Y por último:

5. Todos los judíos serán exterminados.

A ese último rumor no podía darle crédito ni un solo soviético. La hermana de Gopshtein fue asesinada al acudir a la convocatoria del censo. También fueron asesinados todos sus amigos judíos *[desde los ancianos decrépitos hasta los niños de pecho]*. Seguidamente fueron exterminados los rusos que habían contraído matrimonios mixtos con judíos y la descendencia de éstos. Daba la impresión de

que habían cambiado hasta el aire de la ciudad y ahora se respiraba sólo horror y sangre. Las redadas masivas comenzaron en enero de 1942. Los alemanes iban calle a calle, edificio a edificio, apartamento a apartamento en busca de presas. Cuando comenzó el censo muchos judíos se escondieron en casas de parientes y conocidos, pero hacia diciembre de 1942 casi todos esos escondites habían sido descubiertos y sus beneficiarios capturados como fieras a las que daban caza. Gopshtein llevaba veintiocho años viviendo en una misma casa. Un edificio de veinte apartamentos habitados por rusos, judíos y tártaros. Ninguno de sus vecinos lo denunció. Una maestra rusa, amiga de los Gopshtein desde siempre, lo escondió en una habitación de su apartamento. Y a partir de entonces las vidas de su benefactora y la del propio Gopshtein se complicaron extraordinariamente. *[Ninguno de los inquilinos del apartamento sabía que en una de sus habitaciones se escondía un judío.]* Ella cerraba la habitación bajo llave cada vez que salía. Gopshtein no podía revelar su presencia allí bajo ninguna circunstancia. De hacerlo, habría puesto en peligro su vida y también la de su benefactora. *[Un día, aprovechándose de la ausencia de la maestra, los alemanes intentaron abrir la puerta de la habitación.]* La recia puerta, guardada por un cerrojo norteamericano, resistía los golpes propinados desde el exterior. De repente Gopshtein escuchó los ladridos de un perro que rascaba la puerta. Se quedó de una pieza. Las voces que le llegaban desde el exterior confirmaron que los alemanes habían venido acompañados de un perro pastor. Ocultar de un perro la presencia de un ser humano al otro lado de la puerta era imposible. Estaba perdido. Y en eso se abrió la puerta de uno de los apartamentos vecinos y otro perro irrumpió en el pasillo y se abalanzó sobre el perro policía. Preocupado por la integridad de su can, el oficial alemán lo apartó de la puerta y se lo llevó afuera.

En una habitación contigua a la que servía de refugio a Gopshtein, los alemanes montaron un comedor para los operadores de sus baterías antiaéreas. El trasiego de soldados alemanes por el pasillo era constante. Ahora la maestra se veía obligada a trasladar a su inquilino al trastero durante unas horas cada día. Una mañana la despertaron ruidos que indicaban que los alemanes estaban realizando un registro. Sin perder ni un instante, condujo a Gopshtein al trastero lleno de armarios, mapas, maletas y libros,

cerró la puerta con una llave que se guardó en el bolsillo. Pero cuando los alemanes llegaron ante la puerta cerrada y ordenaron abrirla resultó que la dueña de la casa, quien los acompañaba, tenía una copia de la llave. Oculto en la estrecha separación entre dos armarios, Yevsei Yefímovich no sintió miedo cuando los alemanes entraron en su escondite. «Ya me había hecho a la idea de que esa vez no escaparía —nos contó—, de manera que sólo pensaba en conservar la fuerza de espíritu necesaria para enfrentar la muerte con dignidad y sin humillarme».

Con todo, los alemanes no atinaron a descubrir la presencia de Yevsei Yefímovich en aquel trastero en penumbras y atestado de muebles. Al marchar, se llevaron la llave consigo y prometieron volver a llevarse algunos trastos. La maestra aprovechó un instante de confusión para devolver a su protegido a la habitación, ya registrada por los visitantes. Ninguno de los inquilinos de la casa sabía que ella guardaba una copia de la llave del trastero.

Gopshtein permaneció escondido durante veintiocho meses. Concretamente, hasta el 14 de abril de 1944. Muchas veces temió perder la razón. Leía y escribía, siempre cuidándose de no emitir el menor ruido. Todos pasaban hambre y frío, pero la mujer que lo tenía acogido los sufría todavía más, porque tenía que dividir en dos sus escasas provisiones. Todo lo que tenían era dieciséis kilogramos de harina, veinticuatro kilogramos de patatas, una botella de aceite vegetal, unos pocos kilogramos de granos y un pote de grasa ya empezado. El pote de marras se lo había traído a Yevsei Yefímovich un carpintero ruso a quien se encontró súbitamente junto al puente Feodosii, cuando aún podía salir a la calle. Intercambiaron unas pocas palabras y el carpintero le dijo: «Creo que podré prestarle alguna ayuda, porque precisamente ayer maté un jabalí. Le traeré un poco de grasa». En efecto, esa noche el carpintero le trajo un poco de carne y grasa. A Gopshtein ya no lo encontró en el apartamento donde vivía, pero le dejó el regalo —que era todo lo que podía ofrecerle— con unos conocidos. Las enumeradas reservas les duraron tres meses. A partir de entonces la maestra tuvo que dividir con Gopshtein su magra ración. Gracias a ello Yevsei Yefímovich Gopshtein consiguió sobrevivir. *[Fue el único de catorce mil judíos que lo hizo.]*

EDITOR: L. SEIFÚLINA

El sacerdote Glágolev (Comunicación de I. Mínkina-Yegorícheva)

Las tropas alemanas entraron en Kíev el 19 de septiembre de 1941. *[¡Fue una jornada terrible! Al día siguiente tuve que atravesar la calle Kreschatik que tan bien conozco desde mi infancia. Ahora tenía un aspecto monstruoso y me resultaba ajena. Había guardias alemanes apostados en torno a algunos edificios importantes —la central de correos y otros. Fui testigo de cómo un alemán pegaba con su fusta a un hombre que intentaba acercarse a uno de los edificios rodeados.]*

El 28 de septiembre, nueve días después de que Kíev cayera en manos de las hordas fascistas, en muros, tapias y esquinas de toda la ciudad aparecieron carteles avisando de la convocatoria a todos los judíos de Kíev a presentarse el 29 de septiembre en la calle Dégtiarevskaya, junto al cementerio judío.

Se les indicaba llevar consigo ropa de abrigo, dinero y los objetos de valor que poseyeran. La orden amenazaba con el fusilamiento a todos los judíos que no acudieran a la convocatoria, así como a todos los no judíos que osaran dar refugio en sus casas a judíos en fuga.

Una terrible ansiedad se abatió sobre todos *los judíos, como también sobre todas las personas que aún conservaran sentimientos de humanidad. Todos querían adivinar qué podía esconderse tras convocatoria tan desusada. Trabé conversación con dos oficiales alemanes que avanzaban por la calle Shevchenko alejándose de la estación de ferrocarriles. Me dijeron cortésmente que acababan de llegar a la ciudad y nada sabían de la orden concerniente a los judíos. Suponían que se trataba de algún censo de población relacionado con la obligatoriedad de llevar distintivos. Cuando les dije que estaba preocupada porque yo era judía, se despidieron con un brusco* «Aufwiedersehen» *y adoptaron un aire ofendido. Aun cuando nadie sabía a ciencia cierta qué esperaba a los judíos, no era difícil imaginar que sería algo horrible*. Atormentados por horribles presentimientos, algunos se entregaban a la desesperación, mientras otros se

agarraban a la última brizna de hierba, como quien se ahoga en un río sin remedio. Esa última esperanza consistía en la remota posibilidad de que los judíos fueran llevados a trabajar a alguna ciudad distante, una vaga idea reforzada por el hecho de que el punto de convocatoria estuviera situado muy cerca de un nudo ferroviario y una estación de trenes importantes. *[La idea de una muerte violenta e inminente infligida a sus seres queridos y, especialmente, a niños pequeños les parecía algo tan horrible que todos intentaban apartar esas ideas.]* Los lamentos de quienes se sabían condenados llenaban la noche de un pesado rumor. A aquella noche horrible la siguió un amanecer aún más horrible. Decenas de miles de judíos avanzaban en interminable procesión hacia el lugar establecido. Todas las edades estaban representadas en aquella marea humana: jóvenes de ambos sexos en la flor de su edad, hombres en la plenitud de sus fuerzas, ancianos con las espaldas dobladas por los años, madres acompañadas de su prole, algunas llevando a sus pequeños retoños en brazos…

Había profesores y médicos, abogados y funcionarios, artesanos y obreros. Y todos acudían desde distintos puntos de la ciudad, como arroyos que iban a desembocar en un solo río interminable. Un mar de cabezas, decenas de miles de hatillos y maletas. La calle bullía como nunca, mientras el gélido horror de la muerte lo envolvía todo…

En la mañana del día 29 vi a mis seres queridos emprender el camino hacia la muerte. Los acompañé a lo largo de unas cuantas manzanas hasta que, ante su insistencia, acudí a preguntar si también mi hija y yo debíamos acudir a la convocatoria. Mi marido es ruso. Acordé con mis familiares que me esperarían en uno de los recodos de la calle Dorogomílovskaya.

Acudí a varias oficinas con el propósito de proveerme, en tanto casada con un ruso, de la autorización para residir en Minsk. También pregunté qué sería de los judíos convocados aquella mañana. Naturalmente, no obtuve «autorización» alguna ni tampoco averigüé nada. Todos los alemanes me gritaban en tono amenazante: «¡Váyase al cementerio!».

Llevé a mi hija Ira, de diez años, a la casa de su abuela paterna. Allí dejé también algunas de mis pertenencias.

No fue hasta las cinco de la tarde que me dirigí al cementerio

judío. Nadie me esperaba donde habíamos acordado. *[Ya se habían marchado para siempre y no era conveniente que yo regresara a mi casa.]*

Me fui a la casa de unos parientes de mi marido y permanecí escondida durante una semana en un pequeño cobertizo donde guardaban la leña.

Muy pronto se supo que más de setenta mil judíos habían sido salvajemente asesinados en Babii Yar.

Los parientes de mi marido acudieron a la familia del padre Alexei Alexándrovich Glágolev en busca de consejo.

Glágolev es hijo de Aleksandr Aleksándrovich Glágolev, el célebre hebraísta de la Academia Espiritual de Kíev y antiguo padre superior de la Iglesia de Nikola Dobri, en Podól. En el pasado, el profesor Glágolev había intervenido en favor de Beylis en el proceso seguido contra éste. *[Glágolev había demostrado que los crímenes rituales eran una mera invención antisemita.*

El padre Alexei acudió a interceder en mi nombre ante el profesor Ogloblin, a la sazón máxima autoridad en la ciudad.

Ogloblin conocía bien a mi familia, de manera que acudió a su vez ante el comandante alemán. Minutos más tarde abandonó el despacho notablemente confuso y muy pálido. El comandante le había dicho que los asuntos concernientes a los judíos eran competencia exclusiva de los alemanes y éstos los resolvían según estimaban conveniente.]

Mi situación era desesperada. Permanecer escondida en la casa de los parientes de mi marido implicaba ponerlos a ellos también en peligro.

[Tatiana Pávlovna Glágoleva, la esposa del padre Alexei, tuvo una idea desesperada: entregarme a mí, Izabella Naúmovna Yegóricheva-Mínkina, su pasaporte y su certificado de nacimiento. Provista de esos documentos] me recomendaron acudir a unos campesinos que ellos conocían en una aldea vecina.

[Tatiana Glágoleva se exponía a un grave peligro al quedar indocumentada en tiempos tan desapacibles.

Encima, se requería sustituir su fotografía por la mía en el pasaporte. Por suerte esa operación quedaba facilitada por un hecho fortuito: un incendio había hecho arder las esquinas del documento y el agua utilizada para apagar el fuego lo había dejado en un estado muy lamentable. Así, el sello estampado sobre la fotografía se había

desdibujado. Todo ello nos ayudó a sustituir las fotografías con éxito. Esa misma noche, y ya provista del pasaporte y el certificado de nacimiento de T. P. Glágoleva, me encaminé hacia la población de Stalinka (Deméyevka), a las afueras de la ciudad y desde allí seguí camino hasta Zlodíyevka (ahora, Ukráinka). En esa última población viví durante ocho meses en la casa de unos campesinos bajo la identidad de T. P. Glágoleva.

En una ocasión los hombres de la Gestapo que iban de casa en casa en busca de presas estuvieron a punto de cargar con la verdadera T. P. Glágoleva, cuya carencia de documentos la convirtieron en sospechosa. Consiguió escapar de ellos a duras penas, gracias a los numerosos testimonios de los vecinos.

Como ya he dicho,] mi permanencia en Zlodíyevka no fue larga. Las autoridades del Consejo rural comenzaron a mirarme con cierta sospecha. Habían aparecido partisanos en la zona y toda la gente «de fuera» era sospechosa de ayudarlos. Finalmente, fui convocada a la sede del Consejo rural para responder algunas preguntas sobre mi identidad. Tras conseguir zafarme de ellos a duras penas, regresé a Kíev a toda prisa. Llegué a casa de los Glágolev a última hora de la noche del 29 de noviembre. Poco después se me reunió allí mi hija Ira, de diez años. Ambas nos instalamos en la casa del padre Glágolev simulando ser parientes suyas y durante los siguientes dos años jamás salimos solas de casa ni nos apartamos de ellos ni un instante.

[El apartamento de los Glágolev y el campanario de la iglesia se convirtieron en nuestros escondites. Era una tarea muy difícil, toda vez que yo era judía y, al mismo tiempo, por mi edad estaba sujeta a la movilización para el trabajo e incluso para ser enviada a Alemania. Por otra parte, mucha gente me conocía y podía revelar mi verdadera identidad, aun sin quererlo.] Los Glágolev salvaron a otros judíos, además de a mí y a mi hija. Polina Davídovna Sheveliova y su madre Yevguenia Akímovna Sheveliova fueron otras dos de sus protegidas. P. D. Sheveliova, de veintiocho años, era la esposa del ucraniano D. L. Pasíchny. Vivían en el número 63 de la calle Saksaganski.

Cuando apareció la fatal orden del 28 de septiembre de 1941, D. L. Pasíchny encerró a su mujer y su suegra y se fue a la calle a «investigar».

Con ese propósito acudió al punto de concentración a la hora en que debían reunirse allí los judíos y estuvo a punto de compartir la suerte deparada a los judíos. Escapó por los pelos, pero se convenció de que mandar a su mujer y a su suegra al cementerio equivalía a condenarlas a una muerte segura. Tampoco permanecer en el apartamento donde vivían era garantía de salvación, ni mucho menos. ¿Qué hacer, pues? Mientras vagaba por la ciudad en busca de una salida, Pasíchny se encontró con la cantante Yegóricheva con la que había trabajado en el pasado. Fue ella quien le recomendó pedir ayuda al sacerdote Glágolev. Rebuscando entre los papeles de su padre, el padre Alexei encontró varios impresos de un procedimiento civil que había perdido toda relevancia desde hacía muchos años: certificados de bautismo. Uno de esos impresos en blanco fue utilizado para registrar el bautizo de «Polina Davílovna Sheveliova, nacida en 1913 en el seno de una familia que profesaba la fe ortodoxa rusa». El propio Pasíchny se ocupó de procurarse un sello, que arrancó de un viejo legajo, y rubricó el falso certificado. Provistas de ese documento, Polina Davídovna y su madre se trasladaron en secreto a una pequeña propiedad que conservaba la iglesia en el número 6 de la calle Pokróvskaya. La casa se hallaba bajo la jurisdicción de la comunidad religiosa. Aleksandr Grigórievich Gorbovski, investigador de la Academia de Ciencias, prestó una activa colaboración al padre Glágolev en todas esas operaciones. Renuente a trabajar para los alemanes, Gorbovski se convirtió en administrador de los edificios en propiedad de la Iglesia de la Intercesión de Kíev-Podól. En «sus dominios» Gorbovski dio cobijo a muchos judíos y también a adolescentes rusos a quienes amenazaban los trabajos forzados en Alemania. Su astucia fue tal que consiguió cartillas de racionamiento para sus «internos».

Muchas de las personas refugiadas en las dependencias eclesiásticas recibieron documentos que las acreditaban como cantantes del coro, monaguillos, guardianes, *etc.* Si los alemanes hubieran reparado en el enorme número de personas que trabajaban para iglesia tan pequeña y humilde y hubieran llevado a cabo una investigación sobre ello, los firmantes de tantos certificados habrían sido fusilados sin contemplaciones.

La familia Pasíchny, a quienes he mencionado antes, permanecieron ocultos durante diez meses en una casita que

pertenecía a la iglesia.

Los Glágolev se dejaron la piel para conseguir salvar a la familia de Nikolai Gueórguievich Germaize.

Los Germaize, de origen judío, habían sido bautizados aun antes de la revolución *[y, según sus pasaportes, eran ucranianos]*. El cabeza de familia, N. G. Germaize, era profesor de matemáticas, mientras Liudmila Borísovna, su mujer, era ama de casa. Tenían un hijo adoptado, Yura, un chico superdotado de diecisiete años, lleno de vida y estudiante del Instituto pedagógico. *[Si bien Yura daba la impresión de ser un chico ucraniano como cualquier otro, sus padres tenían rasgos que los adscribían claramente a los semitas. Y ésa fue su desgracia.]*

Unos días después de los sucesos de Babii Yar se convocó a un nuevo y exhaustivo censo de la población masculina. Yura acudió a la convocatoria y allí repararon en el apellido que llevaba. Le preguntaron por su origen y la respuesta que dio no satisfizo a los interrogadores. Le pidieron que volviera acompañado de su padre y la apariencia de éste les resultó sospechosa. Ambos fueron golpeados salvajemente y conducidos al cementerio. Un amigo de Yura que conocía a los Glágolev les avisó de lo sucedido tan pronto como al joven le requirieron la presencia de su padre. Los Glágolev corrieron a la escuela donde enseñaba Germaize *[en busca de testigos que testimoniaran que el maestro de matemáticas no era judío]*. Pero mientras reunían la documentación necesaria, se consumó la tragedia.

Ahora quedaba salvar a Liudmila Borísovna. Destrozada por el dolor de esposa y de madre, la pobre mujer atravesaba días terribles. Los Glágolev la visitaban con frecuencia, aunque no habían tenido trato alguno antes con la familia Germaize. Un día los vecinos de Liudmila Borísovna llegaron corriendo a casa de los Glágolev para avisar de su detención por la Gestapo *[por ser judía]*. T. P. Glágoleva corrió a la Gestapo con una carta del padre Alexei *[en la que éste manifestaba que la detenida L. B. Germaize no era judía]*, pero fue recibida con hostilidad y sus argumentos no fueron tomados en cuenta. Más tarde se supo que Liudmila Borísovna fue privada de alimentos durante cinco días seguidos y que, al sexto día, se disponían a conducirla a Babii Yar junto a otros judíos. Entre los arrestados se encontraban varios niños cuyos familiares y

vecinos rusos habían intentado salvar de la muerte.

No obstante, L. B. Germaize no fue sacada de las dependencias de la Gestapo y unos días más tarde un instructor acudió a T. P. Glágoleva para establecer si Germaize era de veras ucraniana. Glágoleva firmó una declaración dando fe de la veracidad de sus manifestaciones y fue advertida de que si se establecía en el futuro que Germaize era judía, ambas serían fusiladas. *[Glágoleva declaró que conocía a la familia Germaize como asiduos fieles de la iglesia en la que oficiaba su suegro y que no concebía la menor duda sobre la nacionalidad de la mujer.]* Ello permitió que Germaize fuera puesta en libertad.

Al llegar a casa, Liudmila Borísovna recibió un nuevo golpe. Supo que su septuagenaria madre había caído en manos alemanas y acabado sus días en Babii Yar. Tres meses más tarde Liudmila Borísovna fue a parar nuevamente a la sede de la Gestapo y allí fue asesinada.

El otoño de 1942 y el invierno de los años 1942-1943 los pasé junto a los Glágolev en dos poblaciones situadas al otro lado del río Dniépr-Tarasóvichi, primero, y Nízhniaia Dubéchnia, después. Por aquel entonces —es decir, hacia el otoño de 1942— los partisanos se mostraban particularmente activos en esa zona, especialmente en los bosques situados a ese lado del río. Los partisanos solían operar de noche, pero a veces aparecían a pleno sol. Daban cuenta de nuestros opresores y los policías que les servían de lacayos.

Al percatarse de la imposibilidad de golpear directamente a los partisanos, los alemanes ensayaban otras represalias. Así, por ejemplo, enviaban escuadrones punitivos a las aldeas «colaboradoras» y quemaban las casas, fusilaban o colgaban a sus habitantes, los empujaban hacia las llamas para quemarlos vivos. Muchas florecientes poblaciones fueron reducidas a cenizas. Así, en los alrededores de Kíev, ardieron Piski, Nóvaya Basan, Novosiélitsa y, más adelante, Oshitki, Dniéprovskie Novosielki, Zhúkin, Chérnin y otras.

Un día los Glágolev fueron convocados a la sede del Consejo rural para verificar su documentación. Allí les manifestaron en tono grosero que el sacerdote, su mujer, la hija de ambos y un diácono que los acompañaba podían permanecer residiendo en la aldea, pero que —y esto último lo dijeron en lengua ucraniana— «vuestra

pariente y su hija (es decir, yo y mi hija Irochka) no tienen nada que hacer aquí, así que lo mejor que hacen es marcharse a Kíev a buscar un empleo».

Salvando numerosos obstáculos, regresé a Kíev con mi hija. Nuevamente nos escondimos en el campanario de la Iglesia de la Intercesión. Eso sucedió el 10 de enero y a finales de ese mes los Glágolev regresaron también a Kíev con la excepción del padre Alexei, quien permaneció en Nízhniaia Dubéchnia. El 31 de enero la aldea recibió la visita de un destacamento punitivo alemán. Se había conocido que los partisanos habían atravesado la aldea unos días antes y los fascistas venían a castigar a quienes hubieran colaborado con ellos. Esa noche fascistas y policías montaron una juerga y al amanecer del día siguiente, borrachos como cubas, encerraron en una cabaña a tres hombres, una mujer y un niño de cinco años, la rociaron de gasolina y los quemaron vivos a los cinco.

Al conocer lo sucedido, el sacerdote Glágolev corrió hacia el lugar del crimen, pero no alcanzó a encontrar más que un montón de cenizas humeantes. Al día siguiente, un domingo, Glágolev avisó a los fieles que celebraría un funeral por los mártires de la víspera.

En efecto, los cuerpos carbonizados recibieron sepultura en el cementerio local. A partir de entonces su permanencia en la aldea entrañaba graves riesgos, de manera que decidió regresar a Kíev.

Mientras se prolongó esa situación la iglesia me proporcionó certificados que me servían para acreditar que trabajaba allí como mujer de la limpieza y tenía una hija pequeña a mi cargo. También recibía cartillas de racionamiento. Por entonces había un elevado número de inspectores entregados a la caza de personas susceptibles de ser enviadas a realizar trabajos forzados en Alemania. Afortunadamente nunca penetraban al interior de nuestra «quieta morada». Los certificados y las hábiles maniobras de A. G. Gorbovski nos servían de tabla de salvación.

En otoño de 1943 el Ejército Rojo se situó a las puertas de Kíev y los alemanes ordenaron la evacuación de Podól (uno de los distritos de Kíev). Decidimos desoír la orden y encerrarnos en el apartamento de los Glágolev.

Diez días después de que Podól fuera declarado «zona de exclusión» los gendarmes alemanes irrumpieron en el apartamento y nos sacaron a todos a la calle a medio vestir. Primero, nos

retuvieron un rato a la intemperie y después nos enviaron a Lukiánovka. En los días siguientes aun estuvimos en otros tres lugares de Kíev *[pues nos resistíamos a abandonar la ciudad. El último de nuestros escondites fue el sótano del monasterio anejo a la Iglesia de la Intercesión, sito en la calle Artiom. Desde allí los alemanes acabaron trasladándonos al campo de concentración de la calle Lvóvskaya, en la antigua sede de la comandancia militar. Allí nos tuvieron limpiando letrinas y sin darnos nada de comer]*. Más adelante, los alemanes separaron a los hombres de las mujeres y condujeron a los prisioneros a la estación de ferrocarriles. Fue entonces que perdimos contacto con la familia del padre Alexei.

Un grupo al que fuimos adscritas mi hija y yo, A. G. Gorbovski y su madre y otras muchas personas fue conducido a Kazatin, donde nos pusieron en libertad por pura casualidad. Allá permanecimos hasta la llegada del Ejército Rojo. Al regresar a Kíev supimos que Glágolev estaba gravemente enfermo. Los alemanes lo habían golpeado salvajemente ante su negativa a abandonar Kíev. Los golpes le produjeron un derrame cerebral que lo mantuvo largo tiempo en el hospital.

Su estado actual requiere reposo, pero las incorrectas operaciones de readecuación de los espacios en el apartamento que ocupa han creado condiciones que en nada favorecen a la familia Glágolev. Son cinco personas compartiendo una habitación de veinte metros cuadrados que, encima, constituye una zona de paso. Entre esas cinco personas se encuentran el padre Alexei, convaleciente, y una criatura de apenas dos años y medio. Incluso si se aplicaran las más estrictas restricciones, a una familia con esa composición le correspondería un área mayor. Por mi parte, considero que el padre Alexei y su familia se han ganado sobradamente el derecho a vivir en unas condiciones más soportables.

Esa familia padece también severas carencias de orden material, pero las condiciones en que viven requieren una mejora inmediata.

¡Todos aquellos que fuimos salvados por Glágolev le estaremos eternamente agradecidos por ello!

EDITOR: R. KOVNATOR

El sacerdote católico Bronyus Paukstis

Paukstis, un hombre alto y corpulento de unos cuarenta años, nos invitó a su despacho en la antiquísima iglesia de la Trinidad de Kaunas y allí nos hizo el detallado relato de las actividades dirigidas a salvar la vida a muchos judíos que realizó bajo la ocupación alemana.

Paukstis estableció contacto con cierto monje conocido como Brolyukas,[116] *quien lo proveía de pasaportes para uso de los judíos. En muchas ocasiones Paukstis tuvo que pagar de su propio bolsillo los quinientos marcos que costaba cada pasaporte falso.*

En su calidad de sacerdote, Paukstis expedía certificados de nacimiento a nombre de los niños que lograban ser sacados del gueto y se ocupaba personalmente de encontrarles cobijo. Precisamente mientras se hallaba ocupado en la búsqueda de una familia que acogiera a la cuarta niña judía que salvaba —una niña apellidada Vizgardínskaya—, recibió el aviso de que la Gestapo estaba haciendo preguntas sobre él…

—¿Qué podía hacer? —relata Paukstis—. Dejé un aviso en la iglesia de que había marchado a visitar a unos colegas en el sacerdocio y me subí a un tren que me llevó a la aldea donde había instalado a las «hijitas» judías. La Gestapo se creyó que había salido de viaje por cuestiones eclesiásticas y dejó de interesarse por mí.

Paukstis emitió un total de ciento veinte certificados de nacimiento para niños judíos.

Pero no se limitó a ayudar a los niños. Veinticinco adultos permanecieron escondidos en su iglesia. Entre las personas que salvó personalmente o aquellas que ayudó indirectamente se encuentran el doctor Tarf, el abogado Levitan, Rashel Rosenzweig, hija de Grodzenski, el superior de la Yeshiva de Slobodá, Kisenískaya, el jurista Abram Golub y su familia, Kapit y otros.

Cuando alguna de las personas que había salvado de la muerte caía de repente en manos de la Gestapo, Paukstis buscaba la manera de sobornar a sus captores, algo en lo que tuvo éxito en muchas ocasiones.

—Tal vez os parezca que ayudé a mucha gente —nos dijo Paukstis —, pero en realidad no dejo de pensar en cuánto más podría haber

hecho si hubiera tenido el don para comprender muchas cuestiones de índole práctica.

Paukstis nos mostró una carta que recibió de Rashel Rosenztveig, a quien salvó de la muerte y ahora estudia en la Universidad de Kaunas.

La carta está escrita en lengua lituana, pero traduciré siquiera sus primeras líneas.

«¡Querido padre! Permítame que le llame así: padre. ¿Acaso no se comportó usted conmigo como lo habría hecho un padre con su hija? ¿Acaso no me brindó cobijo cuando acudí a usted siendo tan desgraciada? Sin hacerme preguntas ni pedirme nada a cambio, como si todo estuviera claro entre nosotros, me dijo: "Conmigo encontrarás la paz de espíritu que buscas, hija mía; quédate un tiempo aquí a mi lado…"»

Es una larga carta. Y está escrita con amor, a la vez que con respeto. Toda ella sirve de sobrado testimonio de que aún bajo las terribles condiciones impuestas a la Lituania soviética por los fascistas hubo mucha gente generosa y honesta que cumplió su deber humanitario con serenidad, como si hacerlo fuera la cosa más natural del mundo.[117]

GIRSH OSHEROVICH

TRADUCCIÓN DEL HEBREO: M. A. SHAMBADAL]

Parte 7

Los campos de exterminio

Ponary (Testimonio del ingeniero Yu. Farber)

Soy ingeniero eléctrico de profesión. Antes de la guerra vivía en Moscú, donde trabajaba en el Instituto de investigaciones científicas. Mi trabajo se centraba en el área de las comunicaciones. Tuve ocasión de superar una maestría y elevar así mi categoría científica.

Me sumé a las filas del Ejército Rojo desde los primeros días de la guerra.

En otoño de 1941 mi destacamento fue rodeado por las tropas enemigas y tras pasar varios días vagando por los bosques intentando reunirme con nuestras tropas fui capturado por los alemanes.

Uno de mis captores dijo al verme: «Este no va a tener ocasión de sufrir mucho en cautiverio, porque es judío, así que no vivirá hasta la puesta de sol». Aunque comprendí perfectamente sus palabras, pues domino la lengua alemana, no me di por enterado.

Lo que sí hice fue destruir todos los papeles y documentos que podían revelar mi identidad. Éramos muchos los prisioneros conducidos por las carreteras en columnas fuertemente vigiladas. Yo era uno más de ellos… Una patrulla de las SS nos detuvo por el camino. Sin mediar explicación alguna, sus hombres fueron apartando de la fila a algunos prisioneros. Si alguien tenía una nariz larga o ganchuda, lo sacaban de la fila. En algunos casos rasgaban las camisas y si descubrían un pecho velludo, también a su dueño lo apartaban. A mí no me tocaron. Es bueno decir que no parezco demasiado judío cuando no llevo gafas. Por otra parte, mi pronunciación del ruso es casi perfecta…

El gran grupo de prisioneros del que formaba parte fue conducido hasta un otero rodeado de alambre de espino. Nos tumbamos a la intemperie, rodeados de ametralladoras. Tres días más tarde nos subieron a vagones de carga y el convoy se puso en marcha. No nos daban de beber ni de comer; las puertas de los vagones permanecían cerradas a toda hora… Tras seis días de viaje llegamos a Vilnius. Muchos cadáveres quedaron tumbados sobre el

suelo de los vagones. Ocho mil prisioneros de guerra fuimos encerrados en el campo de concentración de Novo-Vileika, a las afueras de Vilnius.[118] Allí nos alojaron en unas viejas caballerizas desprovistas de puertas y ventanas. Las paredes estaban llenas de grietas inmensas. El invierno estaba a las puertas.

Nos daban un kilogramo de pan para siete personas, pero eso no ocurría todos los días. Los alemanes solían traernos patatas heladas y mezcladas con fango, hielo, mondas de patatas y paja. La arrojaban en calderas llenas de agua hirviendo y la cocían hasta convertirla en una suerte de masa con textura de almidón. Cada prisionero recibía medio litro de aquel bodrio.

Cada mañana sacaban los cuerpos de quienes no habían sobrevivido a la noche. Cargaban los cadáveres hasta las fosas, los arrojaban en ellas y después los rociaban con una solución de cloro. Sin embargo, no los cubrían de tierra, porque a esas mismas zanjas irían a parar los muertos de los días siguientes. Había días en los que el número de cadáveres superaba el centenar y medio. Era habitual que también arrojaran personas aún vivas a las zanjas, junto a los cadáveres.

Los alemanes nos trataban como a la hez de la humanidad. «*Untermenschen*», nos llamaban. En una ocasión los alemanes ordenaron a dos prisioneros que habían cometido una falta leve tumbarse boca abajo sobre un charco que ya comenzaba a helarse. Los dejaron allí toda la noche, a pesar de que no llevaban nada: ambos murieron congelados.

Hay dos fechas que han quedado grabadas en mi memoria: las noches del 5 al 6 de diciembre de 1941 y la noche siguiente. Yo dormía con mi camarada Pavel Kirpolianski, un joven ucraniano de veinte años. Como hacía mucho frío en el barracón, colocábamos un capote sobre el suelo, nos echábamos encima y nos cubríamos con el otro. Dormíamos abrazados, pues era la única forma de mantenernos en calor. Estábamos infectados de todo tipo de parásitos y el tifus segaba vidas a diario. Esa noche, la del 5 al 6 de diciembre, dormíamos abrazados como siempre y de repente me despierto por un tirón de mi compañero que se disponía a escapar a la carrera. Bastó que le tocara la frente para comprender que estaba ardiendo de fiebre y el delirio le impedía reconocerme. Como no podía dejarlo marchar sin su capote, lo así con fuerza por el torso y

así me mantuve abrazado a él hasta el amanecer… La vida de Pavel se extinguió esa mañana y su cadáver tomó el camino de la fosa común… Con todo, yo no contraje el tifus.

En la noche del 6 al 7 de diciembre, dormía entre dos camaradas ucranianos. Estábamos abrazados y calientes, así que me dormí profundamente. Cuando sonó la diana a la mañana siguiente, intenté despertar a mi vecino Andrei. No respondía: estaba muerto. Me volví entonces hacia el otro camarada, Mijailichenko. Estaba muerto también. Había pasado la noche durmiendo abrazado a sendos cadáveres.

Sin embargo, jamás me abandonó la idea de que conseguiría salir de allí con vida y volver a Moscú.

Me impuse un régimen de higiene que incluía lavarme y afeitarme con cierta regularidad. Teníamos un barbero en el barracón que solía ofrecer sus servicios a los demás prisioneros y, a cambio, les cobraba una patata. Ese día, el 7 de diciembre, tuve una suerte extraordinaria, pues me correspondió una patata entera en la ración de bodrio. Decidí que era una buena ocasión para solicitar los servicios del barbero. Cuando hubo terminado su trabajo y le alargué la patata, me miró y me dijo: «No es necesario…». «¿Cómo es eso?», le pregunté sorprendido. Y me respondió: «Tú no vas a pasar de esta semana, así que mejor disfrútala tú…».

A la semana siguiente volví a recurrir a sus servicios. El barbero se sorprendió al verme: «¿Cómo es que estás vivo aún?» —me dijo. Y añadió—: «De todos modos, no te voy a cobrar el afeitado, porque de esta semana sí que no pasas». No obstante, comparecí nuevamente ante él una tercera vez. «¿Sabes qué haremos? —me preguntó—: Te seguiré afeitando gratis hasta que no te mueras».

En aquel entonces todavía no nos habían asignado números ni levantado un registro de prisioneros. La cacería de judíos no había alcanzado su punto culminante. Pero ya era suficiente que cualquiera señalara a alguien con un dedo y pronunciara la palabra «Jude» o *«Judío» para que éste fuera pasado por las armas sin dilación.*

A la altura de fin de año, el hambre me tenía postrado. Todo comenzó con que los dedos de los pies se ennegrecieron. Después comenzó a desprenderse la carne y asomaron los huesos.

El intérprete seleccionado por los fascistas de entre los presos —el estudiante de Leningrado Igor Démenev, quien más tarde

consiguió escapar junto a otros camaradas tras matar a los guardias alemanes— me pudo instalar en el lazareto instalado en el campo de concentración. Con la colaboración de algunos médicos prisioneros, el intérprete había puesto en marcha un lazareto para prisioneros aquejados de enfermedades infecciosas en una casita de ladrillo ubicada en medio de las hileras de barracones. Los médicos me trataron bien.

El doctor Yevgueni Mijáilovich Gutner, oriundo de Stalingrado, se desempañaba como adjunto al médico jefe. Gutner me dispensó un trato fraternal y se mostró compasivo. Hacia el mes de mayo recuperé la capacidad de movimiento y en junio ya conseguía subir las escaleras hasta la segunda planta. El lazareto era el único de los espacios del campo al que los alemanes no accedían jamás, pues temían contagiarse de tifus o tuberculosis. Cuando me recuperé por fin, tuve la suerte de no abandonarlo: me dejaron allí lavando los suelos. La mortalidad era brutal.

Permanecí en el lazareto hasta finales de 1943. El número de prisioneros de guerra decrecía sin cesar. De los ocho mil que fuimos traídos al campo de concentración apenas quedábamos un puñado.

Los alemanes se servían de los prisioneros para hacer trabajos fuera de los límites del campo. La población local aprovechaba entonces para darles alimentos.

El médico de campaña Serguei Fiódorovich Martyshev corrió grandes riesgos con tal de salvar la vida del mayor número posible de prisioneros de guerra. Apelando a falsas excusas, retuvo en el lazareto a muchos prisioneros a quienes prestó todo tipo de apoyo.

Cuando supimos del saldo de la batalla de Stalingrado el estado de ánimo de los prisioneros y la población en general dio un giro de ciento ochenta grados, pues todos cobramos conciencia de que los alemanes habían perdido la guerra.

Aun cuando apartado del mundo, nuestro pequeño colectivo se sumó a la lucha contra los ocupantes alemanes.

A partir de entonces comenzamos a escribir octavillas dirigidas a los alemanes. Algunas las redactábamos en alemán, una tarea en la que tomé parte yo mismo. En unas de esas octavillas escribí lo siguiente: «Dios le concedió a los alemanes tres cualidades: la inteligencia, la decencia y el nazismo, pero ya se sabe que es imposible que nadie posea más de dos cualidades. Luego, si un

alemán es inteligente y es nazi, no es decente. Y si es inteligente y decente, entonces no es nazi».

En otra octavilla se leía simplemente: «*Kaputt* a Hitler».

En total, difundimos unas veinte de esas octavillas y todas gozaron de gran éxito. Nuestro coraje crecía día a día. A veces, cantábamos la *Internacional* en cuanto apagaban las luces a medianoche. Los alemanes estaban furiosos y recurrían a la represión más brutal, pero no conseguían descubrir a los «culpables». Cada vez que descubríamos a algún soplón de los alemanes infiltrado entre nosotros, le pegábamos una buena paliza.

En una ocasión alguien arrojó un papel por una ventana del lazareto. Quiso alcanzar con él a un guardia alemán apostado al otro lado de las alambradas. El guardia se percató de que la nota estaba dirigida a él, pero ésta, afortunadamente, había caído de nuestro lado. Entonces ordenó a uno de los prisioneros, Vania Nizhni, recogerla y alcanzársela. Vania obedeció la orden y en un santiamén se guardó la nota original en un bolsillo de donde extrajo un papel en blanco que entregó al guardia. La nota, que leímos después, decía: «Salvadnos de los judíos que se han adueñado del lazareto. Todos son agentes del NKVD y esperan el retorno del poder soviético».

Mi salud se fue recuperando paulatinamente, algo que Serguei Fiódorovich consideraba un verdadero milagro. Creo que el motor de mi restablecimiento no fue otro que la fe incontrovertible en sobrevivir hasta la victoria. Ello hizo que movilizara todas mis fuerzas, tanto las físicas como las espirituales. Me sometía a la más estricta disciplina. La ración de ciento cincuenta gramos de pan que recibía a diario la dividía en veinte porciones y más tarde aprendí a dividirla en cuarenta. Eran panes alemanes ovalados. Los cocían con una harina de mala calidad que solía estar mezclada con serrín. Cada hogaza era dividida en siete partes. De la mía yo cortaba cuarenta lonchas tan finas como el papel de fumar. Nos traían el pan a las cinco de la tarde de cada día. Me las apañaba para que me durara unas cinco horas. Cogía cada una de las lonchas, la envolvía en torno a un palillo y lo acercaba a la estufa. Así me las comía calientes.

Al fondo del lazareto había un pequeño jardín en el que era imposible encontrar ni una sola brizna de hierba. Nos comíamos

hasta las cortezas de los árboles.

De tanto en tanto nos llevaban a lavarnos en los baños públicos. Los alemanes aprovechaban la desnudez de los prisioneros para detectar judíos. En una ocasión la tomó con uno de los presos: «¡Eres judío!», le espetó. El alemán tomó nota del número del prisionero para informar a la jefatura. Vania Nizhni resolvió salvar a su camarada. Buscó un momento oportuno y dio el cambiazo colándole un número distinto al alemán.

Los prisioneros eran llevados a los baños a última hora de la noche, de manera que no fue hasta la mañana siguiente que se produjo la esperada confusión con la denuncia. El joven convocado era ruso por los cuatro costados y no había nada que reprocharle desde una perspectiva racial.

A finales de 1943 recomenzaron las cacerías de judíos.

Las personas detenidas en el marco de esas operaciones eran obligadas a desnudarse y, según pretendían los alemanes, nuestros médicos debían servir de peritos.

Serguei Fiódorovich se manifestó con total contundencia cuando recibió el encargo: «Podéis hacer conmigo lo que queráis, incluso matarme, pero no serviré de perito racial». Recibió amenazas de todo tipo, pero no modificó una postura, que fue imitada por el resto de médicos.

Cuando llegué al campo de concentración me presenté a las autoridades como el ucraniano Yuri Dmítrievich Fursov. Pero los alemanes acabaron descubriendo mi origen judío. Junto conmigo anunciaron la detección de otros cinco judíos, aunque uno de ellos era Kostia Potanin, un joven ruso oriundo de Kazan, que no había conocido a un judío en su vida. No obstante, los alemanes aseguraban que su gran nariz lo delataba.

El 29 de enero de 1944 fue otro día memorable. Ese día llegó al campo de concentración un «cuervo negro», como llamaban a ciertos camiones cubiertos. El comandante alemán hizo salir de los barracones a todos los prisioneros judíos, Kostia Potanin entre ellos. Nos subieron al camión y éste se puso en marcha. Al rato se detuvo de repente. Más tarde supimos que lo hizo junto a la prisión de Lukishk. De allí sacaron a dos judíos que habían huido del gueto, permanecieron escondidos algún tiempo y fueron descubiertos y encarcelados después.

Unos instantes después de que el camión volviera a ponerse en movimiento, sus dos nuevos pasajeros prorrumpieron en sollozos. Al preguntarles por la razón de su llanto, el joven David Kantorovich nos respondió que el camión se dirigía a Ponary, un lugar desde el que nadie había hecho el camino de vuelta.

Y en efecto, muy pronto llegamos a Ponary. Todo el perímetro estaba rodeado de alambre de espino. Había un aviso a la entrada: «Prohibida la entrada. Peligro. Minas». El camión superó la primera valla de seguridad y llegó hasta una segunda, unos trescientos metros más adelante, vigilada por guardias. Otros guardias salieron del recinto interior. Por lo visto ni los guardias que nos acompañaban ni los que cuidaban esta segunda puerta podían traspasar ese último cerco de seguridad. El protocolo era estricto: nadie podía penetrar al corazón de Ponary.

Los nuevos guardias eran hombres de gran estatura, corpulentos y bien alimentados. Ya con ellos a cargo de la situación, el vehículo que nos transportaba ingresó al campo de concentración. Había dos alambradas contiguas. Después supimos que el área que la separaba estaba minada.

Había otro paso, aún más estrecho, abierto en la alambrada. Por él nos condujeron hasta un foso enorme. Se trataba de un depósito de petróleo de unos veinticuatro metros de diámetro y cuatro metros de profundidad, cuyas paredes estaban hechas de hormigón. Dos tercios de la boca del depósito estaban cubiertos con maderas. El otro tercio estaba descubierto. Al ver a una mujer moviéndose en el fondo del depósito comprendí que lo habían convertido en improvisada celda. Había dos escaleras apoyadas en los bordes del foso. Una, la «limpia» era para uso exclusivo de los alemanes. Nos hicieron bajar por la otra, la «sucia». Los guardias permanecieron arriba. Desde allí hicieron llamar a un viejo obrero, Abram Gamburg, un judío de Vilnius a quien los alemanes llamaban Franz. También hicieron venir a otro obrero, Motl, a quien los alemanes llamaban Max. Este último tenía grilletes en los tobillos. Los alemanes le ordenaron engrilletarnos también a nosotros.

Las cadenas estaban hechas de eslabones algo menos gruesos que un dedo. Las sujetaban a los tobillos por encima de las botas. Como resultaba incómodo arrastrar las cadenas por suelos, los alemanes permitieron sujetarlas a la cintura con cuerdas.

Cuando nos hubieron colocado los grilletes a todos los recién llegados apareció el jefe alemán, un *Sturmführer*.

Se trataba de un refinado sádico de unos treinta años de edad. Vestido impecablemente, llevaba guantes de un blanco cegador que le llegaban hasta los codos. Sus botas brillaban como espejos. Despedía un intenso olor a perfume. Se comportaba en forma despótica con nosotros, pero también sus subordinados, los guardias alemanes, le temían como al fuego.

Nos colocaron en formación y el alemán se paseó ante nosotros preguntando a cada uno de dónde venía. Tanto Kostia Potanin como yo manifestamos que no lo comprendíamos (yo continuaba simulando desconocer el idioma alemán). El obrero Franz le sirvió de intérprete. El *Sturmführer* hablaba hebreo y polaco. También se hacía entender en un ruso rudimentario.

Cuando llegó mi turno y me preguntó de dónde venía, le respondí que de Moscú.

El *Sturmführer* comentó en tono burlón: «Moscú es una ciudad muy lujosa» y se quedó mirándome fijamente. «¿Qué pasa? ¿No te gusta Moscú?», le pregunté. Un temblor sacudió al intérprete Franz. Tradujo mis palabras suavizando la expresión. El *Sturmführer* levantó el brazo en ademán de golpearme, pero prefirió no hacerlo.

Seguidamente nos dijo que habíamos sido destinados a realizar un trabajo que tenía una gran importancia para el Estado alemán. «No intentéis quitaros los grilletes, porque seréis cacheados varias veces al día. Todo intento de fuga será castigado con la muerte inmediata. Apartad de vuestras mentes toda idea de fuga porque de Ponary no ha escapado nadie aún ni escapará nadie jamás». Después comenzó una larga enumeración de advertencias. Por todo conato de fuga: fusilamiento. Por la menor violación de las órdenes recibidas por el supervisor: fusilamiento. Por cualquier violación del reglamento vigente en Ponary: fusilamiento. Estábamos obligados a trabajar con total entrega. Por la menor manifestación de holgazanería: fusilamiento. El discurso se prolongó durante largo rato y si algo pude sacar en claro fue que en Ponary resultaba muy fácil morir…

Tras concluir discurso tan edificante, el oficial se marchó. Nos quedamos en el fondo del foso. Había una mujer observándonos y pronto salió otra desde la oscuridad. Entablamos conversación con

ellas.

Lo primero: preguntarle si nos darían de comer. «Por eso no os preocupéis —dijeron—. Comida os darán, sí. Ahora, podéis estar seguros de que no saldréis vivos de aquí».

Avanzamos hacia la parte del foso cubierta. Había una suerte de cabaña de madera que llamaban «el Bunker» y una improvisada cocina. Las mujeres nos explicaron que allí vivían algunos judíos de Vilnius que se habían escondido en la ciudad para evitar el encierro en el gueto, pero acabaron siendo descubiertos. Primero los llevaron a la cárcel y después los trajeron allí. Kantorovich, a quien ya he mencionado antes, era precisamente de Vilnius e intercambió unas frases con las mujeres. Estas se franquearon entonces y nos contaron que estábamos en Ponary, donde habían sido ejecutados en masa muchos judíos de Vilnius y otros traídos de Checoslovaquia y Francia. Nuestro trabajo consistiría en incinerar sus cadáveres. Todo ellos, nos dijeron, era mantenido en el mayor secreto y los alemanes pensaban que nadie lo sabía. Tampoco nosotros debíamos dar muestras de estar al tanto de la situación. Siempre que habláramos de nuestro trabajo en presencia de alemanes debíamos decir que nos dedicábamos a la tala de árboles. No bien hubieron terminado de darnos aquella información sonó un silbato y subimos a la superficie. Ya arriba, nos hicieron formar una columna de a dos en fondo y nos pusimos en camino.

Lo primero que nos impresionó fue el olor.

El supervisor de las SD nos dijo:

—Coged esas palas y removed la arena. Cuando encontréis huesos, sacadlos.

Cogí una pala y la clavé en la arena. Enseguida me topé con algo duro. Aparté la arena y descubrí un cadáver. El supervisor me animó: «Eso es: ¡continúa!».

Estábamos sobre una fosa de proporciones colosales que había sido abierta en 1941. Entonces los cadáveres no eran enterrados apropiadamente y ni siquiera los rociaban con cloro. Entonces aquello funcionaba como una cadena de montaje y no había tiempo para los detalles. Los cadáveres caían a la fosa sin orden ni concierto adoptando las poses y posiciones más estrafalarias. Los cuerpos de quienes fueron asesinados en 1941 estaban vestidos. En 1942 y 1943, en cambio, los alemanes habían puesto en marcha

una «campaña» para la aportación «voluntaria» de ropa de abrigo destinada a sus tropas. Entonces, las víctimas eran obligadas a desvestirse antes de ser ejecutadas y sus ropas iban a engrosar los mencionados fondos de ayuda «voluntaria».

El método de incineración consistía en hacer una hoguera junto a la zanja. La base de la hoguera la formaba una estructura de leños de 7 × 7 metros sobre la que se iban colocando entablados superpuestos. En el centro de la estructura se levantaba una columna formada de ramas de pino.

El trabajo comenzaba con la remoción de la arena hasta localizar una «figura», que era la palabra que los alemanes eligieron para llamar a los cadáveres.

La segunda operación les correspondía a los «extractores», como se llamaba a los encargados de extraer los cadáveres con la ayuda de unas tenazas de hierro. Los cuerpos estaban muy juntos. La pareja de «extractores», quienes eran seleccionados entre los hombres más fornidos de cada brigada, lanzaban los garfios con los que arrastraban los cadáveres hasta la superficie. La mayoría de cuerpos resultaban desmembrados durante el arrastre.

El tercer paso correspondía a los porteadores, quienes se encargaban de cargar los cadáveres en parihuelas. Por cierto, los alemanes vigilaban celosamente que cada vez portearan un cadáver entero, es decir, dos piernas, dos brazos, una cabeza y un tronco.

Los alemanes llevaban un estricto control del número de cuerpos exhumados. Nuestra tarea consistía en la incineración de ochocientos cuerpos cada día, de manera que trabajábamos de sol a sol. Los porteadores llevaban los cuerpos hasta la hoguera. Allí las «figuras» eran colocadas en hileras, una junto a otra. Cada capa era recubierta de ramas de pino. El *Haufenmeister* era el trabajador encargado de alimentar de combustible y ramas secas la hoguera durante todo el proceso de incineración.

Cada capa de troncos y ramas era abundantemente rociada con petróleo. Seguidamente se procedía a colocar la segunda capa, la tercera y así sucesivamente. La pirámide así levantada podía alcanzar los cuatro metros de altura y a veces los superaba. Cada pirámide se daba por terminada cuando la formaban tres mil quinientos cadáveres. Entonces se procedía a regarla abundantemente con combustible tanto desde arriba como por los

lados. Finalmente se daba término a la preparación colocando un montón de ramas bien secas junto a la pirámide, rociándolas con gasolina y haciendo estallar dos bombas explosivas bajo ellas. Entonces el fuego subía hasta la cúspide de la pirámide y daba comienzo la incineración. Cada una de esas igniciones era celebrada con enorme entusiasmo por los alemanes.

Por regla general, las pirámides ardían durante tres días. El fuego tenía un carácter muy particular. Era concentrado, oscuro y despedía un humo espeso que se elevaba al cielo con desgana. Este último contenía enormes copos de hollín.

Armado de una pala, el *Feuermeister* nunca se apartaba de la hoguera. Su trabajo consistía en velar por que el fuego no se apagara.

Tres días más tarde la pirámide había quedado reducida a una montaña de cenizas mezcladas con huesos calcinados.

Entonces entraban en escena los ancianos y los prisioneros más débiles. Su trabajo consistía en colocar sobre una plancha de metal y golpearlos con una trituradora hasta que no quedara ni una sola esquirla.

Por último, los huesos triturados se pasaban por un cedazo empujándolos con las palas, una operación que perseguía un doble objetivo. Por una parte, si se conseguía pasar todos los restos a través del cedazo se podía concluir que éstos habían sido triturados debidamente. En segundo lugar, así se podían recuperar las pequeñas piezas de metales preciosos que no habían ardido, así como monedas de oro y otros objetos de valor.

Aun había otra operación que merece ser mencionada. Cuando los «extractores» sacaban los cuerpos tirando de las tenazas, un tercer operario abría la boca al cadáver ayudándose de un garfio y buscaba coronas, puentes o dientes postizos de oro. En caso de encontrar alguno procedía a extraerlo y colocarlo en una caja donde se iban acumulando durante toda la jornada.[119]

Algunas zanjas contenían hasta veinte mil cuerpos. El horror hacía que uno volcara las vísceras al exterior, casi literalmente, y sufriera constantes náuseas.

El ritmo de trabajo era tan bestial que no dejaba ni un instante para el reposo.

Sesenta hombres de las SS formaban el pelotón encargado de los

trabajos. Todos corpulentos como lobos, su misión era vigilar que no escapáramos. Formaban un cerco en torno a la zanja e intercambiaban sus posiciones cada cuarto de hora. Tenían de todo en abundancia: carne, vino, chocolate. Pero no podían abandonar el perímetro de Ponary. De manera que cuando no estaban de guardia permanecían encerrados en sus barracas.

Con todo, la actuación de los hombres de las SD intimidaba todavía más que el comportamiento de sus colegas de las SS. La misión de éstos consistía en asegurar el ritmo de trabajo y el mantenimiento del orden. Armados con porras, solían darles uso a la menor ocasión. Su vigilancia de nuestros movimientos era permanente. Su vocabulario no era demasiado abundante. Gritaban en alemán *«Renn, renn, renn*!», lo que significa «corre» o «deprisa». O recurrían a una palabra polaca con similar significado: *«Prendzej*!». Tampoco ahorraban tacos en ruso. Se colocaban de tal forma que tenían a la vista todos los rincones de la fosa común. Y nos aporreaban con frecuencia y por cualquier motivo. Los hombres de las SS solían gritar a los «porteadores»: «¡Andando! ¡Andando! ¡Muy pronto cargarán con el tuyo!».

El *Sturmführer* acudió a la zanja el día que iniciamos los trabajos. «¿Cómo es que ése, el de Moscú, trabaja con la pala? ¿Acaso no tiene fuerzas para cargar?», gritó. Su comentario provocó que dos hombres de las SD me arrancaran la pala de las manos y me ordenaran asir una parihuela.

Cargamos el primer cuerpo y lo depositamos sobre la parihuela. Pesaba horrores y se me doblaban las rodillas. De repente escucho al *Sturmführer* gritar nuevamente. «¡Eso será en Moscú que cargan una sola figura cada vez! ¡Que cargue con dos!», ordenó. Tuvimos que subir un segundo cadáver a la parihuela. Afortunadamente, mi compañero de fatigas estaba en buena forma física. Llevamos los dos cuerpos hasta la pirámide. El *Sturmführer* intervino otra vez: «¡Van muy ligeritos esos dos! ¡Que lleven tres figuras a partir de ahora!».

Al término de cada jornada de trabajo, los alemanes hacían un recuento, verificaban que los grilletes estuvieran bien sujetos y nos hacían bajar al bunker. Cuando todos habíamos bajado retiraban la escalera desde arriba. *[Nuestra llegada los obligó a construir un segundo bunker.]*

No podíamos quejarnos de la oscuridad, porque teníamos luz eléctrica en el bunker.

Cuando llegábamos de trabajar nos esperaban palanganas llenas de potasa. Nos lavábamos cuidadosamente las manos en ellas.

Éramos ochenta personas en total: setenta y seis hombres y cuatro mujeres. A diferencia de los hombres, las mujeres no llevaban grilletes. Sus obligaciones consistían en mantener la limpieza, calentar el agua, acarrear la leña y preparar la comida. La mayor de ellas era Basa, una experimentada mujer de treinta años que gozaba de enorme respeto entre nosotros y tenía bajo su absoluto control al obrero Franz. Las otras eran chicas muy jóvenes, de dieciocho, diecinueve y veinte años. Una de ellas, Susana Bekker, era la heredera de una acaudalada familia de Vilnius. Resultaba curioso que aún bajo las condiciones de vida en Ponary algunos ancianos se descubrían ante ella y murmuraban con admiración: «Es la hija de Bekker. ¡Hay que ver cuántos edificios de mampostería tenía el señor Bekker!».

La tercera joven se llamaba Guenia y era la hija de un artesano de Vilnius.

La cuarta era Sonia Sheindl. De origen humilde, Sonia era una muchacha extraordinariamente laboriosa y afable. Hacía cuanto estaba en sus manos para aliviar nuestras penosas condiciones. Así, por ejemplo, a veces se ocupaba de lavar nuestra ropa interior, algo que no formaba parte de sus obligaciones.

La mayoría de los hombres eran vecinos de Vilnius.

Y ni uno solo de ellos se libró de encontrar a alguno de sus seres queridos entre los cadáveres.

El segundo contingente en proporción —unas quince personas— estaba formado por prisioneros de guerra soviéticos.

Un tercer grupo lo formaban vecinos de Vevis, una pequeña población ubicada entre Vilnius y Kaunas.

Con todo, el grupo mayoritario estaba formado por hombres de Vilnius, como ya he dicho. Los había de todas las edades y estratos sociales. Se trataba de gente que se conocía desde muchos años atrás, pero en muchos casos sus relaciones distaban de ser amistosas. Entre ellos imperaba la desunión. En muchos de ellos anidaban rencores amasados durante largos años. Entre ellos cabe destacar a Isaak Doguim y David Kantorovich. Doguim, un joven

nacido en 1914, enérgico obrero de Vilnius que había trabajado como impresor y montador de equipos eléctricos, era un hombre particularmente hosco.

Kantorovich había llegado a Ponary después de vivir experiencias muy especiales. Se trataba de un joven muy avispado e inquieto, nacido en 1918. Había trabajado en una librería hasta el inicio de la guerra. Los alemanes asesinaron a su mujer y Kantorovich decidió unirse a los partisanos, pero fue capturado cuando se dirigía hacia los bosques.

Motl Zaydel nació en el seno de una familia pobre de Sventsiani. Sus padres habían muerto y Motl vivía en el gueto. Con sus diecinueve años y un aspecto agraciado, Motl era dueño de una voz extraordinaria y le gustaba cantar. Llevaba desde 1941 saltando de prisión en prisión. El relato de sus interminables cuitas carcelarias era terrible.

Le llamábamos *el Pequeño* Motl, o Ingele, mientras que al otro le decíamos Motl *el de los Bigotes*.

Leyser Ver Ovseichik, de Oxshmian, y Matskin, de Sventsiani, eran amigos inseparables. Matskin era un hombre de treinta y cinco años, dueño de una tienda. Ovseichik era un humilde artesano. Pero a pesar de las diferencias sociales entre ambos, estaban unidos por una estrecha amistad. A veces Ovseichik cedía la comida a su compañero; en otras ocasiones era Matskin quien le dejaba la suya.

Shlema Gol era un tipo muy especial. Hombre de cierta edad, se comportaba con una amabilidad extrema y era muy débil de carácter. Su esposa había militado en el Partido Comunista polaco desde 1933 y fue perseguida y encerrada en el campo de concentración de Kurtuz-Bereza. Bajo el poder soviético ambos habían ocupado cargos importantes en Baranóvichi. A Gol no se le escuchó decir ni una palabra gruesa a ninguno de sus camaradas y se entregó en forma entusiasta a los preparativos de la fuga. (De la fuga hablaré más adelante). Abram Zinger era un compositor bastante conocido. Hasta la llegada de los alemanes fue director de orquesta. Se trataba de un hombre muy culto e inteligente. Dominaba el yiddish, el ruso, el polaco y el alemán.

El obrero Franz solía servir de intérprete a *Sturmführer*, pero cuando éste pronunciaba algún discurso especialmente significativo prefería servirse de Zinger. Nuestras terribles condiciones de

encierro no impidieron que Zinger continuara componiendo canciones. Un día compuso una preciosa canción en lengua alemana y nos animamos a cantarla todos a coro. Por desgracia, el *Sturmführer* la oyó y le gustó, de manera que la hizo imprimir con su firma. Zinger recibió a cambio un cigarrillo y cien gramos de mermelada. Aquello sentó fatal a Zinger, quien compartió conmigo su desazón. Para él lo sucedido era una cruel burla a su arte: «No es para los alemanes que canto», me repetía.

En el bunker había varias personas muy religiosas. De tanto en tanto organizaban funerales y trágicas sesiones de rezos que transcurrían en medio de la tristeza general y la mayor solemnidad… Todos se lavaban escrupulosamente para atender aquellas ceremonias. Ovseichik rezaba dos veces al día, es decir, dos horas diarias, y lo hacía con sinceridad y gran celo.

Ahora debo referirme a los prisioneros de guerra. Aparte de mí, estaba allí el ruso de Moldavia Petia Zinin, un médico rural nacido en 1922. Después de la fuga, Zinin se unió a los partisanos y destacó como un feroz combatiente.

Mirón Kalnitski, un judío de Odessa, resultó muy útil al colectivo, pues en el pasado había trabajado en un campo de prisioneros ubicado cerca de Ponary (distinto al campo de la muerte) y conocía muy bien el terreno. Un farmacéutico de Leningrado de cincuenta y cuatro años, Veniamín Yúlievich Jakobson, era otro de los prisioneros de guerra. Hombre de una generosidad extraordinaria, dispensaba una atención paternal al resto de prisioneros. Siempre llevaba en los bolsillos pomadas, vendas y polvos, todos de lo más variopintos. Gozaba de enorme respeto entre sus camaradas de infortunio. Cuando surgía alguna discusión, Jakobson acudía inmediatamente a poner paz. Con todo, estaba un poco «dañado», pues aseguraba que no nos fusilarían. «No somos culpables de nada —solía repetir—: ¿por qué habrían de fusilarnos entonces?»

La presencia del *Sturmführer* constituía una permanente amenaza a la vez que una constante fuente de terror. Cada vez que aparecía al borde de la zanja, todos sabíamos que nos esperaban desgracias. Entonces nos esforzábamos al máximo, mientras él nos observaba y nos observaba hasta que se dirigía de pronto a alguno de nosotros (a casi todos nos había puesto motes insultantes) y soltaba un: «¿Por

qué te mueves tan despacio? ¿Estás enfermo?». El interpelado respondía inequívocamente que se encontraba perfectamente y que no lo aquejaba dolencia alguna. Pero el *Sturmführer* no se conformaba: «No te creo —decía—. Estás enfermo». Había entre nosotros un anciano de sesenta y cinco años. Le llamábamos «*Feter*», tío. Un día el *Sturmführer* le dijo: «Irás a la enfermería». Todos éramos conscientes de que eso significaba que iría al paredón. Esa noche fue particularmente dura para todos los que compartíamos el bunker. Nos dolía y daba vergüenza saber que aquel pobre hombre sería asesinado y no podíamos evitarlo. Algunos intentaron consolar al Tío. Él les dijo: «¿Por qué me consoláis? Ya he vivido lo mío».

Un día salimos a trabajar y nos encontramos al *Sturmführer* esperándonos junto a la fosa en un estado de ánimo muy belicoso. «¿Quiénes están enfermos?», preguntó. Naturalmente, nadie respondió afirmativamente a su provocación. Entonces nos mandó a formar en dos filas y dijo: «Voy a encontrar a los enfermos yo mismo». Fue acercándose a cada preso y mirándolo fijamente a los ojos, taladrándolo. «Tú estás enfermo», le dijo a uno. «Y tú también», dijo a otro.

Pero con esos dos no tuvo bastante. Entonces se acercó a un joven saludable y le preguntó: «¿Sabes algo de cerrajería?». «Sí», asintió el joven. Lo apartaron inmediatamente de la fila y le quitaron los grilletes. Todos tuvimos la certeza de que liberarlo de los grilletes significaba que lo llevaban a fusilar.

El *Sturmführer* se acercó a un cuarto hombre. «¿Sabes algo de cerrajería?», le preguntó. Este le respondió: «No, de eso no tengo ni idea». «No importa. Ya aprenderás —le dijo el oficial y le ordenó—: Sale de la fila». También el cuarto hombre fue liberado de los grilletes y subido a la superficie.

Unos minutos más tarde escuchamos cuatro disparos. El *Sturmführer* reprimió a nuestro capataz: «¡Qué descaro! ¿Cómo es que no pudisteis lavar antes a esos hombres y los enviasteis a la enfermería llenos de piojos?». Había aun otro método que el *Sturmführer* gustaba practicar. Recorría la fila de prisioneros mirándoles a los ojos y preguntaba a quién disgustaba el trabajo que hacíamos. Todos debíamos decir a coro que estábamos encantados. A veces encaraba de repente a Zinger. «Eres músico —le decía—, así que no debes estar aquí a gusto». Y seguía

preguntando: «Puede que alguno de estos guardias se comporte mal con usted o lo trate mal, ¿no es cierto?». Respondíamos a coro que no, que nos trataban a las mil maravillas. Entonces solía ordenarnos: «Cantadme algo, ¡venga!». Y a pesar de que apenas nos teníamos en pie después de una penosa jornada teníamos que cantar. Generalmente nos pedía cantarle *Suliko* o alguna aria de la opereta *El barón gitano*, entre otras.

Después de escuchar un rato se volvía a uno de los guardias y le decía: «Ahora tengo que marcharme, pero asegúrate de que éstos sigan aquí cantando hasta que yo vuelva». Las miserables humillaciones que nos infligían aquellos bárbaros no tenían límite.

Mis entrañas se revolvían contra toda aquella iniquidad. Me parecía indigno comportarnos como ovejas que van mansamente al matadero. Y no era yo el único que albergaba esos sentimientos. La idea de una fuga flotaba en el aire.

Muy pronto lo que no era más que una idea adquirió perfiles muy definidos. Y a mí me correspondió jugar un papel prominente en todo ello. Al ser moscovita y haber demostrado dotes intelectuales que todos reconocían, mi autoridad se afianzó de manera decisiva.

Llegué a Ponary el 29 de enero. El 1 de febrero ya habíamos comenzado a cavar un túnel para escapar.

En los trabajos destinados a la fuga destacaron especialmente Petia Zinin, Isaak Doguim y David Kantorovich. Shlema Gol también demostró ser un trabajador incombustible. Si las circunstancias lo requerían, se lo podía ver en pie a las cuatro de la mañana.

Las inapreciables manos de Ovseichik nos fueron de enorme utilidad. Cada vez que hacía falta taladrar un agujero o arreglar algún desperfecto, allí estaba Ovseichik dejándose la piel. Iosif Belits, un panadero de Vilnius, era un hombre de escasa instrucción y algo limitado, pero su aporte a los trabajos en el túnel fue fundamental, gracias a que tenía cierta experiencia en labores parecidas.

En relación con los trabajos en el túnel, he de decir unas palabras sobre otros dos inquilinos del bunker.

Iosif Kagan (su verdadero apellido es Bliazer)[120] había estado preso antes por delitos comunes. Kagan-Bliazer es la única persona

que consiguió escapar de Ponary en dos ocasiones. En 1941 fue conducido por primera vez a Ponary, colocado al borde de una zanja y «fusilado». Pero en aquella ocasión Kagan dio muestras de un ingenio y un dominio de sí mismo sorprendentes. Atento a las balas de la ráfaga con que los verdugos estaban barriendo la hilera de judíos, Kagan se dejó caer a la zanja en el último instante. Y sobrevivió. Los cadáveres cayeron sobre él durante un buen rato. Después fueron rociados con arena. Kagan esperó a que cayera la noche, salió de la zanja y volvió a la ciudad. Allá permaneció escondido en una «malina» durante algún tiempo, hasta que fue descubierto y enviado de vuelta a Ponary. Iosif Kagan tomó parte activa en la construcción del túnel y así pudo escapar de Ponary una segunda vez.

También Franz (*Abram*) Gamburg estuvo dos veces en Ponary. La primera vez lo trajeron desde una «malina» donde se había escondido junto a otras dieciséis personas. Todos fueron conducidos a Ponary, donde los obligaron a desnudarse y los hicieron formar una hilera al borde de la zanja. En contra de lo que solían hacer, esta vez las víctimas eran asesinadas una a una. Gamburg era el último de la hilera y pudo ver cómo los alemanes disparaban a quemarropa en la nuca de cada detenido. Cuando le llegó el turno, después de que las otras dieciséis personas fueran a parar al fondo de la zanja, Franz se dio la vuelta y anunció que guardaba una enorme cantidad de oro. «No me matéis y os lo daré todo», ofreció. «¿Dónde está el oro?», preguntaron los alemanes. «Está escondido en la ciudad», respondió Franz. Entonces le permitieron vestirse, lo subieron a un coche y lo llevaron de vuelta a Vilnius. Franz sabía de un sótano donde había dos mil toneladas de patatas almacenadas. Llevó allí a los alemanes y les dijo que debajo de aquellas patatas, en un rincón, estaba enterrado el oro. Los alemanes organizaron a toda prisa una brigada de trabajadores a quienes encargaron despejar el rincón señalado por Gamburg. Cuando acabaron el trabajo, Gamburg dijo que ahora tenían que cavar, pues el oro estaba enterrado. Pero por mucho que cavaron, el oro no aparecía por ninguna parte. Los alemanes propinaron una terrible paliza a Gamburg, quien no dejaba de asegurar que el oro había estado enterrado allí. Milagrosamente, no lo mataron a tiros, sino que lo devolvieron a Ponary donde lo nombraron capataz de la brigada

dedicada a la incineración de los cuerpos.

El 17 de febrero de 1944 se nos unió un nuevo grupo de prisioneros de guerra. Entre ellos se encontraban dos de mis buenos amigos del campo de concentración donde había estado retenido antes, Yuri Gudkin y Kostia Zharkov.

Gudkin, un ingeniero civil, vivía en Elektrostal, a las afueras de Moscú, antes del inicio de la guerra. En el campo para prisioneros de guerra se mostró particularmente activo en la elaboración de octavillas, el establecimiento de contactos con los partisanos, *etc.* Zharkov, estudiante de Leningrado, trabajó conmigo en el hospital, donde me prestó una gran ayuda. Solía estar deprimido y yo le daba ánimos. A Yuri le mostré el túnel la misma noche de su arribo a Ponary. Se mostró conforme con el plan de fuga y nos brindó algunas indicaciones muy útiles. Siempre tuve su opinión en gran estima. A la mañana siguiente, los «veteranos» fuimos llevados a trabajar, mientras los novatos se quedaban en el bunker. Más tarde las mujeres nos contaron que el *Sturmführer* se presentó a media mañana, mandó a formar a los recién llegados y los estudió minuciosamente. Si en su momento a nosotros nos preguntó por nuestras ciudades de origen, esta vez se interesó por las profesiones que dominaban los prisioneros. No alcanzo a explicarme cómo fue que Gudkin, un hombre con sobrada experiencia en aquellas lides, declaró que era ingeniero civil. Es menester recordar que los alemanes liquidaban a los intelectuales con especial celo. Aquella información alegró enormemente al *Sturmführer*. Se frotó las manos con placer: «No sé por qué lo habrán enviado aquí, pero ya que está le daremos un trabajo en su especialidad», dijo. «Quitadle los grilletes», ordenó a sus hombres. Gudkin fue subido a la superficie. Kostia Zharov y otro de los recién llegados declararon ser estudiantes. También con ellos el *Sturmführer* se mostró encantado. Tras referirse en términos entusiastas a lo mucho que valoraban la ciencia los alemanes, ordenó quitarles los grilletes también a ellos. Los tres fueron fusilados inmediatamente. El resto se unió a nuestra brigada de trabajo.

El gusto por la provocación, el sadismo y el cinismo de los fascistas eran verdaderamente increíbles.

A continuación inserto el relato que me hizo Kozlovski, uno de los hombres que trabajaban en nuestra brigada.

El 6 de abril de 1943 llegó a Ponary un convoy cargado de mujeres. Por mero afán de provocar, los alemanes habían declarado que el gueto de Vilnius sería liquidado, mientras que el de Kaunas, en cambio, permanecería intacto. Entonces seleccionaron a dos mil quinientas entre las mujeres más hermosas y saludables y anunciaron que las llevaban al gueto de Kaunas. A cada una le fue entregado un número de identificación, que las pobres mujeres tomaron por un salvoconducto a la vida. Muchos dieron todo su patrimonio a cambio de alguno de aquellos numeritos. Cuando el convoy arribó a Ponary los alemanes subieron a los vagones y ordenaron a las pasajeras desnudarse completamente. Las mujeres se negaron y fueron golpeadas salvajemente. Seguidamente las condujeron hasta las zanjas sometidas a una vigilancia reforzada. Sus guardianes velaban por que no quedara ni un solo trapo, ni un solo trozo de hilo, sobre sus cuerpos desnudos. Y, en efecto, cuando abrimos la fosa nos encontramos frente a dos mil quinientos cadáveres de mujeres desnudas en perfecto estado de conservación.

Aquella masacre fue coordinada y dirigida por Weiss.

Kozlovski integró la brigada encargada de la recogida de la ropa y me contó un episodio muy curioso.

Weiss metía prisas a todos. «Deprisa, deprisa», repetía sin cesar. En medio del ajetreo se abrieron de repente las puertas de uno de los vagones (Kozlovski estaba situado junto a ellas precisamente) y una mujer tropezó y cayó al suelo al intentar apearse. A una señal de Weiss, la operación se detuvo en seco. Seguidamente reunió a todos los presentes y les soltó el siguiente discurso: «¿Cómo ha podido ocurrir que una mujer cayera al salir del vagón y no haya encontrado un brazo en el que apoyarse? ¿Dónde diablos está vuestro sentido de la caballerosidad? ¿Adónde ha ido a parar vuestra gentileza con las señoras? ¿Acaso no veis que esta mujer podría ser mañana la madre de un ser humano como cualquiera de nosotros?». Y así sucesivamente. Durante diez minutos enteros Weiss estuvo riñendo a sus hombres por la penosa manera en que se habían comportado con aquella mujer. Cuando le pareció que habían aprendido la lección les hizo una señal para que continuaran. Entonces los guardias condujeron a las mujeres hasta el borde de la zanja y las masacraron a todas, incluida, claro, la desdichada que había resbalado al bajar del vagón.

Contábamos en nuestra brigada con un chico de apenas dieciséis años, Benia Vulf. En una ocasión Benia cruzó la carretera por delante de un coche que se desplazaba a gran velocidad y estuvo a punto de ser atropellado. Situado a cierta distancia, aunque siempre atento, el *Sturmführer* fue testigo del incidente. Fuera de sí, hizo sonar su silbato y ordenó reunir a toda la brigada. Y allí nos vimos de repente, mugrientos y empuñando nuestras palas, asistiendo a la inclemente regañina que se derramaba sobre Benia Vulf: «¡Vaya imperdonable descuido el tuyo!», lo increpó el *Sturmführer*. «Has estado a punto de perder un brazo por gusto. ¡Imagínate qué desgracia! Peor aún: ¡ese coche podría haberte matado! Y eso habría sido una verdadera tragedia. La vida es un regalo de Dios y nadie tiene derecho a disponer de ella a su antojo. Y menos tú, un chiquillo de apenas dieciséis años que tiene toda la vida por delante».

En una de las fosas Isaak Doguim encontró los cuerpos de su esposa, su madre y sus dos hermanas. El hallazgo le produjo tal impresión que estuvo a punto de perder la razón. Ya antes de eso había demostrado ser un tipo sombrío y poco comunicativo. Los alemanes se mofaban de él y lo zaherían… Motl encontró a su hijo en una fosa. Fue un día muy duro para todos. Cuando volvimos a «casa», es decir, al bunker, Motl nos confió que tenía un cuchillo y que se disponía a clavárselo al *Sturmführer* hasta matarlo. Dediqué largas horas a convencerlo de que si lo hacía nos condenaría a todos. Entretanto, el túnel estaba casi listo para la fuga. Le prometí que sería el primero en salir en libertad.

¿Cómo conseguimos cavar el túnel? Contábamos con una pequeña habitación que nos servía de despensa. Allí levantamos una falsa pared que consistía en dos tablones sujetos con clavos. Bastaba tirar de ellos para que los clavos cedieran y se pudiera llegar a la pared original. Las herramientas las encontramos en las fosas comunes. En eso nos ayudaron los muertos.

El suelo era arenoso y cedía sin dificultad. Lo malo era que teníamos que reforzar cada palmo de terreno ganado colocando refuerzos de madera. Ovseichik y Kantorovich se ocuparon de proveérnoslos. Cuando fuimos trasladados a Ponary, los alemanes se vieron obligados a construir un segundo bunker, porque no podían acomodarnos en el único con que contaban. Tanto Ovseichik como

Kantorovich tomaron parte en esa obra y de allí robaron los tablones que necesitábamos.

Un día tuvimos la suerte de encontrar en el bunker un pincho para cocer pan. Y enseguida se convirtió en nuestra mejor herramienta. Sometiéndolo a fuego le dimos la forma apropiada y nos servimos de él. También encontramos un manojo de pequeñas brocas. Así conseguimos proveernos de un taladro manual que nos vino de perillas.

Cavábamos el túnel cada tarde al regresar del trabajo.

La gente volvía del trabajo, comía algo y se ponía a cantar. Cantaban a voz en grito y los alemanes se mostraban muy complacidos de aquella muestra de alegría. Aun siendo yo un ciudadano soviético, me vi obligado a admitir que no conocía tantas canciones soviéticas como aquellos judíos de Vilnius. Conocían también todas las películas soviéticas, los nombres de los actores y actrices soviéticos y los temas musicales asociados a las películas se los sabían de memoria. Les gustaba especialmente la canción *Un fusil soviético*: «Dispara, fusil; dispara bien y con puntería».

Abram, como responsable de la brigada, nos prestaba toda su colaboración. Así, por ejemplo, daba instrucciones para que nos guardaran la comida, pues tomábamos la comida a última hora, más tarde que los demás. Mientras el grueso de la brigada descansaba y cantaba, nosotros nos íbamos al almacén y nos poníamos manos a la obra. Al principio los trabajos avanzaban con mucha lentitud. Durante la primera quincena de febrero apenas cavábamos Kagan y yo. Kostia y Ovseichik nos ayudaban con los tablones que servían de apoyo al techo del túnel y Matskin se encargaba de sacar la arena y dejarla caer disimuladamente por todo el suelo del bunker. El agujero donde vivíamos tenía una profundidad de cuatro metros. Cuando terminamos de cavar el túnel su profundidad era de apenas tres metros, noventa centímetros, de manera que la capa de arena extraída tenía un grosor de diez centímetros. Primero cavamos la embocadura del túnel y a partir de ella comenzamos a profundizar la galería. El túnel tenía setenta centímetros de ancho y sesenta y cinco de altura.

El trabajo se hacía cada vez más pesado. Por aquel entonces la brigada ya ocupaba dos búnkeres y conseguimos que los hombres más confiables y activos fueran trasladados al nuestro, mientras los

que tenían una actitud pasiva se fueran al otro.

Nuestro sistema de trabajo consistía en colocar dos pilares y sus apoyos, un trabajo que exigía el concurso de dos hombres.

El primero se ocupaba de cavar y colocaba los pilares; el segundo le iba alcanzando los maderos y extraía la tierra. Era un trabajo muy pesado. Después de hora y media o dos horas de trabajo los dos hombres salían completamente exhaustos del túnel. En ese tiempo colocaban unos cuatro apoyos. Lo más duro era la ausencia de aire respirable. También se resentían de que las cerillas y los mecheros se resistían a arder. Muy pronto se hizo evidente la necesidad de instalar luz eléctrica en el túnel. Cada vez que las dos personas encargadas de cavar el túnel —que podíamos ser Kagan y yo, Belits y Kantorovich o Shlema y su compañero, cuyo apellido he olvidado— entraban al túnel los hombres encargados de sacar la arena. Estos hombres se tendían de lado y formando una cadena. Cada uno de ellos arrastraba un puñado de arena desde su cabeza hasta los pies, donde los recogía el que lo seguía y así sucesivamente. Era un trabajo extremadamente penoso.

Finalmente conseguimos habilitar un cable que llevaba luz al túnel. El interruptor lo colocamos en la habitación de las chicas, bajo uno de los camastros. Siempre había uno de nuestros hombres haciendo guardia en la cocina. Si no había alemanes a la vista, nada entorpecía nuestros trabajos. En cuanto aparecía alguno, nuestro hombre corría a apagar la luz y nos daba aviso de alarma. Entonces teníamos que salir a toda velocidad del túnel, tumbarnos en nuestros camastros y cubrirnos. En una ocasión apenas transcurrieron unos pocos segundos entre la señal de alarma y la aparición de un hombre de las SS en pleno bunker. Afortunadamente, los tablones que enmascaraban la entrada al túnel ya estaban en su sitio, como también nosotros.

Muchos de los prisioneros se negaron a participar en la excavación del túnel. Algunos de ellos no creían en el éxito de la fuga y otros, la mayoría, volvían del trabajo mortalmente agotados. También había algunos que no querían marcharse de Ponary. «Aquí han matado a mi mujer y a mi familia. ¿Acaso los puedo abandonar?» Esa última opinión era compartida por los ancianos, incluyendo al rabino.

El 9 de abril tropezamos por fin con las raíces de los pinos que

constituían nuestra meta. Había tres hileras de pinos que formaban un triángulo. Nuestro propósito era salir a la superficie justo en medio del triángulo, a salvo de la vigilancia de los guardias. Al tropezar con las raíces, supe que habíamos seguido el camino correcto y que la superficie de la tierra estaba muy cerca. Con el pequeño piolet que llevábamos golpeé la tierra sobre mi cabeza. Bastaron unos pocos golpes para que el aire fresco se colara de repente en el túnel. Nos invadió una enorme felicidad y a mí, como ingeniero, me embargó una oleada de orgullo por haber resuelto correctamente las dificultades técnicas que planteaba la operación.

Para calcular la dirección del túnel me había servido de un compás, una regla y un nivel que fabricamos nosotros mismos. Yo era el responsable de decidir la dirección del túnel y daba las órdenes pertinentes al resto de implicados en la excavación. Es menester tomar en consideración que desde los primeros días de abril la gente trabajaba con enorme desgana. Algunas voces decían: «Llevamos dos meses en esto y todavía no hay resultados». Las muestras de tierra que habíamos tomado indicaban que había una fosa común muy cerca del túnel. La posibilidad de que nos encontráramos de pronto con un montón de cadáveres nos preocupaba enormemente. Algunos me reprochaban abiertamente haber errado en la dirección que seguía el túnel. Los últimos días habían sido críticos, porque ya apenas unos pocos hombres me permanecían fieles. Me vi obligado a conducirme con firmeza y desplegar toda mi fuerza de voluntad. Todo ello puede ayudar a imaginar cuál fue mi gozo cuando el 9 de abril tropezamos con aquellas raíces y sentí que habíamos encontrado la salida. Ahora surgía una cuestión crucial: cómo organizar la fuga. Sabíamos que estábamos rodeados de un nutrido ejército de guardias. Aun en el caso de que lográramos burlar su vigilancia, nos lanzaríamos a lo desconocido. Ninguno de nosotros tenía la certeza de que hubiera partisanos en el área.

Zinger, buen conocedor de la zona, me dijo que a unos catorce kilómetros de Ponary comenzaba el célebre bosque de Rudnitski y que había un río que transcurría no lejos de donde nos encontrábamos.

Los alemanes tenían establecido un eficaz sistema de vigilancia en torno a Ponary. Un día, por ejemplo, sufrimos un sobresalto

cuando un SS absolutamente borracho consiguió llegar hasta nuestro bunker. El *Sturmführer* acudió presto y lo mató a tiros allí mismo. Nadie podía ingresar a Ponary sin tener autorización para ello.

Finalmente, tomamos la decisión de marchar todos juntos en una misma dirección.

Dividimos a la brigada en ocho grupos de diez miembros. Cada uno de los grupos tenía su propio comandante, quien conocía la composición del grupo que mandaba y se ocupaba de preparar a sus hombres para la fuga. Dejé claro desde el principio que el éxito de la operación dependía de nuestra capacidad para someternos a la más férrea disciplina. «Elegid al comandante que queráis: cumpliré sus órdenes sin rechistar», manifesté.

Fui encargado de conformar los listados. Incluí en los dos primeros grupos de diez a los hombres que más se habían destacado en los trabajos para cavar el túnel. Esos mismos hombres eran quienes podían brindar un mayor aporte al movimiento partisano.

Este es el orden que establecí para la salida del primer grupo: 1) Doguim; 2) Farber; 3) Kostia Potanin; 4) Belits; 5) M. Zaydel; 6) Petia Zinin; 7) Ovseichik; 8) M. Kalnitski; 9) Shlema Gol; 10) Kantorovich.

Programé la fuga para el 12 de abril, pues se trata de un día significativo en mi vida: la fecha de nacimiento de mi hermano.

Desafortunadamente, el 12 de abril la luna brillaba como nunca. Y ahí recibimos un valioso consejo del rabino, a quien acudió Ovseichik en busca de consejo. El rabino le dijo que la noche del día 15 de abril sería la más oscura de todo el mes.

Ese 12 de abril bajé al túnel con Belits. Llevábamos un tubito de cobre en el que habíamos hecho muescas separadas por un centímetro y corroboramos por última vez que apenas nos separaban diez centímetros de la superficie. El minúsculo agujero nos permitió ver las estrellas y respirar aire puro. Ello nos infundió fuerzas. Habíamos visto con nuestros propios ojos que la libertad estaba al alcance de la mano.

El 15 de abril pasamos toda la jornada trabajando. La casualidad quiso que ese día un alemán al que apodábamos El Mono me propinara un palazo en un hombro sin motivo alguno.

A las once en punto Doguim y yo reunimos a toda la brigada.

Los primeros diez contaban con dos cuchillos y un gran pote lleno de extracto de vinagre que repartieron en dos botellines. Todo ello lo habíamos encontrado mientras revolvíamos los cadáveres. De hecho, todo lo que teníamos se lo debíamos a los muertos. Antes de tomar el camino a la libertad, les dije: «Quiero que todos seáis conscientes de que no hay vuelta atrás. Si nos descubren, seremos fusilados sin remedio. Es mejor morir peleando, así que moveos hacia delante pase lo que pase».

Nos arrastramos por el túnel hacia la salida. Doguim retiró la última capa de tierra. El aire puro inundó nuestros pulmones. La noche era muy oscura en efecto. El silencio era absoluto. Cuando todo estuvo listo, Doguim y yo nos libramos de los grilletes y enviamos a Wolf a dar la señal de salida al resto de los hombres. Las primeras veinte personas comenzaron a arrastrarse por el túnel. Kostia les iba quitando los grilletes uno a uno. Por fin comenzamos a salir del túnel. Habíamos acordado guardar el más estricto silencio. Aun si se producían disparos debíamos continuar avanzando en orden y sin delatar nuestra posición. Al salir de la boca del túnel teníamos que arrastrarnos durante doscientos o doscientos cincuenta metros hasta alcanzar un bosquecillo. Primero teníamos que llegar hasta una alambrada y abrir un boquete con las tenazas que llevábamos preparadas. Allí teníamos previsto colocar dos trozos de tela de color blanco para indicarle el camino a quienes venían detrás. Yo había calculado que podríamos salvar catorce kilómetros en una noche. Doguim iba primero; yo lo seguía. De repente, Doguim, de cuyo pie yo iba sujeto, gira bruscamente hacia la derecha. Miré a la izquierda y vi la silueta de un vigilante recortada sobre el cielo. Avanzamos otros veinte o treinta pasos, cuando apareció la figura de un segundo vigilante que se paseaba dando cortos pasos. Tuvimos que volver a cambiar de dirección. Recuerdo que me embargaba una sensación indescriptible al arrastrarme sobre la tierra. Me parecía respirar con todos los poros de mi cuerpo.

Me sentía muy feliz, porque nuestros esfuerzos no habían sido en vano. Un disparo al aire rompió el silencio de repente. Por lo visto, el crujido de una rama había alertado a alguno de los vigilantes. Al primer disparo lo siguió una lluvia de balas. Miré en derredor: todo el terreno estaba lleno de hombres que reptaban a

toda prisa; algunos se habían incorporado y corrían a campo traviesa. Doguim y yo alcanzamos la alambrada, abrimos el boquete. Los disparos eran cada vez más numerosos y sonoros.

Dos kilómetros más adelante tropezamos con una segunda alambrada. Mientras la cortábamos me percaté de que ya éramos un grupo de apenas seis hombres. Los alemanes hicieron un disparo de mortero. Con ello ponían en estado de alerta a toda la guarnición. Llegamos al bosquecillo y avanzamos a la carrera entre los árboles. No habíamos calculado que toda aquella zona estaba sembrada de instalaciones militares. Nos llovían balas de todas partes. Al llegar al río me esperaba otra mala noticia: ninguno de mis cinco acompañantes sabía nadar. Tuve que llevarlos por turnos hasta el margen opuesto del río. Andamos toda esa noche y al amanecer nos escondimos entre los árboles.

Nos tomó toda una semana salvar los catorce kilómetros que nos separaban del bosque Rudnitski. El 22 de abril nos internamos en él y llegamos a la aldea Zhagarini. Abordé a los primeros campesinos que encontramos: «¿Hay alemanes en la aldea?». Nos miraron con los ojos como platos. «No hay alemanes, ni hay polacos», respondió uno. «¿Hay soviéticos?» «Eso no lo sé. *Prosze pana*», dijeron. Esa misma noche encontramos a tres oficiales soviéticos que integraban un destacamento partisano. El capitán Vasilienko era uno de ellos. Lo cubrí de besos. «¿De dónde habéis salido?», nos preguntó.

—Del otro mundo —respondimos.

—¿De dónde, exactamente? —insistió.

—De Ponary.

—¿De Ponary? Seguidme…

Le dije que yo era moscovita. Él lo era también. Nuestra charla se vio interrumpida de repente por disparos enemigos. Las balas iban y venían, pero nuestros chicos no se inmutaban. El capitán Vasilienko les preguntó sorprendido: «¿Qué os pasa? ¿Es que no teméis a la muerte?». «No le tememos», le respondieron.

Nos condujeron hasta una base partisana. Muy cerca de ella estaban emplazados los destacamentos Por la victoria y Muerte al fascismo, este último integrado por judíos de Vilnius. Mis acompañantes encontraron a muchos conocidos en esos destacamentos. Abba Kovner, primo de Isaak Doguim, era el comandante del destacamento Muerte al fascismo. Los partisanos

judíos conocían perfectamente qué era Ponary. Nadie podía creerse que consiguiéramos escapar con vida de allí. Nuestra fuga les causó una profunda impresión. Se peleaban por ser los primeros en escuchar nuestros relatos que interrumpían con todo tipo de preguntas. Todas las bases de partisanos de la zona recibieron la orden de buscar a más fugados. Ese mismo día consiguieron encontrar a otros cinco de nuestros hombres.

EDITOR: R. KOVNATOR

En el campo de Jorol (Testimonio de A. Reznichenko)

Mi nombre es Abram Reznichenko y soy pintor. Bajo la ocupación alemana, utilicé un nombre falso: Arkadi Ilích Rezenko.

En otoño de 1941, cuando se produjo la retirada de nuestras tropas, fui rodeado por los alemanes en el margen izquierdo del río Dniépr.

Herido y separado de mi tropa, estuve dando vueltas en torno a Piryatin. Durante dos semanas vagué por los bosques y busqué abrigo en los barrancos. Temía entrar en la ciudad. Exhausto, hambriento, debilitado y comido de piojos, acabé cayendo en las manos de los alemanes. Me enviaron al campo de concentración de Jorol.

Sesenta mil personas vivían hacinadas en una pequeña área rodeada de alambre de espino. Había gente de todas las edades y profesiones, militares y civiles, ancianos y jóvenes de múltiples nacionalidades.

Desde que tuve uso de razón, toda mi vida transcurrió en el Estado soviético. Naturalmente, jamás tuve que ocultar, siendo como era un ciudadano soviético, mi condición de judío.

Un día a comienzos de octubre de 1941 presencié cómo un soldado alemán pegaba un latigazo en plena cara a un pobre hombre inocente. Delante de muchos prisioneros de guerra, le gritó, mientras su víctima se limpiaba la sangre que le brotaba de la mejilla: «¡Tienes que morir, judío!». Seguidamente nos ordenaron formar y uno de los soldados, asistido por un intérprete, ordenó a los judíos dar un paso al frente.

Ninguna de las miles de personas formadas en silencio se movió.

El intérprete, un alemán de la zona del Volga, recorrió las hileras de prisioneros, escrutando sus rostros.

—Salid de las filas, judíos —decía—. No os va a ocurrir nada.

Algunos pocos dieron crédito a sus palabras.

Bastó que avanzaran un paso para que los guardias los rodearan

y los condujeran tras un promontorio que se alzaba junto al campo de concentración. Muy pronto escuchamos unas ráfagas.

Inmediatamente después del vil asesinato, compareció ante nosotros el comandante del campo, el terror encarnado, y nos dirigió unas palabras.

—La guerra ha terminado por fin —declaró—. Se ha establecido una línea de demarcación que pasa por la cordillera de los Urales. A un lado de la cordillera, la gran Alemania; al otro, el gran imperio nipón. *Como era de esperar, los comisarios judíos han huido a América. Pero vosotros seréis puestos en libertad y volveréis a vuestras casas. Ésa es la voluntad del Führer. Primero dejaremos marchar a los ucranianos; después, a los rusos y bielorrusos…*

Habilitado en los terrenos de una antigua fábrica de ladrillos, el campo de concentración de Jorol contaba con un solo barracón medio podrido cuyo techo soportaban columnas vacilantes. Aquél era el único espacio en el que los prisioneros podían cobijarse de la llovizna y las tormentas otoñales.

Naturalmente, no muchos de los sesenta mil prisioneros conseguían entrar al barracón. Yo conseguí hacerlo en una ocasión.

Estábamos apretados unos contra otros. Nos ahogaba la peste y los vapores. Sudábamos sin parar. Me bastó un minuto allí para comprender que era preferible soportar la lluvia y el helado viento otoñal. Mas ¿cómo escapar de allí? A gritos, comencé a pegar empujones en busca de la única salida. También a mí me empujaban, apartándome. Pero impulsado por la ciega voluntad de escapar de aquel encierro avanzaba a trompicones, enfrentándome a quienes buscaban entrar al barracón con todas sus fuerzas…

La diana sonaba a las cinco de la mañana de cada día. Miles de hombres formaban entonces para tomar el desayuno, uno tras otro. Repartían sin prisas aquel bodrio apestoso que hacía anhelar la más asquerosa de las sopas. La lentitud era tan notable que muchos tomaban el «desayuno» cuando ya era noche cerrada.

El comandante del campo se aparecía en el lugar donde repartían la comida casi a diario, y a veces en varias ocasiones en un mismo día. Llegaba a lomos de su caballo e irrumpía en medio de la fila. ¡Muchos prisioneros murieron aplastados por los cascos de aquel caballo!

Había cocineros alemanes apostados junto a las enormes

cacerolas llenas de aquel bodrio caliente. Hombres de la Gestapo y sus fieles escuderos, los *Volksdeutsche.*

—¿Judío? —preguntaban.

—No, no.

—¡Claro que eres un asqueroso judío! —gritaban de cuanto en cuanto. Y el desafortunado objeto de sus gritos era apartado de la fila.

En una ocasión cogieron a un hombre semidesnudo, helado, mugriento y cubierto de llagas cuya condición de judíos había descubierto la Gestapo, lo elevaron sobre la masa de prisioneros colgando de los pies y lo arrojaron en una tina llena de la bazofia caliente con que nos alimentaban.

Así lo mantuvieron durante varios minutos. Cuando el desgraciado dejó de moverse, los cocineros volcaron la tina sobre el suelo. Y *entonces la multitud se abalanzó sobre el judío ya agonizante, desoyendo gritos y disparos. Perdida ya toda apariencia humana, toda aquella gente se puso a lamer las gotas de bazofia que quedaban entre los pliegues de la ropa del judío y después recogieron con las manos el bodrio que formaba charcos sobre el suelo.*

Al campo de concentración de Jorol solían llegar grupos de judíos que llevaban estrellas de seis puntas cosidas a las mangas y la espalda a modo de distintivos. Siempre llegaban acompañados por numerosos guardias. A estos judíos los paseaban durante todo el día por el campo sometiéndolos a los trabajos más humillantes y al término del día los liquidaban a la vista de todos.

Los alemanes del campo de concentración de Jorol practicaban muy diversas formas de ejecución y en modo alguno se ceñían al paredón y la horca.

Tenían varios perros pastores para acosar a los presos judíos. Los perros perseguían a grupos de personas a quienes se ordenaba echar a correr, les daban alcance y les destrozaban los cuellos *[antes de traerlos, ya cadáveres, hasta los pies del comandante…]*.

En otra ocasión un guardia abordó a un joven médico judío y al grito de «*Jude*!» le pegó un tiro a quemarropa. El médico se desplomó sangrando abundantemente. La bala le había destrozado la mandíbula. Los alemanes lo levantaron del suelo y cargándolo por los brazos y las piernas lo arrojaron a una zanja que comenzaron a cerrar inmediatamente. El médico respiraba todavía y

la tierra que lo iba cubriendo se movía al ritmo de sus espasmos.

Muy pronto el campo de concentración fue pasto de una epidemia de disentería. Morían millares de prisioneros a diario.

Los pocos de entre nosotros que eran dueños de una escudilla podían considerarse agraciados, porque podían cedérsela a otros a cambio de media ración de bodrio. Quienes carecían de escudillas se veían obligados a recoger la comida que les servían los cocineros en las gorras o las mangas de sus guerreras…

Los habitantes de las aldeas vecinas intentaban hacer llegar alimentos a los prisioneros.

La esposa de un joven de Zolotonosha se acercó un día al perímetro del campo con una bolsa de alimentos y consiguió lanzarla sobre la alambrada.

El feliz receptor del paquete fue rápidamente rodeado por sus compañeros de infortunio, a quienes miró con ojos asustados.

—Hermanitos, vosotros sois miles y yo soy uno solo —les dijo en un susurro—. Y este paquetito es todo lo que tengo. ¿Acaso puedo daros de comer a todos? —El pobre hombre apretaba la hogaza de pan contra su pecho como si se cargara un niño pequeño.

Pasé tres meses y medio encerrado en aquel campo de concentración. Corrían ya los últimos días de diciembre.

Los responsables de las aldeas vecinas solían visitar Jorol de tanto en tanto. Negociaban con las autoridades la puesta en libertad de los vecinos de las aldeas a su cargo.

Siempre asistí con envidia a esos procesos de selección. Sabía muy bien que nadie vendría a buscarme jamás. No obstante, observaba con atención el comportamiento de los agraciados. Y un día decidí probar suerte. Llamaron a los vecinos de Lojvitska.

—¿Quiénes son aquí de Lojvitska? —gritó el responsable de esa aldea—. ¡Arriba! ¡Qué se dejen ver los de Lojvitska!

Un joven respondió a la llamada y enseguida se le unieron otros dos presos. Decidí que yo sería el cuarto.

Y tuve suerte: el responsable de la aldea «reconoció» en mí a uno de sus «paisanos»…

Fue así que conseguí salir del campo de concentración de Jorol.

Echamos a andar en dirección a Lojvitska. El frío era intenso, pero teníamos que hacer el camino a pie. Me resultaba muy penoso andar por culpa d una herida en la pierna que no acababa de

cicatrizar. Y aun así mantuve el paso de mis «vecinos», pues temía rezagarme.

Al segundo día de marcha la disentería me hizo caer desplomado.

Mis acompañantes me dejaron tumbado sobre la nieve. Pasaron varias horas. Me incorporé y eché a andar con paso vacilante. Cuando comenzaba a caer la noche llegué a un pueblo. Llamé a la puerta de la casa más grande que encontré. Resultó ser una escuela. Me ofrecieron pasar la noche allí.

Permanecí en la escuela varios días. El bedel me permitió quedarme con él. Me daba de comer y me permitía tumbarme junto a la estufa. Pero no podía quedarme por mucho tiempo: no tenía documentos *[y podían descubrir mi condición de judío…]*

Entonces decidí llegar hasta mi ciudad natal, Kremenchug.

De camino a Kremenchug, paré en una aldea donde pude pernoctar en casa de una aldeana. Dije ser un prisionero de guerra salido de un campo de concentración. La mujer me dio cobijo.

A la mañana siguiente un alemán se presentó de improviso en su casa. Apenas un instante antes de que traspasara el umbral de la casa, mis nuevos amigos —es decir, la dueña de la casa y sus hijos — me escondieron en lo alto de la estufa.

El alemán se comportó como si fuera el amo de aquella casa. Se sentó a la mesa, impartía órdenes, se zampaba todo lo que la ama de casa había preparado para sus hijos y ella misma.

Por fin de marchó y pude continuar mi camino.

En Kremenchug, adonde conseguí llegar a la postre, tras largo y tortuoso viaje, me ingresaron en el hospital metropolitano. Mi pierna enferma se pudría sin remedio.

Fui testigo de muchas penas en aquel hospital. Vi, por ejemplo, cómo una cámara de gas móvil se llevaba a muchos judíos heridos y a otros enfermos. Presencié la muerte del doctor Makson, un célebre médico que gozaba de unánime respeto; un anciano siempre solícito y compasivo. A pesar de su avanzada edad, el doctor continuaba en su puesto, junto a las camillas en las que reposaban sus pacientes. Pero un día aparecieron los alemanes de improviso.

—Makson es judío —gritó uno de ellos—. ¡Entregadnos a ese judío!

Miles de vecinos de Kremenchug intercedieron en nombre del

doctor Makson.

Y los alemanes acabaron cediendo. El octogenario anciano abandonó la sede de la comandancia y volvió a casa rodeado de gente.

Pero la mañana siguiente los alemanes entraron por la fuerza en su apartamento. El anciano fue subido a la fuerza a un coche y conducido a las afueras de la ciudad. Lo fusilaron. Uno de sus pacientes, un zapatero judío, intentó escapar del hospital cuando supo de la suerte que había corrido su médico.

Fue capturado y tras propinarle una golpiza lo condujeron de vuelta al hospital. Esa misma noche el zapatero se cortó la garganta con una navaja.

A la mañana siguiente un hombre de la Gestapo se acercó a la camilla del agonizante zapatero. Llevaba una bata de color blanco y un gorro de enfermero.

—Pobre —le dijo y se sentó en la camilla—. Mira lo que el miedo ha hecho contigo.

Le acarició la cabeza una y otra vez y repitió:

—¡Pobre mío! ¡Pobrecito!

Entonces saltó de repente y le pegó un puñetazo en plena cara:

—*Jude,* cabrón —gritó.

El zapatero fue fusilado al otro lado de las puertas del hospital.

De ello se ocupó aquel mismo hombre de la Gestapo, quien no se quitó para la ocasión la bata y el gorro del uniforme de enfermero.

EDITOR: VASILI GROSSMAN

El campo de concentración de Klooga (Estonia)

NOTA DE LOS EDITORES

El Ejército Rojo tomó la ciudad de Klooga, Estonia, mediante un ataque tan súbito y demoledor que las hogueras destinadas a incinerar los cadáveres de los judíos asesinados por los alemanes todavía humeaban. De hecho, una de aquellas pirámides de cuerpos listos para la quema no ardía aún. Los corresponsales extranjeros que acompañaban a la vanguardia del Ejército Rojo fueron testigos de aquel horror. Sus fotografías y artículos dieron la vuelta al mundo.

La velocidad de la ofensiva soviética cogió desprevenidos a los alemanes. Sólo así se explica que no liquidaran a tiempo a todos los prisioneros y borraran las huellas de sus crímenes. Con toda, el carácter súbito de la ofensiva apenas salvó la vida a unas pocas decenas de prisioneros del campo de concentración instalado en esa localidad. Esos afortunados consiguieron esconderse en el último momento, aprovechando que los alemanes huían en desbandada y no tenían tiempo que perder.

A continuación se pueden leer algunos testimonios debidos a esos supervivientes.

ZAINTRAUB, ESTUDIANTE DE LA UNIVERSIDAD DE VILNIUS

Primero me encerraron en el gueto de Vilnius. El 23 de septiembre de 1943 sonó la diana a primera hora de la mañana y recibimos la orden de prepararnos para ser evacuados. A las cinco de la mañana nos hicieron formar de cinco en fondo y salimos del gueto vigilados por un nutrido contingente de guardias de asalto.

Unas cuarenta o cincuenta personas esperaban con las caras pegadas al muro exterior del gueto. Habían sido seleccionados para

ser ejecutadas. Desconozco por qué los seleccionaron precisamente a ellos.

Al llegar a Suboch, los hombres fuimos separados de las mujeres y los niños. Después supimos que las mujeres y los niños fueron llevados a Majdanek.[121]

El proceso de «selección» se prolongó hasta las diez de la mañana. En el curso de esa operación los alemanes llamaron a Palevski. Nadie respondió a la llamada: Palevski estaba escondido en el gueto. Entonces llamaron a Levin, el responsable de la[122] brigada en que trabajaba Palevski. Levin, Jvoynik, Big y el maestro Kaplan fueron apartados del resto de detenidos. Más tarde supimos que los habían fusilado.

Hacia las cuatro de la tarde nos subieron por fin a un tren de carga. Las puertas y las ventanillas de los vagones estaban selladas con alambre de espino. El convoy se puso en marcha bajo la estrecha vigilancia de un pelotón de los guardias de asalto.

El viaje duró cuatro días y su destino era el campo de concentración de Vaivari. Desde allí nos enviaron a Klooga, que ya acogía entonces a cuatrocientos hombres y ciento cincuenta mujeres.

Al llegar fuimos sometidos a un minucioso registro. Todo objeto que pareciera tener algún valor nos fue requisado. Uno de los guardias encontró veinte rublos soviéticos que escondía un prisionero. Lo mató en el acto.

Nos instalaron en el edificio en ruinas de un viejo cuartel. Dormíamos tumbados sobre el suelo de cemento. Nos dividieron en brigadas y nos enviaban a trabajar. Fuera del campo trabajábamos a las órdenes de los empleados de la organización Todt. En el campo nos sometíamos a los guardias de asalto y los hombres de las SS. Unos y otros nos trataban por igual.

Yo integré el grupo de trescientos hombres encargado de llevar los sacos de cemento de la fábrica a la estación de trenes. Los sacos pesaban cincuenta kilogramos y la distancia que teníamos que salvar cargándolos era de ciento cincuenta metros. Los supervisores no nos quitaban ojo de encima. Armados con gruesos palos, golpeaban en la cabeza a quienes consideraban remolones. *[Mostraban tal celo que en lugar de llevar la carga andando, lo hacíamos a la carrera.]*

Los demás hombres trabajaban en la fábrica de cemento, el aserradero, las minas o los diversos talleres instalados en la zona. Las mujeres lo hacían en las canteras. Allá se veían obligadas a cargar grandes piedras. Trabajaban con una norma que las obligaba a acarrear cuatro toneladas de piedras al día.

Nuestra rutina diaria era más o menos la que sigue: nos levantaban a las cinco de la mañana, bebíamos un sucedáneo de café y salíamos del barracón para el *Appel*, o recuento. La jornada laboral comenzaba a las seis de la mañana. A mediodía parábamos durante tres cuartos de hora para comer. A las 12.45 reanudábamos el trabajo hasta las seis. Entonces parábamos para el *Appel* vespertino. La comida consistía en un poco de bodrio. No nos daban nada de cenar.

Los alemanes nos hacían formar hileras de cien hombres para los recuentos. Cada vez esperábamos de pie hasta que el capataz nos enviara a trabajar o de vuelta al campo, si se trataba del recuento vespertino. A veces los recuentos se prolongaban durante horas. Si algún prisionero abandonaba la posición de firmes recibía un castigo.

Cada centenar de hombres tenía a su propio verdugo. Steinberger solía ser el más salvaje: golpeaba a los presos en la cabeza con palas y porras. Karol y Dybovski no se quedaban atrás. En una ocasión este último rompió una pierna a un prisionero apellidado Levi. Otro verdugo era un hombre de las SS cuyo apellido desconozco y al que apodamos Seis Pies. Este asesino iba siempre acompañado de un perro pastor que se encargaba de dar caza a los «criminales», es decir, a quienes se guardaban un trozo de pan o se acuclillaban unos instantes para tomarse un respiro. El perro se abalanzaba sobre el «criminal», le destrozaba la ropa y lo mordía con fiereza ocasionando a veces graves heridas. Seguidamente Seis Pies propinaba veinticinco fustazos al culpable.

Otro supervisor, Lauya, disparó un día sobre Vainstein sin motivo alguno ocasionándole la muerte.

El reglamento que establecía las formas de saludar a los alemanes nos provocó muchos sinsabores. Este establecía que los judíos no tenían derecho a saludar a los alemanes con una inclinación de cabeza. Y sin embargo, si dejábamos de inclinar la cabeza al paso de un alemán, éste nos pegaba por «falta de respeto».

Si lo hacíamos, nos pegaba igualmente alegando «incumplimiento del reglamento».

En el campo perdimos nuestros nombres. A cada uno de nosotros le fue asignado un número que fue cosida a nuestras ropas: uno sobre el hombro y otro al nivel del tobillo. Cada vez que un alemán consideraba que habíamos cometido una falta anotaba el número en un cuaderno. Más tarde, cuando se producía el siguiente recuento, el culpable era llamado por su número y recibía el castigo.

Los castigos se infligían sobre un banco curvo de un metro de largo. A ese banco ataban de pies y manos a prisionero cogido en falta. Un verdugo se sentaba a la cabeza de la víctima, mientras otro se ocupaba de los azotes. El hombre que recibía los azotes tenía que llevar la cuenta en voz alta. Si la perdía, el castigo comenzaba desde cero. Si perdía el conocimiento, le arrojaban agua a la cara hasta que volvía en sí y entonces reanudaban la sesión de castigo. *[Al principio los azotes eran propinados con una rama de abedul. Después los daban con un pene de buey por cuyo interior habían hecho pasar una cuerda de acero.]* Los castigos tenían lugar a la vista de todos los demás presos.

También recurrían a otras formas de castigo. Así, por ejemplo, ataban a las víctimas a un poste y la dejaban durante horas expuesta al sol o al frío, las privaban de comida, *etc.* El trabajo era muy pesado y las condiciones de vida insoportables. Como no recibíamos más alimentos que el sucedáneo de café, el bodrio aguado y un trozo de pan *[de trescientos cuarenta gramos]* mezclado con arena, muchos enfermaban y se hinchaban. El número de enfermos crecía sin parar. Los alemanes se libraban rápidamente de los enfermos graves: los envenenaban y después los incineraban. No recibíamos asistencia médica de ningún tipo.

El doctor Bodman era el «oficial sanitario» superior. Era él quien decidía qué prisioneros merecían ser envenenados, preparaba la solución de veneno y ordenaba administrársela a la persona marcada para morir. Cada vez que comparecía ante los enfermos lo hacía al grito de *«Achtung*!» (¡Atención!). Al escucharlo, todos los pacientes tenían que sacar las manos de debajo de las mantas y cruzarlas sobre el pecho. El doctor golpeaba con un palo a los remolones.

Solíamos organizar veladas artísticas. Artistas como Bliajer,

Rotstein, Rozental, Dumarkin, Fin, Poznanski, Motek, Krengel y otros participaban en ellas. También celebrábamos conversatorios sobre cuestiones políticas, la situación en los frentes de batalla, *etc.* Saltándonos todas las prohibiciones, nos las ingeniábamos para conseguir periódicos y discutir su contenido. Había que ser de veras agudo para encontrar siquiera unos pocos granos de verdad en los periódicos alemanes. También organizamos en secreto sesiones de tiro para aprender a disparar. Estas tenían lugar en el sótano del cuartel que nos servía de albergue.

Las mujeres vivían separadas de nosotros y su situación era aún peor que la nuestra. Estaban sometidas a un régimen de trabajo que sobrepasaba sus fuerzas y recibían constantes castigos. Una de ellas protagonizó una tentativa de fuga. No tuvo éxito, porque el perímetro del campo estaba sometido a una estrecha vigilancia. Fue capturada. Por si no les hubiera bastado con golpearla salvajemente, sus captores la obligaron a pasearse por el campo con un cartel colgado del cuello en el que se leía: «¡Hurra! ¡Hurra! ¡Ya vuelvo a estar aquí junto a vosotros!».

En el campo se produjeron varios partos. Por orden del *Lagerführer* todos los recién nacidos fueron arrojados al fuego.

En agosto de 1944 los alemanes liquidaron varios campos de concentración instalados en el territorio de Estonia. Esa suerte corrieron, por ejemplo, los campos de Kivioli, Ereda y Filipoki. Lo supimos gracias a mensajes escritos en los sacos de cemento que nos llegaban desde esos lugares. Esa era la manera de comunicarnos que utilizábamos los presos.

Sabíamos que el Ejército Rojo se acercaba cada vez más y lo esperábamos con el corazón en un puño. En la mañana del 19 de septiembre nos sacaron a la plaza donde tenían lugar los recuentos. Hombres y mujeres fueron formados en espacios separados. Los alemanes reunieron a los trescientos hombres más fuertes y les anunciaron que el campo sería evacuado y se los necesitaba para cargar la madera acumulada junto al aserradero. Sabíamos de la proximidad del Ejército Rojo y de la evacuación de otros campos, de manera que la información nos pareció verosímil. Por si ello fuera poco, los alemanes ordenaron preparar comida para todos los presos, incluidos los trescientos destinados a cargar la madera.

A las 13.30 escuchamos los primeros disparos. En un primer

momento pensamos que los hombres de las SS estaban realizando prácticas de tiro, algo que solían hacer con cierta frecuencia. No obstante, unos instantes más tarde volvieron los hombres de las SS, seleccionaron a treinta hombres y se los llevaron. Cuando escuchamos la nueva andanada de disparos comprendimos que se disponían a matarnos a todos. Muchos echaron a correr en estampida. Yo me escondí con otras veinte personas en el sótano del viejo cuartel. Al rato, escuchamos a los alemanes gritar: «¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Los soviéticos ya están aquí!».

Unos días más tarde escuchamos las voces de los soldados del Ejército Rojo y salimos a la superficie…

ANOLIK

En Estonia había un total de veintitrés campos de concentración. En ellos se encontraban detenidas unas veinticinco mil personas, incluyendo a diez mil lituanos. La mayoría de los campos estaba ubicada al este de Estonia. Al de Vaivari llevaban judíos de los diferentes guetos para distribuirlos después por el resto de instalaciones.

El campo de Klooga estaba rodeado por dos cercas de alambre de espino. Entre ambas cercas había enormes cilindros envueltos también en alambre de espino. A lo largo de las alambradas se alzaban torretas de vigilancia desde las que los guardias vigilaban el perímetro día y noche.

Todos los presos eran rapados. A las mujeres les cortaban el cabello al cero. A los hombres les dejaban una lista de pelo en las cabezas.

No nos permitían tener más de una camisa. Al que le encontraran una segunda se lo cargaban. Si a algún preso le encontraban un trozo de pan escondido, castigaban a todos los que compartían celda con él. El 1 de abril nos obligaron a entregar toda la ropa de abrigo y salir a trabajar en camisa. También vistiendo tan sólo la camisa nos obligaban a resistir largas horas de recuento.

En algunos otros campos de concentración la situación era aún peor. En el campo de Viivikonna el recinto era iluminado con potentes reflectores. Allá los prisioneros se agolpaban en barracones levantados sobre un pantano. Llegar hasta ese campo de

concentración requería andar con el agua hasta la rodilla. Tenían una forma muy peculiar de castigo allí: ataban a los presos y los obligaban a pasar horas enteras en las aguas del pantano. Algunos de los prisioneros de Viivikonna estaban condenados a morir allí. Entretanto, de los mil prisioneros del campo de Vaivari, seiscientos murieron.

En diciembre de 1943 los campos fueron pasto de una epidemia de tifus. Los enfermos morían como moscas. Quienes superaban la enfermedad eran enviados de vuelta al trabajo tras dos semanas de convalecencia. Allí, naturalmente, no resistían el ritmo y se desplomaban. Entonces eran asesinados. Muy pronto los alemanes comenzaron a incinerar los cuerpos de los muertos y asesinados en grandes hogueras.

En Kivioli los detenidos trabajaban en canteras de esquisto. El campo de Ereda estaba lleno de gente enferma. Allí pasé algún tiempo. Ese campo fue evacuado el 1 de febrero de 1944. Los enfermos tenían que salvar a pie una distancia de ciento ochenta kilómetros. Veintitrés presos no conseguían seguir el paso de la columna. Su debilidad se los impedía. El médico que nos acompañaba nos ordenó echarlos al mar. Eso sucedió cuando estábamos a las afueras de Iejvi. Nos negamos en redondo a cumplir aquella orden. Entonces los hombres de la SS y el propio médico echaron al mar a los desgraciados.

Todos los ancianos y enfermos del campo de concentración de Kivioli fueron asesinados en el mes de julio de 1944. Los alemanes llamaron *Aktion* a aquella operación de exterminio. Volkovyski y Rudnik, dos médicos de Vilnius, perecieron víctimas de aquella «acción». También el campo de Leezi fue evacuado en ese mismo mes de julio. También allí fueron fusilados los enfermos y los ancianos. Al resto de prisioneros les quitaron las ropas y los evacuaron semidesnudos.

No fue hasta mayo de 1944 que llegué a Klooga, de manera que no pasé demasiado tiempo encerrado allí. Cuando los alemanes emprendieron el exterminio de los prisioneros me escondí en el barracón y allí estuve cinco días enteros, bajo las mantas y sin moverme, hasta la llegada del Ejército Rojo.

A. YERUSHALMI

Como miembro del Judenrat *de Shavli (Siailiau) que fui, me siento autorizado a contar lo que sigue. A principios de febrero de 1944 un convoy ferroviario cargado de mujeres niños y discapacitados pasó por la estación de Shavli. Durante los cinco días que les tomó llegar a Shavli desde Estonia en vagones sellados con alambre de espino, los deportados no recibieron comida ni agua. Beker, un joven de diecisiete años, era uno de los viajeros. Atacado por un brote de tifus, los alemanes lo enviaron a trabajar a dieciséis kilómetros del campo de concentración en cuanto le bajó un poco la fiebre. A Beker se le helaron las piernas y se le resfriaron los riñones. En definitiva, quedó incapacitado para trabajar y ello le valió ser subido a aquel convoy. En el paradero de Meshkuychai Beker bajó del tren para beber un poco de agua. Lo hizo con autorización de un guardia. Pero mientras buscaba agua el tren se marchó. Unos instantes más tarde Beker era arrestado en el propio apeadero.*

Debido a su incapacidad para andar, lo enviaron a nuestro gueto y lo encerraron en el local que servía de prisión. El Obersturmführer *Schleef, a la sazón comandante de nuestro gueto, preguntó al jefe de todos los campos de concentración para judíos, Gekke, qué hacer con él. Gekke respondió escuetamente*: Sonderkommando. *Ello significaba que Beker debía ser puesto en manos del* Sonderkommando, *es decir, el destacamento de hombres de las SS encargado del exterminio de los judíos. El* Judenrat *conoció la decisión y arrancó a Schleef la autorización para envenenar a Beker en el propio gueto. Beker fue trasladado al hospital, donde permaneció durante un mes entero gracias a sucesivas posposiciones de su ejecución. Todas ellas estaban fundamentadas en excusas verdaderas o falsas. Entretanto, uno de los vecinos del gueto murió y fue inscrito en el registro de muertes con los datos de Beker. Poco después el propio Beker, quien había suplantado la identidad del muerto, fue trasladado a otro campo. Más tarde supimos que el convoy del que se bajó Beker acabó en Majdanek.]*

VATSNIK

Yo fui uno de los trescientos hombres que los alemanes sacaron del campo con el pretexto de cargar madera. En realidad, nos llevaban a liquidar. También estuve entre los primeros treinta enviados al bosque a acarrear troncos. Subíamos los troncos a

carretas que iban marchando una tras otra. Cuando la última despareció por el camino los alemanes nos ordenaron tumbarnos sobre la tierra. Allí nos tuvieron hasta las cuatro y media de la tarde. Después nos condujeron de vuelta al barracón. Había hombres de las SS armados por todas partes. Habíamos recibió la orden de andar con la cabeza gacha y las manos sujetas a la espalda. Finalmente nos detuvimos ante un barracón. Un hombre de las SS me dijo que entrara y echó a andar detrás de mí. Comprendí que me había llegado la hora de morir y me estremecí de la cabeza a los pies en cuanto traspasé el umbral del recinto. El alemán me preguntó con voz tierna «¿Por qué tiemblas, pequeño?», y en ese mismo instante me disparó dos tiros, uno al cuello y otro a la espalda. Una de las balas me atravesó limpiamente; la otra quedó alojada en mi cuerpo. A pesar de haber recibido los dos balazos permanecí consciente. Me dejé caer al suelo y simulé estar muerto. Escuché al alemán saliendo del barracón e intenté incorporarme. Pero en eso traían a otros dos detenidos y volví a simular estar muerto. A esos dos los obligaron a tumbarse en el suelo y les dispararon. Después continuaron trayendo a más y más prisioneros. Los cadáveres se iban amontonando unos sobre otros. Trajeron a un niño a quien escuché gritar «¡Mamá!» antes de recibir el disparo que le quitó la vida. Algunos agonizaban entre lamentos. Los disparos cesaron por fin.

Me fui arrastrando entre los cadáveres hasta salir a la superficie. Me costó horrores apartarlos. Para llegar hasta la salida me vi obligado a caminar sobre los cuerpos sin vida de mis camaradas. De repente descubrí que mi amigo Lipengoltz aún se movía. Lo ayudé a salir. Yankel Libman tampoco había muerto. «Ayudadme a sacar las piernas», nos rogó. Tiramos de él cuanto pudimos, pero ambos estábamos heridos y nuestras fuerzas eran escasas. Libman dejó de quejarse enseguida…

Sentimos un fuerte olor a gasolina. Corrimos hacia las puertas y las ventanas. ¡Estaban cerradas por fuera! Golpeamos con todas nuestras fuerzas una de las ventanas y conseguimos arrancarla del marco. Salté afuera. Lipengoltz me seguía. Caímos sobre la hierba, nos incorporamos y echamos a correr. Desconcertados, corrimos hacia las hogueras en las que los alemanes estaban incinerando más cadáveres. Nos dispararon sendas ráfagas, pero afortunadamente las

balas no nos alcanzaron. Corríamos despavoridos. La carrera nos llevó a catorce kilómetros de allí. Concretamente, hasta el campo donde estaban encerrados los prisioneros de guerra rusos. Éstos nos escondieron en el hospital del campo, donde permanecimos hasta la llegada del Ejército Rojo.

BENIAMIN ANOLIK, HIJO

Al primero que vimos fue a un capitán del Ejército Rojo. Le pedimos que nos dejara tocarlo, porque no nos creíamos que estuviéramos libres por fin y que estuviéramos en presencia de uno de nuestros hombres. El capitán nos abrazó y nos felicitó por la libertad que estábamos recuperando. Nosotros no hacíamos más que llorar, mientras pugnábamos por acariciar la estrella en la gorra del capitán.

Recorrimos el campo junto a nuestros libertadores. Queríamos mostrárselo todo. El banco en el que nos azotaban. *[El pene de buey ensangrentado había sido abandonado en el suelo.*) Los postes a los que nos ataban. El barracón donde vivíamos. El capitán se cubre la cara con un pañuelo: el olor a cadáver resulta insoportable. Estamos ante los cuerpos que los alemanes no tuvieron tiempo de incinerar. Vemos a una criatura muerta. Tendrá unos tres meses. Sus bracitos buscaban a la madre, tendida a su lado, también cadáver. Me volví hacia el capitán. No hacía nada por ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas. En su pecho, las condecoraciones ganadas y los zurcidos que evocaban las heridas recibidas en combate. Un ruso como otro cualquiera. Alguien que conoce la muerte y el dolor. Llora y sus lágrimas nos parecieron lo más valioso que podía concebirse en este mundo…

Continúa nuestra inspección. Aquí había una barraca en la que se hacinaban los prisioneros. Estaba dividida en ocho sectores. De ella ahora apenas quedan las chimeneas y una montaña de huesos carbonizados. Estas son las hogueras. En torno a ellas aún se ven desperdigados los abrigos y las faldas. Son cuatro hogueras. Tres de ellas todavía despiden el humo negro de los cadáveres que arden. Hay otra hoguera que los alemanes no tuvieron tiempo de encender. Una capa de leña; una capa de cadáveres; otra capa de leña y otra de cadáveres… Y así sucesivamente. Los hombres, al morir, se

cubrían las caras con sus gorras; las mujeres se tapaban los ojos con las manos. Esos dos cadáveres que vemos ahí abrazados pertenecen a dos hermanos. Hay una hoguera en ciernes que apenas cuenta con las capas de leños. Faltan los cuerpos, porque esa hoguera estaba preparada para nosotros. Si el Ejército Rojo hubiera tardado unas horas más en llegar es muy probable que también nosotros, dichosos supervivientes, hubiéramos ardido en esa hoguera. Somos ochenta y dos quienes sobrevivimos milagrosamente. En las hogueras hay dos mil quinientos cadáveres.

—¡Queremos ir con vosotros! —pedimos al capitán—. ¡Queremos formar parte del Ejército Rojo! Queremos venganza.

Las lágrimas asoman nuevamente a sus ojos. «Estáis enfermos —replica—. «Debéis esperar un poco. Tenéis que recuperar fuerzas. *[Nosotros os vengaremos. Llegaremos hasta Berlín y haremos que los alemanes paguen por lo que os han hecho)»*.

Aun así uno de nosotros consigue enrolarse muy pronto. Su estado físico es superior al del resto. Se trata de un poeta cuyo apellido dice mucho a todos los judíos: Beylis. Comparte apellido con aquel otro Beylis a quien el gobierno zarista acusó de haber cometido un asesinato ritual y después se vio obligado a admitir su inocencia. También a él intentan convencerlo de que se tome un descanso, que espere un poco. Pero Beylis señala a la estrella en la gorra del capitán y dice: «Ése es el descanso que yo anhelo». Después señala hacia el oeste: «Y ése es mi único camino». Por último señala a los soldados del Ejército Rojo: «Y ahí tenéis a mis hermanos».

EDITOR: O. SÁVICH

Treblinka[123]

Al este de Varsovia, siguiendo el curso del Bug occidental, se extienden arenales y pantanos y se alzan espesos bosques de pinos y alerces. Son parajes desolados y sombríos, y sólo muy de tanto en tanto se tropieza uno con alguna aldea. Tanto los viajeros que hacen su camino a pie o subidos a algún vehículo evitan sus senderos arenosos y estrechos, donde se hunden los pies y las ruedas pierden hasta los ejes en las profundas dunas.

Allí, en la línea ferroviaria de Siedlce, está emplazada la solitaria estación de Treblinka, a poco más de sesenta kilómetros de Varsovia, no lejos de la estación de Malkinia, donde convergen las vías que conducen a Varsovia, Bialystok, Siedlce y Lomza.

Es probable que muchos de quienes fueron llevados a Treblinka en 1942 hubieran tenido ocasión de pasar por allí en tiempos de paz, sus ojos perdidos en aquel paisaje monótono: dunas y pinos, dunas y más pinos, brezales, matorrales oscuros, sombríos apeaderos, cruces de vías… Tal vez la mirada de alguno de esos viajeros reparara entonces con desgana en un tramo de vía, una única vía, que partía de la estación y se internaba entre un espeso macizo de pinos que apenas le abrían paso. La vía llevaba a un arenal del que se extraía abundante arena para las construcciones y la industria en las ciudades vecinas.

El arenal estaba en una zona desierta y rodeada de pinos que distaba cuatro kilómetros de la estación. El suelo árido de aquellos predios no atraía a los campesinos. El erial seguía siendo un erial. La tierra se había cubierto de musgo en algunos tramos. En otros se alzaban escuálidos pinitos. Muy de vez en cuando la sobrevolaba una corneja o una abubilla. Fue precisamente aquel erial dejado a la mano de Dios el elegido y después aprobado por el *Reichsführer* Heinrich Himmler para la construcción de un cadalso tan colosal que el género humano no conoció igual en el largo intervalo que va desde las bárbaras comunidades primitivas hasta los crueles días de hoy.

En Treblinka había dos campos de concentración. El Campo de trabajo N.° 1, destinado a reclusos de diversas nacionalidades obligados a realizar trabajos forzados, y el Campo N.° 2, el de los judíos.

El Campo N.° 1 —campo de trabajo o de castigo— está ubicado en el borde del arenal y muy cerca de la linde del bosque. Se trataba de un campo de lo más común, idéntico a otros cientos o miles que la Gestapo levantó en las zonas del Este ocupadas. Surgió en 1941.

Ahorrativos, eficaces, calculadores y dotados de una pedante inclinación por la higiene: he ahí algunas de las buenas cualidades que suelen adornar a los alemanes. Aplicadas a la agricultura o la industria, todas ellas arrojan buenos frutos. El hitlerismo aplicó esas características a los crímenes contra la humanidad y, en efecto, las SS del Reich actuaban en los campos de trabajo de Polonia como si en ellos se ocuparan del cultivo de coliflores o patatas.

Toda el área del campo estaba dividida en rectángulos de líneas muy precisas. La disposición de los barracones fue trazada con tiralíneas, los márgenes de los senderos de arena fueron sembrados de abedules. Se construyeron estanques de cemento para las aves de corral acuáticas, cómodos lavaderos también de cemento a los que se accedía por primorosos escalones y magníficos servicios destinados al personal alemán: una panadería ejemplar, una barbería, un garaje, una moderna gasolinera y toda suerte de almacenes. El campo de Majdanek en Lublin y otras decenas de campos de trabajo erigidos en el territorio oriental de Polonia en los que los hombres de la Gestapo y las SS calculaban establecerse firmemente y por largo tiempo fueron erigidos de acuerdo a esos mismos principios y también estaban provistos de jardincitos, bebederos y senderos asfaltados. La eficiencia alemana, la capacidad para atender hasta a los más pequeños detalles, el pedante gusto por el orden, la pasión por horarios y esquemas desarrollados cabal y minuciosamente fueron algunas de las características de los alemanes que se manifestaron en la construcción de todos aquellos campos.

Los prisioneros llegaban al campo a cumplir penas muy diversas y en ocasiones muy breves —cuatro, cinco o seis meses. Había polacos que habían violado alguna de las disposiciones del

Gobernador general. Unas violaciones que en buena parte de los casos eran insignificantes, pues la desobediencia significativa no se castigaba con la reclusión en un campo, sino con la muerte inmediata. Un soplo, una denuncia, una palabra de más, dicha en plena calle, el incumplimiento de un plazo de entrega, la negativa a ceder un caballo o una carreta a un alemán o la audacia de una joven al rechazar las propuestas amorosas de un hombre de las SS, la sola sospecha de la comisión de un sabotaje en alguna fábrica —no la comisión efectiva de un sabotaje, castigada con la muerte— condujeron a cientos, a miles de polacos —obreros, campesinos, intelectuales; hombres y jóvenes mujeres; ancianos y adolescentes; madres de familia— a pasar una temporada en el campo de castigo. En total fueron unas cincuenta mil personas las que pasaron por allí. Tan sólo los judíos que eran reconocidos especialistas en sus oficios iban a parar a aquel campo: panaderos, zapateros, ebanistas, pedreros y sastres. En el campo funcionaban los más diversos talleres, destacando una mueblería que surtía de sillones, mesas y sillas al cuartel general del ejército alemán.

El Campo N.° 1 se mantuvo operativo entre el otoño de 1941 y el 23 de julio de 1944. Fue liquidado cuando ya se escuchaba a lo lejos el sordo ruido de la artillería soviética. Al amanecer de ese día los guardias y los hombres de las SS procedieron a la liquidación definitiva del campo, no sin antes haberse bebido unas cuantas copas de aguardiente para infundirse bríos. Cuando cayó la noche, todos los prisioneros del campo ya habían sido ejecutados y enterrados.[124] Un carpintero de Varsovia llamado Max Levit consiguió sobrevivir. Herido de bala, Levit permaneció oculto bajo los cadáveres de sus camaradas de infortunio y aprovechó la oscuridad para arrastrarse hasta el bosque cercano. Me contó que escuchó cantar a un grupo de treinta chicos del campo antes de ser ejecutados. *Vasta es mi Patria* fue la canción que eligieron. También escuchó gritar a uno de los chicos: «¡Stalin nos vengará!». Tras la primera descarga, escuchó al líder de los muchachos, un chico llamado Leib que gozaba de la simpatía de todos los prisioneros, rogarle a sus verdugos: «¡La bala no me ha matado, señor guardia! ¡Dispare otra vez, señor! ¡Dispare otra vez!».

Ahora podemos describir en detalle las normas impuestas por los alemanes a los prisioneros de ese campo de trabajo. Decenas de

testigos, polacos y polacas que escaparon del Campo N.° 10 fueron puestos en libertad tras cumplir sus condenas han dejado testimonios de las reglas que gobernaban el campo. Conocemos, pues, cómo se desarrollaba el trabajo en los arenales. Sabemos que quienes eran incapaces de satisfacer la norma diaria establecida eran arrojados al fondo de una zanja; conocemos el régimen diario de alimentación: entre ciento setenta y doscientos gramos de pan y un litro de bodrio, al que los alemanes denominaban sopa; sabemos de cuantos murieron de inanición o hinchados por el hambre que fueron sacados del perímetro del campo en carretas y asesinados a la intemperie; conocemos también las salvajes orgías con que se regalaban los alemanes, cómo violaban a jóvenes prisioneras para liquidar inmediatamente después a sus involuntarias amantes; sabemos cómo arrojaban a los prisioneros desde una torre de seis metros de altura, cómo grupos de alemanes borrachos se aparecían en los barracones en plena noche y se llevaban a diez o quince hombres que les servían para demostrar su pericia cuando se trataba de ejecutar de un solo tiro: les disparaban en el corazón, la nuca, los ojos, la boca, las sienes. Conocemos también las identidades de los hombres de las SS destinados en el campo, el carácter y las particularidades de cada uno. Así, por ejemplo, conocemos al jefe del campo, el alemán nacido en Holanda Van Eupen, un asesino insaciable y un pervertido sexual a quien gustaban los buenos corceles y cabalgar a galope tendido; conocemos al joven y fornido Stumpfe, a quien le sobrevenían irreprimibles ataques de risa cada vez que le tocaba ejecutar a algún prisionero o presenciaba una masacre. Lo apodaron La Muerte que Ríe. Max Levit fue el último que escuchó su risa cuando los guardias abrieron fuego sobre los chiquillos del campo por orden de Stumpfe. En aquel instante Levit estaba malherido y tumbado bajo un montón de cadáveres.

Conocemos también a Sviderski, un alemán tuerto de Odessa, más conocido como El As del Martillo. Sviderski se consideraba un verdadero especialista de la muerte «en frío». Así un día y en cuestión de minutos asesinó a martillazos a quince niños de entre ocho y trece años considerados no aptos para el trabajo. Conocemos al enjuto SS Preifi, con apariencia de gitano y apodado El Viejo; un hombre sombrío y solitario. Preifi entretenía su melancólico ánimo

sentándose junto al basurero del campo para esperar allí a los prisioneros que acudían a hurtadillas en busca de mondas de patatas. Preifi los obligaba entonces a abrir la boca lo más que pudieran y disparaba en esas bocas abiertas.

Conocemos también la identidad de otros dos asesinos profesionales: Schwartz y Ledecke. A ambos los divertía emboscar a los prisioneros que llegaban al campo ya en penumbras después de una jornada de trabajo. Entre los dos mataban cada día a veinte, treinta y hasta cuarenta personas.

Así transcurría la vida en aquel campo, una suerte de pequeño Majdanek, y alguien podría suponer que no había nada peor en el mundo. Y sin embargo los prisioneros del Campo N.° 1 sabían muy bien que existía un lugar aún más horrible, cien veces más terrible, que el campo donde vivían.

En mayo de 1942 los alemanes emprendieron la construcción del campo judío —un campo de exterminio— a tres kilómetros del campo de trabajo. La construcción transcurrió con extraordinaria celeridad. Más de mil obreros se implicaron en ella. En el nuevo campo no había nada que favoreciera la vida. Bien al contrario, todo favorecía la muerte. Según la previsión de Himmler, la existencia de ese campo debía permanecer en secreto. Los guardias abrían fuego sin previo aviso sobre todo transeúnte que se acercara a menos de un kilómetro del recinto. Las víctimas, conducidas hasta el campo por un radial especial de las vías férreas, no conocían el destino que les esperaba allí hasta el último instante. A los guardias que acompañaban los convoyes no se les permitía traspasar ni siquiera la alambrada exterior del perímetro. Así, cuando los vagones llegaban allí su vigilancia quedaba en manos de los hombres de las SS destinados al campo. Los convoyes solían constar de sesenta vagones. Cuando llegaban al campo eran divididos en tres segmentos, de manera que la locomotora llevaba veinte vagones cada vez hasta el andén. En ese último tramo del viaje, la locomotora empujaba los vagones en lugar de tirar de ellos. Ello le permitía introducirlos en el campo sin atravesar ella misma el perímetro. De esa manera, ni los maquinistas ni los fogoneros traspasaban jamás la alambrada. Cuando concluía la descarga de cada grupo de vagones, el oficial de las SS que estuviera al mando hacía sonar un silbato indicando al maquinista que podía proceder a

empujar los próximos veinte vagones, siempre estacionados a unos doscientos metros de distancia. Al finalizar la descarga de los sesenta vagones de cada convoy, la comandancia del campo telefoneaba a la estación de ferrocarriles y ordenaba enviar el siguiente. Entretanto, el convoy ya descargado seguía viaje por otra vía que lo llevaba hasta la cantera. Desde allí, ya provisto de su nueva carga, abandonaba la estación de Treblinka en dirección a Malkinia.

La ventajosa situación geográfica de Treblinka era evidente. Los trenes cargados de víctimas rodaban hasta allí desde los cuatro puntos cardinales. Llegaban trenes desde muchas ciudades polacas: Varsovia, Miedzyrzecz, Czestochowa, Siedlce y Radom; desde Lomza, Bialystok, Gtrodno y otras ciudades de Bielorrusia; desde Alemania, Checoslovaquia, Austria, Bulgaria y Besarabia.

La llegada de trenes a Treblinka se prolongó durante trece meses. Cada convoy constaba de sesenta vagones y en las puertas de cada uno de ellos figuraba una cifra escrita con tiza: 50,180, 200. Esas cifras indicaban el número de personas que viajaban en cada coche. Tanto los empleados del ferrocarril como algunos campesinos llevaron en secreto la cuenta de aquellos transportes. Kazimiersz Skarzynski, un campesino se sesenta y dos años residente en Wulka —la población más cercana al campo— me dijo que hubo días en los que vio pasar hasta tres convoyes tan sólo por la vía que partía de Sieldce y transcurría junto a su pueblo. También me aseguró que en todos esos trece meses apenas hubo algunos pocos días en los que no se vio pasar siquiera a un convoy. Y eso cuando esa vía, la de Sieldce, no era más que una de las cuatro que alimentaban a Treblinka. El obrero ferroviario Lucían Zukov, contratado por los alemanes para trabajar en la vía que llevaba desde la estación de Treblinka al Campo N.° 2 asegura que mientras desempeñó ese trabajo entre el 15 de junio de 1942 y agosto de 1943 entraron diariamente al campo entre uno y tres convoyes de sesenta vagones cada uno.[125] En los vagones viajaban ciento cincuenta personas, cuando menos. Hay decenas de testimonios que corroboran esos datos…

El propio campo, incluyendo toda el área cercada por la alambrada exterior, los almacenes donde se guardaban las pertenencias de las víctimas, el andén y el resto de instalaciones

complementarias, apenas ocupaba un área de 780 × 600 metros. Si alguien dudara por un instante de la suerte corrida por las millones de personas llevadas allí e imaginara que los alemanes no los mataban inmediatamente después de llegar, cabría preguntarse dónde se acomodaba aquella cantidad de personas que podían fácilmente constituir la población entera de un pequeño estado europeo o de una gran capital del mismo continente. Piénsese que el área del campo era tan reducida que el enorme flujo de recién llegados desde todos los confines de Europa occidental, Polonia y Bielorrusia lo habría abarrotado en apenas diez días. Durante trece meses —395 días— partieron los convoyes cargados de arena o de vacío. Ni una sola de las personas llegadas al Campo N.° 2. hizo el camino de vuelta.

Todo lo que sigue a partir de este punto está basado en testimonios de supervivientes, en los relatos de empleados de Treblinka que trabajaron en el campo desde el primer día y hasta el 2 de agosto de 1943, cuando los mártires que protagonizaron el levantamiento quemaron las instalaciones y huyeron a los bosques, y en las declaraciones de guardianes del campo que corroboraron esos testimonios e incluso los completaron con numerosos detalles adicionales. Me reuní personalmente con ellos, hablamos durante largas horas, sus declaraciones escritas reposan ahora sobre mi mesa de trabajo y puedo afirmar que todos esos testimonios salidos de las más diversas fuentes coinciden en todos los detalles, desde las descripciones de *Barí*, el perro del comandante, hasta la exposición de la tecnología utilizada para exterminar a las víctimas y el funcionamiento de aquel cadalso que funcionaba como una cadena de montaje.

Recorramos ahora los círculos de aquel infierno que fue Treblinka.

¿Quiénes eran esas personas transportadas en los trenes que llegaban a Treblinka? En la primavera de 1942 toda la población judía de Polonia, Alemania y las regiones occidentales de Bielorrusia había sido encerrada en guetos. Millones de judíos vivían atrapados en la vasta red de guetos que abarcaba los de Varsovia, Radom, Czestochowa, Lublin, Bialystok, Grodno y otros instalados en decenas de ciudades más pequeñas. Entre ellos había obreros, artesanos, médicos, profesores, arquitectos, ingenieros,

maestros, artistas, etc., acompañados de sus familias, mujeres, hijas e hijos, madres y padres. Sólo el gueto de Varsovia acogía a medio millón de judíos. *¡Por lo visto,]* la reclusión en el gueto constituía la primera y previa etapa del plan de exterminio de los judíos diseñado por los fascistas. El verano de 1942, etapa de grandes victorias militares fascistas, fue considerado un buen momento para poner en marcha la segunda etapa del plan: el exterminio físico de los judíos. Es sabido que Himmler visitó Varsovia por entonces y dio instrucciones precisas al respecto. Día y noche avanzaban los preparativos de la carnicería de Treblinka. Ya en julio viajaron los primeros convoyes desde Varsovia y Czestochowa.[126] Los viajeros eran informados de que viajaban a Ucrania, donde se los emplearía en trabajos agrícolas. Consecuentemente, se les autorizaba a cargar con veinte kilogramos de equipaje y alimentos para el viaje. En muchos casos los alemanes ofrecieron a sus víctimas adquirir los billetes con destino final en la estación de Ober-Majden. Ese era el código asignado a Treblinka, debido a que los rumores sobre aquel terrible lugar se extendieron muy pronto por Polonia y las SS decidieron prescindir del topónimo en las operaciones de carga de los trenes. Con todo, el trato que recibían durante la subida a los trenes no dejaba lugar a la menor duda sobre el destino que esperaba a los pasajeros. Ciento cincuenta y a veces hasta ciento ochenta o doscientas personas eran acomodadas a la fuerza en recios vagones de carga. No se les daba nada de beber durante los tres días que duraba el viaje. La sed que sufrían era tan intensa que muchos bebían su propia orina. Los guardias exigían cien zlotis a cambio de un sorbo de agua y era frecuente que tras cobrar el dinero se alejaran sin más. Los judíos viajaban apretujados unos a otros; muchas veces lo hacían de pie. Cada viaje se cobraba la vida de algunos pasajeros ancianos y enfermos del corazón. Ello ocurría con mayor frecuencia en los tórridos días de verano. Como las puertas no se abrían hasta la llegada al punto de destino, los cadáveres comenzaban a descomponerse, emponzoñando el aire que se respiraba en los vagones. Si alguno de los viajeros se atrevía a encender una cerilla en las noches, los guardias abrían fuego sobre las paredes del vagón. El barbero Abram Kon contó que uno de esos tiroteos nocturnos se llevó la vida de cinco personas en el vagón donde viajaba y dejó numerosos heridos.

Las condiciones en las que arribaban a Treblinka los viajeros procedentes de los países de Europa occidental —Francia, Bulgaria, Austria, etc.— eran bien distintas. Nada se sabía allá aún de Treblinka, de manera que los desplazados creían hasta el último instante que de veras los traían a trabajar, máxime cuando los alemanes se encargaban de narrarles con todo detalle las comodidades y la vida de ensueño que esperaba a los reasentados. También llegaban convoyes cuyos pasajeros viajaban convencidos de que los llevaban al extranjero, a países neutrales: habían pagado grandes sumas a cambio de los visados que les proporcionaron las autoridades alemanas.

En una ocasión llegó a Treblinka un convoy cargado de ciudadanos de Inglaterra, Canadá, Estados Unidos y Australia a quienes la guerra había sorprendido en Europa occidental y Polonia. Tras prolongadas gestiones, acompañadas del pago de cuantiosos sobornos, consiguieron la autorización para viajar a territorio neutral. Todos los trenes que llegaban desde el occidente de Europa viajaban sin guardias y contaban con todos los servicios habituales del transporte ferroviario. Habitualmente se trataba de convoyes formados por coches cama y vagones restaurante. Sus pasajeros solían llevar voluminosos baúles, enormes valijas y grandes reservas de alimentos. Sus hijos solían bajar en las estaciones intermedias, correteaban por los andenes y preguntaban si aún faltaba mucho para llegar a Ober-Majden.

Muy de vez en cuando arribaban convoyes cargados de gitanos de Besarabia y otras regiones. También llegaron trenes llenos de jóvenes campesinos polacos que habían participado en levantamientos armados o se habían enrolado en las filas partisanas.

Es difícil establecer qué habría sido más terrible para las víctimas: si viajar hacia la muerte sumidas en horribles tormentos al saberla pronta o, desde el más absoluto desconocimiento de lo que les esperaba, admirar el paisaje a través de la ventanilla de un confortable coche cama, mientras desde la estación de Treblinka telefoneaban al campo para informar del arribo de un nuevo convoy y el número de viajeros que en él llegaban.

Con el propósito de mantener a los llegados de Europa occidental en el engaño hasta el último momento, el entorno del andén donde terminaba la vía del ferrocarril en el campo de la

muerte había sido acondicionado como una estación de trenes de lo más común. Junto al andén al que bajaban los pasajeros de cada segmento de veinte vagones se alzaba una terminal provista de cajas para expender billetes, consignas para guardar el equipaje y un restaurante. Por todas partes había flechas indicando las diversas destinaciones de los trenes que partían: Bialystok, Baranóvichi, Volkovysk, *etc.* Los convoyes eran recibidos por una orquesta cuyos músicos estaban impecablemente vestidos y tocaban música con motivos alegres. Una suerte de portero vestido con uniforme de los ferrocarriles recogía los billetes a los pasajeros que iban apeándose de los coches y les indicaba avanzar hacia la plaza contigua. Tres o cuatro mil personas cargadas de maletas y bultos se iban congregando en la plaza, llevando del brazo a los ancianos y los enfermos. Las madres llevaban en brazos a sus hijos más pequeños; los niños algo más crecidos se apretaban contra sus padres mientras examinaban la plaza con curiosidad. Había algo desasosegante y a la vez terrible en aquella plaza hollada por millones de pisadas. La atenta mirada de los recién llegados captaba inmediatamente alarmantes detalles: en el suelo barrido deprisa, apenas unos pocos minutos antes de la irrupción de los nuevos viajeros, se advertían aún objetos abandonados aquí o allá. Algún que otro hatillo de ropa, maletas abiertas, una brocha de afeitar, ollas esmaltadas… ¿Por qué estaban abandonados allí aquellos objetos? ¿Y cómo se explicaba que la vía del tren acabara justo detrás de la estación, donde crecía apenas un poco de hierba amarillenta que separaba la vía muerta y la imponente cerca de alambre de espino de tres metros de altura? ¿Dónde estaban tendidas las vías que llevaban a Bialystok, Sieldce, Varsovia o Volkovysk? ¿Y por qué sonreían de manera tan extraña los nuevos guardias observando a los hombres que se componían el nudo de la corbata, a las atildadas ancianitas, a los niños vestidos con pulcras marineras, a las delgaditas muchachas que habían conseguido llegar al final del viaje sin un solo pliegue en sus coquetos vestidos, a las jóvenes madres que envolvían amorosamente a sus pequeños en impolutas mantitas bordadas? Todos aquellos guardias vestidos con uniformes de color negro y los *Unteroffizieren* de las SS parecían pastores que conducían el ganado hacia las puertas del matadero. Para ellos los recién llegados no eran seres humanos, de ahí que no pudieran evitar

sonreír ante aquellas muestras de pudor, amor, miedo y preocupación por los seres queridos o las posesiones. Les hacía gracia que las madres riñeran a sus hijos cuando éstos se alejaban de ellas unos pasos y los obligaran a abotonarse los abrigos, que los hombres se secaran el sudor de la frente con sus pañuelos de seda y encendieran cigarrillos, que las muchachas se compusieran los peinados y sujetaran con pudor las faldas cuando la súbita brisa amenazaba levantarlas. Les hacía gracia que los ancianos tomaran asiento sobre las maletas para reposar siquiera unos instantes, que muchos llevaran libros bajo las axilas y que los enfermos se envolvieran el cuello con pañuelos y bufandas. Veinte mil personas arribaban a diario a Treblinka. Los días en que se recibían a apenas seis o siete mil viajeros se consideraban «flojos». La plaza se llenaba de gente unas cuatro o cinco veces al día. Y todos esos miles, decenas de miles, cientos de miles de personas, todos aquellos rostros bisoños o maduros, aquellas bellas jóvenes trigueñas o rubias, los ancianos encorvados, huesudos y calvos o los tímidos adolescentes se fundían en un único torrente que arrastraba consigo todo atisbo de la razón, todas las sublimes ciencias creadas por el hombre y también el tierno amor de las muchachas, la incredulidad de los pequeños, la tos seca de los ancianos y los latidos de tantos corazones.

Los recién llegados se estremecían bajo aquellas miradas severas, ahítas y burlonas. Percibían algo extraño en ellas. Concretamente, el aire de superioridad con que una bestia observaría el cadáver de un hombre.

De pie en medio de la plaza los recién llegados continuaban descubriendo, en los breves instantes de que gozaban, más alarmantes detalles.

¿Qué es eso que hay cubierto de mantas y amarillentas ramas de pino del otro lado de un enorme muro de seis metros de altura? Las propias mantas generaban alarma: forradas de seda estampada en vivos colores recordaban demasiado a las que traían en sus equipajes los recién llegados. ¿Cómo habían llegado allá arriba? ¿Quién las había traído allí? ¿Dónde se habían metido los dueños de tantas mantas? ¿Cómo era que ya no las necesitaban? Ah, ¿y quiénes eran esas personas que se paseaban con brazaletes azules? De repente, los viajeros recordaban todo aquello que habían

rumiado a lo largo de las últimas semanas: los miedos y los rumores conversados en susurros. No, no, no podía ser que fuera cierto. Y enseguida apartaban de la mente aquellos inquietantes pensamientos. La alarma se adueñaba de la plaza durante unos instantes —dos o tres minutos lo más—, hasta que todos se hallaban reunidos allí. Cada vez tardaban un rato en reunirse. Cada grupo contaba con inválidos, cojos, ancianos o enfermos que apenas conseguían avanzar sobre sus propios pies. Pero se reunían al fin en la plaza. Entonces el *Unterscharführer* SS instruía en voz alta y por grupos a los recién llegados sobre el procedimiento a seguir: debían dejar todo el equipaje en la plaza y dirigirse a los baños apenas llevando consigo los documentos de identidad, los objetos de valor y muy pequeñas bolsitas con los enseres imprescindibles para la higiene personal. De repente surgen muchas preguntas: ¿se puede llevar ropa interior de recambio? ¿No se confundirán los equipajes abandonados en la plaza? ¿Se perderán, acaso? Y no obstante una extraña fuerza los hace avanzar en silencio hacia el muro de seis metros de altura camuflado con ramas de pino, sin formular preguntas ni mirar a los lados. Y así pasan junto a las alambradas tan altas como tres personas, dejan atrás los erizados obstáculos y las zanjas antitanque de tres metros de ancho, salvan otra alambrada de fino alambre de acero dispuesto en ovillos cuyo diseño busca atrapar las piernas de quienes busquen saltarla a la carrera, como quien atrapa moscas en una telaraña, y rodean una última alambrada de muchos metros de largo. Ahora ya los embarga el sentimiento de estar condenados, una terrible sensación de indefensión. No pueden echar a correr, ni volverse atrás, ni rebelarse: desde sólidas aunque bajas torretas los miran los cañones de ametralladoras de alto calibre. ¿Tiene algún sentido pedir socorro a estas alturas? Están completamente rodeados de guardias y hombres de las SS armados de fusiles automáticos, pistolas y granadas de mano.

Entretanto, en la plaza ubicada frente a la estación de ferrocarriles, en silencio, deprisa y con suma destreza, doscientos hombres provistos de brazaletes azules (el grupo «azul celeste») abrían cestas y valijas, desataban los cinturones que mantenían enrolladas las mantas.[127] Estaba en marcha la selección y valoración de los bienes traídos por los viajeros acabados de llegar

al campo. Canastillas ordenadas con todo mimo, cestas de labores, culeros, camisitas, sábanas, jerséis, útiles para el afeitado, rollos de cartas, fotografías, dedales, frascos de perfumes, zapatos con altos tacones, bragas, bordados, pijamas, pequeños envoltorios que guardaban mantequilla o café, potes llenos de cacao, trajes ceremoniales, candelabros, libros, tostadas, violines, juguetes… Se requiere una cierta destreza para evaluar esos miles de objetos y seleccionar en cuestión de minutos cuáles enviar a Alemania y cuáles, por viejos y ajados, destinar a la quema. Y pobre del trabajador que colocara por error una vieja maleta de fibra entre las elegantes valijas de piel destinadas a Alemania o arrojara unas finas medias de una casa radicada en París al montón de apestosos calcetines. Podía equivocarse una vez, sí. Pero no se le tolerarían dos errores. Cuarenta hombres de las SS y sesenta guardias trabajaban en el área de «transporte», que es como se conocía en Treblinka a esta primera etapa que acabamos de describir: la recepción del tren, la conducción de los pasajeros a la «estación» y la plaza, la supervisión del trabajo de selección y valoración de los objetos. Los trabajadores encargados de la selección solían zamparse a escondidas algún trozo de pan, terrones de azúcar o caramelos que encontraban en las bolsas de viaje. Eso no les estaba permitido. Sí lo estaba, en cambio, lavarse las manos y la cara con agua de colonia y perfumes al término del trabajo. En Treblinka escaseaba el agua, así que sólo los hombres de las SS y los guardias se lavaban con ella. Y mientras los recién llegados, vivos aún, se disponían a tomar el «baño», el trabajo de selección de sus pertenencias ya tocaba a su fin: los objetos de valor iban a un almacén, mientras que cartas, fotografías de recién nacidos, hermanos y novias, viejas invitaciones de boda. Todos aquellos miles de valiosos recuerdos que tenían un valor incalculable para sus dueños, pero ninguno para los amos de Treblinka, iban a parar a enormes zanjas que ya guardaban cientos de miles de similares cartas, tarjetas postales o de visita, papeles garabateados por niños o los primeros dibujos hechos con lápices de colores y manos temblorosas. Entonces se procedía a barrer la plaza a toda prisa y a dejarla lista para recibir a nuevos condenados. Pero no todos los arribos transcurrían como el descrito anteriormente. En ocasiones los condenados sabían adonde los llevaban y se rebelaban. El

campesino Skarzynski fue testigo de dos ocasiones en las que los viajeros destrozaron las puertas de los vagones y saltaron a las vías y echaron a correr hacia el bosque. En ambos casos todos los fugados sin excepción fueron abatidos por las metralletas alemanas. Llevaban a cuatro niños en brazos. Tampoco esos niños escaparon a la muerte. La campesina Mariana Kobus también fue testigo de enfrentamientos con los guardias. En una ocasión, mientras trabajaba la tierra, vio matar a sesenta personas que habían escapado de un tren y corrían hacia el bosque.

Finalmente, el grupo de recién llegados es conducido a una segunda plaza ubicada dentro del segundo anillo de seguridad del campo. En la plaza se alza un barracón enorme y hay tres más ubicados a la derecha de éste. Los últimos son almacenes; dos de ellos guardan ropa y el tercero, zapatos. Más allá, en el lado oeste del campo, están los barracones de las SS y los guardias, los almacenes de alimentos, un cobertizo para el ganado, coches ligeros y pesados y un carro de combate. A primera vista, parece un campo como cualquier otro. Como el Campo N.° 1, por ejemplo.

En la esquina sureste del campo hay un área rodeada de ramas. Para acceder a ella se pasa antes por una garita que tiene una inscripción en lo alto: «Enfermería». Los ancianos decrépitos o quienes presentan graves enfermedades son apartados del grupo que avanza hacia los «baños» y los llevan en camillas a la enfermería. Un médico sale a de la garita a recibirlos. Viste una bata blanca y lleva, en el brazo izquierdo, un brazalete con una vistosa cruz roja. Más adelante nos ocuparemos de lo que sucedía en aquella enfermería.

La segunda fase del proceso se caracteriza por la manera en que se buscaba doblegar la voluntad de los condenados por medio de breves e incesantes órdenes. Todas esas órdenes eran pronunciadas con el célebre timbre de voz del que tanto se ufanan los militares alemanes; un timbre de voz que constituye una de las pruebas de la pertenencia de los alemanes a una raza superior. La letra «R», a la vez enrollada y recia, sonaba en ellas con la fuerza de un látigo.

Un «*Achtung*!» resuena sobre la multitud y la voz del *Scharführer* rompe el plúmbeo silencio para impartir las instrucciones que repite varias veces al día desde hace meses:

—Los hombres se quedarán dónde están. Las mujeres y los niños

pasarán a desnudarse en al barracón de la izquierda.

Según los testimonios de los testigos, en ese instante solían producirse escenas conmovedoras. El sublime sentido del amor maternal, marital o filial indicaba a aquella gente que se veían por última vez. Entonces se sucedían apretones de manos, besos, bendiciones, lágrimas, breves palabras de despedida llenos de todo el amor, el dolor, el cariño y la desesperación que los embargaba… Los letales psiquiatras de las SS conocían la necesidad de apagar y cortar de golpe aquellas sentimentales efusiones. Los letales psiquiatras dominaban las sencillas leyes que rigen en todos los mataderos del mundo. En Treblinka eran las bestias las que aplicaban las leyes a los hombres. Se trataba de uno de los momentos cruciales: las hijas eran separadas de sus padres, las madres se despedían de sus hijos, las abuelas decían adiós a sus nietos, los maridos daban el último beso a sus mujeres.

Por eso resonaban rápidamente en la plaza nuevos «*Achtung*!». Era el momento preciso en que se necesitaba confundir nuevamente a los condenados, insuflarles alguna esperanza, aturdirlos comunicándoles las reglas que los conducirían a la muerte, aunque presentándolas como reglas que les garantizaban la vida. La misma voz martilleó una palabra tras otra:

—Las mujeres y los niños se descalzarán antes de acceder al barracón. Dejarán las medias dentro de los zapatos. Los calcetines de los niños deberán ser guardados dentro de sus propios zapatos, sandalias o botas. ¡Prestad atención a todos estos detalles!

Y comenzaba otra vez:

—Cuando avancéis hacia los baños, llevad con vosotros los objetos de valor, los documentos de identidad, el dinero, la toalla y el jabón… Repito…

Hay una peluquería instalada en el barracón al que acceden las mujeres. Las mujeres desnudas son rapadas y las ancianas despojadas de sus pelucas. Entonces se producía un curioso fenómeno psicológico: según cuentan las peluqueras, aquella sesión de corte de pelo realizada en la antesala de la muerte convencía como ninguna otra cosa a las mujeres de que en verdad las llevaban a las duchas. Algunas jóvenes se palpaban las cabezas recién rapadas y pedían a la peluquera: «Aquí no ha quedado muy bien: emparéjemelo, por favor». Por regla general, la sesión de corte de

pelo sosegaba a las mujeres. Casi todas salían del barracón llevando una toalla doblada y una pequeña pastilla de jabón. Algunas jóvenes lloraban la pérdida de sus bonitas trenzas. ¿Cuál era el propósito de rapar a aquellas mujeres? ¿Engañarlas? En modo alguno. Alemania necesitaba aquel pelo. Era materia prima… Pregunté a mucha gente sobre el uso que los alemanes daban a aquella enorme cantidad de pelo cortado de las cabezas de mujeres ya muertas en vida. Todos los testigos relatan cómo aquella masa de cabellos negros, dorados y rubios y todos aquellos rizos y trenzas eran desinfectados, empaquetados y enviados a Alemania. Todos los testigos aseguraron que las direcciones de los destinatarios consignados en el exterior de los sacos contenían topónimos alemanes. ¿Qué uso le daban al pelo? De acuerdo con la declaración escrita de Kohn consta que los envíos iban dirigidos a la Marina alemana. Los utilizaban para rellenar colchonetas y para enseres tales como las sogas utilizadas en los submarinos. Otros testigos aseguran que los cabellos se utilizaban a modo de relleno para las sillas de montar que usaba la caballería alemana.

Los hombres se desvestían en el patio. Entre ciento cincuenta y trescientos de los llegados en el primer grupo del día eran seleccionados para enterrar los cadáveres. Siempre elegían a los que mostraran un mejor estado físico y, generalmente, los mataban al día siguiente. Los hombres tenían que desvestirse deprisa, pero cuidándose de dejar en orden sus ropas: zapatos, calcetines, camisas, chaquetas y pantalones. Un segundo grupo de trabajadores se ocupaba de la selección de sus pertenencias. Le llamaban el equipo «rojo», pues de ese color eran los brazaletes que llevaban sus integrantes, a diferencia de los brazaletes azules que llevaban quienes se ocupaban del «transporte». Los objetos considerados dignos de ser enviados a Alemania pasaban enseguida al almacén. Todos los distintivos de metal, así como las marcas que pudieran indicar su procedencia, eran cuidadosamente arrancados de las ropas. La ropa desechada, por su parte, era incinerada o enterrada. La sensación de alarma se tornaba cada vez más acuciante. Un extraño olor que a ratos se mezclaba con el del cloro hería el olfato. También sorprendía la enorme cantidad de molestas y bien engordadas moscas. ¿Cómo habían aparecido en medio de los pinares? A los recién llegados les costaba respirar. Cada novedad les

producía un estremecimiento y buscaban signos, por nimios que parecieran, que les dieran alguna pista sobre lo que les esperaba. Cualquier pequeño detalle que permitiera desentrañar el misterio de su porvenir. ¿Qué hacían, por cierto, aquellas gigantescas excavadoras trabajando sin pausa al sur del campo?

Entonces daba comienzo un nuevo paso del proceso. Los hombres desnudos eran conducidos ante una ventanilla donde debían entregar sus documentos y objetos de valor. Nuevamente la hipnótica voz los animaba a gritos: *«Achtung! Achtung*!». «Se castigará con la muerte todo intento de esconder algo.*» «Achtung*!»

El *Scharführer* ocupaba el interior de una garita hecha de tablones. Lo rodeaban guardias y hombres de las SS. Había unas cajas de madera junto a la garita. A ellas iban a parar los objetos de valor. Los billetes de banco, a una; las monedas, a otra; una tercera estaba destinada a los relojes, anillos, brazaletes y broches o pendientes adornados con piedras preciosas. Los documentos eran arrojados al suelo. Nadie necesitaba los documentos de aquellos hombres condenados a muerte que en apenas una hora ya estarían en una zanja bajo metros de tierra apisonada. En cambio, las joyas y las piezas de oro eran sometidas a una exhaustiva selección. Decenas de joyeros establecían la pureza de los metales, el valor de las gemas, la pureza de los diamantes.

Era aquí, junto a aquella «ventanilla», donde se producía el cambio de actitud. A partir de ese momento ya nadie alimentaba las ilusiones de los condenados. Dejaban de torturarlos con la mentira que los mantenía en un hipnótico estado de incertidumbre, un estado febril que los veía pasar en cuestión de minutos de la esperanza a la desesperación, de la visión de la vida a la visión de la muerte. La tortura por medio del engaño era uno de los atributos de aquella letal cadena de montaje, porque facilitaba el trabajo a las SS. Pero una vez que el expolio a aquellos muertos en vida llegaba a su fin, los alemanes modificaban bruscamente el trato que dispensaban a sus víctimas. A partir de entonces arrancaban los anillos a las mujeres fracturándoles los dedos y tiraban de los pendientes destrozando los lóbulos de las orejas.

Para asegurar la rapidez del funcionamiento de la cadena de montaje, la última fase del proceso exigía introducir un nuevo principio. Es por ello que la voz *«Achtung*!» era sustituida de repente

por los inquietantes y sibilantes sonidos de la palabra *«Schneller!»*. *«Schneller!, Schneller!, Schneller*!» ¡Deprisa!, ¡deprisa!, ¡deprisa!

Las crueles prácticas de estos últimos años han servido para demostrar que las personas desnudas pierden toda capacidad de resistencia, dejan de luchar contra el destino. Al ser despojados de la ropa, pierden de repente todo instinto de supervivencia y conciben el destino como una fatalidad. Así, quien unos instantes antes ansiaba vivir con todas sus fuerzas se convertía en un ser pasivo a quien todo le resultaba indiferente. Con todo, los hombres de las SS adoptaban medidas suplementarias en esa última etapa del monstruoso proceso para garantizar que todo fluyera con precisión. A saber, sometían a sus víctimas a una conmoción psíquica y espiritual que los anulaba.

¿Cómo hacían esto último? Pues mediante el uso repentino y brusco de la crueldad más inimaginable. Aquellas gentes desnudas a las que habían desposeído de todo persistían tozudamente en vindicar su humanidad, una mil veces superior a la de las uniformadas bestias del ejército alemán. Respiraban, observaban, pensaban, sus corazones latían. Entonces les arrancaban de las manos las toallas y las pastillas de jabón y las obligaban a formar una columna de cinco en fondo.

—*Hände hoch! Marsch! Schneller, schneller*! (¡Manos arriba! ¡Andando! ¡Deprisa, deprisa!) Echaban a andar por una alameda de ciento veinte metros de largo —recta y flanqueada por pinos y flores—, que los llevaba hasta el lugar de la ejecución. Había cercas de alambre de espino a ambos lados de la alameda y guardias vestidos con uniformes de color negro y hombres de las SS vestidos de gris formaban una apretada hilera que veía pasar a los condenados. El camino estaba cubierto de arena blanca y quienes encabezaban la marcha con los brazos en alto veían las huellas frescas de muchos pies desnudos marcadas en suelo tantas veces hollado. Algunas eran pequeñas huellas femeninas. Otras, aún más menudas, eran las huellas de los niños. Había huellas más profundas: el pesado paso de los ancianos. Leves huellas sobre la arena que eran lo único que quedaba de los millares de personas que acababan de transitar por aquel sendero. Personas que pasaron por allí como lo hacían ahora estas otras cuatro mil, como pasarían otras miles dentro de un par de horas, las mismas que esperaban su

turno ahora mismo en un tren parado en vía muerta en medio del bosque. Pasarían por allí como otros lo hicieron ayer o diez o cien días atrás, como lo harían otros mañana o dentro de cincuenta días, como lo hizo tanta gente a lo largo de los trece meses de existencia del infierno de Treblinka.

Los alemanes llamaban «Camino sin retorno» a aquella alameda.

Un detestable humanoide apellidado Sujomil solía gritar en un alemán deliberadamente afectado y con una fea mueca en su rostro:

—¡Deprisa, niños, que el agua de los baños se enfría! *Schneller! Schneller! Schneller*!

Y se carcajeaba, se doblaba de risa y bailoteaba.

Con los brazos en alto, los condenados avanzaban en silencio entre las dos hileras de guardias que les pegaban con las culatas de sus fusiles y sus porras. Los niños corrían intentando seguir el paso apurado de los adultos. Todos los testigos de aquella última y penosa marcha subrayan el comportamiento salvaje de uno de aquellos humanoides, el SS Zepf. La especialidad de Zepf era asesinar niños. Dotado de una fuerza extraordinaria, aquel sujeto solía agarrar de repente a los niños que veía avanzar en las columnas de condenados y los asesinaba estampando sus cabezas contra el suelo o partiéndoles en dos la columna vertebral.

El camino desde la «ventanilla» hasta el lugar de la ejecución tomaba tres o cuatro minutos. Los lomos doblados bajo los golpes, los oídos ensordecidos por los gritos, los condenados accedían a una tercera plaza y allí se detenían un instante, atónitos.

Frente a ellos se alzaba una hermosa construcción de piedra y madera que recordaba un templo antiguo. Cinco amplios escalones de hormigón conducían hasta unas puertas que, si bien no eran demasiado altas, eran anchas y estaban bellamente decoradas. Había parterres llenos de flores junto a las puertas. Con todo, el movimiento en torno a ellas era de veras caótico: se veían por doquier montones de tierra recién excavada, mientras las pinzas de acero de una enorme excavadora arrastraban sin cesar toneladas de aquel suelo arenoso y amarillo. El polvo que levantaban aquellos trabajos flotaba pesadamente entre la tierra y el sol. El estruendo de las colosales máquinas que cavaban día y noche las zanjas que servirían de fosas comunes se mezclaba con los feroces ladridos de docenas de pastores alemanes.

De ambos lados del edificio partían estrechas vías por las que unos hombres vestidos con amplios monos de trabajo empujaban pequeñas vagonetas.

Las amplias puertas que conducían a la casa de la muerte se abrían lentamente y dos asistentes de Schmidt —jefe de todo el recinto— aparecían en el umbral. Ambos eran conocidos como sádicos y maniacos. El primero era un hombre de unos treinta años, alto y de anchas espaldas, en su rostro moreno, como sus cabellos, se adivinaba la permanente presencia de la alegría y la excitación. El otro era algo más joven, de baja estatura, cabello trigueño y mejillas pálidas y amarillentas, como si acabara de tomar una fuerte dosis de quinina. Los nombres y los apellidos de aquellos dos traidores a la causa de la civilización, *[a nuestra patria y a los juramentos que prestaron]* nos son conocidos.

El más alto llevaba una gruesa tubería de un metro de largo en una mano y una fusta en la otra. El otro iba armado con un sable.

Mientras estos dos verdugos hacían su aparición, los hombres de las SS azuzaban contra la multitud a sus bien entrenados perros. Las bestias se arrojaban sobre los condenados y destrozaban sus cuerpos desnudos a dentelladas. Los guardias cosían a culatazos a las mujeres, quienes habían quedado petrificadas de repente.

Ya dentro del edificio los ayudantes de Schmidt conducían a la gente a través de las puertas que llevaban a las cámaras de gas.

En ese instante solía aparecer por allí Kurt Franz, uno de los comandantes de Treblinka, llevando a su perro *Bari* sujeto de una correa. Franz había sometido a su perro a un largo entrenamiento hasta conseguir que el animal aprendiera a abalanzarse sobre los condenados y arrancarles sus órganos sexuales a dentelladas. Kurt Franz hizo una buena carrera en el campo de exterminio. Llegó a él siendo un mero oficial de bajo rango en las SS y terminó por ostentar un rango bastante alto, el de *Untersturmführer*. A sus treinta años, aquel SS alto y delgado estaba dotado de un gran sentido de la organización que aplicaba a la letal cadena de montaje y adoraba tanto su trabajo que le costaba imaginarse en otro lugar que no fuera Treblinka, de cuyo óptimo funcionamiento no perdía detalle jamás. Encina, puede decirse que era una suerte de teórico a quien gustaba especular sobre el sentido y la significación de su trabajo.

Las historias que describen cómo aquella gente ya muerta en

vida conservaba su dignidad humana en Treblinka hasta el último instante nos conmueven hasta el fondo del alma a la vez que nos privan del sueño y el sosiego. Hay relatos acerca de mujeres que intentaban salvar a sus hijos a toda costa y que cometieron actos heroicos y desesperados a fin de lograrlo o de jóvenes madres que escondían a sus pequeñas criaturas bajo montones de mantas y los protegían con sus propios cuerpos. Nadie conoció ni conocerá ya jamás los nombres de esas madres. También se sabe de niñas de diez años que consolaban a sus padres deshechos en llanto o de un niño que dijo a la entrada de la cámara de gas: «No llores, mamá. Los rusos nos vengarán». Nadie conoció ni conocerá ya jamás los nombres de esos niños. También nos han contado cómo hubo decenas de condenados que con sus solas manos se enfrentaron a sus verdugos, contingentes de hombres de las SS armados con metralletas y granadas. *[Hombres que murieron de pie, sus pechos atravesados por decenas de balas.]* Cuentan también la historia de un joven que apuñaló a un oficial de las SS o la de otro, llegado a Treblinka tras haber participado en el levantamiento del gueto de Varsovia, que consiguió esconder una granada y la arrojó, ya desnudo, sobre un grupo de verdugos. Se sabe de un combate entre una partida de condenados y destacamentos de guardias y hombres de las SS que se prolongó durante toda una noche. Los disparos resonaron hasta el amanecer y cuando salió el sol se vio la plaza cubierta por los cadáveres de los combatientes y junto a cada uno de ellos las armas de que se habían servido: palos arrancados de la tapia, cuchillos y navajas. Nadie conocerá ya jamás, por mucho que dure nuestra civilización, los nombres de aquellos valientes. Se sabe también de una muchacha de gran estatura que arrancó el arma a uno de los guardias y peleó contra una docena de hombres de las SS que le disparaban. Dos de aquellas bestias resultaron muertas en el enfrentamiento y una tercera acabó con una mano destrozada. Cuando volvió a Treblinka tras su paso por el hospital era manco. Las torturas y la ejecución de la joven fueron terribles. Nadie conoce su nombre.

El hitlerismo privó a todas esas personas de sus propiedades y sus vidas y quiso también borrar sus nombres de la memoria histórica. Pero todos ellos —las madres que cubrían a sus hijos con sus cuerpos y los padres que se enjugaban las lágrimas; los hombres

que pelearon a navajadas o arrojaron granadas para terminar cayendo en desigual combate y la joven desnuda que se enfrentó en solitario a docenas de alemanes— supieron conservar eternamente, al marcharse de este mundo, el mejor de los nombres, uno que no pudieron pisotear las huestes de Hitler y Himmler: el de hombres. La historia escribirá en el monumento que les levante: «Aquí descansa un hombre».

Los vecinos de Wulka, una aldea ubicada a poca distancia de Treblinka, cuentan que a veces los gritos de las mujeres conducidas a la muerte eran tan horribles que todos abandonaban sus casas, temerosos de perder la razón, y se largaban a un bosque distante huyendo de aquellas voces desgarradas que traspasaban los árboles, el cielo y la tierra. Los gritos cesaban de repente, pero al rato volvían a escucharse de nuevo: terribles, penetrantes, capaces de horadar los huesos, el cráneo, el alma… Y así sucedía unas tres o cuatro veces cada día.

Tuve ocasión de interrogar sobre aquellos gritos a uno de los verdugos capturados por nuestras tropas. Me explicó que las mujeres rompían a gritar cuando les soltaban a los perros y eran forzabas a entrar al edificio donde las esperaba la muerte. «Entonces veían la muerte por fin —me dijo y añadió—: Además, había muy poco espacio allí dentro y tenían que apretujarse mientras recibían golpes y eran mordidas por los perros».

Cuando cerraban las puertas de la cámara de gas se hacía el silencio de repente. Más tarde, cuando llegaba la nueva partida de condenadas, los gritos recomenzaban. Y así dos, tres, cuatro y en ocasiones hasta cinco veces al día. Porque el cadalso que era Treblinka no era un cadalso cualquiera, sino uno concebido como una cadena de montaje y que presuponía el método de flujo continuo, inspirado en las grandes industrias modernas.

Como la genuina empresa moderna que era, Treblinka no surgió de improviso con todos los perfiles que describimos aquí. Por el contrario, fue creciendo y desarrollándose paulatinamente a medida que se incorporaban nuevos talleres. Al principio fueron construidas tres cámaras de gas de tamaño medio. Mientras se trabajaba en la construcción, el campo recibió varios convoyes cargados de prisioneros y dado que las cámaras aún no estaban listas para recibirlos, fueron ejecutados con armas blancas: hachas, martillos,

garrotes. Las SS querían evitar que los disparos revelaran el misterio de Treblinka a los residentes en las aldeas vecinas. Las primeras tres cámaras de hormigón eran de tamaño reducido. Concretamente medían cinco metros de largo por otros tantos de ancho: veinticinco metros cuadrados en total. La altura era de ciento noventa centímetros. Todas las cámaras estaban provistas de dos puertas. Por una entraban los condenados; por la otra se sacaban sus cadáveres gaseados. Esa segunda puerta era la más grande: casi dos metros y medio de ancho. Las cámaras eran contiguas y reposaban sobre unos mismos cimientos.

Pero esas tres cámaras resultaron incapaces de adecuarse a la magnitud que las autoridades de Berlín esperaban de la letal cadena de montaje.

Entonces se procedió a la inmediata construcción del edificio descrito más arriba. A los jefes de Treblinka los llenó de orgullo saber que muy pronto dejarían bien atrás todas las fábricas de la muerte de la Gestapo —Majdanek, Sobibor y Belzec— tanto por la potencia letal, la magnitud del flujo de condenados y el tamaño del área destinada a cámaras de gas.

Setecientos prisioneros trabajaron durante cinco semanas en la construcción del nuevo edificio. Cuando los trabajos se encontraban en su momento álgido, llegó desde Alemania un especialista acompañado de un nutrido equipo de colaboradores. Ellos se encargaron del montaje de las cámaras de gas. Las nuevas cámaras —diez, en total— fueron ubicadas en forma simétrica a ambos lados de un amplio corredor con suelo de hormigón. Como las anteriores, las nuevas cámaras estaban provistas de dos puertas. Una daba al corredor y por ella entraban los condenados a la cámara. La otra, situada en paralelo a la primera, se abría en la pared opuesta y por ella se evacuaban los cadáveres ya gaseados. Esas últimas puertas daban a una suerte de andén —había dos de ellos; uno a cada lado del edificio— del que partían dos vías estrechas. Los cuerpos eran arrastrados hasta esos andenes, subidos a vagonetas y llevados hasta las enormes zanjas que servían de fosas comunes y eran cavadas día y noche por colosales excavadoras.

El suelo de las cámaras de gas presentaba una notable inclinación hacia el lado de las puertas que daban a los andenes. Ello facilitaba enormemente el vaciado de las nuevas cámaras (en

las tres primeras la evacuación de los cadáveres se hacía con la ayuda de parihuelas o correas). Cada cámara tenía un área de cincuenta y seis metros cuadrados: sus paredes medían siete y ocho metros, respectivamente. En conjunto, las diez nuevas cámaras de gas ocupaban quinientos sesenta metros cuadrados. Si a esa área se suma la de las primeras tres cámaras de gas que continuaban siendo utilizadas cuando llegaban pequeños convoyes, el área total dedicada a la industria de la muerte en Treblinka era de seiscientos treinta y cinco metros cuadrados. Cada cámara era capaz de acoger entre cuatrocientas y quinientas personas, de modo que cuando las diez cámaras operaban simultáneamente se podía gasear a una media de cuatro mil quinientos condenados a la vez.

Morir en una cámara tomaba entre diez y veinticinco minutos. Al principio, cuando las cámaras acababan de ser instaladas y los verdugos investigaban con diversas sustancias ponzoñosas sin haber establecido aún la dosis óptima, las víctimas eran sometidas a terribles tormentos que se prolongaban durante dos y hasta tres horas. Durante los primeros días, los sistemas de suministro y extracción de aire trabajaban muy defectuosamente y la agonía de las víctimas duraba entre ocho y diez horas. Eran varios los métodos utilizados entonces para el exterminio de las víctimas. El primero de ellos consistió en bombear el humo residual del pesado motor del generador de electricidad de Treblinka. Aquel gas residual contenía entre un 2% y un 3% de monóxido de carbono, un gas que convierte la hemoglobina de la sangre en un compuesto estable conocido como carboxihemoglobina. La carboxihemoglobina resulta ser un compuesto mucho más estable que el formado por la conjunción de la hemoglobina y el oxígeno en los alveolos pulmonares, la oxihemoglobina. Bastan quince minutos para que la hemoglobina de la sangre humana quede saturada de monóxido de carbono y la respiración sea «en vano», pues el oxígeno deja de incorporarse al organismo. Aparecen entonces los primeros síntomas de falta de oxígeno. El corazón late a una velocidad demencial, bombeando sangre a los pulmones, pero la sangre envenenada de monóxido de carbono es incapaz de asimilar el oxígeno. La respiración se torna fatigosa y aparecen los primeros síntomas de asfixia, la conciencia se nubla y el ser humano perece como si lo hubieran estrangulado.

El segundo método implementado en Treblinka, y a la vez el más utilizado, consistía en la succión del aire de las cámaras por medio de bombas especiales. En este caso la muerte se producía por razones parecidas a las del envenenamiento con monóxido de carbono: la privación de oxígeno. Por último, había aún un tercer método, menos utilizado, pero utilizado a fin de cuentas, consistía en inyectar vapor en las cámaras. También en este caso la muerte sobrevenía a causa de la privación de oxígeno, pues el vapor inyectado en las cámaras ocupaba el lugar del aire. Además, los verdugos utilizaron diversas sustancias ponzoñosas, pero siempre se trató de acciones experimentales. Los dos primeros métodos aquí descritos fueron los utilizados en el genocidio a escala industrial puesto en práctica en Treblinka.

¿Seremos capaces de alcanzar a imaginar cómo fueron los últimos minutos de vida de aquella gente encerrada en las cámaras? Es sabido que permanecían en silencio… Apretados unos contra otros en aquel espacio insoportablemente estrecho, sus huesos crujían y sus pechos apenas tenían espacio para expandirse e inhalar el escaso aire. De pie unos junto a otros, bañados en el postrer y pegajoso sudor, formaban, en cierto modo, un solo cuerpo. Alguien, tal vez un sabio anciano, dijera haciendo un esfuerzo: «Consolaros: éste es el final». Otra voz profería una terrible maldición… ¿Acaso esa maldición no se cumplirá algún día? Haciendo un esfuerzo descomunal, una madre intenta hacerle más sitio a su hijo. Quiere con su amor de madre aliviarle, siquiera en una millonésima fracción, el dolor que sentirá al exhalar el último suspiro. Una joven pregunta con la lengua ya como petrificada: «Pero ¿por qué me están asfixiando? ¿Por qué no puedo vivir para amar y tener hijos?». Y mientras la cabeza le da vueltas y la asfixia le aprieta la garganta. ¿Qué imágenes desfilan ante los ojos vidriosos de los agonizantes? La conciencia se va apagando y llega el instante de la última y terrible agonía… No. Definitivamente no podemos imaginar qué sucedía dentro de aquellas cámaras… Los cadáveres permanecían de pie, enfriándose. Según los testimonios de los testigos, los niños eran los que respiraban durante más tiempo.

Unos veinte o veinticinco minutos más tarde, los esbirros de Schmidt se asomaban a una mirilla para asegurarse de que ya era

hora de abrir las puertas de las cámaras que conducían a los andenes. Espoleados por los desaforados gritos de los hombres de las SS, un grupo de prisioneros vestidos con ropa de trabajo procedía a sacar los cadáveres. La inclinación del suelo facilitaba los trabajos: muchos cadáveres rodaban solos hacia fuera. Algunas personas que trabajaron vaciando las cámaras me contaron que los rostros de los cadáveres tenían un notable color amarillo y el 70% sangraba levemente por la nariz y la boca. Los fisiólogos tienen una explicación para esas hemorragias. Los hombres de las SS examinaban los cadáveres mientras charlaban. Cuando descubrían a alguna persona aún con vida, la remataban de un disparo. Antes de subirlos a las vagonetas, los miembros del comando arrancaban a los cadáveres los dientes de oro o platino con tenazas especiales. Esas piezas dentales eran seleccionadas según su valor y embaladas en cajas que partían hacia Alemania. Cuando la ocasión lo exigía, los alemanes no tenían el menor reparo en arrancar los dientes a personas aún vivas, de la misma manera que cortaban el cabello a las mujeres antes de asesinarlas. Pero por lo visto resultaba más cómodo y fácil arrancar los dientes a los cadáveres.

Los cadáveres eran cargados en las vagonetas y conducidos a las enormes zanjas que servían de fosas comunes. Allí los colocaban en hileras, bien juntos unos contra otros. La zanja permanecía abierta a la espera de más cadáveres. Antes, en el preciso instante en que comenzaba la limpieza de la cámara, el *Scharführer* encargado del «transporte» recibía una escueta orden por vía telefónica. Entonces hacía sonar su silbato para indicar al maquinista que era hora de empujar veinte vagones más hacia el andén de la falsa estación de Ober-Majden. Otras tres o cuatro mil personas cargadas de maletas y bultos se iban congregando en la plaza, llevando del brazo a los ancianos y los enfermos. Las madres llevaban en brazos a sus hijos más pequeños; los niños algo más crecidos se apretaban contra sus padres mientras examinaban la plaza con curiosidad. Había algo desasosegante y a la vez terrible en aquella plaza hollada por millones de pisadas. ¿Y cómo se explicaba que la vía del tren acabara justo detrás de la estación, donde crecía apenas un poco de hierba amarillenta que separaba la vía muerta y la imponente cerca de alambre de espino de tres metros de altura?…

La recepción de la nueva partida sigue un estricto orden que

persigue que los recién llegados se encaminen por el «camino sin retorno» en el preciso instante en que los últimos cadáveres salidos de las cámaras caigan en las zanjas. La zanja permanecía sin cubrir, a la espera.

Y apenas un rato más tarde sonaba nuevamente el silbato del *Scharführer* y veinte nuevos vagones salían del bosque y rodaban lentamente hacia el andén. Los nuevos millares de personas cargadas de maletas, bultos y paquetitos con comida se iban congregando en la plaza, examinándola con curiosidad. Había algo desasosegante y a la vez terrible en aquella plaza hollada por millones de pisadas…

Sentado en su oficina y rodeado de papeles y planos, el comandante del campo telefoneaba a la estación de Treblinka y muy pronto aparecía por las vías laterales, entre crujidos y bufidos, el convoy de sesenta vagones custodiado por hombres de las SS armados de ametralladoras y metralletas que se internaba entre dos hileras de pinos por una vía estrecha.

Las enormes máquinas excavadoras rugían día y noche. Cavaban colosales zanjas de cientos de metros de largo y tan profundas que no se les veía el fondo sumido en la oscuridad. Las zanjas permanecían abiertas. Esperaban. Tampoco es que tuvieran que esperar mucho.

Himmler visitó Treblinka a finales del invierno de 1942-1943. Viajó acompañado de un grupo de gerifaltes de la Gestapo. La delegación arribó al área en avión y se desplazó hasta las puertas del campo en automóviles. La mayoría de los visitantes vestía uniforme militar, pero habían también civiles, tal vez expertos, que llevaban abrigos de piel y sombreros. Himmler inspeccionó detenidamente el recinto. Un testigo de su visita nos contó cómo el ministro de la muerte se aproximó hasta el borde de una de las enormes zanjas y permaneció largo rato observándola. Sus acompañantes se mantuvieron a cierta distancia y esperaron a que Heinrich Himmler contemplara la colosal fosa, entonces llena de cadáveres hasta la mitad.

Treblinka era la más grande de todas las fábricas que componían el complejo industrial de Himmler. El avión del *Reichsführer* de las SS emprendió el viaje de vuelta aquel mismo día. Antes de abandonar Treblinka, Himmler dio una orden al comandante del

campo que generó una enorme confusión. Confusos quedaron, en efecto, tanto el *Hauptsturmführer* Barón von Fein, como sus dos asistentes: Karol y el capitán Franz. Himmler ordenó proceder a la inmediata incineración de todos los cadáveres sin excepción. También dispuso se sacara del perímetro del campo toda la escoria y la ceniza resultante y dispersarla por los caminos y terrenos circundantes. Dado que para entonces en Treblinka había millones de cuerpos enterrados, la misión parecía extraordinariamente compleja y pesada.[128] Además, Himmler ordenó cesar los enterramientos de las personas ejecutadas e incinerarlas inmediatamente después de muertas. En un primer momento, la incineración de cadáveres no fue nada bien, porque los cuerpos no ardían. Bien es verdad que se detectó que los cadáveres de las mujeres ardían algo mejor, de manera que se intentó utilizarlos para encender con ellos los cadáveres de hombres. La incineración exigía grandes cantidades de aceite y gasolina, lo que disparaba los costes de la operación, mientras los resultados seguían siendo modestos. Se tuvo la impresión de haber llegado a un callejón sin salida. Con todo, pronto apareció una solución. Un oficial de las SS la trajo desde Alemania. Corpulento y de unos cincuenta años de edad, se trataba de un renombrado especialista en su oficio.

La construcción de los hornos comenzó bajo la supervisión del recién llegado. Se trataba de hornos especiales, porque ni el crematorio de Lublin ni ningún otro gran crematorio del mundo era capaz de incinerar tantos cadáveres en tan corto tiempo. Una excavadora abrió una zanja de entre doscientos cincuenta y trescientos metros de largo, veinticinco metros de ancho y cinco metros de profundidad. Seguidamente se colocaron tres secciones de pilares de hormigón armado de cien y ciento veinte centímetros de largo en el fondo de la zanja. Esos pilares sirvieron de asiento a los rieles que se colocaron sobre los pilares y en sentido perpendicular a ellos. Así se construyó la colosal parrilla de aquel horno gigantesco. Muy pronto se fabricó un segundo, y poco después también un tercer horno de iguales proporciones. Cada una de las tres parrillas podía aguantar el peso de tres mil quinientos o cuatro mil cadáveres al mismo tiempo.

Treblinka recibió una segunda «*Bagger*» —una enorme excavadora— y muy pronto una tercera. Los trabajos continuaban

día y noche. Las personas empleadas en la incineración cuentan que los hornos se asemejaban a gigantescos volcanes. El calor que despedían era tan intenso que quemaba los rostros de los operarios. Las llamas se elevaban ocho y diez metros, las columnas del humo negro, espeso y grasiento alcanzaban el cielo y permanecían flotando en el aire como una manta pesada e inmóvil. Las llamas se alzaban por encima de los pinares que rodeaban el campo. En las noches, los residentes de las aldeas vecinas las divisaban a treinta y cuarenta kilómetros de distancia. Toda la región estaba llena de aquel terrible olor a carne humana quemada. Los prisioneros del campo polaco, situado a tres kilómetros de distancia, creían asfixiarse cuando el viento soplaba hacia ellos llevándoles aquel hedor insoportable. Había más de ochocientos prisioneros trabajando en la incineración de los cadáveres, una cifra que supera con creces a los obreros empleados en cualquier alto horno de cualquier gigante industrial dedicado a la fundición de acero. Aquella monstruosa instalación trabajó noche y día durante ocho meses y ni aun así consiguió incinerar los millones de cadáveres enterrados en Treblinka. Bien es verdad que la continua llegada de nuevos seres humanos destinados al exterminio representaba una importante carga adicional para los sufridos hornos.

Los convoyes que llegaban de Bulgaria alegraban sobremanera a los guardias y los hombres de las SS. Engañados por los alemanes y el gobierno fascista instalado por entonces en Bulgaria, los viajeros desconocían el destino que les esperaba y traían consigo numerosos objetos de valor, dulces golosinas y pan blanco. Más tarde comenzaron a llegar convoyes de Grodno y Bialystok, del rebelde gueto de Varsovia y también vagones cargados con campesinos, obreros y soldados polacos que habían ofrecido resistencia armada a los ocupantes. También se recibió una partida de gitanos provenientes de Besarabia. Eran unos doscientos hombres y ochocientas mujeres y niños. Los gitanos arribaron a pie seguidos por una larga fila de carretas tiradas por caballos. También ellos venían engañados y apenas los acompañaba una pareja de guardias, quienes tampoco eran conscientes de que estaban conduciendo al matadero a aquel millar de personas. Cuentan que las gitanas se llevaron las manos a la cabeza admiradas por la belleza del edificio que albergaba las cámaras de la muerte, ignorantes hasta el último

momento de la muerte que les esperaba. Aquella generalizada ignorancia divertía especialmente a los alemanes. Los hombres de las SS se mostraron particularmente crueles con los prisioneros llegados desde el gueto de Varsovia, donde se había producido el célebre levantamiento. Las mujeres y los niños llegados en esos transportes eran separados del grupo, como era habitual, pero en lugar de conducirlos directamente a las cámaras los llevaban antes a observar los hornos. Las enloquecidas madres eran forzadas a pasear a sus hijos frente a las parrillas en las que ardían miles de humeantes cadáveres. El fuego hacía que los cuerpos se retorcieran entre las llamas, como si cobraran vida de repente. Se podía ver cómo el calor hacía estallar los vientres de las mujeres embarazadas. Los fetos asomaban entonces para ser devorados también por las llamas, aún en los úteros maternos. El horror de aquel espectáculo podía privar de la razón a cualquiera que lo presenciara por mucho que fuera el dominio que tuviera sobre sus sentimientos. Pero los alemanes habían calculado muy bien que aquellas imágenes resultaban especialmente insoportables para las madres, quienes intentaban cubrir con sus manos los ojos aterrorizados de sus hijos mientras éstos les preguntaban a gritos: «¿Qué harán con nosotros, mamá? ¿Nos quemarán?».

También la «enfermería» fue objeto de una renovación. Cavaron un hoyo redondo, en cuyo fondo instalaron una parrilla para incinerar los cadáveres. En torno al hoyo instalaron unos bancos muy bajos, como si de un estadio se tratara. Los situaron tan cerca del borde que quien se sentaba en ellos se colocaba en la boca misma del horno. Los enfermos y los ancianos decrépitos eran llevados a la «enfermería». Después sus «enfermeros» los sentaban en esos bancos, de cara a la hoguera en la que ardían los cuerpos que estaban siendo incinerados. Cuando se habían saciado de ver sufrir a aquellos involuntarios espectadores del horror, los asesinos disparaban en sus nucas cubiertas de canas y en sus encorvadas espaldas. Muertos o heridos, todos iban a parar a las llamas.

¿Acaso es posible que algún ser humano sea capaz de comprender el humor de los hombres de las SS destacados en Treblinka, compartir las diversiones a que se entregaban, reír sus chascarrillos?

Los SS organizaban partidos de fútbol entre equipos de

condenados a muerte. También los obligaban a jugar a los «pillados» y los ponían a cantar a coro. Los alemanes construyeron una pequeña Casa de fieras en cuyas jaulas mantenían encerradas a nobles criaturas del bosque, como lobos y zorros. Mientras, las más terribles fieras que habitaban la tierra, horrorosas bestias con hocicos de cerdos, se paseaban en libertad, descansaban sentadas en bancos hechos de troncos de abedul y escuchaban música. Los verdugos llegaron a componer un himno que titularon *Treblinka*. De él son estos versos:

Für uns gibt heute nur Treblinka
Das unser Schicksal ist…

(Sólo nos queda Treblinka. / Ella es nuestro destino…)

Apenas unos instantes antes de ser ejecutados, las víctimas ya ensangrentadas eran obligadas a aprender a coro estúpidas canciones sentimentales alemanas:

… Ich brach das Blümelein
Und schenkte es dem Schönsten
Geliebsten Mädelein…

(Arranqué una florecilla / y la regalé a una encantadora joven / A mi amada…)

El comandante en jefe del campo seleccionó a unos cuantos niños llegados en uno de los convoyes. Tras enviar a sus padres a la muerte, vistió a los niños con las mejores ropas y durante varios días los agasajó con toda suerte de golosinas y separaba ratos para jugar con ellos. Unos días más tarde, cuando ya se hubo hartado de aquella diversión, ordenó asesinarlos.

Los alemanes colocaron junto a las letrinas a un anciano vestido con toda la indumentaria litúrgica judía y le ordenaron velar por que nadie utilizara los servicios durante más de tres minutos. Le colgaron del cuello un despertador. Los alemanes se burlaban de su indumentaria. En ocasiones los alemanes obligaban a ancianos judíos a rezar y a celebrar servicios funerarios completos de acuerdo con la práctica de la religión judía, incluyendo el sepelio y la colocación de monumentos funerarios. Unos días más tarde, aquellas tumbas eran abiertas, exhumados los cadáveres y hechas

añicos las lápidas.

Las orgías nocturnas que implicaban utilizar la violencia contra mujeres y jóvenes hermosas seleccionadas de entre las recién llegadas al campo y someterlas a toda suerte de vejaciones constituían una de las diversiones favoritas de los alemanes. Después de esas noches de perversión, los propios violadores conducían a las mujeres a las cámaras. Así se divertían en Treblinka los SS, fundamento del régimen hitleriano y orgullo de la Alemania fascista.

Vale la pena subrayar que estas criaturas no eran meras herramientas en manos de una voluntad ajena. Todos los testigos coinciden en subrayar una característica que les era común: el gusto por la reflexión teórica y la especulación filosófica. Todos sucumbían al placer de dirigir discursos a los condenados, jactarse ante ellos de sus éxitos y perorar sobre el profundo sentido y la gran significación que tendría en el porvenir lo que entonces ocurría en Treblinka.

El verano de 1943 el área donde estaba emplazado el campo padeció temperaturas desusadamente altas. Durante varias semanas no hubo lluvias, ni nubes, ni viento. Los trabajos de incineración se hallaban por entonces en su momento álgido. Hacía seis meses que los hornos ardían día y noche y sin embargo apenas se había conseguido incinerar poco más de la mitad de los cuerpos.

A los prisioneros encargados de los trabajos les costaba soportar los tormentos físicos y morales a que estaban siendo sometidos. Entre quince y veinte personas se quitaban la vida a diario. Muchos buscaban la muerte saltándose a propósito las normas disciplinarias.

«Recibir un tiro era considerado un lujo», me dijo un panadero de Kosow que consiguió escapar del campo. Se solía decir que estar condenado a vivir en Treblinka era algo mucho más terrible que estar condenado a muerte.

La escoria y las cenizas eran sacadas del perímetro del campo. Los alemanes movilizaron a campesinos de la vecina Wulka. Estos cargaban en sus carretas los desechos de la incineración y los diseminaban a lo largo del camino que separaba el campo de exterminio del campo de castigo. Un grupo de niños prisioneros se encargaba de arrojar la ceniza a los andenes con la ayuda de palas. A veces alguno de esos niños encontraba monedas de oro o piezas

dentales, también de oro, a medias fundidas por el fuego. Esos niños eran llamados «los niños del camino negro», porque la gran acumulación de ceniza había coloreado de negro el camino, como si se tratara de una fúnebre cinta. Las ruedas de los vehículos arrancaban un sonido la mar de desapacible cuando rodaban por él. Yo mismo recuerdo haber circulado por allí y escuchar el extraño susurro que subía del firme. Era una suerte de tímido y suave lamento.

Aquella cinta fúnebre tendida a través de bosques desde el campo de la muerte al campo de castigo era el trágico símbolo del terrible destino compartido por los pueblos que alguna vez cayeron bajo el hacha de la Alemania de Hitler.

Los campesinos cargaron cenizas y escoria desde la primavera de 1943 hasta el verano de 1944. Veinte carretas salían a trabajar cada día y cada una de ellas hacía entre seis y ocho viajes llevando cada vez una carga de entre cien y ciento cincuenta kilogramos.

En *Treblinka*, la canción que los alemanes obligaban a cantar a los ochocientos hombres empleados en la incineración de los cuerpos, hay un momento en que los prisioneros llaman a la sumisión y la obediencia. A cambio de ellas se les ofrece «una alegría pequeña, minúscula» que refulge durante «apenas un instante». Y por sorprendente que parezca, la vida en Treblinka sí llegó a conocer un día de veras alegre, aunque los alemanes se equivocaban: no fueron la sumisión y la obediencia las responsables de regalarlo a los mártires de Treblinka. Fue la locura de unos pocos valientes la que trajo esa alegría. Los prisioneros concibieron un plan para rebelarse. Nada tenían que perder. Todos estaban condenados de antemano y cada uno de los días de sus vidas era un rosario de sufrimientos y tormentos. Los alemanes no iban a permitir jamás que uno solo de ellos, testigos como eran de crímenes horribles, saliera de allí con vida. Todos acabarían en las cámaras de gas. De hecho, muchos de ellos eran enviados a las cámaras periódicamente y los sustituían por recién llegados. Eran apenas unas decenas de personas las que vivían más de unas pocas horas o unos pocos días en Treblinka, las que contaban su estancia allí por semanas y meses. Se trataba de especialistas cualificados, carpinteros, pedreros y de panaderos, sastres y barberos que prestaban servicio a los alemanes. Fueron precisamente ellos

quienes instauraron el Comité para elaborar el plan del levantamiento. Naturalmente, sólo mártires y personas dominadas por el más acuciante sentimiento de venganza y el odio más recalcitrante pudieron haber ideado un plan tan valiente e insensato a la vez. Ninguno de ellos quería escapar de Treblinka sin haber destruido antes las instalaciones. ¡Y así lo hicieron! Muy pronto comenzaron a aparecer las armas en los barracones que ocupaban: hachas, cuchillos y garrotes. ¡Piénsese en el precio que costó conseguir cada una de esas armas! ¡Qué riesgos se corrieron para hacerse con cada hacha y cada cuchillo! ¡Cuánta paciencia, cuánta astucia, cuánta habilidad se necesitaron para evadir los frecuentes registros y mantener las armas escondidas en los barracones! También se almacenó gasolina para rociar con ella y prender fuego las instalaciones del campo. Resulta de veras increíble conocer cómo se conseguía la gasolina, cómo desaparecía sin dejar rastro de los almacenes alemanes. ¡Parecía que se evaporara! Fueron necesarios esfuerzos sobrehumanos para lograrlo y también una gran tensión de la inteligencia y de la voluntad. Y una temeridad sin parangón. Por si fuera poco, los complotados cavaron un túnel que conducía hasta la Santa Bárbara alemana. Decididamente, la temeridad que mostraron les concedió grandes premios. El dios del valor estaba de su lado. De aquel arsenal los prisioneros sacaron veinte granadas de mano, una ametralladora, varios fusiles y pistolas. Todas esas armas fueron a parar a los zulos que cavaron. Los complotados se dividieron en células que contaban con cinco miembros. El plan del levantamiento, inmenso y complejo, fue desarrollado en todos sus detalles. A unos se les encargó atacar las torretas de vigilancia en las que estaban apostados los guardias armados de ametralladoras. A otros se les ordenó abordar a los guardias que se paseaban por los senderos que separaban las diferentes secciones del campo. Otros más tendrían a su cargo el asalto a los carros de combate. A unos más les correspondía cortar la comunicación por teléfono. Atacar los edificios donde se alojaban los alemanes era tarea de otros tantos. También se encargó a algunos la tarea de abrir boquetes en las alambradas. Y a otros más tirar puentes sobre las zanjas antitanque. Por último, a algunos prisioneros se confió la tarea de rociar con gasolina las instalaciones del campo y prenderles fuego. Y a los últimos se les ordenó destruir

todo aquello que pudiera ser destruido.

También se previó proveer de dinero a los hombres que se fugaran. El médico de Varsovia en quien recaía esa tarea estuvo a punto de frustrar el plan. El *Scharführer* se percató en una ocasión de un grueso montón de billetes que asomaba por uno de sus bolsillos. El hombre se disponía a guardar en el zulo el resultado de las cuestaciones de turno. El *Scharführer* simuló no haber visto nada pero corrió a informar al propio Franz. Naturalmente, se trataba de un hecho extraordinario y Franz corrió a interrogar personalmente al médico. Desde el principio sospechó lo peor: ¿para qué podría necesitar dinero un condenado a muerte? Franz encaró el interrogatorio con enorme serenidad y sin apresuramientos. Difícilmente había en el mundo alguien que superara su habilidad en la tortura. Y sabía que era igualmente difícil que alguien consiguiera resistir las torturas infligidas por el *Hauptmann* Kurt Franz. El infierno de Treblinka contaba con verdaderos talentos de la tortura. Con todo, el médico de Varsovia supo ganarle la partida al *Hauptmann* de las SS, porque se bebió a tiempo una dosis letal de veneno. Uno de los hombres que participaron en el posterior levantamiento me contó que jamás vio que los alemanes pusieran tal empeño para salvar la vida a un prisionero de Treblinka. Por lo visto el instinto le indicó a Franz que el médico se llevaba a la tumba un gran secreto. Pero el veneno alemán es eficaz y el secreto no fue revelado.

A finales de julio el calor se tornó insoportable. Cada vez que abrían una fosa común emergía una nube de vaho, como si fueran gigantescas ollas. El monstruoso hedor y el calor que salía de los hornos resultaban mortales. Los exhaustos prisioneros encargados de cargar los cadáveres solían caer desplomados sobre las parrillas de los hornos. El suelo estaba cubierto por millones de moscas ahítas. El penetrante zumbido de las moscas en vuelo no cesaba ni un instante. Todavía quedaban cien mil cadáveres por incinerar.

Se eligió la fecha del 2 de agosto para el levantamiento. Un disparo de pistola fue la señal acordada. Las banderas del éxito bendijeron aquella causa sagrada. Nuevas llamas se alzaron al cielo, pero esta vez el fuego no quemaba cadáveres ni despedía un humo negro y aceitoso. Ahora las lenguas de fuego eran vivas, juguetonas y brillantes: eran las llamas de un incendio. Todas las instalaciones

del gueto ardían al unísono y a los protagonistas del levantamiento les parecía que el sol había descendido sobre Treblinka para anunciar una fiesta de la libertad y el honor. Las balas volaban en todas direcciones; tronaban las ametralladoras que abrieron fuego desde las torretas de vigilancia tomadas por los rebeldes. Resonaron las explosiones de las granadas de mano, como campanadas que anunciaran el triunfo de la verdad. Todo retumbaba y crujía; los edificios caían desplomados; el silbido de las balas acalló el zumbido de las moscas saciadas de carne humana. Hachas salpicadas de sangre herían el aire limpio y diáfano. Aquel 2 de agosto el suelo de la infernal Treblinka fue bañado por fin con la malvada sangre de los SS y el cielo límpido y azul se felicitaba de asistir a unos breves instantes de justa venganza. Una vez más se asistió entonces a una situación que es tan antigua como el mundo: los mismos seres que antes se comportaban como representantes de una raza superior, los mismos sujetos que antes gritaban con atronadoras voces *«Achtung! Mützen ab*!» («¡Atención! ¡Fuera esos gorros!»), los mismos que sacaban de sus casas a los vecinos de Varsovia gritándoles con recias voces de conquistadores *«Alie r-r-raus, unter-r*!» («¡Todos afuera! ¡Bajad a la calle!»), esos seres siempre tan ufanos de su poderío si se trataba de exterminar a millones de mujeres y niños, se comportaban ahora, cuando había llegado el momento de enfrentarse de veras en un combate a muerte, como los más abominables cobardes, penosos gusanos que se retorcían pidiendo clemencia. Confusos, echaron a correr como ratas olvidándose del diabólico sistema de defensa instalado en Treblinka, de los hornos capaces de incinerar a todos los prisioneros y hasta de sus armas. ¿Acaso sorprende a alguien que así ocurriera?

Mientras los protagonistas del levantamiento se despedían en silencio de las cenizas en las que había sido convertido su pueblo y cruzaban las alambradas para internarse en el bosque, Treblinka era consumida por las llamas. Policías y SS llegados de toda la comarca se dispusieron a darles caza. Cientos de perros rastreadores fueron puestos tras sus huellas. La aviación alemana fue movilizada. Se combatió en bosques y pantanos. Muy pocos de los fugados consiguieron vivir hasta el día de hoy. Mas ¿qué importa? Perecieron en la lucha y empuñando las armas.

Ese 2 de agosto Treblinka dejó de existir. Los propios alemanes

se ocuparon de incinerar los cadáveres pendientes, desmontaron las edificaciones de piedra, retiraron las alambradas y redujeron a cenizas las construcciones de madera que no habían consumido las llamas. Todos los equipos de la casa de la muerte fueron desmontados y cargados en convoyes. Los hornos fueron destruidos, las excavadoras enviadas de vuelta y las enormes zanjas fueron cubiertas de tierra. También se desmontó hasta la última piedra de la estación de ferrocarriles. Por último, también los raíles y las traviesas fueron desmontados. Todo el territorio del campo fue sembrado de altramuz y un colono apellidado Streben se levantó una casita entre los matorrales. Ya no existe esa casa: ardió hasta los cimientos. ¿Qué perseguían con todo ello los alemanes? ¿Ocultar las huellas del exterminio de millones de personas en el infierno de Treblinka? ¿Acaso creyeron que tal cosa sería posible? ¿Acaso creyeron posible acallar las voces de las miles de personas que vieron los trenes que llegaban a la fábrica de la muerte desde todos los confines de Europa? ¿Acaso concibieron que las llamas y el humo que ensombrecieron los cielos durante ocho meses seguidos caerían en el olvido, cuando los habitantes de decenas de caseríos y aldeas pudieron verlas día y noche? ¿Creyeron posible borrar de los corazones y los oídos de los vecinos de Wulka y arrancar de sus corazones los terribles lamentos de tantas mujeres y niños que escucharon durante trece meses sin parar? ¿Acaso pensaron que podrían acallar a los sobrevivientes de Treblinka, personas que conocieron el campo desde que surgió y hasta el 2 de agosto, cuando fue aniquilado? ¿Creyeron poder silenciar a esos testigos cuyos testimonios precisos sobre cada SS y cada guardia de Treblinka conforman un relato que recoge paso a paso y minuto a minuto todo el horror que allí se vivió? A esos, a los sobrevivientes, ya no hay quien les grite un *«Mützen ab»*, ni los conduzca a la cámara de gas. Ni domina ya Himmler a sus subordinados, quienes ahora, las cabezas gachas y los dedos nerviosos repasando las costuras de sus chaquetas, narran con voces sordas y monótonas la historia de crímenes que parecen salidos de un delirante cuento de terror.

No fue hasta los primeros días de septiembre de 1944 que llegamos a Treblinka. Para entonces ya habían transcurrido trece meses desde el levantamiento. También sumaron trece los meses de

trabajo de la fábrica de la muerte. Trece, como los meses en que los alemanes intentaron borrar las huellas de sus crímenes. Ahora todo está en calma. Apenas se mecen las copas de los pinos que flanquean las vías del ferrocarril. Millones de ojos asomados a las rendijas o las ventanillas de los vagones que se aproximaban lentamente al andén vieron lo mismo que yo ahora: estos mismos árboles, este mismo suelo arenoso, aquel viejo tocón. La ceniza y la escoria pulverizada susurran al paso de las ruedas que circulan por este camino de color negro, ahora cuidadosamente recubierto de grava coloreada de blanco de acuerdo con la alemana manía por el orden. Entramos a Treblinka, avanzamos sobre su suelo. Las vainas de altramuz se rompen ante el más leve roce y a veces se abren solas produciendo un leve sonido. Millones de granos se derraman sobre la tierra. El sonido de esos granos desparramados y las vainas abriéndose de improviso conforman una suave y triste melodía. Es como si desde el fondo de la tierra emergiera el tañido de minúsculas campanas llamándonos a asistir a un funeral — campanas que tañen con un tintinear apenas perceptible, amplio, sombrío, leve. Entretanto, la tierra se agita bajo nuestros pasos. Esta tierra abofada y grasienta, una tierra que parece abundantemente bañada en aceite de linaza, la tierra sin fondo de Treblinka, tan inestable como la mar. Esta desierta franja de tierra rodeada de alambradas se tragó más vidas que todos los océanos y mares juntos desde que existe la especie humana.

La tierra arroja a la superficie esquirlas de huesos, dientes, objetos diversos y papeles: se resiste a guardar todos esos secretos.

Sí, emergen del fondo de la tierra todos esos objetos. Asoman por sus costuras, escapan por heridas que no han podido sanar. Ahí están: camisas medio podridas que vistieron los muertos, pantalones, zapatos, pitilleras coloreadas de verde por el óxido, mecanismos de relojes, cortaplumas, brochas de afeitar, candelabros, sandalias infantiles de las que sobresalen pompones rojos, toallas bordadas a la manera ucraniana, ropa interior también bordada, tijeras, dedales, sostenes y bragas. Más allá afloran por entre las grietas del suelo los más diversos trastos de cocina: sartenes, jarros de aluminio, tazas, cazuelas, ollas, pucheros, bidones, escudillas, tazas de plástico con motivos infantiles… Y hay más. Más cosas que parecen empujadas a la superficie desde esta

tierra insondable, como si alguna mano anónima sacara a la luz tantas cosas sepultadas por los alemanes: pasaportes soviéticos corroídos por la humedad, diarios escritos en búlgaro, fotografías de niños nacidos en Viena o Varsovia, cartas en las que otros niños garabatearon unos pocos trazos, breves poemarios, una plegaria anotada sobre un papel amarillento, cartillas de racionamiento expedidas en Alemania… También asoman por todas partes centenares de frascos, algunos de ellos minúsculos, que contienen perfumes; frascos de color verde, de color rosa, de color celeste… Y por sobre todos esos desechos flota el hedor de la pudrición. Nada pudo con él: ni el fuego, ni el sol, ni la lluvia, ni la nieve, ni el viento. Y centenares de pequeñas moscas del bosque recorren con paso espasmódico esos ajados objetos, papeles y fotografías.

Continuamos avanzando por la insondable y temblorosa tierra de Treblinka, pero algo nos obliga a detenemos de repente. Un mechón de cabello rubio, brillante como el cobre, el fino, ligero y hermoso cabello de una joven asoman por entre los terrones; a su lado, hay otros rizos también rubios; más allá, asoma una pesada trenza de cabello negrísimo que contrasta con el blanco de la arena; y más adelante, hay más y más cabellos. Por lo visto, se trata del contenido desperdigado de uno solo de los sacos de cabellos que salían del campo. Todo es cierto. La última esperanza de que fuera un sueño se desvanece de golpe. Zumban las vainas de altramuz y se derraman los granos sobre la tierra. Parece que una marcha funeral interpretada por el unánime repiqueteo de incontables campanillas ascendiera hasta nosotros desde el fondo de la tierra. Y uno siente que el corazón, aplastado por una tristeza, por un dolor y por una pena que superan lo que le es dable soportar a un hombre, dejará de latir de repente.

VASILI GROSSMAN

«Los niños del camino negro»

Avanzábamos por un terreno abundantemente sembrado de altramuz. El sol quemaba. El crujido de las hojas secas y las vainas se fundía en un sonido triste y casi melodioso. El anciano que nos guiaba se descubrió y tras hacer la señal de la cruz nos dijo:

—Estáis andando sobre tumbas.

Atravesábamos los terrenos del campo de la muerte en Treblinka, adonde los alemanes llevaron a judíos de todos los confines de Europa y de los territorios ocupados de la URSS.

Millones de personas fueron asesinadas aquí por los alemanes. Hay un terrible camino de color negro que atraviesa los campos de Treblinka. Debe su color a la ceniza diseminada sobre él a lo largo de tres kilómetros. La ceniza resultante de la incineración de las víctimas.

Toneladas de esas cenizas eran cargadas en carretas y niños de entre once y trece años las arrojaban a paletadas a lo largo del camino. Les llamaban «los niños del camino negro».

En un gélido día de febrero de 1943 llegó a Treblinka un tren de mercancías que traía, entre otros «pasajeros», a sesenta niños judíos provenientes de Varsovia, Vilnius, Grodno, Bialystok y Brest. Todos fueron separados de sus familias a la llegada del convoy. Los adultos fueron enviados al campo de muerte; los niños, al «campo de trabajo».

El jefe de ese último campo, el *Hauptsturmfürher* Van Eupen, un alemán oriundo de Holanda, pensó que siempre habría ocasión de asesinar a aquellos niños, pero antes podían ser utilizados en algunos trabajos. Fue por eso que encargó al *Untersturmführer* Fritz Preifi tomarlos bajo su tutela.

Preifi seleccionó a los dieciséis más debiluchos, entecos y ateridos de frío y los puso en manos del tuerto Sviderski. El tuerto Sviderski había vivido antes en Odessa, dedicado a asuntos la mar de turbios. En Treblinka se lo conocía como El Maestro del Martillo.

Tras hacer formar a los niños que le fueron encomendados, Sviderski

se sacó el mañillo que siempre llevaba sujeto al cinto y tras escupirle en la cabeza, como habría hecho un carpintero que se dispusiera a golpear un clavo, procedió a asesinar a los niños pegándoles martillazos en el tabique nasal. Los débiles cuerpecitos caían desplomados sobre la tierra helada. La vida se apagaba deprisa en aquellos niños que sollozaban quedamente mientras esperaban la muerte. Sollozos los suyos que resultaban más terribles que los estridentes lamentos de otras víctimas. Aun cuando ya les había tocado presenciar millares de ejecuciones, los prisioneros adultos se cubrían el rostro con las manos para no ver aquel espectáculo. Un chiquillo con la cabeza cubierta de rizos cobrizos y dorados y ojos de color celeste protestó: —No quiero morir así. Sería mejor que nos disparara.

—¿Disparaos? —preguntó Sviderski señalando a la cuenca vacía de su ojo derecho—. No puedo mataros a tiros, porque no acertaría en el blanco.

Cuando el tuerto verdugo levantó el martillo para golpear al chico pelirrojo, Preifi intervino.

Y el pelirrojo pudo marchar junto a los niños destinados a sobrevivir.

Los niños seleccionados para trabajar fueron alojados en un barracón. Allí dormían en literas de madera dispuestas en tres hileras. Preifi ordenó que durmieran directamente sobre los entablados. A Leib, el mayor de todos los niños a sus catorce años, lo nombró *[«kapo»]* responsable del grupo.

Los niños salían a trabajar cada día a las cinco de la mañana. Los lamentos de los hombres, mujeres y niños asesinados por los alemanes llegaban a sus oídos durante toda la jornada. A veces se apagaban, pero recomenzaban con reanudada fuerza muy poco después. Eran lamentos de dolor y tormento que helaban los corazones y producían un terrible sufrimiento a aquellos niños.

Los adultos alojados en el barracón acogieron a los pequeños con la ternura propia de los padres que acaban de perder a sus propios hijos. Todos ellos eran obreros judíos altamente cualificados en sus profesiones respectivas a quienes los alemanes habían prolongado la vida para tomarlos a su servicio. Sus familiares habían sido asesinados. Entre ellos se encontraba un obrero de la planta de producción de carnes de Grodno. Sabemos que se llamaba Aron, aunque desconocemos su apellido (en el campo la gente era conocida sólo por su nombre de pila o algún mote). Aron tomó

especial cariño a los chicos, quienes le llamaban Arli.

Arli cantaba muy bien y hasta componía canciones. Con el propósito de distraer a los niños, cada noche les impartía clases de canto. Al chico de cabello cobrizo todos le llamaban Pelirrojo. Dueño de una suave voz de soprano, demostró tener buena aptitud para el canto. Cada vez que el Pelirrojo entonaba alguna canción, todos los prisioneros recordaban a sus hijos asesinados. Aron lloraba, mientras le acariciaba la cabeza.

Los alemanes despojaron a los niños soviéticos de las regiones ocupadas de todo lo que tenían. Los privaron de sus seres queridos; les quitaron sus casas, sus escuelas, sus libros; les arrancaron sus sueños y les negaron la felicidad de la infancia. Hubo una sola cosa que no supieron quitarles: las canciones. Y por eso los niños continuaban cantando a su patria y a Moscú. Era habitual que el sombrío y estrecho barracón se viera iluminado de pronto por las notas de la canción *Ancha es mi patria*.

El destacamento formado por los niños se ocupaba de atender los gansos y las vacas, mondaba las patatas en la cocina y troceaba la leña. Por orden de Preifi, todos los niños vestían de uniforme. Llevaban chaquetas azules a rayas con botones de hierro. Preifi los obligaba a marchar durante horas. Quería que desarrollaran un paso perfectamente acompasado, a la manera militar. Disfrutaba de los niños como si se tratara de juguetes vivos. También era capaz de romperlos cuando le apetecía. Solía mostrar con orgullo a su jefe Van Eupen los progresos que hacían sus «juguetes» en el aprendizaje de los pasos militares.

En una ocasión Arli intentó despertar en los alemanes algún sentimiento de compasión hacia los niños. Para conseguirlo les enseñó a sus pupilos la más triste de todas las canciones que conocía. Las voces infantiles resonaron con una pena que helaba el alma.

Cuando el coro no había concluido todavía su representación, apareció de repente un niño que traía un raquítico nabo para su querido Arli. El jefe alemán llamó a un carpintero de Varsovia llamado Max Levit, le dio un garrote y le ordenó asestar veinticinco azotes al recién llegado. Levit le dio un primer golpe, pero lo hizo con ostensible suavidad. Entonces Preifi le arrancó el garrote de las manos y comenzó a pegar al chiquillo con todas sus fuerzas. Los

últimos cinco golpes los recibió un niño ya cadáver. Una vez que su «juguete» estuvo roto, Preifi pontificó: «¡Así es como hay que golpearlos!».

En la brigada había un niño llamado Izale que era un notable bailarín. Preifi le ordenó un día bailar sobre una mesa, porque es sabido que todos los juguetes mecánicos lo hacen. E Izale cumplió la encomienda, naturalmente. Bailoteó sobre el metro cuadrado de una mesa con velocidad de vértigo y mecánico ritmo. Su rostro era una triste mascara de yeso: parecía, en efecto, un juguete recién salido de una fábrica.

Otro de los niños, Yasha, era un verdadero artista. Yasha pintaba sombrías escenas de la vida en Treblinka sobre trozos de aglomerado. A veces pintaba tanques que llevaban estrellas de cinco puntas en la carrocería y atropellaban a los guardias tras aplastar la alambrada. Esos dibujos los borraba en cuanto acababa de hacerlos.

Yasha y el Pelirrojo compartían litera. El pequeño pintor y el pequeño cantante se calentaban uno al otro en las frías noches del campo de exterminio.

Un día Preifi fue destinado al campo de Cracovia. Van Eupen, jefe de Treblinka, nombró entonces al *Untersturmführer* Stumpfe como «jefe» de la brigada infantil. Stumpfe era un joven y fornido SS alto como un cíclope. Según los testimonios de varios testigos, se distinguía del resto por los ataques de risa que padecía cada vez que presenciaba una ejecución. Por eso le dieron el mote de La Muerte que Ríe.

El flamante «jefe» les encontró una nueva ocupación a los niños. Ésta consistía en diseminar la ceniza salida de los hornos por el camino que conducía al segundo campo. Los niños fueron provistos de palas para llevar a cabo esa encomienda.

Llegó el mes de julio. Un inclemente sol quemaba con fuerza. El aire se calentaba tanto, que costaba respirar. Ahogados por el calor y el hedor, los pobres niños aguijonados por los látigos de los guardias, caían desmayados sobre las cenizas de sus padres y madres.

En uno de los recuentos vespertinos, Stumpfe advirtió que faltaban cinco niños. La ausencia del Pelirrojo se hizo evidente enseguida.

—¿Dónde se ha metido el Pelirrojo? —chilló el «jefe».

—Aquí estoy —respondió una tímida voz. Stumpfe se volvió hacia el dueño de aquella voz, un niño moreno de cabello negro. Era el Pelirrojo y estaba cubierto de hollín de pies a cabeza. Stumpfe se acercó a él, hundió los dedos en los apretados rizos y lo levantó del suelo tirándole de los cabellos.

—Un negrito —dijo con desdén y dejó caer al muchacho.

Aún faltaban cuatro niños. Dos habían muerto, incapaces de soportar los inhumanos tormentos a que los sometían. Sus cuerpecitos habían quedado abandonados en el camino, camuflados entre la ceniza. Otros dos habían desaparecido: Misha, un niño muy apocado, y Poliutek, cuya belleza era motivo de admiración. Ambos se habían fugado.

Unos días más tardes los dos fugitivos fueron capturados cuando rondaban por la estación de ferrocarriles. Los devolvieron al campo.

Todos los niños de la brigada formaron ante las horcas. Misha y Poliutek fueron conducidos al cadalso con los brazos desatados. El *Untersturmführer* Lanz dijo:

—Así es mejor. Cuando los ahorcados tienen los brazos libres comienzan a agitarlos y parecen alas que los conducen directamente al cielo.

Stumpfe —alias La Muerte que Ríe— prorrumpió en sonoras carcajadas. Los chicos fueron colgados por fin. Poliutek murió deprisa. Apenas tuvo convulsiones. Misha tuvo una suerte bien distinta, pues la soga de la que lo colgaron era demasiado larga y sus pies alcanzaban el entarimado. Sus contorsiones y ronquidos se prolongaron más de la cuenta hasta que Lanz desató la soga, bajó de la horca al niño todavía vivo y lo izó nuevamente. El magro cuerpecito de Misha se separó del suelo sin esfuerzo. Ahora, colgado nuevamente, su agonía fue breve.

Todos los niños que asistían al espectáculo echaron a llorar al unísono. Era la primera vez que lo hacían desde su llegada a Treblinka. El sufrimiento de sus camaradas pudo por fin con sus pétreos corazones. Stasik se puso malo. *[*El *«kapo»]* Leib lo ayudó a incorporarse:

—No lloréis —dijo—. Ahora Misha y Poliutek están bien, porque ya no tienen que vivir aquí.

Concluida la ejecución, el *Hauptsturmführer Van* Eupen y los *Untersturmfübrer* Stumpfe, Lanz, Hagen y Ledeke subieron entonces

a sus bicicletas y dieron una vuelta a la horca, mientras conversaban animadamente *y tomaban fotografías.*

Esa noche los chicos cantaron una canción que titularon *Hemos perdido*. Arli la compuso. Era una larga y luctuosa canción que describía la vida en Treblinka y lloraba la pronta muerte de los niños que aún vivían.

Esta era su última estrofa:

Ruge la hoguera en el campo de la muerte,
Nos quema el corazón la ceniza de nuestros hermanos y hermanas,
Ya no hay vida para nosotros en este mundo.
Nuestras cortas vidas han llegado a su fin.

Aquella noche los niños no consiguieron conciliar el sueño. El cantante y el pintor lloraban en silencio y abrazados.

El 22 de julio de 1944 la brigada de niños no fue enviada a trabajar en el camino, como era habitual. Esta vez cargaron con sus palas hacia un claro ubicado en el medio del bosque. Allí les ordenaron cavar dos zanjas destinadas, según les explicó Stumpfe, a servir de emplazamiento a sendas baterías antiaéreas. No obstante, el *kapo* se percató enseguida de que la zanja que les encargaban cavar no se parecía a las que solían acoger tales baterías. Los niños no tardaron en escuchar el estruendo de los cañones que disparaban a lo lejos. El frente de batalla se aproximaba. Atento al ruido de los cañones, el Pelirrojo avisó a sus camaradas:

—Los alemanes huirán, pero nosotros nos quedaremos aquí —dijo, mientras golpeaba el fondo de la zanja con su pala.

Los niños comprendieron que estaban cavando su propia tumba. Todos sabían que ese momento iba a llegar más temprano que tarde. Estaban condenados a muerte; una muerte a la que ya no temían porque había sido su compañera a lo largo del breve tiempo que les tocó sobrevivir en Treblinka. Entonces el Pelirrojo dijo con voz serena a su inseparable Yasha:

—Tumbémonos uno al lado del otro cuando nos maten, ¿de acuerdo?

—Caeremos a la zanja de cualquier manera. ¿Cómo pueden tumbarse juntas dos personas que ya están muertas?

—Podemos hacerlo —replicó el Pelirrojo—. Nos situaremos en el

borde de la zanja y nos abrazaremos con fuerza. Ya verás que caeremos juntos, ¡fíjate si es sencillo!

Y ambos continuaron cavando.

Amaneció. Al otro lado de la alambrada, los campesinos recogían la cosecha y juntaban heno para el próximo invierno. El estruendo de los cañones se escuchaba cada vez más cercano. Las locomotoras alemanas huían a toda velocidad entre nerviosos silbatos. Los alemanes liquidaban a toda velocidad el «campo de trabajo» (el campo de exterminio había sido liquidado ya antes). Los *Haupt—, Unter—* y demás *führers* bebían las últimas botellas de vino. Los guardias no les iban a la zaga. Los fusilamientos dieron comienzo a las siete en punto de la mañana. En aras de evitar complicaciones, los condenados eran conducidos hasta las zanjas en grupos de a diez. El «trabajo» tomó todo el día. Cuando la década que integraban Arli y el carpintero Max Levit pasó junto a los niños que esperaban la muerte, Arli les gritó: —¡Adiós, hijos míos!

—¡Adiós! —contestaron los niños a coro.

—Hasta la vista, Arli —dijo Leib—. Nos reuniremos contigo muy pronto.

El Pelirrojo esquivó a los guardias y se apretó contra Arli con fuerza. Arli abrazó a su favorito.

—¿Cuándo fue que cantamos por última vez? —le preguntó. Y él mismo dio la respuesta—: Fue el miércoles. Recuérdalo bien.

Arli sabía que lo llevaban a ejecutar. Y sabía que el pequeño cantante también sería ejecutado. ¿A qué venía entonces aquel «recuérdalo bien»? Antes de que el Pelirrojo tuviera ocasión de preguntárselo, un guardia pegó un empujón a Arli obligándolo a reanudar la marcha. Arli se echó a llorar.

Unos instantes más tarde los guardias separaron a diez niños. La protesta no se hizo esperar:

—Queremos morir todos juntos —exigieron.

Eran treinta niños en total y los guardias aceptaron, porque tenían prisa. Leib mandó a formar al destacamento y, con la cabeza erguida, encabezó la marcha hacia las tumbas que habían cavado ellos mismos.

Max Levit vio llegar a los niños desde el fondo de la zanja. Los guardias estaban borrachos y su puntería se resentía de ello. Levit pudo escuchar las firmes voces de los niños que avanzaban hacia la

muerte sin parar de cantar. Los pequeños condenados cantaban una canción dedicada a Moscú.

Cada vez estaban más cerca y cada vez se los escuchaba más alto. Levit escuchó cómo sus piececitos marcaban el paso hasta que Schwartz gritó:

—¡Basta!

—¡Viva Stalin! —respondieron los niños a coro—. ¡Él nos vengará!

El cantante y el pintor se abrazaron con fuerza. Sonó una descarga. Herido de muerte, Yasha arrastró en su caída al Pelirrojo, quien apenas había recibido una herida leve. El Pelirrojo se revolvió intentando abrazar aún con más fuerza a su pequeño amigo. Frente a él, el rostro sin vida de Arli le hacía una horrible mueca. El chico cerró los ojos, apretó la cara contra el hombro de Yasha y permaneció quieto unos instantes. Después incorporó la cabeza de repente y dijo:

—¡La bala no me ha matado, señor guardia! ¡Dispare otra vez, señor! ¡Dispare otra vez!

El guardia soltó un par de tacos. Stumpfe —alias La Muerte que Ríe— se echó a reír. El guardia disparó de nuevo. *[La cabecita cubierta de rizos dorados y cobrizos golpeó el suelo y ya no volvió a incorporarse.]*

Cayó la noche. Agotados después de haber dado muerte a setecientos polacos y judíos aquel 23 de julio de 1944, los guardias decidieron marcharse a descansar y cubrir la fosa a la mañana siguiente.

Max Levit apartó los cadáveres de los niños, salió a rastras de la zanja y se internó en el bosque.

Nuestro encuentro con Levit se produjo en la población de Wulka-Okronglik, a dos kilómetros del lugar donde estuvo emplazado el campo de Treblinka. Kazimiersz Skarzynski, un campesino polaco de sesenta años que había llevado una de las carretas desde las que los niños espolvoreaban el camino con las cenizas salidas de los hornos, pidió vernos. El carpintero Max Levit y el campesino Kazimiersz Skarzynski nos contaron la historia de los niños del camino negro.

V. APRESYAN

El levantamiento de Sobibor

I

Al igual que los campos de Majdanek, Treblinka, Belzec y Auschwitz, el campo de Sobibor fue creado por los alemanes con el propósito de exterminar en masa y sistemáticamente a la población judía de Europa. Sobibor fue levantado en medio del bosque y junto a la estación de ferrocarriles del mismo nombre. Las vías férreas terminaban en una vía muerta, algo que debía servir para mantener en secreto lo que allí sucedía. Como en todos los otros casos, los alemanes escondían el campo con celo de la población de las aldeas vecinas: todos los crímenes temen a los testigos.

El campo estaba rodeado de cuatro circuitos de alambradas que tenían tres metros de altura. El espacio que separaba la tercera y la cuarta alambrada estaba sembrado de minas. Por el sendero que separaba la segunda y la tercera alambrada circulaban sin cesar patrullas de guardias. También había guardias vigilando día y noche el perímetro del campo desde las torretas emplazadas a lo largo de las alambradas.

El campo estaba dividido en tres secciones principales —o «subdivisiones»—, cada una de las cuales cumplía funciones muy precisas. La primera de ellas albergaba los barracones destinados al alojamiento de los prisioneros, los talleres de carpintería, zapatería y confecciones, y dos edificios para el uso de los oficiales. La segunda contenía la barbería, los depósitos y los almacenes. El tercero constaba de un edificio de ladrillos y portones de hierro conocido como «los baños».

El campo de Sobibor entró en funcionamiento el 15 de mayo de 1942. Los primeros grupos de prisioneros arribaron desde Francia, Holanda y Polonia occidental. Sigue el relato de una judía holandesa, Zelma Weinberg, sobre su estancia en el campo: «Nací en Svolle, Holanda, en 1922. En Holanda no existía enemistad alguna entre holandeses y judíos. Vivíamos en paz y no se percibía

diferencia alguna entre nuestras comunidades. Con la llegada de los alemanes se desató la persecución. En 1941 fue creado en Westerbork un campo para encerrar a judíos deportados de Alemania. Con el comienzo de la persecución de los judíos y la obligación que se les impuso de llevar distintivos cosidos a sus ropas, la población holandesa mostró abiertamente su solidaridad con sus vecinos estigmatizados. Cuando más tarde los alemanes procedieron a enviar a los judíos a Polonia (en 1941), toda Amsterdam se declaró en huelga. La ciudad se paralizó durante tres días. Los holandeses escondían en sus casas a los judíos. De los dos mil judíos que vivían en Utrecht apenas doscientos viajaron a Polonia: los demás fueron escondidos por los vecinos de la ciudad. Una organización especial surgió con el propósito de salvar de la muerte a los judíos. Les prestaba asistencia financiera y les proporcionaba alimentos a quienes vivían escondidos. La organización conocida como Holanda libre salvó la vida a un gran número de judíos.

»Yo fui a parar al campo de concentración de Westerbork, ampliado en 1942, junto a toda mi familia. Éramos unos ocho mil prisioneros en el campo, aunque la población reclusa cambiaba constantemente pues cada martes partía un convoy con mil prisioneros hacia Polonia. El oficial alemán a cargo de esos transportes decía a los prisioneros que se los reasentaba para que trabajaran en Polonia o Ucrania. Muchos emprendían el viaje de buena gana y cargaban con ropas, zapatos y alimentos. Había una razón para ello: constantemente se recibían cartas escritas en Wlodawa cuyos remitentes cantaban loas al bienestar de que gozaban en Polonia. Más tarde supe que todo aquello no era más que una provocación urdida por los alemanes, quienes obligaban a firmar aquellas tarjetas postales que ellos mismos escribían. Naturalmente ninguna de ellas mencionaba la existencia de Sobibor.

«Como no deseaba abandonar Holanda, me fugué del Westerbork. Una familia holandesa me dio cobijo. Entretanto, toda mi familia había sido llevada a Polonia. Un holandés de origen alemán (un *Volksdetsche*) me delató a la policía y fui a dar con mis huesos a la prisión de Amsterdam. Tras dos meses de encierro me trasladaron al campo de concentración de Fichte, donde retenían a prisioneros políticos y a judíos. Allí conseguí colocarme en la

lavandería.

»En marzo de 1943 nos llevaron a Polonia. Muchos confiaban en que el viaje los llevaría a reencontrarse con sus familiares. Como los judíos enfermos fueron tratados en hospitales holandeses antes de emprender viaje a Polonia, nadie sospechaba ninguna amenaza. Mientras viajábamos a través de Alemania, al tren subían constantemente Hermanas de la Caridad alemanas para prestar atención sanitaria a quienes enfermaban durante el viaje.

»El 9 de abril de 1943 llegué a Sobibor. Los hombres fueron obligados a desvestirse y continuar hacia el tercer campo. Las mujeres fuimos conducidas por un sendero entre dos hileras de pinos hasta unos barracones donde debíamos desvestirnos y ser sometidas a un corte de pelo. Un oficial alemán seleccionó a veintiocho jóvenes para llevarlas a trabajar en el segundo campo. Fui una de ellas y así fue que pude permanecer cinco meses en Sobibor».

La manera en que los alemanes implementaron el sistema de ejecución en masa establecido en Sobibor demuestra que éste se basaba en un minucioso plan concebido de antemano. El constante cuidado de todos los detalles, hasta los más nimios, ostenta la marca de verdugos que llevaban largo tiempo practicando su oficio. Las víctimas avanzaban hacia la muerte completamente desnudas. Sus pertenencias, ropas y zapatos eran sometidos a un proceso de selección antes de ser enviados a Alemania. Las mujeres eran rapadas. Sus cabellos servían para rellenar colchones y sillas de montar. Sobibor contaba con una mueblería, de manera que algunos cabellos de las mujeres ejecutadas eran utilizados dentro del propio territorio del campo. Por último, el mecanismo de funcionamiento de «los baños» —a saber, el principal elemento de aquella monstruosa industria de la muerte— era harto complejo y exigía atención, cuidado y habilidades de técnicos de toda índole, fogoneros, vigilantes, suministradores de gas, fabricantes de ataúdes y enterradores.

Los propios prisioneros eran los encargados de realizar esos trabajos en las distintas etapas del proceso de exterminio. Lo hacían bajo amenaza de muerte.

En el testimonio ofrecido el 10 de agosto de 1944, uno de los pocos sobrevivientes de Sobibor, el barbero Ber (*Dov*) Moiséyevich

Fainberg, oriundo de Varsovia, sostiene que en el primer subcampo trabajaban cien personas, mientras que en el segundo lo hacían ciento veinte hombres y ochenta mujeres.

«Yo trabajaba en el segundo campo —escribe—, donde estaban ubicados los depósitos y los almacenes. Después de que los condenados a muerte se desvistieran, recogíamos sus cosas y las repartíamos por los diversos depósitos: los zapatos a un lado; los abrigos, a otro; y así sucesivamente. Después se procedía a seleccionarlos para su envío a Alemania. Día tras día un convoy de diez vagones cargados de objetos personales de las víctimas salía de la estación de Sobibor. Los documentos personales, las fotografías y cualquier papel u objeto sin valor que llevaran los condenados iban a parar a la hoguera. Siempre que podíamos arrojábamos también a la hoguera el dinero y los objetos de valor que encontrábamos en bolsillos o maletas. Así evitábamos que cayeran en manos de los alemanes.

»Poco después fui trasladado a otro trabajo. En el segundo campo se construyeron tres barracones para las mujeres. En la primera, se descalzaban; en la segunda, se desvestían; en la tercera, les cortaban el cabello. A mí, como barbero, me asignaron al tercer barracón. Éramos un equipo de veinte barberos. Cortábamos el cabello con tijeras y lo guardábamos en bolsas. Los alemanes decían a las mujeres que se trataba de una medida en favor de la higiene: “para evitar que el campo se llenara de piojos”.

»Mientras trabajé en el segundo campo en junio de 1943, fui testigo involuntario de muchas escenas en las que se manifestaba el horrible trato dispensado por los alemanes a tantos seres inocentes. Vi llegar, por ejemplo, un convoy ferroviario procedente de Bialystok cargado hasta los topes de gente desnuda. Por lo visto, los alemanes temían que los prisioneros pudieran fugarse durante el viaje y por eso los hacían viajar desnudos. Vivos y muertos llegaron mezclados dentro de aquellos vagones atestados de gente. No se les dio de comer ni beber a lo largo del viaje. Los que llegaron vivos recibieron un baño de cloro en cuanto se apearon del convoy.

»Los hombres de la Gestapo solían propinar patadas a los niños, abriéndoles los cráneos. Personas inocentes eran víctimas de las mordidas de los perros azuzados contra ellas. Muchos eran incapaces de soportar aquel trato y se quitaban la vida. Los

enfermos eran liquidados inmediatamente».

¿Qué sucedía en la tercera «subdivisión» del campo, donde estaban ubicados «los baños»? Según todos los testimonios, el territorio ocupado por «los baños» estaba cercado por su propia alambrada. Los trabajadores de las dos primeras «subdivisiones» del campo tenían terminantemente prohibida la entrada a esta tercera. Violar ese punto del reglamento se castigaba con la muerte.

«Cada vez que entraba un nuevo grupo de ochocientas personas a “los baños”, las puertas eran cerradas herméticamente», escribe Ber Fainberg.

En una caseta levantada junto a «los baños» trabajaba la máquina encargada de producir el gas letal. Una vez liberado, el gas fluía hacia unos balones y desde ellos llegaba al interior del local a través de unas mangueras. Por regla general bastaba un cuarto de hora para que todas las personas encerradas en la cámara murieran asfixiadas. El edificio carecía de ventanas. Tan sólo se podía seguir lo que sucedía en el interior mirando a través de una claraboya a la que se asomaba un alemán conocido en la jerga del campo como «bañero», quien avisaba de la conclusión de cada sesión de exterminio. A una señal suya cesaba el suministro de gas y un mecanismo desplazaba el suelo de la cámara haciendo caer los cadáveres. Debajo, en el sótano de la cámara, esperaban las vagonetas y un grupo de condenados cuyo trabajo consistía en llenarlas de cuerpos sin vida y empujarlas hacia el bosque vecino. Allá los esperaban enormes zanjas que servían de fosas comunes. Los prisioneros encargados del traslado y el enterramiento de los cadáveres eran fusilados periódicamente.

En una ocasión se estropeó inesperadamente la maquinaria que servía el gas cuando las víctimas ya habían entrado a «los baños». Los pobres condenados fueron capaces de echar abajo las puertas e intentaron escapar. Los hombres de la Gestapo abatieron a unos cuantos. Los demás fueron obligados a entrar nuevamente a la cámara. Entretanto, el mecánico consiguió reparar el desperfecto y la maquinaria volvió a funcionar como de costumbre.

Una mujer a quienes los alemanes habían encargado ocuparse de los conejos que los alemanes criaban para su alimentación alcanzó a ver la procesión de mujeres y niños desnudos a través de una grieta en la pared de la conejera. Los condenados avanzaban charlando

entre sí animadamente, inconscientes del destino que les aguardaba.

Pero también ocurría lo contrario. Una joven de Wlodawa que apenas contaba dieciocho años gritó a voz en cuello un soleado día de verano:

—¡Seremos vengados! ¡Vendrán los Soviets y recibiréis vuestro merecido, alimañas!

Los guardias la asesinaron allí mismo a culatazos.

Gomerski, un boxeador berlinés destinado a la tercera de las «subdivisiones» del campo, pasaba por ser el más temido de los guardias. Se ufanaba de ser capaz de matar a una persona con un solo puñetazo. En cambio, había un alemán que pasaba por ser un tipo muy sentimental. Este solía pasearse ante los niños desnudos que esperaban ser conducidos a la cámara de gas, les acariciaba la cabeza y les ofrecía caramelos, mientras les decía:

—Hola, guapo. No temas, que ya verás como todo irá bien.

En una ocasión se escucharon horribles fritos que provenían del tercer campo. Más tarde se supo que los habían proferido mujeres y niños que estaban siendo arrojados vivos al fuego. Así se divertían los hombres de la Gestapo.

La realidad cotidiana de Sobibor estaba repleta de dramas tan absolutamente delirantes que la más desbordada imaginación humana palidece ante ellos. Cierto joven holandés que trabajaba en la brigada que se encargaba de la selección de las posesiones de las víctimas tropezó en una ocasión con los objetos personales de sus padres. Fuera de sí, el joven salió a la carrera del barracón y corrió hacia la fila que se dirigía hacia la cámara de gas. En efecto, toda su familia estaba allí. Otro joven encontró el cuerpo de su padre entre los cadáveres recién sacados de la cámara. Dejándose llevar por el amor filial, intentó quedarse el cadáver de su padre para darle la debida sepultura. Los alemanes lo descubrieron y corrió la misma suerte que su padre. Esas anécdotas apenas difieren de otras contadas por supervivientes de Majdanek o Treblinka. Tal vez el único aspecto en que los verdugos de Sobibor destacaron fue en la imaginación y la iniciativa que desplegaron para ocultar sus crímenes a los pobladores de las aldeas vecinas. A saber, dedicaron algunas áreas auxiliares del campo a la cría de gansos y cada vez que daba comienzo una sesión de exterminio los asustaban. Así, los desesperados graznidos de los gansos de Sobibor generaban un

ruido que impedía escuchar los lamentos y los llantos de sus víctimas.

Con la construcción de unos hornos crematorios en la tercera «subdivisión» del campo en el verano de 1943, los alemanes dieron un paso más en la carrera por borrar las huellas de sus crímenes. Se trajo una excavadora especial a Sobibor con la que se cavó una enorme zanja. La propia excavadora fue utilizada después para arrojar los cadáveres a montones sobre inmensas hogueras. Un entramado de rieles de ferrocarril servía de improvisada parrilla. En aquellos días el olor a carne quemada inundaba toda la región.

Con todo, en aquel horrible lugar cuya existencia, por mucho que esté documentada, nos sigue pareciendo fruto de la imaginación de un cerebro demencial, en aquella tierra mancillada por los alemanes de forma brutal, se produjo un levantamiento el 14 de octubre de 1943 que se saldó con la victoria de los prisioneros. Doce de los oficiales alemanes mejor situados en la jerarquía del campo y otros cuatro guardias fueron ajusticiados. Al término del levantamiento, el campo de exterminio de Sobibor fue liquidado.

¿Cómo pudo ocurrir algo así? ¿Quién proporcionó la fuerza lo suficientemente firme y organizada como para enfrentarse a las armas alemanas que apuntaban sobre gente desarmada? ¿Quién encontró dentro de sien medio de aquella atmósfera dominada por la muerte y la humillación la fuerza de voluntad, la inteligencia y la sagacidad necesarias? El 22 de septiembre de 1943 llegó a Sobibor un contingente de seiscientos prisioneros de guerra trasladados desde Minsk. Ochenta de ellos fueron seleccionados para trabajar en la segunda «subdivisión» del campo. Todos los demás fueron gaseados e incinerados. El oficial del Ejército Rojo Aleksandr Apónovich Pecherski fue uno de los ochenta hombres que quedaron con vida.

II

Aleksandr Pecherski nació en la ciudad de Kremenchug en 1909. Poco después, en 1915, se mudó a Rostov del Don. Durante los años previos al estallido de la guerra, trabajó fundamentalmente como instructor de artistas aficionados. Pecherski fue llamado a filas

desde el primer día de la guerra. Tan pronto como en septiembre de 1941 ya ostentaba el rango de Técnico de Intendencia de Segunda Clase. En octubre de ese mismo año, Pecherski y los hombres que lo acompañaban fueron rodeados y después hechos prisioneros por las tropas invasoras a las afueras de Smolensk. Poco después de su captura, contrajo el tifus y pasó siete meses enfermo y sometido a terribles condiciones de cautiverio. Pecherski sobrevivió a la enfermedad por puro milagro. *[Los alemanes solían ejecutar a los enfermos de tifus, pero consiguió ocultarles la enfermedad.]* En mayo de 1942 Pecherski se fugó del campo donde lo mantenían retenido, pero fue capturado ese mismo día junto a otros cuatro fugados. Los cinco fueron enviados a un batallón de castigo en Borisov y, desde allí, los llevaron a Minsk en otoño de 1942. Al llegar a Minsk, los prisioneros eran sometidos a un acucioso examen médico. Fue entonces que los alemanes detectaron que Pecherski era judío.

[Entonces lo sometieron a un interrogatorio.

—¿Reconoces ser judío? —le preguntaron.

Pecherski lo admitió. De no haberlo reconocido, lo habrían azotado salvajemente hasta conseguir una confesión.]

Admitida su condición de judío, Pecherski fue encerrado en el sótano donde retenían a los judíos. Allí permaneció unos diez días. En el sótano reinaba la oscuridad más absoluta. A los detenidos no se les permitía abandonarlo bajo ninguna circunstancia. Les daban de comer día sí y día no: cien gramos de pan y una taza de agua.

El 20 de agosto Pecherski fue enviado al campo de trabajo de las SS en Misnk, sito en la calle Shirókaya. Allí permaneció hasta mediados de septiembre. Cerca de quinientos especialistas judíos salidos del gueto de Minsk habitaban aquel campo. También había prisioneros de guerra judíos y entre doscientos y trescientos rusos. Los rusos eran personas detenidas por colaborar con los partisanos o ausentarse del trabajo. Se trataba, pues, de personas a quienes los alemanes consideraban «incorregibles». Los prisioneros estaban muertos de hambre. De hecho, apenas se alimentaban de lo que conseguían robar a los alemanes. Las jornadas de trabajo se prolongaban desde el amanecer hasta la caída de la noche.

«Wachs, el comandante del campo, no soportaba que terminara un día en el que no hubiera matado a alguno de nosotros —relata Pecherski—. Bastaba mirarle a la cara para comprobar que se

trataba de un sádico. Era un tipo grueso, cuyo labio superior temblaba permanentemente. Solía tener el ojo izquierdo inyectado en sangre. Siempre andaba borracho o, cuando menos, con resaca. ¡Había que ver las que se gastaba! Una noche uno de los prisioneros salió a aliviar la vejiga. Wachs le disparó desde la ventana de su dormitorio. A la mañana siguiente se ufanó ante su esposa: "A ése me lo cargué yo", le dijo.

«Solíamos formar una fila cuando repartían la ración de pan. Wachs se acercaba a la fila, daba la orden de firmes, apoyaba el cañón de su pistola automática en el hombro del primer hombre de la fila y le disparaba. Y pobre del que se atreviera a romper la fila siquiera por un centímetro: también él recibía un disparo mortal en la cabeza o el pecho. Otra de las diversiones habituales de Wachs consistía en azuzar a sus perros contra los prisioneros. Naturalmente, los presos no podían presentar batalla a los perros: eran los favoritos de Wachs.

»Cada vez que traían a mujeres a "los baños" desde el gueto, se podía ver a Wachs supervisando la operación. Disfrutaba cacheando a las mujeres desnudas».

El campo conoció un intento de fuga en masa. El barracón que servía de dormitorio a los miembros de la *Schutzpolizei* estaba ubicado junto al almacén de alimentos. Los prisioneros aprovechaban cualquier ocasión para robar armas y la suerte les sonreía a veces. Poco a poco los cincuenta prisioneros asignados al almacén fueron capaces de reunir un buen número de granadas, pistolas y munición. La víspera del día señalado para la fuga su plan fue descubierto. Los entregó el conductor que debía sacarlos del perímetro del campo, cuya colaboración creían habían comprado a cambio de veinte mil marcos.

Los alemanes encerraron a los complotados en el sótano de una casa en ruinas rodeada de guardias por todas partes y les echaron los perros. Después los sacaron de allí y los condujeron a través de la ciudad con los brazos en alto. Cuando llegaron de vuelta al campo se reanudaron los tormentos: fueron azotados y una vez más sufrieron los ataques de los perros. Todos los alemanes que quisieron dar rienda suelta a su odio aquel día tuvieron su oportunidad. Ya azotados, los fueron conduciendo de uno en uno a una sauna caldeada hasta lo insoportable. Dentro había una pila

llena de agua hirviendo a la que arrojaban a cada prisionero. Cuando lo veían al borde de la muerte, lo sacaban para darle un baño de agua helada y lo obligaban a permanecer dos horas a la intemperie bajo un frío colosal. Sólo después de que cada uno de los protagonistas de la tentativa de fuga hubiera sufrido todos esos tormentos llegaba el momento final: la ejecución.

[El grupo que había proyectado la frustrada fuga estaba integrado exclusivamente por prisioneros de guerra judíos. Pecherski conocía bien a dos de ellos: Borís Kogan, de Tula, y Arkadi Orlov, de Tula.]

En septiembre de 1943 los alemanes comenzaron a vaciar el campo de Minsk. El 18 de septiembre Pecherski fue subido a un convoy que tenía como destino el campo de Sobibor.

Wachs, el comandante del campo de Minsk, informó a los evacuados que la operación tenía como objetivo «enviarlos a Alemania a trabajar». Cuatro días duró el viaje en vagones con las ventanillas tapiadas. No les dieron nada de beber ni de comer durante todo ese tiempo. Al quinto día de viaje el tren arribó al apeadero de Sobibor. Allí tomó un desvío hacia una vía auxiliar para que una locomotora lo empujara, en marcha atrás, hasta unas puertas sobre las que colgaba un letrero con la leyenda «*Sonderkommando*». Pecherski llegó a Sobibor tras haber pasado dos años prisionero de los alemanes. Contaba con bastante experiencia del dolor y el horror de los campos y había visto y soportado lo suficiente como para orientarse inmediatamente en el paisaje que se abría ante él.

He aquí lo que nos contó acerca de su primer día en el campo de exterminio de Sobibor:

«Shleima Leytman y yo nos sentamos a tomar un respiro en unas traviesas abandonadas. Más tarde, Shleima se convertiría en mi mano derecha en la organización del levantamiento de Sobibor, pero entonces todo eso quedaba muy lejos. Un desconocido que aparentaba unos cuarenta años se nos acercó. Le pregunté por la naturaleza de las llamas que se veían a unos quinientos metros y por el olor a quemado que inundaba todo el campo.

»—No miréis en esa dirección: está prohibido hacerlo —nos avisó—. Ese humo que veis son los cuerpos de los camaradas que han llegado con vosotros. Los están incinerando.

»No le creí. Él continuó:

»—Este campo existe desde hace un año. Somos unos quinientos judíos polacos, franceses, holandeses y checoslovacos. Los primeros en llegar fueron los judíos rusos. Aquí llegan convoyes casi a diario. Cada uno trae en torno a dos mil víctimas. Todas son exterminadas en apenas una hora, cuando más. En este pequeño trozo de tierra que no supera las diez hectáreas han encontrado la muerte más de quinientos mil niños, mujeres y hombres».

La llegada de prisioneros de guerra llegados del Este —soldados y oficiales del Ejército Rojo— causó una profunda impresión en todo el campo. Muchos ojos ávidos, curiosos y esperanzados se posaron en ellos.

Desde el mismo día de su arribo a Sobibor, Pecherski se preguntó por su futuro. ¿Valdría la pena luchar allí por su vida, cuando la muerte parecía inevitable? ¿Intentar escapar a solas o con un pequeño grupo de sus camaradas de infortunio dejando a los demás condenados a la tortura y la muerte? Descartó esa última idea muy pronto.

Desde el primer momento, la posibilidad de escapar de la muerte se fundió en la mente de Pecherski con la idea de tomar venganza. Vengarse de los verdugos, destruirlos y abandonar el campo de exterminio en dirección a los bosques para unirse a los partisanos. Tales eran los perfiles del plan que se dibujaba en su mente. Las dificultades insuperables que presentaba ese plan no arredraron a Pecherski.

Lo primero era estudiar la geografía del campo y el orden del día que seguían los prisioneros y los oficiales alemanes. Pecherski sabía que todos los prisioneros se mostrarían dispuestos a sumarse a cualquier tentativa de fuga. La cuestión era cómo encontrar a gente en la que se pudiera confiar entre aquella masa de gente desconocida, exhausta y presa de una enorme debilidad física que también podía ser debilidad moral. Más aún: ¿conseguiría dar con personas en las que pudiera confiar?

Cinco días después de su llegada a Sobibor Pecherski recibió una inesperada invitación a presentarse en el barracón de las mujeres. Allí lo esperaba un grupo de prisioneras de distintos países quienes, en su gran mayoría, no conocían la lengua rusa. Lo acosaron a preguntas. La charla terminó convirtiéndose en una suerte de conferencia para tratar cuestiones políticas. Para Pecherski, la

situación resultaba tanto más compleja cuanto que no sabía con quiénes estaba tratando. Entre los asistentes podía haber *«kapos»*, es decir, prisioneros empleados como supervisores por los alemanes. Pecherski hablaba en ruso y algunas improvisadas intérpretes trasladaban a la concurrencia sus evasivas.

Les contó la derrota infligida a los alemanes a las afueras de Moscú, cómo habían sido rodeados y después aniquilados en Stalingrado y les aseguró que el Ejército Rojo avanzaba hacia el Dniépr, de manera que no estaba lejano el día en que las tropas soviéticas alcanzaran la frontera alemana.

También les habló de las actividades que desarrollaba el movimiento partisano a lo largo y ancho de los territorios ocupados. En Minsk habían llegado a sus oídos diversas historias de convoyes alemanes descarrilados por los partisanos o noticias de exitosas acciones terroristas realizadas en la propia ciudad.

«Me escuchaban con extrema atención, como si no quisieran perder palabra. Todas las que entendían algo de ruso iban traduciendo sobre la marcha a sus vecinas. Aquellas personas condenadas a muerte se emocionaron de veras con las noticias del coraje mostrado por los soldados soviéticos.

»—Dígame una cosa —pidió alguien con timidez—. ¿Cómo es que si hay tantos partisanos no vienen a atacar este campo para sacarnos de aquí?

»—¿Qué ganarían con ello? —repliqué—. ¿Salvarnos a ti, a mí y a él? ¿Es eso? Los partisanos tienen cosas muchas más importantes que hacer. Nadie nos va a liberar si no lo hacemos nosotros mismos».

Pecherski se dio la vuelta bruscamente y abandonó el barracón dando un portazo. Nadie tradujo esas últimas frases. No hizo falta, porque todos las comprendieron sin necesidad de traductor.

De aquel primer contacto con los prisioneros, Pecherski se llevó la impresión de que todos soñaban con la fuga de una manera u otra. Ahora sabía qué tarea tenía por delante: hacer entrar en razón a los más intrépidos y apaciguar sus ánimos; convencer a todos de la necesidad de elaborar un plan minucioso, antes de emprender acciones concretas.

En una ocasión Pecherski fue abordado por algunos de sus camaradas. Shleima Leytman, entre ellos.

—Sasha, hemos decidido fugarnos —le dijo Leytman sin rodeos —. No hay muchos guardias. Podemos matarlos y huir hacia los bosques.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —le replicó Pecherski—. Mientras estéis neutralizando a un guardia, habrá otros ametrallándoos desde las torretas de vigilancia. Imaginemos incluso que conseguís desarmar a todos los guardias: ¿cómo vais a cortar la alambrada? ¿Cómo conseguiréis atravesar la zona minada? ¿Qué les sucederá a los camaradas que permanezcan aquí? ¿Acaso tenemos derecho a olvidarnos de ellos? Fugaros, si eso es lo que queréis. No sabotearé vuestros planes, pero tampoco os acompañaré.

Pecherski se marchó acompañado de uno de sus compañeros, un prisionero que decía llamarse Kalimali. La tentativa de fuga fue cancelada.

Por aquellos días se produjo un hecho que alimentó la motivación de Pecherski. El anciano con quien había cruzado unas palabras el día de su llegada a Sobibor lo abordó nuevamente. Su nombre era Boruj y Pecherski supo más tarde que era sastre de profesión. Boruj había estado presente en la reunión de Pecherski con las mujeres que lo habían atraído a su barracón. Fue él quien le avisó de que estaba sometido a vigilancia.

—No sé si se percató de un hombre alto y enjuto que estaba situado a mi lado cuando usted hablaba a las mujeres. Se trata del *«kapo»* Bzhetski y es un sinvergüenza de marca mayor. Estoy seguro que comprendió perfectamente cuáles son sus intenciones.

—Espere un momento —lo atajó Pecherski—. No entiendo qué le preocupa tanto. ¿Por qué habría de vigilarme ese hombre? No me dispongo a hacer nada extraordinario, pues soy consciente de que no hay ninguna oportunidad de escapar.

Boruj tardó unos instantes en tomar de nuevo la palabra.

—Comprendo que se muestre cauteloso conmigo —comenzó—. Hace apenas unos días que nos conocimos. Pero ambos sabemos que no hay más salida que la fuga. Usted puede fugarse solo, sí, pero entonces todo habrá acabado para nosotros. Compréndame bien —prosiguió, asiendo a Pecherski del brazo—: Aquí hay mucha gente que, como yo, ansia fugarse. Pero necesitamos de alguien que nos guíe, alguien que nos muestre qué hacer. ¡Confíe en nosotros! Conocemos muy bien cómo funciona Sobibor y podremos serle de

una gran ayuda.

Pecherski escrutó aquel rostro bondadoso y pensó que aun si se trataba de un traidor tenía que correr el riesgo.

—¿Cómo están dispuestas las minas que hay entre las alambradas? ¿Comprende la pregunta?

—No muy bien, la verdad —admitió Boruj.

—Por lo general, las minas son sembradas siguiendo la pauta de un tablero de ajedrez.

—¡Ahora sí que lo entiendo! Y en efecto: así es como están sembradas las minas. La distancia entre ellas es de metro y medio a dos metros…

—Le agradezco esa información —dijo Pecherski—. Ahora tengo que pedirle una cosa: quiero que me presente a una joven prisionera.

Boruj se mostró sorprendido:

—¿Que le presente a una joven?

—Exacto. Ayer había una muchacha a la derecha de usted. Una chica muy joven, de cabello castaño y muy corto. Creo que es holandesa. Se fumaba un pitillo, ¿la recuerda? Podría ser la adecuada. Me parece que no habla ruso, lo cual resulta muy conveniente. En cuanto a usted, será mejor que no vuelva a acercárseme. Comparto la litera con Leytman. Él se ocupará de darle mis recados, de haberlos. Ahora vayamos al barracón de las mujeres para que me presente a la joven.

Pasaron unos cuantos días. Pecherski se reunía cada noche con Liuka, su nueva amiga holandesa. Solían sentarse en unos tablones que había junto al barracón. Mientras permanecían allí algunos prisioneros se acercaban por turnos a Pecherski e intercambiaban unas pocas frases con él. Desde lejos, la escena parecía de lo más inocente.

También se acercaba a veces el «*kapo*» Bzhetski, quien entendía algunas palabras de ruso, pero en esas ocasiones Pecherski simulaba estar entregado al disfrute de los encantos de su joven amiga. Desde el primer momento Liuka tuvo la vaga impresión de que la habían inmiscuido en cierto juego. Y desde el principio apoyó sin reservas las actividades conspirativas que se desarrollaban en torno a ella. Pecherski era un hombre soviético y sólo eso bastaba para insuflarle esperanzas a Liuka, para predisponerla a tener fe en él.

Pecherski doblaba la edad a aquella muchacha de apenas dieciocho años. Liuka le contó su historia. En el campo se había visto obligada a ocultar que era hija de un notable comunista alemán que huyó a Holanda tras el ascenso de los nazis. Su padre también consiguió escapar de los alemanes cuando se produjo la ocupación de Holanda. Liuka y su madre no tuvieron tanta suerte. Ambas fueron arrestadas. Mientras que los hermanos de Liuka fueron asesinados, ella y su madre tomaban el camino de Sobibor.

Pecherski y Liuka mantuvieron relaciones amistosas durante todos los terribles días que les tocó coincidir en el campo. Liuka era consciente del sentido de esa relación y el objetivo que perseguía. Tratándose de una joven acostumbrada desde niña a vivir en un ambiente conspirativo, nunca hizo preguntas, pues adivinaba que Pecherski tenía buenas razones para mantenerla ajena a sus planes.

Cuidándose de no despertar sospechas, Pecherski pasaba desapercibido entre la enorme masa de prisioneros que le resultaban desconocidos, mientras estudiaba la disposición de las diferentes instalaciones del campo e investigaba el estado de ánimo de prisioneros y guardianes.

Poco después convocó por fin a Boruj.

—Éste es el primer plan —comenzó su exposición—. Es complejo y tiene pocas probabilidades de éxito, pero aun así quiero que lo escuche con atención. El taller de carpintería está situado a apenas cuatro metros de la alambrada. Desde allí hay otros quince metros hasta el campo de minas. Si sumamos unos siete metros dentro del propio taller, obtenemos una longitud de en torno a treinta y cinco metros. Se trata de cavar un túnel. Según mis cálculos, tendremos que esconder unos veinte metros cúbicos de tierra bajo el suelo y en los altillos. El trabajo de perforación sólo podrá hacerse de noche. Este plan cuenta con dos puntos débiles: primero, que es poco menos que imposible que seiscientas personas consigan arrastrarse una tras otra por un túnel de treinta y cinco metros en una sola noche. La segunda, que aun cuando consigamos escapar, lo haríamos sin dar muerte antes a los alemanes. Hable a los suyos sobre este plan. Quiero saber qué les parece. Tengo un segundo plan, pero prefiero guardármelo por ahora.

—¿Por qué?

—Porque me falta reunir ciertos datos adicionales. ¿Cree que

podría conseguir unos setecientos cuchillos y navajas? Servirían para armar a cada uno de los prisioneros.

—Me ocuparé de eso —respondió Boruj. Y añadió—: Hay un asunto sobre el que quiero pedirle consejo. Usted conoce a Monia, uno de los miembros de nuestro grupo. Trabaja en la construcción de barracones. Pues resulta que ayer fue abordado por el *«kapo»* Bzhetski, quien le manifestó estar al tanto de los preparativos de fuga. Naturalmente, nuestros hombres intentaron sacarle esa idea de la cabeza. Bzhetski los escuchó detenidamente, pero insistió en su deseo de formar parte del plan.

«Aunque aquello tenía todos los visos de ser una provocación —escribe Pecherski—, la idea de recibir ayuda de un "*kapo*" me resultó extremadamente tentadora».

—Monia considera —continuó Boruj— que aunque resulta evidente que Bzhetski es un canalla, esta vez podemos confiar en él. Bzhetski es consciente de que los alemanes exterminarán también a los *«kapos»* después de acabar con nosotros, porque no querrán dejar vivos a quienes son testigos de sus crímenes.

—¿Qué le ha dicho usted a Monia?

—Le dije que no podía tomar una decisión hasta haberlo conversado con usted.

—Déjeme meditar sobre ese tema del *«kapo»* —concluyó Pecherski—. Y ahora pongamos el punto final a esta charla.

El herrero Rayman se hizo cargo en secreto del pedido de Pecherski y comenzó a fabricar los cuchillos. La herrería estaba ubicada al lado del taller de cerrajería. Una noche se reunieron varias personas en la herrería. Bzhetski era uno de ellos. Los guardias alemanes habían llevado un gramófono al taller para ser reparado. Pecherski y Leytman habían sido «invitados a escuchar unos discos».

«La conversación tardó en cuajar. Pusieron en marcha el gramófono. El herrero freía unos buñuelos.

»Rechacé los buñuelos y comenté algo sobre los discos. Bzhetski pujaba por que habláramos de la fuga. Yo recurría a un pretexto tras otro para evitar el tema. Finalmente, Bzhetski hizo una señal al herrero y éste se llevó el gramófono a la vecina cerrajería. Todos los presentes lo siguieron. Bzhetski y yo nos quedamos a solas.

»—Hay algo de lo que quiero hablarle —me dijo—. Y supongo

que usted sabe de qué se trata, ¿no es cierto?

»—No se me da muy bien el alemán —respondí.

«—Hablemos entonces en ruso —propuso—. Bien es cierto que apenas domino esa lengua, pero creo que podemos entendernos si usted pone de su parte. Sólo le ruego que escuche lo que tengo que decirle. Sé que usted prepara una fuga.

»—¡Eso es una tontería! —repuse—. Nadie puede escapar de Sobibor.

»—Lo está haciendo con mucho cuidado. Apenas aparece por los barracones y no lo veo hablando con nadie más que con Liuka. Pero yo sé que Liuka no es más que una tapadera. Escúcheme bien, Sasha: si yo quisiera denunciarlo ya lo habría hecho hace mucho tiempo. Yo sé que usted me considera un canalla. Y no dispongo de tiempo ni ganas ahora para hacerle cambiar de opinión. Piense lo que usted quiera. Pero sepa que quiero vivir. No creo en la promesa que nos ha hecho Wagner (el jefe del campo) de que no matarán a los "kapos". ¡Claro que nos van a matar! El día en que los alemanes decidan liquidar este campo, nosotros seremos liquidados también.

»—Me alegro de que sea consciente de eso —le dije—. Lo que no entiendo es por qué me cuenta todo eso.

»—Es que no puedo permanecer impasible ante lo que estáis haciendo. Aquí todo el mundo cumple las órdenes que usted imparte. Shleima Leytman va por todos lados repartiendo órdenes que parten de usted. Lo que quiero, Sasha, es que comprenda que si los "kapos" nos ponemos de vuestro lado, todo resultará mucho más fácil. Los alemanes confían en nosotros. Tenemos la capacidad de movernos por todo el campo sin impedimentos. Seré claro: nosotros le estamos proponiendo trabajar juntos.

«—¿Nosotros, dice? ¿Quiénes sois, exactamente?

»—Chepik y yo. Chepik, como sabe, es el "kapo" de la brigada que se ocupa de "los baños".

»Me puse en pie y me paseé repetidamente de una esquina a otra de la herrería.

«—Dígame una cosa, Bzhetski —le dije por fin mirándolo fijamente a la cara—. ¿Usted sería capaz de matar a un alemán?

«Bzhetski pensó unos instantes, antes de responder». —Si ello fuera necesario para llevar el plan a buen término, lo haría.

»—¿Y si no tuviera que ver con plan alguno? Si se tratara de

asesinar a un alemán como ellos mismos han asesinado a cientos de miles de nuestros hermanos y hermanas, ¿también lo haría?

«—Nunca he pensado en eso… —me respondió esta vez.

»—Le agradezco su sinceridad —le dije—. Y ahora pongamos fin a esta conversación.

»—De acuerdo —aceptó—. Pero le ruego que medite sobre mi propuesta.

«Repuse que no tenía que meditar y salí del taller despidiéndome con frialdad. Con todo, que Bzhetski se tomara unos instantes para pensar la respuesta a la pregunta que le formulé acerca de si se veía capaz de matar alemanes me hizo suponer que tal vez estuviera siendo sincero. Un provocador habría respondido sin titubear».

Al día siguiente, el 11 de octubre, los prisioneros que trabajaban en la construcción de nuevos barracones en el campo norte escucharon gritos y repetidas ráfagas de ametralladora. Seguidamente los alemanes montaron un inaudito dispositivo de seguridad: todos los trabajadores que se encontraban a cielo abierto fueron encerrados en un mismo local. Los talleres del primer campo fueron cerrados a cal y canto. El número de guardias se duplicó. No fue hasta las cinco de la tarde que conocimos la razón que motivó la adopción de todas aquellas medidas extraordinarias. Resultó que había arribado un convoy de condenados a muerte y que al ordenarles desvestirse y avanzar hacia «los baños» éstos adivinaron la suerte que les esperaba y echaron a correr en todas direcciones. Completamente desnudos como estaban, apenas pudieron alcanzar las alambradas donde fueron masacrados como moscas.

El 12 de octubre, un día después de ese incidente, tuvo lugar la reunión en la que se adoptó el plan definitivo de fuga. A la cita en la carpintería asistieron Boruj, Leytman, el jefe del taller de carpintería Janek, Monia, Pecherski y algunos otros prisioneros del Este. Había dos hombres charlando tranquilamente en el patio de la carpintería y otros dos se habían ubicado junto a la puerta del primer campo. Los cuatro actuaban como centinelas.

La primera cuestión que se trató fue la de Bzhetski: ¿qué hacer con él? Se decidió invitarlo a la reunión. Monia fue a buscarlo y regresó acompañado de él unos minutos más tarde. Pecherski ha narrado así el transcurso de la reunión: «—Hemos decidido invitarle

a participar de la fuga —le dije a Bzhetski—. Pero somos conscientes de que al hacer partícipe de nuestros propósitos a alguien como usted, podemos estar poniendo en peligro el destino de todos los prisioneros de este campo. Por ello quiero que sepa que si algo sale mal, usted será el primero en morir.

»—Lo sé —respondió Bzhetski.

»—Bien, camaradas… Ahora pasaré a desgranar los detalles del único plan que considero viable. Tenemos que dar muerte a todos los oficiales alemanes. Naturalmente, los eliminaríamos de uno en uno, pero debemos hacerlo en un breve plazo de tiempo. No dispondremos de más de una hora para eso. Esa misión les será confiada a prisioneros de guerra que conozco personalmente y en los que puedo confiar. A las 15.30, después de la comida, el "*kapo*" Bzhetski conducirá a tres prisioneros hasta el segundo campo utilizando cualquier excusa. Esos tres hombres asesinarán a cuatro oficiales alemanes. A las 16.00 los electricistas cortarán las líneas de teléfono que comunican el segundo campo con el emplazamiento de las unidades de reserva. A esa misma hora comenzaremos a matar a los hombres de la Gestapo de nuestro campo. Hay que encontrar la forma de localizarlos uno a uno y darles muerte disimuladamente. Las acciones que llevaremos a cabo en nuestro campo deberán concluir en media hora. A las 16.30, Bzhetski y Chepik mandarán a formar a los prisioneros y los conducirán hasta las puertas del campo, como si nos llevaran a trabajar fuera del perímetro. Al frente de la columna irán nuestros mejores hombres. De camino a las puertas principales tendrán que apoderarse del depósito de armamentos y armarse, algo que deberán hacer sin ruido. Habréis de tener presente que mientras la columna esté avanzando hacia las puertas se pueden producir algunos ataques de pánico. Si permitiéramos que ello sucediera, todo estaría perdido, porque los alemanes descubrirían que se trata de un intento de fuga. De conseguir apoderarnos de las armas podremos entablar combate con ellos. En caso contrario, tendremos que arremeter contra ellos y ganarles gracias a la presión del tumulto. Al lado de la carpintería hay un pabellón de oficiales levantado junto a la alambrada. Podemos tener la certeza de que los alemanes no habrán minado ese sector de la alambrada con la misma intensidad que hicieron en el resto. Probablemente encontremos algunas minas de señalización

y poco más. Ese es el punto por donde abriremos un boquete en la alambrada. Ya conocéis el plan. Tenéis hasta mañana para meditar sobre él. ¿Hay objeciones?

»Boruj respondió por todos: no había objeciones».

III

Aquel plan delirante y atrevido había nacido en la mente de un hombre en cuyo corazón ardía la sed de libertad, pero también la sed de venganza. Huelga decir que para llevarlo a cabo se requería la más estricta precisión y el secreto más absoluto.

Ello explica que en el diario que llevaba Pecherski cada una de las horas del día 14 de octubre contuviera detalladas anotaciones.

Pecherski pasó la mañana trabajando en uno de los barracones, donde se colocó de tal manera que pudiera tener una amplia visión del territorio del campo a través de una ventana. Ninguno de los siete hombres que trabajaban con él aquella mañana tenía la menor idea de la fuga. Entretanto, en el taller contiguo veinte prisioneros del Este, seleccionados con el mayor cuidado, fabricaban literas a las órdenes de Leytman. A las diez de la mañana, Leytman rindió un primer informe a Pecherski: «El *Untersturmführer* Ernst Berg visitará el taller de confecciones a las 16.00 para probarse un abrigo. A las 16.15 irá allí mismo el *Oberscharführer* Gettsinger (jefe del tercer campo, el campo de exterminio). Por otro lado, el *Unterscharführer* Emil Schumacher acudirá al taller de zapatería a las 16.00. Del *Unterscharführer* Friedrich Gaulstich me ocuparé yo personalmente. Otros cuatro alemanes serán asesinados en el segundo campo. Los chicos buscarán la manera de ocuparse del resto atrayéndolos también a los talleres.

»—Muy bien —le respondí—. Quiero hablar con todos los camaradas que se han propuesto para realizar las misiones. Haz que vengan a verme de uno en uno.

«Cinco minutos más tarde apareció Kalimali.

»—Irás al taller de confecciones a las 15.00 —le dije—. Lleva contigo una garlopa, un escoplo y un hacha. ¡Abre bien los ojos, Kalimali! Si fallas, estamos muertos. ¿Me has comprendido?

»—Sí.

»—Ve, entonces. ¡Suerte!

»Nos despedimos con un fuerte apretón de manos.

»Media hora más tarde pasó a verme Borís Tsibulski, a quien habíamos encargado ocuparse de los hombres de la Gestapo del segundo campo.

«—Nuestra hora ha llegado, Borís —le dije—. Te voy a encargar del área más difícil. Mijaíl y Benia te acompañarán. Llevad dos hachas. Bzhetski os conducirá hasta el segundo campo. Tú serás el primero en golpear al enemigo, Borís. ¡Tenlo muy presente! Tu éxito inspirará a todos los demás hombres. Si detectaras que alguno de los hombres que te acompaña tiene miedo, sustitúyelo por otro. La coacción no es aconsejable en estos casos.

»—No te preocupes por ellos, Sasha —me respondió—. Mis hombres sólo esperan la señal para actuar.

»A las 14.00 horas un hombre de la Gestapo se apareció de improviso en el segundo campo y se llevó consigo al “*kapo*” Bzhetski y a otros dos hombres. Una idea horrible se apoderó de todos: ¡nos han descubierto!

»Una hora más tarde supimos que Bzhetski había sido llevado al campo norte para acarrear leña. El “*kapo*” Chepik tomó a su cargo la misión confiada a Bzhetski y condujo a nuestros hombres al segundo campo para que dieran muerte a los hombres de la Gestapo.

»La tensión no dejaba de crecer. Los ánimos conspirativos alcanzaron su máxima expresión. Eran pocos los prisioneros avisados de la inminente fuga, pero muchos eran conscientes del vago desasosiego que se había apoderado de Sobibor y casi todos sentían que se podía confiar en los hombres callados, eficaces y sombríos que habían llegado al campo hacía poco tiempo y a los que solía verse charlando misteriosamente por los rincones».

Dos días antes de la fuga fue Yom Kippur. De pronto resultó que había mucha gente devota en el campo. Uno de los prisioneros preguntó a uno de los cantores de sinagoga:

—¿Por qué rezáis a Dios? ¿Acaso creéis que vendrá a socorrernos? Harías mucho mejor en rezarle a Sasha (es decir, a Pecherski).

Esta fue la respuesta que escuchó:

—Rezamos a Dios para que ayude a que Sasha se salga con la suya.

La esperanza se filtraba a través del muro de silencio y permeaba la muralla de la desesperación. Los acontecimientos de aquel 14 de octubre germinaron sobre un suelo bien abonado.

El *Untersturmführer* Ernst Berg fue el primero en ser abatido. Dio la casualidad de que apareció en el taller de confecciones veinte minutos antes de lo previsto. Cuando Berg se despojó del cinturón en el que llevaba la funda de la pistola y se dispuso a probarse la guerrera, Kalimali le pegó un hachazo en medio de la cabeza. El cadáver del alemán fue arrojado sobre una litera y cubierto con una manta. Es imposible leer el resto de la historia en el diario de Pecherski sin sobresaltarse: «Poco antes de las cuatro de la tarde Kalimali llegó a la carrera hasta el barracón donde yo me encontraba y me entregó su pistola. Nos abrazamos.

»—Ahora ya no hay vuelta atrás —le dije—. Si alguien pensó que podía dar marcha atrás, ya sabe que es imposible. Gracias, amigo.

»Kalimali se marchó. De repente un holandés, pálido como la nieve, intentó seguir sus pasos.

»—¿Adónde te crees que vas? —le pregunté.

»—Tengo que ir a mear —me dijo.

»—De eso nada, aguántate —le dije. Y me volví hacia todos los prisioneros que presenciaban la escena—: Camaradas, ahora todos sabéis lo que está sucediendo aquí. Vigilad bien a los cobardes como éste y no los dejéis salir de aquí».

A las 16.09 Semión Mazúrkevich dio muerte a Michel, máximo jefe de los guardias de Sobibor. El ajusticiamiento se produjo en el taller de confecciones. En ese mismo instante, Arkadi Vaispapir asesinaba al *Oberscharführer* Gettsinger, jefe del campo de exterminio, en el taller de zapatería. A las 16.15 Tsibulski informó a Pecherski del correcto cumplimiento de la misión que le había sido encomendada (a saber, el ajusticiamiento de los hombres de la Gestapo del segundo campo). Cuatro oficiales habían sido eliminados, las comunicaciones estaban cortadas y las salidas habían sido bloqueadas.

Había llegado el momento de formar la columna de prisioneros.

Pero Pecherski no se anduvo con prisas. Confiaba en poder eliminar a algún otro alemán antes de abandonar el campo.

Entretanto, Shleima Leytman daba muerte a Friedrich Gaulstich,

de la Gestapo.

El «*kapo*» Bzhetski regresó al campo a las 16.30. Su llegada fue muy oportuna, porque sólo los «*kapos*» podían formar una columna de prisioneros sin despertar sospechas.

Los protagonistas del levantamiento contaban con muy pocas armas. Apenas tenían las once pistolas arrancadas a los alemanes que acababan de matar y seis fusiles que los hojalateros habían conseguido esconder en las tuberías del desagüe. No les quedaba otro remedio que contentarse con ese magro arsenal.

A las 16.45 Bzhetski mandó a formar. El agudo sonido de su silbato hizo que la gente acudiera a la carrera desde todos los rincones del campo.

El jefe de la guardia, un alemán del Volga, intentó empujar a la gente de vuelta a los barracones. Fue abatido oportunamente.

Una multitud se abalanzó sobre el depósito de armas, pero los vigilantes cortaron el paso con apretado fuego de ametralladora. Pecherski comprendió que sería inútil intentar armarse.

—¡Adelante, camaradas! —gritó con todas sus fuerzas.

Muchos lo siguieron hacia la casa de oficiales. Otros corrieron en dirección contraria buscando las puertas de salida.

Los guardias fueron reducidos. La gente corrió hacia la linde del bosque que se veía a lo lejos. Las minas se cobraron muchas vidas. De las seiscientas personas que huyeron del campo, sólo cuatrocientas alcanzaron el bosque.

El carpintero de Chelm Jaím Povroznik, quien cayó prisionero de los alemanes cuando servía en las filas del ejército polaco, me contó acerca de cómo vivió aquellos acontecimientos: «Éramos un grupo muy numeroso. Nos reunimos en torno a nuestro noble líder Sashka (antes Povroznik se refiere a Pecherski como a “ese noble muchacho de Rostov”). Sashka gritó:»

—¡Por Stalin! ¡Hurra!

«Entonces nos dividimos en pequeños grupos y echamos a correr por el bosque. Los alemanes se lanzaron a darnos caza. Los aviones sobrevolaban el bosque barriéndolo con las ametralladoras. Muchos de los nuestros cayeron. No creo que hayamos sobrevivido más de cincuenta personas. Yo conseguí llegar a Chelm, donde permanecí escondido hasta la llegada del Ejército rojo. Después de lo que tuve que soportar en Sobibor, ese día sentí que había vuelto por fin a la

vida».

La holandesa Zelma Weinberg nos hizo el siguiente relato:

«Conseguí escapar de Sobibor gracias al levantamiento contra los alemanes. Otras dos chicas escaparon conmigo: Ketti Hokes, de La Haya, y Ursula Stern, de Alemania. Ketti moriría de tifus más tarde, después de haberse enrolado en un destacamento de partisanos. Ursula también combatió en las filas partisanas. Ahora vive en Wlodawa. Ursula y yo compartimos prisión en Westerbork y Fichte. Juntas fuimos llevadas también a Sobibor y juntas escapamos de allí y salvamos la vida».

Se desconoce la suerte que corrió Liuka, la amiga de Pecherski, así como su nombre verdadero.

Tras vagar durante largo tiempo por caminos secundarios y caseríos de Polonia, Aleksandr Pecherski encontró por fin un destacamento partisano el 22 de octubre. Tanto él como los camaradas que lo acompañaban se unieron a la lucha armada ese mismo día. *[A día de hoy, Pecherski combate en las filas del Ejército Rojo, donde ostenta el grado de capitán.]*[129]

… El viento silba mientras golpea los trozos de alambre de espino oxidado que aún quedan, aquí o allá, en estas diez hectáreas de tierra polaca donde alguna vez se alzó el campo de exterminio de Sobibor. Después del levantamiento y la fuga, los alemanes prendieron fuego al campo, removieron la tierra y la sembraron de patatas y coles.

[Los terrenos que los alemanes sembraron de coles y patatas para esconder sus horrendos crímenes han sido revueltos de nuevo. Bajo la tierra removida aparecieron fragmentos de huesos, penosos desechos de objetos de uso cotidiano en el campo, zapatos sueltos de todas las tallas y estilos, tarros y frascos con etiquetas de Varsovia, Praga o Berlín, biberones y dentaduras postizas, libros de oración judíos y novelas polacas, tarjetas postales con imágenes de ciudades europeas, documentos, fotografías, un taled enfangado y un tejido de punto que había perdido el color, latas de conservas, fundas de gafas y una muñeca a la que faltaban los brazos. Todos esos objetos eran mudos testigos del exterminio de cientos de miles de personas traídas al campo de la muerte desde todos los confines de Europa.][130]

Los sufrimientos de quienes murieron en Sobibor, sus lágrimas y el horror que padecieron al verse a las puertas de la muerte son

ahora cosa del pasado. Esas personas ya no están en este mundo.

Pero algunos de los escasos sobrevivientes han relatado lo que saben, lo que vieron.

P. ANTOKOLSKI Y V. KAVERIN

Informe de la Comisión Estatal Extraordinaria para el establecimiento y la investigación de las atrocidades perpetradas por los ocupantes alemanes fascistas y sus cómplices en relación con los monstruosos crímenes cometidos por el gobierno alemán en Auschwitz

Aun antes de que el Ejército Rojo liberara el territorio de la Alta Silesia en Polonia, la Comisión Estatal Extraordinaria había recibido numerosos testimonios acerca de la existencia de un enorme campo de concentración creado por las autoridades alemanas en las inmediaciones de la ciudad de Auschwitz y dedicado al exterminio de los prisioneros soviéticos. Tras la liberación de la Silesia polaca por unidades del Ejército Rojo fue posible ubicar el emplazamiento de la mencionada instalación.

En los meses de febrero y marzo de 1945 y siguiendo un encargo de la Comisión Estatal Extraordinaria, el procurador del Primer. Frente en Ucrania y los apoderados de la Comisión Estatal Extraordinaria, los camaradas D. E Kudriavtsev y S. T. Kuzmin, llevaron a cabo una exhaustiva investigación de las atrocidades cometidas en Auschwitz por los alemanes.

La investigación fue encargada a varias comisiones especiales de expertos como la Comisión de medicina legal integrada por el perito forense principal del Primer Frente de Ucrania, F. F. Bryzhin, el perito forense del ejército M. G. Chursanov, el doctor L.L. Pertsov, el jefe del laboratorio de anatomía patológica del ejército N. A. Lébedev, el ginecólogo del ejército G. A. Kolegáyev, el psiquiatra N. R. Vannovski, el experto criminalista N. I. Guerásimov y antiguos internos del campo de exterminio, como B. V. Epstein, doctor en pediatría y ex director de la Clínica de la Universidad de Praga, H. H. Limousin, profesor de anatomía patológica y medicina experimental en Clermont-Ferrand (Francia) y M. J. Grossman, profesor titular de la Facultad de medicina en Zagreb (Yugoslavia).

Una segunda comisión fue integrada por expertos técnicos como los profesores Román Dawidowski y Jaroslav Dolinski, ambos de Cracovia, así como el candidato a doctor en ciencias químicas V. F. Lavrushin y el ingeniero A. M. Shuer.

Los 2819 prisioneros que los soldados del Ejército Rojo liberaron en el campo de exterminio de Auschwitz fueron objeto de interrogatorios y exhaustivos exámenes médicos. También fueron estudiados los documentos encontrados en el campo, las ruinas de los crematorios y las cámaras de gas que los alemanes volaron por los aires antes de huir, los cadáveres encontrados en el campo, las pertenencias y documentos de numerosas víctimas provenientes de diversos países europeos todavía guardadas en los almacenes y barracones del campo. Todo ello permitió establecer que:

1. Los alemanes exterminaron en el campo de Auschwitz a más de cuatro millones de ciudadanos de la Unión Soviética, Polonia, Francia. Bélgica, Holanda, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumania, Hungría y otros países.[131] Las víctimas murieron acribilladas a balazos, de hambre, por asfixia o como resultado de monstruosos tormentos.
2. Profesores y doctores alemanes llevaron a cabo en el campo una serie de supuestos experimentos «médicos» sobre personas vivas: hombres, mujeres y niños.
3. Los niveles de planificación, organización técnica y el carácter genuinamente masivo y cruel del sistema de exterminio implantado en Auschwitz hacen que este campo sobresalga sobre todos los demás «campos de la muerte» establecidos por los alemanes.

El campo de Auschwitz contaba con cámaras de gas, crematorios, instalaciones químicas y laboratorios destinados al monstruoso exterminio de seres humanos. Los alemanes llamaban a las cámaras de gas «baños para fines especiales». Sobre la puerta de entrada a la antecámara de los baños se leía «Para desinfección» y en la de salida «Acceso a los baños». Todo ello estaba diseñado para que los condenados se desvistieran sin abrigar sospecha alguna en el espacio destinado a la «desinfección» y pasaran después, ya

desnudos, a los «baños para fines especiales», es decir, las cámaras de gas, donde eran aniquilados por medio de una sustancia venenosa: el «Zyklon».

El campo de Auschwitz contaba con hospitales especiales, pabellones de cirugía, laboratorios de histología y otros establecimientos similares. Eso sí: ninguno de ellos estaba concebido para curar. Su único propósito era el exterminio de seres humanos. Profesores y médicos alemanes utilizaban esos establecimientos para experimentar sobre hombres, mujeres y niños absolutamente sanos. Experimentaban métodos para la esterilización de las mujeres y la castración de los hombres; implantaban tumores cancerígenos en personas sanas; inoculaban artificialmente el tifus y la malaria a amplios grupos de personas para estudiar el desarrollo de la enfermedad; probaban en personas vivas el efecto de diversas sustancias venenosas.

EL *REICHSFÜHRER* SS HIMMLER: ORGANIZADOR DEL CAMPO DE EXTERMINIO DE AUSCHWITZ

El campo de Auschwitz fue construido en 1939 por orden del *Reichsführer* SS Himmler con el propósito de exterminar a las poblaciones esclavizadas de los países europeos ocupados por Alemania. El campo ocupaba un enorme territorio en los alrededores de la ciudad de Auschwitz y consistía en una completo sistema de campos: Auschwitz, Birkenau, Monowitz, Golleschau, Jawichowitz, Neu Dachs, Blechhammer, entre otros. Los dos campos principales —Auschwitz y Birkenau— ocupaban un área de 467,5 hectáreas y contenían más de seiscientos veinte pabellones, entre dependencias administrativas y barracones para albergue de los prisioneros. Los campos de Auschwitz solían contar con una población total de entre 180 000 y 250 000 internos. Todos los campos estaban rodeados de profundas zanjas y cercados por tupidas redes de alambre de espino, todas ellas alimentadas por corriente de alto voltaje.

En 1941 se construyó en Auschwitz el primer crematorio destinado a la incineración de los cadáveres de las personas exterminadas. El crematorio constaba de tres hornos y fue ubicado junto a uno de los llamados «baños para fines especiales», es decir,

una cámara de gas donde se exterminaba por asfixia. Ese primer crematorio se mantuvo en funcionamiento hasta mediados de 1943. Antes, en el verano de 1942, el *Reichsführer* SS Himmler realizó un viaje de inspección a Auschwitz y ordenó optimizar los aspectos técnicos de su funcionamiento y aumentar su tamaño en forma muy considerable. La construcción de los nuevos y más potentes crematorios le fue confiada a la empresa alemana Topf e Hijos, con sede en Erfurt. Sus técnicos procedieron deprisa los trabajos de construcción de cuatro potentes crematorios y otras tantas cámaras de gas en Birkenau. Desde Berlín les llovían las cartas exigiéndoles acelerar los trabajos, urgiéndolos a tenerlos concluidos a principios de 1943. En las oficinas de la administración de Auschwitz se encontraron carpetas que guardaban la profusa correspondencia cruzada entre los responsables del campo y la sede de Topf e Hijos. Reproducimos dos de ellas:

I

Erfurt, 12 de febrero de 1943

I. A. Topf e Hijos
Administración Central de la Construcción de las SS y la policía
Auschwitz (Oswiecim)
Asunto: Crematorios N.° 2 y N.° 3 en los campos de reclusión

Acusamos recibo de vuestro telegrama fechado el 10 de febrero con el siguiente texto: «Confirmamos el pedido de cinco unidades de hornos de mufla triples, incluyendo dos ascensores de carga destinados a levantar los cadáveres, así como un tercer ascensor de uso provisional. También se os encarga un aparato para alimentar los hornos de carbón y otro que sirva para el transporte de las cenizas. Queda pendiente la puesta en marcha definitiva del crematorio N.° 3. Confiamos en que adoptaréis todas las medidas necesarias para el envío inmediato de toda la maquinaria y las piezas. La instalación tiene que estar completada y lista para ponerse en marcha el 10 de abril de 1943».

I. A. TOPF E HIJOS

II

N.° 121 15/42/ErNa
Punto 2

En relación con la instalación de hornos de mufla triples en cada uno de los «baños para fines especiales» por parte del ingeniero Prüfer se propone utilizar los que ya están listos y se preveía enviar a Moguiliov. El jefe de la Sección operativa de la Dirección principal de Asuntos Económicos de las SS en Berlín fue informado inmediatamente de esta decisión y tomará todas las decisiones necesarias para darle curso.

UNTERSTÜRMFÜHRER DE LAS SS (S)
Oświęcim, 21 de agosto de 1942

Los cuatro nuevos crematorios estaban provistos de doce hornos con cuarenta y seis retortas. Cada una de las últimas admitía entre tres y cinco cadáveres cada vez, cuya completa incineración exigía entre veinte y treinta minutos.

Junto a cada crematorio fue construido un «baño para fines especiales», es decir, cámaras de gas destinadas a asfixiar a seres humanos. Estas cámaras estaban ubicadas bajo tierra o en pabellones especiales anejos a los crematorios. El campo contaba aún con otros dos «baños», cuyos cadáveres eran incinerados en hogueras especiales. Las personas destinadas a morir eran empujadas a los «baños» a palazos, culatazos y con la ayuda de perros. Las puertas de las cámaras de gas se cerraban herméticamente y las personas encerradas en ellas eran asfixiadas con «Zyklon». La muerte llegaba después de tres o cinco minutos de exposición al gas. Entre veinte y treinta minutos más tarde los cuerpos eran sacados de las cámaras y llevados a los hornos del crematorio. Antes de la cremación los cuerpos eran examinados por dentistas que les arrancaban dientes y prótesis de oro.

La «productividad» de los «baños» —las cámaras de gas— superaba con creces la capacidad de procesamiento de cadáveres

que asimilaban los hornos crematorios. Por eso los alemanes recurrían a enormes hogueras que daban cuenta de los cuerpos sobrantes. Cavaban zanjas especiales para esas quemas adicionales; zanjas que tenían entre veinticinco y treinta metros de largo, entre cuatro y seis metros de largo y dos metros de profundidad. En el fondo de las zanjas se instalaban tubos especiales que servían a modo de cenizal. Los cadáveres eran conducidos hasta las hogueras en vagonetas y colocados en las zanjas por capas y entremezclados con abundante leña. Después se los rociaba con petróleo y comenzaban a arder. La ceniza resultante era enterrada en grandes fosas o arrojada a los ríos Sola y Vístula. A partir de 1943 los alemanes encontraron un uso industrial para los huesos carbonizados. A partir de entonces, éstos eran fragmentados y vendidos a la empresa Strem para su conversión en superfosfatos. En las oficinas del campo se encontraron documentos que acreditan el envío a Strem de 112,6 toneladas de huesos humanos pulverizados. También los cabellos que los alemanes cortaban a las mujeres condenadas a muerte tuvieron diversos usos industriales.

Cada día los alemanes exterminaban e incineraban a unas diez o doce mil personas en Auschwitz. De ellas, entre ocho y diez mil morían inmediatamente después de haber llegado a sus instalaciones y el resto eran prisioneros que habían pasado algún tiempo en el campo.

Los ex prisioneros Shlema Dragón, oriundo de Zhirovni, Varsovia, y Heinrich Tauber, de Krzanow, Polonia, trabajaron en el comando especial asignado a las cámaras de gas y los crematorios de Auschwitz. Ambos fueron interrogados en calidad de testigos y declararon lo siguiente: «… En los inicios el campo contaba con dos cámaras de gas distantes unos tres kilómetros una de la otra. Junto a cada una de ellas se alzaba un barracón de madera al que hacían entrar a los condenados en cuanto bajaban de los trenes que los traían al campo. Allí los obligaban a desnudarse antes de conducirlos al interior de las cámaras de gas… Las cámaras de gas acogían a entre mil quinientas y mil setecientas personas cada vez. Una vez dentro, unos SS provistos de máscaras antigás arrojaban los cristales de “Zyklon” por unas trampillas. El proceso de gaseado duraba entre quince y veinte minutos. Después los cadáveres eran trasladados en vagonetas hasta las zanjas donde eran incinerados…

Más tarde Birkenau llegó a contar con cuatro hornos crematorios. Cada uno de ellos contaba con su propia cámara de gas. Los crematorios II y III respondían a un idéntico diseño y estaban provistos de quince hornos cada uno; los crematorios IV y V eran distintos. Estos últimos constaban de ocho hornos cada uno y eran menos eficaces debido tanto a sus dimensiones como a la tecnología que utilizaban. Sumados, todos los crematorios incineraban entre diez y doce mil cadáveres cada día».

LOS CIENTÍFICOS Y MÉDICOS ALEMANES NAZIS Y SU LABOR ASESINA EN AUSCHWITZ

Científicos y médicos nazis practicaron toda suerte de «experimentos» sobre personas vivas en Auschwitz, una actividad en la que mostraron una inventiva de veras escalofriante.

Entre los prisioneros liberados por el Ejército Rojo había un buen número de médicos. Los doctores Steinberg, de París y Gordon, de Vilnius, el profesor Grossman, yugoslavo, el doctor Walentin Erwin, de Berlín, la doctora húngara Anna Keppich, los doctores Eduard DeWind, de Holanda, y Albert Flechner, de París, eran algunos de ellos. Todos ellos declararon haber sido testigos de numerosos «experimentos» practicados por profesores y médicos nazis con prisioneros del campo.

Los médicos alemanes realizaban operaciones quirúrgicas a los enfermos con el solo objetivo de practicar su pericia con el escalpelo. Un joven médico alemán apellidado König seleccionaba prisioneros con infecciones en las extremidades y ejercitaba su destreza en practicar amputaciones. Otros dos médicos alemanes, Thilo y Fischer, reunían a grandes grupos de prisioneros y los operaban de hernia, sin necesidad alguna. El médico jefe del hospital, doctor Entress, le abría el vientre a cualquiera que se quejara de dolores de estómago, pues buscaba ganar destreza en las operaciones de úlcera.

En los pabellones médicos de Auschwitz también se realizaban numerosos experimentos con mujeres. En el Bloque N.° 10 se mantenía permanentemente a unas cuatrocientas prisioneras que eran esterilizadas por medio de radiaciones o la extirpación de los ovarios. También se las utilizaba para experimentar vacunas contra

el cáncer de útero, métodos de aborto o la búsqueda de soluciones químicas que permitieran mejor visibilidad del útero cuando se lo exponía a rayos X. En el Bloque N.° 28 se experimentaba con la exposición de la piel de los prisioneros a la acción del queroseno, distintas sales, ungüentos y polvos. También se utilizaban soluciones de acridina para tratar la ictericia inoculada artificialmente a los prisioneros. El responsable de esos últimos experimentos era el doctor Emil Kaschub. En el Bloque N.° 21 se practicaban experimentos de castración masculina masivos con el propósito de investigar las posibilidades de utilizar los Rayos X como método de esterilización. La castración se verificaba tras cierto tiempo de exposición a la radiación. Los responsables de esos últimos experimentos eran el profesor Schumann y el doctor Döring. Con frecuencia las sesiones de radiación eran seguidas por la extirpación de uno o los dos testículos del prisionero.

Todos esos hechos fueron confirmados por las declaraciones prestadas por los ex prisioneros Judita Klein, Klara Ausen, Minna Gerbman, Nona Sonders, Yakov Skurnik, David Sures y muchos otros sometidos a toda suerte de experimentos por los médicos de Auschwitz.

Entre 1941 y 1944 y por orden de Entress, médico jefe del campo, en todos los hospitales del campo se practicó el asesinato de prisioneros mediante inyecciones de fenol en el corazón. El doctor Döring fue responsable de las primeras inyecciones; después, esa práctica fue delegada a los enfermeros. Un antiguo zapatero alemán apellidado Kler se distinguió particularmente en el uso del fenol: unos mil prisioneros murieron por sus inyecciones. Cierto prisionero polaco apellidado Panszik acabó con la vida de unas doce mil personas a las que aplicó inyecciones de fenol. Los propios prisioneros polacos se ocuparon de cobrarle esos asesinatos dándole muerte. El alemán Stessel exterminó a unos diez mil prisioneros con la ayuda de esas inyecciones.

Varios documentos encontrados en las oficinas del campo sirven para corroborar los datos acerca de todos esos inhumanos experimentos a los que fueron sometidos los prisioneros. En un informe emitido por el Departamento de Cirugía del hospital del campo que cubre las actividades realizadas en el trimestre octubre-diciembre de 1943 consta que los cirujanos adscritos a esa

dependencia practicaron ochenta y siete amputaciones de testículos, cinco esterilizaciones y cinco extirpaciones de ovarios. En el telegrama N.° 2678 del 28 de abril de 1943 el *Obersturmführer* SS coronel Sommer ordena a la comandancia del campo formar un grupo de ciento veintiocho mujeres y designarlas en los registros como «Prisioneras para experimentos». Un documento de la comandancia del campo archivado con el título de «Informe estadístico sobre el número y la función de las prisioneras del campo según categorías» y rubricado con la firma del subcomandante del campo Sell contiene una columna dedicada a registrar el número de «mujeres sometidas a experimentos»: a fecha del 15 de mayo de 1944 sumaban cuatrocientas; a fecha del 5 de junio de 1944 sumaban 413; a fecha del 19 de junio sumaban 348; a fecha del 30 de julio de 1944 sumaban 349 y así sucesivamente.

Los médicos alemanes tuvieron un papel predominante en las llamadas «selecciones», es decir, en el proceso de seleccionar qué prisioneros irían directamente a las cámaras de gas y los hornos crematorios. Las «selecciones» tenían lugar en diferentes puntos del campo: junto a los crematorios, en los hospitales, en los barracones. Todo aquel que tuviera una apariencia famélica, estuviera enfermo o quedara incapacitado para el trabajo era enviado a las cámaras de gas por los médicos alemanes. Los doctores alemanes Wirtz, Mengele, Rohde, Fischer, Thilo, Kitt, König y Klein, entre muchos otros, solían dedicarse a esos menesteres.

Por orden de Wirtz, jefe del Cuerpo médico del complejo de Auschwitz, los brotes epidémicos de tifus eran enfrentados con el exterminio de los barracones enteros donde se había detectado algún enfermo.

La Comisión de medicina legal estableció que los médicos alemanes destinados en Auschwitz realizaron los siguientes experimentos sobre personas vivas:

1. Biopsias del cuello de útero o histerectomías totales.
2. La utilización de diversos compuestos para optimizar los resultados de las radiografías del útero y las trompas de Falopio. Los mencionados compuestos eran introducidos bajo presión en la cavidad uterina por medio de instrumentos especiales. Ello infligía

horribles dolores a las víctimas de los experimentos.

3. La esterilización de mujeres por medio de radiaciones de la zona pélvica y la posterior extirpación del útero y los ovarios. Las víctimas de esos experimentos solían ser mujeres jóvenes.
4. Estudio de los efectos de diversos preparados químicos a requerimiento de empresas alemanas. Según el testimonio del doctor alemán Erwin Walentin, en una ocasión el ginecólogo Klauberg,[132] de Königshütte, y el químico Gebel, actuando en representación de la industria química alemana, compraron ciento cincuenta mujeres a la administración del campo para someterlas a estudios de ese tipo.
5. Ensayos de esterilización masculina por medio de radiación.
6. Experimentos realizados sobre prisioneros de género masculino consistentes en la aplicación de sustancias químicas corrosivas en la piel de las piernas para generar úlceras y tumores.
7. Otros experimentos, como la inoculación de la malaria, la inseminación artificial, *etc.*

Muchas de esas prácticas concluían con la rápida y dolorosa muerte de los prisioneros sometidos a ellas. En todos los casos, los prisioneros eran asesinados e incinerados tras concluir las pruebas a que eran sometidos. Con ello los alemanes buscaban eliminar a cualquier testigo de las horrorosas prácticas que ejercían.

El ex prisionero Samuil Abramóvich Stern, de Bucarest, quien fue interrogado en calidad de testigo, aportó el siguiente testimonio: «… Trabajé como ayudante de cirujano en Auschwitz. Siguiendo órdenes del *Oberfeldwebel* Kaschub, aplicaba inyecciones y sometía a otras prácticas a los prisioneros. Me consta que muchos prisioneros recibían inyecciones subcutáneas de queroseno en las piernas… Una segunda línea de experimentos consistía en producir irritaciones de la piel por medio de la acción de productos químicos. Para ello se utilizaba una solución compuesta de un 80% de acetato de aluminio. A los prisioneros sometidos a esa práctica les retiraban la capa de piel expuesta a la solución para examinarla en un

laboratorio. A aquellos que presentaban una irritación más avanzada les retiraban una capa más profunda de piel y tejidos. Kaschub también experimentaba inoculando el virus de la malaria e incluso haciendo transfusiones de sangre de enfermos de malaria a prisioneros sanos».

M. Baligura, prisionero que fue víctima de tales experimentos ha dejado el siguiente testimonio: «… Unos días después de llegar a Birkenau, calculo que en los primeros días de diciembre de 1942, todos los hombres de edades comprendidas entre los dieciocho y los treinta años fuimos esterilizados por medio de la exposición de escroto a rayos X. Once meses después de haber sido esterilizado —concretamente, el 1 de noviembre de 1943— fui castrado… Otras doscientas personas fueron esterilizadas el mismo día que lo hicieron conmigo…».

El testigo David Sures, de Salónica, Grecia, ofreció el siguiente testimonio: «… En julio de 1943, poco más o menos, fui incluido en una lista junto a otros diez griegos: nos enviaban a Birkenau. Allí nos desnudaron y nos esterilizaron sometiéndonos a radiaciones. Un mes más tarde nos llevaron a todos a uno de los principales pabellones del campo y nos castraron».

La ex reclusa M. Hauser (residente en Cité Milton, 9, París) declaró lo siguiente: «… Nos ubicaron en el Bloque N.° 10 de Auschwitz. No sabíamos por qué nos llevaban precisamente allí: en ese bloque radicaba una sección del hospital del campo y todas nosotras éramos mujeres completamente sanas. Lo primero que me hicieron fue extraerme una jeringuilla de sangre. Yo no tenía la menor idea de por qué lo hacían. A finales de agosto de 1943 me condujeron al quirófano, me anestesiaron y me sometieron a una operación de mis órganos reproductivos. El doctor Samuel se encargó de la operación, aunque fue supervisado de cerca por el médico alemán Wirtz. La operación me dejó postrada durante diez meses en el mencionado bloque. Una de las mujeres esterilizadas fue una judía griega llamada Bella. No conozco su apellido. Después de someterla a las sesiones de radiación le abrieron el abdomen. Bella superó la operación y su herida sanó. Un día se apareció el doctor Schumann en el Bloque N.° 10 y decidió trasladar a Bella al Bloque N.° 28 para practicarle una segunda incisión en el vientre. Vi con mis propios ojos la cicatriz que le dejó ese segundo corte. Bella

murió pocos días después de la “operación”».

EN AUSCHWITZ LOS VERDUGOS ALEMANES ASESINABAN A CIUDADANOS DE TODA EUROPA

Las pruebas recopiladas por los investigadores demuestran que cada día llegaban a Auschwitz entre tres y cinco convoyes ferroviarios cuyos pasajeros estaban condenados al exterminio. Cada uno de esos trenes cargaba entre mil quinientos y trescientos pasajeros. Los condenados llegaban desde todos los rincones de Europa. La Comisión encargada de entrevistar a los 2819 prisioneros de Auschwitz liberados por el Ejército Rojo procesó a 745 polacos, 542 húngaros, 346 franceses, 315 checoslovacos, 190 ciudadanos de la URSS, 59 holandeses, 143 yugoslavos, 91 italianos, 76 griegos, 52 rumanos, 41 belgas, *etc.*

Los alemanes seleccionaban entre doscientas y quinientas personas de cada convoy que arribaba al campo. Elegían a quienes parecían más aptos para trabajar. El resto de recién llegados eran enviados directamente a las cámaras de gas y los crematorios de Auschwitz y Birkenau.

Stanek Fransisczek, quien se desempeñaba como operador de tráfico en la estación de ferrocarriles de Oswiecim, declaró que «… en 1942, 1943 y 1944 llegaban convoyes cargados de prisioneros desde Checoslovaquia, Bélgica, Francia, Holanda, Noruega, Grecia, Polonia y otros países».

Otro testigo, Eduard DeWind, declaró: «… Tras la ocupación, los alemanes procedieron a purgar todo el aparato estatal, las instituciones y los centros académicos de Holanda. Tres profesores ayudantes de la universidad fuimos expulsados. Me trasladé a Amsterdam. Poco después de haber llegado a esa ciudad apareció el cadáver de un fascista alemán abandonado en una calle. Los alemanes respondieron tomando cuatrocientos prisioneros: yo fui uno de ellos. Fui detenido en plena calle y enviado a este campo».

Yakov Gordon, de Vilnius, declaró: «… Llegué a Auschwitz el 22 de enero de 1943. Éramos 3650 personas en el tren. De ellos tan sólo 265 hombres y unas ochenta mujeres permanecimos en el campo. Los demás fueron conducidos inmediatamente a los crematorios donde los gasearon e incineraron. Entre ellos estaban

mi esposa Matilda, de profesión médico, mi hijo de cuatro años, mi padre de setenta y tres años y mi madre de sesenta y cuatro».

La italiana Emily Dessanti declaró: «… Los alemanes nos sacaron de Italia el 12 de septiembre de 1944 y nos trajeron a Auschwitz. En total fuimos unos quinientos italianos de los que apenas treinta conseguimos sobrevivir. El resto murió en el campo tras padecer severos tormentos».

El testigo David Sures declaró: «… Llegué a Auschwitz el 3 de abril de 1943 en un convoy procedente de Grecia. Éramos más de dos mil quinientas personas, entre las que se encontraban mi madre de cincuenta y tres años, mi hermana y su pequeño hijo. De esas dos mil quinientas personas, unas trescientas fuimos enviadas al campo, mientras las demás, y entre ellas mi madre, mi hermana y su hijo de cinco años, fueron llevadas directamente a los crematorios».

El testigo Georg Kitman declaró: «… Mis padres y yo llegamos a Auschwitz en junio de 1944. Éramos unas tres mil personas entre ancianos, hombres, mujeres y niños. Al apearnos del tren, los ancianos y las mujeres con niños pequeños fueron apartados de los prisioneros sanos y llevados a los crematorios. Mi padre de cincuenta y dos años y mi madre, de cuarenta y ocho, estuvieron entre quienes fueron incinerados ese día. De las tres mil personas que viajaron en nuestro tren, no fuimos más de trescientas cincuenta las que permanecimos en el campo».

La testigo Ziska Speter declaró: «… Llegué a Auschwitz en febrero de 1943. En el convoy, que partió de Francia, viajábamos unas mil cien personas. Doscientos cinco de ellos fueron seleccionados por sus características físicas para trabajar en Auschwitz y tomaron el camino de los barracones. Los otros 895 —ancianos, mujeres y niños— fueron llevados a la cámara de gas y asfixiados hasta la muerte».

La ex prisionera Anna Keppich, húngara nacida en Kluj, declaró: «… Llegué a Auschwitz en junio de 1944 junto a otros tres mil prisioneros húngaros. De ellos, quinientos fueron apartados al llegar al campo debido a sus aptitudes para el trabajo. Los otros dos mil quinientos fueron conducidos a las cámaras de gas para ser exterminados».

El profesor Berthold Epstein, doctor en medicina por la

Universidad de Praga, narró lo siguiente a la Comisión: «… Los prisioneros seleccionados eran llevados a las cámaras de gas donde les daban muerte. Durante meses enteros vimos las filas inmensas de personas que avanzaban hacia el crematorio. En los meses de mayo, junio y julio de 1944 la actividad fue particularmente intensa. En aquellos meses los crematorios trabajaban día y noche, algo que se percibía claramente gracias a las llamas que asomaban por las chimeneas. Con frecuencia nos llegaba el olor a carne, cabellos y uñas quemadas. Aparte de las lenguas de fuego que asomaban por las chimeneas, en las noches veíamos dos gigantescas hogueras ardiendo a lo lejos. También escuchábamos los lamentos incesantes de los condenados y los ladridos de los perros que azuzaban contra ellos. Los infelices condenados que eran conducidos directamente hasta aquellas hogueras debido a la saturación de los crematorios adivinaban enseguida la suerte que les esperaba… Yo sabía que ésa era también la suerte corrida por mis seres queridos, como era consciente de que tampoco yo escaparía a ella. Cada dos semanas aproximadamente, los reclusos eran sometidos a una selección de la que se encargaba el doctor Mengele. Los seleccionados tomaban inmediatamente el camino de los crematorios. Uno de aquellos días se saldó con la muerte de quinientos niños. En los momentos previos a la marcha de aquellos niños se vivieron escenas de veras conmovedoras, pues todos sabíamos adonde los llevaban. Ante nuestras protestas, los SS y sus ayudantes se comportaron con una crueldad extrema… Me separaron de mi mujer en cuanto llegamos a Auschwitz. Ya no volví a verla jamás. Más tarde supe que no había sido aceptada para trabajar en el campo por lo que no me cabe duda de que también ella fue gaseada e incinerada. En marzo de 1944 los SS asesinaron también a mi cuñada junto a sus dos hijos y otra de mis sobrinas, una mujer de treinta y ocho años. Mi hermana corrió la misma suerte en julio de 1944».

AUSCHWITZ: LA PRODUCCIÓN EN SERIE DE LA MUERTE

La investigación sobre los campos de Auschwitz permitió establecer que aparte de los prisioneros destinados a los

experimentos médicos, había otras doscientas mil personas a las que se explotaba como fuerza de trabajo esclava. La crudeza del trabajo llevaba a aquellas personas a un estado de depauperación tal que acababan siendo exterminados al ser considerados no aptos para continuar realizándolos. Los médicos alemanes practicaban selecciones semanales para enviar a las cámaras de gas a los enfermos y a quienes resultaban incapaces de trabajar. Estas bajas eran suplidas por nuevas incorporaciones seleccionadas entre los contingentes de prisioneros que llegaban a diario al campo. Se trataba de un horrible aunque perfectamente organizado sistema de producción en serie de la muerte: unos morían y otros ocupaban sus puestos hasta que la cruenta explotación a que eran sometidos los sumieran en la extenuación y la enfermedad y les llegara entonces el turno de tomar el camino de las cámaras de gas.

En 1941 los alemanes emprendieron la construcción de una enorme planta para la producción de armas químicas en las inmediaciones de Auschwitz. La planta, de la empresa I. G. Farben-Industrie, se levantaba en paralelo con una fábrica de espoletas y dispositivos de ignición para proyectiles y bombas. La construcción fue encargada inicialmente a Krupp, aunque más tarde se hicieron cargo de los trabajos Union y otras constructoras. Decenas de miles de prisioneros de Auschwitz entre los que había rusos, ucranianos, bielorrusos, polacos, franceses, checos, yugoslavos, griegos, belgas, holandeses e italianos trabajaron en esas obras, en la desecación de los terrenos, en las canteras y en la construcción de las carreteras de servicio para esas instalaciones industriales. Las salvajes condiciones de explotación a que eran sometidos los llevaron a un nivel de depauperación total.

La distancia que separaba los barracones de Auschwitz y el emplazamiento de las obras era de unos siete u ocho kilómetros. Los SS formaban a los prisioneros en columnas de miles de hombres y los llevaban a trabajar bajo la estrecha vigilancia de miríadas de guardias armados de palos y acompañados de furiosos perros. Los hombres trabajaban sometidos al cruel trato de guardias, supervisores y capataces que no paraban de golpearlos por cualquier motivo: a uno lo golpeaban por enderezar un instante la espalda; a otro, por no cargar suficiente tierra en cada paletada; a un tercero, por su lentitud; a un cuarto, porque no llevaba a la

carrera la carretilla cargada de tierra… Los capataces solían decir: «La empresa paga cuatro marcos por tu trabajo, así que tienes que afanarte como si fueras una bestia de carga».

Los trabajadores que se desplomaban exhaustos recibían un tiro en el instante. Los lugares de trabajo eran también lugares de ejecución en masa. Los oficiales estimulaban la comisión de asesinatos en las obras. El *Obersturmbannführer* Liebehenschel ordenó abonar sesenta marcos a los SS por cada prisionero muerto «en intentos de fuga». Estimulados por tan jugosa recompensa, los guardias mataban sin cesar y con total impunidad.

El ex prisionero belga Maurice Stasman narró así los crímenes cometidos contra los prisioneros en sus lugares de trabajo: «En el mes de agosto de 1943 trabajé en la construcción de la fábrica de la empresa I. G. Farben-Industrie. Un día vi cómo los SS traían a un grupo de cuatrocientos prisioneros yugoslavos, griegos, franceses y belgas, los obligaban a bajar a una zanja y comenzaban a cubrirlos de tierra para enterrarlos en vida. Mientras los condenados imploraban clemencia en distintos idiomas, los SS se volvieron hacia nosotros y nos advirtieron: “Más os vale trabajar con más ahínco, si no queréis acabar como éstos”. Dos semanas más tarde fuimos trasladados a otro lugar, donde se nos encargó preparar el terreno para otra de las construcciones del complejo industrial de Auschwitz. El grupo de guardias de las SS encargados de nuestra vigilancia y comandado por cierto Lossman seleccionó a treinta de nosotros, los hicieron bajar a una zanja y los cubrieron de tierra hasta los hombros. Después subieron a sus caballos y pasaron repetidamente al galope sobre la zanja hasta aplastar las cabezas de los treinta infelices».

Los extensos pantanos que rodeaban Auschwitz se convirtieron en la tumba de millares de personas de muchas nacionalidades. Trescientas brigadas de prisioneros —cada una integrada por entre cincuenta y mil doscientos hombres— trabajaron en esa área. Las inhumanas condiciones de trabajo en los pantanos durante todo el año, las salvajes golpizas, las muertes producidas por disparos de los SS y el clima general de violencia hacían que la vida de quienes iban a parar a esas brigadas no superara los dos o tres meses. La gente moría en el propio pantano o era aniquilada más tarde al perder la capacidad para continuar trabajando. Los mataban en las

cámaras de gas o inyectándoles fenol en el corazón.

Yakov Koenig, un ingeniero de caminos húngaro de sesenta años que trabajó en los pantanos como simple peón, declaró: «… Formé parte de una brigada que trabajaba en la desecación de terrenos. Éramos unos cuatrocientos prisioneros en total… Los supervisores, elegidos entre presos comunes alemanes, golpeaban a los trabajadores con porras y palas hasta hacerles perder el conocimiento. Nuestra brigada estaba integrada por hombres y mujeres de todas las edades. Había muchos intelectuales y profesionales liberales: médicos, pedagogos, profesores. Tan sólo entre los yugoslavos había catorce ingenieros trabajando como peones».

El ex prisionero belga Simón Meiselier declaró: «Nuestra brigada, integrado por mil doscientas personas, cada día se llevaban entre cien y doscientos cadáveres de personas que caían doblegadas por la crudeza del trabajo. Durante los tres meses que trabajé allí pude constatar cómo las bajas eran sustituidas inmediatamente por nuevos prisioneros que completaban el número de brazos hasta que también los nuevos caían desplomados».

Los verdugos alemanes mostraban una especial brutalidad en su trato con los prisioneros soviéticos. Estos solían ser exterminados en cuanto llegaban a Auschwitz. Tan sólo a modo de excepción algunos de ellos consiguieron integrar las brigadas de trabajadores.

Esta orden concerniente a los ciudadanos soviéticos apareció en las oficinas del campo:

Oranienburg, 15 de noviembre de 1941

Secreto

Reichsführer SS

Inspector de los campos de concentración

Policía (Auschwitz 14 f 14 L)

Asunto: Ejecución de prisioneros soviéticos

A los comandantes de los campos de concentración

Con copia a: Médicos de los campos; jefes de las direcciones para la atención a prisioneros bajo vigilancia especial

El *Reichsführer* SS y jefe de la policía alemana ha mostrado su conformidad de principio con la postergación de las ejecuciones de prisioneros de guerra rusos enviados a los campos para su

eliminación física (especialmente, los comisarios), si su estado físico los habilita para trabajar en las canteras. Para ello se requiere obtener la autorización del jefe de la Sección de Seguridad y la SD. Es por ello que dispongo: Al arribo de los convoyes con prisioneros destinados a la ejecución, el jefe del campo (E) y el médico principal del mismo procederán a seleccionar a los rusos físicamente sanos y capaces de trabajar en las canteras. Se nos deberá enviar por duplicado una lista con los nombres y apellidos de los rusos así seleccionados. En dicha lista ha de constar la confirmación médica de la idoneidad de los seleccionados para el trabajo.

Tras la obtención del visto bueno por parte del jefe de la Sección de Seguridad y la SD, desde estas dependencias se emitirá una orden que dispondrá el envío a las canteras de todos los prisioneros rusos incluidos en la lista.

Firmado:

Brigadenführer y General Mayor, Glüks

Esa orden sirvió para que los prisioneros de guerra soviéticos fueran designados para desempeñar los trabajos más pesados y agotadores. También para que el rato que les dispensaran los SS y los capataces fuera el más cruel e inhumano que pueda imaginarse.

Marian Gandzlik, residente de la ciudad de Oświęcim declaró: «… En el invierno de 1941, soportando temperaturas de hasta treinta y tres grados bajo cero, se veía cómo llevaban a los prisioneros de guerra rusos por el camino que separa Auschwitz de la población de Babicz espoleándolos a latigazos y porrazos. Aquello ocurrió sin cesar durante dos semanas: los llevaban como ganado. Muchos iban con la cabeza descubierta, en camisetas, apenas en calzoncillos, con el calzado roto. Cada noche se veían varias carretas cargadas de cadáveres de prisioneros de guerra rusos abandonando Babicz. Encima de los cuerpos de sus camaradas viajaban dos o tres prisioneros cuyos rostros, pies y manos estaban helados. Era evidente cuánto sufrían».

Los nazis requerían de sus subordinados más y más asesinatos cada vez. El 14 de febrero de 1944 el comandante de la guarnición de Auschwitz, el *Obersturmführer* Liebehenschel, dictó la siguiente

orden: «Tras prolongadas observaciones he conseguido establecer que, con la excepción de las fábricas destinadas a la producción con fines bélicos, en todo el resto de objetivos trabaja un número excesivo de prisioneros cuya fuerza de trabajo resulta superflua. Holgazanean y punto… Sabemos que el aumento de la productividad del trabajo de los prisioneros requiere de una mayor vigilancia por parte de los oficiales de las SS de menor rango, pero también somos conscientes de que carecemos de esos efectivos adicionales pues se encuentran en el frente de batalla o prestan servicio en otros destinos de mayor relevancia. Tenemos que apañárnoslas con lo que tenemos… Y por lo tanto, se requiere de la mayor diligencia y de que, como confío suceda, cada uno dé lo máximo de sí…».

Esa orden fue la responsable de que cada noche se viera andar en procesión hacia los barracones a penosas columnas llegadas de todos los confines de los campos de Auschwitz —desde las fábricas, los pantanos o las canteras. Las integraban prisioneros atormentados y ensangrentados que cargaban en improvisadas parihuelas los cadáveres de sus camaradas, mientras los vigilaban guardias y hombres de las SS acompañados de numerosos y fieros perros. Cada noche, cuando llegaba la hora del recuento vespertino y los supervisores informaban a sus jefes del debido cumplimiento de la orden de Liebehenschel, los prisioneros formaban una fila y delante de ellos los cadáveres de sus camaradas formaban otra. Los responsables del campo elogiaban a los supervisores que traían un mayor número de cadáveres. La ocasión se aprovechaba para golpear a los prisioneros que hubieran cometido alguna falta durante la jornada.

A las terribles condiciones de trabajo se sumaban las no menos horribles condiciones de los barracones. Concebidos para alojar entre cuatrocientos y quinientos hombres los alemanes mantenían hacinadas a unas mil o mil quinientas personas. El hambre, las enfermedades, los tormentos físicos y la falta de higiene respondían a un plan minuciosamente elaborado que perseguía el veloz exterminio de los prisioneros.

Tras examinar a los 2819 internos de Auschwitz que fueron salvados por la llegada del Ejército Rojo, la Comisión de medicina legal estableció que 2189 de ellos, es decir, el 91%, padecían de

severa inanición. Por añadidura, 223 de ellos estaban enfermos de tuberculosis. Los peritos pudieron establecer también que los alemanes sometían a tormentos a los prisioneros, lo que resultaba en la presencia de numerosas fracturas de costillas, huesos de las extremidades, vértebras, huesos maxilofaciales y diversas heridas, ulceraciones y miembros gangrenosos entre las personas examinadas por los miembros de la Comisión. Muchas de las personas liberadas padecen también de severas enfermedades nerviosas y psicológicas.

La Comisión de medicina legal practicó autopsias a 526 cadáveres de prisioneros encontrados en diversos puntos de los campos. Las autopsias permitieron establecer que 474 de las muertes (el 88,3%) se produjeron por inanición.

ASESINOS DE NIÑOS

Los criminales nazis exterminaron en Auschwitz a varios centenares de niños que comprendían desde recién nacidos hasta chicos y chicas de dieciséis años. Por regla general, los niños que llegaban al campo eran enviados inmediatamente a las cámaras de gas. Apenas un pequeño número de adolescentes sanos eran dejados con vida y enrolados en brigadas de trabajadores.

La investigación permitió establecer que niños entre los ocho y los dieciséis años eran sometidos a la terrible crudeza de los trabajos forzados en iguales condiciones que los adultos. La realización de trabajos que superaban sus fuerzas, los tormentos y las permanentes golpizas conducían muy pronto a los niños a un estado de postración que servía de antesala a la muerte.

El ex prisionero Yakov Gordon, médico de Vilnius, declaró: «A principios de 1943 los alemanes seleccionaron a 164 chicos de Birkenau y los condujeron al hospital. Allí los asesinaron a todos por medio de inyecciones de ácido fénico».

La ex prisionera Bakasch Weldtraut, de Dusseldorf (Alemania), declaró: «En 1943 trabajé en la instalación de una cerca junto al Crematorio V y alcancé a ver cómo los alemanes arrojaban a las llamas a niños todavía vivos».

Veamos ahora lo que cuentan de las atrocidades a las que fueron sometidos por las bestias fascistas los propios niños salvados por el

Ejército Rojo.

Sami Mudianov, un niño italiano nacido en 1930 en la ciudad de Rod: «Nos obligaban a trabajar en brigadas de quince a veinte niños. Nos obligaban a empujar carritos llenos de cualquier cosa, aunque generalmente se trataba de llevar cadáveres hasta un bloque especial donde los almacenaban antes de llevarlos a los crematorios. La jornada comenzaba a las cuatro de la mañana y duraba hasta la caída de la noche. Un día de finales de octubre de 1944 nos impusieron un "castigo" por la suciedad que teníamos en el barracón. Nos hicieron formar a los ciento cincuenta niños del barracón y nos llevaron hasta los baños, donde nos obligaron a desnudarnos, nos arrojaron agua fría y nos condujeron, mojados y completamente desnudos, de vuelta al barracón. Muchos de los niños enfermaron aquella noche».

Andrasz Lerinciakos, un niño húngaro de nueve años nacido en la ciudad de Klez, declaró: «… Nos metieron en el Bloque N.° 22. Nos pegaban constantemente, sobre todo las alemanas. A palo limpio. El doctor Mengele me sacó sangre muchas veces… En noviembre de 1944 nos llevaron a todos los niños al campo "A", el "Campo de los gitanos". Pero cuando hicieron el recuento resultó que faltaba uno de nosotros. Entonces Brandem, la alemana que estaba a cargo del campo donde tenían a las mujeres, y su ayudante Mandel nos echaron a todos a la calle y nos tuvieron de pie bajo un frío horrible desde la una de la mañana hasta el mediodía».

Los niños nacidos en Auschwitz eran arrancados a sus madres para ser asesinados. Cuando se detectaba a alguna mujer embarazada entre las recién llegadas al campo, la llevaban inmediatamente a un barracón especial donde la obligaban a abortar. En caso de que mostraran la menor resistencia, las mujeres eran conducidas a las cámaras de gas.

La ex prisionera Sofía Isaákovna Flyaks, de Cracovia, declaró: «Muchas de las mujeres que arribaron a Auschwitz en agosto de 1944 lo hicieron acompañadas de niños de entre cinco y doce años de edad. Todas esas criaturas fueron a parar a los crematorios junto a sus madres. Yo llegué al campo embarazada de siete meses. Cuando el doctor König se percató de mi embarazo, ordenó llevarme al barracón V-3, en Birkenau. Allí había otras sesenta y cinco mujeres en mi situación. Tres días más tarde me practicaron

una inyección en la zona pélvica para provocarme un parto prematuro. La operación se repitió durante cuatro días hasta que al quinto día di a luz a una criatura que me quitaron inmediatamente. En el tiempo que permanecí en aquel barracón presencié otros catorce casos similares. Tanto los recién nacidos como los prematuros eran sacados inmediatamente del bloque sin que supiéramos adonde los llevaban».

Entre los prisioneros liberados de Auschwitz que fueron examinados por los peritos de la Comisión de medicina legal hubo ciento ochenta niños. De ellos cincuenta y dos tienen menos de ocho años y ciento veintiocho están en edades comprendidas entre los ocho y los quince años. Todos esos niños arribaron al campo durante el segundo semestre de 1944, de manera que pasaron allí entre tres y seis meses. Los ciento ochenta niños fueron sometidos a exámenes médicos que mostraron que setenta y dos de ellos padecían tuberculosis pulmonar o glandular, cuarenta y nueve padecían distrofia alimentaria (inanición aguda), treinta y uno habían sufrido la congelación de alguna extremidad, *etc.*

EL EXTERMINIO DE LOS REPRESENTANTES DE LA CULTURA

Los alemanes exterminaron en Auschwitz a decenas de miles de científicos y representantes de la cultura.

André Foudri, oriundo de Samot Dipuenne, contó a los miembros de la Comisión lo siguiente: «La mayoría de los seiscientos franceses que llegaron conmigo al campo habían muerto a los pocos meses. Entre ellos estaban el economista Emile Boreau, el profesor de liceo Jean Compienne, el diputado regional Filippo Leaudi Garon, el burgomaestre Lebigus Wilwife, los pedagogos Godeau y Brus, el ingeniero y arquitecto Moline, entre otros».

El profesor de la Universidad de Clermont-Ferrand Henri Limousin informó: «En noviembre de 1944 fui transferido a Auschwitz desde el campo de Dachau, por mi formación de patólogo. Aquí pasé alrededor de un mes en el bloque donde mantenían a los enfermos en cuarentena. Mis ocupaciones consistían en lavar suelos y excusados, además de llevar la comida a los internos retenidos en la prisión».

En Auschwitz murieron asesinados el célebre economista holandés Freída; el doctor Lavoslav, el ingeniero Kimar y el ingeniero Endoklian —yugoslavos los tres—; el ingeniero polaco Wisnewski; el farmacéutico Teichert —de Varsovia—; los profesores polacos Geszczikewicz y Riubarski; tres profesores checoslovacos: Otto Sitik, neuropatólogo; Leo Tausik, psiquiatra, y Jan Levit, cirujano; el célebre abogado de Viena Kraus; el médico y general del ejército francés Job; y otros muchos… Todos ellos fueron sometidos a indecibles tormentos antes de acabar entrando a las cámaras de gas.

La Comisión Estatal Extraordinaria recibió el texto de un «Llamamiento a opinión pública internacional» redactado en tres idiomas —alemán, húngaro y francés— y firmado por vientisiete ex prisioneros de Auschwitz, entre los que se cuentan profesores, médicos, ingenieros, abogados, estudiantes y otros representantes de la comunidad intelectual de diversos países. Éstas son las palabras que abren el «Llamamiento»: «Quienes suscribimos el presente documento, todos liberados de la cruel persecución nazi por el gran Ejército Rojo, acusamos ante la comunidad internacional al gobierno alemán regido por Adolf Hitler de haber perpetrado los más grandes asesinatos en masa, los actos más salvajes y la más atroz reducción a la esclavitud en nombre de Alemania que conoce la historia de la Humanidad».

El «Llamamiento» concluye con las siguientes palabras: «Nos dirigimos a la opinión pública internacional con el ruego de que se trabaje para esclarecer la suerte que corrieron millones de personas desaparecidas de todas las nacionalidades y por la liberación de otras tantas personas de todos los pueblos que aún sufren prisión en la Alemania nazi. Quienes suscribimos nos salvamos de milagro cuando los alemanes se vieron obligados a retirarse de Auschwitz. Pero por mucho que los alemanes se retiraran en una estampida dominada por el pánico, consiguieron llevarse consigo a cerca de cincuenta y ocho mil prisioneros de Auschwitz y sus filiales. Todas esas personas hambrientas y extenuadas fueron obligadas a emprender una larga marcha a pie que es poco probable que muchos consiguieran culminar con vida… Suponemos que a medida que el frente de batalla penetre más profundamente en Alemania ese mismo será el destino que esperará a tantos seres humanos que

aún se encuentran en poder de los sanguinarios nazis. Quienes rubricamos este "Llamamiento" nos dirigimos a la opinión pública internacional de los países en guerra con Alemania o neutrales y a sus gobiernos y les rogamos que en un gesto de humanidad impidan a toda costa que los monstruosos crímenes cometidos por los nazis no se repitan en el futuro y que la sangre de millones de víctimas inocentes no haya sido derramada en vano.

«Pedimos, y lo piden con nosotros otros diez mil prisioneros de todas las nacionalidades salvados de la muerte, que los crímenes y las atroces salvajadas perpetradas por los nazis no queden impunes.

»Los ex prisioneros que debemos la vida al valiente Ejército Rojo pedimos a la opinión pública mundial y a todos los gobiernos que tomen en cuenta esa realidad y expresen a dicho ejército nuestro agradecimiento».

LOS SAQUEOS PERPETRADOS POR LOS NAZIS

El comportamiento de los nazis en Auschwitz mostró que no eran sólo sanguinarios asesinos de gente inocente. También se los vio comportarse como codiciosos buitres que se aprovechaban de sus víctimas. Millones de seres humanos traídos a Auschwitz fueron sometidos desde su arribo al campo al más descarado saqueo de sus bienes. Todos sus bienes —las maletas, los abrigos, la ropa de cama y hasta su ropa interior y sus zapatos— eran incautados por los SS, llevados a barracones especialmente concebidos para su colección y, por fin, enviados a Alemania. Los pocos que resultaban aptos para trabajar y eran seleccionados para realizar trabajos forzados veían cómo sus ropas eran cambiadas por rayados uniformes de presos.

Auschwitz contaba con treinta y cinco almacenes especiales destinados a la selección y embalaje de los objetos y la ropa de las personas exterminadas. Antes de retirarse empujados por el avance del Ejército Rojo, los alemanes prendieron fuego a veintinueve de ellos. En los restantes seis almacenes se inventariaron los siguientes bienes:

1. Ropa masculina de abrigo y ropa interior masculina: 348 820 piezas.
2. Ropa femenina de abrigo y ropa interior femenina:

836 255 piezas.

3. Calzado femenino: 5525 pares.
4. Calzado masculino: 38 000 pares.
5. Alfombras: 13 964 unidades.

El almacén guardaba también un gran número de objetos de uso cotidiano: cepillos de dientes, brochas de afeitar, gafas, un gran número de dentaduras postizas, múltiples piezas de vajilla. También se encontró un gran número de ropa infantil: camisas, camisetas, pantaloncitos, abrigos, gorritos. Las manos llenas de sangre de los infanticidas nazis inventariaban con todo celo los objetos de los niños que habían asesinados y los enviaban a Alemania.

El detenido examen a que la Comisión sometió los objetos encontrados en los almacenes permitió establecer que todos ellos habían pertenecido a víctimas de diversas nacionalidades. En las ropas, los zapatos y otros objetos se encontraron etiquetas de marcas comerciales de Francia, Bélgica, Hungría, Holanda, Yugoslavia, Checoslovaquia y otros países. Las maletas conservaban pegatinas de hoteles ubicados en muchas ciudades europeas.

La Comisión descubrió siete vagones cargados de ropa ya listos para partir hacia Alemania. Los documentos encontrados en la administración del campo y firmados por el *Oberscharführer* SS Reichenbach permiten establecer que en apenas cuarenta y siete días —a saber, entre el 1 de diciembre de 1944 y el 15 de enero de 1945—, se procesaron para su envío a Alemania las siguientes cantidades de objetos:

1. Ropa infantil, incluida ropa interior: 99 922 piezas.
2. Ropa femenina, incluida ropa interior: 192 652 piezas.
3. Ropa masculina, incluida ropa interior: 222 269 piezas.

Total: 514 843 piezas.

El 7 de marzo de 1945 la Comisión encontró 293 fardos de cabellos femeninos en la peletería del campo de Auschwitz con un peso total de siete mil kilogramos. La Comisión de expertos calculó que los cabellos procedían del corte realizado a unas ciento cuarenta mil mujeres.

LOS CRIMINALES NAZIS ASESINARON A MÁS DE CUATRO MILLONES DE PERSONAS EN AUSCHWITZ

Antes de retirarse de Auschwitz, los alemanes borraron minuciosamente las huellas de los monstruosos crímenes cometidos en el campo. En concreto, destruyeron los documentos capaces de mostrar al mundo el número exacto de personas asesinados en el perímetro del campo. No obstante, la poderosa maquinaria dedicada a la muerte, los testimonios de algunos sobrevivientes de Auschwitz liberados por el Ejército Rojo, la información proporcionada por doscientos testigos entrevistados, algunos pocos documentos que escaparon a la quema y otras pruebas materiales permiten establecer que los verdugos alemanes exterminaron, asfixiaron e incineraron en Auschwitz a varios millones de personas.

Tomando en consideración que los alemanes utilizaban hogueras para la incineración de cadáveres, la capacidad general de la maquinaria asesina de Auschwitz debe ser considerada mucho mayor de lo que permiten imaginar los crematorios.

Con todo, si se aplican coeficientes que tengan en consideración que los hornos crematorios no siempre trabajaban a máximo rendimiento y que recesaban en ocasiones para trabajos de mantenimiento, la Comisión técnica calculó que durante el período de funcionamiento de Auschwitz los verdugos alemanes exterminaron a unos cuatro millones de ciudadanos de la URSS, Polonia, Francia, Yugoslavia, Checoslovaquia, Rumania, Hungría, Bulgaria, Holanda y Hungría, entre otros.

LLAMAMIENTO A CASTIGAR SEVERAMENTE A LOS FASCISTAS ALEMANES

Los monstruosos crímenes perpetrados por los alemanes en los campos de concentración de Auschwitz fueron cometidos por orden del gobierno de Hitler y bajo la supervisión del *Reichsführer* de las SS y la policía Himmler. Los ejecutores directos de las atrocidades fueron el jefe de los campos de concentración, Teniente General de las SS y la policía Glücks; el jefe de la Dirección Sanitaria Principal de los campos de concentración, General de las SS y la policía Pohl; el jefe de la construcción de los campos de concentración, Mayor-

General de las SS Kammler; el representante de la empresa Topf e Hijos, el Ingeniero jefe Prüfer. También los jefes de los campos de concentración: el *Obersturmführer* Polliachek; los *Sturmbannführer* Hess, Baer y Schwartz; los comandantes de los campos: el *Obersturmbannführer* Liebehenschel (quien también se desempeñaba como comandante de la guarnición), el *Sturmbannführer* Kraus, el *Hauptsturmführer* Aumier, los *Obersturmführer* Hoffmann, Hössler, Jostan y Schwarzhuber; los responsables de los crematorios de Auschwitz: el *Oberscharführer* Molí, el *Oberscharführer* Boger, el *Unterscharführer* Scheter, el *Rotenführer* Schultz; el jefe de las brigadas de trabajo *Obersturmführer* Sell; el jefe de la Oficina de construcción *Sturmbannführer* Bischof; el *Unterscharführer* Schumacher; el *Oberscharführer* Klermann; el *Unterscharführer* Lachmann; el *Oberscharführer* Emerich; el *Unterscharführer* Stibitz; el *Oberscharführer* Khartwik; el *Unterscharführer* Kaduk, el *Oberscharführer* Palitsch, el *Obersturmführer* Sommer; los médicos del campo: el jefe del Departamento de experimentos médicos doctor Schmidt, el *Obersturmführer* doctor Mengele, el *Untersturmführer* doctor König, el *Rotenführer* Rodé, el *Obersturmführer* doctor Fischer, el *Obersturmführer* doctor Klein, el doctor Dering, el *Hauptsturmführer* doctor Wirtz, el *Obersturmführer* doctor Tillo, el *Sturmbannführer* doctor Klauberg, el profesor Schumann, el doctor Baber, el *Oberfeldwebel* Emil Kaschub, el *Obersturmführer* Entress, el *Hauptsturmführer* doctor Geotmermann, el *Hauptsturmführer* doctor Kitt, el *Hauptsturmführer* doctor Hortsmann y el *Hauptsturmführer* doctor Kraus.

Todos ellos, como todos los demás alemanes que tomaron parte en las ejecuciones y los tormentos infligidos a los prisioneros de Auschwitz deben comparecer ante el tribunal de los pueblos y recibir el duro castigo que merecen.

Una joven de Auschwitz (N.° 74.233)

El 16 de agosto de 1943 los alemanes liquidaron definitivamente el gueto de Bialystok. Todos los judíos que habían conseguido llegar con vida hasta entonces fueron reunidos y llevados a la prisión de Grodno. Pasamos dos días allí y después seguimos camino. Éramos unas ochenta personas por vehículo. Mi padre murió por el camino y tanto yo como mis seres queridos nos bebimos las dosis de morfina que yo había preparado con antelación. Mi hermano le dio a su hijo de trece meses la dosis apropiada de un sedante llamado Laminal. Con todo, el traqueteo de los camiones impidió que la morfina nos hiciera efecto, de manera que todos llegamos con vida a la cárcel de Lomza. Todos, excepto mi pequeño sobrino. *Llegué en un estado terrible, porque la muerte de aquella criatura pesaba sobre mi consciencia. Los ojos de mi madre y mi hermano parecían decirme: «¡Tú lo mataste!». Ahora, cuando ya he salido del infierno creado por los fascistas, sé que el niño habría muerto en cuanto llegara a Auschwitz.*

Nos mantuvieron tres meses en la cárcel de Lomza. El 18 de noviembre de 1943 nos sacaron al patio de repente y fueron anotando el nombre y la profesión de cada prisionero. Después nos llevaron a la estación de trenes.

La primera etapa del viaje nos llevó hasta Danzig. Allí nos hicieron apearnos del tren en medio de un bosque donde nos esperaban los SS. Había reflectores iluminando el sendero que conducía hasta el campo de concentración. A gritos nos ordenaban avanzar. Los hombres y las mujeres formaban dos grupos distintos. Ya dentro del territorio del campo nos dejaron en manos de una «*kapo*». A medida que avanzaba hacia el barracón percibí un intenso olor a azufre. Comprendí que estábamos acabados. Sin embargo, me embargaba un sentimiento de indiferencia. La amenaza de muerte llevaba demasiado tiempo pendiendo sobre nosotros, de manera que sólo tuve un deseo: «¡Que todo acabe deprisa!». A la mañana siguiente nos condujeron a los baños. Allí nos ordenaron cambiar nuestras ropas por el uniforme del campo, nos asignaron un número

y nos devolvieron al barracón. Nos daban pan dos veces al día. Algunos comenzaron a abrigar la esperanza de que nos permitieran vivir. Conviene recordar que por aquel entonces en el campo de Stutthof no quemaban a los internos. Más tarde, cuando ya me encontraba en Auschwitz, supe por una prisionera que llegó de Stutthof seis meses después de mi paso por ese campo, que también allá estaban incinerando a la gente en vida.

Pronto corrieron rumores de que los alemanes se disponían a trasladarnos a otro campo y que con toda probabilidad terminaríamos en Auschwitz. Volvimos a vivir días difíciles.

El 10 de enero de 1944 nos subieron a unos pequeños vagones descubiertos en los que viajamos durante tres horas hasta una estación de trenes. Me pasé todo el trayecto escrutando los rostros de los hombres, en busca de mi hermano. Ya en la estación, nos subieron a vagones de pasajeros. Llegamos a Auschwitz el día 12 de enero.

Cuando el convoy avanzó hacia la entrada al campo de Auschwitz vimos a mucha gente trabajando alrededor de las vías. *[La visión de aquellos trabajadores nos devolvió el ánimo: por lo visto, no se trataba de un campo de exterminio, sino de un lugar donde la gente vivía. Naturalmente, entonces aún desconocíamos que los alemanes empleaban a los prisioneros en los trabajos más extenuantes y les creaban condiciones de vida insoportables con el fin de que murieran rápidamente.]* Eché una última mirada a mi hermano cuando nos apeábamos del tren. Ya se lo llevaban junto a los demás hombres. Tras andar durante una hora llegamos por fin ante las puertas de Auschwitz. La enormidad de aquella área enorme subdividida en numerosas parcelas por cercas de alambre generaba la impresión de que nos hallábamos ante una ciudad. *Unas jóvenes pasaron cantando a nuestro lado y nuevamente se apoderó de nosotras la esperanza de que los rumores que corrían sobre Auschwitz fueran una exageración. ¿Acaso podía ser compatible un campo de exterminio con aquellas voces que entonaban una canción?*

Había una caseta de madera junto a las puertas del campo. Parecía una suerte de oficina. Allí nos sometieron a un recuento antes de que las puertas se cerraran tras nuestras espaldas. Antes de que se cerraran para siempre. De allí nos condujeron a un barracón a pasar la noche. No había literas ni sillas. Tuvimos que tumbarnos

sobre el suelo desnudo. Esa noche vinieron al barracón el comandante del campo Hössler y su mano derecha Tauber. Nos ordenaron formar de cinco en cinco, nos examinaron detalladamente y nos preguntaron nuestras respectivas profesiones. Algunas de las profesiones, incluida la mía, fueron anotadas. Al día siguiente volvimos a recibir la visita del principal verdugo del campo: Tauber. Vino acompañado de unas jóvenes prisioneras que llevaban algún tiempo en el campo, quienes nos tatuaron números en la mano izquierda. Ya no éramos seres humanos: ahora nos habíamos convertido en meros números. Ya en la noche nos condujeron a los baños —«la sauna»—, donde nos hicieron desnudarnos y nos mostraron el camino de las duchas. Antes nos cortaron el cabello al cero. Tan sólo aquellas que habían visto a Hössler anotar sus profesiones se mostraban felices. *¡Todas las demás tenían un aspecto horrible.]* Muchas lloraban por haber perdido sus cabellos. Una de las empleadas del campo señaló una hoguera cuyas llamas se alzaban a lo lejos y dijo: «¿Queréis que os diga una cosa? También vosotras acabaréis allí, donde no necesitaréis ni los cabellos ni la ropa que habéis perdido».

Después de tomar el baño, nos devolvieron la ropa, igualmente sucia, y nos proveyeron de zapatos de madera. En la ropa nos pintaron rayas de color rojo a todo lo largo y cosieron números. Después nos enviaron a las oficinas —la *Schreibstube*— ubicadas junto a los baños. Allí añadieron un nombre —«Sarah»— a las fichas que correspondían a cada una de nosotras. Manifesté que no comprendía a qué venía aquello si aquel no era mi nombre, pero la encargada del registro me dijo en tono de burla que Hitler lo prefería así.

Seguidamente nos hicieron formar nuevamente de cinco en fondo y nos condujeron al denominado Bloque de cuarentena. El bloque estaba dividido en *«Stuben»* —cámaras— y había una jefa que velaba por el orden de cada *Stube*. Dormíamos en literas —cinco o seis mujeres en estrechos espacios. Cuando señalábamos las literas vacías y pedíamos que nos trasladaran nos respondían con golpes e imprecaciones. El toque de diana sonaba a las cuatro de la madrugada. Entonces nos llevaban a las cocinas a beber un jarro de té y volvíamos al barracón para el recuento. Los recuentos se llamaban *«Appel»* y tenían lugar dos veces al día: el primero por la

mañana y el segundo en la noche, cuando volvíamos del trabajo. Cada recuento podía prolongarse durante dos o tres horas, con independencia de que lloviera, nevara o helara. Nos obligaban a permanecer de pie, absolutamente inmóviles, heladas y exhaustas. Quienes enfermaban por culpa de ello eran sacadas del bloque y desaparecían para siempre.

El 18 de enero escuchamos de repente el sonido de los silbatos y los gritos: «*Blocksperre*!». Prohibido salir de los barracones, pues. Apenas habían transcurrido seis días desde nuestra llegada a Auschwitz. Nadie nos había explicado de qué se trataba aquello, pero los rostros de nuestras supervisoras no dejaban lugar a dudas: nada bueno nos esperaba. Nos mandaron a formar, hicieron el recuento y nos condujeron a la «sauna». Allí nos ordenaron sacarnos toda la ropa y nos hicieron desfilar ante Hössler y un médico. Estos anotaron los nombres de algunas, el de mi madre entre ellos. Cuando volvimos al barracón supimos que aquel espectáculo no era más que una «selección». Y que era la más terrible de todas las palabras que contenía la jerga del campo, porque significaba que quienes aún estaban vivos habían sido marcados para ser incinerados. ¿Alguien alcanza a imaginar los sentimientos que se apoderaron de mí? Sabía que iba a perder a mi madre y que no podía hacer nada por evitarlo. Ella intentó consolarme asegurándome que ella ya había vivido lo suyo y que apenas le dolía lo que pudiera pasarnos a nosotros, sus hijos. Bien sabía que correríamos su misma suerte. Después de la selección, las condenadas permanecieron en el mismo bloque que nosotras dos días más. Les daban de comer idénticas raciones que a todas y no fue hasta el 20 de enero que vinieron a buscarlas y las condujeron al Bloque de la muerte (el Bloque A 25 a). Fue allí que reunieron a todas las condenadas a muerte seleccionadas de todos los bloques, antes de llevarlas a los crematorios en vehículos traídos para la ocasión. Esa noche fueron muchas las mujeres que faltaron cuando acudimos al recuento. Las llamas y el humo que se elevaban al cielo nos decían a las claras que muchas mujeres inocentes habían ardido aquel día. Mi madre fue una de ellas. Mis dos únicos consuelos eran la certeza de que también yo acabaría como ella y el convencimiento de que mi madre había sido liberada de tanto sufrimiento.

Transcurrían días duros. Las golpizas se sucedían sin cesar. Quejarse carecía de sentido. De hacerlo, en el mejor de los casos se recibía una nueva andanada de golpes, te obligaban a estar de rodillas durante horas ya fuera en el interior del bloque o en el exterior, hiciera el tiempo que hiciera. Las jefas de los *Stuben* nos enviaban en su lugar a las cocinas para cargar los pesados peroles con la comida. Era un trabajo muy duro hasta para hombres de buena salud. No nos daban agua ni jabón para lavarnos, de manera que no había forma humana de atender a la higiene corporal. La única posibilidad de lavarnos consistía en las visitas al llamado *Waschraum*, adonde nos llevaban a todas de golpe cada cierto tiempo y nos concedían apenas entre tres y cinco minutos para asearnos.

Por lo general los prisioneros recluidos en el Bloque de cuarentena marchaban a trabajar a las cinco o seis semanas de haber llegado al campo. A nosotras nos llevaron algo antes. La mayoría de las jóvenes que habían viajado conmigo fueron ubicadas en la fábrica de la empresa Union. Mi condición de farmacéutica me valió ser trasladada a otro bloque desde el que me enviarían a trabajar más adelante. El Bloque de cuarentena que abandonamos de repente no quedó vacío mucho tiempo. Cada día el campo recibía a nuevas víctimas llegadas de Polonia, Francia, Bélgica, Holanda y otros países. También eran muchos los que morían. La mortalidad era de entre trescientas y trescientas cincuenta personas cada día. El tifus y la disentería campaban por sus fueros.

En el nuevo bloque al que fui asignada reinaba el mismo reglamento que en el anterior. Idénticos avisos colgaban de las paredes y la exigencia de mantener la limpieza era igualmente firme. Idéntico era también el trato que recibíamos de la jefa del bloque y las jefas de los *Stuben*. Cuando aparecí allí muchas me preguntaron cómo siendo una recién llegada, como atestiguaba el número que me asignaron, había podido conservar mi cabellera. Cada vez que explicaba a alguien que ello se debía a mi profesión, me decían en tono irónico: «Puedes esperar sentada a que venga alguien a ofrecerte trabajo de tu especialidad». Muy poco después conocí el origen de aquellas burlas: para conseguir un trabajo de ese tipo los prisioneros tenían que contar con protección y ésta sólo se compraba por medio de sobornos —«regalos». Estos «regalos» había

que saber «agenciárselos», es decir, robarlos. Como yo no sabía robar, no tuve otra salida que esperar a que me llegara una oportunidad. Entretanto, las jefas no me concedían un minuto de sosiego. Ocuparme de la limpieza del bloque y traer y llevar los peroles se convirtieron en mis ocupaciones obligatorias. Si protestaba, sería víctima de la siguiente «selección». Dado que el bloque debía estar siempre *«rein»* (limpio), nos impedían entrar a él durante todo el día, viéndonos obligadas a pasar el tiempo encerradas en un minúsculo cuartucho carente de estufa. Aun si afuera helaba con fuerza, éramos igualmente obligadas a abandonar el bloque. Tan sólo cuando concluía el recuento vespertino, que podía prolongarse hasta dos horas, se nos permitía ponernos a cubierto en el interior del bloque. Las jefas velaban porque no apareciera ni la más pequeña mancha en el suelo de cemento que fregábamos varias veces al día con las manos heladas y los ojos llenos de amargas lágrimas: ¡más valía que no descubrieran ni la más pequeña mácula en aquel suelo! Con todo, aquella ocupación les parecía poca a nuestros captores, ansiosos de vernos permanentemente ocupadas, y muy pronto fuimos incluidas en las brigadas que realizaban trabajos pesados. Cuatro y hasta cinco veces al día teníamos que marchar a un terreno ubicado a tres kilómetros del campo y acarrear desde allá las pesadas piedras que otra brigada de mujeres utilizaban en trabajos de pavimentación. En esa tarea involucraban a mujeres de todos los bloques, aquellas que aún no tenían asignado ningún trabajo en concreto. Nos contaban en la puerta del campo y echábamos a andar bajo la vigilancia de un guardia acompañado de un perro. Sometidas a la catarata de insultos del alemán desandábamos el camino hasta llegar al descampado donde debíamos recoger las piedras. Todas nos afanábamos por encontrar piedras pequeñas. Pero nuestros esfuerzos eran estériles, porque examinaban las piedras que recogíamos y nos golpeaban cuando no las consideraban apropiadas. Aparte del guardia, también nos vigilaban las *«Einweiser»*. Estas eran prisioneras alemanas, que en su gran mayoría habían ido a parar al campo por ejercer la prostitución. Comprar a una *Einweiser* era relativamente sencillo, pues para ello bastaba un paquete de cigarrillos. Pero antes había que saber «agenciarse» los cigarrillos. El trabajo era de veras duro y después

de cinco semanas mis pies se habían hinchado tanto que no podía andar. Tampoco podía quedarme en el bloque, porque solían entrar a registrarlo y asegurarse de que todas hubiéramos marchado a trabajar. Todas las inquilinas teníamos que trabajar. No había sitio allí para las enfermas. Quienes se declaraban enfermas eran trasladadas a la enfermería o *«Revier»*. En aquellos tiempos ir a parar al *«Revier»* equivalía a la muerte, porque eran pocos los que regresaban de allí. Bien al contrario, los pacientes del *«Revier»* solían contraer enfermedades aún más graves que las que los habían llevado allí, se infectaban unos a otros, se consumían y, finalmente, morían. El ingreso en el *«Revier»* tenía aun otro peligro: las selecciones. Cada vez que se producía una selección entre los prisioneros del campo, los pacientes de la enfermería eran los primeros en ponerse en la fila. Con todo, yo no tenía otra salida y aun a sabiendas de lo que podía esperarme, solicité a la jefa de mi sección que me enviara al *«Revier»*. Nuevo emplazamiento, nuevas bestias. Me indicaron tumbarme en una litera junto a otra enferma. Al percatarme de que la mujer tenía el cuerpo cubierto de pústulas y llagas, me eché a llorar. Era consciente de que con ella bajo una misma manta me produciría una rápida infección. Por aquellos días la sarna estaba devorando a los prisioneros del campo. Si en circunstancias normales son suficientes dos o tres días para poner coto a la sarna, en las condiciones del campo la epidemia no parecía tener fin. Por otra parte, bastaba que detectaran dos o tres marcas de sarna en la piel de alguien para que no superara las selecciones y fuera a parar a los hornos crematorios. Rogué a la enfermera que me asignara otra litera y tras implorarle durante mucho rato conseguí que atendiera a mis ruegos. Pasé tres semanas en la enfermería. Cada mañana me lavaba las manos y la cara con el té que me daban a modo de desayuno. Dos veces por semana compré agua caliente a cambio de mi ración de pan y la utilicé para lavarme concienzudamente. Aprovechaba las noches para lavarme. Tuve que pasar algunos días completamente hambrienta con tal de poder permitirme estar medianamente aseada. No puedo describir la sorpresa que mostraron mis compañeras cuando me vieron reaparecer en el bloque. A todas mostré con orgullo mi cuerpo lavado y sugerí a quienes estaban enfermas acudir a la enfermería mientras su organismo no se debilitara sin remedio y aún fuera

capaz de resistirse a las infecciones. Ello, porque todo prisionero que se mostrara desahuciado ganaba la categoría de «musulmán» y se convertía en un candidato de primera para sucumbir a las «selecciones».

En cuanto me dieron el alta de la enfermería fui conducida a la «Sauna» (los baños) donde pude lavarme y recibí nuevas ropas —verdaderos harapos. Una vez más me tocaba renunciar a la ración de pan para «comprar» ropa nueva. Las comprábamos a quienes trabajaban procesando los equipajes de las víctimas que llegaban a Auschwitz sin cesar. *[Era la misma situación que padecíamos cada vez que nos llevaban a los llamados* «Entlausung» (*las desinfecciones masivas de piojos*). *Entonces nos llevaban a la «Sauna» a lavarnos y desinfectaban nuestras ropas en enormes calderas de vapor. Después de aquellas desinfecciones no era nuestra ropa lo que recibíamos, sino los harapos en que se habían convertido, de manera que había que comenzar a buscar ropa de nuevo.]*

Tras salir de la enfermería me colocaron a trabajar en el *Weberei*, el telar del campo. Mi labor consistía en trenzar trapos, pieles y tiras de plástico. Tenía que cumplir la norma diaria que me asignaron y ello requería disponer de suficiente materia prima. Pero también ésta había que «agenciársela» por medio del soborno —cigarrillos u otros objetos regalados a las *Einweiseren* que vigilaban nuestro trabajo. También nos vigilaban mujeres de las SS *—«Aufseher»—;* y también a ellas había que sobornarlas. Bastaba tener el número mal cosido a la ropa o que faltara la banda de color rojo que la atravesaba de lado a lado *—«Streich»—* para que alguna de aquellas SS anotara el número y el bloque de la prisionera cogida en falta. También anotaban los números de quienes eran descubiertas hablando con hombres o tenían en su poder cartas escritas por hombres. Al día siguiente estas «delincuentes» eran enviadas a un bloque especial y les dibujaban un círculo de color rojo en la espalda. Esas prisioneras pasaban a ocuparse de los trabajos más pesados.

Ahora describiré cómo transcurría la jornada laboral. El toque de diana solía sonar a las cuatro de la madrugada. Seguidamente las personas que estaban de guardia ese día corrían a la cocina en busca de los peroles de té. Después de haber hecho las literas y beber el té nos echaban afuera para el recuento. No había tiempo

para lavarse, pues. Finalizado el recuento, las personas que salían a trabajar fuera del perímetro del campo formaban una columna de cinco en cinco en la calle del campo (la *Lagerstrasse*). Allí los «*kapos*» realizaban más recuentos hasta que se daban por complacidos y nos conducían hasta las puertas del campo. Allí una orquesta integrada por jóvenes prisioneras tocaba música cada mañana. La primera vez que escuché música dentro del campo fui incapaz de contener las lágrimas. ¿Quién pudo siquiera concebir la idea de que confluyeran en un mismo espacio la música y las llamas de los hornos crematorios elevándose al cielo? Cada tarde, cuando regresábamos del trabajo, la orquesta nos recibía con los mismos acordes. Tampoco entonces podíamos descansar: nos esperaban hora y media o dos horas de recuento. *[Entonces y también en adelante]* el recuento vespertino se prolongaba durante largo tiempo, pues a diario se producían fugas de alguno de los prisioneros que salían a trabajar fuera del perímetro del campo. Sabíamos de las fugas por las sirenas y nos alegrábamos aunque ello entrañara soportar recuentos más largos. Cuando apenas llevaba tres días en el *Weberei* fui trasladada a la Enfermería. La circunstancia de que en mi ficha se me tuviera por «trabajadora sanitaria» me valió el traslado. Se trataba de una suerte genuinamente excepcional para alguien que no gozaba de la protección de ningún jefe ni ofrecía sobornos: las condiciones higiénicas en la enfermería eran mejores que en los bloques y, sobre todo, mi nuevo empleo me liberaba de salir a trabajar fuera del campo, es decir, me ahorraba las marchas de hasta dieciséis kilómetros diarios. Y había algo mucho más importante: trabajar en la enfermería me permitiría hacerlo en favor de los pobres prisioneros. Recibíamos la visita del doctor Mengele a diario. Cientos de miles de vidas pesan sobre la conciencia de ese carnicero. Aunque la enfermería se encontraba dentro del perímetro del campo, estaba separada de éste por una cerca de alambre. En conjunto, la enfermería ocupaba quince bloques. *[Era una suerte de Estado dentro del Estado.]*

El 21 de abril fue mi primer día de trabajo en la enfermería. Pocos días después, después del recuento vespertino, se escucharon de repente silbatos y gritos: «*Lagersperre*! ¡Selección!». Se hizo una calma absoluta; la calma que precede a la proverbial tempestad. Yo

era consciente de que cuando entrara a la enfermería la mañana siguiente podía no encontrarme a muchos de los enfermos. Los verdugos arribaron con absoluta puntualidad y comenzaron a seleccionar a los condenados a muerte. Los gritos y llantos herían el silencio, hasta que de repente las víctimas cantaron la *Hatikvah* a coro.[133] Los vehículos continuaron su ir y venir hasta que se restableció la calma. ¡Me resultaba insoportable encontrarme tan cerca de todo aquello, escucharlo, y no ser capaz de hacer nada por las víctimas! Fue una «selección» más, como tantas otras ocurridas antes. Unos días antes el doctor Mengele recorrió la enfermería y anotó los números de los desgraciados condenados a muerte.

Una vez concluida la «selección» los trabajos se reanudaron con normalidad. Los peores días estaban aún por llegar. A diario llegaban al campo enormes convoyes cargados de judíos provenientes de casi toda Europa, especialmente de Hungría. Antes los convoyes terminaban el viaje en la estación de ferrocarriles de Auschwitz. Allí se producía la descarga y la selección, los «bendecidos» cruzaban las puertas del campo y los demás, los condenados a muerte, eran llevados en camiones hasta las puertas de los crematorios. Pero los alemanes concluyeron que tal organización generaba demoras innecesarias e hicieron construir un ramal que unía las vías férreas con los hornos directamente. Naturalmente, fueron los propios prisioneros quienes se encargaron del tendido de esa vía auxiliar que transcurría en paralelo con uno de los extremos del área destinada la enfermería y a una distancia de apenas ciento cincuenta o doscientos metros de la alambrada. A partir de entonces nos vimos obligados a presenciar a diario el horrible espectáculo que se producía con la llegada de los trenes. Cada día el campo recibía entre ocho y nueve convoyes, cuyos pasajeros se apeaban y abandonaban sus equipajes junto a las vías. El doctor Mengele, jefe de los verdugos, se ocupaba personalmente de la selección de la que eran objeto los recién llegados. Aquel verano Mengele se veía desbordado de tanto trabajo. La gente se apeaba de los vagones sin tener la más remota idea de lo que le esperaba. Detrás de la alambrada veían a jóvenes que vestían delantales de color blanco (es decir, a nosotras, las chicas de la enfermería) y si llegaban en la mañana podían escuchar a la orquesta que despedía a las jóvenes que salían a trabajar fuera del

campo (los *Aussenkommandos). [Es poco probable que los recién llegados supieran adonde los conducían.]* Entretanto, los condenados a muerte avanzaban hacia los crematorios. Primero los invitaban a desnudarse, le daban una toalla y un trozo de jabón a cada uno y les indicaban pasar a los baños. En realidad, los encerraban en una cámara de gas, donde los asfixiaban hasta la muerte. Seguidamente los cadáveres eran incinerados. De ello se ocupaba una brigada integrada exclusivamente por prisioneros hombres, el llamado *Sonderkommando*. Pero no era un trabajo que realizaran durante demasiado tiempo: cada uno o dos meses también ellos eran incinerados y sustituidos por otros a quienes esperaba idéntico destino. ¡Era horrible asistir a aquella fila interminable de mujeres, hombres, ancianos y niños que avanzaba sin cesar hacia los hornos! Era tal el desconocimiento que tenían de la situación que muchos se preocupaban por el equipaje que les habían ordenado dejar en el andén. La frecuencia con que llegaban al campo los convoyes en aquellos meses era tan alta que los equipajes se amontonaban a la intemperie, cuando sus dueños ya habían ardido en los hornos. Mengele seleccionaba con especial cuidado a los mellizos de cualquier edad que llegaban en los convoyes llegados de Hungría. También apartó a una familia de enanos hacia los que llegó a desarrollar cierta simpatía. Es menester mencionar que en la enfermería teníamos a cierto número de pacientes con deficiencias mentales. Dos veces a la semana esos enfermos eran conducidos a Buna —un campo para prisioneros de género masculino— donde los sometían a diversos experimentos. El doctor König era el encargado de aquellas pruebas. *[Incluso cuando los crematorios dejaron de funcionar y los cadáveres eran incinerados en enormes zanjas en cuyo fondo colocaban a los muertos en hilera y los rociaban de gasolina]* los sádicos Mengele y König continuaron dedicados a sus experimentos «científicos». Muchos prisioneros, hombres y mujeres, fueron sometidos a esas prácticas.

El verano de 1944 fue de veras horrible. Los convoyes llegaban a diario y sin cesar. Paralelamente, partían otros convoyes cargados de prisioneros y prisioneras llevados a trabajar a una Alemania que necesitaba fuerza de trabajo. Una novedad nos infundía ánimos: la cotidiana visita que nos hacían los «pajarillos», como llamábamos a los aviones soviéticos. No arrojaban bombas sobre el campo, pero

en dos ocasiones lo hicieron sobre barracones ocupados por SS y les ocasionaron muchas víctimas, algo que naturalmente nos alegró. Sentíamos que la línea del frente estaba cada vez más cerca. Las fugas se convirtieron en un fenómeno cotidiano. Una noche, mientras soportábamos un recuento vespertino mucho más largo de lo habitual, sonaron de repente las sirenas. Al principio pensamos que podía tratarse de una incursión aérea, pero el sonido era distinto, más prolongado. Tras varios recuentos sucesivos se supo que faltaba una prisionera de nuestro campo y un prisionero de un campo contiguo, de hombres. Más tarde supimos que la judía belga Malia, quien ocupaba un alto puesto en la jerarquía de nuestro campo y asignaba los trabajos a quienes recibían el alta de la enfermería, había huido. Malia era un ser humano en el sentido más elevado y genuino de la expresión y ayudaba a cuantos podía. Malia escapó junto al hombre que amaba, un polaco. Ambos fueron capturados en Bielsk unos días más tarde. Llevaban uniformes de las SS e iban armados. Los trajeron de vuelta a Auschwitz y los encerraron en una celda de castigo —«el bunker». Los alemanes los torturaron con saña durante los interrogatorios, pero no delataron a sus cómplices. El 21 de agosto un SS trajo a nuestro campo a una Malia molida a golpes, torturada y harapienta. La traían para colgarla en presencia de los demás prisioneros. Y ella lo sabía. Como sabía también que su pareja había sido colgada. Aprovechando un descuido del hombre de la Gestapo que la acompañaba, le pegó un puñetazo y se cortó las venas con una cuchilla que escondía entre sus cabellos. Los alemanes no pudieron darse el gusto de ejecutar a aquella joven heroína.

Los *alemanes estaban desesperados entonces. Registraban enconadamente a los prisioneros que volvían de trabajar fuera del perímetro del campo y les quitaban todo lo que les encontraban. Cierta Sonia —la mano derecha del comandante del campo— demostraba una maldad especial: no sólo despojaba a los prisioneros de cualquier cosa que encontraba, sino que además los golpeaba y humillaba. Así actuaba la mano derecha de los alemanes.*

La cercanía del frente ponía muy nerviosos a los alemanes. Ahora ya no utilizaban los crematorios. Y no sólo eso: en aras de ocultar las huellas de sus crímenes comenzaron a desmontar la maquinaria infernal que les sirvió para perpetrarlos. Los

crematorios saltaban por los aires uno tras otro. Daba la impresión de que aquellos bárbaros se olían la inminencia del inevitable día en que les tocaría pagar por lo que habían hecho. También las condiciones de vida de los prisioneros fueron mejoradas, si bien es verdad que ello no encontró reflejo en la alimentación: *continuamos recibiendo a las cuatro o las cinco de la mañana el mismo cuenco lleno de una infusión de hierbas, los doscientos gramos de pan al día, un trocito de margarina tres veces a la semana (un paquete a dividir entre doce personas) o una lasca de embutido. En cuanto a la comida y la cena la seguimos recibiendo juntas: un plato de agua en el que nadaba un trozo de nabo…* Entretanto, la enfermería fue trasladada al Bloque E del campo de Birkenau, el mismo que había alojado a los diecisiete mil gitanos exterminados durante el pasado verano. Ahora estábamos ubicados entre dos campos destinados a prisioneros hombres. Y ello nos producía una sensación agradable a la vez que amarga, cuando cada tarde nos «citábamos» con ellos separados por una alambrada electrificada. Con todo, mucho más agradable nos resultaba el hecho de que nuestras citas nocturnas eran interrumpidas cada vez con mayor asiduidad por las incursiones aéreas de la aviación soviética. Cuando ello ocurría se apagaban las luces que iluminaban la alambrada y nos despedíamos con el pecho colmado de esperanzas.

El 17 de enero de 1945 supimos que el campo iba a ser liquidado. La víspera fueron destruidos todos los expedientes médicos. A las diez de la mañana apareció el doctor Kitt y ordenó que todo el personal y los pacientes capaces de andar nos preparáramos para evacuar las instalaciones. Dijo que un tren vendría a recoger a los enfermos más graves. La evacuación también afectaba al resto de áreas del campo. Cuando el doctor Kitt concluyó la selección en la *Lagerstrasse* y me asignó al grupo de quienes estaña destinados a abandonar el campo, me escabullí y me escondí en el bloque. Oculta allí, hice oídos sordos a todos los llamamientos a emprender la marcha y me tumbé en una litera simulando ser una paciente más. Varios miles de enfermos y trabajadores sanitarios permanecimos en la enfermería. La responsable de la farmacia había marchado, así que me encargaron desempeñar sus funciones. La actividad en los días siguientes fue trepidante. Tras la masiva incursión aérea del 20 de enero el campo

quedó sin agua ni fluido eléctrico. Como cada vez, la incursión fue una inyección de moral para nosotros. Los campos de exterminio no fueron bombardeados ni una sola vez. Temíamos que los alemanes hicieran saltar por los aires la enfermería para borrar las huellas de sus crímenes. Ese temor fue la causa de la fuga masiva que se produjo el 18 de enero. Los fugados confiaban en que una vez fuera del campo podrían escapar por las carreteras sin ser acosados. En efecto, muchos de ellos consiguieron hacerlo.

El 21 de enero el caos se había adueñado de Auschwitz, donde apenas permanecía un escaso número de hombres de las SS. Los almacenes de pan, alimentos y ropa estaban abiertos y pudimos constatar que guardaban muchas mercancías valiosas. *[Aquellas bestias guardaban de todo, mientras que a los prisioneros nos daban ropa interior sucia, harapos, zapatos de madera y nos daban de comer peor que a los cerdos.]* Hacia las tres de la tarde los últimos SS se marcharon del campo e invitaron a acompañarlos a quien quisiera hacerlo, con la excepción de los judíos. Nadie aceptó la invitación. Las puertas del campo quedaron abiertas. Esa misma noche se desató un incendio en el campo vecino (Birkenau). Más tarde se produjo una explosión: el último crematorio saltaba por los aires. Temíamos que nuestro campo corriera la misma suerte que los crematorios. Por eso cortamos la alambrada de manera que los hombres pudieran reunírsenos en la enfermería. Con ellos junto a nosotras nos sentíamos mucho más seguras. Otros muchos abandonaron el campo. El 23 de enero fue un día muy tenso para todos. Esa mañana apareció de pronto un grupo de alemanes en bicicleta. Pasaron varias horas en el campo, buscando cosas de valor que llevarse de los almacenes. Cuando se dieron por satisfechos se marcharon. A primera hora del 24 de enero aparecieron más alemanes. Mataron a tiros a cinco prisioneros de guerra soviéticos en el campo donde retenían a los prisioneros de género masculino. El 25 de enero vino un camión cargado de hombres de la Gestapo. Ordenaron salir de los bloques a todos los judíos capaces de andar por sí mismos. Centenares de hombres y mujeres formaron una columna. Gracias a la experiencia que había acumulado, decidí no unirme a aquel grupo. Bien al contrario, me escondí junto a una amiga en uno de los bloques vacíos. Se trataba de uno de los almacenes de ropa y nos escondimos entre los bultos ya empacados,

mientras nos manteníamos a la escucha de lo que se cocinaba en el exterior. Cuando se hizo de noche salimos de nuestro escondite y nos presentamos en solitario a los otros prisioneros que no habían respondido a la orden alemana. Eran muchos los que, como nosotras, se habían escondido y habían salvado así sus vidas. *Ellos nos contaron que la operación había sido urdida por un prisionero alemán, quien recorrió los bloques en busca de judíos. Los hombres de la Gestapo se limitaron a dejarlo trabajar y prometieron volver al día siguiente para cargar con los demás*. Todos los judíos descubiertos fueron sacados del perímetro del campo y, por lo visto, pasados por las armas.

Pasamos esa noche en el campo de los hombres. Y ya no tuvimos necesidad de escondernos más. Mi amiga y yo pasamos el 26 de enero en la farmacia del campo, donde nuestros camaradas no judíos nos improvisaron un escondite en un altillo. Acordamos que nos esconderían allí si aparecía la Gestapo. Fue un día excepcionalmente alegre para nosotras porque la artillería y la aviación soviéticas se afanaron como nunca antes. Al día siguiente cesaron los disparos de artillería y las incursiones aéreas lo que nos hizo pensar que la línea del frente se había alejado de nuestro emplazamiento. ¡Estábamos de los nervios! La sola idea de que la Gestapo pudiera volver al campo equivalía a nuestro fin. Y fue entonces cuando de repente avisté desde la farmacia las siluetas de hombres vestidos de gris y blanco que avanzaban por el arcén. Eran las cinco de la tarde, aproximadamente. En un primer momento creímos que regresaban los guardias de Auschwitz. Salí corriendo de la farmacia a ver quién venía. La alegría que nos dio constatar que se trataba de nuestros salvadores es indescriptible. ¡Llegaban los soldados soviéticos! Un pelotón de reconocimiento del Ejército Rojo, nuestros salvadores, había llegado a Auschwitz. Se desbordaron los saludos y los besos. Ellos nos llamaban a escapar, nos aseguraban que aún no estaba claro qué posiciones ocupaba el enemigo. Nosotros nos apartábamos unos pasos de aquellos hombres y volvíamos a abalanzarnos sobre ellos, a cubrir de besos a nuestros salvadores. Ese día apenas nos separamos de las puertas del campo. Cuando volvimos a internarnos en el campo nos encontramos con muchos más de aquellos queridos amigos por quienes habíamos esperado tanto tiempo.

El 28 de enero muchos ex prisioneros abandonaron por fin el campo tras haber recibido la libertad. Acogimos en la farmacia a varios oficiales y soldados del Ejército Rojo. Les narrábamos las circunstancias de nuestra vida en el campo de exterminio de Auschwitz. El 3 de febrero dejamos Birkenau y volvimos a Auschwitz. Encontramos a mucha gente que había conseguido salvar la vida, como lo habíamos hecho nosotras. El 4 de febrero pisamos por primera vez las calles de la ciudad de Oswiecim. Nos costaba creer que fuéramos libres. Mirábamos estupefactos a los transeúntes con los que nos cruzábamos. El 5 de febrero emprendimos viaje a Cracovia. A un lado del camino se alzaban las gigantescas fábricas levantadas por prisioneros que habían muerto agobiados por el trabajo. Al otro lado se sucedían los barracones de otro enorme campo de concentración. Nos decidimos a asomarnos al interior de aquel campo y allí encontramos a prisioneros que habían sobrevivido, como nosotras, gracias a que rechazaron la invitación de los alemanes a marchar junto a ellos el 18 de enero. Después seguimos camino. Los postes de la cerca electrificada que tan bien conocíamos y asociábamos con el encierro y la esclavitud nos acompañaron todavía un buen tramo del camino. Nos parecía que jamás conseguiríamos dejar atrás el campo de exterminio. Pero las cercas terminaron por fin y llegamos a la aldea de Wloseniuszcza, donde pasamos la noche. El día siguiente, 6 de febrero, proseguimos nuestro camino. Un camión nos recogió en medio de la carretera y nos llevó hasta nuestro destino, Cracovia. Ahora ya somos libres, *[aunque todavía no hemos aprendido a alegrarnos de ello. Fue mucho el dolor que nos tocó padecer y fueron muchos los camaradas que perdimos]*.

EDITOR: OSIP CHERNI

Veintiséis meses en Auschwitz (Testimonio de Mordejai Tsirulnitski, ex prisionero N.° 79.414)

1. EN LA ALDEA DE ÓSTRINO

Nací en 1899 en la aldea de Óstrino, actual provincia de Grodno. Allí viví junto a toda mi familia hasta que se produjo la invasión alemana. Formábamos una gran familia, pues teníamos cinco hijos. Unos niños de veras adorables. Todos estudiaban con ahínco. A raíz de la instauración del poder soviético, mi hija mayor, Galia, que ahora tendría veintidós años, se matriculó en el Instituto de Ingeniería civil de Grodno. En la primavera de 1941 ya cursaba el segundo año de la carrera. El mayor de mis hijos varones, Yakov, de diecisiete años, estudiaba en el Centro de estudios adjunto al Combinado poligráfico. Los más jóvenes aún iban al colegio: Yoel, de dieciséis años acababa de pasar a noveno; Vigdor, de trece, hacía octavo; Lania, la más pequeña a sus nueve años, comenzaba cuarto.

La población de Óstrino está situada muy cerca de la frontera. Tan pronto como el 23 de junio de 1941 los alemanes la tenían rodeada por todas partes y los vecinos que quisieron huir se vieron obligados a volver a sus casas. El día 25 los alemanes entraron finalmente en Óstrino.

Los fusilamientos comenzaron desde el primer momento. Y las primeras víctimas fueron los responsables del poder soviético en la localidad y los activistas y empleados del Soviet local.

Óstrino pertenecía a la jurisdicción de la región de Schuchin. En los primeros días de septiembre los alemanes nombraron comandante de la región a un oficial de la Gestapo. Ahora mismo no recuerdo cómo se llamaba: la estancia en el campo de concentración me afectó la memoria.

Desde el mismo día de su nombramiento *comenzaron el hostigamiento y la persecución a los judíos. En un primer momento se les prohibió abandonar el perímetro de la población. La violación de esa orden se castigaba con el fusilamiento. Así fue fusilado Arieh Tanevitski,*

un octogenario a quien los fascistas encontraron a cierta distancia de las lindes de Óstrino. También el rabino Bezdanski, máxima autoridad religiosa de la localidad, fue asesinado en aquellos primeros días de ocupación. Fue detenido junto a otros vecinos de Óstrino y se anunció que los llevaban a un campo de concentración. Pocos días más tarde supimos que todos habían sido fusilados.

Las siguientes órdenes no se hicieron esperar. Pronto se prohibió a los judíos salir a la calle los domingos y también esta vez se estableció la pena de muerte por fusilamiento como castigo de cualquier infracción. Esta vez, sin embargo, la pena de muerte alcanzaba a toda la familia del infractor. La mujer de Jaím Jlebovski salió a la calle por agua. Fue descubierta y fusilada junto a su marido y los dos pequeños hijos de ambos.

El 7 de noviembre de 1941 ardió cierto cobertizo de Óstrino. Los alemanes no tardaron en acusar del incendio a los judíos y éstos recibieron la orden de reunirse inmediatamente en una céntrica plaza para «aclarar los hechos». Varias decenas de personas, entre ellas algunas que se retrasaron o las que mostraban irregularidades en la documentación, fueron fusiladas en el lugar.

Los fusilamientos se convirtieron en algo habitual y hasta frecuente en nuestra población. Por lo general tenían lugar en los días de mercado, pues así también servían para atemorizar a los campesinos de las aldeas vecinas. Aunque tenía fijada su residencia en Schuchin, el comandante hacía frecuentes visitas a Óstrino. Su sola llegada servía de anuncio a más fusilamientos. Los abundantes fusilamientos acabaron con la vida de todos los maestros: Miller y su mujer; Yelin, *etc. El anciano Draznin, máxima autoridad de la sinagoga local, también engrosó la lista de fusilados.*

Un día de finales de noviembre de 1941 *se repitió la orden de acudir a la plaza. En esta ocasión la convocatoria indicaba llevar consigo todos los objetos de valor. La gente supuso que se trataba de un reasentamiento. En realidad, la cita no tenía más propósito que despojar a los judíos de todos los objetos que habían llevado consigo. Entretanto, mientras esperaban en la plaza, sus casas eran saqueadas con saña. Más tarde constaté que el agrónomo alemán que había irrumpido en la mía cargó hasta con los lápices de colores y los cuadernos escolares de mis hijos. Todo aquel que intentó oponer alguna resistencia al saqueo fue fusilado sin miramientos.*

Por orden del comandante en la puerta de todas las casas debía colgar un listado con los nombres de los vecinos. Si alguna inspección detectaba un error en el listado, todos los miembros de la familia eran fusilados de inmediato. Así sucedió con los ochos miembros de la familia de Osher Amstibovski.

El gueto de Óstrino quedó establecido a principios de diciembre de 1941. Judíos de las aldeas y poblaciones vecinas fueron conducidos al nuevo gueto —así ocurrió con judíos de Novi Dvor o Dembrovka, por ejemplo. Los recién llegados nos dijeron que todos los enfermos o débiles habían sido exterminados por el camino. Otras diez personas fueron fusiladas mientras nos instalábamos en el gueto. Las órdenes y las ejecuciones no pararon ahí como es natural. Leib Mijélevich y su hermana Feyge-Sore fueron fusilados por esconder una pequeña cantidad de granos que trajeron al gueto a hurtadillas. Osher Boyarski fue descubierto moliendo granos: lo fusilaron al instante. ¡Fueron tantos que no puedo recordarlos a todos!

En enero de 1942 se anunció que Óstrino, como toda la región de Grodno, pasaba a formar parte del territorio del Reich.

Los habitantes del gueto eran llevados a trabajar a los bosques aledaños. Los hombres talaban árboles y recogían alquitrán. Los supervisores solían golpear a los trabajadores hasta dejarlos medio muertos; los que se rezagaban por encontrarse exhaustos eran ejecutados en pleno bosque. Las acusaciones de sabotaje eran frecuentes. Sus víctimas eran llevadas a la cárcel y ningún judío sobrevivía al primer viernes en esas dependencias. Los viernes eran los días señalados para las ejecuciones en la cárcel *[y ningún judio escapaba de ellas]*.

2. EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE KELBASINO

El 2 de noviembre de 1945 tuvo lugar el traslado de todos los judíos del gueto de Óstrino al campo de concentración de Kelbasino, en las afueras de Grodno. Antes el campo estuvo destinado a los prisioneros de guerra soviéticos, pero cuando llegamos allí los prisioneros ya habían sido evacuados a otras instalaciones. Los judíos de todas las ciudades y aldeas de la región de Grodno fueron confluyendo gradualmente en el perímetro del

campo. Allí fueron encerrados en pequeños refugios subterráneos. El hacinamiento era tal que en algunos de ellos se agolpaban hasta trescientas personas. No era que no se pudiera estar tumbado: ¡es que ni de pie cabían tantos en tan escaso espacio! El hacinamiento, la hediondez y la suciedad eran insoportables. Los prisioneros eran sacados a trabajar en los pantanos colindantes. Les daban de comer una ración de apenas ciento cincuenta gramos de pan al día —un pan escasamente comestible— y una o dos patatas heladas. El *Lagerführer* Insul molía a palos a los presos por cualquier motivo. Los golpes los propinaba con un enorme palo que se abatía una y otra vez sobre la cabeza del prisionero hasta que éste perdía el conocimiento.

El hambre y el tifus arrasaban el campo. En cada una de los refugios subterráneos morían varias personas cada día. Otros más se desplomaban, ya agonizantes, en los lugares de trabajo. El solo recuerdo del refugio concebido como hospital, al que arrojaban a los enfermos de tifus, produce horror. Es poco probable que alguno de los prisioneros que llegaba allí concibiera esperanzas de sobrevivir, a pesar de los esfuerzos del doctor Gordon, un hombre íntegro que dedicaba todas sus fuerzas a la salvación de sus pacientes.

Más tarde tuve ocasión de coincidir con el doctor Gordon en Auschwitz. Allí se desempeñó como uno de los miembros más activos de la resistencia. Desconozco si consiguió salir con vida.

Los cadáveres de los judíos que morían en el campo de Kelbasino no recibían sepultura. En el área del campo y a cierta distancia de los refugios que habitábamos fue abierta una enorme zanja en la que se iban acumulando los cuerpos. Nadie se molestaba en cerrar la zanja: los cadáveres eran arrojados a ella y cubiertos de cal viva a la espera de más cadáveres que los cubrieran. Es difícil calcular cuántos cuerpos de hombres y mujeres se tragó aquella fosa común.

3. LOS PRIMEROS MESES EN AUSCHWITZ

Nuestra estancia en el campo de Kelbasino duró apenas un mes. Pero incluso ese corto período de tiempo bastó para reducirnos a un estado tan calamitoso, que ya nos resultaba indiferente el porvenir

que nos esperara.

El 1 de diciembre de 1942 recibimos la orden de prepararnos para un traslado. Se nos indicó preparar el equipaje y etiquetar cada pieza con nuestras señas, pues viajarían en otro transporte a nuestro lugar de destino. El 2 de diciembre nos subieron a todas las familias en un convoy armado con vagones descubiertos. Cada vagón fue llenado hasta los topes antes de cerrar las puertas. El viaje duró tres días en los que no recibimos nada de comer ni beber. La sed nos ocasionaba un extraordinario sufrimiento, especialmente a los niños. A todo lo largo del viaje intentamos recoger siquiera algunas gotas de agua: con la ayuda de una soga dejábamos descender una lata con la que buscábamos atrapar la nieve depositada entre las vías y humedecer con ella los sedientos labios de los deshidratados niños; también buscábamos llegar a la nieve con trapos y trozos de papel que al mojarse en ésta nos permitían extraer siquiera alguna humedad.

A pesar de la estricta vigilancia a que estábamos sometidos, conseguí apear del tren en marcha a mis pequeños Yakov y Yoel. «¡Va y tienen la dicha de salvar la vida de alguna manera!», pensé. No lo consiguieron… Yakov decidió huir hacia los bosques al encuentro de los partisanos. Ahora, ya en casa y concluida la guerra, supe que murió antes de establecer contacto con ellos. Yoel, en cambio, volvió a Grodno, donde mi hermana aún vivía en el gueto. Unos meses más tarde fue llevado a Auschwitz junto a toda la familia de mi hermana y fue a parar a las cámaras de gas apenas se bajó del tren. Yo mismo llegué a Auschwitz junto a Sarra, mi mujer, y tres de mis hijos, el 5 de diciembre de 1942.

El convoy en el que viajábamos se detuvo de repente junto a un pequeño andén que se alzaba en medio de un descampado. Más tarde supe que lo habían construido especialmente a medio camino entre Auschwitz y Birkenau… Se advertían ciertos cobertizos a lo lejos. Aún más allá se adivinaba la interminable cerca electrificada.

Un pequeño grupo de personas vestidas de civil esperaban al pie del andén. Lo primero que vi fue a un hombre doblado bajo los palos que le propinaba un robusto SS. A pesar de las innumerables ocasiones en que me tocaría presenciar escenas semejantes en el futuro, la cruel impresión dejada por aquella golpiza que vi apenas llegado a Auschwitz se quedó grabada en mi memoria para siempre.

El *Lagerfübrer* Schwartz[134] llegó de repente en un vehículo que ostentaba el logotipo de la Cruz Roja. (Por cierto, también las cajas con el veneno utilizado para gasear a las víctimas eran transportadas en vehículos con los símbolos de la Cruz Roja). Los SS nos rodearon. Comenzó la descarga de nuestros equipajes, pero no se nos permitió aproximarnos a ellos. También sacaron de los vagones los cadáveres de quienes no habían soportado el viaje. Los apilaron a un lado. Una brigada de prisioneros vestidos con uniformes a rayas apareció junto al andén. Les ordenaron ocuparse de nuestros equipajes.

Entonces comenzó la selección. A las personas enfermas o débiles se les indicó agruparse junto al montón de cadáveres descargado del convoy. Los hombres que parecían sanos formaron un grupo especial. El resto —mujeres, ancianos y niños— fueron subidos a camiones llegados para la ocasión y abandonaron la improvisada estación de ferrocarriles. Fue así que me despedí de mi mujer y mis hijos, sin poder decirles adiós y sin tener conciencia de que los conducían al matadero.

A mí me correspondió formar parte el contingente de 189 hombres seleccionados para trabajar en el campo. Como tales, fuimos conducidos al interior de Auschwitz. Había un arco sobre la entrada en el que se leía la expresión: *«Arbeit macht frei»*. Antes de entrar a los baños, nos tatuaron un número y un triángulo a cada uno en el brazo izquierdo. Como se puede ver, a mí me correspondió el número 79.414. Los números y los triángulos eran tatuados sólo a los prisioneros que se esperaba permanecieran durante algún tiempo en el campo realizando diversos trabajos. Por añadidura, todos los presos tenían que llevar un distintivo cosido en la parte izquierda de la pechera: los judíos llevaban un triángulo de color rojo al que se superponía un segundo triángulo de color amarillo. La superposición se hacía de tal modo que resultaba una estrella de seis puntas. (Más adelante ese distintivo fue sustituido por otro consistente en un triángulo rojo con una barra amarilla encima). Los rusos llevaban un triángulo de color negro. Los prisioneros políticos lo llevaban rojo. Los presos comunes, verde.

Mostrarse en el campo sin el distintivo cosido a la ropa o llevarlo en el lugar equivocado acarreaba una condena a muerte inmediata. Quien se atrevía a ello quedaba expuesto a que el primer

SS con el que se topara lo derribara al suelo de un puñetazo, le pateara la cabeza y el pecho y lo enviara después a la cámara de gas.

El grupo del que yo formaba parte pasó la primera noche en un mismo barracón. A la mañana siguiente tuvo lugar otra selección. Al término de ésta todos los hombres menores de cuarenta años fueron reasentados en Buna, el tercer campo más espacioso después de Auschwitz y Birkenau. En total, fueron ciento cuarenta. El resto, cuarenta y nueve prisioneros, yo entre ellos, fuimos alojados en el Bloque (la barraca) N.° 4. Fui adscrito a la brigada que se ocupaba de la nivelación del cauce del río Solo (*Solodurchstieg*). El recuento matinal (o *Appel*) se prolongaba durante dos o tres horas cada mañana antes de marchar al trabajo y otro tanto sucedía cada noche al regresar a la barraca. Tres kilómetros nos separaban a diario del lugar de trabajo. El trabajo era duro, extenuante. Nos acompañaban destacamentos de las SS que, más que vigilarnos, tenían por misión vejarnos. No encuentro palabras para describir el sadismo del que hacían gala aquellos hombres que nos golpeaban y atormentaban por cualquier motivo o sin tener ninguno.

Podía ser, por ejemplo, que un guardia se te acercara de repente y te ordenara: «¡Inclínate!». Y ahí la emprendía a golpes contigo — entre veinticinco y cincuenta porrazos. Cuando eso ocurría, la víctima de los golpes sólo tenía una idea en la mente: cómo aguantar los golpes sin desplomarse. Lo último equivalía a merecer una bala en la cabeza.

A finales de diciembre tuvo lugar una campaña «sanitaria» o *Entlausung*. Nos despojaron de toda la ropa, nos encerraron completamente desnudos y nos empujaron hacia los baños.

El 2 de enero de 1943 fui asignado a la brigada que se encargaba de seleccionar los objetos de los prisioneros que arribaban al campo. Había unos cuantos judíos llegados de Francia en esa brigada. También el actor judío Blumensol, primo mío, la integraba. Aron Leyzerovich y otros tantos estaban también allí. Algunos nos ocupábamos de desempacar los equipajes; otros los seleccionaban; un tercer grupo se encargaba de preparar los paquetes que salían hacia Alemania. Cada día eran despachados siete u ocho vagones a Alemania cargados de mercancías procesadas por nosotros. Las ropas y objetos que no pasaban la criba por estar

muy usados eran enviados a Memel y Lodz.

Trabajábamos día y noche, sin cesar un instante, y aun así nos costaba dar curso a toda aquella mercancía, de tanta que era.

Un día, mientras trasegaba con ropa de niños, me tropecé con el abrigo de Lania, la más pequeña de mis hijitas.

Poco después de comenzar a trabajar en aquella brigada supe de la existencia de las cámaras de gas y de los crematorios donde miles de personas eran incineradas a diario. Supe también qué suerte habían corrido todos los que no integraron las brigadas de trabajo y comprendí, claro, qué destino había alcanzado a mis seres queridos. Toda la gente debilitada, exhausta, enferma o discapacitada para trabajar era gaseada. Nuevos prisioneros ocupaban el lugar de los muertos. En una ocasión, bajo una helada brutal, los hombres de las SS nos obligaron a trabajar desnudos. A las dos horas todas sus víctimas estaban completamente heladas. No había quien trabajara así. Entonces los SS la emprendieron a golpes con los trabajadores. Quienes no soportaron la paliza y se desplomaron bajo el peso de los golpes fueron enviados a las cámaras de gas.

Admitir una enfermedad y ser conducido a la enfermería equivalía a ofrecerse voluntariamente para ser gaseado. Eso lo supimos muy pronto. A Mijl, mi hermano mayor recluido en Auschwitz conmigo, se le hincharon las piernas. Mijl fue a parar a la enfermería y ya no salió más de ella. Otros de mis paisanos de Óstrino murieron de esa misma forma: Moishe-Yankel Kamionski, Shloime-Girsh Shilkovski, Motl Krinski, *etc.*

Las fuerzas me abandonaban. La fatiga me doblaba las piernas. Pero mis camaradas me animaban y ayudaban a esconder a los verdugos mi flaqueza. De no haber sido por su apoyo, no habría evitado ir a parar a la cámara de gas. A pesar de todo, nos afanábamos en causar cuánto daño podíamos a los alemanes. Escondíamos entre la basura las joyas, el oro y el dinero que a veces encontrábamos entre los objetos que manipulábamos con tal de que no fueran a parar a manos de nuestros verdugos. En las piezas de abrigo hacíamos cortes, las estropeábamos como podíamos, dibujábamos en ellas estrellas de seis puntas.

Nuestra brigada fue reubicada en Birkenau el 12 de enero de 1943.

Por aquel entonces los alemanes intentaban que desde fuera

Auschwitz fuera percibido como un mero campo de trabajo. Rara vez se veía algún cadáver en el perímetro del campo. *Los enfermos eran llevados a la enfermería en parihuelas, como si los llevaran a curarse. En realidad, salían de allí hacia las cámaras de gas. Con todo, cuando llegué a Auschwitz eso aún constituía un secreto.*

Las cosas eran muy distintas en Birkenau. Allí todo evidenciaba que nos hallábamos en una genuina fábrica de la muerte. Había cadáveres o agonizantes por todas partes. La suciedad en los barracones era inenarrable. Los prisioneros eran llevados a los baños en medio de heladas y obligados a bañarse con agua fría como el hielo. Los que enfermaban eran llevados a las cámaras de gas. Al principio las selecciones de enfermos tenían lugar una vez por semana. Después la frecuencia fue aumentando. Exhaustos y debilitados, los prisioneros apenas conseguían levantar los pies cuando caminaban por el barrizal en que se había convertido la plaza central del campo. Entretanto, los SS se divertían zancadilleándolos con la ayuda de largos palos. Aquel que caía ya no volvía a incorporarse. Una noche en que salía a trabajar pude ver dos camiones con sus respectivos remolques cargados de cadáveres hasta los topes.

Los supervisores de los distintos barracones, la mayoría elegidos entre los presos comunes, se comportaban con igual brutalidad que los SS. En una ocasión el supervisor alemán de mi barracón dio muerte a catorce prisioneros ante mis propios ojos. La situación no era mejor en otros barracones. De hecho, podía ser peor.

Nos levantábamos a las cuatro de la mañana. Los recuentos, el matutino y el vespertino, solían durar hasta tres horas. Se hacían en el patio. Habitualmente el recuento vespertino era más penoso, porque se aprovechaba para castigar públicamente a los prisioneros que habían cometido alguna falta a lo largo de la jornada. Como si no bastaran los golpes recibidos en los lugares de trabajo, recibían castigos adicionales con afán ejemplarizante. En ocasiones los «culpables» eran enviados a la cámara de gas inmediatamente después de recibir el castigo público. Cuando se detectaba la falta de algún prisionero, los recuentos adquirían un carácter particularmente brutal. Entonces podía alargarse infinitamente. Todos los prisioneros que hubieran trabajado ese día con el fugado pagaban por él.

Recuerdo una ocasión en el verano de 1943 cuando ocho prisioneros rusos empleados en la brigada de trabajos agrícolas salieron a trabajar fuera del campo subidos a una carreta. Tres de ellos consiguieron fugarse. Al percatarse de ello, los guardias asesinaron a los otros cinco disparándoles en la cara. Sus cadáveres fueron traídos de vuelta al campo y colocados en improvisadas mesas junto a las puertas de acceso, de manera que todos pudieran verlos y se cuidaran de imitar a los fugados. Los cuerpos permanecieron expuestos durante dos días.

Todo aquel que no reunía las condiciones para marchar a trabajar era trasladado al Bloque N.° 7. Allí reunían a todos los enfermos. Cada vez que el barracón se llenaba, lo vaciaban de golpe llevando a los enfermos a las cámaras de gas.

Antes de que hubieran transcurrido dos meses desde nuestra llegada al campo, apenas quedábamos cuatro o cinco personas de las cuarenta y nueve que constituían nuestro grupo. Todos los demás habían muerto a tiros o en las cámaras de gas.

Una parte de mis paisanos de Óstrino trabajaban en los bosques cortando leña para alimentar los crematorios o las zanjas donde se incineraban cadáveres al aire libre. Uno de ellos, Fishel Liubetski, me contó que los SS habían colgado a tres de ellos: Leib Bril, Yakov Spatsnik y Leib Spatsnik. El propio Liubetski tenía todo el cuerpo cubierto de hematomas producidos por los golpes, pero su fortaleza le permitió resistir en el campo hasta los últimos días.

En el mes de febrero descubrí a mi sobrino Yoel Kamionski, hijo de mi hermana de Grodno, entre un grupo de judíos recién llegados al campo. De sus labios conocí la suerte corrida por mi hijo Yoel, a quien quise salvar la vida cuando viajábamos hacia el campo. Tampoco él consiguió evitar Auschwitz. Lo trajeron junto a toda la familia de mi hermana. De todos ellos, tan sólo Yoel Kamionski fue a parar a una brigada de trabajo. A aquellas alturas, la suerte de los demás me era sobradamente conocida: ¡la cámara de gas!

Hasta la primavera de 1943 la mayor parte de los convoyes que llegaban a Auschwitz venían de las regiones de Polonia adscritas al Tercer Reich y algunas lo hacían desde los territorios al mando del Gobernador general para Polonia. Más tarde comenzaron a llegar trenes que partían desde Grecia, Checoslovaquia, Alemania y Francia.

Un día llegó un tren desde Pruzhani, Bielorrusia. Al vernos, uno de los recién llegados nos preguntó: «Decidme, ¿qué tipo de muerte nos tienen deparada aquí?».

Sentía cómo me abandonaban las fuerzas día a día. Por mucho que mis camaradas se esforzaban en hurtarme de las miradas de los guardianes, cada vez recibía más palos. Todavía hoy resuena en mis oídos la inapelable orden: «¡Inclínate!». A veces encontrábamos comestibles entre los objetos que teníamos que manipular. Siempre intentábamos esconder esos hallazgos, pero si los SS nos descubrían escondiendo algo de comer o adivinaban que habíamos comido algo, nos apaleaban sin piedad. En una ocasión recibí treinta y cinco palazos por alcanzar un mendrugo a mi sobrino Yoel Kamionski. Aquella existencia se me hacía ya insoportable. Con todo, mis camaradas no dejaban de animarme y me aseguraban que teníamos que conservarnos con vida, porque no todo estaba acabado.

Recuerdo con especial gratitud a mis camaradas Kabáchnikov y Albert, este último llegado de Francia. Ambos llegaron a Auschwitz antes que yo lo hiciera como acreditaban sus números del orden de los 40 000.

La mayoría de los judíos llegados desde Grecia procedían de Salónica. Antes de emprender viaje, les informaron que serían reasentados a Polonia donde les asignarían determinados trabajos. Ellos creyeron que así sería y se sintieron muy sorprendidos cuando al llegar a Auschwitz y apearse del tren, los alemanes procedieron inmediatamente a separar a los hombres sanos de las mujeres, los niños y los ancianos. *«Wie so, Frauen separat»* —«¿Cómo es que separan a las mujeres?»—, preguntó en alemán un asombrado joven cuando le ordenaron apartarse de su familia.

En uno de los primeros trenes llegados a Birkenau desde Grecia viajaron tres rabinos. Los tres fueron obligados a escribir sendas cartas relatando las excelentes condiciones de vida y trabajo que habían encontrado a su llegada a Polonia. Después corrieron la misma suerte que los demás pasajeros.

En otoño de 1943 los alemanes seleccionaron a cerca de cuatro mil prisioneros judíos, casi todos griegos, y los llevaron a Varsovia para desmontar las ruinas del gueto. Un pequeño grupo de esos prisioneros consiguió escapar. El grueso de ellos fue traído de vuelta

a Auschwitz para ser incinerados en los crematorios del campo.

Uno de los trenes de Grecia trajo a Auschwitz un orfanato al completo. Cuando los niños se apearon, los alemanes intentaron apartar de ellos a la educadora que los había acompañado. La mujer se negó en redondo a separarse de sus pupilos, *aun cuando para entonces todo el que arribaba al campo sabía perfectamente qué destino le esperaba. Argumentos y empujones fueron estériles*: aquella mujer acompañó a los niños hasta la cámara de gas.

Un día nos sorprendió ver llegar a nuestro campo —sólo destinado a hombres— a varias familias judías de Alemania, mujeres y niños incluidos. Muy pronto salimos de nuestro estupor. Las cámaras de gas y los crematorios eran incapaces de procesar el inmenso número de víctimas que llegaban a Auschwitz. Tras un par de días de esperas, todas aquellas familias tomaron el camino de los crematorios.

Poco después fue instalado un campo destinado al alojamiento de familias a poca distancia de los barracones que ocupábamos. Allí se alojaron los judíos traídos desde Theresienstadt, Checoslovaquia. Ese campo permaneció activo durante medio año, hasta que todos sus habitantes fueron enviados a la muerte.

También alcancé a ver el campo donde instalaron a las familias gitanas. Ocupaban dos bloques inmensos y eran más de mil prisioneros. Todos murieron, sin excepción.

Esa era nuestra existencia en Auschwitz: la muerte se paseaba permanentemente ante nuestros ojos. Sólo el apoyo de mis camaradas me permitió soportar todo aquello y sobreponerme al dolor. Con la llegada de la primavera me sentí algo recuperado y comencé a encontrarme mejor. En verano mi vida en el campo experimentó un cambio.

4. EN LA FÁBRICA

En junio de 1943 se me asignó un puesto de cerrajero en una fábrica situada a siete u ocho kilómetros de Auschwitz. En total éramos unos dos mil seiscientos prisioneros en la fábrica, de los que mil trescientos eran hombres y algo menos de mil quinientas eran mujeres.

Al principio la fábrica era propiedad de la firma Krupp. La

maquinaria y los equipos podían ser nuevos o estar dañados y parcialmente carbonizados. Los últimos, evidentemente, habían sufrido el efecto de los bombardeos. La visión de estos últimos equipos nos alegraba, naturalmente. Transcurrido cierto tiempo los equipos propiedad de Krupp fueron desmontados y la fábrica pasó a manos de la firma Union. Esta trajo sus propios equipos, todos de marcas soviéticas y producidos en Zaporozhie. El checo Kotseba se desempeñaba como capataz del taller al que fui asignado. Muy pronto nos entregamos con afán a la fabricación de ollas, palanganas, jarros y demás enseres de hojalata. Los alemanes se mostraron complacidos. Los encargos de ollas crecían de día en día. De vez en cuando nos caía alguna que otra ración suplementaria de pan gracias a nuestra productividad.

Las muertes en la fábrica, en los propios puestos de trabajo, eran bastante frecuentes. Era habitual que los trabajadores sufrieran golpizas dentro de la fábrica. El *Obermeister* Stratmann, un cabrón en toda regla, destacaba especialmente por sus salvajadas. A veces se acercaba lentamente a su víctima, le sonreía con afabilidad, y de repente la emprendía a golpes contra ella.

Hubo un momento en que pareció remitir el ritmo de gaseado e incineración de prisioneros. De hecho, en una ocasión se vio regresar a los barracones a un grupo de cuatrocientas personas ya seleccionadas para morir y enviadas a las cámaras de gas. El *Lagerführer* Hoffmann nos hizo saber por medio de los responsables de los barracones (*Blokalteste*) que ya no se gasearía a más prisioneros, incluidos los judíos. Pero no había nada de cierto en ello. En realidad los crematorios del campo seguían tragándose decenas de miles de cuerpos a diario. Al día siguiente de que nos fuera notificada la solemne promesa de Hoffmann miles de prisioneros de campos pequeños como Jaworzno, Buna, Janina-Gruben y otros fueron enviados a las cámaras de gas. Antes los prisioneros desahuciados de esos campos pequeños eran traídos a Birkenau o Auschwitz y unos días después enviados a las cámaras de gas. Ahora el proceso se había acortado y pasaban directamente a los crematorios. No era infrecuente que trabajadores de nuestra fábrica fueran seleccionados también para ir a morir gaseados.

El verano de 1944 resultó particularmente cruento en Auschwitz, debido al elevado número de personas masacradas. Fue

entonces que se produjo la aniquilación de los judíos llegados del campo de Theresienstadt y los gitanos que ocuparon dos grandes bloques de Auschwitz durante algún tiempo.

En el invierno de 1943-1944 llegaron al campo varios convoyes procedentes de Bialystok. En ellos viajaban los protagonistas del levantamiento del gueto de esa ciudad. Muchos de ellos fueron fusilados por los SS en cuanto se apearon de los trenes en lo que constituyó el primer caso de ejecución masiva en los andenes de la estación. Los demás fueron enviados a las cámaras de gas. Ni una sola de las personas llegadas en esos trenes permaneció como prisionera en el campo.

En el verano de 1944 llegó a Auschwitz un nutrido grupo de hombres y mujeres procedentes de Majdanek. Una severa epidemia de disentería se cebó con ellos y cada día cientos de personas eran llevadas a las cámaras de gas.

A finales de junio y principios de julio de 1944 se hizo evidente que los alemanes esperaban la llegada de un gran número de personas que serían exterminadas. A pesar de que tanto las cámaras de gas como los hornos crematorios trabajaban a plena capacidad, las excavadoras comenzaron a abrir enormes zanjas y las brigadas destinadas al trabajo en los bosques recibieron instrucciones de incrementar el suministro de leña. Muy pronto comenzaron a llegar los convoyes cargados de judíos húngaros. Unos quinientos mil judíos húngaros fueron exterminados en Auschwitz a lo largo de los meses de julio y agosto.

Los primeros judíos húngaros que arribaron al campo fueron obligados a escribir cartas a sus casas contando que se encontraban en el Waldsee, cerca de Viena, y habían encontrado estupendas condiciones de vida. No obstante, muy pronto los convoyes eran llevados directamente hasta las cámaras de gas. Los recién llegados esperaban pacientemente en la fila para acceder a los baños, como se les indicaba.

Por aquellos días las cámaras de gas «procesaban» entre veinte y veintiséis mil personas cada día. Los crematorios no eran capaces de asimilar tal cantidad de cuerpos y los alrededores del campo se llenaron de enormes hogueras. Daba la impresión de que nos hallábamos rodeados de un mar de fuego; el olor a carne humana quemada nos llegaba de todas partes. Nubes de humo cubrían la

tierra. Respirábamos aquel olor, aquel humo, que nos ahogaban y nos privaban de la razón.

En el momento más álgido del exterminio de los judíos húngaros y más precisamente un domingo, el *Lagerführer* Hössler decidió proporcionarse un poco de diversión. Con ese propósito nos hicieron salir a todos de los barracones y nos reunieron en la plaza del campo donde una orquesta tocaba música ininterrumpidamente. Entretanto, Hössler, vestido con un traje tirolés y pantalones cortos de piel, y tocado con un gorro del que sobresalía una pluma, se paseaba por todo el campo y gozaba del rojizo color que las llamas daban al cielo.

Más o menos por aquellas mismas semanas llegaron a Auschwitz un buen número de mujeres y niños judíos de Yugoslavia y, poco después, sesenta y cinco mil judíos del gueto de Lodz.

En 1944 se produjo un particular incremento de los «experimentos médicos» realizados sobre prisioneros de Auschwitz. Ya antes, en 1943, los niños menores de dieciséis años que llegaban en los trenes eran apartados con ese propósito. Todos ellos fueron sometidos a toda suerte de experimentos y después los asesinaban mediante inyecciones letales. Más adelante se seleccionaban víctimas de los experimentos en cada uno de los trenes que arribaban al campo. En la primavera de 1944 las mujeres destinadas a los experimentos eran encerradas en el segundo barracón de la nueva ampliación. Ese barracón fue rodeado con una cerca de alambre de espino y provisto de una guardia especial.

También los bloques octavo, noveno y décimo fueron rodeados de alambradas. En todos ellos fueron encerradas mujeres sujetas a experimentos.

Todas ellas fueron enviadas paulatinamente a las cámaras de gas. Las pocas que sobrevivieron hasta los últimos días de la existencia del campo fueron asesinadas cuando se produjo la evacuación final.

Los hombres fueron castrados. A algunos les extirparon un testículo; a otros, los dos.

Los aislados casos de resistencia y las tentativas de fuga eran frecuentes. En el verano de 1943 un ingeniero polaco consiguió escapar llevándose consigo los planos de construcción del campo. Los alemanes vengaron su fuga colgando a otros doce polacos que

trabajaban con él. Después anunciaron que cada fuga sería castigada con la ejecución de un centenar de prisioneros. Con todo, eso no detuvo a la gente y las tentativas de fuga se sucedían sin cesar. Otro polaco de Varsovia, Henach Gromp intentó fugarse con su hermano y un judío checoslovaco. Fueron capturados y Henach enviado al campo de Janina-Gruben, mientras los otros dos eran encerrados en el bunker (o prisión) de Birkenau. Henach volvió a intentarlo y se puso a cavar un túnel, pero también esa tentativa fue descubierta por los alemanes, quienes acabaron por traerlo de vuelta a Birkenau y colgándolo a la vista de todos. Sus dos camaradas también perseveraron en sus planes de fuga y muy pronto corrieron su misma suerte.

La cárcel del campo —o bunker— estaba ubicada en el onceno barracón. Todos sabíamos qué esperaba a quienes iban a parar allí. Cada diez días se celebraba una parodia de juicio a los reos del bunker. La sentencia era siempre la misma: condena a muerte. La pared frente a la que se realizaban las ejecuciones era conocida como «paredón negro». Buena parte de los ejecutados en el «bunker» fueron polacos: partisanos de ambos sexos. También ejecutaron allí a muchos judíos fugados de los guetos. En una ocasión llevaron al «paredón negro» a una joven judía y a sus dos hijos de corta edad.

En 1944 las cámaras de gas móviles se ocuparon de las ejecuciones que antes tenían lugar ante el «paredón negro». La cámara de gas móvil se mantuvo en funcionamiento hasta el último día de existencia del campo.

En ocasiones veíamos manchas de sangre humana todavía fresca cuando regresábamos del trabajo. Un día, al traspasar la verja, nos dimos de bruces con un camión de cuya parte trasera corrían ríos de sangre: estaba lleno de cadáveres de personas recién ejecutadas.

Un día de principios de 1944, todavía en invierno, regresamos al campo muy tarde después de una larga jornada de trabajo y nos encontramos a todos los prisioneros reunidos en la plaza para un gigantesco recuento. Se percibía a las claras que algo extraordinario había ocurrido. Y en efecto, pronto supimos que había tenido lugar un incidente que alarmó enormemente a los alemanes. Su protagonista fue una joven judía llegada ese día al campo en un convoy proveniente de Francia. Cuando era conducida, ya desnuda,

a la cámara de gas, la joven abandonó la fila y encaró al *Raportführer* Schillinger, encargado de la operación de gaseado, rogándole que le perdonara la vida. De pie con las manos en los bolsillos, y meciéndose levemente, Schillinger se rio en su cara. Súbitamente la joven tomó impulso y le pegó tal puñetazo en el rostro que el oficial alemán cayó al suelo. La joven le quitó el revólver, le disparó varios tiros a quemarropa hasta darle muerte, disparó sobre otro SS a quien también mató y aún tuvo tiempo de herir a un tercero antes de caer abatida a balazos.

Otro incidente parecido se produjo cuando un judío de Yugoslavia empleado en el *Sonderkommando* se arrojó al fuego del crematorio arrastrando consigo a un SS.

A finales de 1943 surgió una organización clandestina en el campo. Había gente muy diversa en la organización y su cuerpo directivo. En un primer momento, la organización funcionaba por colectivos de una misma nacionalidad. Sabíamos que los comunistas dirigían las labores de resistencia.

Yo entré a la organización de la mano de Gutman, quien antes había tomado parte en el levantamiento del gueto de Varsovia. Después involucré a otros camaradas, como a Alberstat y Robert (este último era un belga, cuyo apellido no recuerdo). Estábamos organizados en pequeñas células y cada uno de nosotros apenas conocía a aquellos de quienes recibía órdenes y a aquellos a quienes debía encargar la realización de una u otra tarea. Conseguimos establecer contacto con los campos donde tenían a las mujeres, con los prisioneros que integraban los *Sonderkommandos* y hasta con los prisioneros de los campos pequeños.

En un primer momento la organización se planteó como tarea principal la prestación de ayuda a los camaradas más necesitados. Más adelante se organizó un eficaz sistema de transmisión de informaciones. Gracias a la colaboración de los camaradas que trabajaban en el taller de reparación de equipos de radio conseguimos escuchar de manera más o menos regular las emisiones de la radio soviética. Las noticias acerca de las victorias del Ejército Rojo corrían de boca en boca y nos insuflaban ánimos y esperanzas de que el día en que las bestias fascistas se verían obligadas a pagar por sus crímenes estaba próximo. Entretanto, en los talleres fabricábamos tenazas que nos permitieran cortar las

alambradas que rodeaban el perímetro del campo.

Muy pronto emprendimos la realización de acciones de sabotaje en la fábrica: ralentizábamos el ritmo de trabajo, estropeábamos la maquinaria, *etc*.

Siguiendo una sugerencia de la dirección de la organización clandestina, en mayo de 1944 cambié al turno de noche para establecer contacto con los trabajadores de ese turno y sumarlos a las tareas conspirativas. Nuestra actividad traía notables frutos. Muy pronto comenzamos a robar pequeñas cantidades de pólvora que hacíamos llegar a los trabajadores de los *Sonderkommandos* que formaban parte de la organización.

A finales de julio de 1944 los alemanes procedieron a ejecutar a los miembros de los *Sonderkommandos* que se habían ocupado de incinerar a los judíos húngaros. Varios centenares de ellos fueron asfixiados en las cámaras destinadas en Auschwitz a la desinfección de los objetos de los condenados a muerte llegados al campo. Los demás conocieron muy pronto la suerte corrida por sus camaradas. Entonces, ciento veinte hombres del *Sonderkommando* se amotinaron contra sus guardias, arrojaron al horno al jefe de uno de los crematorios, hicieron saltar los crematorios por los aires y huyeron. Los fugados fueron víctimas de una feroz persecución y muchos de ellos perdieron la vida en el intento. Con todo, según las informaciones que obtuvimos, treinta y seis de ellos consiguieron escapar con vida.

A partir de entonces el campo fue objeto de permanentes registros y se incrementó la represión que padecían los prisioneros. Schultz, el alemán que ejercía de «*kapo*» en el turno de noche de la fábrica fue arrestado. Cierta carta que encontraron en poder de una joven de Cracovia condujo a la detención de otras tres muchachas. Las cuatro fueron colgadas a la entrada de la fábrica —dos ante los trabajadores del turno de mañana; las otras dos ante los trabajadores del turno de noche. El *Lagerführer* Hössler dirigió personalmente las cuatro ejecuciones.

Cinco miembros de la organización clandestina decidieron huir del campo para establecer contacto con el mundo exterior y preparar un levantamiento más abarcador. Se escondieron dentro de las cajas en las que salían del campo los objetos que habían pertenecido a los condenados. Pero el conductor del camión

descubrió su presencia entre la carga y los denunció. Todos fueron devueltos al campo y colgados «por intento de fuga y atentado contra el campo».

Los ánimos estaban extremadamente caldeados. Se emprendió la construcción de un nuevo camino entre el campo y la fábrica, flanqueado por sendas alambradas.

A la altura de diciembre de 1944 comprendimos que los alemanes se estaban preparando para liquidar el campo.

Con el comienzo de 1945 los aviones soviéticos sobrevolaban Auschwitz con frecuencia cada vez mayor. A última hora del 12 de enero, cuando apenas nos disponíamos a emprender el trabajo en el turno de noche, escuchamos una tremenda explosión y se apagaron todas las luces. No tardamos en enterarnos de que la bomba había caído sobre el sector del campo destinado a las viviendas de los SS y que éstos habían sufrido cuantiosas bajas.

Cada vez que se producía uno de aquellos bombardeos, se podía ver a muchos prisioneros rezando por morir bajo las bombas, antes que hacerlo a manos de los alemanes.

Los fascistas no podían ocultar el pánico que sentían. La sensación de que el fin era inminente se había apoderado de todos. Pero ¿cuál era exactamente el final que nos esperaba a nosotros, los prisioneros? La angustia corroía nuestros corazones.

Pronto comenzó la evacuación del campo. Primero se llevaron a los polacos. En la noche del 18 de enero nos tocó emprender la marcha hacia el oeste. Había un SS por cada cinco prisioneros. Salvamos a pie unos setenta kilómetros. Los rezagados eran ejecutados sin piedad. Unas quinientas personas perdieron así la vida en los dos días que duró la marcha.

El 20 de enero llegamos ante un modesto apeadero. Había cadáveres por todas partes. Todo aquel que se apartaba siquiera un paso de la columna era asesinado a tiros. Allí nos hicieron subir a vagones de carga y, una vez lleno hasta los topes, el convoy se puso en marcha.

Esa misma noche, cuando el tren circulaba a unos quince kilómetros del río Neisse, conseguí escapar. Pasé diez días escondido en los bosques hasta que me atreví a salir. Entonces fui arrestado, pero conseguí fugarme por segunda vez, me camuflé entre un grupo de refugiados alemanes y así pude llegar hasta

Falkenburg. Allí volví a ser detenido y condenado a muerte por fusilamiento. Pero también entonces me las apañé para escapar y tras superar incontables vicisitudes crucé la línea del frente el 3 de febrero. Tras ser sometido al correspondiente proceso de verificación, ahora cuento con el honor de servir en las filas del Ejército Rojo. Y me hace feliz haber participado en varios combates contra los fascistas. El 7 de mayo resulté herido y tuve que pasar dos meses en el hospital.

Ahora he sido desmovilizado del ejército. Pude visitar mi patria chica, Óstrino. La ciudad recupera su ritmo habitual. Sangran todavía las heridas en mi corazón. Todo me recuerda a los míos y en especial a mis queridos hijos. Por eso acabé tomando la decisión de marchar a vivir en otra ciudad. La patria soviética me brindó esa posibilidad. Soy un buen profesional y me gusta mi trabajo. ¡Hay que vivir la vida! ¡Y así lo haré de buen seguro!

EDITOR: L. GOLDBERG

Relato del ex prisionero M. Sheinman

Me alisté como voluntario en las milicias populares desde los primeros días de la guerra con el declarado propósito de formar parte del ejército regular. A principios de septiembre de 1941 la unidad a la que pertenecía fue rodeada cerca de Viazma. De repente nos vimos aislados tras las líneas de la retaguardia alemana. El 12 de octubre intentamos un ataque y fui herido en una pierna. El invierno de 1941 fue de los tempranos, de manera que aparte de estar herido muy pronto sufrí de congelación en ambas piernas y me vi incapaz de andar. El 19 de octubre el pequeño grupo de camaradas con los que intentaba escapar del cerco alemán me abandonó en la aldea Levinka, comarca de Temkino, región de Smolensk. Allí, el 27 de octubre, me capturaron los alemanes.

Ese día dio comienzo mi penoso paso por los campos de concentración fascistas.

En mi calidad de ciudadano soviético, comisario de batallón y, por añadidura, judío, mi situación en el cautiverio fue la de alguien siempre expuesto a padecer una condena a muerte, sentencia que podía ser ejecutada en cualquier momento, si los alemanes descubrían quién yo era en realidad. Los ciudadanos soviéticos que caían prisioneros morían en masa de frío y de hambre, se dejaban la vida en las insoportables condiciones de los «hospitales» de los campos o en las llamadas «brigadas de trabajo». Millares de ellos eran abatidos a tiros por los alemanes durante el viaje a los campos. Los heridos solían ser rematados en el campo de batalla. Los alemanes diseñaron e implementaron de manera metódica y permanente un sistema que buscaba el exterminio del mayor número posible de las personas que se veían presas de aquel meticuloso engranaje carcelario.

Durante los primeros meses de la guerra, los alemanes tenían plena certeza en su victoria y en la impunidad de sus actos. Por eso no se preocupaban por disimular la premeditada aniquilación de los prisioneros. Lo cierto es que ese exterminio calculado se prolongó

hasta los últimos días de la guerra, si bien a partir de cierto momento los verdugos intentaban borrar las huellas de sus crímenes.

A continuación expondré varios datos relativos a los campos de concentración por los que pasé, así como otros datos que me fueron comunicados por mis camaradas de cautiverio.

Tras ser capturado por los alemanes, permanecí ingresado en el «hospital» para prisioneros de guerra de la ciudad de Viazma desde noviembre de 1941 hasta el 12 de febrero de 1942. Según testimonios de los médicos que trabajaban entonces en el «hospital» ese invierno murieron setenta mil prisioneros en el campo de concentración de Viazma. Alojados en edificios en ruinas que carecían de techos, ventanas y puertas, eran muchos los que se tumbaban a dormir en las noches y amanecían muertos por congelación. Por añadidura, aquellas personas famélicas, harapientas y exhaustas —todas ellas prisioneros de guerra soviéticos— eran obligadas a realizar penosos trabajos. Eran pocos los que iban a parar al «hospital»: la mayoría moría en el propio campo.

En febrero de 1942 fui transferido al campo de concentración de Molodechno (Bielorrusia). Allí, también según los testimonios de médicos y enfermeros, murieron de frío y tifus algo menos de cuarenta y tres mil personas.

Entre diciembre de 1943 y agosto de 1944 permanecí recluido en el campo de concentración de Czestochowa (Polonia). Decenas de miles de prisioneros de guerra murieron en ese campo, muchos de ellos fusilados por los alemanes. Cada día se podía ver cómo llevaban al cementerio en un carro cubierto los cadáveres de quienes habían muerto de frío o tuberculosis durante la noche. El médico que acompañaba los cadáveres me dijo que Czestochowa contaba con varios cementerios y en todos ellos reposan los cuerpos de muchos prisioneros de guerra soviéticos. Los enterraban en dos o tres capas superpuestas; los cadáveres eran colocados unos sobre otros en enormes zanjas a modo de trincheras. Cada una de las zanjas contenía unos diez mil cadáveres. En los años 1942 y 1943 tenían lugar constantes fusilamientos en masa de prisioneros de guerra. Comisarios políticos, judíos, oficiales del Ejército Rojo e intelectuales eran las víctimas habituales de esos fusilamientos.

Largos miles de prisioneros de guerra soviéticos fueron sometidos a torturas en los campos de concentración de Alemania. Uno de esos campos, el de Dalum, estaba ubicado a poca distancia del último campo donde estuve recluido, el de Wesuwe, en Meppen, a poca distancia de la frontera con Holanda. En junio de 1945, ya escapados del cautiverio, los camaradas que consiguieron sobrevivir erigieron un monumento en el cementerio de Dalum a los treinta y cuatro mil prisioneros rusos asesinados allí por los alemanes. También en el campo de concentración N.° 326, no lejos de la ciudad de Paderborn y Bielefeld, se inauguró poco después de la liberación un monumento en memoria de los sesenta y cinco mil prisioneros de guerra soviéticos que sufrieron en ese campo los tormentos infligidos por los alemanes.

De acuerdo con el testimonio de M. V. Sutiaguin, antiguo comisario de la División de Infantería de las milicias populares de Moscú, quien, como yo, cayó prisionero a las afueras de Viazma, en el campo de Gomel, donde estuvo recluido, morían en diciembre de 1941 entre cuatrocientas y quinientas personas a diario.

Otro de mis compañeros de cautiverio, el coronel A. G. Molev, pasó cierto tiempo en el campo de Demblin (Polonia). De los ciento sesenta mil prisioneros que se encontraban en ese campo entre septiembre de 1941 y marzo de 1942 murieron cerca de cien mil.[135] De acuerdo con otro de mis compañeros de cautiverio, D. V. Shuturov, de Dniépropetróvsk, en el campo de Zamostie, destinado a oficiales del Ejército Rojo, a finales del mes de marzo de 1942 apenas quedaban con vida dos mil quinientos de los doce mil prisioneros allí encerrados. Los demás murieron de hambre o de frío.

Según el testimonio del médico V. A. Sayko, entre 1941 y mayo de 1943, murieron cerca de sesenta mil prisioneros en el campo de Zhitomir. En otro campo, el de Suvalki, desde el principio de la guerra y hasta el 1 de mayo de 1944 murieron cincuenta y cuatro mil prisioneros. Y ha de tenerse en cuenta que ese dato procede de los registros de la comandancia alemana, que solía rebajar las cifras de muertos.

El ingeniero V. V. Fokin se desempeñó durante unas semanas de los finales de 1941 como jefe del servicio médico del campo de Moguiliov. Más tarde, en 1943, coincidimos en el campo de

Kalvaria y allí me contó que en el invierno de 1942-1943 murieron más de cien mil personas en Moguiliov, ya fuera de hambre, de frío o debido a los tormentos infligidos a los prisioneros por los fascistas. Cada día morían cerca de setecientas personas en aquel campo; tantas, que no había tiempo para darles sepultura.

El camarada S. P. Doroshenko, quien trabajó como médico en el hospital para prisioneros de guerra en Minsk, entre julio de 1941 y marzo de 1942 murieron ciento diez mil personas en el campo de concentración de esa ciudad. Unas cuatrocientas o quinientas personas morían a diario.

En el invierno de 1941-1942 los alemanes establecieron algunos campos de concentración cuyos prisioneros vivían a la intemperie. Así ocurría, por ejemplo, con los campos de Zamostie, Sujozhébrovo (en las inmediaciones de Sieldce), Minsk, *etc.* Las condiciones de vida en esos campos provocaban la muerte a la práctica totalidad de los prisioneros alojados en ellos. En el campo de Zamostie, destinado a acoger soldados rasos del Ejército Rojo, los prisioneros dormían a cielo abierto a finales de 1941. Ese octubre cayeron las primeras nieves. Dos mil personas murieron por congelación en apenas un par de días.

En el invierno de 1941-1942 los alemanes obligaban a los prisioneros de los campos a abandonar los barracones a primera hora de la mañana y no les permitían volver a entrar en ellos hasta la caída de la tarde. La gente se helaba. También las magras raciones de comida las recibían a la intemperie. En el invierno de 1941 los prisioneros se veían obligados a guardar fila durante tres y hasta cuatro horas expuestos al frío para recibir la «comida». Cada día se contaban varias muertes entre las personas que aguardaban por la ración de alimentos.

Millares de prisioneros morían durante los traslados a pie o en los convoyes ferroviarios. Los rezagados eran asesinados a tiros, una práctica esta que se prolongó hasta los últimos días de la guerra. Con frecuencia los guardias disparaban contra las columnas de prisioneros que eran trasladados de un campo a otro. Lo hacían por mera diversión. En el invierno de 1941 se produjeron casos en los que salían columnas de seis mil hombres de un campo de concentración y apenas llegaban dos o tres mil al lugar de destino. El resto moría por congelación durante la marcha o era abatido a

tiros por los alemanes.

Los prisioneros eran trasladados en vagones de carga (sin calefacción) o en plataformas abiertas. Cada vagón transportaba a un centenar de prisioneros que se helaban o morían asfixiados. En febrero de 1942 se produjo el reasentamiento del «hospital» para prisioneros de guerra de Viazma. Sus pacientes fueron llevados a Molodechno. En cada una de las paradas, los alemanes sacaban de los vagones a los muertos por inanición o frío.

El camarada D. S. Filkin estuvo recluido en el campo de concentración N.° 3 de Grodno. Según su testimonio, en febrero de 1942 llegó a ese campo un convoy con origen en Bobruyska en el que viajaban mil doscientos prisioneros de guerra. Al abrir las puertas de los vagones se vio que ochocientos de ellos habían muerto de frío o asfixia durante el viaje. Apenas sesenta de los prisioneros que viajaron en ese convoy estaban vivos en julio de 1942.

Cuando arribó a Viazma en diciembre de 1941 el convoy en el que los alemanes trasladaron a los prisioneros de Shajóvskaya, el médico soviético encargado de recibirlos se encontró, según me dijo, con que la mayor parte del pasaje había muerto de congelación durante el viaje. Los cadáveres fueron sacados de los vagones y apilados en el andén. Algunos de aquellos hombres aun agonizaban, intentaban levantar los brazos, lanzaban quejidos. A ésos los alemanes los detectaban rápidamente y les daban el tiro de gracia.

La crueldad y la inventiva de los alemanes cuando se trataba de asesinar no conocían límites en los campos donde encerraban a los prisioneros de guerra, ya fuera en las brigadas de castigo o en las regulares.

Por lo general, entre 1941 y 1943 los prisioneros apenas recibían nada de comer durante la primera semana de cautiverio. Con todo cinismo, los alemanes decían que así debía hacerse para conseguir que se debilitaran y se abstuvieran de emprender tentativas de fuga. En los meses de enero y febrero de 1942 los pacientes del «hospital» de Viazma recibían apenas setenta gramos de centeno crudo a modo de ración diaria. Con ese grano se cocía un «bodrio» del que les repartían medio litro por persona. No les daban pan. No sorprende, pues, que los pacientes se debilitaran y

acabaran muriendo como moscas.

En los veranos de los años 1941 al 1943 los prisioneros se alimentaron de las hierbas que cubrían los campos de concentración donde los encerraron, se comieron las hojas de los árboles, se zamparon hasta las ranas que conseguían atrapar, masticaron la piel de los caballos que conseguían a duras penas y freían a hurtadillas. La sal era un lujo que no se podían permitir.

[Los médicos han establecido que el número máximo de calorías que ingerían los prisioneros de guerra soviéticos en los campos de concentración alemanes no superaba las 1300-1400 calorías, mientras que una persona que no realiza trabajos físicos requiere 2400 calorías diarias y una expuesta a trabajo intenso necesita entre 3400 y 3600.]

El peso de muchos prisioneros adultos no superaba los treinta o los treinta y dos kilogramos, que es el peso de un adolescente.

Los fascistas ponían todo tipo de obstáculos a la implementación de servicios médicos en los campos. Por regla general, se negaban a suministrar medicamentos de ningún tipo a los prisioneros. Los enfermos permanecían durante semanas en los «hospitales» con las heridas descubiertas, porque se carecía de los vendajes necesarios. Tampoco se disponía de instrumental quirúrgico. Muchos miles de prisioneros soviéticos murieron en los hospitales víctimas de heridas y septicemias, pero sobre todo de la inanición, disentería, tifus y tuberculosis.

Durante mi vida en cautiverio, tuve ocasión de permanecer ingresado en los «hospitales» de los campos de Viazma, Molodechno, Kalvaria, Czestochowa y Ebelsbach. El término «hospital» no se aplica a ninguno de esos establecimientos. En Viazma, por ejemplo, las dependencias del hospital ocupaban una serie de casitas semiderruidas a las afueras de la ciudad que habían sido abandonadas por sus habitantes y los pabellones, también en ruinas, de una antigua cremería. En las casitas el frío era intenso y estaba muy oscuro. Los heridos tenían que tumbarse sobre el suelo desnudo. Carecían hasta de paja con la que improvisar jergones. Tan sólo hacia el final de mi estancia en Viazma se proporcionaron literas al hospital, pero aun en ellas los enfermos dormían sobre las tablas, pues tampoco había jergones. Los medicamentos brillaban por su ausencia. Había una cantidad de pulgas sencillamente colosal. En los tres meses y medio que pasé en Viazma no nos

llevaron a tomar un baño ni una sola vez.

Otro tanto sucedía en el hospital de Molodechno. En cada una de sus secciones, ochenta enfermos se tumbaban en el suelo formando filas de a cuatro y pegándose con fuerza unos a otros. El tifus se había adueñado de las instalaciones del hospital. Contábamos con un solo termómetro para toda una planta, es decir, ocho o diez secciones. Contraje el tifus. Durante todo el tiempo que duró mi enfermedad el médico me pudo medir la temperatura tan sólo una vez. Regían instrucciones de espulgarnos tres o cuatro veces al día. El procedimiento pasaba por desnudarnos completamente y examinar cada una de nuestras piezas de ropa. Cada uno de esas operaciones se saldaba con unas trescientas o cuatrocientas pulgas grandes sacadas de ropas y sábanas. Las pulgas pequeñas eran reunidas a puñados. Los alemanes no tomaban medidas para combatir las pulgas. Los médicos me contaron algunos casos en que los alemanes «enfrentaban» terminantemente el problema del tifus: quemaban los barracones con los enfermos dentro.

Los fascistas desarrollaron todo un sofisticado sistema de castigos destinado a infligir el mayor sufrimiento físico a los prisioneros de guerra y humillar su dignidad de seres humanos. Los azotes, las golpizas y los encierros en celdas y zulos eran frecuentes en los campos de concentración. Los prisioneros eran torturados, colgados y fusilados con los más pedestres pretextos.

Tanto en el campo de concentración de Molodechno, como más tarde en el Kalvaria, fuimos testigos de cómo azotaban a los prisioneros en medio del patio. De azotarlos se ocupaban los policías de los campos, pero era frecuente ver a los oficiales alemanes supervisando los tormentos. En Molodechno fui testigo de cómo un oficial alemán arrancaba la fusta al policía y se aplicaba a golpear con toda su fuerza el cuerpo desnudo de un prisionero tendido y atado a un banco. Al término de la azotaina el oficial avisó al policía: si no golpeaba con esa fuerza a los prisioneros, él mismo acabaría como ellos.

Tan sólo la más pervertida mente de un sádico pudo idear el sistema de torturas que eran moneda común en los campos de concentración. Especialmente, las torturas a las que eran sometidos los oficiales del Ejército Rojo, los comisarios políticos y los judíos.

El Comisario político de segunda Mélnikov, oriundo de la población de Rogachev, distrito de Beriózovo, región de Stalingrado, me contó lo que sigue. Mélnikov fue hecho prisionero a las afueras de la ciudad de Kerch en mayo de 1942. Fue traicionado. Quien lo delató dijo a los alemanes que se trataba de un comisario político. Sus captores lo enviaron al campo N.° 326 (una instalación ubicada cerca de Augustdorf, a cierta distancia de Paderborn y Bielefeld) donde existía el llamado «Bloque SS» destinado a mantener bajo encierro a los comisarios políticos, los judíos y otros prisioneros muy sospechosos.

A ese bloque fue a parar el camarada Mélnikov. El interrogatorio al que fue sometido se centró primordialmente en establecer si había algún judío entre sus antepasados. Lo interrogaron a golpes. Le pegaban con las culatas de las pistolas y le arrancaron varios dientes. Después lo golpearon con porras de goma buscando que confesara que había sido comisario político. En aquel bloque las golpizas duraban hasta que los detenidos perdían el conocimiento. Cuando ello ocurría, el torturado recibía un baño de agua fría. Una vez recuperado, se reanudaban los golpes. Los obligaban a colocar los dedos en los marcos de las puertas y cerraban éstas con violencia hasta rompérselos. Sumergían sus cabezas en tinas de agua dispuestas ex profeso. A veces les mantenían las cabezas bajo el agua hasta que los interrogados se ahogaban.

Después de ser torturado durante dos horas, el camarada Mélnikov fue conducido a realizar «maniobras tácticas». Éstas consistían en trepar semidesnudo por una cuerda mojada con los excrementos de las letrinas hasta los veinte metros y después darse la vuelta y salvar la misma distancia descolgándose de espaldas por la misma cuerda.

Para recibir la ración de comida en aquel bloque se debía seguir el siguiente procedimiento. Los prisioneros eran obligados a formar una fila separada en unos veinte o treinta metros de las ollas de las que servían la «sopa». Cada prisionero tenía que avanzar desde la fila hasta las ollas arrastrándose sobre el vientre. Allí recibían el cucharón de bodrio que tenían que beberse en un santiamén. A quien se rezagara o intentara adelantar a su predecesor lo esperaban los palos y las dentelladas de los perros. De día la ración consistía en media olla de bodrio compuesto de nabos y agua a

repartir entre todos y cien gramos de pan por persona. De noche se limitaban a servir un poco de agua hirviendo. Después de la comida los prisioneros eran llevados a hacer «gimnasia» física, una actividad que se prolongaba entre las 12.30 y las 14.30 y consistía básicamente en correr en torno al bloque. Quienes se rezagaban o caían desplomados eran objeto de golpes y castigos: se los obligaba a permanecer de pie e inmóviles durante dos horas con las manos atadas a la espalda y una pesada piedra colgando del cuello. Después de las carreras alrededor del barracón los alemanes ordenaban cavar un agujero de cincuenta centímetros de diámetro al que debía bajar uno de los prisioneros, Cuando lo hacía, sus compañeros lo cubrían de tierra hasta el pecho y le ordenaban salir. Seguidamente, se seguía el mismo procedimiento con el resto de los prisioneros. Por último, los alemanes ordenaban llenar el agujero de agua con la ayuda de un cubo que tenía el fondo agujereado y vaciarlo después utilizando el mismo cubo. A la caída de la tarde los ochenta prisioneros que ocupaban entonces el bloque tenían que encaramarse a saltos unas diez o quince veces a las literas de tres niveles en las que dormían. Los rezagados eran hostigados por los perros. Y así hasta las siete o las ocho de la tarde. Ya en la noche los prisioneros eran obligados a sacar la orina y las heces de los retretes. Para ello tenían que servirse de las mismas escudillas en las que tomaban los alimentos. Después eran conducidos a los baños donde los rociaban con agua fría y caliente que salía de una manguera de incendios. A las nueve de la noche se les servía el «té» —en realidad, unos buches de agua hirviendo. Entre las nueve y media y las diez de las noches tenía lugar una nueva sesión de «gimnasia» que consistía en obligar a aquellos hombres exhaustos a correr alrededor del bloque. Entre las once y las doce de la noche continuaba el paseo, esta vez a paso de ganso. A medianoche se recibía la orden de volver al barracón. Apenas tres horas más tarde comenzaba un nuevo día de torturas. Los judíos eran liquidados después de sucesivas jornadas de torturas. Pero eran pocos los no judíos que conseguían soportar aquel trato inhumano. Unos y otros encontraban el mismo fin.

Los fascistas atormentaban y asesinaban a los prisioneros sometidos a trabajos forzados en fábricas, minas y canteras. Desde diciembre de 1944 y hasta finales de mi confinamiento permanecí

detenido en el campo de exterminio de Wesuwe. Allí enviaban a morir a los prisioneros de guerra soviéticos que habían pasado una temporada en las fábricas alemanas o habían quedado inválidos. Había muchos campos convertidos en morideros. En las inmediaciones de Wesuwe había varios de ellos: Dalum, Witmarschen, Alexis, *etc.* Todos ellos formaban parte de un mismo complejo carcelario, el conocido como Stalag VI-C.

Wesuwe daba alojamiento por entonces a unos mil quinientos prisioneros, casi todos tuberculosos sin remisión. *[Después de ser liberados, al campo de Wesuwe acudieron oficiales y soldados británicos y canadienses acompañados por médicos. Estos últimos preguntaban a los tuberculosos cómo habían podido llegar a tal estado. Entonces escucharon estremecedores relatos y supieron que]* los alemanes enviaban a trabajar en minas y fábricas a jóvenes y sanos soldados y oficiales del Ejército Rojo que habían hecho prisioneros. Todos eran obligados a trabajar entre catorce y dieciséis horas por jornada, mientras apenas recibían dos litros de un bodrio hecho de hierbas y nabos y trescientos gramos de pan como única ración. Los prisioneros eran sometidos a toda suerte de vejaciones y golpizas. Naturalmente, hasta los más fornidos de aquellos hombres acabaron contrayendo tuberculosis y fueron a parar a los campos de exterminio. Su lugar era ocupado por otros tantos jóvenes sanos salidos de otros campos de concentración. Medio año después también ellos correrían la misma suerte. Así funcionaba la fábrica de la muerte implementada por los hitlerianos. Con todo, tampoco en los campos de exterminio se permitía a los prisioneros morir en paz. Sus verdugos se aseguraban de que hasta el último momento de sus vidas aquellos hombres sufrieran de hambre y de frío, mientras eran sometidos a crueles golpizas y vejaciones.

Desde el primer instante de su cautiverio, los prisioneros perdían sus uniformes y recibían harapos en su lugar. Con ello no sólo exponían a los prisioneros a las inclemencias del tiempo: también los humillaban en su condición de seres humanos. A principios de enero de 1942 un grupo de oficiales del Ejército Rojo, recién hechos prisioneros, llegó al «hospital» de Viazma. La mayoría de ellos venían con los pies congelados. En lugar de venir calzados, traían los pies envueltos en trapos. Sus camaradas nos contaron que al caer prisioneros, lo primero que hicieron los alemanes fue

despojarlos de todas las ropas de abrigo y descalzarlos. De esa guisa, los hacían salvar etapas completas, en medio de terribles heladas. En febrero de 1942, asistí a escenas semejantes, cuando los alemanes despojaban de sus galochas a los prisioneros para calzárselas ellos.

¿Acaso ha de sorprender a alguien que centenares de miles de soviéticos murieran bajo aquellas condiciones? Literalmente, todos ellos fueron torturados hasta la muerte por los carniceros fascistas.

Los fascistas no tuvieron piedad de rusos, ucranianos, bielorrusos, armenios, georgianos, tártaros, judíos, uzbekos o kazajos. Y a la vez, se esforzaban por despertar el odio entre los prisioneros de diversas nacionalidades con el propósito de disgregar a los ciudadanos soviéticos, enfrentarlos entre sí separándolos por nacionalidades, y facilitar así la realización de sus viles planes. En los diarios que publicaban se buscaba indisponer a los rusos con los ucranianos y a estos últimos con los rusos y bielorrusos. En los diario que los alemanes publicaban en lengua ucraniana, Pushkin, Belinski y otros grandes autores rusos eran presentados en términos harto groseros. Entretanto, en los diarios bielorrusos los alemanes la emprendían contra rusos, bielorrusos y demás. En algunos campos los guardias eran ucranianos salidos de las filas de los nacionalistas alemanes con residencia en Ucrania. Se trataba de escoria, nacionalistas y delincuentes. Esos guardias pegaban a rusos, ucranianos, bielorrusos, tártaros, etc., y denunciaban a los judíos. Muchos de ellos se esconden ahora en los campos de la Alemania ocupada por los británicos y los americanos donde se hacen pasar por «refugiados».

Pero no había mayor encono que el que los alemanes alimentaban contra los judíos. Los fascistas desplegaron una propaganda antisemita sin parangón.

Todos los ciudadanos soviéticos caídos en las garras de los alemanes estaban condenados a muerte cualquiera que fuera su nacionalidad. Pero la situación de los judíos era particularmente terrible. Ellos, y los comisarios políticos, eran víctimas de cacerías incesantes. Los judíos caían prisioneros de la misma manera en que lo hacían los rusos, los bielorrusos, los ucranianos o los armenios y los georgianos: eran capturados cuando sus tropas eran rodeadas o al resultar heridos. Entre los pocos judíos que tuve ocasión de

encontrar durante mis años de cautiverio había médicos capturados junto a sus pacientes al resultar rodeados los hospitales en los que prestaban servicios. Algunos de ellos fueron hechos prisioneros en el campo de batalla y gravemente heridos. *[Los militares judíos sabían que una vez caídos en las garras de los alemanes les esperaba una muerte horrible. Por eso, si eran hechos prisioneros era sólo por circunstancias de veras extremas.]*

A finales de 1941 me encontraba en el «hospital» para prisioneros de guerra de Viazma. Un día del mes de diciembre apareció de repente uno de los enfermeros para decirnos que los alemanes estaban buscando judíos. El doctor S. Labkovski, quien había sido jefe del policlínico de la estación ferroviaria de Kaluga, ocupaba una litera cercana a la mía. Labkovski había caído en un cerco alemán e intentando escapar de él se le helaron los pies tanto que perdió los dedos. Sus pies no eran más que dos muñones sanguinolentos. No podía andar ni siquiera ayudándose de muletas. Entretanto, los alemanes descubrieron que era judío. Una noche se aparecieron seis alemanes y le ordenaron recoger sus cosas. Se llevaron a aquel hombre gravemente enfermo. Ese mismo día, los alemanes cargaron con todos los pacientes sospechosos de ser judíos. También arrestaron a los médicos, enfermeros y enfermeras presuntamente judíos. Todos sabíamos qué les esperaba: torturas, tormentos, la muerte.

De acuerdo a los testimonios de personas que estuvieron detenidas en el campo de Roslavl (Smolensk) en 1941 los SS azuzaban a los perros contra los prisioneros. Los sacaban a la plaza central del campo y allí les echaban a los perros. Encantados con el espectáculo, los verdugos la emprendían a palos con los prisioneros que intentaban defenderse de los ataque de los perros apartándolos.

Numerosos judíos y comisarios políticos capturados en el cerco al que los alemanes sometieron a las tropas soviéticas en Viazma en octubre de 1941 fueron arrojados vivos a los pozos de la zona. En la propia Viazma y en el campo de Molodecheno tuve ocasión de escuchar muchos relatos de testigos de aquellas salvajadas. Los cercados eran capturados cuando intentaban llegar a las aldeas y conducidos a puntos de concentración. Allí seleccionaban a los judíos guiándose por sus rasgos físicos, y les daban muerte. En el campo de castigo de Baranóvichi (también conocido entonces como

Ostlager) fusilaban sistemáticamente a los prisioneros judíos, incluidas muchas doctoras y enfermeras. *[En el campo de Brest-Litovsk había un pelotón especial conocido como el R UR (pelotón de régimen especial) integrado por comisarios políticos y judíos. Cada cierto tiempo, los miembros de ese pelotón eran llevados a fusilar.]*

En muchos campos los alemanes sometían a todos y cada uno de los prisioneros de guerra a un minucioso examen que buscaba descubrir la presencia de judíos. El rol jugado por los médicos alemanes al servicio de verdugos y asesinos manchó para siempre su buen nombre. En el campo de Slavutski, los alemanes obligaban a formar a los prisioneros de guerra cada vez que llegaba un convoy y les hacían mostrar sus órganos sexuales. Los hombres de la Gestapo seleccionaban allí mismo a quienes consideraban sospechosos de ser judíos y los llevaban a fusilar. Otro tanto ocurría en el Campo N.° 326, si bien allí los alemanes fusilaban también inmediatamente a los comisarios políticos, los oficiales y los intelectuales, además de a los judíos.

El camarada K. I. Manushin, capitán del Ejército Rojo nacido en Simferopol, me contó cómo en febrero de 1942 los alemanes realizaron un examen corporal a todos los enfermos y heridos del campo de Bokunia, cerca de Zhitomir. En total, se trataba de examinar a unas cuatro mil personas. Los enfermos capaces de ponerse en pie fueron obligados a formar filas en la plaza del campo. Una comisión integrada por el comandante del campo, un *Eeldwebel* y dos médicos examinó a cada uno por separado. Treinta y tres personas fueron consideradas sospechosas y separadas del resto de prisioneros. Los alemanes y los policías la emprendieron a golpes con ellos allí mismo. Tras concluir con el examen de quienes pudieron acudir a la plaza por su propio pie, los miembros de la comisión pasaron a examinar a los enfermos postrados en el interior del hospital. Heridos y enfermos graves de quienes se sospechó pudieran ser judíos fueron arrastrados fuera, golpeados y conducidos al campo general en carretas. A las cinco de la mañana del día siguiente todos los prisioneros seleccionados fueron sacados fuera de las alambradas y fusilados. Otro tanto sucedió en el campo de Zhitomir.

Hasta el otoño de 1943 el campo de Czestochowa también conoció redadas en busca de judíos. Una «Comisión» integrada por

el comandante del campo, un *Feldwebel* y un médico examinaba los grupos de prisioneros que llegaban al campo y seleccionaba a los judíos atendiendo a características físicas que pudieran indicar tal origen. Todos los seleccionados eran fusilados inmediatamente.

El camarada V. A. Pshenitsin, coronel del Ejército Rojo hecho prisionero a las afueras de Piryatin en septiembre de 1941, me contó que desde los primeros días de cautiverio fue testigo de cómo los alemanes daban caza a los judíos durante los desplazamientos, en los puntos de concentración y en los campos de concentración. Así, por ejemplo, en un punto de concentración instalado junto a la población de Kovali los alemanes formaron a los prisioneros y los examinaron en busca de características físicas que indicaran un origen judío. Varios alemanes del Volga y otros alemanes nacionalistas de Ucrania, todos ellos traidores, ayudaban en la detección de judíos. Los seleccionados eran llevados a las afueras del pueblo, se les ordenaba cavar sus propias tumbas y los fusilaban. En todos los puntos de concentración ubicados a lo largo del itinerario se repetía la misma orden: «Judíos y comisarios políticos, ¡fuera!». En la parada que hicieron en Jorol hubo cuatro médicos judíos que obedecieron la orden y abandonaron las filas. Los alemanes se estuvieron mofando de ellos un buen rato hasta que poco después, en Vínnitsa, los fusilaron. Tan sólo en los primeros días de octubre de 1941 los alemanes fusilaron a 378 judíos en el campo de concentración de Vínnitsa. V. A. Pshenitsin vio cómo a finales de septiembre de 1941 llevaron a fusilar a un gran grupo de prisioneros de guerra en el campo de Kremenchug. Algunos enfermos, incapaces de andar por sus propios pies, eran llevados en parihuelas hasta el lugar donde estaba previsto fusilarlos. Semejante operación tuvo lugar en el campo de Vladimir-Volynski. El 2 de marzo de 1942 doscientos veinte prisioneros del campo, todos ellos judíos o comisarios políticos, fueron llevados al otro lado de las alambradas y fusilados. Algunos de ellos eran médicos. También los enfermos graves o los enfermos de tifus acababan fusilados. Los últimos eran sacados en parihuelas con cuarenta grados de fiebre y por lo mismo apenas conscientes. *[Entre otras víctimas conviene recordar a los comandantes Shilkrot y Singer, al médico de Kíev Grinberg, etc.]*

Unos camaradas que llegaron al campo de Czestochowa en el

verano de 1942 me contaron que en cuanto se hubieron instalado en los barracones aparecieron policías en busca de judíos y comisarios políticos. Los judíos eran seleccionados a partir de sus características físicas. El 5 de octubre de 1942 llevaron a fusilar a los judíos. Los comisarios políticos fueron abatidos diez días más tarde.

En el campo de Zhitomir los ocupantes se habían propuesto eliminar en primer lugar a los judíos y los comisarios políticos para después proceder al lento y metódico exterminio de los otros miles de prisioneros de diversas nacionalidades. Todos los prisioneros trasladados al campo debían someterse al escrutinio de una «comisión» especial cuyos miembros establecían si había algún judío. Los que eran reconocidos como tales eran puestos en manos de las SS y acababan alojados en barracones separados de los del resto de prisioneros. A ellos les correspondía realizar los trabajos más pesados y sucios. Cada noche recibían en sus barracones la visita de los hombres de la Gestapo quienes invariablemente acudían acompañados de sus perros. Los perros eran azuzados contra los prisioneros a los que mordían y les destrozaban aún más la ropa ya hecha jirones. Tras someterlos a prolongadas vejaciones, los hombres de la Gestapo sacaban a unos cuantos judíos fuera de la ciudad y los mataban a tiros.

El camarada D. S. Filkin me contó que el 9 de julio de 1942 llegaron de repente dos SS al campo de concentración N.° 3 de Grodno. En aquel campo había un bloque «especial» donde permanecían encerrados ciento tres prisioneros enfermos entre judíos y comisarios políticos heridos. Durante toda la noche los alemanes golpearon a aquella gente a la que faltaban brazos o piernas, todas gravemente enfermas. En la mañana del 10 de julio llegó un vehículo especial con un remolque. Cincuenta enfermos del bloque «especial» fueron obligados a subir al remolque en ropa interior y los llevaron a fusilar. Poco después el vehículo volvió a por otras cincuenta personas. Tan sólo seis prisioneros del bloque «especial» sobrevivieron a aquella masacre.

El camarada N. K. Tijonenko, mayor del Ejército Rojo, quien estuvo prisionero en el campo de concentración para prisioneros de guerra de Mitava en 1941 y 1942, me contó que los alemanes descubrían la presencia de comisarios políticos y judíos entre los

prisioneros gracias a la ayuda que les prestaban sus agentes. Todos los prisioneros que pertenecían a esas dos categorías y eran descubiertos acababan fusilados. *[Por su parte, el comandante L. B. Berlín me contó que en septiembre de 1941 llegó un nuevo grupo de prisioneros al campo de Zhitomir. Todos fueron obligados a formar en la plaza del campo para escuchar el discurso de bienvenida que les dirigió un oficial del campo, asistido por un intérprete. Éstas fueron sus palabras: «La comandancia ha dispuesto que todos los ucranianos marchen mañana a sus casas en entera libertad. Pero tenemos un problema que me impide dejarlos marchar. Resulta que hay un buen número de comisarios políticos y judíos entre vosotros. La opción que tenéis es clara: entregádnoslos y podréis marchar a casa sanos y salvos». A aquella gente exhausta se le ofrecía la libertad a cambio de la delación.]*

En febrero de 1942 fui trasladado al campo para prisioneros de guerra de Molodechno. Para entonces el campo acogía a unas veinte mil personas. Casi dos mil de ellas estaban en el «hospital». Los prisioneros vivían en barracones hechos de planchas de metal. Dentro el frío era insoportable. La alimentación que recibían rozaba el mínimo apto para la vida. En diciembre de 1941 los alemanes hicieron formar a los prisioneros de uno de los barracones y separaron a uno de cada diez. Los ciento cincuenta seleccionados fueron apartados hasta un rincón del campo y allí los masacraron disparándoles con ametralladoras a la vista del resto de prisioneros. Apenas unos pocos de ellos consiguieron salvar la vida, gracias a que consiguieron confundirse entre la multitud de prisioneros en cuanto sonaron los primeros disparos.

La vida en el campo de concentración estaba regida por crueles normas. Así, por ejemplo, uno de los castigos consistía en mantener durante horas a los prisioneros encerrados en jaulas a la intemperie.

Los alemanes impedían ejercer a los médicos judíos, de manera que no podían atender a los prisioneros enfermos. *[Hubo algunas excepciones, pero todas ellas temporales. El doctor Kopylovich, antiguo médico jefe de la policlínica de la ciudad de Shajty, alcanzó a trabajar durante un tiempo en el hospital del campo de Molodechno. Le permitieron ejercer allí por tratarse de un cirujano excepcional. Escuché de labios de muchos camaradas que Kopylovich cumplió a cabalidad su deber a pesar de las penosas circunstancias del cautiverio y salvó así la*

vida a muchos soviéticos. Más tarde lo trasladaron al campo de castigo de Baranóvichi, conocido como «Ost» adonde los alemanes enviaban a los comisarios políticos y a los judíos; un campo del que no había retorno.]

El doctor S. P. Doroshenko, prisionero del campo de Minsk en 1941, me contó que a finales de ese año los alemanes prohibieron a los médicos judíos el acceso al hospital del campo. Durante cierto tiempo el hospital estuvo a cargo del doctor Feldman, quien según me dijeron se desempañaba como director del Servicio de salud de las ciudad de Moguiliov antes de la guerra. A finales de noviembre, Feldman fue convocado a la comandancia alemana y ya no se lo volvió a ver en el campo. También las doctoras judías fueron apartadas del hospital: algunas murieron de hambre; otras fueron fusiladas. Los enfermos y heridos judíos eran alojados en el pabellón destinado a los enfermos de tifus aunque no padecieran esa enfermedad. Más tarde los trasladaron a una sección especial para judíos habilitada en el campo de Minsk. El régimen allí era de veras severo. Los prisioneros recibían alimentos sólo una vez cada dos días y éstos eran de ínfima calidad. A la llegada de la primavera todos los judíos recluidos allí habían muerto de hambre o enfermedades. Según el testimonio de I. K. Deriuguin, muchos judíos del campo de Minsk vivían encerrados en un sótano del que iban saliendo paulatinamente para ser fusilados. El sótano era presa del tifus. Una vez a la semana sacaban los cadáveres de quienes fallecían víctimas de esa epidemia.

En junio de 1942 los alemanes trasladaron a Kalvaria (Lituania) a todos los oficiales del Ejército Rojo retenidos en el campo de concentración de Molodechno. Yo fui uno de los prisioneros trasladados allá junto a todos los enfermos del «hospital». También en Molodechno imperaba un sistema marcado por la arbitrariedad más absoluta.

La situación del pequeño grupo de prisioneros de guerra trasladados a Molodechno que eran, además, médicos y judíos —una docena en total— resultaba particularmente insoportable. Los doctores Belenski, Gordon y Krug, de Moscú, y el doctor Kleiner, de Kaluga, eran algunos de ellos. Todos habían soportado el horror antes de llegar a Kalvaria. Llegados allí fueron aislados junto a un pequeño grupo de comisarios políticos. Los judíos eran las primeras

víctimas de cualquier incidente que perturbara la paz de los alemanes del campo. El anciano doctor Gordon, un cirujano y médico de gran cultura que según su propio testimonio había realizado más de diez mil operaciones quirúrgicas, cayó gravemente enfermo. Padecía de una insoportable hinchazón provocada por la falta de alimentos y tuvo que ser ingresado en el «hospital». No obstante, el médico alemán Beuer ordenó que le dieran el alta, porque no quería judíos en el «hospital», y el doctor Gordon se vio obligado a soportar recuentos que se prolongaban durante largas horas y soportar las más salvajes humillaciones, a pesar del grave estado en que se encontraba.

El encargado del hospital era un enfermero alemán, antiguo barbero. Un tipo joven, aunque ya un canalla de altos quilates. A los soviéticos los trataba con soberano desprecio. Un día entró al barracón y el doctor Gordon, tumbado en la litera, no atinó a incorporarse a tiempo. Aquel degenerado fascista se aprovechó de su debilidad para pegarle una golpiza. Aun viviendo bajo permanente amenaza de muerte y soportando vejaciones y arbitrariedades sin nombre, el doctor Gordon supo encontrar la grandeza de espíritu suficiente como para organizar charlas sobre medicina con sus colegas médicos y aconsejar a los médicos soviéticos que trabajaban en el hospital cuando éstos se enfrentaban a patologías que no conocían.

Otro médico, el doctor Belenski, pediatra, también recibió golpizas propinadas por el mismo barbero alemán que se las daba de «enfermero». Su vida se extinguió en el otoño de 1942.

La cacería de judíos y comisarios políticos no cesaba ni un solo instante. En la primavera de 1943 fueron descubiertos unos veinticinco judíos llegados en diferentes momentos que habían conseguido ocultar su condición de judíos y escapar así a las ejecuciones. El comandante alemán ordenó que les cosieran a sus ropas, en la espalda y el pecho, distintivos cuadrados y de color blanco que sirvieran como signo de la vergüenza. En el verano de 1943 fueron sacados del campo junto a un grupo de comisarios políticos.

Los soviéticos que tuvieron la desgracia de caer en las garras de los alemanes y padecer el cautiverio, a la vez que permanecieron fieles a su patria, eran perfectamente conscientes de los objetivos

que perseguía la política antisemita y hacían todo lo que estaba en sus manos para sabotearla. Muchos médicos soviéticos empleados en los hospitales de los campos para prisioneros de guerra escondían en ellos a judíos y comisarios políticos, como también a oficiales y soldados especialmente expuestos al exterminio. En el Campo N.° 326, un centro destinado a la distribución de prisioneros por el que pasaron muchos miles de personas y donde se llevaba a cabo un exhaustivo examen de cada prisionero con el propósito de filtrar a los judíos, trabajaba un grupo de médicos y enfermeros soviéticos que se dedicaba con ahínco a salvar a comisarios políticos, judíos y otros militares del Ejército Rojo por los que los alemanes tenían un interés especial. Con vistas a salvarles la vida, los médicos y enfermeros soviéticos favorecían el ingreso de estos hombres en los hospitales, les practicaban operaciones ficticias, los proveían de falsas identidades y los enviaban a campos para inválidos de guerra.

Me constan algunos casos en los que camaradas rusos sustituían a camaradas judíos en los recuentos para salvarles la vida.

Yo mismo salvé la vida gracias a hombres soviéticos, mis camaradas rusos, tanto oficiales del Ejército Rojo como médicos.

En Viazma, los doctores Redkin y Sobstel me protegieron de los sabuesos alemanes. En Kalvaria, los médicos me brindaron protección en el hospital del campo, gracias a las instrucciones que recibieron de algunos camaradas, oficiales de alto rango, como el Coronel S. D. Proskurin, el comisario de batallón G. S. Bantrovski y otros. En febrero de 1943, cuando fui devuelto al campo de concentración y surgió una posibilidad real de ser descubierto por los alemanes, el doctor Kuropatenkov, de Leningrado, ordenó mi ingreso en el pabellón de cuarentena. Más tarde y hasta finales de 1943, el doctor A. D. Sheklakov y otros médicos nos escondieron a mí y a otros prisioneros, entre los que había comisarios políticos y empleados de instituciones soviéticas y militares, en la sección del hospital destinada a enfermos de disentería y tuberculosis. En Czestochowa, donde el sistema de espionaje de la Gestapo funcionaba con especial éxito, los médicos me escondieron entre los enfermos de tuberculosis. El doctor N. M. Tsvetayev, de Kizliar, y el coronel S. I Kurinin se preocuparon de mí con señalado ahínco.

Algunos oficiales y soldados del Ejército Rojo tuvieron la

desgracia de caer prisioneros de los alemanes por desafortunadas circunstancias de la guerra. La mayoría de ellos murió en los campos de concentración tras padecer horrores sin nombre o falleció debido al hambre, las enfermedades o las insoportables condiciones de vida que les fueron impuestas. La única razón por la que un pequeño grupo de judíos se cuenta entre los sobrevivientes de tal cruel cautiverio estriba en el apoyo que estos recibieron de sus camaradas rusos, ucranianos, bielorrusos y de otras nacionalidades.

El levantamiento del gueto de Varsovia[136]

NOTA DE LOS EDITORES

Los alemanes encerraron a medio millón de judíos en el gueto de Varsovia. El hambre y las epidemias se cobraron la vida de decenas de miles de ellos. A partir del verano de 1942 la Gestapo sacó del gueto a miles de judíos cada día para trasladarlos a Treblinka. Durante algún tiempo los vecinos del gueto creyeron las promesas alemanas de que los judíos que abandonaban el gueto eran reasentados en los territorios del Este, donde se los empleaba en trabajos agrícolas. Los fascistas se servían de toda suerte de artimañas para mantener en el engaño a los habitantes del gueto de Varsovia. Se trataba de las mismas artimañas que utilizaron con los judíos soviéticos que poblaban las regiones de la Unión Soviética ocupadas por los invasores. Entonces, cuando se disponían a transportarlos a Auschwitz o Treblinka desde las poblaciones o aldeas en el occidente de la Unión Soviética, les aseguraban que viajarían al oeste para ser empleados en fábricas o en labores agrícolas.

Pero la terrible realidad de Treblinka consiguió penetrar por fin los muros del gueto de Varsovia. Y entonces se produjo el levantamiento. La organización clandestina que actuaba en el interior del gueto llevaba largo tiempo reuniendo armas y ocupándose de la preparación militar de sus miembros. La noticia de la existencia de Treblinka y lo que allá ocurría fue la señal necesaria para poner en marcha el levantamiento. También en Bialystok y otros guetos establecidos por los ocupantes en las más diversas ciudades soviéticas y polacas se produjeron levantamientos paralelos.

El levantamiento del gueto de Varsovia constituye un ejemplo de la dimensión que cobró la lucha de los judíos soviéticos y polacos a partir del momento en que se conoció la verdad del exterminio y los verdugos ya no pudieron ocultarla más. Consideramos que la

publicación aquí de este material es pertinente en tanto caracteriza todo un período de lucha. No cabe duda alguna de que el levantamiento del gueto de Varsovia constituye una de las páginas más heroicas y gloriosas de la lucha de la humanidad contra el fascismo. El trágico final que cupo a esa acción condenada a la derrota no hace más que resaltar su grandeza.

A mediados del mes de agosto de 1942 un enlace del Bloque judío antifascista[137] que operaba en el sector polaco contactó con un obrero ferroviario polaco y le hizo entrega de una comunicación destinada al grupo de resistencia que actuaba en el interior del gueto de Varsovia. *[Dicha comunicación constituía la primera y terrible noticia acerca de la suerte que corrían los judíos sacados del gueto por los alemanes;]* era un informe sobre las cámaras de gas que operaban en Treblinka.

La noticia corrió por el gueto con la velocidad de un rayo.

Un disparo resonó de repente en uno de los más oscuros callejones. El joven Izrail Kanal acababa de dar muerte a un gendarme alemán.[138] Muy pronto, otros alemanes cayeron bajo las balas judías.

Las calles del gueto se convirtieron de repente en la arena sobre la que se desarrollaban acontecimientos hasta entonces impensables en las condiciones del terror impuesto por los fascistas. La mano de un vengador anónimo prendió fuego a fábricas y almacenes alemanes donde se producían o guardaban pertrechos bélicos. Airados judíos asaltaron un almacén donde los alemanes guardaban abrigos de pieles confiscados en los territorios ocupados, sacaron toda la mercancía a la calle y le prendieron fuego. Un grupo de vecinos del gueto tomó por asalto la Oficina de expatriaciones y destrozaron el edificio que la albergaba.

Naturalmente, la sangrienta represión alemana no se hizo esperar.

La policía ocupó las calles del gueto y abrió fuego contra los transeúntes y las ventanas de las casas. Destacamentos de fascistas irrumpían en los apartamentos donde vivían destacados líderes judíos. Bandas armadas daban caza a los dirigentes del Bloque antifascista. Levartovski, Sagan, Kaplan, el joven agitador cultural Linder y otros muchos nobles combatientes del movimiento clandestino de resistencia cayeron asesinados.

Los periódicos alemanes que publicaba la conocida como comandancia general incluyeron pequeñas notas sobre esos sucesos bajo la rúbrica «Disputas entre facciones provocan incidentes en el distrito judío». De esa manera la prensa alemana intentaba presentar las primeras acciones armadas de los judíos como un mero episodio de luchas fratricidas. No obstante, aquellas «disputas entre facciones» alarmaron tanto al Gobernador general Frank que se apresuró a informar de los sucesos a Berlín.

Himmler voló rápidamente a Varsovia. Luigi Fucco, corresponsal en Berlín de la revista italiana *La Tribuna*, a la sazón de visita en Varsovia, escribió que el plan de «pacificación» del gueto fue diseñado en el despacho del gobernador de Varsovia Fischer con la activa participación del propio Himmler. La operación de «pacificación» fue señalada para el 1 de septiembre, día en que se celebraba el tercer aniversario de la invasión alemana de Polonia, y consistió en una jornada entera en la que se desató la más terrible y sangrienta represión.

Las organizaciones militares clandestinas existían desde hacía algún tiempo en el gueto. La «Guardia popular» polaca había organizado un destacamento en el llamado «distrito judío». Andrej Schmidt, un hombre con gran experiencia militar adquirida en la Guerra Civil española, donde peleó en Madrid, Somosierra y los márgenes del Ebro, era su máximo dirigente.

Inicialmente, la sección de la «Guardia popular» en el gueto contaba con trescientos combatientes. También se contaba con los efectivos integrados en Spartak, una organización juvenil formada por jóvenes obreros. Los acontecimientos de 1942 condujeron a la integración de ambas organizaciones. Así se creó una única organización de combatientes judíos en la que ingresaron miembros de las distintas agrupaciones políticas, así como un gran número de personas que no pertenecían a ninguna de ellas, a la vez que representaban todos los estratos sociales.

La organización estaba integrada por destacamentos y éstos por células de cinco miembros. Una comandancia regía el trabajo de toda la organización. La integraban Mordejai Anilewicz, *[un activista del movimiento excursionista de veinticuatro años de edad; hombre enérgico, combativo y con ideas propias,]* Mijaíl Rózenfeld, *[un comunista con larga experiencia en la vida del partido]* Guersh

Berlinski, *[viejo líder sindical, quien dirigió las brigadas de autodefensa de Lodz para enfrentar los pogromos en la Polonia prebélica[* Isaac Zukerman, *[miembro de la organización juvenil sionista Hechalutz]* y Mark Edelman, activista de la organización socialista Zukunft.

Desde sus primeros días de existencia la organización estrechó lazos de colaboración con las organizaciones militares clandestinas de Polonia. Al mismo tiempo, se ocupó de extender sus actividades a otros guetos y a esos efectos envió representantes a Lodz, Sosnowiec y Bialystok.

Se imprimían y distribuían impresos clandestinos. Se hacían llamamientos a la población del gueto para que se abstuviera de acudir a las concentraciones ordenadas por los alemanes en los llamados *Umschlagplatz,* a saber, las concentraciones desde las que enviaban a Treblinka a los congregados.

La organización no cesaba de enviar a luchar en los destacamentos partisanos a los vecinos del gueto que corrían mayor peligro. A veces la Gestapo conseguía interceptar a los jóvenes que viajaban hacia los bosques. Cuando lo hacían, los detenidos sufrían todo tipo de torturas en busca de información acerca del funcionamiento de la organización clandestina en el gueto y el movimiento partisano. En una ocasión la Gestapo consiguió detener de golpe a un buen grupo de jóvenes que se escondían en Varsovia. Todos ellos eran miembros de la organización clandestina judía y se preparaban para combatir a los ocupantes. *[Los jóvenes temían acabar doblegándose debido a las torturas y decidieron provocar a los alemanes de manera que éstos los mataran antes de llevarlos a sus mazmorras.]* Así, mientras los alemanes los llevaban por las calles de Varsovia los muchachos comenzaron de repente a gritar vivas al Ejército Rojo y a mofarse de Hitler en los términos más soeces. Como aquello no surtía efecto, se abalanzaron sobre los guardias que los conducían. Entonces se produjo un cruel enfrentamiento en el que todos los jóvenes perdieron la vida heroicamente.

Después de varios meses de arduo trabajo la organización clandestina judía disponía de un nutrido ejército en la sombra.

La creación de la Organización Combatiente Judía (OCJ) constituyó un acontecimiento extraordinario en la vida del gueto.

La joven Tosia Altman, quien integró la organización, relata así el estado de ánimo en que se encontraba cuando tomó la decisión

de enrolarse en la lucha:[139]

«Tenía la sensación de que los cimientos sobre los que se erigía la vida que había llevado hasta entonces se habían hundido de repente y ya no tenía en qué apoyarme. Entonces tomé una decisión y enseguida supe que a partir de entonces ya no habría fuerza capaz de devolverme a mi modo de vida anterior. Supe que ya no me pertenecía a mí misma. Supe que avanzaba al encuentro de la muerte a la vez que cobraba conciencia de que ése era mi deber y que no podía actuar de otra manera».

Los combatientes clandestinos cavaban túneles y construían búnkeres. Los búnkeres eran provistos de líneas eléctricas, depósitos de agua y receptores de radio. También servían como fábricas de armas.

Los túneles y los búnkeres eran construidos en el mayor secreto. Se concedía especial importancia a los pasos subterráneos que unían el gueto con el mundo exterior.

No faltó mucho para que la organización clandestina llevara a cabo el primer levantamiento armado.

El 17 de enero de 1943 los SS y la policía «azul» —es decir, la policía polaca que se puso a las órdenes de los ocupantes alemanes— rodearon algunas calles del gueto y emprendieron una de sus acostumbradas redadas. La mayoría de las personas que fueron capturadas ofrecieron resistencia. Los SS asesinaron a tiros a unos cuantos. Una lluvia de balas los enfrentó desde las ventanas de los edificios vecinos.

Los SS rodearon uno de estos edificios y subieron por sus escaleras dándose ínfulas. Arriba los esperaban los combatientes de la organización clandestina.

Entretanto importantes grupos de combatientes armados de revólveres se apresuraron a acudir desde las áreas vecinas. El combate fue breve. Los fascistas se vieron obligados a retirarse. La operación represiva había fracasado. Los activistas cercados escaparon ilesos.

Los grupos clandestinos de resistencia en el gueto habían superado la primera prueba.

También en esta ocasión los fascistas se cobraron el golpe con creces. La Gestapo colgó a cien rehenes. *[Entre el centenar de víctimas estaban el anciano rabino Isaak Tenenbaum, el anciano escritor*

y periodista Hilel Zeitlin, el célebre historiador Meyer Balaban, autor de obras fundamentales sobre la historia de los judíos polacos, Jozef Guíterman, activista de la organización cultural clandestina y otros muchos notables representantes de la intelectualidad judía.]

Las pérdidas fueron muy significativas, pero la causa común ganó varios enteros. Entre los meses de enero y abril apenas salieron convoyes en dirección a Treblinka. Se vivió un período de relativa tranquilidad. No obstante, todos éramos conscientes de que se trataba de la proverbial calma que precede a la tormenta. Los fascistas se preparaban en secreto para una mayúscula operación punitiva. Las declaraciones públicas de los alemanes proclamando que los tiempos de la represión violenta habían quedado atrás no engañaban a nadie.

En contra de lo que sugerían los representantes polacos en Londres, las organizaciones clandestinas de Polonia suministraban armas al gueto a través de pasos subterráneos de manera sistemática. También los vehículos que transportaban alimentos al interior del gueto eran utilizados para el suministro de armas. Existe información documental que acredita que los camiones cargados de patatas destinadas a los comedores donde se alimentaban los obreros de las industrias alemanas que residían en el gueto servían también para entrar de contrabando fusiles, ametralladoras, granadas y munición.

También se ha podido establecer que los combatientes del gueto compraban armas a los soldados italianos que hacían etapas en Varsovia. Las pagaban con dólares, oro y joyas que aportaban algunos vecinos pudientes del gueto.

Los líderes de la organización clandestina pusieron en marcha diversos talleres de producción de armas en algunos sótanos del gueto. El ingeniero Mijaíl Klepfish y el matrimonio formado por Edward y Alia Fondaminski eran los responsables. Unos amigos polacos de los Fondaminski les ofrecieron ayudarlos a fugarse del gueto, pero ambos rechazaron la oferta prefiriendo compartir hasta el final la suerte que corriera su pueblo.

Los electricistas pusieron en marcha la producción clandestina de bombas caseras; rellenaban con dinamita las bombillas inservibles. También se fabricaban granadas y pistolas de manera clandestina.

Según informes oficiales de la división de la Gestapo que se ocupaba del gueto, desertores alemanes y comerciantes civiles también alemanes llegados a Varsovia desde el oeste a raíz de la ocupación eran otras dos de las fuentes de suministro de armas que engrosaban el arsenal de la resistencia.

Los combatientes clandestinos entrenaban a los novatos, preparaban destacamentos sanitarios o de bomberos y creaban pelotones de adolescentes capaces de realizar tareas de inteligencia o servir de enlaces. Las visitas de instructores polacos venidos desde Varsovia e incluso desde los destacamentos partisanos para ayudar con los entrenamientos clandestinos eran frecuentes.

Paralelamente, la resistencia llevaba a cabo una intensa actividad de agitación entre los vecinos del gueto con vistas a prepararlos para los venideros acontecimientos.

También el enemigo se preparaba. Ya fuera en las dependencias de la Gestapo en la Avenida Szucha, la residencia del Gobernador, la dirección de la Gestapo ubicada junto a los muros del gueto en la calle Leszno, las oficinas de las SS, la sede de la policía «azul» o en los cuarteles de los grupos punitivos especiales, los fascistas trabajaban febrilmente en el diseño de la liquidación definitiva del «distrito judío».

Conscientes del saldo de los sucesos de enero, esta vez los fascistas habían decidido recurrir a la mentira, querían sembrar la confusión. El gobernador confió la puesta en marcha de esa provocación a la población «pacífica» alemana, los dueños de las fábricas instaladas en el territorio del gueto. Es decir, al sofisticado Toebbens, al sentimental Brandt[140] y a Stegmann, «el amigo de los obreros».

Estos «pacíficos» industriales alemanes abordaron a sus trabajadores judíos con un inusual ofrecimiento: «Trasladaremos nuestras operaciones a Trawniki y Poniatow, en Lublin: quienes deseen vivir sin preocupaciones hasta el final de la guerra podéis acompañarnos».

Brandt iba de fábrica en fábrica con los ojos anegados en lágrimas y juraba por la salud de su mujer y sus hijos que decía la pura verdad. Toebbens describía la «paradisiaca» vida que esperaba a quienes lo siguieran a aquel hermoso entorno natural. Pero los judíos no creían a los alemanes. Y ni uno solo de ellos se presentó

en los puntos a los que fueron convocados para proceder al reasentamiento.

Una vez más los fascistas tuvieron que recurrir a la violencia más descarada.

Y entonces resonó el llamado desde la clandestinidad del gueto:

«¡No pondremos ni un muerto más!»

Fue en esas extremas condiciones que la dirección de la organización clandestina tomó la decisión definitiva: no quedaba más salida que el levantamiento armado.

La víspera del levantamiento fue enviado al extranjero el siguiente comunicado:

«La Organización Militar Judía hace un llamamiento a todos los judíos instándolos a ofrecer resistencia a los alemanes. Que suceda aquello que el destino nos depare. Nuestra decisión está tomada y nada nos hará titubear. Haber tomado la decisión de luchar nos vivifica. Hemos cobrado plena conciencia de cuan unidos estamos unos a otros. Acabamos de abrir una nueva página en nuestra existencia que podrá ser arrancada por el enemigo en cualquier momento. Ponemos todo ello en vuestro conocimiento, porque sabemos cuánto os preocupa nuestra suerte. Queremos que sepáis que venderemos muy caras nuestras vidas».

La organización también emitió un comunicado dirigido a los vecinos del gueto:

«¡Hermanos! La decisión está tomada. Haremos la guerra a nuestro enemigo. ¡Luchad hasta la última gota de sangre! Que la imagen de los macabeos se levante ante vuestros ojos. ¡Viva el pueblo judío! ¡Viva Polonia!»

En la noche del 18 de abril un comando judío desarmó a los policías judíos que guardaban las puertas del gueto. Cuando la policía llegó a la mañana siguiente para escoltar a los trabajadores descubrió que no podía entrar al perímetro del gueto: los judíos habían cerrado las puertas para impedir el acceso. A lo largo de todo ese día el gueto vivió en una tensa calma. Los líderes del levantamiento aprovecharon la jornada para hacer los últimos preparativos. El cuartel general de la resistencia fue instalado en un sótano de la calle Nalewki. Se llevó a cabo la última inspección de la disposición combativa de todas las unidades.

El territorio del gueto fue dividido en tres zonas defensivas.

Mark Edelman fue nombrado comandante del sector que tenía como epicentro la fábrica de cepillos; Izrail Kanal tomó bajo su mando el área central del gueto; a Eliezer Geller le correspondió hacerse cargo de la defensa de las zonas periféricas.

Las armas se repartieron por calles, de manera que en cada una hubiera un depósito. Enfermos, ancianos y niños fueron puestos a buen resguardo en sótanos y zulos. Se organizó una nutrida red de enlaces —una interna y otra externa— para que sirvieran de conexión con las fuerzas clandestinas polacas. En cada calle funcionaba un puesto de atención médica y una cocina popular, todos llevados por mujeres. Se organizaron destacamentos de adolescentes a los que se destinó a labores de inteligencia. Los equipos de lucha contra incendios estaban en permanente estado de alerta. Los traidores y los agentes de la Gestapo fueron eliminados. La guardia judía al servicio de los alemanes fue desmovilizada y algunos de sus integrantes mostraron su disposición a sumarse a las filas de la organización clandestina.

Entretanto, se hizo evidente que las autoridades alemanas habían comprendido que el gueto estaba listo para brindar pelea. Poco después de la medianoche las fuentes de inteligencia comunicaron al cuartel general establecido en la calle Nalewki que una unidad de las SS se aproximaba a los muros del gueto. Apenas unos instantes más tarde los SS penetraron en el gueto y se esparcieron por sus calles formando pequeños grupos. Por lo visto, se proponían organizar veloces redadas en edificios elegidos previamente.

Pero entonces el gueto vivió algo de veras inédito. Una nutrida lluvia de plomo cayó sobre los alemanes desde edificios que parecían vacíos y abandonados y desde buhardillas y tejados. ¡El gueto había abierto fuego por fin! Los SS echaron a correr hacia las calles que conducían a la salida, mientras los combatientes judíos buscaban hacerlos torcer el rumbo e internarse en lo más profundo del gueto, cortarles toda vía de retirada y rodearlos. La táctica fue un éxito: la mayor parte de los enemigos cayó bajo las balas. Tres compañías de las SS fueron eliminadas en esos primeros enfrentamientos. Trescientos alemanes fueron hechos prisioneros. ¡Prisioneros de quienes habían considerado sus esclavos! ¡Prisioneros del gueto!

Todo el gueto se había erguido de golpe. El cuartel general emitió un comunicado en el que daba cuenta de la primera victoria judía e informaba del número de bajas y prisioneros alemanes. Se dio la orden de salir a la calle y el pueblo respondió a ella, mientras los combatientes ocupaban sus puestos.

El 20 de abril, el día en que la Varsovia ocupada y humillada debía festejar el cumpleaños de Adolf Hitler, los edificios del gueto amanecieron engalanados con banderas de Polonia, banderas rojas, banderas de los países aliados contra Alemania y enseñas de los diversos partidos judíos. El gobernador Fischer se vio obligado a posponer los actos solemnes en honor del *Führer* y declarar el estado de sitio.

Al día siguiente toda Varsovia parecía haberse convertido en un gran campamento militar.

Nutridas unidades alemanas desfilaban por las calles en estado de alarma de combate. Los distritos alemán y polaco fueron separados por un fuerte cordón militar. Las redadas y los arrestos de ciudadanos polacos se sucedían sin cesar. Los ocupantes tenían pánico a que el espíritu de la revuelta se extendiera más allá de los muros del gueto. La seguridad de las calles habitadas mayoritariamente por alemanes fue reforzada. La Gestapo prohibió todas las entradas y salidas de Varsovia.

Los movimientos de tropas alemanas continuaron durante todo el día. El cerco al distrito judío fue creciendo paulatinamente. Los cañones de todas las armas y morteros apuntaban a los muros del gueto. Así dio comienzo el asedio.

Según admitieron más tarde en rueda de prensa los representantes de la Gestapo, inicialmente se proponían cortar el suministro de agua para conseguir la capitulación de los judíos. En efecto, los mandos de la Gestapo que dirigieron la operación punitiva durante los primeros diez días valoraron un proyecto que se proponía bloquear las tuberías que conducían al gueto. No obstante, los fascistas renunciaron a ese plan, al comprender que afectaría también a las estaciones de ferrocarriles de Zoliboz, Citadel y Gdansk: las tuberías que suministraban agua a esos tres puntos neurálgicos de la ciudad transcurrían por el subsuelo del gueto. Por añadidura, la Gestapo tenía información de que los judíos habían cavado pozos en el gueto desde hacía tiempo y habían

conseguido proveerse de agua extrayéndola con la ayuda de sofisticadas bombas.

Esa noche las calles de Varsovia se vieron invadidas por el ruido de los carros de combate. La tierra temblaba bajo el peso de los tanques enfilados hacia el gueto. Pronto dio comienzo el asalto. Los tanques irrumpieron en el gueto haciendo saltar las puertas por los aires. En un primer momento no encontraron resistencia alguna. Los judíos habían previsto permitir que los tanques se internaran en las profundidades del gueto, pero se habían cuidado de que también lo hiciera la infantería enemiga que buscaba adentrarse en las calles del gueto protegida por el blindaje de los tanques. Los judíos levantaron una firme barricada junto a las puertas echadas abajo. Ello les permitió rechazar a la infantería enemiga, mientras los tanques se adentraban en el gueto, donde no encontraban espacio para hacer fuego. Allí se encontraron de repente con una lluvia de granadas y artefactos incendiarios caseros. Envueltos en humo, muy pronto se vieron obligados a parar la marcha. Sus tripulantes intentaron escapar de los vehículos en llamas y huir a la carrera, pero encontraron cerradas las vías de escape. La dotación de los seis tanques cayó bajo las balas o murió incinerada sin alcanzar a escapar de los vehículos. Ambas partes contendientes informaron de ellos a la mañana siguiente.

Se trataba de la segunda gran victoria de los rebeldes. Seguidamente, las fuerzas de ocupación apartaron a la Gestapo del mando sobre las acciones de combates y el ejército recibió la encomienda de sofocar el levantamiento. Esa decisión condujo a la puesta en marcha de medios más efectivos, lo que trajo consigo la ralentización de las acciones bélicas durante varios días. El General Stroop fue nombrado jefe de las tropas implicadas. No estaba solo: en su ayuda acudió el Mayor General de la policía Globocnik, un especialista en la destrucción de los enclaves judíos.

Entretanto, los rebeldes aprovecharon para reorganizar sus fuerzas, fortalecer sus posiciones y proveerse de más armas. A esos efectos, se adueñaron de todas las fábricas y arsenales que los alemanes tenían dentro del perímetro del gueto. Un buen número de uniformes, cascos y alimentos cayeron en sus manos. A la larga, ello les permitió lanzar el célebre asalto al principal arsenal de la Gestapo en Citadel.

Lo hicieron una noche. Un destacamento de rebeldes vestidos con uniformes alemanes llegó de repente al arsenal de la Gestapo. Los guardias les cedieron el paso. Bastó que los dejaran entrar para que los judíos los desarmaran a todos y cargaran con armas y municiones. También se llevaron los camiones adscritos al arsenal y en ellos subieron el trofeo que cargaron hasta el interior del gueto.

A lo largo de la primera semana los rebeldes no se limitaron a asegurar sus posiciones y armarse mejor, sino que buscaron y consiguieron que otros miles de personas engrosaran sus filas.

El segundo o tal vez el tercer día, ganaron la adhesión de los vecinos del llamado gueto «pequeño». La noticia del levantamiento sirvió para que los habitantes de ese gueto se sumaran a la lucha iniciada en el «gran» gueto. En una sola noche prendieron fuego a todas sus casas. El «pequeño» gueto ardió por todas partes. Seis mil cerrajeros, químicos y sastres formaron batallones listos de combate y acudieron al «gran» gueto. El resto de habitantes del «pequeño» gueto se dispersó por la ciudad o marchó a los bosques para unirse a los partisanos.

Desde el inicio de la confrontación, el gobernador de Varsovia y los altos oficiales de la Gestapo instaron a los rebeldes a deponer las armas. Había un buen número de individuos sospechosos que pululaban entre los dirigentes del levantamiento. Buscaban sembrar el pánico y animaban a entregarlos, pero no se tardó mucho en identificar a esos provocadores. Una Comisión especial para el enfrentamiento a traidores, espías y provocadores se ocupó de eliminarlos.

Cuando transcurría el noveno día del levantamiento, la comandancia del bando alemán a la que habían encargado sofocar a toda costa el acto de rebeldía, se dirigió por megáfono al gueto para anunciar su ultimátum definitivo. Éste requería, como medida previa, la entrega de todos los prisioneros alemanes. La comandancia alemana anunció también que los judíos que depusieran las armas voluntariamente no serían tratados como partisanos sino que recibirían el tratamiento de prisioneros de guerra que gozarían de los mismos derechos que los prisioneros de cualquier otra nacionalidad. Por último, los alemanes aseguraron que si los rebeldes se avenían a capitular el gueto no sufriría ningún tipo de agresión. En cambio, avisaban, el rechazo a los términos del

ultimátum conllevaría la destrucción del gueto y la ejecución de todos sus habitantes.

La dirección de la resistencia en el gueto no tardó en responder y lo hizo en los siguientes términos: los rebeldes estaban dispuestos a poner en libertad a los prisioneros alemanes con la condición de que por cada uno de ellos fueran liberados diez prisioneros judíos; en cuanto al resto de condiciones, el gueto manifestó su rechazo con toda claridad, a la vez que reiteró la voluntad de sus vecinos de combatir hasta la última gota de sangre.

En definitiva, el ultimátum definitivo de los alemanes fue rechazado. Seguidamente Berlín encargó al ejército la misión de liquidar el levantamiento y le ordenó reducir el gueto a cenizas.

El undécimo día de levantamiento estuvo marcado por una orden de la comandancia alemana en cumplimiento de la cual fueron instaladas piezas de artillería en dos céntricas plazas de Varsovia, la plaza Krasinski y la plaza de la estación de ferrocarriles de Gdansk. A las seis en punto de la tarde los fascistas abrieron fuego de artillería sobre el gueto. Los disparos se prolongaron sin cesar hasta la mañana siguiente.

El fuego de artillería resultó mucho más letal y destructivo de lo que lo habrían sido el fuego de tanques o ametralladoras.

En apenas una noche, la artillería enemiga hizo saltar por los aires los muros del gueto y muchos de sus edificios. La comandancia alemana empleó una táctica de combate que consistía en brindar cobertura a las fuerzas de infantería para que éstas adelantaran sus posiciones. No obstante, los judíos consiguieron repeler el avance de la infantería.

Nadie podrá olvidar lo que se vivió en Varsovia aquella noche. Los vecinos de la ciudad la comparan con aquella otra noche horrible de septiembre, la víspera de la caída de Varsovia, cuando la artillería alemana destruía una calle tras otras a golpe de artillería. El retumbar de los cañones alcanzaba los rincones más recónditos de la ciudad. Las explosiones estremecían el aire, los potentes disparos de los cañones hacían temblar los cimientos de las casas.

Los alemanes estaban convencidos de que un fuerte ataque de artillería sería suficiente para conseguir la rendición de los judíos. La «crema y nata» de la colonia alemana se hallaba reunida en las

dos mencionadas plazas. Muchos polacos fueron obligados a presenciar la destrucción del gueto y a observar el enorme incendio desatado en el distrito judío.

Con todo, el feroz ataque de artillería no tuvo el éxito esperado. El gueto supo resistir. A la mañana siguiente la comandancia recibió la visita de una delegación de la población civil alemana de Varsovia. Ésta manifestó su desagrado por el emplazamiento de las piezas de artillería en el centro de la ciudad. ¡Muchos alemanes residían allí y se sentían en peligro de convertirse en objetivo del fuego enemigo! Los miembros de la delegación manifestaron a la comandancia que en muchas de las casas de la plaza Krasinski se habían abierto peligrosas grietas, todas habían sufrido en una u otra forma y la mayoría de vecinos había visto cómo volaban los cristales de sus ventanas a causa de los potentes disparos. Las casas de la Ciudad Vieja, ocupadas recientemente por alemanes reasentados, habían sido afectadas especialmente.

Sin embargo, la protesta más encendida contra el emplazamiento de las baterías de artillería provino de un aliado de los judíos del gueto: la Guardia popular polaca. Inesperadamente, mientras los dignatarios nazis gozaban desde sus balcones de las llamas que se alzaban sobre el distrito judío, un destacamento de la guardia popular al mando del célebre mayor «Ryszard» (Kowalski) cortó las calles que conducían a las plazas elegidas para la operación, levantaron barricadas para impedir el paso a las tropas alemanas, dispersaron a sus efectivos y les infligieron dolorosos golpes, amparados en la oscuridad de la noche. Simultáneamente, otros destacamentos de la guardia popular comandados por los patriotas polacos Jacek, Frenek y otros abrían fuego contra las piezas de artillería ya emplazadas.

La actuación de la Guardia popular hizo que la comandancia alemana se viera obligada a renunciar al público alarde de su poder de fuego.

Esa noche, cesado el fuego de artillería, aparecieron bombarderos sobre el cielo del gueto. El bombardeo se prolongó hasta el alba. Una vez más el distrito judío amanecía envuelto en llamas.

Los bombardeos se repitieron la noche siguiente. Numerosos edificios se vinieron abajo y se tragaron a mucha gente bajo sus

ruinas. Paralelamente, los alemanes desplegaron una fuerte ofensiva en todos los frentes abiertos en torno al gueto. Gracias al apoyo de la aviación, esa noche los alemanes se anotaron sus primeras victorias y consiguieron penetrar profundamente en el gueto. No obstante, en su retirada hacia el centro del gueto los rebeldes consiguieron salvar los alimentos guardados en las casas que iban cayendo en manos del enemigo. Finalmente, el área dominada por los rebeldes se vio constreñida al sector ubicado entre las calles Nalewki y Powonzki.

Inmediatamente el cuartel general de la resistencia se dio a la tarea de diseñar un contraataque. La acción comenzó a primera hora de la mañana y se saldó con la recuperación de varios edificios, pues los alemanes no contaban con la ayuda de la aviación durante las horas del día.

Tras dos días de intensos combates en el gueto apenas había alguien que no hubiera participado en la lucha de una u otra manera.

La resistencia centró un buen número de sus fuerzas en la calle Okopowa e inició una serie de contraataques. Tras largas horas de sangrientos combates los rebeldes consiguieron desalojar a los alemanes de las posiciones que habían alcanzado el primer día e incluso penetrar en algunas calles del sector no judío de Varsovia.

Sin perder un instante, los judíos fortificaron las posiciones que habían alcanzado y comenzaron a realizar incursiones a las calles vecinas.

Pero los alemanes no estaban dispuestos a renunciar fácilmente a las posiciones que les habían sido arrebatadas y los combates se renovaron con mayor intensidad. Los judíos consiguieron permanecer en las nuevas posiciones durante todo ese día y hasta las dos de la tarde del día siguiente, cuando se vieron obligados a batirse en retirada ante la presión enemiga.

Cuando estalló el levantamiento, la organización clandestina contaba con un millar de miembros. Un día después ya se contaban por millares los combatientes que se enfrentaban a los alemanes. El desprecio a la muerte y la voluntad de sacrificio adquirieron un carácter genuinamente masivo. Por todas partes se veían banderolas en las que se leía «¡Moriremos con dignidad!». La fiereza de los combatientes demostró que no se trataba de un lema vacío: los

ejemplos de coraje se multiplicaban día tras día.

Los combatientes parapetados tras los muros de la fábrica de cepillos presentaron una resistencia desesperada durante largas horas. El comandante al mando de aquella zona del gueto, Mark Edelman, el jefe de grupo Guersh Berlinski y los combatientes Eiger, Rataizer[141] y Klepfish lucharon hasta la última bala. Cuando el enemigo los obligó a replegarse del patio de la fábrica, continuaron luchando, defendiendo el edificio planta a planta, hasta que no les quedó más que subir al tejado. Allí algunos de ellos perdieron la vida heroicamente, mientras otros consiguieron abrirse paso entre una espesa cortina de fuego y unirse a otros grupos que aún contaban con munición que les permitía continuar luchando.

El destacamento comandado por Aron Owczinski contaba con doscientos ochenta combatientes. A ellos tocó combatir en la calle Pawia, una de las calles más pobres del distrito judío, donde mostraron un extraordinario valor. El pelotón al mando de Eliezer Geller se destacó especialmente en los combates de la calle Okopowa. A esos mismos hombres les tocó pelear más tarde en el cementerio judío.

Los jóvenes del gueto hicieron gala de un enorme entusiasmo y un mayúsculo desprecio a la muerte. Desde una buhardilla de un edificio ubicado en la linde del gueto, Rebecca Peker, una muchacha de apenas diecisiete años, fue la primera en ver avanzar a la columna de SS: los recibió arrojándoles una lluvia de cocteles Mólotov. Shanan Lent, un muchacho de dieciséis años que no cupo en sí de gozo cuando consiguió un fusil, un tipo de arma que escaseaba en el gueto, permaneció tumbado en el asfalto que hervía por el fuego de los edificios vecinos y gravemente herido, pero no dejó de disparar al enemigo hasta la última bala.

Los jóvenes combatientes del gueto atraían a los fascistas hacia edificios aparentemente abandonados por sus defensores y allí los acribillaban a placer. Después repetían la operación una y otra vez.

El ardor combativo de los ancianos apenas cedía al que mostraban los jóvenes. El maestro Natán Smoliar peleó junto a sus pupilos; Lent, un viejo obrero del depósito de tranvías de Varsovia, no se apartó ni un instante de su puesto, junto a su hijo, hasta que exhaló el último suspiro. El doctor Pavel Lipstadt luchó hombro con hombro al lado del obrero Leib Gottom; la eficacia que mostró en

combate el poeta Jozef Kirman no fue inferior a la del experimentado oficial Diamant, junto a quien le tocó enfrentar al enemigo.

Arie Wilner fue capturado por los alemanes, pero consiguió escapar de sus verdugos para volver a ocupar su lugar en la lucha. [142]

En los primeros días del levantamiento, los alemanes subestimaron las fuerzas con las que tendrían que verse las caras en el campo de batalla. Cuando la primera mina hizo saltar por los aires a uno de sus motociclistas, los alemanes se negaban a creer que aquel artilugio podía haber sido fabricado y sembrado en el asfalto por los mismos judíos a quienes despreciaban.

Concluido el primer bombardeo aéreo la comandancia alemana declaró que la liquidación del gueto sería cosa de dos o tres días. La realidad fue bien distinta. La rebelión cobraba cada vez más fuerza. Los informes alemanes comenzaron a registrar el número de bajas que sufrían a diario.

Tras el combate de la calle Okopowa, los alemanes declararon lo siguiente:

«El cerco al gueto está enfrentando enormes dificultades. Se hace evidente que habrá que luchar casa por casa para sofocar el levantamiento. Los judíos están planteando una defensa feroz. El cumplimiento de esta misión nos va a significar importantes bajas y un esfuerzo considerable».

Un informe de los alemanes recoge sus lamentaciones a propósito de la dificultad que les planteaban los pasos subterráneos que facilitaban a los rebeldes el contacto con los patriotas polacos y la recepción de la ayuda que éstos les prestaban. En otro informe hacen constar que los judíos no se dejaban tomar prisioneros: desaparecían bajo tierra o morían empuñando las armas.

También los corresponsales extranjeros describían la situación en idénticos términos.

Después de la batalla de la calle Okopowa, los alemanes invitaron a los corresponsales extranjeros de los países del «Eje» para que fueran testigos de la lucha en el «nuevo frente». Varios corresponsales italianos, un periodista finlandés y otro húngaro acudieron a la convocatoria. En las páginas de un periódico clandestino polaco podemos leer una crónica de aquella peculiar visita.

«Los corresponsales se pasearon por las calles de la periferia del gueto castigadas por el bombardeo aéreo de la noche anterior y el fuego de artillería, ocupadas ahora por la infantería alemana. Había ruinas humeantes por todas partes. Todavía se veían llamas en algunos edificios. En las calles se veían cadáveres de judíos y alemanes tumbados entre los escombros y la basura.

»"En estas circunstancias nos resulta imposible rendir a las víctimas los honores que merecen", declaró a los corresponsales el representante de la Gestapo que los acompañaba.

»"En todas aquellas calles se peleó con fiereza y total entrega —continúa su relato el periódico clandestino—. Los alemanes tenían que luchar para tomar cada casa. Por consiguiente, cada una de ellas les significaba muchas horas de combate y numerosas bajas"».

En efecto, al enemigo le costaron muy caros los combates. En una comunicación de la comandancia alemana redactada a una semana del inicio del levantamiento e afirma que «en el frente del gueto» ha perdido la vida un millar de alemanes.

Tras dos semanas de encarnizados combates en las calles, los alemanes se vieron obligados a recurrir a una nueva táctica.

Esta consistió en simultanear las tareas de defensa de las posiciones alcanzadas con el despliegue de súbitos incursiones en territorio hostil, frecuentemente nocturnas.

Tales incursiones continuaron sucediéndose hasta la tercera semana del levantamiento, bautizada por la prensa clandestina de Polonia como la «gran semana del levantamiento». Esa semana las unidades de asalto de la resistencia polaca tomaron muchas calles de la periferia de Varsovia, dinamitaron fábricas, almacenes de armas y edificios ocupados por fascistas. Sólo en esa semana saltaron por los aires cuarenta y seis objetivos industriales alemanes, entre ellos la fábrica Frazhet, la fábrica de material eléctrico Kleiman y un taller de reparación de vehículos. Varias de las fábricas destruidas pertenecían al consorcio Herman Göring Werke. *[Sin duda, se trató de un golpe mayúsculo al potencial industrial alemán.]* Aparte de la pérdida de inmuebles, vehículos y vidas humanas, esos ataques sirvieron para destruir reservas de materias primas, producción ya elaborada o en proceso de elaboración y armas.

Con todo, las tres semanas de combates habían degradado

sustancialmente el área ocupada por el gueto. El número de inmuebles en ruinas aumentaba rápidamente. Los rebeldes ocupaban nuevas posiciones entre las ruinas y escombros, pero el anillo del cerco se iba cerrando con fuerza en torno a ellos.

Entonces, la dirección del levantamiento apeló a la resistencia polaca y le pidió que aparte de apoyarlos con munición y alimentos, como hasta ese momento, comenzaran a planificar acciones de combate conjuntas que afectaran diversas áreas de la ciudad. No obstante, los grupos antifascistas polacos carecían de los recursos necesarios para poner en marcha una acción de resistencia armada a los ocupantes. Sí pusieron a grupos de jóvenes polacos a disposición del levantamiento. Estos se movilizaron en apoyo de los rebeldes, se internaron en el gueto y lucharon hombro con hombro junto a sus camaradas judíos. Los antifascistas también pusieron en marcha un mecanismo para sacar del gueto a los heridos y llevarlos con los destacamentos de partisanos. Los combatientes de la Guardia popular demostraron una generosidad sin par. El Partido obrero polaco y el Partido obrero de los socialistas polacos fueron especialmente eficaces en el envío de materiales para levantar y fortalecer las barricadas y en el aseguramiento de vías de escape previstas para una eventual retirada de los rebeldes.

Los patriotas polacos pegaron por todas las calles de Varsovia este escueto llamamiento:

«¡Polacos! Los alemanes han dictado sentencia de muerte contra los treinta mil judíos del gueto de Varsovia. A vuestras casas llega el estruendo de la cacería. Hay mujeres y niños allí defendiendo sus vidas con sus propias manos. ¡Corred en su ayuda!»

El 1 de mayo las organizaciones obreras del gueto lanzaron otro llamamiento a los protagonistas del levantamiento. Fue reproducido en un hectógrafo mientras los aviones alemanes descargaban su mortífera carga sobre el gueto.

«Este año no celebraremos el 1 de Mayo con el tradicional desfile —se leía en el texto—. El día de la fiesta obrera nos encontrará combatiendo en las calles. Este año no dedicaremos el primer día de la primavera a hablar sobre el amor que sentimos por nuestros camaradas o el desprecio infinito que nos inspiran nuestros enemigos. Este 1 de Mayo lo celebraremos combatiendo y matando».

Incluso más tarde, cuando se cumplió un mes de feroces combates y el enemigo había ocupado posiciones muy avanzadas, no menguaba el espíritu de lucha de los rebeldes. Así, el 23 de mayo la comandancia transmitió por radio el siguiente informe, redactado entre las ruinas humeantes del gueto: «Este último viernes los aviones alemanes volvieron a descargar sus bombas sobre el territorio del gueto. Todo el gueto se vio envuelto en llamas. También se han reanudado los ataques de los tanques. Nuestras filas siguen tan prietas como antes. Nos defendemos y no cesamos de asestar golpes al enemigo».

Los rebeldes cambiaron de táctica para enfrentar la última etapa de la batalla. Aun cuando los tanques y la aviación enemigas habían conseguido romper las líneas principales de la defensa, los rebeldes no se plantearon la capitulación en ningún momento. Cada día acudían nuevos jóvenes judíos al cuartel general de la calle Nalewki a manifestar su deseo de integrar voluntariamente los llamados «destacamentos de la muerte». Estos destacamentos penetraban con fiereza en las filas alemanas, arrojaban granadas de mano al enemigo y lo combatían hasta la última gota de sangre. Los combatientes que integraban los «destacamentos de la muerte» hacían un solemne juramento antes de salir a luchar. Este dejaba establecido que ninguno de ellos regresaría con los suyos, mientras tuviera un alemán vivo a la vista.

Las acciones de «destacamentos de la muerte» tenían un efecto devastador en las filas enemigas. Sus combatientes conseguían parar el avance de los tanques. Armados con granadas y cócteles Mólotov, se arrojaban bajo las orugas de los tanques con el propósito de inutilizarlos aun al precio de sus propias vidas.

Con todo, el avance enemigo parecía imparable. La victoria sobre la resistencia del gueto les estaba costando muy cara. Las bajas alemanas se contaban ya en varios millares. Cada edificio fue convertido en una fortaleza: el enemigo era vigilado desde lo alto de los tejados; los tiradores esperaban ocultos tras las ventanas. El gueto luchó por cada metro de terreno, por cada inmueble. Los combatientes luchaban entre las ruinas y los escombros todavía humeantes.

A finales de mayo el levantamiento del gueto de Varsovia había sido sofocado. El hambre se adueñó del distrito judío, pues los

alemanes se habían apoderado de las principales líneas de comunicación con el exterior y se hizo imposible continuar con el suministro de víveres desde los barrios polacos de Varsovia. También cesó el abastecimiento de armas. Los mejores combatientes del gueto cayeron heroicamente en combate. Y no obstante, la lucha continuaba. Algunos grupos rebeldes consiguieron romper el cordón establecido por el enemigo y escapar hacia los bosques para unirse a los partisanos. Los alemanes les daban caza con ahínco. En algunos casos, los combatientes huidos del gueto que se veían acorralados por sus perseguidores se hicieron explotar junto a los alemanes que les habían dado alcance. Apenas dos o tres decenas de hombres tuvieron éxito y alcanzaron los bosques.

Cuarenta y dos días después del estallido del levantamiento, los alemanes retomaron el control de la totalidad del gueto. Pero a esas alturas aquella zona había dejado de ser un barrio más de la ciudad de Varsovia. Ya no quedaban edificios en pie y las calles estaban cubiertas por montañas de escombros. Todos los edificios sin excepción habían caído bajo los disparos de los tanques, la artillería o las bombas arrojadas por la aviación alemana. El informe oficial redactado por comandancia alemana con el propósito de dar cuenta de la victoria de las tropas fascistas concluía con las siguientes palabras: «Existe una sola vía para sofocar de raíz la semilla de la rebelión y ella no es otra que el exterminio de todos los habitantes del gueto y la incineración de hasta los cimientos del nido rebelde».

¡En realidad, la rebelión no había sido ahogada hasta el final! Había bajado al subsuelo de la ciudad. Comandados por Mordejai Anilewicz, los últimos destacamentos se habían internado en las catacumbas, donde aún conservaban unos pocos víveres.

En un primer momento, la Gestapo desconocía el escondite de los rebeldes. Entonces una súbita incursión a la superficie se saldó con un fuerte ataque a los alemanes. A la mañana siguiente, la comandancia alemana envió un ultimátum al último bastión de la resistencia. Entregad las armas, salid a la superficie y os personaremos la vida, dijeron.

Pero no hubo ni un solo rebelde que se mostrara dispuesto a capitular, como tampoco hubo un solo traidor entre ellos.

Unos días más tarde la Gestapo consiguió ubicar uno de los escondites con la ayuda de sofisticados detectores de sonido y

perros adiestrados. Un nutrido pelotón alemán rodeó la entrada al zulo. Pero resultó que los «héroes» de Treblinka, Auschwitz y Belzec tenían miedo de bajar a combatir. No se atrevían a enfrentarse cara a cara con los rebeldes.

La situación de los sitiados era desesperada. Sus reservas de agua, víveres y munición se agotaron muy pronto. Entonces tomaron la decisión de acabar con sus vidas, antes que caer en las garras de sus enemigos. El comandante Mordejai Anilewicz fue uno de los hombres que prefirieron pegarse un tiro.

Otros combatientes también vieron menguar sus reservas de víveres y escaparon hacia el sector polaco a través de los túneles del acueducto o el alcantarillado.

Los combatientes del Partido obrero polaco organizaron destacamentos armados que acudían a los puntos por los que los rebeldes salían a la superficie. Esos destacamentos se dieron a la tarea de tomar las calles aledañas, cortar el tráfico y alejar a los guardias alemanes. Ello permitió que un centenar de combatientes salvaran la vida y retomaran la lucha en las filas partisanas.

Pero no todos los intentos de salvar a los rebeldes que habían sobrevivido al levantamiento se saldaron con el éxito. ¡Ni mucho menos!

Los fascistas solían bombear gases tóxicos a los túneles subterráneos.

Los últimos defensores del gueto continuaron luchando con tenacidad hasta julio de 1943. Los líderes de esa lucha fueron Jozef Farber y Zacaría Artstein, verdaderos mohicanos del levantamiento. Ambos perdieron la vida en combate.

[A la altura del cuadragésimo día del inicio del levantamiento, quedaba un solo edificio en pie, un inmueble de cuatro plantas desde el que resistía el último puñado de rebeldes.

Aquella última fortaleza del gueto fue defendida durante todo un día. Las banderas nacionales ondeaban sobre su tejado. Los últimos combatientes disparaban desde las ventanas.

Los alemanes habían decidido capturar vivos a aquellos últimos defensores del gueto. Por eso pelearon con ahínco ganando peldaño a peldaño de las escaleras, planta a planta. Al término de aquel día tan sólo tres combatientes quedaban con vida. Exhaustos tras el feroz y prolongado combate, los alemanes optaron por prender fuego al

inmueble.

Y entonces se vio asomar a los tres hombres al tejado del edificio en llamas. Cada uno de ellos iba envuelto en una bandera. Y los tres, como impulsados por una misma fuerza invisible, se arrojaron a las llamas. Los últimos defensores del gueto murieron abrasados por el fuego y envueltos en las enseñas por las que lucharon hasta el último suspiro.]

Fueron miles los combatientes que se dejaron la vida en el campo del honor y peleando por su dignidad como seres humanos, por su dignidad como parte de una nación. Las mujeres judías dieron muestras excepcionales de heroísmo. Rajil Stein, una mujer de avanzada edad y célebre activista social, luchó en la primera línea y no abandonó su puesto de combate hasta que una bala la hirió en el hombro. Tosia Altman y Hanna Plotnitskaya combatieron con arrojo y total entrega hasta exhalar el último suspiro.

Los jóvenes constituyeron la vanguardia y el espíritu de la rebelión. Los nombres de Luna Rozenthal, Shmuel Braslav, Mirski, Lent y otros centenares de jóvenes que obligaron a poner pies en polvorosa a destacamentos enemigos bien pertrechados y cayeron después con honor en el campo de batalla no se borrarán jamás de la memoria de sus compatriotas.

Obreros e intelectuales, ateos y creyentes lucharon hombro con hombro en las filas del levantamiento. No se borre jamás de la memoria el nombre del escritor Aron Eyngorn, quien rechazó tantos ofrecimientos de fuga y permaneció hasta el último instante entre los combatientes del gueto. Fueron muchos los representantes de la literatura, la ciencia y el arte judío-polaco que se dejaron la vida durante el levantamiento. *[Los poetas Izrail Stern, Josef Kirman y Yejiel Lerer estuvieron entre ellos. También los escritores Salomón Gilbert y Shía Perle, el periodista Samuil Girshgorn, el escultor Ostsega, los artistas Félix Fridman, Weintraub, Sliwniak, Gershaft, entre otros. Toda una pléyade de artistas conocidos en todo el mundo pereció en el gueto de Varsovia.]*

También corrió abundante sangre polaca por las calles del gueto en armas, mezclándose con la sangre de los judíos polacos. Combatientes polacos como Streletzki, Waszczina, Piotr Turski, Wolski, Kowalski y muchos otros fueron víctimas de los nazis en aquellas jornadas de encarnizada lucha.

El levantamiento del gueto de Varsovia constituye la página más

trágica a la vez que la más hermosa de todas las escritas por los judíos polacos a lo largo de su historia milenaria. El trágico levantamiento permanecerá inscrito por los siglos de los siglos en la historia de la lucha de la humanidad amante de la libertad contra las bestiales hordas fascistas. ¡Gloria eterna a los combatientes y soldados del gueto de Varsovia!

B. MARK

Parte 8

Los verdugos

El antisemitismo y la política racial de los nazis

La historia de los pueblos civilizados no había conocido jamás guerra tan bárbara y tan movida por la rapiña como la que los nazis emprendieron contra los pueblos del país de los Soviets.

Desde el mismo momento de su surgimiento la «política racial» de la maquinaria estatal nazi estuvo dirigida a grabar en la conciencia de los alemanes la noción de que tenían «derecho» a gobernar sobre los demás pueblos, a la vez que irlos «adiestrando» para cumplir ese objetivo.

La población judía de Alemania fue la diana sobre la que se realizaron los primeros avances en ese proceso de «adiestramiento». El terreno había sido profusamente abonado de antemano.

Desde el último cuarto del siglo XIX y antes de la aparición de Hitler, los elementos más reaccionarios de Alemania —es decir, figuras como Treitschke, Stöcker, quien fuera capellán de la corte de Guillermo II y ciertos círculos de la nobleza prusiana— echaron mano del antisemitismo para distraer la atención de las sectores de población más indignados con los verdaderos culpables del lamentable estado de la economía.

Los judíos fueron declarados culpables de todos los males que padecían las masas populares, aun cuando no constituían más del 1% de la población de Alemania. Las agudas cuestiones sociales fueron convertidas en problemas relacionados con la raza, la religión o el origen nacional. Por si ello fuera poco, el antisemitismo fue adornado con una coloración «social» que pasaba por ser «genuinamente alemana» y era tenida por constituir un «socialismo cristiano». Ya por aquel entonces August Bebel llamó al antisemitismo «el socialismo de los tontos».

Con la llegada de Hitler al poder el «adiestramiento racial» se desbordó en toda suerte de pogromos, golpizas, asesinatos y saqueos a la población judía. Las tropas de asalto nazis y un aparato policial bien alimentado de cuadros nazis alentaban y supervisaban los pogromos.

Los judíos fueron puestos «fuera de la ley» y despedidos de las instituciones civiles, públicas y otras. También fueron despojados de la nacionalidad alemana, algo que fue sancionado formalmente en el texto de las Leyes de Núremberg en 1935.

Los códigos penales de los países civilizados suelen prever duros castigos para criminales y saqueadores, así como para sus cómplices e instigadores. En cambio, cuando los nazis tomaron el poder en Alemania se comenzó a predicar abiertamente en las escuelas, las universidades, los libros y la prensa diaria que los alemanes pertenecían a una «raza superior», que todo les estaba permitido y que tenían derecho a construir su prosperidad y bienestar sobre las cenizas de otros pueblos.

En Alemania no había un aparato del Estado en el sentido habitual de esa expresión. El Estado era más bien un arma al servicio de bestias que utilizaban la fuerza del Estado (la policía, los funcionarios, el ejército) para llevar a cabo abusos y saqueos que habrían sido castigados por las leyes de cualquier país civilizado.

Hitler afirmó: «Si queremos crear nuestro gran Imperio alemán, antes tendremos que reprimir y exterminar a los pueblos eslavos: rusos, polacos, checos, eslovacos, búlgaros, ucranianos y bielorrusos».

Esa enseñanza constituía una pieza fundamental de los planes fascistas. Muchos años antes del inicio de la guerra, Hitler azuzó los bajos instintos de sus seguidores en un congreso que reunió a la escoria fascista en Núremberg con estas palabras: «Cuando los Urales y sus incontables reservas minerales sean nuestros, cuando los vastos bosques de Siberia y los infinitos campos de Ucrania estén en nuestras manos, entonces las necesidades de nuestro pueblo estarán cubiertas».

Durante el primer año desde el inicio de la ocupación de la Unión Soviética, los codiciosos y presuntuosos alemanes creyeron que a partir de entonces el trigo y la panceta ucranianos y el carbón de la cuenca de Donetsk habían caído en sus manos para siempre. El *Reichskommissar* de Ucrania Erich Koch, un protegido de Hitler, escribió que Ucrania debía «apoyar el esfuerzo bélico alemán y suministrar abundantes materias primas y alimentos para que Alemania y Europa puedan proseguir con la guerra durante el tiempo que sea necesario».

Los fascistas consideraban que emponzoñar las relaciones entre las diversas nacionalidades que poblaban la Unión Soviética les facilitaría la instauración del «nuevo orden». En la «Carpeta verde» de Goering, donde se trazaban las líneas maestras del comportamiento a seguir en los territorios soviéticos ocupados por los agentes alemanes, se los instruía claramente a fomentar la enemistad entre los distintos pueblos de la URSS con vistas a neutralizar la resistencia.

De acuerdo con esas instrucciones, los alemanes mimaron a un grupo de nacionalistas ucranianos (los hombres de Stepán Bandera y otros) y les encomendaron la tarea de esclavizar al pueblo ucraniano a la vez que lo predisponían contra los rusos y los judíos. Y, sin embargo, por esos mismos días una circular secreta con la firma del comandante del ejército alemán Kinzinger y fechada el 18 de julio de 1942. (N.° 5771/564/42 - Secreto) se subrayaba lo siguiente: «Los ucranianos siempre han sido personas ajenas a nosotros y lo continúan siendo. Toda manifestación de interés hacia los ucranianos y su realidad cultural, por nimia que sea y aun cuando sea inspirada en la credulidad y carezca de mayor profundidad, ocasiona un grave daño a los diáfanos perfiles a los que Alemania debe su poderío y su gloria, y los debilita».

Los líderes alemanes crearon un sistema en el que todo ascenso por la escalera jerárquica del nazismo dependía del grosor del expediente de asesinatos y crueldades infligidos a la población civil y desarmada de los territorios ocupados, tanto en los pueblos como en los campos de concentración.

En las comunicaciones de esos mismos líderes se insistía permanentemente en la necesidad de emponzoñar las relaciones entre los individuos de distintas nacionalidades.

En perfecta concordancia con las directivas recogidas en la «Carpeta verde» de Goering, el comandante alemán de la ciudad de Borisov informó en algún momento a sus jefes: «Estoy trabajando arduamente en el fomento del antagonismo entre bielorrusos y rusos y en el de ambos contra los judíos».

Cada vez que los alemanes llegaban a una ciudad se desataba un sangriento infierno y una ordalía de saqueos, cuyas primeras víctimas eran los judíos. Detrás del ejército venían la Gestapo y los «especialistas» en el establecimiento del régimen de ocupación.

Se implementaba entonces un «aparato» represivo especializado en el pillaje y el exterminio de los judíos. Los alemanes amenazaban de muerte a todo ruso, ucraniano, bielorruso, etc., que brindara cobijo a un judío.

Lvov, Kíev, Jarkov, Minsk, Gómel o Riga fueron testigos del exterminio concienzudo al que fueron sometidos los trabajadores judíos y sus familiares. Naturalmente, no fueron ésas las únicas ciudades donde se vivió el horror antisemita.

Más tarde, a medida que se iba decidiendo la suerte de la guerra, la bestialidad de los monstruos fascistas creció exponencialmente. En los países que rendían vasallaje al nazismo —Italia, Rumania y Hungría— los virreyes alemanes impusieron «leyes raciales». Los judíos de todos los territorios ocupados eran llevados a Majdanek o Auschwitz, donde los exterminaban.

En diciembre de 1942 los gobiernos de Bélgica, Gran Bretaña, Holanda, Grecia, Luxemburgo, Noruega, Polonia, los Estados Unidos de América, la URSS, Checoslovaquia, Yugoslavia y el Comité Nacional Francés emitieron una declaración en la que manifestaban que los ocupantes fascistas alemanes «se habían dedicado a plasmar en la realidad el exterminio de toda la población judía de Europa, un objetivo tantas veces proclamado por Hitler». A continuación, todos esos gobiernos reafirmaron «la solemne obligación contraída en el marco de la Sociedad de Naciones en aras de impedir que los responsables de esos crímenes escaparan al peso de la necesaria reparación».

Un comunicado del Buró de Información del Comisariado de Asuntos Exteriores de la URSS que lleva el título de «Acerca de la implementación por parte de los fascistas de su plan de exterminio de la población judía de Europa» (publicado en el diario *Izvestia* el 19 de diciembre de 1942) aporta datos concretos sobre la política alemana de exterminio. Dicho informe recogía entre otras cosas lo siguiente: «Por medio de la brutalidad a la que someten a los judíos y toda la diabólica propaganda antisemita que desarrollan, los hitlerianos pretenden desviar la atención del pueblo alemán de la catástrofe que se cierne sobre la Alemania fascista, cuya inminencia resulta cada vez más evidente. Tan sólo la clase de aventureros que jalea a Hitler puede concebir que los innumerables crímenes perpetrados contra los pueblos de Europa arrastrados a la guerra

por el insaciable imperialismo alemán podrá ser ahogada en la sangre de cientos de miles de judíos».

Todo ello ya es historia. Hoy los ejércitos de Hitler han sido derrotados y la criminal maquinaria fascista ha sido desmantelada.

Hoy los principales culpables de esas atrocidades, los instigadores y artífices de torturas y crímenes en masa comparecen ante el Tribunal Militar Internacional. Julius Streicher, un genuino «especialista» en antisemitismo, amigo cercano y asociado de Hitler, es uno de ellos. Streicher se desempeñó como redactor en jefe del odioso periodiquillo *Der Stürmer*, que se dio a combinar la pornografía más empalagosa con el antisemitismo más salvaje. Streicher fue regalado con el rango de General de las SS y se convirtió en *Gauleieter* de Franconia. En la lista de acusados que tiene ante sí el Tribunal Militar Internacional lo preceden Goering, Ribbentrop, Hess, Kaltenbrunner, Rosenberg, Frank y otros responsables de tantos desmanes de orden militar y político.

En la Europa liberada de los ocupantes fascistas alemanes ha sido suprimido todo tipo de discriminación por motivos de raza o nacionalidad, en particular la que afecta a la población judía.

Y, sin embargo, ¿sería justo decir que con la liquidación del gansterismo político nazi y la supresión del Estado hitleriano ha terminado el enfrentamiento contra la odiosa «ideología» fascista y, en particular, contra el antisemitismo?

¡Rotundamente, no! Y de ellos da testimonio la dura lucha que todavía libramos contra los cachorros del fascismo en los países liberados, el enfrentamiento a los simpatizantes fascistas que por ahora han pasado a la clandestinidad, pero aprovechan cualquier circunstancia para asomarse a la vida pública para emprender de nuevo sus fanáticas labores.

Incluso en Gran Bretaña hemos visto cómo el capitán Ramsay, diputado reaccionario (conservador) al Parlamento que permaneció en prisión desde mayo de 1940 hasta septiembre de 1944, propuso abiertamente desde la tribuna de esa cámara que el gobierno británico «reinstaure el Estatuto para los Judíos[143] y aplicara sus artículos».

Enfrentado a las fuerzas que propugnan transformaciones democráticas, el General Radescu, actual jefe de Gobierno en Rumania, intentó provocar el estallido de una guerra civil en

febrero de 1945 y con ese propósito cargó contra varios miembros del frente democrático sirviéndose de ataques antisemitas.

En la Polonia liberada de las fuerzas fascistas de ocupación, el antisemitismo continúa siendo un arma del arsenal de los partidarios del «gobierno» en el exilio. Aliados de antiguos miembros de la Gestapo, estos elementos buscan fomentar el odio entre nacionalidades. *[Tan pronto como en agosto de 1945 antiguos miembros de la Gestapo intentaron provocar un pogromo en la ciudad de Cracovia, pero vieron frustrados sus empeños gracias a la acción del ejército y la sociedad democrática organizada.]*[144]

Por todo ello, el enfrentamiento contra el antisemitismo no puede tener éxito si no va acompañado de una lucha denodada en favor de la democracia y se basa en la estrecha colaboración de las fuerzas democráticas de todos los países. Mientras mayor sea la firmeza democrática y más consecuente la búsqueda de ella, más firme será la unión y la colaboración de todas las naciones y razas y más cercana estará la desaparición del antisemitismo.

La URSS, donde la Constitución establece que toda agresión a la igualdad de razas y nacionalidades y toda prédica del odio entre nacionalidades se castigarán con toda la severidad que permite el Código penal vigente, constituye un buen ejemplo de ello.

I. P. TRAYNIN, ACADÉMICO

La orden de Himmler (Tomado de *Freies Deutschland*, N.° 23,19 de diciembre de 1943)

Cumpliendo órdenes del Grupo Central del Ejército, en noviembre de 1941 el jefe de la División de Inteligencia manifestó su urgente deseo de mantener una reunión privada con mi General. Debido a las razones antes mencionadas, tuve ocasión de tomar parte en el encuentro. Siguiendo instrucciones del Mariscal de Campo Von Bock el jefe de la División de Inteligencia puso en nuestro conocimiento que al mando de cada uno de los ejércitos había altos oficiales de las SS. Tres días atrás el *Reichsführer* SS Himmler visitó al oficial de las SS al mando de uno de esos grupos y le preguntó por el número de judíos ejecutados diariamente siguiendo sus órdenes. Tras escuchar el número, Himmler estalló: «¡Qué vulgar cobardía! —le gritó—. ¡Mejor haríais en tomar ejemplo de vuestro homólogo en el Grupo de Ejércitos del Norte, quien manda a matar cinco veces más judíos al día que los que mueren aquí!»

MAYOR BERHHARD BECHLER
Miembro de la junta de la Unión de Oficiales Alemanes

Texto de un documento alemán localizado en la región de Rossoshi entre los papeles del 15.° Regimiento de la Policía Alemana

Tras ser revocada la orden de marchar inmediatamente, la compañía recibió una nueva orden el 27 de octubre de 1942: avanzar hasta Kobrin y alcanzar la ciudad antes de las 21.00 del 28 de octubre de 1942. La compañía arribó a Kobrin según lo estipulado y desde allí fue enviada a Pinsk. A las 04.00 del 29 de octubre la compañía alcanzó la entrada occidental a la ciudad de Pinsk.

En la reunión mantenida el 28 de octubre de 1942 con el comandante del regimiento emplazado en Pinsk se tomó la decisión de formar un cordón en torno a la ciudad, misión que fue encomendada a dos compañías: el Segundo Batallón del Regimiento de policía N.° 15 y la Compañía N.° 11 del Regimiento de Policía N.° 11, con la excepción de dos pelotones asignados a los combates en el interior del gueto. A la Compañía N.° 11 del Regimiento de Policía N.° 11 (menos su Primer Pelotón), liberada de la misión de peinar el gueto esa noche, se le asignaron tareas de vigilancia en el punto de concentración, así como vigilar los transportes que salían hacia el lugar de la ejecución, a unos cuatro kilómetros de Pinsk. También se les encomendó acordonar el lugar de la ejecución. En algunos momentos esta última tarea recayó en la caballería, una decisión que mostró su utilidad cuando unos ciento cincuenta judíos escaparon y pudieron ser capturados sin excepción, aunque algunos se alejaron varios kilómetros de la ciudad.

El cordón tenía que estar completado a las 04.30. Gracias a las tareas de reconocimiento ordenadas por los jefes militares y al secreto que rodeaba toda la operación, el acordonamiento se completó en el menor tiempo posible y ni un solo judío consiguió escapar antes de su cierre. De acuerdo a las órdenes recibidas, nuestros hombres debían comenzar a peinar el gueto a las 06.00, pero el inicio de la operación fue pospuesto media hora debido a la

oscuridad. Los judíos fueron congregados rápidamente en el punto de concentración. La multitud era tan grande que se decidió prescindir de llamarlos por sus nombres como se había decidido a partir de un estimado de mil o dos mil personas a ejecutar el primer día. A las 17.00 el gueto había sido peinado completamente sin que se reportaran incidentes. Unas diez mil personas fueron ejecutadas el primer día. Ya en la noche, la compañía tuvo ocasión de relajarse durante un rato en el club de soldados.

El 30 de octubre de 1942 el gueto fue peinado una segunda vez y otra el 31 de octubre. El 1 de noviembre se peinó el territorio del gueto por última vez. En total, unos quince mil judíos fueron obligados a acudir al punto de concentración. Los judíos enfermos y los niños abandonados en sus casas eran ejecutados dentro del propio gueto. Unos mil doscientos judíos corrieron esa suerte. No se produjeron incidentes significativos, con la excepción de uno. Aprovechándose de la promesa hecha a los judíos de perdonarle la vida a aquellos que mostraran dónde había escondido oro, uno de ellos dijo que había escondido una gran cantidad de ese metal y se ofreció a mostrar dónde lo tenía. Un sargento de caballería recibió la orden de acompañarlo. No obstante, el judío daba largas a la revelación del lugar y acabó pidiendo al oficial que lo acompañara hasta cierta buhardilla. Este optó por devolverlo al lugar de concentración. Una vez de vuelta el judío se negó a tumbarse en el suelo, como le fue ordenado. Entonces se abalanzó de repente sobre uno de los guardias a caballo, le atrancó el fusil *[y la porra]* y comenzó a pegarle. Se desató una pelea hasta que se desplomó al recibir un hachazo en la cabeza. Ya no se incorporó más.

A las 17.00 horas del 1 de noviembre la compañía fue asignada al cordón exterior y el Segundo de Caballería se replegó a su emplazamiento habitual. No hubo más sucesos extraordinarios.

A las 08.00 del 2 de noviembre de 1942 la compañía fue autorizada a abandonar Pinsk y regresó a su emplazamiento habitual. A las 13.00 horas la compañía llegó a Kobrin y a las 17.00 se hallaba instalada en la base.

Conclusiones:

1. Las unidades asignadas a la operación de peinado de los guetos deben estar provistas de hachas y demás

instrumentos similares, porque la mayoría de las puertas estaban cerradas a cal y canto *[o con pestillos]* y fue menester echarlas abajo a golpes.

2. Aun en los casos en que no se adviertan puertas o trampillas que conduzcan a los altillos, cabe suponer en todos los casos que puede haber gente oculta en ellos. Por ello, es menester registrarlos todos con el mayor celo.
3. En los inmuebles que carecen de sótanos, hay siempre un buen número de personas ocultas bajo los suelos de madera. Por lo tanto, es menester levantar trozos del suelo con la ayuda de palancas apropiadas o facilitar el acceso de perros adiestrados a esos espacios (la perra *Asta* se mostró particularmente efectiva en las labores de detección de judíos llevadas a cabo en Pinsk). También resulta aconsejable arrojar granadas de mano, pues ello provoca que los judíos que sobreviven a las explosiones salgan a la superficie despavoridos.
4. En torno a los inmuebles suele haber zulos en los que se esconde un gran número de judíos. Por ello es menester disponer de barras de hierro para revisar los terrenos aledaños a los inmuebles y detectar la presencia de esos zulos bien camuflados.
5. Se recomienda involucrar a los niños pequeños en esas búsquedas de escondites, bajo la promesa de dejarlos a ellos con vida.

Firmado: Sauer, capitán de la policía de seguridad y comandante de batallón.

Los verdugos

I

Antes del inicio de la guerra, el Suboficial Peter Maiguart era acróbata en un circo. Cuando se alistó en el ejército tomó parte en el avance sobre París. Después, lo destinaron a una guarnición en Polonia. Maiguart llegó a su destino en el Frente Oriental el 22 de junio de 1941. Su último destino en el ejército fue el de comandante de la Sexta Sección del Primer Pelotón del Primer Batallón del 356.° Regimiento de la 384.° División.

Maiguart declaró lo siguiente:

«A principios del mes de agosto de 1941 llegamos a la ciudad de Gadyach, en Poltava. Un día el Sargento Mayor Hozgrebe nos hizo formar y se dirigió a nosotros con las siguientes palabras: “El Mayor nos ha encargado una misión que entraña una gran responsabilidad. Habéis demostrado ser buenos soldados y ahora ha llegado la hora de justificar la confianza que se ha depositado en vosotros”. Tomamos la carretera que separa Gadyach de Lojvitsa. A unos quinientos metros de esa última ciudad había un campo de concentración destinado a los judíos de la comarca. En total, contaba con unos doscientos prisioneros, entre hombres y mujeres, ancianos y niños mayores de cinco años. Al otro lado de las alambradas del campo, a la derecha de la carretera, vimos una zanja cavada previamente de unos siete metros de largo y tres de profundidad. Los guardias de campo comenzaron a conducir a los prisioneros hasta la zanja. Cinco soldados entre los que yo me encontraba nos pusimos manos a la obra, bajo la dirección de Hozgrebe. Colocábamos a los prisioneros de cara a la zanja. Dirigíamos los cañones de los fusiles a la nuca de los prisioneros, casi rozándolas, y disparábamos. Algunas mujeres iban acompañadas de sus hijos. Al principio también disparábamos sobre los niños. La operación se desarrollaba muy lentamente, porque hacíamos pasar a los prisioneros en grupos de a seis. Entre las

personas que me tocó ejecutar había una joven que me preguntó en alemán: "¿Cómo podéis matar así a seres humanos?". "Cumplimos órdenes", le respondí. Y disparé. Ese día habré ejecutado a unas veinticinco personas. Tal vez fueron algunas más, pero no lo puedo afirmar con certeza. Otros soldados fusilaron a más gente».

II

El cabo Peter Goriza, adscrito a la Gendarmería de campaña de la 539.° División de Infantería declaró lo siguiente: «Ejecutábamos en primer lugar a los comunistas y los judíos. No fue hasta diciembre de 1941 que comenzamos a ejecutar también a las mujeres y los niños. Personalmente, participé en la limpieza de Pinsk, Priluk y Sevsk. Desvestíamos a los condenados antes de dispararles y los colocábamos de cara a la zanja. Por lo general, las ejecuciones comenzaban al amanecer y no duraban más de dos o tres horas. En lo que a mí respecta, ejecuté a unos ciento cincuenta civiles y a doscientos prisioneros de guerra. Recuerdo haber ejecutado a unas treinta personas en Pinsk. Algunos eran judíos; otros, comunistas. Consideraba que aquellas ejecuciones eran justas, porque servían a la seguridad de nuestros soldados. Soy un hombre de temple firme».

III

Leopold Bischof, soldado de la Primera Compañía de la Octava División de Infantería declaró lo siguiente:

«En otoño de 1941 fue cercada con alambre de espino una parte de Baranovichi. Así surgió el gueto donde fueron encerrados todos los judíos de la ciudad. El gueto fue rodeado en los primeros días de marzo de 1942. Todos los judíos que se encontraban en sus casas fueron apresados y conducidos al almacén donde se guardaban los objetos confiscados. Había una zanja enorme abierta junto a éste, que antes había servido para guardar la munición. Los judíos fueron obligados a desvestirse y los fusilaron a todos».

IV

Extractos del Diario de Otto Berger, Sargento del Segundo Batallón del Tercer Regimiento de la Guardia:

«6 de septiembre. Llegamos a Stari Byjov. Todo está en ruinas. Doscientos cincuenta judíos fueron fusilados».

«22 de octubre de 1941. Un suboficial recién llegado de Kíev me cuenta que en esa ciudad fusilaron a ochenta mil judíos al borde de zanjas. Dicen que esas ejecuciones responden a órdenes del *Führer*».

«1 de enero de 1942. Hemos recibido una orden secreta: se nos manda a ejecutar en masa a todos los judíos de las zonas ocupadas. En vísperas de Año Nuevo se ejecutó a cuatro mil judíos en Smolensk».

Extracto del Diario de Johan Richter, Sargento Mayor del Cuarto Batallón de la 40.° División de Infantería:

«6 de julio de 1941. Matula desenterró un cadáver en el cementerio judío. Con los dedos, Hofsteter sacude la tierra adherida al cráneo. Después Matula coloca el cuello del cadáver sobre un tocón y lo decapita de un hachazo».

EXTRACTO DE LA DECLARACIÓN DEL CAPITÁN SALOG, COMANDANTE DE UN REGIMIENTO DE LA POLICÍA

La preparación de las ejecuciones de judíos se hacía con bastante antelación. Según pude conocer más tarde, ésta constaba de los siguientes pasos:

1. Concentración de la población judía.
2. Señalización de los inmuebles o apartamentos habitados por familias judías.
3. Compilación de exhaustivos listados de los judíos.
4. Traslado de judíos instalados en aldeas y pueblos cercanos.

5. Elección del día y el lugar de las ejecuciones.

Las paredes de las casas habitadas por judíos eran pintadas con estrellas de David de vivos colores.

Los lugares de ejecución eran seleccionados de manera conjunta por el jefe de las SD (el principal verdugo), el jefe de la gendarmería y el comisario del distrito. Desconozco el número preciso de días que separaban la elección del lugar y la ejecución propiamente dicha. A juzgar por la fecha en que el jefe de la gendarmería salió hacia Stáraya Úshitsa, se podría afirmar que la decisión se tomaba unos tres o cuatro días antes de la ejecución. Ese mismo día el jefe de las SD también tomó el camino de Stáraya Úshitsa y cabe pensar que seguidamente se conversó el asunto con el comisario de distrito.

De acuerdo a mis observaciones personales, puedo afirmar que el jefe de la gendarmería pasaba largo tiempo reunido con el comisario de distrito y el jefe de las SD antes de cada ejecución en masa y que las visitas del jefe de las SD al jefe de la gendarmería se tornaban mucho más frecuentes. También me consta que se producían largas conferencias por teléfono entre ellos tres. Cuando ello ocurría, las puertas que separaban el despacho del jefe de la cancillería y las dependencias donde nos encontrábamos los oficiales de guardia, yo entre ellos, permanecían bien cerradas y alguno de los empleados de la oficina las guardaba en posición de firmes. En tales momentos, los gendarmes nos avisaban que estaba terminantemente prohibido acercarse al despacho de su jefe.

Los sábados eran los días elegidos invariablemente para las ejecuciones. No puedo explicar el porqué, pero así era. Cada vez que lo pregunté recibí evasivas por respuesta.

Carezco de información acerca de los primeros fusilamientos en masa que tuvieron lugar en Kámenetz-Podólsk en 1941 y principios de 1942.

No obstante, a partir de relatos que me hicieron terceras personas puedo decir lo siguiente acerca de una de las mayores ejecuciones en masa.

Desde los primeros días de la ocupación de Kámenetz-Podólsk, la ciudad se convirtió en el destino de convoyes que cargaban con judíos de Ucrania occidental, Besarabia y la Bukovina del norte.

Más tarde apareció también un gran contingente de judíos provenientes de Checoslovaquia, quienes fueron fusilados en la ciudad. Las cifras que se manejaban sobre el número de fusilados bailaban según la fuente: ocho, diez o doce mil. No puedo asegurar que alguna o todas ellas incluyeran a los judíos que vivían en la ciudad de Kámenetz-Podólsk antes del estallido de la guerra.

Personalmente, me constan dos ejecuciones en masa de ciudadanos soviéticos en Kámenetz-Podólsk. Ambas tuvieron lugar en 1942.

En agosto de 1942 me encontraba prestando servicio en la gendarmería de Kámenetz-Podólsk como comandante de una compañía de la policía y me tocó participar por primera vez en una ejecución en masa de judíos. Las víctimas de las que nos ocupamos mis subordinados y yo mismo eran judíos de la ciudad de Stáraya Úshitsa y la aldea Studénitsa. Los hechos tuvieron lugar en los meses de agosto y septiembre de 1942. La segunda ejecución en masa en la que tomé parte, esta vez en noviembre de 1942, ocurrió en el distrito de Kámenetz-Podólsk donde estaban ubicados los cuarteles que servían de alojamiento a los cosacos.

En calidad de comandante de la Compañía, la víspera de la ejecución recibí instrucciones del Teniente Reich, jefe de la gendarmería. Estas me llegaron por medio del Krubazik, comandante de la Primera Compañía. Se me requería reunir una cincuentena de mis hombres y alistarlos para una operación. Paralelamente, se me encargó comunicarme con el comandante al mando de las tropas desplegadas en Stáraya Úshitsa e inquirir si había comprendido la orden que debió recibir del jefe de la guarnición de los gendarmes en Stáraya Úshitsa y consistía en disponer para una acción inmediata a todos los policías que tenía a su cargo. El comandante me respondió que había comprendido a cabalidad las órdenes recibidas y ya había hecho las coordinaciones pertinentes con el Sargento Mayor Kunde, jefe de la guarnición, así como con el jefe del distrito rural y el jefe de la región de Stáraya Úshitsa.

[Con todo, mi interlocutor no podía explicarme por teléfono de qué se trataría exactamente, ni yo debía preguntárselo, pues ambos habíamos sido advertidos a ese respecto; él, por el jefe de la gendarmería; yo, por el jefe operativo de los gendarmes.]

A la pregunta por la índole de la acción que nos esperaba, el comandante de Compañía Krubazik me respondió: «Eso sólo lo sabremos mañana».

Las órdenes eran de llevar diez cartuchos por cada fusil y una caja adicional de munición de ametralladora a modo de reserva. Además, cargamos con una subametralladora y tres metralletas. En total, salimos a cumplir la misión unos diez o doce gendarmes y cincuenta policías, entre el personal seleccionado de la Compañía del Krubazik y la mía. Los agentes de la SD y la policía criminal viajaron por su cuenta.

Al llegar a la población de Grushka nos encontramos a los policías de los sectores de Zelionie Kurílovtsi y Privorottia reunidos al completo.

El Teniente Reich y otros tres gendarmes subieron a un automóvil y se dirigieron a Stáraya Úshitsa. Un segundo vehículo en el que viajaban el jefe de las SD y cuatro de sus agentes tomó el mismo camino. Antes de marcharse ordenaron a gendarmes y policías tumbarse a dormir.

A la mañana siguiente, nos tocó a nosotros viajar a Stáraya Úshitsa. Lo hicimos en camiones que se vieron obligados a dar dos viajes. Antes de llegar a Stáraya Úshitsa, calculo que a kilómetro o kilómetro y medio de distancia, los camiones se detuvieron. Allí nos apeamos y nos pusimos en formación. Fue entonces que el Teniente Reich nos informó de la misión que teníamos por delante: reunir a todos los judíos de Stáraya Úshitsa y Studénitsa y conducirlos hasta el lugar de la ejecución, a unos metros de la carretera.

El lugar de la ejecución había sido acordado de antemano por los máximos mandos de las SD, la gendarmería y la jefatura del distrito, durante una de las visitas que los dos primeros hicieron a Stáraya Úshitsa.

Toda la población judía de Stáraya Úshitsa fue congregada en una plaza fuertemente rodeada de gendarmes y efectivos de la policía. Allí, en la propia plaza, los hombres, tanto adultos como niños, excepto los que sus madres llevaban en brazos, fueron separados de las mujeres. Se les ordenó sentarse en el suelo y permanecer en absoluto silencio.

Todo intento de conversación entre ellos era enfrentado a gritos, culatazos y porrazos.

Los jefes de las SD y la gendarmería informaron a los judíos del inminente traslado a Kámenetz-Podólsk.

[A algunas pocas mujeres se les permitió llevar consigo ropa de abrigo para ellas y sus hijos. La orden de abandonar las casas y salir a la calle había sido tan intempestiva, que había mucha gente descalza y desabrigada.]

No todos los judíos obedecieron las órdenes de acudir a la congregación en la plaza. También hubo muchos que intentaron ocultarse en sótanos o altillos que habían preparado de antemano para ello, como demostraban las reservas de víveres y ropa que allí encontramos.

Los judíos que conseguíamos localizar ocultos eran sacados a la calle a culatazos y porrazos.

[También se produjo un incidente en el que un policía disparó su fusil contra un judío escondido en un altillo y le dio muerte.]

Los enfermos y los ancianos de ambos sexos que no podían llegar hasta la plaza por su propio pie eran llevados en brazos por sus familiares. Cuando no tenían familiares que pudieran ayudarlos, ordenábamos a cualquier otro judío que se ocupara de ellos.

Una anciana de unos sesenta y cinco años o setenta que andaba muy lentamente recibió un culatazo en la espalda que la proyectó violentamente hacia la calle.

[Algunos disparos aislados y el caso extraordinario de la violencia ejercida contra la referida anciana caldearon el ambiente.] Mujeres y niños lloraban desconsolados; los gritos de desesperación no se hicieron esperar. Nos costó mucho sofocar aquellos lamentos inoportunos, pero lo conseguimos haciendo uso de culatas y porras.

Tras impartir las órdenes, los jefes de la SD y la Gendarmería subieron a sus coches y marcharon al lugar de la ejecución. Éstas fueron las órdenes:

1. Enviar los camiones a la aldea de Studénitsa para cargar con todos los judíos residentes en ella.
   Tres o cuatro camiones salieron inmediatamente hacia Studénitsa con una dotación de entre quince y veinte policías al mando de un oficial de la SD, cuyas señas y rango desconozco, y el *Hauptwachmeister* de la Gendarmería. Cuando se concluyó la ejecución de los

judíos de Stáraya Úshitsa, los camiones trajeron a los judíos de Studénitsa —entre ochenta y cien personas. Ocho agentes de las tropas guarda fronteras se habían sumado a su custodia.

2. Establecer un dispositivo de vigilancia de las casas y apartamentos desalojados por los judíos.
   Encargué esa misión al comandante de un pelotón de la policía, quien acudió al lugar de la ejecución una vez que puso en marcha el mencionado dispositivo.
3. Al jefe del distrito se le encargó preparar comida para unos cincuenta o sesenta policías y gendarmes. La comida debía estar lista al mediodía.

La vigilancia de la columna se organizó de la siguiente manera: la encabezaban dos gendarmes que marchaban a cinco o diez pasos de la primera hilera de judíos; a ambos lados y a tres o cuatro pasos de distancia había situados unos treinta o treinta y cinco policías; otros pocos cerraban la marcha con el propósito de espolear a los rezagados. Esto último se conseguía por medio de gritos, culatazos y porrazos. Previsoramente, los policías se habían armado de porras antes de abandonar Stáraya Úshitsa. A la zaga, avanzaba yo acompañado de un gendarme, un policía y un sargento que se ocupaba del enlace por radio.

La marcha a través de Stáraya Úshitsa —es decir, desde la plaza hasta las afueras de la ciudad— transcurrió sin incidentes. Pero bastó que tomáramos la carretera y nos fuéramos alejando de la ciudad para que los niños y las mujeres comenzaran a llorar por lo bajo primero y a gritos después. *[Aquel llanto no cesó durante todo el camino y]* a pesar de todos los esfuerzos por sofocarlo a patadas, a gritos y bajo amenaza de fusilamiento inmediato, los sollozos apenas menguaban unos instantes bajo nuestra presión para desatarse inmediatamente después con mayor fuerza aún. Las mujeres y los ancianos musitaban plegarias; algunos intercambiaban breves frases entre susurros. Otros arrojaban al borde del camino los bultos que cargaban. Los policías los recogían y los lanzaban a una carreta que nos acompañaba. A todo lo largo de la marcha no dejamos de repetirles la falsa promesa de que eran conducidos a Kámenetz-Podólsk.

Cuando Stáraya Úshitsa quedó atrás a poco más de un kilómetro de distancia, avistamos unos vehículos que esperaban al borde de la carretera. Más tarde supe que pertenecían al comisario de distrito Reindl y sus hombres. Los jefes de la SD y la gendarmería charlaban con él.

Cuando la columna se alineó con los coches de los jefes de la operación y el gendarme que abría la marcha rindió el debido informe al comisario de distrito, el jefe de las SD nos indicó con un gesto de la mano el camino a seguir. A saber, en dirección a las zanja ya abierta. La columna giró y se encaminó hacia el lugar de la ejecución.

En ese mismo instante, al recibir la orden de cambiar de rumbo, los judíos comenzaron a gritar sin poder contenerse. Ni la andanada de culatazos y porrazos, ni los gritos de los guardias, conseguían poner orden. Los alaridos de las mujeres se mezclaban con los llantos de los niños y sus ruegos de ser tomados en brazos. Los gritos parecían aplacarse por unos instantes, pero enseguida volvían con mayor desespero. *[Y así fue a lo largo de los doscientos metros que nos separaban de la zanja.]*

La zanja medía aproximadamente unos doce metros de largo, seis de ancho y metro y medio de profundidad. En uno de sus extremos había cierta inclinación que permitía bajar hasta el fondo. Por allí bajaban a la muerte los condenados.

Cuando los judíos se convencieron por fin de que el viaje a Kámenetz-Podólsk terminaba allí en realidad, comenzaron a arrojar lejos de sí las pitilleras, los anillos y los colgantes. También rompían en pedazos los documentos, las fotografías, las cartas, los papeles con anotaciones y cualquier otra cosa que llevaran encima.

Las órdenes prohibían disparar contra los judíos que intentaran escapar, hasta tanto no hubieran salido del cordón que rodeaba el lugar de la ejecución. Las instrucciones eran dejarlo atravesar la línea de seguridad y sólo después volverse hacia él y dispararle. Para facilitar esos disparos desde la propia zanja, las dos personas del cordón entre las que pasara el judío debían apartarse a la carrera y permitir así que el campo de visión fuera óptimo para el tirador.

Había aún un segundo cordón interior en torno a la zanja. Este fue diseñado de manera que fuera tan estrecho que los condenados

se vieran obligados a avanzar en apretado grupo. No obstante, el orden establecido —los hombres primero; las mujeres después— se mantenía hasta el último momento. Tan sólo en el fondo de la zanja, donde los recibía el verdugo armado con la metralleta, se mezclaban, ya alcanzados por las balas, los cuerpos.

El proceso de ejecución estaba compuesto de los siguientes elementos, si vale la expresión.

Como ya he dicho más arriba, los condenados esperaban la muerte en apretado grupo a unos quince o veinte metros de la zanja. Todos ellos, incluyendo las mujeres y los niños, eran obligados a desnudarse completamente y avanzaban hacia la zanja en grupos de a cinco espoleados por los golpes.

Había un último grupo de gendarmes ubicados en el borde de la zanja, cuya función consistía en obligar a bajar a los condenados y avanzar hacia el verdugo. Naturalmente, esto lo hacían golpeándolos ya por última vez con las culatas y las porras. El verdugo, cuyo apellido desconozco, respondía al nombre de Paul y había bebido una ingente cantidad de licor antes de comenzar el trabajo. Cuando los condenados bajaban a la zanja, Paul les ordenaba tumbarse boca abajo y les disparaba un tiro en la nuca a quemarropa. Seguidamente, otras cinco víctimas se tumbaban sobre sus congéneres y recibían idénticas balas —o «granos de café», como las llamaban los alemanes. Un empleado de la policía criminal hacía las funciones de «contador» apostado en el borde de la zanja. Llevaba la cuenta anotando una cruz por cada cinco ejecutados. Tal era la señal convenida.

En honor a la verdad debo decir que hubo algunos casos en los que familias de seis y hasta de ocho miembros desoían las órdenes y bajaban juntas a la zanja, sin reparar en los golpes que merecía su terquedad. En tales casos, en el registro se anotaba una sola cruz, como si hubieran sido cinco las víctimas.

Mientras se sucedían las ejecuciones, el Teniente Reich —jefe de la gendarmería—, el jefe de las SD —cuyas señas desconozco— y el comisario Reindl se mantenían a poca distancia de la zanja y repartían órdenes. Los tres animaban a sus subordinados, reían los golpes más afortunados que llovían sobre las cabezas y las espaldas de las víctimas más desesperadas u observaban con aire gélido aquel paisaje de muerte. A veces se los veía darle la espalda a la

zanja y entablar breves charlas en voz baja, mientras mantenían las manos en los bolsillos. Después de pasar unas dos horas junto a la zanja, Reindl estrechó las manos de sus dos colegas, saludó con un gesto de la mano al resto del personal, subió a su automóvil con una amplia sonrisa dibujada en el rostro y marchó a Kámenetz-Podólsk.

La ejecución continuó como estaba previsto.

El paisaje quedaría incompleto si no anotara aquí con más detalle el estado de ánimo que mostraban los condenados.

Cuando resonaron los primeros disparos, la enorme masa de gente se sumió por unos instantes en el mayor silencio. Pero inmediatamente después, conscientes ya del horrible fin que los esperaba, los condenados se desgañitaron con tal desespero que nuestros corazones dejaron de latir y la sangre se nos heló en las venas.

Todo eran promesas de venganza y maldiciones. Los ancianos invocaban a su Dios y le reclamaban venganza.

Doblados bajo los culatazos y los golpes, los hombres gritaban de camino a la zanja: «¡Que viva por siempre Stalin, líder del pueblo!» o «¡Viva la Unión Soviética, patria de todos nuestros pueblos!».

Otros gritaban también: «¡Muerte al tuerto de Adolf!».

Algunos ancianos y mujeres perdieron la razón de repente. Con los ojos como platos y ajenos a los golpes que recibían, aquellas pobres gentes avanzaban, tropezaban, caían y otra vez se incorporaban hasta encontrarse frente a frente con el verdugo que los esperaba en la zanja. Una vez allí, lo miraban inmóviles y era menester pegarles un culatazo o una patada para verlos desplomarse en el fondo de la zanja.

Los gendarmes arrancaban a los niños pequeños del abrazo de sus madres y los arrojaban al fondo de la zanja. Un niño de unos tres o cuatro años avanzó desnudo y a solas hasta la zanja. Un gendarme lo asió por los brazos y lo arrojó al fondo, tras avisar al verdugo. Pero éste disparó cuando el niño aún volaba por los aires y ni siquiera lo hirió. Algunas mujeres se negaban a quitarse las bragas, celosas de su desnudez. Los guardias las golpeaban y les arrancaban la ropa interior. Las más jóvenes y muchas adolescentes sufrieron especialmente esos actos de violencia. Algunas escupieron en la cara a los agentes de las SD y los gendarmes que abusaban de

ellas. Estos las golpeaban en la cara y los pechos o las pateaban con sus botas en los órganos sexuales.

A niños y mujeres les arrancaban medias y leotardos con los cañones de los fusiles o las porras.

Muchas mujeres les imploraban a los guardias que dejaran con vida a sus hijos pequeños.

Otras se rasgaban las ropas, se arrancaban los cabellos, se mordían las manos.

Algunos hombres intentaban escapar. Un hombre de unos cincuenta años echó a correr de repente hacia unos arbustos ubicados al noroeste del lugar de la ejecución. Corría haciendo zigzags. Alcanzó a alejarse unos setenta o cien metros del cordón exterior, cuando fue abatido a balazos.

Otro hombre, despojado ya de su abrigo y sus zapatos, echó a correr en la misma dirección, más o menos, pero antes de superar el segundo cordón fue alcanzado por los disparos y también cayó muerto.

Fui testigo de otro caso similar cuando participé en una segunda ejecución en masa en Kámenetz-Podólsk en noviembre de 1942. También entonces fue alcanzado por las balas un hombre que intentaba huir.

Ninguna de las mujeres intentó huir de la muerte en la zanja. Mientras se desnudaban, los judíos rompían en pedazos los zapatos de buena calidad o las ropas. También buscaban esconder bajo la tierra los objetos de valor que llevaban consigo. Con todo, atentos agentes de las SD los vigilaban para evitar que se salieran con la suya. Gracias a sus desvelos, todos los objetos de valor escondidos bajo tierra, u ocultos entre la hierba, eran entregados a un «recolector», también de las SD, quien se encargaba de ellos.

Se veía a familias, amigos e incuso a conocidos estrechándose las manos o besándose para darse el último adiós. Había personas unidas por el último beso que soportaban los golpes durante varios segundos antes de separarse. Algunas familias avanzaban abrazadas con fuerza y con los niños en brazos hasta el fondo de la zanja.

Cuando la ejecución estaba llegando a su fin y la zanja estaba prácticamente llena, el verdugo se situó junto a la rampa y desde allí ordenaba a los condenados avanzar andando sobre los cadáveres para recibir los disparos. Cuando los disparos no tenían la

efectividad esperada y las víctimas seguían con vida, los guardias apostados al borde de la zanja los remataban desde arriba disparándoles con sus fusiles o pistolas.

Algunas víctimas seguían con vida diez o quince minutos después de haber recibido el disparo y se las veía retorciéndose bajo los cuerpos que los cubrían.

Los hombres de las SD supervisaban a los policías que rebuscaban entre la ropa y los zapatos de los ejecutados. La inspección de las ropas era particularmente acuciosa, porque solían encontrarse joyas en los pliegues o los dobladillos.

Todos los objetos de valor encontrados iban a parar a un saco custodiado por un hombre de las SD. También iban a parar a su interior los mecheros, las carteras de piel, las pitilleras y las billeteras.

El personal que tomaba parte en la ejecución se disputaba, a veces de manera violenta, las ropas nuevas o apenas utilizadas, fueran abrigos, vestidos, pañuelos o botas.

En total, aquel día fueron ejecutados unos cuatrocientos ciudadanos soviéticos, entre hombres y mujeres de todas las edades y niños. La ejecución se prolongó durante unas cuatro horas (desde las siete u ocho de la mañana hasta el mediodía).

La segunda ejecución en masa que tuvo lugar en Kámenetz-Podólsk de la que tengo noticia ocurrió a finales del mes de noviembre de 1942 o, tal vez, en los primeros de diciembre. Si sé de ella es porque mis subordinados y yo participamos en esa operación donde nos correspondió ser parte del segundo cordón de seguridad.

Entonces el número de judíos que residían entre las calles Sviata-Yúrskaya y Zeliónaya rondaba cuatro mil ochocientos y se trataba, fundamentalmente, de especialistas en diversas profesiones, sobre todo relacionadas con la práctica de la medicina.

Supe de esa ejecución la víspera de que tuviera lugar, cuando el *Wachmeister* Krubasik, a la sazón comandante de la Primera Compañía de la policía, me comunicó la orden del Teniente Reich, jefe de la gendarmería de la ciudad, que me requería poner en disposición de combate a los efectivos de la Segunda Compañía de la policía que estaba bajo mi mando. El proceso que siguió esa ejecución en masa fue idéntico al que tuvo lugar en Stáraya Úshitsa, salvo algunos pequeños detalles que describo a continuación.

En cuanto el cordón estuvo desplegado (unos cinco o diez minutos después del arribo de Reich), aparecieron tres camiones cargados de judíos del gueto. Todos los camiones iban cubiertos con lona y de ellos salieron entre cincuenta y sesenta judíos que venían acompañados por gendarmes y hombres de las SD. Todos fueron conducidos inmediatamente al lugar de la ejecución, donde les ordenaron desvestirse. La ejecución se prolongó durante doce horas, hasta las 17.00 o las 18.00 horas. Los judíos llegaban en grupos de entre cuarenta y sesenta personas.

Según supe más tarde, ese día los soldados de la guarnición de Kámenetz-Podólsk realizaron maniobras por toda la ciudad. Se los veía en formación o marchando en los parques, terrenos e incluso en el estadio ubicado a poca distancia del lugar de la ejecución. Las maniobras tenían lugar en pequeños grupos. Por aquel entonces la guarnición de Kámenetz-Podólsk contaba con dos o tres mil jóvenes soldados que recibían entrenamiento militar para su posterior envío al frente de batalla.

Los soldados a quienes se encargó cavar las zanjas permanecieron encerrados en los cuarteles durante todo el día.

En esta ocasión los verdugos fueron dos hombres de las SD que se turnaban según los agotaba el «trabajo». El descanso consistía en subir un rato al camión donde los esperaban abundantes provisiones de entremeses y vodka. De esa manera, ambos verdugos se iban alternando a medida que se desarrollaba la ejecución. Con todo, los verdugos no eran los únicos que templaban los nervios con la ayuda del vodka. Cada cierto tiempo, los gendarmes y los policías se acercaban también a uno de los camiones, donde los esperaba un bocadillo y algunos vasos de vodka. Tras recuperar ánimos y fumar un pitillo volvían al lugar de la ejecución.

Como ya he tenido ocasión de anotar antes, esta ejecución se saldó con un solo intento de fuga. Lo protagonizó un hombre de mediana edad que cayó abatido por las balas en cuanto se hubo alejado unos setenta o cien metros del segundo cordón.

A partir de conversaciones que sostuve con mis colegas, supe que unas quinientas personas consiguieron huir del gueto la noche anterior a la ejecución.

Por lo visto, los judíos conocieron de antemano que se preparaba una ejecución en masa. De hecho, más de doscientos de

ellos buscaron refugio en los más diversos escondites y fueron descubiertos más tarde. También esos judíos fueron ejecutados unos días después. Desconozco cuándo y dónde exactamente.

Tampoco me consta cuántos de los judíos fugados acabaron siendo capturados. A lo largo de 1943 el número de judíos llevados a la gendarmería fue de seis u ocho. Alcancé a ver a uno de ellos, el agrónomo Hartman. Lo trajeron desde Lyantskonur, región de Chemerovietsk, en el verano de 1943. Allá lo había tenido escondido una campesina. No recuerdo su nombre. Fue entregado a las SD por orden del capitán Otto.

Como en todos los otros casos, los objetos de valor y la ropa que llevaban los judíos ejecutados en la segunda ejecución en masa en la que me tocó tomar parte fueron a parar, los primeros, a manos de los hombres de las SD, y los segundos, a manos de quienes se ocuparon de los artífices de la matanza.

Esta vez fueron ejecutados unos cuatro mil ciudadanos de la Unión Soviética, entre ancianos y ancianas, enfermos e inválidos, hombres y mujeres, profesionales, niños pequeños y hasta bebés.

Asimismo fueron ejecutados unos veinte o treinta rusos recluidos en la cárcel. No puedo anotar el número exacto, porque estuve fuera de la ciudad cuatro veces. Los traían en los mismos camiones que a los judíos y los fusilaban en grupos de entre seis y ocho personas.

[En Kámenetz-Podólsk, el 25 de mayo de 1944]

EXTRACTO DEL DIARIO DE KARL JOHANNES DREXEL, CABO [DEL 513.° BATALLÓN DE RESERVA DEL REGIMIENTO «LUBLIN», DIVISIÓN GG, QUIEN FUE] HECHO PRISIONERO

1/4/1942. Ascendido a Cabo Mayor.

25/9/1942. Asignado a la Segunda Compañía del 513° Batallón de reserva en Chelm, donde fui alojado en los barracones de entrenamiento.

Entre el 15/10 y el 30/10 de 1942. Licencia por vacaciones.

1/11/1942. Campaña contra los judíos. Diez mil judíos, desde

ancianos hasta recién nacidos, son fusilados. Los cadáveres fueron cargados en carretas y llevados a las fosas comunes. Producían una impresión muy desagradable.

3/11/1942. Redadas para cazar judíos. Entre tres y cuatro mil son ejecutados cada día. Recorren el último camino en columnas. Viajan al otro mundo con los ojos bañados en lágrimas. Rezagarse equivale a ver acortada la vida. Los ejecutan por medio de la asfixia con gas o utilizando corriente de alto voltaje. Noventa mil rusos han muerto de tifus o disentería. Sus cadáveres son apilados con la ayuda de alambre de espino y arrastrados por el pantano hasta las fosas comunes.

6/11/1942 (horas de la mañana). Tres mil quinientos judíos. El barrio judío recibe una sostenida lluvia de granadas. La acción se prolonga durante todo el día y la noche. Cinco judíos más. El sufrimiento es de veras intenso a la vez que agobiante. La noche es muy fría.

8/11/1942. Una madre y la criatura que llevaba en brazos son muertas a culatazos. Estaban fuera de la ley.

12/11/1942. Estuve en el gueto y, más tarde, en las fosas comunes. El pillaje afecta por igual a los vivos y los muertos. Los judíos han tenido que soportar cuatro días de trato inhumano. Los obligaban a oler vinagre. Mujeres recién paridas, ancianos y niños, todos ellos esqueléticos y medio muertos, eran obligados a ponerse de rodillas y disparaban sobre ellos a mansalva. La gente moría tras padecer los sufrimientos más horribles que la humanidad conoció jamás. Edificios enteros han quedado vacíos. En otros, los cadáveres permanecieron durante seis días sin que nadie se molestara en darles sepultura. Tanto los cuerpos de los hombres como los de las mujeres estaban desnudos. La impresión era horrible. *[A pesar de ello, penetro a hurtadillas en las casas. Busco a personas a las que podría librar del dolor dándoles un tiro de gracia.]* No hay un solo soldado en todo el gueto. Las puertas y las ventanas crujen en medio de la devastación.

20/11/1942. Cuarenta judíos han sido sacados de sus escondites. No había ni una sola mujer entre ellos.

4/12./1942. Hay cadáveres por todas partes. Las viejas casas se vienen abajo. Las epidemias de tifus y disentería se están propagando sin freno.

10/12/1942. Un partisano disparó contra el comandante de nuestra compañía.

12/5/1943. Marchamos a enfrentarnos a los partisanos.

4/6/1943. Luchamos contra los bandidos en Zamostie. Celebramos Pentecostés mientras estábamos en marcha.

[12/3/1943. Me asignan un puesto de guardia en Lublin.

11/12/1943. En la base provisional de Ulanov.

16/1/1944. En la base provisional de Krasnijin.]

EXTRACTO DE LA DECLARACIÓN DEL CABO CHRISTIAN FARBER

Poco antes de caer prisionero el año pasado, tuve ocasión de presenciar las horribles salvajadas perpetradas en una gran aldea ubicada a poca distancia de Chelm.

Concretamente, los hechos ocurrieron en noviembre de 1942, cuando una unidad de las SS dio muerte salvajemente a trescientas personas, entre hombres, mujeres y niños. La mayoría de las víctimas fueron judías. Los hombres eran obligados a avanzar en pequeños grupos y colocarse en hileras frente a las zanjas que ellos mismos habían cavado antes. Eran ejecutados con fuego de ametralladora. Todos los demás corrieron idéntica suerte. Como las ráfagas no alcanzaban a las víctimas desde el primer momento, los gritos y los lamentos formaban un ruido infernal. Con todo, también los heridos eran cubiertos de tierra y enterrados vivos. El Sargento Mayor Josef Schmidt, de Friburgo, se distinguió especialmente por la crueldad de la que hacía gala. Cuando alguno de los condenados intentaba huir, los SS les daban caza como a liebres. A los niños pequeños los tomaban de los pies y les estrellaban la cabeza contra los muros.

Una joven intentó escapar a la matanza y se escondió en un cobertizo detrás de una viga del techo. Cuando los hombres de las SS la encontraron, uno de ellos trepó en su busca, mientras los demás formaban un círculo abajo con las bayonetas apuntando hacia arriba. Seguidamente la pincharon hasta que cayó. Las bayonetas la despedazaron literalmente. Pregunté al Teniente Karl Dehr (de Ludwigshafen, Mannheim), quién mandaba sobre aquellos SS, por qué se comportaban con tanta crueldad. Me respondió: «Ya

hemos echado a los judíos de Alemania y ahora nos toca limpiar de ellos estas tierras». La acción terminó con el robo de todo el ganado de la aldea, una vez que le prendieron fuego a las casas.

[Christian Farber, cabo, zapatero, tercera compañía del 347.º regimiento (Schwitzingen, Mannheim)]

EXTRACTO DEL ACTA DEL INTERROGATORIO AL PRISIONERO DE GUERRA ERICH HEUBAUM, CABO MAYOR *[DE LA PRIMERA COMPAÑÍA DEL 173.º REGIMIENTO DE INFANTERÍA DE LA 87.° DIVISIÓN DE INFANTERÍA]*

Llegué a Lvov en abril de 1942. Allí me asignaron trabajar como conductor. El vehículo que conducía prestaba servicio a la Dirección de ferrocarriles de la ciudad.

En los meses de mayo y junio los periódicos fascistas de Lvov se llenaron de artículos que llamaban a liquidar a la población judía de la ciudad, unas sesenta mil personas. Ya para entonces otros noventa mil judíos habían sido sacados de la ciudad y ejecutados.

La orden de liquidar a los judíos restantes se recibió en el mes de junio. La operación comenzó con la delimitación de una zona de la ciudad como gueto. Esta zona fue rodeada de alambre de espino y allá fueron a parar todos los judíos que todavía vivían en la ciudad. Seguidamente, se levantó un campo de concentración en medio de un bosquecillo a las afueras de la ciudad. A ese campo llevaban a fusilar a los judíos de millar en millar. Al principio los condenados eran conducidos a plena luz del día. Pero como ello irritaba a ciertos sectores de la población, así como a algunos soldados y oficiales del ejército, los traslados pasaron a ser nocturnos. Los enfermos, los ancianos y los niños eran llevados hasta un andén de la estación de ferrocarriles y desde allí partían al campo de concentración. Las ejecuciones se hacían con ametralladoras.

Muchos condenados intentaron esconderse por los rincones del gueto y se negaban a salir. Entonces los hombres de las SS acordonaron el gueto y le prendieron fuego. Yo estaba allí y alcancé a verlo todo. Pude ver a los judíos saltando de los edificios en

llamas, arrojándose por las ventanas. Los hombres de las SS les disparaban sin cesar. Toda una calle de trescientos metros de largo acabó llena de cadáveres. Los cuerpos estaban apilados, unos sobre otros.

Cuando vi a una joven madre saltar con su hijo en brazos por la ventana de un edificio en llamas y ser tiroteada, me di la vuelta. Aquello era mucho más de lo que yo podía soportar, así que decidí volverme a casa.

El hedor a cadáveres quemados se extendió por toda la ciudad y no se disipó hasta varios días después.

También fui testigo de cómo se asfixiaba con gas a ciudadanos pacíficos. A veces me encargaban llevar a operadores de teléfono a un pequeño apeadero ubicado a doce kilómetros de la ciudad de Rava Rússkaya. Allí había sido construida una instalación subterránea. En una ocasión en que me encontraba en el apeadero vi llegar a un grupo de judíos. Viajaban en vagones cerrados y pedían agua a gritos extendiendo los brazos a través de las rejas de las ventanillas. Acercarse a aquellos vagones estaba terminantemente prohibido. Esa noche los llevaron al bosquecillo que había junto al apeadero. Entretanto, todo el personal ajeno a la operación debía permanecer encerrado en el edificio del apeadero. Había hombres de las SD por todas partes.

Al llegar al lugar de la ejecución todos los judíos, con independencia del sexo o la edad, eran obligados a desnudarse. Después los hacían entrar al subterráneo. Tres cuartos de hora más tarde, otros judíos, todos hombres, entraban a sacar los cadáveres. Seguidamente hacían entrar al siguiente grupo… Unas trescientas personas eran ejecutadas allí cada noche mediante la asfixia.

Fui testigo de aquello durante ocho días seguidos. Karl Hörst, un SS de Sajonia, fue quien me dijo que los asfixiaban con gas. Él participaba directamente en la ejecución. El jefe de la ejecución era el *Sturmbannführer* Herbst, de Breslau.

EXTRACTO DE LA DECLARACIÓN DEL ROTTENFÜHRER HEINRICH MICHAEL WENKRIECH [DEL 54.° BATALLÓN DE ZAPADORES DE LA DIVISIÓN DE TANQUES DE LAS SS «NIDERLAND»,

ACERCA DE LAS ATROCIDADES COMETIDAS EN UCRANIA POR LOS OCUPANTES FASCISTAS ALEMANES (ENTRE EL 6 DE DICIEMBRE DE 1941 Y EL 18 DE MARZO DE 1942)]

Por aquel entonces yo servía en la gendarmería del ejército rumano. Habíamos sido asignados a un grupo compuesto por una compañía de policía y un destacamento dedicado al mantenimiento del orden público.

Nos encargaron un área de los territorios ocupados que abarcaba desde Rybnitsa, en el Dniestr, hasta Golta, en el Bug. Las unidades destacadas allí habían recibido un permiso de vacaciones y nos correspondía sustituirlas. Las tropas, al mando de un teniente, fueron acuarteladas en Kruty, una pequeña población de la comarca. El área total asignada a nuestras tropas incluía poblaciones como Semionovka, Moyna, Labushna, Franziuska, Kodyma y Alexándrovka, entre otras.

La población judía de todas esas poblaciones había sido desalojada de sus casas y se hacinaba en barracones desprovistos de puertas y ventanas. Todos sus bienes fueron incautados. No se les suministraban alimentos, de manera que pasaban hambre y muchos morían de inanición.

Las autoridades militares ordenaron trasladar a todos aquellos judíos a otra área. El traslado se haría a pie y en régimen de estrecha vigilancia. Eran días de intensas heladas y a aquella gente se la había despojado de todas sus piezas de abrigo. De hecho, muchos andaban descalzos.

Los judíos eran unos trescientos cincuenta en total. Cierto Gavrila, un caporal rumano, mandaba sobre los guardias que acompañaban a los judíos. Se decía muy satisfecho de poder atormentar a aquellos trescientos judíos antes de que le fueran asignados otros trabajos.

Las madres avanzaban con sus hijos en brazos. Cuando caían dobladas por el peso que cargaban, ya exhaustas, Gavrila les pegaba un tiro. Otro tanto hacía con los ancianos o los más débiles. Cada noche los judíos eran encerrados en algún cobertizo donde dormían expuestos al frío más intenso. Y cada mañana encontrábamos a treinta o cuarenta de ellos helados hasta los huesos. Si alguno aún

respiraba, le pegábamos un tiro. Cuando el convoy llegó a su destino en Birzuli apenas lo formaba la mitad de quienes habían emprendido la marcha.

La enorme cantidad de cadáveres abandonados en las calles de las aldeas generó una epidemia de tifus. Entonces recibimos la orden de retirar los cadáveres de las calles y enterrarlos. Movilizamos a la población rusa para cavar las zanjas —cada una para cien cadáveres. A esas zanjas arrojábamos los cadáveres de los judíos ejecutados, pero también a algunas personas aún vivas. Una de esas fosas está situada junto a la carretera que conduce de Kruty a Budai. También sé de otra que fue cavada a las afueras de Kodyma…

Por orden del comandante de las tropas, fusilé a una mujer de entre cincuenta y sesenta años. Desconozco los motivos por las que se decidió fusilarla.

Hasta donde sé, no sobrevivió ni uno solo de los judíos que residían en la región puesta a nuestro cargo. Algunos fueron ejecutados en las mismas aldeas donde vivían; otros fueron exterminados en los campos de concentración.

EXTRACTO DE LA DECLARACIÓN DE WOLFGANG JANIKO *[DE LA* 1/3 *COMPAÑÍA DEL 368.°* *REGIMIENTO DE INFANTERÍA DE LA 122.°* División de Infantería (dibujante con residencia en el koburgerstrasse, *91, LEIPZIG*)

Mientras integraba el cuartel general de 28.° División de la Guardia, fui testigo de una ejecución en masa de judíos que tuvo lugar en Resekne (Letonia). Por aquel entonces había unos siete mil judíos en la ciudad. Todos fueron arrestados y liquidados en forma metódica: unos trescientos cada día.

En una ocasión me tocó presenciar una de esas ejecuciones. Y lo que vi fue horrible. El lugar donde ocurrían aquellos actos monstruosos estaba situado a las afueras de la ciudad. Allí habían cavado una larga y profunda zanja. Siguiendo órdenes de los comandantes alemanes, las tropas de apoyo letonas mandaron a treinta o treinta y cinco de sus pobres víctimas —entre ellas había

mujeres y hombres adultos, pero también niños—, a colocarse frente a la zanja. Entonces se escuchó la orden de «¡Fuego!» y las primeras víctimas cayeron al fondo de la zanja tras recibir un disparo en la nuca.

El siguiente grupo de víctimas se encargaba entonces de colocar los cadáveres en capas y cubrirlos con cal viva. Concluida esa tarea, iban a colocarse en el borde de la zanja para recibir los disparos que les correspondían. Uno de nuestros camaradas atinó a tomar una fotografía, pero fue visto y desde entonces se nos prohibió presenciar las ejecuciones.

Aquella experiencia nos causó una profunda impresión que todavía hoy no se ha borrado, a pesar de tantas escenas terribles que la guerra nos deparó. El Teniente General Bayer estaba al mando de la división cuando ocurrieron los hechos. Es menester anotar que de camino al lugar de la ejecución las víctimas eran despojadas de todos los objetos de valor que llevaban consigo. La ejecución a la que me he referido tuvo lugar en la población de Resenke (hoy Rozitten). Desconozco las señas del oficial al mando de la operación.

W. JANIKO

Wolfgang Janiko redactó y firmó esta declaración en mi presencia, tras mantener una charla conmigo.

E. S. FABRI

Instructor el Campo de concentración N.° 27

Traducción: Stern 14/4/1943

EXTRACTO DEL ACTA DEL INTERROGATORIO AL PRISIONERO DE GUERRA CABO ALBERT ENDER *[DE LA 14.° COMPAÑÍA DEL* 195.°*REGIMIENTO DE ASALTO DE LA 78.° DIVISIÓN DE ASALTO]*

Me constan varios crímenes cometidos por el ejército alemán en el territorio de Rusia.

En otoño de 1941 todos los judíos de Kirovogrado recibieron la orden de empacar sus cosas y disponer de provisiones para un día de viaje. Así provistos, debían presentarse en la oficina del

Comisario regional. Cuando estuvieron reunidos allí los condujeron hasta unas trincheras antitanque y los fusilaron a todos. No todos los fusilados fueron judíos; también había rusos. Se dice que ese día fueron ejecutadas cerca de treinta y cinco mil personas. Algunas fueron colgadas con carteles sobre el pecho que los identificaban como ladrones. Yo mismo vi a algunos de ésos. A veces colgaban a seis, ocho y hasta diez personas de golpe. Y ello ocurría con bastante frecuencia. Todo aquello era obra de las SS.

Otro tanto ocurría en Dnepropetróvsk.

Cuando estuve destinado en Uman, me alojé en la casa de una judía. Un día se aparecieron los hombres de las SS a las cuatro de la mañana y se la llevaron. Según me dijeron, sería ejecutada. Ya no la vi más.

En el verano de 1942 fui testigo de cómo los muros de Krasnodon y Tijoretsk se llenaron de carteles anunciando que todos los judíos que no se presentaran inmediatamente en la oficina del Comisario regional serían fusilados. A veces la población civil nos preguntaba por qué estábamos exterminando a los judíos. Los soldados no tenían otra respuesta que abrirse de brazos.

2637
24 de septiembre de 1944
Fondo N.° 1, Expediente 35, Folio 4

Acta del interrogatorio a Wilhelm Sudbrak

Nombre, apellido	Wilhelm Sudbrak
Año de nacimiento	1905
Lugar de nacimiento	Aikel, Wanne-Aikel (Wesfaha)
Nacionalidad	Alemán
Estudios	Nivel superior
Partido al que pertenece	No pertenece
Situación militar	Soldado de la 15.° Compañía, del 197.° Regimiento de Asalto, de la 78.° División de Asalto
Fecha y lugar de la captura	24/6/1944. Región de Briújovtsi
Estado civil	Casado

He sido advertido de la responsabilidad legal que entraña prestar declaración falsa, según lo establecido por los Arts. 92 *y 95 del Código penal de la República socialista federativa soviética de Rusia.*

(*Firmado*)

Declaración:

Desde el inicio de la guerra germano-soviética y hasta el mes de mayo de 1943 estuve asignado a la Dirección de un campo de concentración para prisioneros de guerra soviéticos (Stalag) ubicado en el territorio de Ucrania. Dicho campo de concentración procesó un número de prisioneros que oscila entre los mil y los cinco mil.

Los comisarios políticos y los judíos que iban a parar a nuestro campo como prisioneros de guerra eran puestos en manos de la «policía de las SS». Algo similar ocurría en los demás campos, como en el Slavutski, por ejemplo. En términos administrativos, se trataba de una cesión de esos prisioneros a las SS para que éstas los tuvieran bajo custodia, aunque en realidad todos eran ejecutados inmediatamente. Todos sabíamos perfectamente la suerte que corrían esos prisioneros, aunque el asunto se trataba con el mayor secreto y teníamos prohibido hacer comentarios sobre las

ejecuciones. El *Sonderführer* Fastl, quien servía de intérprete en nuestro campo, me comunicó en una ocasión por teléfono que los SS habían ejecutado a diecisiete judíos. Unos días después fue asignado a otras instalaciones y ya no lo vimos más por allí. Hubo rumores de que fue arrestado.

En el invierno de 1941-1942 el campo de concentración de Kovel acogía a unos doce o trece mil prisioneros de guerra rusos. Debido a que mucho de ellos fueron obligados a marchar descalzos hacia el campo en etapas de cientos de kilómetros, debido a la penosa alimentación que recibían y debido, por último, a las horribles condiciones sanitarias de los campos, los prisioneros que llegaban a los campos morían como moscas víctimas del tifus y la inanición. El Mayor Otto era el comandante de ese campo en aquellos momentos. La situación en el campo de concentración de Vladimiro-Volynski, destinado a oficiales del Ejército Rojo, era similar. Lo mismo sucedía en otros campos. Gracias al acceso que tenía a los documentos que registraban el suministro de alimentos a los distintos campos de concentración tuve constancia de todos esos hechos. Por otra parte, no conozco ni un solo caso en el que el gobierno hitleriano llevara ante la justicia siquiera a alguno de los culpables de las muertes en masa de tantos prisioneros de guerra.

En septiembre de 1941 cerca de dieciocho mil judíos fueron exterminados en un solo día en la ciudad de Rovno. Supe de ello por comentarios que me hicieron algunos de nuestros oficiales.

Algo semejante sucedió en el verano de 1942 con todos los judíos detenidos en Kovel. Disto de ser la única persona que sabe de lo ocurrido allí.

Ninguna de esas acciones constituye el mero resultado de la malicia de algunas pocas personas. Es decir, los jefes de los campos y unos pocos de sus guardias. No. El exterminio sistemático de toda esa gente fue planificado por el gobierno de Hitler. Y basta un solo hecho para probarlo: cuando en 1942 el Comisario de regional de Kovel dio largas a la orden de exterminar a todos los judíos a su cargo, fue convocado de urgencia a Berlín, donde lo juzgaron y, según nos dijeron, fusilaron.

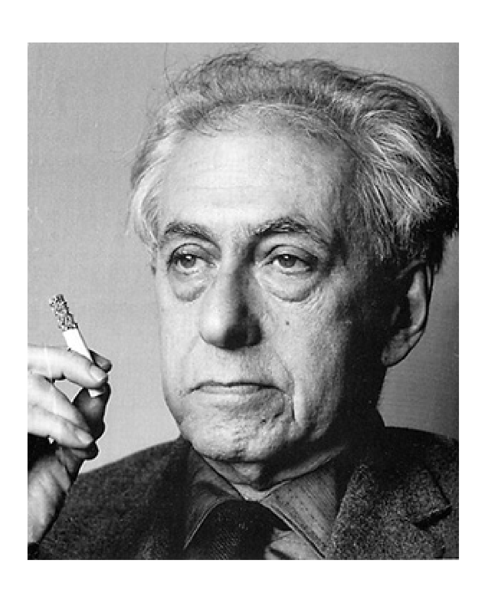
Fondo N.º 1, Expediente 35, Folio 38

Agradecimientos

A Irina Ilínichna Ehrenburg, David Waksberg, Pamela Braun Cohén, Serguei Nitochkin, Vladimir Sharov, Leonid Stonov, Olga Borovaya, Roza Beliausken, Marina Seleznova, Jacques Lurie, Daniel S. Mariaschin, Sofija Zibuciené, Aldona Žalienė, Albertas Broga, Raimundas Paknys, Ilyá Lempertas, Ilyá Altman, Jaím Bargman, Dmitri Guelpern, Leib Lifshits; al Archivo estatal de la Federación rusa, la Editorial TEV, la Tipografía «Spindulys» y a todos los que ayudaron a la publicación de este libro.



VASILI SEMENOVICH GROSSMAN. Nació en 1905, en Berdíchev, en la actual Ucrania. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó de reportero para el *Krasnaya Zvezda*, el periódico oficial del Ejército Rojo. Cubrió la batalla de Stalingrado y fue el primero en dar a conocer al mundo la existencia de los campos de exterminio nazis. Su obra cumbre, *Vida y destino*, fue considerada una amenaza para el régimen soviético, tan peligrosa que no sólo fue prohibida sino que se confiscaron incluso las cintas de la máquina de escribir en la que había sido redactada. Grossman no llegó a verla publicada, pues murió en Moscú en 1964, sumido en el ostracismo, poco después de terminar el manuscrito de *Todo fluye* (escrita ente 1955 y 1963), novela que podría considerarse su testamento literario. En 1980, gracias a una copia del manuscrito que pudo ser recuperada, *Vida y destino* se editó en Suiza, tras lo que se convirtió inmediatamente en una obra literaria de referencia mundial.



ILYÁ GRIGÓRIEVICH EHRENBURG. Nació el 27 de enero de 1891 en Kíev. En el año 1908, sale de la cárcel donde estuvo por actividades políticas ilegales y se establece en Europa occidental. Regresó a su país en 1917, pero se sintió tan defraudado por los excesos de la Revolución Rusa, que en 1921 se marchó de nuevo. Vivió principalmente en París y fue corresponsal del periódico soviético Izvestia.

Además de poesía y artículos periodísticos, escribió más de veinticinco novelas. Durante la dictadura de Stalin, alabó el régimen de su país, pero a su muerte, escribió *El deshielo* (1954), novela crítica con su mandato. Su primera novela, *Julio Jurenito* (1921), está considerada por muchos críticos literarios como su mejor trabajo. Entre sus demás novelas destacan *Una calle de Moscú* (1927), *La caída de París* (1941) y *La tempestad* (1947).

Viajó con frecuencia a España como corresponsal y escribió *España, república de trabajadores* (1932). *No pasarán* (1936) y *Guadalajara: una derrota del fascismo* (1937).

Notas

[1] El autor desea expresar su agradecimiento a The Memorial Foundation for Jewish Culture por la ayuda prestada para consultar las bibliotecas y archivos de Israel durante el trabajo de redacción del presente texto. < <

[2] Por parte de la CJA, la Comisión fue integrada por S. Mijoels, I. Feffer, D. Berguelson, L. Kvitko, S. Epstein, P. Markish, S. Galkin, B. Shimeliovich e I. Falkovich. Hay que destacar que todos ellos fueron represaliados tras la suspensión de las actividades del CJA. < <

[3] Ilyá Ehrenburg y Vasili Grossman figuran ambos, y así firmaron, como editores del libro. El hecho de que aun después de abandonar la Comisión editora Ilyá Ehrenburg continuara velando por la suerte de su criatura resulta enormemente significativo. <<

[4] Según los datos oficiales, en el gueto de Lodz vivían 160 000 personas. En realidad, la población del gueto rondaba las 200 000 personas. < <

[5] Todos los textos en letra cursiva y entre corchetes son adiciones recogidas en la versión del texto de 1946. Fuente: *El Libro negro*, Jerusalén, 1980. < <

[6] Todos los textos en letra cursiva son adiciones recogidas en la versión del texto de 1945, procedente del Archivo Estatal de la Federación rusa. < <

[7] En Babii Yar fueron ejecutados 33 771 judíos entre los días 29 y 30 de septiembre de 1941. Otras decenas de miles de personas fueron ejecutadas a lo largo de los días siguientes. Cf. *El exterminio de los judíos de la URSS durante la ocupación alemana (1941-1944)*, Jerusalén, 1991, p. 16. (En adelante, se cita como *El exterminio*…) <<

[8] Los alemanes ocuparon Dniépropetróvsk el 25 de agosto de 1941. <<

[9] En yiddish, «Gente» o «pobre gente». < <

[10] El campo de concentración de Akmechétka fue uno de los «campos de exterminio» levantados en territorio rumano. Estaba situado en la Transnistria, junto al río Bug del Sur. Unos 4000 prisioneros de ese campo murieron allí de hambre o enfermedades. Dománevka fue otro campo de concentración rumano. También se alzaba junto a las márgenes de Bug. En los meses de enero y febrero de 1942 unos 18 000 judíos —casi todos oriundos de la ciudad o de la provincia de Odessa-fueron asesinados allí. Bogdánovka fue otro campo, también rumano y ubicado junto al Bug del Sur. Entre el 2.1 y el 31 de diciembre de 1941, 54 000 judíos perdieron la vida allí. (Cf. *El exterminio…*). < <

[11] Las tropas alemanas ocuparon Odessa el 16 de octubre de 1941. Al día siguiente, el 17 de octubre, fueron fusilados entre 3000 y 4000 hombres judíos. El 22 de octubre de 1941 la comandancia rumana saltó por los aires. 66 soldados y oficiales rumanos perecieron a consecuencia de la explosión. A lo largo de los tres días posteriores a la acción de los partisanos, los militares del ejército rumano fusilaron a unos 35 000 judíos de Odessa. (Cf. Arad, I., El Holocausto, Jerusalén, 1990, p. 69. En adelante, se cita como «Arad, I…»). < <

[12] En el caso de Plutoner Sandu puede que no se trate de un nombre propio, pues la voz «plutoner» sirve para designar el rango de una categoría de suboficial del ejército rumano. < <

[13] Desde 1941, el Gruppenführer SS Friedrich Katzmann (Fritz) se desempeñó como máxima autoridad de las SS y la policía en el «distrito de Galizia» (Ucrania occidental). En el año 1943, Katzmann se ocupó de organizar el exterminio de 434 000 judíos y el envío de otros 20 000 a los campos de concentración. < <

[14] Arbeitsamt, en alemán, Oficina de empleo. <<

[15] Meldekarte, en alemán, tarjetas que acreditaban el alta en el registro. < <

[16] El campo de concentración de Belzec aparece nombrado en el manuscrito con las más diversas grafías. Belzec fue uno de los campos de exterminio más grandes levantados en el territorio de Polonia. Entre febrero de 1942 y el 30 de junio de 1943, en Belzec fueron exterminados 600 000 judíos. <<

[17] El campo de concentración de Dachau estaba ubicado a poca distancia de la ciudad de Munich, en Alemania. Dachau, uno de los primeros campos al mando de las SS, sirvió de modelo y de centro de instrucción para los campos que se levantaron después y el personal que los dirigía. El campo de concentración de Dachau se mantuvo en funcionamiento desde 1933 hasta los últimos días de abril de 1945. En Dachau fueron exterminados algo menos de 40 000 personas de las que un 80 o 90% fueron judíos. El campo de Mauthausen estaba ubicado en el territorio de Austria. Los índices de mortalidad de Mauthausen fueron los más altos de todos los campos conocidos. En torno a 123 000 personas fueron exterminadas allí entre abril de 1938 y mayo de 1945. <<

[18] El Obersturmführer SS Gustav Willhaus se hizo cargo de la dirección del campo en sustitución de F. Gebauer. <<

[19] El Obersturmführer SS Richard Rokita, ayudante del comandante del campo, trabajaba en un club nocturno antes del inicio de la guerra. < <

[20] Como en Treblinka y Sóbibor, en Belzec las ejecuciones se hacían por medio de la inyección de gases ponzoñosos en las cámaras de gas. < <

[21] El coronel Rudosh era el comandante de la plaza (Cf. El exterminio…, p. 88). Cf., también, la p. 102, donde Tudose aparece mencionado como jefe de la prisión de la localidad. < <

[22] Los prisioneros fueron ejecutados el 1 de agosto de 1941. (Cf. El exterminio…, p. 88). < <

[23] En Túchinka, una aldea ubicada a las afueras de Minsk, fueron asesinados 25 000 judíos de Minsk. <<

[24] Más de 35 000 judíos fueron deportados a Minsk desde Alemania entre noviembre de 1941 y octubre de 1942. Una parte de ellos fueron enviados al gueto de la ciudad, mientras que los demás fueron a parar a Malii Trostianets, a diez kilómetros de la capital bielorrusa, donde los ejecutaron. (Cf. El exterminio…, p. 20). <<

[25] El 20 de noviembre de 1941 tuvo lugar la ejecución de 7000 judíos en Túchinka. (Cf. El exterminio…, p. 13). <<

[26] Matvei Pruslin murió en combate en abril de 1942. <<

[27] Según la declaración prestada por el Unterscharführer SS Franz Hoess, integrante del Sonderkommando, se utilizaron tres o cuatro cámaras de gas móviles y entre 20 y 30 camiones que servían para llevar a los judíos al emplazamiento donde eran ejecutados, a unos treinta kilómetros de Minsk. (Cf. El exterminio…, p. 208). <<

[28] El 2 de marzo de 1942 fueron asesinados 5000 judíos de Minsk. Otras 10 000 personas fueron ejecutadas entre los días 28 y 29 de junio. De ellas, 6500 eran judíos del gueto de Minsk, fundamentalmente ancianos, mujeres y niños. El resto de las víctimas fueron judíos de Viena, Bremen y Berlín considerados no aptos para el trabajo. (Cf. El exterminio…, pp. 13 y 234). <<

[29] Verpflegungsamt (alemán): Dirección de alimentos. < <

[30] En el original aparece la fecha del 16 de mayo. En realidad, la ciudad de Minsk fue liberada el 3 de julio de 1944. <<

[31] El 31 de junio de 1942, el Comisario general de Bielorrusia, Kube, declaró al Reichskommissar Lose, quien estaba al mando de los territorios del Este: «[…] Los mandos de las fuerzas de la retaguardia se extralimitaron en sus funciones e interfirieron en los planes que diseñábamos con vistas a la liquidación de la población judía de Glubókoye. Sin coordinarlo conmigo, aniquilaron a 10 000 judíos, cuya eliminación ya había sido planificada por nosotros, como es natural». <<

[32] Según otras fuentes, la población judía de Brest rondaba las 21 000 personas. (Cf. El exterminio…) < <

[33] La carta, escrita en polaco, está firmada con la letra J (Junita). <<

[34] En esos días, entre el 5 y el 12 de junio de 1941, unas 5000 personas fueron ejecutadas en los bosques, a las afueras de Bialystok. < <

[35] El 15 de agosto de 1941 se prohibió a los judíos la realización de compras en el sector «ario» de la ciudad. A partir del 18 de agosto se estableció la responsabilidad compartida que pesaba sobre la comunidad judía en pleno por cualquier compra realizada fuera del perímetro del gueto. Paralelamente entró en vigor una severa distribución de alimentos a los judíos que trabajaban para los ocupantes. La ración diaria era de 500 gramos de pan al día. Más tarde, se la redujo a apenas 300 gramos. < <

[36] Bluma Lyaks (Kveta): militante comunista, miembro de la organización clandestina del gueto. Murió el 5 de febrero de 1943. <<

[37] Ada Lisakóvskaya: miembro de la resistencia polaca. < <

[38] Entre agosto de 1941 y marzo de 1943, en Bialystok estuvo emplazado un campo de prisioneros de guerra soviéticos. Se lo denominó Stalag 57 hasta el 1 de agosto de 1942, cuando pasó a denominarse Stalag 316. A principios de 1942 el campo contaba con 11 500 prisioneros. En febrero de 1943 apenas acogía a 1673 personas. <<

[39] Yitzhak Malmed (1903-1943): obrero, activista de la resistencia. El 5 de febrero, cuando los alemanes iniciaron la Aktion contra el gueto, arrojó ácido sobre un SS. Los alemanes abrieron fuego y dieron muerte a su propio oficial. A modo de represalia, el 6 de febrero la Gestapo ejecutó a 100 personas, entre las que se encontraban la esposa y la hija de Malmed. Dos días más tarde el propio Malmed fue arrestado. Lo colgaron el 8 de febrero en una horca levantada en la calle Kupécheskaya. La Aktion se prolongó hasta el 8 de febrero. < <

[40] El levantamiento del gueto de Bialystok duró cinco días, desde el 16 hasta el 20 de febrero de 1943. < <

[41] Mordejai Tenenbaum-Tamarov (1916-1943). Comandante de la organización militar clandestina del gueto de Bialystok. En los primeros meses de la guerra se destacó como activista en el gueto de Vilnius. En la primavera de 1942 se trasladó a Varsovia, donde fue uno de los organizadores del Bloque antifascista y redactor de su órgano impreso: La llamada. En diciembre de 1942 viajó a Bialystok con la misión de unir a todos los grupos clandestinos que operaban en la ciudad. Fue uno de los organizadores del levantamiento del gueto de Bialystok y perdió la vida cuando éste fue aplastado. En 1945 recibió con carácter póstumo una de las condecoraciones más altas que concede Polonia: la Cruz de Grunwald de Tercera Clase. < <

[42] En realidad, se trataba de documento con origen en el Judenrat. La proclama iba firmada así: «A nombre del Consejo de autoridades judías. Doctor Lourié». Más abajo, en alemán, se leía «Sonderkommando SS 10». (Cf. Ginzburg, L., El abismo, Moscú, 1967, p. 65). < <

[43] En total, el número de judíos asesinados en Rostov del Don rondó las 15 000-16 000 personas. {El exterminio…, p. 19). A cargo de las ejecuciones estuvo el Sonderkommando SS 10, al mando del Obersturmbannfübrer SS Kurt Kristman. < <

[44] El doctor Faynberg, su mujer y su hija intentaron acabar con sus vidas cortándose las venas e ingiriendo dosis de morfina. No obstante, los alemanes los enviaron a un hospital, los curaron y después los ejecutaron. (Cf. Acta acerca del exterminio de la población judía de Kislovodsk. Serie: Los documentos acusan, Volumen II, Moscú, 1945, p. 141. También en El exterminio…, p. 240). < <

[45] De acuerdo con el Acta sobre la ejecución de ciudadanos soviéticos a manos de los nazis en la ladera de la montaña Koltsó entre el 25 de enero y el 7 de julio de 1943, en las laderas de la mencionada elevación se encontraron 349 cadáveres de personas fusiladas. (Cf. Los documentos acusan…, pp. 147-151). <<

[46] R. Pfeifer, oficial del Sonderkommando SS 12, fue responsable del exterminio de judíos. En 1968 ofreció las siguiente declaraciones en calidad de testigo durante un proceso judicial seguido en Pyatigorsk: «El 1 de septiembre se procedió a la limpieza de Mineralnie Vody; del 2 al 5 de septiembre se limpiaron Essentukí y Zheleznovodsk; del 6 al 8 de septiembre se hizo lo mismo en Pyatigorsk; el 9 de septiembre le tocó el turno a Kislovodsk. No puedo decir con certeza cuántas personas fueron aniquiladas. Creo que tal vez fueron unas 8000 o 10 000. Tal vez 12 000». (Cf. El exterminio…, pp. 241-243). Gustav Noske ejerció de comandante del Sonderkommando SS 12. < <

[47] Según el acta de la Comisión Estatal Extraordinaria, en Kerch y los pueblos adyacentes fueron asesinados 14 087 vecinos a lo largo de los dos años de ocupación. (Cf. El exterminio…, p. 185). <<

[48] Entre el 15 y el 17 de diciembre de 1941 fueron asesinados 14 300 judíos de Simferopol. < <

[49] Según el informe operativo N.° 159 rendido por las SD y la policía el 2 de enero de 1942, «Simferopol, Yevpatoria, Alushta, Karasubazar, Kerch y Feodosia, así como otros asentamientos de Crimea occidental están limpios de judíos. Entre el 16 de noviembre y el 16 de noviembre (de 1941) han sido fusilados 17 646 judíos, 2604 crimeos, 824 gitanos y 212 comunistas o partisanos. En total, han sido ejecutadas 75 881 (personas)». (Cf. El exterminio…, p. 182). <<

[50] La primera orden que obligó a llevar distintivos con estrellas de color amarillo fue dictada por el comandante Von Osten el 3 de julio de 1941. Fue en base a esa orden que la administración lituana aprobó la disposición correspondiente. Unos días más tarde, el coronel Zempfening, comandante militar, dictó una segunda orden que estableció la obligatoriedad de llevar también brazaletes. < <

[51] Hans Hingst: Sturmbannführer SS y Gebietskommissar de Vilnius, fue la máxima autoridad de la administración civil de la ciudad ocupada. <<

[52] Horst Schweinberger: Oberscharführer SS y jefe del Sonderkommando SD (Ypatingas Büris o Destacamento especial). Hasta 1942 se encargó de dirigir las ejecuciones en Ponary. En enero de 1942 fue llamado de vuelta a Berlín. <<

[53] Martin Weiss: Hauptscharführer SS y jefe de todos los centros penitenciarios de Vilnius. En junio de 1942 fue puesto a cargo del Sonderkommando de Ponary, ganándose el sobrenombre de El Amo de Ponary. En 1943 trabajó en el Departamento de asuntos judíos de la Gestapo. En febrero de 1950 un tribunal de la ciudad de Wurzburgo (República Federal alemana) lo condenó a cadena perpetua por los crímenes cometidos en Ponary. < <

[54] Rolf Neugebauer: Obersturmpihrer SS y jefe de la Gestapo en Vilnius (IV departamento de las SD y la policía). Entre febrero de 1942 y octubre de 1943 se desempeñó como jefe de las SD y la policía de la ciudad de Vilnius. Más adelante fue trasladado a Kaunas, donde sirvió en la jefatura de las SD de Letonia, y a Budapest. <<

[55] Ypatingas Büris: destacamento especial de las SD de Vilnius, subordinado al Einsatzgruppe A (más adelante, SD de Vilnius). El destacamento estaba compuesto por un número de hombres que oscilaba entre los 40 y los 150. Durante el primer año de ocupación el destacamento estuvo a las órdenes del Teniente Mayor del ejército lituano Yuosas Sidlauskas, quien fue sustituido por el Teniente Balis Norvaisa. En todas las etapas un oficial de la Gestapo ejercía como jefe máximo del destacamento y, por consiguiente, del Sonderkommando. <<

[56] Se trata de la primera acción denominada «de los carnés amarillos». Los alemanes habían emitido tres mil de esos documentos a favor de los artesanos que les servían. Cada carné permitía la inscripción adicional de la esposa y dos hijos del titular. Dado que no todos los artesanos estaban casados y tenían dos hijos, se había previsto reducir a menos de 12 000 el número de judíos del gueto de Vilnius. Entre el 25 y el 27 de octubre en Ponary fueron fusilados 3781 judíos que carecían del preceptivo carné amarillo. (Cf. R. Korchak, Fuego sobre las cenizas, Biblioteca Alia, 1977, pp. 47-51). <<

[57] August Göring: lituano de origen alemán. Fue nombrado jefe del Sonderkommando en junio de 1942. En 1950 fue juzgado junto a Weiss y condenado a cadena perpetua por los crímenes cometidos en Ponary. < <

[58] Se trata de la conocida como «la gran provocación», cuando los judíos fueron acusados de haber causado heridas a un soldado alemán. Todos los judíos vecinos de la zona destinada a servir de gueto fueron arrestados y fusilados el 2 de septiembre. De acuerdo con el informe rendido por el Eisantzgruppe 3, fueron ejecutadas 3700 personas en total. El 6 de septiembre los alemanes inauguraron dos guetos distintos en el perímetro ocupado por aquellos edificios vacíos. A uno le llamaron «Gran gueto» y acogió a 29 000 personas. El segundo, el «pequeño gueto», contaba con una población de 11 000 judíos. Las ejecuciones se sucedían una tras otra. El 12 de septiembre: 3334 personas. El 17 de septiembre: 1271. El 4 de octubre fueron ejecutadas las 1983 personas arrestadas durante la Aktion del Yom Kippur. <<

[59] Franz Murer fue hecho prisionero por los soldados británicos en 1948. Juzgado como criminal de guerra por un tribunal soviético, fue condenado a veinticinco años de privación de libertad. En 1949 fue extraditado a Austria. Un tribunal de Graz lo absolvió de los cargos en 1962. < <

[60] Yakov Vygodski (1857-1941): médico y político, fue ministro de asuntos judíos en el primer gobierno de la Lituania independiente y, más tarde, diputado al parlamento polaco. Se lo conocía como «el padre de los judíos de Vilnius». <<

[61] Bruno Kittel, responsable del Departamento de asuntos judíos de Vilnius desde junio de 1943. Antes de la guerra fue actor de cine y cantante. Ya después de estallar el conflicto bélico tuvo a su cargo los asuntos judíos en Francia y Riga. Fue el responsable de la liquidación de los guetos de Riga, Vilnius y Kaunas. (Cf. R. Korchak, Fuego…, pp. 201-202). < <

[62] Las siglas HKP identifican al Heereskraftpark, a la vez parque automotor del ejército y campo de trabajo para los judíos del gueto que trabajaban en sus instalaciones. Los judíos empleados en el HKP fueron fusilados entre el 2 y el 3 de julio de 1944, diez días antes de que la ciudad fuera liberada. <<

[63] Zelig Girsh Kalmanóvich (1881-1943): célebre filólogo y hombre de letras judío. Fue uno de los fundadores del Instituto de Estudios Judíos. En el gueto llevó un diario que fue publicado en Nueva York en 1951. <<

[64] Ona Shimaite (1894-1970): bibliotecaria y periodista. Trabajó en la biblioteca de la Universidad de Vilnius durante la ocupación, desde donde ayudó a muchos judíos del gueto. Fundó una organización clandestina dedicada a salvar a niños del gueto y bienes culturales judíos. Fue arrestada por la Gestapo y enviada a Dachau. Al término de la guerra se instaló en París. Yad Vashem le concedió un premio en 1966 por su actividad en favor de los niños judíos. <<

[65] Abba Kovner, Uri (1918-1987): uno de los fundadores y, más tarde, comandante de la organización clandestina del gueto. El 23 de septiembre de 1943, ante la inminente liquidación del gueto, guio a sus hombres hasta los bosques y se convirtió en comandante de una brigada de partisanos. Al término de la guerra, se instaló en Israel, donde se convirtió en un célebre poeta, presidió la Unión de escritores y recibió el Premio Nacional en 1970. Fue uno de los fundadores del Museo de la Diáspora en Tel-Aviv. <<

[66] Iosif Glazman (Abram) (1913-1943): fundador de la resistencia en el gueto. Integró el primer destacamento de la policía del gueto, que abandonó después. Estuvo al mando del primer grupo de combatientes del gueto que marcharon a reunirse con los partisanos. Comandante del destacamento guerrillero Nekome (Venganza). Murió en combate en octubre de 1943. < <

[67] Edek Boraks (1918-1943): destacado jefe de la resistencia en el gueto de Vilnius. Por encargo de la organización clandestina se trasladó a Varsovia a finales de 1941. Participó en la puesta en marcha de la organización clandestina en el gueto de Bialystok. El 5 de febrero de 1943 fue capturado por los alemanes y enviado a Treblinka. Se desconoce la fecha exacta de su muerte. <<

[68] Antón Schmidt (1900-1942): médico austríaco del ejército alemán que prestó ayuda a los judíos de Vilnius. Debido a sus actividades solidarias, fue arrestado y, después, fusilado en abril de 1942. <<

[69] Yiejiel (Ilyá) Sheinboim (1914-1943): activista del movimiento sionista juvenil. Fue responsable de una organización clandestina independiente que se ocupaba del envío de combatientes del gueto a los destacamentos partisanos. De hecho, el primer grupo de jóvenes que abandonaron el gueto y se unieron a la guerrilla lo hicieron gracias a él. En la primavera de 1943 su organización se integró a la resistencia como un batallón independiente. (Cf. Rolnikaite, M., Esto es lo que os he de contar, Vilnius, 1965, pp. 102-103). <<

[70] Yankel Kaplan (1907-1943) y Abram Jvoynik (1907-1943) fueron miembros de la dirección de la resistencia clandestina. Asia Big (1922-1943) sirvió de enlace al cuartel general de la resistencia. El 23 de septiembre fueron colgados públicamente en la calle Suboch junto a Girsh Levin. < <

[71] Instalado en Israel al término de la guerra, Doguim aparece en el célebre documental Shoah, de Claude Lanzmann, donde él y Motl Zaydel ofrecen un pormenorizado relato de las masacres en Ponary. < <

[72] El texto de esta «Nota de los editores» se publica aquí por primera vez en su redacción original, libre de las numerosas enmiendas dictadas por la censura. <<

[73] En realidad, el proceso de reasentamiento en el gueto se prolongó desde 25 de julio hasta el 15 de agosto. < <

[74] Antanas Stankus: fue capitán de la policía lituana hasta 1940. Entre los años 1941 y 1943 se desempeñó como adjunto al burgomaestre de Siailiau a cargo de los asuntos relacionados con los judíos. < <

[75] Mendel Leibovich: máxima autoridad del Judenrat del gueto de Siailiau. Murió en el propio gueto aplastado por las bombas el 22 de julio de 1944. < <

[76] Los judíos eran reunidos en tres sinagogas: la principal, en la calle Varnia; la de los comerciantes de granos, en la calle Vilniaus, y la capilla del hogar de ancianos de la calle Vilniaus. <<

[77] Quinientas, según otras fuentes. <<

[78] Se trata del Gebietskommissar Hans Heweke, barbero de profesión. En 1969, un tribunal de Lübeck lo condenó a cuatro años y medio de cárcel por el asesinato de Bezalel Mazowiecki, condenado a muerte por intentar introducir pitillos en el gueto. La prohibición de introducir cualquier tipo de mercancía en el perímetro del gueto era absoluta. Los judíos tenían que bastarse para su alimentación con las raciones establecidas por las autoridades de ocupación. Era natural, pues, que los hombres que trabajaban fuera del gueto intentaran ayudar a sus mujeres e hijos a toda costa. < <

[79] Los judíos Davídovich y Kerbel oficiaban de verdugos. El Gebietskommissar había impuesto al Judenrat que los verdugos fueran judíos, como el condenado, bajo la amenaza de fusilar a las 20 personas detenidas aquel día. Davídovich y Kerbel recibieron una abundante paga en marcos por sus servicios. <<

[80] La Preisüberwachingsstelle era la oficina encargada de controlar el cumplimiento de los encargos, el control de los precios de los productos racionados y el control del movimiento de las mercancías destinadas al consumo. < <

[81] A partir del 1 de julio de 1943 el gueto pasó a ser administrado por las fuerzas de seguridad alemanas y dejó de depender de las autoridades metropolitanas. < <

[82] Ayuno tradicional judío, asociado al duelo por la destrucción de Jerusalén por los romanos. <<

[83] En 1941 la comunidad judía de Kaunas rondaba las 36 000 personas. (Cf. Eln Exterminio… p. 11). < <

[84] De acuerdo con un informe del Eisantzkommando 3 fechado el 1 de diciembre de 1941, el 4 de julio de ese mismo año fueron ejecutados 463 judíos en el Fuerte N.° 7 de Kaunas y otros 2514 el 6 de julio. Por orden de la jefatura de la SD y la policía, esas acciones punitivas fueron encargadas a los «partisanos» lituanos. <<

[85] De acuerdo con el informe mencionado en la nota anterior, en el Fuerte N.° 4 fueron ejecutados el 18 de octubre 698 judíos, 402 judías, una polaca y 711 intelectuales y profesionales judíos. En total, 1812 personas. <<

[86] Ernst Stitz, Hauptscharführer SS, fue uno de los más crueles responsables del gueto. Desde mediados de 1942 se desempeñó como asesor del Departamento de asuntos judíos de la Dirección de la SD y la policía en Kaunas. <<

[87] De los 600 prisioneros de guerra que cavaron las zanjas, apenas diez consiguieron sobrevivir hasta el invierno de 1943, cuando los enviaron al destacamento encargado de la incineración de los cuerpos. <<

[88] Hauptsturmführer SA, asesor para asuntos judíos de la administración de Kaunas. Fue responsable de enormes masacres en el gueto de Kaunas. A principios de 1942 fue enviado al frente oriental, donde murió. < <

[89] Hauptscharfübrer SS. Desde 1941 y hasta mediados de 1942 fue asesor para asuntos judíos de la Gestapo. Fue responsable de enormes masacres en el gueto de Kaunas. Marchó a Canadá al término de la guerra. En 1986, un tribunal de Toronto lo declaró culpable de crímenes de guerra. Fue extraditado a Alemania donde murió en la cárcel. Cumplía una condena por el asesinato de 11 500 personas. <<

[90] De acuerdo con el citado informe, el 29 de octubre de 1941 se llevó a cabo una «operación de limpieza del gueto para desalojar a judíos innecesarios». Como resultado de esta operación, conocida como la «Gran Aktion» fueron fusilados 2007 judíos, 2920 judías y 4273 niños. En total, 9200 personas. <<

[91] Se trata de los hermanos Arseni, Vasili y Makar Kurganov. Tras protagonizar un intento de fuga, Arseni y Vasili fueron ejecutados. Makar sobrevivió a la ocupación. < <

[92] I. L. Veselnitski (1907-1989) fue capitán del Ejército Rojo hasta caer prisionero de los alemanes. Veselnitski fue uno de los organizadores de la fuga de los judíos del Sonderkommando 1005B, prisioneros en el Fuerte N.° 9 de Kaunas, el 25 de diciembre de 1943. Tras la fuga, fue a parar al gueto de Kaunas junto a un grupo de camaradas y desde allí marchó a los bosques. Más tarde, encabezó uno de los destacamentos de partisanos judíos. <<

[93] El original de este documento se conserva en el museo del Fuerte N.° 9. Allí se leen datos algo distintos: «[…] se abrieron 6,5 fosas y quedaron por abrir otras 7,5. El número de víctimas ronda los 25 000-30 000, cifras también mencionadas por algunos oficiales de la Gestapo». <<

[94] Se refiere al Museo judío que existió en Vilnius entre 1944 y 1949. < <

[95] En realidad, los fugados escaparon a los bosque el 6 de enero de 1944, tras pasar casi dos semanas en el gueto. < <

[96] En realidad, se trata de una exageración. En 1943 los partisanos que operaban en Lituania se limitaban a realizar pequeñas acciones de sabotaje y apenas protagonizaban enfrentamientos abiertos con el enemigo. Por aquel entonces aún eran muy débiles como para atreverse a atacar y desarmar una guarnición alemana. < <

[97] Se trata de I. L. Veselnitski. Cf. nota 43. <<

[98] El autor de esta crónica integró la 16.a División de Lituania durante la guerra y no llegó a Kaunas hasta después de que la ciudad fuera liberada. Para la redacción se sirvió de los testimonios de los escasos partisanos que consiguieron sobrevivir a la guerra. He ahí la causa de las numerosas imprecisiones y errores cronológicos que se aprecian. < <

[99] Yelena Buyvidayte-Kutorgene (1888-1963): doctora en medicina y personalidad pública. En 1962 Yad Vashem la honró como Justa de las Naciones por la ayuda prestada a los judíos. <<

[100] Los 1800 judíos de Plunge fueron fusilados los días 15 y 16 de julio de 1941. <<

[101] Se refiere a los judíos que escondía en su apartamento. <<

[102] De acuerdo con el citado informe del Eisantzkommando 3, el 26 de septiembre de 1941 fueron ejecutados 1608 judíos en el Fuerte N.°4. La mayoría de ellos habían contraído enfermedades infecciosas. <<

[103] La carta fue redactada por Viktor Kutorga (1920-1991) y su madre. Aprovechando un viaje a Berlín que la célebre cantante de ópera V. Ionuskaite-Zaunene realizó en el otoño de 1941, la carta fue entregada en la Embajada de los Estados Unidos en la capital alemana. (Ello ocurrió antes de que los Estados Unidos declararan la guerra a Alemania). < <

[104] Del informe rendido por el Eisantzgruppe A el 15 de octubre de 1941: «[…] tras ejercer la debida presión sobre la policía letona se consiguió poner en marcha un pogromo en la ciudad de Riga. El pogromo permitió destruir todas las sinagogas de la ciudad y eliminar a 400 judíos». (Cf. El exterminio…, p. 116). < <

[105] De acuerdo con el proceso judicial seguido en Riga en 1946, 46 000 judíos fueron asesinados por los ocupantes en la propia ciudad. También se produjeron ejecuciones en masa en Rumbula, donde a finales de noviembre de 1941 ya habían sido aniquilados cerca de 4000 judíos de Riga (10 600, según otras fuentes) y otros 1000 judíos alemanes. Otros 25 000 judíos fueron exterminados entre el 7 y el 9 de diciembre. Según los documentos presentados al tribunal, en total fueron asesinadas 38 000 personas en el área de la ciudad de Riga. < <

[106] La Organización Mundial de Ayuda a los Revolucionarios (OMAR) fue fundada en 1922 y se mantuvo activa hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial. En la URSS, fue suprimida en 1947. <<

[107] Partido de los nacionalistas letones fundado en 1930 de ideología antisemita y antimasónica. Perseguía el establecimiento de un régimen autoritario. <<

[108] Friedrich Jeckeln, Obergruppenführer SS, fue el máximo responsable de las SS y la policía de los territorios del Este (Lituania, Letonia, Estonia y parte de Bielorrusia) a partir del 15 de noviembre de 1941. Antes, fue responsable de ejecuciones en masa de judíos en Kíev, Berdíchev y Starokonstantinov. El 3 de febrero de 1946 fue juzgado y colgado en la Plaza de la Victoria, Riga. <<

[109] Entre el 27 de noviembre de 1941 y el 16 de febrero de 1942 fueron deportados a Riga un total de 25 000 judíos de Berlín, Núremberg, Stuttgart, Hamburgo, Colonia, Dusseldorf, Hannover, Leipzig, Dortmund, Viena y Teresienstadt. <<

[110] Rudolf Lange, Sturmbannführer SS, máximo responsable de las SD y la policía en la Letonia ocupada. Fue responsable del exterminio de miles de judíos de toda Europa. < <

[111] El campo de concentración de Salaspils fue uno de los más grandes instalados en el territorio de la URSS. Estuvo en funcionamiento desde octubre de 1941 hasta octubre de 1944. Según los datos manejados por la Comisión Estatal Extraordinaria, en Salaspils fueron exterminadas 53 700 personas. <<

[112] Campo de concentración ubicado a poca distancia de Riga. Allá fueron enviados los judíos de los guetos de Vilnius y Riga considerados no aptos para el trabajo. Y allí fueron ejecutados. < <

[113] Desde los primeros días de la ocupación, Janis Lipke se dedicó a salvar a judíos encerrados en el gueto de Riga y a brindarles cobijo. Gracias a sus propios esfuerzos y a la ayuda de su familia y un grupo de amigos, consiguió salvar la vida de 42 judíos. En 1977 Yad Vashem lo distinguió con una condecoración. Murió en Riga en 1987. <<

[114] En aquel momento el número de judíos en el gueto de Borisov rondaba los 8000. Los fusilamientos del 20 de octubre acabaron con la vida de 6500 de ellos. Unos 1500 artesanos, cuyo trabajo resultaba útil a los alemanes, fueron dejados con vida. El alemán del Volga Ekhow estuvo al mando de los pelotones de la «policía rusa» que se encargó de la masacre. (El exterminio…, pp. 136-140). <<

[115] El gueto de Smolensk fue liquidado el 15 de julio de 1942. Los 2000 judíos que vivían en él fueron asesinados en los bosques cercanos. (El exterminio…, pp. 19 y 232). <<

[116] En lengua letona: «Hermanito». Así era conocido Bronyus Gotautas (1901-1973), quien prestó todo tipo de ayuda a los judíos del gueto de Kaunas hasta su arresto en 1944. Murió en la República Federal de Alemania. <<

[117] Al término de la guerra, B. Paukstis fue represaliado y cumplió una condena de diez años de prisión en régimen de aislamiento. <<

[118] Entre 1941 y 1942 en el campo de Novo-Vileika fueron exterminadas 13 000 personas. Según los datos de la Comisión Estatal Extraordinaria la cifra de muertos en ese campo de concentración durante los años en que estuvo en funcionamiento alcanzó las 60.000. <<

[119] Trabajos similares se llevaron a cabo en otros lugares donde se habían producido enterramientos en masa. En 1942 Himmler ordenó borrar todas las huellas de las ejecuciones en masa. A esos efectos, se creó el Sonderkommando 1005, al mando de un oficial de las SS. Algunos de sus integrantes consiguieron escapar de Babii Yar, el Fuerte N.° 9 de Kaunas y Ponary. < <

[120] Se trata de Abram Pinkusovich Bliazer, quien al término de la guerra prestó exhaustiva declaración acerca de las ejecuciones en Ponary y el trabajo del Sonderkommando destinado a borrar las huellas de los crímenes nazis. < <

[121] El 23 de septiembre de 1943, día elegido por los alemanes para liquidar el gueto de Vilnius, había 10 000 judíos viviendo dentro de su perímetro. De ellos, unos 8000 fueron reunidos en la calle Suboch y otros 2000 permanecieron ocultos en los más diversos escondites. Entre 1500 y 2000 hombres fueron enviados a campos de concentración en Estonia y entre 1400 y 1700 mujeres lo fueron a campos de Lituania. El resto, es decir, entre 4300 y 5000 mujeres y niños tomaron el camino de las cámaras de gas de Majdanek. Unos pocos centenares —ancianos, enfermos, etc-fueron fusilados en Ponary. < <

[122] Abram Jvoynik (1917-1943) y Yankel Kaplan (1907-1943) fueron destacados miembros de la organización clandestina en el gueto Vilnius. <<

[123] Una versión completa de esta crónica se publicó por separado —Vasili Grossman, El infierno de Treblinka, Moscú, 1945— y apareció en diversas ediciones de las obras de Vasili Grossman, como, por ejemplo, en Vasili Grossman, Los años de la guerra, Moscú, 1947, pp. 409-447 [Años de la guerra, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2010]. < <

[124] El 23 de julio de 1944 fueron ejecutados 5000 prisioneros judíos. Unos días más tarde, 20 prisioneros polacos corrieron la misma suerte. <<

[125] El primer convoy arribó a Treblinka el 23 de julio de 1942 y procedía del gueto de Varsovia. El número de víctimas fue creciendo exponencialmente: 7300 el 23 de julio de 1942; 7400 el 24 de julio; 10 085 el 5 de agosto; 13 596 el 8 de septiembre. <<

[126] El primer convoy procedente de Czestochowa tras la liquidación del gueto de esa ciudad llegó a Treblinka el 22 de septiembre de 1942. En total, 40 000 judíos de Czestochowa fueron exterminados en Treblinka. <<

[127] Los distintos grupos de trabajadores se diferenciaban por el color de sus brazaletes. El color azul identificaba a quienes se ocupaban del equipaje y de los cuerpos de quienes habían muerto durante el viaje; el rojo identificaba a quienes ayudaban a desvestir a los prisioneros; los brazaletes amarillos correspondían a los prisioneros empleados en los distintos talleres del campo. Un millar de prisioneros trabajaba en la recepción de los convoyes, mientras que entre 300 y 500 se desempeñaban como «enterradores». <<

[128] Se considera que en Treblinka murieron entre 750 000 y 800 000 personas. < <

[129] En el verano de 1944, cuando los destacamentos partisanos se fundieron con el Ejército Rojo, A. Pecherski fue asignado a un batallón de castigo, dada su condición de ex prisionero de guerra. Tan sólo después de resultar gravemente herido se consideró que había «lavado sus culpas». < <

[130] Se estima que en el campo de Sobibor fueron exterminadas unas 250 000 personas. < <

[131] Otros datos cifran entre 1 800 000 y 2 000 000 de personas el número de personas exterminadas en Auschwitz. De ellas, en torno a 1 300 000 fueron judías. (Cf. I. Arad, El Holocausto…, p. 31). Dicho número se acerca al mencionado por el antiguo comandante del campo, Rudolf Höss, durante el proceso que se le siguió y que acabó con su ejecución el 16 de abril de 1947 en el propio Auschwitz. < <

[132] Siguiendo un encargo personal de Himmler, el profesor Karl Glauberg buscaba desarrollar un método de esterilización que sería aplicado a los enemigos del Reich: rusos, polacos y judíos. <<

[133] Hatikvah (en hebreo, Esperanza) es un poema escrito por Naphtalí Hertz Imber en 1876. Tras servir de himno del movimiento sionista se convirtió en el himno nacional del Estado de Israel. <<

[134] Heinrich Schwartz, Hauptsturmführer SS. Fue trasladado a Auschwitz desde Mauthausen en 1941. Se desempeñó como responsable de la fuerza de trabajo del campo, Lagerführer de Auschwitz I y comandante de Auschwitz III (Monowitz). <<

[135] Se estima que en el campo de Demblin (Polonia), conocido como Stalag 307, murieron unos 80 000 prisioneros entre 1941 y 1942. <<

[136] La presente publicación constituye una versión abreviada del texto de B. Mark El levantamiento del gueto de Varsovia. <<

[137] El Bloque judío antifascista era una organización militar clandestina que promovía acciones de resistencia en el gueto de Varsovia. <<

[138] En realidad, la víctima no fue un alemán, sino el comandante de la policía judía del gueto, Jozef Sherinski, quien se destacó por el celo con que enviaba a los judíos a los campos de exterminio. Ello motivó que la organización clandestina lo condenara a muerte. La sentencia fue ejecutada el 20 de agosto de 1942, pero Sherinski apenas resultó herido. En enero de 1943 acabó con su vida, suicidándose. <<

[139] Tosia Altman (1918-1943): dirigente de la resistencia judía a la ocupación alemana. Sirvió de enlace entre los guetos de Varsovia, Vilnius y Bialystok. Fue capturada por los alemanes cuando intentaba escapar del gueto de Varsovia. Murió en la cárcel. < <

[140] Karl Brandt, Untersturmführer SS, fue responsable del envío de 300 000 judíos del gueto de Varsovia a los campos de la muerte. < <

[141] A Simja Rataizer se debe uno de los relatos más acuciosos sobre el levantamiento del gueto. Emigró a Israel al término de la guerra. <<

[142] Arie Wilner (en realidad, Jaím Israel; Yurek, en la clandestinidad) (1917-1943). En octubre de 1941 abandonó el gueto de Vilnius y se fue al gueto de Varsovia, donde se convirtió en uno de los líderes de la resistencia. Más tarde, representó al gueto en el «sector ario» de la ciudad. Fue arrestado, pero consiguió fugarse. Fue uno de los líderes del levantamiento del gueto de Varsovia. < <

[143] El «Estatuto para los Judíos» entró en vigor en Inglaterra en 1290 y fue derogado en 1846. < <

[144] El pogromo más relevante de la Polonia posbélica tuvo lugar en la ciudad de Kielce el 4 de julio de 1946. A esa ciudad volvieron 200 de los 25 000 judíos que vivían en ella antes de la guerra. Cuarenta y dos de ellos fueron asesinados y otros muchos heridos como resultado del pogromo. Entre julio y agosto de 1946, después del pogromo, unos 52 000 refugiados judíos abandonaron el país. <<